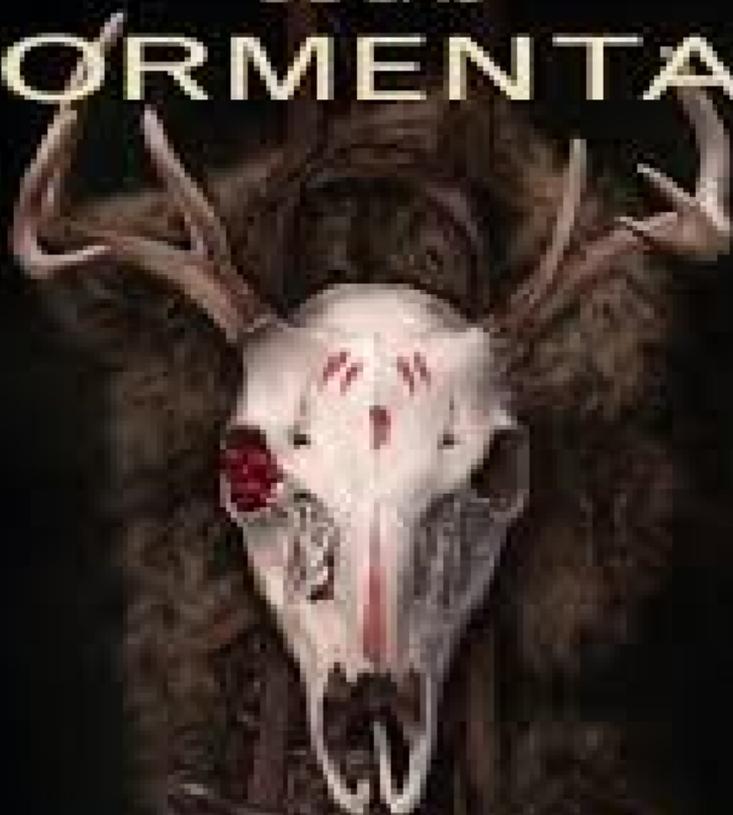


EL
MURO
DE LAS
TORMENTAS



KEN LIU

84785

EL MURO DE LAS TORMENTAS

Libro segundo de *La Dinastía del
Diente de León*

KEN LIU

Traducción de Francisco Muñoz de
Bustillo

Más libros en
www.DESCARGASMIX.com

Índice

Nota sobre la pronunciación

Los principales personajes

EL SUSURRO DE LA BRISA

Saltándose la clase

Los reyes caídos

Príncipes y princesas

El Gran Examen

Mimi

Las cien flores

Maestro y alumna

Una fiesta de celebración

El Examen de Palacio

Un paseo en globo

El lobo-cruben

La isla de la Media Luna

Comerciantes y granjeros

La ascensión a la montaña

La rebelión de los estudiosos

El combate contra el fuego

A través del velo

Un heredero para el imperio

Despedidas

RÁFAGAS Y VENDAVALES

El espejo mágico

Madre e hija

Las sombras del emperador

Cartas de los hijos

Una excursión

Pruebas y verificaciones

Luz y razón

Los rebeldes de Dara

Asilo

La emperatriz y la mariscal

El secreto de Zomi

Una visita al lago

La batalla de Arulugi

Cuestión de honor

Noticias inesperadas

LA TEMPESTAD DEL NORTE

La llegada de los barcos-ciudad

Los extranjeros

La firmeza del príncipe
La petición de la emperatriz
La partida del clarividente
La corrupción de Ra Olu
La interpretación de una carta
La invasión de Rui
Una pequeña victoria
El viaje de Luan Zya
Un intermedio
El príncipe y la princesa de Ukyu
La expedición de Mapidéré
Los lyucu y los agon
El sueño de los barcos-ciudad
El regreso a casa
La trampa
La decisión de la mariscal
Descubrimientos

La ayuda de Tan Adü

La fuerza sedamótica

El vuelo del príncipe

CHOQUE DE TIFONES

La plaga

El sueño del diente de león

La batalla del golfo de Zathin, parte

I

La batalla del golfo de Zathin, parte

II

Un emisario de lejanas tierras

La despedida de la semilla de loto

Glosario

Notas y agradecimientos

Créditos

Para Lisa, Esther y Miranda,
supra omnia familia

NOTA SOBRE LA PRONUNCIACIÓN

Muchos de los nombres de Dara proceden del anu clásico. En este libro, la transcripción del anu clásico no utiliza dígrafos vocálicos; cada vocal se pronuncia de forma separada. Así, por ejemplo, «Réfiroa» contiene cuatro sílabas distintas: Ré-fi-ro-a. Del mismo modo, «Na-aroénna» contiene cinco sílabas: Na-a-ro-en-na.

La «i» se pronuncia como la «i» en

español.

La «o» se pronuncia como la «o» en español.

La «ü» se pronuncia como la ü alemana o la transcripción fonética pinyin del chino.

Otros nombres tienen orígenes diferentes y contienen sonidos que no aparecen en el anu clásico, como «xa» en Xana o «ha» en «Haan». En esos casos, no obstante, cada vocal se sigue pronunciando por separado.

La transcripción de los nombres y palabras lyucu y agon presenta un problema diferente. Como su conocimiento nos llega a través de la gente y la lengua de Dara, los nombres

que aparecen en este libro han sufrido un doble proceso de transformación. Cuando transliteramos términos lyucu o agon ocurre lo mismo que cuando los angloparlantes, o los hablantes de alguna otra lengua, escriben las palabras y los nombres chinos: solo consiguen aproximarse a los sonidos originales.

LOS PRINCIPALES PERSONAJES

EL CRISANTEMO Y EL DIENTE DE LEÓN

Kuni Garu: Emperador Ragin de Dara.

Mata Zyndu: Hegemón de Dara
(fallecido).

CORTE DEL DIENTE DE LEÓN

Jia Matiza: Emperatriz Jia; consumada

herborista.

Consorte Risana: Ilusionista y música consumada.

Cogo Yelu: Primer Ministro de Dara.

Gin Mazoti: Mariscal de Dara; reina de Géjira; la estratega en el campo de batalla más brillante de su tiempo. Aya Mazoti es su hija.

Rin Coda: Secretario imperial de clarividencia. Amigo de la infancia de Kuni.

Mün Çakri: Capitán general de infantería.

Than Carucono: Capitán general de caballería y almirante general de la Armada.

Puma Yemu: Marqués de Porin, experto en tácticas de hostigamiento.

Théca Kimo: Duque de Arulugi.

Dafiro Miro: Capitán de la guardia de palacio.

Otho Krin: Chambelán del emperador Ragin.

Soto: Confidente y consejera de Jia.

HIJOS DE KUNI

Príncipe Timu (nombre de la infancia: Toto-tika): Primogénito de Kuni; hijo de la emperatriz Jia.

Princesa Théra (nombre de la infancia: Rata-tika): Hija de la

emperatriz Jia.

Príncipe Phyro (nombre de la infancia: Hudo-tika): Hijo de la consorte Risana.

Princesa Fara (nombre de la infancia: Ada-tika): Hija de la consorte Fina, muerta en el parto.

LOS ERUDITOS

Luan Zya: Principal estratega de Kuni durante la rebelión; no quiso aceptar ningún título; amante de Gin Mazoti.

Zato Ruthi: Tutor imperial, destacado moralista de la época.

Zomi Kidosu: Alumna brillante de un misterioso maestro; perteneciente a

una familia de pescadores-agricultores de Dasu (Oga y Aki Kidosu).

Kon Fiji: Antiguo filósofo anu; fundador de la Escuela Moralista.

Ra Oji: Antiguo epigramista anu; fundador de la Escuela Flujista.

Na Moji: Antiguo ingeniero de Xana que estudió el vuelo de las aves; fundador de la Escuela Modelista.

Gi Anji: Filósofo moderno del tiempo de los estados Tiro; fundador de la Escuela Incentivista.

LOS LYUCU

Pékyu Tenryo Roatan: Dirigente de los

lyucu.

Princesa Vadyu Roatan (apodada «**Tanvanaki**»): La mejor piloto garinafin; hija de Tenryo.

Príncipe Cudyu Roatan: Hijo de Tenryo.

DIOSES DE DARA

Kiji: Patrón de Xana; Señor del Aire; dios del viento, el vuelo y los pájaros; su *pawi* es el halcón mingén; suele llevar una capa blanca.

Tututika: Patrona de Amu; es la más joven de todos los dioses; diosa de la agricultura, la belleza y el agua dulce; su *pawi* es la carpa dorada.

Kana y Rapa: Gemelas y patronas de Cocru; Kana es la diosa del fuego, la ceniza, la cremación y la muerte; Rapa es la diosa del hielo, la nieve, los glaciares y el sueño; su *pawi* son dos cuervos: uno blanco y otro negro.

Rufizo: Patrón de Faça; el Sanador Divino; su *pawi* es la paloma.

Tazu: Patrón de Gan; impredecible, caótico, le encanta el azar; dios de las corrientes marinas, los tsunamis, los tesoros sumergidos; su *pawi* es el tiburón.

Lutho: Patrón de Haan; dios de los pescadores, la adivinación, las matemáticas y el conocimiento; su *pawi* es la tortuga marina.

Fithowéo: Patrón de Rima; dios de la guerra, la caza y la forja; su *pawi* es el lobo.

EL SUSURRO DE LA BRISA

CAPÍTULO UNO

SALTÁNDOSE LA CLASE

PAN: SEGUNDO MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

*Señores y señoras,
escuchad con
atención.*

*Dejad que mis palabras
describan escenas de
lealtad y valor.*

Duques, generales,

*ministros y doncellas
desfilarán por este
escenario etéreo.*

*¿Cómo es el amor de
una princesa?*

*¿Cuáles los temores
de un rey?*

*Si con tragos aflojáis mi
lengua y con monedas
animáis mi corazón,
todo se os ha de
mostrar cuando
llegue la ocasión...*

El cielo estaba cubierto y el viento frío

transportaba copos de nieve dispersos. Por las anchas avenidas de Pan, la Ciudad Armoniosa, carruajes y transeúntes con gruesos abrigos y sombreros forrados de piel se apresuraban en busca del calor del hogar.

O del confort de una taberna acogedora como La Jarra de Tres Patas.

—Kira, ¿no te toca a ti pagar en esta ocasión? Todo el mundo sabe que tu marido te entrega cada cobre que gana.

—Mira quién habla. ¡El tuyo no se atreve a estornudar sin tu permiso! Pero creo que hoy debería ser el turno de Jizan, hermana. ¡Tengo entendido que anoche un rico comerciante de Gan le

dio cinco piezas de plata de propina!

—¿Y eso por qué?

—¡Porque le llevó hasta la casa de su amante favorita a través de un laberinto de callejuelas y consiguió eludir a los espías de su mujer que lo perseguían!

—¡Jizan! No sabía que tenías unas habilidades tan lucrativas...

—¡No hagas caso de los embustes de Kira! ¿Tengo el aspecto de llevar cinco piezas de plata?

—La verdad es que has llegado con una sonrisa bastante amplia. Apostaría a que has sido generosamente remunerada por facilitar un matrimonio de una sola noche...

—¡Oh, cállate! Haces que parezca la anfitriona de una casa índigo...

—¡Ja, ja! ¿Por qué conformarse con ser la anfitriona? ¡Yo creo que tienes capacidad para regentar una casa índigo o... una casa escarlata! La verdad es que se me cae la baba con algunos de esos chicos. ¿No podrías echar una manita a una hermana necesitada?...

—... o algo *más* que una mano...

—¿No podéis dejar de pensar siempre en lo mismo? Espera un momento... Phiphi, me pareció oír ruido de monedas en tu bolso cuando llegaste... ¿Tuviste suerte anoche en el juego de los gorriones?

—No sé de qué estás hablando.

—¡Ajá, lo sabía! Tu cara no sabe ocultar nada; es sorprendente que puedas engañar a alguien en el juego. Escucha, si quieres que Jizan y yo mantengamos la boca cerrada delante del tonto de tu marido sobre tu afición al juego...

—¡Oye, faisán desplumado! ¡No te atrevas a contarle nada!

—Nos resulta muy difícil guardar secretos cuando tenemos tanta sed. ¿Qué tal si nos invitas a uno de esos «hidratantes de la memoria», como dicen en el teatro?

—Mira que sois malas... Está bien, yo pago las bebidas.

—Ahora sí te comportas como una

verdadera hermana.

—No es más que un pasatiempo inofensivo, pero no soporto el modo en que merodea por la casa con mala cara y da la lata cuando piensa que voy a jugármelo todo.

—Admito que pareces contar con el favor del Señor Tazu. ¡Pero la buena suerte es aún mejor cuando se comparte!

—Mis padres no debieron de quemar suficiente incienso en el templo de Tututika antes de que naciera, si he acabado teniendo dos «amigas» como vosotras...

En el interior de La Jarra de Tres Patas, oculta en un apartado recodo de la ciudad, el vino templado de arroz, la

cerveza fría y el licor de coco fluían tan libremente como la conversación. El fuego que chisporroteaba y danzaba en la estufa de leña del rincón mantenía la taberna calentita y bañaba todo en una luz cálida. El vaho se congelaba sobre los cristales de las ventanas creando formas complejas y refinadas que desdibujaban la imagen del exterior. Los clientes se sentaban en grupos de tres o de cuatro alrededor de mesitas bajas en posición de *géüpa*, en un ambiente relajado y amistoso, disfrutando de cuencos de cacahuets tostados bañados en salsa de taro que acentuaban el sabor del alcohol.

Por lo general, el animador del local

no conseguía acallar el murmullo constante de las conversaciones. Pero, poco a poco, el zumbido las voces se fue apagando. Por ahora, al menos, no se distinguían los mozos de cuadra de los comerciantes de La Garra del Lobo, las sirvientas de los eruditos de Haan, los funcionarios de bajo rango que se habían escabullido de las oficinas durante la tarde, los jornaleros que descansaban tras el duro trabajo matutino, los tenderos que se tomaban un respiro mientras sus esposas vigilaban el almacén, las criadas y las señoras que habían salido a hacer recados y a encontrarse con las amigas... ahora todos ellos formaban parte de una

audiencia cautivada por el narrador que estaba en el centro de la taberna.

Dio un sorbo a una cerveza con mucha espuma, dejó la jarra, se sacudió varias veces las anchas y largas mangas con las manos y continuó:

... entonces el hegemón desenvainó Naroénna y el rey Mocri dio un paso atrás para admirar la gran espada: la que arrebatata las almas, la que arranca cabezas, la que destruye las esperanzas. Hasta la luna parecía perder su brillo frente al resplandor puro de esta arma.

—Es una hermosa espada —dijo el rey Mocri, campeón de Gan—. Mejor que cualquier otra, al igual que vuestra

consorte Mira sobresale entre las demás mujeres.

El hegemón contempló a Mocri despectivamente, mientras sus pupilas dobles destellaban.

—¿Alabáis el arma porque consideráis que me otorga una ventaja injusta? Acercaos y cambiemos nuestras espadas, porque no dudo de que os venceré de todas formas.

—No se trata de eso —respondió Mocri—. Alabo el arma porque creo que a un guerrero se le conoce por el arma que empuña. ¿Hay algo más honorable que enfrentarse a un adversario que esté realmente a nuestra altura?

El hegemón suavizó la expresión del rostro.

—Ojalá no os hubierais rebelado, Mocri...

En un rincón apenas iluminado por el resplandor de la estufa, dos muchachos y una chica se apretaban alrededor de una mesa. Vestidos con túnicas de cáñamo sencillas pero de buena confección, parecían ser hijos de granjeros o tal vez sirvientes de una familia acomodada de comerciantes. El mayor tendría unos doce años, era bien proporcionado y de piel clara. Sus ojos eran amables y llevaba el pelo oscuro y rizado recogido en un moño alborotado en lo alto de la cabeza. Frente a él, al otro lado de la

mesa, estaba una chica aproximadamente un año menor, también de piel clara y pelo rizado, aunque ella lo llevaba suelto dejando que los mechones cayeran en cascada alrededor de su rostro bonito y redondo. Las comisuras de la boca se curvaban en una ligera sonrisa mientras recorría la habitación con unos ojos expresivos que recordaban la forma del elegante dyran, captando todo con vivo interés. Junto a ella había un muchacho de unos nueve años, de tez más oscura y cabello liso y negro. Los dos mayores estaban sentados a ambos lados de él, dejándolo encajado entre la mesa y la pared. La chispa traviesa de sus ojos inquietos y

sus movimientos constantes daban una pista del motivo. El parecido de sus rasgos sugería que eran hermanos.

—¿No es genial? —susurró el muchacho más joven—. Apuesto a que el maestro Ruthi cree que seguimos encerrados en nuestras habitaciones, cumpliendo el castigo.

—Phyro —dijo el mayor con el ceño ligeramente fruncido—, sabes que esto no es más que un aplazamiento temporal. Aún tenemos que escribir esta noche tres redacciones sobre *La moralidad* de Kon Fiji y su relación con nuestro mal comportamiento, sobre cómo moderar la energía juvenil mediante la educación y sobre...

—Chiss —susurró la muchacha—. Estoy intentando oír al narrador. No des sermones, Timu. Ya nos habíamos puesto de acuerdo en que no había diferencia entre divertirse primero y estudiar después, y estudiar primero y divertirse después. Se le llama «organización personal del tiempo».

—Estoy empezando a pensar que esta idea tuya de la «organización personal del tiempo» debería llamarse «pérdida de tiempo» —dijo Timu, el hermano mayor—. Phyro y tú no teníais razón al hacer bromas sobre el maestro Kon Fiji... y yo debería haber sido más severo con vosotros. Deberíais aceptar vuestro castigo con dignidad.

—Oh, espera hasta saber lo que Théra y yo... mmm.

La chica tapó la boca del más pequeño con la mano.

—No deberíamos preocupar a Timu contándole demasiado, ¿vale? —Phyro asintió con la cabeza y Théra le soltó.

El niño se limpió la boca.

—¡Tu mano está salada! ¡Puaj! — luego se dirigió a Timu, su hermano mayor—. *Toto-tika*, si tienes tantas ganas de escribir esas redacciones, estaré encantado de cederte mi parte para que puedas hacer seis en vez de tres. En todo caso, al maestro Ruthi le suelen gustar mucho más las tuyas.

—¡Eso es ridículo! La única razón

por la que acepté salir a hurtadillas contigo y con Théra es porque al ser el mayor tengo la responsabilidad de cuidaros y porque vosotros prometisteis cumplir el castigo más tarde...

—¡Hermano mayor, estoy anonadado!
—dijo Phyro adoptando un semblante serio, copia exacta del de su estricto tutor cuando estaba a punto de soltar una reprimenda—. ¿Acaso no está escrito en las *Fábulas sobre devoción filial* del sabio Kon Fiji que el hermano pequeño debe ofrecer los ejemplares más exquisitos de una cesta de ciruelas a su hermano mayor como muestra de respeto? ¿Acaso no está también escrito que el hermano mayor debe intentar

proteger al pequeño de las tareas difíciles que superen su capacidad, ya que el fuerte tiene el deber de defender al más débil? Para mí, las redacciones son como nueces irrompibles pero para ti son como ciruelas jugosas. Solo intento comportarme como un buen moralista. Pensaba que te gustaría.

—Eso es... tú no puedes... —Timu no tenía tanta práctica en esta modalidad particular del arte del debate como su hermano más joven. Se le puso la cara roja y se quedó mirando a Phyro con enfado—. Si te limitaras a enfocar tu inteligencia en hacer los deberes de clase...

—Deberías alegrarte de que Hudo-

tika haya hecho la tarea de lectura por una vez —intervino Théra, que había intentado mantener la cara seria mientras los hermanos discutían—. Ahora callaos, por favor, los dos. Quiero escuchar esto.

... golpeó con Na-aroénna y Mocri paró la arremetida con su escudo de argán reforzado con escamas de cruben. Era como si Fithowéo hubiera estrellado su lanza contra el monte Kiji, o como si Kana hubiera golpeado con su potente puño la superficie del mar. Mejor aún, dejadme que os cante el combate:

De este lado, el campeón

*de Gan, nacido y
crecido en La Garra
del Lobo;*

*Al otro lado, el Hegemón
de Dara, último
vástago de los
mariscales de Cocru.*

*Uno es el orgullo de una
isla de lanceros;*

*El otro es Fithowéo, el
dios de la guerra,
reencarnado.*

*¿Podrá La que Acaba
con las Dudas acabar
con cualquier duda
sobre quién es el Amo
de Dara?*

*¿O se encontrará
finalmente Goremaw
con un festín
sangriento que no
podrá tragar?*

*La espada se encuentra
con la espada, la
maza con el escudo,*

*La tierra tiembla
mientras los dos
titanes saltan,
aplastan, chocan y
golpean.*

*Durante nueve días y
nueve noches
pelearon en aquella
colina desolada,*

*Y los dioses de Dara se
reunieron sobre la
ruta de las ballenas
para juzgar la fuerza
de su voluntad...*

Mientras cantaba, el narrador iba golpeando una cáscara de coco con una gran cuchara de madera para simular el sonido de la espada chocando contra el escudo; daba brincos y sacudía sus largas mangas aquí y allá para evocar la danza marcial de los legendarios héroes a la luz parpadeante del fuego de la taberna. A medida que su voz se alzaba y se apagaba, de repente urgente y al instante lánguida, la audiencia era

transportada a otro tiempo y otro lugar.

...Después de nueve días, tanto el hegemon como el rey Mocri estaban agotados. Tras bloquear otro ataque de La que Acaba con las Dudas, Mocri retrocedió un paso y tropezó con una roca. Cayó al suelo y su espada y su escudo quedaron a ambos lados de su cuerpo. Con solo dar un paso, el hegemon podría machacarle el cráneo o cortarle la cabeza.

—¡No! —Phyro no pudo evitarlo. Timu y Théra, tan absortos como él en el relato, no le hicieron callar.

El narrador asintió agradecido a los niños y prosiguió.

Pero el hegemon se mantuvo donde

estaba y aguardó hasta que Mocri se incorporó y recuperó la espada y el escudo.

—¿Por qué no habéis acabado esto de una vez? —preguntó Mocri respirando con dificultad.

—Porque un gran hombre no merece que su vida termine por una casualidad —respondió el hegemón con la respiración igual de forzada—. Puede que el mundo no sea justo, pero debemos luchar para que lo sea.

—Hegemón —dijo Mocri—, me alegra y a la vez me apena haberos encontrado.

Y ambos volvieron a la carga con las piernas pesadas y los corazones llenos

de orgullo...

—Así es como se comporta un verdadero héroe —susurró Phyro con un tono lleno de admiración y nostalgia—. Eh, Timu y Théra, vosotros llegasteis a conocer al hegemón, ¿no es verdad?

—Sí... pero eso fue hace mucho tiempo —contestó Timu susurrando a su vez—. En realidad no me acuerdo de mucho, excepto de que era realmente alto y que sus extraños ojos tenían una mirada terriblemente feroz. Recuerdo que pensaba lo fuerte que debía de ser para poder empuñar aquella enorme espada que llevaba a la espalda.

—Parece que fue un gran hombre —dijo Phyro—. Alguien que actuaba con

honor y trataba con gallardía a sus oponentes. Qué lástima que papá y él no...

—¡Chiss! —interrumpió Théra—. ¡No tan alto Hudo-*tika*! ¿Quieres que todos sepan quiénes somos?

Phyro podía comportarse como un pillo con su hermano mayor, pero respetaba la autoridad de su hermana. Bajó la voz.

—Lo siento. Es que parece un hombre tan valiente... Y Mocri también. Tendré que contarle a *Ada-tika* todo lo que sé sobre este héroe nacido en la misma isla que ella. ¿Cómo es que el maestro Ruthi nunca nos ha enseñado nada sobre Mocri?

—Esto es solo una historia —dijo Théra—. Luchar sin descanso durante nueve días y nueve noches... ¿cómo puedes creer que eso ocurriera realmente? Piénsalo: si el narrador no estaba allí, ¿cómo puede saber lo que dijeron el hegemon y Mocri? —pero al ver la cara de desilusión de su hermanito, suavizó el tono—. Si quieres escuchar historias verdaderas de los héroes, más tarde te contaré la de aquella vez en que la tía Soto evitó que el hegemon nos hiciera daño a mamá y a nosotros. Entonces yo no tenía más que tres años, pero lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

Los ojos de Phyro brillaron y estaba

a punto de pedir que continuara cuando una voz áspera le interrumpió.

—¡Ya he oído lo suficiente de esta historia ridícula, farsante insolente!

El narrador se detuvo a mitad de la frase, atónito por la intromisión. Los clientes de la taberna se giraron para ver quién hablaba. De pie junto a la estufa había un hombre alto, de pecho fuerte y enorme y tan musculoso como un estibador. Era con diferencia la persona más alta en la taberna. Una cicatriz dentada que iba desde su ceja izquierda hasta su mejilla derecha daba un aspecto temible a su rostro, acentuado por el collar de dientes de lobo que pendía sobre el espeso vello del pecho, que

sobresalía de las solapas sueltas de su túnica corta como si fuera retazo de pelo animal. Por si fuera poco, el diente amarillo que mostraba entre los labios burlones le daba el aspecto de un lobo hambriento al acecho.

—¿Cómo te atreves a fabricar esas historias sobre el criminal Mata Zyndu, que intentó impedir el justo acceso del emperador Ragin al trono y provocó tanto sufrimiento y desolación innecesarios? Al enaltecer al despreciable tirano Zyndu estás denigrando la victoria de nuestro sabio emperador y calumniando el símbolo del Trono del Diente de León. Tus palabras solo pueden interpretarse como una

traición.

—¿Traición? ¿Por contar unas cuantas historias? —el narrador estaba tan furioso que comenzó a reír—. ¿Vas a decir ahora que todas las compañías de ópera popular son rebeldes por representar la ascensión y caída de las antiguas dinastías Tiro? ¿O que el sabio emperador Ragin tiene celos de las obras de marionetas de sombras sobre el emperador Mapidéré? ¡Qué tonto eres!

Los propietarios de La Jarra de Tres Patas, un hombre rechoncho de corta estatura y su igualmente rechoncha esposa, se apresuraron a colocarse entre los dos para hacer de mediadores.

—¡Señores! ¡Recordad que este es un

local humilde al que se viene a divertirse y a relajarse! ¡Nada de política, por favor! Estamos aquí para compartir unos tragos y pasar un buen rato tras la dura jornada de trabajo.

El marido se giró hacia el hombre de la cara marcada y le hizo una profunda reverencia.

—Señor, veo que sois un hombre de fuertes pasiones y estricta moral. Si la fábula os ha ofendido, os pido disculpas en primer lugar. Conozco bien a este Tino. Permitidme aseguraros que no tiene ninguna intención de ofender al emperador. ¿Sabéis por qué? Porque antes de convertirse en narrador combatió con el emperador Ragin en la

guerra del Crisantemo y el Diente de León en Haan, cuando el emperador solo era rey de Dasu.

La esposa sonrió zalamera.

—¿Qué tal si la casa invita a una botella de licor de ciruela? Si vos y Tino bebéis juntos, estoy seguro de que pronto olvidaréis este pequeño malentendido.

—¿Qué te hace pensar que quiero beber con *él*? —preguntó Tino el narrador, sacudiendo sus mangas con desdén frente a Caracortada.

El resto de los parroquianos gritó apoyando al narrador.

—¡Siéntate, zoquete ignorante!

—¡Vete de aquí si no te gusta la

historia! ¡Nadie te obliga a sentarte y seguir escuchando!

—¡Yo mismo te echaré si sigues con esto!

Caracortada sonrió, metió una mano en la solapa de su túnica, por debajo del collar de dientes de lobo, y sacó un pequeño lingote de metal. Lo agitó ante los clientes y luego se lo colocó a la propietaria del local bajo la nariz.

—¿Reconoces esto?

La mujer entornó los ojos para ver mejor. El lingote medía unos dos palmos y tenía grabados en relieve dos grandes ideogramas: uno el correspondiente a la *vista* —un ojo estilizado del que surgía un rayo— y el otro el utilizado para

expresar *lejano* —compuesto por el ideograma numérico de «mil» modificado por un camino serpenteante a su alrededor. Atónita, la mujer empezó a tartamudear:

—Vos... vos estáis con el... el, mmm... el...

Caracortada retiró el lingote. Su boca adoptó una sonrisa fría y triste que se fue ensanchando mientras recorría la habitación con la mirada, desafiando a que alguien se la mantuviera.

—Correcto. Presto servicio al duque Rin Coda, secretario imperial de clarividencia.

El griterío de los clientes se apagó y hasta Tino perdió su mirada confiada.

Aunque Caracortada parecía más un asaltante de caminos que un funcionario del gobierno, era sabido que el duque Coda, encargado de los espías del emperador, dirigía su departamento en colaboración con los elementos más sórdidos de la sociedad Dara. No sería extraño que confiara en alguien como Caracortada. Ninguno de los que estaban en la taberna había oído jamás que un narrador se hubiera metido en problemas por embellecer una historia sobre el hegemón, pero lo cierto es que entre las labores de Coda sí que estaba dar con los traidores y los antiguos nobles descontentos que conspiraban contra el emperador. Nadie quería

arriesgarse a desafiar a los ojos de confianza del propio emperador.

—Espera... —Phyro se disponía a hablar cuando Théra le agarró la mano, se la apretó bajo la mesa y sacudió la cabeza lentamente mientras le miraba.

Al ver las tímidas reacciones de todos los presentes, Caracortada asintió satisfecho. Empujó a un lado a los propietarios de la taberna y se acercó a Tino.

—Los *artistas* taimados y desleales como tú sois los peores. Que lucharas por el emperador no te da derecho a decir lo que quieras. Ahora, normalmente tendría que llevarte a la policía para un interrogatorio completo

—Tino retrocedió aterrizado—, pero hoy me siento generoso. Si pagas una multa de veinticinco piezas de plata y pides perdón por tus errores, puede que te deje ir solo con una advertencia.

Tino echó un vistazo a las escasas monedas del cuenco de las propinas que estaba sobre la mesa y se giró hacia Caracortada. Se inclinó ante él repetidas veces, como una gallina picoteando en el suelo.

—¡Por favor, maestro clarividente! Eso equivale a dos semanas de ganancias cuando las cosas van bien. Tengo a mi anciana madre enferma en casa...

—Claro que sí —interrumpió

Caracortada—. Te echará muchísimo de menos si te retiene la policía, ¿verdad? Un interrogatorio puede llevar días, incluso semanas, ¿comprendes?

El rostro de Tino fue pasando de la ira a la humillación hasta la absoluta derrota mientras buscaba su monedero en la solapa de la túnica. Los clientes desviaron la mirada con prudencia, sin atreverse a emitir sonido alguno.

—No penséis que todos los demás podréis zafaros tan fácilmente —dijo Caracortada—. He oído cómo le animabais cuando disimulaba sus críticas al emperador con esa historia llena de mentiras. Cada uno de vosotros tendrá que pagar de multa una pieza de

plata como cómplices del delito.

Los hombres y mujeres de la taberna adoptaron una expresión de disgusto pero algunos suspiraron y comenzaron a buscar también en sus bolsos.

—Ya basta.

Caracortada miró alrededor buscando el origen de esa voz, nítida, cortante y sin rastro de miedo. En un rincón oscuro de la taberna, una figura se incorporó y avanzó hacia la luz del fuego procedente de la estufa; caminaba con una ligera cojera enfatizada por el sonido que hacía un bastón al apoyarse en el suelo.

Aunque vestía la túnica larga y suelta festoneada de seda azul de los eruditos,

quien había hablado era una mujer. Tendría alrededor de dieciocho años, piel clara y unos ojos grises que brillaban con una firmeza poco acorde con su juventud. Las arrugas que se extendían a partir de una cicatriz rosada apenas visible le cubrían la mejilla izquierda y el tallo de esa flor descendía a lo largo del cuello como la línea lateral de un pez, dando una extraña vivacidad a su semblante, por lo demás demacrado. Llevaba el cabello, castaño claro, sujeto en lo alto de la cabeza en un moño de tres rodetes. De la faja que ceñía su cintura colgaban borlas y cordones con nudos, al estilo de las remotas islas noroccidentales de la

antigua Xana. Apoyada en un bastón de madera que le llegaba hasta la altura de las cejas, colocó su mano derecha sobre la espada que llevaba sujeta a la cintura, cuya vaina y empuñadura parecían desgastadas y viejas.

—¿Qué quieres? —preguntó Caracortada. Pero su tono ya no era tan arrogante como antes. El triple rodete de la mujer y su atrevimiento al llevar abiertamente espada en Pan indicaban que era una estudiante que había alcanzado el grado de *cashima*, término del anu clásico que significa «practicante»: alguien que había superado el segundo nivel de los exámenes imperiales.

El emperador Ragin había restaurado y ampliado el sistema de exámenes para funcionarios instaurado por los reyes Tiro y el imperio de Xana, convirtiéndolo en la única manera de ascender de quienes tenían ambiciones políticas, a la vez que había suprimido otros métodos consagrados por el tiempo para conseguir puestos administrativos valiosos, tales como el patrocinio, la compra, la herencia o la recomendación por parte de nobles de confianza. En los exámenes se producía una competencia feroz y el emperador, que había subido al trono gracias a la ayuda de mujeres que ocupaban puestos poderosos, había abierto dichas pruebas

también a las mujeres. Aunque no abundaban las *toko-dawiji* —rango al que accedían quienes aprobaban los exámenes de la ciudad, que constituían el primer nivel de pruebas—, y mucho menos las mujeres *cashima*, estas tenían derecho a todos los privilegios que dicho estatus otorgaba a sus homólogos masculinos. Por ejemplo, todos los *toko-dawiji* estaban exentos de participar en la corvea y los *cashima* tenían además el derecho de ser llevados directamente ante un magistrado imperial cuando se les acusaba de algún delito, sin tener que ser interrogados previamente por la policía.

—Deja de molestar a esta gente — dijo con calma—. Y ten la certeza de que no vas a conseguir ni un solo cobre de mi parte.

Caracortada no esperaba encontrar a una persona de su categoría en un antro como La Jarra de Tres Patas.

—Por supuesto que no tendréis que pagar la multa, señora. Estoy seguro de que no sois una tunante desleal como el resto de esta escoria.

—Creo que ni siquiera trabajas para el duque Coda —dijo ella sacudiendo la cabeza.

Caracortada entrecerró los ojos.

—¿Cuestionáis el símbolo de los clarividentes?

La mujer sonrió.

—Lo retiraste tan rápidamente que no pude verlo bien. ¿Por qué no me permites examinarlo?

Caracortada se rio entre dientes con nerviosismo.

—Seguro que una estudiosa de vuestra erudición reconoce los ideogramas de un solo vistazo.

—Es sencillo falsificar algo así con un bloque de cera y una capa de pintura plateada, pero mucho más difícil falsificar una orden verosímil del secretario de clarividencia Coda.

—¿Qué?... ¿De qué estáis hablando? En estos días se celebra el Gran Examen y la flor y nata de los estudiosos de Dara

se reúnen en la capital. Quienes se dedican a crear problemas pueden aprovechar la oportunidad de hacer daño a los hombres... ejem, y a las mujeres de talento, que están aquí para servir al emperador. Es normal que el emperador ordene al duque Coda que intensifique las medidas de seguridad.

La mujer sacudió la cabeza y continuó en un tono plácido:

—El emperador Ragin se enorgullece de ser un señor tolerante abierto a los consejos sinceros. Incluso honró a Zato Ruthi, que en tiempos luchó contra él, con el puesto de tutor imperial movido por el respeto que profesaba a su erudición. Acusar a un narrador de

traición por tomarse algunas licencias literarias espantaría a los hombres y mujeres que intenta reclutar. El duque Coda, que conoce al emperador mejor que nadie, nunca daría una orden para autorizarte a hacer lo que pretendes.

Caracortada enrojació de ira y su gruesa cicatriz se retorció como una serpiente que se arrastrara sobre su cara. Pero permaneció clavado en su sitio y no hizo ningún movimiento hacia ella.

La mujer se echó a reír.

—De hecho, creo que yo misma enviaré a alguien a buscar a la policía. Hacerse pasar por oficial imperial *es* un delito.

—Oh, no —susurró Théra en el rincón.

—¿Qué? —preguntaron Timu y Phyro en voz baja.

—Nunca hay que acorralar a un perro rabioso —gimió Théra.

Caracortada entrecerró los ojos a la vez que el miedo a la *cashima* se transformaba en determinación desesperada. Bramó y se lanzó contra ella. Sorprendida, la mujer apenas pudo esquivarle torpemente en el último momento, arrastrando su débil pierna izquierda. El pesado atacante chocó contra una mesa obligando a saltar hacia atrás entre gritos y maldiciones a las personas que la ocupaban. Enseguida se

puso de nuevo en pie, con un aspecto aún más rabioso, maldijo a gritos y volvió al ataque.

—Espero que se le dé tan bien pelear como hablar —dijo Phyro mientras daba palmas y echaba a reír—. ¡Nunca nos habíamos divertido tanto faltando a clase!

—Quedaos detrás de mí —dijo Timu abriendo los brazos y colocándose para proteger a sus hermanos de la confusión reinante en el centro de la taberna.

La mujer desenvainó la espada con la mano derecha. Se apoyó en el bastón, agarró el arma de una manera insegura y dirigió su punta vacilante hacia el hombre. Pero Caracortada parecía

haberse vuelto loco. Se lanzó hacia ella sin contenerse y estiró el brazo hasta agarrar el filo con las manos desnudas.

Los parroquianos miraron hacia otro lado o se encogieron de dolor, esperando ver manar la sangre de los dedos cerrados sobre la espada.

Crack. La hoja se partió por la mitad limpiamente y la mujer cayó al suelo, aturdida por el impacto del hombre corpulento contra su cuerpo. Todavía seguía sujetando la mitad de la espada y no se veía ni una sola gota de sangre.

Caracortada se echó a reír y lanzó la otra mitad al fuego, donde la espada de madera, pintada para que pareciera real, al instante prendió en llamas.

—¿Quién es aquí el verdadero estafador? —gritó con desprecio Caracortada—. Cree el ladrón que todos son de su condición. Y lo vas a pagar — como un lobo abalanzándose sobre su presa, se acercó resueltamente a la mujer, todavía conmocionada. Ahora que su túnica se había levantado, observó que su pierna izquierda estaba recubierta por una especie de arnés, similar al que llevan muchos veteranos de guerra que han perdido sus miembros.

—Así que también eres una inútil tullida —dijo, escupiéndola y levantando su pie derecho, enfundado en una enorme bota de cuero, con la

intención de patearle la cabeza.

—¡No te atrevas a tocarla! —gritó Phyro—. ¡O haré que te arrepientas de ello!

Caracortada se paró en seco y se giró para contemplar a los tres niños del rincón.

Timu y Théra observaban atónitos a Phyro.

—El maestro Ruthi siempre dice que un caballero moralista debe alzarse a favor de los necesitados —afirmó Phyro en tono defensivo.

—¿Y has decidido que este es el momento en que vas a empezar a hacerle caso? —protestó Théra—. ¿Crees que estamos en palacio, rodeados de

guardias que pueden detenerle?

—¡Lo siento, pero ella estaba defendiendo el honor de papá! —susurró Phyro con vehemencia, sin echarse atrás.

—¡Corred los dos! —gritó Timu—. Yo lo contendré —agitó sus flacuchos brazos sin tener claro cómo iba a desarrollar su plan.

Cuando comprobó quiénes eran los tres «héroes», Caracortada se echó a reír.

—Ya me encargaré de vosotros, mocosos, cuando haya terminado con ella —se dio la vuelta y se agachó para agarrar el bolso de viaje sujeto al cinturón de la *cashima*.

Los ojos de Théra recorrieron el

local: algunos de los parroquianos se apiñaban junto a las paredes para mantenerse tan lejos de la pelea como fuera posible; otros iban desplazándose pasito a pasito hacia la puerta, buscando la fuga. Nadie pensaba hacer nada para evitar el robo, o algo peor, que se estaba produciendo. Agarró a Phyro por las orejas antes de que pudiera escaparse, le volvió hasta tenerle delante y le tocó la frente con la suya.

—¡Ay! —se quejó Phyro—. ¿Tienes que hacer eso?

—Timu es valiente, pero no sirve para una pelea —dijo ella.

Phyro asintió.

—A no ser que se trate de una

competición para ver quién escribe los ideogramas más indescifrables.

—Eso es. Así que depende de nosotros dos.

Phyro sonrió.

—Eres la mejor hermana mayor.

Timu, todavía haciendo aspavientos vacilantes, trataba de empujarles.

—¡Vamos, marchaos!

Junto a la estufa, Caracortada examinaba el contenido del bolso que había arrebatado a la mujer que yacía a sus pies, inerte. Tal vez todavía estuviera recobrándose del golpe.

Phyro salió a toda prisa y desapareció entre la muchedumbre de parroquianos.

Pero en lugar de correr, Théra se subió a la mesa de un salto.

—¡Eh!, ¡tía Phiphi, tía Kira, tía Jizan! —gritó mientras señalaba a las tres mujeres que se encontraban entre quienes se desplazaban poco a poco hacia la puerta. Estas se detuvieron para mirarla, sorprendidas de oír sus nombres en boca de esa extraña muchacha.

—¿La conocéis? —susurró Phiphi.

Jizan y Kira sacudieron las cabezas.

—Estaba sentada junto a nuestra mesa —respondió Kira también en un susurro—. A lo mejor nos escuchaba cuando charlábamos.

—¿No habéis dicho siempre que si

quiero vivir en un hogar armonioso cuando me case no puedo permitir que los hombres me avasallen? —continuó Théra—. Ya que los hombres están huyendo con el rabo entre las piernas, ¿vais a ayudarme a dar una lección a este bruto?

Caracortada miró a Théra y luego a las tres mujeres, sin saber muy bien qué estaba pasando. Pero Théra no le dio tiempo a pensárselo mucho.

—¡Oh, el primo Ro! Prácticamente todo nuestro clan está aquí. ¿Por qué tenéis tanto miedo de este patán?

—Yo no lo tengo —respondió una voz joven, casi de niña, entre la multitud. En ese momento un cuenco

salió volando desde las sombras, cerca de la puerta y chocó contra Caracortada, empapándolo de perfumado té caliente —. ¡Diablos, si todos le escupimos podríamos ahogarlo! ¡Adelante tía Phiphi, tía Kira, tía Jizan!

La muchedumbre que había estado intentando escapar de la taberna dejó de avanzar. Las tres mujeres miraron boquiabiertas a Caracortada, que ahora parecía un pollo atrapado en medio de una tormenta. Se miraron entre sí y sonrieron.

Al instante, tres jarras de cerveza volaron por el aire alcanzando al hombre, que rugió de rabia.

—¡Y allá va una de mi parte! —

Théra agarró la botella de vino de arroz de la mesa y la lanzó contra la cabeza de Caracortada. Falló el tiro, la botella se rompió contra la estufa y el vino demarrado siseó al contacto con el fuego.

Las multitudes son algo delicado. A veces es suficiente un solo ejemplo para que un rebaño de ovejas se convierta en una turba de lobos.

Como las mujeres habían tenido tanto éxito con sus primeros lanzamientos, los hombres se miraron entre sí y descubrieron de repente su valor. Incluso el narrador, Tino, tan obsequioso hasta ese momento, lanzó su jarra de cerveza medio vacía al ladrón. Cuencos,

tazas, botellas y jarras volaron desde todas las direcciones hacia Caracortada, que se cubría la cabeza con los brazos y se tambaleaba para sobrevivir a la arremetida, aullando de dolor. La pareja que llevaba la taberna saltaba arriba y abajo, suplicando que no les destrozaran el local, pero era demasiado tarde.

—¡Os pagaremos los daños! —gritó Timu por encima del estruendo, pero no quedó claro si los propietarios le oyeron.

Buena parte de los proyectiles había alcanzado a Caracortada, que tenía magulladuras por todos lados. La sangre manaba de los cortes recibidos en la cara y estaba empapado de té, vino y

cerveza. Al darse cuenta de que ya no podía intimidar a la exaltada muchedumbre, escupió lleno de odio a Théra. Pero tenía que salir de allí antes de que la gente se volviera aún más atrevida e intentara derribarlo.

En un gesto final de resentimiento, arrojó el bolso contra las llamas de la estufa y se hizo camino a empujones entre los airados presentes, que de uno en uno todavía temían su tamaño y su fuerza y se iban haciendo a un lado. Se lanzó contra la puerta frontal de la taberna como un lobo separado de la manada por una jauría de perros, dejando tras de sí solo unos cuantos copos de nieve arremolinados junto a la

entrada. Pronto, los copos también desaparecieron como si Caracortada nunca hubiera estado allí.

Hombres y mujeres formaron corrillos en la taberna, dándose golpecitos en la espalda unos a otros y felicitándose por su valentía, mientras los propietarios se afanaban de un lado a otro con escoba y recogedor, cubo y trapos para retirar la cerámica y la porcelana rotas. Phyro se abrió paso entre la gente hasta llegar junto a Théra.

—He sido el primero en atizarle en toda la cara con ese cuenco —alardeó Phyro.

—Bien hecho, «primo Ro» —dijo Théra sonriendo.

Tino el narrador y los propietarios de la taberna se acercaron a agradecer a los tres niños su intervención heroica y, en el caso de los dueños del local, también para asegurarse de que efectivamente pagarían por los daños. Théra y Phyro dejaron a Timu que se encargara de expresar con lenguaje florido y con la humildad necesaria el aprecio compartido, así como de escribir los pagarés, y fueron a ver si la joven *cashima* se encontraba bien.

Estaba conmovida por el golpe que le había propinado el hombre pero sin heridas importantes. La ayudaron a sentarse y le hicieron beber sorbos de vino de arroz templado.

—¿Cómo te llamas?

—Zomi Kidosu —respondió avergonzada con voz débil—, de Dasu.

—¿Eres una *cashima* auténtica? —preguntó Phyro, señalando la espada de madera rota tirada a su lado.

—¡Hudo-*tika*! —intervino Théra avergonzada por la pregunta irrespetuosa de su hermanito.

—¿Qué pasa? Si la espada no es de verdad, tal vez tampoco lo sea su rango.

Pero la joven no contestó. Miraba fijamente al fuego, donde la otra mitad de la espada se había convertido en cenizas.

—Mi pase... mi pase...

—¿Qué pase? —preguntó Phyro.

Zomi continuó balbuceando como si no pudiera oírle.

Théra observó el calzado gastado y la túnica con remiendos de la joven; su mirada se detuvo un momento en el intrincado arnés que le rodeaba la pierna izquierda, fabricado de una manera que nunca antes había visto, ni siquiera en los diseños de los médicos imperiales que trataban las heridas sufridas por los guardias más apreciados por su padre; observó los callos en las almohadillas del pulgar y de los dedos índice y medio de la mano derecha, así como en el envés del dedo anular; observó los restos de cera y las manchas de tinta bajo sus uñas.

Está muy lejos de casa y ha estado practicando la escritura a conciencia.

—Por supuesto que es una *cashima* auténtica —dijo Théra—. Ha venido a Pan para presentarse al Gran Examen. ¡Ese estúpido ha quemado su pase para la Sala de Exámenes!

CAPÍTULO DOS

LOS REYES CAÍDOS

PAN: SEGUNDO MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

La nieve que caía arremolinada aumentó su intensidad y los pocos transeúntes o jinetes que había por la calle se apresuraban para regresar a casa o buscar refugio en las posadas y fondas de la carretera. Unos cuantos gorriones

resguardados bajo los aleros trinaron excitados al percibir una voz en el fuerte viento.

¿Qué maldades estás tramando, Tazu? ¿Has venido a traer la discordia a la Ciudad Armoniosa?

Una carcajada salvaje acompañada por el estridente rechinar de dientes de un tiburón hambriento interrumpió por un instante los remolinos de nieve, pero se desvaneció tan rápidamente que los gorriones quedaron pasmados, dudando de si realmente habían escuchado algo.

Kiji, hermano, después de todos estos años sigues careciendo de sentido del humor. Al igual que tú, he venido a presenciar el concurso de intelectos de

Kuni, una competición de palabras agudas e ideogramas bien contruidos. Cuentas con mis simpatías por las tribulaciones de tu jovencita estudiosa, pero te aseguro que no he tenido nada que ver con el hombre que le ha arruinado el día; lo que no quiere decir que no vaya a tener ninguna relación con él en el futuro, ahora que ha despertado mi interés. De todas formas, se te ve tan indignado que me pregunto quién es la chica y quién es el dios que la protege.

No te creo. Siempre andas creando caos en el orden, perturbando la paz.

¡Me ofendes! Aunque confieso que me irrita un poco que los mortales

reduzcan las verdades complicadas de la historia a fábulas esquemáticas. Demasiada suavidad y «harmonía».

En ese caso estarás condenado a vivir en cólera toda tu vida. La historia es la larga sombra que el pasado proyecta sobre el futuro. Las sombras, por naturaleza, carecen de detalles.

Hablas como un filósofo mortal.

No ha sido fácil conquistar la paz. No remuevas los fantasmas para que acosen a los vivos.

Pero no queremos que Fithowéo se aburra, ¿verdad? ¿Qué clase de hermano eres si no te preocupas por su bienestar?

Una barahúnda metálica resonó en

medio de la tormenta, como el estruendo de cascos herrados golpeando el puente de hierro extendido sobre el foso de palacio. Los gorriones se amilanaron y dejaron de hacer ruido.

Mi dominio es la guerra, pero eso no quiere decir que ansíe la muerte. Esta es más bien del gusto de Kana.

Apareció un resplandor rojizo tras las nubes, como el brillo de un volcán a través de la niebla.

Tazu, Fithowéo, no mancilléis mi nombre. Yo gobierno sobre las sombras en la otra orilla del Río en el que Nada Flota, pero no penséis que quiero que su número aumente si no es por una buena razón.

La voz fue interrumpida por un caótico remolino de nieve, cual ciclón rugiendo sobre un mar blanco.

Tch. ¿Qué hay de aquello de hacer siempre lo más interesante? Sois unos aguafiestas, pero no importa. El Trono del Diente de León está manchado desde sus inicios, ya que el imperio nació con la traición de Kuni al hegemon. Un pecado de tales dimensiones en sus orígenes no puede borrarse y le perseguirá con independencia de lo bien que él crea que lo está haciendo.

El silencio con el que los demás dioses acogieron las palabras de Tazu, parecía indicar que reconocían su

verdad.

Los mortales son seres insatisfechos por naturaleza y buscarán problemas sin importar lo que dices desear. El olor de la sangre y la podredumbre atrae a los tiburones y yo solo estoy haciendo lo que está en mi naturaleza. Estoy seguro de que todos vosotros haréis lo mismo cuando llegue la tormenta.

El remolino caótico se mezcló con la violenta tormenta y la nieve pronto cubrió las huellas de los últimos transeúntes.

Doru Solofi caminaba con dificultad por la nieve, intentando moverse tan rápido

como podía. Finalmente decidió que ya se había alejado lo suficiente de La Jarra de Tres Patas y se metió por un pequeño callejón, donde se recostó contra una pared para descansar, con el corazón desbocado y la respiración fatigosa.

¡Maldita sea esa cashima y malditos sean esos niños! Su timo había funcionado bien las últimas veces que lo intentó, lo que le había permitido ganar un buen pellizco de dinero, aunque posteriormente lo hubiera perdido todo en salas de juego y casas índigo. Si la *cashima* le llegaba a denunciar ante las autoridades, puede que tuviera que ocultarse por un tiempo, hasta que las

cosas se calmaran. En cualquier caso, tal vez fuera arriesgado quedarse en la capital, donde la seguridad era más estricta que en otros lugares, pero no tenía ninguna gana de abandonar sus animadas calles y sus ajetreados mercados, donde hasta el aire parecía crepitar por la proximidad al poder.

Era como un lobo que ha sido expulsado de su guarida y ahora anhelaba un hogar que ya no le pertenecía.

Plaf. Una bola de nieve le golpeó la nuca y el frío le estremeció más que el dolor. Se giró rápidamente y vio a un niño a poca distancia en el callejón. El muchacho sonrió mostrando una boca

llena de dientes amarillentos que parecían afilados de forma poco natural, impresión reforzada por el collar de dientes de tiburón que llevaba.

¿Quién será?, se preguntó Doru Solofi. *¿Será uno de los salvajes de Tan Adü, que se afilan los dientes siguiendo su costumbre bárbara?*

Plaf. El muchacho le lanzó otra bola y esta vez le golpeó justo en la cara.

Solofi se limpió la nieve de los ojos, esforzándose por ver. La nieve y el hielo deshechos se colaron por el cuello de su túnica, empapándole el pecho y la espalda. Sentía partículas de tierra rascándole la piel, especialmente en los lugares más sensibles, donde el té

caliente le había escaldado. Los dientes le empezaron a castañetear por el aire helado cuando la nieve se unió al alcohol y al agua de té que previamente le habían empapado la ropa.

Gruñó y se lanzó contra el chico con el fin de darle una lección. Era intolerable que hasta un niño creyera que podía atormentar a Doru Solofi, en tiempos el hombre más poderoso de su ciudad.

El muchacho se escabulló ágilmente, como un elegante tiburón que se desliza fuera de la ruta de un pesado barco pesquero. Riendo a carcajadas, emprendió la huida seguido de Solofi.

Sin detenerse, el chico y el hombre

corrían por las calles de Pan, ajenos a las miradas atónitas de los transeúntes. A Solofi le ardían los pulmones al respirar entrecortadamente el aire helado; sentía las piernas como si fueran de plomo mientras tropezaba y se resbalaba por la nieve. El muchacho, sin embargo, corría con paso firme como una cabra por los acantilados cubiertos de nieve del monte Rapa y parecía burlarse de él, manteniéndose apenas un paso por delante, casi al alcance de su mano. En varias ocasiones decidió detenerse y abandonar la persecución, pero entonces el muchacho se daba la vuelta y le lanzaba otra bola de nieve. Solofi no podía entender cómo tenía

tanta fuerza y resistencia —parecía antinatural— pero la rabia le ofuscaba y solo pensaba en el placer que sentiría cuando aplastara el cráneo de aquel despreciable pillo contra alguna pared.

El muchacho entró a todo correr por otra callejuela desierta y desapareció al doblar la esquina. Solofi le siguió atropelladamente y se paró en seco al salir del callejón.

Frente a él, y extendiéndose hasta donde la vista se perdía, se hallaba una metrópolis en miniatura construida con mármol vetado gris, granito sin pulir y madera envejecida, con pirámides, cilindros y bloques rectangulares sencillos del tamaño de un hombre,

levantados a lo largo de una cuadrícula de senderos cubiertos por la nieve. Las lápidas y las estelas mortuorias estaban coronadas por estatuas de cuervos y tenían grabadas líneas de ideogramas que intentaban resumir una vida en unos pocos versos.

El muchacho le había conducido hasta el mayor cementerio de la ciudad, donde estaban enterrados muchos de los que murieron en Pan durante la rebelión contra el imperio de Xana y posteriormente, durante la guerra del Crisantemo y el Diente de León.

No se veía al muchacho por ninguna parte.

Solofi respiró hondo para calmar sus

nervios. No era un hombre supersticioso y no temía a los fantasmas, así que entró decidido en la ciudad de los muertos.

Al principio con prudencia y luego frenéticamente, buscó detrás de las lápidas algún signo que le permitiera localizar a su presa. Pero, aparentemente, el muchacho se había desvanecido en el aire como un espejismo o un sueño.

A Solofi se le erizó el vello de la espalda. ¿Había estado persiguiendo a un fantasma? Desde luego, él había sido responsable de muchas muertes durante la guerra...

—¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Más rápido, más rápido! ¿Podéis sentirlo?

¿Podéis sentir cómo fluye el poder en vuestro interior?

Solofi volvió bruscamente la cabeza y vio que los gritos procedían de un hombre parado sobre los escalones de un colosal mausoleo de mármol dedicado a los espíritus de Los Ochocientos, los primeros soldados en unirse a Mata Zyndu, el hegemón, cuando alzó la bandera de la rebelión contra el emperador Mapidéré en Tunoa.

—¡Cuatro, dos, tres, cuatro! Suadégo, tienes que concentrarte en tu juego de piernas. ¡Mira la dedicación con que baila tu marido! ¡Seis, dos, tres, cuatro!

El hombre que permanecía sobre las escaleras era enjuto y de piel oscura, y

el modo en que se movía —deliberado y furtivo al mismo tiempo, como un ratón por la mesa de la cena cuando las luces ya se han apagado— le resultaba familiar. Se fue acercando para verle mejor, teniendo cuidado de ocultarse tras las lápidas más altas por el camino.

—¡Siete, dos, tres, cuatro! Poda, tienes que girar más deprisa. Vas a destiempo de todos los demás. Si no consigues seguir el paso tendré que degradarte. ¡Uno, dos, tres, cuatro!

Al acercarse, Solofi vio que había unos cuarenta hombres y mujeres situados en cuatro filas en el espacio abierto a los pies del mausoleo. Le dio la impresión de que estaban practicando

algún tipo de danza, aunque no se parecía a ninguna otra que hubiera visto antes: tanto los hombres como las mujeres giraban como en una versión ebria de la danza de la espada de Cocru; estiraban los brazos hacia el cielo y luego se agachaban hasta tocarse los dedos de los pies en una absurda parodia de la danza de los velos de Faça; saltaban sin desplazarse del sitio mientras daban palmas sobre sus cabezas como si fueran reclutas novatos haciendo ejercicios. La única música que les acompañaba era la compuesta por el aullido del viento, el recuento rítmico del hombre subido a los escalones del mausoleo y el golpeteo de

sus enérgicos pasos contra el suelo. Aunque seguía nevando con intensidad, todos ellos estaban bañados en sudor y el vapor blanquecino que exhalaban sus bocas jadeantes se transformaba en gotas de hielo sobre las barbas y los cabellos.

Por encima de ellos, el hombre furtivo continuaba caminando de un lado a otro al tiempo que daba órdenes. Solofi no sabía qué pensar de este extraño instructor de prácticas.

—Está bien, por hoy hemos terminado —dijo. Mientras los danzantes se ponían en fila bajo la escalera, descendió y comenzó a charlar con ellos uno a uno.

—Muy bien, Suadégo. Los espíritus están satisfechos de tus progresos. Mañana podrás bailar en la segunda fila. ¿No te sientes repleta de energía? Ah, estos son los nuevos sobres... Déjame ver cuántas prendas de fe bendita habéis vendido tú y tus prosélitos... ¿solo dos adeptos nuevos desde la semana pasada? ¡Estoy decepcionado! Tú y tu marido tenéis que hablar con todos los miembros de vuestra familia —primos, primos segundos, sus hijos y los hijos de sus esposas, y sus primos— ¡con todos! Recuerda, vuestra fe se demuestra por el volumen de vuestras contribuciones, y cuantas más personas reclutéis para difundir la fe, más satisfechos estarán

los espíritus. Aquí está tu premio: una píldora de negociación. Póntela bajo la lengua antes de hablar con un proveedor y *visualiza* el éxito, ¿entiendes? ¡Tienes que *creerlo* o no funcionará!

Soltó un discurso parecido a cada uno de los bailarines, degradando a algunos, ascendiendo a otros, pero centrando siempre el parloteo en el número de nuevos adeptos y en el dinero.

Cuando hubo terminado con la última bailarina, que se marchó abatida porque no había conseguido reclutar a ningún nuevo miembro y por tanto se le prohibió asistir a la próxima sesión de danza, Solofi finalmente se dio cuenta de

por qué le resultaba familiar aquel hombre.

Salió de detrás de la lápida en la que estaba oculto y gritó:

—¡Noda Mi! ¡Hace casi diez años que no te veía!

Tras el triunfo de la rebelión contra el imperio de Xana, el hegemón recompensó a quienes consideraba que habían realizado una contribución importante nombrándolos reyes de los numerosos estados Tiro que creó. Noda Mi, que había comenzado suministrando grano al ejército de Mata antes de ascender al puesto de intendente militar, terminó siendo rey de Géfica Central.

Doru Solofi, que había comenzado como soldado de infantería antes de ascender a explorador por su valor, terminó como rey de Géfica Meridional —la región donde se encontraba Pan—, en gran medida porque fue el primero en descubrir las ambiciones de Kuni Garu.

Durante la guerra que enfrentó al Crisantemo y al Diente de León, Noda y Doru perdieron el trono ante el poderío del ejército de Gin Mazoti y fueron desterrados por el hegemón. Los años posteriores habían deambulado por las islas como fugitivos, sobreviviendo como bandidos, salteadores de caminos, comerciantes de carne podrida y pescado pasado, secuestradores y

estafadores, mientras se ocultaban de la policía del emperador Ragin.

—Míranos —dijo Solofi—. ¡Dos reyes Tiro en una necrópolis! —se echó a reír con amargura mientras daba patadas a la nieve acumulada en los escalones del mausoleo. Devolvió la pipa de hierbas felices a Noda.

Noda sacudió la mano para indicar que ya había fumado bastante. Pero dio un sorbo de una botella dejando que el ardiente licor le aliviara el frío lacerante.

—Está claro que has sabido emplear adecuadamente tus impresionantes músculos. Ese truco con los narradores

de las casas de té es muy bueno. Te agradezco que lo hayas compartido conmigo, tendré que darle una oportunidad.

—No funcionará contigo. No les asustarías lo suficiente —dijo Solofi, mirando con desdén la complexión delgada y menuda de Noda—. Pero tu esquema piramidal tampoco está nada mal. ¿Cómo has podido convencer a tal cantidad de tontos de que danzaran para ti y te dieran dinero?

—¡Es sencillo! La paz ha enriquecido a muchas personas en Pan que se sienten aburridas y ansían algo de emoción en su vida. Hice correr la información de que podía emplear la

energía de los muertos para dar suerte a los vivos y fueron muchos los que se presentaron para ver si lo prometido era cierto. La verdad es que cuando las personas forman parte de una multitud dejan de pensar. Si pongo a todos a bailar como idiotas, nadie se atreve a cuestionarme, porque quien se comporte de modo distinto parecerá el idiota. Si consigo que alguno de ellos diga que *siente* la energía recorriendo su cuerpo, todos se apresuran a afirmar lo mismo, porque el que no lo hiciera estaría admitiendo que los espíritus no le favorecen. De hecho, rivalizan por contarme lo mucho que la danza está mejorando sus vidas, para parecer más

espirituales a ojos de los otros.

—Es difícil de creer...

—Oh, créelo. Nunca subestimes el poder que tiene la necesidad de aparentar ser mejor que los demás para motivar a las personas, una tendencia que me siento feliz de satisfacer. Fomento la competencia, trasladando a los bailarines del final al frente si parecen más devotos y degradándolos si no son tan entusiastas. Los premio según el fervor que pongan en los giros y los pasos. Les digo que están preparados para ser también ellos maestros espirituales y les animo a ir en busca de sus propios alumnos de danza mágica —recibiendo, por supuesto, una fracción

de las cuotas que reciben. No hay nada que convenza más a un tonto de que crea en un timo que convertirlo a él mismo en timador. Estoy convencido de que podría aparecer desnudo un día de estos y contarles que solo los devotos pueden ver mi atuendo espiritual; se superarían unos a otros al describir el esplendor de mi vestimenta.

Al oír esto, los ojos de Solofi se apagaron por un instante.

—Hubo un tiempo en que tú y yo vestíamos con la más fina seda de muaré bordada en oro.

—Así es —asintió Noda, en un tono igualmente sombrío. Pero al momento sus ojos brillaron al estudiar a Solofi—.

A lo mejor podemos volver a hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Solofi, olvidando temporalmente la pipa de hierbas felices que tenía en la mano.

—Hubo un tiempo en que fuimos reyes, aunque ahora tengamos que buscarnos la vida entre los huesos de los muertos y las vanidades de los vivos, como tantas otras ratas. ¿Qué clase de vida es esta? ¿No deseas volver a ser rey?

Solofi se echó a reír.

—El tiempo de los reyes Tiro se ha acabado. Los hombres ambiciosos ahora se postran a los pies de Kuni Garu y esperan poder pasar sus pruebas para servirle.

—No *todos* los hombres —dijo Noda, manteniendo la mirada de Solofi. Bajó la voz—. Cuando Huno Kríma y Zopa Shigin se conocieron, comenzaron una rebelión que acabó con la obra de Mapidéré. Cuando Kuni Garu conoció a Mata Zyndu, hicieron pedazos estas islas y luego volvieron a unir las. ¿No te parece una señal que después de diez años nos hayamos encontrado en este lugar, donde tantos fantasmas aún claman venganza contra Kuni Garu?

Doru Solofi se echó a temblar. El súbito frío que sentía parecía emanar del mausoleo situado a su espalda. La intensa mirada y la voz hipnótica de Noda Mi le estaban cautivando. Podía

entender que un hombre así convenciera a la gente para que le diera dinero... Se acordó del muchacho con dientes de tiburón que le había conducido hasta allí. *¿Sería realmente una señal? ¿Tendría razón Noda?*

—Hay otros que piensan como tú y como yo: nobles caídos en desgracia, veteranos del hegemón, estudiantes que no consiguieron plaza en los exámenes, comerciantes que no obtienen tantos beneficios como les gustaría haciendo trampas con los impuestos... Puede que Dara esté pacificada, pero los corazones de los hombres nunca están en paz. He aprendido mucho sobre cómo avivar las llamas del descontento y tú posees una

figura hecha para cabalgar al frente de una multitud. Los dioses querían que hoy nos encontráramos aquí para que *pudiéramos* reclamar la gloria que nos corresponde al emperador-mala hierba. Recuerda que hubo un tiempo en que él no era mejor que nosotros.

En ese momento un pequeño ciclón atravesó la necrópolis, azotando la nieve como el remolino caótico que en cierta ocasión se tragó a veinte mil soldados de Xana en un solo día.

Doru Solofi estiró los brazos y agarró a Noda Mi por los hombros.

—Así que vamos a hermanarnos y conjurémonos para acabar con la Casa del Diente de León.

CAPÍTULO TRES

PRÍNCIPES Y PRINCESAS

PALACIO IMPERIAL: SEGUNDO
MES DEL SEXTO AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

—¡Por favor, maestro Ruthi! ¡No tan deprisa! —gritaba la emperatriz mientras se apresuraba por el largo corredor que llevaba del ala privada de la familia a las áreas públicas en la

parte delantera del palacio. Por delante de ella, un anciano con un morral sobre el hombro marchaba a paso ligero, sin molestarse siquiera en mirar atrás.

Como el emperador no tenía hoy audiencia, Jia vestía una sencilla túnica de seda que le permitía correr, en vez de la túnica formal de la corte, engalanada con cientos de dyrans de jade y coral, la pesada y alta corona de plata y bronce y esos zapatos palaciegos de tres pies de largo que parecían pequeñas barcas. Andaba tan deprisa que le costaba trabajo mantener la respiración y su rostro arrebatado tenía el color de su encendido cabello pelirrojo. Junto a ella corría una comitiva de docenas de

damas de honor, cortesanos y guardias de palacio, que mantenían su paso al no poder adelantarla sin haber recibido la orden de detener al hombre que escapaba, cosa que, por supuesto, no iba a hacer. La situación era realmente incómoda para todos los implicados.

La emperatriz se detuvo y los guardias, cortesanos y damas de compañía patinaron hasta parar bruscamente, en tanto algunos chocaron entre sí, en medio de un estrépito de armaduras y armas, jadeos de sorpresa y tintineos de joyas. La emperatriz Jia recobró el aliento y gritó:

—¡Kon Fiji sostenía que un hombre instruido no debe obligar a quienes

buscan conocimiento a correr tras él!

Zato Ruthi, el tutor imperial, redujo el paso y se detuvo suspirando. Pero no se volvió.

Jia le alcanzó a un paso digno, todavía jadeando.

—Su majestad imperial —dijo Ruthi, aún sin girarse—, me temo que posiblemente no se me pueda considerar un hombre instruido. Sería mejor que buscarais otros profesores con talento para los príncipes y las princesas. Mantenerme en el cargo solo arruinaría su educación —su voz era tan dura, que las palabras parecían rebotar en las paredes como castañas asadas.

—Admito que los niños pueden ser

algo revoltosos y traviesos —dijo la emperatriz, toda sonrisas—, pero *precisamente* por eso tenéis que disciplinar su mente con la sensatez de los sabios...

—¡Disciplina! —le interrumpió Ruthi. Las damas de compañía y los cortesanos se estremecieron, pues nadie interrumpía a la fogosa emperatriz, pero estaba claro que las palabras de Jia le habían tocado la fibra sensible y a Ruthi ya le daba todo igual—. ¡Yo intento inculcarles el sentido de la disciplina y esto es lo que consigo con mi esfuerzo! ¡No sabemos dónde se encuentran todos los príncipes y las princesas cuando se supone que deberían estar en sus

aposentos trabajando en las redacciones que les he impuesto como castigo!

—Bueno, para ser justos, no *todos* ellos. Fara continúa en su habitación practicando sus ideo...

—¡Fara tiene cuatro años! Estoy seguro de que los otros se la habrían llevado con ellos si no pensarán que sería un estorbo en la travesura que estaban planeando. ¡Y han tenido la audacia de dejar a los sirvientes haciendo ruido de papeles en sus habitaciones para que si pasaba cerca pensara que estaban trabajando!

—Está claro que esos trucos infantiles no sirven ante un maestro perspicaz como...

—¡No se trata de *eso*! Emperatriz, sabéis que he hecho cuanto estaba en mi mano para enseñar a los niños, pero incluso el hombre más paciente tiene sus límites. Escabullirse de sus tareas de castigo está mal, pero fijaos en esto. ¡Mirad! —se descolgó la bolsa que llevaba al hombro y se dio la vuelta para mostrar a la emperatriz la parte de atrás de su túnica.

Había un pareado escrito sobre la tela con infantiles letras zyndari:

*Mientras rumia, toco la
cítara para la vaca.
La vaca me mira y
parece decir: no me*

des la lata.

Los cortesanos y las damas de compañía crisparon los rostros para contener la risa.

Ruthi los fulminó con la mirada.

—¿Creéis que tiene gracia ser comparado con el tonto que tañía la cítara para las vacas en el poema de Lurusén y luego se quejaba de que no le entendían? No es extraño que al conocimiento le cueste tanto arraigar en un suelo tan árido.

El séquito de la emperatriz palideció y miró a otro lado. Pero Jia ignoró la ofensa implícita.

—Otra manera de interpretarlo —

sugirió con voz sosegada— es alegrarse por el hecho de que el esfuerzo que hacéis por enseñarles textos clásicos ha calado en ellos. Nunca había visto a ninguno de los niños —con la posible excepción de Timu, que siempre ha sido muy aplicado— citar a Lurusén.

—¿Creéis que eso debería satisfacerme? —bramó Ruthi, y hasta Jia se encogió—. ¡Y pensar que en tiempos discutí con Tan Féuji y Lügo Crupo sobre la senda correcta para el buen gobierno! Ahora tengo que aceptar las ofensas de niños traviesos... —su voz se resquebrajó y parpadeó nerviosamente unas cuantas veces, respiró profundamente y añadió—:

Vuelvo a casa, a Rima, para refugiarme en una cabaña del bosque y continuar con mis estudios. Lo siento, emperatriz, pero es imposible enseñar a los hijos del emperador.

Una nueva voz resonó con fuerza entrando en escena.

—¡Oh, maestro Ruthi, qué injusto sois con los niños! Me causa un gran dolor verlos tan incomprendidos.

Ruthi y Jia se volvieron hacia el que hablaba. Desde el otro extremo del corredor se acercaba un hombre de mediana edad cuya túnica bien cortada no conseguía disimular por completo su barriga. Mostraba una expresión triste e iba rodeado por un séquito de guardias y

cortesanos. Era Kuni Garu, ahora conocido por el nombre de Ragin, emperador de Dara.

Gracias, articuló Jia con los labios en dirección de Dafiroy Miro, capitán de la Guardia de Palacio, que encabezaba el séquito del emperador y asintió con mudo reconocimiento. Miro había corrido a buscar al emperador tan pronto como Zato Ruthi comenzó a gritar ante las habitaciones vacías del príncipe Timu, el príncipe Phyroy y la princesa Théra.

A pesar de su indignación, Zato Ruthi no podía ignorar las reglas de decoro de la corte. Hizo una profunda reverencia.

—*Rénga*, disculpad que me haya

puesto furioso, pero es evidente que he perdido el respeto de los niños.

El emperador sacudió su cabeza como una matraca.

—¡No, no, no! —dijo retorciéndose las manos de forma teatral para mostrar su aflicción—. Oh, esto me recuerda mucho a mi juventud, cuando estudiaba con el maestro Tumo Loing. ¿Por qué los niños Garu siempre tienen la desgracia de ser juzgados erróneamente?

—¿Qué queréis decir? —preguntó Ruthi.

—Habéis malinterpretado por completo los versos compuestos por mis hijos —dijo el emperador.

—¿Eso he hecho?

—Completamente. Nadie conoce mejor a unos niños que su padre. Los tres estaban claramente avergonzados por su comportamiento, sea lo que fuera que hicieran.

—Se inventaron una historia tonta sobre cómo Kon Fiji había sido engañado por una compañía de ópera popular en lugar de practicar...

—¡Correcto! ¡Es terrible, terrible! Por eso se dieron cuenta de que tenían que disculparse ante vos.

El rostro de Ruthi se contorsionó en una serie de complicadas expresiones mientras se esforzaba por encontrar palabras para plantear la pregunta de un modo respetable.

—¿De qué manera se puede interpretar como una *disculpa* la nota que escribieron en mi espalda?

—Mirad, ellos se están comparando con las vacas, bestias necias incapaces de entender la belleza de la música interpretada para ellas. Lo que están diciendo, parafraseando un poco, es: «Maestro, sentimos profundamente haberos enojado. Nos gustaría aceptar el pesado arado bajo vuestra guía y trabajar en los campos del conocimiento».

Dirigidos por el capitán Dafiro Miro, los cortesanos y damas de compañía asintieron enérgicamente dándole la razón y se pusieron a apoyar al

emperador como un coro de pájaros gorjeantes.

—¡Qué humildad la de los príncipes!

—¡La princesa está verdaderamente arrepentida!

—¡Nunca jamás había visto una nota de disculpa tan sincera!

—¿Dónde está el cronista de la corte? ¡Debe registrar esta fábula del profesor sabio como un dyran y los alumnos brillantes como un halcón!

—¡Sin olvidar al emperador que interpretó todo con la astucia de una cruben!

Kuni les hizo un gesto impaciente para que se callaran. Aunque los asistentes tenían buena intención, se

podría decir que estaban sobreactuando.

Jia intentaba mantener la expresión seria. Recordaba la época de su cortejo con Kuni y el papel esencial que desempeñaron las interpretaciones poco ortodoxas de Lurusén.

A medida que Ruthi reflexionaba sobre las palabras del emperador, su rostro pareció relajarse un poco.

—Entonces ¿por qué lo escribieron a escondidas en la parte de atrás de mi túnica? Creo que fue cuando Phyro se ofreció a darme un masaje en la espalda mientras yo continuaba enseñando retórica a los demás. No parecen ser maneras de ofrecer una disculpa sincera.

—Como dijo Lügo Crupo en una

ocasión, «debemos interpretar las palabras y las acciones guiados por la luz de las intenciones» —Kuni suspiró—. El punto de vista lo es todo. Mis hijos estaban intentando poner en práctica la máxima moralista de que una disculpa sincera debe proceder del corazón y no realizarse para cubrir las apariencias. Pediros disculpas momentos después de vuestro enfado habría demostrado poca sinceridad. Al escribir este poema en la parte de atrás de vuestra túnica, tenían la esperanza de que lo descubrierais al cambiaros de ropa por la noche para poder captar su auténtico significado en un momento de tranquila contemplación.

—¿Pero por qué se han escapado en lugar de trabajar en las redacciones en sus aposentos, como les dije que hicieran?

—Eso es... ejem... —el emperador parecía tener problemas para encajar esa parte en la historia que estaba tejiendo, pero en ese momento aparecieron los verdaderos culpables. Risana, la consorte imperial, llegaba por el corredor arrastrando a los tres que habían hecho novillos.

—La señora Soto y el chambelán Krin les pillaron intentando regresar a hurtadillas a sus habitaciones —dijo una sonriente Risana—. Iban vestidos como plebeyos y no hay duda de que por eso

los guardias que salieron a buscarles por la ciudad no pudieron encontrarlos de inmediato. Soto y Otho me los trajeron y yo les he contado el lío gordo en que se encuentran, así que aquí están para que se expliquen ellos mismos —y se inclinó ante el emperador y la emperatriz en *jiri*.

—¡Papá! —gritó Phyro corriendo hasta el emperador y abrazándole las piernas.

—Padre —dijo Théra, sonriendo como si todo estuviera bien—. ¡Tengo que contarte una historia!

—*Rénga* —dijo Timu con una profunda reverencia, tocando el suelo con las palmas de las manos—. Tu necio

pero leal hijo está a tu servicio.

Kuni asintió a Théra y a Timu y separó a Phyro de sus piernas con suavidad pero con firmeza.

—Estaba explicando al maestro Ruthi, que está muy enfadado, vuestra torpe disculpa.

Timu parecía confundido.

—¿Qué...?

—Sí, vuestra *disculpa* —Kuni le cortó y miró a Théra y a Phyro severamente. Los tres se miraron un instante.

—Oh, sí... fue idea mía —dijo Phyro—. Me sentí tan mal cuando el maestro Ruthi nos chilló que tenía que hacer algo para arreglarlo.

—Ya me parecía que esos garabatos llevaban tu firma —dijo Kuni—. Y entonces decidisteis huir avergonzados, ¿tengo razón?

—*Eso* fue idea mía —dijo Théra—. Pensé que debíamos presentar nuestras disculpas con actos, no solo con palabras. Así que les propuse ir a buscar algunos regalos para el maestro Ruthi antes de escribir las redacciones de castigo —manteniendo la frente agachada, se acercó a Zato Ruthi y le entregó un par de platicos—. Se los compré a un comerciante que dijo que estaban fabricados en Na Thion, vuestra ciudad natal.

—Pero se supone que son recibos del

pa... —Timu enmudeció cuando Théra le fulminó con la mirada.

Théra miró de soslayo a Kuni y padre e hija intercambiaron sonrisas casi imperceptibles.

Ruthi examinó los platos y movió la cabeza.

—Da la impresión de que procedan de alguna taberna barata... mirad, incluso llevan aquí un signo pintado para los analfabetos. ¿No es esto un *kunikin* de tres patas? ¿Y que son estos números escritos en la parte de atrás?

—¡Oh, no! —Théra dio un grito de espanto y su expresión se descompuso—. De hecho me parecían algo ordinarios, pero el comerciante

consiguió convencerme. Me dijo que los números representan al horno y al artista.

—¡Eso es ridículo! Tienes que tener cuidado cuando vayas al mercado, Théra. Está lleno de estafadores —Ruthi parecía regañarla, pero su voz era amable—. Pero bueno, es la intención lo que cuenta.

—Oh, eso me recuerda... —dijo Phyro palpando su túnica y sacando de la manga una bolsa medio vacía de cacahuetes dulces tostados—. Os los traje porque sé que os gustan —pareció avergonzado—, pero olían tan bien que no pude evitar probar algunos...

—No pasa nada —dijo un Ruthi

apaciguado—. Es difícil para un chico resistir la tentación. Cuando tenía tu edad, gastaba toda mi asignación en bayas silvestres caramelizadas... pero Phyro, debes aprender a controlarte mejor con el tiempo. Eres un príncipe, no un pilluelo de la calle —se giró hacia Timu, su mejor alumno—. ¿Y tú qué tienes que decir, jovencito?

—Mmm... la verdad es que yo...
Mmm...

Kuni frunció el ceño.

Jia suspiró para sus adentros. Su hijo siempre había sido correcto y amable, pero carecía de sentido común para darse cuenta de cuándo era necesario seguir la corriente. Estaba a punto de

hablar cuando intervino Risana.

—Estoy segura de que, como primogénito, el príncipe Timu pensaba que tenía que encontrar el mejor regalo para expresar su arrepentimiento. Pero no encontraste nada en el mercado que estuviera a la altura del honor y la gran consideración en que tienes a tu profesor, ¿verdad?

Ruthi miró a Timu, que asintió todo ruborizado.

Risana continuó:

—Así que decidiste expresar tus sentimientos esta tarde, con una redacción bien escrita.

Risana era conocida por su habilidad para intuir los verdaderos sentimientos

de quienes la rodeaban, por lo que los niños siempre habían sido más francos con ella que con sus otros progenitores. Ruthi quedó convencido.

—Lo que sentíais era lo adecuado y vuestra intención era buena —dijo Ruthi a los niños, más en el papel de abuelo que en el de tutor imperial.

—Todo ello gracias a vuestras solícitas enseñanzas, por supuesto —dijo Jia—. Me alegro de que hayamos aclarado este terrible malentendido.

—De todas formas, como su comportamiento os ha enfadado tanto —dijo Kuni adoptando un semblante severo—, lo adecuado sería aumentar el castigo. Creo que los tres deberían

ayudar a los criados a limpiar las letrinas durante una semana.

Los niños parecían abatidos.

—Pero *Rénga* —dijo Ruthi horrorizado—, creo que resulta desproporcionado en comparación con la ofensa. Todo esto empezó porque los niños se aburrían estudiando la *Moralidad* de Kon Fiji. Creo que las redacciones que les mandé son suficiente castigo y todo lo ocurrido después ha sido una serie de malentendidos.

—¿Qué? —preguntó Kuni, con la voz forzada por la incredulidad—. ¿Les aburría el Verdadero Sabio? ¡Eso es todavía más grave! ¡Dos semanas de

limpieza de letrinas! ¡Tres!

Ruthi se inclinó y mantuvo su frente agachada.

—Es comprensible que los preceptos abstractos de Kon Fiji resulten demasiado densos para ellos. Los príncipes y las princesas son tan inteligentes que a veces olvido que aún son jóvenes y están llenos de vida, y parte de la culpa es mía por ser demasiado exigente con ellos. El profesor que exige demasiado a sus alumnos es como el hortelano que estira de las pequeñas plantas en el semillero con la esperanza de ayudarlas a crecer, cuando en realidad consigue lo contrario. Si vais a castigarles, por

favor, castigadme a mí también.

Los tres niños se miraron entre sí y se hincaron de rodillas inclinándose ante Ruthi hasta tocar el suelo con la frente.

—Maestro, la culpa es nuestra. Estamos verdaderamente arrepentidos e intentaremos hacerlo mejor.

Kuni estiró los brazos y levantó a Ruthi de los hombros hasta que recuperó la posición erguida.

—No tenéis nada que reprocharos, maestro Ruthi. Tanto yo como las madres de los niños os agradecemos el modo en que os entregáis a su educación. Así que dejo el castigo enteramente en vuestras manos.

Lentamente, Zato Ruthi se dirigió

junto a los niños a su aposento situado en el ala familiar de palacio, habiendo olvidado su intención de volver a su casa en Rima.

—Oh, maestro Ruthi, ¿sabíais que el hegemon anhelaba que le comprendieran? —preguntó Phyro mientras caminaba ligero junto a su profesor.

—¿De qué estás hablando?

—Escuchamos a un narrador realmente genial en...

—En el mercado —interrumpió Théra antes de que Phyro estropeará la paz tan duramente ganada al mencionar la taberna—, cuando pasábamos por allí.

—En el mercado, sí —confirmó Phyro—. Estaba contando una historia sobre el hegemón, el rey Mocri y la señora Mira. Maestro, ¿nos contaréis más historias sobre ellos? Seguro que sabéis muchas cosas sobre lo que sucedió, igual que la tía Soto, y esas historias son mucho más interesantes que... mmm, Kon Fiji.

—Bueno, lo que yo conozco son los hechos *históricos*, no las fábulas que os cuenta vuestra aya, pero quizá podamos incorporar más historia a vuestras clases si estáis tan interesados...

Kuni, Jia y Risana escuchaban mientras las voces iban desvaneciéndose en el corredor —Phyro

charlando y riéndose y Ruthi explicándole pacientemente—, aliviados de haber podido evitar otra crisis familiar. Que el tutor imperial dimitiera porque era imposible enseñar a los príncipes y las princesas habría sido un escándalo considerable, especialmente si ocurría durante el mes en que tenía lugar el Gran Examen, toda una fiesta de la erudición.

—Mis excusas, *Rénga* —dijo el capitán Dafiro Miro—. Debería haber vigilado más de cerca a los niños e impedido que se escabulleran del palacio sin protección. Este fallo de seguridad es imperdonable.

—No tienes la culpa —dijo Risana

— Ya cuesta bastante vigilar a niños normales y con ellos es diez veces peor. Sé que sientes que tienes limitaciones a la hora de hacer tu trabajo porque ellos son tus señores, pero te doy permiso para que traigas a Phyro de la oreja si vuelve a intentar algo que ponga en peligro su seguridad.

—Yo también te autorizo a que hagas lo mismo con Timu y Théra —dijo Jia—. Lo cierto es que se nos están yendo de las manos y ahora dudo de si toman cada mañana las hierbas que les prescribí; ¡se supone que la receta les vuelve algo más contemplativos y menos salvajes!

Kuni se echó a reír.

—¡No hace falta que tratemos a unos niños llenos de vida como si necesitaran medicinas! ¿De verdad es tan malo que paseen por el mercado sin un puñado de guardias y sirvientes a su lado? ¿Cómo, si no, van a conocer la vida de la gente? Así es como yo crecí.

—Pero los tiempos no son los mismos —dijo Jia—. La posición que tienen como hijos tuyos les hace vulnerables ante quienes te desean mal. No deberías ser tan indulgente con sus travesuras.

Kuni asintió reconociendo las palabras de Jia.

—De todas formas —añadió—, las travesuras de Phyro me recuerdan mucho

a las mías.

Risana sonrió.

Jia arrugó el entrecejo por un momento, pero enseguida estaba tan plácida y majestuosa como antes.

—*Ada-tika* está muy enfadada porque no la lleváramos con nosotros —dijo Phyro al entrar en el cuarto de Théra cerrando la puerta tras él—. Le he dado todas las bayas de mono caramelizadas que tenía y aún seguía con la rabieta. Tía Soto le está contando un cuento ahora, así que tenemos algo de tiempo para nosotros.

—Intentaré pensar en alguna aventura que la incluya la próxima vez —dijo Théra.

—Iré a leerle un libro esta noche —
dijo Timu.

Ada-tika, cuyo nombre formal era princesa Fara, era la hija más pequeña de Kuni. Como su madre, la consorte Fina, murió muy pronto, los demás niños la trataban con mucha delicadeza.

La consorte Fina fue una princesa de la Casa de Faça. Kuni Garu la desposó para asegurar la lealtad de los antiguos nobles de Faça, ya que dicho reino fue uno de los últimos conquistados por el ejército de Dasu y ninguna figura importante del círculo más cercano de consejeros y generales de Kuni procedía de allí. Fue el primero de una serie de matrimonios políticos planeados para el

nuevo emperador. Sin embargo, Fina murió al dar a luz a Fara y Kuni no quiso oír hablar más de matrimonios políticos, argumentando que era una señal de que los dioses no veían con buenos ojos esas uniones.

—No nos queda mucho tiempo antes de la cena si queremos ayudar a Zomi —dijo Phyro.

—Ya lo sé —respondió Théra—. Estoy pensando —se mordió la uña mientras daba vueltas al problema en su cabeza.

Debido al valor demostrado por la *cashima* —y también, aunque eso no se mencionara, a la gratitud por el modo enérgico en que había defendido el

honor de su padre, el emperador— los niños habían prometido ayudarla a entrar a la Sala de Exámenes, aunque hubiera perdido el pase. Zomi agradeció su interés, pero en realidad no se tomó en serio la promesa de tres niños en una taberna, aunque diera la impresión de que procedían de una familia acaudalada. De mala gana les dio la dirección de su hostel a la vez que hacía hincapié en que no tenía tiempo para juegos.

—Deberíamos haberle dicho quiénes éramos —dijo Phyro.

—Su falta de confianza aún hará más delicioso nuestro triunfo —dijo Théra sonriendo.

—¡No podemos permitir que la gente sepa que andábamos por las calles vestidos de plebeyos! —dijo Timu—. Es completamente contrario al protocolo.

Phyro le ignoró.

—¿Por qué no vamos directamente a hablar con papá y le pedimos que haga una excepción?

Théra negó con la cabeza.

—No puede romper las reglas para intervenir a favor de cualquier candidato, sea cual sea el motivo. No se consideraría imparcial.

—¿No podemos pedir a Daf que envíe una aeronave para que regrese a Dasu y que tío Kado le entregue un

nuevo pase?

—En primer lugar, el tío Kado no está en Dasu, sino en la isla de la Media Luna —dijo Théra—. Y ya sabéis que deja que su regente maneje todo por él en Dasu, así que ni siquiera sabría quién es Zomi.

—Entonces, ¿por qué no enviamos a Zomi a ver al regente?

—Dasu está demasiado lejos. Le llevaría dos días llegar hasta allí, incluso con la aeronave más rápida. No contamos con ese tiempo, puesto que el Gran Examen es mañana. *Tienes* que estudiar más, Hudo-*tika*. No sabes nada de geografía. Además, ese gesto público incomodaría a Zomi y podría

perjudicarla en los exámenes.

—Entonces... ¿podemos hablar con el tío Rin?

Théra reflexionó sobre esa propuesta.

—Es cierto que el tío Rin está a cargo de la seguridad en la Sala de Exámenes y siempre procura seguirnos la corriente, así que no es mala idea. El problema es que los pases se recogen junto a las respuestas finales de todos los participantes en las pruebas y se entregan conjuntamente a los jueces. No es suficiente con que Zomi pueda entrar a la sala, tenemos que entregarle un pase auténtico. Ni siquiera el secretario de clarividencia está autorizado a

proporcionar pases para el examen.

—¿Y no podemos falsificar nosotros un pase para ella?

—¿Crees que los procedimientos de seguridad del tío Rin son mera fachada? Todos los pases proceden de un único pliego de papel con hilos de oro incrustados directamente en su fabricación de tal forma que el modelo de cada pliego es único; luego distribuyen los pases en blanco recortados de esa hoja a las distintas provincias y feudos según el número de candidatos a *cashima* previstos. Los pases que no se utilizan son devueltos. Tras el examen, el tío Rin reúne los pases usados y los no usados formando

un gran puzle, encajando los hilos de oro, de modo que si hay alguno falsificado será evidente.

—¿Cómo sabes tanto sobre esto? —dijo Timu maravillado, uniéndose finalmente a la discusión—. No tenía ni idea de que te interesaban tanto los exámenes imperiales.

—Solía fantasear con que algún día yo misma me presentaría a esos exámenes —admitió Théra con sonrojo.

—¿Quéee? —preguntó incrédulo Timu—. Pero eso no es...

—¡Ya sé que no es posible! No tienes que explicármelo...

—Pero ¿por qué ibas a querer hacerlo? ¡Hay que estudiar un montón!

—Siendo príncipes, cuando seáis mayores trabajaréis en cosas importantes para nuestro padre —dijo Théra—. Pero a Fara y a mí... simplemente nos casarán.

—Estoy seguro de que te pondrá a cargo de algo si se lo pides —dijo Phyro—. Dice que eres la más inteligente de todos nosotros, y también hay mujeres en puestos altos.

Théra sacudió la cabeza.

—Son tan raras como los cuernos de cruben y las escamas de dyran... además... no lo entiendes. Para vosotros es fácil trabajar para nuestro padre sin ninguna cualificación porque sois chicos y se supone que... algún día le

reemplazaréis. Pero para mí... bueno, qué más da, eso no es importante ahora. Vamos a centrarnos en cómo ayudar a Zomi. Necesitamos convencer a alguien con la autoridad suficiente para emitir pases de que le dé otra oportunidad.

—Mientras te dedicas a eso, yo voy a empezar las redacciones para los tres. No se me dan bien las intrigas, pero al menos puedo desocuparos para que os concentréis en ello. Pero acordaos de reservar algo de tiempo para copiar esta noche mis borradores de vuestro puño y letra.

Aunque Timu lo explicaba como si fuera fácil, Théra sabía que no era sencillo escribir simulando ser otro.

Timu no solo sabía las referencias exactas que debía hacer, las lecciones de moral adecuadas que había que extraer y la estructura apropiada para reunir los argumentos, sino que además tendría cuidado de escribirlo de manera que las redacciones parecieran escritas por Phyro y Théra. Timu era realmente muy inteligente, aunque no de la manera que apreciaba su padre, y Théra sabía que a veces tenía celos de ella y de Phyro, aunque intentaba que no se notara.

—Gracias, hermano mayor —dijo Théra—. Pero no quiero que lo hagas. Phyro y yo escribiremos nuestras propias redacciones.

—¿Ah, sí? —preguntó Phyro sorprendido.

—Y tanto —dijo Théra con firmeza—. Puede que la «disculpa» empezara como otra broma, pero lo que hicimos al maestro Ruthi me hace sentirme mal. Él realmente quiere lo mejor para nosotros; ni siquiera dejó que nos castigaran más de lo que merecíamos.

—Bueno, a lo mejor no es tan malo —dijo Phyro a regañadientes.

—Además, Phyro, recuerda la historia sobre el hegemón y el rey Mocri. Es una cuestión de honor.

Los ojos de Phyro se iluminaron.

—¡Sí! Somos como los reyes Tiro de antes: príncipes y princesas honorables

que poseen la gracia de los reyes.

—Me alegro mucho de oír eso —dijo Timu aliviado—. Escribir una redacción con la clase de errores lógicos que Hudo-*tika* comete habitualmente sería una *tortura*.

Las doncellas y los criados que se apresuraban por los salones del palacio no aminoraron su paso al escuchar las nítidas carcajadas y los gritos indignados de protesta que resonaron en los aposentos de la familia imperial.

—...no se nos ocurrió nadie más que pudiera ayudarnos —dijo Phyro.

—Nadie —reafirmó Théra—. Esta es una misión que exige el valor de

Fithowéo y la sabiduría de Lutho, por no mencionar la compasión de Rufizo y...

—Y la temeridad de Tazu — interrumpió Gin Mazoti, reina de Géjira y mariscal de Dara.

Gin había recibido a los niños en su dormitorio en lugar de en una sala más formal. En muchos aspectos, los niños la consideraban de la familia.

Había llegado al palacio imperial ese mismo día. No solía visitar con frecuencia la capital puesto que la administración de Géjira y la supervisión de los asuntos militares de un imperio disperso pero vasto la mantenían ocupada, pero la celebración del primer Gran Examen del reinado de

Los Cuatro Mares Plácidos era una ocasión especial y tenía grandes esperanzas de que algunos estudiantes de Gėjira destacaran.

—Ejem... yo lo dejaría así —dijo Théra—. Creo que deberíamos centrarnos en el valor, la sabiduría y la compasión...

—Los cumplidos no son lo tuyo, *Rata-tika* —dijo Gin—. Has venido a proponer que me una a vuestra conspiración para que te proteja de la ira de tu padre cuando vuestro estúpido plan salte por los aires.

—¡Te equivocas con nosotros, tía Gin! El punto de vista lo es todo...

—¡Oh, ya basta! ¿Crees que puedes

engañarme con tus estratagemas? Niños, recordad que os conozco desde que hacíais buñuelos de barro y jugabais con espadas de ramas de sauce. Sé cómo os funciona la cabeza. Como dicen los campesinos, «en cuanto os bajáis los pantalones, sé el color de vuestra mierda».

Los niños se rieron nerviosamente. Esa era una de las razones por las que les gustaba su tía Gin: nunca se daba ínfulas con ellos y les hablaba tan gráficamente como hacía con sus soldados.

A sus treinta y tantos años, Gin Mazoti seguía llevando el pelo al rape y, a pesar de que llevaba la vida de una

reina, su cuerpo compacto aún era musculoso y ágil, como un arrecife abrupto enfrentado al mar o una serpiente enroscada lista para atacar. A un lado había una espada apoyada contra la cómoda. Aunque solo los miembros de la familia imperial o los guardias de palacio estaban autorizados a llevar armas en palacio, el emperador Ragin había concedido este honor especial a la reina Gin. Ella era la comandante en jefe de todas las fuerzas armadas del imperio, tal vez el miembro de la nobleza más poderoso de toda Dara, pero ahora unos niños estaban dándole la lata para convencerla de que participase en un juego peligroso: violar

la seguridad del Gran Examen.

La vida con Kuni Garu es siempre interesante.

—Ayúdanos, tía Gin —dijo Phyro. Esgrimíó su mejor sonrisa añadiéndole un pequeño gimoteo—. Por favooooor.

Entre los hijos de Kuni, Gin siempre había tenido predilección por Phyro. Esto se debía, solo en parte, a que Phyro era brillante y siempre le suplicaba que le contara historias sobre la guerra. La realidad era que Gin se llevaba mejor con la consorte Risana que con las otras esposas de Kuni. En los tiempos en que Kuni se encumbró, el hegemón había mantenido a Jia como rehén mientras Risana cabalgaba a su lado, y Gin había

aprendido a respetarla como consejera del rey. Guardaba en secreto la esperanza de que Kuni designara a Phyro su príncipe heredero.

—Es verdad que todavía conservo algunos pases de más —dijo Gin—. Pero, según las reglas, su utilización está reservada para casos especiales, como reemplazar el pase de algún candidato de Gójira que hubiera perdido el suyo, no para que alguien de Dasu consiga acceder al salón de exámenes.

—Pero esta es una circunstancia *extraordinaria* —dijo Théra—. Ella perdió su pase solo por su valentía; estaba defendiendo a un inocente.

—Estaba defendiendo el honor de

papá —añadió Phyro.

—En ocasiones, el valor y el honor tienen su precio —dijo Gin—. Siempre podría volver a casa y esperar otros cinco años.

—Pero en cinco años tendría que competir contra todos los nuevos y antiguos *cashima* por las pocas plazas asignadas a Dasu.

—Ya ha conseguido aprobar los exámenes de segundo nivel en una ocasión. Estoy segura de que puede sobresalir una vez más.

—¿Te preocupa que pueda superar a los estudiantes de Gójira?

La sangre se agolpó en el rostro de Gin y se quedó mirando a Théra por un

momento, pero luego se echó a reír.

—Estás mejorando tus artes de manipulación *Rata-tika*, pero yo ya tramaba estratagemas antes de que tú echaras a andar.

Théra se sonrojó al ver descubierto su truco, pero se negó a rendirse.

—¿Te hubiera gustado que el primer ministro Cogo Yelu no te hubiera recomendado a mi padre cuando estabas en Dasu y te hubiera pedido que esperaras pacientemente hasta que destacaras por ti misma con el tiempo?

El rostro de Gin se ensombreció.

—Eres demasiado atrevida, princesa.

—Ella se merece una oportunidad, al igual que tú entonces. No es la hija de un

comerciante rico ni procede de una familia de estudiosos. En realidad, es tan pobre que tiene que llevar una espada de madera pintada porque no tiene dinero para comprar una de verdad. Yo pensaba que, precisamente tú, tendrías compasión de ella. ¿Has sido reina tanto tiempo que...?

—¡Ya basta!

Théra se mordió el labio inferior, pero no dijo nada más.

—Tía Gin —Phyro abrió la boca—. ¿Te da miedo la emperatriz?

Gin arrugó el ceño.

—¿De qué estás hablando, Hudo-tika?

—Oí a la emperatriz decir al primer

ministro Yelu que quería que dirigiera este examen con especial ecuanimidad y cumpliera estrictamente las reglas. Le dijo: «Hay demasiados nobles que piensan que pueden conseguir un pase a la Sala de Exámenes para los hijos de sus amigos mediante efusivas cartas de recomendación. Debes garantizar que los resultados sean justos».

—¿Eso dijo?

—Sí. Escribió una carta enfadada al marqués Yemu porque había entregado uno de los pases a su sobrino, que no había tenido tan buena puntuación como otros candidatos, y el marqués tuvo que disculparse.

—¿Qué dijo de eso el emperador?

Phyro arrugó las cejas.

—Déjame pensar... Creo que papá no dijo nada.

—¿Ni siquiera dio a Yemu la oportunidad de explicarse?

Phyro y Théra sacudieron la cabeza.

Gin pareció pensativa un rato mientras procesaba esa información y luego volvió a mirar fijamente a Théra.

—¿Sabe algo la emperatriz de esta amiga vuestra? —habló en el tono imperioso que le correspondía a la mariscal de Dara, sin ninguna de las inflexiones cariñosas que habitualmente usaba al dirigirse a los hijos del emperador—. No me mientas.

Théra tragó saliva pero mantuvo la

mirada firme.

—No, madre no lo entendería.

Gin aguardó un instante.

—¿Por qué estáis tan obsesionados en conseguir que esta joven estudiante consiga llegar al Gran Examen, princesa?

—Ya te lo he dicho. ¡Porque es valiente!

Gin sacudió la cabeza.

—Sabes perfectamente lo severos que son tus padres con las reglas que rigen el Gran Examen. Sin embargo, estás aquí, prácticamente pidiendo a gritos un escándalo.

—¡Te estoy diciendo la verdad! ¿Por qué iba a...?

—¿Puede que no tenga la habilidad de leer en los corazones de las personas que posee la consorte Risana, pero sé que no es solo que estés impresionada por un acto de valentía! ¿Qué es lo que realmente quieres?

—¡Quiero justicia! —chilló Théra—. ¡Las reglas son injustas!

—¿Qué tienen de injusto las reglas? Todo el mundo necesita un pase...

—¡Pero yo no puedo conseguir un pase por mucho que lo intente! —vociferó Théra. Phyro, que nunca había visto a su inteligente e imperturbable hermana en un estado así, se la quedó mirando boquiabierto.

Gin aguardó.

Théra consiguió por fin controlarse.

—Es una chica, igual que yo, pero al menos ella tiene la opción de presentarse a los exámenes para demostrar su valía. Incluso si mi padre me asignara un puesto oficial, los eruditos protestarían alegando que es impropio de una princesa dedicarse a la administración y todos murmurarían que solo me lo había dado por ser su hija. Nadie hará caso de lo que diga. Quiero presentarme al examen como las otras *cashima* y demostrar que sirvo. Pero como no puedo hacerlo, quiero que ella consiga su oportunidad.

—Eres demasiado joven para estar tan desilusionada con el mundo. ¿Acaso

no has estudiado los preceptos de Kon Fiji sobre el lugar adecuado para una noble de gran sabiduría? Hay otras formas de ejercer influencia...

—Kon Fiji es un idiota.

Gin se echó a reír.

—No cabe duda de que eres hija de tu padre. A él tampoco le convencía mucho el gran sabio.

—Ni a ti —dijo Théra desafiante—. Aunque el maestro Ruthi no hable mucho de ti, he escuchado historias sobre vosotros dos.

Gin sonrió y luego exhaló un suspiro.

—A veces pienso si no serás desafortunada por crecer en un tiempo de paz. Muchas de las reglas que los

sabios consideran indispensables quedan en suspenso en tiempos de guerra.

Entonces se levantó, buscó por su escritorio de viaje hasta descubrir un pequeño montón de papeles y tomó la hoja de arriba.

—¿Cómo se llama vuestra amiga?

Phyro y Théra le entregaron los ideogramas del nombre de Zomi.

—¿«La Perla de Fuego»? Es bonito —dijo Gin mientras la cera goteaba en el papel en blanco y luego grababa los ideogramas con un par de enérgicos trazos—. Su nombre también procede de una planta, por lo que armoniza bien con la Casa del Diente de León. A lo mejor

es un buen augurio.

Tomó el Sello de Géjira y lo estampó sobre la lámina de cera junto a los ideogramas.

—Aquí tienes —y entregó el pase con los datos a Phyro.

—¡Gracias, tía Gin! —dijo Phyro.

—Gracias, majestad —dijo Théra.

Gin hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—Esperemos que vuestra amiga valga la pena tanto como dices.

Mucho después de que los niños hubieran salido, Gin continuaba sentada en su escritorio.

A su espalda surgió un hombre de detrás de una cortina. Era ágil, de

miembros largos y se movía con gracia. Aunque tenía profundas arrugas en el rostro y el pelo entrecano, sus ojos verdes brillaban con una intensa energía.

—Es un nombre bonito —dijo el hombre—. Quizá tan refinado como su mente —hizo una pausa, como si estuviera pensando si añadir algo más. Luego dijo—: Tendrá más oportunidades aunque no llegue a participar en esta sesión del Gran Examen, pero acabas de entrometerte en el curso de los exámenes excediéndote en tus atribuciones.

Gin no se dio la vuelta.

—No me sermonees más, Luan. No estoy de humor.

La voz que le replicó era cálida,

aunque teñida de tristeza.

—Ya dije todo lo que tenía que decir en el banquete de Zudi hace cinco años. Si no estuviste dispuesta a escucharme entonces, está claro que no me harás caso ahora.

—Una vez se me concedió la oportunidad de prosperar; quizá sea la voluntad de Rufizo que yo dé a esta chica su oportunidad.

—¿Intentas convencerme a mí o a ti misma?

Gin se dio la vuelta riendo por lo bajo.

—Echaba de menos esa ridícula sinceridad que haces pasar por ingenio.

Pero Luan no sonreía.

—Sé por qué escribiste ese pase, Gin. Puede que seas una gran estratega, pero... no conoces el juego de la política. Sospechas que tenía razón cuando te avisé hace cinco años y ahora intentas comprobar si Kuni mantiene su confianza en ti mientras Jia prepara el terreno para su hijo.

—Haces que parezca una esposa insegura y celosa. Yo sé lo que he hecho por la Casa del Diente de León.

—Las contribuciones de Puma Yemu también fueron importantes, Gin, pero Kuni ni siquiera intervino para darle la oportunidad de salvar la cara cuando Jia le humilló. Si no puedes percibir estos vientos de cambio...

—Yo no soy Puma Yemu.

—Este ha sido un movimiento torpe,
Gin. No acabará bien.

Gin se dejó caer
despreocupadamente sobre la cama.

—No vamos a hablar más de esto.
Ven junto a mí. Veamos si te has
mantenido en forma deambulando en
globo durante cinco años.

Luan suspiró pero se echó en la cama
obedientemente.

CAPÍTULO CUATRO

EL GRAN EXAMEN

PAN: SEGUNDO MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

La Sala de Exámenes tenía un aspecto imponente.

Era uno de los pocos edificios cilíndricos de la Ciudad Armoniosa y tenía un diámetro de unos cuatrocientos pies. Levantado sobre el solar donde

había estado la antigua armería imperial de Mapidéré, extramuros del nuevo palacio imperial, era tan alto como las torres de vigilancia de la ciudad y los círculos concéntricos de tejas doradas del tejado centelleaban al sol, dando al edificio la apariencia de una flor gigantesca: algunos creían ver un crisantemo; otros, un diente de león.

El edificio era la joya del barrio académico de la ciudad, que, además de la Sala de Exámenes, albergaba la Academia Imperial, donde los *firoa* — aquellos que habían aprobado el Gran Examen con las cien mejores calificaciones— podían profundizar sus estudios con especialistas de diversas

materias; el Observatorio Imperial, donde los astrónomos observaban las estrellas y vaticinaban el futuro de Dara; los Laboratorios Imperiales, donde renombrados eruditos llevaban a cabo investigaciones en diversos campos; y las ordenadas hileras de dormitorios y viviendas individuales destinadas a los eruditos residentes y visitantes.

Tras ascender al trono, el emperador Ragin había hecho de la erudición uno de los puntales de la reconstrucción de Dara y la capital empezaba a rivalizar con Ginpen, en Haan, como centro de estudios.

El interior de la Sala de Exámenes, espaciosa y abierta, estaba formado por

una gran estancia circular de techo elevado. La mitad superior de la pared cilíndrica estaba compuesta por múltiples filas de ventanas, coronadas por una gigantesca claraboya con forma de ojo en el centro, que bañaban todo el recinto de luz solar. El suelo estaba dividido en anillos concéntricos de compartimentos para los examinandos, separados entre sí mediante tabiques de ocho pies de altura, con una capacidad para casi dos mil personas. En el centro, una gran columna sustentaba una plataforma aérea situada a poca distancia del techo, similar al puesto de vigía de un buque. Allí se sentaban los directores del examen, con una visión

panóptica del proceso que les permitía detectar si alguien hacía trampas. A mitad de altura entre el suelo y el techo, por encima de los participantes en la prueba pero por debajo de la plataforma de los directores de examen, había una pasarela elevada que rodeaba por completo la sala, por la que patrullaban los supervisores para mayor seguridad.

Mientras el sol se elevaba sobre las paredes del palacio, el duque Rin Coda, secretario imperial de clarividencia, observaba al primer ministro Cogo Yelu, sentado a su lado en la plataforma central.

—¿Alguna vez imaginaste, cuando estábamos en Zudi, que llegaría un día

en el que las personas más brillantes de Dara tendrían que responder a una pregunta tuya y seguir mis directrices si querían progresar? —preguntó Rin.

Cogo sonrió plácidamente.

—Creo que lo mejor es no preocuparse por el pasado. Hoy nos centramos en el futuro.

Molesto, Rin se volvió hacia la entrada de la Sala de Exámenes y ordenó:

—¡Abran las puertas!

Los *cashima* procedían de todos los rincones de Dara: de las legendarias academias de Ginpen, cuyas paredes y pórticos estaban recubiertos de hiedra y

campanillas moradas; de las escuelas al aire libre de Müning, donde maestros y alumnos deambulaban desde las plataformas colgantes hasta las barcazas que flotaban sobre las centelleantes aguas del lago Toyemotika; de las brumosas ágoras de Boama, donde profesores y estudiantes debatían ideas por la mañana antes de dirigirse a las praderas de las ovejas para hacer ejercicio y descansar; de las aldeas dispersas en los Anillos Boscosos que rodeaban Na Thion, donde solitarios eruditos contemplaban la naturaleza y el arte; de las deslumbrantes, lujosas y espléndidamente amuebladas aulas de Toaza, donde las actitudes cosmopolitas

se mezclaban con la actividad comercial; de los recintos de aprendizaje de Kriphi, donde, entre paredes de piedra, se ensalzaban las virtudes antiguas para mitigar el dolor causado por el sufrimiento reciente; de los gimnasios privados de Çaruza, donde se alineaban en el suelo las esteras de paja para que los alumnos pudieran estudiar tanto los libros como las artes marciales de lucha libre, boxeo y manejo de la espada.

Eran los mejores estudiantes de toda Dara. El sistema desarrollado por el emperador Ragin, ideado por el primer ministro Cogo Yelu y el tutor imperial Zato Ruthi, era una continuación

refinada de los antiguos sistemas de exámenes de los diversos estados Tiro y del imperio de Xana. El objetivo de los exámenes imperiales era filtrar y cribar, mediante preguntas estandarizadas y sistemas uniformes de puntuación, todo el talento que Dara podía ofrecer y sacar a la luz lo mejor, con independencia del origen de los examinandos, para ponerlo al servicio del emperador.

Cada año, estudiantes de toda Dara se sometían a los Exámenes Municipales anuales en la ciudad más próxima a su lugar de residencia. Quienes superaban dicho examen, cuyo temario iba desde astronomía y literatura hasta matemáticas y zoología acuática y

terrestre, alcanzaban el rango de *toko dawiji*. De cada cien estudiantes que se presentaban, no más de diez o veinte solían aprobarlo.

Luego, cada dos años, los *toko-dawiji* se presentaban a los Exámenes Provinciales, donde tenían que redactar trabajos sobre diversas materias. Estos ensayos eran juzgados de acuerdo con distintos criterios como erudición, intuición, creatividad, uso de pruebas y belleza de la caligrafía. Muchas veces, de cada cien *toko dawiji* no más de dos o tres obtenían el rango de *cashima*.

Por último, cada cinco años —y esta era la primera ocasión desde la fundación de la dinastía del Diente de

León— los *cashima* de todas las provincias y feudos se reunían en la capital regional y eran seleccionados para participar en el Gran Examen. Como a cada feudo y cada provincia se le asignaba un número limitado de pases, el gobernador, rey, marqués o duque tenía que escoger a los candidatos en función de la puntuación obtenida en las pruebas, el carácter, las recomendaciones, la presentación y muchos otros factores. Los *cashima* seleccionados, la flor y nata de los eruditos, acudían a Pan.

Todos ellos llevaban años preparándose para este momento, algunos toda la vida. Unos habían

superado los Exámenes Provinciales a la primera; otros lo habían intentado en múltiples ocasiones durante el tiempo de los reyes Tiro y bajo el imperio de Xana sin conseguirlo y, posteriormente, cuando la rebelión y la guerra del Crisantemo y el Diente de León interrumpieron los exámenes, habían esperado otra oportunidad hasta que el pelo se les puso blanco. Sus jornadas hasta llegar aquí habían sido prolongadas y arduas, no solo por los viajes en carruaje por caminos llenos de baches o por las travesías marítimas, sino también por las innumerables horas dedicadas a leer atentamente los pergaminos de los clásicos anu y los

códices de comentarios en detrimento de los placeres de la juventud, los veranos indolentes y los inviernos ociosos.

Los sueños de familias enteras dependían de ellos: nobles que habían ganado sus títulos mediante la espada y el caballo esperaban que sus descendientes pudieran sumar el honor a dichos títulos con el estilete y el pincel de escribir; comerciantes que habían amasado vastas fortunas buscaban el manto de respetabilidad que solo podían otorgarles unos retoños instruidos al servicio imperial; padres que habían fracasado en la búsqueda de gloria deseaban ver sus sueños redimidos por sus hijos; clanes que esperaban salir de

la oscuridad reunían sus recursos para apoyar a un único niño brillante. Muchos habían pagado a tutores caros que afirmaban conocer el secreto de la escritura del ensayo perfecto y muchos más habían pagado a charlatanes que vendían resúmenes y esquemas tan caros como inútiles.

Los *cashima* entraron en la Sala de Exámenes, entregando su pase a los guardias para una meticulosa inspección. Cada examinando también era minuciosamente cacheado para impedir que escondiera fajos de papeles repletos de densas anotaciones escritas en letras zyndari tan diminutas como la cabeza de un alfiler o ensayos

preescritos por algún negro en los voluminosos pliegues de sus túnicas o en las cumplidas mangas de sus vestidos cruzados. Nadie estaba autorizado a llevar siquiera su pincel o estilete favorito, ni ningún talismán obtenido en el templo de Lutho o en el de Fithowéo. ¡Al fin y al cabo, la Sala del Gran Examen *era* un campo de batalla para los estudiantes! Lo que se jugaban era tan importante que la tentación de hacer trampa era grande y el duque Coda estaba decidido a dirigir una prueba impecable.

Rin Coda leyó las instrucciones mientras los examinandos buscaban el lugar

asignado a cada uno y se instalaban:

—Durante los próximos tres días, vuestro compartimento será vuestro hogar. Comeréis en él, dormiréis en él y utilizaréis el orinal que encontraréis dentro. Si tenéis que salir por cualquier razón, perderéis la plaza en el examen de este año, porque no podemos permitir la posibilidad de que tengáis cualquier contacto con el exterior.

»En el compartimento que os ha sido asignado encontraréis un rollo nuevo de seda así como papel para borrador, pinceles, tinta, cera y estilete. Vuestra composición final debe caber dentro de la caja de madera situada en la esquina superior derecha del escritorio con la

tapa cerrada, así que planificad cuidadosamente vuestros ideogramas. Recibiréis comida tres veces al día, así como dos velas para la iluminación nocturna.

»No intentéis comunicaros con otros participantes mediante golpecitos en los tabiques separadores, pasando notas o por cualquier otro método «creativo». Cualquiera intento de hacerlo supondrá la descalificación inmediata y los supervisores os acompañarán hasta el exterior de la Sala de Exámenes.

»Tenéis hasta la puesta de sol del tercer día para completar vuestra respuesta. Daré un aviso una hora antes del final, pero cuando lo comunique ya

deberéis tener la composición definitiva dentro de la caja, lista para su entrega. No intentéis pedir más tiempo.

Rin se detuvo y miró alrededor: cerca de mil pares de ojos le miraban fijamente, pendientes de cada una de sus palabras. Tenían ya el papel frente a ellos, los pinceles entintados y listos, la cera en sus dispensadores. Rin sonrió disfrutando de la trascendencia de este momento.

Se aclaró la garganta y continuó.

El tema de la composición de este año ha sido elegido por el propio emperador: «Si fuerais consejero del emperador de Dara, ¿cuál sería la primera política que le recomendaríais

para mejorar la vida de las gentes de las islas? Tened en cuenta tanto la historia como el futuro. Las ideas de las Cien Escuelas de filosofía son bienvenidas, pero no temáis exponer vuestras propias opiniones».

—»Podéis empezar.

La mayor parte de los examinandos recordarían los siguientes tres días como unos de los más arduos de su vida. El Gran Examen no era solo una competición de conocimiento y capacidad de análisis, sino que también ponía a prueba la resistencia y la fuerza de voluntad. En realidad, tres días era demasiado tiempo para un ensayo y el

peor enemigo de los aspirantes era su propia inseguridad.

Algunos acababan con todo el papel borrador el primer día y tenían que arreglarse escribiendo palimpsestos; otros empezaban a transcribir sobre la seda demasiado pronto y acababan maldiciendo cuando cambiaban de idea sobre la colocación de un ideograma en cera en un lugar inoportuno que no podía retirarse sin dañar la seda. Los había que se quedaban horas mirando a la pared, intentando rememorar aquella referencia perfecta de los epigramas de Ra Oji que tenían en la punta de la lengua y que se les escapaba como un pez plateado que se precipita como un

rayo hacia el oscuro mar; otros se mordían las uñas hasta hacerse sangre intentando adivinar las ideas del emperador respecto al tema de la pregunta, para elaborar una respuesta que se ajustara a sus deseos.

Seis horas después del inicio de la prueba, se vino abajo el primer participante. Al ser muy hábil con la escritura, tan pronto como terminó su ensayo comenzó a copiarlo en la seda y entonces se dio cuenta de que su razonamiento contenía un error funesto. Si rascaba toda la cera para comenzar de nuevo, arruinaría su caligrafía, pero si mantenía los ideogramas, su razonamiento tendría puntos débiles. Ver

años de esfuerzos desperdiciados por un arrebatado de impaciencia era más de lo que podía soportar, así que empezó a chillar y a cortarse con el estilete.

Los directores de la prueba estaban preparados para tal eventualidad. En un momento se presentaron cuatro supervisores en su compartimento y lo sacaron de la Sala de Exámenes para que lo atendiera un médico y posteriormente pudiera regresar a su hostel a recuperarse.

—¿Cuántos crees que llegarán hasta el final de los tres días? —preguntó Cogo Yelu—. Yo digo que menos de noventa de cada cien.

Rin Coda sacudió la cabeza.

—Me alegro de que ni Kuni ni yo nunca tuviéramos la ambición de presentarnos a los exámenes.

Cuando el primer día llegó a su fin, el duque y el primer ministro abandonaron la plataforma de observación y se retiraron a pasar la noche, pero los supervisores continuaron patrullando alrededor de la Sala de Exámenes. Grandes lámparas de aceite alumbraban los cuatro puntos cardinales y los supervisores manipulaban los espejos curvos situados tras las antorchas para concentrar la luz en rayos brillantes que iluminaban los compartimentos individuales aleatoriamente, con el fin de captar

cualquier intento de trampa.

Los participantes se enfrentaban ahora a un dilema: ¿era mejor utilizar las dos velas la primera noche para poder terminar un buen borrador y dejar las revisiones y la caligrafía para los días siguientes? ¿O la mejor estrategia era dormir bien la primera noche y guardar las velas para una vigilia prolongada la segunda noche? A medida que pasaban las horas, alrededor de la mitad de los compartimentos seguían encendidos y la otra mitad estaba a oscuras, pero era difícil conciliar el sueño ya que el crujido de papel y los cambios de postura de los vecinos sobre la estera, los brillantes haces de luz por

encima de las cabezas y el miedo a estar malgastando el tiempo encogían los corazones.

Otras tres docenas de examinandos tuvieron que ser sacados de la sala tras desmoronarse a causa de la presión.

El segundo día y la segunda noche fueron aún peores: el olor de los cuerpos sin lavar, de los restos de comida y del contenido de los orinales acosaba a las fosas nasales de los participantes y algunos de ellos recurrieron a medidas desesperadas para aprovechar al máximo los recursos. Unos calcularon cuánta cera necesitarían para la versión final de su respuesta y añadieron el resto a las velas

encendidas para estirar el periodo de iluminación; otros, que habían acabado ya con el papel, empezaron a usar las paredes del compartimento para escribir en sucio; algunos calentaban las cucharas de metal que recibían con los cuencos de sopa y las frotaban contra el envés de la seda para ablandar delicadamente ideogramas mal situados, de modo que pudieran retirarse sin dañar la superficie; otros utilizaron el jugo de coco que les entregaban para diluir la tinta y que durara más; incluso unos pocos comenzaron a grabar el borrador final en la oscuridad, palpando y dando forma a los bloques de cera al tacto.

Los supervisores observaban cada uno de esos casos de adaptación de las reglas y acudían a consultarlos con Rin y Cogo.

—Yo no creo que puedan considerarse trampas —dijo Cogo pensativo, con el ceño fruncido—. Al menos no creo que las reglas prohíban explícitamente esas prácticas.

—Deberíamos darles un respiro —dijo Rin magnánimamente—. Estoy casi seguro de que a Kuni le impresionarían algunos de esos trucos.

Varias docenas más de participantes tuvieron que ser sacados al desmayarse por agotamiento y perder el control de sí mismos debido al aumento de estrés.

Ahora la Sala del Gran Examen estaba salpicada de grupos de compartimentos vacíos, como atolones en calma en medio de un mar de actividad.

Finalmente, al salir el sol el tercer día, los examinandos entraron en la recta final de la competición. Casi todos ellos se encontraban ya copiando los ensayos finales en la seda; grababan los ideogramas en cera prestando una atención meticulosa a los detalles y escribían en tinta las letras zyndari que glosaban aquellos con exuberantes florituras. La caja para guardar el ensayo final tenía muy poco fondo y era preciso situar estratégicamente los ideogramas en el rollo para que este

podiera plegarse y quedara lo suficientemente plano como para que no sobresaliera; cada montaña necesitaba un valle equivalente y cada exclamación iba acompañada de su correspondiente lamento. El examen no era solo un ejercicio de razonamiento y persuasión, sino también un problema práctico de geometría tridimensional.

Los que habían decidido trasnochar la noche anterior pronto se dieron cuenta de su error: las manos les temblaban por el agotamiento y no podían sujetar con firmeza el estilete, lo que producía superficies irregulares e incisiones dentadas en la seda. Unos pocos decidieron que lo mejor sería echar una

cabezada rápida, aunque un par de ellos descubrirían con horror que su sueño se había prolongado hasta después de la hora de entrega.

Mientras el sol se ocultaba tras las murallas de Pan, Rin Coda se puso en pie dentro de la plataforma de observación y anunció que quedaba una hora para la entrega.

Pero pocos de los estudiantes pudieron vencer el sopor generalizado. La mayoría había decidido que una hora más o menos no supondría una gran diferencia. Plegaron los ensayos, los colocaron en las cajas y se tumbaron en sus esteras cubriéndose los ojos con los brazos. Algunos se entregaron a una

actividad frenética al darse cuenta de que no conseguirían acabar a tiempo.

—¡Dejad sobre la mesa pinceles y estiletes! —gritó Rin Coda y, para los participantes en la prueba, la orden fue lo más agradable que habían escuchado en esos tres días. Era la resolución que los liberaba del infierno.

—Lo he hecho lo mejor que he podido, Maestro —susurró Zomi Kidosu mientras cerraba la tapa de la caja y se sentaba en *mipa rari* sobre la estera que revestía el suelo de su compartimento—. Lo demás es cuestión de suerte.

Deseó tener a su maestro al lado para poder preguntarle sobre la decisión que

había tomado de camino a Pan, el secreto que esperaba no arruinara todo lo que había conseguido. Pero se encontraba sola.

Así que, tal y como su maestro le había enseñado, se puso a rezar a Lutho, el dios del cálculo y la planificación meticulosa, y a Tazu, el dios del puro azar.

CAPÍTULO CINCO

MIMI

DASU: VIGÉSIMO SEGUNDO AÑO
DEL REINADO DE UN CIELO
LUMINOSO (DIECIOCHO AÑOS
ANTES DEL PRIMER GRAN
EXAMEN)

Un día de invierno del año vigésimo segundo del reinado de Un Cielo Luminoso, que también fue el año de la orquídea y el último año de vida del emperador Mapidéré, la pareja formada

por Aki y Oga Kidosu, una familia pobre que se dedicaba a la pesca y la agricultura de la costa septentrional de Dasu, tuvo una hija.

Aunque la familia carecía de casi todo, su pequeña cabaña siempre estaba iluminada por el resplandor de la alegría. Aki se ocupaba del huerto, reparaba las redes de pesca y cocinaba guisos con el pescado sobrante, hierbas silvestres, caracoles del huerto y orugas escogidas, que para su familia resultaban tan sabrosos como las exquisiteces servidas en los grandes palacios de Kriphi y Müning. Oga pasaba los días surcando los mares con los demás pescadores y las noches

reparando agujeros en las paredes de cañas y adobe y entreteniendo a su mujer y a sus hijos con historias que se inventaba sobre la marcha. Los hijos mayores cuidaban a los pequeños y aprendían los trabajos de sus padres mientras los ayudaban. Vivían una vida corriente pero no ordinaria, humilde pero no miserable, cansada pero no aburrida.

La bebé lloró con fuerza al nacer, pero su voz pronto quedó ahogada por el bramido del viento.

Ese mismo día, la flota del emperador Mapidéré zarpó de Dasu para explorar la ruta hacia la Tierra de los Inmortales.

Durante los últimos años de su vida, el emperador Mapidéré se había obsesionado cada vez más con la búsqueda de la prolongación de la vida. Por la corte pululaban supuestos magos y alquimistas que ofrecían elixires, pociones, conjuros, rituales, ejercicios y otras medidas para detener o incluso revertir los estragos causados por el tiempo en el cuerpo. Todo ese deslumbrante surtido de soluciones tenía una característica en común: exigía enormes gastos a la corte imperial.

Año tras año, sin importar el dinero pagado a los hombres de ojos brillantes y promesas susurradas, sin importar las dietas, plegarias o ejercicios exóticos

que realizara, el emperador envejecía y su salud empeoraba, y ni siquiera la muerte de los canallas embusteros parecía mejorar las cosas un ápice.

Finalmente, cuando el emperador estaba a punto de rendirse, dos hombres de Gan, Ronaza Métu y Hujin Krita, le contaron una historia que reavivó su ceniciento corazón.

Al norte, dijeron, detrás del horizonte, más allá de las islas más septentrionales de Dara, más allá de los islotes diseminados que proporcionaban refugio a los piratas, más allá de los arrecifes y los atolones donde anidaban las gaviotas, más allá del alcance de los dedos ardientes de la Señora Kana,

diosa de la muerte, existía una tierra en la que hombres y mujeres disfrutaban de la bendición de la inmortalidad.

—Los habitantes de dicho reino conocen el secreto de la eterna juventud, *Rénga*, y nosotros sabemos cómo llegar allí. Todo lo que debéis hacer es traer hasta aquí a algunos de esos inmortales y pedirles que os transmitan sus conocimientos.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó el emperador susurrando con voz ronca.

—Los mercaderes de Gan siempre andamos en busca de nuevas tierras y nuevas rutas comerciales —dijo Hujin Krita, el más joven y el que mejor hablaba de los dos—. Hace tiempo que

nos intrigan todas las historias que circulan sobre las maravillas de aquella tierra.

—Y hemos escudriñado antiguos volúmenes en busca de referencias y examinado pecios extraños recogidos por pescadores maldecidos por la tormenta en busca de claves —dijo Ronaza Métu, que parecía más calculador y templado—. El hilo de las deducciones nos lleva a una conclusión ineludible: la Tierra de los Inmortales es real.

Mapidéré contempló con envidia los miembros musculosos y los rostros hermosos y arrogantes de los hombres y le pareció escuchar el sonido de

monedas tintineantes en las voces de los comerciantes.

—Las historias pueden no ser más que espejismos causados por las hierbas para soñar de la Señora Rapa, poco dignas de crédito.

—Pero, ¿qué es la historia sino una crónica de relatos contados una y otra vez? —preguntó Krita.

—¿Acaso pensar en una Dara unificada no era un sueño, *Rénga*, hasta que vos lo hicisteis realidad? —preguntó Métu.

—El mundo es admirable y los mares infinitos —dijo Krita—. Todas las historias deben contener algún grano de verdad.

El emperador quedó complacido con su discurso. No había mucha lógica en el razonamiento de los dos hombres, pero a veces la lógica no era tan importante como la fe.

—Entonces, mostradme el camino — dijo Mapidéré.

Los hombres se miraron mutuamente y se giraron hacia el emperador.

—Algunos secretos no pueden compartirse antes de su ejecución, ni siquiera con el emperador de Xana.

—Por supuesto —el emperador sonrió amargamente en su interior. Había aprendido unas cuantas cosas sobre ese tipo de hombres a lo largo de los años y le pesaba detectar los

familiares signos de un nuevo engaño. Pero no podía resistirse a la seductora melodía de la esperanza—. ¿Qué proponéis?

—Bueno... —los hombres dudaron—. La Tierra de los Inmortales está muy lejos. Necesitaremos una flota de grandes navíos, casi ciudades flotantes, para sobrevivir a tan larga travesía.

—¿Y aeronaves? —preguntó el emperador.

—¡Oh, no! Será un viaje de meses, tal vez años. Demasiado para las escasas provisiones que puede transportar una aeronave. Debéis construir una flota especial para la ardua travesía según nuestros diseños.

¿Piensan beneficiarse de este plan apropiándose de parte de los fondos para la construcción?, reflexionaba el emperador. Qué más da, él sabía cómo manejar dicha eventualidad.

—Uno de vosotros se encargará de la construcción de los barcos, mientras que el otro puede encargarse de las tripulaciones y las provisiones. Os daré todo lo que necesitéis.

Los dos hombres parecían complacidos.

—Cuando la expedición esté lista —continuó el emperador—, uno de vosotros la dirigirá y el otro se quedará aquí a esperar las buenas noticias —observó atentamente las caras de los

hombres—, conmigo.

Ambos hombres volvieron a mirarse.

—Deberías ir tú, viejo amigo —dijo Krita—. Eres mejor marino.

—No —dijo Métu—, ese honor deberías ser tuyo porque eres más persuasivo. Yo me quedaré y cuidaré de nuestras familias. Estoy seguro de que no decepcionarás al emperador.

No existe el honor entre ladrones —caviló el emperador—. Si fueran estafadores, ninguno de los dos querría quedarse y enfrentarse a mi cólera cuando el otro no regresara. Sin embargo, ambos se han ofrecido a quedarse y están dispuestos a dejar a sus familias detrás, así que a lo mejor

conocen realmente el rumbo a la Tierra de los Inmortales.

Día y noche, los astilleros de Mapidéré trabajaron para construir los buques-ciudad siguiendo los diseños de los comerciantes. Eran tan altos como las torres vigías de Pan y sus cubiertas tan grandes como para que un caballo pudiera galopar en ellas. Contaban con profundas bodegas para almacenar provisiones que duraran años y camarotes lujosos reservados para los invitados inmortales en el viaje de regreso. Para esta expedición hacia las aguas desconocidas del norte se reclutó forzosamente a una tripulación de doce mil marineros experimentados,

bailarinas, cocineros, sastres, carpinteros, herreros, soldados..., algunos para impresionar a los inmortales con el nivel cultural de Dara y otros para persuadirles de que era prudente obedecer las órdenes del emperador empleando medios más contundentes, en caso de que fuera necesario. Un príncipe, hijo de una de las esposas menos favorecidas del emperador, acompañaría a la expedición como muestra de la estima que este sentía por los inmortales.

El príncipe heredero Pulo acudió en persona a despedir a la flota en Dasu, la más septentrional de las islas de Dara. Ante toda la tripulación, dirigió una

plegaria a Kiji, señor del cielo y de los vientos, y a Tazu, señor de las corrientes marinas y los remolinos. Luego dio la orden de pintar los ojos dibujados en la proa de los barcos para que pudieran penetrar la niebla y las olas y encontrar su rumbo.

El día era frío, pero el cielo estaba despejado y el mar en calma. Era un día propicio para que zarpara la expedición.

La tormenta comenzó tan pronto como el mástil del último de los barcos se hundió tras el horizonte. El viento aullaba sobre la tierra y el océano, arrancando los tejados de las cabañas y doblando los árboles hasta quebrarlos.

Del cielo caía una manta de agua que impedía ver más allá del brazo extendido. Los dignatarios y autoridades que habían acudido a despedir la flota se refugiaron en sótanos, temblando de terror con los bramidos de los truenos y los destellos de los rayos que cruzaban el cielo.

Tres días más tarde, la tormenta se detuvo tan abruptamente como había comenzado, dejando sobre el mar un brillante arcoíris.

El príncipe Pulo dispuso que partieran aeronaves en busca de señales de la flota. Volvieron a los tres días sin haber descubierto nada.

A la vez que se convocaba a la

armada, todos los barcos de pesca de Dasu fueron inmediatamente enviados al océano. A esas alturas, la mayoría sospechaba que la flota se había perdido y se pidió a los pescadores que buscaran supervivientes. En realidad, el único que les importaba era el príncipe. Aunque había dudas de que el emperador siquiera recordara su nombre —¿por qué, si no, iba a haber sido elegido para esa empresa, que no tenía ninguna posibilidad de éxito?— no dejaba por ello de ser hijo del emperador, y al gobernador y a los magistrados de Dasu les aterrorizaban las consecuencias que podría tener no poner suficiente empeño en dicha

iniciativa.

Así que se obligó a los pescadores a buscar sin descanso. Tan pronto como regresaban se les decía que volvieran al mar y continuaran la búsqueda aún más lejos. Sin importar lo cansados o privados de sueño que parecieran, no se les permitiría regresar a casa hasta que apareciera el príncipe.

Muchos no regresaron nunca.

El príncipe Pulo aguardaba en la costa. Ya había perdido la esperanza de volver a ver a su hermano pequeño y se limitaba a esperar a que el mar arrojara a la orilla los restos del naufragio. Pero ninguno de los pecios arrastrados a la playa parecía pertenecer a la flota.

Por fin, diez días después del final de la tormenta, llegó una gran escuadra naval procedente de Müning, en Arulugi, pero el príncipe Pulo dijo:

—Abandonad la búsqueda. Es la estación de las tormentas y no necesitamos arriesgar más vidas. Informaré a mi padre.

Ronaza Métu, que se había quedado en tierra como garantía de la buena fe de los exploradores respecto a su misión, juró y perjuró que la flota debía de encontrarse más allá del alcance de las aeronaves y de los botes de pesca enviados en su búsqueda. La tormenta no había sido sino el modo en que el Señor

Kiji había querido acelerar la travesía.

Pero el emperador Mapidéré interpretaba el augurio de diferente manera. Kiji y Tazu habían destruido la flota y devorado sus restos hasta no dejar signos de que los barcos hubieran existido. Seguramente era la manera que tenían los dioses de comunicarle que había vuelto a ser víctima de un engaño.

Métu fue condenado a muerte, junto con todos los miembros masculinos de su familia y de la familia de su compañero hasta tres grados de parentesco. Al emperador le traía sin cuidado si la sangre aplacaría a los dioses, pero al menos quedó satisfecho. Tenía la esperanza de haber demostrado

suficiente celo por su hijo muerto como para que este no le acosara en esta vida y para no sentirse incómodo si volvían a encontrarse en el más allá.

Tormentas como la que aniquiló la flota no eran precisamente desconocidas en Dara. La sabiduría popular de Dasu y Rui las consideraba producto de la ira del tempestuoso Kiji con sus dioses hermanos y se decía que los hijos nacidos durante esas tormentas eran extraordinariamente afortunados. Pero los sacerdotes de Kiji y los jefes de clan de Dasu no registraron esta tormenta concreta en sus libros de adivinación ni en sus santuarios familiares. ¿Acaso no

había sido claro el emperador? La hora había sido maldita.

Pero Aki Kidosu no estaba dispuesta a aceptar su dictamen. Su esposo apenas había podido pasar unas pocas noches con su hija recién nacida cuando el magistrado le ordenó incorporarse a la flotilla que debía surcar el mar invernal en busca del infortunado príncipe enviado rumbo a la Tierra de los Inmortales.

—Por favor, excelencia, mi esposa y mi hija recién nacida me necesitan —dijo Oga—. Este bebé ha sido una sorpresa. Mi esposa pensaba que sus días fértiles habían quedado atrás hacía tiempo y las monjas de Tututika nos

advirtieron de que necesitaba cuidados especiales...

—El alumbramiento forma parte de la naturaleza de la vida de las mujeres —respondió el magistrado—. Los hombres de talento deben sentirse honrados de servir al emperador. He oído que eres el mejor marino y nadador de por aquí. Tienes que ir.

—Pero mis hijos ya están participando en la búsqueda y, por supuesto, podemos turnarnos...

—También he oído que eres buen narrador de historias —dijo el magistrado, adoptando un tono severo—, un pescador astuto con una lengua tan resbaladiza como una anguila. No

intentes eludir tu deber.

—Me gustaría regresar al día siguiente...

—No, irás más lejos que los demás porque ganas la carrera de botes cada primavera. Si vuelves antes que alguno de ellos, te consideraré un traidor.

Los otros pescadores fueron regresando, uno a uno, agotados y con las manos vacías. La partida del príncipe heredero Pulo convenció por fin a los magistrados de que habían cumplido su deber y permitieron que los exhaustos hombres y mujeres regresaran a sus hogares a descansar.

Pero Oga no estaba entre ellos.

—Por favor —suplicó Aki al

magistrado—. Las otras familias de pescadores de la aldea están demasiado agotadas para volver de nuevo al mar. ¿No puede pedir a la armada o a las aeronaves que lo busquen?

—¡Mujer insolente! —reprendió el magistrado—. ¿Crees que puedo desviar a la armada imperial para buscar a simples pescadores?

—¡Pero él estaba buscando al príncipe! ¡Estaba sirviendo al emperador!

—Entonces debería estar contento de haberle entregado su vida.

Cuando los hombres y mujeres de la aldea se recuperaron lo suficiente, salieron por su cuenta a buscar a Oga.

Insistieron en que los hijos de Oga se quedaran en casa con su madre; una tragedia potencial era más que suficiente para una familia. Uno tras otro regresaron con los botes vacíos y murmuraron sus disculpas a Aki.

Pero ella no iba a aceptar su muerte mientras no viera el cadáver. Los desposeídos y los humildes estaban tan inermes ante la esperanza como lo había estado el emperador.

—Papá regresará cuando el sorgo esté listo para la cosecha—susurraba a la recién nacida después de amamantarla. Aki la llamó Mimi porque la manera en que movía los labios al buscar la leche

le recordaba a un gatito—. Seguro que tiene un montón de historias para contarte.

—Mi pequeña *Mimi-tika*, no te preocupes. Papá volverá pronto a casa, antes de las próximas lluvias —cantaba Aki para dormirla—. Te llevará a caballito y jugará a ser tu barco en un mar enfurecido.

—Creo que volverá antes de que acabe el verano. Un año es mucho tiempo para estar en el mar —decía Aki canturreando con falsa alegría—. A lo mejor lo rescataron unos piratas y ha estado entreteniéndoles con historias de aventuras, como solía hacer con los otros pescadores las noches de invierno.

—¡Ya tienes dos años! Papá va a quedar impresionado cuando te vea —y Aki suspiraba cuando pensaba que nadie podía oírla.

Cada mañana recorría las playas buscando restos del naufragio y continuaba preguntando a las tripulaciones de los barcos de pesca que regresaban a casa si habían visto algo en el mar. Rezaba al Señor Kiji y al Señor Tazu cada noche.

Una vez al año, cuando acudía a los mercados de Daye tras la cosecha de otoño para obtener el dinero a fin de pagar el arriendo al amo de sus tierras, se acercaba a la mansión del gobernador en busca de noticias sobre piratas

capturados, por si alguno de ellos se ajustaba a la descripción de su marido. Los funcionarios la espantaban como a una mosca pesada. Había cosas más importantes de las que preocuparse: un nuevo emperador, Erishi, había ascendido al trono y había rumores de rebeliones lejanas. No tenían tiempo para discutir con una loca que se negaba a aceptar la muerte de su marido cuando tantos otros habían muerto en circunstancias mucho menos misteriosas.

Después de abandonar la mansión del gobernador, Aki siempre visitaba el santuario del Señor Kiji para realizar una ofrenda y buscar consejo. Los monjes y las monjas le decían que

tuviera paciencia y confiara en los dioses, pero a veces la dejaban a mitad de una frase, para atender a los señores y señoras bien vestidos que acudían al santuario cargados de cofres con regalos para el Señor Kiji y sus servidores.

Como la mayoría de los hijos de los pobres, tan pronto como supo caminar, Mimi acompañó a su madre a los campos y a la playa para ayudarla.

En primavera iba introduciendo las semillas de sorgo y mijo en la tierra, paso a paso, mientras su madre y sus hermanos, casi doce años mayores que ella, tiraban del arado. En verano retiraba las orugas gordas de las hojas

del huerto de su madre, les aplastaba la cabeza y echaba los cuerpos, que aún se retorcían, en una bolsa hecha con una hoja de loto, para tostarlas y servir las de merienda posteriormente. De esa manera, los pobres que no podían permitirse la carne satisfacían su deseo de comer algo sabroso. Durante la temporada de pesca, cuando todavía no tenía edad para salir con otros pescadores como aprendiz, reparaba las redes y preparaba el pescado que se vendería seco y en pasta, haciendo gestos de dolor cuando las afiladas escamas le cortaban las palmas de las manos y la sal le escocía en los dedos —hasta que tuvo las manos tan llenas de

callos que parecían tubérculos de taro recién sacados de la tierra.

—Tus manos se parecen a las mías —dijo su madre. No se trataba de un elogio ni de un lamento, sino de la constatación de un hecho. Mimi estuvo de acuerdo con esa afirmación, aunque las suyas eran mucho más pequeñas.

Vestía la ropa que se les había quedado pequeña a sus hermanos, ya poco más que harapos. Se fabricaba sus propios zapatos con restos de madera arrojados por el mar a la playa que ataba a los pies mediante cabos de hilos de pesca. Nunca conoció la textura de la seda, aunque a veces veía pasar por los campos a los hijos e hijas de los ricos

montados a caballo, con los bajos de sus vestidos y túnicas iridiscentes ondeando como nubes rasgadas a la puesta de sol.

La vida de Mimi no se diferenciaba en nada de la de innumerables hijos de campesinos de toda Dara. El destino de los pobres era trabajar duro y aguantar, ¿no es así?

Pero en los juegos, Mimi era especial. Sin ser arisca, parecía tener problemas para encajar en las sutiles redes de poder y jerarquía que dominan los juegos infantiles. Mientras los otros niños se perseguían por los campos, se tiraban bolas de barro y elegían a reyes y reinas para recrear el drama de la sociedad, ella prefería vagar sola

contemplando las nubes que atravesaban el cielo o las olas que golpeaban suavemente la playa.

—¿Qué estás mirando? —le preguntaban a veces los otros niños.

—Escucho el viento y el mar —contestaba ella—. ¿Podéis oírlos? Otra vez están discutiendo... y ahora se están contando bromas.

Esa era la otra singularidad de Mimi: sabía hablar. Conversaba con su madre con frases completas mucho antes de su segundo cumpleaños y escuchaba las conversaciones entre adultos mostrando en su mirada que las comprendía. Todos destacaban su inteligencia.

A lo mejor la niña está destinada a

hablar con los dioses, pensaba Aki. Existían numerosas leyendas de sacerdotes y sacerdotisas, monjes y monjas que eran capaces de discernir la voluntad de los dioses a partir de las señales que dejaban en la naturaleza. Pero inmediatamente se sacó esa idea de la cabeza. Si no podía permitirse enviar a ninguno de sus hijos al maestro de la aldea, mucho menos aportar la contribución que el templo de Kiji exigía a las novicias.

Entonces estalló la rebelión contra el emperador Erishi y el imperio de Xana, y surgieron nuevos reyes por toda Dara, como brotes de bambú tras la lluvia primaveral. La guerra se propagó por

las islas, aunque afortunadamente Dasu se libró de la peor parte. Cuando el mariscal de Xana, Kindo Marana, hizo el llamamiento, muchos jóvenes de esa pequeña isla situada en el corazón de Xana se unieron al ejército para acabar con la rebelión en la isla Grande. Algunos acudieron en busca de gloria o atraídos por la paga y la comida, pero otros fueron obligados a incorporarse al ejército sin tener en cuenta sus deseos, entre ellos los hermanos de Mimi.

Ninguno de los jóvenes regresó.

—Mis hijos volverán a casa con su padre —decía Aki. Y rezaba todavía con mayor fervor. A veces Mimi rezaba con ella. Todos los hombres de sus

vidas habían desaparecido, ¿qué otra cosa podían hacer? La esperanza era la única moneda que nunca se agotaba y el destino de los pobres era trabajar duro y aguantar, ¿no es así?

Mimi se esforzaba por escuchar las señales en el viento y en el mar, por leer las mareas y las nubes. ¿Oían los dioses sus plegarias? No estaba segura. Los rumores de los dioses parecían darle a entender su humor, pero descifrar su discurso le resultaba exasperantemente difícil. ¿Qué podía significar que los vientos que transportaban la voz de Kiji, patrón de Xana, parecieran cargados de ira y desesperación mientras que las mareas que hablaban por Tazu, el dios

de la confusión y el caos, subían plácidamente? ¿Cuál era la relevancia de esa manifestación concreta? ¿O de cualquier otra expresión?

Se esforzaba por encontrar el sentido del mundo, pero el mundo estaba envuelto en un velo impenetrable.

Cuando tenía cinco años, Mimi despertó una noche, desorientada. Su madre estaba a su lado profundamente dormida y ella no podía recordar el sueño que la había despertado. Tuvo el presentimiento de que algo importante estaba ocurriendo al otro lado de las paredes de la cabaña, así que saltó de la cama, caminó de puntillas hasta la

puerta y salió al exterior.

En el cielo, completamente oscuro, no se veían ni luna ni estrellas. Una leve brisa procedente del mar transportaba el familiar olor salobre. Pero en el horizonte septentrional, donde el mar se unía al cielo, los rayos destellaban intermitentemente y llegaba hasta ella el estruendo distante, retardado y amortiguado, de los truenos.

Entornó los ojos y escudriñó el horizonte. Los relámpagos parecían revelar formas borrosas en la nebulosa mezcla de cielo y mar. Una tortuga gigante, tan grande como una isla flotante, surgió en el difuso cielo-mar como una aeronave y nadó a sacudidas

hacia el oeste mientras los rayos continuaban iluminando el cielo con sus destellos. Por detrás se adivinaba la silueta de un tiburón aún más enorme que abría sus mandíbulas mientras se desplazaba a toda velocidad por el cielo-mar, saltando en arcos prodigiosos y mostrando unos dientes hechos de la zigzagueante estela de los rayos. Aunque daba la impresión de que la tortuga movía sus aletas con parsimonia y el tiburón agitaba su cola frenéticamente, el tiburón no conseguía alcanzar a la tortuga.

Ella sabía que la tortuga era el *pawi* de Lutho, dios de los pescadores, y que el tiburón era el *pawi* de Tazu, dios de la

naturaleza destructiva del mar. Observaba el drama con avidez, como si se tratase de una obra representada por las compañías itinerantes de ópera popular.

Entonces, el espeluznante espectáculo de luz del cielo-mar volvió a cambiar, dejando ver ahora un navío de extraño diseño sacudido por las olas. Tenía forma circular, como un coco partido o un nenúfar que se balanceara arriba y abajo en medio de la tormenta. Del centro de la nave surgía un enorme mástil, de color blanco puro, cuyas velas estaban plegadas o habían sido destrozadas por el viento. Diminutas figuras intentaban agarrarse a las jarcias

o a la borda de la nave, pero a cada sacudida unas cuantas parecían soltarse y caer silenciosamente a las olas. La iluminación intermitente de los relámpagos parecía resaltar el terrible destino al que estaba ligado el barco fantasma.

La tortuga gigante nadó hasta llegar al navío, se sumergió y volvió a elevarse con el barco firmemente alojado en los profundos surcos grabados en su caparazón, como si no fuera más que un percebe. Sin prisa, la tortuga continuó nadando hacia el oeste mientras el tiburón la perseguía de cerca, agitando la cola y abriendo y cerrando las mandíbulas. Sin embargo,

lenta pero inexorablemente, la tortuga se iba alejando de él.

Ante el mar, todos los hombres son hermanos.

Mimi sentía la compasión y el terror instintivos de todos los isleños por quienes se adentraban en la ruta de las ballenas. Ante la vasta brutalidad que era el mar, todos los humanos se hallaban igual de inermes. Vítoreó una y otra vez a la tortuga y al barco que cargaba, aunque estaba segura de que fueran quienes fueran los que se refugiaban en él —fantasmas, espíritus, dioses o mortales— se encontraban demasiado lejos para oírla.

El gran tiburón dio otro salto en el

aire, más alto que cualquiera de los anteriores y, al llegar a la cúspide del arco de su trayectoria, lanzó un rayo prolongado y zigzagueante que, como la lengua de una enorme pitón, cubrió todo el espacio entre el tiburón y la tortuga y golpeó al barco que cargaba sobre el caparazón.

Todo quedó detenido por un momento en el resplandor penetrante y frío del rayo; luego la oscuridad ocultó el escenario de destrucción.

Mimi chilló.

Una vez más, el horizonte se iluminó con los destellos de la tormenta. El enorme tiburón pareció haberla oído; sacudiendo su poderosa cola, giró hacia

la isla y sus gigantescos ojos iluminaron directamente a Mimi, como los haces de luz de un faro. Las mandíbulas-rayo se abrieron de golpe y, tras unos segundos, un descomunal repique de truenos resonó a su alrededor y la lluvia empezó a caer a cántaros en un diluvio repentino, empapándola tan completamente que creyó que se ahogaba.

¿Es esto lo que ocurre al desafiar a los dioses?, pensó. ¿Es así como voy a morir?

El tiburón nadó hacia la playa y su colosal figura asemejaba ahora una isla amenazante de luces agitadas. De nuevo abrió sus mandíbulas y disparó un rayo

zigzagueante que llegó hasta Mimi como un largo tentáculo. Alrededor del rayo, el aire restalló al cargarse de energía y resplandeció por el calor.

El tiempo pareció ralentizarse; Mimi cerró los ojos, convencida de que su corta vida en la tierra estaba a punto de acabar.

Una presencia descomunal se abatió sobre su cabeza, tan cerca de ella que se le erizó la piel de la cabeza y se estremeció. Abrió de golpe los ojos y miró hacia arriba.

Un ave de presa colosal y reluciente se lanzó en picado hacia el océano en dirección a la destellante lengua de fuego. Las alas del halcón eran tan

extensas que bloqueaban la visión del cielo sobre su cabeza como un puente de plata líquida; las plumas de vuelo del extremo de las alas refulgían como estrellas fugaces. Era la visión más bella que había contemplado nunca.

El halcón bajó el ala derecha usándola como escudo para resguardarse del rayo procedente de las mandíbulas del tiburón. Los ojos del tiburón se abrieron enormemente por la sorpresa y luego se achicaron mientras la lengua siseante de luz alcanzaba el ala del ave de presa. Se produjo una enorme explosión de chispas semejante a la erupción de un volcán. Los rayos serpenteaban en todas direcciones.

Uno de los rayos más pequeños golpeó a Mimi en la cara.

Sintió una lengua abrasadora abriéndose paso a través de ella. Era como si su cuerpo se hubiese convertido en un embudo por el que descendía roca fundida vertida desde lo alto del cráneo; la lava chisporroteante fluía a través de su torso hasta derretir todos sus órganos para luego salir a través de su pierna izquierda y hundirse en el suelo.

Mimi emitió un chillido que parecía no tener fin.

No entendía cómo podía seguir consciente tanto tiempo mientras el calor achicharraba cada célula de su cuerpo y la última imagen que recordó antes de

hundirse en una dichosa inconsciencia era la del gigantesco halcón de luz lanzándose en picado contra el tiburón mientras este saltaba sobre el océano, como si cielo y mar estuvieran a punto de devorarse mutuamente en una batalla de titanes.

La sacudida del rayo dejó a Mimi una cicatriz en la cara y la pierna izquierda paralizada. Pasó días en coma, despertando de tanto en tanto en medio de gritos y balbuceos incoherentes relacionados con lo que había visto aquella noche.

—Era una niña guapa —dijo Tora, la herborista de la aldea, y luego suspiró.

Ese suspiro encerraba muchas cosas asumidas pero no expresadas: tal vez la pérdida de un buen marido; la negación de un futuro seguro para Aki, que se había quedado sin hijos; un lamento por los veleidosos senderos del mundo.

—Es una buena trabajadora —dijo Aki con serenidad—. Las cicatrices no influyen en eso. ¿Qué puedes hacer por ella?

—Puedo darle unas hierbas contra la fiebre y un filtro de Rapa que le permita dormir mejor —dijo la herborista—. Lo único que podemos *hacer* por ella es mantenerla sin molestias... Puede que también desees... pedir a los vecinos que te ayuden a preparar una tumba...

por si acaso.

—Los dioses no me la entregaron en la vejez para llevársela antes de que ella pueda preguntarles cuál es su propósito en la vida —respondió Aki con terquedad.

Tora sacudió la cabeza, masculló algo sobre la hora maldita en que nació la niña y luego se fue.

Aki se negó a rendirse. Se acurrucó en la cama junto a Mimi y la mantuvo caliente con su propio calor. Los vecinos le llevaron una preciada bolsa de sirena —las huevas de dyran que a veces se encuentran pegadas a los extremos de las algas de las praderas marinas—, que Aki utilizó para hacer

una sopa que dio a Mimi con una cuchara de espina de pez para incrementar su poder curativo.

Poco a poco, Mimi se fue recuperando. Una mañana se levantó y miró a su madre de un modo firme y sereno y le contó lo que había visto la noche en que la golpeó el rayo.

—Los sueños que produce la fiebre están llenos de figuras fantásticas —dijo Aki.

Mimi no creía que sus recuerdos fueran sueños, pero no podía estar segura. Decidió no insistir en ese punto.

Volvieron a llamar a Tora para ver si podía hacer algo con la pierna izquierda de Mimi, que estaba entumecida y se

negaba a obedecerla. Era como si ya no formara parte de ella, como si se hubiera convertido en un objeto extraño ligado a su cuerpo al que tenía que arrastrar. La cadera, donde la pierna se conectaba con el torso, le dolía como si le estuvieran clavando miles de agujas.

—Puedo darte una cataplasma hecha de pasta de gambas y algas para calmar el dolor —dijo la herborista—. Pero la pierna... nunca volverá a caminar.

Aki sonrió y no respondió nada. El destino de los pobres era trabajar duro y aguantar, ¿no es así? Seguramente los dioses no privarían a Mimi de esa capacidad.

—Me duele tanto que no consigo

dormir, mamá —dijo Mimi—. Cuéntame un cuento.

CAPÍTULO SEIS

LAS CIEN FLORES

DASU: HACE MUCHO TIEMPO

Aki contó a Mimi muchas historias durante su infancia, que ella recordaría tiempo después. Pero la memoria era como cera remodelada por el estilete de la conciencia en cada remembranza y, a medida que Mimi crecía e iba cambiando, la manera en que recordaba las historias también fue cambiando.

Metáforas floridas reemplazaban a símiles sencillos; sofisticadas kennings reemplazaban a expresiones sin adornos; ecos de los clásicos anu reemplazaban a las cadencias marinas de los susurros de su madre. Era tan difícil recordar con exactitud sus palabras como retener la arena que se desliza entre los dedos de un puño apretado.

Pero la esencia de las historias permanecía, y el aroma del hogar anidaba en aquellos recuerdos: eran el paisaje de sus sueños infantiles, las orillas de sus primeras narraciones.

Bueno, Mimi-tika, antes de que tu padre y yo tuviéramos hijos, solíamos

*entretenernos en las largas noche
invernales contándonos historias uno a
otro, después de habernos acostado y
antes de caer dormidos. A veces eran
historias que nos habían contado
nuestros padres y a ellos sus propios
padres. A veces les íbamos añadiendo
elementos, como las hijas arreglan y
transforman los vestidos heredados de
sus madres o los hijos adaptan y
remodelan las herramientas heredadas
de sus padres. En ocasiones repetíamos
una historia una y otra vez,
cambiándola cada vez que volvíamos a
contarla, del mismo modo que el amor
se va moldeando, elaborando, puliendo
y construyendo por dos pares de manos*

en el espacio que les es propio.

Esta es una de esas historias.

Como sabes, los años transcurren en ciclos de doce y cada uno de ellos recibe el nombre de un animal o de una planta. El ciclo comienza con el Año de la Ciruela, seguido de los de la Cruben, la Orquídea, la Ballena, el Bambú, la Carpa, el Crisantemo, el Ciervo, el Pino, el Sapo, el Coco y finalmente el Lobo, antes de volver a empezar con la Ciruela. El destino de cada niño está ligado al de la planta o animal que rige el año en que nació.

Pero, ¿sabes cómo fueron seleccionados para el calendario estos animales y plantas? Es una historia

que merece ser contada una y otra vez.

Hace mucho tiempo, cuando los dioses y los héroes todavía caminaban juntos por la tierra y luchaban y se aceptaban unos a otros como hermanos, los años no tenían símbolos. Cada año tenía tantas probabilidades de ser amable como una carpa que se deja llevar por los arroyos de montaña y traer consigo abundantes cosechas en tierra y mar, como de ser temible como un pino viejo que agita sus ramas retorcidas, y traer consigo conflictos e inviernos de penurias.

«Hermanos y hermanas», dijo un día el Señor Rufizo, el misericordioso

dios de los sanadores, «hace mucho que estamos dejando que el tiempo discurra como un río salvaje. Pero nuestra madre, la Fuente de Todas las Aguas, nos ordenó cuidar de las gentes de Dara. Debemos cumplir nuestro deber poniendo orden en el tiempo».

Los demás dioses y diosas estuvieron de acuerdo con esta excelente sugerencia y decidieron dividir el tiempo en ciclos de doce, del mismo modo que el poderoso río Miru tiene su curso regulado por represas y molinos cada doce millas más o menos. Doce era un buen número, ya que representaba a los cuatro mundos del Aire, la Tierra, el Agua y el Fuego,

multiplicados por los tres aspectos del tiempo: futuro, presente y pasado. Y cada uno de los años del ciclo tendría el nombre de un animal o una planta de Dara, para darle una disposición orientadora. De esa manera, agricultores, cazadores, pescadores y pastores sabrían qué esperar y podrían prepararse a largo plazo.

«La civilización consiste en otorgar nombres a las cosas sin nombre», dijo el Señor Lutho, siempre interesado en dar a todo una apariencia formal.

«Propongo una pareja de cuervos para el primer año...», dijo la Señora Kana.

«... porque todo el mundo sabe que

los cuervos son las aves más sabias», finalizó la Señora Rapa.

«No, no, no», dijo el Señor Tazu, que disfrutaba contradiciendo a sus hermanos. «¿Qué gracia tiene que cada uno de nosotros proponga a su pawí? En primer lugar, no serían suficientes para todo el ciclo y, además, acabamos de librar una guerra para solventar quién de nosotros se supone que es el primero entre iguales. ¿De verdad queremos empezar de nuevo?»

«¿Entonces qué propones, Tazu?», preguntó Tututika, a quien tampoco agradaba la idea de otra disputa entre dioses.

«¡Hagamos un juego!».

Los demás se animaron ante la propuesta, pues a los dioses, como a los niños, les encanta jugar más que cualquier otra cosa.

«Haremos saber a cada flor, árbol, enredadera, ave, pez y bestia que los dioses de Dara estamos seleccionando campeones para guiar al tiempo. El día previsto, nos esconderemos en un rincón de Dara y los primeros doce seres vivos que nos encuentren tendrán el honor de gobernar los años.»

Todos pensaron que era una idea brillante y el juego se puso en marcha.

—¡Mamá! ¿Quiero buscar a los dioses!

—¿Por qué motivo? ¿No sabes que

molestar a los dioses cuando no desean que les molesten no puede traer nada bueno?

—¡Quiero saber por qué! ¿Por qué ha desaparecido papá? ¿Por qué se han llevado a Phasu y a Féro? ¿Por qué me golpeó el rayo? ¿Por qué trabajamos tanto y tenemos tan poco para comer...?

—Chiss, calla niña. No hay respuestas para todo, solo historias.

El día designado, todas las plantas y animales corrieron a buscar por todos los rincones de Dara para estar entre los pocos afortunados que podrían reclamar su propio año.

Algunos individuos de los reinos

vegetal y animal intentaron cumplir la misión por su cuenta: las elegantes ballenas, las más grandes entre las criaturas marinas, rodearon las islas para explorar cada cueva escondida y visitar cada playa inmaculada antes que los demás; los crisantemos dorados florecieron por todas partes y saturaron el aire con su fragancia, con la esperanza de atraer a algún dios o diosa amante de la belleza y hacerlos salir de su escondite; los inteligentes cuervos se abatieron sobre las ciudades de los hombres, con ojos vigilantes para distinguir cualquier cosa que pareciera más divina que mortal; los cocos se dejaron caer sobre el océano,

uno tras otro, derrochando imaginación para crear nuevas y agradables melodías con la esperanza de que alguno de los dioses que les escuchara no pudiera reprimir una exclamación de gozo; las carpas rojas y doradas se pusieron a danzar en estanques y arroyos creando formaciones relumbrantes, luciendo sus diáfanas aletas y agitando sus bigotes para cautivar y deleitar a los inmortales; los lotos orientaron sus vainas de mil ojos en el aire hacia todas direcciones y descubrieron los cientos de orificios de sus rizomas para escuchar cualquier ínfimo temblor bajo el agua, como una torre espía en

miniatura que todo lo ve y todo lo oye; los conejos y los ciervos atravesaron corriendo las praderas de Écofi y la isla de la Media Luna, intentando hallar algún montículo inusual en el mar de hierba que pudiera ser un dios camuflado —sin darse cuenta de que las hierbas también estaban confabuladas para simular falsos escondites con el fin de desviar la atención de los tontos herbívoros mientras ellas buscaban a los dioses bajo tierra con sus sensibles raíces.

Otras criaturas de Dara decidieron formar extrañas alianzas para aprovechar las habilidades especiales de cada una. Las poderosas crubens,

soberanas de los mares, se aliaron con los brillantes pepinos de mar —mitad planta, mitad animal— para que la luz emitida por estos últimos revelara cualquier dios escondido en los oscuros recovecos de las profundas fosas oceánicas y les permitiera atraparlos; el ciruelo, el bambú y el pino, las tres plantas más duras del invierno, se aliaron con el sapo del desierto, amante del calor, de forma que mientras que los bosques de bambúes, los pinares y los sotos de ciruelos se susurraban entre los picos nevados, los sapos pudieran rastrear las calderas volcánicas; el lobo, el predador más feroz en tierra, hizo un

pacto con las plantas enredaderas de tal modo que las manadas de lobos recorrerían los espesos bosques aullando y cuando los dioses salieran corriendo para escapar quedarían atrapados por las marañas de enredaderas.

A lo largo de la mañana y de la tarde, los dioses fueron descubiertos uno a uno.

En primer lugar, los pinares, los bosques de bambúes y los sotos de ciruelos, tras escudriñar todos los rincones de las islas tocados por el hielo, encontraron a la Señora Rapa en las montañas Wisoti en forma de un

delicado rostro grabado en la superficie cristalizada de una cascada helada. Poco después de este descubrimiento, los sapos encontraron a la Señora Kana transformada en una grieta dentada de una placa vítrea de obsidiana.

La alianza del fuego y el hielo había dado frutos.

Pero no todas las alianzas terminaron tan bien. La arrogante cruben se sumergió en picado hacia el corazón de un turbio torbellino en una de las fosas oceánicas más profundas, cuya oscuridad iluminaban los cientos de resplandecientes pepinos de mar sujetos a la cabeza de la cruben como

joyas incrustadas en el extremo de un cetro de mando ceremonial. Pero en el último momento, justo antes de cerrar suavemente sus mandíbulas alrededor de la forma risueña del cambiante Tazu, la soberana de los mares sacudió la cabeza, desprendiéndose de los pepinos de mar sujetos a sus escamas adamantinas del mismo modo que un búfalo de agua se deshace de los mosquitos pegados a su cabeza. Mientras la cruben se lanzaba hacia la superficie en un arrebató de triunfo, los pobres y blandos tubos brillantes quedaron impotentes a la deriva en el abismo insondable como meteoritos expulsados del cielo.

Ese era el riesgo de servir al capricho de los fuertes y poderosos.

—Mamá, ¿por qué los que tienen más poder siempre son tan malos?

—Mimi-*tika*, ¿es malo el pescador que recoge los frutos del mar? ¿Es malo el agricultor que siega las mazorcas de sorgo? ¿Es malo el tejedor que hierve los capullos del gusano de seda y desenreda su vestido de presentación, ahora convertido en sudario?

—No entiendo.

—Los grandes señores, ya sean mortales o inmortales, se comportan como se comportan porque sus intereses no son los nuestros. Sufrimos porque

somos la hierba que los gigantes pisotean.

En una recóndita cueva del litoral noroccidental de la isla Grande, las ballenas que surcaban las costas de las islas de Dara descubrieron a una anciana tortuga marina con el caparazón tan agrietado como los arrecifes de coral que sobresalen en el mar.

Las ballenas rodearon a la tortuga y la salpicaron alegremente con el agua exhalada por sus espiráculos, dibujando un bonito arcoíris en el agua pulverizada.

«Señor Lutho», dijo la cabecilla de

las ballenas, una enorme hembra de cabeza abovedada cuyos ojos grises habían presenciado cientos de primaveras, «os escondéis tal y como predijimos que lo haríais».

La anciana tortuga se echó a reír transformándose en el vidente divino de piel oscura, el pescador de sueños y augurios. «¿Cómo sabéis que no me habéis encontrado tal y como yo predije que lo haríais?»

Las ballenas quedaron confundidas ante su respuesta.

«Si habíais previsto que os buscaríamos aquí», preguntó la ballena, «¿por qué no os escondisteis en otro lugar?»

Lutho sonrió y señaló al arcoíris, que iba desapareciendo a medida que la neblina provocada por las ballenas se disipaba.

«¿Será porque aunque podáis predecir el futuro no podéis cambiarlo?», preguntó de nuevo la ballena.

Lutho sonrió y señaló al arcoíris.

«¿Fue porque cuando previsteis el futuro decidisteis que esa visión era lo que deseabais después de todo?», la ballena lo intentó por tercera vez.

Lutho sonrió y señaló al arcoíris, que apenas era ya visible.

«¿Fue porque...», pero en esta ocasión la ballena no pudo terminar la

pregunta. Lutho había desaparecido con el arcoíris.

—Mamá, ¿por qué el Señor Lutho señaló al arcoíris en lugar de responder?

—Nadie lo sabe, cariño. Ni las ballenas, ni tu padre, ni nuestros padres, nuestros abuelos o sus abuelos antes que ellos. Por eso se dice que es un misterio. Supongo que algunas veces los dioses quieren enseñarnos lecciones que no podemos comprender solo con palabras.

—Yo creo que el Señor Lutho no es un maestro muy bueno.

—Los buenos maestros son tan excepcionales como las crubens entre

las ballenas, o los dyrans entre los peces.

No fue ninguna sorpresa que la Señora Tututika, la última de los dioses en nacer y la que más apreciaba la belleza, fuera atrapada por la sinfonía creada por los cocos al golpear rítmicamente el mar y por la danza de los velos dorados de las carpas. Se apareció en la desembocadura del río Sonaru y se dice que todavía es posible entrever esa danza celestial en los movimientos de las bailarinas de los velos de Faça que se contonean al ritmo de los músicos que golpean sus tambores de coco.

Tampoco sorprendió a nadie que el Señor Rufizo se dejara ver cuando un joven cervatillo tropezó y se hirió en la altiplanicie rocosa cercana a la brumosa Boama. ¿Cómo iba a permanecer impasible el dios de la sanación cuando una criatura viva resultaba herida buscando a los dioses?

«Al menos Dara disfrutará de un año tan apacible como el ciervo cada ciclo de doce años», dijo el sanador divino de la capa verde, y el ciervo saltó a su alrededor alborozado por ser distinguido entre los doce del calendario.

Por último, mientras el sol se

ocultaba por el oeste, el Señor Kiji, el patrón del vuelo majestuoso sobre espacios abiertos, inspeccionaba las islas Dara planeando en la forma de un halcón mingén. El ave, mareada por una columna de acre aroma floral procedente de un jardín de crisantemos en flor próximo al lugar donde se encuentran las montañas Damu y Shinané, cayó del cielo en una espiral descendente y, al aterrizar, una manada de lobos se le echó encima manteniéndole sujeto.

«¡He sido atrapado por el rey de las flores y el rey de las bestias!», dijo el dios de todos aquellos que anhelan estar por encima de los demás. «Diría

que no es una mala manera de acabar el día».

Y hubo una gran celebración en Dara, porque los dioses a veces se comportan como dictan sus naturalezas.

El lobo, sin embargo, no estaba tan contento como los demás elegidos para el calendario; la razón era que el lobo era el pawí del Señor Fithowéo, y Fithowéo había desaparecido.

—¿El dios de la guerra y del conflicto?

—Sí, cariño, esos son los dominios del Señor Fithowéo.

—Habría sido mejor que nunca le hubieran encontrado. Sin él no habría

guerras ni todo el sufrimiento que provocan.

—Ah, Mimi-*tika*, las cosas no suelen ser tan simples con los dioses.

Como probablemente ya te has imaginado, esta competición se produjo después de las Guerras de la Diáspora, en la que los hermanos divinos lucharon junto a inmensos ejércitos, hermano contra hermano, hermana contra hermana.

En una de esas batallas, Fithowéo luchó contra Kiji durante diez días y diez noches para proteger al héroe Iluthan. Al final, los rayos de Kiji arrancaron los ojos de Fithowéo

cegándolo. Por eso el dios ciego no había participado en la discusión sobre el calendario, ya que estaba oculto en la oscuridad de una profunda cueva bajo las montañas Wisoti, curando sus heridas y evitando el contacto con cualquier criatura viva.

El agua goteaba de las estalactitas que pendían sobre su cabeza y la única luz que iluminaba la cueva era la procedente de los hongos que brillaban aquí y allá como estrellas distantes en el cielo nocturno. El dios ciego estaba sentado sin moverse, solo.

Un aroma, tan tenue que no estaba seguro de si era producto de su imaginación, le cosquilleó la nariz. Era

un olor dulce, sencillo y humilde, como un vestigio de menta en un vaso de agua tras una tormenta, como la fragancia de jabón que persiste en la ropa recién lavada y tendida al sol, como el aroma del fuego de la cocina que acaricia la nariz del viajero agotado tras pasar la noche entera caminando.

Así que Fithowéo, sin apenas darse cuenta de lo que hacía, se levantó y caminó hacia el aroma, siguiendo su rastro.

El olor aumentó su intensidad. Ahora le recordaba al de la orquídea de floración nocturna y en su cabeza surgió la imagen de una flor blanca

con un gran labelo similar a una lengua enrollada que oculta su rígido tallo en el centro, con cuatro pétalos que sobresalen por encima del labelo como las alas traslúcidas de una palomilla. Se acercó un poco más a la fuente de olor y, cuando las alas diáfanas le rozaron la nariz, sacó la lengua y siguió los contornos de los pétalos. Sí, se trataba de la orquídea de floración nocturna, cuya forma se parecía levemente a la de la palomilla que, según se decía, la polinizaba y que solo salía en la oscuridad y a la luz de las estrellas. Era una flor sencilla, poco valorada por las damas y los jardineros, que preferían otras más

vistas y ornamentadas.

Saboreó con la punta de la lengua el dulzor de su néctar.

«Siento el sabor de la pena en tu lengua», dijo un susurro de voz.

El dios retrocedió, sorprendido.

«¿Qué puede entristecer a un dios», preguntó la voz. Fithowéo se dio cuenta de que procedía del centro de la flor que había besado.

«¿De qué sirve un dios de la guerra que no puede ver», respondió Fithowéo taciturno.

«¿No puedes ver?», le preguntó la orquídea.

El dios señaló las cuencas vacías de sus ojos y, al no obtener respuesta de la

orquídea, se dio cuenta de que, por supuesto, la orquídea tampoco podía ver en la oscuridad de la cueva.

*«No, no puedo», respondió el dios.
«Mi hermano me cegó con sus rayos».*

«¿Pero quién te ha dicho que estabas ciego?»

«¡Claro que estoy ciego!»

«¿Has intentado ver?»

Fithowéo sacudió la cabeza. La orquídea no era una criatura con la que se pudiera razonar.

«Yo puedo ver», dijo la orquídea, «aunque no tenga ojos».

«Eso es ridículo», replicó Fithowéo.

«Te he visto», dijo la orquídea, totalmente segura.

«¿Qué quieres decir?»

«Llegué hasta ti con mi fragancia y te atraje hacia mí», dijo la orquídea. «Me llevó un rato, pero te vi».

«Eso no es ver», afirmó Fithowéo.

«Puedo decirte que hay una docena de murciélagos colgando del techo sobre nosotros», dijo la orquídea. «Puedo decirte que un nube de palomillas me visita cada noche, aunque ninguna de ellas es mi pareja. Puedo decirte que, en los inviernos duros, los topos peludos olfatean esta cueva. Sé de la existencia de todas estas cosas que tú no sabes y, sin embargo, me dices que no puedo ver».

«Eso...», Fithowéo quedó sin

palabras por un momento. «Está bien, supongo que es algo parecido a ver».

«Hay muchas formas de ver», dijo la orquídea. «¿No decían los sabios antiguamente que la visión no es más que la luz que emana de los ojos y es reflejada por el mundo?».

«En realidad...», empezó a decir Fithowéo.

Pero la orquídea no le dejó terminar. «...yo veo enviando oleadas de fragancia al mundo y recogiendo lo que tocan. Si no tienes ojos, debes encontrar otra manera de ver».

Fithowéo olisqueó el aire a su alrededor. Podía detectar a la izquierda el almizcle de los hongos y

otro aroma floral más fuerte, más definido que la fragancia de la orquídea. «¿Hay una rosa rupestre a la izquierda?»

«Sí», respondió la orquídea.

«Y hay algo más», dijo Fithowéo, volviendo a olfatear el aire. «Huele como a lodo y a pantano».

«Bravo. Hay una charca al otro lado, llena de spigelias y pececillos blancos que han perdido los ojos porque está tan oscuro».

Fithowéo respiró hondo y separó el leve olor de los peces del resto.

«¿Lo ves?», dijo la orquídea. «Ya estas elaborando un mapa de olores».

Fithowéo tuvo que admitir que era

cierto. Al girar la cara de un lado a otro, casi podía ver los hongos resplandecientes y las rosas rupestres junto a la pared de la cueva, así como la charca de agua helada por detrás de la orquídea. Sus formas eran imprecisas, como la visión borrosa que tenía después de beber demasiadas jarras de hidromiel.

Pero, tras un momento de alegría, volvió a caer en la depresión.

«Yo no puedo limitarme a haraganear como tú», dijo Fithowéo. «Puede que los olores sean suficientes para una flor enraizada en el suelo, pero no para un dios de la ira y el movimiento».

La orquídea no respondió.

«A veces, cuando el destino te ha arrebatado las armas», dijo Fithowéo, «tienes que rendirte».

La orquídea no respondió.

«Cuando no te queda ninguna esperanza tras una batalla en la que has combatido limpiamente», continuó Fithowéo, «la reacción más honorable es sucumbir a la desesperanza».

La orquídea no respondió.

Fithowéo aguzó sus oídos en la oscuridad y oyó algo que sonaba como crujidos de seda.

«¿Estás riéndote?», bramó Fithowéo. «¿Te atreves a reírte de mi desgracia?».

Se incorporó y levantó el pie. El olor de la orquídea le bastaba para fijar su posición. Si diera un paso podría triturarla bajo su pie, aplastándola contra el suelo irregular de la cueva.

«Me río de un cobarde que dice ser un dios», dijo la orquídea. «Me río de un inmortal que ni siquiera comprende cuál es su deber».

«¿De qué estás hablando? ¡Soy el dios de la guerra y las batallas! Necesito ver la luz que emite una espada al girar para poder detenerla con mi escudo de combate. Necesito ver la flecha que llega para desviarla con mi guantelete. Necesito ver al enemigo

que huye para atravesarlo con mi lanza. ¿De qué me sirve un mapa de olores?»

«Escucha», dijo la orquídea.

Fithowéo escuchó. En el silencio de la cueva no parecía haber otro sonido que el del irregular goteo del agua.

«Afina tus oídos», dijo la orquídea. «Estás en un lugar de oscuridad, donde los ojos que solo ven con luz no sirven para nada. ¿Crees que las criaturas que viven aquí se pasan la vida tropezando?»

Y Fithowéo escuchó con mayor ahínco. Le pareció oír chillidos estridentes, tan agudos que apenas eran audibles, entrecruzando el aire

sobre su cabeza.

«Los murciélagos ven emitiendo por su garganta rayos de sonido y captando el eco con sus oídos cuando rebotan».

Fithowéo escuchó y en ese momento se dio cuenta de que el aire estaba lleno de otro sonido: el de alas batiéndose a toda velocidad. Los murciélagos estaban volando graciosamente en amplios círculos cerca del techo de la cueva.

«Sumerge las manos en el agua», dijo la orquídea.

Fithowéo las sumergió y sintió un hormigueo por toda la superficie de sus manos, incluso después de acostumbrarse al entumecimiento

causado por el frío.

«Los diminutos peces blancos que viven en el agua contraen sus músculos y sus nervios para generar líneas de fuerza invisibles que impregnan el agua», dijo la orquídea. «Al igual que la fuerza misteriosa que llena el aire antes de una tempestad, esas líneas invisibles se curvan y giran alrededor de los seres vivos, de modo que los peces ciegos ven con su cuerpo».

Fithowéo se concentró y consiguió sentir las invisibles líneas de fuerza que rodeaban su brazo, e imaginó las ondas de fuerza que rebotaban en los pececillos.

«Dices ser el dios de la guerra, pero

la guerra no es solo la música de la espada de acero al batir contra el escudo de madera, o el coro de flechas precipitándose sobre las armaduras de cuero. La guerra es también el arte de luchar teniendo todo en contra, algo a lo que no se atreverían ni Tazu ni Lutho; es la habilidad para arrebatarse la vida a las mandíbulas de la ardiente Kana, sin contar con Rufizo como aliado; es conseguir privar a una fuerza enemiga superior del descanso de la sosegada Rapa, usando exclusivamente tu ingenio; es la capacidad de encontrar un camino inesperado para humillar al orgulloso Kiji, pese a no contar con ninguna

ventaja; y es la posibilidad de construir, a partir de la fealdad, algo bello que asombraría a la extravagante Tututika.

«Te has acostumbrado a lograr sin apenas esfuerzo la victoria contra simples mortales, aunque se les considere héroes. Pero la guerra no son solo victorias, también consiste en combatir y perder, perder para volver a combatir.

«Un dios de la guerra es también el dios de quienes están atrapados en la rueda de la lucha perpetua, que combaten a pesar de conocer su derrota segura, que se mantienen junto a sus compañeros frente a las lanzas,

las catapultas y el metal reluciente, que, armados solo de su orgullo, se afanan y prueban, perseveran y se esfuerzan, sabiendo todo el tiempo que no pueden vencer.

»No solo eres el dios de los fuertes; también eres el dios de los débiles. El valor se demuestra mucho más cuando parece que todo está perdido, cuando la desesperanza se presenta como la única opción racional».

»El verdadero valor consiste en seguir esforzándose por ver cuando a tu alrededor todo es oscuridad».

Y Fithowéo se levantó y ululó. Y su voz llenó la cueva y rebotó en sus oídos. Le pareció ver las estalactitas

*colgando del techo como cortinas
enjoyadas, las estalagmitas surgiendo
del suelo como brotes de bambú, los
murciélagos haciendo piruetas aéreas
como cometas de combate, las
orquídeas nocturnas y las rosas
rupestres floreciendo como un tesoro
viviente. La cueva estaba llena de luz.*

*El dios de la guerra se echó a reír,
se inclinó ante la orquídea y la besó.
«Gracias por mostrarme cómo ver».*

*«No soy sino la más humilde de las
Cien Flores», dijo la orquídea. «Pero el
tapiz de Dara no solo está tejido con el
orgullosa crisantemo y el arrogante
ciruelo, el bambú que soporta grandes
casas o el coco que ofrece su dulce*

néctar y su agradable música. La achicoria, el diente de león, la linaria, diez mil especies de orquídeas y una cantidad innumerable de otras flores no están representadas en los escudos de las familias nobles ni se cultivan en jardines, ni son suavemente acariciadas por los dedos de grandes damas y ansiosas cortesanas. Pero también nosotras libramos nuestros combates contra el granizo y la tormenta, contra la sequía y las privaciones, contra el borde afilado de la azada y las emanaciones venenosas del pulverizador de herbicidas. También nosotras tenemos derecho a un tiempo y merecemos un dios que

entienda que cada uno de los días de las flores corrientes es un día de lucha».

Y Fithowéo continuó ululando, haciendo que su garganta y sus oídos fueran sus ojos, hasta que salió majestuosamente de la cueva, recibió la luz del sol y cogió dos trozos de obsidiana y se los colocó en las cuencas para volver a tener ojos. Aunque eran ciegos a la luz, sembraban el pánico en todos aquellos que los miraban.

Y así fue como la humilde orquídea entró a formar parte del calendario.

CAPÍTULO SIETE

MAESTRO Y ALUMNA

DASU: PRIMER AÑO DEL
PRINCIPADO (TRECE AÑOS
ANTES DEL PRIMER GRAN
EXAMEN)

De modo que Aki ayudó a Mimi a levantarse de la cama y le entregó una muleta que había construido con trozos de madera recogidos en la playa. No le dijo lo improbable que era que alguna

vez recuperase el control sobre su pierna. Se limitó a esperar que a ella se le ocurriera cómo hacerlo.

Madre e hija escudriñaban la playa, trabajaban los campos y ayudaban a los pescadores con sus capturas. Aki se adelantaba, caminando a propósito con pasos largos, sin mirar atrás para comprobar si Mimi podía seguirla con su cojera. Para los hombres y mujeres corrientes de Dara, cada día era un día de lucha.

Y Mimi aprendió a no dar importancia a su pierna entumecida; aprendió a ignorar el dolor punzante de su cadera; aprendió a inclinarse y desplazar el peso del cuerpo y se fue

fortaleciendo hasta poder caminar con una muleta bajo el brazo izquierdo.

Una mañana, mientras escudriñaban la playa, encontraron restos de naufragio poco habituales: trozos de mástil y de mamparo que no eran de madera, sino de un material más parecido al hueso o al marfil, tallados con intrincados dibujos de una bestia desconocida, de cola larga, dos patas con garras, un par de grandes alas y cuello esbelto, como el de una serpiente, coronado por una cabeza desproporcionada, con astas, parecida a la de un ciervo. Aki llevó los restos al jefe del clan, pero el anciano no recordaba haber visto nunca algo parecido.

—No procede de la expedición del emperador —dijo Aki, y no volvió a mencionarlo. El mundo estaba repleto de misterios. A Mimi, aquellos extraños pecios le parecían agujeros en el velo que ocultaba la verdad del mundo, aunque no pudiera entender lo que veía.

Los llevaron al mercado y se los vendieron por unas cuantas monedas de cobre a aficionados a coleccionar curiosidades.

Pero, mucho después de aquello, Mimi soñó que la extraña bestia luchaba con la tortuga de la tormenta, con el tiburón de la galerna y con el halcón de la tempestad, y los relámpagos congelaban momentáneamente sus poses

creando escenas intermitentes en claroscuro, tan elementales y bellas como aterradoras.

Ella mantenía la esperanza de que la tortuga hubiera podido salvar a aquel barco fantasma, al igual que esperaba que los dioses hubieran salvado la vida de su padre y sus hermanos.

En esas, llegaron noticias de que el imperio de Xana ya no existía. Un gran señor llamado el hegemón había derribado el trono del emperador Erishi en la Ciudad Inmaculada y restaurado los reyes Tiro de la antigüedad. En la aldea, fueron pocos los que lloraron la muerte del imperio; el patriotismo, como

el arroz blanco, era privilegio de los acomodados.

Se decía que el hegemón había masacrado a los hijos de Xana en La Garra del Lobo, incluidos a todos los jóvenes de la aldea que acudieron a luchar con el mariscal Marana. Durante días, la gente esperó a las puertas de la casa del magistrado para tener noticias de sus hijos, maridos, padres y hermanos, pero las puertas permanecieron cerradas mientras el magistrado discutía con sus consejeros y empleados cuál sería la mejor manera de conseguir el favor del hegemón a fin de conservar el sombrero de seda oscura de los funcionarios. Ni siquiera

se les pasó por la cabeza acordarse de los soldados muertos.

Aki tampoco colocó estelas funerarias en recuerdo de sus hijos.

—No los he enterrado con mis manos —dijo— y mucho menos voy a enterrarlos en mi corazón.

Algunas veces, cuando Mimi se despertaba en mitad de la noche, veía a su madre sentada en el suelo junto a la cama, con los hombros temblorosos y la cara vuelta hacia otro lado. Entonces, sacaba una mano y la colocaba en la espalda de su madre. Ambas permanecían conectadas así, en silencio, hasta que Mimi volvía a dormirse.

Finalmente, la gente abandonó el

patio del magistrado y regresó a las interminables faenas que convertían el sudor en comida y el dolor en bebida. Erigieron altares privados en sus casas en honor de los muertos y los presuntos muertos, pero nadie pronunció discursos apasionados sobre el honor de Xana ni habló de venganza contra el hegemón. Estaban demasiado paralizados por la tristeza para sentir odio; para los grandes señores, las guerras eran un asunto personal, pero ¿quién podía afirmar con certeza que el hegemón era más responsable de esas muertes que el mariscal o el emperador Erishi?

Mientras sus hermanos y su padre seguían sin regresar a casa, un nuevo rey

llegó a Dasu.

El rey Kuni era un señor extraño. Redujo los impuestos, no exigió servicio de corvea para construir un palacio nuevo, sino que pagó a los trabajadores que repararon caminos y puentes y abolió las severas leyes de Xana que infligían castigos hasta por estornudar demasiado fuerte. Hizo saber que los hombres y mujeres de otras islas desplazados por las guerras tenían libertad para acudir a su isla e incluso les ayudaría a asentarse entregándoles semillas y herramientas gratis. Los ancianos y las viudas de Dasu se regocijaron: las guerras habían vaciado la isla de hombres y había escasez de

maridos y padres. Aunque algunas mujeres aceptaron incorporarse a familias existentes, especialmente si estas eran ricas, no todas estaban dispuestas a tal arreglo.

También existía la costumbre de que las mujeres que se amaban o que se necesitaran mutuamente se unieran en matrimonio Rapa, pues se decía que la diosa había estado enamorada de una doncella de hielo en una ocasión. Las compañías de ópera popular cantaban:

*Su amor era de los que
durarían toda la
eternidad,
Con gestos mínimos*

*medidos en pulgadas
y en siglos,
Con susurros que
resonarían en los
polvorientos estantes
de la historia,
Con una sola mirada
que penetraría en la
escala de la creación
y una sola danza que
sobreviviría a las
erupciones de los
volcanes y el
hundimiento en el
mar de las islas de
Dara.*

Durante la guerra, el número de matrimonios Rapa había aumentado, de forma que las mujeres podían apoyarse entre ellas: era más sencillo cultivar los campos y criar los hijos juntas. Aun así, muchas mujeres preferían a los hombres y no estaban dispuestas a compartir, por lo que los forasteros eran muy bienvenidos.

A Aki le habían propuesto formar parte de estas uniones, pero nunca quiso comprometerse en un matrimonio Rapa. Tampoco prestó ninguna atención a los hombres que llegaron a la aldea para instalarse, aunque varios parecían interesados en ella. Se esforzaba en cultivar su pequeña parcela de tierra con

la única ayuda de Mimi y complementaba sus ingresos ayudando a los pescadores.

—Mi esposo está fuera —repetía a cualquiera que le preguntara—. Volverá pronto. Y también mis hijos.

—¿Tenemos algún talento? —preguntó Mimi a su madre un día.

—¿Por qué se te ocurre eso?

La pequeña de siete años había regresado a casa temprano a preparar la cena mientras su madre terminaba las faenas del campo. Para alcanzar la olla con agua hirviendo de la cocina tenía que subirse a un taburete —era peligroso, pero los hijos de los pobres

tienen que aprender pronto a hacer las cosas. Un pregonero pasó por la aldea con un anuncio del palacio de Daye: el rey Kuni buscaba personas con talento para recompensarlas, fuera cual fuera su posición social.

Mimi repitió la proclama a su madre, palabra por palabra. Terminaba así: *La ostra sujeta a una rama del coral más exquisito tiene las mismas probabilidades de contener una perla que la que se encuentra enterrada en el fango.*

Siempre había tenido una memoria excelente: podía repetir las historias que le contaba Aki con solo escucharlas una vez y era capaz de representar óperas

populares completas para entretener a su madre durante el largo invierno.

—Dicen que el hijo del magistrado va a acudir al palacio de Daye para mostrar al rey su técnica con el pincel y el estilete —dijo Mimi—. Y el maestro de la aldea va a hacer una prueba a sus alumnos para seleccionar a los dos que sepan recitar el mayor número de poemas de los clásicos anu y presentárselos al rey. He oído que el tío So va a enseñar al rey su nueva técnica de anudar las redes de pesca, y tía Tora está pensando presentarle su colección de hierbas medicinales. ¿Tenemos nosotras algún talento? A lo mejor también podemos acudir al rey y vivir

como el hijo del magistrado.

Aki miró a su hija. *Es una niña extraordinaria. ¿Y si el rey se interesara por ella?*

Entonces recordó lo que le había sucedido a su marido. *Los hombres de talento deben sentirse honrados de servir al emperador.*

—Hija, el talento es como una pluma bonita en la cola de un pavo real. Alegra al poderoso pero solo da disgustos al ave.

Mimi reflexionó sobre ello. El velo que envolvía al mundo cada vez parecía más denso.

El rey Kuni se rebeló contra el hegemón.

Una vez más, los hombres de Dasu (y, en esta ocasión, también las mujeres) dejaron los campos y los barcos de pesca para ir a morir a tierras lejanas. Aki no se sorprendió. Los sueños de los grandes señores del mundo se levantaban sobre la sangre y los huesos de los plebeyos. Para florecer, el crisantemo dorado necesitaba un fertilizante preparado con las cenizas de las cien flores. Esa era la eterna verdad.

La paz no regresó hasta que Mimi cumplió los trece años, cuando el rey Kuni se convirtió en el emperador Ragin, iniciando el reinado de Los Cuatro Mares Plácidos.

DASU: PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS (CINCO AÑOS
ANTES DEL PRIMER GRAN
EXAMEN)

Un día Mimi se encontraba en el mercado de Daye. Ya tenía edad suficiente como para que Aki la dejara ir a vender sola el grano recién cosechado y a pagar el arriendo al amo de las tierras. En cualquier caso, era mejor negociadora que ella.

Los hijos e hijas de los ricos iban por las calles a caballo, haciendo silbar sus fustas en el aire, y Mimi y los demás campesinos se apartaban de su camino.

A causa de su cojera y del pesado costal con la muestra de grano que cargaba, caminaba lentamente y los caballos estuvieron a punto de pisotearla algunas veces. Pero Mimi apretaba los dientes y no se quejaba. Igual que había muchas formas de ver, había muchas formas de caminar.

Los eruditos y los burócratas del emperador iban por las calles con más calma, en cómodos carruajes tirados por caballos o por hombres, y mantenían la mirada apartada de las caras sucias, adormecidas y malnutridas de los pobres que caminaban junto a las zanjas de desagüe pegadas a la carretera.

Mimi aplacó su enfado. Así era el

mundo, ¿no es verdad? Se suponía que el emperador Ragin se preocupaba por la vida de la plebe, pero también había diferencias entre los plebeyos. Por lo que ella sabía, los únicos que alababan el nuevo reinado eran quienes ya eran ricos con anterioridad.

Era tan inútil pensar que ella y su madre también podrían llevar una vida cómoda y lujosa, vestir ropas de seda y no de basto cáñamo, comer arroz blanco y no el mijo arenoso que les rayaba las muelas, como lo era para el diente de león pensar en ser admirado igual que el crisantemo.

Había una multitud congregada en el centro del mercado. Llevada por la

curiosidad y por la esperanza de presenciar alguna representación emocionante de magia o acrobacias, se abrió paso a través del nutrido grupo de espectadores, blandiendo su bastón como un remo a través del agua y el espeso fango. Pero le desilusionó comprobar que se trataba tan solo de dos hombres sentados frente a frente sobre una estera, con el pelo sujeto con el doble moño indicativo de su rango de *toko dawiji*, estudiosos que habían aprobado el primer nivel de los exámenes imperiales.

—... sabe que cuanto más cerca está algo, más grande parece, y cuanto más lejos, más pequeño —dijo el primero de

ellos.

—Entonces, ¿opinas que el sol está más cerca al amanecer y al anochecer y más lejos al mediodía, lo que explicaría por qué parece más grande cuando sale y se pone? —preguntó el otro.

—Evidentemente —respondió el primero.

—Pero todo el mundo sabe también que cuanto más próxima está una fuente de calor, más caliente. ¿Cómo explicas el hecho de que el sol caliente más al mediodía y menos al anochecer y al amanecer, estando más lejos? —dijo el segundo estudioso.

—Ejem... —el primero arrugó la frente, incapaz de resolver ese misterio.

—Es sencillo. ¡Tu explicación no es correcta! —dijo el segundo estudioso.

—¡Sí que es correcta! —repuso el otro, con el rostro enrojecido—. El gran sabio Kon Fiji explicó que la naturaleza, como la sociedad humana, sigue una estructura jerárquica perceptible. El sol está tan lejos de la tierra como el emperador lo está de la plebe. De lo que se deduce que los dioses deben de haber pretendido que el sol esté a su mayor distancia de la tierra cuando está en su cénit, simbolizando la gracia y la nobleza del trono imperial.

—¿Y qué hay del calor del mediodía, mi docto amigo? —preguntó el segundo estudioso.

—Eso se explica fácilmente —el primero dio un sorbo a su taza de té y miró furtivamente a la muchedumbre que les rodeaba. Con tanta gente mirando, tenía que ganar el debate para salvar las apariencias. Volvió a dejar la taza y elevó la voz, cargándola de una confianza arrogante; en ocasiones bastaba con parecer que uno sabía de lo que estaba hablando.

—Tu razonamiento *asume* que el sol siempre mantiene la misma temperatura. Pero eso no es así. Basta con emplear la razón para descubrir que si el sol calienta más cuando está en su punto más alejado de la tierra, al mediodía, debe de ser porque incrementa

gradualmente su calor al ascender y se va enfriando cuando desciende. El punto en el que el sol calienta más coincide con el momento en que está más elevado, lo cual confirma la perfección de su diseño.

¿Sigue el mundo un plan que se puede percibir?, se preguntó Mimi. ¿Es la naturaleza el modelo de la sociedad y por tanto lo natural es también lo justo?

Nunca había escuchado esos razonamientos y estaba fascinada. Los hombres instruidos parecían pensar que el mundo era similar a un discurso y que, por tanto, podía descifrarse. Recordó sus intentos de comprender la

conversación de los dioses cuando era niña. Deseaba alcanzar ese conocimiento, un conocimiento que la permitiera interpretar sus señales, ver a través del velo del mundo y vislumbrar la Verdad.

—Vosotros, los moralistas, siempre dais por sentada la conclusión antes del razonamiento —dijo el segundo estudioso con desdén—. Es exactamente lo que dijo Ra Oji: un discípulo de Kon Fiji es la lente más potente del mundo, porque inclina todos los rayos de la evidencia para que se centren en la conclusión que desea conseguir. Un vago que tiene el estómago vacío sostendrá que la culpa es de la comida por no

reconocer su superioridad moral y negarse a buscar activamente su estómago.

La multitud estalló en carcajadas.

—Al final, el moralista no convence a nadie más que a sí mismo —continuó el segundo estudioso, satisfecho de contar con el apoyo del público.

—A vosotros los flujistas se os da bien burlaros de quienes buscan la verdad, pero lo único que aportáis al debate son ocurrencias —dijo el primer estudioso, con la voz temblando de rabia—. ¿Cuál es entonces *tu* explicación del cambio de tamaño del sol?

—¿Quién sabe? Puede que realmente se aleje cuando se eleva, como

sostienes, o puede que se reduzca de tamaño cuando asciende, como una medusa que contrae su campana para elevarse en el océano. Pero todo tu enfoque es erróneo: no necesitamos forzar a la naturaleza para que encaje en los modelos prefijados por nuestros deseos. Como dijeron los sabios anu: *Gipén co fidéra ünthiru nafé ki shraçaa tefi né othu*. Solo tenemos que *ajustar* nuestra vida a los ritmos establecidos por la naturaleza. Me despierto con la brisa fresca de la mañana y disfruto mi desayuno de tiras de pescado blanco recién llegado al puerto crudas y sazonadas con jengibre; me resguardo bajo un gran árbol sombrilla para echar

la siesta al mediodía, mientras sueño que soy una sepia con un manto que se agita y que la sepia también sueña conmigo; al atardecer, me levanto para dar un paseo a paso ligero por la refrescante playa, admirando el inminente resplandor rojizo de la puesta de sol. Prefiero mucho más mi vida a la tuya.

—Seguir el flujo no es la manera de acercarse a la realidad del universo. Yo no soy incentivista, pero al menos Gi Anji iba bien encaminado cuando señaló que los hombres instruidos deben comprender el mundo y mejorarlo, porque no somos bestias sin inteligencia ni dientes de león diseminados a los

lados del camino, sino que estamos dotados del impulso divino de transformar el reino terrenal para acercarlo al cielo.

—La realidad del universo debe ser *experimentada*, no *construida*...

¿Qué se sentirá al estar todo el día planteándose esas cuestiones?, pensaba Mimi. *No preocuparse solamente del tiempo que hará, la cosecha y la captura de pescado, no tener que esforzarse por conseguir la siguiente comida y la otra, sino ser capaz de imaginar y debatir sobre la sustancia del sol y confiar en que es posible leer las grandes pautas de la vida.*

Los estudiosos continuaron

discutiendo mientras la multitud les animaba y aportaba sus propias observaciones de tanto en tanto. Al final, se cansaron del debate y se fueron cada uno por su lado, tras agotar su reserva de citas clásicas memorizadas. La multitud se dispersó y solo quedó Mimi, que seguía pensando y reproduciendo el debate en su mente.

—El mercado está a punto de cerrar, señorita —una voz amable interrumpió sus pensamientos.

—¡Oh, no! —Mimi miró a su alrededor y se dio cuenta de que era cierto. Los compradores de grano estaban cargando sus carros y dirigiéndolos a los almacenes. Tendría

que volver al día siguiente. Estaba furiosa consigo misma; ¿cómo podía haber sido tan irresponsable?

El hombre que se había dirigido a ella era alto y enjuto, como el tronco de un pino curtido. Estaba al final de la cuarentena, tenía el cabello encanecido recogido descuidadamente en un moño poco apretado y piel tan oscura como el caparazón de las grandes tortugas marinas. Aunque las cicatrices del rostro estropeaban sus rasgos, por otra parte bien parecidos, sus ojos verdes eran cordiales y cálidos a la luz del sol poniente.

—Parecías fascinada por el debate —dijo el hombre, con expresión de

interés en el rostro—. ¿Qué estabas pensando ahora?

Todavía algo intranquila, Mimi respondió lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Por qué hay tantos sabios que tienen apellidos terminados en «ji»?

El hombre pareció desconcertado por un instante y luego se echó a reír.

Mimi se ruborizó. Se colocó el costal con la muestra de grano sobre el hombro y se dio la vuelta para irse, tropezando por la humillación sufrida.

—¡Lo siento! —dijo el hombre detrás de ella—. Resulta estimulante escuchar una observación original. No tenía intención de ofenderte.

Mimi percibió la sinceridad de su voz. Hablaba con acento de algún lugar de la isla Grande y vocalizaba con elegancia y gracia, como los cantantes de las óperas populares que interpretaban a nobles en el escenario.

—He sido desconsiderado —dijo el hombre—. Te presento mis disculpas otra vez.

Mimi se volvió y dejó el costal en el suelo.

—¿Qué tenía de gracioso lo que dije?

El hombre mantuvo una expresión muy seria y preguntó:

—¿Conoces la obra de alguno de los sabios que citaron?

Mimi sacudió la cabeza.

—Nunca fui a la escuela —y añadió—: Bueno, conozco el nombre de Kon Fiji, el Verdadero Sabio, porque a veces sale en las óperas populares.

El hombre asintió.

—Tu pregunta es completamente lógica; simplemente nunca me había fijado en la pauta que tú has observado. A veces dejamos de cuestionarnos lo que damos por sentado. De hecho, «ji» no forma parte de los apellidos de los sabios. Es un sufijo clásico anu que indica respeto y significa aproximadamente «maestro».

Mimi no apreció condescendencia en su voz, lo que le hizo sentir mejor.

—¿Sabes un clásico?

—Sí. Lo he estudiado desde que era niño.

—¿Sigues estudiando?

—Nunca se deja de estudiar —dijo el hombre sonriendo—. No solo un clásico, sino muchas otras materias, matemáticas, mecánica, adivinación...

—¿Entiendes a los dioses? —el corazón de Mimi se aceleró.

—Yo no diría tanto —el hombre titubeó, como si buscará la manera de explicar una idea complicada—. He conversado con los dioses, pero ni siquiera estoy seguro de que ellos mismos se entiendan. Es posible que cuanto más sepamos, menos necesitemos

depender de los dioses. Y los dioses también están siempre aprendiendo, al igual que nosotros.

Esa idea le resultaba tan extraña que se quedó sin palabras. Decidió cambiar de tema.

—¿Fue difícil aprender a leer anu clásico?

—Al principio sí, pero como todos los libros y poemas importantes están escritos en anu, mi tutor me hizo trabajar en ello. Al final me resultaba tan fácil leer los ideogramas del anu clásico como las letras zyndari.

—Yo no sé leer nada.

El hombre asintió con un atisbo de pena en los ojos.

—Soy de la antigua Haan, donde cualquier niño tenía la posibilidad de aprender a leer. Ahora que reina la paz en el mundo, a lo mejor eso puede hacerse realidad no solo en Haan, sino en toda Dara.

Esa idea le resultó absurda a Mimi, pero la voz del hombre sonaba tan apasionada y esperanzada que no quiso entristecerlo.

—¿Qué te pareció el debate?

—Creo que los dos eran muy instruidos —respondió el hombre volviendo a sonreír—. Pero eso no es lo mismo que ser sabio. ¿Qué te pareció a ti?

—Creo que necesitan pesar el

pescado.

El hombre se quedó de piedra.

—Oh. ¿Qué... quiere decir eso?

—Es algo que me enseñó mi madre.

Solía preguntarme si sabía por qué el pescado blanco aumentaba de peso según pasaba el tiempo, una vez extraído del mar.

El hombre cerró los ojos pensando sobre ello.

—Vaya, es desconcertante. Yo habría dicho que a medida que el agua abandonaba la carne, el pescado iría pesando menos con el paso del tiempo, no más. ¿Es algo especial de la estructura del pescado? ¿Quizá su carne absorbe la humedad del aire? ¿O quizá

el pez, cuando está vivo, contiene algún tipo de gas que lo aligera, como el halcón mingén? ¿O...

Ahora fue Mimi la que se echó a reír.

—Estás actuando de la misma manera que hice yo, asumiendo que lo que te han dicho es verdad. En vez de eso, deberías pesar el pescado.

—¿Y qué averiguaría si lo hiciera?

—Que el pescado blanco no gana peso con el tiempo. Es un cuento inventado por comerciantes sin escrúpulos que insuflaban aire en el vientre de los peces para que parecieran más grandes. Y cuando alguno pesaba menos que otros del mismo tamaño, aducían que era más fresco y que por

eso pesaba menos.

—¿Y qué tiene que ver esta historia con el debate?

Mimi miró al sol que se ocultaba.

—Tengo que volver a casa antes de que se ponga oscuro, pero si vienes al embarcadero norte de la ciudad mañana por la mañana te lo mostraré.

—Allí estaré. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Mimi, del clan Kidosu. ¿Y tú?

El hombre titubeó por un momento y luego dijo:

—Toru Noki, un viajero.

La mañana siguiente, Toru llegó al embarcadero al romper el alba.

—Eres puntual —dijo Mimi complacida—. No estaba segura de si me tomarías en serio, teniendo como tienes pinta de hombre instruido.

—Tengo cierta experiencia con citas de madrugada en muelles de pesca —dijo Toru—. Por lo general resultan ser muy instructivas —pero no dio más explicaciones.

Mimi estaba de pie sin apoyarse en su bastón, que había dejado plantado en la arena de la playa. Sujeto al extremo superior de la vara de bambú había colocado un palo horizontal cuyo extremo tenía montado un viejo espejito de bronce bien pulido en su parte central. En el otro extremo había un

bastidor circular confeccionado con un delgado tallo de bambú en el que había superpuesto una hoja de banana estirada y bien tensa.

Mimi ajustó el espejo hasta que la imagen del sol naciente quedó reflejada en la hoja de banana y trazó con esmero su contorno con un trozo de carbón.

—¿Has diseñado esto tú misma? —preguntó Toru.

—Sí —dijo Mimi—. Siempre me ha gustado observar la naturaleza: el mar, el cielo, las estrellas y las nubes. El sol es demasiado brillante para mirarlo directamente, así que inventé este modo de mirar su reflejo.

—Está muy bien pensado —dijo Toru

con admiración.

—Tenemos que repetir la misma operación al mediodía. Puedes regresar más tarde o esperar por aquí. Yo tengo que ir a la ciudad a vender el grano, es nuestro único sustento y eso no puede esperar.

—¿Tu familia no pesca?

—Mi padre solía hacerlo —dijo Mimi, con la voz más tenue—. Pero mi madre no quiere que yo aprenda. Él... desapareció en el mar.

—Iré contigo —dijo Toru.

Entraron en la ciudad y, aunque Toru se ofreció a ayudarla a cargar el costal con la muestra de grano, Mimi no se lo permitió («probablemente soy más

fuerte que tú»). El hombre no insistió, lo que agradó a Mimi. No le gustaba que la gente pensara que era menos capaz que los demás a causa de su pierna, y a veces a la gente le costaba entenderlo.

Mimi quiso intentar la venta en el mercado abierto, pero Toru sugirió que probaran antes en el palacio real.

—¿El palacio real? Pero el gobernador suele ofrecer los peores precios...

—Me parece que te vas a sorprender.

El emperador Ragin había entregado la isla de Dasu a su hermano mayor, Kado, como feudo, nombrándole rey de Dasu. Pero todos sabían que se trataba de un

gesto simbólico y el rey Kado vivía la mayor parte del tiempo en la reconstruida Pan, la ciudad Armoniosa, dejando que fueran los burócratas del emperador quienes gobernarán su reino, como hacían con las demás provincias administradas directamente por el emperador. El palacio real había sido el palacio del rey Kuni y, antes que eso, la mansión del gobernador en tiempos del imperio de Xana. No era mucho mayor que otras casas de Daye, ya que la ciudad nunca fue una gran metrópolis como las grandes ciudades de la isla Grande, ni siquiera como Kriphi, la antigua capital de Xana en la vecina isla de Rui. La ostentación jamás había sido

del agrado del emperador, tampoco cuando solo era el rey Kuni.

En el patio del palacio estaba sentado un empleado de compras muerto de aburrimiento. El emperador Ragin tenía fama de frugal y el regente del rey Kado —en realidad, el gobernador en funciones de Dasu— había dado órdenes de mantener bajo el precio de compra del grano. Únicamente los campesinos con granos de peor calidad, que no podían vender a los comerciantes privados, acudían a probar suerte con el gobernador. El día anterior solo se había acercado a ofrecer su mercancía un único vendedor y el empleado suponía que hoy sería igual.

¡Oh, potenciales vendedores! El funcionario abrió bien los ojos y puso atención. *Me imagino lo mala que habrá sido su cosecha para que vengan a venderla aquí.*

Mientras el funcionario examinaba a las dos personas que se acercaban a su mesa —el hombre de largos miembros que andaba dando grandes pasos y la muchacha coja con el bastón y el pesado costal de grano al hombro—, enderezó su postura y se frotó los ojos.

¿Qué está haciendo este hombre aquí? Recordaba haber visto a este asombroso personaje, junto al primer ministro Cogo Yelu y la reina Gin, cuando acompañó al regente a Pan para

la ceremonia de la coronación.

Dio un salto como si tuviera un muelle bajo el trasero.

—Ejem... gran secr... esto... secr... imperial... —*se dice que ha rechazado todos los títulos. ¿Cómo se supone que debo dirigirme a él?*

—Mi nombre es Toru Noki —dijo el hombre sonriendo—. No tengo ningún título.

El funcionario asintió y se inclinó repetidas veces, como una marioneta de sombras manejada por un titiritero que estuviera sacudiendo sus hilos para desenmarañarlos. *Debe de tener buenas razones para ocultar su identidad. Será mejor que no lo descubra.*

La muchacha dejó en el suelo el costal que llevaba al hombro.

—Toru, ¿puedes ayudarme a aflojar el cordón del saco? Se me han quedado los dedos algo entumecidos de cargarlo.

El funcionario no podía creer lo que estaba viendo: uno de los consejeros más cercanos al emperador de Dara se agachaba como si fuera un vulgar campesino para desatar el cordón del saco de grano.

Esta muchacha debe de ser muy, muy importante. El funcionario dio vueltas a ese pensamiento en su cabeza y comprendió lo que tenía que hacer.

Casi ni miró el grano.

—¡Excelente calidad! Compraremos

todo lo que tengas. ¿Qué te parece veinte por fanega?

—¿Veinte? —Mimi pareció sorprendida.

—Mmm... bueno, ¿cuarenta entonces?

—¿Cuarenta? —dijo, todavía más atónita.

El funcionario miró a Toru Noki, sin saber qué hacer. *¡Eso ya es cuatro veces la tarifa actual del mercado!* Apretó los dientes. Si el regente se quejaba más tarde, tendría que explicar la situación lo mejor que pudiera.

—Ochenta, pues. Pero no puedo ofrecerte más, de verdad.

La muchacha parecía aturdida

mientras firmaba el contrato dibujando un círculo en el papel con el pincel entintado.

—Enviaremos las carretas para el transporte en dos días —dijo el empleado.

—Gracias —dijo Mimi.

—Gracias —dijo Toru Noki, sonriendo.

—Buena negociación —dijo Toru.

—Eso no ha sido una negociación para nada —dijo Mimi—. ¿Quién eres tú? El empleado ha actuado como un ratón a la vista de un gato.

—En realidad estos días no soy más que un viajero —dijo Toru—. No te

miento cuanto digo que no tengo ningún título.

—Eso no significa que no seas importante.

—En ocasiones, saber demasiado puede ser un obstáculo para una amistad —dijo Toru en tono grave—. Me gusta la manera en que conversamos ahora, de tú a tú. No quiero perder eso.

—Está bien —Mimi asintió de mala gana. Entonces se iluminó—. ¡Es mediodía! Deberíamos tomar la segunda medida.

Plantó su bastón en el suelo, sacó el espejo y la hoja de banana y montó el artilugio tal y como había hecho antes. Ambos miraron la imagen del sol de

mediodía proyectada en la hoja. Encajaba exactamente en el contorno dibujado por la mañana.

—Lo que sospechaba —declaró Mimi triunfante—. El sol tiene exactamente el mismo tamaño al amanecer y al mediodía. Solo *parece* más grande cuando está más cerca del horizonte, pero en realidad *no lo es*.

—Bien hecho —dijo Toru—. Es tal y como dijiste: hay que pesar el pescado. Siempre he creído que el universo es cognoscible, pero tu frase va al fondo del asunto.

Pero Mimi se sentía decepcionada.

—De todas formas, su discusión parecía muy interesante. Casi hubiera

preferido que el sol cambiara de tamaño.

—No se puede construir una gran casa sobre malos cimientos —dijo Toru—. Si la base de su disputa era ilusoria, no importa lo bueno que fuera su razonamiento. Las palabras de los eruditos están llenas de sabiduría, pero es preciso recordar que no lo sabían todo. Los modelos pueden ser útiles para entender el mundo, pero deben mejorarse comprobándolos mediante la observación. Tan necesario es *experimentar* la realidad como *construirla*.

Mimi reflexionó sobre las palabras de Toru. Le daba la impresión de que el

velo que ocultaba el mundo se había hecho algo más transparente.

¿Y si el mundo no era más que un modelo del ideal que los dioses tenían en la cabeza? ¿O estaba más allá de todos los modelos, de la misma manera que lo que ella sentía cuando contemplaba la naturaleza no podía expresarse con palabras?

—Eso suena más inteligente que lo que decían los dos *toko dawiji*.

—No puedo adjudicarme el mérito. Es una cita de Na Moji, el fundador de la escuela de pensamiento modelista. Supongo que soy más modelista que cualquier otra cosa, pero pienso que cada una de las Cien Escuelas tiene algo

que enseñarnos. Son como diferentes herramientas para configurar y comprender la realidad, y un artesano con talento puede comprender el mundo y reconfigurarlo con su ayuda. Creo que tú también posees instintos modelistas, además de mucho talento en bruto. Pero hace falta que lo cultives.

Talento, pensó Mimi. Las palabras de su madre acudieron a su mente. *El talento es como una pluma bonita en la cola de un pavo real. Alegre al poderoso pero solo da disgustos al ave.*

—¿Qué tienen que ver el talento y la sabiduría con la hija de una pobre campesina? —preguntó—. Los pobres recorren este mundo por un camino y los

poderosos por otro.

—¿No conoces la historia de la reina Gin? Empezó siendo una niña de la calle y, aun así, se convirtió en la estratega más grande de toda Dara cultivando su talento.

—Esos eran tiempos de guerra, de caos. Ahora el mundo está en paz.

—Hay talentos útiles para la guerra y talentos útiles para la paz. Yo no sé todo lo que hay que saber de los dioses, pero estoy convencido de que no desean que una gran perla permanezca en la oscuridad sin poder brillar.

¿Cómo será tener a tu disposición las herramientas mentales para diseccionar la realidad y luego volver

a reconstruirla, tan hábilmente como hace mi madre cuando desescama y limpia el pescado en minutos y lo convierte en una deliciosa cena?

Mimi nunca había envidiado a los hijos de los ricos que iban a la escuela y aprendían a leer y escribir, pero ahora sentía un deseo tan vivo que le resultaba doloroso. Había entrevisto una muestra del amplio mundo exterior, un destello de la verdad oculta tras la superficie, un indicio del significado del discurso de los dioses. Y quería más, mucho más.

¿No podía ese conocimiento convertirse en ropa de seda y arroz blanco? ¿En sirvientes y carruajes y monedas tintineantes que las liberarían

*a ella y a su madre del trabajo duro?
¿En miradas arrogantes y orgullosas
dirigidas hacia delante y no a la
multitud de pobres de los lados?*

De repente se dio la vuelta, se arrodilló ante Toru y tocó el suelo con la frente.

—¿Me enseñarás, Toru-ji? ¿Me ayudarás a cultivar mi talento?

Pero Toru se echó a un lado, evitando aceptar su postración. A Mimi se le cayó el corazón a los pies. Miró hacia arriba, con los ojos entornados:

—¿Qué hay de lo que decías sobre esa perla que permanecía en la oscuridad? ¿Tienes miedo de sumergirte en el mar oscuro para recuperarla?

Toru se rió levemente, con un toque de pena y amargura.

—Posees un espíritu exaltado, lo que es bueno. Pero también eres impaciente y no sabes sujetar tu lengua, lo que no siempre es bueno.

Mimi se ruborizó.

—Pensaba que estabas interesado en la verdad.

—No basta con aguzar una mente brillante —dijo Toru. Sus ojos parecían enfocar algo distante, en el tiempo o en el espacio—. El camino por el que me pides que te conduzca es sinuoso y accidentado y exige saber cuándo es preciso retrasar la verdad y cómo presentarla para que sea más agradable

a los oídos de los poderosos. Tampoco a mí me sobran esas cualidades. Puedo ensanchar tu visión y enseñarte a identificar las pautas ocultas a tu alrededor, pero hay algunas pautas, las del poder, que no puedo enseñarte a interpretar.

—¿Esa es la razón por la que vagas por las islas en lugar de ayudar al emperador en la Ciudad Armoniosa?

Por un instante Mimi temió haber ido demasiado lejos, pero entonces el rostro de Toru se relajó, dio un paso atrás frente a ella, que seguía postrada, y le devolvió la reverencia.

—Tal vez ha sido voluntad de los dioses que nos encontráramos y, ¿quién

soy yo para enfrentarme a sus deseos?

Mimi tocó el suelo con la frente tres veces, solemnemente, del modo que había visto hacer a los actores de las compañías de óperas popular cuando representaban a estudiantes que habían sido admitidos por grandes maestros. Toru permaneció de pie en su lugar, aceptando el honor.

—Puedes llamarme maestro —dijo Toru—, pero la verdad es que aprenderemos uno de otro. Como la relación entre maestro y alumno es de gran confianza, es importante que ambos conozcamos nuestros verdaderos nombres. «Toru Noki» es como me llamaron unos amigos hace mucho

tiempo en una isla lejana. Mi verdadero nombre es Luan, del clan Zya de Haan. ¿Cuál es tu nombre formal, Mimi-*tika*?

El principal estratega del emperador Ragin. Mimi se quedó mirando al hombre, maravillada. *Y acaba de dirigirse a mí como si fuera su hija.* No podía creer no estar soñando.

—Yo... no tengo nombre formal. Siempre he sido Mimi, una chica campesina.

Luan asintió con la cabeza.

—En ese caso te daré un nombre formal.

Mimi lo miró expectante.

Luan meditó.

—¿Qué te parece «Zomi»?

Mimi asintió con la cabeza.

—Suena bien. ¿Qué significa?

—El ideograma anu clásico que lo representa quiere decir «perla de fuego», una planta de la tierra anu al otro lado del mar. Se dice que *zomi* fue la primera planta que creció de la ceniza de los incendios de los bosques y que dio color a un mundo privado de él por la destrucción. Que tu naturaleza apasionada sea igual de auspiciosa.

CAPÍTULO OCHO

UNA FIESTA DE CELEBRACIÓN

PAN: TERCER MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

La celebración del centésimo día tras el nacimiento —en este caso, la adopción— del hijo de Mün Çakri, general del estado mayor de infantería, fue un acontecimiento tumultuoso y poco

convencional. No solo porque el general Çakri invitara a todos los vecinos de tres manzanas a la redonda —más de trescientas mesas de banquete se desplegaron desde su patio hasta ocupar la mayor parte de la calle frente a su mansión—, sino porque él personalmente atrapó a cinco cerdos en un corral embarrado para divertir a los invitados.

En la fiesta se bebió tanta cerveza y se sacrificaron tantos cerdos que los carniceros, los taberneros y los vendedores de salsa de ese barrio de Pan recordarían por muchos años aquel día en que «ganaron pasta *de verdad*».

Pero ahora que empezaba a oscurecer

y la mayor parte de los invitados ya se habían retirado con los taros de la suerte teñidos de rojo tras ofrecer al anfitrión sus mejores deseos, llegaba el momento de seguir la fiesta en un ambiente más íntimo en el que el general podría por fin hablar con sus amigos más cercanos.

Naro Hun, cónyuge de Mün Çakri, consiguió finalmente convencer al imponente general de que tomara un baño antes de salir a saludar a sus amigos en el comedor familiar.

—No tienes mucho mejor aspecto que los cerdos con los que has luchado —comentó ceñudo Naro, que siempre había mantenido su escritorio impoluto

cuando era un simple portero en Zudi—. *No pienso tocarte hasta que te laves.*

—Han visto cosas peores —farfulló Mün—. Solía competir con Than para ver quién resistía más tiempo sin bañarse cuando estábamos en guerra —pero obedientemente se dirigió al baño y se echó por encima varios cubos de agua caliente y fría y salió con una toalla enrollada alrededor de la cintura.

—No pensarás que esa es una vestimenta adecuada... —pero Mün lo atrajo hacia sí, le besó y Naro se rindió. Después de todo, para quienes habían ido a la guerra con él no sería un problema ver su velludo pecho.

Así que Mün Çakri, semidesnudo y

con el bebé dormido en brazos, tras haber mamado de su nodriza, envuelto como si fuera un valioso paquete, y Naro Hun, bellamente ataviado con una túnica nueva de seda bordada con ciervos y peces espada, salieron al tibio comedor, donde algunos de los más poderosos generales, nobles y ministros de Dara tomaban té y pastelillos alrededor de una gran mesa redonda.

—¡Déjame ver al bebé! —gritó Than Carucono, general del estado mayor de caballería y almirante de la armada.

—¡Cógele con las dos manos! —le advirtió MÜN—. Y sostenle la cabeza. ¡La cabeza! ¡Es un bebé, no un tarugo de madera, zoquete! ¡Con suavidad!

—No es la primera vez que sostiene a un bebé, ya lo sabes —dijo sonriente la señora Péingo, esposa de Than Carucono—. No te preocupes, hemos fabricado unos cuantos y no le pasará nada: ¡ya tiene casi seis meses!

—No puedo creer que un tipo que atrapa cerdos en el barro me esté pidiendo que sea delicado—dijo Than—. No sé cómo Naro te aguanta —seguro que todos los días rompes un cuenco o una taza. ¡Ajá, mira como me sonrío tu bebé! Me parece que tu barba le asusta.

—Déjamelos a mí —dijo Puma Yemu, marqués de Porin. Than le pasó al bebé, y Puma lanzó el pequeño fardo al aire un

instante después.

—¡Por las Gemelas...! —gritó Mün, y la señora Péingo reprimió un grito, pero Puma cogió el niño al vuelo y se echó a reír.

—Voy a matarte —prometió Mün.

—Hago esto con mis hijos continuamente —dijo Puma—. Les encanta.

—Estoy segura de que solo lo haces cuando Tafé y Jikri no andan cerca —dijo la señora Péingo riendo—. Puedes ser un bruto cuando estás entre hombres, pero en casa son tus esposas las que mandan.

Puma sonrió y no replicó. Del fardo que sujetaba en brazos surgió un

pequeño balbuceo, y Naro y Mün se precipitaron para comprobar que el bebé estaba bien.

—¡Es la primera vez que lo veo reír!
—exclamó Naro.

—Por supuesto —dijo Puma—. Os he dicho que le encantaría. A los bebés les encanta volar.

Mün le quitó al bebé y se quedó mirándolo.

—Mira —dijo Puma—. Se va a echar a llorar. Tienes un aspecto espantoso con esa barba.

—¡Le encanta jugar con ella! —Mün se acarició orgullosamente la espesa barba, que sobresalía en todas direcciones como las púas de un erizo.

El bebé siguió riéndose en sus brazos.

—Espero que con el tiempo se parezca más a Naro que a ti —dijo Than.

—Seguro que así será—dijo Mün—. Es hijo de la hermana de Naro. Ella y su marido sabían que queríamos adoptar y estuvieron encantados de poder ayudarnos. Yo le enseñaré todo lo que sé y me alegraré mucho si tiene el físico de Naro y mi habilidad en el combate.

Todos suponían que la hermana de Naro le había ofrecido la adopción para beneficiar a su propia familia, pero no había necesidad de mencionarlo en un momento de alegría como aquel. Era posible actuar por amor y por interés al

mismo tiempo.

—¿Cómo es que decidisteis llamarlo Cacaya? —preguntó Rin Coda—. Es muy poco habitual.

A Mün le salieron los colores.

—Me... gusta como suena.

—¿Significa algo?

—¿Por qué tiene que significar algo? —respondió Mün, poniéndose a la defensiva—. No es más que el nombre de la infancia. No tendremos que elegir un nombre formal propicio hasta dentro de unos años.

Pero Rin, con sus instintos clarividentes, intuía que había algo más en esa historia.

—¡Venga, suéltalo! A mí me suena a

adüano.

Todos se giraron para mirar a Luan Zya, que había vivido muchos años en Tan Adü. Luan devolvió la mirada a Mün con una sonrisa.

—Puedes contarles —dijo Mün, a desgana—. Yo te pedí que me ayudaras a elegirlo, así que supongo que está bien que tú lo cuentes.

Luan tosió y dijo reposadamente:

—Es cierto, el nombre es adüano. Hace referencia al pelo fuerte y espeso que tiene el jabalí en el hocico, una fuente muy apreciada de carne entre los adüanos y símbolo de gran fuerza.

Todo el mundo asimiló esa información mientras pensaba en un

comentario de admiración adecuado.

—Espera, ¿has llamado a tu hijo «cerda de cerdo»? —dijo Rin, incrédulo. Luego lanzó un alarido y se echó a reír.

—¡Me siento orgulloso de mi antigua profesión! —dijo Mün, molesto—. Quiero asegurarme de que mi hijo recuerde sus raíces. A Naro le pareció bien, así que ¡no me importa lo que penséis los demás! —Naro le dio unas palmaditas de apoyo en el trasero, cubierto por la toalla.

Una corriente de aire atravesó la habitación e hizo titilar las lámparas y las velas. Mün empezó a tiritar. Naro se quitó la túnica y se la colocó a Mün

sobre los hombros, como si fuera una capa.

—No quiero que te resfríes —le dijo, a lo que Mün respondió abrazándole la cintura, con la cara relajada.

—Miraos —se burló Puma—. Todavía os comportáis como unos recién casados.

—¿Por qué no tienes esos detalles conmigo más a menudo? —dijo Than Carucono mirando a la señora Péingo.

—Me encantaría dejarte uno de mis vestidos si tienes frío —respondió esta—. ¿Prefieres el que tiene el cierre con la perla o el de las peonías escarlata? Los dos te estarán algo apretados, pero

no quiero juzgar. Estoy segura de que resaltarían tu barriga convenientemente.

Than miró a Mün y a Naro haciéndose el ofendido.

—Así es como me tratan en casa. Todo el día.

—Solo cuando te portas bien —dijo la señora Péingo. Than y ella se miraron uno a otro, sonriendo y con los ojos tan brillantes como la luna de afuera.

—Naro y Mün conocen bien los secretos del romance duradero —dijo Cogo Yelu, sonriendo—. Aún mejor que los legendarios Idi y Moth. «¡*Lúcida debilidad crepuscular!*», como dirían los poetas.

Todos dejaron de beber y se produjo

un silencio incómodo. Cogo miró alrededor.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué insultas a un viejo amigo llamándolo débil? —preguntó Théca Krimo, duque de Arulugi, que había estado callado hasta ahora.

—¡Yo no he dicho nada por el estilo!
—respondió Cogo, confundido.

Luan intervino.

—Creo que Cogo se refería a una antigua historia. Hace siglos, el rey Idi de Amu estaba tan loco por su amante, un hombre llamado Mothota, que cuando este cayó dormido en sus brazos y el rey tuvo que ir a la corte, ordenó a sus cortesanos que trasportaran la cama con

ambos dentro hasta la sala de audiencias para no tener que despertarle. Los poetas de Amu usaban la frase «lúcida debilidad» como kenning del amor romántico.

—¿Qué es una kenning? —preguntó Mün.

—Es una metáfora... lo único que Cogo pretendía era elogiar vuestro afecto mutuo, eso es todo.

Mün pareció complacido y Théca, avergonzado, se disculpó con Cogo.

Pero ahora fue Gin Mazoti, mariscal de Dara, quien habló.

—Cogo, ¿has pasado tanto tiempo en el Colegio de Abogados y la Gran Sala de Exámenes que has olvidado la

manera de hablar a tus viejos compañeros?

Luan quedó sorprendido por la dureza del tono de Gin, pero ella no quiso encontrarse con su mirada.

—Esa es toda una pregunta, Gin —dijo Cogo.

Pero la expresión glacial del rostro de los generales puso de manifiesto que Gin había expresado lo que todos pensaban.

—Nosotros entendemos de caballos y de espadas —dijo Gin—. Pero en todas nuestras cabezas, de Mün, Puma, Than, Théca y en la mía, no encontrarás más de medio libro —aunque el tono empleado por Gin era autocrítico, no

cabe duda de que estaba muy molesta—. Así que te agradeceríamos que continúes bebiendo té en lugar de escupir tinta a la menor oportunidad.

—Mis más sinceras excusas, Gin — dijo Cogo humildemente—. Como dices, he pasado demasiado tiempo con presuntuosos ratones de biblioteca y no el suficiente con los viejos amigos.

Gin asintió con la cabeza y no dijo nada más.

Luan intentó rebajar la tensión que se había apoderado de la habitación:

—¿Qué tal si jugamos a algo?

—¿A qué quieres jugar? —preguntó

Mün.

—¿Qué os parece... el espejo del

tonto? —respondió Luan. Se trataba de un juego en el que los participantes, por turnos, se comparaban a sí mismos con ejemplares de determinada categoría — plantas, animales, minerales, muebles, herramienta de granja— y tenían que echar un trago dependiendo de si los demás juzgaban adecuada la comparación.

Mün, Than y Rin se miraron y se echaron a reír.

—¿Qué tiene tanta gracia? — preguntó Naro. La señora Péingo parecía igual de asombrada.

—Hace años, cuando jugábamos al espejo del tonto, el duque... mmm, el emperador aceptó presentarme a ti.

—¡Siempre me he preguntado cómo conseguiste reunir el valor suficiente para convencer a tu jefe de que nos presentara! Ya veo que antes tuviste que emborracharte.

—¡No estaba borracho! Solo estaba... lúcidamente débil.

Naro se echó a reír y dio un beso en la mejilla a Mün mientras todos los demás estallaban en carcajadas.

—Deberías limitarte a las espadas y los caballos —dijo Than—. No estás hecho para la poesía. ¿Elegimos como tema las flores y las plantas, al igual que en aquella ocasión, y vemos cómo ha cambiado cada uno?

Todo el mundo estuvo de acuerdo.

—Yo empezaré —dijo Mün—. Entonces fui un cactus espinoso, pero creo que ahora soy una pera —miraba tiernamente al bebé que Naro sostenía en brazos—. Un hijo te cambia, te llena de dulzura y de luz por dentro. Menos mal que el emperador me reclutó antes de ser padre porque de otro modo nunca hubiera aceptado convertirme en rebelde.

Los invitados levantaron sus tazas, dispuestos a beber.

—No, no, no —dijo Than—. No puedo aceptar esa comparación a menos que seas una pera demasiado madura... tan dulce que empalaga.

Mün miró con furia a Than mientras

los demás reían entre dientes, pero Naro fue a su rescate.

—Yo seré el siguiente. Soy una mata de campanillas cuyos zarcillos han encontrado el soporte de un auténtico y resistente roble —apretó con más fuerza su brazo en torno a Mün—. Es fácil decir palabras dulces, pero no tanto encontrar un amor que dure más allá del primer rubor del deseo, y sé que soy afortunado.

Mün se giró hacia él y suavizó la expresión:

—Lo mismo que yo.

Todos bebieron sin decir nada más. Than Carucono atrajo hacia sí a la señora Péingo, que se sentó ruborizada

en su regazo. Luan y Gin se cruzaron la mirada por un instante y él sintió que se ruborizaba. Pero el rostro calmo de Gin era indescifrable.

—Será difícil estar a la altura de nuestros cariñosos anfitriones —dijo Puma Yemu—, pero lo intentaré. Yo no participé en aquel juego hace años, pero he servido al emperador más o menos el mismo tiempo que el resto de vosotros. Soy el frijol saltarín del desierto de Sonara. Puedo parecer similar a cualquier otro arbusto silvestre, pero cuando algún animal se acerca a pastar, ¡cientos de judías entran en acción produciendo un ruido que asustaría a un elefante!

—No sé si asustarías a un elefante — se burló Than Carucono—, pero te aseguro que cuando jugamos bebiendo maldices tan fuerte que los perros de la ciudad no dejan de ladrar en toda la noche.

—Eso es porque haces trampas... — gruñó Puma Yemu.

—Creo que es una comparación encantadora —interrumpió la señora Péingo—. No sé gran cosa sobre la guerra, pero es una imagen muy gráfica.

—Es muy adecuada —dijo Gin—. Todos los soldados de Dara deberían aprender tus tácticas de ataque sorpresa.

No hubo más comentarios. Todos bebieron.

Luan bebió su té como los demás, pero le asombró lo extraño de la situación. Siendo Mün y Naro los anfitriones, lo normal sería que fueran ellos quienes dieran la aprobación definitiva a las comparaciones de los participantes. Sin embargo, dado que Naro no era funcionario y que Mün no hablaba bien, correspondía a Cogo y a Gin, los funcionarios de mayor rango presentes, desempeñar el papel de jueces; sin embargo, Gin aparentemente había asumido esa función sin siquiera consultar a Cogo.

—Yo seré el siguiente —dijo Rin. Se levantó y caminó alrededor de la mesa —. En aquella ocasión me comparé con

un cereus floreciente¹, pues servía al emperador en la oscuridad, recogiendo información clandestina... ejem... alimentos. Pero creo que ahora más bien soy como la maleza de un bosque de altos árboles.

El silencio que se produjo a continuación daba a entender que los demás estaban confundidos por la comparación.

—Esto... —dijo indeciso Mün—, ¿también estás citando a los clásicos anu o qué? Sé que fuiste a la escuela...

Rin se echó a reír y le dio una palmada en la espalda.

—¡Quería decir que disfruto estando en la sombra mientras el resto de

vosotros os exponéis al ardiente sol y a la inclemente lluvia! Tengo suerte, ya lo sé. No he tenido que arriesgar la vida ni trabajar tan duro como el resto de vosotros, por lo que me siento agradecido de estar en vuestra compañía.

—Una comparación elegante —dijo Gin—, pero no acertada. Eres un pilar de la Casa del Diente de León en la misma medida que el resto de nosotros. Tienes que beber.

Encantado, Rin echó un trago.

Luan arrugó el entrecejo. Aunque parecía que Rin había hablado en broma, su comparación daba a entender un ápice de amargura e inseguridad.

Necesitaba que Gin le confirmara su confianza.

—¿Qué os parece si oímos a Luan ahora? —dijo Gin, interrumpiendo su ensimismamiento.

—Mmm —Luan se acarició la barbilla, pensativo—. Creo que soy la anémona pelágica. Me dejo llevar por el mar, subido en las olas y bebiendo el viento. Lo único que necesito es un poquito de sol y no tengo que competir con las Cien Flores en color ni en fragancia.

—Suena algo solitario —dijo Naro pensativamente. Acto seguido se inclinó ante Luan—. No pretendía ofender.

—Parece la vida ideal para un

hombre que ha rechazado cualquier título de la corte —dijo Cogo sonriente—. Beberé por eso.

—¿Prefieres no tener ninguna atadura? —preguntó Gin.

Luan la miró. *¿Qué es lo que verdaderamente quiere saber?*

—Prefiero vivir una vida que no dependa del juicio del jardinero.

Gin se quedó mirándolo fijamente unos instantes, asintió y bebió. Los otros invitados la imitaron.

—Yo seré el siguiente —dijo Théca Kimo—. Entré al servicio del emperador después que la mayoría de vosotros, pero creo que he cumplido mi parte. Y tengo cicatrices que lo

demuestran —se arrodilló y estiró la espalda para parecer más alto—. Supongo que últimamente me siento como el viejo manzano del patio que ya no da fruto. Si aún sirvo para algo, es para leña.

Como los perros de caza a los que atan después de haber atrapado a todos los conejos y como los arcos que guardan después de haber abatido a todos los gansos salvajes. Luan recordó esa conversación con Gin hace unos años. Miró a la mariscal esperando escuchar una reprimenda por esas palabras que casi constituían traición.

Los demás generales también miraron a Gin, manteniendo las tazas cerca de

los labios. Luan se dio cuenta de que la mayoría parecía mostrar miradas de comprensión, más que de asombro.

—No estoy de acuerdo con eso — dijo Gin.

Y Luan exhaló el aliento contenido. Pero Gin continuó.

—Ese viejo manzano estaba ahí antes de que Mün construyera su casa y probablemente seguirá ahí cuando la casa haya desaparecido. Tu lealtad está escrita en tus cicatrices, más duraderas que los ideogramas de cera que graban los atareados burócratas. El emperador no ha olvidado tus servicios ni la necesidad de mantener la espada y la armadura para defender esta preciada

paz. No serás talado mientras yo sea mariscal de Dara.

Luan cerró los ojos. *¿Qué estás haciendo, Gin?*

Théca se inclinó agradecido.

—Pero, mariscal, ¿no habéis oído rumores de que la emperatriz está tomando decisiones contra los nobles hereditarios, incluso contra los que acompañaron al propio emperador cuando fundó la dinastía? Algunos barones han visto confiscados sus feudos tras ser acusados de traición o desobediencia. Temo que...

Pero no pudo terminar la frase. El mayordomo de la casa entró en el comedor y anunció:

—¡Ha llegado su alteza, la consorte imperial Risana!

Risana se presentó con una comitiva de porteadores y doncellas cargados de regalos para el nuevo bebé y la feliz pareja: caballos esculpidos en jade para que el niño pudiera jugar a soldados y rebeldes; cierres de seda de la mejor calidad para ropas y pañales; exquisiteces traídas en aeronave de todos los rincones de Dara, incluyendo algunas reservadas por lo general para la familia imperial...

Hizo unas carantoñas al bebé, que seguía en brazos de Naro, y aseguró a Mün que no pasaba nada porque solo

llevara encima una toalla y una túnica abierta sobre los hombros.

—No olvides que yo también estuve en los campamentos durante las guerras —dijo, y para demostrar que hablaba en serio, también ella se quitó el vestido formal y se quedó solo con una sencilla combinación.

Se movía por la habitación como una elegante golondrina de primavera, asintiendo con la cabeza y sonriendo.

—¡Théca! ¿Cómo va la pesca en Arulugi? Esta vez debes quedarte más tiempo y llevarme a pescar al lago Tututika. ¡Puma! No has cambiado nada. El otro día Phyro me estuvo diciendo que tenemos que ir a verte para que le

des lecciones de equitación. Los dos tenéis que traer a vuestras familias a la capital más a menudo. ¡Than! ¿Cómo están los niños? ¡Péingo! Tienes que venir a visitarme a palacio...

Se detuvo frente a Gin, que ya se había puesto de pie. Las dos se abrazaron efusivamente.

—A veces echo de menos los días en que estábamos en guerra —dijo Risana—. Podíamos vernos mucho más a menudo.

—Es verdad, señora Risana. Es verdad.

Por último, se acercó a Luan y le hizo una profunda reverencia en *jiri*. Luan se la devolvió.

—Estás igual que la última vez que nos vimos —dijo Risana mientras lo miraba de arriba abajo, con una sonrisa en la cara—. ¡Creo que has descubierto el secreto de la eterna juventud!

Luan se rió entre dientes.

—Sois demasiado amable, majestad —respondió, sin dedicarle ningún cumplido, aunque su belleza no había disminuido con los años a pesar de haber cambiado. Instintivamente, deseaba mantener la distancia.

—En realidad, hay algo... creo que has encontrado un nuevo enigma para resolver.

Luan apenas se sorprendió. Risana tenía el talento de intuir lo que las

personas deseaban realmente, aunque no funcionaba con todo el mundo.

—Es cierto que he encontrado algo en lo que ocupar mi mente.

Sacó una pequeña pieza de forma irregular de un material blanco.

—¿Qué creéis que es esto?

Risana examinó cuidadosamente la pieza. Parecía hueso o marfil y tenía grabado un dibujo de una bestia de cuello largo, dos patas y un par de alas.

—Recuerdo haber visto algo así hace mucho tiempo, cuando estábamos en Dasu. Apareció en la playa, ¿no?

Luan asintió.

—Llevo tiempo coleccionado piezas similares; esta la compré en el mercado

de Pan. Aunque no puedo estar seguro de su origen, parece que la encontraron en el litoral septentrional de las islas. Tengo la impresión de que ahí arriba hay un misterio que merece ser investigado. En parte por eso he venido a la capital, para hablar con el emperador.

—No quieres dejar de aprender nunca, ¿verdad?

Mientras continuaban hablando, Luan se dio cuenta de lo mucho que disfrutaba de la conversación. Ese era otro de los talentos de Risana: tenía una manera de prestar atención que hacía que quien hablaba con ella se sintiera como si fuera la única persona presente en la habitación. La gente le tomaba aprecio

incluso antes de ser consciente de ello.

Mientras Risana se iba poniendo al día con cada uno, su comitiva fue instalando quemadores de incienso y biombos de seda. Cuando hubieron terminado, Risana dio unas palmadas.

—¡He preparado un espectáculo para celebrar el nuevo bebé de Mün y Naro!

Encendieron el incienso y colocaron luces tras los biombos de seda. Risana empezó a bailar y a cantar acompañada por el laúd de coco y la cítara de nueve cuerdas:

Los Cuatro Mares

Plácidos son tan

extensos como largos

son los años.

*El ganso salvaje vuela
sobre un estanque,
dejando tras de sí
una voz en el viento.*

*El hombre pasa por este
mundo dejando tras
de sí un nombre.*

*¿Serán olvidados los
héroes? ¿Será
recompensada la
lealtad?*

*Aunque las estrellas
tiemblen en la
tormenta, nuestros
corazones no*

flaquean.

*Aunque el pelo se nos
vuelva blanco,
nuestra sangre sigue
siendo carmesí.*

Saltaba, hacía piruetas, se agachaba y estiraba, y su largo cabello suelto ondeaba con gracia como la punta de un pincel de escribir manejado por un maestro calígrafo. A medida que la sombra de Risana vacilaba sobre los biombos de seda, sus mangas agitaban el humo del incienso, que adquiría formas semisólidas: barcos que emergían de agitadas olas y espesas nubes; ejércitos enfrentándose en una oscura planicie;

héroes batiéndose en duelo por el aire; flotas de máquinas inmensas luchando en el aire y bajo el mar.

Los invitados estaban fascinados con la representación y cuando Luan les echó una ojeada vio más de un rostro húmedo por este tributo al esplendor marcial de Dara.

Incluso la fiesta más prolongada debe llegar a su fin. Los invitados se despidieron de los anfitriones cuando las estrellas de la mañana se alzaban por el este.

—¿Están las cosas tan mal como me temo, viejo amigo? —preguntó Luan, que había esperado deliberadamente a

Cogo a la hora de salir.

Siempre prudente, Cogo aguardó hasta estar dentro del carruaje.

—Depende de lo que quieras decir —se relajó en el asiento y suspiró con satisfacción.

—Por ejemplo, me he dado cuenta de que has mantenido a tu familia lejos de la Ciudad Armoniosa.

—No todo el mundo tiene interés en la política —dijo Cogo—. O talento para ella.

—Percibo miedo e incertidumbre entre los antiguos generales de Kuni.

—Pensar que la emperatriz pretende arrebatarte el feudo y el cargo puede ciertamente provocar alguna paranoia.

—¿Pero es paranoia? Nunca he pasado mucho tiempo con la emperatriz.

Cogo contempló a Luan.

—Se dice que la consorte Risana teme a la emperatriz porque no puede adivinar lo que desea. Lo mismo ocurre con el resto de nosotros. Ha hecho todo lo posible por colocar en buenos puestos a eruditos y burócratas, pero nadie sabe si eso responde a la necesidad del emperador de pasar de un periodo de guerra a uno de paz o es parte de una conspiración diseñada por ella misma.

—¿Y qué le sucede a Gin? Fue muy extraño el modo en que te habló. Puede que no fuera a ninguna academia

privada, pero estudió por su cuenta los clásicos anu. Todos sabemos que no es ningún soldado ignorante.

—Gin es la líder de todos los viejos generales del emperador. No la culpo por actuar de cara a su público.

—¿Está molesta con la emperatriz?

—Gin es prudente, como bien sabes. Pero me consta que, durante el primer año de su reinado, la emperatriz intentó hacerse amiga de ella. Creo que ese acercamiento fue rechazado porque Gin deseaba mantener su lealtad a la consorte Risana, a quien veía, y todavía ve, como a una compañera.

Luan cerró los ojos y suspiró. *Gin, siempre has sido temeraria. Te dije que*

te mantuvieras al margen de las intrigas de palacio.

—He observado que esta noche ha venido la consorte Risana, pero no la emperatriz ni el emperador.

—No has sido el único en darte cuenta.

La ausencia del emperador ¿indica su apoyo a la emperatriz?

Como si hubiera adivinado la pregunta no formulada de Luan, Cogo dijo:

—Se comenta que el emperador presta más atención a los consejos de Risana últimamente. La visita a menudo para discutir asuntos de estado y se dice que confía en su juicio sobre las

personas, porque sabe evaluar la sinceridad de quienes defienden apasionadamente una posición. Aun así, la emperatriz no ha perdido su favor; simplemente, ejerce su influencia de diferente manera.

»Mientras que la consorte Risana se lleva bien con las esposas de los antiguos generales de Kuni, varias de las damas de compañía de la emperatriz se han casado con ministros y eruditos de alto rango o se han convertido en gobernantas de confianza en sus casas.

—¿No eran algunas de las damas de compañía de Jia jóvenes que había rescatado de las calles de Çaruza en los tiempos en que ella fue rehén del

hegemón? —preguntó Luan.

—Así es —respondió Cogo—. Jia ha sido como una madre para ellas. Son muy fuertes, ingeniosas y... —titubeó, buscando la palabra adecuada.

—...extraordinariamente leales a Jia —completó Luan—. Quizá con un entusiasmo que incomoda a otros.

Cogo se rió entre dientes.

—La familia imperial es a la vez armoniosa... y no tanto.

Luan asintió en silencio. *Es muy propio de Kuni sentirse cómodo entre voces discordantes.*

—No has tenido la oportunidad de compararte con una flor esta noche —dijo.

Cogo se echó a reír.

—La última vez que hicimos ese juego me comparé con una paciente venus atrapamoscas, pero el emperador insistió en que era el vigoroso bambú que sostenía la burocracia de Zudi. Preferiría no desviarme de la metáfora del emperador. Supongo que últimamente me siento más como un bambú demasiado tenso, tanto que temo quebrarme.

—La emperatriz debe favorecerte, dado su alejamiento de los comandantes militares.

—No es nada sencillo verse «favorecido» por los poderosos —dijo Cogo—. Tú debes saberlo, ya que has

rechazado cualquier título para convertirme en una anémona flotante.

—Lo siento —dijo Luan. No quería tener nada que ver con facciones cortesanas ni con consortes imperiales enfrentadas, pero no podía evitar preocuparse por la suerte de sus amigos y de su amante—. ¿A quién sirves realmente, viejo amigo?

—Siempre he servido al pueblo de Dara —dijo Cogo en un tono plácido.

Y los dos siguieron atravesando las calles oscuras de Pan, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Cuando la comitiva de la consorte Risana hubo terminado de empaquetar y

salió de la casa de Mün Çakri, todos estaban demasiado cansados para darse cuenta de la ausencia de dos de sus miembros.

En el patio interior de la casa había un jardín y una cabaña que a veces Naro usaba como estudio. Allí se encontraban ahora dos individuos vestidos con el atuendo de las bailarinas de Risana, que admiraban las carpas que nadaban en el estanque de invierno. Los peces —de color rojo coral, amarillo dorado, blanco perla y verde jade— ascendían de vez en cuando de las aguas oscuras a la superficie para exhibir sus escamas brillantes a la tenue luz parpadeante de una lámpara de aceite, como

pensamientos entrevistados en un sueño.

—Así que tu alumno quiere volver a marcharse —dijo la mujer, de cabello dorado y ojos celeste. Hasta las preciosas carpas parecían hundirse a mayor profundidad después de atisbarla al subir a la superficie, avergonzadas de no poder igualarla en belleza.

—Eso parece —dijo el hombre, de arrugada piel morena y fornida figura, que recordaba más a un pescador que a un bailarín.

—¿No quieres animarle a que ayude a Kuni? Se está preparando una buena tormenta; nuestros hermanos y hermanas están deseando participar. Tazu ya está metido en ello.

—Tazu siempre interviene en todo y contribuye a hacernos la vida interesante a los demás. Pero, hermanita, cuanto más aprende Luan, menos necesita mi guía. Así es como debe ser. El maestro solo puede guiar al alumno por el sendero que este ya ha decidido tomar.

—Lutho, eso suena bastante... flujista. Estoy algo sorprendida.

El anciano sofocó una risita.

—Creo que no debemos menospreciar las filosofías de los mortales cuando tienen algo que enseñarnos. Los niños y los alumnos crecen y los padres y los maestros les dejan partir, ello forma parte del flujo del mundo. A lo largo de milenios, los

dioses se han ido retirando del reino de los mortales, a medida que crecían sus conocimientos. Antiguamente rezaban a Kiji para que lloviera, hasta que aprendieron a desviar el curso de los ríos y los arroyos para regar; rezaban a Rufizo para cualquier cura hasta que aprendieron a usar hierbas y preparar medicinas; me rezaban a mí para conocer el futuro hasta que sintieron que podían construir su propio futuro.

—Pero siguen rezando.

—Algunos lo hacen, pero los templos ya no tienen tanto poder como durante las Guerras de la Diáspora y sospecho que incluso los que rezan saben que los dioses están ahora más lejos que antes.

—No parece que eso te entristezca en absoluto.

—Cuando pactamos no intervenir en las vidas de los mortales más que para guiarlos y enseñarlos, todos sabíamos que este sería el resultado inevitable: que crecerían.

Tututika suspiró.

—A pesar de ello, no puedo dejar de preocuparme. Quiero que les vaya bien.

—Por supuesto que no podemos dejar de preocuparnos. Es la maldición de los padres y los maestros en todas partes, sean mortales o inmortales.

Y los dos dioses contemplaron las fantasmales carpas del estanque como si buscaran conocer el futuro en el turbio y

oscuro mar.

1 *Cereus Grandiflorus*, planta ornamental con flores blancas, muy grandes y fragantes, que duran una sola noche. (*N. del T.*)

CAPÍTULO NUEVE

EL EXAMEN DE PALACIO

PAN: TERCER MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

El carruaje que llevaba al rey Kado y la señora Tete al palacio imperial iba con retraso.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Tete al conductor, asomando la cabeza.

—Un grupo enfurecido de *cashima*

está bloqueando la calzada, señora.

Alrededor de cien *cashima* se habían concentrado en mitad del camino, obligando a los carruajes a abrirse paso entre ellos con sumo cuidado. Uno de los *cashima* estaba subido a una caja de frutas vuelta del revés y gritaba:

—Más de la mitad de los *firoa* proceden de Haan y solo uno de las antiguas tierras de Xana. ¿Acaso esto es justo?

—Sin embargo, el propio emperador comenzó su revuelta en Dasu —dijo uno de los *cashima* en medio del gentío—. Y el rey Kado es hermano del emperador. Seguramente los jueces tendrían eso en cuenta al puntuar.

—Puede que fuera rey en Dasu, pero el emperador escucha a sus consejeros. Todos sabéis la gran influencia que ejerce Luan Zya, un noble de Haan, en la corte.

—¡Pero si Luan Zya ni siquiera ha pisado la corte desde el funeral por el padre del emperador!

—Tanto mejor para susurrarle cosas al oído al emperador. ¡Vayamos al palacio y exijamos una investigación! ¡Que hagan públicos todos los ensayos y nos dejen juzgar si los elegidos para servir a Dara son los mejores y si los administradores de las pruebas del emperador son dignos de su confianza!

Los otros *cashima* de la multitud

clamaron mostrando su aprobación.

Como los exaltados estudiosos ya no hablaban de su marido, Tete volvió a meter la cabeza dentro del carruaje.

—Creo que protestan por los resultados del Gran Examen.

—Es evidente —dijo Kado—. Lo único que *pueden* hacer los que no han alcanzado una calificación lo bastante alta como para ser *firoa* y obtener un buen puesto en la burocracia imperial es protestar por los resultados.

—¿Sabes si los jueces han sido realmente imparciales? —preguntó Tete—. ¿Consiguió clasificarse alguno de los aspirantes de Dasu?

—¿Qué sé yo de lo que el emperador

y sus consejeros hacen en privado? — Kado sonrió con amargura—. Sabes tan bien como yo que Kuni me otorgó el título solo porque nuestro padre se lo suplicó antes de morir. No soy un rey Tiro de los de antes.

Tete se sintió avergonzada ante ese arrebató —aun sabiendo que lo que decía su marido era cierto, no resultaba agradable de escuchar. Kuni todavía estaba resentido con Kado y con ella por la forma en que lo trataron cuando era joven. ¿Quién iba a imaginar cómo cambiarían las cosas para el hermanito holgazán de Kado que se pavoneaba por las calles de Zudi como un vulgar pandillero?

—¿Está Kuni satisfecho últimamente? —preguntó Tete con cautela.

Pretendía saber si Kuni estaba contento con Kado, pero este lo interpretó de un modo más general.

—No conozco los detalles de lo que ocurre en la corte, pero se dice que han aparecido facciones debido a que Kuni aún no ha nombrado a su príncipe heredero. Los generales y los nobles prefieren a Phyro, pero los ministros y el Colegio de Abogados prefieren a Timu; y, por supuesto, la emperatriz y la consorte Risana tienen sus propios intereses. Ambas partes han hecho algunas cosas feas.

—Las disputas por herencia mortifican a todos, al tendero más insignificante y al emperador de Dara. ¿Vas a ofrecerte para mediar?

Kado sacudió enérgicamente la cabeza.

—Lo más sensato que podemos hacer nosotros es tomar la asignación que Kuni nos paga y mantenernos fuera de su vista. Disfrutemos y dejemos que él maneje las cosas como mejor le parezca. Ra Olu, mi «regente» en Dasu, es el verdadero gobernador de la isla, y él informa directamente a Kuni. Yo no sé nada y prefiero que siga siendo así.

—¿Entonces por qué vamos al palacio?

—En ocasiones se requiere mi presencia como objeto decorativo — dijo Kado, agitando el manojito de pases sobrantes en blanco que le había enviado el regente de Dasu—. Los habitantes de la Ciudad Armoniosa quieren ver que la familia imperial actúa en armonía, y nosotros debemos representar nuestro pequeño papel. Así que entreguemos esto y asintamos y sonriamos a lo que Kuni decida durante el Examen de Palacio.

Aunque los examinandos con las cien puntuaciones más altas recibían el título de *firoa* y teóricamente todos podían participar en el Examen de Palacio, solo

los diez con mejores calificaciones, honrados con el título de *pana méji*, tenían realmente la oportunidad de hacerlo. Los demás entrarían a formar parte de una reserva de funcionarios y en su debido momento serían entrevistados por ministros y generales que necesitaran personal subalterno; si tenían suerte, estos destinos les permitirían emprender una gloriosa carrera al servicio del gobierno.

Los *pana méji* estaban sentados en dos filas frente al estrado elevado destinado a la familia imperial, situado en un extremo del Gran Salón de Audiencias; el emperador les dirigiría sus preguntas directamente.

El emperador Ragin se encontraba sobre el estrado de ocho pies de altura con toda la parafernalia cortesana: túnica imperial rojo vivo adornada por cientos de crubens doradas que jugaban con flores de diente de león y con exquisitos bordados representando olas encabritadas y diversas criaturas marinas menores; corona plana con una cortina de siete sartas de conchas de cauri que colgaban de la parte delantera para ocultar a la audiencia la expresión de su rostro; y otra cortina de siete sartas de corales que colgaba por detrás para equilibrar su peso. Estaba arrodillado erguido en la postura formal de *mipa rari* en el trono, un asiento de

madera de argán bañado en oro y cubierto de almohadones rellenos de lavanda, menta y otras hierbas apropiadas para despejar la mente preparadas por la emperatriz, la herborista más famosa del imperio.

Hablando de la emperatriz, Jia estaba a la izquierda de Kuni Garu y la consorte Risana a su derecha, ambas ataviadas a su vez con atuendos cortesanos formales y coronas. Sus túnicas también estaban confeccionadas con gruesa seda roja, pues el rojo era el color de Dasu, la isla donde Kuni Garu había iniciado su periplo hasta el Trono de Dara, aunque las túnicas de Jia y de Risana eran ligeramente más claras que

la del emperador. La de Jia estaba decorada con dyrans —el pez volador con la cola de arcoíris, símbolo de la feminidad— que llevaban dientes de león en la boca, mientras que la de Risana estaba adornada con motivos relacionados con la carpa, en honor a su isla natal de Arulugi. A los pies del asiento almohadillado de Risana había un pequeño incensario de bronce coronado por la figura de una carpa saltando, que emitía un humo apenas visible a través de la boca. Se decía que la consorte Risana necesitaba aspirar los humos de ciertas hierbas por motivos de salud, por lo que solía utilizar ese tipo de incensarios.

Bajo el estrado, y flanqueando las dos filas de estudiosos *pana méji*, se situaban los señores más poderosos del imperio, colocados de un modo que debía reflejar su influencia relativa en las decisiones del estado. Desde que tuvo lugar la coronación del emperador Ragin hacía años, era raro que los gobernadores de las provincias más lejanas y los nobles a cargo de dispares feudos se reunieran en la capital. Esta era una ocasión muy especial, por lo que se hacía alarde de la máxima etiqueta cortesana.

Así pues, a la izquierda del emperador, en el lado oeste del salón de audiencias, los ministros civiles y los

gobernadores provinciales llegados hasta la capital se encontraban arrodillados en *mipa rari* en una larga fila, según rango y mirando hacia el centro. Sus túnicas ceremoniales gris azulado, confeccionadas con seda gruesa adamascada, estaban decoradas con figuras que simbolizaban la provincia de la que procedían —cardúmenes de peces-hielo para Rui, al norte; robles descomunales para la frondosa Rima; rebaños con vellones como nubes para la norteña Faça; gavillas de sorgo maduro y racimos de crisantemos como espadas para la región central de Cocru; y así sucesivamente— o la esfera de responsabilidad de cada ministro —

miles de ojos estilizados para el secretario de clarividencia, Rin Coda; pergaminos y códices para el archivero imperial; una balanza para el responsable de la recaudación de impuestos; trompetas para el primer heraldo; estiletes para el jefe de los escribas imperiales; y así sucesivamente.

Debido a su rango, el primer ministro Cogo Yelu era el más importante de los ministros y gobernadores, lo que significaba que generalmente era el que se colocaba más cerca del trono. Pero, en esta ocasión, esa posición la ocupaba Luan Zya, que vestía una túnica de seda muaré, decorada con diminutas rémoras.

Aunque no tenía responsabilidades en la corte ni ocupaba ninguna posición oficial —de hecho, raras veces visitaba Pan—, Cogo había insistido en que su antiguo amigo ocupara la posición de honor correspondiente al consejero de mayor confianza del emperador.

A la derecha del emperador, en el lado este del salón de audiencias, la columna de generales y la nobleza feudal también estaba arrodillada en *mipa rari*. A diferencia de los ministros y gobernadores, estos individuos, que habían ganado sus puestos principalmente por los servicios prestados durante la guerra, vestían con armaduras ceremoniales confeccionadas

con madera lacada y llevaban al cinto espadas decorativas hechas de coral, papel perfumado o porcelana fina. Al fin y al cabo, excepto la guardia de palacio, nadie estaba autorizado a portar armas reales en su recinto, y mucho menos en el Gran Salón de Audiencias.

La reina Gin de Gējira, mariscal de Dara, comandante en jefe de todas las fuerzas armadas del emperador, estaba visiblemente situada a la cabeza de la columna de generales y nobles. Junto a ella estaba Kado Garu, hermano del emperador, incómodo en una armadura ceremonial que parecía demasiado pequeña para su abotargado cuerpo. Detrás de él se hallaban otros hombres

que habían luchado junto al emperador durante la rebelión y en la Guerra del Crisantemo y el Diente de León: el duque Théca Kimo de Arulugi; el marqués Puma Yemu de Porin; Mün Çakri, general del estado mayor de infantería; Than Carucono, general del estado mayor de caballería y almirante de la armada...

Las dos jerarquías se entrelazaban armónicamente creando un equilibrio global. Y, por encima de ellos, los cónyuges y los asistentes de los señores de Dara se situaban en balcones desde donde podrían observar el Examen del Palacio, aunque sin derecho a hablar.

Gin Mazoti miró a Luan Zya al otro

lado del salón de audiencias y sonrió.

No percibió el leve gesto de desaprobación de la emperatriz Jia cuando, al echar un vistazo a los nobles, se fijó por un instante en la espada de acero de Gin, ostensiblemente colgada de su cintura, el único recordatorio frío de la muerte en el por lo demás armonioso salón.

La formalidad y el orden de la corte imperial distaban mucho del ambiente relajado que había impregnado el campamento de Kuni durante los años de guerra o de las animadas celebraciones que habían marcado los primeros tiempos del imperio, cuando los

seguidores de Kuni se comportaban más como amigos que como subordinados. Como la mayoría de los acompañantes de Kuni tenía orígenes humildes, sus modales ordinarios con frecuencia escandalizaban a los nobles antiguos de los Siete Estados y a quienes habían seguido al hegemón.

En la coronación de Kuni, por ejemplo, muchos de sus antiguos compañeros bebían en cuencos en lugar de hacerlo en las jarras ceremoniales; tomaban la comida directamente con las manos en lugar de utilizar los palillos apropiados —un palillo para los buñuelos y las bolas de pasta; dos para los tallarines y el arroz; tres para el

pescado, la fruta y la carne, manejando dos con una mano para sujetar la comida y el otro para dividirla en pequeños pedazos; y, cuando ya estaban ebrios, se levantaban a bailar con los palillos de comer y las cucharas como si fueran espadas, utilizándolas para hacer ruido al golpear con ellas las columnas del nuevo palacio.

Entre los antiguos nobles y los eruditos de la capital aumentaron las murmuraciones despectivas y las burlas, por lo que Cogo Yelu recomendó al emperador que nombrara un nuevo maestro de ceremonias, aduciendo que ahora que en las islas reinaba la paz, era preciso respetar los códigos de conducta

cortesana, por tediosos que fueran.

—Como dijo Kon Fiji, «las ceremonias adecuadas encauzan los pensamientos adecuados» —dijo Cogo.

—Entonces, ¿vamos a seguir haciendo caso a Kon Fiji?—dijo Kuni —. Nunca me gustó, ni siquiera cuando era un muchacho.

—Distintos filósofos son apropiados para diferentes ocasiones —dijo Cogo en tono conciliatorio—. Los modales en un campamento de guerra no siempre coinciden con las normas de etiqueta de una corte en tiempos de paz. Como decían los sabios anu: *Adi co cacru co pihua ki tuthiüri lothu cruben ma dicaro co cacru ki yegagilu*

acrutacaféthéta

cathacaii

crudogithédagen. La cruben que surca en libertad el mar abierto debe avanzar con cuidado al llegar a un puerto lleno de barcos pesqueros.

—Igual podrías haber citado el viejo refrán campesino que dice: «Aúlla cuando veas al lobo y rásate la cabeza cuando veas al mono». Es mucho más expresivo que tu florida cita clásica, y no hace falta que me la traduzcas. Puse *algo* de atención a las clases de maestro Loing, ¿sabes?

Rin Coda, que conocía a Kuni desde antes que cualquier otro, y Jia, que sabía bien sus preferencias por el habla del pueblo llano, estallaron en carcajadas.

Cogo se rió con disimulo y sus mejillas adquirieron una tonalidad granate.

¿Quién ocuparía el nuevo puesto de maestro de ceremonias? Tras nuevas discusiones, Cogo sugirió a Zato Ruthi.

—¿El depuesto rey de Rima? —preguntó Kuni, sin dar crédito a la propuesta—. Gin no le tenía ninguna simpatía.

—Pero es el filósofo moralista contemporáneo más conocido —dijo Cogo—. En lugar de dejarlo en su cabaña del bosque, escribiendo pasquines en contra de vos, sería mejor utilizar su reputación y sus conocimientos.

—Además, eso enviaría una señal a

los eruditos en el sentido de que vas iniciar una nueva era en la que se valorará más el libro que la espada —añadió Jia—. Sé que te gusta atrapar dos peces de una vez.

Kuni no lo veía muy claro, pero siempre escuchaba los consejos.

—Aunque un libro anticuado y rancio no sea muy entretenido de leer, siempre puede utilizarse para mantener abierta una puerta —reflexionó Kuni. Ordenó convocar a Zato Ruthi al servicio del imperio.

Zato Ruthi se sintió satisfecho con su ascenso. Para él, la elaboración de los protocolos de la nueva corte imperial era una tarea mucho más importante que

minucias como dirigir un ejército o diseñar políticas fiscales, el tipo de tareas que era mejor relegar en personas como Gin Mazoti —a quien a regañadientes aceptaba como colega— y Cogo Yelu. Al fin y al cabo, los protocolos cortesanos del imperio serían el modelo de comportamiento de otras cortes menores y de las personas instruidas, quienes a su vez darían ejemplo a las masas. De esa manera, tendría la oportunidad de esculpir las almas de los habitantes de Dara de acuerdo a los ideales moralistas.

Puso manos a la obra con entusiasmo. Consultó la historia antigua y los manuales de etiqueta de cada uno de los

antiguos estados Tiro; recopiló todos los fragmentos líricos que describían la edad de oro de los clásicos anu antes de su decadencia; redactó voluminosos borradores y diseñó planes detallados.

Cuando finalmente presentó sus ideas al emperador, Kuni creyó haber vuelto al aula del maestro Loing. El manual de protocolo de Ruthi era un pergamino tan largo como la mitad del Gran Salón de Audiencias.

—Maestro Ruthi —dijo Kuni, intentando que su voz no transmitiera impaciencia—, tenéis que elaborar algo que mis generales puedan aprenderse. Esto es tan complicado que ni siquiera yo me aclaro con todas las frases

rituales, los recorridos ceremoniales, la disposición de los asientos y el número de reverencias.

—¡Ni siquiera lo habéis intentado, Rénga!

—Os agradezco enormemente vuestra diligencia, pero ¿por qué no me permitís que intente simplificarlo?

Cuando Kuni presentó a Zato Ruthi su propuesta abreviada —que ahora cabía en un pergamino de longitud equivalente a la altura de su cuerpo—, este casi se desmaya de consternación.

—¡Esto... esto... esto no es un protocolo! ¿Dónde están las alusiones a los clásicos anu? ¿Los movimientos pensados para cultivar el alma? ¿Las

citas para moderar los debates de los sabios? ¡Parece extraído de una ópera popular con el objetivo de agradar a un público que mastica pipas de girasol y bayas silvestres caramelizadas!

Armándose de paciencia, Kuni pidió al maestro Ruthi que no le malinterpretara. Él se había limitado a pulir las ideas expresadas por el maestro, preservando su esencia y facilitando a la vez que pudieran ser puestas en práctica por los simples mortales. No le contó que, en efecto, se había inspirado en los montajes de las óperas populares, tras consultar a Risana. Solo había conseguido trabajar en el manual imaginándose como una

gran representación teatral.

El emperador y el maestro de ceremonias discutieron una y otra vez, intentando llegar a algo lo suficientemente formal como para satisfacer el deseo de buenos modales de los antiguos nobles y eruditos y lo bastante divertido para que lo aceptaran el emperador y sus compañeros de las campañas bélicas.

—¿Por qué soy yo el único que está sentado? —preguntó Kuni, señalando la última ilustración relativa a las posiciones formales en la corte.

Ruthi explicó que la idea se basaba en los protocolos de la corte imperial de Xana, diseñados por el erudito imperial

Lügo Crupo, un incentivista estricto. El emperador Mapidéré había preferido sentarse en la postura completamente informal de *thakrido*, con las piernas estiradas hacia delante, mientras todos sus ministros y generales se mantenían en posición de firmes.

—Crupo creía que los hombres eran más eficientes si permanecían de pie en las reuniones —dijo Ruthi—. Aunque se equivocaba en muchas cosas, creo que en este aspecto su razonamiento era sólido. Una administración eficiente es importante, *Rénga*.

—¡Pero pareceré un rey bandido reunido con sus subalternos! La gente lo verá como una obra sobre despotismo.

—¡No os estoy pidiendo que os sentéis en *thakrido*! —dijo Ruthi, algo indignado—. No soy un bárbaro. Debéis sentaros en *géupa*, tal y como corresponde según el poema escrito...

—Lo que quiero es que todo el mundo esté sentado —dijo el emperador.

—Pero *Rénga*, si os sentáis como todos los demás asistentes, la diferencia de vuestras posiciones quedará difuminada. Vuestra persona es el símbolo del estado.

—También lo son los ministros y generales a mi servicio; si yo soy la cabeza del estado, ellos son mis brazos y piernas. No tiene sentido mimar a la

cabeza y atormentar al cuerpo; la corte debería ser un modelo de armonía para todo el pueblo de Dara. En este salón de audiencias debatimos y decidimos la suerte del pueblo en su conjunto, no mis preferencias y aversiones personales.

A Ruthi le agradó este discurso, con sus alusiones a las ideas moralistas sobre las relaciones entre gobernante y gobernados. Se estaba formando una nueva opinión de Kuni Garu, el emperador que había puesto Dara del revés, introducido a mujeres en el ejército y acabado con los estados Tiro en su ascenso al poder. A lo mejor había —pensó esperanzado— un alma moralista encerrada tras esa barriga.

Intentaría ser más flexible y servir a este interesante señor.

Así que Kuni y Ruthi trabajaron juntos durante semanas diseñando la parafernalia de la corte (o, como Kuni decía, «el vestuario y el utillaje»), los discursos formales (el «guión») y los protocolos de etiqueta (la «planificación»); discutían hasta bien entrada la noche, utilizaban resmas de papel para hacer borradores y a menudo pedían tentempiés y tisanas que mantenían la mente despierta preparadas por la emperatriz, hasta que el resultado final reflejó la forma de ver las cosas de Kuni sin ofender *demasiado* las tradiciones moralistas.

Kuni estaba dispuesto a sufrir por su arte. Se tardaba tiempo en colocar debidamente las vestiduras formales y la corona —incluso ayudado por sus criados— y se veía obligado a arrodillarse con rigidez en la incómoda *mipa rari*. Pero el ejemplo establecido por el emperador acalló las quejas de los ingobernables generales: todos se colocaron las rígidas vestiduras, la armadura ceremonial y el pesado casco oficial y se arrodillaron estirados en *mipa rari*.

Desde el techo del Gran Salón de Audiencias, la corte de Kuni asemejaba una cruben surcando el mar: las dos columnas de consejeros que a lo largo

de las paredes formaban el poderoso cuerpo de la ballena recubierta de escamas, resplandeciente y suntuoso; el estrado del final era la cabeza de la cruben, con la emperatriz Jia y la consorte Risana como los dos ojos brillantes; el emperador Ragin, por supuesto, era el orgulloso cuerno del centro de la frente, embistiendo el mar turbulento y buscando un camino interesante.

El primer heraldo consultó el reloj solar instalado en la pared meridional, tras el estrado imperial y se puso en pie.

Los murmullos y susurros del salón se acallaron. Todo el mundo, del

emperador a los guardias de palacio situados junto a la entrada principal, irguió la espalda.

—*Mogi ça lodüapu ki gisgo giré, adi ça méüpha ki kédalo phia ki. Pindin ça racogilu üfiré, crudaiügada ça phithoingnné gidalo phia ki. Ingluia ça philu jisén dothaéré, naüpin rari ça philu shanoa gathédalo phia ki.*

El heraldo cantaba solemnemente las palabras, ajustándose al ritmo de los antiguos metros de las sagas heroicas de los tiempos de la Diáspora, según dictaban los tratados moralistas sobre las ceremonias de gobierno. Las palabras en anu clásico significaban: *Que los rayos celestes se inclinen con*

*suavidad y la ruta de la ballena
descanse serenamente. Que las
personas sean felices y los dioses
complacidos. Que el rey esté bien
aconsejado y los ministros bien
guiados.*

El primer heraldo tomó asiento mientras el eco de su voz seguía reverberando alrededor del salón.

El emperador Ragin se aclaró la garganta y entonó las palabras ceremoniales que daban inicio a la corte formal: «Honorables señores, leales gobernadores, competentes consejeros, bravos generales, hoy nos hemos reunido para alabar a los dioses y confortar al pueblo. ¿Qué asuntos

deseáis trasladar a mi atención?».

Tras una pausa, Zato Ruthi, el tutor imperial, se puso en pie.

—*Rénga*, en este día propicio quiero presentaros a quienes han adquirido el rango de *pana méji* en esta sesión del Gran Examen.

Kuni Garu inclinó la cabeza en reconocimiento, y se oyó tintinear las tiras de cauri que colgaban sobre su rostro.

—Os agradezco a vos y al resto de los jueces vuestro servicio. La evaluación minuciosa de más de mil composiciones en tan breve periodo de tiempo es un logro menor. Los examinandos son afortunados de que sus

palabras hayan sido ponderadas por mentes tan doctas como las vuestras.

A un lado, el rey Kado movió imperceptiblemente las rodillas y contempló al tutor imperial. Pensaba en los *cashima* que protestaban y que tuvo que sortear en su camino hasta el palacio. *Posiblemente este anciano pronto averigüe el problema en que se ha metido.*

Zato Ruthi se inclinó.

—Ha sido un placer conversar con tantas mentes ágiles y brillantes —dijo. Luego señaló al estudioso situado en el extremo izquierdo de la primera fila, un joven de tez morena y rasgos bellos y delicados, que se puso en pie—. Este es

Kita Thu, de Haan. Su ensayo fue compuesto con mano exquisita y su caligrafía recuerda los mejores trabajos del difunto rey Cosugi. Aunque su pasión es el estudio de las matemáticas, su composición propone una reforma de las escuelas de Dara que se centre en las obras de Kon Fiji.

Silencio. En el salón no se escuchó ni un solo murmullo de admiración.

Kado arrugó el ceño. *Esto suena a la propuesta de reforma más aburrida que puedo imaginar. O bien este estudioso es capaz de tejer un diseño deslumbrante a partir de sencillas hebras como haría un hábil tejedor de Gan, o bien Zato Ruthi se ha dejado*

llevar por sus preferencias calificando tan alto a un joven cuyo único mérito era saber recitar los rancios libros de su sabio moralista favorito.

Pero el emperador se limitó a mirar fijamente al joven y las sartas de cauris le ocultaron el rostro, por lo que ninguno de los presentes en el Gran Salón de Audiencias pudo descifrar sus emociones. Cuando habló, su tono fue completamente sosegado, sin expresar placer o disgusto.

—¿Estás emparentado con el rey Cosugi?

Kado enderezó su postura, al igual que los demás espectadores del salón. *¡Interesante!*

El joven hizo una profunda reverencia.

—*Rénga*, habéis mencionado el honorable nombre de mi tío abuelo.

—Fue un hombre tranquilo en tiempos turbulentos.

Kita asintió evasivamente. Las palabras del emperador podían tomarse como un cumplido o como una crítica. Por lo general, se consideraba a Cosugi como uno de los reyes Tiro más inoperantes durante la rebelión contra el imperio, y el reino restaurado de Haan había sido el primer estado de la isla Grande en caer bajo los ejércitos del emperador Ragin. Era preferible no hurgar en esa historia.

—Creí reconocer a un alma regia en el contorno elegante de los ideogramas —dijo Ruthi complacido—. Posees una gran habilidad con el estilete para ser tan joven —entonces pareció darse cuenta de lo que sugerían sus palabras y tosió para disimular su nerviosismo—. Por supuesto que no sabíamos nada de tu procedencia cuando revisamos todos los ensayos anónimos.

Kado sacudió la cabeza. *Si se llega a saber ahí fuera lo que acaba de decir Ruthi, esos cashima tendrán más argumentos para apoyar sus acusaciones de sesgo y favoritismo.*

—En tu composición apuntas que la actual administración de Dara es

insostenible a largo plazo —dijo Kuni—. ¿Me puedes resumir tu razonamiento?

Murmullos nerviosos recorrieron arriba y abajo las dos columnas de autoridades.

Kado observó una sonrisa de satisfacción en el rostro del tutor imperial mientras paseaba la mirada por el salón repleto de pasmados funcionarios. *¡Taimado viejo zorro! Evidentemente había expuesto el argumento del ensayo del modo más genérico posible, disimulando sus aspectos más polémicos. De ese modo, se distanciaba de Kita Thu en caso de que al emperador no le complaciera su*

razonamiento y sus pródigos elogios de la caligrafía le servirían de excusa, en caso necesario: siempre podría alegar que le había deslumbrado la forma más que el contenido de lo escrito.

Una vez más, Kado se alegraba de haberse mantenido tan alejado de la corte de Kuni como le había sido posible. El Gran Salón de Audiencias era un estanque profundo cuya apacible superficie escondía poderosas corrientes y contracorrientes y un nadador imprudente podía verse atrapado en ellas. Irguió aún más su postura, manteniendo los hombros encorvados y la mirada puesta en la punta de la nariz.

Kita Thu devolvió la mirada al emperador y su rostro era una máscara perfecta de temor reverencial y respeto.

—Por supuesto, *Rénga*. Aguardo con impaciencia vuestra crítica de mis necias ideas.

Detrás del trono estaba colgado un pesado tapiz con el mapa de Dara; ocultaba una pequeña puerta que llevaba al vestidor privado del emperador, donde se preparaba, junto con sus esposas, para asistir a las ceremonias de la corte. Ahora que la sesión había comenzado, la habitación debería estar vacía.

La otra puerta del vestidor, la que

comunicaba con el corredor que llevaba a los aposentos privados de la familia imperial, se abrió lentamente.

—¡Rápido! Entrad antes de que alguien nos vea.

Timu, Théra y Phyro se deslizaron en la habitación y cerraron silenciosamente la puerta tras ellos. Esta última travesura había sido idea de Théra. Phyro no estaba seguro de que espiar un examen fuera divertido («¡ni siquiera disfruto haciendo mis propios exámenes!») y a Timu le preocupaba la cólera de su padre y del maestro Ruthi si les descubrían.

Pero Théra había descrito a Phyro lo emocionante de la situación («¡No

quieres ver cómo nuestro padre intimida a esos ratones de biblioteca?») y había convencido a Timu de que se metería en problemas si no participaba («¿No es deber del hermano mayor evitar que sus hermanos pequeños se metan en aventuras imprudentes? ¿Y no sería igual de culpable si incumplía ese deber?»). Finalmente, ambos chicos aceptaron acompañarla, uno encantado y el otro a regañadientes.

Las luces del vestidor seguían encendidas y los niños estuvieron a punto de chillar de miedo cuando se dieron cuenta de que no estaba vacío. La señora Soto, la confidente de la emperatriz y cuidadora de Timu y Théra

cuando eran pequeños, les fulminó con la mirada desde la puerta que daba paso al Gran Salón de Audiencias.

—No os quedéis ahí —les cuchicheó—. ¡Si vais a escuchar a escondidas más vale que os acerquéis!

CAPÍTULO DIEZ

UN PASEO EN GLOBO

EN ALGÚN LUGAR SOBRE EL MAR
AL NORTE DE LA ISLA DE LA
MEDIA LUNA: PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS (CINCO AÑOS
ANTES DEL PRIMER GRAN
EXAMEN)

La *Tortuga Curiosa* se dejaba llevar suavemente sobre el inmenso mar.

—¡Mira, mira! —gritó Zomi

señalando hacia el sudeste.

El suave oleaje se abrió y un cuerpo enorme, liso y oscuro, saltó fuera del agua. Incluso a esa distancia, era varias veces superior al tamaño del globo de aire caliente en el que volaban. El colosal pez quedó suspendido un instante en el aire, con sus miles de escamas negras relumbrando al sol como joyas, antes de volver a caer pesadamente al agua. Un momento después el salpicón amortiguado llegó hasta sus oídos como un trueno distante.

—Eso es una cruben —dijo Luan Zya—, la soberana de los mares. Se las avista a menudo en el mar entre las islas de Rui y de la Media Luna. Creo que les

gusta descender hasta los volcanes submarinos y permanecer en las aguas calientes, como los habitantes de Faça disfrutan en las fuentes termales cercanas a las cataratas Rufizo.

—¡Nunca pensé que fuera a verlas! ¡Es... —Zomi titubeó— hermosa! No, no es eso; es bellarmosa, magnificiosa, marabellísima... Discúlpame, pero no encuentro la palabra. Esas son todas las expresiones que se me ocurren.

—El mundo es increíble y está lleno de maravillas.

Luan sonrió a la dicharachera chiquilla, recordando la alegría indescriptible que sintió la primera vez que vio emerger una cruben desde la

cubierta de una embarcación de Haan. Tenía solo diez años y su padre, el augur supremo de Haan, se quedó a su lado observando los saltos de las crubens mientras apoyaba suavemente su mano en el hombro del muchacho.

¿Cómo sabes tantas cosas del mundo, padre?

Sigo mi curiosidad, la cualidad que Lutho valora por encima de todas las demás.

¿Algún día sabré tanto como tú?

Sabrás mucho más que yo, Lu-tika. Es parte del flujo natural del universo que los hijos superen a sus padres y que los alumnos adelanten a sus maestros.

—¿Podemos acercarnos más? — preguntó Zomi con entusiasmo.

—Tal vez —dijo Luan. Tragó el nudo que tenía en la garganta y se dio la vuelta para ocultar sus ojos húmedos—. Veamos si la suerte está hoy con nosotros.

Se asomó por un lado de la barquilla, destapó su calabaza para beber y la volcó con cuidado para dejar caer un chorro de vino tinto. El hilillo cayó en picado pero al acercarse al mar el chorro se torció en dirección sudeste, convirtiéndose en una sarta de perlas carmesí que se dispersaron y cayeron sobre las olas.

—Estupendo —dijo Luan—. Cerca

de la superficie el viento viene del noroeste. Podemos aprovecharlo.

Luan estiró los brazos por encima de su cabeza hasta alcanzar un volante de alrededor de un pie de diámetro que giró con ambas manos. El volante estaba conectado a través de un sistema de engranajes y correas con un quemador lleno de un licor destilado por congelación cuya función habitual era limpiar y decapar pintura. Esta operación retrajo la gruesa mecha de lino y la llama que rugía por encima de ellos bajó de intensidad y se redujo, con lo que el globo comenzó a descender.

—Entonces, ¿ahora estaremos completamente a merced de los vientos?

—preguntó Zomi. El globo continuó descendiendo hasta ser atrapado por la brisa noroccidental—. ¿Qué pasa si no encontramos un viento que nos lleve en la dirección que queremos ir?

Luan se estiró y giró el volante en sentido contrario. La mecha se alargó, la llama rugió, cobrando nueva vida y el globo dejó de caer y se dirigió hacia el noreste.

—Entonces tendremos que ir a otra parte —dijo Luan—. El globo no es el vehículo apropiado para quienes están demasiado empeñados en llegar a un destino fijo. La *Tortuga Curiosa* no siempre encuentra la manera de llevarte adonde quieres ir, pero siempre te

llevará a algún lugar interesante.

Llegaron al punto donde la cruben había emergido antes y Luan volvió a aumentar la llama para que el globo remontara por encima de la brisa y se cerniera sobre el oleaje. Las aguas volvieron a abrirse y Zomi se inclinó entusiasmada sobre la barquilla, con la esperanza de presenciar un nuevo salto acrobático desde más cerca. Pero en esta ocasión la cruben solo asomó la cabeza fuera del agua, con su gigantesco cuerno como el mástil de un navío, y exhaló por el espiráculo, disparando una fuente de vapor de agua que se expandió alrededor del globo. Zomi chilló de alegría y volvió la cara hacia Luan.

—¡Se estaba riendo de mí! —dijo con una sonrisa radiante y la cara mojada del rocío expulsado por la ballena.

Mientras reía con Zomi, Luan se sintió muy viejo y muy joven al mismo tiempo.

Zomi dormía y soñaba con su hogar.

No sé cuánto tiempo estaré fuera, decía Mimi.

Aki asintió con un movimiento de cabeza. Estaba envolviendo en un paño un montón de pastelillos de harina de sorgo empapados de miel y un pequeño frasco de orugas saladas. Habló sin volverse a mirar a Mimi.

Si extrañas tu hogar, cómete un pastelillo para recordar la suavidad de nuestros veranos. Si te pones triste, cómete una oruga para recordar la comida que preparo.

Señora Kidosu, dijo Luan, os prometo cuidar bien de vuestra hija. Tiene un talento extraordinario, pero no puede aprender lo que tengo que enseñarle sin conocer el mundo.

Gracias, dijo Aki. Siempre deseé que Mimi se quedara a mi lado y tuviera una vida como la mía, pero ese es un deseo egoísta, motivado por el hecho de que los dioses ya han apartado de mí a tantos seres queridos. Siempre he sabido que ella era especial y no me

sorprende lo más mínimo que se haya topado con vos.

Estudia mucho, Mimi-tika, dijo Aki. Y no pienses demasiado en mí. Eres hija mía, pero no me perteneces. La única obligación de un hijo para con sus padres es vivir una vida que se corresponda con su auténtica naturaleza.

Zomi se despertó.

Sobre ella, la llama rugía suavemente mientras la *Tortuga Curiosa* continuaba navegando en el viento. Veía las estrellas a su alrededor, radiantes agujeritos de luz similares a las medusas brillantes que conocía de nadar en la

bahía durante los cortos periodos del verano en que el agua estaba suficientemente templada. Le gustaba nadar: el agua la liberaba de la esclavitud de su desobediente pierna izquierda y se sentía llena de gracia, completa, en vez de *coja* o lisiada.

Le encantaba volar de noche en el globo. Era como dejarse llevar por un mar empíreo.

Yiii-iii. Yi-iii.

El extraño chirrido atrajo su atención. Se giró y vio a Luan sentado al otro extremo de la barquilla con las piernas estiradas ante él. Tenía un artilugio fabricado con palos y haces de tendones de buey alrededor de la

pantorrilla izquierda y, según flexionaba la pierna, el artilugio producía el ruido rítmico que había escuchado.

—¿Qué es eso, maestro?

Sobresaltado, Luan dejó de flexionar la pierna y elevó la vista para mirar a Zomi.

—Oh, no es nada —dijo—. Vuelve a dormir. Te despertaré para que dirijas el globo dentro de unas horas.

Zomi iba a preguntar algo más, pero Luan se cubrió la pierna con una manta y abrió el grueso libro que siempre llevaba consigo, llamado, según sabía Zomi, *Gitré Üthu*, que significaba «conócete a ti mismo» en un clásico. Era una compañía que su profesor

parecía amar más que a nada o a nadie; nunca hablaba de ninguna mujer, hijo o padres. ¿Cuál era el motivo por el que un consejero que había ayudado a un rey a crear un imperio prefiriese la compañía de una niña ignorante y del mar indómito? Había tantas cosas sobre él que no sabía.

Con las estrellas girando sobre su cabeza y la barquilla acunándola, Zomi volvió a quedarse dormida.

Mientras Luan Zya gobernaba el globo, Zomi practicaba letras zyndari sobre una pizarra con una tiza. La brisa era constante y fuerte y llevaba la fragancia limpia del mar abierto.

—¿Cuánto nos falta para llegar a la isla de la Media Luna? —preguntó Zomi. Dejó de escribir y bostezó.

—Si el viento se mantiene constante, probablemente otros dos días, pero el viento nunca es constante —respondió Luan. Miró a Zomi con cariño—. ¿Ya estás cansada? Solo llevas un cuarto de hora escribiendo.

—¡Estoy aburrida! Memorice todas las letras y sus sonidos hace dos días y ahora me obligas a escribir lo mismo una y otra vez. ¿Cuándo vas a enseñarme los ideogramas anu? ¿Me costará más de cinco días?

Luan se echó a reír.

—Tendrás que aprender a leer anu

clásico junto con los ideogramas y te costará muchos años dominarlos.

—¡Años! Entonces mejor empezamos cuanto antes.

—No seas tan impaciente. No puedo enseñarte a grabar en cera en la barquilla; el estilete puede ser peligroso con el globo balanceándose como ahora.

—Pensándolo bien, ni siquiera estoy segura de que quiera perder el tiempo aprendiendo los ideogramas anu. ¿No es suficiente con conocer una forma de escritura?

Luan nunca había encontrado ningún alumno que pensara que quizá fuera innecesario estudiar los ideogramas anu, pero era obvio que Zomi no era como

los estudiantes que podían permitirse tutores o academias privadas.

—Ya hablaremos sobre los ideogramas en otra ocasión. De momento necesitas seguir practicando los Cien Nombres con letras zyndari. Tu caligrafía es terrible.

—¡Es muy difícil encajar las letras en los cuadraditos que has trazado! Además, ¿por qué tengo que meterlas dentro?

—Las letras zyndari se inventaron muchos años más tarde que los ideogramas anu. Las disponemos en cuadrados de palabras a imitación de las formas de los ideogramas para que si se usan juntos, como ocurre cuando

necesitas comentar un ideograma nuevo o de difícil comprensión, sus contornos armonicen. No basta con saber escribir, hay que saber escribir de manera bella.

—¿Por qué es importante la belleza?
—preguntó Zomi, con un tono algo irritado—. ¿No basta con que se entienda lo que quiero decir?

Luan miró la cicatriz de la cara de Zomi y el bastón sobre el suelo de la barquilla junto a sus piernas y se dio cuenta de que había tocado un punto delicado.

—En el mundo hay muchos tipos de belleza, algunos son propios de los dioses y otros son propios de la humanidad. Cuando se escribe, la

belleza de la expresión está bajo el control del escritor, y una caligrafía elegante favorece la persuasión de la mente.

—Suenas como si dijeras que se hace más caso a quienes van bien vestidos — dijo Zomi entre dientes.

Luan suspiró.

—No es eso lo que quiero decir, pero entiendo por qué te sientes así. Como me has pedido que sea tu maestro, en este aspecto tienes que hacer lo que te digo. Practica formando las letras dentro de los cuadrados en proporciones agradables. No importa si te aburre hacerlo, es una habilidad de vital importancia.

De mala gana, Zomi regresó a la escritura. Pero tras unos instantes de silencio volvió a hablar.

—Esto me recuerda a los adornos de los pastelillos de la suerte del Festival de Otoño. Mamá siempre decía que no tenía paciencia para grabar adornos bonitos en la masa antes de hornearla, pero al menos en ese caso al final tenías algo delicioso.

—¿Estás sugiriendo que te consiga harina de maíz para que puedas hacer cuadrados de palabras comestibles? —dijo Luan con sarcasmo.

Zomi levantó la vista.

—¡Oh, eso sería estupendo! ¿Podemos, maestro? ¿Podemos? Si

conseguimos miel haré un cono con papel y le cortaré la punta para escribir letras zyndari dejándola caer lentamente. Y podemos conseguir semillas de loto y virutas de coco...

—¡Si pusieras tanta energía practicando la escritura como imaginando nuevas comidas ya serías una excelente calígrafa!

Zomi se le quedó mirando un momento, bajó la mirada y siguió escribiendo. Su mano se desplazaba por la pizarra muy, muy lentamente.

Luan volvió a suspirar. *No todas las mentes aprenden de la misma manera. El cuchillo adquiere filo al frotarse contra una piedra, pero la perla debe*

pulirse con un paño suave. Yo hallo infinito júbilo y consuelo ensayando y practicando una y otra vez en la soledad, pero a lo mejor ella necesita un método diferente.

—¿Prefieres aprender a manejar el globo?

Zomi dejó caer la pizarra y se colocó junto a él de un salto.

—Primero tienes que averiguar de dónde viene el viento —dijo Luan—. Recuerda que los globos no están dotados de un sistema de propulsión. Deben navegar con los vientos.

—¿Por qué vuelas en globo en vez de utilizar una aeronave?

Luan se echó a reír.

—Las aeronaves funcionan con el gas ascendente del monte Kiji. Están reservadas para la fuerza aérea imperial y los asuntos de gobierno.

—A lo mejor hay otros gases que pueden servir para lo mismo.

—A lo mejor. Pero no los conozco. Además, me gustan los globos. Las aeronaves sirven para llevarte de un sitio a otro y hay que preocuparse continuamente de su propulsión. Sin embargo, volar en globo es... más relajante.

Zomi cogió la calabaza para beber de Luan, la destapó y le dio la vuelta por fuera de la barquilla. Luan saltó para recuperarla.

—¡Suavemente! ¡Suavemente! ¡Solo hace falta echar un poquito para comprobar el viento! No malgastes el vino. Eso es todo lo que tengo hasta que lleguemos a Ingça en la isla de la Media Luna.

—De todos modos, bebes demasiado —pero ahora Zomi puso cuidado en inclinar suavemente la calabaza y observó el chorrillo que caía a plomo sobre el mar—. No hay viento por debajo.

—No hay viento soplando en una dirección distinta a la que vamos — corrigió Luan.

—¿Cómo sabes de donde sopla el viento por encima de nosotros? —

preguntó Zomi, entrecerrando los ojos para mirar hacia arriba. Algunas nubes ralas manchaban la inmensidad azul aquí y allá—. No podemos echar vino para arriba... ¡Oh, ojalá fuera una cruben para poder expulsar agua hacia el cielo por mi orificio nasal y comprobar los vientos!

Luan rebuscó en el pequeño baúl del fondo de la barquilla y rescató algo que parecía un haz de papel. Tiró de una anilla que llevaba en la parte superior y el haz de papel se abrió de golpe convirtiéndose en un farolillo cúbico con lados de papel plisado y un esqueleto interno de bambú que había sido plegado para poderse comprimir.

El fondo estaba abierto y contenía un alambre en forma de cruz que sujetaba una vela.

—¡Qué bien pensado! —dijo Zomi.

—Es un invento mío —dijo Luan con orgullo—. Estos farolillos flotantes se conocen desde tiempos inmemoriales, pero a mí se me ocurrió dotarlos de este esqueleto plegable de bambú que permite transportarlos fácilmente.

Luan ató un fino cordel de seda al fondo del farolillo, pasó el cordel a Zomi y encendió la vela. Cuando el aire del interior del farolillo se calentó, este empezó a flotar.

—Asómate a un lado de la barquilla —le indicó Luan—. Suelta cordel.

Funciona como una cometa y puedes usarlo para detectar la dirección del viento por encima de nosotros.

Zomi guiaba el vuelo del globo-cometa e iba transmitiendo a Luan observaciones sobre la dirección del viento a diferentes alturas mientras Luan anotaba todo en la pizarra. Cuando Luan decidió que había tomado suficientes lecturas, pidió a Zomi que tirara del cordel para recuperar el farolillo y que apagara la vela.

—Ahora dime: si quisiera ir en esa dirección —Luan señaló al sudoeste—, ¿qué tendría que hacer?

Zomi miró la pizarra en la que Luan había dibujado una tabla precisa con las

alturas y dirección de los vientos basada en sus observaciones.

—Hay viento fuerte del nordeste si ascendemos... ¿trescientos pies?

Luan asintió satisfecho.

—Acabas de hacer que Na Moji se sienta orgulloso.

—Recuérdame otra vez quién era.

—Na Moji fue el fundador de la escuela modelista de filosofía. Vivió hace siglos, cuando Xana era un territorio mucho más primitivo que los demás estados Tiro. Se le ocurrió atar cintas de seda en las patas de los gansos salvajes y demostró que las aves emigran hacia el sur para pasar el invierno y regresan al norte en

primavera. También fue el primero en diseñar una cometa con dos hilos para poder dirigirla y trazar formas vertiginosas en el cielo.

»Na Moji sostenía que la naturaleza era un libro cuyo lenguaje eran las matemáticas. Mediante cuidadosas observaciones y comprobaciones es posible sondear sus profundidades y trazar sus pautas. Hasta los dioses están sujetos a las pautas de la naturaleza, aunque ellos son capaces de comprenderlas mejor que nosotros.

»Tú has creado un registro de vientos con el globo-cometa y ahora puedes volar a donde quieras. Un globo, por supuesto, es una casa en el aire, el

elemento natural del modelismo.

Zomi miró al cielo y al mar, pero ahora ya no veía vacío a su alrededor sino que creía advertir las ráfagas de viento como si fueran anchas calles y avenidas tridimensionales de una ciudad invisible. En su rostro brotó una inmensa sonrisa.

—¡Me gusta el modelismo! ¡Quiero saber más! ¡Más!

Luan contuvo una risa de satisfacción.

—Bueno, lo siguiente que tienes que conseguir es elevar a la *Tortuga Curiosa* hasta coger viento y para eso necesitas una escuela de filosofía diferente.

Con ayuda de Luan, Zomi agarró el volante situado por encima de ambos y lo giró. La llama del quemador se avivó rugiendo y, con un tirón, el globo comenzó a ascender.

—¡Con suavidad! ¡Pretendes dirigir la llama, no luchar contra ella!

Zomi giró el volante poco a poco en sentido contrario y la llama se redujo ligeramente, ralentizando el ascenso.

Luan continuó hablando.

—La llama calienta el aire del interior del globo, que se expande. El exceso de aire se escapa del globo, lo que provoca que el aire caliente del interior sea menos denso que el aire frío del exterior. Así, el globo gana altura de

la misma manera que las aeronaves imperiales. El aire caliente actúa de forma parecida a como lo hace el gas ascendente del lago Dako en el monte Kiji.

La brisa se levantó y el globo comenzó a derivar hacia el sudoeste. Zomi continuó girando lentamente el volante, reduciendo y aumentando la llama hasta estabilizar el globo.

—Lo que acabas de practicar es un ejemplo de la escuela incentivista de filosofía —dijo Luan—. Como su propio nombre indica, su elemento natural es el fuego.

—No lo entiendo —dijo Zomi—. ¿Los incentivistas son partidarios de

quemar cosas? ¡Oh! ¡Como el emperador Mapidéré, que quemaba libros!

—¿Qué diantres...? Bueno, no importa. No, la escuela incentivista fue fundada por Gi Anji, el más joven de los grandes sabios. No es un anu clásico, es moderno. Gi Anji sostenía que las personas, por naturaleza, son perezosas y se resisten al cambio, por lo que el deber del gobernante sabio es incentivarlas con recompensas y castigos adecuados.

—Mi mamá solía decir eso de un modo mucho más sencillo: «Sal de la cama o te echaré un carbón encendido en las mantas». Así que a estos

incentivistas sí que les gusta quemar cosas.

Luan se echó a reír alegremente.

—Supongo que es una manera de entenderlo. Lo que Gi Anji quería decir es que la insistencia de los moralistas en cultivar la virtud no valía la pena. La mayoría de las personas son irremediablemente egoístas y basta con que el gobernante adapte las leyes para estimular la conducta adecuada. Por ejemplo, si aumentas los impuestos a los agricultores pero reduces los de las tierras de pastoreo...

—¿Qué tienes contra los agricultores?

—¡Nada! Estaba utilizando un

ejemplo.

—¿No puedes utilizar otro ejemplo? No me gustan los impuestos. Los recaudadores siempre son malvados con mi madre y conmigo.

—Está bien —Luan pensó en su viejo amigo Cogo Yelu, capaz de hablar sobre los impuestos durante horas y sonrió—. Imagínate que quieres fomentar las artes y las letras. En lugar de alentar a la gente a que sea más estudiosa, es preferible exigir un nivel de estudios para las posiciones de poder.

—Eso no parece muy justo. Necesitas tener dinero para ir a la escuela...

—La idea es que las leyes pueden

concebirse como una compleja maquinaria y que ajustando de la manera adecuada los engranajes y los mandos, puedes conseguir que la gente haga cualquier cosa, al igual que aumentando el calor del quemador expulsas aire y consigues que el globo ascienda y reduciendo la llama creas un vacío que permite entrar al aire frío y el globo desciende.

—Esta filosofía parece muy... severa.

—*Puede* serlo. De hecho, el incentivista más importante fue Lügo Crupo, erudito imperial del emperador Mapidéré y posteriormente regente del emperador Erishi. Llevó las ideas de Gi

Anji hasta el extremo y promulgó leyes severas que con el tiempo provocaron la rebelión del Pergamino en el Pez.

—Como una olla de agua hirviendo que se derrama si la calientas demasiado.

—Exactamente. Pero el incentivismo no es en sí mismo cruel. Es solo una herramienta para entender el mundo. Una cita de Lügo Crupo dice: *Mirotiro ma thiéfi ro üradi gicru ki giséfi ga gé caiï féno, gothe ma péü né ma calu, goco philutoa rari ma ri wi rénroa ki cruéthu philutoa co crusé né othu*, que significa: «Lo único que motiva a los hombres es el beneficio y el dolor, lo cual no es pecado, pues todos los deseos son la

sombra del deseo de transformar la tierra en el cielo»...

Mientras Luan Zya continuaba con su clase, Zomi se fijó en una gaviota que había estado volando delante del globo y súbitamente perdió altura para después recuperar su posición agitando enérgicamente las alas. En su cara brotó una ligera sonrisa mientras se agarraba al costado de la barquilla.

—... de hecho, otro de los alumnos de Gi Anji, Tan Féüji, consiguió ampliar el incentivismo con el moralismo...

El globo dio un bandazo al ser sacudido por el viento de costado que había desviado a la gaviota y Luan Zya se tambaleó y tuvo que agarrarse a la

barquilla, interrumpiendo su lección.

—¿Deberías haberte visto la cara! — la risa de Zomi era tan de-senfrenada como el viento—. Observé una pauta y lo utilicé.

Luan Zya sacudió la cabeza, pero la risa de Zomi era contagiosa.

—Ya te he presentado dos escuelas de filosofía. ¿Sigues aburrida?

—¿Estás bromeando? ¡Es divertido! ¡Enséñame más filosofía sobre cómo volar el globo!

—Fíjate bien; mis nociones sobre los incentivistas y los modelistas te han gustado porque las disfracé de lecciones sobre manejo del globo. Una buena idea se asimila más fácilmente si se expresa

de modo adecuado y esa es la razón por la que, incluso si conoces las respuestas correctas, convencerás a más personas si las presentas con una buena escritura y una construcción adecuada de las frases.

Zomi suspiró.

—¿Eso quiere decir que tengo que practicar más mi caligrafía?

—Si consigues escribir los Cien Nombres cincuenta veces más, a mi entera satisfacción, buscaremos más crubens.

Zomi volvió a sentarse, agarró su pizarra y comenzó a escribir con entusiasmo.

—Espera un momento... —se

detuvo, miró a Luan Zya, que sonreía con suficiencia, y le sacó la lengua—. *¡No me gusta cuando practicas el incentívismo!*

Las carcajadas interrumpían de tanto en tanto la charla entre maestro y alumna mientras el globo continuaba su ruta hacia la isla de la Media Luna y el sol moteaba las suaves olas debajo de ellos.

CAPÍTULO ONCE

EL LOBO-CRUBEN

PAN: TERCER MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

En lugar de lanzarse de lleno a un apasionado discurso, Kita Thu se giró y dio unas palmadas.

—¡Deprisa! ¡Vamos, vamos!

Un grupo de sirvientes que estaba sentado detrás de las dos filas de *pana*

méji se levantó y comenzó a desempaquetar los baúles que habían llevado al Gran Salón de Audiencias. Se dirigieron en bloque hacia el espacio vacío situado entre Kita Thu y el estrado del trono, se disfrazaron, instalaron decorados, montaron elaboradas esculturas de papel y bambú, ensamblaron complicadas máquinas...

Iban a representar una obra para el emperador.

Los señores de Dara observaban el proceso con gran interés y Kita Thu se movía a grandes pasos dando órdenes como un director de escena.

Sabedores de que gran parte de los generales de mayor confianza de Kuni

eran hombres poco instruidos, muchos de los *pana méji* habían pensado —correctamente— que un discurso florido que enumerara los argumentos de sus ensayos no captaría suficientemente su interés. Como además se decía que el propio emperador tenía poca paciencia para la retórica académica, resultaba vital que las presentaciones de los candidatos en el Examen de Palacio tuviesen un formato más dinámico.

Y solo habían tenido un mes escaso para preparar las presentaciones.

Una vez los criados hubieron terminado los preparativos, Kita movió la cabeza en sentido afirmativo dando la señal

para empezar.

Los señores de Dara y el emperador Ragin iban a presenciar un espectáculo tan entretenido como espeluznante.

Dos criados extendieron una pieza de reluciente seda azul marino que simbolizaba el mar. Cuando las olas se separaron, de las profundidades surgió un monstruo representado por dos actores disfrazados. La mitad delantera era una cruben y la mitad trasera un lobo. El monstruo se tambaleaba esforzándose por moverse, pues sus patas apenas podían hacer avanzar a la bestia en el agua. De tanto en tanto, el actor que estaba delante alzaba la cabeza de la cruben por encima del mar

de seda y pulverizaba en el aire agua de rosas perfumada para simular el resuello del monstruo. El agradable aroma poco a poco fue adueñándose del salón.

Por el salón y los balcones se oían risitas nerviosas. Hasta la emperatriz y la consorte Risana estaban fascinadas por el espectáculo.

Otros dos actores avanzaron y colocaron una plataforma baja llena de montañas y valles en miniatura junto al mar de seda, para representar la tierra. El lobo-ballena se lanzó sobre la plataforma donde, finalmente, las patas del lobo hallaron asiento. Pero ahora la pesada mitad delantera del monstruo, que ya no podía flotar en el agua, se

convirtió en una carga, por lo que la bestia siguió sin poder moverse apenas, mientras sus aletas se agitaban inútilmente contra la tierra y la patas de lobo la hacían avanzar lentamente, como si fuera una oruga.

Kita dio un silbido para indicar el inicio de una nueva escena y los actores se apresuraron a cambiar de traje y de decorado. Los señores de Dara fueron sucesivamente obsequiados con el espectáculo de una carpa-halcón, un gusano-ciervo, un elefante-tortuga — cuya trompa y patas no podían retraerse al diminuto caparazón— y, lo más divertido de todo, un tiburón-seta que se debatía en el mar, incapaz de comer.

—El emperador Mapidéré dividió todas las islas Dara en provincias que gobernaba directamente a través de una burocracia que solo le debía fidelidad a él. Antes de su conquista, los reyes Tiro habían confiado la administración a la nobleza feudal. Vos tomasteis un camino que difiere de ambos sistemas. Habéis entregado la mitad de vuestras tierras a los nobles, que mantienen cierto grado de independencia, y administráis la otra mitad directamente, a través de vuestros gobernadores. De esta manera sufrís las desventajas de ambos y no disfrutáis de las ventajas de ninguno de ellos.

Mientras los criados recogían y volvían a empaquetar todo en los

baúles, Kita daba grandes pasos adelante y atrás ante el emperador, gesticulando apasionadamente mientras hablaba.

—Si un edicto imperial anuncia un nuevo impuesto, los gobernadores deben encargarse de su aplicación, mientras que los duques o reyes de las provincias vecinas pueden decidir ignorarlo. Esto provoca falta de uniformidad en las leyes y recompensa a los astutos sin escrúpulos que aprovechan tales divergencias en beneficio propio.

»Habéis creado un monstruo que no es ni carne ni pescado y que no se encuentra a gusto en ninguna parte.

—Una presentación impresionante —

y, me atrevería a decir, entretenida—. No estoy totalmente de acuerdo, pero ¿cuál es la solución que proponéis? —preguntó Kuni—. Dejemos que la escuchen los señores de Dara aquí reunidos.

Kita Thu respiró hondo y habló pausadamente, asegurándose de que su voz se escuchaba en todo el salón.

—*Rénga*, os propongo que restauréis el sistema Tiro en su totalidad.

Los niños habían quedado fascinados por la puesta en escena de Kita Thu. La puerta del vestidor estaba situada a un lado del estrado del trono y la rendija de la puerta coincidía con unos cuantos

agujeros en el tapiz. Si miraban a través de los huecos, los niños podían observar lo que pasaba en el Gran Salón de Audiencias sin ser vistos.

—Quiero jugar al lobo-ballena —susurró Phyro—. ¿Quieres jugar conmigo, Rata-*tika*?

—Solo si me dejas hacer de cruben —dijo Théra.

—¡Siempre te quedas con la mejor parte!...

—Este Kita ha expuesto sin rodeos el problema más complejo —interrumpió Soto en voz baja—. Tiene toda una mentalidad matemática.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Phyro.

—Los nobles y los gobernadores llevan años quejándose unos de otros — respondió Soto—. Según las últimas habladurías, algunos barones han sido despojados de sus feudos a causa de pequeños actos de insubordinación por los que los eruditos han montado un escándalo. ¿Tan ocupado has estado jugando que no te has enterado?

Théra acudió al rescate del avergonzado Phyro.

—He oído a madre quejarse del incumplimiento de algunos edictos imperiales. Cree que padre ha sido demasiado generoso al ofrecer tanta tierra a quienes le siguieron y otorgarles tanta autoridad.

Soto afirmó con la cabeza.

—Vuestro padre estaba en una situación difícil. Tenía que recompensar a quienes arriesgaron su vida por él pero, al haber tantos nobles semiautónomos, es complicado impulsar políticas uniformes.

—Pero eso también puede ser una ventaja —replicó Théra—. Si la Ciudad Armoniosa dicta una orden injusta, al menos los señores feudales pueden adaptarla a las condiciones de sus dominios o negarse a cumplirla. Dara es muy grande y variada, y quizá sea mejor permitir que los nobles experimenten en sus propios feudos.

—No se me había ocurrido esa

justificación... —Soto miró a Théra con admiración—. Pero puede que tu padre pretendiera contrarrestar una centralización *excesiva* mediante el sistema paralelo, como sugieres.

—¡Lo que es seguro es que no aprobaría la restauración de los reyes Tiro de la antigüedad! —dijo Phyro.

Soto sofocó una risa.

—No, él no haría eso. Pero la derrocada Casa de Haan solo sabe tocar una melodía. Conocí al tío abuelo de Kita, Cosugi, y era igual que él. Siempre quiso recuperar el trono de Ginpen. Parece que su sueño pervive en una nueva generación.

—Los estados Tiro deberían restablecerse y nombrar reyes a hombres de linaje noble —continuó Kita—. En cualquier caso, los reyes Tiro tendrían que reconocerlos como soberanos y honrarlos debidamente, aunque administrarían cada reino con plena autonomía.

—¿En qué podría ello beneficiar a Dara? —preguntó el emperador, con la expresión oculta tras el velo de cuentas de cauri.

—De mil maneras, grandes y pequeñas. Como los burócratas deben complacerse, inevitablemente buscarán su beneficio personal y os engañarán exagerando sus logros y ocultando sus

errores. Pero los reyes Tiro serán hombres de carácter noble motivados por consideraciones morales superiores. Como no dependerán de vuestra satisfacción para mantener sus títulos hereditarios, su única motivación será el honor y ganar el respeto de sus semejantes.

—¿Se supone que debo contentarme con ser una mera figura decorativa?

—En absoluto. Liberado de las minucias de la administración, *Rénga*, viajaréis de estado Tiro en estado Tiro y seréis la conciencia del reino. Al tener más tiempo para dedicaros a la contemplación de la virtud, elevaréis el nivel del pensamiento ético en todas las

islas. Los reyes Tiro intentarán emularos y sus nobles procuraran emularlos a ellos, y así sucesivamente hasta el campesino más humilde, que deseará imitar el comportamiento demostrado por su señor. Con el tiempo, podríamos regresar a la edad de oro de la que hablaban los sabios anu en la tierra hundida de los océanos occidentales, cuando la gente dormía sin atrancar sus puertas por la noche y quienes perdían objetos por la calle podían esperar encontrarlos a la mañana siguiente sin que nadie los hubiera tocado.

—Los principales gobernantes deberían ser filósofos, no meros burócratas.

—Es una visión extremadamente gratificante —dijo Kuni en un tono todavía sereno.

Prácticamente todo el mundo estaba mirando a Gin Mazoti para ver su reacción a la propuesta. Gin no era muy amiga de los antiguos nobles de los Siete Estados, pero también era famosa por intentar llevar su autoridad más lejos que todos los nuevos nobles de Kuni. En cualquier caso, Gin continuaba sentada sin moverse y su rostro no traslucía sus emociones.

—Has explicado la esencia del moralismo —dijo Zato Ruthi con un suspiro—. Ni Kon Fiji podría haber concebido un futuro mejor.

—No, no habría podido —dijo Kuni, y quienes estaban más próximos notaron un atisbo de sonrisa en su voz—. Pero tengo una pregunta para ti, Kita. ¿Quién comandaría al ejército en tu propuesta?

—Cada rey Tiro se encargará de la defensa de su estado, por supuesto. Y si surgiera alguna rebelión contra vuestra persona, todos los reyes Tiro acudirían en vuestra ayuda.

—¿No contaré con mi propio ejército?

—Un gobernante moral no debe recurrir a las armas.

El emperador se volvió hacia la derecha para mirar a la consorte Risana, que observaba atentamente a Kita.

Movía las manos descuidadamente, como para disipar la ligera neblina del humo procedente del incensario que estaba a sus pies. Luego alzó la mano derecha para tocar suavemente la diminuta carpa de coral rojo que pendía del lóbulo de su oreja.

Kuni volvió a dirigir su atención a Kita relajando ligeramente su postura y asintió.

—Gracias. La sinceridad de vuestras convicciones es admirable.

—He llegado a esta conclusión tras mucho leer y meditar —dijo Kita enderezando la espalda con orgullo.

—Creo que tengo el puesto apropiado para ti. Tu rectitud moral, tus

aptitudes matemáticas y tu predisposición para la coordinación y la gestión —¡esa representación fue emocionante!— te hacen especialmente adecuado para la administración de los laboratorios imperiales de Ginpen.

Kita miró pasmado al emperador. El puesto era de alto rango, pero estaba muy alejado del centro del poder imperial.

El sueño de todos los *firoa* era ser destinados al Colegio de Abogados, una nueva institución creada por el emperador. Formado por eruditos jóvenes sin campos específicos de responsabilidad —ni, por tanto, intereses creados—, su función era

evaluar las nuevas propuestas políticas de los ministros del emperador y criticarlas —todas ellas— planteando una opinión contraria.

El emperador lo había descrito como una forma de prevenir el anquilosamiento de las ideas y prácticas de la burocracia mediante el debate. Aunque al principio los ministros se opusieron al proyecto —les parecía una equivocación de base que personas jóvenes sin experiencia criticaran las propuestas programáticas de sus mayores—, la emperatriz consiguió convencer a Zato Ruthi y a otros eruditos de que el Colegio de Abogados era en realidad un modo de llevar a la

práctica el concepto de rey filósofo, por lo que ahora obtener un puesto en dicho colegio se consideraba un destino inmejorable.

Pero la conversación de Kita con el emperador no le había hecho merecedor del honor que ansiaba. El tiempo pasaba y él seguía inmóvil intentando asimilar su nombramiento.

Zato Ruthi dio un paso adelante y rompió el incómodo silencio.

—¡Da las gracias al emperador!

Avergonzado, Kita hizo una reverencia. *Al menos en Ginpen estaré cerca de la familia.* Pero no estaba seguro de si considerarían este destino como un triunfo. Apretó los dientes y lo

intentó una vez más antes de retroceder y sentarse en la fila de los *pana méji*.

—*Rénga*, espero que concedáis a mi propuesta la debida consideración.

—La analizaré esta noche con mi hija Fara cuando la acueste.

Por el salón resonaron algunas risas dispersas de ministros y generales.

—Este Kita es bastante estúpido —susurró Théra.

—¿Qué te hace pensar que ha fracasado? —preguntó Soto.

—¡Su sugerencia es ridícula! ¡Padre acaba de compararla con un cuento de hadas! —dijo Théra.

Phyro mostró su acuerdo:

—Esta era su oportunidad para impresionar al emperador y la ha echado a perder. Todos saben que mi padre da mucha importancia al ejército...

—¡Y ahora acaba de arruinar su preciosa oportunidad obtenida tras años de estudio, algo que otros que se han esforzado tanto como él nunca tendrán!

—completó Théra.

—Yo creo que lo que ha dicho era razonable —dijo Timu indeciso—. Según las glosas del maestro Ruthi sobre la *Moralidad* de Kon Fiji...

—¿Recuerdas que nuestro padre solía llamar al Verdadero Sabio el Verdadero Estúpido? —dijo Théra. Phyro se echó a reír y tuvo que taparse

la boca con las manos hasta que la cara se le puso roja por el esfuerzo.

—Un hijo responsable no repite las palabras pronunciadas por sus padres después de una noche de juerga y bebida—dijo Timu en un tono bastante frío—. El emperador dijo también...

Pero Soto le interrumpió.

—¿Creéis que alguno de los *panameji* es hijo de simples campesinos?

Timu, Théra y Phyro observaron por la rendija de la puerta a las diez figuras sentadas en el centro del Gran Salón de Audiencias. Todos eran jóvenes, bien parecidos y vestían con fina seda, excepto la joven arrodillada al final de la última fila, que llevaba una túnica

sencilla de cáñamo, tan llena de remiendos que parecía un mapa de Dara.

—¡Eh! ¡Ahí está Zomi! —susurró Phyro.

—¡Sí! ¡Sabía que hacíamos bien al ayudarla! —dijo Théra, con el rostro ruborizado de alegría.

—Excepto ella —dijo Soto—, todos los demás proceden de grandes clanes importantes, familias con poder y dinero y con los mejores tutores, familias que podrían contar con muchos futuros *pana méji* entre sus miembros. Están jugando a largo plazo. Si analizas las palabras de estos candidatos, verás que interpretan un único discurso.

—Entonces, si tienen algo que

solicitar a papá, ¿por qué no presentan una petición al gobernador o al noble de su región? —preguntó Phyro.

—Porque... ya saben cómo reaccionará padre al mensaje —dijo Théra—. ¿No es así? Les interesa más el foro.

Soto movió la cabeza afirmativamente.

—¿Cuándo se tiene la oportunidad de expresar directamente una opinión ante el emperador y todos los señores de Dara al mismo tiempo? El Examen de Palacio es una ocasión extraordinaria para todas estas familias. Acabas de oír lo que opinan algunos de los antiguos nobles depuestos de los estados Tiro

sobre el reinado de tu padre.

Théra asintió. Era como si hubieran levantado el velo que cubría sus ojos.

—Entonces ese cuento de hadas de Kita era en realidad una amenaza. Una amenaza de traición.

Timu la miró asombrado.

—¡Théra! Si eso fuera verdad, el emperador habría ordenado a sus guardias que le detuvieran en lugar de hacer una broma. ¿Cómo puedes decir algo tan horrible?

Soto retuvo un suspiro. No todos los hijos de Kuni tenían el instinto natural para la política de su padre. Se armó de paciencia y explicó:

—La broma del emperador no iba

dirigida a Kita. Con toda seguridad, a vuestro padre le traía sin cuidado la reacción del principito mimado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Timu, que seguía con expresión perpleja.

Soto volvió a intentarlo.

—Cuando vuestro padre se sienta a comer con uno de sus consejeros, ¿creéis que alguno de los dos está interesado en la comida? Cuando vuestra madre invita a la consorte Risana a la ópera, ¿creéis que les interesa la representación? A veces, el espectáculo que se representa solo es una excusa para que el público converse de algo que resultaría demasiado

embarazoso sin esa distracción.

Théra volvió a espiar a través de la rendija de la puerta. La mayoría de los ministros y gobernadores del lado oeste del Gran Salón de Audiencias se reía disimuladamente, pero pocos de los generales y nobles del lado este lo hacían. Algunos de los nobles incluso parecían... tensos.

—¿Crees que los nuevos nobles se están impacientando? ¿Se aliarán con los antiguos señores feudales de los Siete Estados contra mi padre? — preguntó Théra. La idea parecía tan disparatada. *La reina Gin, el duque Kimo y el marqués Yemu... todos eran amigos de padre, ¿o no?*

—O tal vez vuestro padre *piense* que se están impacientando, lo que es y no es lo mismo —dijo Soto—. No es ningún secreto que la emperatriz está del lado de los gobernadores y la burocracia y sospecha de los nobles y generales. Vuestro padre respeta su opinión. La broma era la verdadera prueba.

—No entiendo... —comenzó a decir Timu.

—O... —Théra se mordió el labio inferior, absorta en sus pensamientos— ... quizá algunos de los nobles piensan que mi padre sospecha de su ambición y *son ellos* los que están probándole riéndose o no haciéndolo.

—¡Aj! —Phyro se rodeó la cabeza

con los brazos teatralmente—. Me estáis dando dolor de cabeza. ¿Por qué tienes que complicarlo todo tanto, Rata-*tika*? Si realmente alguien se atreviera a rebelarse, papá saldría con su ejército y lo solucionaría, de la misma manera que luchó contra el hegemón. ¡Tía Gin les enseñaría una lección que no olvidarían!

Soto sonrió.

—Se puede ser *demasiado* inteligente. En cualquier caso, nadie sabe lo que pasa por la cabeza de estos nobles pero eso es lo que todos intentan averiguar. El mensaje transmitido por Kita es una piedra arrojada a un estanque y ahora todos los presentes en el Gran Salón de Audiencias intentan

interpretar el significado de las ondas.

—Creo que no deberíamos estar discutiendo estas cosas —dijo Timu. Se le veía claramente incómodo.

Soto lo miró con lástima.

—¿Y si el emperador te nombra su príncipe heredero? En ese caso sería tu responsabilidad pensar en todo esto.

CAPÍTULO DOCE

LA ISLA DE LA MEDIA LUNA

ISLA DE LA MEDIA LUNA:
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS
(CINCO AÑOS ANTES DEL GRAN
EXAMEN)

Con la excepción de unas cuantas ciudades costeras y puertos comerciales, la isla de la Media Luna estaba prácticamente sin colonizar.

El paisaje estaba compuesto por un

mosaico de calderas volcánicas con millas y millas de ondulante lava solidificada en la que apenas crecía nada —como si los dioses hubieran tallado surcos en una calzada embarrada con enormes carruajes— y densos bosques separados por montañas escarpadas cuya fauna y flora variaba tanto de un valle a otro como si se tratara de islas distintas separadas por el océano abierto.

En tiempos de los reyes Tiro, la parte meridional de la isla estaba bajo la administración de Amu y sus reyes la usaban como reserva real de caza, aunque en ocasiones autorizaban a cazar a algunos nobles y reyes extranjeros de

toda Dara como recompensa o gesto de amistad. Entre las presas más codiciadas estaban el ciervo de montaña, las aves silvestres de las lavas, los monos de penacho blanco y los papagayos de brillante plumaje, aunque el trofeo más codiciado era el jabalí, que parecía desarrollar colmillos de diferentes tamaños, formas y colores en cada uno de los cientos de valles de la isla de la Media Luna. Algunos de los reyes de la antigua Amu estaban obsesionados con coleccionarlos y dedicaban más tiempo a la caza que a la administración en Müning, hasta el punto de que la poetisa Amu Nakipo, reconocida dama de moda en la corte de

Müning, escribió en una ocasión:

*Medialunas en vuestro
hocico.*

Media Luna en el mar.

*Os habéis apoderado del
corazón del rey.*

*Mi hermoso y
desenfrenado
regocijo.*

El emperador Mapidéré y posteriormente el emperador Ragin continuaron con la política de mantener la isla de la Media Luna prácticamente en estado salvaje. En un principio, Kuni intentó que se instalaran en ella algunos

veteranos de sus guerras, otorgándoles tierras para su colonización, pero el suelo resultó ser muy pobre y pocos deseaban estar tan lejos de cualquier vestigio de civilización. Los escasos asentamientos costeros estaban poblados por familias que trabajaban como guías y porteadores de las partidas de caza de los nobles, complementando sus ingresos con la pesca el resto del tiempo.

Algunas pequeñas guarniciones impedían que la isla se convirtiese en refugio de piratas, aunque había también pequeñas aldeas diseminadas en su interior, habitadas por los descendientes de los príncipes y las princesas que

habían fundado diminutos principados durante las Guerras de la Diáspora. Dichas aldeas no pagaban tributos al tesoro imperial e ignoraban los edictos imperiales; los narradores de historias itinerantes y los poetas cortesanos les atribuían costumbres salvajes y creencias inverosímiles.

—¡Allí! —gritó Zomi, señalando hacia el sudoeste. En ese lugar, al pie de un altísimo acantilado, se abría un pequeño claro con una docena de diminutas casitas con tejado de paja dispuestas en círculo.

—Eso es. Almorzaremos ahí y luego subiremos a las montañas. Puedes

aterrizar en medio de la aldea. Esta gente ya conoce mi globo.

Zomi se separó del volante situado por encima de ella.

—Maestro, sería mejor que aterrizaras tú.

—Tonterías. La *Tortuga Curiosa* está en tus manos —dijo Luan—. El primer aterrizaje siempre resulta difícil, pero la verdadera prueba es si lo consideras un fracaso o una lección.

La cara de Zomi enrojeció, al recordar su primer intento de aterrizaje en el asentamiento costero de Ingça, que acabó con la barquilla volcada y ambos por el suelo como dos peces inermes fuera del agua.

Estiró los brazos y giró el volante con sumo cuidado, recordándose a sí misma que debía maniobrar con suavidad. Soplaban una brisa suave, el globo se desplazaba con lentitud y, cuando la llama se redujo al mínimo, empezó a perder altura poco a poco.

—Mantén la vista en el lugar de aterrizaje —instruyó Luan—. Visualiza la línea de descenso y síguela. Imagina que te deslizas por una pendiente.

Zomi intentó imaginarse como parte del globo y reaccionaba a los golpes y sacudidas producidos por las corrientes de aire con ajustes mínimos en el volante. No quería fallar y decepcionar a su maestro.

Cuando el globo volaba a ras de tierra, a unos cincuenta pies de altura, Zomi intentó levantar el ancla —una pesada garra de metal sujeta a una soga de seda— por encima de la barquilla. Le resultaba difícil mantener el equilibrio a causa de su pierna mala, pero Luan no acudió en su ayuda, sabedor de que prefería hacer todo por su cuenta.

Al caer el ancla, la *Tortuga Curiosa* se alzó de súbito por la pérdida de peso. Pero Zomi estaba preparada para ello y se agarró a un costado de la barquilla. La garra del ancla se estrelló contra el suelo con un ruido amortiguado y fue dando saltos sobre la hierba unas

cuantas yardas, levantando terrones hasta clavarse; entonces la soga del ancla se tensó por un instante antes de caer con laxitud como el hilo de una cometa. El globo se mantenía firme.

—¡Buen trabajo! —dijo Luan.

Mientras Zomi manipulaba la polea para terminar de bajar el globo hasta el suelo, algunos aldeanos salieron de las casas y levantaron la vista para contemplar el objeto ondulante caído del cielo como una medusa. Zomi observó sus curiosos atavíos: ropas de burdo cáñamo cortadas en extraños diseños, con cinturones y bolsos de cintura confeccionados con pieles de animales.

—Parecen actores de una ópera

popular vestidos con trajes de las Guerras de la Diáspora —dijo Zomi en voz baja.

—Sus antepasados llegaron de Arulugi hace mucho tiempo —dijo Luan—. Después de generaciones apartados de las modas cambiantes de las otras islas, son como un estanque de aguas inmóviles junto a un río torrencial, un mundo en sí mismo.

—Lo dices casi como si les envidiaras.

—¿Mmm?

—¿Te gustaría vivir así? ¿Alejado de los demás seres humanos?

Luan meditó la pregunta.

—Cuando estaba apartado del

bullicio de las grandes ciudades de Dara, echaba de menos su ruido y su color. Cuando paso demasiado tiempo en ellas, echo de menos la pureza y la soledad de la naturaleza.

—Da la impresión de que nunca estás satisfecho.

Luan sonrió.

—Supongo que así es. Es complicado.

Finalmente, la barquilla se asentó en el suelo. Zomi apagó la llama del quemador y el globo comenzó a perder aire y a ondear en la brisa. Zomi saltó de la barquilla, enganchó varios segmentos de bambú hasta montar un poste largo y empujó con él el globo

medio desinflado para que no se enredara y cayera limpiamente en el suelo.

Un anciano con una larga barba blanca se adelantó para saludar a los visitantes. Luan también saltó de la barquilla.

—*Weal be hale, all 'vry-choon* — dijo el anciano.

—*Goad 'orrow, Comi* —replicó Luan—. *Hale thu weal.*

Los dos hicieron una profunda reverencia y el anciano Comi barrió tres veces el suelo entre ambos con sus mangas, igual que hacían los anfitriones para agasajar a sus huéspedes en las óperas populares de los héroes antiguos;

luego ambos se sentaron en *géupa*.

—¿En qué dialecto habláis? —
susurró Zomi mientras corría a sentarse
junto a Luan.

—En la lengua vernácula de Amu.

—No suena como los comerciantes
de Amu del mercado... aunque, claro,
¿es así como hablaban hace treinta
generaciones?

—No exactamente. El habla cambia
muy deprisa. ¿Has observado que los
ancianos de tu aldea no hablan
exactamente de la misma manera que tú?
Estoy seguro de que el habla del pueblo
del anciano Comi también ha cambiado
con el tiempo. Pero al estar aislados han
retenido cosas de la pronunciación y del

vocabulario del pasado que otras gentes de Amu han perdido. Yo sé decir algunas frases y comprendo algunas más, pero no he pasado con ellos suficiente tiempo como para aprender realmente la lengua.

—Entonces, ¿cómo vais a hablar?

—Observa.

Un muchacho y una muchacha, más jóvenes que Zomi, se aproximaron desde una de las casas. El chico llevaba una bandeja llena de una materia gris, parecida al barro, y la chica llevaba otra con una tetera de cerámica tosca, cuatro tazas y unos cuantos platillos con algo para picar. Depositaron las bandejas en el espacio entre el anciano Comi y Luan

Zya, hicieron una reverencia y se retiraron.

El anciano Comi sirvió té para todos—incluyendo una cuarta taza para los dioses— y les hizo un gesto para que lo probaran. Zomi dio un sorbo: la infusión estaba fría y tenía un aroma floral agradable pero desconocido.

El anciano se subió las mangas y cogió un estilete de un lado de la bandeja. Tenía el filo tan romo que parecía una pequeña espátula. Lo utilizó para dividir la materia gris en una cuadrícula, como si estuviera cortando un pastel. Luego dejó el estilete y comenzó a esculpir con sus manos la materia gris pegajosa de cada cuadrado.

—Es arcilla —dijo Luan.

Zomi observaba fascinada. El anciano modeló los cuadrados de arcilla en pequeños montículos y pirámides y luego empezó a grabarlos con el cuchillo.

—¿Está escribiendo? —susurró Zomi

— Eso son ideogramas anu, ¿no?

Luan movió la cabeza asintiendo.

—Como las letras zyndari solo representan los sonidos del lenguaje, si escribiera con letras no podría entender su significado al igual que no entiendo lo que dice. Sin embargo, los ideogramas anu no están ligados al habla de la gente, sino que se han mantenido tal cual estaban en la lengua

desaparecida de los anu, que ambos conocemos.

—Entonces, ¿está escribiendo de la misma manera que lo hacían los primeros anu? —Zomi estaba sobrecogida ante la perspectiva de ver a alguien escribir como fantasmas de personas muertas hace milenios. Parecía mágico.

—No exactamente. Aunque el anu clásico ya no se utiliza en el habla cotidiana, sigue siendo la lengua de la poesía y la erudición, por lo que ha ido cambiando a lo largo del tiempo para acomodar nuevas palabras y nuevas ideas inventadas después de la llegada de los anu a estas islas. Pero como el

anu clásico ya apenas se habla —y en cualquier caso, solo por los eruditos— sigue vinculado a los ideogramas, que evolucionan mucho más despacio que el habla, siempre cambiante. Incluso en tiempos de la Unificación de Mapidéré, los ideogramas utilizados por los Siete Estados eran lo suficientemente parecidos como para que resultara sencillo reconocer los ideogramas de otros estados, si tenías la educación adecuada y cierta facilidad para observar los patrones comunes. Sus ideogramas son ligeramente diferentes de los que yo aprendí, pero no me resulta difícil descifrarlos. Así que conversamos con la arcilla y el estilete.

Zomi observaba cómo el anciano Comi y Luan Zya se turnaban modelando la arcilla y convirtiéndola en lenguaje. Al anciano le fallaba la vista, por lo que leía las réplicas de Luan palpando suavemente los ideogramas, utilizando los dedos como si fueran ojos.

—¿Qué dice el primer ideograma que has escrito? —susurró Zomi.

—¿A qué se parece? —preguntó Luan, dando un sorbo de su taza de té—. Oh, esta infusión de orquídea matutina y ciruela es maravillosa. La echaba de menos.

El ideograma era sencillo: un cono achaparrado con tres picos sobresaliendo en la punta.

—¿A una montaña pequeña? —dijo Zomi con una voz que dejaba entrever cierta agitación.

—Así es; es el ideograma para montaña, que se lee *yeda* en anu. ¿Y el siguiente?

Animada por su éxito, Zomi observó con mayor confianza el siguiente cuadrado de la bandeja. Ese ideograma era más complejo: parecía mostrar a una pequeña persona en una pendiente.

—¿Una persona en una cuesta?

—¿Hacia qué lado está mirando?

Zomi se agachó para observar más de cerca. La cabeza de la persona era triangular y la punta señalaba a lo alto de la pendiente.

—El hombre está subiendo la cuesta, creo —Zomi meditó sobre esto—. ¿Ascender?

—¡Bien! ¡Muy bien! Se pronuncia *cotothu* en anu —Luan dio un bocado a un pastelillo que sujetaba con un par de palillos—. Deberías probar esto, *Mimitika*.

Zomi forcejeó un rato con los palillos, se dio por vencida y tomó un pastelillo con la mano, a pesar de la mirada fulminante de Luan. ¡Estaba realmente bueno!: bollo de arroz con coco rallado, relleno de algo que sabía a papaya pero no era papaya.

Mientras seguía masticando, se las arregló para decir entre bocados:

—¿Entonces le estás diciendo que quieres subir a la montaña que está detrás de la aldea?

Luan Zya sonrió.

—Buena intuición. Estos son algunos de los primeros ideogramas que aprendí de niño.

—¿Todos los ideogramas son esculturas de lo que quieren decir? ¿Estos son fáciles de descifrar! ¿Por qué hacen falta años de estudio para aprenderlos?

El anciano Comi había terminado de leer la pregunta de Luan. Comenzó a esculpir una respuesta en los cuadrados que quedaban libres en la bandeja de escribir.

—Si crees que es sencillo, ¿por qué no me cuentas lo que dice el anciano Comi?

Zomi examinó los ideogramas a medida que las manos y el estilete del anciano Comi moldeaban la arcilla, un cuadrado tras otro.

—Eso parece... ¿una concha de vieira? Pero está en el mismo cuadrado que estas otras dos cosas... ¿Eso es un melón gordo de invierno? ¿Y eso es una hoja de banana?

Luan tosió y por poco deja caer su taza. Se tapó la boca con la manga, y la cara se le congestionó mientras reía con los ojos hasta que se le saltaron las lágrimas.

Zomi le lanzó una mirada ofendida.

—Kon Fiji decía que no hay que burlarse de quienes buscan el conocimiento.

—Oh, así que eres capaz de recordar las palabras del Verdadero Sabio cuando crees que pueden serte útiles contra tu profesor.

—¡Vamos! ¡Explícame!

—Vale, vale. Los ideogramas anu son mucho más que esculturas de objetos. ¿Cómo ibas a distinguir una colina de una montaña? ¿Cómo podrías referirte a algo complejo como un nuevo modelo de noria si tuvieras que hacer un retrato exacto de lo que quieres dar a entender? ¿Cómo expresarías un concepto

abstracto como «honor» o «valor»?

El anciano Comi dejó el estilete e hizo un gesto con la mano a Luan para cederle el turno.

Luan aplanó los primeros ideogramas que había hecho y comenzó a moldear su respuesta mientras continuaba explicando a Zomi.

—El «melón gordo de invierno» es en realidad un puño cerrado y la «hoja de banana» es una palma abierta. Muchos ideogramas anu incorporan representaciones estilizadas fáciles de modelar pero que no se parecen mucho al original.

—¿Qué quiere decir el anciano Comi cuando pone la concha de vieira al lado

de un puño cerrado y una palma abierta?

—El secreto de los ideogramas anu es el arte de las combinaciones... déjame pensar... Te gusta construir cosas, así que intentaré explicártelo como lo haría un ingeniero. Dime, ¿qué es una máquina?

Dado que nunca había pensado mucho en ello —*¿acaso no es obvio lo que es una máquina?* —, Zomi se esforzó en formular su respuesta.

—Una máquina es una cosa... con palancas y engranajes y cosas por el estilo —*es realmente difícil poner en palabras lo que resulta obvio*—. Oh, facilitan mucho el trabajo, como el arado del que tira un buey es mucho

mejor y más rápido que una azada.

—¡No está mal! El gran ingeniero Na Moji la define en *El arte mecánico* del siguiente modo: Una máquina es un conjunto de componentes agrupados para lograr un propósito. Pero, ¿qué son componentes?

Zomi se estrujó la cara confusa.

—No entiendo.

—Acuérdate del telescopio para medir el sol que construiste. Juntaste dos palos, una hoja de banana estirada sobre un aro de bambú y un espejo de mano. ¿Qué es cada una de estas cosas? ¿Sirve cada una de ellas para un propósito?

Zomi pensó en ello. Los dos palos formaban una cruz que hacía de soporte;

el aro de bambú y la hoja de banana reproducían un bastidor de bordar con su paño para crear una superficie de registro; el espejo, construido con un mango de madera sujeto a un plato de bronce, servía para reflejar la luz y proyectar una imagen clara.

—Cada una es también... una máquina, con sus propios componentes.

—¡Exacto! Una máquina está construida con submáquinas y cada una de ellas tiene su propia finalidad; la máquina combina todos estos objetivos para lograr una nueva finalidad. Es posible imaginar que tu telescopio solar pueda a su vez convertirse en componente de una máquina aún mayor;

digamos que un aparato para trazar el reflejo de una imagen original en un trozo de papel: una máquina copiadora.

Luan dejó el estilete e hizo un gesto al anciano Comi para que respondiera.

A Zomi le daba vueltas la cabeza. Se imaginó su proyector solar mejorado y aumentado de tamaño, sujeto a un asiento, con un caballete de artista y sistemas de espejos y luces y estructuras de soporte que permitieran copiar con exactitud un cuadro.

—¡Es... maravibello y preciosionante!

—Cuando construiste tu telescopio solar, utilizaste la capacidad del espejo para reflejar la luz, la flexibilidad y

resistencia de las varas de bambú y la superficie lisa de la hoja de banana, y las combinaste para crear algo que nunca se había construido anteriormente. La ingeniería es el arte de resolver problemas usando máquinas ya existentes para crear otras nuevas y emplea los efectos de las submáquinas para lograr un efecto novedoso. Esto puede aplicarse tanto al pescador que teje sus redes con cuerdas y pesos, como al herrero que forja un arado sobre un yunque o al tonelero que fabrica un barril con duelas y aros.

Zomi estaba boquiabierta. Nunca había oído hablar así de la fabricación de cosas. Parecía un arte, como los

poemas cantados por las compañías itinerantes de ópera popular, como... vislumbrar la verdad de los dioses.

—Na Moji decía que la ingeniería podía considerarse una especie de poesía. Los poetas reúnen palabras en frases, frases en versos, versos en estrofas y estrofas en poemas. Los ingenieros ensamblan materiales básicos como clavos, tablas, cuerdas y ruedas dentadas para crear componentes, usan los componentes para crear aparatos, los aparatos para crear máquinas y las máquinas para crear sistemas. El poeta ordena las palabras, las frases y las estrofas con el propósito de conmover el corazón del oyente; el ingeniero ordena

los componentes, los aparatos y los efectos de estos con el propósito de cambiar el mundo.

El corazón de Zomi estaba lleno de júbilo.

—Las antiguas sagas contaban que el Hombre es un animal sediento de palabras, pero yo prefiero pensar que es un animal sediento de ideas. Los ideogramas anu son las máquinas más sofisticadas jamás inventadas para trabajar con las ideas.

El anciano Comi volvió a dejar el estilete y enderezó la espalda, con una sonrisa en la cara.

—*Well'en. Gramersie.*

—*Gramersie* —dijo Luan Zya.

Se giró hacia Zomi, que seguía contemplando los ideogramas de arcilla y dándole vueltas a las palabras de Luan en la cabeza.

—Mimi-*tika*, el anciano Comi y yo hemos llegado a un acuerdo. De momento almorzaremos aquí y luego nos proporcionará algunos aldeanos para que nos sirvan de guías en la ascensión a la montaña con el fin de observar la flora y fauna. ¿Me puedes ayudar a traer de la barquilla los artículos para el intercambio?

Aún algo aturdida, Zomi siguió a Luan para coger las cestas de productos. Algunos procedían de Dasu y otros habían sido comprados en el puerto de

Ingça: ollas de hierro fundido para cocinar, grandes cuchillos para trinchar carne y picar verduras, fardos de paño de cáñamo, paquetes de especias, azúcar y sal. Se las entregó al muchacho y a la muchacha, que habían vuelto a recoger el servicio de té y los platos usados.

El anciano Comi se levantó y sonrió, mostrando unos dientes sorprendentemente sanos y fuertes.

—*Hale repast* —dijo, agachándose para recoger la bandeja de escribir.

—¡Esperad! —gritó Zomi.

Luan y el anciano Comi se volvieron para mirarla.

—Por favor, dejad la bandeja de escribir —Zomi gesticuló al anciano

Comi para darse a entender. Se volvió hacia Luan—. ¿Puedes enseñarme los ideogramas?

Luan se rió con ganas.

—Creía que no te interesaban.

—¡No me habías dicho que eran útiles para la ingeniería de las ideas!

Al estar situada tierra adentro, la aldea no disponía del pescado fresco que Zomi acostumbraba a tomar en las principales comidas. El almuerzo, pues, consistía en pescado seco, pequeños trozos de pan cocido al vapor y tallarines de arroz en una sopa de hierbas y melones silvestres.

—No me has explicado cómo

interpretar el ideograma de la concha de vieira y las dos manos —dijo Zomi mientras tomaba la sopa.

—Recuerda usar los palillos para comer los tallarines, en vez de las manos —dijo Luan—. Kon Fiji decía que...

—Sí, sí —interrumpió Zomi—. Un palillo para los buñuelos y las bolas de pasta; dos para los tallarines y el arroz; tres para el pescado, la fruta y la carne, para sujetarla con dos en una mano y usar el tercero para partirla en pequeños trozos. Y, siendo mujer, tengo que tener cuidado de dejarlos siempre sobre la mesa cuando no los use, y que queden castamente uno junto a otro. ¡Me repites

esas reglas cada vez que comemos! Ya me he enterado.

—Sé que estas normas te parecen tontas, pero los buenos modales, como la buena caligrafía, tranquilizarán la mente de los demás y les harán más receptivos a tus ideas.

Zomi agarró dos palillos y, con poco entusiasmo, se metió algunos tallarines en la boca. Como no podía hablar con la boca llena —según los buenos modales— señaló con impaciencia los ideogramas.

Luan echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Verdaderamente estás sedienta de conocimiento. Está bien, imagina cada

uno de los ideogramas anu como una pequeña máquina, construida con componentes que tienen distinto significado. La concha de vieira es una raíz semántica que designa el campo semántico general del ideograma. Como la principal moneda de los antiguos anu eran las conchas, la de la vieira hace referencia a todo lo que tiene que ver con el comercio, la economía y la riqueza. Hay cientos de raíces semánticas como esta que debes conocer para aprender los ideogramas.

Zomi tragó los tallarines que tenía en la boca.

—¿Y qué hay de las manos?

—¡Mastica la comida! ¡Mastica! Las

manos son más complicadas. Son modificadores del motivo, lo que quiere decir que limitan y perfeccionan la raíz semántica para indicar un significado más específico. La combinación de la mano abierta y el puño cerrado es una manera habitual de representar el cambio o la transformación. Si pones todo junto te darás cuenta de que este ideograma significa «comercio» o «trueque», *ingcrun* en anu clásico.

—¡Eso es lo que discutías con el anciano Comi! —dijo Zomi—. Tú le contabas que querías subir a la montaña y él te proponía un trueque.

—Correcto. Pero echa un vistazo a ese par de ideogramas de ahí —Luan

usó sus palillos para señalar los otros dos ideogramas de la bandeja de escribir.

Zomi se quedó mirándolos y balbuceó para sí misma.

—Mmm... Esos dos parecen tener versiones más pequeñas del ideograma de «trueque»... Y ambos tienen algo plano encima... ¿se supone que son filetes de pescado? —Luan casi se atraganta con un bocado de pasta al oírlo—. Eso es lo que parecen, maestro.

—¿De verdad te lo parece?

Zomi volvió a agacharse a examinar los ideogramas desde todos los ángulos.

—Oh, ya veo. Esta especie de filetes de pescado llevan grabados distintos

símbolos: este tiene un semicírculo con una raya en medio que termina en una espiral; ese otro, un semicírculo con una raya que sobresale entre un par de triángulos.

—Correcto. El filete de pescado — ¿por qué siempre piensas en comida? ¿No has comido suficiente?— El «filete de pescado» es conocido como adaptador fonético. El primer ideograma es la palabra *anu crua*, que significa «comprar», y el segundo es la palabra *anu athu*, que significa «vender». El adaptador fonético está marcado con símbolos que dan una pista de cómo se supone que deben pronunciarse los ideogramas; en este caso si la lengua

vibra o está colocada entre los dientes. El adaptador fonético permite distinguir palabras que están relacionadas semánticamente. De hecho, los adaptadores semánticos inspiraron a nuestros antepasados para inventar las letras zyndari. Pero aún no has descubierto todos los detalles. Estudia el componente «trueque» un poco más.

Zomi se estiró para explorar los ideogramas con las manos, intentando detectar los detalles difíciles de apreciar a causa del gris uniforme de los ideogramas.

—Veo que hay otras marcas y adornos en el costado de la concha, la raíz semántica. ¿Tienen algún

significado?

—Se les llama glifos de inflexión y marcan la conjugación de los verbos y la declinación de los nombres, adjetivos y pronombres. En la escritura formal suelen ir coloreados, para que sea más fácil reconocerlos —y también por estética—, pero en caligrafía suelen omitirse para que el contorno resulte más elegante. Además, cambiando la altura o el ángulo de los ideogramas, el escritor puede indicar el tono, el énfasis y... pero probablemente estamos avanzando demasiado. Ya aprenderás esas cosas con el tiempo.

—Entonces, a partir de ideogramas simples se pueden crear ideogramas

complicados, como cuando se construye una máquina nueva a partir de máquinas existentes.

—¡Exacto! —Luan había terminado de comer y acercó el resto de los pastelillos a Zomi—. Empecemos con un ejemplo sencillo: si tomas el ideograma de «montaña» y lo combinas con el de «fuego» —rápidamente grabó el ideograma combinado con unos cuantos movimientos precisos del estilete—, ¿qué tenemos?

—¿Un... volcán?

—¡Bravo! Está bien, vamos con algo un poco más complicado. Si tomas el ideograma de «volcán» y añades el modificador de motivo para «flor», ¿qué

tendrás?

Zomi meditó la respuesta.

—¿Una flor volcánica?

—Estás pensando de un modo demasiado literal. ¿Recuerdas que podemos utilizar el espejo no solo para mirarnos sino también para proyectar una imagen en otra superficie? Piensa metafóricamente.

Zomi imaginó una flor abriéndose... y aceleró esa transformación en su cabeza.

—Una erupción volcánica.

La cara de Luan se iluminó con una gran sonrisa.

—Otro ejemplo más. ¿Qué obtienes si usas el ideograma para una erupción

volcánica como modificador de motivo y lo colocas junto a la raíz semántica de «aire sobre el corazón», que significa «mente» porque los antiguos anu creían que los pensamientos nacían en el corazón, no en la cabeza?

Zomi observó el ideograma recién esculpido por Luan. El sub-ideograma de aire sobre el corazón estaba formado por un pequeño nódulo con forma de pera decorado con tres crestas onduladas que le recordaban la cabeza de un pollo.

—Explosión... mente... ¿furia?

Luan soltó una carcajada.

—¡Eres muy rápida! Por eso el famoso poema de la poetisa Amu

Nakipo, «Furia» se escribe así.

Esculpió el poema en la bandeja: el elaborado ideograma para «furia» en lo alto y debajo dos líneas de cuatro ideogramas cada una.

Zomi analizó los ideogramas, uno por uno:

Aire-Corazón-Fuego-

Montaña-Flor

Aire-Corazón. Fuego.

Montaña. Flor.

Fuego-Flor. Montaña.

Aire. Corazón.

—No entiendo. ¿Qué clase de poema absurdo es este?

—Todavía no reconoces todos los glifos de inflexión ni los adaptadores fonéticos. Deja que lo lea y te lo traduzca.

Séfino.

Ingingtho ma doéthu.

*Roaféru phiçan co
maca.*

¡Oféré, pharagi co

ügidiraiï ca géüthéü!

*Ingingtho co aé ki
gophicrupé.*

Furia

Una mente en llamas.

Una flor de lava

helada.

¡Ábrete, alma de piedra!

*Una brisa sobre el
corazón.*

—Es bonito, ¿no te parece? Nakipo lo escribió después de discutir con uno de sus mejores amigos y está considerado como uno de los mejores ejemplos de la escuela imaginista de poesía popular de la antigua Amu. Cada uno de los dos versos del poema está escrito con variaciones de los cinco sub-ideogramas contenidos en el ideograma que da título al poema, combinados de diferentes maneras para dotarlos de nuevo significado. El poema

es una máquina construida con precisión, diseñada con tanto esmero como una aeronave imperial o un sofisticado reloj de agua.

Dos muchachas jóvenes se acercaron hasta ellos desde la aldea. Llevaban sujetas a la espalda unas grandes canastas de mimbre y saludaron con la cabeza a Luan y a Zomi.

—Han llegado nuestras guías —dijo Luan.

Zomi parecía no haberle oído; continuaba acariciando los ideogramas de la bandeja de escribir, con los pastelillos sobrantes olvidados a un lado.

CAPÍTULO TRECE

COMERCIANTES Y GRANJEROS

PAN: TERCER MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

Uno por uno, los demás *pana méji* fueron presentados y expresaron sus ideas con mayor o menor elegancia. Algunos pusieron en escena sátiras como Kita Thu; otros, ilustraciones o

modelos novedosos. Hubo uno que hizo que sus criados corrieran alrededor del Gran Salón de Audiencias intentando volar cometas, supuestamente para ilustrar el elevado tono de sus razonamientos: los hilos se enredaron y las cometas chocaron contra la balconada, dando lugar a momentos muy bochornosos y a chistes sobre lo «enmarañado» de su lógica. Otro decidió involucrar a los Señores de Dara haciéndoles cantar el coro de una mini ópera, experimento que funcionó tan bien como cabría esperar.

El emperador Ragin hizo preguntas a todos ellos, saltando de los temas de sus composiciones a otros asuntos que

parecían interesarle más. Ahora que conocía la verdadera naturaleza del evento, Théra fue más capaz de apreciar las respuestas rígidas y extrañas de los examinandos así como el sutil flujo de poder en el Gran Salón de Audiencias. Era como si el emperador, los *pana méji* y todos los asistentes a la corte estuvieran participando en un juego complejo en el que por debajo de la conversación transcurría otra conversación.

El siguiente aspirante, Naroca Huza, procedía de Géjira, el reino de Gin. Hablaba con el acento nítido y vibrante de Gan y las horquillas de jade que

sujetaban su triple rodete destellaban reflejando los rayos oblicuos del sol.

—*Rénga*, comenzaré mi presentación con un prodigio para honrar vuestra sabiduría y la diligencia del primer ministro Cogo Yelu.

Los criados de Naroca abrieron sus baúles y empezaron a montar una inmensa máquina en el centro del Gran Salón de Audiencias. Estaba formada por dos grandes ejes verticales a cada lado y un gigantesco pergamino de papel que instalaron en el de la derecha y fueron desenrollando hasta engancharlo en el de la izquierda. El público observó que el pergamino estaba dividido en grandes rectángulos, cada

uno de ellos con una imagen pintada.

Delante de los ejes verticales levantaron un marco rectangular del mismo tamaño que las pinturas del pergamino. En la parte superior e inferior del marco había dos ruedas con una doble aspa. Al girar en sincronía, las aspas se juntaban en el centro, actuando como dos puertas giratorias, y alternativamente bloqueaban la vista del pergamino que tenían detrás —cuando las aspas se juntaban en el medio— o lo mostraban —cuando estaban paralelas al suelo.

Una compleja sucesión de correas y engranajes conectaban los carretes laterales y las ruedas de aspas a un

conjunto de pedales conectados a su vez a unas ruedas laterales. Los criados se sentaron en los asientos situados sobre los pedales y se prepararon.

Todos los que estaban en el salón contuvieron el aliento mientras esperaban a ver qué clase de proeza mágica iba a realizar el extraño artilugio.

Naroca echó un vistazo al salón, contento de comprobar que todos tenían puesta la atención en él.

—¡Podéis empezar! —movió la mano enérgicamente.

Los criados comenzaron a pedalear a un ritmo constante. Los mecanismos y las correas transferían sus movimientos

a las ruedas de las aspas, que empezaron a aletear abriéndose y cerrándose, dejando pasar la luz en una rápida sucesión. Al mismo tiempo, el gigantesco pergamino comenzó a rotar, enrollando el papel de derecha a izquierda.

Hubo una conmoción entre los presentes.

Las imágenes del pergamino parecieron cobrar vida. Apareció un barco navegando un mar tumultuoso, cargado con sacos de grano, fardos de seda y cajas de otros artículos. Con valentía, el barco superó la lluvia y los rayos hasta llegar a puerto, donde una muchedumbre vitoreó a los marinos.

Luego apareció un mapa de las islas de Dara y, sobre el mapa, uno tras otro, fueron surgiendo los productos de cada región, como si una mano invisible los estuviera pintando allí mismo: los apreciados cangrejos y pescados del golfo de Zathin; el robusto sorgo rojo y el brillante arroz blanco de Cocru; los corales y perlas de la costa de La Garra del Lobo; el taro y las pieles de animales de Tan Adü; grandes pilas de troncos de Rima; frutas, vino y lana de Faça; incienso y seda fabricados en Gėjira...

Asimismo, sobre el mapa aparecieron diminutos barcos que navegaban de una región a otra, dejando

tras de sí rastros que recordaban a las hebras de seda de una araña. Poco a poco, las islas de Dara se fueron entrelazando, conectadas por los relucientes rastros de los barcos que surcaban sus mares. Los barcos parpadearon y se hicieron más brillantes, como si fueran meteoros dejando estelas radiantes en el cielo oscuro.

De golpe, las imágenes animadas se detuvieron. El gigantesco pergamino de papel había acabado de desenrollarse de derecha a izquierda y los extremos sueltos del mismo aleteaban rítmicamente contra la máquina. Los criados redujeron el pedaleo hasta

detenerlo.

Los Señores de Dara se resistían a creer que el prodigio había llegado a su fin. Sencillamente, era demasiado mágico.

Luan sonrió con complicidad. Si bien la demostración era impresionante, inmediatamente comprendió el principio en que estaba basado. La animación se había producido de un modo similar al de las linternas rotatorias construidas por los artesanos en el Festival de las Linternas o a los dibujos que realizan los escolares en las esquinas de sus gruesos códices. Cada imagen sucesiva se diferenciaba solo un poco de la anterior, de modo que cuando se movían

a la velocidad adecuada tras una luz parpadeante, la persistencia de la visión creaba la ilusión de movimiento.

—... si los comerciantes tuvieran el reconocimiento que merecen y la protección que necesitan, el resultado cierto sería la prosperidad de Dara.

—¿Estás protestando contra el edicto imperial que aumenta los impuestos portuarios? —preguntó Kuni.

—Entre otras políticas —dijo Naroca.

—Me parece curiosa tu sugerencia —dijo Kuni Garu—. Claro que la antigua Gan era conocida por sus barcos mercantes, pero Kon Fiji sostenía que

así como los agricultores, tejedores, artesanos, herreros y otros oficios similares *hacían* cosas, los comerciantes simplemente las movían y se aprovechaban de las necesidades, las privaciones y el hambre de otros. Aunque tu presentación ha sido maravillosa, le ha faltado justificación. ¿Puedes desarrollarla?

—Esta es la *mejor* presentación de todas —dijo Phyro—. Ojalá pudiéramos hacer pinturas móviles como esas.

—No creo que tuvieras la paciencia necesaria —dijo Théra—. Cientos de artistas deben de haber trabajado sin descanso desde el Gran Examen para

conseguir hacer eso. La familia de Naroca es muy rica y no es una presentación muy sutil. A nuestro padre no va a gustarle.

—Creía que a papá le gustaban los comerciantes —susurró Phyro—. Siempre cuenta todo lo que hizo para protegerlos cuando era duque de Zudi.

—Recuerda que a veces el emperador tiene que hacer preguntas que no son tuyas —dijo Soto—, y a veces las respuestas que obtiene están dirigidas a otros oídos.

—Los moralistas tienen mucho que enseñarnos, *Rénga* —dijo Naroca—, pero el Verdadero Sabio vivió en otra

época, cuando las aldeas eran pequeñas y sus habitantes nunca se alejaban más de diez millas de su hogar. Tiempos distintos requieren distinta filosofía.

—Algunas verdades son eternas — dijo la emperatriz Jia. Su voz no era alta, pero sonó nítidamente por todo el salón.

Aunque nadie dijo nada ni se movió repentinamente, Théra se dio cuenta de que el ambiente del Gran Salón de Audiencias se había transformado y todos aguzaban el oído.

Era raro que la emperatriz apareciera por la corte y aún más raro que hablase. Los protocolos cortesanos originalmente ideados por Zato Ruthi habían

mantenido la costumbre de los Siete Estados de excluir a la familia del emperador de las ceremonias formales de la corte. Pero Kuni había insistido en incluir asientos para sus esposas junto al trono, para consternación y censura de los eruditos moralistas. Fue la emperatriz Jia quien propuso como solución de compromiso que su aparición y la de la consorte estuvieran limitadas a ocasiones especiales, en las que, por lo general, permanecían en silencio.

Naroca se inclinó ante la emperatriz en señal de reconocimiento.

—Es cierto, majestad imperial. Pero los moralistas no poseen el monopolio

de la verdad. El muy inspirado Ra Oji dijo en una ocasión que el flujo y reflujo de la marea eran el núcleo de toda búsqueda de la felicidad.

—¿Qué tiene que ver ese adagio flujista con el tintineo de las monedas y el regateo? —preguntó Jia.

—La esencia de las mareas es el movimiento y el cambio. El movimiento constante evita el estancamiento y renueva la vida. Decir que los comerciantes no producen nada es un malentendido. Transportamos productos de donde abundan a donde se necesitan, para que el exceso cubra la escasez. La marea del comercio satisface deseos y difunde ideas nuevas.

—Son unas bellas palabras —dijo Jia—. Pero el hecho de que procedan del hijo del comerciante más rico de Géjira, quien no cabe duda está descontento con el edicto imperial que incrementa los impuestos portuarios para poder bajar los de los agricultores, nos hace sospechar de su sinceridad.

Por un momento, dio la impresión de que Naroca se acobardaba. Pero se recobró pronto.

—A todas las personas les mueve el interés propio. Los comerciantes simplemente reconocen este hecho. Sin el comercio y la obtención de beneficios, los campos estarían improductivos y las minas abandonadas.

—Creo que los agricultores y los mineros, que trabajan para alimentarse se sorprenderían de oírlos afirmar que gracias a vosotros sus vidas tienen un propósito —la emperatriz continuó implacable—. El emperador Ragin concedió pequeñas parcelas de tierra a los veteranos de la rebelión y de la Guerra del Crisantemo y el Diente de León con la esperanza de que se convirtieran en granjeros autosuficientes y pudieran tener una vida estable. Pero algunos comerciantes sin escrúpulos compraron todas esas parcelas prometiéndoles dinero rápido —que muchos de los veteranos dilapidaron enseguida en salas de juego— y ahora

los antiguos propietarios de la tierra tienen que malvivir como arrendatarios o jornaleros. La subida de impuestos al comercio pretende detener esta tendencia.

—Pero las pequeñas granjas familiares no son tan eficientes como las grandes granjas...

—¡Oh, no me des lecciones sobre eficiencia! Conozco bien los trucos que empleáis. Una vez acaparáis suficientes parcelas, las convertís en plantaciones de caña de azúcar o en criaderos de gusanos de seda para obtener mayores beneficios, en vez de cultivar arroz, sorgo y verduras. Hay regiones enteras de Gécjira que tienen que importar la

comida, una situación absurda cuando sus tierras están entre las mejores de Dara. Apostar la vida de provincias enteras a la suerte de una única cosecha acentúa la inestabilidad de Dara y, cuando la cosecha falla, los jornaleros sin trabajo tienen que recurrir al bandidismo. Deberíamos aprender la lección de los antiguos estados Tiro de Diyo y Keos, el último de los cuales cayó precisamente por su dependencia de las remesas de grano de Diyo.

—La autosuficiencia regional no es deseable, su majestad imperial. Habláis de los antiguos Diyo y Keos, pero otros acontecimientos más recientes apoyan mi punto de vista. Rima decayó porque

aspiró a la autosuficiencia y solo logró estancamiento. En el otro extremo, el Dasu del emperador Ragin prosperó en parte por su fomento del comercio.

Ante este comentario, el emperador Ragin soltó una risita.

—Cogo, ¿todavía recuerdas aquellos «auténticos cocineros de Dasu» que formaste?

El primer ministro Yelu sonrió e inclinó la cabeza.

La emperatriz Jia ignoró este diálogo al margen y continuó hablando.

—Tus argumentos pasan del flujismo al incentivismo y luego al modelismo. Sin embargo, en el fondo, el comercio es explotación. Cuando la cosecha es

abundante en Géfica, reducís el precio que ofrecéis de modo que los agricultores apenas obtienen más de lo que ganan otros años; cuando hay una plaga de langostas en Tunoa, subís los precios de venta y las familias deben elegir entre contraer deudas o pasar hambre. El mismo término «comercio» es poco apropiado: ¡vivís a costa de crear miseria! ¿Cómo es que los granjeros de Cocru que cultivan sus campos todavía pasan hambre mientras los mercaderes de Gan visten de seda y comen carne en cada comida?

—Pero eso es consecuencia natural de...

—¡Silencio! ¿Quién te recomendó

para el Gran Examen?

La sonrisa arrogante del semblante de Naroca se congeló.

—¿Por qué está mamá tan indignada? —susurró Timu—. Ella no es para nada así.

—Observa —respondió Soto—. A veces das una patada al perro que va destinada a su amo.

—Fui yo —el tono de la reina Gin de Géjira era sereno. El antiguo estado Tiro de Gan abarcaba tanto Géjira como La Garra del Lobo, pero ahora esta última era una provincia imperial mientras que Géjira estaba a cargo de Gin—. Tal vez

el joven sea algo arrogante, pero creí ver signos de brillantez en sus respuestas de los exámenes provinciales.

—Argumenta como un leguleyo, sin integridad ni principios firmes.

—Señora Jia —dijo la reina Gin de Géjira—, os presento disculpas por el modo imprudente en que os ha hablado este joven de mi feudo —su tono, por el contrario, no sugería ni un ápice de arrepentimiento—. Sin embargo, ¿no es costumbre desde los tiempos de los Siete Estados que los candidatos que se presentan al Examen de Palacio hablen francamente, sin temor a ofender?

Luan Zya frunció el ceño mientras los

demás generales y ministros mantenían baja la mirada, sin atreverse siquiera a respirar hondo.

—*¿Señora Jia?* —repitió la emperatriz atónita.

—Perdonadme, majestad imperial —dijo la reina Gin, pronunciando con rigidez el título honorífico—. A veces es difícil cambiar los antiguos hábitos. Mi mente todavía funciona como lo hacía en los viejos tiempos, cuando el emperador era simplemente el Señor Garu y yo su mariscal —todavía sentada, se inclinó ante la emperatriz, aunque no muy profundamente, ya que su rígida armadura ceremonial no le permitía más que un saludo marcial.

La espada envainada de su cintura produjo un sonido metálico al chocar contra el suelo de piedra, que reverberó en el Gran Salón de Audiencias.

Soto sacudió la cabeza y murmuró:

—Necia.

Timu y Phyro la miraron sin comprender.

Pero Théra pensó, *¿se refiere a madre o a la reina Gin?*

—Gin, Jia, *por favor* —dijo Kuni.

Jia apartó sus ojos de Gin y miró hacia el frente.

Gin enderezó la espalda y su espada arañó suavemente el suelo.

—He oído que habéis cancelado los planes de renovar el palacio de Nokida este año, Gin —dijo la emperatriz con una voz tan serena como la pileta de piedra en la que se bañan los pájaros en el jardín—. ¿Está el tesoro de Géjira necesitado de ayuda?

—Agradezco a su majestad imperial que sea tan solícita conmigo —replicó Gin—. Pero Géjira va bien. Sigo el ejemplo del emperador: para mí, el bienestar del pueblo tiene más importancia que un gran palacio.

—Entonces se os alabará por aumentar vuestra contribución al tesoro imperial este año sin incrementar la carga del pueblo —dijo la emperatriz,

que ahora dejaba entrever un asomo de burla en el tono de su voz.

—Conozco mi deber —dijo Gin sin alterarse.

Aunque resultaba imposible ver la expresión del emperador Ragin, quienes estaban más cerca de él pudieron oír el súbito tintineo de las ristras de cauris. Siempre receptiva al humor de su marido, Risana se giró hacia Kuni y estuvo a punto de coger su mano, pero entonces recordó dónde se hallaba y se detuvo en el último momento.

Luan Zya miró a Gin con una mueca más pronunciada.

—¿De qué iba esa discusión? —

preguntó Phyro.

—Si el emperador ha emitido un edicto para subir los impuestos portuarios, ¿no es lógico que aumenten los tributos recaudados en Gójira procedentes de los comerciantes ricos? —explicó Soto.

Los niños asintieron con la cabeza.

—Y la parte correspondiente de los impuestos que Gójira debe ingresar en el tesoro imperial también aumentará.

—El primer ministro Cogo Yelu ha sido muy sensato al diseñar un esquema tributario que armonice las necesidades del emperador con las necesidades de las provincias y los feudos —dijo Timu—. Así es como debe ser.

Soto lo miró.

—¿Y no has oído nada en ese diálogo que te parezca raro?

Timu le devolvió la mirada, confuso.

—No me gustan los acertijos, señora Soto.

Soto volvió a reprimir un suspiro.

Jia no lo va a tener fácil con este niño.

Théra se metió en la conversación.

—¿Por qué la reina Gin tiene que cancelar los planes de renovación de su palacio si los ingresos fiscales van a aumentar?

Soto se giró hacia ella y sonrió.

—Una buena pregunta.

Timu se esforzó por encontrar el sentido de todo esto.

—¿Estás... acusando a la reina Gin de negarse a aplicar el edicto imperial y pagar el aumento previsto de la parte correspondiente al tesoro imperial de su propio bolsillo?

—Tu madre dijo «sin incrementar la carga del pueblo», ¿recuerdas?

—Pero, ¿por qué iba a hacer eso?

No puedo explicarte más, pensó Soto. No puedo llevarte de la mano a cada paso.

Pero Théra acudió en su rescate.

—Porque piensa que el edicto imperial es inoportuno o porque desea conseguir que su gente la ame, incluso más de lo que aman a padre. De cualquier manera, a madre... no le

parece bien.

—Tal vez deberíamos dar paso al siguiente estuudio —la consorte Risana rompió el silencio.

Hizo un gesto amable a Naroca Huza —olvidado por todos— para que volviera a su asiento. El joven hijo de comerciante, aliviado de que su sufrimiento hubiera acabado, regresó a su sitio con los demás *pana méji*.

Kuni devolvió la mirada a Risana, quien levantó la mano derecha en un gesto involuntario y se tocó el pendiente con la carpa de coral rojo. El emperador asintió y recuperó la postura.

—Puedes ingresar en el Colegio de

Abogados —dijo Kuni con voz monótona—. Sospecho que tu punto de vista será de gran valor para todos en la corte.

Esto no parecía ser lo que esperaba Naroca. Se puso en pie, hizo una profunda reverencia al emperador y volvió a sentarse.

La emperatriz Jia rehuyó resueltamente mirarlo.

Zato Ruthi, anonadado por el acalorado cruce de palabras entre la emperatriz y la reina Gin se recuperó.

—Mmm... sí. La siguiente es Zomi Kidosu, de Dasu. Su composición fue escrita con una letra tosca y poco delicada y, aun así, sus ideogramas

poseían una fuerza que me recordaba a los mejores calígrafos de piedra de Xana de hace cientos de años, los cuales trabajaban con un material muy difícil en una tierra poco cultivada. Me sorprendió ver que... que...

Gin Mazoti lo miró, divertida. En la época en que Zato Ruthi fue rey de Rima, había declarado repetidamente que no aprobaba la decisión de Kuni Garu de nombrar a una mujer mariscal de Dasu, citando adagios moralistas sobre la relación apropiada entre los dos sexos. No obstante, cuando el emperador dejó claro que tenía la intención de abrir los exámenes a las mujeres y que, como tutor imperial, tenía

que enseñar las mismas materias a los príncipes y princesas, se las arregló para descubrir en los escritos de Kon Fiji nuevos argumentos, que sugerían que al menos las mujeres de alta cuna eran *en ocasiones* adecuadas para el estudio. Aparentemente, los textos antiguos eran tan maleables en las manos de un maestro erudito como la cera caliente, capaces de tomar cualquier forma.

Con todo, los viejos hábitos se resisten a morir. Debió de sorprenderse bastante al descubrir que uno de los *pana méji* seleccionados por él y los otros jueces era una mujer.

—Ejem—Ruthi se aclaró la garganta

y continuó—. Su composición era atrevida y original, armonizaba los argumentos flujistas y los moralistas de un modo que nunca había visto anteriormente. Creo que merece la pena escuchar su propuesta de recuperar las ceremonias más sencillas de los sabios anu de la antigüedad.

Zomi se incorporó en la fila de atrás de los estudiosos.

Se oyeron murmullos y susurros en las filas de los ministros y generales. La consorte Risana quedó desconcertada mientras la emperatriz arrugaba el ceño.

Los más sorprendidos de todos, sin embargo, fueron Luan Zya y Kado Garu.

¡Lo consiguió! Luan reprimió el

impulso de saltar y gritar de alegría.

¿Quién es esa?, pensó Kado haciendo memoria de la lista de nombres que le habían entregado...

Mientras estuvo sentada, el lamentable atuendo de Zomi pasó inadvertido, pero una vez se incorporó y fue el centro de las miradas, sus ropas raídas quedaron a la vista de todos. El dobladillo de su túnica de cáñamo estaba deshilachado y un desgarrón dejaba entrever sus mallas. También se veía el arnés que ceñía su pierna izquierda, lo que explicaba su cojera.

Luan Zya le echó una mirada y le regaló una sonrisa. Ella se la devolvió.

—¿Por qué vas tan pobremente

vestida? —preguntó el emperador Ragin.

—Porque *soy* pobre —dijo Zomi.

Zato Ruthi fulminó con la mirada a los funcionarios situados detrás de los estudiosos arrodillados, que se suponía debían enseñar a los *pana méji* el protocolo cortesano para la ceremonia.

—Le ofrecimos comprarle un vestido formal para hoy —dijo uno de ellos con voz temblona—, pero lo rechazó.

—Una pieza de jade envuelta en un trapo polvoriento sigue siendo una pieza de jade —dijo Zomi—. Pero un zurullo de perro envuelto en seda seguirá apestando la habitación.

Tras un momento de silencio causado

por el estupor, resonó en el Gran Salón de Audiencias una carcajada de la consorte Risana. Los demás *pana méji*, al caer en la cuenta de que les habían insultado, se giraron para mirarla con ira.

Sonriendo tras la cortina de sartas de cauri, Kuni se inclinó hacia delante y dijo:

—¿Por qué no compartes con todos nosotros tu propuesta de reforma para Dara?

La puerta que comunicaba con el corredor se abrió de golpe. Los cuatro fisgones del vestidor se dieron la vuelta y vieron a la pequeña Fara, de cuatro

años, parada en la puerta con los ojos muy abiertos.

—¿Estáis jugando al escondite? — preguntó. Luego su cara se iluminó con una gran sonrisa mientras saltaba y chillaba—. ¡Escondite! ¡Escondite!

Sus gritos fueron tan fuertes que no cabía duda de que habían llegado hasta los oídos de los reunidos en el Gran Salón de Audiencias.

Los niños se miraron unos a otros.

—Ya os dije que esto no era una buena idea —dijo Timu—. ¡El emperador y la emperatriz se van a poner furiosos! —luego su cara adoptó un aire aún más triste mientras decía entre dientes—: El maestro Ruthi nos va

a poner docenas de redacciones por esto y probablemente yo cargaré con el doble del castigo por no deteneros.

Una doncella llegó hasta la puerta que conducía al corredor, temblando de miedo.

—¡Señora Soto! ¡Lo siento! La princesa Fara se escapó cuando salí a preparar su merienda y corría tanto que no pude alcanzarla.

Soto la despidió con la mano. Estaba a punto de decir a los niños que se fueran y que ella sola se enfrentaría a la ira del emperador cuando Théra abrazó a Fara y le dijo con calma:

—Eso es. Estamos jugando al escondite y acabamos de encontrarte.

—¡Pero *os* he encontrado *yo*!

—Es el día al revés. Sígueme la corriente —hizo un gesto a Phyro y a Timu para que se fueran.

Entonces Théra abrió de par en par la puerta que conducía al Gran Salón de Audiencias, respiró profundamente y gritó:

—¡Estas ahí, *Ada-tika*! ¡Menudo escondite! Estoy segura de que si no llegas a gritar no te habría encontrado. Ahora, ¿a dónde lleva esta puerta?

CAPÍTULO CATORCE

LA ASCENSIÓN A LA MONTAÑA

ISLA DE LA MEDIA LUNA:
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS
(CINCO AÑOS ANTES DEL GRAN
EXAMEN)

Lo que desde la distancia parecía un
acantilado vertical resultó tener
esculpido un sendero que ascendía

serpenteando por la pared. Las guías Képulu y Séji iban abriendo camino montaña arriba con paso experto, agarrándose a las enredaderas y las piedras salientes.

Las dos eran hermanas y no paraban de charlar mientras escalaban. Aunque Luan y Zomi no podían entender lo que decían, cuando captaban sus expresivas caras y sus gestos exageradamente cómicos profesor y alumna se reían entre dientes. Las hermanas estaban emocionadas de volver a subir a la montaña tras un largo invierno: la primavera era buena época para recolectar hierbas, brotes, verduras silvestres e insectos aprovechables con

propiedades medicinales.

El sendero era demasiado empinado para la pierna de Zomi, por lo que Luan la llevaba a la espalda con unas correas. Seguía de cerca a las guías, pisando sus huellas y ayudándose con las manos en los mismos agarres que utilizaban ellas. Los cuatro iban conectados con una cuerda para mayor seguridad. La alegría de Zomi se veía disminuida al tener que ir cargada por su profesor y, aburrida, cometió la equivocación de mirar un momento hacia abajo, lo que la hizo abrazar el cuello de Luan, aferrándose con todas sus fuerzas.

—Si querías ascender la montaña, ¿por qué no subimos hasta arriba con el

globo?

—El bosque de la cima es demasiado denso para aterrizar —dijo Luan, que dio un suave tirón a la cuerda para indicar a las guías que pararan hasta que Zomi se calmara—. Y es imposible observar de cerca las cosas que vinimos a estudiar si solo las divisamos desde el aire.

Al cabo de un rato, la respiración de Zomi volvió a ser normal e indicó al grupo que podía proseguir la escalada.

De vez en cuando, Képulu y Séji hacían una pausa para recolectar hojas, bayas, liquen, insectos y setas de los bordes del sendero y las guardaban en las canastas que llevaban a la espalda.

Otras veces, era Luan quien pedía a las jóvenes que se detuvieran y le pasaran algún espécimen que colocaba cuidadosamente entre las páginas de *Gitré Üthu* o, si el objeto en cuestión era demasiado grueso, intentaba dibujar un boceto del mismo con un trozo de carbón.

—¿Por qué estás tan interesado en subir? —preguntó Zomi, que empezaba a disfrutar de la ascensión. Ya habían trepado tanto que la neblina ocultaba la impresionante caída e ir a la espalda de Luan le hacía sentir como si estuviera flotando entre nubes.

—Un tesoro.

—¿Un tesoro? —el corazón de Zomi

se aceleró. *Esto es emocionante*—. ¿De piratas?

—Mmm... no exactamente. Ya he estado aquí en dos ocasiones, pero este año es distinto. Este invierno hubo una erupción volcánica en la cima y nunca he tenido la ocasión de observar cómo se repara la naturaleza después de una alteración así. ¿Has notado lo seco que estaba todo en la aldea? Supongo que también está relacionado con la erupción —dio unas palmaditas cariñosas al libro que llevaba en la mano—. Este libro es bastante grueso, pero no es más que una pálida copia del libro de la naturaleza, el mayor tesoro de todos.

—¿Has sacrificado una vida en palacio solo para viajar por toda Dara recogiendo plantas y dibujando animales?

—A algunos les gusta cazar trofeos; yo disfruto reuniendo conocimiento.

Zomi pensó en sus largos paseos por la playa y en los días en que se dedicaba a vagar por los campos y los bosques de su región, fijándose en las formas de las nubes que recorrían el cielo, las flores y el murmullo del viento, con la esperanza de entender las voces de los dioses. Por extraño que pareciese su profesor, Zomi le consideraba un alma gemela.

Le dio la impresión de que la respiración de Luan se hacía más

fatigosa y, como se encontraban en una parte relativamente plana del sendero que se ensanchaba en una pequeña cornisa, señaló a un pequeño arbusto que crecía junto al camino.

—¿Qué es eso?

—Mmm... no estoy seguro —Luan volvió a tirar de la cuerda para pedir a las guías que se detuvieran—. Déjame examinarlo más de cerca.

—Bájame primero para que puedas subir hasta ahí —dijo Zomi. Luan la bajó con cuidado y se aseguró de que colocaba firmemente el pie bueno entre dos rocas y se agarraba con las manos a un lugar seguro.

Mientras Luan estudiaba la planta,

Képu y Séji se soltaron de la cuerda de seguridad —no antes de atarla a la pared para asegurar a Luan— y se agarraron a unas plantas trepadoras para llegar a otros lugares inaccesibles de la pared rocosa, donde cogieron huevos de pájaros, desenterraron tubérculos y olisquearon las hojas suculentas de diversas plantas antes de meter varios puñados en sus cestas. Zomi admiraba la manera en que se movían por la pared del acantilado, como arañas por su tela. Por un momento, tuvo envidia de sus piernas perfectas, equilibradas, de sus músculos poderosos y sus flexibles tendones; luego alejó esos pensamientos que solo servían para enfurecerla. Las

decisiones de los dioses no podían ser cuestionadas.

—Esto es fascinante —dijo Luan entre dientes. Sacó un cuchillo y comenzó a cortar ramas del pequeño arbusto.

Zomi no podía ver qué tenían de fascinante. Su aspecto era el mismo que el de los abedules que crecían en las pendientes escarpadas cerca de casa en Dasu. Ella le había preguntado con la esperanza de recibir alguna lección sobre botánica de una planta conocida y para que Luan pudiera descansar un rato de cargarla, pero su profesor se interesaba en ella como si fuera una especie exótica que nunca hubiera visto.

—¿Qué tiene tan especial?

—Observa lo fuertes y flexibles que son.

Luan tenía un manojo de ramas cortadas, cada una de un pie de largo y un dedo de grueso. Las dobló para determinar su elasticidad y comprobar puntos débiles. Satisfecho, sujetó la cuerda de seguridad a un saliente rocoso, se aseguró los pies en dos depresiones de la pared del acantilado, cogió algunos cabos de cuerda y algunos tendones de buey del morral sujeto a su cintura y ató las ramas formando un armazón.

—¿Qué estás fabricando? —preguntó Zomi, curiosa.

—He subido hasta aquí con una idea que podrá ayudarte, pero tienes que confiar en mí. ¿Puedes sentarte ahí, agarrarte a la enredadera y pasarme tu pierna?

Zomi lo miró suspicaz. No le gustaba que la gente prestara atención a su pierna débil y, mucho menos, que otra persona la tocara.

—¿Tienes miedo? —preguntó Luan, con una sonrisa burlona en las comisuras de los labios, mientras levantaba el extraño artilugio que acababa de construir.

Eso lo decidió todo. Zomi se arrastró hasta situarse junto a él, se agarró a la enredadera envolviéndola con sus

brazos y alargó con cierto esfuerzo la pierna izquierda para que reposara en el regazo de Luan.

—No tengo miedo de nada.

—Claro que no —dijo Luan, y colocó el armazón alrededor de la pierna de Zomi. Una vez reforzada la pantorrilla con la estructura, la tensó con el tendón de buey hasta que las ramas se hundieron en su piel.

—¡Ay! —chilló Zomi. Pero inmediatamente se mordió los labios para sofocar sus quejas.

Luan suavizó sus movimientos y los hizo más precisos. Zomi cerró los ojos y apretó los dientes mientras él le flexionaba y estiraba la pierna, lo que le

produjo un cosquilleo en la piel y los nervios, como si cientos de hormigas estuvieran subiéndole por la pierna.

—Mientras tu cuerpo se acostumbra a esto, podría enseñarte algo de la tercera y la cuarta escuelas de filosofía, los flujistas y los moralistas.

—¿No puedes permitirme ni un momento de descanso? —aunque su tono era petulante, Zomi agradecía la distracción.

—La vida es breve, pero el conocimiento no deja de aumentar. El sabio fundador del flujismo fue Ra Oji, el epigramista antiguo anu. *«Dothathiloro ma dinca ça noco phia ki inganoa lothu ingroa wi igiéré néfithu*

miro né othu, pigin wi copofidalo», dijo en una ocasión; o lo que es lo mismo, «un moralista es alguien que sabe cómo debería comportarse todo el mundo excepto él».

Zomi se echó a reír.

—Me cae bien.

Luan quitó el zapato izquierdo de Zomi, colocó varias ramas debajo de su pie, del tercio anterior al talón, y utilizó cabos de tendón para envolverle el tobillo y el pie con el fin de que las ramas no se movieran. Tensó los tendones retorciéndolos con otra rama corta y la fijó dentro del armazón que le envolvía la pantorrilla.

—Sí, Ra Oji era todo un personaje.

No sabemos gran cosa de su vida, excepto que era una generación más joven que Kon Fiji. Debía de proceder de una familia muy culta, ya que era un gran conocedor de las antiguas tradiciones de los anu, anteriores a su llegada a las islas de Dara. Lo único que se conserva de muchos libros anu perdidos durante las Guerras de la Diáspora son los fragmentos que sobrevivieron en sus poemas y parábolas, y también escribió una biografía vivaz y conmovedora de Aruanu, el gran legislador que creó los estados Tiro.

»Pero esos logros llegaron más tarde. De joven, Ra Oji se hizo famoso por sus

debates con Kon Fiji.

—¿Discutió con el Verdadero Sabio?
Nunca lo había oído.

—Claro. A los moralistas no les gusta que les recuerden que su gran maestro también tuvo detractores.

Luan iba doblando las ramas de la férula por distintos sitios, haciendo muescas en algunas con un cuchillo. Luego empezó a tallar dos ramas más gruesas, pelando su corteza hasta descubrir la superficie suave de la madera.

—¿Cuál era el tema del debate?

—Kon Fiji acudió a la corte del rey de Cocru para defender la recuperación de los ritos funerarios del pasado, los

que se practicaban en el continente hundido del oeste que fue patria ancestral de los anu. Los ritos estaban rígidamente definidos según las diferentes clases e incluían prolongados periodos de luto por el difunto. Por ejemplo, la muerte de un rey obligaba a guardar luto a todos los súbditos del reino durante tres años; un año para los duques; seis meses para condes o marqueses; un mes para vizcondes y quince días para barones. Los plebeyos se regían por un conjunto diferente de normas basado en sus profesiones; los comerciantes ocupaban el escalafón más bajo y los agricultores el más alto, porque Kon Fiji consideraba a los

primeros como explotadores que no producían nada. También existían reglas sobre el tamaño de los mausoleos, el tipo de ropa que debía llevarse en los funerales, el número de portadores del féretro y así sucesivamente.

—Todo esto parece tan útil como sus reglas sobre cuántos palillos deben utilizarse para comer tallarines.

—Veo que te llevarías estupendamente con los moralistas de la corte del emperador.

—Déjame adivinar; probablemente Kon Fiji tenía reglas diferentes para los hombres y para las mujeres.

—Ah, ahora estás pensando como una modelista, y tienes razón.

—Me lo figuraba.

Luan acomodó las dos varas más gruesas y más largas en las muescas de las ramas que sobresalían del talón de Zomi y luego conectó su otro extremo a la férula que rodeaba la pantorrilla con gruesos aros hechos con los tendones.

—El rey de Cocru era tan escéptico como tú. Kon Fiji sostenía que los ritos eran importantes porque sancionaban y encarnaban el respeto debido a cada rango. Los rangos cobran realidad —se *reifican* según el término técnico del moralismo— a través de la práctica. Los principios abstractos cobran vida a través de la representación. Al igual que la aplicación de las mismas reglas a

amigos y enemigos da significado al *honor*, la donación de las posesiones dota de contenido a la *caridad* y la reducción de los castigos y los impuestos proporciona significado a la *clemencia*, la adhesión a códigos de conducta aparentemente arbitrarios permite reificar una estructura social que produce estabilidad.

Zomi reflexionó sobre ello.

—Pero esas actuaciones carecen de alma. Todo el mundo se limitaría a actuar según los papeles dictados por Kon Fiji. No habría nada de honor, de clemencia o de caridad si el rey se limitara a seguir las reglas.

—El Verdadero Sabio diría que de la

misma manera que la intención conduce a la acción, la acción puede conducir a la intención. Al *actuar* moralmente, la persona *adquiere* estatura moral.

—Todo esto suena terriblemente rígido e inflexible.

—Esa es la razón por la que el elemento de los moralistas es la tierra, la base estable del arte de gobernar.

—¿Qué decía Ra Oji?

—Bueno, él comenzó su razonamiento sin decir nada.

—¿Qué?

—Debes saber que Ra Oji era un joven muy imponente y se cuenta que cuando llegó a la corte aquel día, hombres y mujeres se quedaron

boquiabiertos.

—¿Porque era muy guapo? — preguntó Zomi, ligeramente decepcionada. Había estado pensando en este Ra Oji, capaz de discutir las ideas del viejo estirado Kon Fiji, como en una especie de héroe. Que fuera guapo parecía... restarle valor a su idea —. Espera, ¿también había mujeres en la corte?

—Ah, eso era en los primeros tiempos de los estados Tiro, cuando algunas mujeres nobles frecuentaban la corte para aportar sus opiniones. Solo posteriormente los eruditos convencieron a la mayor parte de los reyes de que las mujeres no debían

meterse en política. Pero, respondiendo a tu primera pregunta: No, fue porque llegó a lomos de un búfalo de agua.

—¿Un... búfalo?

—Así es, un búfalo de agua de los que puedes encontrar revolcándose en los campos de arroz de los campesinos de Cocru, junto al río Liru. De hecho, todavía llevaba las patas cubiertas de barro. Ra Oji iba sentado sobre su lomo en *géupa*, feliz y contento.

Zomi soltó una fuerte carcajada al oírlo, olvidando por completo la prescripción moralista de taparse la boca. Luan sonrió y se abstuvo de corregirla. Continuó ajustando el arnés a su pierna y Zomi se fue acostumbrando a

él hasta dejar de prestarle atención.

—El rey de Cocru preguntó consternado: «¿Cómo puedes entrar en palacio a lomos de un búfalo de agua, Ra Oji? ¿No te merece respeto tu rey?».

—«Yo no controlo al búfalo, majestad, —dijo Ra Oji—. Cuando nuestros ancestros llegaron a estas islas dejaron que las corrientes del océano les llevaran donde quisieran y, como ellos, yo dejo que el búfalo vague a su antojo. La vida es mucho más placentera cuando sigo su flujo en lugar de preocuparme por cuántas veces tengo que barrer el suelo con las mangas o cuánto debo inclinarme en las reverencias». Al oír esto, el rey de

Cocru se dio cuenta de que Ra Oji estaba desafiando a Kon Fiji. Así que se acarició la barba y preguntó: «Entonces, ¿qué te parece la recuperación de los ritos antiguos que preconiza Kon Fiji, con el fin de lograr una sociedad más moral en donde cada uno conozca su deber?».

—«Muy sencillo: nuestros ancestros procedían de un continente en el que la tierra dominaba todas las cosas y la estabilidad de la vida en las pequeñas aldeas era primordial. Pero ahora vivimos en estas islas y son las corrientes cambiantes del océano las que determinan todo. Nuestro pueblo debe enfrentarse a bancos migratorios

de peces, tifones y tsunamis impredecibles y volcanes que entran en erupción y liberan ríos de lava; hasta la tierra tiembla en esos momentos. Hemos tenido que inventar nuevos ideogramas para describir nuevas cosas y la única certeza de la vida es su incertidumbre. Nuevas circunstancias traen nuevas filosofías y son la flexibilidad y la resiliencia las que nos harán progresar, no la estricta adherencia a la tradición».

—«¡Cómo puedes afirmar tales cosas! —demandó Kon Fiji—. Quizá nuestra vida haya cambiado, pero no así la muerte. El respeto por los ancianos y el honor que otorga una vida plenamente vivida nos conectan con la sabiduría

acumulada en el pasado. Cuando mueras, ¿quieres que te entierren como a un vulgar campesino y no como a un gran erudito digno de admiración?».

—«Dentro de cien años, maestro Kon Fiji, ambos seremos polvo e incluso los gusanos y los pájaros que se deleitaron con nuestra carne habrán viajado por múltiples revoluciones de la rueda de la vida. Nuestras vidas son finitas, pero el universo es infinito. Comparados con las estrellas eternas, no somos más que destellos de luciérnagas en una noche de verano. Cuando muera, quiero yacer al aire libre y que la isla Grande sea mi féretro y el río de las Perlas Celestiales mi mortaja; las cigarras amenizarán mi

cortejo fúnebre y el perfume de las flores será mi incienso; mi carne alimentará diez mil vidas y mis huesos enriquecerán el suelo. Regresaré al gran Flujo del universo. Tal honor no puede ser igualado por ritos mortales practicados por quienes obedecen palabras muertas copiadas de un libro».

Zomi dio vítores y se puso en pie, agitando un puño.

Luan la miró y su cara se iluminó con una sonrisa.

Zomi miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaba apoyada en su pierna izquierda. Increíblemente, cambió con cautela el peso de su cuerpo y probó a flexionar la pierna. La complicada

estructura de elásticas ramas y resistentes tendones también se flexionó, proporcionándole fuerza y apoyo, como si potenciara el movimiento de sus músculos atrofiados.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Zomi, con voz admirada y fascinada.

—Cuando trabajaba con la mariscal Mazoti en el ejército del emperador, teníamos a muchos veteranos que habían perdido algún miembro en combate o trabajando en las grandes obras del emperador Mapidéré. La mariscal y yo ideamos miembros artificiales para ayudar a estos soldados a recuperar algunas de las capacidades perdidas. Se me ocurrió adaptar uno de ellos a tus

necesidades —Luan se agachó y enseñó a Zomi el modo en que los tendones y las ramas flexibles acumulaban e incrementaban inteligentemente la energía de sus músculos—. Actúa de modo similar a un esqueleto que estuviera en el exterior de tu pierna en lugar de en el interior, dándote apoyo y movilidad.

—¡Eres un mago! —Zomi le estaba pillando el tranquilo y se movía encantada. Sentía como si nadara en el aire; no había podido moverse con tan poco esfuerzo desde la noche en que la golpeó el rayo. Aunque todavía necesitaría ayuda para ascender la montaña, podría desplazarse por terreno

llano casi como si su pierna estuviera bien.

Miró la expresión amable de la cara de Luan y recordó el artilugio secreto que había estado desarrollando en el globo. Era evidente que no era algo que pudiera inventarse sobre la marcha. ¿Cuánto tiempo llevaría pensando y trabajando en un prototipo en secreto? Él sabía lo susceptible que ella era con su pierna y no había querido avergonzarla comentándolo hasta tener la solución. Siguiendo un impulso, corrió hasta Luan, se alzó y le dio un fuerte abrazo.

Luan también la abrazó.

Las guías, que habían observado en

silencio la construcción y comprobación de la férula, dieron vítores y aplaudieron.

Zomi no se atrevió a hablar porque sentía un nudo en la garganta y no quería croar como una rana.

Por fin, los cuatro ascendieron a través del mar de niebla y llegaron a lo alto del acantilado. A su alrededor se extendía un enorme y denso bosque, aunque la mayor parte de los árboles se arrastraban por el suelo y no eran más altos que una persona debido a los fuertes vientos que reinaban en la cima.

Eligieron su camino a través del bosque. Cuando las guías se detenían de

tanto en tanto para continuar su recolección, Luan se apresuraba a preguntarles sobre los usos de las plantas y los hongos, conversando mediante ideogramas grabados en la tierra y el humus.

Zomi aprovechó la libertad recién conseguida para explorar por su cuenta. Le gustaban especialmente los pájaros que revoloteaban por las ramas cantando cientos de melodías diferentes.

—¿Cómo se llama ese pájaro? — preguntó Zomi señalando un ejemplar pinto azul verdusco.

—Zorzal estriado.

—¿Y ese otro?

—Jilguero rojo.

—¿Y aquel de allá con la cola amarilla brillante?

—Sol entre nubes.

Mientras le decía cada nombre, iba dibujando los ideogramas para ella.

—Algunos de estos pájaros eran similares a los que conocían los anu en su tierra, así que les dieron los mismos nombres; otros eran distintos, por lo que tuvieron que inventar nuevos nombres e ideogramas. Pero fíjate que todos los nombres de pájaros tienen la raíz semántica *pájaro*, así que incluso si desconoces el significado del ideograma, puedes suponer que se trata de uno de ellos. De esta manera, los ideogramas anu pueden darte pistas

sobre el conocimiento del mundo. Son máquinas que traducen el libro de la naturaleza en modelos para nuestra mente.

Zomi pensó sobre ello y luego preguntó por el nombre de varias flores y setas. Luan fue respondiendo pacientemente mientras dibujaba los ideogramas en el suelo. Le encantaba lo curiosa que era. Le hacía sentirse joven otra vez.

—¿Por qué este ideograma de seta tiene la raíz semántica de flor? — preguntó Zomi.

—Por la historia. Cuando se concibieron los primeros ideogramas, los antiguos anu creían que las setas

eran un tipo de planta. Solo mucho después los eruditos y herboristas decidieron que los hongos no pertenecían al reino vegetal.

—No obstante, el error de clasificación persiste en los ideogramas.

—El conocimiento es un vehículo que avanza mediante errores y callejones sin salida. Forma parte de la naturaleza de la historia que los surcos dejados por sucesos anteriores persistan a lo largo de los siglos. Las anchas calzadas pavimentadas de Kriphi siguen la ruta de caminos de tierra anteriores, contruidos cuando no era más que una fortaleza anu; y esos caminos, a su vez, siguen las sendas de los rebaños de

ovejas que vagaban cuando no era más que una aldea. Los ideogramas anu son una crónica de nuestra ascensión por la montaña del conocimiento.

—Pero, ¿por qué estudiar la crónica de los errores? ¿Por qué obligar a generaciones de estudiantes a cometer las mismas equivocaciones?

Luan se quedó de piedra.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando los anu llegaron a estas islas, descubrieron nuevos animales y nuevas plantas, pero persistieron en llamarlos y clasificarlos usando maquinaria anticuada, con un sistema de ideogramas lleno de errores acumulados. Aprendieron que la sede

del pensamiento estaba en la cabeza, pero *mente* se sigue escribiendo «aire sobre el corazón». ¿Por qué no comenzar algo completamente nuevo?

—Es una buena pregunta, Mimi-*tika*. Pero te advierto que el deseo de perfección, de empezar de nuevo, está muy cerca de una tiranía filosófica que ignora la sabiduría del pasado.

»En el debate entre Kon Fiji y Ra Oji, no está claro que el argumento de Kon Fiji fuera el peor. Es verdad que en las islas las cosas son distintas de como eran en la patria de los anu, pero los corazones de la gente —con todos sus ideales, sus pasiones y su codicia conviviendo con el honor y el interés

egoísta que conduce al noble sacrificio — no lo son. Kon Fiji no se equivocaba al decir que el respeto al pasado, a los senderos abiertos por generaciones de experiencias de vida, no debería descartarse de la noche a la mañana.

—Mmm...

—Nunca había visto que te quedaras sin palabras —dijo Luan sonriendo.

—Estás haciendo que Kon Fiji parezca... un verdadero sabio.

Luan se echó a reír.

—Supongo que nunca te he presentado a los moralistas de un modo completamente imparcial, y asumo mi culpa. Pero como las cuatro principales escuelas de filosofía y las cien escuelas

menores de ramas del conocimiento tienen todas ellas algo que enseñarnos, debemos esforzarnos por encontrar el equilibrio entre lo nuevo y lo viejo.

—Creía que nos esforzábamos por encontrar la Verdad.

—No somos dioses; no siempre podemos distinguir la verdad del error y, por tanto, es mejor ser prudentes.

Zomi miró los ideogramas que Luan había grabado en el suelo, poco convencida.

Ocultas por la bruma de los bosques, Képulu y Séji gritaron muy nerviosas desde cierta distancia. Luan y Zomi corrieron siguiendo las voces y el aire a su alrededor se llenó del olor acre de

humo y fuego.

Cada vez más preocupado, Luan quería detenerse y evaluar la situación, por lo que pidió a Zomi que fuera más despacio. Esta avanzaba por delante a trompicones, todavía sin manejarse bien con la férula, pero se negó a hacer caso de su advertencia y a él no le quedó otra que acelerar el paso para seguirla.

Salieron a un claro no muy amplio, como una cicatriz en medio del bosque.

Y era realmente una cicatriz. La erupción volcánica había grabado una lengua quemada en la carne verde de la montaña. La lava solidificada, espesa y viscosa, como el mítico Río en el que Nada Flota, había acabado con la

vegetación y la vida. Harían falta años antes de que este paisaje inhóspito pudiera recuperarse.

Pero en lugar de una superficie negra llena de pliegues y curvas, como la cáscara de una nuez gigante, el flujo de lava era de un color rojo vivo, como si aún saliera fresca de las entrañas de la tierra. El olor a humo y a quemado era agobiante.

Asustado, Luan Zya agarró a Zomi para alejarla del peligro antes de advertir que Képu y Séji estaban bailando en medio de la lava ardiente.

—¡Son flores! —dijo Zomi, que se soltó de Luan y se lanzó a bailar sobre la brillante lava roja.

Luan miró con más detenimiento y se dio cuenta de que toda la superficie de lava estaba cubierta de una alfombra de plantas de color rojo vivo, cada una de alrededor de un pie de altura y con forma de una espiga de jacinto. Las hojas, los tallos y las flores eran de un color rojo furioso y puñados de bayas escarlata colgaban de las espigas donde las flores se habían marchitado.

Luan arrancó algunas bayas y descubrió que tenían la piel dura, como si fueran cuentas lacadas. Las flores despedían un aroma picante y ahumado, como si las plantas estuvieran quemándose. El olor de las bayas era más sutil pero seguía siendo fuerte. Toda

la planta era como una llama en miniatura.

—Cuidado con los gases —dijo Luan—. No respires muy profundamente. No soy ningún experto herborista, pero los olores tan fuertes y poco habituales suelen indicar veneno o el potencial de alterar la mente.

Képulu y Séji recogieron con cuidado algunas plantas para su colección. Luan observó los ejemplares que le mostraron y vio que las raíces, también de un rojo suave, se extendían como hebras de telaraña y se aferraban a la inhóspita superficie rocosa. Se trataba de una planta tenaz capaz de habitar donde ninguna otra se atrevía a hacerlo,

una pionera floral.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Zomi.

—La erupción tuvo lugar en algún momento del pasado otoño y nuestras guías afirman no haber visto antes esta planta. ¡Es un descubrimiento!

Képulu y Séji no paraban de hablar emocionadas con Luan y le hicieron un gesto como de *súplica*. Al ver la confusión en su rostro, se apresuraron a grabar algunos ideogramas en el suelo. Luan sonrió.

—Me piden que ponga un nombre a esta planta. Es un gran honor.

—¿Y cómo la llamarás? —preguntó Zomi.

Luan la observó detenidamente y sonrió.

—Como muestra tanta impaciencia por explorar tierras que otras temen pisar, ¿por qué no llamarla zomi, Perla de Fuego?

Zomi se echó a reír, entusiasmada, y recogió más bayas hasta llenarse por completo el bolsillo.

—Me haré un collar con ellas.

Luan se incorporó pensando en pedir a las guías que recogieran más plantas para estudiarlas a su regreso a la aldea, pero los rostros de las mujeres, fijos de espanto, le impidieron hacerlo. Se dio la vuelta para mirar hacia donde ellas lo hacían y vio columnas de humo

ascendiendo en la dirección por la que habían venido.

CAPÍTULO QUINCE

LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIOSOS

PAN: TERCER MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

Kuni se giró en el trono y preguntó en voz alta:

—Théra, ¿está Timu contigo?

Instantes después, una voz temblorosa respondió:

—*Rénga*, aquí está vuestro leal sirviente. Lo siento mu... Argh... *Mmm...*

El balbuceo amortiguado —como si una mano le tapara la boca— sonaba como el acompañamiento de un bajo a los murmullos de otros niños que tomaban parte en una discusión acuciante, con alguna frase lo suficientemente alta como para que los señores de Dara allí reunidos pudieran oírla.

—... cállate... el plan...

—... no me voy...

—... ¡obedece!... hermana mayor...

confía en mí...

—... mejor juntos... *las*

redacciones... se me caerán los dedos...

Y todo ello salpicado por las risitas de una niña de cuatro años.

El ambiente del Gran Salón de Audiencias recordaba ahora el de un cuarto de juegos infantiles. Jia y Risana parecían avergonzadas; los ministros, los nobles y los generales se esforzaban por mantener el semblante serio, aunque sus cuerpos se agitaban luchando por sofocar la risa.

Zato Ruthi, temblando de rabia, se dirigió al vestidor situado tras el estrado del trono a grandes zancadas, con las manos buscando a tientas entre los pliegues de la túnica la palmeta que

solía llevar consigo —y que desgraciadamente hoy había dejado en su cuarto porque estropeaba el contorno pulcro de su atuendo cortesano formal.

Pero Kuni le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—Para el caso, podríais venir —gritó el emperador. El cuchicheo insistente de los niños cesó de repente—. Esta es una ocasión formal en la que normalmente no se admite la presencia de niños, pero creo que Timu, al menos, tiene edad suficiente para presenciar ciertos asuntos de estado.

El pesado cortinaje situado detrás del trono se abrió y los niños entraron en tropel seguidos por la señora Soto.

—Los niños andan a su antojo —dijo Soto como si eso lo explicara todo. Kuni movió la cabeza afirmativamente.

—Tienen pies ligeros. A lo mejor los dioses les han traído hoy hasta aquí por alguna razón —tras una pausa, añadió, con un asomo de sonrisa en la voz—: Un niño que no corra riesgos no tendrá una vida interesante.

—Lo siento *mucho*, padre —dijo Théra—. Fara es demasiado pequeña para darse cuenta y yo estaba demasiado inmersa en el juego para darme cuenta de que se escondía en una habitación donde se suponía que no debía estar.

Fara se dio cuenta del gran número de personas presentes en la sala y

enterró su bonita e inocente cara en la falda del vestido de su hermana mayor, que la abrazó para consolarla.

—Cuántas personas hay aquí, papá —dijo Phyro—. ¡No teníamos ni idea! —también él miró alrededor exagerando el gesto y abriendo los ojos como platos.

Kuni echó a un lado las sartas de cauris que le tapaban la cara y le sonrió.

—Los señores de Dara han venido a celebrar la erudición. ¡Deberíais inspiraros en su ejemplo y ser más diligentes!

—*Rénga* —dijo Timu, haciendo una profunda reverencia. Como siempre, estaba muy nervioso delante de su padre

y aunque seguía moviendo los labios no salía sonido alguno de ellos.

—Estás aquí —dijo Kuni. Por su tono, era difícil saber si se trataba de una simple observación, un estímulo o un lamento. Tras un instante, dejó que la cortina de cauris volviera a su sitio—. Sentaos todos al pie del estrado y observad.

Jia frunció el ceño. Era evidente que la pequeña farsa de los niños no la había engañado ni por un instante haciéndole pensar que no estaban espiando deliberadamente; a Timu se le daba muy mal mentir, un rasgo de su personalidad que tenía tantas ventajas como inconvenientes. Pero al menos la

explicación de Théra les había permitido a todos guardar las apariencias. Decidió hablar más tarde con Soto y Dafirot Miro, capitán de la guardia, sobre el modo de perfeccionar las medidas de seguridad dentro de palacio.

Kuni se dio la vuelta y estaba a punto de retomar su conversación con Zomi cuando escuchó un estruendo a lo lejos. Sonaba como si estuvieran golpeando cientos de gongs. El Gran Salón de Audiencias quedó en silencio y todos los reunidos pudieron oír el sonido amortiguado de una muchedumbre gritando a lo lejos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Risana,

que había palidecido.

Kuni miró de reojo a Dafiro Miro, de pie a un lado. El capitán asintió e hizo señas a uno de los guardias, que salió del salón a toda prisa.

—Prosigamos con el examen —dijo Kuni, cuya voz no revelaba inquietud alguna. Volvió a mirar a la *pana méji* que estaba de pie frente a él—. Zomi Kidosu, tienes la palabra.

Todos volvieron su atención al examen. Dado el lamentable estado de las ropas de Zomi, nadie esperaba una presentación espectacular. Algunos generales reprimieron un bostezo, preparándose para un largo discurso.

—Ya he comenzado mi presentación.

—¿Ah, sí?

—Lo mejor de lo mejor de Dara está amotinándose en las calles. *Esa* es mi presentación.

Los señores de Dara se espabilaron. *Esto* se estaba poniendo interesante.

—Los *cashima* que no han logrado el rango de *firoa* están reunidos delante del palacio, en la Plaza de la Cruben, para protestar —dijo Zomi—. A juzgar por el ruido, han atraído a muchos espectadores, algunos de los cuales pueden aprovechar la situación para participar en saqueos escudándose en que la ley no puede castigar a una multitud.

—¿Empezaste tú estos disturbios? —

preguntó Kuni en tono severo.

—Puedo haber sido la chispa que prendió el fuego —dijo Zomi—. Pero creedme, yo no soy responsable de la peligrosa acumulación de combustible.

Kuni volvió a mirar de reojo a Dafiño Miro, que echó a andar hacia la salida del Gran Salón de Audiencias.

—Capitán —dijo la emperatriz—, puede que haya que llamar a la guarnición de la ciudad. Los disturbios callejeros deben sofocarse lo antes posible.

—¡No! —dijo Kuni.

Dafiño Miro se detuvo y se giró para mirar a Kuni y a Jia.

—Son solo estudiantes —dijo Kuni

—. Pase lo que pase, no les hagáis daño.

Jia entornó los ojos pero no dijo nada.

Dafiro asintió, se dio la vuelta y salió.

Kuni volvió a dirigirse a Zomi Kidosu:

—Si te consideras la chispa, ¿cuáles, exactamente, son sus quejas?

—Creen que la administración del Gran Examen no ha sido imparcial.

—¿Qué? —saltó Zato Ruthi.

—Yo me limito a repetir las quejas que murmuraban los examinandos —dijo Zomi. Miró a los otros *pana méji* del salón—. Mis colegas pueden confirmarlo.

Ruthi miró a los candidatos que estaban sentados: asentían con desgana.

Aún arrodillado, Ruthi se volvió para mirar al emperador y se inclinó tan profundamente que su frente tocó el suelo.

—*Rénga*, yo y los demás jueces estaremos complacidos de que se verifiquen todas nuestras calificaciones. Os aseguro que no ha habido ningún favoritismo.

—Sentaos —dijo Kuni—. No voy a dudar de vuestra labor a causa de unos estudiantes impetuosos que se niegan a aceptar la idea de que no son tan inteligentes como creen.

—¡Pero se trata de una acusación

grave, *Rénga!* No se puede mancillar mi buen nombre de este modo. Os pido que ordenéis una revisión completa de todo el proceso y una nueva calificación de las composiciones del Gran Examen. Comprobaréis que seguimos los procedimientos más precisos para asegurar imparcialidad...

—No hay necesidad de ello —dijo Kuni.

Pero Zato Ruthi, con la cara sofocada, siguió adelante, babeando por las comisuras de los labios mientras seguía hablando sin parar.

—El primer ministro Cogo Yelu y yo hemos seguido el procedimiento con el mayor cuidado y de un modo

absolutamente escrupuloso. Ordenamos a los funcionarios que recogieron las composiciones, que las examinaran bien para asegurarse de que los estudiantes habían seguido las normas y no dejaban ninguna marca que pudiera identificarlos, y cualquier transgresor fue inmediatamente descalificado. Solo los ensayos anónimos llegaron hasta el comité de jueces.

»A cada ensayo se le asignó un número aleatorio en la lista para que el orden de lectura no tuviera relación con los compartimentos asignados a los examinandos y evitando así que los jueces presentes en la Sala de Exámenes pudiera adivinar al autor. Los siete

jueces del comité y yo mismo leímos todas las composiciones y les asignamos de forma independiente una puntuación del uno al diez. La calificación final se determinaba excluyendo la puntuación más baja y la más alta y sumando todas las demás. Estoy completamente convencido de que no hay ninguna base que sustente una acusación de favoritismo.

—Ya lo sé —dijo Kuni con impaciencia—. Maestro Ruthi, ecuánime más allá de lo necesario. Cuando hace tiempo os enfrentasteis a la reina Gin en el campo de batalla, no la atacasteis hasta que tuvo sus tropas colocadas en formación. Es evidente que no doy

ningún crédito a las acusaciones de estos amargados perdedores.

—Eso solo demuestra imparcialidad en el método, no en el contenido.

Todos miraron pasmados a la joven, pero ella mantuvo fijos sus ojos en el emperador sin mostrar ningún miedo.

—Tú... tú... —Ruthi temblaba tanto que tenía problemas para pronunciar las palabras—. ¿Qué-ee estás diciendo? ¡Esto no tiene nada que ver con tu composición!

—Mi composición no fue más que un pastiche de vuestras viejas ideas; la mejor manera de agradar a un juez es repetir de memoria sus propias ideas con una nueva envoltura. Por supuesto

que no será *esa* mi presentación al emperador.

A Ruthi se le saltaban los ojos, como prácticamente a todos los que estaban en la sala. Esta joven era demasiado audaz o estaba loca.

Pero ella continuó como si no hubiera dicho nada sorprendente.

—Maestro Ruthi, ¿podéis decirnos cuántos de los *cashima* admitidos a examen procedían de Haan?

Ruthi gritó a los guardias de palacio, que se apresuraron a seguir sus órdenes. Minutos más tarde, un joven guardia trajo a Ruthi un grueso libro. El anciano erudito fue pasando páginas hasta encontrar la lista de los examinandos

por región de origen y contó:

—Setenta y tres.

—¿Y cuántos eran de La Garra del Lobo?

—Ciento sesenta y uno.

—¿Y de Rui?

—Noventa y seis.

Zomi movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Eso es lo que podría esperarse según sus respectivas poblaciones. Pero, ¿cuántos de los cien *cashima* que adquirieron rango de *firoa* proceden de Haan?

Ruthi pasó a otra página del libro.

—Cincuenta y uno.

—¿Y de La Garra del Lobo?

—Diez.

—¿Y de Rui?

—Ningún *cashima* de Rui alcanzó el rango de *firoa* este año.

Zomi volvió a asentir. Luego miró a los nueve *pana méji* sentados cerca de ella.

—¿Podéis decirme de donde procedéis?

—Haan.

—Géjira.

—Haan.

—La Garra del Lobo.

—Haan.

—Haan.

—Arulugi.

—Faça.

—Cocru oriental.

Zomi paseó la mirada por el Gran Salón de Audiencias, con ojos encendidos.

—Yo soy, por supuesto, hija de Dasu. Maestro Ruthi, vos sois de Rima y el primer ministro es de Cocru, pero ¿de dónde son los demás jueces del comité?

—Uno es un docto erudito de Arulugi y los otros son todos reputados maestros de Haan.

Zomi miró un instante al emperador.

—Creo que las cifras hablan por sí mismas.

—¿Qué crees haber demostrado con esta enumeración? —saltó Zato Ruthi echando chispas—. Yo soy de Rima. Si

fuera tan poco escrupuloso como das a entender, ¿no habría elevado al menos a un estudioso de Rima a tu eminente rango?

Mientras que la voz de Ruthi iba subiendo de volumen como una tormenta furiosa, Zomi mantenía la suya tan calmada como un estanque glacial.

—Maestro Ruthi, no pretendo desacreditar vuestra integridad. Pero un hombre justo puede administrar un examen injusto.

—¿Qué importa de dónde proceden los jueces si *no sabíamos quién escribió cada composición?*

—¿No os dais cuenta de lo que parecen estos resultados a ojos de la

población de Dara? Cuando la distribución de honores es tan asimétrica, uno no puede evitar suponer que el proceso tiene defectos. Lo que importa es el contenido, no el procedimiento.

Ruthi estaba tan enfadado que se echó a reír.

—Hablas como el tonto de la fábula de Kon Fiji que se lamentaba de que el cobre no fue tan valioso como el oro. ¡Lejos de indicar parcialidad, lo que demuestran las cifras que señalas es que el comité ha hecho correctamente su trabajo!

»Es bien sabido que el pueblo de Haan se dedica a la enseñanza y al

estudio y que sus hijos aprenden los clásicos aun desde los dos años. Por el contrario, Rui posee pocas academias de renombre y los gobernantes de la antigua Xana nunca se consagraron a la búsqueda de la sabiduría. Por esa razón Mapidéré tuvo que reclutar a Lügo Crupo en Cocru e incluso el emperador Ragin, cuando era rey de Dasu, tuvo que buscar talentos en el resto de Dara.

»Los *cashima* representan las mejores mentes de cada provincia pero, cuando se los reúne a todos en un solo lugar, es natural que los *cashima* de Haan superen a los de Rui o de Dasu. ¿Protestáis porque las manzanas de los huertos de Faça son más grandes que las

de Cocru? ¿O porque los cangrejos capturados en el golfo de Zathin son más sabrosos que los procedentes de las costas de Ogé?

»Habría que pensar que algo funcionaba terriblemente mal si *no* hubiera tantos estudiosos de Haan que lograran el máximo rango.

—¿Acaso Haan es la única provincia de Dara? ¿Son los habitantes de las otras provincias de menor valor?

Ruthi arrojó contra el suelo el libro y gesticuló exageradamente con los brazos. Ya no le preocupaban ni el decoro ni las apariencias.

—El encargo del emperador es buscar hombres —y mujeres— de

talento. He cumplido fielmente con mi deber. Tu presencia aquí demuestra que el método es acertado. ¡Aunque procedes de una región humilde de campesinos analfabetos, hoy el emperador y todos sus Señores de Dara te han prestado sus oídos!

—*Talento* es una palabra cargada de implicaciones —dijo Zomi—. ¿El examen evalúa el verdadero talento o más bien simples hábitos de pensamiento?

Ruthi se echó a reír.

—Estoy acostumbrado a esa crítica a los exámenes. De hecho, cuando era joven yo también desdeñé los exámenes para el funcionariado de Rima por las

mismas razones. Los exámenes de Rima exigían a los estudiantes repetir de memoria oscuros epigramas de Ra Oji o completar los diálogos menos conocidos de Kon Fiji. La única habilidad que se valoraba realmente era la memorización y me repugnaba esa estrechez de miras.

»Por eso he rediseñado los exámenes imperiales para premiar la creatividad, la perspicacia, el pensamiento audaz y la expresión refinada. ¿Crees que es posible hacer un buen examen sin una mente tan afilada como el estilete con que escribes o tan adaptable como la cera caliente? Hay que saber elaborar un razonamiento, apoyarlo con referencias inteligentes a los clásicos y ejemplos

adecuados extraídos de la vida real, considerar y anticipar los posibles puntos de vista opuestos y todo ello a la vez que se planifican aspectos prácticos como ajustar los ideogramas a un espacio reducido y aprovechar al máximo los recursos limitados bajo una gran presión. Esto es una prueba del verdadero talento.

Zomi sacudió la cabeza.

—Solo veis la superficie del mar salpicada por el sol, pero no los Cien Peces por debajo. El examen premia la belleza de expresión y la caligrafía elegante, así como la agudeza de los razonamientos, pero ¿no os dais cuentas de que son juicios modelados por el

hábito?

»Durante años, vos y los otros jueces habéis estudiado juntos y leído los ensayos de los otros colegas hasta crear un consenso de lo que es convincente y lo que es estético. Luego se lo habéis enseñado a vuestros estudiantes, que a su vez se lo han transmitido a los suyos, propagando un cierto ideal. Este ideal se concentra especialmente en las academias de Haan, pero no es tan obvio en otros lugares. Lo que llamáis belleza, gracia y agilidad de la escritura no es sino el consenso de hombres que se han acostumbrado a oírse unos a otros. Cuando consideráis que un ensayo es bueno, es porque sus palabras

parecen hacerse eco de vuestros propios pensamientos. ¡Aunque no podáis ver las caras tras los ideogramas, escogéis a hombres que son como vosotros! ¡Yo me encuentro aquí porque aprendí a escribir a imagen del espejo que tanto amáis!

Ruthi se quedó mirando a Zomi, con los ojos saltones y la respiración entrecortada.

—Niña arrogante e irrespetuosa...

Antes de que pudiera terminar, Dafiro Miro entró en el salón.

—*¡Rénga!* Traigo noticias urgentes.

CAPÍTULO DIECISÉIS

EL COMBATE CONTRA EL FUEGO

ISLA DE LA MEDIA LUNA:
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS
(CINCO AÑOS ANTES DEL
PRIMER GRAN EXAMEN)

Cuando los cuatro terminaron de descender el tortuoso sendero del acantilado y llegaron a la aldea, el caos

se había apoderado del lugar.

Aproximadamente a una milla de distancia, las gigantescas lenguas rugientes de las llamas lamían el cielo y agitadas columnas de humo cubrían el claro, ocultando las casas y dificultando la respiración. Incluso a esa distancia, el calor era palpable.

Junto a la *Tortuga Curiosa* había un noble acompañado de alrededor de una docena de hombres pertrechados para la caza. Algunos cargaban cabezas de jabalíes con sus colmillos y sus ojos muertos mirando fijamente al mundo con una mueca permanente de rabia.

—¡Preparad el globo! —gritó el noble, que tosía y jadeaba. Sus hombres

se pusieron en marcha siguiendo sus instrucciones y era evidente que todos acababan de llegar corriendo del bosque.

A poca distancia, el anciano Comi y el resto del poblado permanecían de pie y miraban en silencio.

—¡No os quedéis parados! —gritó el noble—. ¿Por qué no organizáis a los campesinos para ir a combatir el fuego?

Los aldeanos le miraban desconcertados.

Combatir un incendio forestal de estas dimensiones es completamente absurdo, pensó Zomi.

—¡Coged palas, cubos y cualquier otra cosa que encontréis! —exhortó el

noble—. Si concentráis vuestros esfuerzos, puede que logréis retrasar el fuego lo suficiente para hacer despegar el globo.

Los aldeanos se miraron unos a otros, pero ninguno se movió.

—¡Oh, por la sangre de Tututika! Estos salvajes no entienden el lenguaje humano —comenzó a saltar arriba y abajo imitando el acto de arrojar paladas de tierra y cubos de agua al fuego. Alzó la voz, como si eso pudiera ayudar a que los aldeanos le entendieran—. ¡Vamos! ¡Vamos! Soy el conde de Méricüso. ¿Tenéis miedo a morir? ¡Es un honor morir por la vida de un gran señor!

El anciano Comi le dio la espalda. Se dirigió a sus paisanos en un tono bajo pero firme y señaló hacia el acantilado. Algunos hombres y mujeres jóvenes le gritaron y movieron la cabeza. El anciano sonrió, se señaló las piernas y se sentó en el suelo con cierta dificultad en *mipa rari*. Incluyó la cabeza, volvió a señalar a las paredes escarpadas y habló con determinación.

Mientras Luan y los demás corrían para unirse al tumulto, Zomi tuvo la inquietante sensación de estar presenciando una ópera popular. Las primeras veces que había asistido a dichas representaciones, le había costado trabajo comprender el texto, con

su lenguaje florido y sus complicados arreglos vocales, y tuvo que imaginar lo que sucedía interpretando las expresiones de los actores y su lenguaje corporal. Pudo captar el hilo de las emociones en el aire y colorear los espacios en blanco.

Hijos, la aldea está condenada. Las casas pueden reconstruirse y los huertos volver a plantarse, pero las personas no se pueden reemplazar. Escapad por la ruta del acantilado.

Pero abuelo, con tus piernas no lo conseguirás.

*No os preocupéis por mí. ¡Id!
¡Venga!*

Zomi sintió que los ojos se le

humedecían y la garganta se le contraía. Pensaba en su madre y en cómo actuaría si se acercara un fuego y Zomi no pudiera escapar a causa de su pierna.

—Nunca conseguiréis elevar el globo si lo enredáis así —dijo Luan con calma a los soldados, que estaban liando todo al carecer de experiencia en el funcionamiento de un globo de aire caliente.

Contento de encontrar a alguien con quien poder entenderse, el noble se le echó encima y le agarró por las solapas.

—¿El globo es tuyo? ¡Excelente! ¡Excelente! Rápido, prepáralo para volar.

—¿Qué ha ocurrido?

—He venido a este valle atrasado porque oí que aquí podían encontrarse jabalíes con unos colmillos nunca vistos. Como algunas de esas bestias se ocultaban en la profundidad del bosque, uno de mi cuadrilla tuvo la brillante idea de prender fuegos para obligarlos a salir.

—¿No sabéis el peligro que tiene eso con una primavera tan seca?

—¡La idea funcionó! Conseguí seis trofeos excelentes. Yo no tengo la culpa de que el viento cambiara de dirección tan rápidamente. Tuvimos que abandonar todo en nuestro campamento y a duras penas conseguimos huir. ¡Gracias a Tututika que has llegado!

Luan sacudió la cabeza. Zomi y él corrieron a enderezar el globo enredado y a encender el quemador que funcionaba con licor. Cuando las llamas cobraron vida y el globo comenzó a hincharse, el noble y los soldados prorrumpieron en ovaciones.

—Es mejor empezar a cargar la barquilla —dijo Luan al conde de Méricüso.

—¡Pero esta barquilla es demasiado pequeña!

—Tirad todo lo que no se necesite para volar. Deshaceos de las camas, las mantas, el agua, la comida y cualquier otra cosa que podáis liberar —dijo Luan exasperado.

—Bien, bien. ¡Bien pensado! —dijo el conde.

Mientras los soldados se apresuraban a obedecer al conde y arrancaban todo lo que no estaba atornillado a la barquilla, Luan y Zomi continuaron enderezando el globo con las pértigas de bambú para que pudiera inflarse con el aire caliente.

—*Mimi-tika* —susurró Luan—. Nuestra prioridad es salvar la vida al anciano Comi. Él no puede trepar por el acantilado para escapar, así que el globo es su única oportunidad. Más tarde, te diga lo que te diga, tienes que obedecerme, ¿entiendes?

—¿Qué estás pensando? —Zomi se

puso en guardia. El tono de Luan era muy extraño.

—¡No discutas! Eres la alumna. Debes obedecer.

—¡No obedeceré una orden injusta! Luan se echó a reír.

—Ahora hablas como una moralista. Fue Kon Fiji quien dijo que el deber con la Justicia y la Verdad está por encima de todos los demás, incluso de la orden de un maestro. Pensaba que no te gustaba Kon Fiji.

—Hasta un idiota puede tener razón algunas veces.

—¡Ja! Me atrevo a decir que Kon Fiji nunca pensó que se le defendería en esos términos.

Finalmente, el conde y los soldados consiguieron despojar a la barquilla de todos sus objetos y ahora se peleaban por meterse dentro. Cuatro de ellos se sentaron al fondo y cruzaron los brazos para formar un asiento cómodo para el conde. Los demás saltaron dentro y se subieron encima de sus compañeros, o bien se agarraron a los costados de la barquilla.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡No estropeéis los colmillos! —gritó el conde cuando cargaron las cabezas de los jabalíes. Luan sacudió la cabeza ante la ridícula escena.

—¿Quién os dijo que podíais ocupar todo el globo con vuestra gente?

—Los aldeanos pueden trepar por el acantilado. De todos modos, eso es lo que quieren hacer.

—¿Y por qué no trepáis vos? Sois fuerte y estáis en forma.

El conde miró a Luan como si estuviera loco.

—Quién sabe cuánto tiempo me quedaría tirado en lo alto de esa montaña. Los trofeos no se conservarán si no los llevo a un taxidermista a tiempo.

Luan puso una mano en el hombro de Zomi para refrenarla.

—Al menos, debéis hacer sitio para el anciano Comi —dijo. El globo estaba casi inflado y daba tirones de la estaca

que lo sujetaba al suelo—. Y Zomi y yo tenemos que subir a pilotarlo, a menos que alguno de vosotros sepa cómo hacerlo. Os aviso, el fuego puede crear corrientes de aire muy extrañas y necesitaréis un piloto experimentado.

El conde miró receloso a Luan y a Zomi.

—¿Esta chica sabe pilotar el globo? No quiero aquí a ninguna inútil.

Luan miró a los avergonzados lacayos que sujetaban las musculosas piernas del conde y reprimió un comentario sarcástico, limitándose a decir:

—Es joven, pero es una piloto excelente.

Los labios del conde adoptaron una sonrisa fría.

—Entonces no necesitaré a los dos, ¿verdad? ¡Agarradla!

Algunos de los hombres sujetos a los costados de la barquilla saltaron al suelo, agarraron a Zomi y la arrastraron con ellos. Zomi chilló y pateó, pero no era lo bastante fuerte para soltarse. Luan corrió en su ayuda y uno de los hombres sacó el cuchillo de caza y le dio un tajo. Luan se tambaleó y cayó al suelo.

Los aldeanos se acercaron rápidamente. Sin decir palabra, Séji rajó la pernera de las mallas para descubrir la tremenda herida. Mientras hacía tiras de la túnica de Luan para improvisar un

torniquete que detuviera la hemorragia, Képulu rebuscó en su canasto hasta encontrar unas hojas, se puso a masticarlas para hacer un emplasto y lo aplicó a la herida antes de vendar la pierna.

Mientras, los hombres del conde metieron a la fuerza en la barquilla a Zomi, que no paraba de chillar. Los cuatro «cojines» se movieron para hacerle hueco y meterla a presión bajo los volantes y las palancas de control del quemador, sujetándole las piernas, de forma que quedó atrapada junto al conde y su pila de trofeos de jabalí.

—¡Soltadme! —gritó Zomi—. No voy a pilotar el globo para vosotros.

Los enfurecidos aldeanos gritaban y se aproximaron al globo. Los hombres del conde sacaron sus cuchillos y los blandieron amenazadoramente.

—¡Ya basta! —Luan gritó para hacerse oír en el tumulto. Su tono poseía tal autoridad natural que ambas partes se detuvieron. Continuó en un tono más bajo—: *Mimi-tika*, escucha, tienes que despegar el globo sin mí.

—¡De ninguna manera! No voy a marcharme sin ti.

—¡Debemos salvar al anciano Comi! Podemos colgar un arnés bajo la barquilla para llevarlo hasta un lugar seguro. Los demás podemos ascender por el acantilado.

—¡No puedes trepar con la pierna así!

—¡Claro que puedo! —Luan se levantó. Séji se acercó para darle apoyo pero él la hizo a un lado y quedó erguido tan estirado como una grulla—. Tú has podido subir el acantilado con una férula y yo también podré hacerlo. No subestimes la destreza médica de los aldeanos.

Zomi todavía parecía escéptica, pero se iba calmando. A lo mejor esa era la solución después de todo.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —gritó el conde—. ¡Si queréis salvar a ese viejo campesino, hacedlo ya!

Mientras Luan explicaba lo que

quería con gestos y burdos ideogramas grabados en el suelo, los aldeanos improvisaron a toda velocidad un arnés con palos y pedazos de piel para sujetar al anciano Comi y lo ataron a los costados de la barquilla.

El globo ya casi estaba completamente hinchado y los hombres del conde subieron el ancla. La barquilla se bamboleó sobre el suelo, sujeta solo por una soga.

—*Mimi-tika* —dijo Luan—, no tenemos mucho tiempo. Todavía tengo que enseñarte una lección.

Zomi se quedó mirando a Luan con incredulidad. No era capaz de entender por qué su profesor escogía ese

momento para enzarzarse en otra discusión filosófica. *¿Y por qué se queda ahí de pie?*

—Independientemente de lo que pienses de los moralistas, su convicción fundamental es válida: a veces es necesario hacer lo correcto aunque te duela. Las acciones reifican los ideales. Nunca debemos dejar de esforzarnos por hacer el bien, por proteger a los débiles y los indefensos. Esa es la obligación de todos los hombres de conocimiento.

Zomi asintió mientras continuaba contemplando la figura rígida de Luan. Al haber tenido una pierna debilitada toda su vida, era muy consciente del modo en que las personas distribuían su

peso en las piernas.

—Eres una joven brillante, *Mimitika*. Tienes la curiosidad necesaria para ir en pos de la *terra incognita* más allá de los límites del dogma y posees la agilidad mental para encontrar tu camino a través de la maraña de preguntas confusas. Pero eres como una bola de cera en bruto, indisciplinada, sin modelar, sin propósitos. Debes aplicarte al tedio del estudio, que es como el estilete de grabar, para modelar tu mente hasta convertirla en un intricado ideograma de procesar ideas. ¿Me entiendes?

Zomi asintió, sin escuchar realmente. *El maestro está parado igual que una*

grulla, con todo el peso de su cuerpo sobre una pierna.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó el conde.

Los aldeanos habían terminado de atar el arnés del anciano Comi a la barquilla. Se retiraron del globo, sacudido por fuertes vientos. El humo se hizo más espeso y los fuegos se estaban acercando. Uno de los hombres del conde cortó la soga de amarre.

—Deja a tus pasajeros en lugar seguro y vuelve a buscarme al otro lado de la montaña cuando el fuego se haya extinguido. ¡Vigila bien las corrientes del viento y vuela tan alto como puedas!

Zomi subió las manos hasta agarrar

el volante y puso el quemador a su máxima potencia. El fuego rugía sobre sus cabezas y el globo intentaba despegar.

—¡Marchaos, marchaos! —Luan hacía gestos a los aldeanos. Cuando estos se negaron a moverse, cogió una pértiga de las que usaban para transportar cosas y comenzó a escribir en el suelo.

No puede ni agacharse, pensó Zomi.

El globo dio una sacudida y detuvo su ascenso. El arnés del anciano Comi se arrastraba por el suelo sin llegar a despegar.

—¡Hay demasiado peso! —gritó el conde histérico—. Cortad el arnés.

—¡No! —dijo Zomi—. Tenemos que salvar al anciano. ¿Por qué no pides a uno de tus hombres que salte? Ellos pesan más y pueden subir por el acantilado.

—¿Cómo te atreves... ? —pero al darse cuenta de que la necesitaban para escapar de la vorágine de vientos ardientes que sacudían el globo, el conde se tragó su maldición—. No es posible que pienses que la vida de un campesino salvaje es más valiosa que la de uno de mis criados.

—¡Entonces tira por la borda las cabezas de los jabalíes! Las seis juntas deben pesar más que el anciano.

—¡De ninguna manera! Son la única

razón por la que vinimos a este lugar — el conde echó una mirada elocuente a los hombres que le rodeaban y uno de ellos blandió su cuchillo y cortó las cuerdas que ataban el arnés a la barquilla mientras los demás sujetaban a Zomi para evitar que hiciera cualquier cosa.

—¡Maldito seas! Te mata... —uno de los hombres le dio una fuerte bofetada para ahogar sus palabras enfurecidas. Zomi quedó momentáneamente aturdida.

La barquilla se tambaleó alocadamente mientras el globo por fin despegaba. Zomi se recuperó y miró hacia abajo a través del embrollo de los brazos, las cabezas de jabalí y el rostro

odioso del conde. El anciano Comi forcejeaba para deshacerse de los restos del arnés mientras algunos aldeanos corrían a ayudarlo. Y Luan, que seguía de pie en el mismo lugar, continuaba escribiendo en el suelo con la pértiga mientras el resto de aldeanos le observaba. Debido a la longitud de la pértiga, se veía obligado a grabar los ideogramas con grandes trazos y Zomi podía ver lo que escribía incluso desde la altura de veinte pies en que se hallaban.

Era un ideograma sencillo formado por tres componentes: *Un río fluyendo. Un volcán. El contorno estilizado de una llama —o piel de fuego.*

El Flujo. El volcán rojo, símbolo de la Señora Kana, diosa del fuego, la ceniza, la cremación y la muerte. Pero piel de fuego... ¿qué es eso?

—Tengo que pilotar el globo —dijo Zomi al conde y se puso a toser incontroladamente. Parecía asustada. El humo se había vuelto tan espeso que resultaba difícil ver el cielo. Las gruesas columnas serpenteantes se retorcían siguiendo patrones complejos, creando corrientes de aire caóticas que balanceaban tanto la barquilla que todos los hombres del conde tuvieron que agarrarse con todas sus fuerzas.

Convencido de que la muchacha por fin había recuperado el juicio, el conde

hizo una seña a sus hombres para que la soltaran. Zomi ajustó el volante para bajar la llama y reducir la velocidad de ascenso del globo.

—¿Qué haces? —preguntó el conde, alarmado.

—Luchar con un cerdo, por supuesto —Zomi agarró una de las cabezas y la estrelló contra la cara del conde, apuntando a los ojos con uno de los colmillos. Mientras el conde chillaba y sus hombres trataban de protegerlo, Zomi giró el volante al máximo, lo que provocó una sacudida en el globo que amontonó a todos al fondo de la barquilla. Gateó como pudo por encima de ellos, se subió a un costado y saltó.

—¡Mimi! —gritó Luan.

Aunque intentó rodar al entrar en contacto con el suelo, oyó cómo se quebraban los huesos de su pierna izquierda y sintió una punzada aguda de dolor un instante después. No podía moverse. Ni siquiera podía ni respirar.

Luan tiró la pértiga e intentó alcanzar a Zomi, pero su pierna le falló y cayó al suelo. Séji y Képuhu llegaron corriendo, le quitaron el ya inservible arnés de su pierna y se dispusieron a componer rápidamente los huesos rotos y a estabilizar la fractura con tablillas.

Finalmente, Zomi consiguió recobrarse de la caída lo suficiente como para aspirar una bocanada de aire.

Chilló de dolor.

Por encima de sus cabezas, el globo continuaba su ascenso mientras los hombres que colgaban del exterior de la barquilla chillaban, clavando las uñas en el mimbre con todas sus fuerzas. Podían oír las maldiciones del conde como una granizada que se iba debilitando a medida que el globo se alejaba, girando sin control llevado por los vientos calientes.

Luan se impulsó con las manos y una rodilla hasta Zomi, arrastrando tras él la pierna inútil.

—¿Cómo has podido hacer algo tan estúpido como saltar del globo? ¿Por qué nunca me escuchas?

—¡Porque me mentiste! —respondió Zomi a gritos—. Ni siquiera podías caminar, pero me pediste que subiera a ese globo y llevara a ese cerdo hasta un lugar seguro. ¡Y aún así se deshizo del anciano Comi! —mientras Luan se sentaba e intentaba acunarla, ella le golpeaba en el pecho, en los hombros y en los brazos.

—El deber de los instruidos...

—¡Mentiste! ¡Ibas a despacharme y a morir aquí! Mi padre me abandonó para cumplir con su deber, pero yo *nunca* abandonaré a alguien a quien ame por deber. Me importa un bledo lo que digan los moralistas. Yo no lo haré.

Luan no hizo nada para defenderse

mientras continuaba la descarga de golpes. Después de un rato, Zomi le rodeó el cuello con los brazos y se echó a llorar.

—Mimi-*tika*, mi niña obstinada —
Luan le acarició la espalda y suspiró—.
Recuerda lo que te enseñé de los flujistas. El Flujo es la inexorable corriente del universo. Aceptarlo permite vivir la vida con gracia y disfrutar de cada momento pasajero. Cada viaje debe tener una última parada y cada vida debe llegar a un final. Somos como dyrans en el ancho mar, rayos plateados pasando unos junto a otros en las profundidades del océano, y debemos atesorar el tiempo que nos ha

sido otorgado.

—¡Me niego a vivir la vida con esa pasividad!

—La aceptación de Flujo *no* es pasividad. Es comprender que hay un equilibrio en el universo, una responsabilidad última —Zomi levantó la mirada y vio que el rostro de Luan estaba sombrío—. Hay un tiempo para la fogosa llamada de Kana a las armas y un tiempo para la gentil llamada de Rapa al sueño. A mí me ha llegado el momento de morir hoy, pero a ti no.

—¿Por qué? ¿Por qué crees que te ha llegado el momento de morir hoy?

—Una vez aconsejé a un rey que cometiera un acto de traición porque

pensaba que era lo que había que hacer, y nunca he podido olvidar las vidas perdidas por mi causa... Desde entonces he intentado expiarlo. Los signos me dicen que hoy es mi día.

—Si confías tanto en los flujistas, quizá tengamos que acabar nuestro viaje al mismo tiempo.

—¡Pero tú eres tan joven! Esto no puede ser justo.

—¿Cómo puedes pretender que conoces los caminos del Flujo?

Luan se aguantó la risa.

—Nunca he pretendido ser un buen flujista y ya veo que no soy capaz de rebatirte en un debate —apretó más su abrazo a Zomi y la niña hizo lo mismo.

Para entonces, el rugido del fuego era tan intenso que parecía que se encontraban en medio de un tifón. El humo denso y el calor abrasador hacían que todo a su alrededor resultase reluciente y difuso, como en un sueño.

Pero Zomi no compartía la serenidad de Luan; se negaba a creer que seguir el Flujo, fuera eso lo que fuese, significaba que tuvieran que morir. Estaba segura de que a su maestro se le ocurriría *algo*.

—El acto de traición cometido por el conde puede ser una señal de que no estamos destinados a morir.

—¿Ah? —por un momento los ojos de Luan, que reflejaban el fuego que se acercaba, se iluminaron—. ¿Pero qué

podemos hacer?

—¡Se supone que tú debes saberlo!

—Ya que ninguno de los dos puede subir por el acantilado, deberíamos urgir a los aldeanos a irse lo antes posible.

Pero los campesinos se negaron a abandonar al anciano Comi, a Luan y a Zomi, y parecía que iban a morir todos juntos en el gran incendio que se aproximaba. Las llamas estaban tan cerca que apenas una estrecha franja de bosque las separaba del claro de la aldea.

Los campesinos y el anciano Comi hicieron un semicírculo alrededor de Luan y Zomi y se sentaron en *mipa rari*.

—*Tiro, tiro* —dijo el anciano con una serena sonrisa en su rostro—.

—*Tito, tiro* —repitieron los demás estirando los brazos hasta unirse en un muro de carne.

Como Luan y Zomi eran sus invitados, los aldeanos estaban cumpliendo con el antiguo deber de protección que tenían los anfitriones, aunque su sacrificio solo sirviera para detener el avance de las llamas un instante.

Luan y Zomi inclinaron la cabeza.

—Todos los hombres son compañeros frente al inhóspito e infinito mar y los ardientes y explosivos volcanes —dijo Luan, recitando un

antiguo adagio moralista.

Una vez más, Zomi levantó la vista y halló en el cielo a la *Tortuga Curiosa*. Como el globo iba sobrecargado, el ritmo de la ascensión era extremadamente lento aunque el quemador funcionaba a su máxima potencia. Apenas había subido cincuenta pies de altura y se acercaba más deprisa a las llamas.

—Supongo que el Señor Kiji, el portador de los vientos, tampoco está muy contento con el cruel conde y sus lacayos —dijo Zomi—. Los está empujando hacia el fuego. No conseguirán ascender a tiempo para librarse del peligro.

Luan entornó los ojos y sacudió la cabeza.

—Es posible que el Señor Kiji esté enfadado con ellos, pero a lo largo de los años he aprendido a minimizar la responsabilidad de los dioses. He asumido el principio establecido por Na Moji: como no se puede determinar la voluntad de los dioses, siempre es más sencillo —y probablemente más correcto— explicar las cosas según los modelos verificables.

—¿No eres hijo de un augur? ¡Esas parecen casi... las palabras de un ateo!

—La mejor forma de honrar a los dioses es culparles de lo menos posible. Pueden guiarnos y enseñarnos, cuando

les conviene, pero yo prefiero pensar que el universo es cognoscible. La explicación de la deriva del globo es simple. A medida que calienta el aire por encima de él, el fuego se hace más activo y ligero y asciende creando un vacío por debajo, hacia el que es atraído el aire frío y pesado del exterior del fuego.

—¿Como cuando inflamamos el globo de aire caliente? ¿Cuando el aire frío se precipita hacia el interior y hace que la llama se estire hacia arriba?

Luan asintió y sonrió.

—Exacto —hizo pantalla con sus manos alrededor de la boca y gritó al globo que se alejaba—. ¡Arrojad el

ancla! No conseguiréis ascender a tiempo. ¡Todavía podéis escapar por la ruta del acantilado!

Pero los hombres del globo no respondieron.

—Quizá están demasiado lejos — reflexionó Luan—. ¿Puedes gritarles? Tu voz es más aguda y tal vez les sea más fácil oírla entre el fragor de las llamas.

Zomi sacudió la cabeza.

—No voy a hacer nada para salvarlos.

—Eso no es moral...

—¡Me importa un bledo! Solo me preocupa la gente cercana a mí.

Luan suspiró y volvió a atraerla hacia sí mientras potentes rachas de aire

caliente batían a su alrededor. La abrazó sin decir nada más mientras observaban cómo el globo desaparecía en el denso humo que emitía el crepitante incendio.

Puede que oyeran gritos, pero el globo estaba demasiado lejos para estar seguros.

De repente, Zomi forcejeó y se separó de Luan.

—¡Maestro! ¡Creo que hay una salida!

Mientras Luan y Zomi permanecían sin moverse, los aldeanos corrieron a sus casas y salieron de ellas cargados con vasijas de aceite para cocinar, licores medicinales, trapos, sábanas, mesitas y

cunas.

Daba la impresión de que, en lugar de sacrificarse por sus invitados, se disponían a escapar con todas las posesiones que pudieran cargar. El anciano Comi estaba de pie en mitad de la aldea, gesticulando y dando órdenes.

Pero en lugar de dirigirse al acantilado, los aldeanos hicieron pedazos los muebles de madera y enrollaron trapos empapados en aceite en los extremos de los maderos. Luego se dividieron en dos grupos. Uno encendió las improvisadas antorchas y cargó a las espaldas manojos de leña y más vasijas de aceite; el otro agarró palas y azadas. Después, los dos grupos

se dirigieron hacia el fragor de las llamas que avanzaban hacia la aldea.

El calor era como una muralla invisible. Algunos se tambalearon, cayeron, volvieron a levantarse y siguieron adelante. Sobre la boca y la nariz llevaban trapos empapados en una infusión de hierbas que reducía la fiebre para poder respirar en el sofocante humo. Los más atrevidos mascaban hierbas que podían engañar la mente hasta hacerla creer cualquier cosa. *No hay fuego. No hay peligro*, murmuraban para sí, y seguían adelante.

Los campesinos que corrían con sus ropas andrajosas batiéndose al viento recordaban a un enjambre de polillas

dirigiéndose al fuego.

Alcanzaron la franja de arbustos y árboles jóvenes que bordeaba el bosque cuando el intenso calor hacía imposible avanzar ni una pulgada más. El incendio forestal, como un monstruo enjaulado, estaba a punto de destruir esa débil barrera y alcanzar el claro para completar su destrucción.

Séji gritó una orden y todos se pusieron manos a la obra. Los que llevaban palas y azadas comenzaron a cavar una zanja poco profunda, arrancando la hierba, las hojas caídas y la superficie del suelo. Trabajaron deprisa y eficazmente hasta crear una zanja defensiva y superficial al borde

del bosque —¿pero qué podía hacer esa pequeña zanja frente a las devastadoras llamas a las que se enfrentaban? El fuego la cruzaría fácilmente y devoraría la aldea.

Mientras tanto, el otro grupo se había diseminado e iba dejando montones de leña formando un arco al otro lado de la zanja. Vertieron las botellas de aceite y licor sobre la leña y la prendieron fuego.

Combatían el fuego con fuego.

Un observador bien podría preguntarse si lo desesperado de su situación les había llevado a creer que era preferible morir en las llamas creadas por sus propias manos.

Los aldeanos continuaron con su tarea, ampliando la zanja y el arco de llamas a ambos extremos. Parecía que intentaban rodear la aldea.

Los nuevos fuegos crecieron en intensidad, brillo y fragor. Pronto adquirieron el tamaño de un hombre, de dos hombres, de tres hombres. Las lenguas carmesíes se extendieron hasta lamer los árboles del borde del bosque.

Curiosamente, en lugar de inclinarse para saltar por encima de la zanja superficial y aparentemente inútil, el nuevo muro de llamas avanzó hacia el incendio más potente del bosque, como un niño que busca el abrazo de su madre. El viento aumentó aún más de

intensidad, batiendo las nuevas llamas con frenesí.

Los árboles situados al borde del bosque prendieron y el arco de llamas rugió de placer al precipitarse al abrazo del fuego mucho mayor del otro lado, consumiendo todo lo que encontraba a su paso: broza, ramas caídas, árboles vivos y gruesas capas de hojas medio descompuestas. Las ramas se quebraron, las hojas verdes se enroscaron y ardieron soltando chispas y las columnas de humo se mezclaron y se espesaron.

Los aldeanos, con el pelo chamuscado y la garganta reseca, retrocedieron tambaleándose hasta

llegar al claro. El muro de llamas que habían creado había abierto una franja de tierra mucho más ancha en la que no quedaba nada combustible.

El fuego, estimulado por los hambrientos vientos generados por el incendio, se había privado a sí mismo de alimento.

—Una iniciativa atrevida —dijo Luan con la voz llena de admiración.

—Todo gracias a tus enseñanzas, por supuesto —dijo Zomi, modulando la voz como si fuera la de un anciano—. Combinando el gusto por el fuego del incentivismo y la afinidad con el viento del modelismo, solo hacía falta la

confianza y la gracia del flujismo para implementar un plan moralista.

Luan la miraba fijamente, pasmado.

—No estoy seguro de que esa interpretación, mmm...

Zomi arrugó la cara y se deshizo en carcajadas.

Luan sacudió la cabeza y emitió un suspiro.

—Eres inteligente, *Mimi-tika*, pero me temo que eres una bola de cera demasiado escurridiza para que yo pueda grabarla.

Zomi le agarró por el hombro e intentó controlar su risa nerviosa.

—Tienes que admitir que ha sido una imitación de ti bastante buena.

—¡No ha sido una imitación nada buena! ¿He estado tocando la cítara para una ternera obstinada?

—Vale, vale. Perdona que me haya burlado de ti —dijo Zomi—. Pero la verdad es que fuiste tú quien me inspiró.

—¿Y eso?

Zomi señaló el ideograma que Luan había grabado en el suelo con la pértiga.

Un río fluyendo. Un volcán. Piel de fuego.

—Es un epigrama de Ra Oji compuesto por un solo ideograma —dijo Luan—. Habla de la serenidad frente a la muerte que todo lo consume, de dejarse llevar por el Flujo.

Zomi sacudió la cabeza.

—No es así como yo lo leí —señaló los componentes uno a uno y recitó—. Una corriente que fluye. Un muro como una montaña. Fuego en el exterior.

—Pero no es así como...

Zomi no le permitió acabar.

—No me importa cómo se *supone* que debe leerse. Yo reorganicé los componentes de tu ideograma hasta formar una nueva máquina-idea para lograr un nuevo propósito: en lugar de rendirme ante la muerte y convencerme a mí misma con razones, intenté preservar la vida mediante un agente de destrucción.

—Eres una auténtica Perla de Fuego —dijo Luan. Rebuscó en las canastas

que Séji y Képuhu habían dejado junto a ellos y encontró las bayas rojo vivo zomi—. Fue el destino lo que nos condujo hoy hasta estas bayas. Que tu mente sea siempre tan aguda como su aroma y tu voluntad tan fuerte como su cáscara.

Mientras maestro y alumna insertaban las bayas-cuentas en un hilo para hacer un collar, los aldeanos se aproximaron con cuencos de refrescante agua de pozo. A lo lejos, el incendio se iba debilitando, autoconsumiéndose, impotente para penetrar en el pacífico refugio.

Durante años, maestro y alumna

recorrieron las islas de Dara.

A veces viajaban en globo, a veces a caballo. Dedicaban las tardes estivales a vagar sin rumbo por el golfo de Zathin en un pequeño bote de pesca, contando y clasificando los peces y las algas que extraían del agua. Dedicaban las mañanas invernales a deslizarse por los bosques nevados de Rima en un trineo tirado por perros y hacer caminatas por los glaciares cristalinos del monte Fithowéo. En una ocasión remontaron los valles ocultos de las montañas Wisoti en dos cometas sin hilos, aunque los cazadores que les vieron pensaron que eran dos águilas volando en círculos.

En sus viajes, al tiempo que estudiaban las maravillas del libro de la naturaleza, Luan se preocupó de dar a Zomi una educación clásica de tal amplitud y profundidad que ni las reputadas academias de Haan podían igualar. Luan le enseñó los fragmentos que se conservaban de los diálogos de Aruanu, el legislador; las leyendas épicas de los héroes Iluthan y Séraca en tiempos de las Guerras de la Diáspora; los tratados de Kon Fiji y los comentarios de otros maestros moralistas; los ingeniosos epigramas y fábulas de Ra Oji y sus discípulos flujistas; los principios y buenas prácticas de ingeniería establecidos por

Na Moji y las aportaciones posteriores de los pensadores modelistas; los ensayos políticos y legales de Gi Anji y las respuestas discrepantes de los incentivistas Tan Féüji y Lügo Crupo; la poesía lírica de grandes poetas clásicos anu como Nakipo y Lurusén; e incluso fragmentos seleccionados de las Cien Escuelas, tales como las estrategias militares de Pé Gonji, las críticas mordaces de Huzo Tuan y las memorias de la vida en Rima durante los primeros años del periodo Tiro de Mitahu Piati.

Poco a poco, los movimientos del estilete y del pincel de Zomi se fueron haciendo más seguros, más expresivos.

—El arte de la caligrafía es a la

mente lo que el arte de la danza al cuerpo —le recordaba Luan una y otra vez.

Aprendió a grabar ideogramas con superficies definidas y sencillas en cera monocromática, como los primeros anu que llegaron a las islas y dejaron escritas sus leyendas en estelas de piedra diseminadas entre ruinas; aprendió a escribir en el estilo florido de los poetas de Amu que, con sus bordes y aristas en bisel, esquinas redondeadas y pulidas y un uso generoso del color para sombrear significados y énfasis, era un arte en sí mismo; aprendió a componer en el estilo lírico y abstracto de los escribas de Cocru, lleno

de abreviaciones e ideogramas simplificados, cuyas líneas limpias y superficies rugosas evocaban la danza de las espadas de los soldados de la región; aprendió a hacer bocetos del singular modo en que lo hacían los ingenieros de Xana, con sencillas pinceladas, combinando letras zyndari con proyecciones planas y esquemáticas de ideogramas anu, para crear un texto que renuncia a las cualidades emotivas del lenguaje a favor de la precisión y elegancia de los números; aprendió las mil y una raíces semánticas, los cincuenta y un grupos de modificadores de motivo y todos los adaptadores fonéticos, glifos de inflexión y técnicas

de elevación del tono que permitían a un erudito blandir el estilete y el pincel para organizar los ideogramas en complicadas máquinas de ideas con el propósito de persuadir, explicar, explorar y crear placer artístico.

De vez en cuando visitaban ciudades y pueblos para obtener provisiones y descansar. Nunca se quedaban mucho tiempo, ya que Luan prefería la soledad de la naturaleza al bullicio y las complicaciones de la vida moderna. Pero una tarde, caminando por la playa a las afueras de una pequeña ciudad en Haan, tras un largo descenso por el río Miru en una barca de fondo plano para estudiar la construcción de norias, Luan

y Zomi se detuvieron a admirar un fenómeno asombroso. Miles de bebés tortuga abandonaban sus nidos: las crías luchaban por salir de la arena y, después de un rato tambaleándose y observando lo que les rodeaba, se dirigían torpemente hacia la espuma blanca, donde el rítmico golpeteo de las olas prometía un mundo vasto y acuático en el que sus aletas les permitirían moverse libremente con gracia y desenvoltura, en lugar de los pasos fatigosos y vacilantes con que se veían obligadas a caminar en tierra.

Luan observó de reojo el muelle situado en la distancia y se dio cuenta de dónde se encontraban. Recordaba la

mañana fría, hace tantos años, en que se había lanzado al mar helado desde ese mismo muelle para recoger los zapatos de un viejo pescador, como los primeros pasos vacilantes de los bebés tortuga hacia el mar.

A lo mejor es una señal.

Luan se giró para observar atentamente a Zomi. Ya era tan alta como él; había dejado de ser una niña.

—Aquí es donde mi maestro se encontró conmigo y también donde me dijo adiós —dijo.

—¿Hace mucho de eso? —preguntó Zomi.

—Hace mucho —respondió Luan y, por un momento, pareció melancólico—.

Llega un momento en que las crías están listas para el mar y los alumnos para decir adiós a su maestro.

Zomi pareció confundida.

—Pero, ¿me queda tanto por aprender!

—Y a mí. Pero, ¿no sientes la llamada del mundo, *Mimi-tika*? Siempre habrá más libros para leer, pero creo que ya estás lista para realizar tus propias hazañas, que algún día quedarán escritas.

—¿Y qué hay de ti? Si te dejo, ¿quién te preparará el té por las noches? ¿Quién discutirá contigo en los almuerzos? ¿Quién te preguntará...?

—Estaré bien, hija —Luan echó a

reír—. Además, he estado pensando en embarcarme en otra aventura. En nuestros viajes he visto algunos restos intrigantes de naufragios que sugieren la existencia de nuevos mundos más allá del mar.

—¿Como aquello con grabados de extrañas bestias aladas y con cuernos que me enseñaste? Ya te dije que mi madre y yo también las encontramos cuando era pequeña.

Luan asintió.

—Me gustaría pedir ayuda al emperador para encontrar esos mundos. Mi alma siempre ha estado poseída de una inquietud que no puedo ignorar.

—¡Entonces, déjame ir contigo!

—Yo me siento feliz vagando sin rumbo en un globo o en una barcaza, dejando que el Flujo me lleve donde quiera. Pero soy una vieja tortuga; tú, por el contrario, todavía no estás lista para aceptar la vida como un flujista. Así como las olas golpean la arena, el imperio necesita hombres y mujeres de talento. El Gran Examen tendrá lugar el año próximo y tú estás lista para dejar tu huella. Debes ensanchar tu espíritu y asumir tu deber.

Estiró el brazo y acarició el collar que rodeaba el cuello de Zomi. Hace mucho que las bayas se habían secado y, con el paso del tiempo, el contacto con la piel y la ropa había pulido su

superficie hasta formar una pátina lisa y brillante, sin que el tono rojo vivo hubiera palidecido ni un ápice.

—Saldremos para Dasu por la mañana, para que puedas presentarte al examen de la ciudad, el primer paso de un largo periplo hasta el mar del poder.

—Maestro, tengo que pedirte un favor.

—Lo que sea.

—¿Te parece bien que no mencione que soy tu alumna hasta después del examen?

Luan quedó sorprendido.

—¿Por qué?

—Quiero que si triunfo, sea por mi talento, no por tu nombre, como pasó en

Dasu el día en que aquel funcionario me ofreció un precio tan bueno por mi grano. Y, si fracaso, no quiero ensuciar tu reputación y que la gente piense que no eras un buen maestro, cuando la verdad es que yo era demasiado obstinada para estudiar como es debido.

—Ay, Mimi —Luan estaba emocionado por su mezcla de orgullo y cortesía—. Como prefieras. Pero sé que nunca tendré otro alumno tan bueno como tú. aguardo ansiosamente el momento en que asciendas a alturas a las que yo solo puedo aspirar.

Zomi no se sintió capaz de hablar pues, de repente, su visión se había vuelto borrosa y se le había hecho un

nudo en la garganta. Así que, en lugar de palabras, se agachó y comenzó a esculpir ideogramas en la arena.

*Aire sobre corazón. Un
hombre. Una niña.*

Corazón en hombre.

Corazón en niña.

*Mano abierta-puño
cerrado.*

Agua sobre corazón.

La palabra anu para «maestro» significaba literalmente «padre de la mente» y, ¿qué era el amor sino un intercambio de corazones?

Luan la abrazó y ambos

permanecieron así hasta que el viento secó el agua del corazón de sus caras y la música silenciosa de las estrellas hubo consolado sus almas.

Aki Kidosu preparó todos los platos favoritos de Mimi: huevos revueltos con orugas secas, estofado de champiñones frescos aderezado con hierbas de primavera y melones amargos, pastelillos pringosos de arroz rellenos de pasta de judías verdes dulces y loto. No había dinero para comprar cerdo, pero las orugas estaban bien condimentadas y eran muy sabrosas.

Mimi comía con buen apetito.

—¡He echado esto tanto de menos!

—era maravilloso estar en casa después de todos esos años—. Las orugas tienen un aroma tan dulce... me recuerdan un poema:

*Gotas blancas entre
abalorios blancos;
Palitos rojos entre
labios rojos.
Niñas mascando
semillas de loto;
Esbeltos barcos
deslizándose con
suavidad.*

—¿Es de una ópera popular? — preguntó su madre—. Creo que no la he

visto.

—Es... un poema de la princesa Kikomi de Amu —respondió Zomi avergonzada—. No tiene importancia.

A ella y a Luan les gustaba recitarse mutuamente fragmentos de poemas. Dar nuevo significado a los antiguos versos era una manera de practicar la mentalidad del ingeniero que con frecuencia necesita utilizar viejos componentes para lograr nuevos propósitos. Pero aquí, en la sencilla choza donde se había criado, con las paredes agrietadas y el suelo de tierra desnuda sin una estera, resultaba extraño recitar las palabras de la princesa muerta del estado Tiro más consagrado

al ideal de elegancia y refinamiento.

—¡Prueba el melón amargo! ¡Es del huerto!

—¡Mmm, mmm!

Entre bocados, Mimi se dio cuenta de que el cabello de las sienes de su madre se había vuelto blanco, que su espalda estaba más curvada, y a Mimi le apenó pensar en todos los esfuerzos que había tenido que realizar ella sola para mantener la granja y no retrasarse en el pago del arriendo.

Entonces observó que su madre, que había estado masticando un pastelillo de arroz sujeto entre sus manos, se había detenido y la miraba fijamente.

Mimi también dejó de masticar,

manteniendo delicadamente el solitario palillo con el trozo de pastelillo en la punta torpemente suspendido a pocas pulgadas de la boca.

—Comes como la hija del magistrado —dijo Aki. Era difícil decir si su tono era de admiración o de pesar.

—No es más que una costumbre —se apresuró Mimi a explicar—. Al maestro y a mí... a veces nos gustaba discutir las complejidades de un ideograma particularmente oscuro durante las comidas, y era preferible no tener los dedos llenos de grasa... además, Kon Fiji decía que...

Se detuvo, avergonzada: estaba recitando poseía Amu y citando a Kon

Fiji a su madre. Resueltamente, cogió el pastelillo de arroz del extremo del palillo, sin importarle que se le pegara a los dedos, y le dio un gran mordisco. Cuando dejó el palillo, lo colocó a propósito obscenamente cruzado sobre sus compañeros de mesa.

Su madre asintió y continuó comiendo, pero ahora sus movimientos eran torpes, inseguros, como si estuviera sentada con las hijas de Sécru Ikigégé, su terrateniente, en la comida simbólica de Año Nuevo con la que se suponía que daba las gracias a sus arrendatarios y donde ellas siempre se burlaban de los modales ordinarios de los campesinos.

Al observar las nuevas arrugas del

rostro de su madre y los nuevos remiendos de su vestido, a Zomi se le encogió el corazón.

¿Cómo puedo irme al examen de la ciudad y dejarla aquí sola? Me quedaré siempre con mamá.

Intentó continuar la conversación. Pero después de la reacción educada de Aki a sus alabanzas de la comida («Oh, estoy segura de que has comido mucho mejor por ahí») y al interés por su salud («¡Aún le quedan muchos años a este saco de huesos!»), a Mimi no se le ocurrió nada más que decir. Tras pasar años conversando con Luan Zya sobre filosofía, ingeniería, política, poesía y matemáticas, había olvidado cómo

conversar con su madre.

Mimi estaba completamente avergonzada.

—¿Por qué no te echas una siesta después de comer? —dijo su madre, rompiendo el incómodo silencio—. Daré la vuelta a las sábanas de la cama para que esté limpia —el tono que había empleado parecía dar a entender que Mimi era una invitada, la hija de un magistrado o un estudioso.

—No necesito echar la siesta —dijo Mimi—. Puedo ayudarte en casa o en el campo. ¿Qué necesitas?

Su madre sonrió.

—Oh, te aburrirías. Tengo que acercarme a casa del maestro Ikigégé y

ayudar a su hija mayor a cortar mariposas de papel para su boda.

—¿No se supone que debe hacerlo ella misma?

—Bueno, tiene los dedos gruesos, aunque está intentando perder peso antes del gran día.

Aki y Mimi soltaron una risita. Por un momento parecían haber vuelto a los viejos tiempos, pero luego Aki añadió:

—Ya llego tarde. Si no voy pronto, me subirá el arriendo otras cinco monedas.

A Mimi se le congeló la expresión.

—¿Cómo puede Ikigégé hacer eso? El arriendo lo determina el contrato.

Aki puso los platos en la pila y

comenzó a lavar; sus dedos agrietados entraban y salían del agua como peces escamosos.

—El maestro Ikigégé dice que el regente ha subido los impuestos siguiendo órdenes del emperador Ragin. Como los impuestos no figuran por separado en el contrato, todos sus aparceros tenemos que cargar con una parte de los mismos.

Esto no tenía sentido para Mimi. ¿Por qué el emperador, que supuestamente se preocupaba por las vidas de los pobres, aumentaba los impuestos a los más pobres de entre los pobres?

Mientras secaba los platos, Aki continuó.

—Pero el maestre Ikigégé es generoso y se ofreció a reducir la parte que me corresponde pagar si hago faenas en su casa. Trabajo allí como criada para que no tenga que contratar a una y al menos así puedo pagar el arriendo.

La idea de su madre trabajando como una mula a entera disposición del terrateniente asqueaba a Mimi.

—Mamá, no vayas. Ahora estoy en casa y puedo ir en tu lugar. Siento haber estado ausente tanto tiempo, pero ya no tendrás que sufrir más.

Esto es lo correcto, ¿no? Estoy segura de que Kon Fiji lo aprobaría.

Pero Aki apiló los platos y sacudió

la cabeza.

—Ahora tienes un nuevo nombre, Zomi Kidosu. Ya no eres la hija de un simple granjero.

—¿Qué estás diciendo, mamá?

Aki se dio la vuelta y cruzó las manos sobre su regazo.

—¿Recuerdas la leyenda que dice que si una carpa dorada salta sobre las cataratas Rufizo se convierte en un dyran de cola de arco-íris? Tú has saltado sobre las cataratas Rufizo, Mimi-*tika*. Tienes futuro, pero no aquí. No conmigo.

Mimi cerró los ojos y recordó cuando Luan y ella habían volado en cometa: después de ver el mundo desde esa altura, ¿podría pasar el resto de su

vida en esta pequeña morada de una sola habitación, sin salir de los límites de unos cuantos acres de tierra y una estrecha franja de playa? ¿Sería capaz de inclinarse y humillarse ante su terrateniente por unas cuantas monedas después de haber criticado la filosofía de las Cien Escuelas? ¿Podría soportar el tedio de esta forma de vida tras haber conocido muchas otras cosas?

—Tienes el alma inquieta —dijo Aki—. Siempre ha sido así, pero ahora más.

Mamá tiene razón, pensó Mimi. Este ya no es mi hogar. Tengo que encontrar uno nuevo.

—Haré que te sientas orgullosa de mí, mamá. Me inscribiré en el Examen

Municipal; te daré honor y riqueza. Me aseguraré de que comas arroz blanco a diario y vistas de seda y duermas en colchones de plumas por la noche.

Aki se acercó, agarró a Mimi y tuvo que estirarse para acariciar la cara de su hija.

—Lo único que quiero, hija mía, es que seas feliz. Partes hacia mar abierto, mi pequeña, y siento que tu mamá no tenga el conocimiento o las aptitudes para ayudarte.

¿Qué me importa el deber de los instruidos?, pensó Mimi. ¿Por qué debería intentar mejorar las vidas del conde de Méricüso o del maestro Ikigégé? Lo único que me preocupa es

la gente a la que amo.

Mimi devolvió el abrazo a su madre.

—Te daré una vida mejor. Lo juro.

CAPÍTULO DIECISIETE

A TRAVÉS DEL VELO

PAN: TERCER MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

—Zomi Kidosu estaba en lo cierto —
dijo Dafiro Miro—. Los *cashima* que no
han alcanzado el rango de *firoa* se
estaban manifestando a las puertas de
palacio. Golpeaban gongs y cantaban
exigiendo la revisión de las

composiciones del Gran Examen por un nuevo comité de jueces. Sus payasadas habían atraído a un gran número de ociosos y transeúntes curiosos.

Kuni hizo una seña para que todos guardaran silencio y puso atención. No llegaba sonido alguno de golpes de gong, cánticos estudiantiles o gritos de muchedumbre, ni siquiera amortiguado.

—Dije que se *estaban* manifestando —el tono del capitán era humilde, pero traslucía cierta satisfacción vanidosa. Hizo una pausa, dejando que el silencio se prolongara, como un narrador de historias manejando a su público.

Kuni retiró la cortina de cauris que colgaban de la corona con impaciencia,

para que Dafiro pudiera ver su cara y lo que pensaba el emperador de su intento de teatralizar.

Dafiro hizo una reverencia y se apresuró a explicarse.

—He dicho a los *cashima* amotinados que vos, *Rénga*, estabais interesado en conocer sus agravios pero que, siendo muchas las voces entre los estudiantes, preferíais recibir una sola petición firmada por el estudioso más sagaz de todos ellos. «El emperador Ragin en persona estudiará la petición, soslayando al tutor imperial Ruthi», les dije, y puede que también guiñara un ojo. «A lo mejor el propio emperador os concede una audiencia privada».

Kuni dejó que las ristras de cauris volvieran a su posición para ocultar la sonrisa.

—Muy listo, Daf.

A Dafiroy le brillaron los ojos.

—Tengo un maestro excelente,
Rénga.

Ni la emperatriz ni la consorte Risana pudieron evitar una sonrisa ante el comentario, y algunos de los generales que habían seguido a Kuni por más tiempo tuvieron que aguantar la risa. Kuni era bien conocido por sus fullerías cuando era joven.

Dafiroy hizo una reverencia a Zato Ruthi.

—Mis disculpas, maestro Ruthi. Me

figuraba que no desearíais reuniros con estos niños malcriados —Ruthi se limitó a hacer un gesto con las manos para indicar que no estaba ofendido por el pequeño embuste de Dafiro.

—¡Espera, espera! —Phyro saltó de su lugar al pie del estrado—. Papá, ¿cómo consiguió el capitán Miro disolver el motín con sus palabras? No lo entiendo.

Kuni lo miró cariñosamente —aunque el muchacho no podía verle la cara— y luego lanzó una mirada a Timu, que parecía igual de desconcertado. Solo Théra mostraba una sonrisa cómplice, como los ministros y generales del salón. El emperador

suspiró para sí en silencio.

—Daf, ¿por qué no se lo explicas al joven príncipe?

Dafiro asintió con la cabeza.

—Príncipe Phyro, ¿qué creéis que pasó con los estudiosos cuando les dije que presentaran una petición y les hablé de la posible audiencia privada?

Phyro abrió las manos en un gesto de impotencia.

—No tengo ni idea.

—Piensa Phyro —dijo Kuni con un atisbo de impaciencia en la voz—. No te estás esforzando.

Risana se interpuso amablemente.

—Imagina que estás en el lugar de los estudiosos. ¿Te acuerdas de lo que

pasaba cuando jugabas a la guerra con tus amigos? ¿Quién hacía de mariscal?

—Yo —dijo Phyro, con aspecto de estar aún más confundido.

Kuni sacudió la cabeza casi imperceptiblemente. Phyro solía jugar con los hijos de los ministros y nobles que residían en Pan pero siempre era él quien decidía el juego y asumía los mejores papeles por ser hijo del emperador. Tenía poca experiencia en las dinámicas de grupo, de la política. *Esto hay que remediarlo.*

Dafiro acudió diplomáticamente al rescate del príncipe.

—Los *cashima* amotinados son estudiosos con ambición, alteza. La

mayor parte de ellos están acostumbrados a ser el chico —o la chica en unos pocos casos— más listo de todos sus conocidos. Cuando mencioné que el emperador recibiría la petición del más brillante de ellos, era natural que todos reclamaran para sí ese honor; y yo añadí leña al fuego dejando caer que uno de ellos podría conseguir una audiencia privada con el emperador, lo que es casi tan bueno como ser *pana méji*.

Los ojos de Phyro se iluminaron con la luz del entendimiento.

—Entonces... ¿empezaron a pelearse para ver quién era el «más sagaz»? —se frotó las manos de gozo, sintiendo

haberse perdido una emocionante pelea.

Dafiro asintió.

—Pero como son estudiosos, alteza, sus peleas son... cómo lo diría... de un estilo diferente a los combates de lucha entre soldados.

—Apuesto a que compitieron a ver quién podía citar los pasajes más oscuros de Kon Fiji —dijo Phyro aguantándose la risa. Timu le lanzó una mirada furibunda y señaló sutilmente a Zato Ruthi, que fingía no darse cuenta de nada.

—Algo de eso ha habido, sí —confirmó Dafiro—. Y luego empezaron a señalarse mutuamente los errores gramaticales y luego los errores en las

correcciones, y luego los errores en las correcciones de las correcciones. Uno de ellos comenzó a hacer comentarios sarcásticos sobre el acento con que recitaban los epigramas anu; otro señaló el estilo anacrónico de los discursos declamatorios. Les dejé continuar de esta guisa un rato hasta que sus rostros se sofocaron y les entró sed de tanta alocución, momento en el que les indiqué cómo llegar a las mejores tabernas de Pan. Se pasarán allí el resto del día, razonando y debatiendo. Los *cashima* se llevaron los gongs con ellos y el resto de la gente que estaba allí les siguió para seguir disfrutando de teatro gratuito, o se dispersó.

—Por esa razón, Ra Oji dijo en una ocasión: *Dogido çalusma co jhuakin ma düimon wi cruluféü lothéta, noäü lothu ro ma gankén do crucruthidalo* —añadió Kuni—. Si diez estudiosos tuvieran que empezar una rebelión, tardarían tres años solo en ponerse de acuerdo en el nombre de su facción.

Phyro se rió con tanta energía que empezó a toser.

—Parece que, ejem, encajarías bien con ellos, *Toto-tika*.

Timu se levantó incómodo, con la cara enrojecida por la furia, incapaz de responder a la burla.

Théra observó las expresiones avergonzadas de las caras de los otros

pana méji al oír las chanzas a costa de sus compañeros examinandos. Dejó de sonreír y se dirigió a Dafi-ro.

—Gracias por tu rápida reacción, capitán Miro. Estoy segura de que nuestro padre te agradece que desviaras la rabia momentánea de los estudiosos, espina dorsal de la burocracia imperial, sin causarles daño. Ellos son el verdadero tesoro de Dara.

La princesa se inclinó ante Dafi-ro en *jiri* y Dafi-ro le devolvió el gesto con una profunda reverencia, ahora ya también con un gesto de seriedad en la cara. Timu y los *pana méji* se relajaron.

Kuni miró complacido.

—Hablaré con los estudiantes una

vez que hayan elegido a su representante. Es mucho lo que se juegan en los exámenes y es comprensible que reaccionen así por la frustración, pero estoy convencido de que la integridad del método es irrefutable y les persuadiré de que entren en razón.

Zomi Kidosu, en silencio durante todo el diálogo entre Miro y los niños, intervino ahora.

—Puede que hoy hayáis conseguido pacificar a los *cashima* frustrados mediante una estratagema, pero el verdadero problema, la arbitrariedad de los exámenes, sigue sin resolverse.

Todos los presentes en el Gran Salón de Audiencias volvieron a ser

conscientes de que seguían en mitad del Examen de Palacio. Dafi-ro se retiró a un lado del salón, los niños se calmaron y se sentaron, Kuni enderezó la espalda y volvió a prestar toda su atención a Zomi.

—Has dicho que los ensayos premiados tienden a reflejar los gustos de las academias de Ginpen en Haan — dijo Kuni—. Puede que la crítica esté justificada, pero llevará tiempo conseguir que las demás regiones se consagren a la erudición tanto como Haan.

Zomi sacudió la cabeza.

—Eso no es todo, *Rénga*. Aunque las otras provincias tuvieran academias tan respetadas como las de Ginpen, los

exámenes no seleccionan el talento. Fijaos en los *cashima* que han sido tan fácilmente manipulados por la estratagema del capitán: son bobos de mente estrecha que han memorizado diez mil ideogramas anu y piensan que saben todo lo que hay que saber. Tal pobreza de espíritu no puede conducir a la verdadera belleza, la verdadera gracia o la verdadera agilidad mental.

Kuni quedó momentáneamente aturdido por su vehemencia, lo que dio pie a la intervención de Risana.

—Zomi Kidosu, ¿tienes una opinión diferente de lo que es verdadera belleza, verdadera gracia o verdadera agilidad mental?

Zomi asintió.

—El maestro Ruthi ha mencionado el poder de los ejemplos extraídos de la propia vida para persuadir, pero la vida de sus estudiantes es tan distinta de la vida de la mayor parte de los súbditos del emperador como la vida de la mimada rosa del invernadero lo es de la del diente de león de los campos.

»Este hombre pinta un panorama del mundo en el que su familia vuelve a tener pleno dominio de un reino. Ese otro de ahí desea un mundo ideal en el que las leyes y los impuestos sean reformados para que su familia acumule riqueza. Disfrazan estas aspiraciones con citas de filósofos muertos, pero yo

solo veo fealdad e hipocresía. Mirad a estos hombres —Zomi señaló a los demás *pana méji*—. Ni uno solo de ellos ha tenido que trabajar jamás para conseguir la siguiente comida ni ha tenido que mendigar al administrador de la corvea un aplazamiento...

El rostro de Kuni Garu, oculto tras el velo de cauris, se contrajo.

—...dudo de que cualquiera de ellos sepa distinguir una espiga de sorgo de una de trigo, o calcular el peso del pescado capturado en una jornada tirando de las redes en el golfo de Gaing. Nunca han sudado tras un día de trabajo honrado ni les han sangrado las ampollas que se han hecho al manejar la

hoz o subir las redes.

»¿Alguna vez os ha dicho alguien del Colegio de Abogados que vuestra política de aumento de impuestos a los comerciantes terminaría perjudicando a los pequeños agricultores a quienes pretendíais ayudar?

Kuni sacudió la cabeza.

—Cuando se aumenta la presión fiscal a los comerciantes, que, como ha indicado la emperatriz, suelen ser también grandes terratenientes, trasladan el impuesto a sus aparceros e incrementan su carga.

—Eso no tendría que...

—Ya sé que eso no tendría que ocurrir. Pero ocurre: le ocurrió a mi

madre. Aunque seáis vos el que emite los edictos y dictamina las políticas, en las aldeas son los ricos los que hacen lo que quieren y los pobres tienen que obedecer. Las voces de los pobres no tienen eco en estos salones, por lo que no estáis al tanto de su grave situación.

—No siempre he sido emperador de Dara —dijo Kuni Garu con voz serena—. Una vez fui un muchacho que esperaba junto a la carretera para contemplar el desfile de Mapidéré y vagabundeaba por los mercados de Zudi, lleno de tentaciones pero sin poder comprar nada. Hubo días en que no sabía de dónde iba a sacar mi siguiente comida.

—¡Razón de más para que seáis vos quien pese el pescado en lugar de confiar en informes interesados, modelos imaginarios y visiones esperanzadoras!

Kuni estaba a punto de defenderse, pero Zomi no permitió que la interrumpiera.

—¡Y miradlos! —hizo un gesto con el brazo señalando a los demás *pana méji*— ¡Todos son hombres! Aunque hayáis abierto el funcionariado a las mujeres, solo unas docenas de los *cashima* llegados a Pan para el Gran Examen son mujeres y de ellas apenas un puñado han adquirido el rango de *firoa*.

»¿Qué saben los que están en vuestro Colegio de Abogados de la bellezapreciada por las mujeres que no sirve para el deleite de los hombres? ¿O de los aprietos que pasan las mujeres que deben criar a sus hijos sin ninguna de las ventajas que se conceden a los hombres? ¿O de las razones por las que algunas venden su cuerpo en las casas índigo? ¿O de las causas que hacen que a muchas les resulte razonable elegir un matrimonio que equivale a la servidumbre?

Risana no podía evitar asentir enérgicamente a medida que Zomi hablaba. Recordaba la vida que había llevado con su madre antes de conocer a

Kuni Garu. Se reprendía internamente por haber dejado que le absorbieran las preocupaciones de la vida en el palacio y no haber hecho más por quienes vivían como ella había vivido antes. Esta joven era toda una inspiración.

—¿Pueden vuestros *firoa* reaccionar con algo que no sea condescendencia a la canción de un pescador compuesta con palabras toscas y sencillas de su dialecto? —Zomi no daba pausa a su discurso—. ¿Pueden apreciar la creatividad y el amor que la hija de un agricultor pone en una carpa saltarina confeccionada plegando el papel anteriormente utilizado para envolver frutos secos tostados? ¿Cómo pueden

ellos —y vos mismo— valorar los ejemplos extraídos *de la vida de la gente*? Habéis olvidado...

—¡No vamos a dejar de salir al mar porque no podamos capturar todo el pescado! —el emperador se controló a sí mismo y, tras un momento, continuó en un tono más calmado—. Antes del tiempo de Mapidéré, algunos estados ejercían toda la administración a través de los nobles de alta cuna, mientras que otros solo permitían el acceso a la administración civil a aquellas familias que poseían tierras. Fue Mapidéré quien abrió dichos exámenes a todos los hombres, aunque en la práctica sus jueces pudieran ser sobornados. Yo he

ampliado el acceso a cualquier candidato sin tener en cuenta su sexo o su posición y he reforzado la imparcialidad mediante preguntas y criterios de clasificación homologados en todo el imperio. Por muy imperfectos que sean, ¿no es también cierto que son mejores que cualquiera de los anteriores?

—*Rénga*, no deseo faltáros al respeto, pero os parecéis a aquel pescador que, teniendo la bodega repleta de pescado podrido, se reía de otro que tenía una bodega aun más grande repleta de pescado podrido.

—¡No se puede alcanzar la perfección en un corto periodo de

tiempo! La escala de exámenes imperiales no elevará a todos los hombres y mujeres de talento, pero ofrece un rayo de esperanza a quienes son pobres y aplicados. Tú misma provienes de una familia de aparceros sin ningún poder, pero hoy estás en una posición que te sitúa entre los eruditos más reconocidos de Dara. Eres una buena muestra de mi confianza y mi fe en el sistema.

—Yo difícilmente constituyo un buen ejemplo —dijo Zomi—. He sido bendecida con la posibilidad de estudiar con... un maestro al que pocos pueden aspirar y cuando parecía que se me iba a negar la posibilidad de acceder al

examen, unos desconocidos acudieron en mi ayuda. Pero no siempre se tiene tanta suerte.

A pesar de lo orgulloso que se sentía de su alumna, Luan tuvo que reprimir sus emociones. Zomi estaba decidida a superar el examen por sus propios méritos, y él de ninguna manera podía revelar su relación con ella. *Eres un polluelo de águila que remonta el vuelo; una cría de tortuga sumergiéndose en el mar.*

—Entonces, es la voluntad de los dioses que te eleves por encima de los demás —dijo Kuni—. Yo ascendí al trono de Dara gracias a una combinación de suerte y aptitud; nuestros destinos

deben más al azar de lo que nos gustaría admitir.

—Ese es el consejo de quien ha perdido la esperanza, *Rénga*. Si lo que buscáis es el verdadero talento, vuestro sistema de exámenes recuerda a aquel hombre que buscaba perlas buceando bajo el embarcadero porque era cómodo y seguro, mientras argumentaba que el movimiento aleatorio de las mareas pondría a su alcance las perlas más valiosas.

Un largo silencio en el Gran Salón de Audiencias siguió a estas palabras.

Inesperadamente, el príncipe Phyro se manifestó:

—Da la impresión de que

simplemente tienes envidia porque ellos son ricos y tú no. Pero sus familias han trabajado tanto como la tuya para acumular su riqueza. ¿Por qué no iban a disfrutar sus hijos de las ventajas que les otorga haber nacido en una familia rica?

Tanto Risana como Kuni miraron al chico. Risana estaba a punto de regañarlo por atreverse a hablar en este solemne salón, pero Kuni le hizo una seña para que le dejara.

—Supongo que es una manera de verlo —dijo Zomi—. Pero dejadme explicarlo de otra forma —caminó hacia un lado, se colocó junto a Zato Ruthi y le hizo una reverencia.

—¿Puedo utilizar esto? —preguntó, señalando la pila de cajas finas de manera que guardaban los ensayos del examen—. No he preparado la presentación, como estáis viendo, así que tengo que improvisar.

Sorprendido, Ruthi asintió.

Zomi tomó cuatro de las cajas, volvió a su sitio y las dejó en el suelo formando una hilera. Se arrodilló y las ocultó de la vista con los bajos de su túnica, dando la impresión de que metía algo en ellas. Luego se levantó, descubrió las cajas y se colocó de pie detrás de ellas.

—He puesto unos humildes regalos para vosotros en estas cajas —dijo

Zomi, mirando uno por uno a Timu, Théra, Phyro y la pequeña Fara—. Una contiene un pastel milhojas bañado en miel y relleno de semillas de loto. Las otras tres están vacías. Podéis escoger una y lo que encontréis en ella será vuestro postre esta noche. Si os toca el pastel milhojas, no tenéis obligación de compartirlo con vuestros hermanos. Y si os toca una caja vacía, no podéis quejaros. ¿Qué os parece el trato?

—Mmm... —dijo Phyro.

—Es injusto —dijo Fara con su voz aguda e infantil—. ¡Deberíamos compartirlo!

—¿Por qué es injusto?

—Yo no he hecho nada malo —dijo

Phyro—. ¿Por qué me tiene que tocar una caja vacía?

Zomi miró a Phyro.

—Antes de nacer, todos nosotros no somos más que potenciales. No tenemos control alguno sobre el momento de la encarnación: podemos acabar siendo hijo de un emperador o hija de un campesino. Cuando llegamos al mundo, el velo se levanta y nos encontramos con una caja que determina nuestro destino sin tener en cuenta nuestros méritos. Sin embargo, los grandes filósofos siempre han dicho que todas las almas tienen el mismo peso a los ojos del Padre del Mundo, Thasoluo. Sería de lo más extraño que nuestro sentido de la

justicia, cultivado por la sabiduría de los eruditos, no estuviera a la altura del de una niña de cuatro años.

La cara de Phyro enrojeció, pero no tenía respuesta.

Inesperadamente, el príncipe Timu acudió a su rescate.

—Eso es simple sofistería, Zomi Kidosu.

Zomi Kidosu lo miró con sangre fría. Timu prosiguió:

—Malinterpretáis a los filósofos clásicos. Que nuestras almas sean iguales a los ojos del Padre del Mundo no significa que tengamos que lograr la igualdad material. Los sabios nos enseñan que las personas nacen con

rangos distintos, pero que todos tenemos un papel que desempeñar en la armoniosa ópera de la vida. Hablas como si fuera malo ser un campesino, pero también hay nobleza en la pobreza virtuosa; hablas como si fuera bueno ser un rey, pero las preocupaciones de un rey son tan grandes como su fortuna. Ninguno de los dos es por naturaleza mejor que el otro. Ambos deben esforzarse para sobresalir en la posición asignada. No todos prefieren un pastel milhojas. *Esa* es la verdadera sabiduría.

—Ya veo —dijo Zomi—. Entonces, príncipe Timu, seguramente no pondréis objeciones si yo me como el milhojas y os dejo el papel que lo envuelve para

que lo chupéis. De hecho, ¿por qué no intercambiamos nuestra posición para que yo pueda experimentar el sufrimiento que os producen vuestras múltiples preocupaciones en palacio y vos podáis experimentar la nobleza de la miseria en mi choza de barro?

Ahora le tocó a Timu quedarse sin palabras:

—Tú... tú...

La emperatriz Jia miró a Zomi con rostro helado.

—Timu, silencio.

—Entonces, ¿dónde está el pastel milhojas? —preguntó Fara, que seguía mirando fijamente las cajas—. ¿Puedo probar?

Zomi asintió.

Fara abrió la primera caja: estaba vacía.

—¿Puedo intentarlo otra vez? —dijo mirando a Zomi, que asintió.

Fara abrió la segunda caja, luego la tercera y, finalmente, la última. Todas estaban vacías.

—¿Dónde está el pastel?

—No hay ningún pastel.

Fara la miró entrecerrando los ojos.

—¡Pero dijiste que había uno!

—Para muchas personas de talento de Dara, esa es la clase de promesa que suponen los exámenes imperiales.

—Parece evidente que tienes una propuesta que no escribiste en tu ensayo

—dijo Kuni—. Tal vez sea el momento de presentarla.

Luan Zya no dejaba de mirar a Zomi, con la cara tensa. Pero Zomi evitaba encontrarse con sus ojos y no apartaba su mirada relajada del emperador.

—Propongo abolir por completo el uso de los ideogramas anu y el anu clásico en los exámenes imperiales —su voz era firme y segura—. Las pruebas se harán exclusivamente en la lengua vernácula usando las letras zyndari.

Kuni se quedó helado, al igual que los ministros, generales y nobles congregados. El Gran Salón de Audiencias estaba tan silencioso que solo se oía el sonido de la multitud a lo

lejos.

Empezaron a escucharse murmullos de incredulidad entre los ministros reunidos y algunos tuvieron que sofocar la risa.

Théra no perdía detalle de cada palabra pronunciada por la joven estudiosa. Nunca había oído a nadie tan atrevido, tan original. Zomi era como un relámpago que hubiera iluminado el cielo oscuro; nunca pensó que fuera posible poner el mundo patas arriba de esta manera, reinventarlo como si no importara nada de lo que hubiera existido antes.

—Seguramente tú... —empezó a decir Kuni.

—¡Es ridículo! —Ruthi pareció no ser consciente de que había interrumpido al emperador o, en todo caso, no le preocupaba haberlo hecho—. Si no te parece importante el conocimiento de los ideogramas clásicos anu, ¿por qué no abolimos también la alfabetización?

—Las cosas no son así. Un niño tarda alrededor de un mes en aprender las letras zyndari y en comenzar a escribir en su lengua materna. Sin embargo, consideramos que es inaceptable escribir únicamente con letras zyndari y necesitamos años de estudio para aprender las complejidades de las palabras muertas de los filósofos anu y

distorsionar nuestra mente para ajustarla a su molde. Solo aquellos que no tienen que vivir de los frutos de su trabajo pueden ir a las escuelas que basan sus enseñanzas en los ideogramas.

»Ese sistema de enseñanza valora un tipo de razonamiento esclerótico, agotado y orientado hacia el pasado. Si abolimos la necesidad de utilizar los ideogramas anu y reflejamos la sabiduría de la nueva era en la lengua vernácula, utilizando exclusivamente letras zyndari, habrá tal florecimiento de la enseñanza por toda Dara que tendréis muchas más probabilidades de encontrar el talento que buscáis. En lugar de buscar perlas en los arrecifes poco

profundos cercanos a los muelles de Haan, arrojaríais la red a lo largo y ancho de todo el océano.

»Yo no defiendo que descartemos por completo los ideogramas. Conozco bien las ventajas que ofrecen en cuanto a belleza, expresividad literaria, mantenimiento de la conexión con el pasado y posibilidad de que personas que hablan diferentes lenguas se comuniquen y sé que sirven para configurar una visión del mundo que aporta gozo y consuelo. Pero el coste que imponen a los exámenes es demasiado elevado. Me apasionan los ideogramas tanto como a cualquiera de vosotros, o incluso más, pero el amor

que despiertan en nosotros no significa que debemos aferrarnos a ellos cuando las circunstancias han cambiado. Es tiempo de abandonar viejas maquinarias y reconstruir las mentes de Dara.

El Gran Salón de Audiencias estalló con voces indignadas y discusiones.

Ahora, pensó, espero que mi secreto se mantenga oculto.

CAPÍTULO DIECIOCHO

UN HEREDERO PARA EL IMPERIO

PAN: TERCER MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

En la parte de atrás del palacio, tras el muro que dividía los espacios públicos del ala privada de la familia imperial, había un jardín.

Aunque su superficie, equivalente a

la de una granja de mediano tamaño, no era grande en comparación con las posesiones de los antiguos reyes Tiro, que solían contar con terrenos de caza privados y centros de vacaciones en la costa de miles de acres, estaba dispuesto de manera intrincada y reflejaba los gustos de la familia imperial.

El extremo occidental del jardín pertenecía a la emperatriz Jia, quien lo había llenado de flores decorativas y hierbas medicinales. Variedades de todos los tonos de crisantemos y rosas florecían en maceteros de coral y obsidiana dispuestos en círculos concéntricos que reproducían las

espirales de flores plantadas en cada uno (y que facilitaban su traslado a los invernaderos durante los meses fríos). Hierbas recogidas en cada rincón de Dara crecían en eras rectangulares, cada una claramente marcada con el nombre de la planta, su lugar de origen y un aviso si la planta era tóxica. En el centro de las parcelas dedicadas a las hierbas se levantaba un cobertizo construido a semejanza de las casetas de plantas medicinales de Cocru, que daba la impresión de haber sido trasladado directamente de las calles de Zudi.

La parte oriental del jardín pertenecía a la consorte Risana, quien había decidido levantar allí un laberinto

formado por elaborados setos bien espesos; rocas lacustres llenas de pliegues y cavidades que recordaban inmensas esponjas; formaciones corales extraídas del mar; y pequeños estanques donde vivían bancos de coloridas carpas que reflejaban serenamente el sol como los charcos creados por la marea. Aquí y allá crecían hierbas conocidas por sus cualidades para alterar la mente y la consorte Risana en ocasiones divertía a los niños practicando sus artes con el humo, convirtiendo el laberinto en un país de fantasía lleno de benévolo inmortales que ofrecían sabios consejos y monstruos mitológicos que hacían las delicias de los niños con

estallidos de risas terroríficas.

Pero los escasos visitantes que tenían del privilegio de acceder al jardín estaban de acuerdo en que la parte central del mismo, la reservada al emperador, era la más peculiar.

Los niños, que habían retrasado su salida del Gran Salón de Audiencias al concluir el Examen de Palacio para poder presenciar el raro espectáculo de los señores de Dara saliendo según su rango y autoridad, como si formaran parte de una danza coreografiada — aunque en realidad también lo hicieron para retrasar la inevitable regañina de la emperatriz Jia y del maestro Ruthi por

haber interrumpido el acto—, salieron por fin del salón para regresar al ala familiar en la parte trasera de palacio.

Atravesaron la puerta custodiada del Muro de la Tranquilidad, cruzaron el pequeño puente de arcadas sobre el arroyo que fluía de oeste a este y marcaba la separación entre las zonas pública y privada del palacio, y entraron en el jardín.

A su izquierda había un campo inundado que se convertiría en arrozal en primavera. A su derecha, había una parcela de taro y un huerto repleto de estructuras que daban soporte a las parras. Quien no supiera que se trataba del jardín imperial, pensaría que los

príncipes y las princesas habían penetrado en una granja de Cocru.

Había incluso un hombre ataviado con la indumentaria tradicional de los campesinos Cocru: mallas blancas confeccionadas con largas tiras de tejido de cáñamo, sombrero de junco de ala ancha que le protegía la cara y el cuello del sol y túnica ligera con los bajos metidos por el cinto para darle libertad de movimiento. Acarreaba dos cubos de agua colgados de los extremos de una pértiga desde el arroyo al huerto.

—*Rénga* —dijo Timu—, vuestros obedientes hijos os presentan sus respetos.

El hombre del sombrero de junco se

detuvo, se giró lentamente para no derramar el agua de los cubos y sonrió a los niños. No era otro que el mismísimo Kuni Garu, el emperador Ragin de las islas de Dara.

Aunque Féso y Naré Garu se habían dedicado a la agricultura, eran propietarios de las tierras, pero no las cultivaban. Cuando Kuni era niño, los Garu se instalaron en la ciudad de Zudi y arrendaron su granja para obtener un dinero que les facilitara sus otros intereses empresariales. Kuni apenas tenía vagos recuerdos de su vida en la granja. Pero cuando se convirtió en emperador y, sobre todo, tras la muerte de su padre, comenzó a cultivar la tierra

como una especie de pasatiempo al que se dedicaba con dedicación en el jardín imperial. Quizá fuera su manera de honrar las raíces familiares y, de hecho, los cimientos económicos que sostenían toda Dara.

—Venid a ayudarme —dijo Kuni—. Puedo enseñaros los brotes de taro y de judías verdes.

—Reverenciado y honrado padre —dijo Timu—, tal invitación supone toda una lección de humildad para mí. ¡Vuestra preocupación por el bienestar de los súbditos más modestos de Dara no tiene precedentes! Rebajaros a realizar la tarea de obtener el sustento de la tierra es como si una cruben se

dignara a actuar como una simple gamba. Al experimentar en carne propia la vida de la plebe, el soberano virtuoso puede sentir con más fuerza sus vínculos con el pueblo. En realidad, Kon Fiji, el Verdadero Sabio, dijo en una ocasión...

—Es suficiente, Timu —le interrumpió Kuni. Seguía sonriendo, pero mostraba una pizca de impaciencia en los ojos—. Lo único que tienes que decir es: «Estoy ocupado, gracias pero no».

—Mmm... el maestro Ruthi me ha transmitido que quiere impartir algunas lecciones importantes a este ignorante discípulo. Me encuentro atrapado en la difícil situación de tener que escoger

entre obedecer a mi padre, soberano del imperio y molde de mi cuerpo, o a mi maestro, soberano del reino del conocimiento y molde de mi mente...

—¡Vete, vete! —dijo Kuni, moviendo una mano como si quisiera ahuyentar a una pesada mosca. El movimiento desequilibró la pértiga sujeta sobre sus hombros y se derramó parte del agua de los cubos.

—Mi agradecimiento por vuestra indulgencia es infinito, *Rénga* —Timu hizo una reverencia y salió corriendo.

Kuni se rio por lo bajo pero reprimió un suspiro. *Es evidente que consideras impropio de ti cavar la tierra y realizar trabajos físicos, porque tomas al pie de*

la letra a Kon Fiji cuando dijo que las tareas humildes debilitan la mente. A veces me pregunto si es bueno leer tantos libros. ¿Por qué eres tan distinto a mí?

Se volvió hacia Phyro.

—¿Y tú, Hudo-tika?

—Estoy ocupado, papá. Gracias pero no.

Kuni se echó a reír con ganas, derramando más agua de los cubos.

—Ya veo. ¿Qué te mantiene tan ocupado?

—El capitán Miro me ha prometido venir a contarme más cosas sobre cómo consiguió que esos estudiosos empezaran a beber y dejaran de

amotinarse, y luego quiero pedir a tía Gin y a tío Théca que me cuenten historias del hegemón.

Kuni asintió y le hizo un ademán para que se fuera. *Phyro se parece mucho a mí cuando era pequeño, pero ha idealizado demasiado el valor y la guerra. Ha vivido cómodamente y no sé cuándo o cómo va a aprender a tener la paciencia necesaria...*

Por último, se giró hacia las chicas.

—¿Y vosotras, Rata-tika y Ada-tika? ¿También tenéis cosas que hacer?

—¡A mí me encanta jugar con el barro! —chilló Fara echando a correr para abrazar a Kuni. Fue tan rápida que a Kuni no le dio tiempo a quitarse de los

hombros la pértiga con los cubos y el agua volvió a derramarse cuando Fara le abrazó las piernas. Luego se soltó y corrió feliz hacia el arrozal vacío, salpicando todo a su paso, sin importarle manchar su lujoso vestido.

—Padre —Théra se acercó a Kuni y le hizo una pequeña reverencia en *jiri*. Echó un vistazo a los cubos—. Creo que deberíamos volver a rellenarlos en el arroyo.

—Tienes razón —dijo Kuni—. Tus hermanos y hermana me han hecho derramar la mayor parte del agua.

Bajó la pértiga y soltó los dos cubos, pasándole uno a Théra. Padre e hija regresaron al arroyo y los rellenaron.

Théra seguía a Kuni a duras penas por el peso del cubo y el agua comenzó a salirse por los bordes al balancearse al ritmo de sus pasos.

—Espera, déjame ayudarte —dijo Kuni. Se agachó, agarró una pequeña tabla del suelo y la colocó flotando en medio del cubo de Théra—. Prueba ahora.

Aunque Théra seguía forcejeando con el peso, la tabla disminuía las ondas formadas en el cubo y el agua ya no se derramaba.

—Gobernar se parece bastante a cargar un cubo de agua —dijo Kuni—. Siempre hay fuerzas contrapuestas que amenazan con crear olas, y la tarea del

gobernante es encontrar el modo de equilibrar las diferentes fuerzas y que no se derramen sin control, para poder regar la tierra y que la gente coma.

—¿Y por qué no dejar el cubo en el suelo para que no se agite? —preguntó Théra con la respiración algo alterada.

—Porque entonces tendríamos un cubo lleno de agua muerta y no crecería nada. El movimiento hacia adelante es esencial, *Rata-tika*. El cambio es la única constante.

Théra no pudo evitar pensar que probablemente esas palabras habían sido ensayadas pensando en sus hermanos. Pero se alegraba de estar compartiendo ese momento con su

padre. Siempre había disfrutado oyéndole hablar de política y economía y él siempre había pospuesto lo que estuviera haciendo cuando los niños querían pasar un rato a su lado, aunque ella intentaba molestarlo lo menos posible.

—¿Recibes presiones de muchas personas, padre?

—De demasiadas para poder contarlas. Los nobles quieren más independencia; los ministros civiles, más uniformidad; los miembros del Colegio de Abogados, que se les tenga más en cuenta; los generales, más dinero para pagar a sus soldados; los veteranos, más tierras para colonizar;

los comerciantes, más presupuesto para combatir a los piratas y más magistrados competentes —incluso he tenido que reintroducir la figura de los abogados litigantes—; los agricultores quieren más ayudas para riegos y el aprovechamiento de nuevas tierras; todos pretenden que se suban los impuestos a los demás. Soy como una cometa zarandeada por los vientos en todas direcciones y lo único que puedo hacer es mantenerme a flote.

Théra se imaginó a su padre volando en el aire como contaban las leyendas del hegemón y sintió hacia él una oleada de ternura. No era exactamente piedad, pero le resultaba extrañamente emotivo

oír decir a su padre, que siempre había parecido tan seguro de sí mismo, que no sabía todas las respuestas.

—Menos mal que tienes un montón de ministros y generales sabios para aconsejarte.

—Ah, pero ellos solo ven una parte del todo y me necesitan para mantener el equilibrio. Esa es la razón, *Rata-tika*, por la que diseñé mi corona de modo que me ocultara la cara y no pudieran verme la expresión cuando me esfuerzo por descifrar lo que tengo que hacer. La mitad de mi trabajo consiste en ocultar lo que pienso para que no me manipulen demasiado.

Llegaron hasta el huerto de verduras

y Théra, bajo la dirección de Kuni, utilizó un cazo construido con una calabaza cortada por la mitad para regar suavemente los brotes que asomaban en la tierra.

—*Rata-tika*, ¿sabes por qué no plantamos las verduras con el arroz o mezclamos las parras de vid con el bancal de taro?

Si hubiera hecho esa pregunta a Timu, habría contestado que cada planta debía crecer con las de su especie para mantenerse en el lugar que le correspondía en la cadena del ser. Si se la hubiera hecho a Phyro, habría contestado que era para evitar que las plantas lucharan unas con otras. Pero

Théra, de alguna manera, comprendió que era una prueba.

Observó el modo aparentemente descuidado en que estaba dispuesto el jardín del emperador: el arrozal tenía un contorno irregular; el bancal de taro era tan pequeño que apenas producía más que para unas pocas comidas; en el huerto de verduras crecía una mezcla de judías, melones y vegetales de hoja en aparente desorden; y más allá del huerto se extendía una zona herbosa donde crecían a su antojo flores silvestres como el diente de león.

Ningún verdadero agricultor haría las cosas de esa manera, ¿verdad?

Caminó alrededor del jardín,

mirándolo desde todos los ángulos. Aunque lo había recorrido innumerables veces e incluso lo había examinado de cerca unas cuantas, nunca se había dado cuenta de que... *¡espera, eso es!* Los contornos de las diferentes parcelas le recordaban a las islas de Dara.

Con cautela, dijo:

—Porque las distintas plantas necesitan distintos nutrientes y distinta cantidad de agua. El arrozal tiene que inundarse, mientras que a las parras les viene bien tener mucho aire y poca agua. Y hasta las hierbas que forman parte de tus dominios tienen sus propias necesidades.

Kuni asintió, aparentemente

satisfecho.

—Las diferentes regiones necesitan diferentes políticas.

A Théra le dio un brinco el corazón. *¡Tenía razón! La independencia concedida a los nobles era un experimento.*

—Y a lo mejor cuando se planta una nueva variedad es mejor hacerlo en diferentes bancales y someterla a diferentes regímenes para ver cuál funciona mejor.

Kuni echó a reír.

—Mi hija tiene talento para la agricultura... y quizá para mucho más.

—Podría ayudarte con los cultivos más a menudo.

—Me encantaría —dijo Kuni. Tras una pausa, añadió—: Fue muy inteligente de tu parte contribuir a que los *pana méji* y el maestro Ruthi salvaran las apariencias después de la actuación del capitán Miro en el Examen de Palacio. Ojalá tus hermanos poseyeran tu sensibilidad.

Théra se sonrojó, complacida por el cumplido.

—¿Qué piensas de la propuesta de Zomi Kidosu? —preguntó, ansiosa por saber lo que opinaba su padre de su protegida.

Kuni se la quedó mirando con curiosidad.

—¿La conoces?

—Mmm... no. Pero fue muy sorprendente.

Kuni seguía mirándola, pero no insistió en la pregunta.

—Algunas semillas solo prosperan cuando el terreno está adecuadamente preparado —dijo, sin elaborar más la respuesta.

Théra reflexionó sobre ello mientras continuaba regando el huerto con su padre.

Clanc, la calabaza rozó el fondo del cubo y salió vacía. Théra se incorporó y se secó la frente con una manga.

—¿Volvemos a por más agua?

Kuni vio su rostro empapado en sudor y relajó la expresión.

—Creo que es suficiente. Ya me has ayudado bastante. Las chicas no deben sudar mucho ni exponerse demasiado al sol. Puedes llevar a *Ada-tika* a jugar a la sombra en el jardín de tu madre.

Théra miró a Kuni, mordiéndose el labio inferior. Luego, armándose de valor y manteniéndose muy tiesa dijo:

—Padre, ¿durante la guerra le decías a la reina Gin que no debía sudar mucho ni exponerse demasiado al sol?

Por un momento, la expresión de Kuni quedó en suspenso entre la sorpresa y el bochorno, luego sus rasgos se relajaron dando paso a una sonrisa y se inclinó ante su hija.

—Mis excusas, princesa Théra. La

fuerza puede llevar túnica o vestido. No era mi intención ofenderte, pero tienes razón, mis palabras han sido desconsideradas. Posees el temperamento y la fuerza de voluntad de tu madre, y eso es bueno.

Théra se inclinó profundamente en *jiri*.

—Mi padre es un señor de mente abierta.

Cuando se disponían a regresar al arroyo con los cubos vacíos, se oyó un grito amistoso a cierta distancia.

—¡Luan! ¿Qué haces por aquí?

Kuni y Théra se giraron y vieron a Rin Coda, secretario imperial de clarividencia, cruzando el puente de

arcadas. Se dirigía a Luan Zya, que estaba de pie bajo el puente, como si intentara fundirse con el contrafuerte.

Luan salió de la sombra del puente e hizo una reverencia.

—Mis excusas, *Rénga*. No quería entrometerme en vuestro momento privado con los niños.

—¡Entrometeros! —dijo Rin—. ¡Si sois como de la familia! ¡Aunque habéis estado ausente mucho tiempo! Más tarde tenemos que compartir al menos seis copas de vino; me atrevo a decir que ahora poseo una colección excelente de licores y me apena que no hayamos podido pasar mucho tiempo juntos en vuestra visita. Mientras andabais por

ahí, mi gente ha tenido dificultades para manteneros vigilado —¡para vuestra protección claro!— porque sois como una tortuga escurridiza en el océano, ¡aparecéis unos pocos días en cualquier ciudad y luego desaparecéis durante meses!

Luan soltó una risita maliciosa.

—Gracias por preocuparos por mi seguridad, pero quizá sería mejor que nuestro jefe de espías no admitiese delante del emperador que sus empleados han tenido dificultades para vigilar a un simple erudito itinerante.

Rin hizo un movimiento con la mano quitándole importancia.

—Kuni sabe bien que yo vigilo de

cerca a los verdaderos agitadores. Solo pretendía poder traeros de vuelta en caso de que alguna crisis precisara vuestro consejo —respondió Rin Coda. Al ser amigo de la infancia del emperador, siempre se había permitido ser muy informal con él.

—Estoy seguro de que el emperador cuenta con hombres y mujeres mucho más sabios que un simple ingeniero.

—¡Oh, ya basta con eso! ¡Esa humildad exagerada suena a fanfarronada!

Kuni escuchaba su cháchara lleno de gozo. Le recordaba épocas en las que todo era más fácil.

—Padre, me retiraré con *Ada-tika*

para que puedas discutir asuntos de estado —dijo Théra. Sabía que cuando Rin acudía a hablar con su padre solían tratar asuntos secretos. Hizo sendas reverencias a Luan y a Rin en *jiri*, llamó a Fara y salió del jardín imperial en dirección al ala privada de palacio.

Kuni se giró hacia Rin.

—Los *cashima* continúan bebiendo y discutiendo —dijo Rin—. De momento, no causarán más problemas —luego pareció contrito al añadir—: Siento no haber previsto los disturbios.

Kuni hizo un movimiento con la mano quitándole importancia.

—No pasa nada. En algún momento tendré que considerar su petición.

Hablaré con Cogo y con Zato para ver el modo de resolver el desequilibrio entre regiones. Quizá un sistema en el que los estudiosos de fuera de Haan y Gan obtengan algunos puntos extra si es necesario.

—¡Ojalá consigáis convencer al testarudo Ruthi de la sensatez de vuestro plan! —dijo Rin—. Os dirá que cualquier candidato que pase gracias a los puntos extra se sentirá permanentemente en inferioridad frente a los candidatos de Haan, y que vuestro remedio es peor que la enfermedad.

—Y no le faltaría razón —dijo Kuni—. Por eso es un problema complejo. Pero las concesiones son el lubricante

que mantiene en marcha la maquinaria del estado —Kuni sonrió cuando Luan levantó las cejas ante esta metáfora ingenieril—. He estado guardando esta comparación para tu regreso.

Luan echó a reír.

—El emperador es un señor muy interesante.

—Ya destináis mucho dinero a estipendios para animar a los buenos profesores de Haan a trasladarse a otras provincias —dijo Rin—. Esas ratas de biblioteca no se dan cuenta de lo mucho que habéis hecho para resolver sus agravios.

—Cultivar la erudición en regiones sin tradición de estudio lleva tanto

tiempo como el que precisa un retoño para convertirse en un roble colosal — dijo Kuni—. Pero los jóvenes no poseen esa paciencia y hace falta poner en marcha medidas provisionales. Además, estoy intentando fomentar que más hijos de familias pobres vayan a la escuela para que se sumen a la reserva de talentos, a lo que seguro que se oponen los hijos de los ricos porque lo consideran un aumento de la competencia. En fin, cruzaremos ese puente cuando llegue el momento. ¿Tienes algo más que reportar?

—No mucho. Algunos nobles depuestos están creando problemas; dos de ellos se encontraron recientemente en

Pan. Pero no creo que lleguen a nada. Más preocupante resulta el culto al hegemón, que crece en las islas Tunoa y parece que se extiende a otras regiones. Por el momento, me he limitado a mantener la vigilancia. ¿Debería hacer algo más?

El rostro de Kuni se ensombreció, pero se relajó al instante.

—Es fácil para Mata ser recordado de un modo amable ahora que no es sino un fantasma vagando por Dara en lugar de un señor que cabalga de un extremo a otro de las islas reclamando tributos de sangre.

—Estos ingratos...

—¡No! Mientras sean pacíficos, que

el culto a mi hermano no encuentre impedimentos.

—Pero Kuni...

—No. Una respuesta contundente solo alentaría a aquellos que desean mi mal. Traicioné a Mata a orillas del Liru porque pensaba que lo hacía en aras de un honor mayor y si alguien cree que la Casa del Diente de León está fundada sobre el pecado, no quiero confirmar su opinión con el vano intento de reprimir a la población. Mata fue realmente un individuo extraordinario y para mí no representa ninguna amenaza que se venere su honor y su lealtad.

A su lado, Luan asintió, casi imperceptiblemente.

—¿Qué ocurre con la Carpa Dorada?
—preguntó Kuni.

—Está resultando difícil. A veces, los padres de las mujeres jóvenes requieren mucha persuasión, especialmente cuando son ricos.

—Entonces, céntrate en los pobres —dijo Kuni—. Quienes disfrutan de menos ventajas por el modo en que funcionan las cosas pueden ser más fáciles de convencer.

Rin asintió.

—Permitidme que me encargue —se volvió hacia Luan—. Recordad que nos vemos para beber algo más tarde; invitaré también a Cogo y a Gin. Pero antes... mmm... tengo que comprobar

algo en el jardín de la emperatriz.

Se despidió apresuradamente y se dirigió a la parte del jardín perteneciente a Jia.

Kuni se echó a reír.

—Jia se queja de que alguien se lleva sus hierbas felices sin permiso. Siempre sospeché que Rin era el culpable —se dio la vuelta y observó que Luan tenía una extraña mirada—. ¿Qué ocurre?

—Dado que no ocupo ningún puesto en la corte, no sé si debo comentar...

—¡Pero hombre! —dijo Kuni—. ¿Hace falta que juguemos a este juego? Una vez aceptado que no quieras verte envuelto en la política de la corte, ¿no

puedo pedir a mi viejo amigo que sea sincero conmigo?

Luan asintió, más tranquilo al ver que su señor seguía pensando así de él.

—Entonces, permíteme que hable sin ambages. No es bueno satisfacer nuestros apetitos libremente. Aunque debería celebrar que sigas tan vigoroso como para buscar nuevas... beldades, recuerdo una historia de Pan, después de que conquistaras el palacio del emperador Erishi, cuando penetraste en el ala de las mujeres...

—¿De qué rayos estás hablando? — interrumpió Kuni, cuyos ojos se habían ido poniendo como platos mientras Luan parloteaba.

—Mmm... de ese programa de la Carpa Dorada... ¿no hace referencia a la idea de que una carpa dorada que consiga remontar las cataratas Rufizo se convertirá en dyran? Y Rin mencionó mujeres jóvenes... así que... me alegro de hacerte gracia, *Rénga*.

Kuni se reía ahora con tantas ganas que no podía tenerse en pie.

—¡Oh, Luan, Luan! Has estado fuera *demasiado* tiempo. Debería ofenderme que me consideres tan zafio como para creer que estoy organizando algún tipo de concurso de belleza para escoger nuevas esposas entre la plebe de Dara. ¡La idea es...!

—Entonces, ¿qué le estás pidiendo a

Rin que haga?

Kuni hizo un esfuerzo por controlar la risa.

—Ejem... Zomi Kidosu tiene razón al decir que los exámenes imperiales, por mucho que pretenda que sean imparciales, no son una buena manera de atraer a los talentos de toda Dara. Aunque he abierto el acceso a los exámenes y al funcionariado a las mujeres, son pocas las que se han inscrito y todavía menos las que han ascendido en rango. Llevo tiempo pidiendo a Rin que encuentre a muchachas de talento y que ofrezca en secreto a sus padres un estipendio para animarlas a ir a la escuela y presentarse

a las pruebas: eso es lo que significa la Carpa Dorada. Pero, hasta ahora, los resultados han sido escasos, incluso en Haan. La mayoría de los padres no quieren que sus hijas abandonen el hogar y emprendan una carrera al servicio de la burocracia imperial.

—Las costumbres son difíciles de cambiar —dijo Luan. Le aliviaba mucho saber que su suposición era errónea. Tal vez había sido demasiado cínico respecto a Kuni Garu. Después de todo, era un señor que había optado por el camino más interesante, apostar por el triunfo.

—Lleva tiempo —aceptó Kuni—. Tengo que mantener en secreto el

proyecto por la gran influencia de los moralistas. Si fuera de conocimiento público, estoy seguro de que el Colegio de Críticos —Luan sonrió por el nombre alternativo con el que Kuni se refería al Colegio de Abogados— me enterraría bajo una montaña de peticiones por ignorar la tradición y desviarme de la virtud. Mi vida está llena de componendas.

—¿Me permitís que os ayude a llevar agua, señor Garu? —preguntó Luan. Por un momento le inquietó que pasar a la forma familiar para dirigirse a Kuni molestara al emperador, pero su rostro relajado le dio confianza. No todas las costumbres eran malas.

—Deberías estar en la corte y ayudarme con la carga de la administración.

—Soy un viejo búfalo, señor Garu, bueno para vagar por el bosque pero incapaz de seguir tirando del arado.

—¡Ja! Ya estamos otra vez. Un exceso de humildad para disfrazar una fanfarronada. Está bien, ya sé que amas tu libertad. Si estuviera en tu posición, tampoco querría regresar a la corte.

—Tengo que pedirlos algo.

—¿Ah, sí?

—¿Estaríais dispuesto a financiar una expedición al norte? Las crónicas del viaje del emperador Mapidéré a la Tierra de los Inmortales me preocupan.

Sabemos muy poco del mar. Los antiguos libros hablan de muros de tormentas y de islas vivientes que devoran a los viajeros, pero es difícil conocer la verdad.

Luan sacó de sus mangas los extraños pecios —llenos de grabados de bestias aladas con cuernos— y explicó su plan.

—Ya has decidido no quedarte en la corte, ¿verdad? —preguntó Kuni, con un tono de evidente decepción en la voz. Pero se quitó el sentimiento de encima —. Está bien. No puedo obligarte a ello. Pero tampoco puedo permitirme financiar una expedición a la altura de la locura de Mapidéré.

—Todo lo que necesito es una

pequeña flota de barcos aptos, equipados según mis especificaciones.

—Veré qué puedo hacer.

Mientras transportaban el agua hasta el huerto y seguían con la conversación sobre la familia y el trabajo, Luan percibió una sombra oscura bajo el aire de tranquilidad de Kuni.

—Aunque guiáis la nave del estado por aguas traicioneras —dijo Luan—, parece que la mano que lleva el timón es bastante firme. ¿Hay alguna otra cosa más profunda que os preocupa?

Kuni le dirigió una mirada rápida.

—La hay. Tal vez sea una buena idea que hayas decidido no volver a la corte —el emperador echó un vistazo

alrededor para asegurarse de que ningún sirviente anduviera cerca, pero aún así bajó todavía más la voz—. Como no ocupas ningún puesto en palacio, quizá puedas darme un consejo más objetivo. Como el barco de Métashi, la Casa del Diente de León tiene que hacer frente a una tormenta que se avecina.

Luan se paró a pensar en la referencia. Métashi era el nombre de un antiguo estado Tiro. Si bien el equilibrio de poder entre los Siete Estados anterior a las Guerras de la Unificación del emperador Mapidéré se había mantenido de alguna manera durante más de mil años, aquellos no fueron los únicos estados Tiro de la historia. Tras las

Guerras de la Diáspora, las islas de Dara se dividieron en innumerables estados Tiro más pequeños que combatieron unos contra otros, y los Siete Estados fueron los que consiguieron sobrevivir al primer periodo de guerras caóticas.

Métashi, uno de los estados más pequeños establecido en la costa norte de la isla Grande, había intentado unificar la isla Grande hacía más de mil años. El rey Gota de Métashi consiguió controlar todos los territorios al norte de las montañas Damu y Shinané y estableció la capital en el lugar donde hoy se levanta Boama. Tras la muerte de Gota, no obstante, sus tres generales más

poderosos, Haan, Faça y Rima apoyaron a un heredero distinto y despedazaron el naciente imperio. La partición de Métashi en tres estados separados fue inmortalizada por el poeta de la corte de Boama, Para, en los siguientes versos:

*La primera tormenta de
una primavera
despiadada;*

*La caída de las murallas
de Boama.*

*Un verano de fama para
un rey;*

*El invierno azota la
nave desgarrada.*

—Todavía sois joven, *Rénga* —dijo Luan.

Kuni le obsequió una sonrisa amarga.

—Todos somos jóvenes a ojos de los dioses y viejos a ojos de nuestros hijos. Una dinastía joven debe atravesar un muro de tormentas antes de la primera sucesión, no menos traicionero que los míticos muros de tus libros antiguos. Si tenemos éxito, este imperio puede durar tanto como los Siete Estados; si fracasamos, mi destino no será distinto al de Mapidéré. Tanto Jia como Risana han estado presionándome, a su manera, para que nombre al príncipe heredero. ¿A quién escogerías tú?

Azorado, Luan agachó la cabeza

tímidamente.

—No conozco bien a los príncipes.

—Sé que has estado bajo ese puente desde antes de que llegaran los niños —dijo Kuni sin alterarse—. A veces, a un observador le basta un solo movimiento de un jugador de *cüpa* para evaluar su fuerza.

Consciente de que tendría que expresar su opinión, Luan procedió con cautela. Reflexionó sobre el modo en que había visto comportarse a los niños en el Examen de Palacio y en la relación que tenían con su padre.

—El príncipe Timu es docto a la manera de los sabios anu; no hay duda de que obtendrá el apoyo de los

ministros civiles y del Colegio de Abogados. Es prudente y respetuoso y será un buen administrador.

Kuni no hizo ningún comentario pero indicó a Luan que continuara.

—El príncipe Phyro ansía el honor y la gloria y tiene un encanto natural que atrae a los generales y a los nobles. Sus modales relajados me recuerdan a vos. Creo que sería un buen líder en tiempos de guerra.

Kuni miró a Luan.

—¿Te he preguntado cuál de mis hijos debe dirigir el Colegio de Abogados o ponerse una armadura y cabalgar junto a Gin? Sabes bien que hace falta más, mucho más, para dirigir

la nave de Dara.

Luan suspiró y permaneció callado.

—Tu silencio es más elocuente que tus palabras —Kuni también suspiró—. Así que ahora entiendes mi dilema.

—Cualquiera de los dos podría cumplir con la tarea si contara con el asesoramiento adecuado.

—Si, *¡si!* Pero ese es precisamente el problema: los consejeros quieren dirigir la función. Ya están formando en fila y esperando a que me muera.

—¡Seguro que las cosas no están tan mal!

—No, quizá no. Pero... hasta ahora has hablado de aptitudes. ¿Y qué hay del corazón de un padre?

Luan tomó aire.

—Hay un afecto natural en la relación entre vos y el príncipe Phyro, que está lamentablemente ausente de la relación con Timu.

Kuni hizo una mueca pero no desvió la mirada.

—Los dioses llevan la cuenta de nuestros errores y equivocaciones y, más tarde o más temprano, tenemos que pagar por ellos. Yo estuve ausente de la vida de Timu durante la mayor parte de su infancia y nuestra relación siempre ha sido difícil. Pero, ¿es correcto privar al primogénito de lo que le corresponde por herencia a causa de decisiones de las que no es responsable?

—La culpa no es la mejor manera de escoger a un heredero.

—¡Ya lo sé! —Kuni respiró hondo para tranquilizarse—. Pero no soy un trozo insensible de madera; no puedo ignorar mis propios sentimientos. Risana estuvo a mi lado durante todos los años de guerra y Phyro creció en mi regazo. Pero, si no hubiera sido por los sacrificios que hizo Jia cuando era rehén del hegemón, la Casa del Diente de León no ocuparía hoy el trono. Le debo demasiado.

—Entonces la emperatriz fue sensata cuando decidió bajarse de la aeronave en Zudi aquel día.

—¿Quién sabe cuánto de su decisión

estaba motivada por el amor y cuánto por cálculos para cuando llegara un día como hoy? —dijo Kuni, volviendo a suspirar—. No quiero ver a los hermanos levantarse en armas uno contra otro, ni a mis esposas enrocadas en una guerra letal de sucesión. Cada una cuenta con el apoyo de una facción de la corte y lo único que puedo hacer es mantener en secreto mi decisión.

El modo en que Kuni pronunció «hermanos» hizo que Luan se detuviera a pensar. Una vez más repasó lo que había visto y oído y, de pronto, comprendió lo que Kuni estaba diciendo realmente.

—*¡Rénga*, verdaderamente sois un

señor de mente abierta! —dijo Luan.

Kuni lo miró con el rostro lleno de ansiedad.

—¿Qué piensas de la solución?

—Llevará tiempo —dijo Luan prudentemente. Todavía estaba impactado por la revelación de los verdaderos planes de Kuni. *Una princesa heredera en lugar de un príncipe heredero.*

—*Mucho* tiempo. Esa es la verdadera meta de la Carpa Dorada: mientras Gin siga siendo una excepción, mi elección no será aceptada por el Colegio de Abogados, ni por los nobles ni por los ministros. Hasta que quienes llevan vestido tengan tanto derecho a

entrar en el Gran Salón de Audiencias como quienes llevan túnica, no será posible que Théra ascienda al trono de Dara.

Aunque Luan ya había adivinado sus planes, le impresionó oír el nombre de la persona escogida por Kuni en voz alta. Se imaginaba las protestas indignadas del Colegio de Abogados y las denuncias de los eruditos moralistas. No había duda de que a Kuni le había costado un gran esfuerzo convencer a la corte de que admitiera la presencia de la emperatriz y la consorte Risana por sus prolongados servicios como consejeras. Pero persuadirles de que aceptaran a una mujer como emperatriz reinante

exigiría una revolución —o un cambio en la composición de la corte.

—Quedé especialmente satisfecho al ver hoy a tu alumna en el examen —dijo Kuni—. Es como si hubieras encontrado una carpa dorada para mí sin siquiera habértelo pedido.

—¿Cómo... sabíais que era mi alumna?

Kuni arqueó una ceja.

—Tú y yo hemos debatido largo y tendido a lo largo de los años y observé ecos de tu estilo en su retórica, a pesar de que ella sea totalmente original. Es atrevida e imprudente como un becerro recién nacido que no teme a una manada de lobos; sus ideas son tan radicales que

no pueden llevarse a cabo, al menos por ahora.

Luan recordó una vez más cómo la gente siempre había subestimado a Kuni, incluido él mismo en ocasiones.

—Con el tiempo, aprenderá a ser humilde —dijo Luan—. El hierro en bruto necesita refinarse mediante el crisol de la experiencia para convertirse en acero.

—Si los jóvenes no tuvieran ideas radicales, el mundo nunca cambiaría —dijo Kuni, y Luan recordó la leyenda de un joven Kuni Garu que había entrevisto la cara de Mapidéré y percibido su posterior caída—. Cada nueva ola que llega a la orilla es osada, impetuosa,

radical y salvaje como una idea recién nacida; la inflexible realidad del duro suelo desgasta la ola, que finalmente se disipa, exhausta, para ser reemplazada por la siguiente ola en un empeño aparentemente fútil. Sin embargo, fue el esfuerzo acumulado de tales arrebatos sucesivos, a lo largo de generaciones y de milenios, lo que esculpió la costa de Dara. Como yo, ella también aprenderá el arte de lo posible. Tengo paciencia.

—A veces pienso que sobrevoláis en el tiempo como un hombre-pájaro — dijo Luan—. Vuestras visiones van mucho más allá del horizonte del presente.

—Es la única manera, Luan —

continuó Kuni—. De todos mis hijos, Théra es la única que posee el juicio, el instinto para la política y el teatro, necesarios para llevar el timón del imperio. Se lleva bien con sus dos hermanos y su ascendiente la permitirá moderar su rivalidad y encontrar la manera de que ambos la ayuden, algo que ninguno de los chicos es capaz de hacer por su cuenta.

»Pero, para que llegue a ser aceptada, debo pensar a largo plazo y allanar sutilmente el camino de su coronación sin que nadie más esté al corriente. Es más, debo procurar que no tenga ninguna base de poder hasta que las cosas estén maduras. Phyro y Risana

tienen a los generales, mientras que Timu y Jia tienen a los eruditos, pero si animo a Théra a que se cree una base de poder para ella, solo conseguiré que aumenten las luchas entre las distintas facciones de la corte. Manteniéndola aparentemente al margen del poder, cuando llegue el momento podré ayudarla a tomar las riendas.

—¿Por qué no se lo habéis contado a la emperatriz? —preguntó Luan—. ¿Creéis que no apoyaría con la misma determinación a su hija que a su hijo?

Kuni sacudió la cabeza.

—No aceptaría los riesgos que implica un cambio tan radical. Además, es orgullosa y no se rendirá hasta hacer

realidad el camino que ha escogido.

—¿Tan dividida está la corte que los dos ya no compartís las mismas ideas?

—Nunca hemos compartido las mismas ideas —dijo Kuni—. Oh, no me malinterpretes. El amor entre ambos no ha desaparecido, pero amar a alguien no significa estar dispuesto a prescindir de los propios deseos. Subestimas a Jia. Ella cree que la estabilidad está por encima de todo y mis planes exigen una revolución que —si no se maneja cuidadosamente— puede hundir al imperio en una guerra civil. Además, ya ha tomado partido por los eruditos, promoviendo sus intereses durante años, y es demasiado orgullosa para jugarse

todo lo que ha construido por un sueño imposible.

—Un sueño muy interesante —dijo Luan, y ambos compartieron una sonrisa, pensando en sus hazañas intrépidas del pasado.

—¿Lo bastante interesante como para tentarte a volver? —preguntó Kuni.

Luan sacudió la cabeza.

—Vuestra meta es admirable, señor Garu, pero prefiero enfrentarme a los mares indómitos antes que a las políticas de la corte.

—¿De verdad piensas que mi corte es más letal que los dominios del caprichoso Tazu?

—Conozco mis talentos tan bien

como mis límites.

Kuni suspiró.

—Tenía que intentarlo.

—Os deseo el éxito con todo mi corazón.

—Tengo que mantener el control lo suficiente para ver germinar y florecer las semillas que estoy plantando. De alguna manera, cuanto mayor me hago, más comprendo a Mapidéré, que también suplicaba a los dioses que le concedieran más tiempo. Así que me mantengo en forma con las hierbas de Jia que regulan los humores y ejercicio vigoroso —Kuni recogió los cubos para hacer otro viaje al arroyo—. Mientras pueda evitar que las cosas se derramen,

creo que cuento con una oportunidad de preparar a Dara para afrontar el muro de las tormentas.

Y el emperador y su consejero continuaron con las faenas de la granja situada en el centro del palacio imperial, alimentando su vieja amistad y los nuevos brotes.

—¡Rin! —llamó la emperatriz desde su cobertizo de trabajo.

—¡Ah! —sorprendido, Rin dio un salto desde el bancal de dedos de Rufizo, una hierba cuyas hojas podían fumarse para aliviar el dolor así como para inducir sensación de euforia—. ¿Cómo sabíais...? Eh, ¡sí, aquí estoy! —

rápídamente, se metió las hojas que había recogido en las mangas, se sacudió el polvo y la hierba de la túnica, se ajustó el sombrero y entró en el cobertizo con seguridad, dispuesto a negarlo todo.

El cobertizo estaba impregnado por el olor de cientos de hierbas que le provocaban mareo. Rin raramente llegaba hasta aquí, pues el lugar le parecía repleto de objetos que podían hacerle daño: muestras de plantas — posiblemente tóxicas— y extrañas partes de animales colgaban de cuerdas entrecruzadas, secándose al sol; los armarios que cubrían las paredes estaban llenos de cajones diminutos

etiquetados por la pulcra mano de Jia; caballitos de mar, medusas, ciempiés, arañas, pequeñas serpientes y otras criaturas exóticas flotaban en frascos de licor destilado; cuadernos rebosantes de recetas y experimentos cubrían las estanterías.

Jia estaba trabajando sobre una mesa, machacando cierta mezcla en un mortero, con los músculos de sus antebrazos bien visibles por el esfuerzo. El sonido de la mano contra el mortero y del crujir de los ingredientes hizo a Rin pensar en lo peor.

Para su alivio, la emperatriz no mencionó las hierbas desaparecidas. Dejó lo que estaba haciendo y lo saludó

con una reverencia informal, como si se hubieran encontrado en una de las tabernas de Zudi.

—Todos estamos tan ocupados que no hemos tenido oportunidad de charlar como en los viejos tiempos. Aquí tienes; he creado unas nuevas píldoras que creo que te gustarán —abrió uno de los cajones diminutos del armario, sacó unos cuantos paquetes de papel y se los entregó a Rin—. Este es bueno para las noches de invierno: saca el frío de los huesos y te proporciona energía. Sé que el emperador te exige mucho y a veces debes estar levantado hasta tarde. El segundo te ayuda a dormir, aunque también proporciona sueños apacibles y

vívidos; sé que te gustan las hierbas felices —Rin se sonrojó al oírlo, pero Jia continuó—. En cuanto al último paquete, el verde azulado... bueno, digamos que debes probarlo la próxima vez que estés con una mujer. Estoy seguro de que ella y tú lo apreciaréis —le sonrió y volvió a tomar la mano y el mortero.

La cara de Rin mostraba ahora un color rojo vivo. Se las arregló para balbucir unas palabras de agradecimiento y se guardó los paquetes. Nunca se había casado ni formado su propia familia, sino que se había entregado al servicio de la familia imperial. Sabía que no era el más

dotado de los consejeros de Kuni y que en gran medida había obtenido su puesto porque había crecido con Kuni —bueno, también porque podía soslayar las normas y hacer cosas que Kuni necesitaba que se hicieran sin tener que saber que se hacían. Siempre se había sentido algo inseguro sobre el lugar que ocupaba en la vida de Kuni y las atenciones de Jia le habían emocionado.

—¿Van bien las cosas con los clarividentes? —preguntó Jia de pasada.

—Todo va bien —dijo Rin—. Las cosas están tranquilas. Siempre hay algunos viejos nobles y veteranos que sirvieron al hegemón que se quejan de su mala suerte, pero nada de lo que Kuni

o vos tengáis que preocuparos.

—Siendo así, supongo que tus requerimientos al Tesoro Imperial no habrán sido cuantiosos y que no habrás tenido necesidad de contratar a mucha gente, ¿verdad?

—Así es —dijo Rin, con un deje de orgullo en la voz—. En realidad he solicitado una reducción de mi presupuesto —quería asegurarse de que Jia supiera que aunque siguiera en contacto con el mundo de la delincuencia organizada y sacara de ello un pequeño beneficio, principalmente manteniendo a sus espías alejados de ciertas bandas que le pasaban información y sobornos, no estaba

quedándose con parte de los fondos que le asignaba Kuni.

Jia se rió por lo bajo.

—Rin, a veces eres demasiado honrado. ¿No conoces las reglas básicas de las maniobras burocráticas?

Rin estaba confundido.

—No... estoy seguro de haber entendido.

—Zato Ruthi se queja constantemente al emperador del volumen de trabajo que supone la correcta administración de los exámenes imperiales, así que, año tras año, su presupuesto crece y contrata a más gente entre sus amigos y alumnos. Cogo Yelu propone un proyecto tras otro al emperador, por lo que aumenta su

personal y ocupa más oficinas. Los integrantes del Colegio de Abogados siempre están descubriendo nuevas maneras de ser útiles al emperador y escribir críticas más minuciosas, por lo que se les autoriza a revisar más tipos de peticiones y pagar nuevas investigaciones. Incluso los generales y los señores feudales saben cómo describir los peligros —quizá incluso exagerados— que suponen los piratas y los bandidos en sus respectivos territorios para justificar los gastos hinchados de sus ejércitos y flotas. Si no encuentras proyectos en los que involucrarte, ¿cómo esperas poder salvaguardar tu sitio a la mesa? ¿Qué

necesidad hay de mantener un secretario de clarividencia si no hay complots ni rebeliones contra el emperador?

Rin estaba aún más emocionado. Jia era como una hermana mayor que cuidaba de sus intereses, sabedora de que él no poseía las aptitudes naturales para estar a la altura de personas inteligentes como Gin y Cogo.

—Entonces... ¿debería contar a Kuni que... que hay más descontentos tramando una rebelión, como esos estudiosos y los cultos al hegemón, y pedirle que me aumente el presupuesto?

Jia no se dio la vuelta y continuó moliendo con el mortero, intercalando sus palabras con el rítmico sonido.

—Bueno, *exagerar* no te servirá de mucho. La regla de la vida burocrática es que todos los departamentos compiten por unos fondos limitados y todos intentan ampliar su imperio. Para asegurar realmente tu posición, tienes que mostrar resultados a Kuni.

—Pero... ¿cómo? Dara está en paz. Siempre hay quien se queja, pero pocos piensan seriamente en rebelarse.

Jia se detuvo y miró a Rin, divertida.

—Si no hay rebeldes, ¿no puedes... crearlos tú?

—¿Qué? —Rin no estaba seguro de haber oído bien.

—Hay muchos a quienes no satisface este tiempo de paz —dijo Jia, y la

sonrisa ya había desaparecido de su cara—. Pero no actúan porque les faltan fondos, armas y hombres. No obstante, supón que encuentras la manera de facilitarles armas y dinero y enciendes el fuego de la ambición en sus corazones; ¿no crees que, a su debido momento, podrás revelar al emperador una gran conspiración y demostrar la necesidad de mantener tu departamento?

—Pero, ¿por qué iba a alentar un complot contra Kuni?

—No *alentar* —dijo Jia—, no exactamente —se estiró para descolgar una hoja que se estaba secando en una de las cuerdas que atravesaban el cobertizo—. ¿Sabes lo que es esto?

Rin contempló la hoja. Era delgada y arrugada y se parecía a un pulpo más que a cualquier otra cosa. Sacudió la cabeza.

—Es una planta llamada hierba drenadora, que se encuentra con frecuencia en Géjira. Como sabrás, la población de Géjira es muy trabajadora y muchos propietarios de tierras construyen talleres para complementar sus rentas. Los tintes, los ácidos y la lejía utilizados en esos talleres envenenan el suelo. Si posteriormente quieren recuperar la tierra para la agricultura, plantan hierba drenadora, a la que le encanta absorber la sal y los contaminantes presentes en el suelo e

incorporarlos a sus tejidos como una manera de disuadir a los animales herbívoros de que la devoren. Luego los granjeros las cortan, queman sus hojas y se deshacen de las cenizas. Tras unos pocos ciclos de este proceso, el suelo queda limpio y listo para volver a cultivar en él. ¿Entiendes lo que estoy diciendo, Rin?

Rin se esforzó en dar sentido a las oscuras alusiones de Jia.

—¿Estáis diciendo... que si pongo dinero y armas a disposición de los sospechosos de deslealtad, conseguiré que salgan a la superficie y podré extraer el veneno oculto en el suelo del imperio?

Jia asintió.

—Y cuando saques a la luz dichas conspiraciones te habrás ganado la eterna gratitud de Kuni y conseguirás un presupuesto mayor para tu departamento.

Rin le dio vueltas al plan y sonrió. Le recordaba al modo en que los jefecillos de las bandas rivales a veces conspiraban entre ellos para asegurar su posición a los ojos de sus respectivos jefes creando un conflicto manufacturado. Hizo una profunda reverencia.

—No puedo estaros más agradecido, Jia. Una sola conversación con vos es más productiva que diez años en un aula.

Jia se rió entre dientes.

—La adulación no es lo tuyo, Rin. Si llevas a cabo el plan, Kuni y yo tendremos mucho que agradecerte. Pero, por supuesto, esto solo funcionará si lo mantienes en secreto; de lo contrario, Kuni no quedará tan impresionado con los planes que fomentas y luego descubres.

Rin asintió como un pollo picoteando arroz.

—Por supuesto. ¡Por supuesto!

Jia le contempló mientras se iba y su sonrisa fue desapareciendo gradualmente de su cara como un fantasma.

CAPÍTULO DIECINUEVE

DESPEDIDAS

PAN: CUARTO MES DEL SEXTO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

Aunque era agradable ponerse al día con los viejos amigos y disfrutar de los placeres de la civilización, después de asistir a unos cuantos banquetes y visitar unas cuantas casas de té, el apetito quedaba saciado. Para Luan, había

llegado el momento de partir de la Ciudad Armoniosa.

Gin acudió a las puertas de la ciudad para despedirlo.

—¿Irás a Nokida a pasar unos días conmigo?

Luan sacudió la cabeza.

—Tenía la esperanza de que vinieras para conocer... —los ojos de Gin se nublaron antes de volver a adquirir su firmeza habitual—. Tú llevas tu camino y yo llevo el mío. ¿Debo suponer que te diriges al norte en busca de los Inmortales?

—Así es —respondió Luan—. Pero antes, tengo algunas ideas para equipar la expedición sin grandes gastos y me

llevará un tiempo desarrollarlas.

Sintió ganas de abrazarla pero se contuvo. Desde la noche de la fiesta en honor del hijo de Mün Çakri, Gin había estado fría con él. Quizá su modo de mitigar la pena de tener que separarse era no ligarse más a él. ¿Y quién decía que él no estaba adoptando la misma táctica?

Aun así, no le resultaba fácil despedirse de una amante sin decir lo que pensaba.

—Ten cuidado, Gin. Eres demasiado orgullosa. No te crees enemigos entre quienes siempre tendrán el favor de la cruben.

Gin le miró con los ojos entornados.

—¿Alguna vez me has visto rehuir una pelea?

Antes de que Luan pudiera responder se escuchó una voz aguda llamando desde lejos.

—¡Maestro!

Luan se volvió y vio a Zomi Kidosu avanzando hacia él a grandes pasos procedente de la ciudad, con una bolsa al hombro.

—Creía que ya nos habíamos despedido, Mimi-*tika*.

—¿No fue Lurusén quien dijo que la obligación de un alumno era acompañar a su maestro durante diez millas cada vez que partía de viaje?

Junto a él, Gin se movió y se aclaró

la garganta.

Zomi se volvió hacia ella como si acabara de darse cuenta de que la reina estaba allí.

—Tenía la intención de visitaros para daros las gracias, majestad. Tuve mucha suerte de que la princesa Théra consiguiera que me ayudarais.

Gin asintió imperiosamente.

—No hay nada que agradecer.

—Tengo curiosidad, majestad, ¿cómo consiguió que...?

Gin la interrumpió.

—He dicho que *no* hay nada que agradecer. ¿No has oído?

Zomi se ruborizó y asintió.

Luan observó el intercambio en

silencio, reprimiendo su enfado con Gin. Estaba claramente molesta de que Zomi no la hubiera saludado a ella, una reina, antes que a su maestro, que carecía de cualquier título; el orgullo de Gin rayaba en la arrogancia. Le sorprendía que Gin y Zomi se conocieran, pero decidió no husmear en ello, pues era evidente que se trataba de un asunto que Gin no quería discutir.

Gin miró de nuevo a Luan, pareció a punto de hablar, se detuvo, volvió a intentarlo y volvió a detenerse. Finalmente dijo:

—Una anémona pelágica no puede crecer en un acuario. Espero que te vaya bien.

Se dio la vuelta para marcharse.

—¡Nunca te has mirado en el espejo del tonto! —le dijo Luan, con voz alta.

Gin se detuvo. Sin darse la vuelta, replicó:

—Dices que soy orgullosa, así que, ¿por qué no compararme con el ciruelo?

Y dicho eso, siguió su camino.

—Pareces triste, maestro —dijo Zomi.

—Oh, no es nada —dijo Luan—. Solo pensaba que todos tenemos que actuar conforme a nuestra naturaleza.

El ciruelo de invierno era un compañero poético del crisantemo. Así como el crisantemo era la última flor en florecer, antes del inicio del invierno,

desafiando a la muerte, el ciruelo de invierno era el primero en florecer antes de la llegada de la primavera, negándose a proteger su poderosa fragancia de las heladas y la nieve.

¿Alguna vez me has visto rehuir una pelea?

—¡El emperador por fin ha decidido qué puesto asignarme! —dijo Zomi.

—Oh, ¿cuál? —preguntó Luan ilusionado. Al acabar el Examen de Palacio, la presentación de Zomi había causado tal consternación e indignación que el emperador declaró que necesitaba más tiempo para pensar un destino adecuado para ella.

—¡Me ha destinado al Colegio de

Abogados! —dijo Zomi—. Voy a ingresar en el segundo nivel, por encima de los demás candidatos.

—¡Te lo mereces! —Luan estaba satisfecho. La aportación de Zomi era exactamente lo que el emperador necesitaba para desarrollar su plan.

Ambos caminaron juntos durante diez millas, parando cada milla más o menos para beber agua de la calabaza que Zomi llevaba en su bolsa. Ella le fue contando sus planes para remodelar la política del emperador y traer a su madre a Pan, y Luan asentía y se reía, vislumbrando cómo sería el futuro.

—Maestro —por primera vez, la voz de Zomi dejó entrever duda y

vacilación. Habían llegado al final de las diez millas y era la última oportunidad que tendría de hacerle la pregunta—. ¿Qué pasaría si te dijera que he hecho algo terrible, algo que cambiaría el modo en que todos me ven?

Luan la miró.

—En una ocasión aconsejé a un rey que quebrantara un tratado de paz, lo que supuso la muerte de miles para salvar cientos de miles de vidas futuras. En otra ocasión, el emperador traicionó a su mejor amigo para proporcionar un futuro mejor a Dara, poniendo la gracia de los reyes por encima de su honor personal. El pasado, pasado está, *Mimitika*. Intenta que el futuro resultante de tu

decisión sea un futuro mejor.

Zomi meditó detenidamente este consejo, asintió e hizo una reverencia.

—Ojalá sigas encontrando tesoros donde quiera que vayas, maestro.

Luan terminó el contenido de su taza, dándole la vuelta para que Zomi pudiera ver que estaba vacía, le devolvió la reverencia y se marchó sin decir nada más.

Que los héroes antiguos queden relegados a las leyendas y las canciones; el mundo será reconstruido por los nuevos héroes.

—Hermano, me alegro de que tengamos la oportunidad de charlar antes de que te

marches —dijo Jia, levantando una copa de vino de ciruelas. Estaba relajada en *géüpa*, con las piernas cómodamente dobladas bajo ella—. Es muy raro que la familia imperial se reúna.

Frente a ella, un nervioso Kado Garu levantó también su copa y permaneció sentado rígidamente en *mipa rari*.

—Hermana, me siento honrado por tu invitación.

Kado y Jia nunca habían tenido una relación cercana. Estaba seguro de que la emperatriz le había convocado por algún motivo.

—Has hecho un trabajo excelente en Dasu —dijo Jia—. Ya sabes lo especial que es esa isla para Kuni; de alguna

forma, es su segundo hogar. Te la entregó porque no podía confiar en nadie más para su gobierno.

Kado dio vueltas a las palabras de Jia en su cabeza. *¿Qué quiere decir? Sabe muy bien que no hago nada en Dasu. Ni siquiera he visitado el lugar más de media docena de veces desde que me hicieron «rey», y dejo que el regente-gobernador de Kuni haga lo que se le antoja en mi nombre.*

—He sido bendecido con un ayudante competente elegido por Kuni—dijo Kado. Esperaba que esa fuera la respuesta que Jia quería oír.

—No tienes por qué ser tan modesto—replicó Jia—. ¡Una estudiosa

recomendada por ti ha alcanzado el primer puesto en el Examen de Palacio! ¡Nadie esperaba algo así de la pequeña y pobre Dasu!

Ah, entonces es eso, pensó Kado. Había observado a Jia cuando Zomi Kidosu avergonzó al príncipe Timu durante el Examen de Palacio. Se decía que la emperatriz era extremadamente protectora con su hijo desde que Kuni parecía favorecer a Phyro. Sintió un sudor frío en la espalda. Si Jia cree que, por algún motivo, estoy utilizando a esta Zomi Kidosu para apoyar a Risana en sus esfuerzos para que Phyro sea designado príncipe heredero...

—Tengo que confesaros algo,

hermana —dijo—. Yo no recomendé a Zomi Kidosu.

—¿Ah, no? —Jia levantó las cejas.

—No fue por modestia por lo que te dije que Ra Olu, mi regente, es en realidad quien dirige todo en mi nombre. Yo firmé los pases en blanco para el Gran Examen de este año y fue él quien rellenoó los nombres de los mejores *cashima* y me envió posteriormente la lista para su ratificación. En realidad, yo no he tenido nada que ver con los candidatos.

—Aun así, podrías haber revocado su pase. Tú fuiste quien le franqueó el camino hacia la fama y la gloria.

—De eso se trata, hermana —Kado

dejó la copa y se inclinó hacia delante con complicidad—. El nombre de Zomi Kidosu no estaba entre los que me enviaron para su ratificación.

Jia se quedó de piedra.

—¿Qué?

—Cuando la vi en el Examen de Palacio quedé sorprendido —Kado sonrió—. Pero no dije nada porque... Mmm...

—Porque te imaginaste que si le salía bien podrías atribuirte el mérito por recomendarla. ¿Para qué arruinar una posibilidad de éxito? —dijo Jia con una sonrisa de superioridad.

—Ejem —Kado se aclaró la garganta sintiéndose incómodo—. No puedo

ocultarte nada. Sí, tienes que disculparme, pero se me cruzó esa idea. Debería haber sido más prudente, por supuesto.

—Entonces, si no la recomendaste tú, ¿cómo consiguió un pase para el Salón de Exámenes? ¿Era una falsificación?

—Con posterioridad, hice algunas investigaciones discretas. Entró con un pase auténtico, pero no con el que yo firmé.

—¿Y quién lo firmó?

—La reina Gin de Gájira.

Jia parecía pensativa. Luego sonrió y volvió a levantar la copa.

—Gracias, hermano. Gracias.

Una brisa atravesó el patio afuera,

acariciando las flores de diente de león.

RÁFAGAS Y VENDA VALES

CAPÍTULO VEINTE

EL ESPEJO MÁGICO

TUNOA: SEXTO MES DEL OCTAVO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

La veneración por el hegemón había comenzado con su muerte en la costa de la isla Grande, frente a Farun.

Ocho años antes, Mata Zyndu, el más grande guerrero que jamás vieran las islas de Dara, se había suicidado junto a

su fiel consorte, la señora Mira, tras ser traicionado por su antiguo amigo, Kuni Garu. Cuando llegaron noticias de que el hegemón se había negado a cruzar el canal, incapaz de afrontar la vergüenza de volver derrotado a su tierra natal, muchos juraron combatir a Kuni Garu hasta el final para vengar a su señor.

Sin embargo, en lugar de enviar a una fuerza invasora, Kuni perdonó a todos los seguidores del hegemón y organizó un funeral espléndido a las afueras de Çaruza para mostrar su gran afecto y admiración por él. Los dioses de Dara también cooperaron interviniendo en el último momento para trasladar el cuerpo de Mata Zyndu al reino de los mitos y

las leyendas.

En el resto de Dara, el pueblo hablaba de la generosidad de Kuni Garu, ahora conocido como emperador Ragin. Los eruditos competían unos con otros en escribir biografías y componer odas al emperador, celebrando su amistad con el hegemón y los trágicos errores de Mata Zyndu que hicieron inevitable su ruptura.

Pero en Tunoa, los comandantes de las últimas unidades del ejército leales al hegemón recordaban a la gente que quienes vencían por la espada y el caballo nunca carecían de cómplices dispuestos a esgrimir el estilete y el pincel. Al fin y al cabo, el mayor

defecto de Mata Zyndu había sido confiar demasiado en el taimado Kuni Garu, «el bandido de las mil mentiras».

Entonces, el emperador anunció que las islas Tunoa no se entregarían como feudo a ningún noble, sino que permanecerían directamente bajo la administración imperial. Para honrar al hombre a quien el emperador consideró su hermano en una época, el pueblo de Tunoa no tendría que pagar impuestos durante cinco años. El palacio compraría a Tunoa todo el pescado seco que necesitara, a precios garantizados, y además ofrecería trabajo a las mujeres de Tunoa como bordadoras imperiales. Por último, el castillo de los Zyndu sería

restaurado y convertido en mausoleo del hegemón, para lo cual el Tesoro Imperial emplearía a un gran número de albañiles, carpinteros, herreros y peones de la zona.

Era una estratagema transparente, como tenía por costumbre el vulgar Kuni Garu. En cualquier caso, la gente tenía que comer y beber, tenía que alimentar y vestir a sus hijos. Los capitanes y tenientes del hegemón supervivientes cada vez encontraban menos gente que se hiciera eco de sus llamamientos a la venganza y, con el tiempo, dejaron de hacerlos. Calladamente, sus soldados desertaron de las guarniciones fortificadas, vendieron sus uniformes a

coleccionistas y se desvanecieron en las aldeas de pescadores.

Cuando los emisarios del emperador llegaron al puerto de Farun portando el cuerpo sin cabeza de Réfiroa, el famoso corcel negro de Mata Zyndu, y sus armas, la magnífica espada de bronce y acero Na-aroénna y la aterradora maza dentada Goremaw, el pueblo de Tunoa recibió en silencio en la playa las reliquias de su señor. Sin tener que lanzar una sola flecha ni verter una gota de sangre, los emisarios del emperador aceptaron la rendición de los últimos comandantes del hegemon.

Réfiroa fue enterrado en el cementerio familiar de los Zyndu y, tras

meses de trabajo para restaurar y ampliar la antigua estructura, la espada y la maza fueron colocadas en la habitación más elevada del castillo de los Zyndu, un lugar de honor que compartían con las armas pertenecientes a generaciones anteriores del clan. Sacerdotes y sacerdotisas de Rapa y Kana, pagados por el propio emperador, mantenían una llama perpetua en el salón ancestral y de todas partes llegaban peregrinos para escuchar las proezas del gran hombre y contemplar las armas que habían transformado Dara.

El emperador mantuvo su promesa y el pueblo de Tunoa sonreía al oír tintinear las monedas de cobre en sus

bolsillos. No se volvió a hablar de venganza y honor.

Así era el mundo, ¿no es verdad?

Pero guardar vivo el recuerdo de un espíritu tenía su coste: era difícil mantener confinado a un espíritu así.

Mota Kiphi creció oyendo historias de las proezas de su padre, uno de los primeros ochocientos guerreros del hegemon.

Nació hace diecisiete años, después de que su padre hubiera partido de Tunoa con el hegemon en dirección a la isla Grande para unirse a la rebelión contra el imperio de Xana. Se decía que el padre de Mota había matado veinte

soldados imperiales en el asedio de Zudi y había combatido junto al hegemón durante la carga en La Garra del Lobo, matando a tres jefes de compañía y ganando para sí mismo ese grado.

Su padre nunca regresó, lo que solo sirvió para dar más verosimilitud a las historias.

¿Qué hijo no deseaba emular a su padre?

Pero los dos hombres que ahora tenía delante no parecían reyes Tiro depuestos. Con sus ropas andrajosas y sus barbas desaliñadas, parecían más bien atracadores desesperados que se hubieran dado a la mendicidad. La

caverna costera de Tunoa en la que tenían su «corte» era pequeña, húmeda y oscura, y el aire sofocante estaba imbuido de un hedor salobre y a basura podrida.

—Yo fui el primero que descubrió la traición de Kuni Garu en el paso de Thoco —dijo uno de ellos, que se hacía llamar Doru Solofi, rey de Géfica Meridional. Parecía ofendido porque Mota no supiera quién era.

—¿De verdad conociste al hegemón?
—preguntó Mota, con escepticismo.

Solofi sofocó una risa.

—Menudos tiempos vivimos, en los que un muchacho se permite interrogar a un rey.

—Cualquier estafador puede afirmar que ha conocido al hegemón —dijo Mota—. Yo mismo solía jugar de pequeño a que era el hegemón.

—Mira, te mostraré una prueba —dijo el otro hombre, enjuto y de piel oscura, que se hacía llamar Noda Mi. De algún lugar profundo de la cueva, sacó una larga barra de jade que tenía grabados intrincados diseños.

—Este es el Sello de Géfica Central, el estado Tiro creado por el hegemón para mí.

Mota examinó detenidamente la pieza de jade. Aunque no sabía leer ningún ideograma anu, podía darse cuenta de que era muy valiosa y de que la factura

era exquisita. Decidió que había una probabilidad de que estos hombres hubiesen sido nobles —o, al menos, de que fueran piratas o ladrones que hubieran robado ese artilugio a algún noble.

—Si erais reyes Tiro, ¿cómo habéis acabado aquí, en esta cueva, sin poder siquiera pagarme la comida que os he traído?

—¡No te pedimos que vinieras para hablar de comida o de dinero! —le dijo de malos modos Doru Solofi—. Te vi mostrar interés en aquella representación de danza que honraba las hazañas del hegemón y pensé que tal vez querrías servirlo de nuevo.

—¿Qué quieres decir? Mi familia ya venera al hegemón. No solo vamos a su mausoleo en Farun una vez al año, sino que tenemos un santuario privado detrás de casa...

—Eso no sirve de nada —dijo impaciente Solofi, interrumpiéndolo—. ¿Estás dispuesto a luchar por él?

Mota retrocedió unos pasos.

—¡Eso es traición! No participaré en ninguna conspiración contra el emperador, que siempre ha sido respetuoso con la memoria del hegemón.

—¿Y si el propio hegemón te dijera que tu deber es vengarlo? —preguntó Noda Mi, con un destello frío en los ojos.

—¿Qué... quieres decir? —a pesar del calor, Mota sintió que un estremecimiento le recorría la columna vertebral.

Noda caminó hasta la parte de atrás de la caverna, donde una grieta en el techo dejaba pasar un único rayo de luz brillante que caía sobre una repisa natural. Se arrodilló al pie del saliente como si fuera un santuario, recuperó un atadizo de seda y lo desenvolvió con reverencia.

—Ven —dijo, haciéndole señas para que se acercara.

Con cautela, Mota se acercó y cogió el espejo. Era de bronce y muy pesado. La parte de atrás del espejo tenía unos

grabados en relieve y, gracias a la iluminación del rayo de luz, pudo ver que se trataba de la figura del hegemón visto de espaldas, erguido, con Naroénna en la mano derecha y Goremaw en la izquierda, ambas señalando al suelo. Dio la vuelta al espejo y miró su superficie lisa y pulida. Un reflejo de sí mismo le devolvió la mirada. Nada fuera de lo normal.

—He visto espejos como este por todas partes —dijo Mota—. Este está mejor hecho que el que tiene mi madre...

—¡Cállate! —dijo Noda Mi—. Ahora, mira.

Colocó el espejo bajo el rayo de luz

y lo inclinó hasta que su reflejo, un círculo de luz mucho mayor, incidió en la pared opuesta de la caverna.

Mota miró la imagen, con los ojos totalmente abiertos y la mandíbula caída. Luego se hincó de rodillas y tocó el suelo con la frente.

—¡Estoy a vuestras órdenes, hegemón!

Noda Mi y Doru Solofi se miraron y sonrieron.

Sobre la pared de la cueva se proyectaba la clara imagen del hegemón, ahora de frente, con una mirada adusta y decidida. Ambas armas estaban alzadas, como si se preparase para otro ataque inmortal. A su alrededor, como si fuera

un halo, había una frase escrita con letras zyndari:

Kuni Garu debe morir.

A medida que se difundía la noticia del espejo mágico, más jóvenes atrevidos, incluyendo algunas mujeres, llegaron hasta la misteriosa caverna para contemplar la aparición. Examinaban el espejo minuciosamente sin encontrar defecto alguno en su superficie perfectamente pulida. Sin embargo, cuando se colocaba bajo el rayo de luz, aparecía invariablemente la imagen espectral del hegemón en posición de combate.

Por improbable que fuera, solo podía

haber una explicación: el hegemón les hablaba desde el otro lado de la tumba.

Noda Mi les reunía en grupos, por la noche, para practicar lo que él llamaba una «danza espiritual», en la que los jóvenes devotos tenían que seguir ciertos pasos coreografiados, mezcla de la danza tradicional de la espada y el paso marcial de un desfile. Una vez que habían sudado, Noda les pasaba cuencos de sopa caliente con un fuerte olor a hierbas medicinales y, mientras bebían, el espectro del hegemón les vigilaba desde una proyección contra la ladera de la montaña, creada por la brillante luna llena o la luz parpadeante de una antorcha.

Cuando la medicina iba surtiendo efecto, la imagen del hegemón empezaba a moverse ante sus ojos, daba saltos, se escabullía, atacaba, corría. Los devotos iniciaban un cántico y caían en un trance hipnótico:

*Mi fuerza es tan grande
que arranca
montañas.*

*Mi espíritu es tan
amplio que cubre el
mar.*

*En vida fui rey de reyes.
En la muerte soy
emperador de los
fantasmas.*

*Na-aroénna volverá a
beber sangre.*

*Goremaw volverá a
sacar tuétanos.*

*Rescatemos el honor de
una tierra
deshonrada.*

¡Kuni Garu debe morir!

—¡Excelente tajada la de esta noche! —
dijo Noda satisfecho. Le encantaba oír
el sonido de las monedas tintineantes en
su bolso, la colecta de la congregación
vespertina.

—¿No tenemos ya suficiente dinero?
—preguntó Doru—. Estoy harto de
vestir como un mendigo todo el tiempo.

¿No podemos ponernos ropa limpia y volver a visitar la casa índigo?

—Paciencia, hermano —dijo Noda—. No queremos llamar la atención del gobernador imperial ni de los espías de Kuni. Hasta ahora hemos sido afortunados, pero no tentemos demasiado a la suerte. Los fondos recolectados deben convertirse en armas.

La verdad es que habían tenido una suerte extraordinaria. Tras varias rebeliones fallidas y meses ocultándose de los espías del duque Coda, decidieron emprender viaje a Tunoa, donde esperaban que la fuerza del culto al hegemon les proporcionara guerreros

valientes.

Los clarividentes les persiguieron hasta las islas, donde de pronto parecieron perder interés en los dos reyes Tiro depuestos. No solo no consiguieron prender a Noda y Doru, sino que, tal vez demasiado confiados por sus éxitos pasados, los agentes del duque Coda comenzaron a cometer errores.

En casas de té donde Noda y Doru pensaban que estaban atrapados, los cazadores comentaban sus planes en voz suficientemente alta como para que su presa los oyera y se marchaban sin detenerlos. Despreocupados y holgazanes, olvidaban en sus aposentos

de las pensiones mapas y órdenes firmadas por el propio duque Coda, gracias a lo cual Noda y Doru obtuvieron importante información sobre el movimiento de los fondos del duque Coda.

Al principio, los dos reyes no podían creer lo que revelaban los documentos. Según estos, algunos de los convoyes que transportaban preciosas joyas para el duque iban prácticamente desguarnecidos, confiando en la protección que les brindaba el hecho de ir disfrazados de basureros. Noda y Doru probaron suerte asaltando uno de ellos y fueron recompensados con un importante botín sin sufrir pérdida

alguna de vidas; los cocheros del duque Coda prácticamente salieron corriendo en cuanto vieron que les asaltaban. Los dos reyes echaron buenas carcajadas a cuenta de la cobardía de los espías del emperador.

Ese dinero les permitió ampliar su ámbito de actuación, contratar espías que se infiltraron en las cortes de los nobles y en las magistraturas imperiales de toda Dara. Era delicioso utilizar el dinero destinado al espionaje para espiar a los jefes de la red de espionaje.

Su suerte creció aún más cuando visitaron una casa índigo en la que una preciosa joven de pelo oscuro parloteaba sin cesar de su habilidad y

presumía de las confidencias que había escuchado a clientes importantes. Pero su cara enrojeció tras tomar una sola copa de vino de ciruelas y cayó dormida antes de que la botella estuviera vacía. Entonces Noda registró su habitación y encontró el baúl sin cerrar con llave, lo que confirmó sus sospechas de que los imprudentes clientes de la muchacha la habían hecho bastante rica.

Noda agarró el bolso con las joyas y salió apresuradamente, solo para darse cuenta posteriormente de que contenía algo más que dinero. Había una fórmula de hierbas para inducir un trance hipnótico —sin duda, uno de los trucos de la chica—, así como un borrador

descartado en bella caligrafía criticando la política del emperador de reducir los fondos destinados a los ejércitos de los feudos independientes —tal vez un recuerdo dejado por uno de sus clientes.

Noda inmediatamente urdió el plan de abordar a los nobles para comprarles su excedente de armas. Al ver reducidos los fondos imperiales, a los nobles no les quedaba más que reducir el tamaño de sus ejércitos, aumentar los impuestos o empezar a vender armas en el mercado negro, y estaba seguro de que muchos escogerían esta última opción.

Pero el hallazgo más afortunado fue el de un espejo, guardado al fondo del bolso de la chica, envuelto en una hoja

de papel. Al principio pensaron que se trataba simplemente de otro objeto de joyería, pues tenía el mango y el dorso bañados en oro. Pero un día, mientras se admiraba distraídamente en él, Doru Solofi descubrió que el espejo proyectaba la imagen de una mujer desnuda en la pared, a pesar de su superficie perfectamente lisa. El papel en que estaba envuelto tenía anotado el nombre y la dirección de su fabricante, un taller desconocido en Haan.

Noda envió inmediatamente mensajeros de confianza al lugar y, como sospechaba, averiguó que el taller poseía una técnica secreta de fabricación de espejos desarrollada

recientemente. Aunque los propietarios eran reacios a crear mensajes constitutivos de traición, una mezcla de dinero y amenazas a sus familias les persuadió de que colaboraran y fabricar los espejos que desempeñarían un papel fundamental en los espectáculos que Noda y Doru montaban para sus seguidores.

—¿Recuerdas que pensamos que los dioses podrían estar de nuestra parte cuando nos comprometimos a ser hermanos en Pan, hace dos años? — preguntó Noda.

Doru asintió.

—Estoy empezando a creerlo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

MADRE E HIJA

PAN: CUARTO MES DEL NOVENO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

—El emperador coincide conmigo en que es una buena idea añadir más biografía a nuestro currículo —dijo Zato Ruthi.

En la sala de instrucción soplaba una brisa primaveral que traía la fragancia

de las primeras flores.

—Como hijos e hijas del emperador, tengo la esperanza de que el conocimiento de las grandes proezas de las figuras históricas os inspirará virtud y que los modelos del pasado os servirán de advertencia sobre los posibles obstáculos en el futuro. Quiero que cada uno de vosotros se centre en una figura del pasado reciente de vuestra elección. Estudiareis minuciosamente la vida de esa persona para entender su ascenso y su caída, y a la vez conectaréis esa experiencia con pautas más generales de la historia.

—Fara, empecemos contigo. ¿A quién quieres estudiar?

—Quiero oír historias de la señora Mira —dijo Fara, que contaba siete años de edad. Habían transcurrido tres años desde el primer Gran Examen del reinado de Los Cuatro Mares Plácidos. Aunque ya no era la niña redondita que en otros tiempos deleitara a los señores de Dara, seguía teniendo ojos de diablillo y un irresistible encanto.

—¿La consorte del hegemón? — Ruthi ponderó su demanda y asintió con aprobación—. La señora Mira intentó mitigar las tendencias más volátiles del hegemón y, al final, murió para demostrar la fidelidad que tenía a su amado esposo. Fue un modelo de femineidad virtuosa y una elección de

estudio adecuada para una joven dama. Ahora, príncipe Timu, ¿quién es tu favorito?

Timu, a la sazón de dieciséis años, enderezó su posición arrodillada para cumplir con los cánones, colocó las manos una junto a otra y las deslizó por el antebrazo opuesto hasta que quedaron cubiertas por las amplias mangas: un gesto formal aprendido en la lectura de libros antiguos, una muestra de respeto que permitía no enturbiar los ojos del profesor con los restos de cera y las manchas de tinta de los dedos del alumno. Hecho esto, inclinó su agradable rostro.

—Maestro, me gustaría estudiar las

hazañas del rey Jizu.

Phyro puso la mirada en blanco. Fara soltó una risita infantil y se tapó la boca.

—Ah —los ojos de Ruthi brillaron de satisfacción—. Es una elección admirable. Jizu fue con toda seguridad uno de los reyes Tiro más virtuosos en tiempos de la rebelión. Amaba a su pueblo más que a la propia vida y tanto los poetas como los narradores itinerantes homenajean su sacrificio merecidamente. Su elección como modelo al que emular habla bien de tu carácter. ¿Y tú, príncipe Phyro?

—Yo quiero saber todo del hegemón y de la reina Gin —dijo el robusto muchacho de trece años, que había

crecido mucho en altura y musculatura en los últimos tres años.

Ruthi titubeó.

—El hegemón tenía nobleza de carácter, un hecho que el emperador reconoció en su elogio funerario; puedo entender su atractivo. Pero, ¿por qué la reina Gin?

—El hegemón fue el guerrero más grande de Dara y, sin embargo, la reina Gin consiguió vencerlo. ¡Qué muestras de valor debe de haber detrás de ese hecho! El tío Yemu y el duque Kimo evocan a menudo los tiempos en que luchaban a su lado, pero estoy seguro de que hay historias que no me cuentan. Por favor, maestro Ruthi, ¡tenéis que

satisfacer mi sed de conocimiento!

Ruthi suspiró.

—Haré lo que pueda, ¡pero tendrás que leer lo que te mande! Puede que empiece asignándote como tarea la lectura de mi ensayo sobre su conquista de Rima... Recuerda, no todos los rumores que has escuchado son ciertos.

Théra y Phyro intercambiaron una sonrisa cómplice.

Ruthi se dirigió a su última alumna.

—Princesa Théra, ¿por quién te has decidido?

La princesa de quince años, cuyo rostro combinaba la belleza de su madre con algo de la mirada pícaro de su padre en la juventud, dudó por un momento

antes de responder.

—Quiero estudiar a la princesa Kikomi.

Ruthi frunció el ceño.

—Théra, Kikomi decidió traicionar a la rebelión a causa de su loca devoción por Kindo Marana, mariscal de Xana. Jugó con el afecto del hegemón y del tío de este, seduciendo a ambos con sus artimañas. Tenía un carácter veleidoso y era imprudente en sus actos; una elección muy poco apropiada.

Los ojos de Théra emitieron un destello, y respiró hondo.

—Con todo respeto, maestro, discrepo de ese juicio. Creo que Kikomi fue malinterpretada y tengo la intención

de rehabilitar su nombre.

—Vaya. ¿Qué quieres decir?

—Se la acusa de que actuó movida por el amor hacia Kindo Marana únicamente por las últimas palabras que pronunció antes de morir. No existe ningún indicio en las crónicas sobre Kindo Marana de que hubiera tal romance entre los dos.

—Sabemos que se acostó con él tras la caída de Arulugi. Así lo atestiguan las memorias fidedignas de los funcionarios de palacio en Amu.

Théra sacudió la cabeza.

—En aquel momento era su prisionera. Sus actos pueden haber estado motivados por el intento de

seducirlo para salvar Amu. Müning cayó, pero no fue saqueada, lo que sugiere que logró la misma hazaña que Jizu: un trato con el conquistador para salvar la ciudad.

—¿Y qué hay de su manipulación del hegemón y de Phin Zyndu?

—¿No sería ese ardid el precio que le exigió el mariscal a cambio de salvar Amu? Marana era bien conocido por utilizar cualquier ventaja con el fin de dividir y vencer a sus enemigos.

—¡Pero ella proclamó su amor por Marana en el momento de su muerte!

—¡Tenía que hacerlo! Si su complot se hubiera descubierto, el hegemón se habría vengado aplastando a Amu. Sus

últimas palabras pudieron ser un intento de desviar la ira del hegemón hacia Marana.

—Es una teoría atrevida... pero...

—No es más atrevida que el ardid de Tututika, que representó un juego de seducción similar durante las Guerras de la Diáspora con el fin de salvar a Amu de la cólera de los ejércitos de Iluthan.

—Pero estás hablando de una diosa...

—Que es también la patrona de Amu. Podría haber servido de inspiración natural a la princesa.

—No tienes pruebas...

—He leído todo lo que he podido encontrar sobre Kikomi que *no* haya

sido escrito por eruditos o historiadores: las memorias de su familia adoptiva y de algunos conocidos suyos; todo lo que ella escribió y lo que se dice que escribió; chismes, leyendas y tradiciones locales. Prácticamente todas estas fuentes coinciden en que adoraba a su pueblo y era ambiciosa, y he descubierto que sus ensayos están repletos de reflexiones ingeniosas sobre el poder y el sendero de la historia. Sencillamente, creo que su personalidad no encaja con la ridícula caricatura que esbozaron de ella los historiadores de la corte.

—Sin embargo, la historia está llena de ejemplos de mujeres que han hecho

cosas terribles por amor...

Théra sacudió la cabeza.

—Es precisamente eso, maestro. Si Kikomi fuera un hombre, ¿estaríais tan convencido de que traicionó a su pueblo por un romance desafortunado?

—Es cierto que los hombres también pueden ser presa de la misma enfermedad. En realidad, Phin Zyndu fue engatusado por las artimañas femeninas de Kikomi.

—Sin embargo, también nos habláis del valor y de su paciente preparación de su venganza, y el noviazgo del hegemón con Kikomi no es más que un único episodio dentro del amplio repertorio de hazañas que los narradores

cuentan de su vida. Por el contrario, las mujeres de la historia quedan definidas por los hombres a los que amaron. Nunca oímos nada sobre la señora Mira excepto que se suicidó llevada por su amor al hegemón —Fara, ¿sabías que hubo un tiempo en que el arte creado por la señora Mira fue objeto de deseo de todos los nobles de Çaruza?— y nunca nos referimos a Kikomi más que como una seductora cegada por el amor, a pesar de ser un importante dirigente de la rebelión. El talento puede llevar vestido o túnica. ¿Por qué esa discrepancia?

—Mmm... —Zato Ruthi se había quedado sin palabras.

—Veis las pautas que queréis ver, maestro, y yo sostengo que Kikomi aprovechó esa tendencia, no solo vuestra, sino de los soldados que entraron corriendo en el dormitorio de Phin Zyndu. Decidió sacrificar su propio buen nombre para conseguir sus propósitos.

—Sería un acto de gran valor y sabiduría para ser atribuido a una mujer...

—Maestro, en una ocasión os equivocasteis al juzgar las capacidades de una mujer para combatir y perdisteis vuestro trono. Lo digo sin ánimo de ofenderos, solo como recordatorio de que las lecciones de la historia no son

siempre fáciles de ver. Nunca podré probar a satisfacción de todos que mi teoría es correcta, pero he decidido creer mi versión porque es más interesante.

Recuperó su posición en *mipa rari*, segura de que su maestro la reprendería por recordarle un episodio doloroso de su vida.

Tras un largo silencio, Ruthi se inclinó ante Théra.

Sorprendida, Théra le devolvió la muestra de respeto.

—No hay momento de mayor orgullo en la vida de un profesor —dijo Ruthi— que cuando aprende algo nuevo de sus alumnos.

En silencio, la emperatriz permanecía de pie en el exterior de la sala de instrucción, escuchando lo que acontecía en el interior.

Decidió sacrificar su propio buen nombre para conseguir sus propósitos.

Sonrió con amargura. La historia estaba repleta de crónicas de reinas rivales que tramaban intrigas palaciegas en beneficio de sus hijos, y eso es lo que contarían de ella.

Pero se equivocarían, y mucho.

Ella amaba a las gentes de Dara y ellas la odiarían. Ese era el precio que tendría que pagar para ver realizadas sus grandes e interesantes ideas.

Mientras los niños seguían

conversando con su tutor, Jia se marchó sigilosamente.

El chambelán Otho Krin entró en el cobertizo de trabajo.

—Los mensajeros han regresado, señora Jia —así era como la llamaba en privado.

Jia se acercó y le dio un beso rápido.

—Las donaciones fueron entregadas sin problemas —dijo Otho—. Pero, aunque esté a cargo del presupuesto de palacio, no creo que pueda conseguir más dinero sin levantar sospechas.

—Ya encontraré más fondos —declaró Jia—. ¿Estás seguro de que ni los cabecillas del culto al hegemón ni

los clarividentes saben de dónde procede el dinero?

Otho asintió.

—He tenido gran cuidado de no revelar mi identidad a los emisarios.

—Rin vigila Tunoa muy de cerca. No ha debido ser fácil introducir el dinero.

—Habría sido difícil de no ser por la idea de la señora Ragi de utilizar a una compañía itinerante de ópera popular como emisarios.

Una sonrisa atravesó el rostro de Jia. Ragi era una de sus antiguas damas de compañía y estaba casada con Gori Ruthi, sobrino de Zato Ruthi y viceministro de transportes y carruajes.

—A Ragi siempre le gustaron las

óperas ambulantes. ¿Recuerdas cuando de niña en Çaruza nos suplicó que la lleváramos a las representaciones a pesar de que el hegemón me mantenía en arresto domiciliario?

El recuerdo de aquellos días más peligrosos pero también más despreocupados estremeció el corazón de Otho. Apartó esos pensamientos y continuó:

—Los espías de Rin Coda vigilan de cerca los transportes de los comerciantes y los grandes terratenientes que llegan a los puertos, así como a las principales bandas de contrabandistas, pero raramente prestan atención a los artistas itinerantes,

especialmente a las mujeres. Las actrices recomendadas por la señora Ragi se las arreglaron para esconder los fondos y otros objetos en baúles de utilería y llevarlos hasta Tunoa sin que los espías del duque Coda llegaran a sospechar nada. También fue útil que la compañía llevara una carta de presentación del marido de la señora Ragi.

—Muchos hombres piensan que las mujeres son meras animadoras u objetos de decorado —dijo Jia—. Es fácil ocultar cosas en sus ángulos ciegos.

Otho se estremeció. No le gustaba oír a Jia cuando hablaba así, de un modo tan frío y calculador. Pero estaba

enamorado de ella y el amor exigía ignorar determinados sentimientos.

—¿Cómo consiguieron que llegaran a las manos de los cabecillas del culto?

—Esto fue algo más complicado, pero la compañía de ópera se las ingenió para vender a una de sus actrices a cierta casa índigo, escondiendo de nuevo los artículos en su baúl. Cuando uno de los cabecillas del culto fue de visita, se las arregló para entregarle todo sin dar la impresión de estar haciéndolo. Una vez conseguido, la compañía canjeó su libertad y siguieron su camino.

Jia asintió.

—Inteligente. Estoy segura de que

está tan ciego como los espías de Rin — pero su júbilo pronto se disipó y apretó los puños con frustración—. ¡Ahora es preciso que esos tontos hagan uso de los recursos que les he entregado! ¡No puedo hacerlo todo yo!

—¿Qué queréis que haga con la compañía de ópera?

—Dales el pago prometido —dijo Jia—. Y también esto —le entregó unos cuantos paquetes de papel—. Diles que es una fórmula para experimentar la comunión con los dioses; funcionará si lo intentan, al menos durante un rato.

Otho asintió y no demandó más información. Había decidido tiempo atrás que desconocer los detalles de los

planes de Jia era bueno para su paz mental. En una ocasión vio a uno de los mensajeros corriendo desnudo por la calle, mientras gritaba que algo le quemaba por dentro, antes de lanzarse bajo los cascos de unos caballos desbocados. Otra vez oyó rumores de que unos hombres que habían muerto en los ardores de la pasión en una casa índigo. Jia era creativa en sus fórmulas.

—Para asegurarnos —añadió—, deja caer a algunas bandas de ladrones el hecho de que la compañía está forrada de dinero.

A veces sentía que no la comprendía en absoluto, pero lo necesitaba y él siempre estaba ahí para ella.

—No tengas problemas de conciencia, Otho —Jia le honró con una sonrisa regia—. He intentado explicarte lo que estoy haciendo, pero la política no es lo tuyo. Confía en que actúo para proteger el sueño de Dara, la frágil paz que Kuni y yo hemos construido.

Al verlo poco convencido, lo abrazó cariñosamente.

—Entonces, inténtalo así: debes saber que actúo movida por mi amor a Kuni, aunque él no lo entendería. El amor nos hace cometer actos extraños.

Otho asintió. *Podía* entender ese sentimiento.

La consorte Risana paseaba por el

huerto-jardín mientras Kuni y Théra trabajaban. Al verlos, se detuvo.

—¡Te estaba buscando, Kuni! —dijo en voz alta.

—Tía Risana —dijo Théra—, perdona que no te salude como es debido. Estoy llena de barro en este momento.

Risana hizo un gesto para dar a entender que no importaba.

—Qué bonito veros disfrutar juntos de este sol primaveral. Ojalá Hudo-*tika* se os uniera.

—La caza también es un buen ejercicio —dijo Kuni. Se limpió el sudor de la cara con una toalla y salió del campo para acercarse a su esposa.

—Parece que traes buenas noticias —dijo, sonriendo.

—Es verdad. Cogo ha echado un vistazo a mi propuesta de arrendamientos tipo entre propietarios de tierras y agricultores arrendatarios y piensa que es una buena idea.

—¿Cómo no iba a pensarlo? —dijo Kuni—. Unas condiciones de arrendamiento homologadas contribuirán a frenar los abusos expuestos por Zomi Kidosu y pondrán la carga fiscal donde tiene que estar. No obstante, conseguir que los nobles promulguen esos modelos en sus dominios será más complicado. Lo considerarán otra intromisión imperial en sus asuntos.

Junto a ellos, Théra seguía introduciendo en la tierra plantones de calabaza dulce. Aguzó el oído y espació sus movimientos al escuchar el nombre de Zomi.

—Tengo una solución para eso —dijo Risana—. Cuando emitas el edicto, puedes acompañarlo de una invitación a hacer comentarios. Así, cada noble podrá ofrecer sugerencias y adaptar el modelo a las condiciones especiales de cada feudo.

—Buena idea —dijo Kuni—. De esa forma, sentirán que les consulto en lugar de considerarlo una imposición.

—Y yo escribiré personalmente a las esposas de los señores más

recalcitrantes. Sé lo que temen la mayoría de ellos y si aseguro a sus mujeres que esta política no tiene nada que ver con la emperatriz, transmitirán ese sentimiento a sus maridos.

Théra sabía que tanto la consorte Risana como su madre ejercían gran parte de su influencia de un modo informal, y su padre dependía de ellas para mantener una red de vínculos sociales y comunicaciones extraoficiales que contribuían a facilitar el gobierno del imperio.

—Gracias —dijo Kuni—. Siempre tan prudente.

—Basta con que tú sepas lo que he hecho —dijo Risana, y ella y Kuni se

dieron un beso y continuaron charlando en voz más baja.

Es una pena que no pueda atribuirse el mérito por sus ideas, pensó Théra.

—¿Qué piensas de Roné, el sobrino de Than Carucono? —preguntó la emperatriz.

Théra y Jia estaban arreglando las flores en el patio exterior de los aposentos privados de la emperatriz. Disfrutaban haciéndolo juntas, desde que Théra era poco más que un bebé y llevaba a su madre flores de diente de león que luego soplaban.

—Parece muy engreído —dijo Théra. La familia Carucono había acudido una

vez de visita al palacio y Théra les sirvió el té mientras charlaban con Jia.

—Es un *firoa* que estuvo a punto de lograr la puntuación para presentarse al Examen de Palacio —dijo Jia—. Y Than le trata como si fuera su propio hijo. Tiene razones para estar orgulloso.

Théra se burló:

—Me impresionaría más si sus ideas fueran más audaces —los recuerdos de la presentación de Zomi Kidosu en el Examen de Palacio tres años atrás acudieron espontáneamente a su cabeza. Sonrió para sus adentros.

Jia dejó de recortar los tallos de las flores para mirarla.

—Entonces, ¿qué piensas de Kita

Thu? No me dirás que no hizo una presentación atrevida.

A Théra le llevó un tiempo recordar a quién se refería su madre.

—¿El que defendió la restauración del sistema Tiro? ¡Fue el hazmerreír!

—No es el único que defiende esas ideas en las islas —dijo Jia—. Lo que tu padre considera chistoso no siempre resulta así a ojos de los demás.

—Creo que le faltaba visión —dijo Théra obstinada.

—¿Y qué hay de Naroca Huza? El primer ministro habla bien de él.

Finalmente, Théra cayó en la cuenta de que el tono de su madre no era en absoluto casual. *¿Por qué me está*

preguntando mi opinión sobre todos estos hombres?

—Tal vez sea demasiado joven para juzgar la personalidad de los hombres —afirmó Théra, ahora muy prudente.

Jia siguió podando las flores.

—¿Tú crees? A tu edad, la mitad de las mujeres nobles ya han contraído matrimonio.

—¡Pero si ni siquiera me gusta ninguna de esas personas!

—Nuestras opciones son limitadas y tienes que pensar en la manera más ventajosa de posicionarte para el futuro. Eres una muchacha inteligente, pero una alianza adecuada es la mejor manera de asegurar que tu inteligencia no se

desperdicie. No guíes tu vida por nociones románticas.

El corazón de Théra se aceleró. No se atrevía a hablar por temor a chillar. *¿Estas alianzas son por mi bien o por el bien de mi hermano?*

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LAS SOMBRAS DEL EMPERADOR

PAN: CUARTO MES DEL NOVENO
AÑO DEL REINADO DE LOS
CUATRO MARES PLÁCIDOS

La pequeña aeronave sobrevolaba el lago Tututika, que relucía al sol como un espejo infinito. Desde esa altura, los pequeños botes de pesca parecían zapateros y hasta las águilas pescadoras

que volaban en círculos por debajo parecían pequeños mosquitos. Una docena de guardias de palacio se encargaba del manejo de los remos de plumas, siguiendo el ritmo marcado por un tambor ligero. Dentro de la barquilla, el emperador, la emperatriz y la consorte Risana estaban sentados alrededor de una mesita picoteando semillas de loto azucaradas y bebiendo té verde caliente. No era muy habitual que la familia imperial encontrara tiempo para disfrutar de un día primaveral juntos, lejos de las preocupaciones e intrigas de palacio.

—Phyro insiste otra vez en ir a visitar a Gin —dijo Risana.

Jia no hizo ningún comentario, ocupada en pasar metódicamente un paño blanco por las tazas de porcelana.

—Ese chico siempre ha preferido la compañía de los generales a la de los libros —dijo Kuni riendo entre dientes—. Puedo entenderlo.

—En tiempo de paz, los libros son más importantes que las espadas —dijo Jia mientras echaba cuidadosamente el té molido en las tazas con una cucharita de bambú.

—Phyro está cada vez más inquieto —dijo Risana—. Se queja de que las lecciones del maestro Ruthi, por valiosas que sean, no le enseñan lo que necesita saber.

Kuni cerró los ojos un momento para aspirar la fragancia del té.

—Hay un límite a las cosas que se pueden aprender en los libros. Ningún libro podría haberme enseñado a ser emperador y dudo de que mis hijos sean distintos.

Esto era lo más cerca que Kuni había estado nunca de reconocer las dificultades inherentes a su plan de sucesión. Risana miró de refilón a Jia, pero esta parecía seguir concentrada en el brasero de carbón.

Risana se mordió el labio y decidió que tenía que arriesgarse.

—Es conveniente que ambos príncipes aprendan el arte de la

administración —mantuvo su mirada sobre Jia mientras continuaba—: Cuando llegue el día de asumir el cargo, Phyro puede ayudar a Timu como consejero —esperaba haber sido lo suficientemente explícita como para tranquilizar a Jia, cuyo humor siempre le había parecido difícil de interpretar.

Jia aguardó hasta que el agua empezó a hervir sobre el brasero y las burbujas cubrieron la superficie como la espuma expulsada por un pez en un rincón tranquilo del estanque. Entonces levantó la tetera y vertió el agua hirviendo en las tres trazas, flexionando la muñeca de modo que el chorro de agua caliente saliera como un rayo de luz concentrada,

hundiéndose en las tazas en rápida sucesión.

—Los príncipes necesitan practicar para entender el modo de dirigir el carruaje del estado —dijo Jia—. Probadlo, por favor. Los padres de la señora Fina lo han enviado de Faça.

Risana dio un sorbo a su té.

—Es excelente. Respetada hermana mayor, tu capacidad para realzar las mejores cualidades de cada té no tiene parangón.

Jia sonrió agradecida.

—Kuni, tú no eres el primogénito de tu familia y, sin embargo, eres tú quien se ha convertido en emperador de Dara y no tu hermano. No deberíamos

obsesionarnos con la idea de la primogenitura. El príncipe más apto para gobernar es quien debería ascender al trono.

Risana casi sintió pena por Jia. Debía de haber necesitado toda su fuerza para reconocer su debilidad. Kuni había accedido al poder con la ayuda de hombres (y mujeres) que se sentían más cómodos sobre una silla de montar que en una corte, y casi todos ellos congeniaban mejor con Risana y consideraban a Phyro el mejor heredero para el futuro. Y, aunque nunca había mencionado explícitamente la idea de designarle como príncipe heredero, cualquiera que tuviera ojos podía darse

cuenta de que Kuni prefería al más joven.

Con su último pronunciamiento, Jia estaba prácticamente dándose por vencida de momento.

—Realmente eres una mujer extraordinaria —dijo Risana, resuelta a ser benévola en su victoria—. Tu grandeza de espíritu es para mí una lección de humildad.

Jia contuvo un suspiro. Las dificultades de la relación entre Kuni y Timu eran un tema complicado que para muchos tenía sus raíces en la prolongada separación entre padre e hijo durante los primeros años de Timu, cuando Jia y los niños habían sido rehenes del hegemón.

Cuando Jia y Kuni se reunieron, Timu estaba más unido al amante de Jia, Otho Krin, que a su padre. Su comportamiento formal y su timidez natural en los años posteriores no habían ayudado a arreglar las cosas.

Pero ella sabía que sería un desastre si Phyro se convertía en emperador. Dependía de ella que ese futuro nunca llegara a hacerse realidad, no solo por el bien de Timu y de ella misma, sino de toda Dara.

—Tengo una idea —dijo Jia—. El mejor modo de saber cuál es más apto para gobernar es observándolos en la práctica, en una competición amistosa, si quieres.

Kuni se rió entre dientes.

—Menos mal que solo tenemos dos príncipes de los que preocuparnos.

Hace años, tras la muerte de la consorte Fina, Kuni, Risana y Jia se habían puesto de acuerdo en que esta última preparase hierbas para ambas esposas con el fin de evitar nuevos embarazos. Incluso contando con la habilidad de alguien como Jia, los partos representaban un gran riesgo para la mujeres y Kuni no quería volver a ver morir de ese modo a nadie cercano a él. Ya tenía bastantes hijos, afirmó, y aunque no lo expresó abiertamente, quizá también le preocupaba que nuevos hijos intensificaran las futuras

rivalidades por la sucesión.

—Un reino no es tan grande como un imperio, pero tiene problemas similares a una escala menor. Sería aconsejable que los príncipes adquirieran cierta experiencia de gobierno —Jia dio un sorbo al té—. Del mismo modo que una obra de marionetas de sombras puede representar al mundo en miniatura, los príncipes pueden actuar como si fueran las sombras del emperador.

—Las Sombras del Emperador —reflexionó Kuni—. Me gusta. ¿Dónde sugieres que situemos los dominios de los príncipes?

—Kado no está haciendo gran cosa en Dasu —dijo Jia—. En realidad, tengo

la sensación de que le alegraría retirarse del trono en favor de uno de sus sobrinos. Además, bien podrías otorgarles a él y a su familia un título hereditario sin feudo; quedarían en una buena posición pero no tendrían que preocuparse de las responsabilidades.

Kuni asintió. No se sentía particularmente próximo a Kado y esta parecía una buena solución.

—¿Timu o Phyro?

—Dasu necesita un gobernante más interesado por el desarrollo espiritual e intelectual de su población —dijo Jia—. La abogada Kidosu se ha expresado en ese sentido. Creo que Timu sería más adecuado para ese feudo, con la ayuda

del maestro Ruthi.

La sugerencia tenía sentido para Kuni.

—¿Y qué hay de Phyro?

Risana se tensó y disimuló su ansiedad dando un sorbo a la taza. Se arrepintió de no haber aprovechado antes la oportunidad para sugerir que Phyro se incorporara como una suerte de aprendiz de Gin Mazoti, lo que le habría aportado la experiencia que necesitaba y lo habría acercado aún más al general más poderoso del imperio. Pero ahora la iniciativa estaba en manos de Jia y lo único que podía hacer era esperar.

Jia pareció pensativa.

—Este es el Año del Lobo,

potencialmente un tiempo de conflictos y de peligro. Ya que las fuerzas leales al hegemon están conspirando en Tunoa, ¿por qué no enviar a Phyro al nuevo feudo y darle poder para pacificar por completo el territorio? Rin Coda podría ser su consejero. Al fin y al cabo, no puedes pelear por tus hijos todas sus batallas.

Risana dio vueltas a la sugerencia de Jia en su cabeza. No le encontraba defectos. Dasu y Tunoa eran similares en tamaño y en población (de hecho, Tunoa era ligeramente más grande). Su idea encajaba las habilidades de ambos príncipes con las necesidades locales y daba realmente la impresión de que

estaba intentando hacer lo mejor para los chicos.

—Te agradezco tu atenta preocupación por nuestros hijos —dijo Risana.

—Solo cumplo con mi deber —dijo Jia—. Eres la hermana que nunca tuve.

Y los tres continuaron bebiendo té y admirando el precioso lago a sus pies. Entre el cielo y el lago, la aeronave era una perla solitaria que conectaba todo con todo en una red de luz.

El anuncio de las Sombras del Emperador alborotó a toda Dara.

Muchos se preguntaron si ese nombramiento indicaba que el

emperador estaba pensando aumentar el papel de los príncipes y reducir el suyo propio; algunos alabaron la decisión de enviar al príncipe Timu a contribuir al desarrollo cultural de Dasu; a otros les preocupaba que la designación del príncipe Phyro indicara un aumento del descontento de los antiguos nobles con el gobierno del emperador Ragin; y, en fin, otros veían todo el asunto como un episodio de alguna emocionante obra de teatro de sombras, en la que los príncipes rivales construían bases independientes de poder en los extremos de Dara.

La señora Soto estaba leyendo a Fara en el extremo occidental del jardín

cuando Jia apareció por el sendero, con una pequeña cesta en la mano.

—Tía emperatriz —dijo Fara. Se puso en pie e hizo una profunda reverencia en *jiri*.

—Ve a jugar al huerto de los frutales —dijo Soto—. Luego iré a buscarte y terminaremos el cuento —Fara se marchó rápidamente y Soto dejó el libro junto a ella.

Jia echó un vistazo al título del libro.

—¿No es demasiado pequeña para la historia de la reina de Écofi y los siete príncipes?

—Los niños pueden entender las historias sangrientas mucho mejor de lo que suponemos —dijo Soto—. De lo

que tenemos que protegerles es del derramamiento de sangre de verdad.

Jia inclinó la cabeza y consideró sus palabras. Las comisuras de sus labios se arquearon.

—Soto, creo que hace tiempo que nosotras no necesitamos andarnos por las ramas. Si tienes algo que decirme, dímelo.

Soto respiró hondo.

—He intentado imaginarme en lo que andáis metida, pero confieso que estoy perpleja.

Escabulléndose, Jia dijo:

—Voy de camino al invernadero a coger naranjas para los niños.

—Creo que me he ganado el derecho

a que no os burléis de mí. He revisado las cuentas de palacio. El chambelán Krin es cuidadoso, pero resulta imposible no dejar huellas cuando se trata de tanto dinero.

La sonrisa desapareció del rostro de la emperatriz.

—Te preguntas si todavía intento asegurar que Timu sea el príncipe heredero. La respuesta es sí.

—Ya lo sé. Pero no consigo figurarme cómo las Sombras del Emperador conseguirán ese objetivo, o qué relación tiene con vuestro desvío secreto de fondos del Tesoro Imperial. Hace tiempo os preocupaba que Phyro pudiera ganarse la lealtad de los

generales de Kuni con sus modales relajados y su admiración por las artes marciales, e imagino que habéis tratado de remediarlo reduciendo el poder de los generales o bien haciendo que Timu se gane su respeto. Pero vuestro plan no parece servir para ninguna de las dos cosas.

—Cuando se intenta algo repetidas veces y no funciona, es insensato insistir en el mismo camino.

Soto inspiró hondo.

—Siempre os seré leal, Jia. Pero tengo cariño a todos los niños. No quiero que ninguno sufra daño.

Jia la miró fijamente.

—¿Por qué siempre se piensa que los

actos de una madre son egoístas? He visto crecer juntos a los niños y les tengo cariño a todos, aunque no los haya parido a todos. Pero también he visto correr la sangre cuando los hombres se vuelven ambiciosos y desean apoderarse por la fuerza de lo que no les pertenece. Debo hacer todo lo que esté en mis manos para evitar ese futuro. Soy la emperatriz de Dara y mi mayor deber es para con mi pueblo.

—¿Prevéis ese futuro con Phyro en el trono?

Jia miró hacia otro lado por un momento y pareció que tomaba una determinación.

—Soto, decidiste servir a mi marido

porque creíste que proporcionaría un futuro mejor a Dara que el hegemón. ¿Aún crees que es cierto?

Soto asintió.

—Tu convicción es el mayor de todos los peligros.

—No comprendo.

—Al igual que el hegemón, Kuni concede un gran valor a la confianza personal. Durante la Guerra del Crisantemo y el Diente de León, permitió que Gin se declarase reina suponiendo que tal gesto de confianza compraría su lealtad. Hoy día permite que cada uno de sus nobles mantenga un ejército lo bastante grande como para destruir el país, a pesar de que las islas

están en paz. Al igual que el hombre a quien consideraba su hermano, Kuni ha decidido construir su imperio sobre vínculos de confianza entre él y aquellos que le sirven.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Pues que la confianza es voluble e incapaz de soportar una carga pesada. Kuni ha hecho que su imperio dependa de él porque cree que es el único que puede ver el camino para avanzar. Ese es un estado frágil. A pesar de su juventud, Phyro muestra las mismas tendencias.

—Pero en épocas de desórdenes, ¿no es mejor saber que las riendas del reino están en manos de un hombre

suficientemente fuerte como para guiar el carro? Timu no posee esa fuerza.

—Tal vez no. Pero en lugar de basar la tranquilidad en promesas de lealtad y de amistad, yo quiero una Dara basada en sistemas, instituciones, comportamientos codificados que se *reifiquen* mediante la repetición. La única manera de construir una paz duradera es trasladar el poder de los individuos a las estructuras. Kuni cree que si los hombres son morales, harán lo que es correcto. Pero yo creo que solo cuando los hombres hacen lo que es correcto —con independencia de sus razones— puede decirse que son morales.

—Aunque habláis el lenguaje de los moralistas, Jia, yo creo que en vuestro corazón sois incentivista. La única manera de lograr lo que deseáis es reducir el gobierno a un sistema de castigos y recompensas.

Jia sonrió con melancolía.

—Podría decirse que todos los buenos reyes son incentivistas vestidos de moralistas, quizá asistidos por ministros modelistas.

—¿Y qué hay de los flujistas?

—Ellos viven en un reino que no es de este mundo. En la esfera sublunar, siempre debemos pensar lo peor.

Soto suspiró.

—Risana está con el juego de los

gorriones mientras que vos jugáis al *cüpa*.

Jia echó a reír.

—Haces que parezca tan calculadora y... fría.

—¿No lo sois?

—Ya he dicho todo lo que podía decir. Incluso a una amiga de confianza... bien, he sido franca sobre lo que opino de la confianza.

Soto estudió el rostro de Jia. Finalmente, suspiró.

—Os habéis hecho mucho más sutil. Ya no sé lo que pensáis.

—Mantén tu amistad conmigo y no pienses mal de mí. Cuando piensas bien de alguien, ves todas sus acciones bajo

una luz más amable. ¿Y si la conspiración que percibes no es más que un reflejo de tus propios miedos proyectados en un acto inocente?

—¡Abogada Kidosu!

Zomi se detuvo nada más pasar el puente sobre el arroyo que conducía al ala privada del palacio. Se giró y vio que era la princesa Théra, que se dirigía hacia ella desde el huerto del emperador. Aunque llevaba un vestido sencillo y las manos manchadas de barro, sus movimientos graciosos y su apariencia confiada proclamaban su estatus como si fuera vestida de seda y con guantes de gasa.

Zomi reprimió su impaciencia y saludó con la cabeza.

—Alteza —cada vez que acudía a palacio, lo que no pasaba a menudo, pues una abogada menor como Zomi no era convocada a la corte más que unas pocas veces al año, Théra parecía encontrar la excusa para dirigirse a ella. Pero nunca tenía nada interesante que decir.

—¿Estás ocupada? —preguntó la princesa—. Hace tiempo que no te veo.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó Zomi incapaz de reprimir el tono cortante de su voz.

Se recriminó su propia falta de cortesía. No podía explicarse por qué

sentía tanto enfado con Théra cada vez que la veía cuando lo cierto es que debería estarle agradecida. Fue Théra quien se las arregló para conseguirle un pase para el Gran Examen y le dio una oportunidad.

Pero no *sentía* gratitud. De hecho, la intervención de Théra y sus hermanos había restado mucha pureza a su victoria —sí, era eso lo que ocurría: pertenecían a clases diferentes, tan diferentes como un crisantemo de un diente de león y, aun así, Théra insistía en actuar como si fueran iguales, sin reconocer su vida privilegiada, sin la delicadeza de sentirse avergonzada por el abismo entre sus diferentes circunstancias. Lo que

para ella y sus hermanos había sido un simple juego —conseguir el pase para el examen— había marcado la diferencia entre alcanzar un sueño y verlo reducido a pedazos.

Le molestaba la manera en que Théra *jugaba* a ser distinta de la que era: el modo en que se disfrazó de plebeya en La Jarra de Tres Patas, el modo en que se vestía para jugar a granjera en el jardín imperial, el modo en que preguntaba por Zomi como si fueran amigas cuando, en realidad, sus vidas no tenían nada en común.

—Oh, en nada —dijo la princesa—. No quería... solo pretendía... —su cara se puso roja.

Zomi aguardaba.

—He estado pensando en vuestra propuesta de abolición del uso de ideogramas anu —dijo la princesa, hablando atropelladamente—. Encontré una referencia en un poema que Kikomi escribió en una ocasión que me la recordó no estaba segura de si lo habías leído podría copiártelo si quieres o podrías encontrarlo en la biblioteca claro que podrías...

—Alteza, no puedo llegar tarde a mi audiencia con la emperatriz.

—Oh —dijo la princesa decepcionada—. Lo siento —entonces pareció armarse de valor y dijo—: Te admiro, abogada Kidosu. En realidad,

envidia tu vida. Eres libre para vivir por tus propios méritos, mientras que mi valor está ligado a mi nacimiento, es un instrumento para promover las ambiciones de otros.

Zomi tuvo que hacer los máximos esfuerzos para no ser grosera. Así que, tras unas cuantas respiraciones profundas, dijo simplemente:

—Alteza, no debéis utilizar la palabra *envidia* con tanta ligereza cuando no sabéis los caminos que han recorrido los otros. Pocas mujeres —no, pocas *personas*— cuentan con las ventajas que vos poseéis. Si lamentáis no poder vivir como os gustaría quizá sea porque no habéis intentado vivir tal

como sois.

—Me siento honrada más allá de las palabras, majestad imperial —dijo Zomi Kidosu sentada formalmente en *miparari*. Estaba muy nerviosa. Era la primera vez que la emperatriz la convocaba y todavía se encontraba aturdida por su encuentro con la princesa Théra.

—No es nada —dijo Jia—. Tranquilízate —pasó a colocarse en *géüpa* e indicó a Zomi que hiciera lo mismo.

Se encontraban en la pequeña sala de audiencias de la emperatriz, dentro de sus aposentos privados. Las esteras de

paja sobre las que estaban sentadas eran delicadas, y el fuego de la estufa mantenía la habitación confortable a pesar del frescor de la incipiente primavera. En la mesa situada entre ambas había una botella de vino de ciruelas caliente junto a dos tazas.

—Con frecuencia oigo hablar de tus peticiones al emperador. Está muy impresionado por tu trabajo.

Con cierto esfuerzo, Zomi reprimió su sorpresa. Desde su nombramiento para el Colegio de Abogados hacía tres años, había elaborado docenas de peticiones minuciosas criticando propuestas políticas de diversos ministros, incluido el primer ministro

Yelu, e incluso algunas del propio emperador. Siempre había recibido la misma respuesta del emperador: *Leída*. Ninguna de sus atrevidas ideas había sido aplicada jamás.

Había perdido la esperanza de llegar a ejercer alguna influencia.

—Por favor, prueba el licor —dijo la emperatriz.

Tomó la botella y sirvió ambas tazas. El aroma a ciruelas de invierno impregnó el aire. Zomi dio un sorbo para ser cortés. El licor era fuerte y sintió cómo se acaloraba su rostro.

—Parece que tu madre no ha querido venir a Pan.

Zomi se tensó. Nunca hablaba de

asuntos privados en la corte.

—Os agradezco el interés, majestad imperial. Mi madre está acostumbrada a otro tipo de vida y cree que no sería feliz en el bullicio de la capital.

La emperatriz asintió.

—Mis padres son iguales. No quieren venir a vivir al palacio, por mucho que les insista. Prefieren quedarse en su casa de Faça, donde pueden moverse a su gusto, en lugar de tener que vigilar todo lo que dicen y hacen aquí en la corte.

Zomi estaba extrañamente conmovida. La mujer sentada frente a ella no era como se había esperado.

—Claro que mi situación es mucho

más sencilla —dijo la emperatriz—. Aunque no pueda cumplir con mis obligaciones de hija atendiéndolos directamente, puedo enviarles cualquier cosa que deseen: dinero, un músico que pienso que les agradará, o una aeronave cargada con un equipo de cocineros imperiales que les preparen platos de auténtica cocina Dasu en su cumpleaños.

Sonrió a Zomi, que echó a reír imaginando el envío de una aeronave con todo lo necesario para celebrar una fiesta sorpresa de cumpleaños para sus ancianos padres. Luego adoptó un aire pensativo. La emperatriz estaba seria cuando continuó hablando.

—Pero supongo que es mucho más

difícil proporcionar una vida mejor a tu madre con el magro salario que obtienes como miembro del Colegio de Abogados. El emperador pretende dirigir el colegio de modo austero, pero tus colegas proceden de familias mucho más acomodadas o cuentan con otros medios para complementar sus ingresos.

El tono compasivo de la emperatriz quebró los últimos vestigios de cautela de Zomi. La paga proporcionada por el Colegio de Abogados era escasa y la vida en Pan, cara. A pesar de que ella economizaba y ahorraba todo lo que podía, todavía no había conseguido enviar mucho dinero a su madre.

Además, se negaba a participar en

los juegos que practicaban algunos de sus colegas. Otros abogados del colegio solían acudir a caros restaurantes y casas de ópera en compañía de los ministros cuyas propuestas políticas se suponía que debían criticar. En ocasiones, salían con paquetes discretamente envueltos bajo el brazo y una sonrisa de satisfacción en la cara. Esa era la manera de trabar amistad con los poderosos y promocionarse. Zomi se dio cuenta al comprobar cómo uno tras otro abandonaban el colegio para ocupar puestos políticos más elevados, pero no se veía capaz de actuar como ellos. Sentía demasiada repugnancia.

—El emperador cree que hay que

recompensar a quienes tienen talento, y yo también. Creo que tengo una solución para tu problema.

—Me temo que esta pobre abogada no esté a la altura de la tarea que su majestad imperial tiene pensada para ella —dijo Zomi.

—La reina Gin ha escrito al emperador solicitándole el envío de un alto consejero. Yo te he recomendado para el cargo.

Zomi miró a la emperatriz, completamente perpleja. Convertirse en alto consejero de un noble tan importante como la reina Gin era similar a ser primer ministro de un antiguo estado Tiro. Dichos funcionarios

ostentaban grandes poderes y estaba segura de que desde esa posición conseguiría poner en marcha algunas de sus ideas —algo mucho mejor que continuar escribiendo críticas inútiles a las ideas de otras personas. Y, entre todos los nobles, era la reina Gin a quien más admiraba. Por si fuera poco, al ser ella quien la había recomendado para el examen, probablemente su secreto estaría mejor guardado si entraba a su servicio.

Tampoco estaba mal que dicho ascenso llevara aparejado un tremendo aumento de salario. Al fin podría cumplir la promesa hecha a su madre.

Pero resultaba extraño que la

emperatriz se tomara tanto interés por los asuntos de un noble. A decir de todos, la emperatriz estaba empeñada en reducir el poder de los nobles. De hecho, el año anterior, Zomi Kidosu había escrito la crítica de una propuesta de la emperatriz —que finalmente se hizo efectiva— destinada a reducir la financiación imperial de los ejércitos de los nobles con el fin de destinar más fondos a proyectos de infraestructura civil. En realidad, ella estaba a favor de la idea, pero la función de los abogados era encontrar los puntos débiles de cualquier propuesta política con independencia de sus sentimientos personales.

Mientras Zomi seguía intentando recuperarse del impacto causado por la revelación, la emperatriz continuó.

—A pesar de los rumores, valoro muy positivamente el papel vital que desempeñan los feudos independientes como espacios para la experimentación política. La reina Gin ha demostrado ampliamente sus dotes guerreras pero... carece de sutileza para gestionar la administración civil. Tu contribución sería altamente valiosa. Además, probablemente confiará más en ti por ser alumna de Luan Zya.

A Zomi no le sorprendió que la emperatriz supiera quién era su maestro; después de todo, el emperador lo había

adivinado. Asintió ante la discreta referencia de Jia a las relaciones entre su maestro y la reina.

Aunque las palabras de Jia tuvieran sentido, Zomi sospechaba que la emperatriz tenía algo más en la cabeza. Puede que careciera de experiencia en política, pero sabía que ese tipo de favores tenían, por lo general, un precio.

—¿Tenéis instrucciones especiales para mí? —sondeó. Las diferencias entre la reina y la emperatriz eran un secreto a voces. Si Jia pretendía, de alguna manera, traicionar a la reina Gin, tendría que encontrar el modo de rechazar el puesto.

—Solo una: que hagas lo que sea

bueno para Dara, sin pensar en las consecuencias.

Zomi la observó de manera inquisitiva.

—El príncipe Phyro es inteligente pero inexperto —dijo Jia—. El duque Coda está dotado para su trabajo pero tiende a ser demasiado entusiasta. Me temo que, en el proceso de pacificar Tunoa, ambos puedan causar daños a personas inocentes, algo que el emperador lamentaría profundamente. No todas las críticas al emperador deben considerarse una traición y si el príncipe y el duque son demasiado severos con hombres y mujeres de talento que mantienen opiniones

diferentes, estos necesitarán contar con un lugar donde refugiarse en Dara.

Zomi meditó las palabras de la emperatriz. Eran razonables. Su discurso en el Examen de Palacio y sus críticas estridentes desde el Colegio de Abogados le habían ganado fama de atrevida. A nadie le extrañaría que emitiera argumentos para proteger a los disidentes —sonrió al recordar el episodio de La Jarra de Tres Patas.

—¿No pretendéis eliminar los feudos? —se aventuró a decir—. Confieso que pensaba...

—No puedes creer todo lo que oigas —dijo Jia—. Lo único que siempre he deseado es lo mejor para Dara. Una

mente abierta está abierta a la persuasión y tu defensa de una mayor independencia para los feudos es muy persuasiva.

Zomi enrojeció, halagada de saber que la emperatriz había leído sus peticiones y las encontraba convincentes. *Puede que no haya estado perdiendo el tiempo, después de todo.*

Se arrodilló erguida en *mipa rari* e hizo una profunda reverencia hasta tocar el suelo con la frente.

—Emperatriz, verdaderamente poseéis una mente abierta.

Jia hizo un gesto para que se levantara.

—Una cosa más: nunca debes revelar

a nadie esta conversación.

Zomi elevó la mirada, con ojos interrogantes.

—Los eruditos se quejan de que las esposas del emperador interfieren en los asuntos de estado —dijo Jia, con una ligera sonrisa de amargura en su rostro—. Debemos evitar mientras podamos que se conozca mi papel en tu nombramiento. Esa es la situación de las mujeres que no ocupamos un puesto elevado por nuestros propios méritos, como es tu caso.

Zomi asintió y volvió a inclinarse en reverencia.

—Os juro que nunca revelaré los secretos que me habéis confiado.

Acabaron la botella de licor y Zomi abandonó la sala caminando con brío.

—Ay, la vanidad —murmuró la emperatriz, cuando Zomi ya estaba demasiado lejos como para oírla.

Théra permaneció encerrada en su habitación durante horas, con la cara cubierta de lágrimas de humillación.

Había admirado a Zomi Kidosu durante años desde la distancia, viviendo a través de ella, imaginando las aventuras que habría tenido y que a ella le estaban vetadas. Al hablarle del modo en que lo había hecho, la ilusión que había alimentado interiormente de poder ganar una amiga amable, sensata y

protectora se hizo añicos.

Algo de lo que Zomi le había dicho resonaba en su cabeza y se negaba a desvanecerse: *quizá sea porque no habéis intentado vivir tal como sois.*

Los príncipes y las princesas decidieron salir a dar un paseo para disfrutar del aire primaveral. Fara iba en un carruaje mientras que Timu, Théra y Phyro lo hacían a caballo. Les escoltaban una docena de guardias de palacio y carruajes y viandantes se desplazaban respetuosamente a los lados de la calzada a su paso.

—¿Has pensado en lo que harás en Dasu? —preguntó Théra a Timu.

—Probablemente empezaré por visitar los lugares que fueron importantes cuando el emperador inició su camino hacia el trono: la entrada de los Grandes Túneles, el falso astillero que engañó a Kindo Marana, la playa en la que solía cantar con la tía Risana... Luego intentaré pensar en un modo de financiar escuelas que ayuden a jóvenes como Zomi y consultaré con el maestro Ruthi lo que haga falta.

—¿Está enfadado por tener que abandonar Pan e irse tan lejos?

—En absoluto. Está entusiasmado. Quiere investigar en los archivos de allí para rellenar algunas lagunas de la historia de la Guerra del Crisantemo y

del Diente de León, especialmente sobre el papel de la reina Gin en los comienzos.

Théra observó que Timu estaba sentado sobre el caballo más recto y hablaba más animadamente de lo habitual. Era como si la perspectiva de vivir por su cuenta, lejos del padre a quien parecía que nunca podía satisfacer, le diera nuevas fuerzas.

—¿Y tú, Hudo-*tika*?

—¡El tío Rin y yo hemos planeado ya algunas trampas para agarrar a los traidores! —Phyro se frotó las manos de contento.

Théra sonrió.

—Tunoa es una tierra dura. ¿Estás

seguro de que estarás bien sin comer de postre pastel de milhojas cada noche?

—¿Crees que sigo teniendo la edad de Fara? —Phyro parecía ofendido—. ¡Voy a pescar por mí mismo como hacía el hegemón! Tunoa está repleta de historia; es el lugar de nacimiento de generaciones de mariscales de Cocru. Pasearé por las ruinas de antiguos castillos, junto a los espíritus de los grandes héroes. ¿Hay algo más placentero que dormir sobre una cama de hierba en la pendiente de una colina llena de historia, tras un día de dura marcha, bajo un manto de estrellas?

—Has destrozado esa cita de Ra Oji —dijo Théra riendo—. Ra Oji decía que

la muerte es una consecuencia natural del flujo de la vida y que no quería un funeral elaborado...

—Interpreto las palabras de Ra Oji como me place —declaró Phyro—. Las palabras están muertas pero *yo* estoy vivo.

Théra sonrió y no dijo nada más. Realmente, Phyro se parecía mucho a su padre. Solo esperaba que aprendiera a gobernar sus impulsos al crecer.

Viendo a sus hermanos felices, Théra sintió las punzadas de otro ataque de envidia. Iban a salir al ancho mundo y a experimentar la vida. Siendo aún muchachos, tomarían decisiones que cambiarían la vida de las gentes —

aunque fuera bajo la supervisión de Zato Ruthi y Rin Coda. Comenzaban el sendero hacia una vida de realizaciones, de decisiones y de gobierno. Ella, por el contrario, se quedaría enjaulada en el palacio, preparándose para el único futuro que era capaz de ver: el matrimonio con algún hombre misterioso.

Pero le tranquilizaba pensar que ya había dado un pequeño paso para cambiar ese futuro.

*Padre, ¿y vuestras otras sombras?
¿No se merecen también una
oportunidad?*

¿Qué te gustaría, Rata-tika?

Las motas de polvo danzaban

iluminadas por los oblicuos rayos del sol en el estudio privado de su padre, tan caóticas como sus pensamientos.

No nos comprometas en matrimonio, ni a mí ni a Ada-tika sin nuestro consentimiento. ¿Me lo prometes?

¡Por supuesto! Ni se me ocurriría.

¿Ni siquiera si mamá te lo pide?

Él la había mirado como si estuviera evaluando a un estudiante en el Examen de Palacio.

No, ni siquiera si tu madre me lo pide.

Ella había suspirado aliviada. Luego añadió:

Cuando el maestro Ruthi se marche, no nos asignes otro tutor. Yo misma

enseñaré a Ada-tika y, en cuanto a mí, quiero estudiar lo que me gusta.

Solo era un pequeño paso, el primero del camino para averiguar quién era, además de hija responsable, hermana cariñosa, princesa educada o estudiante meticulosa.

—¡Mira, un ganso salvaje! —gritó Fara. Detuvo el carruaje para señalar con el dedo. Théra se acercó por si se caía.

Pero Timu y Phyro ya se habían adelantado. Mientras Timu se hacía sombra sobre los ojos para contemplar el vuelo del ganso y balbuceaba algo sobre las pautas del tiempo, Phyro se descolgó el arco del hombro y cargó una

flecha.

—¡No dispares! —gritó Théra, pero ya era demasiado tarde.

Aunque fuerte para su edad, Phyro aún no conseguía tensar el arco al máximo. La flecha cayó sin alcanzar al ganso. Pero todos los guardias de palacio también se habían detenido y lanzaron una volée de flechas para complacer al príncipe. El ganso salvaje se desplomó con un chillido lastimero.

—Es casi como si le hubiera dado yo mismo —dijo Phyro.

Los guardias de palacio vitorearon asintiendo.

—Pobre ganso —dijo Fara.

—Sí, pobre ganso —dijo Théra.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CARTAS DE LOS HIJOS

NOKIDA: SEXTO MES DEL
DÉCIMO PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

Querida mamá:

Me sorprendió leer en tu última carta que estabas pensando dejar Dasu por una buena temporada para visitar a tus familiares en Rui. ¿No te satisface

la casa que construí para ti? ¿Las criadas no hacen bien su trabajo? Leyendo entre líneas, sospecho que los vecinos están celosos del éxito de tu hija y te hacen sentir incómoda. ¡No dejes que arruinen tu alegría! La reina me paga bien y yo quiero mejorar tu vida, como te prometí.

Perdona que no haya escrito en tanto tiempo. Aunque no sea una excusa, te diré que he estado ocupada porque el trabajo va muy bien. Me han asignado una gran responsabilidad y la reina, creo yo, confía más en mí cada día que pasa. Ahora mismo, estoy trabajando en un proyecto personal en el que intento enseñar a las hijas de

familias agricultoras de Gájira las letras zyndari para que puedan leer los clásicos anu traducidos a la lengua local, sin forzarles a aprender los ideogramas anu. ¡Les encanta! La literatura clásica anu encierra una gran belleza, pero son pocos los que pueden disfrutarla al no entender los ideogramas. Las chicas ya están escribiendo bonitas historias llenas de alusiones a los clásicos y, dejando de lado el hecho de que están en su lengua materna, creo que son mejores que las historias escritas por los chicos de su edad en las academias privadas.

Oh, esto te va a divertir. Estoy tomando por costumbre salpicar mis

informes a la reina y a otros ministros con falsas alusiones a los clásicos anu traducidas de las expresiones populares que solías enseñarme. Ahí van un par de ejemplos:

Crudigada ma joda gathéralucaü rofi, crudigada wi joda giratha, üü ingro ça fidagén.

Lo que sería: «De nada sirve molestar a los dioses cuando no quieren que se les moleste».

Méüdin co daükiri ma géngoa co üri kiri né othu.

Que es una traducción de: «Para el hombre corriente, cada día es un día de batalla».

Supongo que no puedes captar todo

el efecto porque estoy transcribiendo los ideogramas abreviados en lugar de grabarlos en cera, pero, créeme, resultan preciosos.

¡Lo mejor de todo es que ningún ministro ha reconocido que son falsos! Todos actúan como si supieran de qué tratado moralista o pergamino religioso proceden, aunque no pertenezcan a ningún clásico anu. Tienen tanto miedo a que no se les considere lo suficientemente doctos que prefieren darme la razón, suspirar y comentar que he hecho una alusión muy acertada.

La reina, sin embargo, me mira de una manera extraña cuando se tropieza

con ellos. Creo que se da cuenta de mis pequeñas bromas (y las disfruta, espero).

Cuídate y, por favor, hazme saber si puedo hacer algo por ti.

Tu Mimi.

DASU: SEXTO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Muy honorable Rénga:

Permitid a vuestro indigno hijo desearos mil días felices en el espacio de cien, con lo que quiero decir que cada uno de vuestros días sea diez veces más feliz que un día normal, lo

que no quiere decir que existan los días normales para el abrumado y prudente emperador de las islas de Dara, ya que cada uno de vuestros días debe de estar diez veces más lleno de preocupaciones que un día en la vida de alguien como yo, por lo que deseamos que cada día sea diez veces más feliz es, a fin de cuentas, lo adecuado y meritorio... Ah, las palabras le salen atropelladas a este indigno hijo cuando intenta expresar el cariño genuino y temor reverencial que siente por su augusto soberano y padre.

La pregunta que me hacíais en vuestra última carta me conmocionó y sorprendió y he dedicado todo mi

tiempo a encontrar la respuesta. Creo que ya puedo ofrecer una respuesta no-insatisfactoria, que va a continuación.

Pregunta: Confirma que los candidatos enviados por Dasu al Gran Examen de este año proceden realmente de Dasu.

Respuesta: Contestar pormenorizadamente a esta pregunta ha exigido una gran investigación y una definición precisa de los términos, ya que conceptos como «Dasu», «proceder» y «enviar» son polémicos y exigen un análisis sintáctico...

[Unas treinta páginas de complejos ideogramas anu más adelante]

*Quien sigue siendo, amorosa y
obedientemente, vuestro hijo y siervo
más devoto,*

*Timu, príncipe de Dara, regente de
Dasu.*

PAN: SEXTO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Jia golpeó a Kuni en las costillas.

—¡Ay! ¡Ejem! ¡Excelente lectura,
excelente! —gritó Kuni, algo
desorientado, en la casi vacía sala de
audiencias privada.

—Era yo quien estaba leyendo, no

uno de tus escribas. ¿De verdad te has dormido?

—¿Dormido? ¡No! Solo estaba descansando los ojos.

—¿Cómo has podido!

—¡Jia, sabes que no puedes reprochármelo! Las cartas de Timu cada vez son más tediosas. Siempre ha tendido al pleonasma, pero me temo que su prosa se ha vuelto tan descontrolada como las hierbas al borde de mi huerto.

—El estilo del príncipe Timu es... florido —dijo Risana.

—Utiliza diez frases para expresar lo que podría decirse en una, es decir, lo que otros... oh, ¡fijaos, me está contagiando el estilo!

—Simplemente se pone nervioso cuando tiene que escribirte —dijo Jia.

—Centrémonos en la respuesta que te ha dado —apuntó Risana.

—¿Podéis resumírmela alguna de las dos? Confieso que... no me he enterado del todo.

—Ha explicado que sí, que tu sospecha era cierta. De todos los candidatos enviados para el Gran Examen de Dasu, casi la mitad pertenecían a familias llegadas a esa isla en los últimos cinco años —dijo Jia.

—¡Lo sabía! —gritó Kuni triunfante—. Estas familias ricas son todas iguales, siempre buscando la forma de

manipular el sistema.

—No fue mala idea alcanzar un compromiso con los *cashima* que protestaban hace cinco años —dijo Jia—. Todos estuvimos de acuerdo en que añadir puntos a los exámenes de los candidatos procedentes de provincias ajenas a las zonas tradicionales de excelencia académica, como Haan y Géjira, favorecería un mayor equilibrio regional entre los *firoa*.

Kuni suspiró.

—Desde el momento en que accedí a implantar el cambio, sospeché que habría familias de las islas centrales que se mudarían a lugares como Dasu y Tunoa esperando lograr una ventaja en

los exámenes imperiales para su prole.

—Eso no forma parte del espíritu de tu política —dijo Risana con la frente arrugada.

—No —dijo Jia—. Aunque supongo que si sirve para que algunas familias de Haan se muden a Dasu, contribuirá de alguna manera a elevar el interés por el estudio en la isla.

—Escribiré a Timu para pedirle que ajuste el sistema de exámenes provinciales de modo que premie a las familias que llevan más tiempo en Dasu...

—También podrías simplemente informarle del problema y dejar que sea él quien piense una solución —dijo Jia

—. Se supone que debe resolver los problemas por ti, y no al revés, ¿no?

Kuni admitió que tenía toda la razón.

TUNOA: SEXTO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Mi queridísimo padre:

Desde que te escribí la última carta se ha producido una repentina avalancha de asesinatos de funcionarios y se han multiplicado los carteles denunciando a la Casa del Diente de León a las puertas de la magistratura. Los soldados de la guarnición tienen miedo y solo salen

del campamento en grupos de dos o tres.

Esto resulta de lo más sorprendente porque yo pensaba que estábamos a punto de eliminar la amenaza de las sectas secretas.

Una revisión de mis informes revelará que desde nuestra llegada a Tunoa hace dos primaveras, el duque Coda y yo hemos descubierto más de doscientas sectas secretas centradas en el culto al hegemón. Las sectas variaban en cuanto al número de miembros, de una docena a varios centenares, y la mayoría eran inofensivas, compuestas por simples campesinos que veneraban la memoria

del hijo predilecto de Tunoa. No obstante, un pequeño número de ellas utilizaba la devoción al hegemón como tapadera para fomentar la rebelión y había llegado a asesinar a funcionarios imperiales de bajo nivel y acumular armas.

Conforme a mi decisión primera de proscribir el culto privado a Mata Zyndu y enviar a todos aquellos que quieran honrar al hegemón a su mausoleo de Farun, el duque Coda ha estado aplicando mano dura a los agitadores. Tanto tú como yo hemos encomiado la velocidad con la que ha descubierto esos nidos de serpientes venenosas y capturado a sus cabecillas

—en ocasiones parecía que poseía un sentido preternatural para saber dónde encontrarlos, como conviene a la reputación del secretario imperial de clarividencia.

La mayor parte de estas sectas habían sido fundadas por nobles descontentos de los antiguos estados Tiro, aunque algunas fueron iniciadas por comerciantes insatisfechos con tu política de apoyo a los granjeros en perjuicio de los comerciantes al fijar un precio mínimo para el grano. Nos hemos coordinado con la reina Gin para desvelar las identidades de todos los comerciantes implicados.

Al mismo tiempo, hemos tenido en

cuenta tu consejo de simultanear el látigo con las manzanas dulces. Aunque hemos ejecutado públicamente a los cabecillas de las sectas, personas ignorantes que seguían a sus líderes llevadas a una devoción errada al hegemon han sido tratadas con indulgencia. Aquellos jóvenes estudiosos imbuidos de gran pasión pero poca sabiduría que habían publicado panfletos contra ti fueron enviados de vuelta con sus padres para que pudieran permanecer en sus casas y reflexionar sobre los errores de sus actos. También hemos incrementado los fondos para el mantenimiento del mausoleo del hegemon: cuantos más

devotos vayan allí, menos seguidores de las sectas habrá en la fértil Tunoa.

No obstante, el reciente aumento de las acciones contra el Trono del Diente de León sugiere que la política desarrollada hasta el momento requiere de ajustes.

En el pasado, las sectas secretas formaban sus bases en los bosques y las montañas remotas, lejos de las aldeas. Esto permitía que fuera sencillo avistarles desde las aeronaves, ya que el humo de las cocinas de campaña era visible a distancia. Sin embargo, las últimas patrullas aéreas no percibieron ese tipo de señales. El duque Coda piensa que las sectas se

han adaptado aprendiendo a ocultarse mejor. En estas nuevas circunstancias, me presentó un plan que aprobé con entusiasmo.

Primero, restringí los envíos de cera y aceite de ballena a Tunoa hasta que la mayor parte de las ciudades y aldeas acabaron con todas sus existencias. Luego levanté las restricciones, anunciando al mismo tiempo que podría haber nuevas restricciones de suministro más adelante. Al mismo tiempo, los espías del duque Coda vigilaban la venta de cera y aceite de ballena por toda Tunoa, tomando nota de los lugares en que se producían compras mayores de lo habitual. El

duque Coda supuso que los miembros de las sectas debían dormir durante el día y actuar por la noche. Necesitarían velas y lámparas de aceite para iluminarse, y la reciente restricción del suministro junto con mi anuncio les induciría a comprar grandes cantidades de reserva.

Enseguida identificamos varias ciudades en las que las ventas de velas y aceite para iluminación parecían superar las necesidades ordinarias de sus habitantes. Enviamos más espías a investigar a fondo.

Lo que descubrieron fue impactante: Noda Mi y Doru Solofi, dos de los reyes Tiro nombrados por Mata Zyndu,

habían estado construyendo una red de sociedades secretas dedicadas a la causa de la rebelión. Actuaban de noche, desde cuevas y bodegas, donde sus seguidores se reunían para adorar al hegemón y conspirar por millares, fuera de la vista de nuestras aeronaves.

Enviamos a soldados y sacerdotes del mausoleo a atacar estas células. En el pasado, para acabar con las sectas solía ser suficiente con arrestar y colgar a los cabecillas, y enviar después a sacerdotes que explicaban que la única manera de venerar correctamente al hegemón era hacerlo en su mausoleo. Pero, en esta ocasión, los soldados tuvieron que luchar. Los

seguidores de Mi y Solofi no solo resistieron violentamente, sino que incluso asesinaron a los sacerdotes, afirmando que no eran los verdaderos portavoces del hegemón.

Por todas partes corrían rumores de que Mi y Solofi podían comunicarse con el espíritu del hegemón y, finalmente, conseguimos localizar el origen de los mismos, cuando capturamos alrededor de una docena de espejos dotados de una extraña magia. Aunque parecen normales y corrientes, cuando se les coloca bajo la luz del sol proyectan una imagen del hegemón de forma sobrenatural. El duque Coda y yo mismo hemos

estudiado a fondo estos espejos, consultando a fabricantes expertos y a eruditos, e incluso hemos destruido algunos para analizarlos, pero nadie ha podido descubrir su secreto. Noda Mi y Doru Solofi mantienen ahora una rebelión abierta y más hombres y mujeres estúpidos se unen a su causa cada día, en la creencia de que cuentan con la ayuda del valeroso espíritu de Mata Zyndu.

He enviado algunos de estos espejos junto con la carta, con la esperanza de que puedas ayudar a descubrir su secreto. Aunque las filas de los rebeldes se acrecientan, aunque parecen conseguir armas de la nada y

aunque hemos sufrido algunos contratiempos, lucharemos sin miedo y sin descanso, confiando en tu guía.

*Con mucho cariño,
Tu Phyro*

PAN: SEXTO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

—Realmente, Phyro se ha hecho mayor —dijo Risana—. Parece más seguro en cada carta, como si hubiera dejado atrás los sentimientos infantiles. Fíjate en la última línea... vaya arrojo —miró brevemente a Jia y enseguida añadió—: Aún así, tiene que hacer más para

igualar a su hermano. Dasu ha obtenido unos resultados increíbles en el Gran Examen de este año, consiguiendo tres *firoa* y colocando a un candidato para el Examen de Palacio. A pesar de los problemas que hemos detectado, no hay duda de que gran parte del mérito debe atribuirse al esforzado trabajo de Timu en ese remoto puesto avanzado.

—O tal vez el maestro Ruthi haya enseñado inconscientemente a los estudiosos de Dasu el modo de complacer a los jueces en los exámenes—dijo Jia, con un atisbo de sonrisa en el rostro—. Phyro está acometiendo la ardua tarea de mantener esta paz duramente ganada.

—Detecto la mano de Rin en esta — dijo Kuni—. ¿Sabéis que solía ganarse la vida escribiendo cartas? Intenta sacar el máximo partido de una mala situación haciendo hincapié en los esfuerzos realizados. A lo mejor Phyro ha escrito el informe, pero Rin no puede evitar añadirle su toque especial.

Jia pensó que tenía razón. *Probablemente Rin se arrepiente ahora de haberme hecho caso. Pero esto no es más que el comienzo.*

—¿Estás diciendo que las cosas deben marchar peor de lo que pone en la carta? —preguntó Risana con inquietud—. ¿No deberías enviar ayuda?

—Los padres no pueden luchar todas

las batallas de sus hijos —dijo Jia.

Kuni reflexionó.

—... Jia tiene razón. La última línea no es una petición de refuerzos. Si enviara ayuda ahora, al primer signo de dificultad, estaría dando a entender falta de confianza, lo que minaría su autoridad. Phyro ha actuado con demasiada celeridad y dureza con las sectas, pero tengo que dejar que solucione esto por sí mismo.

—¿Cómo es que la situación se ha deteriorado tan rápidamente? Creía que Rin y Hudo-*tika* tenían todo bajo control —dijo Risana.

—Lo que me preocupa no es la fuerza que puedan tener *ahora* los

rebeldes —dijo Kuni—. Esta es una de esas ocasiones en las que realmente echo de menos el consejo de Luan Zya, a quien siempre se le han dado bien los artilugios extraños.

Arrojó la carta a un lado y cogió uno de los espejos de bronce de la bandeja. Caminó hacia una de las ventanas de la sala privada de audiencias, dejó que el sol incidiera en el espejo y contempló la proyección en el techo.

La cara del hegemón le devolvió la mirada. El grabado estaba muy bien hecho, con líneas poderosas que captaban sus angulosos rasgos y un sombreado con rayas poco ortodoxo que daba profundidad al rostro. Los famosos

ojos de doble pupila de Mata Zyndu miraban fijamente a Kuni con un ceño firme. La imagen parecía cobrar vida con el temblor del reflejo del espejo causado por el calor del sol.

—Hola hermano —murmuró Kuni. Estaba tiritando a pesar del calor.

—No es más que un truco —dijo Jia—. Ni siquiera engañaría a Fara.

—Pero este tipo de trucos puede ser mucho más convincente para la gente corriente que los intrincados argumentos de los doctos eruditos —dijo Risana—. He actuado lo suficiente en mi juventud como para saber lo eficaz que puede ser un espectáculo.

—Risana tiene razón —dijo Kuni—.

Huno Krima y Zopa Shigin iniciaron su rebelión con un pergamino introducido en un pez y fueron capaces de acabar con el imperio de Xana. Esta «magia» es poderosa mientras la gente se la crea.

—Podríamos enviar de todas las aeronaves para buscar a Luan —dijo Jia.

—Para eso haría falta saber dónde está —dijo Kuni—. El mar es vasto y... no hemos oído nada de él desde que se fue. Al menos, espero que esté bien.

Por un momento, el emperador se sintió desconcertando al imaginar el destino de su antiguo amigo.

—Pero si alguien puede sobrevivir a la cólera de Tazu es un discípulo de

Lutho, la tortuga anciana y sabia, y un hombre que ha cabalgado a lomos de una cruben. Los dioses ayudan a quien se ayuda a sí mismo. Seguiré el consejo de Cogo. Lo que realmente importa no son estos espejos. Debemos averiguar cómo consiguen sus armas los rebeldes.

Y salió resuelto con grandes pasos de la sala privada de audiencias.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

UNA EXCURSIÓN

LAGO TUTUTIKA: SEXTO MES
DEL DÉCIMO PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

Théra y Fara estaban sentadas en el muelle, con los pies colgando y metidos en el agua fría. Vestidas con trajes sencillos de paño de cáñamo, tenían el aspecto de dos muchachas campesinas

aliviándose del calor. Frente a ellas, las hojas de loto cubrían la superficie del lago Tututika hasta donde la vista alcanzaba, cubiertas de enormes flores rosas y blancas que parecían danzarinas meciéndose al viento. Entre las hojas zigzagueaban pequeños botes, donde mujeres jóvenes cantaban mientras recogían semillas de loto.

*El loto florece, mi amor,
¿Ves como se sonroja al
verte?*

*Mi corazón late, mi
amor,
¿Sabes cuán breve es el
verano?*

—Lo estamos pasando bien —dijo Fara—. Deberíamos salir de aventura más a menudo.

Théra, de diecisiete años, pasó un brazo alrededor de su hermanita de nueve y la apretó cariñosamente contra su costado.

Desde que se hizo cargo de su propia educación y de la de su hermana, Théra había abandonado la lectura de los volúmenes moralistas y se había dejado guiar por su entusiasmo y el de su hermana para bucear en la vasta colección de la biblioteca imperial: un día podían atracarse del folklore de Faça, el siguiente, admirar las ilustraciones de los tratados de

ingeniería militar y al día siguiente dedicarse a los poemas líricos de las Guerras de la Diáspora, cuyos complejos ideogramas desentrañaban con la ayuda de diccionarios. Dedicaban más tiempo a la lectura que antes, bajo la tutela de Zato Ruthi.

Pero, por mucho que disfrutaran leyendo, a veces las chicas deseaban simplemente salir de palacio, alejarse de los guardias, los cortesanos, los sirvientes y las doncellas, dejar atrás su papel de princesas imperiales.

Se habían escapado a hurtadillas, escondidas en el carro de los granjeros que llevaban hortalizas frescas a la cocina de palacio; luego habían

conseguido que comerciantes y campesinos las llevaran en sus carruajes hasta la orilla del lago.

—Me temo que si lo hiciéramos más a menudo —dijo Théra—, mi madre se arrancaría todo el cabello. Probablemente te obligará a escribir cien veces los ideogramas de cien trazos cuando regresemos.

—Pero merece la pena.

—Claro que merece la pena —dijo una voz nueva.

Las jóvenes se dieron la vuelta. Quien hablaba era una mujer de extraordinaria belleza. De pelo dorado y ojos azules, tenía la piel morena tan suave como ámbar pulido. Llevaba un

vestido de seda azul que flotaba a su alrededor como un velo de agua. Su voz, amable y refrescante, recordaba a la brisa que atraviesa las hojas de un sauce llorón.

Théra se levantó y le hizo una reverencia en *jiri*, pensando que era la señora de una gran hacienda cercana a la que probablemente pertenecería ese muelle privado así como toda la tierra cultivable de la zona.

—Disculpádnos por haber entrado sin autorización; nos marcharemos inmediatamente.

La mujer sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Por qué ibais a marcharos? Hay cuatro grandes placeres en la vida y este

es uno de ellos.

—¿Cuáles son esos cuatro grandes placeres? —preguntó Fara, cuya curiosidad se había despertado al instante.

—Sentarse junto a un fuego acogedor en invierno, mientras la nieve cae afuera, al otro lado de la ventana; ascender hasta un lugar elevado tras una lluvia de primavera y admirar el mundo que renace; comer cangrejos y beber té recién hecho junto a las mareas de otoño; y sumergir los pies en un lago de aguas frescas cubierto de loto en mitad del verano.

—Oh —dijo Fara, algo desilusionada—. Creía que ibais a decir

algo más...

—¿Más extraordinario?

Fara asintió.

La mujer se echó a reír.

—Cuando has vivido tanto como yo, te das cuenta de que los mayores placeres de la vida no son en absoluto extraordinarios. Es mejor tener un verdadero amigo que comprenda la voz de tu corazón cuando improvisas una melodía vacilante con la cítara que contar con la adoración irreflexiva de millones.

Théra se fijó con más atención en el rostro plácido de la mujer y se dio cuenta de que no podía adivinar su edad: por un momento, parecía tan joven como

la propia Théra, pero cuando el lago chispeante cambiaba la luz que se reflejaba en su rostro, parecía de pronto tan anciana como las abuelas que cultivaban los campos cercanos.

Théra reflexionó sobre sus palabras. No estaba segura de estar de acuerdo, pero al menos eran interesantes.

—¿Debo suponer que sois flujista, señora?

—No doy mucha importancia a las etiquetas, pero creo que Ra Oji estaba más próximo a la verdad que los otros filósofos anu. Emperador, mendigo, princesa, sirvienta... a pesar de todos nuestros esfuerzos y luchas, al final es el Flujo el que nos gobierna a todos.

—Pero lo que habéis dicho no puede ser cierto —Fara abrió la boca de repente—. Digo... lo de los grandes placeres.

—¿Por qué no?

—¡No habéis mencionado el de contar con el amor de un hombre guapo! —dijo Fara—. Eso es lo más importante.

—¿Qué te hace pensar así?

—Es por todas las historias que las damas... mmm, las chicas mayores le cuentan —dijo Théra—. Y todas las obras que representan las compañías de marionetas ambulantes: la señora Mira suicidándose por amor; la princesa Kikomi matando por amor; la señora Zy

saltando al Liru por amor.

La mujer se sentó en el muelle sin tener en cuenta la delicada confección de su vestido. Se quitó los zuecos de madera y sumergió los pies en el agua: Théra observó que tenían callos y duricias y, al instante, le cayó mejor.

—Ven a sentarte —dijo la mujer a Théra, arqueando las cejas—. Por el tono que empleas, veo que no apruebas el amor.

—Las canciones que tratan de los hombres hablan de amistad, de guerra, de paisajes de tierras lejanas y de los sonidos del eterno mar —dijo Théra—. Pero las que tratan de mujeres... escuchad.

Guardaron silencio y escucharon a las mujeres que iban en los botes recogiendo vainas de loto.

*Estoy madura para la
cosecha, dulce amor
mío.*

*Si no me tomas, otra
mano lo hará.*

*Me pesa tu ausencia, mi
rostro se acerca,*

*Lista para la noche de
velos y trinos.*

—¡Ya sé de qué trata la canción! —
dijo Fara entusiasmada—. En las bodas
se sirven semillas de loto porque traen

buena suerte: la novia pronto quedará encinta y tendrán muchos hijos, como las vainas de loto.

—¿Lo veis? —dijo Théra.

—Habláis como otra joven que conocí una vez —dijo la mujer—. No era mucho mayor que tú cuando nos conocimos y también tenía firmes opiniones sobre el destino de las mujeres y el precio de la belleza. Pero a lo mejor estás juzgando esa canción demasiado duramente. Escucha.

Las jóvenes de los botes seguían cantando y sus voces eran tan refrescantes como el agua que les mojaba los pies.

*Pero quizá no me tome
ninguna mano,
Lo cual no es un destino
tan malo.*

*Besaré el agua y
liberaré mis semillas
Para verlas flotar por
los cursos de agua.*

¿Hasta dónde llegarán?

¿Qué contemplarán?

*¿Qué costas lejanas
visitarán*

*Antes de hundirse,
brotar, crecer y
floreecer?*

*¡Y volver a mecerse
sobre las olas otra*

vez!

—¡Qué bonito! —dijo Théra.

—Muy bonito —dijo Fara.

—Hay una gran sabiduría en las flores —dijo la mujer—, aunque a veces se las desdeña por frívolas.

—Mi madre ha intentado enseñarme cosas de las flores —dijo Théra—, pero supongo que por eso no me han interesado mucho. El loto se parece un poco al diente de león. Mientras las semillas de este navegan el viento, las del loto navegan las aguas. Ambas viven aventuras —sus ojos se nublaron mientras hablaba—. Hasta las flores van más lejos que algunas personas.

La mujer hizo una seña con la mano a uno de los botes y la joven que lo llevaba se acercó remando, con sus poderosos brazos tensos bajo la luz del sol como las firmes raíces de los lotos. La mujer le compró algunas vainas y le pagó con un lingote de plata.

—No puedo devolveros el cambio, señora —dijo riendo la joven—. Todo lo que tengo en mi casa no vale tanto dinero.

—Guárdatelo —dijo la mujer—. Considéralo un regalo de Tututika, como las vainas de loto.

La joven campesina miró a la rica señora y asintió solemnemente. Juntó los brazos delante del pecho y se inclinó en

jiri.

—Gracias. Que Tututika camine siempre a nuestro lado.

Théra sabía que las gentes de Géfica, especialmente en la campiña, eran fervientes devotas de Tututika, la diosa del agua dulce y la agricultura. Era costumbre practicar la generosidad con los forasteros, porque se decía que la diosa solía aparecer en forma humana de tanto en tanto para comprobar la belleza del carácter de la gente. No era raro oír hablar de actos fortuitos de generosidad.

La campesina se alejó remando, dejando una estela sobre la superficie lisa del lago. La mujer sacó un pequeño cuchillo de hueso y abrió una de las

esponjosas vainas para sacar las semillas. Luego quitó la piel de la gelatinosa cáscara para dejar a la vista los granos blancos del interior.

Fara la observaba fascinada. Había comido montones de semillas de loto azucaradas y le encantaba la crema de loto en los postres, pero nunca había visto semillas de loto frescas.

—Me gustaría probarlas.

—¡Fara! —regañó Théra—. No seas maleducada.

—Las he comprado para todas —dijo riendo la mujer—. Pero tendrás que esperar. Si te las diera ahora, no te gustarían.

Las niñas no dejaban de observar

mientras la mujer dejaba el cuchillo, agarraba una de las horquillas de su moño y la iba clavando en el centro de las semillas, una por una.

—Cada semilla tiene en su interior un núcleo verde, el germen, que es una de las cosas más amargas que existen.

Fue pasando las semillas deshuesadas a Fara y Théra, quienes le dieron las gracias y se las metieron en la boca. El gusto era exquisito: ligero, refrescante, dulce pero no demasiado.

Fara se puso a reír y a salpicar con los pies en el agua.

—Creo que deberíamos añadir a vuestra lista de grandes placeres el de saborear semillas de loto regaladas.

Théra suspiró.

La mujer la miró, con aire divertido.

—¿Qué ocurre ahora?

—Mi corazón se entristece... al pensar en un futuro que no puedo controlar.

—Nadie puede controlar el futuro — dijo la mujer—, ni siquiera los dioses. Pero, dejad que os cuente una historia. En las casas de té de Arulugi preparan una exquisitez rellenando las semillas de loto deshuesadas, mediante un mondadientes, de distintas cosas: pasta de mango, trocitos de panceta, huevas de cangrejo, hielo rallado con aroma de manzana, sal marina y otras muchas. Cuando hay un grupo de invitados, se

sirven las semillas rellenas en una fuente para que disfruten de la sorpresa de descubrir el sabor que les toca.

—¿Y qué pasa si alguien deja una semilla con hueso para hacer una broma? —dijo Fara haciendo una mueca.

—Ya veo que no os puedo pedir que me ayudéis a preparar una cena para invitados —dijo la mujer con una risa fresca y clara—. Los flujistas afirman que el estado ideal es el del vacío interior. Un corazón vacío ofrece un potencial infinito para el futuro: alegría, enojo, pena, felicidad. El modo en que rellenamos nuestro corazón está muy relacionado con nuestro destino, mucho

más que nuestras aptitudes naturales, las circunstancias de nuestro nacimiento, las vicisitudes de la fortuna o incluso la intervención de los dioses. Si no te gustan las historias que te han contado, llena tu corazón con nuevas historias. Si no te gusta el guión que te han adjudicado, diseña nuevos papeles para ti.

Me llamo La que Disuelve las Penas, pensó Théra. Cuando se haya disuelto la amargura de mi corazón, descubriré mi potencial.

Miró a la mujer e imaginó su propio corazón más ligero, más hueco y espacioso. Ahora estaba casi segura de saber quién era aquella dama. Por un

instante se maravilló de estar tan cerca de la presencia de lo divino.

—He encontrado un nuevo placer en la vida: oírlos hablar durante una hora.

La mujer se echó a reír.

—Todos los placeres que mencioné aumentan cuando se comparten con un amigo. Un verdadero amigo es un espejo que nos devuelve reflejada la verdad.

—¿Un amigo? —por un instante, el corazón de Théra volvió a entristecerse al recordar el modo en que Zomi Kidosu la había desairado con impaciencia. ¿Tenía algún verdadero amigo? Pero entonces se acordó de los extraños espejos que estaban creando problemas a su padre.

La asaltó el impulso de aprovechar al máximo su encuentro con la diosa; era lo más interesante que podía hacer, ¿no?

—¿Podéis decirme algo de los espejos capaces de invocar la presencia de los espíritus?

—Ah, veo que tienes una mente tan sutil y obstinada como la de tu madre —dijo la señora—. Supongo que si te cuento otra metáfora no estaré contraviniendo las reglas, al menos no exactamente.

La mujer arrojó al lago una de las semillas de loto. Justo cuando iba a entrar en contacto con el agua, una carpa dorada dio un salto y la atrapó con la boca. Luego, permaneció cerca de la

superficie esperando más comida, subiendo y bajando dentro del agua y creando una serie expansiva de ondas concéntricas.

—¡Qué pez tan bonito! —gritó Fara.

—Es mi criatura favorita —dijo la señora—. Pero mira las ondas.

Las ondas se expandieron hasta chocar contra el borde del muelle y rebotaron hacia el centro del lago, creando una nueva serie de olas concéntricas. Las ondas provocadas por la carpa y las rebotadas se entrelazaron siguiendo una pauta.

—Se parece mucho a las escamas del pez —dijo Théra.

—Cuando se unen las crestas de

ambas ondas, el resultado es una onda más grande. Cuando se superponen los surcos de las ondas, el resultado es una depresión más profunda. Cuando la cresta de una se encuentra con la depresión de otra, ambas se compensan. Y así surge el patrón —dijo la señora.

—¿Es una metáfora sobre la amistad? —preguntó Théra—. Que nuestras respectivas fortalezas pueden reforzarnos mutuamente y compensar nuestros defectos, pero que nuestros defectos añadidos también pueden producir un resultado peor. Por tanto, es mejor tener muchos amigos.

—Eres una buena alumna —dijo la mujer—. No era mi intención enseñarte

esa lección. Solo pretendía que pensaras sobre las ondas y sus reflejos, porque la auténtica naturaleza de la luz tiene mucho en común con estas ondas.

Théra no estaba segura de haberlo entendido, pero observó las ondas e intentó memorizar la pauta.

Comieron semillas de loto hasta que se hizo tarde y las chicas tuvieron que volver a casa.

CAPÍTULO VEINTICINCO

PRUEBAS Y VERIFICACIONES

PAN, ARULUGI Y PENÍNSULA DE
KARO: SÉPTIMO MES DEL
DÉCIMO PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

—¿Te has ocupado de ello? —preguntó
Jia.

El chambelán Otho Krin asintió.

—Los fabricantes de los espejos han sido silenciados.

—¿Y el taller ardió para no dejar rastro de su secreto?

A Otho Krin le dio una náusea. Nunca le había gustado la sangre, ni siquiera en sus tiempos de bandido. Había tenido la esperanza de que Jia lo consolara, pero no iba a ser así. Le dio la impresión de que cada día era más distinta de la mujer que conoció, pero inmediatamente alejó ese pensamiento. La señora Jia —*la emperatriz*, se corrigió en silencio— siempre había sabido lo que había que hacer y él la ayudaría con independencia de cómo le hicieron sentirse los pormenores.

El amor exigía sacrificios.

—¿Qué hay de lo otro? —preguntó Jia.

—Enviamos una nota anónima a los espías del duque Coda. La aeronave de Arulugi será registrada a su llegada a Tunoa.

Jia liberó el aliento contenido.

—Cuando los hombres de Rin empiecen a vigilar a Théca Kimo, asegúrate de que él lo sepa. Haré lo que pueda para que todo siga su curso —colocó una mano en la mejilla de Otho Krin—. Has contribuido mucho a mejorar el futuro de Dara. Puede que la gente no lo sepa o no lo comprenda, pero has de saber que cuentas con mi

gratitud.

Y Otho volvió a recordar cuando conoció a Jia y el modo en que ella ensanchó su corazón y le hizo sentirse lleno de valor.

Eres leal, le dijo entonces. Eso ya es algo.

Otho Krin se inclinó en una reverencia.

—Lo único que me importa es vuestra buena opinión.

Kuni caminaba de un lado a otro en la sala de audiencias privada. De vez en cuando se detenía a analizar la última carta recibida de Tunoa que sujetaba con manos temblorosas, aunque ya la había

leído tantas veces que podía recitarla de memoria.

—A lo mejor Phyro se equivoca —se atrevió a decir Jia.

—Puede que Phyro sea joven —dijo Risana en actitud protectora—, pero el duque Coda es muy cuidadoso. No respaldaría la acusación de Phyro si no tuviera pruebas irrefutables.

—Aun así —dijo Jia—. Una acusación de tal calibre contra uno de los seguidores más fieles del emperador es asombrosa.

—Siempre he confiado en Théca —musitó Kuni.

—Por supuesto, y tu confianza ha dado sus frutos. Pero la confianza es un

hilo frágil; a veces las cometas se sueltan y se van por su cuenta —dijo Jia.

—Quizá deberías convocar a Gin Mazoti —propuso Risana.

—Eso sería muy comprometido —dijo Jia—. Si la acusación resulta ser falsa, un ataque preventivo alejaría del emperador a todos los nobles que le son leales.

—¿Qué propones entonces? —preguntó Kuni.

—Si es cierto que Théca Kimo ha suministrado armas a los rebeldes de Tunoa, estará observando cuidadosamente tus movimientos. Podrías anunciar una visita por las islas, empezando por la península Karo, frente

a Arulugi. Pide a Than Carucono que te acompañe con un destacamento considerable de tropas imperiales. Si Kimo es inocente no hará nada. Pero si realmente está planeando rebelarse...

—Hermana mayor —dijo Risana con admiración—, eres tan astuta como Luan Zya. Esto es como uno de mis viejos trucos con el humo. Kimo verá el espejismo y el modo en que reaccionemos revelará lo que siente realmente su corazón.

A desgana, Kuni asintió.

—¿Todavía no os habéis decidido? —preguntó el comandante Cano Tho de la guardia de palacio de Arulugi.

Estaba sentado junto a su señor, el duque Théca Kimo, en una pequeña embarcación de fondo plano en medio del lago Toyemotika, el único bote tan alejado de la orilla. Caía una ligera llovizna y la bruma desdibujaba los esbeltos edificios y las plataformas colgantes de la ciudad de Müning como si fueran un dibujo de acuarela.

El duque Théca Kimo no dijo nada y se acabó su taza. Podría pensarse que contenía alguna de las mil variedades de té de orquídeas y brotes de bambú por las que Arulugi era famosa, o algún vino caro procedente de las viejas viñas de Faça, como correspondía a la posición de Kimo, pero lo que estaba bebiendo

era el ardiente licor barato preferido por los pobres de Dara.

—La intención del emperador no puede ser más clara —dijo Cano.

—¿Nos queda algo de cerdo asado? —preguntó Théca.

En silencio, Cano abrió la cesta que tenía a sus pies y volvió a servir el plato situado en la mesita baja que había entre ambos. Los dos estaban sentados en *thakrido*, como si fueran un par de pandilleros en lugar de miembros de la élite culta de una isla conocida por su elegancia.

Lo cierto es que Kimo nunca se había sentido a gusto en Arulugi, la Isla Hermosa. Había conseguido el feudo

conquistándolo en las guerras entre el emperador Ragin y el hegemón, bajo las órdenes de la mariscal Gin Mazoti. Pero, a pesar de ser su dueño, siempre se había sentido como un campesino indeseado en la casa de un hombre rico. Los nobles de nacimiento de Müning se inclinaban ante él y le hablaban con respeto, pero presentía los murmullos a sus espaldas, las risas contenidas por sus modales zafios y los tatuajes de la cara que revelaban su pasado de presidiario. *¡Cómo se atrevían! Podría haber acabado con todos en lugar de permitirles seguir al frente de sus haciendas.* Se vio a sí mismo intentando encontrar temas de conversación con sus

esposas, damas de alta cuna de la antigua nobleza de Amu, y las tres parecían preferir la compañía de cualquier otro antes que la suya. Las complicadas ceremonias que rodeaban la degustación del té de orquídeas y brotes de bambú le parecían alambicadas y las canciones y danzas de las muchachas en las casas de té y el palacio ducal —formales, majestuosas y llenas de alusiones al ilustre pasado de Amu— solían darle sueño.

—Las aeronaves sobrevuelan a diario las costas de Arulugi y el estrecho de Amu y la flota naval se está concentrando en el estrecho —dijo Cano—. Than Carucono ha reunido sus tropas

en la península de Karo. ¿No os dais cuenta de lo que eso significa?

—El emperador quiere visitar las islas. Es perfectamente razonable que ponga en marcha algunas medidas de seguridad —dijo Kimo—. El emperador es confiado y honorable y, dado que he cortado los suministros a Noda Mi y Doru Solofi, no tomará medidas contra mí.

A pesar de ser el hombre más poderoso de la isla y de que su palabra era ley, no disfrutaba administrando sus dominios. Le gustaban los tesoros brillantes, la comida grasienta, la compañía de mujeres promiscuas y de hombres pendencieros, no las minucias

de la política fiscal o de la aplicación de los decretos imperiales mediante reglamentaciones detalladas. Ahora que el mundo estaba en paz, la única forma de desahogar su energía era cazando elefantes en Écofi o jabalíes en la isla de la Media Luna. Pero sus ministros, imbuidos del moralismo de Kon Fiji o del incentivismo de Gi Anji, no dejaban de sermonearlo, recordándole que un buen gobernante debería dedicarse más al bienestar de sus súbditos y no malgastar su tiempo matando animales indefensos —*¡indefensos!* ¿Alguna vez se habían enfrentado a la carga de un gran elefante macho?

Gracias a la bendita y seductora

Tututika, todavía contaba con Cano Tho, el único hombre dispuesto a aceptarlo como era, sin juzgarlo. Por eso siempre había escuchado sus consejos.

Ahora se arrepentía de esa decisión. Nunca pensó que Noda Mi y Doru Solofi pudieran tener éxito con sus locos planes y había rechazado de plano su invitación a unirse a la rebelión contra Kuni. Incluso pensó en apresarlos y enviarlos a Pan, con los brazos atados a la espalda, para mostrar su lealtad.

Pero Cano le había convencido de que los dejara partir —argumentando que eran inofensivos y que desvelar un complot contra el emperador en sus dominios solo habría servido para que

este endureciera el control sobre Arulugi—, y le sugirió que aprovechara para venderles las armas sobrantes.

El Tesoro Imperial ha recortado la financiación de los ejércitos de los feudos independientes. No os queda más opción que reducir el tamaño de vuestro ejército.

A Kimo no le había agradado la idea. El ejército, a fin de cuentas, era la base de su trono.

Si creéis que Noda y Doru no llegarán muy lejos, ¿qué hay de malo en venderles armas para poder mantener vuestro ejército? Pero si Noda y Doru se convierten en algo más que una molestia, el emperador os

llamará para que acabéis con su rebelión, lo que reafirmará vuestra valía ante el trono imperial.

A Kimo le gustaban las situaciones en las que, pasara lo que pasara, siempre salía ganando.

Desgraciadamente, los rebeldes *estaban* triunfando, y el príncipe Phyro, no él, había sido el encargado de acabar con ellos. Y, aunque había cortado toda relación con los rebeldes, los espías del duque Coda proliferaban por la isla en busca de pruebas de su participación en el complot. No se atrevía a hablarlo con ninguno de sus ministros en el palacio ducal, por miedo a que alguno ya estuviera colaborando con el secretario

de clarividencia, a la espera de que cometiera algún desliz.

Una vez más, volvió a apurar la taza, saboreando la sensación abrasadora del licor al deslizarse por su garganta. Ansiaba poder dormir y soñar con los tiempos de gloria, cuando pernoctaba al aire libre con una silla de montar como almohada y la sangre derramada no se consideraba un pecado sino la auténtica medida del valor de un hombre. ¡Una vez llegó a matar a un rey! Sin embargo, ahora estaba acobardado en un bote en el medio del lago, quejándose de su suerte en secreto.

Un hombre piadoso

*viajó a La Garra del
Lobo,
Pensando en bucear en
busca de perlas.
«No vayas», dijeron los
comerciantes de
Toaza,
«Los tiburones están
muy feroces este
año».*

De entre la neblina y la llovizna surgió otro bote en dirección al suyo. A popa se erguía un hombre con una capa de agua confeccionada con hojas de banana y de loto, que sujetaba un único remo largo. Llevaba un collar de dientes

de tiburón, lo que resultaba chocante en este lago de aguas dulces y tranquilas. A sus pies, una canasta y varias redes de pesca. Al no reconocer al duque y al capitán, el hombre les saludó con un gesto amistoso y continuó cantando con voz alta y bronca.

«Soy piadoso y respeto a los dioses», dijo el hombre.

«Confío en que Tazu me protegerá».

Compró un cuchillo de ostras y se ató piedras a los pies.

Y se dirigió al puerto en

busca de un bote.

*«No vayas» le dijeron
los pescadores en la
costa.*

*«Los tiburones han
hecho del mar un
reino de muerte».*

*«Soy piadoso y respeto a
los dioses», dijo el
hombre.*

*«Confío en que Tazu me
protegerá».*

*Remó hacia el mar, tan
rápido como pudo.*

Remó y remó, hasta que

*la costa desapareció.
Se puso en pie, listo
para bucear, y las
gaviotas
se lanzaron chillando:
«No vayas. No
vayas».*

*«Soy piadoso y respeto a
los dioses», dijo el
hombre.*

*«Confío en que Tazu me
protegerá».*

*Se zambulló en el mar,
en busca de perlas,
Pero un gran tiburón le
mordió la pierna.*

*«¿Por qué, señor Tazu?,
jadeó el hombre en la
superficie.*

*La sangre teñía el mar
espumoso y el dolor
le devanaba los
sesos.*

*«Si fueras realmente
piadoso», replico el
señor Tazu,
«Habrías hecho caso a
mis tres avisos».*

*No se oyeron más
plegarias
Mientras el hombre se
hundía entre las olas.*

El pescador desapareció en la neblina, aunque persistió el sonido de su canción.

—Señor Kimo, permitidme ser franco —dijo Cano Tho—. Debéis hacer caso a las señales de aviso. Kuni Garu es un hombre capaz de sonreír y apuñalaros al momento siguiente. Si no os decidís a actuar, pronto acompañaréis al hegemon en el más allá.

Théca Kimo miró perplejo a su amigo.

—¿Me pides que cometa traición?
¿Por qué?

En el rostro de Cano se sucedieron una serie de expresiones antes de decidirse a hablar.

—Por la Joya de Amu.

—¿Por Kikomi? ¿Por esa mujer veleidosa?

—¡No habléis de ese modo de ella!

Kimo dejó su taza, con la cara congestionada.

—Capitán Tho, te estás sobrepasando.

Haciendo un esfuerzo, el capitán bajó el tono de su voz.

—Os pido disculpas por este estallido, señor Kimo —se sentó formalmente en *mipa rari*—. Fui yo quien rescató a la princesa de su prisión en la aeronave de Kindo Marana y era una mujer de incomparable valor y belleza. Nunca creeré las mentiras que

se dijeron sobre ella después de su muerte.

—Hasta los niños conocen su traición...

—¿Cómo puede hablar de honor el hombre que obtuvo sus victorias gracias a la traición? Cuando terminó la guerra, Kuni Garu rindió honores a todos los grandes nobles muertos durante la rebelión contra Xana. Jizu es venerado en Na Thion y a Mocri se le adora en La Garra del Lobo; el propio hegemón tiene santuarios en Tunoa con el visto bueno del emperador. Pero Kikomi es una excepción. Nunca se nos ha permitido levantar un templo en su memoria en Arulugi y los acobardados eruditos,

siempre deseosos de agradar al emperador, continúan mancillando su reputación en los libros de historia.

—Es comprensible que el emperador actúe de ese modo. Kikomi mató a Phin Zyndu, mentor del hegemón así como el emperador...

Cano soltó una carcajada.

—Kuni Garu puede disimular su oscuro pasado hablando del honor, pero la verdad pervive en el corazón de los hombres. Le aterroriza la princesa Kikomi porque las mentiras sobre ella ponen de manifiesto la verdad sobre él mismo. Es un señor de afectos inconstantes, hábil en la manipulación pero indigno de lealtad. Se volverá

contra vos.

Théca Kimo meditó las palabras de Cano. Cuando Kuni estaba en guerra, necesitaba hombres como Théca Kimo y, tras su victoria en Rana Kida, le habría resultado imposible no recompensar a quienes habían arriesgado sus vidas para permitirle subir al trono. Pero, ahora que la paz reinaba en el mundo, ¿por cuánto tiempo le necesitaría? Cuando los recuerdos de las contribuciones de Théca se fueran desvaneciendo, ¿por qué no iba Kuni Garu a tratarlo del mismo modo en que trató al hegemón?

—La reina Gin ha prometido que nunca permitirá que nos pase nada —

dijo Kimo.

—¿Dónde está ahora la mariscal?
¿Por qué no se encuentra en la península
de Karo abogando por vos?

Kimo no respondió. Las señales eran
ambiguas, como la niebla de la guerra.

—Arulugi es diestra en la guerra
naval —dijo Cano—. Si endurecéis
vuestro corazón y atacáis primero,
podéis robarle la iniciativa a Kuni Garu.
La victoria asegurará la independencia
de Arulugi y os permitirá ser dueño de
vuestro destino. ¿Queréis que vuestros
hijos hereden la vida por la que habéis
luchado? Entonces, escuchad los avisos
de los dioses, señor Kimo.

Kimo quizá no entendiera las intrigas

de la corte o las conspiraciones sutiles, pero las palabras de Cano tenían sentido si consideraba su experiencia criminal en las calles. Los jefes de las grandes bandas respetaban a los hombres dispuestos a pelear para proteger su territorio, y un matón poderoso solo sobrevivía si demostraba que todavía tenía poder.

El ardiente licor le llenó los ojos de lágrimas mientras apuraba su taza.

—Supongo que no vendrá mal estar preparado.

—Está reproduciendo mis movimientos —murmuró Kuni—. ¿En qué piensa Théca Kimo? ¿Por qué ha trasladado su

ejército a la costa y sus naves al estrecho?

—A lo mejor está reuniendo las naves para asegurar el paso de vuestra flota —sugirió Jia.

—¿Cuando ni siquiera le había comunicado que pensaba cruzar? —respondió Kuni enojado.

—Llevamos semanas aquí —dijo Risana, inquieta—. Y ni siquiera ha venido a mostrar sus respetos. Eso no presagia nada bueno.

—Los sabios anu dicen que la confianza es difícil de ganar pero fácil de perder en un momento de duda —dijo Jia con calma.

—¿Y eso qué significa? —espetó

Kuni—. Confiar en quienes no merecen confianza no es ningún signo de sabiduría.

—Théca se hizo merecedor de confianza durante la guerra —dijo Jia sin alterarse.

—¡De eso hace más de una década! —respondió Kuni irritado—. No solo tengo que pensar en mí, sino también en nuestros hijos. Si muero mañana, ¿podrán Timu y Phyro... manejarlo?

El emperador se alejó, agitado; Risana le siguió de cerca, intentando tranquilizarlo. Jia se quedó donde estaba viéndoles salir.

—No podéis ir, señor Kimo —dijo

Cano Tho.

El gran salón de audiencias del duque debería haber estado lleno de sus generales y sus ministros, como una versión en miniatura del salón de audiencias de Pan, pero únicamente los generales, todos ellos veteranos que habían servido a Théca durante más de diez años, y unos cuantos nobles de confianza de Cano estaban sentados a lo largo de las dos paredes. Los nobles pertenecían a los linajes más antiguos e ilustres de Arulugi, una facción que llevaba largo tiempo deseando recobrar su independencia, y era de suponer que no habían sido corrompidos por los espías del emperador. Aunque nunca

apreciaron mucho a Théca Kimo, el deseo de recobrar el poder perdido era más fuerte que cualquier otra consideración.

—Desobedecer una orden directa del emperador se considera traición abierta —dijo Théca Kimo.

—El emperador ya tiene pruebas suficientes para acusaros de traición —dijo Cano—. Considerad vuestra situación, señor Kimo. Se han hallado armas procedentes de vuestros arsenales en manos de los rebeldes de Tunoa que aclaman el nombre del hegemón; tenéis naves en el estrecho de Amu que vigilan la flota del emperador; habéis concentrado vuestras tropas alrededor

de Müning, listas para cumplir vuestras órdenes; os habéis distanciado de los ministros y consejeros recomendados por el emperador, sugiriendo la existencia de un complot secreto.

—Pero yo creía que eran simples medidas de precaución... ¡un recordatorio de que todavía tengo poder! El emperador debe saber que no tengo ninguna intención de rebelarme.

—Las acciones carecen de significado por sí mismas —dijo Cano—. Lo único que importa es la perspectiva desde la que se ven. Si el espejo está distorsionado, un hombre gordo parecerá delgado y un hombre leal parecerá un traidor.

—Razón de más para responder a la citación del emperador para dar explicaciones.

—Señor Kimo, ¿habéis olvidado el banquete celebrado por el hegemón después de su entrada en Pan? Invitó a asistir a Kuni Garu porque pretendía matarlo por traición, después de haberlo separado de sus hombres.

—¡Pero Kuni Garu escapó ileso!

—Kuni Garu tiene una lengua tan inteligente y tan rápida como la de un abogado. ¿La tenéis vos? ¿Y pensáis que Kuni intenta repetir el error del hegemón? Si acudís, no regresaréis.

—Esto debe de ser un mal sueño — balbuceó Kimo—. ¿Qué he hecho?

—Lo que habéis hecho es totalmente razonable. El emperador es quien ha forzado vuestra mano. Cuando el cazador se acerca con el hacha afilada, ¿queréis seguir jugando a ser el perro leal que espera la muerte o convertiros en un lobo y luchar ferozmente por vuestra supervivencia? Señor Kimo, puede que no quisierais rebelaros, pero el emperador os ha arrebatado esa posibilidad.

Théca Kimo se sentó a cavilar. Poco a poco, su cuerpo empezó a temblar a medida que sus músculos se tensaban y los tatuajes del rostro cobraron intensidad por efecto de la congestión. La taza de bambú que sostenía en la

mano se deshizo en pedazos con un fuerte *crac*.

—¿Cómo es posible que las cosas hayan llegado a este punto, Kuni Garu? —preguntó Théca Kimo. Aulló rabioso. ¿Cómo?

—¿Que está *enfermo*? —repitió Kuni, con la voz impregnada de incredulidad y cólera—. ¿Enfermo?

—Es una carta de lo más enigmática —dijo Cogo, que había acudido desde Pan, donde ejercía provisionalmente el papel de regente de Kuni—. Théca dice que no puede viajar lejos a causa de su mala salud y cree que solo podrá desplazarse hasta la mitad del estrecho

de Amu antes de regresar.

—No creo que *enigmática* sea la palabra —dijo Risana—. La palabra que buscas es *absurda*. No solo se ha negado a venir a Karo a presentar sus respetos al emperador, sino que ahora sugiere que os encontréis en medio del estrecho de Amu, cada uno con un solo navío. ¿Quién se cree que es?

—Cree que somos dos reyes Tiro negociando —dijo Kuni—. O, conociéndolo, dos jefes de sendas bandas callejeras que se sientan a tomar té para discutir el reparto del dinero obtenido por protección de casas índigo, bares y salas de juego. Se ha rebelado. Oh, sí, claro que se ha rebelado.

Todos percibieron el dolor implícito en su voz.

—Siento haber confiado tanto en él anteriormente —dijo Jia.

—No tienes por qué —dijo Kuni—. Gracias a tu idea de visitar la península de Karo hemos podido darnos cuenta de la oscuridad de su corazón.

—¿Quieres convocar a Gin Mazoti para que prepare el ataque? —preguntó Risana.

—Kimo y Mazoti lucharon juntos durante años contra el hegemón —dijo Jia—. Podría oponerse a una invasión de Arulugi cuando aún carecemos de pruebas irrefutables. Además, una guerra abierta con Théca Kimo

confundirá a los demás nobles y envalentonará a los rebeldes en Tunoa. Si no tienes cuidado, puede que otros antiguos nobles alcen la bandera de la rebelión, con la intención de aprovechar el caos. Cuanto más discretamente podamos resolver esto, mejor.

—La emperatriz está en lo cierto —dijo Cogo—. Puede que lo mejor sea acceder a la demanda de Kimo y reunirse con él en el estrecho de Amu.

—¿Por qué? —preguntó Risana. Pero entonces vio la sonrisa taimada en el rostro de Cogo—. Ah, piensas en una estratagema.

—Kimo «sugiere» amablemente que cada uno vaya hasta mitad del estrecho

de Amu sin navíos escolta para evitar «dar la impresión de falta de armonía a los demás señores de Dara» —dijo Kuni—. No confío en que ninguno de mis navíos pueda vencerle en una batalla naval...

—Además, es demasiado peligroso —interrumpió Jia.

—... y no puedo contar con las aeronaves en caso necesario, porque despertarían sus sospechas. Cogo, ¿qué es lo que estás planeando?

—Él *verá* que llegáis hasta el punto acordado en un solo barco —dijo Cogo—. Sin embargo...

—Lo que se *ve* no es siempre lo que hay, tanto en los juegos de humo como

en la guerra —dijo Risana.

Risana y Cogo compartieron una sonrisa.

Kuni miró a una y a otro y de repente cayó en la cuenta. Echó a reír.

—Aunque Luan Zya no esté aquí con nosotros, este ardid está a la altura del primer estratega de Cano.

—¿El emperador acepta mis condiciones? —Théca Kimo releyó la carta unas cuantas veces para asegurarse de que no había pasado nada por alto—. Cano, parece que nuestro plan ha funcionado. Kuni Garu debe de haber llegado a la conclusión de que no desea ir a la guerra y prefiere negociar

conmigo.

—Kuni Garu es astuto y muy tramposo —dijo Cano—. Sospecho que las cosas no son tan simples como parecen.

—Será fácil comprobar si cumple las condiciones que mencioné en la carta —dijo Théca con confianza—. ¿Qué puede hacer en mar abierto? Te preocupas demasiado.

—Es mejor prepararse para lo inesperado —insistió Cano.

El emperador y el duque, cada uno a bordo de un barco mercante, se aproximaron hasta quedar a la distancia de un bote y echaron anclas. Ambos

salieron de sus respectivos camarotes y se sentaron en plataformas erigidas en cubierta para este propósito. Cada uno tenía una mesita delante, en la que había comida y bebida. De este modo, compartirían una comida con las olas por medio —aunque ahora una distancia mucho mayor separaba sus corazones.

Había algo en este escenario que trajo un recuerdo a la memoria de Kuni Garu: quince años atrás el hegemón y él mismo se habían sentado en dos embarcaciones en mitad del río Liru para discutir el final de un conflicto sangriento, y ahora estaba sentado con otro combatiente, con agua por medio, para discutir cómo evitar otro conflicto.

La historia posee un extraño sentido del humor.

—Me alegra ver que el duque Kimo parece estar bien —dijo Kuni a gritos a través del agua—. Tu carta daba la impresión de que estabas al borde de la muerte.

Kimo parecía gozar de una salud excelente. Aunque llevaba ropas gruesas y voluminosas, más adecuadas para el invierno, no cabía ninguna duda de que no estaba «enfermo» como afirmaba.

Kimo tuvo la elegancia de sonrojarse.

—*Rénga*, mi recuperación se aceleró al recibir la noticia de que deseabais ser razonable.

—Ah, ¿sí? ¿En qué no he sido razonable?

Kimo respiró hondo y comenzó con el discurso que Cano Tho le había preparado.

—Hubo un tiempo en que el señor Garu y yo fuimos señores de Dara en igualdad de condiciones, dedicados al ideal de derrocar el despotismo de Xana.

El rostro de Kuni permaneció imperturbable al oír cómo Théca se dirigía a él como «señor Garu». Era de esperar. Kimo continuó.

—Sin embargo, después del triunfo de la rebelión, el señor Garu se embarcó en un camino que reproducía los abusos

de Mapidéré. En lugar de dividir la tierra en estados Tiro iguales entre sí, como el hegemón intentó hacer, el señor Garu asumió el título de emperador y se quedó con la mayor parte del territorio, arrojándonos apenas algunas sobras a mí y a otros señores de Dara.

—Algunas *sobras* —murmuró Kuni—. Ya veo. Consideras meras sobras tres grandes islas y un territorio mayor que muchos de los antiguos estados Tiro.

Kimo continuó.

—Pero, a pesar de todo, el señor Garu parece insatisfecho. Con el tiempo, vuestros decretos han demostrado el intento de debilitar a los señores feudales y despojarles de sus armas y

sus tierras. Parece que el señor Garu no piensa detenerse hasta que toda Dara esté bajo un solo puño. Por el bien de mis herederos y de aquellos que me han seguido, exijo justicia al señor Garu.

—¿Exiges justicia? —interpeló Kuni—. Has aprovisionado a los rebeldes de Tunoa y has concentrado tus tropas y tus naves contra mí; te convoco para que me des explicaciones y te niegas a venir; fingiendo estar enfermo, dictas los términos a tu señor, lo que muestra tu propósito de traicionarme. He sido tolerante más allá de lo razonable porque no deseo un nuevo derramamiento de sangre ¿y todavía te *atreves* a exigir justicia?

—Si ya estáis convencido de que voy a traicionaros, nada de lo que diga importa. Señor Garu, os pido que me concedáis el título de rey y declaréis Arulugi, incluidas las islas de la Media Luna y Écofi, un estado Tiro independiente que no os debe sumisión. En ese caso, permaneceremos juntos, vos en el este y yo en el oeste, como hermanos en eterna amistad.

Kuni se echó a reír. Aunque Kimo había memorizado un discurso bastante pasable, seguía sonando como un matón callejero exigiendo su parte del botín. Sacudió la cabeza.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

Kimo apretó los dientes.

—El ejército y la armada de Arulugi están preparados para respaldar mi reclamación. Tenemos listos proyectiles de fuegos artificiales contra vuestras aeronaves. Aunque mi reino carece de la fuerza necesaria para invadir la isla Grande, no creo que penséis que conquistar Arulugi sea tarea fácil. Y, si me declaráis la guerra, otros señores feudales de Dara intuirán su futuro en el mío y acudirán en mi ayuda. Pensadlo cuidadosamente, señor Garu, antes de tomar una decisión imprudente de la que tengáis que arrepentiros.

—Menos mal que no pienso daros la oportunidad de poner en marcha vuestra oscura trama —dijo Kuni. Dio un

puñetazo en la mesa y diez guardias situados bajo la plataforma elevada alzaron tubos acústicos en dirección al mar y gritaron con una sola voz: «¡Embestid al barco!».

Mientras los atónitos soldados del navío de Kimo se apresuraban a levar el ancla y a maniobrar, pensando que Kuni pretendía embestir la nave con la suya, el mar empezó a agitarse por debajo de ambos barcos.

—¿Ballenas? —preguntó uno de los soldados.

—¿Una cruben? —preguntó otro.

Than Carucono observaba a través de una de las piezas de cristal grueso que

hacían las veces de ojos de la cruben mecánica. El enorme barco submarino se desplazaba a unos cincuenta pies bajo la superficie y la difusa luz solar daba un color verde oscuro al agua. De vez en cuando, pasaban peces nadando frente a la portilla.

Detrás de él, en el interior frío y húmedo de la cruben mecánica, los soldados estaban preparados para abrir las válvulas del motor de vapor alimentado por las rocas incandescentes extraídas de los volcanes submarinos. Cogo Yelu había seguido los mapas secretos dibujados por Luan Zya hacía más de una década y designado el lugar de encuentro para el emperador Ragin y

el duque Kimo cerca de uno de esos volcanes submarinos.

Carucono mantenía el oído contra la apertura del tubo de respiración que llegaba hasta la boya camuflada como si fuera una mata de algas oscilando en la superficie.

Escuchó la orden que había estado esperando.

—¡Vamos, vamos, vamos!

La tripulación entró en acción, unos tirando de palancas y moviendo volantes, otros corriendo hacia la cola de la cruben mecánica de manera disciplinada, para desplazar su equilibrio interno e inclinar la proa hacia arriba. La nave submarina estaba a

punto de asomar a la superficie.

El mar estalló.

El cuerno de madera de argán arremetió contra la nave de Kimo desde abajo, sacándola casi por completo fuera del agua y partiéndola por la mitad al instante. El sonido de los mástiles y las vergas quebrándose ensordecía los oídos mientras el olor al vapor sulfúrico que impulsaba a la cruben mecánica castigaba el olfato.

Soldados y marineros fueron arrojados de cubierta, entre gritos clamando piedad y oraciones a Tazu y Tututika. Los pedazos del casco y de los mástiles, enredados en las jarcias,

volaban y se estrellaban contra el agua. Era evidente que Kimo y sus hombres no podían hacer más que esperar a que el emperador los rescatara y luego les cargara de cadenas.

Pero Kuni Garu contemplaba el cielo con la boca abierta. Allí, trazando una parábola en el aire, estaba la figura de Théca Kimo. Se tambaleó unas cuantas veces y luego las voluminosas ropas que llevaba se abrieron como las alas de un ave gigantesca. Las cañas de bambú equipadas con muelles se colocaron en posición con un chasquido, tensando las ropas hasta formar una enorme cometa. Como el hegemón en su ataque sorpresa sobre Zudi quince años atrás, Théca

Kimo planeaba lentamente hacia Arulugi, suspendido bajo una cometa sin hilos.

Los artesanos de Arulugi siempre habían sido muy hábiles en la construcción de estructuras flexibles, enlazando bambú y lianas para sostener las gráciles plataformas de la ciudad de Müning, la diadema flotante sobre el lago Toyemotika. Cano Tho había diseñado la plataforma en la que Kimo se sentaba para actuar como una catapulta. El brazo, fabricado con robusto bambú, estaba recogido y sujeto mediante cuerda. Pero, si algo iba mal, Kimo podía disparar la catapulta para salir despedido al cielo, lejos del

peligro, y luego planear hasta Arulugi en una cometa que combinaba elementos diseñados por Luan Zya y Torulu Pering. La cometa, que disponía de una compleja estructura de plegado para poder ocultarse simulando ser una túnica, era frágil y propensa a sufrir accidentes, por lo que no era fiable para un uso regular. Cano insistió en que Kimo la utilizara solo como último recurso desesperado, pero resultó que serviría para salvarle la vida.

Los arqueros salieron a cubierta a toda prisa pero la cometa ya se hallaba demasiado lejos. Kuni suspiró al observar a Kimo alejarse fuera de alcance, consciente de que la paz que

había reinado en las islas de Dara durante diez años había llegado a su fin.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LUZ Y RAZÓN

PAN: SÉPTIMO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATROS MARES PLÁCIDOS

Concédeme este favor, hermano, dijo la voz musical de Tututika.

¿Por qué quieres ayudar a la hija de Kuni en lugar de a tu propia isla?, preguntó el belicoso Fithowéo.

Actúo movida por el respeto a la

memoria de Kikomi.

Pero Théca ha prometido a Cano Tho erigir un santuario en su honor si la rebelión triunfa.

El mejor monumento a Kikomi no es un santuario de piedra o madera, sino una princesa con libertad para realizar todo su potencial.

¿Y por qué no continúas tú misma con las lecciones?

Eres tú quien domina el arte de la fabricación de espejos.

Entonces has acudido al dios invidente para que la ayude a ver.

En una ocasión te ayudó una orquídea invidente.

Soy el dios de la guerra. Instruir a

jovencitas no es algo... que haga a menudo.

Eres el dios de todos aquellos que se deleitan en las luchas valerosas. No todas las guerras se libran con lanzas y espadas y no todos los enemigos están en el campo de batalla. Los tiempos están cambiando, hermano, y nosotros debemos cambiar con ellos.

Théra estaba apoyada en la balaustrada del estanque de las carpas situado en un rincón apartado de palacio. Los peces ornamentales —de color bermellón, dorado, negro, blanco, azul zafiro, verde jade— nadaban a sus pies creando ondas interminables que chocaban unas

con otras creando complicados dibujos.

¿Qué querría decir esa dama? ¿La luz es una onda? ¿Cómo puede eso ayudar a resolver el misterio de los espejos mágicos?

Hasta ella llegó una bonita melodía desde el interior de palacio. No reconocía el instrumento del que procedía. Los tonos altos eran tan cristalinos como los de un carillón y los bajos tan solemnes como el canto de una cruben. Cada nota quedaba prendida en el aire, mezclándose con la siguiente y con la que seguía a esta.

Caminó en busca del origen del sonido y, tras recorrer pasillos llenos de corrientes de aire y prolongados

pórticos, llegó hasta la sala de música, donde el emperador y la consorte Risana se retiraban a veces a tocar el laúd de coco, a cantar y bailar.

Fara apareció de pronto.

—¡Rata-*tika*! ¿No es precioso?

Sorprendida, Théra la abrazó.

—Sí que lo es, Ada-*tika*.

En medio de la sala había una estructura de madera cuadrada del tamaño de un hombre. Tenía dos travesaños horizontales, uno a la altura de la cabeza y otro a la de la cintura. De cada travesaño colgaban ocho barras de bronce bruñido de diferente grosor y del tamaño de un libro muy grande.

Al pie de la estructura, estaba

arrodillado en *mipa rari* un hombre delgado de mediana edad que hacía música golpeando las barras con un par de mazas provistas de un mango largo. Llevaba una túnica con las mangas cortas que resaltaba los músculos de los brazos y tenía la piel marcada con cicatrices antiguas y nuevas. A Théra le sorprendieron esos brazos, más propios de un herrero o de un soldado que de un músico.

Las dos hermanas se quedaron escuchando la música, que se prolongó casi durante el tiempo que tarda en consumirse una barrita de incienso. Luego, el hombre se sentó, dejó con delicadeza las mazas en el suelo y

esperó hasta que la última nota se disipó lentamente.

Se dio la vuelta e hizo una reverencia.

—Espero que mi tosca música agradara a las princesas.

Fara aplaudió.

—¡Era maravillosa! A tía Risana le encantará escucharla cuando regrese.

Théra le devolvió la reverencia. Ahora que podía ver el rostro del hombre, le sobresaltaron sus ojos: eran tan oscuros que no se distinguían sus pupilas, como si estuvieran hechos de obsidiana sólida. Eran tan peculiares que estaba segura de que lo recordaría si lo hubiera visto en el palacio con

anterioridad. Su complexión musculosa y las cicatrices de los brazos la inquietaron. Era prácticamente inconcebible que un asesino pudiera atravesar los controles de seguridad del capitán Dafiro Miro, pero dado que el emperador estaba de viaje y que los rebeldes proliferaban en Tunoa...

Con delicadeza, se colocó delante de Fara.

—No creo tener el placer de conocer el honorable nombre del maestro.

El hombre se echó a reír con una carcajada profunda que retumbaba en el vientre.

—La reputación de inteligencia de la princesa Théra es bien conocida en

todas partes, pero no sabía que también fuerais una dama valerosa y de modales refinados. Vuestro saludo ha sido cortés, y a la vez habéis protegido a vuestra hermana por si mis intenciones no fueran buenas. Sois solícita con mis sentimientos mientras os preparáis para lo peor. Hasta Kon Fiji admiraría vuestra reacción.

Théra se sonrojó al ver tan claramente descubiertas sus intenciones, pero el hombre continuó hablando afablemente.

—Mi nombre no tiene mucha importancia. Solo soy un viejo herrero a quien le interesa la música. No culpéis a los guardias: entro y salgo a mi antojo e

interpreto mi música para audiencias en las que tengo puestas grandes esperanzas. Todos estamos en busca de aquel verdadero amigo que sepa comprender la voz de tu corazón cuando interpretas una melodía vacilante con el *moaphya*.

La familiaridad de la última frase del hombre tranquilizó a Théra. Fuera quien fuese, sentía que podía confiar en él.

—Si el maestro no desea compartir su nombre, no insistiré. ¿Habéis llamado *moaphya* a este instrumento? Nunca lo había visto antes.

—Es un antiguo instrumento anu, poco habitual después de las Guerras de la Diáspora. El nombre significa «el

justo sonido». Lo mencionan las antiguas sagas heroicas. El héroe Iluthan era un intérprete consumado —hizo señas a Fara para que se acercara—. ¿Te gustaría probar?

Mientras Fara golpeaba las barras con entusiasmo y poca habilidad, Théra preguntó:

—¿Podéis hablarme más de él?

—Los anu dividían los instrumentos musicales en ocho familias: la seda, que serían los instrumentos de cuerda como el laúd y la cítara; el bambú: flautas y caramillos; la madera: xilófonos y palos de ritmo; la piedra: losas y cuencos resonantes; la arcilla: ocarinas y tubos de porcelana; la calabaza y la vid:

maracas; el cuero y la piel: tambores y fuelles de canto; y por último el metal: campanas y carillones, al que pertenece el *moaphya*. Cada uno de los dioses de Dara tiene una familia de instrumentos favorita y cada familia expresa una cualidad única que no pueden reproducir los demás.

Théra emitió un suspiro.

—Ojalá supiera algo más de música. Me gustan las clases de danza que nos da la consorte Risana, pero nunca he tenido paciencia para aprender un instrumento. A mi hermano Timu se le dan mejor esa clase de cosas.

—El *moaphya* es mi favorito. Es un instrumento difícil de tocar, pero aún

más difícil de fabricar. Cada pieza debe fundirse con la medida exacta para que esté afinada en el tono adecuado. Cualquier desperfecto estropearía el sonido.

—¿Cómo conseguís que las piezas se fabriquen correctamente?

—Observa.

El hombre tomó una tela de seda traslúcida marcada con una trama de líneas oscuras e indicó a Théra que se aproximara a examinar una de las barras. Théra vio que la pieza de bronce también tenía grabada una serie de líneas que reproducían con exactitud la trama del paño de seda. El hombre envolvió con la tela una de las piezas,

de manera que las rayas encajaran exactamente.

Luego tomó una maza y golpeó la pieza envuelta en seda. Con el sonido metálico, las líneas de la seda parecieron cobrar vida, vibrando en toda su longitud con un temblor uniforme. Pero en un extremo algo parecía ir mal: la trama estaba ligeramente desplazada y el temblor no estaba en sintonía con el resto.

—¿Alguna vez has intentado alinear dos trozos idénticos de seda para ver los dibujos que formaban al superponerse y rotarse las tramas?

Théra asintió. Cuando era pequeña le encantaba observar esos dibujos. De

hecho, uno de sus pasatiempos favoritos había consistido en recubrir uno de los retratos del hegemón bordados por la señora Mira con otra pieza de seda y observar cómo el arte abstracto de la señora Mira cobraba vida al moverse las capas de seda.

—En este caso, el principio es el mismo. Aunque a simple vista no puedan verse las imperfecciones de una barra de metal fundido, si usas como referencia una trama como esta es posible detectar errores ínfimos en el proceso de fundido —pareció apesadumbrado—. Esta tendrá que volver a fabricarse. Ni siquiera los dioses se libran de cometer errores.

Théra observó fijamente la trama de la seda al vibrar. Los dibujos creados por las dos cuadrículas superpuestas le recordaban las ondas que se entrechocaban sobre la superficie del lago Tututika. *Dos ondas... un espejo... fallos e imperfecciones...* Estaba a punto de comprender algo, pero no sabría decir el qué.

En su mente, la imagen del hegemon proyectada por el espejo mágico quedaba superpuesta con el retrato bordado por la señora Mira y ambas visiones, una detallada y realista, la otra creada por formas geométricas abstractas, se entrecruzaban como si estuvieran peleando. Luz y sombras,

honor y crueldad, el coloso que cruzó Dara a caballo y el fantasma que se aparecía en las islas. *¿Cuál se parece más a su verdadero retrato?*

—Rata-tika, ¿adónde ha ido? — preguntó Fara.

Sobresaltada, Théra miró alrededor. El hombre había desaparecido.

Hay que pesar el pescado. Théra recordó la frase que pronunció Zomi Kidosu en el Examen de Palacio. *La profecía del pez había sido un truco; ¿por qué no iban a serlo los «espejos mágicos»?*

Théra se entregó por entero a la tarea. Nunca se había enfrentado a un

enigma tan complejo e intricado y le deleitaba enfrentarse a semejante enemigo. *A lo mejor esto es algo, pensó, como el ansia de combate de la que siempre hablaba el hegemón y que Hudo-tika siempre anhelaba. Hay un placer en dedicarse a superar desafíos abrumadores, en concentrar todas tus fuerzas contra lo desconocido.*

Recopiló todos los tratados antiguos y modernos sobre la naturaleza de la luz y leyó los pergaminos de principio a fin; pidió al capitán Dafiro que convocara a los maestros constructores de espejos y les planteó preguntas hasta que se quedaron sin respuestas; se instaló en un taller de la Academia Imperial y trabajó

con eruditos, con herreros y con fabricantes de lentes para construir prototipos experimentales.

Y entonces, llegaron noticias de Tunoa.

CAPÍTULO VEINTISIETE

LOS REBELDES DE DARA

TUNOA: NOVENO MES DEL
DÉCIMO PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

Cinco mil rebeldes de Tunoa
acompañados por tambores de guerra,
cantaban con una sola voz:

*El noveno mes del año,
el noveno día:*

*Florezco cuando todas
las demás están
ajadas.*

*Vientos fríos se
levantaban en las
calles de Pan,
solemnes y amplias:
Una marea áurea, una
tempestad dorada.*

*Perfora el cielo mi
gloriosa fragancia.*

*La coraza amarilla
cautiva las miradas.*

*Con desdeñoso orgullo,
diez mil espadas se
han alzado*

Por la gracia de los

*reyes, para limpiar el
pecado.*

*Una hermandad noble,
leal y verdadera
¿Quién teme al invierno
portando esta
bandera?*

Noda Mi y Doru Solofi, vestidos ahora como reyes Tiro, se alzaban en una plataforma construida con tierra compactada. Detrás de ellos, una gran lona estirada entre dos altos árboles hacía de telón de fondo. Los espigados árboles que se mecían alrededor de la plataforma dejaban en la sombra el telón de fondo.

Lentamente y de forma reverencial, Doru Solofi levantó un espejo y lo fue girando en dirección al sol. Una imagen colosal del hegemón sobre su fiel corcel, Réfiroa, apareció contra la lona ensombrecida. El caballo, encabritado, echaba espuma por la boca mientras el jinete blandía Na-aroénna y Goremaw y miraba con sus ojos de doble pupila las caras de todos los rebeldes, provocándoles escalofríos.

—Compañeros de Tunoa —comenzó solemnemente Noda Mi—. Hace más de diecinueve años, el hegemón compuso este poema para expresar su determinación de librar a Dara de la tiranía. Su ilustre carrera se vio

trágicamente truncada por el vil Kuni Garu, un humilde bandido que traicionó al hegemón, al hombre que una vez le llamó hermano, para robarle el trono de Dara.

Hizo una pausa y observó a los rebeldes: en unos pocos meses se habían convertido en una fuerza formidable. Sospechando de la ambición de los nobles que le habían sido leales, Kuni Garu había terminado mostrando sus cartas y forzado a la rebelión a Théca Kimo. Inspiradas en los ejemplos de Théca Kimo, Doru Solofi y Noda Mi, otras gentes insatisfechas con el gobierno imperial habían ofrecido apoyo de diversas clases. Los antiguos

nobles de Haan les entregaron tesoros, los veteranos desocupados y sin tierra les ofrecieron su experiencia e incluso hombres de letras que no habían conseguido plaza en los exámenes imperiales se acercaron a aconsejarlos.

Ahora que disponían de abundantes fondos, Mi y Solofi equiparon a todos los rebeldes con armaduras doradas e incluso con mejores armas procedentes de Arulugi —debido al embargo imperial que sufría su reino, Théca ahora estaba deseoso de restablecer el comercio— y ellos mismos se ataviaron con vestimentas formales, como correspondía a su nueva posición como reyes Tiro («Hay un tiempo en que

conviene parecer hombres del pueblo para conquistar su confianza —dijo Noda Mi— y un tiempo en que conviene parecer superior a ellos para impresionarlos»).

Lo malo fue que tuvieron que arreglarse con las reservas de espejos mágicos que les quedaban para inspirar la causa de los rebeldes. Noda solía arrepentirse de no haber secuestrado a la familia que los fabricaba cuando aún estaban vivos.

Aunque, claro, con el dinero fresco, las filas rebeldes también se veían engrosadas por la inevitable llegada de bandidos desleales y forajidos interesados únicamente en hacer fortuna,

que suponían una amenaza para la disciplina. No obstante, en conjunto, los rebeldes de Tunoa representaban una fuerza formidable.

—Pero el hegemón hizo una profecía —gritó Noda Mi—. Declaró que el nueve doble sería un día especial. Hace dos años, durante el noveno mes del noveno año del reinado de Los Cuatro Mares Plácidos, el Año del Lobo, las diosas Kana y Rapa nos entregaron estos espejos espirituales...

Doru Solofi tuvo que sofocar la risa al escuchar la grandilocuencia de Noda. No habían pensado otorgar ese significado a la fecha del descubrimiento de los espejos hasta

mucho más tarde, por supuesto, pero suponía que si uno daba vueltas a lo que Noda estaba diciendo, no era completamente mentira. La prostituta a la que Noda robó el bolso donde encontraron el primer espejo mágico realmente tenía pelo oscuro y la muchacha con la que él había estado aquella noche era rubia. Y lo cierto es que la casa índigo les habían cobrado como si ambas fueran «divinas». En cualquier caso, como siempre dice Noda, «la gracia de los reyes reside en mentiras graciosas», lo que se supone es un palíndromo cuando se escribe en ideogramas anu.

—... este es el Año de la Cruben, un

tiempo en el que aumenta la grandeza y la ambición se ve recompensada. ¡Haremos que la profecía se convierta en realidad y entraremos triunfales en Pan para vengar al hegemón!

Los rebeldes golpearon las lanzas doradas contra los escudos dorados y gritaron al unísono. El sonido hizo huir de los bosques a las aves y a las bestias en millas a la redonda.

—¿Cómo puede ser que las cosas hayan llegado hasta este punto? ¿Cómo es posible? —Phyro, que siempre había tenido una relación cercana al «tío Rin», ahora estaba gritando al jefe de los espías.

Rin se estremeció. Ojalá no hubiera hecho caso a la emperatriz. Al principio le había alegrado el auge de la rebelión, pensando en los cuantiosos fondos que podría exigir para combatir la insurgencia. Pero las noticias procedentes de Arulugi le hicieron caer en la cuenta de que ya no controlaba la situación, como había pensado.

Los rebeldes de Tunoa habían rodeado el castillo de los Zyndu. Phyro y Rin no estaban en peligro inminente ya que el castillo, incluso una vez convertido en santuario, todavía conservaba sus antiguas y gruesas murallas. Hasta los rebeldes parecían sorprendidos por su propio éxito y no

habían acudido provistos de maquinaria pesada para el asedio, solo con escalas endebles. Bien aprovisionados, los quinientos defensores bajo el mando de Phyro deberían ser capaces de resistir cierto tiempo. Aun así, al contemplar desde arriba a las huestes de armadura dorada, Phyro sintió que se le encogía el estómago.

—No era consciente de hasta qué punto habían vuelto a la población en contra nuestra —protestó Rin—. En el pasado, los administradores imperiales podían recabar mucha información útil de los aldeanos...

La mirada fulminante de Phyro hizo que Rin se lo pensara dos veces antes de

traer a colación que la política de prohibir el culto privado al hegemón probablemente había contribuido a deteriorar las relaciones con la población.

—... Pero esos espejos... han cambiado las cosas. Ahora, prácticamente todos los habitantes de Tunoa, desde los niños que apenas saben andar hasta las ancianas desdentadas, creen de verdad que el hegemón ha regresado y que se manifiesta a través de esos espejos. Incluso quienes no luchan con los rebeldes están dispuestos a proporcionarles refugio y ayuda: ¡hemos perdido la patrulla de aeronaves porque los cocineros del aeródromo les

prendieron fuego! Nuestras guarniciones han sido vencidas en todos los choques contra los rebeldes de los últimos dos meses.

—¡Pero tú decías que todo marchaba según lo previsto!

—En cierto modo... así era.

—¿Has solicitado ayuda?

—Ya hemos enviado tres tandas de palomas.

Phyro no dijo nada, pero ahora se arrepentía profundamente de no haber pedido ayuda antes. Quería demostrar a su padre que ya no era un niño y que podía hacerse cargo de unos cuantos bandidos supersticiosos en estas islas lejanas. Con la rebelión del duque Kimo

propagándose por Arulugi, lo último que el emperador necesitaba era esta nueva preocupación.

Esperaba poder redimirse una vez llegara la ayuda de la isla Grande.

Los rebeldes acamparon durante tres días y tres noches al pie de las murallas del castillo de los Zyndu mientras sus filas no paraban de crecer. Ahora eran casi ocho mil hombres los que mantenían el asedio. Pero no se adentraron en el bosque para talar árboles con los que construir catapultas o torres de asedio. La mayor parte del tiempo permanecían sentados oyendo discursos, cantando y rezando.

Phyro y Rin les vigilaban, sorprendidos, pero también un tanto aliviados.

Entonces, la mañana de cuarto día, los rebeldes atacaron.

Fue un asalto completamente desorganizado. Los rebeldes se limitaron a lanzarse al ataque, empujar contra la muralla las inseguras escalas y comenzar a trepar llevando solo endebles escudos de mimbre. Mi, Solofi y algunos de sus guardias personales sujetaban espejos mágicos y proyectaban imágenes del hegemón sobre las murallas del castillo para animar a los rebeldes.

Phyro observaba atónito la escena

audaz pero caótica. Los atacantes iban completamente desprotegidos y los defensores de la muralla, provistos de ollas de aceite hirviendo y de la orina y los excrementos acumulados en baldes por las noches, así como de rocas, gruesos haces de leña y miles de flechas, deberían dar buena cuenta de ellos. Era un error que ni el más incompetente de los comandantes militares cometería.

—Esa es la razón por la que Noda Mi y Doru Solofi se derrumbaron frente a la mariscal Mazoti en la Guerra del Crisantemo y el Diente de León —murmuró Phyro—. Aunque cubras a un cordero con la piel de un lobo, seguirá

siendo un cordero —dijo, dando la orden para que los defensores comenzaran la matanza.

Pero pocos de sus soldados se movieron.

—¿A qué esperan? —gritó Phyro, en cuya voz empezaba a traslucirse el pánico.

Rin Coda salió corriendo y regresó momentos después con la cara pálida.

—Algunos de nuestros hombres, especialmente los que son de aquí, creen que los rebeldes cuentan con la protección del hegemón. Dicen que las flechas no pueden atravesar sus armaduras y que las lanzas y las espadas hieren sus miembros. Dicen que los

rebeldes están dotados del espíritu de los berserkers de Mata Zyndu y que todo el que se enfrente a ellos quedará maldito.

Phyro comenzó a dar patadas llevado por la frustración.

—¡Es una locura! ¡El mundo se ha vuelto loco!

—Voy a reunir a los soldados de la isla Grande y espero que algunos no hayan caído bajo este hechizo.

—¡Un momento! —dijo Phyro—. Tengo una idea. Haz lo que puedas para contenerlos; yo regresaré enseguida.

Rin Coda se esforzó en juntar a los pocos hombres que todavía creían en la causa imperial y, mediante amenazas,

golpes y latigazos a los demás, se las arregló para organizar cierto conato de resistencia. Cuando las rocas, los haces de leña y el líquido hirviendo empezaron a caer desde las murallas, los rebeldes que trepaban por las escalas comenzaron a chillar, a tambalearse y a caer al encuentro de la muerte.

—¡No confían lo suficiente en la protección del hegemón! —gritó Noda Mi—. El hegemón solo defiende a quienes no dudan. ¡La que Acaba con las Dudas ha sido desenvainada! ¡Cantad conmigo, cantad! *El noveno mes del año, el noveno día...*

Miles de rebeldes se unieron al canto

creando un estruendo impresionante. Los hombres de Noda y Doru recuperaron el coraje y volvieron a trepar por docenas por las escalas. A pesar de que las rocas y los haces de leña les aplastaban y convertían en amasijos de carne, muchos otros hacían fila para poner su fe fuera de toda duda. Enfrentados a esa intrépida horda cuyos ojos refulgían con un fervor demente, los defensores empezaron a descorazonarse.

Por fin, los arqueros de los rebeldes formaron filas bajo las escalas y dispararon los arcos con fuerza hacia lo alto para alcanzar a los defensores de la muralla. Los gritos de los moribundos y los heridos llenaron el aire.

Parecía solo cuestión de tiempo que pudieran abrir una brecha en la muralla.

—¿Quién se atreve a continuar? —preguntó el príncipe Phyro, surgiendo en lo alto de las murallas, con la respiración agitada.

Sujetaba un retrato de Mata Zyndu que había estado colgado en el salón principal para que lo contemplaran los peregrinos que acudían a pedir la bendición del hegemón. Pero ahora Phyro lo llevaba en alto, como un escudo gigante, y avanzaba hacia los atacantes, que estaban a punto de conquistar la muralla.

—¿Os atrevéis a profanar la imagen del hegemón? —preguntó Phyro. Inclino

el retrato sobre el borde de la muralla —. Este es uno de los famosos bordados de la señora Mira y encierra la esencia del espíritu del hegemón. ¿Sois tan impíos que estáis dispuestos a blandir la espada contra la propia alma del hegemón?

La salva de flechas de los atacantes se detuvo. Ninguno de los arqueros se atrevía a dañar el retrato de su señor. Los asaltantes de las escalas titubearon y luego se pararon, temerosos de que si seguían presionando podrían ensuciar el cuadro sagrado inadvertidamente.

—¡Es despreciable! —gritó Noda Mi, con la cara enrojecida por la furia.

—¡Una treta ignominiosa! —gritó

Doru Solofi, escupiendo espuma por las comisuras de la boca.

—¿Soy tan despreciable? —replicó Phyro sonriente—. ¿Entonces por qué el retrato del hegemón no se resbala de mis manos? Siempre he admirado al hegemón, ¿sabéis? ¡Puede que incluso más que vosotros! En cualquier caso, voy a quedarme aquí con el cuadro. No seré *yo* quien deshonre su memoria.

Rin Coda hizo un gesto a algunos de los defensores más leales, que parecieron despertar de un trance. También ellos corrieron al castillo y regresaron unos minutos después: algunos portaban las grandes figuras del hegemón que habían estado colocadas en

los altares y otros llevaban cajones llenos de retratos bordados del hegemón que se vendían a los peregrinos como recuerdo. Pronto, el adarve de la muralla quedó cubierto con una hilera de cuadros y estatuas de Mata Zyndu.

—Verdaderamente, eres hijo de ese aborrecible Kuni Garu —dijo Noda Mi—. Este es un truco descarado digno del infame traidor —él y Solofi soltaron una sarta de maldiciones y vituperios contra Phyro, pero este se limitó a sonreírlos. Los rebeldes que estaban a mitad de las escalas se quedaron donde estaban, sin saber qué hacer.

En realidad, Noda Mi y Doru Solofi estaban dispuestos a ordenar a los

arqueros que dispararan flechas incendiarias y quemaran los retratos para acabar con esta farsa, pero sabían que su rebelión se basaba en la devoción al hegemón y estaban seguros de que, si ordenaban la destrucción de los retratos, no solo no les obedecerían, sino que sus hombres podrían volverse contra ellos.

Mientras las dos partes estaban atascadas en este callejón sin salida, los hombres que estaban encima y al pie de las murallas señalaron al cielo y gritaron:

—¡Una aeronave!

—¡Estamos salvados!

—¿Pero por qué solo hay una?

En efecto, una aeronave sobrevolaba el castillo de los Zyndu, con los remos alados batiendo elegante y rítmicamente. ¿Había llegado por fin la ayuda del emperador?

La expresión del rostro de Phyro, eufórica en un principio, fue pasando poco a poco a la consternación.

—Es la *Flecha del Tiempo*, la aeronave mensajera imperial —le susurró a Rin Coda—. Su tripulación no llega a las dos docenas. ¿Dónde está el resto?

Noda Mi, al darse cuenta de que la aeronave no suponía una gran amenaza, estaba a punto de ordenar otra ronda de ataques por el lado más alejado del

castillo —seguramente Phyro y sus hombres no podrían cubrir toda la muralla de retratos del hegemón—, cuando alguien saltó de la aeronave.

Mientras los soldados de ambos lados miraban boquiabiertos, esa persona dio varios tumbos en el aire antes de lanzarse en picado hacia abajo. Pero, justo cuando todos estaban a punto de cerrar los ojos para no ver el trágico impacto contra el suelo, el saltador liberó un enorme globo de seda sujeto a su espalda. El globo se hinchó de aire y ralentizó su descenso.

—¡Así es como el hegemón tomó Zudi hace años!

—¿Es un espíritu? ¿Un mensajero del

hegemón?

Ahora todos veían que se trataba de una mujer, vestida con ropa cortesana elegante y formal, de largas mangas y cola que el viento agitaba como si fuera la cola de una cometa.

Como una semilla de diente de león, la mujer descendió lentamente en espirales hasta aterrizar en el adarve de las murallas del castillo de los Zyndu.

—¡Théra! —dijo Phyro asombrado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Salvarte el culo, según parece. ¡Tres tandas de palomas! Estaba segura de que te encontrabas al borde de la muerte y, como habría llevado demasiado tiempo informar a nuestro

padre en el estrecho de Amu, me puse al mando de la *Flecha del Tiempo* y decidí venir yo misma.

Phyro contemplaba a su hermana mayor con admiración no disimulada. Siempre la había adorado, pero ahora parecía ser mucho más maravillosa aún.

Théra desenganchó el globo de seda de su ropa y se encaramó al borde de una de las almenas.

—¡Seguidores del hegemón, habéis sido engañados!

Los rebeldes alzaron la vista para mirarla. La princesa Théra estaba majestuosa y deslumbrante con su túnica cortesana color rojo vivo, adornada con brocados de plata en forma de semillas

de diente de león y un mosaico de peces de nácar.

—He sido enviada para mostraros la verdadera voluntad del hegemón.

Extrajo de los pliegues de su vestido un gran espejo de bronce.

Lo puso en alto para que todos pudieran observar la suavidad de su superficie pulida, como un estanque de agua clara. Todo lo que había a su alrededor quedaba perfectamente reflejado en él: las ollas de aceite aún hirviendo, las figuras sangrientas de los defensores, algunos con flechas clavadas en sus torsos, las huestes rebeldes de armadura dorada.

Levantó un brazo y señaló al cielo

detrás de los rebeldes. Todos se giraron y vieron que la aeronave estaba detenida a sus espaldas. A ambos lados de la barquilla habían desplegado grandes pértigas de bambú a las que estaba sujeta una gigantesca tela de seda, como una inmensa vela o cortina.

La princesa Théra inclinó el espejo para que el sol incidiera en su superficie y lanzó su reflejo contra la pantalla.

Los defensores del castillo y los rebeldes de Tunoa guardaban silencio, anonadados.

Sobre la pantalla se erguía una figura gigantesca del hegemón junto a otra igualmente gigantesca del emperador Ragin. Ambos tenían los brazos sobre

los hombros del otro y sus rostros eran plácidos y amables. Bajo la imagen proyectada podían leerse unas líneas escritas en letras zyndari:

*Una hermandad noble,
verdadera y leal;
Si nos enfrentamos de
nuevo, Dara lo
lamentará.*

Un rebelde dejó caer su espada, luego otro y, pronto, el ruido metálico de las espadas que golpeaban el suelo llenó el aire.

—¿Cómo... ? ¿Qué...? —Phyro tenía un sinfín de preguntas.

Théra señaló en dirección a Noda Mi y Doru Solofi y ordenó imperiosamente:

—¡Atrapadlos!

Pero los dos hombres ya se habían desprendido de sus brillantes atributos reales y desaparecieron en los oscuros bosques como sepias que se sumergen en la profundidad del mar, dejando tras de sí solo nubes de tinta.

—No lo muevas muy deprisa —dijo Théra—. Y no aprietes para abajo. Imagina que eres una suave brisa empujando serenamente un bote en un estanque.

Phyro movió la lente semiesférica de cristal sobre el espejo. La luz atravesó

la lente, chocó contra la superficie lisa del bronce que estaba por debajo y se reflejó. En la lente aparecieron anillos iridiscentes en forma de ondas concéntricas, como las espirales de una huella dactilar.

—¿Qué es esto?

—Yo los llamo los anillos de Tututika —dijo Théra.

—Qué bonitos —dijo Phyro.

—Son más que bonitos. Sirven para que sepas si la superficie que está por debajo es lisa. La luz que refleja el espejo interfiere con la luz que refleja la propia lente y, si la superficie es completamente lisa, los anillos aparecerán como círculos perfectos.

Pero si la superficie tiene alguna irregularidad, los anillos aparecerán deformados, mostrando depresiones y protuberancias indetectables a simple vista.

Mientras Phyro giraba la lente descubrió que podía encontrar valles y rugosidades en el espejo causados por la deformación de los Anillos de Tututika en la lente.

Retiró la lente y volvió a pasar la mano por la superficie: nada, ni bultos ni depresiones. Se miró en el espejo y el reflejo parecía completamente fiel.

Suspiró admirado.

—Estos dibujos de la superficie deben de ser minúsculos. ¿Pero son los

que hacen que se proyecte la imagen?

—Exactamente —dijo Théra—.

Estaba segura de que estos espejos tenían algún truco. Con ayuda de los Anillos de Tututika, conseguí finalmente descubrir su secreto.

—¿Incluyendo cómo fabricarlos?

—No sé con precisión cómo lo hicieron Noda y Doru, pero está claro que el grabado en relieve del dorso es la clave. Para construir mi espejo, hice que grabaran por detrás la imagen que quería proyectar y luego que rayaran y esmerilaran la superficie enérgicamente. Debido al estampado de la parte posterior, unas partes del espejo eran más gruesas que otras y, como resultado,

la tensión del pulido provocó diminutos surcos en la superficie que reproducen el dibujo de la parte posterior sin que este sea visible a simple vista.

—¿Pero cómo consigues que el dibujo de nuestro padre y del hegemón de espaldas que hay en la parte posterior del espejo proyecte por delante una imagen de ellos mismos vistos de frente?

—Sencillo. El espejo fue fundido en dos fases. Primero estampamos la imagen que queríamos dentro del espejo, la pulimos y luego añadimos una nueva capa por detrás.

Phyro levantó la lente.

—¿Y cómo descubriste los Anillos

de Tututika?

—Tuve excelentes maestros —dijo Théra de modo misterioso—. Una me enseñó que la luz era similar a las olas y el otro me enseñó que la desviación de una pauta de interferencias prevista puede utilizarse para detectar variaciones ínfimas del grosor. El resto fue tan solo fruto de un montón de experimentos.

Phyro alzó el espejo frente al sol y admiró la proyección del emperador y el hegemon sobre la pared.

—Una vez que sé cómo se hizo, puedo admirar la destreza del trabajo. Pero antes, incluso yo me sentí algo intimidado por ellos.

Théra asintió.

—Desde luego. Noda Mi y Doru Solofi confiaban en que la «magia» engañaría a sus seguidores. Pero, una vez que aprendimos su secreto, cualquiera puede usar esa magia.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

ASILO

NOKIDA: NOVENO MES DEL
DÉCIMO PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

Gin Mazoti observaba a los dos hombres arrodillados ante ella, con una sensación de *déjà vu*. Años antes, esos mismos hombres se habían arrodillado de la misma manera cuando tomó la

ciudad de Dimu como mariscal de Dasu.

Noda Mi y Doru Solofi iban vestidos como si fueran pescadores de Tunoa y habían llegado a Nokida tras desafiar las impredecibles corrientes del canal de Kishi. Fueron directos al palacio y suplicaron ver a la reina.

Ahora abrían los brazos y se inclinaban tocando con la frente el suelo de piedra, que estaba picado y necesitaba reparaciones.

—Su majestad, honorable reina de Gėjira, mariscal de Dara, estamos a merced de vuestra misericordia — continuaron dándose con la frente contra las baldosas hasta que los sordos golpes mancharon las piedras del carmesí de la

sangre.

—Ya basta.

Noda y Doru dejaron de moverse pero continuaron postrados.

—Habéis cometido traición contra el emperador. ¿De qué sirve que me supliquéis piedad?

Noda diseccionó cuidadosamente las palabras de Gin. El mero hecho de que estuviera interrogándolos en lugar de arrojarlos a una carreta de prisioneros con destino a Pan era una buena señal. El hecho de que hablara del emperador y de ella misma en dos frases separadas era otra.

—Muy sagaz y honorable reina, parangón de virtud —dijo, sin llegar a

levantar la cara del suelo—. Hemos sido unos estúpidos al pensar que unas meras hierbas pueden resistir al poderío de la guadaña imperial o que unas humildes mantis religiosas pueden atreverse a desafiar el paso del carruaje imperial. Solo podemos culpar a nuestra propia ambición y codicia del lastimoso estado en que nos hallamos y sabemos que la muerte es nuestro justo castigo. El emperador Ragin no tiene parangón en las artes de la guerra y es un comandante incomparable.

Gin escuchaba con el ceño ligeramente arrugado. Noda echó un vistazo rápido a la pulida superficie de la espada que descansaba a los pies de

Gin y vio el reflejo de la cara de la reina. Casi esbozó una sonrisa y volvió a bajar rápidamente la cabeza. *Ah, vanidad.*

—Sois arrogantes —dijo Gin incorporándose—. Por *eso* una simple niña os ganó la batalla. No se puede confiar en la pericia de unos hombres trastornados por un sueño delirante; Mata Zyndu se sirvió de esa táctica, pero vosotros dos no sois Mata Zyndu. Si yo fuera... —se detuvo—. Esto no viene al caso. No puedo hacer nada por vosotros. Esta noche os daré una buena cama y una buena cena y por la mañana os enviaré de camino a Pan.

Noda y Mi se arrastraron hasta

agarrar cada uno de ellos uno de los pies de Gin.

—¡Piedad! ¡Piedad! ¡Oh misericordiosa reina, señor Rufizo renacido, si nos enviáis a Pan nos enfrentaremos a un destino peor que la muerte! El emperador sentará ejemplo con nosotros. Asesinará a nuestras familias y seguidores y a todos los miembros de sus familias hasta tres grados de parentesco.

—¿Y a mí qué me importa eso?

—En una ocasión, cuando luchábamos apoyando al hegemón contra el emperador, tuvisteis piedad y nos dejasteis marchar. Os rogamos que volváis a repetir ese acto valeroso para

que vuestro nombre inmortal perviva en las canciones y en las historias. En la guerra siempre ha imperado la regla de que los nobles reciben un tratamiento distinto al de los simples plebeyos en armas.

—¿Ah, sí? —dijo Gin—. Supongo que es cierto y que, por tanto, merecéis un destino mucho peor que el de los tontos que os hicieron caso. Dudo que encontréis un solo señor de Dara que no coincida en este punto.

—¡Pero no *todos* los señores de Dara son iguales! ¡Es bien sabido que vos sois la única consejera a quien el emperador permite portar su espada en palacio y la única a quien escucha! —

Noda se puso a golpear de nuevo el suelo con la frente y Doru le imitó.

Gin volvió a arrugar el ceño. Aunque resultaba evidente el empeño que ponía en apelar a su orgullo, tenía que admitir que estaba dando resultado —al fin y al cabo, ¿quién había contribuido tanto como ella a levantar el imperio de Kuni? Si había alguien a quien pudiera escuchar, era a ella.

Pero no era tan estúpida como para arriesgar su reputación por tipos como Noda Mi y Doru Solofi. Tenía mucha más curiosidad por saber cómo habían llegado tan lejos y logrado arrastrar en su conspiración a Théca Kimo. Teniendo en cuenta los esfuerzos que había hecho

Rin Coda para reforzar el aparato de seguridad imperial, algo olía mal en todo este asunto.

—Si queréis que os ayude —dijo Gin —, contadme todo lo que os ha sucedido desde que decidisteis rebelaros, sin omitir ningún detalle.

Según Noda y Doru iban revelando su racha de buena suerte, el rostro de Gin se fue oscureciendo hasta que, al final, se iluminó.

Cuando acabaron Gin se distanció, amable pero firmemente, de sus mortificaciones.

—Caballeros, no os humilléis más. Esta noche sois mis invitados y mañana decidiré qué hacer.

Zomi Kidosu frunció el ceño mientras observaba la plaza situada en el exterior del gran salón de audiencias de la reina. Docenas de hombres y algunas mujeres acampaban con sus petates dando al lugar el aspecto de un callejón de mendigos.

—¿Quiénes *son* esta gente? — preguntó la princesa Aya Mazoti, de diez años, que caminaba a su lado. Poseía la complexión nervuda de su madre y los mismos rasgos afilados, aunque su piel era más oscura. La reina nunca había dicho quién era su padre y ninguno de los generales o de los ministros de Mazoti se había atrevido a averiguarlo. Los reyes de Dara nunca habían sentido

la necesidad de explicar a sus súbditos con quién les apetecía irse a la cama y Mazoti siempre había actuado como si pudiera acogerse a las mismas reglas. Se había acostado con muchos hombres, pero ninguno se atrevió a pensar que ese acto le hiciera especial.

—Son los seguidores de Noda Mi y Doru Solofi —dijo Zomi—. Han huido de Tunoa y buscan asilo con vuestra madre.

—¿Va a protegerlos?

—No estoy segura —dijo Zomi. Habían pasado algunos días desde que Mi y Solofi llegaron con su séquito y Gin parecía incapaz de tomar una decisión. En cuanto observó la actitud

voluble de Doru Solofi, tan pronto arrogante como servil, Zomi reconoció en él al bruto que hace años había intentado extorsionarla a ella y a los demás clientes de La Jarra de Tres Patas. Agitada por emociones y recuerdos que hacía tiempo había logrado expulsar de su cabeza, Zomi evitó acudir a la reina, pues no confiaba en poder ofrecerle consejo objetivo. Pero la reina la había convocado y Zomi se alegró de encontrar a la princesa Aya de camino al salón de audiencias, pues pospondría un poco la desagradable discusión.

—Si son traidores, madre debería ejecutarlos inmediatamente —dijo Aya.

Gin Mazoti nunca había ocultado a su hija de qué forma consiguió el trono y Zomi estaba acostumbrada al modo en que la princesa hablaba con ligereza de muertes y de guerra. Lo cierto es que, desde su llegada a Géjira, había intentado moderar algunos de los instintos más militaristas de Gin y convencerla de que administrara sus dominios con mano más blanda. La había animado, por ejemplo, a que congelara el presupuesto militar y dirigiera más fondos a la construcción de escuelas para pobres en las aldeas, basadas en el modelo de las cabañas escuela de la antigua Haan. Estaba experimentando en ellas un nuevo

currículo que hacía hincapié en la escritura en lengua vernácula y en conocimientos prácticos como la geometría y la aritmética mental que rompían el plan de los exámenes. Gin se había mostrado mucho más abierta a sus sugerencias que la burocracia imperial y Zomi creía que, por fin, había encontrado una posición desde donde brillar. El generoso estipendio que recibía le permitía, además, enviar mucho más dinero a su madre en Dasu. Toda su vida parecía estar avanzando en la dirección adecuada.

—¡Eso parece divertido! —dijo Aya.

Zomi siguió su mirada y vio a uno de los fugitivos, un joven de dieciocho o

diecinueve años, que se ejercitaba con una de las piedras colocadas al borde de la plaza. Agarraba con ambas manos la anilla en la que debían atarse los caballos y, dando un gruñido, la arrojaba al aire. Aunque la piedra debía de pesar cerca de doscientas libras, conseguía levantarla unos diez pies. Luego la agarraba con ambas manos y la volvía a colocar suavemente en el suelo. Repitió la misma operación varias veces. Probablemente, los otros fugitivos estaban habituados a sus demostraciones de fuerza, porque lo ignoraban.

Aya corrió hasta él.

—Debes de ser un gran guerrero —

dijo, con una voz llena de admiración. Desde que era poco más que un bebé, Gin le había enseñado a luchar con las manos y con cuchillos y se desenvolvía como un chico.

Mota Kiphi dejó la piedra en el suelo y se secó la cara.

—Gracias, señorita.

—Deberías llamarme alteza —dijo Aya.

—Alteza —dijo Mota, obedientemente.

Zomi llamó a la princesa.

—Venid, alteza. A la reina no le gusta que la hagan esperar.

—Quiero hablar con este hombre —dijo Aya con obstinación. Zomi no tuvo

más remedio que acercarse. Había evitado el contacto con los fugitivos para mantener su objetividad y aconsejar adecuadamente a la reina pero, una vez ahí, le parecía una falta de educación no decir nada.

—¿Siempre has sido tan fuerte? —en cuanto hizo la pregunta se sintió estúpida, pero nunca se le había dado bien las charlas intrascendentes.

Mota sacudió la cabeza y sonrió con timidez.

—De niño, me parecía más a mi padre, era escuchimizado y enfermizo.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Cuando nací, mi padre se marchó a combatir junto al hegemón contra

Mapidéré y nunca regresó. Siempre quise ser como él. Entonces recordé las leyendas que cuentan que el mariscal Mata Zyndu también había sido un niño débil, pero cargando con un ternero se hizo tan fuerte como un buey. Así que me puse a arar los campos de mis vecinos y a sacar sus redes hasta que las cosas cambiaron.

A pesar de que el muchacho contó todo esto sin darle importancia, Zomi se dio cuenta de que tras sus palabras había años de sudor y dedicación, años de perseguir un sueño.

Entonces se acordó de su padre, que murió por buscar a un príncipe. Se acordó de sus hermanos, muertos porque

un noble les reclutó para combatir. Pensó en la princesa Théra y en la forma en que consiguió introducirla en el Gran Examen con una sola palabra.

Sufrimos porque somos la hierba que los gigantes pisotean.

Pensó también en el complejo significado de la palabra «talento». Pensó en sus años de esfuerzos y trabajo duro. Pensó en la incomodidad que sentía entre los nobles de la corte imperial y entre los refinados estudiosos que eran sus colegas en el Colegio de Abogados. Pensó en la incomodidad que sentía cuando se encontraba en su verdadero hogar, en Dasu.

Si una carpa logra saltar por

encima de las cataratas Rufizo y se convierte en dyran, ¿no tiene entonces el deber de hacer todo lo que pueda por las otras carpas?

Esa era la razón por la que no había querido hablar con aquellos hombres. Conocer las historias que hay detrás de una persona te hace vulnerable.

—*Eres fuerte* —dijo, sin saber qué otra cosa decir.

—Lo soy —dijo Mota. No estaba fanfarroneando, sino constatando un hecho—. Pero ojalá hubiera escuchado a mi madre cuando me pidió que no me uniera a la rebelión. Ella decía que a los grandes señores como el rey Noda y el rey Doru les gusta apostar, pero que son

siempre las personas que tienen que luchar por sobrevivir las que pagan el precio.

Zomi no respondió.

—Mi madre hará que pague quienquiera que te hizo daño —dijo Aya—. Es una señora mucho más poderosa que todos ellos.

Zomi se dio una vuelta para hablar con otros fugitivos. Había estudiosos que no habían conseguido plaza en los exámenes imperiales y buscaban una salida para su talento; había aventureros que veían en la rebelión una oportunidad de obtener riquezas; pero la mayor parte eran simples campesinos como Mota Kiphi, que luchaban porque les habían

dicho que era lo que correcto y confiaban en los nobles.

Zomi se marchó para el salón de audiencias.

—No podéis hacer eso —dijo Zomi.

—¿Que no *puedo*? —preguntó Gin Mazoti divertida—. ¿Por qué no?

—¡Porque no sería correcto entregar a los seguidores de Noda y Doru a los verdugos del emperador cuando los responsables son ellos dos! Que se atrevan siquiera a sugerir algo así es el colmo.

—No voy a ofrecer en sacrificio a Noda y Doru —dijo Gin con la voz endurecida—. Han acudido a mí con la

idea de que puedo salvarles la vida. No me quedaría ni un ápice de honor si ni siquiera lo intentara.

—Estáis hablando de salvar las apariencias...

—¡El honor lo es todo!

Zomi respiró hondo.

—Pero entonces, ¿por qué entregar a sus seguidores?

—Porque las cosas en Pan ya no son lo que eran —dijo Gin—. El emperador no me ha puesto al mando de la guerra contra Théca Kimo, aunque teóricamente sigo siendo mariscal de Dara. Tampoco ha acudido a mí para que ayude a resolver la situación en Tunoa. Sospecho que... No importa, hay cosas

que no tienes por qué entender. Tengo que darle algo.

—¿Creéis que los vientos en Pan han cambiado? —preguntó Zomi—. ¿Creéis... que el emperador sospecha que tenéis ambiciones?

—No sé *qué* pensar —dijo Gin—. Las señales procedentes de Pan son contradictorias y me da la impresión de que esta rebelión de Tunoa es más compleja de lo que puede parecer. Hay una persona poderosa en la capital que está conspirando contra quienes más han luchado por conseguir el triunfo de la Casa del Diente de León.

—Si creéis que la emperatriz... debo deciros que os equivocáis.

—¿Cómo lo sabes?

No puedo traicionar la confianza de la emperatriz, pensó Zomi. No puedo permitir que la reina sepa que la emperatriz ha sido malinterpretada.

—Lo sé. Pero si realmente queréis tranquilizaros, podríais acudir a la consorte...

Gin silenció a su consejera con una mirada furiosa, fría y orgullosa.

—Si estás sugiriendo que acuda a la consorte Risana en busca de protección, sujeta tu lengua. He llegado hasta donde estoy a golpe de espada. No voy a arrastrarme ante las esposas de mi señor.

—Habláis de honor para justificar la

protección de Noda y Doru, pero estáis dispuesta a entregar a sus seguidores para aplacar al emperador. No creo que ambos actos puedan reconciliarse.

Gin se echó a reír amargamente.

—La coherencia siempre ha sido una trampa en la que solo se dejan caer los espíritus mediocres.

—¿Estáis segura de que el motivo por el cual queréis ofrecer protección a Noda y a Doru no es comprobar si aún contáis con la confianza del emperador, si en su corazón seguís siendo la mariscal de Dara?

Gin miró hacia otro lado sin responder.

Si el príncipe y el duque son

demasiado severos con las personas de talento que mantienen opiniones diferentes, estas necesitarán contar con un lugar donde refugiarse en Dara.

Este debe ser el momento al que se refería la emperatriz, pensó Zomi. ¡Oh, reina Gin, si pudieras saber que la emperatriz y vos estáis del mismo lado!

—Si intentáis preservar vuestro honor y vuestra influencia —dijo Zomi—, debéis proteger no solo a Noda y a Doru, sino también a todos sus hombres.

Gin la miró intrigada.

—He hablado con los hombres que les siguieron hasta aquí. Han sido engañados o están descontentos con el emperador, pero muchos de ellos tienen

talento.

»El príncipe Phyro es joven e imprudente; en cuanto al duque Coda, se siente avergonzado de haber estado a punto de perder frente a los rebeldes. Es natural que pinten a estos hombres como si fueran traidores consumados. En estos momentos, el emperador está enfurecido por la traición de Théca Kimo y, si le entregáis a estos hombres, no hay duda de que los ejecutará, aunque posteriormente se arrepienta de su decisión.

»Majestad, la sangre engendra más sangre, algo que Dara no puede permitirse. Lo más prudente es proteger a todas estas personas hasta que el

emperador se haya calmado y entonces agradecerá vuestra mano firme y vuestro consejo sereno. Esa es la mejor manera de que siga respetándoos en su corazón y de demostrarle vuestra lealtad.

Gin la fulminó con una mirada severa.

—¿Estás segura de que no intentas proteger a estas gentes porque te recuerdan a ti misma? ¿A tu ascensión desde tu origen humilde hasta la grandeza?

Zomi no midió su respuesta.

—¡Hubo un tiempo en que erais exactamente igual que ellos!

—Es un consejo peligroso.

Haz lo que es bueno para Dara, sin

pensar en las consecuencias.

Zomi nunca había estado tan segura en toda su vida de estar haciendo lo correcto.

—Sin embargo, habéis llegado hasta donde estáis a golpe de espada.

Mientras seguía mirando a Zomi, la cara de Gin se fue relajando.

—Di a los hombres de Noda y Doru que se trasladen a los alojamientos para invitados. Esta noche celebraremos una fiesta para dar a todos ellos la bienvenida a Gójira.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

LA EMPERATRIZ Y LA MARISCAL

PAN: DÉCIMO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

—*Rénga*, debo aconsejaros contra este plan —dijo el primer ministro Cogo Yelu—. Aunque Puma Yemu haya sufrido algunas derrotas, arriesgaros personalmente no es la solución.

—Puma Yemu siempre ha sido muy efectivo —dijo Jia—. Me pregunto por qué esta guerra está yendo tan mal.

Cogo miró a la emperatriz y estaba a punto de hablar, pero se lo pensó mejor y mantuvo la boca cerrada.

—No sé en qué está pensando Puma —dijo Kuni irritado—. Me da la impresión de que ya no conozco a mis propios generales. No tengo más opción que ir a la guerra. ¿Debo permanecer a la espera mientras la gente murmura que he perdido la voluntad de combatir?

—Deberías llamar a la reina Gin —dijo Jia.

—No lo he hecho antes porque pensaba que sería embarazoso para ella

combatir contra uno de sus antiguos amigos —dijo Kuni—. Y ahora que las cosas van mal, ¿quieres que me arrastre hasta ella para pedirle ayuda? ¿Quieres que sea el hazmerreír de Dara?

—*Ella* conquistó Dara para ti —dijo Jia calmadamente.

Se produjo un largo e incómodo silencio. El rostro de Kuni se ensombreció.

—Creo que lo que la emperatriz quiere decir —intervino Risana, tímidamente— es que Gin Mazoti posee cierta capacidad...

—No necesitas explicarme lo que quiere decir —interrumpió Kuni. Agitó la manga en el aire con enfado—. Si

hasta mi esposa piensa que necesito la espada de Gin Mazoti para conservar mi imperio, lo mismo debe de pensar la mitad de Dara. ¿Mi trono es tan inestable que debo suplicarle que intervenga cada vez que uno de los nobles me desafíe? ¿Es ella el emperador o soy yo?

—Me he precipitado, Kuni —dijo Jia—. Perdóname.

Kuni la ignoró.

—Risana, prepara el equipaje. Partimos por la mañana con el ejército. Iré personalmente a Arulugi a supervisar esta guerra y no regresaré hasta que Théca Kimo esté muerto o yo me encuentre en compañía del hegemón.

Kuni salió como una exhalación.

—No le tengas esto en cuenta —dijo Risana a Jia—. Está acostumbrado a tenerme a su lado en campaña. Está... sometido a un gran estrés.

Jia inclinó la cabeza y sonrió.

—Gracias, hermana. No creía que mi esposo y yo estuviéramos tan alejados como para necesitar consejo marital.

Risana se sonrojó, hizo una reverencia y salió apresuradamente, dejando solos a la emperatriz y a Cogo Yelu.

—¿Cuál es tu consejo, primer ministro? —preguntó la emperatriz.

—Estoy seguro de que el emperador hará lo mejor para Dara —dijo Cogo,

inclinándose y manteniendo los ojos enfocados en la punta de su nariz—. Al igual que la emperatriz y la consorte Risana.

Jia se echó a reír.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos, Cogo? No hace falta que actúes como la consorte Risana en una de sus danzas: agitando sus largas mangas en todas direcciones, complaciendo a quienes la admiran desde todos los ángulos. Si crees que he cometido una equivocación, no tienes más que decírmelo sin rodeos.

—Da la impresión de que fue desacertado sacar el tema de la reina Gin cuando el emperador ya tenía

decidido partir él mismo a la guerra.

—¿Porque se sentiría ofendido?

—El emperador no deja de ser un hombre —dijo Cogo—. Ninguno de nosotros está libre de vanidad.

—Oh, contaba con ello —dijo Jia.

Los ojos de Cogo se posaron en la emperatriz, pero la mirada de sorpresa duró apenas un instante fugaz antes de dar paso a su habitual expresión serena.

—Posiblemente el emperador ha reprendido en un momento u otro a todos sus generales y consejeros excepto a Luan y a ti —dijo Jia—. Luan está lejos de la corte y tú eres tan escurridizo como una pieza de jade pulido, un político experto —se detuvo y lo miró.

—No soy más que un leal sirviente del emperador —dijo Cogo con el rostro impassible.

—Y del próximo emperador también, espero —preguntó Jia.

Cogo titubeó solo un instante.

—Por supuesto.

—Recuérdalo.

Jia se dio la vuelta y se marchó.

Cogo permaneció clavado en el sitio y, solo mucho después de que la emperatriz se hubo ido, alzó la manga para secarse el sudor frío de la nuca.

Mientras el emperador Ragin y la consorte Risana estaban en Arulugi para supervisar la guerra contra Théca Kimo,

mientras el príncipe Timu permanecía en Dasu para mantener vigilados a los piratas, mientras el príncipe Phyro —y la princesa Théra, que se negó a obedecer las órdenes de su madre y regresar a la capital— permanecía en Tunoa para acabar con los restos del culto al hegemón, la emperatriz Jia se convirtió en la regente imperial en Pan.

Como era la primera vez que la emperatriz actuaba como regente, los ministros y generales no estaban muy seguros de lo que podían esperar. Todo el mundo estaba inquieto porque tenía fama de poseer un temperamento exaltado.

Pero al poco tiempo se

tranquilizaron. Jia visitó la guarnición de la ciudad, agradeciendo a los soldados su defensa de la capital contra los actos de sabotaje de los espías de Théca Kimo o los restos de la insurgencia en Tunoa; fue a supervisar los envíos de grano y pienso para la expedición del emperador en Arulugi; reunió a los eruditos y les habló de la importancia de la estabilidad.

Todos en la corte murmuraban que la emperatriz Jia era en verdad una mujer extraordinaria, tan superior a las demás como el dyran lo era a los demás peces, una influencia prudente y estabilizadora muy necesaria.

El noveno día tras la partida del

emperador, Jia convocó a todos los ministros y generales presentes en la capital a una reunión formal.

Ella ocupó su asiento habitual junto al trono, aunque en esta ocasión tenía a su lado el Sello de Dara sobre una mesita de madera de sándalo. Los ministros y generales se alineaban en el Gran Salón de Audiencias, todos ellos sentados formalmente en *mipa rari*.

—Honorables señores de Dara —comenzó la emperatriz—, hoy nos hemos reunido para hablar de exámenes.

Los ministros y generales se miraron unos a otros desconcertados. El Gran Examen no tenía que celebrarse hasta dentro de cinco años, así que, ¿a qué se

refería la emperatriz?

Jia se volvió hacia un lado y llamó a la princesa Fara. La joven princesa entró tímidamente en el Gran Salón de Audiencias y se arrodilló ante la emperatriz.

—No tienes nada que temer —dijo Jia amablemente—. Me gustaría hacerte algunas preguntas y comprobar si los consejeros del emperador pueden aprender algo de una niña.

Los ministros y generales reunidos sintieron un nudo en el estómago. *¿A qué está jugando la emperatriz?*

—Ada-tika, imagina que un hombre de Haan tiene que viajar a Faça por unos meses y deja una suma de dinero a un

buen amigo pidiéndole que cuide de sus hijos. Pero al regresar ve a sus hijos famélicos y vestidos de harapos, mientras que su amigo disfruta de buenas comidas y viste de seda. ¿Qué deberá hacer con un amigo así?

Fara sonrió.

—Esa es una fábula del *Tratado sobre relaciones morales* de Kon Fijí. La respuesta es: el hombre debe romper todas sus relaciones con ese amigo porque no puede confiar en su lealtad.

La emperatriz asintió.

—Muy bien. Ahora, supón que un ministro es incapaz de controlar como es debido a sus funcionarios, que desobedecen sus directrices y eluden sus

obligaciones, mientras él no consigue imponer disciplina. ¿Qué debería hacer el rey con ese ministro?

Fara soltó una risita.

—Eso está en la misma fábula. La respuesta es: el rey debería echar a ese ministro porque no puede confiar en su competencia.

La emperatriz volvió a asentir con la cabeza.

—Vamos con la tercera pregunta. Ahora imagina que un noble que administra un feudo ignora las amenazas al bienestar de su señor, ofrece comodidades y auxilio a los enemigos de este, siembra el desacuerdo y la falta de armonía en la familia de su señor, y

crea facciones y partidos entre los seguidores de su señor. ¿Cómo deberá actuar el señor con este noble?

Fara estaba anonadada.

—Eso es... eso es... pero así no es como continúa la historia... No sé.

Jia sonrió.

—No te preocupes. No tienes la culpa —le hizo un gesto para que se fuera y la joven princesa hizo una reverencia y se marchó rápidamente.

Un silencio absoluto reinaba en el Gran Salón de Audiencias. Aunque todos los ministros y generales estaban llenos de preguntas, ninguno se atrevía siquiera a respirar demasiado fuerte.

—¿Alguien podría responder a la

pregunta?

Nadie se movió.

Kado Garu, que se sentaba a un lado, al frente de la fila de nobles y generales, se congratuló en silencio por haber cedido su feudo a Timu. *Jia realmente va a por los nobles.*

Jia miró alrededor y posó sus ojos sobre Cogo Yelu.

—Primer ministro, ¿os importaría responder a la pregunta que la princesa Fara no fue capaz de responder?

Cogo Yelu se inclinó y habló.

—La emperatriz está citando una de las famosas fábulas de Kon Fiji. Si mal no recuerdo, el Verdadero Sabio se refería al rey de Faça.

—Así es. ¿Cuál fue la tercera pregunta que planteó al rey de Faça?

—Kon Fiji dijo: «Imaginad entonces que el estado está mal administrado, que las leyes no son razonables, que el pueblo se queja de la corrupción y el mal gobierno, ¿qué es lo que habría que hacer con el rey?»

—¿Y qué dijo el rey de Faça?

Cogo Yelu continuó a regañadientes.

—El rey de Faça guardó silencio durante un rato. Luego miró a la izquierda, miró a la derecha y comenzó a hablar del tiempo.

—¿En qué os diferenciáis del rey de Faça, primer ministro, si no respondéis a mi pregunta?

Cogo tocó el suelo con la frente y no dijo nada.

Jia apartó la mirada de él y paseó sus ojos por la corte.

—Cuando Théca Kimo se rebeló, Gin Mazoti no acudió a Pan a ofrecer su ayuda, a pesar de su cargo de mariscal de Dara; cuando Noda Mi y Doru Solofi huyeron de Tunoa al desmoronarse su complot, Gin Mazoti les ofreció asilo; cuando Gin Mazoti vino a la corte hace cinco años, me habló bruscamente a la vez que presumía de su amistad con la consorte Risana; cuando una *cashima* perdió su pase para participar en el Gran Examen, Gin Mazoti le prestó ayuda en secreto, ganándose de ese

modo la lealtad de una persona con talento. ¿No tenéis nada que decir sobre estas acusaciones?

Cogo se mantenía arrodillado con la frente contra el suelo; pero cuando fue evidente que la emperatriz no proseguiría hasta que él diera una respuesta, habló a regañadientes, deteniéndose entre una palabra y otra.

—Debe haber pruebas irrefutables, para que la gente no hable mal de su majestad imperial.

Jia hizo señas con la mano y el chambelán Otho Krin se acercó hacia ella.

—Han llegado espías con nuevas informaciones sobre Géjira. La reina

Gin celebra banquetes cada noche con Noda Mi y Doru Solofi, así como con muchos de sus seguidores.

Jia aguardó.

Cogo levantó la mirada.

—Estoy al servicio del emperador —dijo. Luego volvió a inclinarse y a tocar el suelo con la frente—. Y de la emperatriz.

Los demás ministros, generales y nobles se inclinaron y dijeron al unísono:

—Estoy al servicio del emperador y de la emperatriz.

Jia les miró sin inmutarse y asintió con la cabeza, una vez.

Mientras *Cuerno de Cruben* descendía sobre Pan, Gin y Zomi contemplaban los carruajes y los viandantes que recorrían las grandes avenidas de la ciudad como si fueran la sangre que circulara por las arterias de algún gigante.

Zomi señaló la cúpula dorada de la Gran Sala de Exámenes.

—Hace cuatro años, ese lugar me parecía el centro del universo, el eje alrededor del cual todo giraba. No podía imaginar un lugar más importante en toda Dara. Sin embargo, hoy me parece un edificio ordinario y mi corazón ya no se estremece al verlo.

—Eso es porque entonces lo necesitabas para triunfar y ahora de

poco te sirve —dijo Gin.

Zomi se sobresaltó por un instante y luego asintió.

—No lo había pensado hasta ahora, pero supongo que es verdad. En todo caso, me alegro de que el salón donde mueren los sueños de tantos estudiosos terminara llevándome hasta vos.

—Así es el destino de todas las cosas y personas —dijo Gin—. Un día somos niños de la calle y muchachas campesinas de provincias remotas y al siguiente podemos ser reinas y altos cargos que deciden los destinos de cientos de miles porque nuestro talento resulta imprescindible para quienes lo necesitan. ¿Pero quién sabe qué pasará

al día siguiente?

Zomi no estaba acostumbrada a estos sentimientos taciturnos en la reina. Se preguntó si se debía a que Gin aún estaba inquieta por haber sido convocada con tanta premura por la emperatriz. El mensajero había explicado que la emperatriz deseaba tratar con ella sobre la rebelión de Arulugi y que, como el tiempo era esencial, Gin debía partir inmediatamente a bordo de la aeronave mensajera imperial. La pequeña capacidad de la misma solo permitía que Gin llevara un acompañante. No iban con ella ninguno de sus guardias ni de sus generales de confianza.

—Zomi, ¿sabes quién es el padre de Aya? —preguntó Gin.

La pregunta sorprendió a Zomi. Siempre había dado por sentado que Gin no deseaba hablar de ese tema.

—Lo conoces —dijo Gin—. Tú eres hija de su mente y Aya es hija de su carne.

Zomi se quedó atónita por la revelación.

—Aya no sabe la verdad. Siempre se la he ocultado porque... supongo que quería que estuviera más orgullosa de mí que de su padre. La vanidad es un pecado del que nadie está libre. Tampoco se lo he contado a él porque... quería que se quedara conmigo por mí,

no por obligación.

—Si ocurriera algo... querías... —
la voz de la reina se fue apagando, como si no pudiera soportar ese momento de debilidad.

Por un instante, Zomi se preguntó si las sospechas de Gin respecto a las intenciones de la reina eran correctas. Pero la emperatriz había sido su benefactora y pensar de ese modo le parecía una traición.

La emperatriz no os desea ningún mal, quería gritarle Zomi a la reina, pero su boca estaba sellada por un juramento de discreción. Pronto averiguaréis la verdad, pensó.

—Juro proteger a la princesa Aya —

dijo Zomi—, con cada fibra de mi ser.

Gin no dijo nada, como si ni siquiera la hubiera oído.

Cuando la aeronave comenzó a aproximarse al lugar de aterrizaje, ante sus ojos surgió la gran plaza ante el palacio imperial.

Gin llegó a Pan por la tarde, pero la emperatriz no la recibió de inmediato, a pesar de la premura con que había sido convocada. Aparentemente se encontraba absorbida por asuntos de estado y solo podría atenderla por la mañana. No fue invitada a alojarse en el palacio porque, como explicó el secretario de la emperatriz, esta

consideraba un mal presagio la presencia de espadas en los tiempos que corrían.

Sacudiendo la cabeza a cuenta de la mezquindad de la reina —a la emperatriz nunca le había gustado que pudiera entrar en el palacio con su espada—, Gin se dirigió a los aposentos que le habían destinado en el complejo para visitantes fuera del palacio. Era el lugar donde se alojaban los nobles y cargos importantes procedentes de las provincias cuando visitaban la capital en viaje de negocios. Gin se puso cómoda, se sirvió un té y empezó a conversar con Zomi Kidosu, segura de que enseguida acudirían a visitarla

generales y ministros que querrían ganarse su favor.

Pero no apareció nadie durante la mayor parte de la tarde.

Aunque Gin continuó bromeando, riendo y hablando de cosas intrascendentes, Zomi observó que la mano de la reina temblaba de forma involuntaria al servir el té. No sabría decir si era por rabia o por miedo.

También Zomi empezó a inquietarse. Nunca había sido muy sensible a los vientos de la política, pero incluso ella podía darse cuenta de que algo se salía de lo normal. *¿Qué ocurre en Pan?*

Finalmente, a la caída de la tarde, apareció Mün Çakri, general de

infantería y uno de los mejores amigos de Gin.

—¿Cuáles son los rumores más jugosos que circulan por la corte? — preguntó Gin cuando terminaron de saludarse.

—No sabía que te interesaran los rumores, mariscal —dijo Mün—. De cualquier modo, no estoy enterado. He estado fuera, en Rui, preparando la isla contra un ataque de Théca Kimo, en caso de que su desesperación le lleve a intentar tal cosa. He regresado esta misma mañana y debo volver a ausentarme mañana para escoltar un envío de grano al emperador, a Arulugi.

—Ah, entonces también has estado

fuera —dijo Gin, decepcionada—. ¿Has tenido noticias de Luan Zya?

—¿De esa vieja tortuga? No, ninguna. Pero yo no me preocuparía por él. Se ha lanzado en picado desde el cielo y ha navegado a lomos de una cruben; dudo que surcar aguas desconocidas vaya a causarle daño.

—¿Cómo están Naro y *Cacaya-tika*?
—preguntó Gin.

—He estado tan ocupado los últimos meses que apenas los he visto. Pero he empezado a enseñar al muchacho a atrapar cerditos.

Gin se echó a reír.

—No esperaba menos de ti.

—Yo empecé como carnicero y no

quiero que mi hijo lo olvide. Dónde empezamos es importante, ¿sabes?

Gin se puso seria.

—¿Alguna vez has deseado haber seguido como carnicero en vez de... llevar esta vida?

Mün sacudió la cabeza.

—Nunca. ¿Por qué iba una cometa a desear quedarse en el suelo pudiendo volar?

—¿Incluso si se avecina una tormenta?

Mün echó un vistazo por la ventana.

—La verdad es que parece que va a llover. Mejor regreso antes de que Naro empiece a preocuparse.

Gin volvió a llenar ambas tazas y se

bebió la suya de un trago.

—Por los viejos amigos y las cometas que desafían a las tormentas.

Mün se bebió la suya. Se relamió los labios alabando el aroma del vino.

No percibió el atisbo fugaz de tristeza en los ojos de Gin.

CAPÍTULO TREINTA

EL SECRETO DE ZOMI

PAN: DÉCIMO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

—¡No lo haré! —declaró Zomi.

Volvía a estar sentada frente a la emperatriz, en su salón privado de audiencias, con un recipiente de té recién preparado entre ambas.

Mientras Mün y Gin charlaban, el

chambelán Otho Krin había acudido al pabellón de invitados a convocar a Zomi a una reunión urgente con la emperatriz. El «informe» que le había pedido que firmara la conmocionó hasta lo más profundo de su ser.

—Las pruebas del intento de rebelión de Gin Mazoti son irrefutables —dijo la emperatriz, sirviendo tranquilamente el té para las dos—. Simplemente confirmarás lo que ya sabemos.

—La reina nunca ha pretendido rebelarse.

—¿Entonces por qué ha acogido a Noda Mi y a Doru Solofi junto a docenas de sus seguidores? En este momento, los generales leales al trono

ya se han hecho con el control del ejército de Gájira y ocupado el palacio de la reina. Los fugitivos han sido arrestados.

—Pero vos me dijisteis... —Zomi se detuvo. Una compleja serie de expresiones transformaron su rostro: incredulidad, ira, miedo y, por último, una amarga aceptación—. Ahora comprendo las verdaderas intenciones de mi nombramiento: yo solo era una piedra más en vuestro tablero de *cüpa*. Me habéis mentido, majestad imperial.

—Hablando de mentiras, tengo algo que enseñarte —Jia se levantó y fue hasta su escritorio. Hurgó en un cajón y volvió con una pila de papeles. La

depositó en la mesa entre ambas y la empujó hacia Zomi.

Zomi miró más de cerca los papeles. En realidad era una sola hoja de papel doblada repetidas veces. Estiró el brazo y la tocó: tenía incrustados hilos de oro y era evidente que había sido recortada en pequeños trozos cuadrados y posteriormente recompuesta meticulosamente con tiras de papel y cola. Muchos de los pedazos tenían nombres escritos junto a los sellos de diversos gobernadores y señores feudales.

No tuvo necesidad de desdoblar el papel para saber que faltaría un pedazo.

Su mente voló hasta aquella noche

crucial de hacía nueve años.

El regente Ra Olu, el representante del rey Kado en Dasu, celebraba una fiesta para todos los cashima de Dasu. Se suponía que iba a reunirse con cada uno de ellos por separado y determinar a quiénes iba a recomendar para el Gran Examen en función de la puntuación que habían logrado en el Examen Provincial, su carácter y su reputación.

Zomi estaba segura de que sería elegida. Tenía la puntuación más alta de todos los toko dawiji que habían alcanzado el rango de cashima en años y, de las más o menos diez

recomendaciones que el regente Ra Olu entregaría, una tendría que ser la suya, ¿no? Al fin y al cabo, ese era el propósito de los exámenes, escoger a hombres y mujeres de talento para servir al emperador.

Muchos de los cashima habían ido juntos al colegio o se conocían por la relevancia de sus familias, y ahora se encontraban conversando en pequeños grupos. Zomi no conocía a nadie y daba vueltas sola: había abundante vino y pescado, servido crudo y acompañado de las salsas picantes por las que Dasu era famosa.

Su estómago no estaba acostumbrado al vino —sin duda, caro

— ni a las suculentas huevas de pescado — toda una exquisitez. Al poco tiempo, Zomi tuvo que ir al retrete. Cuando hubo terminado se sintió confusa. No podía encontrar la caja de suaves pañuelos de hierbas que solía haber junto al retrete. ¿Cómo se suponía que tenía que limpiarse?

Esperó hasta que entró otro cashima, un hombre, y le habló en voz baja a través del delgado tabique que aportaba intimidad.

— ¿Tienes algo que sirva para limpiarse?

— ¿Se han terminado? — preguntó el hombre—. El regente se enfadará mucho con los responsables de esto.

Permíteme que te ayude.

Fue al compartimento de al lado, regresó y estiró el brazo bajo el tabique. Zomi, agradecida, tomó lo que sujetaba en la mano.

Se quedó de piedra: era un puñado de pañuelos de seda, como los que había en la caja de su cabina. Ella creía que se le habrían olvidado a alguna dama de la casa. La seda era lisa y suave; ella nunca había poseído algo tan caro.

De manera que así era como vivían los ricos.

Se puso furiosa mientras se limpiaba. Se acordó de la cabaña de barro en la que había crecido, de

cuando su madre iba a casa del maestro Ikigégé a fregar los suelos y limpiar los retretes, de su propia infancia tirando de las redes y trabajando en los campos hasta que la piel de las manos se le puso tan áspera como la propia tierra. Mientras eso ocurría, el regente de Dasu se limpiaba el trasero con seda.

Regresó a la fiesta, sintiéndose todavía más extraña, fuera de lugar.

—Vi que la hija del mendigo tenía hambre y mandé a un sirviente que le diera las sobras de las gachas —dijo una dama bien vestida. Zomi no la reconocía, pero estaba rodeada de un grupo de cashima que no perdían

detalle de sus palabras.

—Se puso en cuclillas allí mismo, en la cocina, y comenzó a sorber ruidosamente las gachas. Avergonzada, le dije: «Una muchacha no se pone en cuclillas, querida. Deberías sentarte en mipa rari cuando estás en presencia de una dama superior. Y deberías comer poco a poco, no como un animal». Me miró y me dijo: «Ma y pa se sientan así. Y si no sorbo de este modo, ¿cómo ibais a saber que me gusta la comida?» Y luego me preguntó si tenía orugas para acompañar a las gachas. ¡Orugas! ¿Podéis creerlo?

La señora soltó una risita.

Los cashima que la rodeaban se

echaron a reír como si realmente hubiera contado algo divertido.

—Habría deseado que la señora Lon no hubiera estado expuesta a ese aspecto primitivo de Dasu —dijo uno de los cashima—. Lo cierto es que incluso nosotros nos sentimos violentos ante los modales ordinarios y los repugnantes hábitos de comida de los campesinos, herencia de los tiempos en que Xana era poco más que una tierra de bárbaros. Siempre he deseado conocer la sociedad superior y refinada de la isla Grande; es una suerte que estéis con nosotros, señora Lon, para ofrecernos a todos un ejemplo que merezca la pena emular.

—*Oh, no seas tan modesto* —dijo la señora Lon—. *Yo sé que sois diferentes. Sois la crema educada de Dasu y no resultaríais demasiado fuera de lugar en una de las fiestas que solía celebrar en Pan. Aunque, si me permitís el atrevimiento, os vendría bien a todos encontrar un profesor de elocución que puliera un poco vuestra manera de hablar. Me temo que los tonos de Dasu pueden resultar algo chabacanos a oídos de los habitantes de la isla Grande.*

El séquito de cashima agradeció a la señora Lon sus generosos consejos.

—*Señora Lon, habéis juzgado mal a la joven* —Zomi no pudo permanecer

callada por más tiempo.

Los demás cashima guardaron silencio. La señora Lon se giró hacia ella, perpleja.

—La familia de la joven se pone en cuclillas porque es demasiado pobre para tener esteras para sentarse. Cuando vio el suelo embaldosado y limpio de vuestra cocina, no quiso sentarse porque temía que sus ropas con barro pudieran mancharlo. Sorbió ruidosamente las gachas para mostrar que apreciaba vuestro acto caritativo, porque es así como los pobres de Dasu expresan que están disfrutando de la comida. Kon Fiji afirma que la buena educación consiste en actuar con la

sincera intención de tomar en cuenta los sentimientos de los demás. No veo nada basto u ordinario en los modales de la muchacha, pero vos necesitáis mejorar los vuestros.

El rostro de la señora Lon se puso rojo como un tomate.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo te atreves a darme lecciones?

Zomi se acercó a una de las mesas, llenó su plato de porciones de pescado bañado en salsa dulce y picante y se acuclilló junto a la mesa, con las piernas abiertas en dirección a la señora Lon.

—Tú... tú... —la señora Lon, enfurecida y avergonzada, era incapaz

de continuar.

—Se dice que incluso el emperador, cuando era rey de Dasu, se sentó en una ocasión con los ancianos de mi aldea para compartir una comida, y que se puso en cuclillas como todos los demás y bebió de las mismas tazas y comió de los mismos platos. ¿No deberíamos emular al emperador? —abrió la boca y masticó enérgica y ruidosamente un trozo de pescado, sin molestarse en mantener los labios cerrados.

Disfrutó al ver marcharse a la señora Lon avergonzada. Disfrutó del modo en que los demás cashima la miraron con incredulidad. En cierto

modo, ellos también le daban pena; tenían tanto miedo del poder que se comportaban como blandas esponjas cuando se suponía que los exámenes imperiales tenían el propósito de colocar a los desfavorecidos entre las filas de los poderosos. Sabía que los resultados de sus exámenes habían sido mejores que los de todos los demás.

Solo posteriormente, esa misma tarde, descubrió que la señora Lon era la esposa favorita del regente Ra Olu. Aguardó con los demás cashima a que anunciaran los elegidos y escuchó al regente anunciar nueve nombres antes de detenerse, en lugar de citar a los diez esperados. Cuando los cashima

abandonaron la fiesta, se acercó al regente.

—Tengo la puntuación más alta de toda Dasu, quizá de toda Xana —dijo, segura de que había habido un error.

—La puntuación no lo es todo —dijo el regente y se dio la vuelta, como si Zomi no fuera más que una insignificante mosca.

Y Zomi comprendió lo que siempre debería haber sabido: que el talento no era suficiente. Existían redes de privilegio y poder tan importantes como el talento, si no más. El ideal de los exámenes imperiales era una mentira.

Así que se dio la vuelta y sin decir

nada se soltó el cabello recogido en su triple rodete de cashima. Con sus ropas sencillas, era idéntica a las sirvientas que recogían las tazas y los platos repartidos por la estancia. Cogió una pila de platos y se detuvo junto a la mesa colocada sobre el estrado elevado donde estaban los pases para el Gran Examen. Cogió el último, firmado pero en blanco, y lo deslizó dentro de su manga.

Fue una decisión impulsiva.

No le pareció mal robar el pase que en realidad le pertenecía. Posteriormente, imaginó que si lograba un buen resultado en el Gran Examen, su

robo se mantendría en secreto porque el regente no diría nada —le felicitarían por haber recomendado al emperador una candidata triunfadora, ¿por qué iba a rechazar su éxito? Había dado por hecho que el regente actuaría llevado por su propio interés.

Mantuvo la esperanza de que el éxito la haría sentirse *aceptada*, pero, en lo más profundo de su ser, siempre supo que le habían robado el honor. Había una mancha en el origen de su éxito que jamás podría borrar.

—El rey Kado nunca incluyó tu nombre en la lista de candidatos recomendados —dijo la emperatriz—, lo que significa que falsificaste tu

nombre con la letra del hermano del emperador.

Zomi no dijo nada.

—Fue realmente un golpe de suerte que perdieras tu pase y que Gin Mazoti firmara otro para reemplazarlo; de lo contrario, te habrían detenido cuando Riu Coda reunió los pases y se hubiera dado cuenta de que la letra de uno de los pases de Dasu era diferente de la de los demás.

Zomi cerró los ojos. La emperatriz tenía razón. Ese bestia de La Jarra de las Tres Patas había sido en realidad su salvador. Tantas cosas en la vida dependen de coincidencias así, giros descabellados e impredecibles que

pertenece a los dominios de Tazu. ¿No serían otra manera de designar al destino?

—Pero, a lo mejor, en vez de pensar en tu buena suerte podríamos afirmar que Gin Mazoti participó en un complot para amañar el Gran Examen y aumentar así su influencia.

—¿La reina no sabía nada de todo esto!

—¿Quién va a creer las palabras de una tramposa caída en desgracia? —preguntó la emperatriz plácidamente—. Vamos a imaginar qué ocurriría una vez que anunciara tu traición: te arrojarían a una prisión; tu madre lo perdería todo y puede que hasta la azotaran por haber

criado a una hija tan débil de carácter; y Gin Mazoti seguiría siendo una traidora.

Zomi pensó en su madre.

Te daré una vida mejor. Lo juro.

Zomi pensó en su maestro.

—Eso no es moral...

—¡Me importa un bledo! Solo me preocupa la gente cercana a mí.

Zomi pensó en la reina Gin.

—Aya no conoce la verdad... Si ocurriera algo... querrías...

¿Qué era lo que había que hacer?

Si Zomi caía en desgracia, ya no tendría ningún poder para proteger a las personas que le importaban. Pero si mantenía el favor de la emperatriz, su madre seguiría estando bien atendida, y

habría una posibilidad, por pequeña que fuera, de rescatar a la princesa del destino que la esperaba como hija de una traidora al trono.

Zomi tragó saliva. Para cumplir la promesa hecha a la reina, antes tenía que traicionarla.

—Me dejaré guiar por vos, emperatriz—dijo Zomi.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

UNA VISITA AL LAGO

PAN: DÉCIMO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Al romper el alba, la emperatriz y el primer ministro fueron a ver a la reina.

Gin estaba de pie en la puerta, incómoda, con los pies descalzos, pues no había tenido oportunidad de ponerse las medias ni los zapatos para saludar a

la emperatriz por no haber sido avisada. Estaba segura de que Jia estaba haciendo todo a propósito —retrasar la audiencia a su llegada a Pan, obligarla a permanecer fuera del palacio, alejar a los visitantes y luego aparecer tan temprano sin anunciarse— para desconcertarla y hacerle perder la confianza en sí misma. Pero que comprendiera el objetivo de Jia no significaba que los trucos no fueran efectivos.

—He oído que hace años, cuando estabas en Dasu, el propio señor Garu salió de casa sin zapatos para darte la bienvenida —dijo Gin con nostalgia. Hizo hincapié en *señor Garu*

deliberadamente, pero la emperatriz no reaccionó ante su violación del decoro —. Pensó que habías huido.

Cogo echó a reír, aunque el júbilo sonó algo forzado.

—Me había ido para perseguirte.

—Te debo todo mi éxito —dijo Gin con sentimiento—. Los viejos amigos son escasos.

—Y quizá el primer ministro os consiga aún más éxitos —dijo la emperatriz, sonriendo a su vez—. Siento no haber podido recibirte ayer, pero cuando eres la regente a veces surgen problemas inesperados. Espero que podamos dar un paseo juntas.

—¿Un paseo? —a Gin le extrañó el

requerimiento de la emperatriz. Pero al verla con Cogo sintió confianza—. Estoy a vuestras órdenes, su majestad imperial.

Los tres cabalgaron juntos, uno al lado del otro, escoltados por la guardia imperial por las calles de Pan. Cabalgaron la mayor parte de la mañana, siempre en dirección al oeste, mientras la emperatriz mantenía una conversación ligera, saltando de un cotilleo a otro y luego a las últimas anécdotas que se oían por los bares y las casas de té y a las críticas más extravagantes presentadas por las doctas mentes del Colegio de Abogados. No hizo mención alguna de la rebelión y Gin

se sentía cada vez más nerviosa e incómoda.

Por fin llegaron a un muelle imperial a orillas del lago Tututika. Amarrado al lugar, se encontraba un pequeño bote con una cometa sujeta a proa.

—Este es uno de los últimos inventos de la Academia Imperial sobre un diseño de Luan Zya —dijo la emperatriz. A Gin le dio un vuelco el corazón al oír mencionar a su antiguo amante. La emperatriz continuó:

—Se trata de un pequeño modelo, por supuesto, pero me han dicho que con una cometa grande que pueda captar los fuertes vientos por encima de las nubes, es posible conseguir velocidades

superiores a las que se alcanzan con una vela o con remos. Me gustaría saber lo que opinas de él, ya que fuiste muy útil en el diseño de la cruben mecánica, otra embarcación novedosa.

Gin no veía claro cómo aquel bote, por muy eficaz que fuese, podría ser relevante en la guerra actual en Arulugi, que ya no dependía de batallas navales. El discurso de la emperatriz resultaba enigmático.

—¿Por qué no lo pruebas? —insistió la emperatriz.

Cogo subió al bote e hizo un gesto.
Por favor.

Gin se acercó. Los guardias del palacio se desplazaron a lo largo del

embarcadero, aparentemente cortándole la retirada.

Estoy paranoica, pensó Gin. No debo mostrar temor.

—Deberías dejar tu espada —dijo Cogo—. Es un modelo muy pequeño y hemos calculado el lastre solo para tu peso.

Gin titubeó. Miró a Cogo a la cara, pero él evitó su mirada y mantuvo los ojos en el bote.

Suspiró y se quitó la espada, dejándola en el suelo. Subió al bote y se sentó, sintiendo como si estuviera siguiendo un guión muy antiguo.

—Tengo que atarte esto alrededor —dijo Cogo, indicando las cuerdas sujetas

a la borda—. El bote se mueve muy rápido cuando la cometa coge el viento y es más seguro ataros.

Gin asintió. Todos sus instintos le decían que se negara, que saltara del bote, recogiera su espada y exigiera a la emperatriz que le dijera qué estaba pasando realmente. Pero sabía que ese gesto no tendría marcha atrás, que la acusarían de traición abierta.

Se quedó inmóvil.

Cogo le pasó las cuerdas por la cintura y las ató a su espalda. Gin se dio cuenta de que le temblaban las manos. Le entraron ganas de reír. Sus triunfos en el campo de batalla nunca habían dependido de su destreza con la espada

y, no obstante, la emperatriz la estaba tratando como si fuera un lobo acorralado, un tiburón rabioso, otro Mata Zyndu. Dejó que la amarraran.

Kuni jamás se volvería contra mí, pensó. No importa lo que la emperatriz piense. Si ella actúa contra mí, eso solo demuestra lo que sospechaba por lo que le habían contado Noda Mi y Doru Solofi.

—Gin —susurró Cogo—. ¿Cómo has podido? —dio un paso atrás.

—Gin Mazoti —dijo la emperatriz—. ¿Confiesas tu deslealtad?

Gin escuchó el sonido agudo de docenas de espadas al ser desenfundadas al mismo tiempo. No

podía levantarse porque estaba atada al asiento y ya no tenía su espada con ella. Sintió la punta de varias espadas presionándole la espalda.

Echó a reír tristemente y se dio cuenta de que ni siquiera estaba sorprendida.

—Cogo, viejo amigo —dijo—, fuiste la causa de mi ascenso. Es adecuado que también lo seas de mi perdición.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

LA BATALLA DE ARULUGI

ARULUGI: DÉCIMO MES DEL
DÉCIMO PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

Aunque Théca Kimo no era ningún experto naval, dedujo que las crubens mecánicas pronto acabarían con la armada de Arulugi. Nada más regresar a Müning, ordenó barrenar los barcos en

el puerto de Müningtozu para sellar esa ruta de acceso a la capital.

Puma Yemu, nombrado comandante de las fuerzas imperiales, no tenía más opción que desembarcar sus tropas en las playas de la costa oriental de Arulugi. Pero, debido a las densas selvas que rodeaban Müning, el único modo en que sus hombres podían aproximarse a la capital era cruzando toda la extensión del lago Toyemotika.

Pero Kimo, por supuesto, contaba con una flota de navíos para patrullar los lagos, mientras que Yemu se enfrentaba a la perspectiva de tener que construir una nueva flota de la nada.

Por lo tanto, ambas partes se

encontraban en una especie de punto muerto. Sin apoyo terrestre, las aeronaves imperiales poco podían hacer para infligir daños graves a Müning, la Ciudad en el Lago, ya que las bombas incendiarias y el aceite hirviendo se apagarían sin surtir efecto en los canales que separaban las islas sobre las que se levantaba la ciudad. Mientras tanto, los barcos de Kimo dominaban el lago y hostigaban desde allí a los trabajadores y soldados de Yemu que se encontraban en sus orillas. Yemu no podía hacer gran cosa para contrarrestar esa ventaja ya que las densas selva cubiertas por la niebla, carecían de la madera seca necesaria para construir barcos en

condiciones de navegar.

Pero la llegada de Kuni a Arulugi inyectó nueva moral a la armada imperial. Ansiosas por demostrar su valor —y motivadas en no menor medida por la promesa del emperador de otorgar nuevos títulos y feudos a quienes demostraran un comportamiento excepcional en batalla—, las tropas de Puma Yemu golpearon sus escudos con sus lanzas y prometieron romper las defensas de Müning aun a costa de sus vidas. El estrépito de sus gritos y golpeteos atravesó las calmadas aguas del lago Toyemotika e hizo palpar el corazón de Théca Kimo.

Con su ingenio habitual, Yemu

decidió aplicar a las aguas las tácticas de los «nobles jinetes» que tan bien habían funcionado en las llanuras Porin. Ordenó a las aeronaves imperiales que llevaran al abrigo de la oscuridad algunos pequeños botes de asalto desde el mar hasta una apartada cueva del lago Toyemotika, al tiempo que rechazaba la idea de aerotransportar ninguna cruben mecánica, ya que serían prácticamente inútiles al no existir volcanes submarinos en el lago.

Luego, cuando la oscuridad de la noche es mayor, en las horas que preceden al amanecer, ordenó a las aeronaves que hostigaran a la flota de Kimo. Pero, en lugar de arrojar bombas

incendiarias y aceite hirviendo, algo para lo que los marineros de Kimo estaban bien preparados, las aeronaves empaparon los barcos de agua. Sorprendidos ante esta táctica, los hombres de Kimo vieron impotentes cómo las lámparas y las antorchas se apagaban, dejando prácticamente a ciegas a quienes estaban a bordo. El inesperado ataque con agua inutilizó también los proyectiles de fuegos artificiales que los navíos de Arulugi cargaban como armamento antiaéreo.

Una densa niebla rodeó a la flota. La luz de las estrellas y de la luna se hizo borrosa y resultaba imposible ver siquiera de un extremo al otro de las

naves. Cuando los asustados marineros de Arulugi escudriñaban la oscura niebla, detectaron olor a humo. Pero, ¿de dónde venía? ¿Qué se estaba quemando? ¿Estaba preparando un nuevo ataque el marqués Yemu, esta vez con fuego? ¿Había conseguido el emperador barcos capaces de navegar en el lago y se estaban acercando impulsados por remos en esos momentos?

Formas borrosas parecían surgir en todas direcciones. Cuando los vigías empezaron a gritar, señalando excitados a todas partes, los arqueros corrieron de un lado a otro de las naves, lanzando salvas de flechas a los navíos fantasma,

en respuesta a las nuevas amenazas que surgían a cada momento.

Mientras los marineros y soldados de Arulugi gritaban y disparaban a estos enemigos invisibles, pequeños botes de asalto imperiales avanzaban hacia los grandes navíos de Arulugi en la oscura noche como pequeñas rémoras que se acercan silenciosamente a tiburones y ballenas mucho más grandes. Los soldados que iban en ellas perforaron los cascos de los navíos de guerra para luego introducir por los agujeros bombas hechas con pólvora de fuegos artificiales. Tras prender las mechas, los botes de asalto se retiraron.

Los hombres de Kimo consiguieron

volver a encender las antorchas justo cuando explotaban las bombas, arrancando enormes pedazos del casco de los barcos.

—El dominio del humo de la consorte Risana es tan asombroso como dice la leyenda —dijo Yemu con admiración desde uno de los botes de asalto, a salvo tras haberse alejado.

—No es más que un pequeño truco de escenario —dijo Risana, sonriente—. Conseguir que los hombres vean lo que más temen es la flecha más básica del carcaj de una artífice del humo.

Los navíos de Arulugi se convirtieron en piras flotantes y Risana y Yemu vieron cómo diminutas figuras,

semejantes a las polillas que rodean las lámparas encendidas, se lanzaban al agua desde los costados de los cascos en llamas. Los gritos de terror de los marineros flotaban sobre las aguas mientras los barcos se hundían lentamente.

—Deberíamos regresar antes de que el emperador se dé cuenta de que no estoy —dijo Risana—. Con el tiempo, se ha hecho sobreprotector, pero echo de menos los días en que hacía cosas interesantes.

Dos navíos de guerra de Arulugi se hundieron aquella primera noche, lo que, desde una perspectiva general, no era una gran pérdida. Pero el objetivo de

Puma Yemu nunca fue la destrucción de material bélico. A partir de entonces, los marineros de Arulugi vivieron con el terror constante a un nuevo «noble ataque» del marqués Yemu. Todo el personal a bordo permanecía despierto por las noches, con el corazón en un puño, escudriñando la oscuridad en busca de indicios de aeronaves imperiales o de botes de asalto. A pesar de las exhortaciones de Cona Tho y del propio rey Théca, la moral de los rebeldes se vino abajo.

Durante dos o tres noches no pasó nada, pero cuando se calmó el estado de alerta de los hombres de Kimo, Yemu ordenó un nuevo ataque aéreo,

volviendo a empapar las lámparas y antorchas de los navíos de Arulugi.

En esta ocasión, la flota de Arulugi no esperó a la siguiente fase. La mayor parte de los capitanes tomaron la decisión de zarpar, deseosos de quitarse del medio para que los botes de asalto fantasmas de Yemu solo pudieran hundir sus fauces en los costados del miembro del rebaño que se quedara atrás. En medio de la impenetrable oscuridad, la flota abandonó su cuidadosamente diseñada formación, los remos se enredaron, los barcos embistieron unos contra otros y el aire se llenó de maldiciones, chillidos y gritos airados e inútiles que intentaban restaurar la

cadena de mando.

En esta ocasión se perdieron cuatro barcos que fueron embestidos por otros de la flota y Puma Yemu ni siquiera se molestó en enviar los botes de asalto.

El marqués Yemu varió sus estratagemas las noches siguientes: unas veces, las aeronaves imperiales arrojaban bombas incendiarias cuando la flota de Arulugi estaba preparada para otro ataque con agua y había protegido lámparas y antorchas con cubiertas de hojas de loto; otras, las aeronaves se limitaban a burlarse de la flota de Arulugi zumbando a baja altura por encima sin hacer nada más; otras, las aeronaves llegaron a verter agua de

olor nauseabundo procedente, según los rumores, de las letrinas del ejército y de la fuerza aérea imperial —en este caso, Yemu aprovechó las supersticiones de muchos marineros, que creían que la orina de mujer era especialmente impura y traía mala suerte a quienes recorrían la ruta de las ballenas, y que sabían que la fuerza aérea imperial estaba principalmente compuesta por mujeres, como parte del legado de la mariscal Gin Mazoti.

Théca Kimo denunció que estas tácticas eran completamente vergonzosas y desafió a Puma Yemu a un combate personal, tal vez desde cometas de combate sobre la superficie del lago

Toyemotika.

—Vuestro señor debe estar delirando si cree que voy a aceptar participar en un ritual tan anticuado —dijo Yemu, sonriente, al mensajero de Kimo—. En cuanto a su queja por mis tácticas «impuras», debo decir que he luchado codo con codo con mujeres desde el sitio de Zudi —en realidad, tanto él como yo hemos servido a la mariscal Mazoti, por lo que me cuesta entender su indignación. Pero si los hombres de Kimo creen que es mejor que les mee encima un hombre que una mujer, lo único que tienen que hacer es rendirse y arrastrarse hasta mi campamento y les complaceré de buena gana.

Cuando los hombres de Kimo se acostumbraron a las hostilidades nocturnas desde las aeronaves y dejaron de tener miedo, Yemu reanudó los ataques con botes de asalto fantasmas. Otros tres navíos de guerra se fueron a pique, en esta ocasión por las explosiones de pólvora.

La moral se hundió por completo. Los marineros, después de vivir aterrorizados noche tras noche, amenazaron con amotinarse. Cano Tho ordenó a la flota que se retirara a la propia ciudad de Müning y prometió a los marineros una noche de juerga y bebida para que recuperaran el ánimo. Como las fuerzas imperiales seguían

careciendo de grandes naves para transportar tropas por agua —tanto las aeronaves como los botes de asalto tenían limitaciones de número y capacidad—, el rey Kimo pensó que merecía la pena correr el riesgo de dejar de patrullar el lago Toyemotika por una noche.

Cuando los marineros de Arulugi, borrachos y exhaustos tras una noche de baile, se tambaleaban sobre las pasarelas colgantes, surgieron gritos de los alrededores de la Ciudad en el Lago.

—¡La ciudad ha caído!

—¡El emperador promete clemencia al oficial o soldado que se rinda y luche por el imperio!

—¡Quien capture al traidor Théca Kimo obtendrá un feudo propio!

Cano Tho y Théca Kimo corrieron hasta las plataformas suspendidas que rodeaban el palacio, situado sobre una de las islas mayores que conformaban Müning, y descubrieron que la ciudad ardía a su alrededor. Las plataformas suspendidas se venían abajo en medio de espesas columnas de humo acre, convirtiendo la ciudad en una red en llamas. Los soldados corrían por todas partes, impotentes, mientras los oficiales gritaban sin ningún resultado. Grupos de hombres que llevaban el uniforme imperial iban de chapitel en chapitel, prendiendo nuevos fuegos y masacrando

a los confundidos y ebrios soldados de Arulugi que se tambaleaban por todas partes.

—¡Hemos sido engañados por los trucos de Kuni! —dijo Cano Tho desesperado. Théca Kimo no tuvo otra opción que huir de la ciudad inmediatamente.

Si el rey y su consejero hubieran pasado la noche sentados junto al lago Toyemotika habrían visto cómo las tropas del marqués Yemu cruzaban el lago, al abrigo de la oscuridad, en grandes balsas construidas con calabazas, cocos y vejigas de cordero atadas con lianas de las selvas de Arulugi, un viejo truco que la propia Gin

Mazoti enseñó a Puma Yemu.

Mientras los atacantes de Yemu hostigaban a la flota de Arulugi, el ejército imperial había estado recogiendo en secreto todo tipo de lianas y enredaderas de la selva a orillas del lago. Las fuerzas de Arulugi no habían detectado ningún esfuerzo masivo de construcción en la jungla y asumieron que los imperiales no estaban construyendo barcos. Lo cierto es que en ningún momento pensaron en las primitivas e inestables balsas, que solo podían emplearse para atravesar un lago sin vigilancia y de aguas serenas.

—No permitirles ver lo que temen ver es mucho más difícil —dijo Risana,

sonriente.

—La guerra es una subespecie del dominio del humo —dijo Puma Yemu, bastante orgulloso de sí mismo.

Durante la caída de Müning, muchos de los generales de Théca Kimo se rindieron al darse cuenta de que su rebelión no tenía esperanzas. Ahora, apoyado solo por unos dos mil rebeldes bajo el mando de Cano Tho, Théca Kimo se había replegado al extremo occidental de Arulugi. Con el mar infinito a su espalda y las densas filas del ejército imperial delante, cual muro impenetrable, los días de Théca Kimo estaban contados.

Acudió en solitario al campamento de Kuni, con los brazos atados a la espalda; se arrodilló y pidió ver al emperador.

Los soldados de Kuni lo sujetaron y lo llevaron al terreno de ejecución.

—¡Kuni Garu! —gritó Théca Kimo en dirección a la gran tienda del comandante—. Me equivoqué al rebelarme y te suplico piedad. ¡Recuerda que abandoné al hegemón para servirte en un momento en que no estaba claro cuál de los dos resultaría victorioso, y que te entregué tres islas! Al menos me debes audiencia.

Los soldados de Kuni lo sujetaron de rodillas con la cabeza sobre el tajo.

—¡Kuni Garu! ¡Tu hijo me llamaba tío y fui yo quien le enseñé a manejar su espada de juguete! Perdí dos dedos del pie por el frío intenso en el asedio a Rana Kida y tengo cientos de cicatrices en mi cuerpo de combatir en tus guerras. Nunca debí escuchar a Noda Mi y a Doru Solofi y nunca debí dejar que el miedo alimentara mi ambición. Solo te pido que me permitas conservar la vida y me exiliaré como mendigo en las lejanas islas del norte.

Los soldados de Kuni desataron sus cabellos y le quitaron la camisa para que el cuello quedara estirado sobre el tajo, mientras cuatro soldados le sujetaban el torso y otro le inmovilizaba

la cabeza tirándole de los cabellos por el otro lado.

—¡Kuni Garu! ¿Por qué no vienes a verme? Sé que si me ves no darás la orden. ¡Siempre has sido un señor compasivo! ¿Acaso no merezco vivir con todo lo que he hecho por ti? ¡Mírame a los ojos y dime que merezco morir!

El verdugo levantó el hacha.

—¿Dónde estás, Puma Yemu? ¿No sabes que serás el siguiente? ¿Dónde estás, Than Carucono? ¿Crees que tu amistad con el emperador te protege? ¿Dónde estás, mariscal Mazoti? ¿No me prometiste que no me ejecutarían mientras...?

Incluso con la cabeza separada del cuerpo, los ojos de Théca Kimo miraban con furia a la tienda del comandante en la distancia.

Kuni Garu nunca salió.

Durante tres días, el emperador se negó a ver a nadie. Solo la consorte Risana estaba autorizada a entrar en la tienda. Los guardias de la puerta apenas podían oír débiles arrebatos: llantos, cantos y gritos furiosos de borracho.

El emisario de la emperatriz llegó al campamento de Kuni al caer la tarde del tercer día y Than Carucono empujó a un lado a los guardias de la tienda de Kuni

para entregar él mismo la carta.

Mucho después de haberla leído, Kuni seguía sentado inmóvil como un hombre en el segundo mes de duelo. No gritó, ni maldijo, no se rasgó las ropas ni destrozó el mobiliario; no pidió bebida ni hierbas para suavizar el dolor de su corazón; no exigió que lo llevaran a Pan inmediatamente para enfrentarse a la mujer a quien había regalado su propia espada, a quien había nombrado reina, a quien había elevado por encima de todos los demás hombres y mujeres ambiciosos.

La mariscal, una de los tres más fieles compañeros de Kuni Garu, a la misma altura que Luan Zya y Cogo Yelu,

se había rebelado.

Accedí al poder con un acto de traición; quizá sea de justicia que caiga por otra traición.

Cuando un hombre está empapado por una ola de dolor, a veces se vuelve insensible a olas mucho mayores.

—Debe de haber algún error —dijo Than Carucono, que siempre había admirado a Gin Mazoti—. La mariscal jamás os traicionaría.

—¿Eres capaz de penetrar en el corazón de los hombres y de las mujeres? —preguntó Kuni.

—Pero a la emperatriz nunca le ha gustado...

—Jia me explica que Gin ha ofrecido

asilo a Noda Mi y a Doru Solofi; ¿crees que la emperatriz podría hacer aparecer a esos dos de la nada? Incluso la consejera más próxima a la reina ha confirmado la culpabilidad de Gin, y recuerdo bien a Zomi Kidosu: no mostró ningún miedo durante el Examen de Palacio y me denunció a la cara. Nunca tomaría parte en una impostura porque no tiene instinto para la política.

Than Carucono se calló. La lógica del emperador era irrefutable.

Aun así, Kuni no ratificó ni impugnó la orden de ejecución preparada por la emperatriz.

¿Cuál es la verdad?, pensó Kuni. *¿Cómo es posible que la lógica me diga*

una cosa y mi corazón otra?

Finalmente, se puso en pie y llamó a un mensajero.

—Ve a Pan en secreto y entrega este mensaje al capitán Dafiroy Miro; vigílalo mientras lo lee y destrúyelo antes de regresar.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CUESTIÓN DE HONOR

PAN: DÉCIMO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Gin Mazoti estaba sentada en la celda sin ventanas, mirando los barrotes que formaban una de las paredes. Era una de las muchas celdas dispuestas en círculo alrededor de un vestíbulo central, aunque las demás estaban todas vacías.

La prisión estaba reservada para nobles y ministros de alto rango acusados de traición y la emperatriz había negado a Doru Solofi y a Noda Mi, simples nobles depuestos con delirios de grandeza, el honor de alojarse aquí cuando fueron traídos de Nokida.

En el centro del techo había una apertura cuadrada para que entrara la luz, un túnel vertical que comunicaba con el tejado, desde donde unos espejos reflejaban el sol hacia abajo proporcionando la única fuente de iluminación.

Desprovista de su armadura y espada y vestida con una túnica sencilla, Gin Mazoti parecía una monja novicia de

algún templo, tal vez perteneciente a una orden consagrada a Rufizo. Contemplaba las motas de polvo que flotaban en el rayo cuadrado de luz, sin decir nada.

La mesa reservada a los guardias, situada en el centro del vestíbulo, estaba vacía, como el resto del lugar, exceptuando al hombre que había acudido a hablar con ella en secreto.

—No lo haré —dijo Gin en un ronco murmullo.

Su interlocutor era Dafiro Miro, capitán de la guardia de palacio y uno de los hombres de más confianza del emperador Ragin.

—No tenemos mucho tiempo —dijo

Miro—. Los guardias estuvieron a mi servicio durante la Guerra del Crisantemo y el Diente de León y por eso se han mostrado dispuestos a arriesgar su vida para daros esta oportunidad. Las drogas que les proporcioné les mantendrán adormecidos tres horas más, pero si no habéis salido de Pan para entonces no se os volverá a presentar una ocasión como esta.

—¿Es esto lo que he logrado por mis servicios a la Casa del Diente de León? ¿Vivir el resto de mi vida como una fugitiva?

—Las pruebas en vuestra contra recogidas por la emperatriz son

irrefutables. Hasta vuestra consejera de confianza, Zomi Kidosu, os ha denunciado.

—Una mentira, por mucho que se repita, no se convierte en verdad. Que venga Kuni y le mostraré lo endebles que son esas pruebas. Es más, le mostraré dónde reside la verdadera amenaza a su trono.

—No puede hacer eso.

—¿Por qué no?

—La emperatriz tiene el respaldo de todos los ministros civiles, del primer ministro Cogo Yelu para abajo. Ni siquiera el emperador puede ignorar esa oposición de poder.

—Pero, en su corazón, él sabe que

soy inocen...

—Por eso me ha enviado en secreto para ayudaros a esca...

—Si hago lo que me pides, nunca podré limpiar mi nombre de la mancha de la traición. El ganso salvaje que vuela sobre un estanque deja una sombra y la persona deja detrás un nombre. Mi nombre lo es todo para mí.

—Si escapáis hoy, ¿quién sabe lo que puede pasar dentro de diez o veinte años? Con el tiempo, la emperatriz puede cambiar de idea y dejar de veros como una amenaza. Pero si os ejecutan... todo se habrá perdido.

—No daré a Kuni la satisfacción de no tomar partido. Quiere acallar su

conciencia mientras deja que su esposa haga el trabajo sucio de aclarar sus dudas. Quiere el amor y la confianza de sus antiguos siervos mientras los desarma, los deshonra y les aleja de los aparatos del poder. Cree que puede contar con el amor del pueblo y al mismo tiempo con la alabanza de los señores, con la lealtad de sus viejos amigos y con el afecto comprado de sus viejos enemigos. Cree que puede equilibrar todas las fuerzas que le rodean y resolverlo todo mediante concesiones secretas, pero en cuestión de honor, solo está lo que es correcto y lo que es incorrecto. Dejémosle que decida y viva con su decisión.

Dio la espalda a Dafiro y quedó de cara a la pared, indicando que la conversación había terminado.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

NOTICIAS INESPERADAS

ARULUGI: DÉCIMO MES DEL
DÉCIMO PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

—En el fondo no crees que Gin se haya rebelado —dijo Risana—. Dar asilo a unos fugitivos no equivale a una traición abierta.

Kuni se mantenía encorvado sobre la

mesa. Estaba relejendo el resto del informe de Jia, lleno de columnas de cifras y largas explicaciones sobre las diferentes políticas que estaba poniendo en marcha para estabilizar el imperio en tiempos de rebelión.

—Dime algo, Kuni —dijo Risana.

Kuni suspiró y dejó el informe. Tras un instante se dio la vuelta.

—Puede que no sea posible penetrar en el corazón de las personas —dijo Risana—. Pero sabes que yo puedo descifrar los deseos y los miedos de muchos, incluidos tú y Gin.

—Pero no de Jia —dijo Kuni.

—No —admitió Risana—. Eso siempre nos ha dividido. Pero no creo

que tengas miedo de Gin y no creo que su lealtad hacia ti haya flaqueado jamás.

Kuni agachó la cabeza.

—No puedo mentirte.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué dejas que la emperatriz se salga con la suya? No ha cesado de hacer todo lo posible por debilitar el poder de los nobles, incluyendo el de aquellos que lucharon por ti y despejaron el camino para tu ascenso. Ha helado el corazón de quienes te son más leales. ¿Cómo puedes mantenerte al margen y permitir que Gin muera?

Kuni se estremeció.

—El comportamiento de Gin en este asunto no es intachable. Su defecto

siempre ha sido el orgullo. En Faça, mató a Shilué y reclamó el trono de Faça y de Rima para poner a prueba mi confianza. Nunca hizo nada por apaciguar la enemistad manifiesta de Jia hacia los señores feudales, sino que optó por alardear de su posición y de sus contribuciones del pasado una y otra vez. Ya he hecho todo lo que he podido por ella... Dafiro... —sacudió la cabeza, sin ganas de continuar.

—¡Pero Jia ha ido demasiado lejos! Desconfía de Gin, de Kimo y de Yemu porque piensa que están más cercanos a mí...

—¡Kimo *se rebeló*! ¿Qué te hace pensar que mi confianza en Gin no es

igualmente inapropiada?

—¡Aunque Gin haya cometido indiscreciones, más que Théca Kimo, merece tu clemencia!

—Si intervengo hoy, solo empeoraré las cosas. Aunque aplazara la ejecución de Gin, la emperatriz ha preparado una acusación tan sólida que no tendría más remedio que despojarla de su título y su mando. No será capaz de vivir con tal humillación y, con el tiempo, el resentimiento y el odio empujan incluso al corazón más leal a rebelarse. Su talento como comandante es tal que si dirige una rebelión no habrá quien la detenga. ¿Puede Timu enfrentarse a ella? ¿Y Phyro? ¿Pueden? La obligación de un

padre es luchar para que sus hijos vivan en paz. No puedo permitir que mis hijos se vean envueltos en guerras que no pueden ganar.

—Entonces estarás cediendo en todo a la voluntad de Jia, también en el asunto de la sucesión, y por mucho que esté ciega a sus deseos, me temo que ahora no se detendrá hasta que mi hijo y yo estemos muertos.

—No llegaremos a ese punto —murmuró Kuni—. No llegaremos.

—¿Estás diciendo que... —Risana titubeó. Luego se mordió el labio y se decidió a hablar—. No te enfades conmigo, esposo, pero ¿no crees que tu juicio está nublado por el cariño a la

emperatriz y porque te sientes culpable a causa de lo que sufrió en tu nombre durante la guerra contra el hegemón?

El rostro de Kuni atravesó una sucesión de expresiones, como un mar agitado, hasta finalmente quedarse en una máscara impasible.

—¿Crees que como lamento haberla dejado sola durante años, a merced del hegemón, ahora estoy arriesgando el trono y el futuro de Dara para calmar mi conciencia?

—A veces es difícil que quienes están en el ojo del huracán comprendan su posición con claridad. Las mejores creaciones de los artífices del humo tienen su origen en el corazón de quienes

se engañan a sí mismos, porque somos capaces de contarnos las mentiras más convincentes a nosotros mismos.

Antes de que Kuni pudiera replicar, el faldón de la tienda se abrió de golpe, dejando entrar la fría brisa vespertina del otoño. Risana y Kuni se giraron al mismo tiempo. Era Than Carucono, con una expresión sombría y una pose tensa.

—*Rénga*, hay noticias urgentes del norte, el príncipe Timu...

Kuni se lanzó como un rayo y arrebató el pergamino a Than. Leyó el mensaje rápidamente y se quedó paralizado.

Risana se acercó y le quitó el pergamino de las manos. También ella

quedó petrificada nada más leerlo.

—¡Rénga! —gritó Than Carucono—.

¡Rénga!

Finalmente, como si despertara lentamente de un sueño, Kuni se esforzó por mover los miembros. Paso a paso, se desplazó hasta un rincón de la tienda y cogió su laúd de coco. Empezó a tañer una melodía popular de duelo de la antigua Cocru.

*Sopla el viento y las
nubes recorren el
cielo.*

*Mi poder domina los
Cuatro Mares
Plácidos.*

*Flujo y reflujo:
ambición, orgullo,
talento, voluntad.
¿Dónde están los
valientes que
guardarán mis
fronteras?*

Risana y Than escuchaban la canción en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Kuni dejó el laúd a un lado. Había recobrado su serenidad habitual y la conmoción por las noticias se estaba desvaneciendo.

—Haz venir a dos mensajeros —dijo Kuni—. Que el primero llegue hasta

donde se encuentran las tropas de Kimo que quedan y les ofrezca una amnistía; el otro irá a Pan y llevará a la emperatriz una copia de esta carta.

—¿Alguna orden para la emperatriz de vuestra parte? —preguntó Than.

Kuni sacudió la cabeza.

—Jia sabrá lo que tiene que hacer.

LA TEMPESTAD DEL NORTE

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

LA LLEGADA DE LOS BARCOS-CIUDAD

DASU: DÉCIMO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

En la playa más septentrional de toda Dara, bajo el calor persistente y cansino de una tarde otoñal, jugaban unos cuantos niños. Recogían conchas bonitas y buscaban alguno de los restos de

naufragio interesantes que el mar arrastraba hasta la orilla de vez en cuando, sin olvidar echarse al bolsillo alguna almeja u ostra ocasional, ya que los hijos de los pobres siempre piensan en comida.

—¡Piratas! —gritó uno de ellos.

Sus compañeros se pararon para mirar al mar. Una flotilla de navíos, todos de diferente tamaño, se destacaba en el horizonte: esbeltos barcos de pesca construidos siguiendo el modelo de la antigua Xana; anchos veleros de carga de poco calado arrebatados a los comerciantes de La Garra del Lobo; elegantes embarcaciones de Arulugi que hendían las olas e incluso unos cuantos

buques de guerra añejos capturados por los piratas a los reyes Tiro en el pasado. De todas las cubiertas sobresalían remos y las variopintas velas ondeaban al viento. Hundiéndose y surgiendo sobre las olas, la heterogénea flota aparecía como hojas esparcidas sobre un estanque.

—¡Cuántos hay! —dijo una niña entre dientes—. ¡Nunca había visto tantos!

—¡Es una incursión!

Algunos de los adultos diseminados por los campos aterrizados de la colina detuvieron su faena, mirando con horror a la flotilla que se aproximaba. ¿Cuántos barcos había? ¿Docenas? No, cientos.

Era como si todos los piratas de las islas del norte se dirigieran a Dara. Debía de ser la mayor incursión pirata de la que se tenía memoria, mayor incluso que las que se recordaban en las leyendas.

A medida que se fue difundiendo la noticia, todos se dirigieron a las colinas. Las gentes salían de las cabañas y las casas, tiraban sus aperos de labranza o aparejos de pesca y corrían tan deprisa como se lo permitían las piernas; viejos, jóvenes, hombres, mujeres, ricos, pobres... nada de eso tenía importancia tratándose de los piratas. Algunos aldeanos tuvieron la suficiente presencia de ánimo como para correr hasta los

comandantes de la guarnición a dar aviso de la incursión. Con suerte, el informe llegaría a oídos del príncipe Timu a tiempo de organizar algo semejante a una operación de rescate una vez los piratas hubieran saciado su ansia de destrucción y abandonado Dasu.

Cuando los piratas desembarcaron, la playa y los campos cercanos estaban desiertos. Saltaron de los barcos a la arena y se dirigieron tierra adentro como un enjambre de termitas sobre una casa nueva. Saltaron las vallas de los huertos y pisotearon los campos de taro, brazos y piernas moviéndose con frenesí — pobre de quien se interpusiera en su

camino.

Aunque no fuera un experto en asuntos militares, el príncipe Timu sabía cuándo pedir consejo a quienes podían juzgar mejor que él la situación. La guarnición imperial de Dasu estaba bien entrenada y sabía cómo utilizar el terreno y los pasos estrechos.

En la cresta de la colina surgió un destacamento de soldados imperiales. Desplegados en formación, los arqueros apuntaron sus flechas a la marea de piratas que se aproximaba. El comandante alzó su brazo, dispuesto a dar la orden de disparar.

Los piratas iban gritando algo.

... *misericordia*...

¡Sálvese quien pueda!

... *mis ojos*... *horror*...

El oficial vaciló. Algo no iba bien. Pero los piratas no se detenían a pesar de las flechas que les apuntaban.

—¡Fuego a discreción!

Una salva de flechas cayó sobre los piratas derribando a docenas de ellos.

Por lo general, los piratas se retiraban cuando tenían que hacer frente a una resistencia organizada; eran bandidos del mar, más interesados en el saqueo y en capturar esclavos que en conceptos como el honor o la victoria. Pero, en esta ocasión, las cosas no ocurrieron así. Los piratas pisoteaban

los cuerpos de sus compañeros caídos y continuaban avanzando. Corrían con más empeño y velocidad que en cualquier carga que hubiera presenciado el oficial, casi como si fueran berserkers.

El comandante se quedó pasmado, incapaz de creer lo que veían sus ojos. La marea humana que se aproximaba fue definiéndose en formas de hombres y de mujeres, algunas con bebés en los brazos. La mayoría no llevaba armadura ni armas. En lugar de un hatajo de piratas frenéticos, era una muchedumbre desesperada que buscaba refugio huyendo de un horror inefable.

—¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad! —
gritaban desesperados.

Ante la visión de esos miles de hombres y mujeres que clamaban piedad, hasta los veteranos más endurecidos se sintieron conmovidos. Los arqueros aflojaron la tensión de los brazos y la mayoría dejó de disparar esperando nuevas órdenes del oficial al mando.

Pero este había dejado de mirar a los piratas. Por detrás de la turba asustada, más allá de los barcos abandonados, un muro de madera coronado por inmensas velas, limpias y blancas como la espuma, surgió por encima del horizonte.

Veinte barcos descomunales, tan altos como las torres de vigilancia de Pan y

tan grandes como una pequeña ciudad, se balanceaban sobre las olas.

El príncipe Timu reunió a sus consejeros en Daye para hablar sobre los extranjeros que habían desembarcado y acampado en la costa norte de Dasu. De momento, parecían conformarse con su ciudad de tiendas sobre la arena.

—Los piratas hacen incursiones en las costas de Dasu y de Rui cada año — dijo Ra Olu, el antiguo regente del rey Kado en Daye y ahora primer ministro civil del príncipe Timu. Llevaba sus cabellos lisos arreglados en un moño de triple rodete y una lujosa túnica de seda amarilla que combinaba perfectamente

con su complexión morena.

—Son hombres implacables y desesperados, pero no carecen de valor. Sin embargo ahora estos extranjeros han doblegado su voluntad de resistir y les han asustado tanto que están dispuestos a someterse a la misericordia del emperador. ¿Qué clase de monstruos deben ser? ¡Debemos atacar inmediatamente!

—Todo lo contrario —dijo Zato Ruthi, el antiguo maestro y ahora consejero de Timu—. No se puede decir que los piratas posean auténtico valor, pues carecen de moral. Las historias que cuentan de esos extranjeros son confusas, contradictorias y no merecen

crédito. ¿Serpientes que arrojan fuego? ¿Lluvia letal caída del cielo? Suena como los desvaríos enfebrecidos de un demente.

»Aunque sea cierto que atacaran a los piratas, no sabemos si estos les provocaron primero, y cualquier hombre civilizado que surca los mares siente una aversión natural por la piratería. Estos barcos se ajustan a la descripción de los barcos-ciudad de la legendaria flota del emperador Mapidéré. ¿Podrían ser enviados de los inmortales de más allá del mar? No deberíamos actuar como agresores.

—Si verdaderamente fueran visitantes inmortales que hubiera

encontrado la flota de Mapidéré —dijo Ra Olu—, ¿no creéis que ya habríamos visto salir de las tiendas a alguno de los antiguos cortesanos de aquella época?

—Es posible que los hombres de Mapidéré y los inmortales estén esperando que actuemos como verdaderos anfitriones y nos disculpemos por la rudeza de esos piratas, del todo inadecuados para darles la bienvenida a las puertas de Dara.

—Si no dais crédito a las palabras de los piratas, que son, al fin y al cabo, hombres de Dara, ¿por qué asumís que las intenciones de los extranjeros son amistosas? —replicó Ra Olu,

exasperado.

—Porque los piratas han demostrado ser criminales motivados solo por la codicia, pero no sabemos nada de estos extranjeros. Como dijo Kon Fiji, «abrazad al extranjero que viene del mar y el extranjero os abrazará».

—Kon Fiji no estaba pensando en extranjeros capaces de hacer temblar a los despiadados piratas como si fueran hojas en otoño. Deberíamos solicitar inmediatamente ayuda a Rui y al propio emperador.

—El emperador está ocupado sofocando una rebelión y no debe ser molestado antes de tener pruebas del peligro —dijo Ruthi—. Si el príncipe

Timu corre a su padre en estos momentos en busca de ayuda, dará la impresión de que es un niño que aún no ha crecido.

Este último argumento convenció a Timu.

—Es mejor averiguar más sobre ellos antes de reaccionar de modo desproporcionado. Maestro Ruthi, ¿seréis nuestro emisario ante los extranjeros? —viendo que Ra Olu estaba a punto de objetar, Timu añadió rápidamente—: Pero *es* conveniente tomar precauciones razonables. Pediré que acuda una flota de aeronaves de la base aérea imperial de Rui para que actúen como escolta. Si los extranjeros

vienen en son de paz, considerarán las aeronaves como un signo de bienvenida. Y si son hostiles, estaremos preparados.

Veinte grandes aeronaves planeaban sobre la colina en línea recta, controlando la playa. Con una longitud aproximada de ciento ochenta pies, sus cascos tenían la forma de un elegante delfín. No eran las mayores de la flota, que, construidas de acuerdo con modelos de la época de Mapidéré, podían tener hasta trescientos pies, pero eran más nuevas y rápidas y mucho más benévolas con el Tesoro Imperial.

A sus pies, dos mil guardias de honor formaban sobre la ladera de la colina.

Los soldados, la flor y nata del ejército de Dara, se mantenían completamente inmóviles y en silencio, con sus armaduras destellando al sol y sus pulidas lanzas erguidas como un bosque de bambú. El único sonido que se oía era el de las capas rojas de los oficiales a caballo agitadas por la brisa.

Detrás de las falanges, cientos de costosos carruajes estaban aparcados desordenadamente en la cima de la colina. En los espacios vacíos entre ellos se habían levantado refugios temporales y plataformas de bambú y seda para observar mejor los acontecimientos de la playa. Muchas de las familias nobles y acomodadas de

Daye habían acudido a presenciar este acontecimiento histórico: el representante del príncipe Timu estaba a punto de establecer contacto con los inmortales venidos de más allá del mar.

—¿Crees que los inmortales estarán buscando esposas?

—¡Ja! ¿Estás pensando en buscarte una casamentera?

—Oh, estoy muy contenta con mis expectativas, te lo agradezco. Pero como parece que en Dasu no hay ningún joven suficientemente bueno para ti, a lo mejor solo un inmortal puede satisfacerte, tanto fuera como dentro del dormitorio... ¡Ay! ¡Deja de pellizcarme!

—Puede que no quiera casarme con

un inmortal... pero sería divertido acostarse una vez con uno de ellos. ¡Y a lo mejor conozco su secreto y me convierto en inmortal! Eso estaría bien, ¿eh?

—¿Crees que los inmortales tienen mal aliento por la mañana?

Para los hombres y mujeres acomodados el espectáculo era como un día de fiesta. La emoción les invadía sentados en confortables almohadones bajo diáfanas cubiertas de seda, saboreando tentempiés y bebiendo té, observando y haciendo comentarios sobre las tiendas cónicas blancas que llenaban la playa como un colchón de conchas, empequeñecidas por los

descomunales navíos detrás de ellas.

La mirada ocasional de alguno de los extranjeros que caminaban entre las tiendas producía exclamaciones y risitas. Los nobles de menor importancia se imaginaban las posibilidades que les brindaría la amistad de los inmortales, que podrían utilizar para elevar su posición. Los terratenientes ricos murmuraban planes para venderles pequeñas parcelas a precios inflados y convencerles de que cambiaran sus tiendas por casas lujosas. Los comerciantes observaban los grandes barcos en la distancia, subiendo y bajando con el oleaje, especulaban sobre la carga que llevarían y hacían

apuestas sobre el tipo de mercancías que más les interesaría.

A fin de cuentas, era el Año de la Cruben, un tiempo en el que se suponía que el mar era especialmente generoso en tesoros y oportunidades.

Tras ellos, los pobres aldeanos que se habían visto desplazados de sus casas por la llegada de los extranjeros observaban la escena tensos y con un humor más sombrío. Lo único que les interesaba era cuándo podrían regresar a sus campos y retomar sus vidas. No se atrevían a imaginar perspectivas de futuro esperanzadoras por la llegada de los inmortales, si eso es lo que eran. Cada vez que las cosas cambiaban en

Dara, eran los ricos y poderosos quienes cosechaban los beneficios dejando a los demás tal y como estaban antes.

Con calma, Zato Ruthi salió hacia el campamento extranjero a lomos de un caballo completamente blanco. Iba escoltado por una docena de soldados también a caballo, que llevaban presentes del príncipe Timu. A la cabeza de la pequeña procesión ondeaba una enorme bandera de Dasu, con la figura azul de una cruben saltando sobre campo rojo.

Ruthi y sus guardias se perdieron de vista en el distante campamento. Todas las miradas seguían a la bandera, que ahora destellaba como una llamita roja

en un campo nevado. ¿De qué maravillas sería testigo Ruthi?

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

LOS EXTRANJEROS

DASU: DÉCIMO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Las tiendas, cilindros achaparrados de la altura de un hombre terminados en una punta plana y cónica, estaban hechas de cuero, observó Zato Ruthi al acercarse al campamento. Este estaba rodeado por una valla de poca altura construida con

huesos de animales amarrados con tendones, cada poste cubierto por una calavera de mandíbula afilada, y en los extremos de los postes afilados y blancos —¿serían las costillas de alguna bestia?— plantados delante de las tiendas ondeaban las colas de diversos animales, a modo de estandartes y banderolas. Tras las tiendas, los descomunales barcos ciudad oscilaban con las olas, como ballenas descansando sobre la playa.

Los inmortales tienen sin lugar a dudas un extraño sentido de la arquitectura, pensó Ruthi. Siempre los había imaginado como criaturas etéreas que construirían con telarañas y nubes

de seda, con pétalos de flores y hojas cubiertas de rocío. Los había imaginado como sofisticados poetas y filósofos que conversaban con los dioses y trascendían cualquier necesidad material. Le parecía que utilizar huesos y pieles, matar animales, desentonaba bastante.

La valla tenía una abertura, una especie de puerta, formada por las mandíbulas gigantes de un tiburón. Toda la escena rezumaba una sensación de fuerza y disciplina austera, una sobria simplicidad de elegancia funcional.

Al aproximarse al hueco, surgieron hombres de las tiendas. Unos cincuenta se colocaron delante de la entrada

cerrándole el paso. Detuvo su montura para observarlos de cerca.

La mayoría eran de piel clara, aunque estaban muy bronceados por el sol, y el color del cabello y de la barba oscilaba entre el blanco y el castaño claro. Vestían con pieles y cuero y llevaban mazas de guerra hechas de hueso o de madera de deriva, con conchas y guijarros incrustados en la punta. Algunos iban completamente rapados mientras que otros llevaban trenzas que les colgaban por la espalda; unos cuantos portaban cascos hechos con el cráneo de animales. Vio pocos indicios de armas de metal o de armaduras, y ningún tejido de seda o cáñamo. Muchos

parecían depauperados y bajos de estatura y las pieles que los cubrían estaban harapientas y hechas jirones, como si hubieran hecho un largo viaje sin la posibilidad de reponer provisiones.

El penoso estado de sus ropas hizo que Rato se diera cuenta sobresaltado de que algunos de los «hombres» eran en realidad mujeres. Se sonrojó. *¿Qué clase de inmortales obligaría a las mujeres a empuñar mazas de guerra y pelear? ¡Y con tal falta de recato!*

Parecían personajes sacados de alguna antigua saga anu, pensó Ruthi. Este debía de ser el aspecto que tenían los indígenas bárbaros de estas islas

cuando nuestros antepasados llegaron por primera vez a las costas de Dara huyendo de la destrucción de sus tierras al oeste.

A pesar de la decepción que le supuso el que los extranjeros no fueran inmortales después de todo, Ruthi mantuvo una expresión respetuosa cuando descendió del caballo. Sus guardias lo imitaron.

—Vengo en son de paz —declaró a los extranjeros—. El emperador de Dara os da la bienvenida a estas costas. Si necesitáis ayuda, mi señor, el príncipe Timu, está dispuesto a proporcionaros lo que necesitéis.

Uno de los bárbaros, un hombre alto

que aparentaba unos a los cuarenta o cincuenta años, dio un paso al frente. Habló a Ruthi, pero este no entendió el significado de la sucesión de extrañas sílabas.

Impávido, Ruthi hizo un gesto a sus guardias para que llevaran los regalos que habían preparado hasta un punto a mitad del camino entre ambas partes y los dejaran en el suelo: una bandeja de cerdo asado, una fuente de pescado crudo cortado en un diseño que recordaba los ideogramas *anu* para representar la *paz*, un rollo de seda, un pergamino en el que el príncipe Timu había caligrafiado la frase «Dentro de los Cuatro Mares, todos los hombres son

hermanos», una cita de Kon Fijí. Ruthi había escogido cuidadosamente estos regalos para mostrar la generosidad de Dara con los extranjeros y a la vez preservar la dignidad del emperador y del príncipe Timu, representante del emperador en Dasu.

Tras dejar los presentes en el suelo, los guardias de Ruthi dieron unos pasos atrás. Sin dejar de mirar a Ruthi, el bárbaro alto hizo señas a parte de su séquito para que se aproximara al montón de regalos. Tocaron con el dedo el cerdo y el pescado, lo probaron y luego llamaron entusiasmados a gritos a otros compañeros. Comieron con voracidad, empujándose y dándose

codazos para alcanzar la comida, y al poco tiempo no quedó nada del cerdo ni del pescado. Dos hombres con los dedos grasientos llevaron el rollo de seda de vuelta al campamento. Por el contrario, arrojaron descuidadamente el pergamino al suelo después de examinarlo.

La expresión imperturbable del rostro del bárbaro alto no cambió.

Ruthi arrugó el entrecejo. *Esto no empieza bien.*

El extranjero alto sonrió y se señaló a sí mismo.

—*Pékyutenryo* —enunció lentamente. Luego hizo un gesto circular con el brazo indicando el campamento —. *Lyucu.*

Ahora empezamos a entendernos, pensó Ruthi. Intentó repetir las silabas extrañas lo mejor que pudo.

Pékyutenryo —que Ruthi determinó debía de ser algún tipo de jefe bárbaro — asintió, aparentemente satisfecho.

Ruthi se señaló a sí mismo y dijo despacio:

—Zato Ruthi —luego imitó a Pékyutenryo e hizo un gesto circular con el brazo para indicar el ejército de Dara y las lejanas aeronaves—. Dara.

Pékyutenryo sonrió burlonamente mostrando dos hileras de dientes irregulares. La expresión parecía salvaje y amenazadora, más que amistosa. Pero, temiendo ofender a los

bárbaros, Ruthi imitó la mueca.

Esta gente que dice llamarse lyucu puede que no sea inmortal, pero no parece imposible tratar con ella.

Pékyutenryo señaló ahora a los guardias de Ruthi y gesticuló una serie de movimientos que recordaron a Ruthi la acción de desnudarse. Ruthi se sonrojó, como el resto de los hombres de Dara. *¿No tenían vergüenza estos bárbaros?*

Al ver titubear a Ruthi y a sus guardias, el jefe arrugó la frente.

Algunos de los bárbaros acudieron en ayuda de su jefe. Dejaron las armas a sus pies y se quitaron las pieles que llevaban encima —¡tanto los hombres

como las mujeres!— hasta quedar solo con unos toscos taparrabos tejidos con algún tipo de fibra vegetal.

Ruthi se sonrojó aún más intensamente y estaba a punto de ordenar a sus acompañantes que desviarán la mirada para preservar el pudor de estos bárbaros desvergonzados cuando estos se detuvieron, señalaron las armas y luego volvieron a señalarse ellos mismos dándose palmadas por el cuerpo, arriba y abajo.

—¡Oh, quiere decir que nos desarmemos! Es una medida de seguridad —Ruthi asintió enérgicamente para mostrar que había entendido finalmente. Se giró hacia sus guardias—.

Adelante, haced lo que piden.

—¿Es prudente, maestro Ruthi? — preguntó Jima, el capitán de la guardia, que también estaba a cargo de portar el estandarte de Dara—. No sabemos cuáles son sus intenciones. No deberíamos entrar desarmados al campamento.

—Ese es el problema de que dediques la vida a luchar en lugar de a estudiar los libros de los sabios — amonestó Zato Ruthi—. ¿Dónde está tu capacidad para la empatía? Tienes que intentar pensar en esto desde su perspectiva. ¡Observa lo primitivos que son sus equipos y sus tiendas! No se ve por ninguna parte una sola arma de

metal. ¡Observa la rapidez con la que han devorado la comida que les ofrecimos! Imagínate que estuvieras en un país extraño lejos de casa, hambriento, asustado, rodeado de un ejército poderoso dotado de armas y armaduras mucho más avanzadas que las tuyas. Si un grupo de ellos quisiera entrar en tu campamento, ¿no les pedirías alguna muestra de buena fe?

—Toda mi vida he sido soldado, maestro Ruthi. Creedme, aunque tengamos mejor armamento, puedo aseguraros que esta gente no nos tiene miedo.

—Dara es la tierra de la civilización —dijo Ruthi con gravedad—. Nuestros

antepasados llegaron aquí y pacificaron a sus salvajes y yo espero que los dioses hayan difundido nuestra fama mucho más allá de estas costas.

»Estos bárbaros han desafiado la impredecible ruta de las ballenas para llegar hasta nosotros, atraídos por el faro luminoso de nuestra forma de vida. Debemos demostrarles nuestra gracia superior. Un hombre justo no tiene que temer la traición; incluso si traman algún complot contra nosotros, nuestra rectitud y buena fe probablemente les harán avergonzarse y darse cuenta del error de su proceder. Desarmaos ahora para no mancillar el honor de nuestros señores, el emperador de Dara y su leal

primogénito.

A regañadientes, el capitán Jima y los demás guardias se desarmaron, dejando su armamento y armaduras apilados junto a las fuentes vacías donde habían estado los regalos.

Pékyutenryo mostró una sonrisa burlona aún más amplia y movió las manos en un gesto resuelto. Sus acompañantes se echaron a un lado de la puerta de mandíbula de tiburón dejando expedita la entrada al campamento.

En lo alto de la colina, los espectadores de Dara dieron vítores.

—¡Están entrando!

—Tú tienes buena vista, Dümo.

¿Puedes ver lo que está pasando?

—Están demasiado lejos. Pero creo que los extranjeros acaban de hacer una reverencia. ¿Les habrá impresionado el maestro Ruthi con su erudición? ¡Han repetido la reverencia!

—Pero las han hecho cuando el maestro Ruthi y sus hombres ya estaban dentro. ¿Para qué iban a hacerlo cuando no podían verlos?

—Bueno... ahí es donde se nota que no fuiste a la escuela. Recuerdo haber leído una vez sobre las costumbres de los indígenas de la isla Grande en tiempos de la llegada de los anu. Inclinarsse después de que alguien se ha marchado es un signo de respeto todavía

mayor que hacerlo a la cara...

—¡No tenía idea de que eras un experto en las sagas heroicas, Yehun! ¿Era en la saga de Aquel cuyo Nombre es un Trabalenguas? ¡Yo también la he leído!

—Mmm... ¡sí, en esa! Es poco célebre... Me sorprende que la conozcas. Bueno, como decía, se trata de una antigua costumbre que existía en las islas mucho antes de la colonización de los anu, pero tiene sentido si recuerdas... Espera, ¿por qué os estáis riendo a mi espalda como hienas?

—Oh, Yehun, pobre asno arrogante, ¡no existe ninguna saga de Aquel cuyo Nombre es un Trabalenguas! El hecho de

que seas el único *toko dawiji* de nosotros no significa que tengas que tener respuestas para todo.

—Una mente superior no se molesta por las pequeñas...

—¿Quieres que sigamos obsequiándote con la única muestra de «respeto» que te mereces, inclinarnos a carcajadas?

Zato Ruthi se sentó formalmente en *miparari* en el centro de la gran tienda, de una altura aproximada a la de tres hombres y una anchura de unas veinte yardas. El suelo estaba alfombrado con pieles mullidas de algún animal desconocido. Ruthi observó con cierto

interés las paredes de la tienda: el cuero del que estaban hechas era translúcido y le recordaba las finas membranas peludas de las alas de los murciélagos. A pesar de ser culto y muy leído, no podía adivinar a qué bestia pertenecía.

El jefe bárbaro caminó hasta el fondo de la tienda y se sentó con las piernas cruzadas en *géüpa*. Los otros bárbaros —nobles y jefes de tribu, a juzgar por las imponentes mazas de guerra y los elaborados adornos de hueso y concha que portaban— se sentaron en torno al perímetro de la tienda en total desorden, algunos en *géüpa* y otros incluso en *thakrido*, con las piernas abiertas y estiradas, también las mujeres.

El capitán Jima, arrodillado detrás de Ruthi, frunció el ceño. Ruthi era el representante del emperador y resultaba inaceptable que Pékyutenryo y los demás lo trataran con esa falta de respeto. Pero, antes de que pudiera decir nada, Zato Ruthi lo contuvo con una mano.

—Tal vez no comparten nuestra manera de entender las posturas para sentarse —dijo Ruthi en voz baja—. Una persona civilizada es tolerante y no se ofende por la ignorancia. Honraremos a este Pékyutenryo por ser rey de su pueblo.

El capitán apretó los dientes y no dijo nada. Había algo en el modo en que los nobles y caciques se reían y

cuchicheaban unos con otros que le inquietaba. Esto no parecía la recepción de un rey a un embajador de otras tierras, ni siquiera una reunión para dar la bienvenida a unos amigos extranjeros. No conseguía descifrar de qué se trataba pero... ¿Por qué Pékyutenryo parecía tan satisfecho?

Algunos jóvenes bárbaros trajeron las armas y armaduras que los guardias habían dejado a la entrada del campamento y las depositaron delante del rey. Pékyutenryo dijo algo a los jóvenes, que asintieron y se marcharon.

—Lo ves —dijo Ruthi a Jima—, no hay nada de lo que preocuparse. Hasta han traído vuestras armas. Estoy seguro

de que dentro de poco, tan pronto como reine la confianza, os las devolverán.

Pékyutenryo miró a Zato Ruthi y a sus hombres, sentados nerviosamente en el centro de la tienda, y volvió a sonreír. Ruthi asintió y le devolvió la misma sonrisa ridícula. Los nobles lyucu empezaron a pasarse un gran cuenco de cerámica tosca al que fueron dando sorbos por turnos, y el ruido de conversación fue llenado la tienda poco a poco.

Después de dar él también un trago del cuenco, Pékyutenryo gesticuló a uno de sus hombres para que se lo acercara a Ruthi. Este lo aceptó educadamente y examinó su contenido: olía a alcohol y a

leche y tenía el borde cubierto de espumilla.

—¡*Kyoffir!* —dijo Pékyutenryo señalando al recipiente. Luego imitó el gesto de empinar con entusiasmo.

Ruthi se llevó el cuenco a la boca. No olía como la leche de vaca, la leche de cabra o incluso la de yegua; el aroma era... más bien de hierbas. Dio un trago con vacilación. El sabor era acre, vagamente medicinal, y el líquido le abrasó la garganta. La consistencia de la bebida era espesa, no muy distinta de la de un yogur alcohólico. Además, era muy fuerte y Ruthi, que no bebía por lo general, tosió y escupió saliva al tiempo que le brotaban lágrimas de los ojos.

Los nobles Iyucu se echaron a reír a carcajadas y hasta el mismo Pékyutenryo rió por lo bajo. Ruthi se secó los ojos y dejó el recipiente, volviendo a sonreír tontamente.

Por suerte, los guardias bárbaros que habían sido enviados antes al exterior regresaron, llevando con ellos más armas y armaduras. Las dejaron en un montón separado del equipo de los hombres de Ruthi, y Pékyutenryo se levantó, se acercó a ambos montones y cogió un casco de cada uno, comparándolos, sin prestar atención a Ruthi.

—Las armas del otro montón también parecen ser de Dara —dijo el capitán

Jima. No se molestó en murmurar, pues era evidente que los bárbaros no entendían la conversación entre Ruthi y él, del mismo modo en que ellos no entendían las palabras de los lyucu—. ¿Dónde las conseguirían? ¿De los piratas?

—Esa espada... —Ruthi miró de reojo— parece que tiene un diseño de Xana. Si no me equivoco, eso es un casco del tiempo de Mapidéré, hace más de dos décadas.

—¿De la expedición del emperador Mapidéré?

Ruthi asintió.

—Tiene que ser.

Pékyutenryo continúo cogiendo

objetos de uno de los montones —una espada, un guantelete, un casco, un escudo, un arco— y buscando sus equivalentes en el otro montón, escudriñándolos y cotejándolos unos con otros. De vez en cuando llamaba a algunos de los nobles y el pequeño grupo deliberaba y examinaba la armadura o el arma, discutiendo o coincidiendo ruidosamente unos con otros.

Ruthi y Jima miraban extasiados el misterioso ejercicio, completamente desconcertados.

—Tal vez estén comparando los estilos artísticos de las piezas para verificar que realmente somos los

creadores de los asombrosos artefactos que recibieron del emperador Mapidéré —dijo Ruthi esperanzado.

Al cabo de un rato, Pékyutenryo pareció satisfecho con lo que fuera que estuviera haciendo y ordenó a sus guardias que se llevaran todo afuera. Luego esos guardias trajeron una enorme y poco profunda bandeja circular que parecía hecha de una capa fina de cuero tensada sobre un bastidor de huesos curvos y la dejaron en el suelo delante de Ruthi. Estaba llena de arena de playa.

Pékyutenryo se levantó de su asiento al fondo de la tienda y se sentó frente a Ruthi —en *thakrido*, por supuesto— con la bandeja de arena entre ambos. Cogió

un palito y se puso a dibujar en la arena.

Ruthi observaba mientras Pékyutenryo trazaba una línea en la arena y, luego, un pequeño círculo por encima. El rey bárbaro miró a Ruthi y señaló hacia el techo de la tienda.

Me está diciendo que el círculo es el sol, pensó Ruthi, y esta línea es la tierra.

Pékyutenryo dibujó en el cielo unos cuantos óvalos con alas sobresaliendo de ellos. Por primitivo que fuera el dibujo, estaba claro que quería representar las aeronaves imperiales. Continuó dibujando unos objetos parecidos a setas en el otro extremo, en el suelo: aparentemente, el campamento

bárbaro.

Luego se agachó dando a entender que tenía miedo mientras miraba al techo de la tienda. Volvió a sonreír y entregó el palito a Ruthi, que no tenía claro en absoluto qué pretendía que hiciera.

Pékyutenryo volvió a tomar el palito y dibujó algunas flechas saliendo de las aeronaves en dirección al campamento y devolvió el palito a Ruthi. Le dirigió una mirada inquisitiva y volvió a hacer como si sintiera terror.

Ruthi se echó a reír.

—¡No, no! Las aeronaves son parte de la ceremonia de bienvenida, no una fuerza de ataque.

Pékyutenryo le miró con cara de incomprensión.

Ruthi volvió a intentarlo. Borró las flechas de la arena e intentó dibujar flores cayendo de las aeronaves sobre el campo —aunque las flores parecían más bien copos de nieve.

—Paz —gritó, como si por hablar más fuerte el bárbaro fuera a entender—. ¡No guerra! —luego gesticuló con sonrisas y abrazos y tragos del gran cuenco, relamiéndose los labios.

Pékyutenryo parecía aún más confundido. Entonces dio la impresión de que se le ocurría otra idea. Dibujó con rayas varias figuras que semejaban hombres a caballo por debajo de las

aviones —las falanges imperiales— y luego a los bárbaros saliendo en tropel de su campamento, cargando contra el ejército de Dara con mazas de guerra en alto.

Sonriendo, entregó el palito a Ruthi.

Ruthi le miró con expresión tensa extendiendo sus manos en forma de súplica e interrogación.

Pékyutenryo hizo como que se reía, sujetándose la barriga, parecía que se estaba desternillando por algún chiste. Volvió a señalar la bandeja de arena.

—Ah, está hablando de una hipótesis —dijo Ruthi relajado—. Una broma, por así decirlo.

—No lo creo —dijo Jima—. No son

bromas. Está comprobando nuestras defensas. Maestro Ruthi, deberíamos salir de aquí inmediatamente.

—Tonterías —dijo Ruthi—. Se trata de dos mentes que intentan comunicarse. ¡Ejercita tu atrofiada empatía, capitán Jima! Si tiene curiosidad por saber cómo vamos a responder, ¿no es preferible enseñarle el poderío bélico de Dara en un cajón de arena a que lo averigüe en una confrontación real? El emperador siempre ha querido minimizar la pérdida de vidas.

Por tanto, Ruthi comenzó a dibujar en la arena. Al haber sido rey de Rima, tenía bastante conocimiento de las tácticas militares clásicas. Utilizó una

serie de diagramas para mostrar a Pékyutenryo cómo cambiaban de formación las falanges imperiales, retrocediendo por el centro al tiempo que cargaban por ambos extremos hasta rodear a los atacantes. Luego ilustró cómo los bárbaros, con inferior armamento y armaduras, serían masacrados o capturados.

La expresión de admiración y de terror en la cara de Pékyutenryo parecía auténtica.

—Pero ¡no tienes que preocuparte!
—Ruthi se apresuró a tranquilizar a su anfitrión—. Esto es solo hipotético. ¡Hi-po-té-ti-co! ¡De mentira! —gesticuló, agarrándose la barriga y riendo.

Pékyutenryo asintió enérgicamente y sonrió de modo zalamero al enviado imperial.

Zato Ruthi se sentía exultante. Aunque en una ocasión hubiera sufrido una humillante derrota en los bosques de Rima, ¡hoy había conseguido intimidar e impresionar a un rey bárbaro hasta hacerle desear someterse al emperador de Dara simplemente dibujando en la arena!

Pékyutenryo limpió la bandeja de arena y volvió a dibujar el campamento lyucu y las aeronaves imperiales por encima. De nuevo, simuló acobardarse al mirar al cielo; luego gesticuló agarrándose la barriga y riendo.

Hipotéticamente, ¿cómo me atacaría el emperador de Dara desde el cielo?

Todos los demás jefes bárbaros se reunieron alrededor de la bandeja de arena. Pékyutenryo entregó el palito a Ruthi y le hizo gestos para que continuara.

—Maestro Ruthi —suplicó el capitán Jima—. Esto *no* va a salir bien. No deberíais revelar nuestras capacidades ni explicarle tácticas aire-tierra. ¡No sabemos prácticamente nada de su forma de combatir!

—¡Silencio! Estás actuando como un campesino tonto y obsesionado en vez de como un oficial de la armada imperial seguro de sí mismo. ¿Qué tiene

de malo que le enseñemos lo que pueden hacer nuestras aeronaves? Nuestro poderío les intimidará y hará que nos muestren el debido respeto. Así es como una gran civilización impresiona a otras inferiores.

Pékyutenryo abrió la mano mostrando cinco dedos, los mantuvo un rato, la cerró en un puño, lo mantuvo un rato y volvió a mostrar los cinco dedos. Señaló las aeronaves y abrió las manos, mirando inquisidor a Ruthi.

Ruthi reflexionó un instante y luego comprendió adónde quería llegar Pékyutenryo. Dibujó una aeronave y la llenó de pequeños círculos, mostrando cómo algunos de los círculos caían

desde la aeronave hasta el campamento: una salva de bombas. Mostró los diez dedos abiertos a Pékyutenryo, cerró los puños y luego volvió a abrirlos... Repitió el proceso cinco veces para mostrar que cada aeronave cargaba alrededor de cincuenta bombas incendiarios, más que suficientes para causar importantes daños al campamento lyucu. Luego borró los pequeños círculos del interior de las aeronaves para que quedaran vacías.

Pékyutenryo mostró una nueva sonrisa sardónica y dijo algo a los nobles, que echaron a reír. Luego tomó el cuenco de yogur alcohólico —el «kyoffir»— y se lo pasó a Ruthi. Este

bebió con entusiasmo. La fuerte bebida estaba teniendo un efecto positivo en su humor.

—Gracias por tu información —dijo Pékyutenryo. Tenía un acento muy marcado, pero se le entendió perfectamente.

Ruthi le miró por encima del borde espumoso del recipiente, perplejo. Detrás de él, Jima y el resto de sus hombres dieron un salto alarmados. Pero era demasiado tarde. La maza de guerra de Pékyutenryo ya había aplastado el cráneo de Ruthi y los demás nobles acabaron pronto con el resto de la delegación de Dara.

—¡Algo sucede! ¡Están saliendo de la tienda grande!

—Pero ¿dónde está el maestro Ruthi?

—¿Por qué está tirado el estandarte imperial?

—¿Están poniéndose en fila para rendirse?

La cháchara del gentío se apagó cuando vieron a los bárbaros salir en tropel del campamento, formar en largas hileras y luego marchar hacia las falanges imperiales, blandiendo mazas de guerra. La brisa marina transportó sus gritos hasta la multitud: eran inconfundibles gritos de guerra.

Aunque la horda lyucu, aproximadamente a una milla de

distancia, superaba en número a las tropas imperiales, Ra Olu no se preocupó. Ordenó a las falanges avanzar para encontrarse con la carga de los bárbaros. Mediante señales de banderas, comunicaron a las aeronaves que se acercaran a los bárbaros y comenzaran a bombardearlos.

—¡Esos payasos se atreven a enfrentarse al poderío del príncipe Timu!

—¡Van a morir antes de darse cuenta de lo que está pasando!

—¡Arrojadlos al mar!

Los bárbaros se aproximaron. Aquellos entre la multitud que tenían buena vista pudieron apreciar el estado

lastimoso de su armamento y sus ropas; hasta los piratas iban mejor equipados. En lugar de atemorizarse, los habitantes de Dasu que se encontraban allí se entusiasmaron ante la perspectiva de presenciar una carnicería unilateral.

—Este será un día que perdurará en las canciones y pasará a la historia.

—¿No se dan cuenta de que están en desventaja?

—¡No puedo creer lo estúpidos que son estos salvajes!

—¿No hay mujeres entre los bárbaros? ¡Qué crueles deben de ser sus maridos y sus padres!

La carga de los lyucu se detuvo justo para permanecer fuera del alcance de

los arqueros de Ra Olu.

¿Se han dado cuenta de repente de la inutilidad de su ataque?, pensó Ra Olu. Dio la orden para que las aeronaves descendieran y comenzara el bombardeo.

Como bailarines que conocen bien la coreografía, los encargados del gas en el interior de las aeronaves tensaron las correas que rodeaban las bolsas de gas para reducir altura y los remeros tiraron con fuerza de los remos alados. Como gigantescos halcones mingén cayendo en un picado sobre una presa, las aeronaves de seda y bambú se lanzaron hacia abajo. Los soldados en las barquillas prepararon los cubos de brea

ardiendo y abrieron los compartimentos de las bombas mientras las naves sobrevolaban a toda velocidad la formación bárbara.

Los comandantes lyucu silbaron y la horda se dividió en pequeños grupos de unos cincuenta individuos. La mayor parte de los integrantes de cada grupo se agachó, mientras los que estaban en los extremos alzaban las mazas de guerra y las plantaban a sus pies como si fueran lanzas. Los guerreros bárbaros acuclillados ayudaron a desplegar y estirar sobre sus cabezas láminas de un material similar al cuero —claramente, el mismo del que estaban hechas las tiendas— que se mantenía elevado

gracias a las mazas de guerra levantadas en los bordes. El efecto fue como si de pronto hubieran brotado de la tierra pequeñas tiendas sobre las cabezas de los guerreros bárbaros.

Parecía una medida desesperada. Aquel material era tan fino y ligero que resultaba casi translúcido; seguramente las bombas incendiarias darían buena cuenta de él.

Las bombas de brea golpearon los refugios y explotaron. Unas cuantas cayeron sobre el terreno, cerca de las tiendas, y salpicaron con brea ardiendo las piernas y cuerpos de los guerreros lyucu que se encontraban al borde de sus formaciones. Chillaron, aullaron, tiraron

sus mazas de guerra y se revolcaron en el suelo, pero sus compañeros más cercanos inmediatamente ocuparon su puesto manteniendo las tiendas en alto con sus mazas de guerra y evitar que se desmoronaran.

A medida que la brea crepitante les quemaba la piel y la carne, los alaridos lastimeros fueron aumentando en volumen, para después debilitarse cuando los miembros agitados y los cuerpos que se retorcían ralentizaron sus movimientos y finalmente se quedaron inmóviles.

Los soldados de Dara y los espectadores dieron vítores. Esta carnicería era más fascinante de lo que

habían imaginado.

Sin embargo, los vítores no tardaron en convertirse en gritos de asombro.

Al explotar, las bombas de brea habían convertido los abrigos temporales sobre las cabezas de los bárbaros en estanques de lava en llamas, pero, de algún modo, el delgado material conseguía resistir. Aunque la brea crepitante y humeante ardía vivamente sobre las tiendas, parecía incapaz de hacer arder al propio material.

Los guerreros lyucu agachados en el centro de los refugios empujaron hacia arriba sus mazas de guerra de un modo rítmico y el cuero empezó a ondularse

como la superficie del mar. La mayor parte de la brea ardiendo, arrastrada por las olas, pronto cayó de las tiendas al suelo sin causar mayor daño.

Las aeronaves se abatieron sobre los bárbaros y comenzaron un segundo bombardeo. Al comprobar que las tiendas eran más resistentes al fuego de lo imaginado, los capitanes de las aeronaves cambiaron de táctica y ordenaron a los artilleros que dirigieran las bombas al suelo cercano a los refugios, en lugar de a los propios refugios. Tenían la esperanza de que las salpicaduras causaran suficientes daños a los que las sujetaban como para que las tiendas se vinieran abajo.

Pero los guerreros lyucu estaban preparados para tal eventualidad. Cuando las aeronaves se lanzaron hacia ellos, los guerreros de cada formación comenzaron a avanzar al unísono. Cientos de piernas se movieron de forma sincronizada dirigiendo las tiendas hacia las aeronaves para que las bombas volvieran a explotar sin causar daños sobre los toldos protectores.

Algunas de las formaciones, incapaces de ajustar adecuadamente su velocidad, acabaron precipitándose en los charcos de brea ardiendo del suelo y los guerreros heridos tuvieron que revolcarse para intentar apagar las llamas mientras el resto de la formación

hacía lo posible por evitar daños mayores. No obstante, la mayor parte de los refugios móviles también salieron indemnes del segundo bombardeo.

Ra Olu se dio cuenta de que había subestimado a los bárbaros, que parecían sorprendentemente bien preparados para los ataques aéreos. Pero en la Guerra del Crisantemo y el Diente de León había sido oficial de campo y sabía cómo adaptarse rápidamente a las circunstancias cambiantes. Inmediatamente, dio nuevas órdenes al cuerpo de banderas para que se las transmitieran a las aeronaves.

Las aeronaves dieron la vuelta una vez más y se dirigieron al campamento

bárbaro. Cuando sobrevolaron la línea de las tiendas de campaña provisionales de múltiples patas —que se movían como medusas en un mar plácido— dejaron caer una nueva salva de bombas. Las naves volaban a baja altura y sincronizaron sus movimientos de modo que las bombas cayeran aproximadamente en una línea entre los atacantes bárbaros y su campamento. Al explotar, la brea ardiendo formó una barrera de llamas que separaba la horda bárbara de su campamento. Los guerreros acurrucados no pudieron hacer nada mientras veían cómo quedaba cortada su ruta de retirada.

Ra Olu sonrió y dio orden de avanzar

a las falanges imperiales. En cuanto estuvieran a tiro, daría a los arqueros la orden de disparar: los bárbaros quedarían atrapados entre un muro de fuego a su espalda y un muro de flechas al frente. Mientras, las aeronaves continuarían bombardeando las naves bárbaras. La totalidad de la fuerza invasora lyucu iba a morir hoy y aquí, en las costas de Dasu.

Las aeronaves se acercaron al campamento como enormes halcones mingén cerniéndose sobre un nuevo territorio de pesca. Los navíos eran jugosos peces gordos atrapados en un bajío, listos para su captura.

Las falanges de Ra Olu avanzaban a

ritmo constante. Con cada paso, los invasores estaban más cerca de la muerte.

—¡Fuego! —ordenó Ra Olu.

Miles de flechas salieron disparadas atravesando en segundos la distancia que separaba las falanges imperiales de la línea de bárbaros.

Pero los guerreros lyucu habían cambiado de táctica defensiva y estirado las láminas de aquel extraño material, manchado con restos de brea ardiendo, como si fueran pantallas a lo largo de la línea del frente. Los guerreros de primera línea pisaron el borde inferior de las pieles y se inclinaron hacia adelante, apuntalando frente a ellos sus

mazas de guerra, mientras que quienes estaban detrás estiraban del extremo superior de la piel hacia atrás, de modo que todos quedaran a cubierto detrás de la «bolsa».

Al golpear las pieles, las flechas hacían un ruido sordo y caían al suelo sin causar daño, aunque algunos de los guerreros que apuntalaban el frente de los refugios resoplaban de dolor cuando los impactos de las flechas les magullaban el cuerpo, llegando a romper algunas costillas y algún brazo.

¿Qué extraordinario material es este?, se asombró Ra Olu. *Nunca había oído de ninguna piel tan resistente. ¿A qué clase de bestia pertenece?*

Pero no tuvo oportunidad de reflexionar mucho sobre este misterio. De pronto surgieron gritos de alarma entre las filas de sus soldados y los espectadores civiles. Ra Olu miró hacia arriba y la trompeta de señales que tenía en las manos se le cayó de golpe.

A lo lejos, de los grandes barcos-ciudad surgieron unas bestias gigantescas, como de pesadilla, y echaron a volar.

Las criaturas no se parecían a nada que Ra Olu hubiera visto en su vida. Eran una amalgama imposible de distintas especies: tenían un cuerpo fuerte y grueso del tamaño de tres o cuatro elefantes —utilizando como

referencia las aeronaves que sobrevolaban en las cercanías—; una cola de serpiente que arrastraban por el aire; dos patas con garras como las de los halcones que se extendían bajo el vientre; un par de grandes alas correosas que se extendían ciento veinte pies o más; y un cuello largo y delgado coronado por una cabeza con cuernos como la de un ciervo.

Diez, veinte, hasta treinta de ellas se lanzaron a los cielos. Con su impresionante envergadura y largo cuello, cada una tenía aproximadamente dos tercios de la longitud de las aeronaves imperiales, aunque sus torsos eran mucho más pequeños. Con una

velocidad que parecía imposible para su tamaño, se lanzaron sobre las aeronaves.

Anonadado, el capitán de la primera aeronave ni siquiera tuvo la posibilidad de ordenar una respuesta antes de que dos de las bestias destrozaran el casco. Usaban las garras para rasgar, la mandíbula para sujetar, y daban violentas sacudidas con el cuello. La superficie de seda y la estructura de bambú se quebraron como palillos bajo las garras y los dientes, y las bolsas de gas del interior quedaron perforadas en segundos. La tripulación gritó y saltó de las barquillas precipitándose desde cientos de pies de altura hacia la muerte.

Los capitanes de las otras aeronaves

se recobraron de su estupor inicial y ordenaron disparar flechas incendiarias mientras los remeros empujaban con todas sus fuerzas para iniciar la retirada de las aeronaves. Pero las flechas rebotaban sin causar daño en las alas y los cuerpos de las bestias, como mosquitos que intentaran picar a un elefante, y algunas chocaron con otras aeronaves provocando incendios.

Al fin, Ra Olu comprendió de qué material estaban hechas las tiendas y las barreras de los bárbaros.

Las bestias descendieron sobre la flota de aeronaves imperiales, normalmente veloz y elegante pero torpe y pesada al lado del rápido vuelo de

estas criaturas letales. Ninguna de las aeronaves duró más de un minuto bajo el asalto de dos o tres de las criaturas.

Del cielo caían restos ardientes, que el viento arrastraba como a nubes al atardecer. Los marineros moribundos se lanzaban desde los cascos en llamas, chillando en su camino a la muerte. Entre el gentío hubo muchas personas que apartaron la vista para no presenciar aquel horror. Algunas comenzaron a recoger sus carretas preparándose para escapar.

Pronto no quedaron aeronaves en vuelo y las espantosas bestias se juntaron en una formación laxa y se dirigieron hacia las falanges imperiales.

Solo entonces Ra Olu comprendió que el ataque inicial lyucu no había sido más que un ardid que tenía como objetivo comprobar la fuerza de las tropas imperiales, hacer de señuelo para que atacaran y mostraran sus tácticas mientras los bárbaros las contenían hasta que llegara el turno de las bestias aladas.

Ra Olu sabía que tenía que ser decidido; solo contaba con una oportunidad.

—¡A la carga! —dijo la orden.

Las aturdidas fuerzas imperiales aún eran lo suficientemente disciplinadas para obedecer. Los arqueros dieron un paso adelante, dispararon una nueva

salva de flechas y luego tiraron los arcos y empuñaron sus espadas cortas de defensa. Se quedaron atrás mientras los lanceros avanzaban y las ordenadas hileras de puntas afiladas se abalanzaban apuntando a la horda bárbara.

Los bárbaros dejaron caer sus barreras de piel, lanzaron un ensordecedor grito de batalla y se precipitaron con sus mazas de guerra contra la carga imperial.

Cuando se encontraron fue como cuando la marea choca contra una playa rocosa. El hueso golpeó al escudo y la lanza y la espada desgarraron la carne. Hombres y mujeres aullaban y

bramaban, sangraban y morían.

Sobre sus cabezas, las bestias sobrevolaron la vorágine de fuerzas opuestas y se dirigieron hacia el público situado detrás de las fuerzas imperiales.

Los civiles de Dasu que habían acudido a presenciar el primer contacto con los extranjeros chillaron y se desperdigaron. Los carruajes chocaban unos con otros, los caballos pisaban a la gente y los ricos llamaban a gritos a sus criados pidiendo ayuda —pero todos los criados con suficiente cabeza para servir de ayuda ya habían huido. El caos lo dominaba todo.

Las bestias se lanzaban en picado, remontando solo cuando estaban a

treinta o cuarenta pies del suelo. Al acercarse a tierra, batían sus alas con furia y las ráfagas de aire creadas por sus enormes alas hacían encogerse de miedo a los que estaban debajo.

Algunas personas se atrevieron a mirar hacia arriba y sus corazones se helaron con lo que vieron: el torso de las bestias estaba recubierto por una delgada malla confeccionada con una mezcla de tendones y una fibra tosca y, sujetos a esa red como marineros agarrados a las jarcias de un navío, montaban las bestias alrededor de una docena de guerreros armados de lanzas y hondas de hueso. Sentado en la base del cuello iba un único piloto, con un

casco hecho con el cráneo de algún animal, sujeto firmemente a una silla de montar.

Los ojos de los hombres y mujeres que montaban las bestias eran tan oscuros e implacables como los ojos reptilianos de sus monturas.

Las bestias se encabritaron, abrían y cerraban a toda velocidad sus inmensas mandíbulas mostrando unos colmillos superiores largos y afilados como espadas curvas, y luego lanzaron el cuello hacia adelante, arrojando bocanadas de fuego.

Era como si el monte Fiji hubiera entrado en erupción. Docenas de ardientes lenguas de llamas, cada una de

unos cien pies de longitud, caían sobre la multitud y convertían el suelo en lava ardiendo. Algunas personas quedaban incineradas al momento mientras otras huían chillando del lugar, con el cuerpo en llamas. El olor a carne quemada llenaba el aire y el humo acre oscurecía todo. Era realmente una escena del infierno.

Los soldados de las falanges imperiales miraron atrás y quedaron completamente aturdidos. Al ver la devastación causada por su apoyo aéreo, los guerreros bárbaros bramaron de aprobación y gritaron con una sola voz: «¡*Garinafin, garinafin! ¡Pékyutenryo! ¡Pékyutenryo!*!».

El ejército de Dara perdió la voluntad de pelear y las filas imperiales se deshicieron al tiempo que los soldados se tambaleaban y corrían. Los bárbaros les persiguieron y les aplastaron la cabeza con sus mazas mientras por encima de ellos las bestias se abatían sobre los supervivientes, que eran eliminados por los jinetes con tiros certeros de sus hondas...

A lo lejos, Ra Olu fustigó a su caballo para que galopara aún más rápido. Había empezado a correr tan pronto como dio la orden de ataque.

Sufría por los jóvenes a quienes envió a la muerte, pero era la única manera en que podía ganar cierto tiempo

para escapar y llevar las noticias a Daye.

Todas las historias que contaban los piratas eran ciertas. El poder de los invasores era inconmensurable y Dasu estaba sentenciada.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

LA FIRMEZA DEL PRÍNCIPE

DASU: DÉCIMO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

En Daye prepararon una aeronave mensajera rápida para comunicar las noticias de la invasión al emperador.

Para que el vehículo volara lo más deprisa posible, la única tripulación a bordo serían los remeros, la mayoría

mujeres escogidas en función de su peso ligero, fuerza y resistencia. En lugar de llevar un timonel que marcara el ritmo con el tambor, los remeros intentarían trabajar sincronizados cantando rítmicas canciones populares. Se eliminó cualquier peso innecesario: las mamparas interiores de la barquilla, las armas y armaduras. Al fin y al cabo, las flechas, las picas y los ganchos de abordaje de poco servirían contra las bestias aladas de los bárbaros, a las que aparentemente llamaban «*garinafin*». Tampoco llevarían agua ni provisiones, y la tripulación saciaría su sed recogiendo el agua que se condensaba en la funda de seda que recubría el

casco de la nave y que captaba la niebla al atravesar las nubes.

A pesar de la enérgica insistencia de Ra Olu, el príncipe Timu se negó a embarcar en la aeronave para escapar.

—De nada serviría incluirme entre la tripulación —dijo el príncipe Timu—. Estaría jadeando después de un cuarto de hora de manejar uno de los remos. Ahora desearía haber hecho caso a Théra y a Phyro y haber dedicado más tiempo a los deportes.

Ra Olu dio una patada al suelo con frustración.

—¡Nadie os está pidiendo que reméis! Vuestra seguridad es nuestra principal preocupación en estos

momentos.

—Tonterías. El maestro Ruthi me enseñó siempre que, sin fe y lealtad, el hombre es poco más que los animales. El emperador me envió aquí para mejorar la vida de los habitantes de Dasu. Ahora que se encuentran amenazados, abandonarlos sería traicionar su confianza y la confianza del emperador.

Ra Olu se sonrojó al pensar en su propia huida del campo de batalla.

Malinterpretando su silencio como tristeza, Timu intentó consolarlo.

—No te aflijas demasiado por la pérdida del maestro Ruthi. Siempre quiso vivir siguiendo los preceptos de

los sabios moralistas. Y estoy seguro de que murió sin remordimientos.

Durante una hora, Timu sollozó inconsolablemente por la muerte de Zato Ruthi, su maestro y el hombre que moldeó su mente. Nunca habría en toda Dara otro erudito tan amable e indulgente.

Luego se secó las lágrimas. No olvidaba cuál era su deber.

Por lo que Ra Olu contó, Timu estaba preparado para ver a los garinafins aparecer en el cielo en cualquier momento, por delante de los soldados bárbaros que llegarían por tierra. Sin embargo, el cielo seguía despejado por

el este.

Por los campesinos que llegaban en tropel a refugiarse en la ciudad, Ra Olu supo que los garinafins no habían partido por delante del ejército bárbaro en misión de exploración. Estaban descansando en la playa donde habían masacrado al ejército de dos mil hombres de Dasu.

—¿Pretenden profanar los cadáveres de los soldados mártires? —preguntó el príncipe Timu con voz temblorosa.

Ra Olu sacudió la cabeza.

—El rey bárbaro, un tal Pékyutenryo, es astuto. Tuvo una larga conversación con el maestro Ruthi antes de atacar y podemos suponer que intentaría

sonsacarle información útil. El ataque que lanzaron estaba cuidadosamente planeado. No creo que fuera a renunciar a tomar toda Dasu con un ataque relámpago si esos garinafins podían hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

Ra Olu se explicó pacientemente.

—Después de realizar un esfuerzo excesivo, la mayor parte de los animales necesitan tiempo para recuperarse. Pensad en el leopardo de patas largas de Écofi, supuestamente el animal más rápido en tierra: se lanza por las praderas en persecución de su presa tan veloz como un relámpago, pero luego tiene que descansar medio día antes de

poder levantarse siquiera y volver a moverse. Si tomamos en cuenta el despliegue de fuerza que presencié en los garinafins, no me sorprendería que necesitaran tiempo para recobrase.

—Tiempo para recobrase... — masculló Timu—. Entonces... no son invencibles después de todo. Aunque arrojen fuego por la boca y parezca que poseen una piel de acero.

—No. Estoy seguro de que son tan mortales como vos y como yo. No pueden atravesar Dara volando sin detenerse, sembrando la muerte a su paso.

El príncipe Timu solicitó pincel y tintero y se apresuró a añadir un

apéndice al informe sobre la invasión redactado para el emperador Ragin.

La aeronave mensajera partió sin llevar a bordo al príncipe Timu.

Cuando la horda bárbara llegó más tarde a Daye, ese mismo día, encontró las puertas de la ciudad abiertas de par en par. Los garinafins, alrededor de treinta, caminaban entre los guerreros bárbaros como si fueran torpes y descomunales ballenas con pies de pollo que debieran hacer esfuerzos para caminar en tierra, con las alas plegadas cuidadosamente junto al cuerpo.

El príncipe Timu, de pie con Ra Olu delante de las puertas de la ciudad,

recordó las criaturas fantásticas de Kita Thu en el examen imperial de hacía unos años, cuando intentó comparar el imperio del emperador Ragin con un lobo-cruben que no se sentía cómodo en tierra ni en el agua.

—Había oído que los hombres de Dara valoran el honor —declaró Pékyutenryo, montado en la base del cuello de un garinafin completamente blanco, aparentemente mayor y más alto que los demás—. Pero ¿son tan cobardes que ni siquiera van a combatir antes de suplicarme por sus vidas? —a pesar del marcado acento, era fácil percibir la arrogancia de su voz.

El príncipe Timu miró a la cara al

rey bárbaro y respondió:

—Rey Pékyutenryo, no me malinterpretéis. No he venido a suplicar por mi vida en absoluto; podéis tomarla si lo deseáis.

Pékyutenryo miró al joven príncipe desde la altura que le proporcionaba su montura, con aire divertido.

—Mi nombre es Tenryo Roatan. *Pékyu* es un título, similar al vuestro de *emperador*. ¿Quién eres tú?

—Soy Timu, príncipe de Dara y señor de Dasu.

Tenryo miró a Timu aún con mayor interés.

—No sabes pelear, ¿verdad? Mira tu piel suave, tus brazos delgados, tu

compleción frágil. Con un príncipe como tú, el imperio de tu padre no es sino una tienda de juegos infantiles.

Timu no quiso morder el anzuelo.

—Ya habéis matado a miles de soldados, pero eran soldados y era su deber morir en defensa de su pueblo, un deber que también me atañe. Cumpliendo con ese deber, he ordenado a los habitantes de la ciudad de Daye, y de hecho a los de toda la isla de Dasu, que cesen cualquier resistencia. No existe ningún honor en combatir una guerra desesperada. Las vidas son más importantes.

Ahora Tenryo miraba a Timu con algo parecido al respeto.

—Si no estás interesado en salvarte, ¿qué haces bloqueando mi camino a la ciudad?

—¡He venido a advertiros de que si osáis hacer daño al pueblo desarmado de Dasu, lo alzaré en armas contra vosotros, aunque sea en forma de fantasma, hasta que seáis arrojados al mar del que venís!

Aunque Timu era un adolescente que parecía más familiarizado con el pincel de escribir que con la espada, pronunció esas palabras con la voz firme y el porte sereno.

Ra Olu sintió un júbilo desbordante al observarlo. *Aunque el príncipe Timu no tenga el cuerpo o la complexión de*

un guerrero, Fithowéo es también el dios de aquellos que, armados solo de su orgullo, se afanan y prueban, perseveran y se esfuerzan, sabiendo todo el tiempo que no pueden vencer.

El rey Jizu debió de haberse mostrado así cuando consiguió que Tanno Namen no destruyera Na Thion.

Pasado un momento, Tenryo se echó a reír.

—Príncipe Timu, te equivocas por completo si crees que temo a los fantasmas. No me importan las reflexiones de pacotilla de vuestros filósofos y he matado a más personas de las que puedas imaginar.

»He sido traicionado innumerables

veces en mi vida y yo, por mi parte, he traicionado a quienes me creyeron sojuzgado por una promesa. La experiencia me ha enseñado que ni siquiera el vínculo entre padre e hijo es garantía de lealtad. La obediencia solo se puede forzar mediante el terror y la muerte, no con gestos grandilocuentes invocando a los dioses o a espíritus invisibles. Para pacificar a una población rebelde es preferible una carnicería a todos los discursos bonitos del mundo.

Timu se quedó mirando a Tenryo y, por primera vez, pareció asimilar la realidad a la que se enfrentaba.

—Esa es... una filosofía del mal.

—Bueno y malo son meras etiquetas que ponemos a las acciones que nos benefician o nos perjudican y he apostado las vidas de mis nobles y mis guerreros por la mera esperanza de hallar un refugio en el mar infinito. Con ellos me siento en deuda, pero a ti y a los tuyos no os debo nada. El único bien por el que lucho es una vida mejor para mi pueblo.

»Mi intención es conquistar toda Dara y no me detendré hasta que todos los hombres de estas islas estén postrados a mis pies, vivos o muertos, y los lamentos de sus mujeres sean más fuertes que las mareas.

El rostro de Timu se contrajo

mostrando una mezcla de terror y desafío. Tenryo lo miró desde arriba y la voz del pékyu era casi compasiva cuando volvió a hablar.

—No temas por tu vida; me eres más útil vivo que muerto. Pero tendrás que contemplar el escarmiento que daremos con Daye: quizá sea la lección más valiosa de todas.

La matanza de Daye duró tres días.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

LA PETICIÓN DE LA EMPERATRIZ

PAN: DÉCIMO MES DEL DÉCIMO
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

En el vestíbulo circular resonaron ecos de pisadas. Gin Mazoti, que seguía siendo la única prisionera de estas celdas solitarias, miró hacia arriba.

Dos figuras surgieron de las sombras

y se pararon al otro lado de los barrotes. Una era un guardián que llevaba un gran llavero repleto de llaves. Detrás de él, la emperatriz Jia sujetaba una bandeja de madera con una frasca de porcelana y una sola taza que irradiaban una pálida luz blanca. El guardia abrió la puerta de la celda.

La emperatriz Jia hizo una seña con la cabeza al guardián.

—Puedes irte.

El guardián miró a Gin, que permanecía sentada, y luego volvió a mirar a la emperatriz.

—Vete —dijo la emperatriz, menos paciente esta vez.

El guardián hizo una reverencia y

salió. El tintineo de las llaves fue desvaneciéndose poco a poco hasta desaparecer en la oscuridad del silencio.

Jia entró, dejó la bandeja delante de Gin y se sentó frente a ella en *géüpa*, como si Gin y ella fueran simplemente amigas dispuestas a pasar una tarde de charla. Sirvió la taza de Gin lentamente, con movimientos constantes y metódicos. Cuando la taza estuvo llena, la empujó hacia ella.

La fragancia del *osmanthus*, dulce y purificadora de la mente, inundó el aire y mitigó parte del frío y la humedad de la celda.

Solo una taza, pensó Gin. Ya ni

siquiera se molesta en disimular.

—Procede del sótano de una antigua familia noble Amu de Dimushi cuya propiedad pasó al estado cuando se descubrió que conspiraban. Es una de las mejores cosechas para el vino de *osmanthus*, según me han dicho, aunque no soy ninguna experta. Como eres de Dimushi, pensé que lo apreciarías más que yo.

—Supongo que la traición del noble Amu era más real que la mía.

—¿No consideras que sea traición dar asilo a los cabecillas de una rebelión bajo el estandarte del hegemón?

—Considero un deber proteger a los

testigos de un complot urdido junto al emperador mientras él duerme.

El modo en que la expresión de Jia se congeló indicó a Gin que sus conjeturas habían sido acertadas. Era un triste consuelo, pero era un consuelo.

—Noda Mi y Doru Solofi son tontos —dijo Gin—. No se dieron cuenta de que eran meras piedras en el tablero de *cüpa* de otro. Y Rin... ah, Rin... fue toda su vida demasiado inseguro.

—Siempre supe que serías tú quien lo averiguaría —murmuró Jia—. Siempre fuiste la mejor estratega.

—No tan buena como tú —dijo Gin.

—Esperaste demasiado —dijo Jia conforme—. Nunca pensé que fueras tan

osada como para dar asilo a esos dos. Como mucho, tenía la esperanza de que Zomi Kidosu te convenciera para salvar a algunos de sus seguidores. Pero cuando diste asilo a Mi y a Solofi, supe que tenía que actuar de inmediato.

—Pensé que el emperador me escucharía.

—Creíste en su confianza, ese siempre fue tu punto débil.

Gin cogió la taza y, sin decir todavía nada, la apuró de un trago. El vino era excelente, puro y seco, probablemente el mejor que Gin había tomado nunca.

Espero a sentir el ardor en el estómago. Deseaba que el veneno actuara con rapidez. Al menos le debían

eso, considerando todos los servicios prestados a la Casa del Diente de León.

Pero no hubo sensación de quemadura ni dolor alguno en el estómago. Tampoco se sintió soñolienta.

Miró a Jia, sorprendida.

—No está envenenado —dijo Jia—. No tengo nada personal contra ti, Gin. Sé que no me crees, pero es cierto.

—Es una prueba, entonces —dijo Gin—. ¿La he pasado?

—La pasaste hace mucho tiempo —dijo Jia—. Pudiste haberme agarrado en el momento en que bajé aquí, indefensa, excepto por la compañía de un solo guardián. Pudiste haberme pedido cualquier cosa: una aeronave que te

llevara al rincón más remoto de Dara; unidades de confianza que te escoltaran de regreso a Nokida; una audiencia con Kuni. Pero no lo hiciste.

—Habría sido inútil —dijo Gin—. Que bajaras a verme así significaba que estabas preparada para dichas contingencias. Si te hubiera cogido de rehén, solo estaría confirmando las acusaciones de traición.

—Una estratega hasta el final —dijo Jia, con genuina admiración en su voz—. Si no fueras... tan orgullosa, dudo que nunca llegara a igualarte.

Gin volvió a llenar la taza y a apurarla como antes.

—Es realmente un vino excelente,

aunque cuando vivía en Dimushi no tenía acceso a ese tipo de placeres. Era una niña de la calle y a veces estaba tan hambrienta que me comía las sobras que las familias acomodadas arrojaban en los comederos para los perros y los cerdos. Sé que nuestra relación nunca ha sido cercana, Jia, pero el emperador fue el único que me dio una oportunidad y me proporcionó la vida que tenía; por eso jamás le habría traicionado. Así que dime... ¿a qué viene esta estratagema tan elaborada?

—Pese a lo que creamos, en realidad no conocemos lo que encierra nuestro corazón —dijo Jia—. Eres una guerrera, Gin, y yo pensaba que Dara ya no

necesitaba guerreros. El poder de Kuni procede de la espada, pero para gobernar debe utilizar el pincel de escribir. Cuando hay una espada afilada en una casa con niños, alguien resultará herido.

—Aunque pensara que el príncipe Timu no es la mejor elección para el trono, habría aceptado la decisión del emperador, fuera la que fuera.

—Precisamente porque hablas de *aceptación* tuve que hacer lo que hice. En tiempos de paz, quienes dirigen los ejércitos no deben ser los que deciden quién debe o no debe ascender al trono. Esa forma de proceder engendra guerras, división y locura.

—Yo lucharía por Timu. Mi ambición es servir a la Casa del Diente de León.

—Puede que sí —dijo Jia—. ¿Pero lo haría Phyro? ¿Y Théca Kimo y Puma Yemu? Si Phyro alzara el estandarte de la rebelión, ¿cuántos nobles y generales se pondrían de su lado? Y, si llegara ese día, ¿no te justificarías a ti misma pensando que eras leal a Kuni apoyando la causa del hijo que más se parece a él en espíritu?

Gin se echó a reír.

—Por tanto, como tu hijo es débil, crees tener el derecho de privar a la Casa del Diente de León de aquellos que en su día lucharon por ella y podrían

volver a hacerlo. Esa es una traición mayor que cualquier conspiración que creas haber descubierto.

Jia ni se inmutó ante esas palabras.

—No me preocupan las etiquetas como «traición» porque mi único deber es con el pueblo de Dara. Si hago esto no es por Timu, aunque sé que tú y otros pensaréis así. Habría actuado igual incluso si Phyro fuera el heredero. En ese caso, aún con mayor motivo.

Gin miró fijamente a Jia.

—No lo comprendo.

Jia suspiró.

—Cuando una cruben emerge a la superficie, deja un rastro de peces y algas aplastados; cuando un barco

atraviesa un muro de tormentas, sale con los mástiles partidos y las velas rasgadas; cuando surge un imperio, lo hace sobre una montaña de huesos y calaveras. La violencia tiene un precio, Gin, y más tarde o más temprano, es preciso pagar esa deuda. Quería estar segura de que el coste no fuera tan elevado como para hacer que la cruben volviera a caer al mar, que la tormenta alcanzara al barco y que los fantasmas y las almas vengativas derribaran la Casa del Diente de León.

Gin reflexionó sobre esas palabras.

—Desconfías de todos aquellos que portan armas. Crees que los herederos del emperador no podrán dormir

tranquilos mientras la Casa del Diente de León no monopolice el uso de la fuerza.

—No solo los herederos de Kuni, sino todos los habitantes de Dara —dijo Jia—. Kuni ha mantenido controlados a todos los nobles y generales gracias a la lealtad personal que le profesan, y quizá Phyro pueda conseguirlo durante otra generación. ¿Pero qué hay de sus herederos y de quienes hereden los reinos bajo tu control, bajo control de Kimo, de Yemu, de Çakri y de los demás? En algún momento, las historias de amistad entre sus padres y sus abuelos se convertirán en meras leyendas, el fuego de la ambición se

inflamará, los hombres con ejércitos bajo su mando se pondrán nerviosos y Dara volverá a caer en la vieja rutina de muerte y sangre, en la que los fuertes viven a costa de los débiles. Las gentes de Dara merecen algo mejor.

—Piensas igual que Mapidéré —dijo Gin—, que intentó preservar su imperio arrebatando las armas a los plebeyos. Ese plan no funcionó tan bien.

—Porque no instauró ningún sistema para reemplazar la competencia de la guerra —dijo Jia—. Yo no baso mi confianza en los frágiles vínculos de la lealtad personal forjados en el campo de batalla y celebrados en los antiguos poemas. Quiero reemplazarlos por la

obediencia a un sistema de reglas y códigos, canalizar la energía y la ambición en una red de roles y obligaciones documentados en los libros y reificados por la repetición hasta convertirse en cadenas invisibles tan reales como las calzadas y las rutas comerciales que atraviesan los mares y unen las islas de Dara. Entonces no tendrá importancia si un heredero es débil o fuerte. Las gentes de Dara necesitan un sistema que funcione con independencia de quién sea el emperador.

—En consecuencia, te sometes a los moralistas y a su visión de una sociedad gobernada por rituales repetitivos y

modelos desgastados del pasado. Piensas que si eliminas a todos los mandos militares independientes y das autoridad a los eruditos, en el peor de los casos actuarán según el aforismo de que si diez eruditos decidieran iniciar una rebelión, les llevaría tres años de discusiones ponerse de acuerdo en el nombre que adoptaría su facción.

—Los acontecimientos han demostrado que tenía razón. Noda Mi, Doru Solofi y Théca Kimo se rebelaron.

—Ninguno de ellos habría hecho nada para enfrentarse al trono si no hubieras aconsejado continuamente al emperador que redujera sus poderes, que socavara su sensación de seguridad

y, en algunos casos, que incitara de forma descarada su rebelión. Les forzaste a hacer lo que querías que llegara a ocurrir.

—Lo único que hice fue estimular sus tendencias naturales, que habrían salido a la superficie con el tiempo. Poco importa lo mucho que allanara su camino; la decisión de rebelarse fue, en último término, suya. Un lobo jamás podrá ser un perro obediente, ni un tiburón una dócil marsopa.

Gin se echó a reír.

—Un bonito discurso para justificar hacerles caer en la trampa.

—Tú crees que yo envenené el terreno; yo creo que me limité a sacar el

veneno que había en él. Tú crees que yo hice rebosar el vaso; yo creo que me limité a llenarlo más rápidamente. Supongo que nunca nos pondremos de acuerdo, porque cada una solo ve lo que espera ver. No me arrepiento de lo que hice porque sé que, en el fondo, Kuni y tú sabéis que tengo razón. Kuni es demasiado bondadoso para ir tan deprisa como yo he ido, pero sabe que es preferible cauterizar ahora la herida que dejarla ulcerarse y provocar una enfermedad que sus hijos no pueden curar. Sabes que has tenido tentaciones en el pasado y que haberlas resistido no es garantía de que vuelvas a conseguirlo en el futuro.

—Haces que me arrepienta por no haber escuchado a un mendigo con capa blanca que, hace mucho, me aconsejó que no ayudara ni al emperador ni al hegemón, cuando todavía tenía la posibilidad de labrarme mi propio destino —dijo Gin.

Jia levantó la vista bruscamente al oír esas palabras.

Gin suspiró y apartó la mirada.

—Y ahora me siento mal conmigo misma por arrepentirme al recordar ese día, lo que solo confirma tu manera de ver el mundo, un mundo feo y brutal en el que no deseo vivir.

—Es el único que tenemos —dijo Jia—. Por la estabilidad del imperio y la

seguridad de sus gentes, estoy dispuesta a hacer cualquier cosa y que sea la historia la que me juzgue.

—Tú ganas —dijo Gin—. Puede que sea una buena estratega y que no tenga miedo a la muerte, pero Luan tenía razón. Me falta temple para esta clase de políticas —volvió a servirse de la frasca y bebió.

—¿De verdad he ganado? —preguntó Jia. Gin aguardó a que Jia continuara, pero parecía perdida en sus pensamientos.

Solo después de un buen rato, la emperatriz volvió a hablar.

—Si mi marido tuviera que ir a la guerra en persona, ¿a cuántos hombres

crees que podría dirigir de manera eficaz?

A Gin le sorprendió la pregunta. Tras sopesarla, respondió.

—El señor Garu sería un buen jefe de compañía, podría mandar a cien hombres —casi de manera inconsciente, retomó los títulos y las formas de hablar de los viejos tiempos, cuando ella, Kuni, Cogo, Luan y Risana debatían sobre estrategia junto a la hoguera en las playas de Dasu—. Si no tuviera más remedio, podría arreglárselas bastante bien para dirigir un destacamento de mil hombres, suponiendo que los planes y los objetivos estuvieran claros. Pero, más allá de eso, creo que sería más un

lastre que una ayuda. No es un estratega por naturaleza y es demasiado impulsivo y renuente a llevar a cabo la clase de sacrificios que hacen falta para ser un buen general.

—¿Y tú? ¿Cuántos hombres puedes dirigir?

Gin la miró desdeñosamente.

—Yo fui mariscal de Dasu y luego mariscal de Dara. He enviado a la muerte a decenas de miles de hombres y también he matado a cientos de miles. No importa el tamaño del ejército, puedo manejarlo tan bien como danzo con mi espada.

—Entonces, ¿por qué le sirves? ¿Cómo puedes afirmar que nunca te

rebelarás ni perjudicarás a la Casa del Diente de León, aun admitiendo que te consideras más capacitada que tu señor?

Gin contempló a Jia con calma.

—Yo no he dicho eso. La capacidad de dirigir soldados no es igual que la capacidad de gobernar y legislar. Yo serví al señor Garu porque él era capaz de lograr algo que yo no podía: hacer de Dara un lugar mejor para todos los niños y niñas de las calles de Dimushi que no pude salvar. Jamás perdí esa convicción.

Jia suspiró.

—Ojalá hubiéramos podido ser amigas. Mi deseo es el mismo que el tuyo y, aun así, estoy convencida de que

para lograr una paz duradera, las personas como tú deben desaparecer de Dara como desaparece la neblina nocturna al amanecer.

Ambas continuaron sentadas un rato en silencio contemplativo. Luego, Gin dijo:

—Estoy cansada de esperar. Dame una cuerda larga o una frasca de vino envenenado. Solo pido que mi hija...

—Ella no sufrirá ningún daño —dijo Jia.

—Puede que tenga aptitud... —el rostro de Gin, que por un momento se mostró vulnerable, volvió a endurecerse—. Sabrá abrirse camino en la vida a su manera, igual que yo. Estoy lista para

desaparecer como deseas.

Pero Jia sacudió la cabeza.

—Solo sería deseable que desaparecieras si Dara estuviera en paz. A menudo los dioses se deleitan frustrando los planes que hemos trazado cuidadosamente.

—Las rebeliones no están fuera de control —dijo Gin—. Incluso los hijos del emperador serán capaces de manejarlas, con el tiempo.

—No. Hay algo más —Jia extrajo de los pliegues de su túnica el informe enviado por el príncipe Timu y se lo entregó a Gin.

Gin lo desplegó y lo leyó lentamente. Cuando levantó la mirada, su expresión

era impenetrable.

—Te pido que salves a mi hijo, Gin Mazoti. Te pido que salves Dara.

—Entonces proclama mi inocencia y confiesa ante el pueblo tu conspiración —dijo Gin—. No lucharé a menos que vea restituido mi buen nombre.

Durante un rato, Jia no dijo nada. Gin aguardó.

—No puedo —dijo Jia.

—Ah, la vanidad —dijo Gin.

—No —dijo Jia—. Si hago lo que me pides, todo mi esfuerzo se malogrará. Nadie se atreverá a hablar en contra de los señores feudales y de sus ejércitos personales durante generaciones y toda Dara se verá

asolada por las guerras en los años venideros.

—Ya he dicho cuál es mi precio — dijo Gin—. Debes escoger.

Pronto, las noticias y los rumores de la invasión lyucu se difundieron por toda Dara a medida que los refugiados de Dasu y Rui alcanzaban las costas de la isla Grande.

—¡Los bárbaros montan sobre elefantes que vuelan y escupen fuego!

—Los llaman garinafins y no solo escupen fuego. Te convierten en piedra con solo mirarte a los ojos y luego te hacen añicos con sus garras de águila y sus dientes de lobo.

—¡Rui cayó en cinco días! Pékyu Tenryo envió a los jinetes garinafins sobre el golfo de Gaing en barcos-ciudad y, de sopetón, ¡más de cincuenta aeronaves desaparecieron por arte de magia! ¿Puedes creerlo? Dicen que murieron cinco mil personas, incluido el gobernador y toda su familia, y ni siquiera fue herido un solo bárbaro.

—He conocido a una mujer que perdió a todos sus hijos en una sola explosión de fuego. ¡Oh, dioses! Solo ella escapó de la llamarada, pero llevaba de la mano a su hijita y lo único que quedó de ella fue esa mano. No quería soltar el muñón chamuscado. La metimos en el barco, pero ahora tenemos

que vigilarla a cada hora para que no se cuelgue...

—Vi a un hombre cuyos ojos se volvieron tan rojos como el fuego después de que los lyucu mataran a sus padres, a su esposa y a sus tres hijos delante de él. Los persiguió con la única arma que tenía a mano, una pala, y le golpearon tantas veces con sus mazas que, cuando acabaron, solo quedó en el suelo un amasijo de carne y huesos pulverizados...

—He visto a los lyucu perpetrar toda clase de horrores cuando entraron a mi aldea y me escondí en un bote de pesca vuelto bocabajo. Mataron a todo aquel que consideraban demasiado viejo,

enfermo o tullido para trabajar y luego obligaron a las madres a estrangular a sus bebés para que estuvieran libres y convertirlas en concubinas de los guerreros lyucu...

—Fui el único que escapó de mi ciudad porque los lyucu querían dar un escarmiento. Competían para ver quién podía arrojar más alto a los bebés para que se aplastaran contra el suelo; obligaban a los niños a escoger cuál de sus padres querían que viviera, para luego asesinar a los dos de todas formas; al resto, nos hicieron correr al bosque para ir a cazarnos por deporte...

—¿Pueden los elefantes voladores transportar a los bárbaros por mar hasta

las otras islas?

—¡Claro que pueden! Y como el emperador ha perdido la base aérea del monte Kiji, ni siquiera podremos reponer el gas de las aeronaves... aunque no es que hayan servido de mucho por ahora.

—¿No puede hacer algo la mariscal Mazoti? Se dice que la emperatriz le ha pedido que regrese a su antiguo cargo y defienda Dara para redimir su traición.

—Pero ¿qué puede hacer la mariscal? Ella es tan mortal como el resto de nosotros y los bárbaros luchan como inmortales diabólicos.

—Que los dioses se apiaden de nosotros.

—Me pregunto dónde han estado hasta ahora.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

LA PARTIDA DEL CLARIVIDENTE

PAN: DÉCIMO PRIMER MES DEL
DÉCIMO PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

Tras acabar con los últimos coletazos de la rebelión de Mi y Solofi en Tunoa, el príncipe Phyro, la princesa Théra y el duque Rin Coda regresaron a una capital

sumida en completo desorden.

Después de una breve reunión familiar, ensombrecida por la ausencia de Timu, Kuni salió con Rin para discutir la situación en Dara. Jia se marchó al templo de Tututika a rezar por Timu. Phyro y Théra, por su parte, tenían cada uno la intención de visitar a alguien.

Risana se opuso en cuanto supo cuáles eran los planes de Phyro.

—¿Por qué no me dejas ir a ver a tía Gin? —preguntó Phyro—. ¡Es la única que puede rescatar a Timu!

—Tienes que aprender a controlar tus emociones —dijo Risana—. ¡Piensa! Gin es ahora una traidora que se ha

negado a luchar por el emperador. Si vas a verla, todos lo considerarán un gesto de duda que debilitará los cimientos de la autoridad imperial. Eso es lo último que necesitamos ahora.

—Odio todo esto.

—La imagen lo es todo en el arte de la guerra y de la política —dijo Risana—. A estas alturas, ya deberías saberlo.

Por su parte, Théra buscó a Zomi Kidosu, que se alojaba en los aposentos para los invitados, extramuros de palacio, con la princesa Aya. La emperatriz no había querido que se marchara de Pan mientras seguía pendiente el proceso contra Gin.

La princesa nunca había visto a Zomi

tan perdida. Ordenaba una y otra vez los papeles de su escritorio, intentando parecer ocupada sin ningún resultado.

—¿Qué haces?

Zomi alzó la mirada, como si le sorprendiera que la princesa siguiera allí.

—Me ocupo de los asuntos civiles de Géjira desde aquí, mientras se encuentra... bajo la ocupación imperial. He creado algunos programas para la reina que los generales del emperador no van a entender...

—No me refiero a eso —dijo Théra—. ¿Es verdad lo que escribiste sobre la reina?

Zomi apartó la mirada.

—Alteza, yo... yo no... por favor.

Théra suspiró. Ver a Zomi de ese modo le parecía incorrecto, como si la hubiera sorprendido desnuda. *¿Por eso Kon Fiji advertía a sus discípulos de que no debían venerar a los héroes? «Admirar a alguien en exceso es predisponernos a la decepción».*

Tenía ganas de contarle a Zomi sus hazañas en Tunoa, pensando que estaría interesada en los espejos mágicos. Quería demostrarle que había cambiado, que había crecido. No era así como había imaginado reencontrarse con ella: bajo nubes de duda y de traición.

—¿Estás viviendo la vida que deseas? —preguntó Théra. Y, antes de

que Zomi pudiera responder, se marchó.

Queridísimo amigo:

He pensado muchas veces en aquella ocasión en la que me salvaste de las flechas que llovían del cielo cuando éramos unos muchachos que faltábamos a clase para ver el desfile del emperador Mapidéré...

Rin Coda titubeó, sin saber bien con qué ideograma continuar. Siempre se le habían dado bien las palabras, pero ahora se sentía incapaz de expresar la pena que sentía.

El hijo de mi mejor amigo ha sido capturado por crueles invasores del otro lado del mar y la mujer que podría

salvarlo está encarcelada acusada de traición.

¿Cómo es posible que todo haya salido tan mal?

El bloque de cera que tenía en la mano continuaba goteando y, de tanto en tanto, un chorretón torpe y amorfo, tan caótico y discordante como el torbellino de su propia mente, manchaba la seda al final de la línea de ideogramas cuidadosamente grabados.

Suspiró, apagó el fuego de un soplido y dejó a un lado el bloque de cera.

Théca Kimo ha sido ejecutado y la reputación de Gin Mazoti está arruinada. Muchos hombres y mujeres han perdido la vida en guerras sin

sentido. Todo esto ha ocurrido a causa de mi inseguridad y del deseo de aumentar mi influencia, por querer estimular y crear una rebelión para luego descubrirla y suprimirla.

Colocó una mesita bajo la viga central de la habitación, se subió encima y pasó una bufanda de seda alrededor de la viga, atando después ambos extremos en un lazo.

No puedo descargar mi culpa en Jia. Aunque fuera ella quien me dio la idea, fui yo quien llevó a cabo la acción. Proporcioné a Dora Mi y a Doru Solofi los fondos para su rebelión; permití que las armas de Théca Kimo entraran en Tunoa, enredándole en una

conspiración de la que no pudo zafarse; permití que Noda Mi y Doru Solofi huyeran a Géjira, pensando que quizá pudieran ser útiles en el futuro. Mientras creaba amenazas fantasma y me felicitaba por derrotarlas, descuidé mis obligaciones y permití que una amenaza real llegara al imperio.

Introdujo la barbilla por el lazo de seda, dio otra vuelta con la seda alrededor de su cuello, para que no pudiera salir la cabeza, y probó la resistencia del lazo. Aguantaría.

Todo lo que tengo se lo debo a Kuni y, aun así, mi traición fue peor que la de cualquier otro. No puedo mirar a la cara a Théca Kimo. No puedo mirar a

la cara a Gin Mazoti. Desde luego, no puedo mirar a la cara a mi amigo.

Dio una patada a la mesa. Su cuerpo cayó unas pocas pulgadas y se detuvo cuando el lazo de seda aguantó su peso; las piernas patalearon, dieron sacudidas y luego fueron parándose; el olor a orina y heces inundó el cuarto; el sonido amortiguado del forcejeo se detuvo.

Jia y Kuni estaban sentados en *miparari*, uno frente a otro, con una mesita en medio. La carta inconclusa de Rin Coda estaba entre ambos.

—Esto es cosa tuya —dijo Kuni.

Jia no dijo nada. Pensaba en Otho Krin.

El suicidio de Rin Coda hacía diez días había dado inicio a una investigación exhaustiva dirigida por Cogo Yelu. La llevó a cabo con especial celo —sin duda, para intentar limpiar el papel desempeñado por él mismo en la caída de Gin Mazoti— y desveló muchos niveles de corrupción y complicidad, así como el apoyo descarado de los clarividentes a las rebeliones. Se descubrieron y ejecutaron muchos chivos expiatorios.

—¿Cómo hemos podido alejarnos tanto? —balbució Kuni—. Y, encima, me obligas a guardar tu secreto. Si revelara la verdad sobre el suicidio de Rin y el papel que has desempeñado en

todo lo ocurrido, el imperio se desmoronaría cuando menos podemos permitirlo. Los gobernantes, como los dioses, no pueden tolerar que se descubran sus errores, así que me has cargado con esta mentira que no puedo repudiar.

Jia inclinó la cabeza.

En determinado momento, Cogo empezó a sospechar que Otho Krin, el chambelán, estaba involucrado. Pero, a pesar de las amenazas y torturas, Otho se negó a revelar el papel de la emperatriz.

Murió en prisión. Dijeron que fue un suicidio. Tal vez lo fuera; tal vez no.

El amor nos hace cometer actos

extraños.

Su silencio había sido muy valioso. Aunque Kuni sospechaba lo que ella había hecho, Cogo no pudo conseguir ninguna prueba. Incluso si Kuni sabía la verdad, mientras no pudiera demostrarla, su posición estaba a salvo.

Y tenía la esperanza de que, con el tiempo, él entendería por qué hizo lo que hizo.

El amor nos hace cometer actos extraños.

Se quedaron sentados, en silencio, mucho tiempo. Los hombros de Jia se estremecían y las lágrimas caían sobre la mesa.

—Le organizaré un entierro

espléndido —murmuró Kuni—. Oh, pobre Rin, has sido un necio —miró a su esposa, que transmitía tristeza por todas las arrugas de su cara—. Ni siquiera eres capaz de disculparte.

Se levantó y se fue.

Jia no levantó la cara.

Soto entró en la habitación y envolvió la figura de Jia con una manta. No se había movido durante horas, ni siquiera después de que el emperador saliera.

—Sé que piensas que soy un monstruo —dijo Jia.

—No sé qué pensar —dijo Soto—, pero sigo siendo vuestra amiga.

—Gracias —dijo Jia en un susurro.

Y las dos mujeres se dieron la mano un instante a la luz parpadeante de las velas.

—Una vez tuve un sueño —dijo Jia—. En él, la señora Rapa me hablaba de la importancia de las estructuras y los sistemas perdurables, que cambian tan despacio como los ríos de hielo. También me habló de la transitoriedad de los vínculos de la lealtad y la fe, tan inestables como temblorosas lenguas de fuego.

—La mente perezosa culpa de nuestros errores a los dioses.

—Oh, no estoy descargándome de culpa. Los sueños a menudo se limitan a reflejar nuestras ideas en metáforas.

—Vuestra visión del sueño tiene el encanto de la simplicidad —dijo Soto—. Pero es como los modelos de los filósofos; el mundo real suele ser más complicado.

Jia desvió la mirada.

—Sin los sueños y los esfuerzos que realizamos por alcanzarlos, ¿en qué nos diferenciaríamos de las algas marinas que se limitan a dejarse llevar por las corrientes?

—¿Os arrepentís de lo que habéis hecho?

Jia sacudió la cabeza.

—Todo lo que hice fue por el bien de las gentes de Dara. Simplemente no funcionó. Si los lyucu no hubieran

llegado, habría traído la paz a esta tierra durante generaciones. No puedo disculparme si pienso que no hice nada malo.

—Pero vuestros métodos... Ojalá hubierais elegido otra forma de llevar adelante vuestros planes, Jia. El derramamiento de sangre tiene que ser el último recurso, no el primero.

—Yo no poseo el carisma de Kuni, que quizá podría haber encontrado otra manera de desarmar a los señores feudales en un juego de taberna; carezco del poder de Mata, que podría haber mantenido la paz mediante la espada y la maza; no tengo la astucia de Luan Zya, que podría haber hecho caer en la

trampa a los ambiciosos con artimañas más ingeniosas. Pero ellos no comparten mi visión, así que tuve que utilizar los métodos de los que disponía como mujer de palacio: la intriga, el complot, las rebeliones provocadas.

Soto suspiró.

—Estoy de acuerdo y no estoy de acuerdo con vos. Las vidas perdidas... no creo que podáis liberaros de esa carga.

—Estoy dispuesta a ser juzgada por mis decisiones. Lo mismo que Kuni, lo mismo que cualquiera que ostente el poder.

Soto asintió.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí

sentada?

Jia la miró.

—Estoy deshonrada, no hay nada que pueda hacer.

—Pero seguís siendo la emperatriz de Dara y la vida de la gente que os importa está amenazada por los invasores del norte.

—Creo que para mí se han acabado los tiempos de inmiscuirme en la política.

Tras un momento de silencio, Soto dijo:

—¿Recordáis cuando ibais de pequeña al teatro de marionetas de sombra?

Sorprendida, Jia asintió.

—Las representaciones comenzaban a la caída de la tarde, antes de la puesta de sol. Y generalmente el primer acto concluía con alguna tragedia: los amantes se separaban por celos y sospechas; el ministro malvado había expulsado al general leal; la criada fiel era despedida por su señora a causa de un malentendido.

Jia soltó una risita sofocada.

—Y cuando llegaba el intermedio, la noche ya había caído. Las estrellas titilaban en el cielo y yo pensaba que se habían incorporado a la representación en el peor momento.

—Pero siempre hay un segundo acto —dijo Soto—. Siempre.

Las dos mujeres se miraron. Al final, Jia movió la cabeza afirmativamente y apretó la mano de Soto.

CAPÍTULO CUARENTA

LA CORRUPCIÓN DE RA OLU

RUI: DÉCIMO PRIMER MES DEL
DÉCIMO PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

Un viento frío soplaba sobre las agitadas olas del golfo de Gaing. En el cielo planeaba un enorme halcón mingén junto a dos cuervos, uno blanco y otro

negro, y a una paloma. Al mismo tiempo, un monstruoso tiburón atravesaba en círculos las parpadeantes sombras bajo las olas. Las nubes, iluminadas por una luz dorada, semejaban las escamas de una carpa y, si se escuchaba atentamente, el embate de la espuma del mar parecía fundirse en un aullido de lobos.

El tiburón, *pawi* de Tazu, Señor de las Aguas Impredecibles, saltó sobre la superficie del mar mostrando todos sus dientes en una sonrisa grotesca que centellaba al sol.

El halcón mingén, *pawi* de Kiji, Señor de los Vientos, se lanzó en picado emitiendo un chillido desafiante ante la bestia de colmillos como dagas.

¿De qué te ríes, Tazu?

El Dios de las Aves ha sido expulsado de su territorio por los bárbaros alados; creo que muchos lo encontrarían gracioso.

¿Es que ya no tienes ninguna compasión? Ahora ríes, pero llegarán también a tu territorio, a La Garra del Lobo.

Yo me río de todo, hermano. Tú no te ríes de nada. Esa es la raíz de tus problemas.

Las nubes-escamas se agitaron cuando Tututika, la más joven de los dioses, les interrumpió con su voz cristalina y musical.

Ya basta de riñas. Toda Dara está

amenazada. Todas las islas, toda la gente, todos los dioses. Debemos hacer algo.

Los lobos-olas aullaron cuando Fithowéo el Belicoso se unió a la discusión.

¿Estás sugiriendo que vayamos a una guerra contra los lyucu? ¿Y qué hay de nuestro pacto de no intervenir directamente en los asuntos de los mortales?

Los lyucu no son el pueblo de Dara. El pacto no cuenta para ellos.

El tiburón volvió a hacer ostentación de su mueca letal.

¡Menudo sofisma! ¿Qué significa «el pueblo de Dara»? No es la primera

vez que llegan invasores a estas costas. Las islas estaban habitadas antes de la llegada de los anu, no hace tanto tiempo a ojos de las eternas estrellas. Entonces no hicimos gran cosa para proteger a ese pueblo de Dara de la masacre, ¿verdad?

Como los demás *pawi* miraron a otro lado, avergonzados, Tazu continuó:

En las Guerras de la Diáspora, algunos de nosotros luchamos contra ellos, algunos luchamos con ellos y algunos hicimos las dos cosas. Y parece que todos terminamos prefiriendo el incienso, la música, las comidas ceremoniales y los grandes templos que nos ofrecían los descendientes de los

anu antes que los toscos santuarios en los bosques del pueblo cuyos últimos miembros viven en Tan Adii. ¿Acaso no es esto sino otra vuelta de la eterna rueda del cambio? Recordad que no somos mortales; sus preocupaciones no son las mismas que las nuestras.

Los otros dioses guardaron silencio durante un rato, pero finalmente la mansa paloma de Rufizo extendió sus alas sobre el amenazante mar.

La llegada de los anu fue un tiempo de derramamiento de sangre y muerte, y tienes razón al decir que todos nosotros hicimos cosas de las que no estamos orgullosos durante las Guerras de la Diáspora. Pero entonces

éramos diferentes, más jóvenes, como chiquillos que no conocen la diferencia entre el bien y el mal. Del mismo modo que los descendientes de los habitantes originarios de estas islas se mezclaron con los anu para convertirse en el pueblo de Dara, también nosotros somos distintos ahora. Hemos cambiado nuestra forma de vestir, nuestra forma de hablar, nuestra forma de pelear, de debatir y de amar a causa de los anu. Todos nosotros hemos caminado entre ellos en forma mortal y les hemos tenido como amantes...

Las nubes se tornaron carmesí cuando algunos de los dioses recordaron viejos amores y el tiburón de Tazu se rió

entre dientes con un sonido desagradable.

Los anu nos han transformado con su culto, su filosofía y su cultura tanto como nosotros les hemos cambiado a ellos con nuestra guía y nuestra persuasión. Espero que nuestro sentido de la responsabilidad haya madurado.

La mueca del tiburón se hizo más despreciativa al replicar.

Suenas como un moralista mortal, pero ¿cómo sabes que en mil años estos extranjeros que se hacen llamar lyucu no nos levantarán también grandes templos, alabarán nuestros nombres y se considerarán a sí mismos el pueblo de Dara? Las lanzas de los habitantes

originales de estas islas se han podrido y sus huesos yacen en la profundidad del suelo, pero las islas siguen aquí, al igual que nosotros. Yo digo que les dejemos pelear a su antojo y que sigamos jugando nuestros juegos con ellos como antes. ¿No está Kuni Garu siempre hablando de hacer cosas interesantes? Creo que es más interesante observar cómo se pelean entre ellos, especialmente cuando los lyucu poseen esas formidables bestias.

Ahora les llegó el turno a las Gemelas de Cocru —la obstinada y paciente Rapa, diosa del sueño y del descanso, y la impulsiva y volátil Kana, diosa del fuego y de la muerte:

Hemos moldeado a la gente de Dara...

... del mismo modo en que la gente de Dara nos ha moldeado a nosotros, hermana. Y somos en parte responsables de la crisis a la que hoy se enfrentan.

El cuervo negro de Kana miró al tiburón de Tazu, que daba vueltas despreocupadamente en el agua, y al cuervo blanco de Rapa, que miró hacia otro lado y no dijo nada.

No podemos quedarnos sin hacer nada.

Una vez más, el halcón mingén de Kiji se abatió sobre los otros *pawi*.

Los lyucu adoran a sus propias

deidades. Tazu, eres un tipo celoso. ¿No te preocupa que, si ganan, seamos olvidados y desaparezcamos?

Pero el tiburón siguió impávido.

Entre los dioses a los que adoran, hay uno al que llaman el Padre de Todos y otra a la que llaman la Madre de Todos; ¿quién sabe si el Padre de Todos no es sino otro nombre de nuestro padre, Thasoluo? Se vio obligado a exiliarse por causa de Moäno, el Rey de Todas las Deidades, y bien podría ser que marchara a otras islas y engendrara otros hijos. El mar es inmenso y existen otros mundos más allá del horizonte, como demuestra la presencia de estos lyucu. ¿Serías capaz

de romper la promesa que hicimos a nuestra madre e ir a la guerra contra los hijos de más allá del mar de nuestro padre?

El cuervo blanco de Rapa chilló irritado al tiburón.

¡Eso es pura especulación! ¡Ni siquiera conocemos a esos otros dioses! Lo único que quieres es que muera más gente.

¿Y qué? Pensaba que a tu hermana gemela le agradaría esa perspectiva. ¿Quién dice que no estoy buscando a mis hermanos?

El cuervo negro graznó.

La muerte es mi reino. Pero eso no significa que sea lo único que me

importa.

El tiburón sacudió la cola como si estuviera señalando con un dedo.

Sigo diciendo que no podemos interferir directamente, al menos hasta que sepamos algo más de ese pueblo y de los dioses que han traído con ellos. De todas formas, como me gustan los juegos, jugaré con esos extranjeros en sus magníficas monturas.

Las olas volvieron a aullar como lobos.

Ojalá Lutho estuviera con nosotros. Siempre tiene las mejores ideas.

El tiburón asintió ante esta afirmación.

¿Dónde está esa vieja tortuga? No

la he visto desde que aparecieron los barcos-ciudad.

Ninguno de ellos recordaba haber visto a su hermano, el que desafiaba las tormentas, el más sabio de todos.

Los dioses continuaron discutiendo con desgana, sin escucharse unos a otros. Cuando se deshizo la reunión no habían llegado a ningún consenso sobre el modo de proceder.

—¿Qué tienes que decir, bárbaro de Dara? —preguntó Pékyo Tenryo. Estaba sentado junto a sus capitanes en el gran salón del palacio de Kriphi, la capital y mayor ciudad de la isla de Rui.

Todos los lyucu estaban engalanados

con sartas de perlas y de cuentas de coral arrebatadas a los infortunados habitantes de la ciudad. Joyas, recipientes de metales preciosos y monedas de oro y plata se apilaban a su alrededor mientras se bebían cuencos de kyoffir y de vino procedente de los almacenes del gobernador. Mujeres jóvenes y algunos jóvenes apuestos, hijos, hijas y esposas de los habitantes ricos de Daye, estaban sobre el regazo de los jefes de tribu o a su lado, riendo nerviosa o abiertamente, sirviéndoles bebida de modo insinuante y besándolos mientras los rodeaban con sus brazos.

En el centro de la tienda se encontraba Ra Olu, antiguo regente de

Dasu, arrodillado y tocando la alfombra con la frente.

—Este necio suplica saber cuándo el gran Pékyu desea trasladar la bendición de su glorioso ejército al resto de Dara.

Pékyu Tenryo soltó un sonoro eructo y echó a un lado a la mujer que tenía sobre el regazo —la señora Lon, la esposa de Olu. A Tenryo le proporcionaba un placer especial humillar a los nobles vencidos de Rui y Dasu haciendo ostentosas exhibiciones de dominio.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Planificar la invasión de las islas principales es una gran tarea y quizá... este humilde siervo podría seros de

ayuda.

—¿Ah, sí? —Tenryo miró con recelo a Ra Olu—. Timu me cuenta cada vez que lo veo que el espíritu de los nobles y autoridades de Dara es indomable y que nunca os rendiréis ante mí. ¿Me estás diciendo que se equivoca?

Timu y los otros nobles y funcionarios que se negaron a rendirse y servir a los lyucu estaban trabajando junto a los plebeyos en la recogida de las cosechas tardías de otoño, reuniendo comida para los garinafins y los rebaños de ganado de pelo largo llegados en los barcos-ciudad, construyendo armas y fortificaciones defensivas para el ejército lyucu. Por lo general, los

conquistadores los trataban poco mejor que si fueran animales. Timu, aunque frágil y estudioso, demostró ser toda una inspiración para los que le rodeaban. Soportaba sin quejarse los latigazos de los vigilantes y seguía asegurando a la población esclavizada que cualquier día llegaría el ejército del emperador y expulsaría a los invasores.

Hasta ahora, Ra Olu había apoyado a su señor. Este súbito cambio de actitud era... intrigante.

—El príncipe Timu es un hombre obstinado —dijo Ra Olu. Echó un vistazo al tesoro apilado alrededor de los jefes lyucu, también llamados thanes, y a los platos llenos de carne y pescado

que tenían delante y el brillo de codicia que mostraron sus ojos pareció cobrar vida por sí mismo. Tragó saliva—. Pero la mayor parte de la población de Dara es más razonable.

—Creía que los hombres de Dara nos despreciabais llamándonos bárbaros — Tenryo colocó deliberadamente su brazo alrededor de la señora Lon y le acarició los pechos—. ¿No te molesta que tu marido no parezca enfadado por tenerte en mi cama cada noche?

—Todo el mundo aspira a algo mejor —dijo la señora Lon, con la cara completamente roja. Su mirada se cruzó brevemente con la de Ra Olu y la retiró al instante. Envolvió con su brazo el

cuello de Pékyu Tenryo, riendo como una chiquilla y besándole—. ¿Quién no desea comer carne y beber vino en vez de pelearse con los campesinos para conseguir una galleta dura de sorgo de un comedero y beber agua a lametazos de un charco?

Pékyu Tenryo soltó una carcajada. El régimen de humillación al que sometía a estos nobles Dara estaba consiguiendo finalmente el efecto deseado. Siempre supo que esta gente era blanda.

—El gran Pékyu es invencible —dijo Ra Olu, volviendo a tocar el suelo con la frente—. Mi esposa ha demostrado su sabiduría al elegir serviros; todos nosotros podríamos aprender una

lección si emuláramos su sumisión, la única opción posible ante la presencia de una fuerza superior. Pero yo he sido administrador de esta población mucho más tiempo que vos. A pesar de vuestra sabiduría, puede que tenga algunas ideas que os sirvan de ayuda.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Aunque el ejército celestial lyucu sea todopoderoso y no hay duda de que Dara al completo caerá sojuzgada en poco tiempo, no deja de ser un hecho que su población es abundante y que los guerreros lyucu son comparativamente pocos. He observado que muchos guerreros están ocupados en la improductiva tarea de vigilar a los

campesinos y a los nobles, como los pastores tienen que vigilar al ganado por su propio bien... y cada día docenas, si no centenares, de habitantes de estas islas tienen que ser eliminados por desgraciados incidentes de supuesto sabotaje.

»¿No sería preferible que pudierais guiar a la mayor parte de vuestros guerreros al campo de batalla en lugar de tener que preocuparos por una posible rebelión en casa fomentada por unos pocos nobles de Dara malvados y obstinados?

—Te escucho.

—La mayoría de los plebeyos estarían dispuestos a servir a los lyucu,

aunque algunos puedan verse tentados por las mentiras del emperador y sus promesas huecas de reconquista. Propongo que organicemos a las familias de Rui y Dasu en unidades de diez y que cada unidad elija un deci-jefe. Este deci-jefe sería responsable de vigilar a las diez familias a su cargo y, si cualquier persona quisiera traicionar a los lyucu, cada miembro de esas diez familias sería ejecutado. Como ahora los campesinos serían supervisados por sus propios ancianos o nobles, en vez de por los inva... ejem, superiores señores lyucu, se reducirían los malentendidos y no sería necesario matar a tantos valiosos esclavos.

—Oh —Tenryo meditó sobre ello—. Estás sugiriendo que los habitantes de Dara se vigilen unos a otros en lugar de que tengamos que hacerlo nosotros —sus ojos comenzaron a brillar—. No es mala idea.

—Podemos mejorarla con algunos añadidos —intervino la señora Lon—. Por ejemplo, podéis recompensar a quienes delaten algún complot de rebelión o a cualquiera que se atreva a murmurar palabras críticas sobre los ocupan... ejem, sobre el reinado gentil y generoso de los señores lyucu, otorgándoles ciertos privilegios —volvió a sonrojarse y dio a Tenryo un sorbo de vino de sus propios labios.

—¡Ja, ja, ja! —Tenryo besó a la señora Lon—. No tengo intención de invadir las islas principales hasta la próxima primavera. Los garinafins están cansados y nerviosos tras la larga travesía por el océano y necesitarán recuperarse durante el invierno. De hecho, me centraré en pacificar a la población de aquí antes de continuar la campaña el año que viene.

—Procuraré ayudaros en lo que pueda —dijo Ra Olu—. Lo único que pido es alguna muestra de reconocimiento; aunque todos los habitantes de Dara son bestias bárbaras, algunas bestias son mejores que otras y aprenden más rápido.

—Resulta que los moralistas de Dara son hipócritas sin vergüenza —dijo Tenryo. Los *thanes* lyucu echaron a reír.

—Pero debo confesar que tus propuestas me placen —continuó Tenryo—. Bien, si tú y tu marido conseguís llevar a cabo este plan, os recompensaré con generosidad. Ra Olu, esta noche puedes trasladarte de los campos a la mansión del gobernador. Y a ti, Lon, quizá te permita regresar a la cama de tu marido una de estas noches.

—El gran Pékyu es el más generoso de los señores —dijeron al mismo tiempo la señora Lon y Ra Olu.

Sus miradas coincidieron y ninguno de los *thanes* percibió su complicidad.

Pékyu Tenryo ordenó que nadie alterara el orden de los templos dedicados a los dioses de Dara ni molestara a sus monjes y sacerdotes. Después de todo, los lyucu no eran bárbaros, a pesar de las acusaciones de los eruditos indignados. Ellos también eran un pueblo devoto.

Los jefes de tribu y los guerreros lyucu visitaron los santuarios para ver a qué clase de dioses adoraba el pueblo al que habían conquistado.

—¿Este Kiji no os recuerda a Péa, hija del Padre de Todos y virgen de los vientos, que nos entregó el presente de los garinafin?

—¡Es cierto! ¿No parece el halcón

ningén un garinafin, aunque mucho más pequeño?

—¿Será que los bárbaros de Dara no comprendieron las revelaciones del Padre de Todos y construyeron mal sus estatuas?

Los jefes de tribu lyucu comenzaron a realizar ofrendas de carne y grasa derretida ante los altares de Kiji. Que se supiera, las ofrendas quemadas ascendían a los cielos como cualquier otra ofrenda y se suponía que el señor Kiji las consumía.

Los sacerdotes del templo de Kiji, en la costa occidental del lago Arisuso, debatieron durante días la cuestión de si debían aceptar esas ofrendas pero, al

final, el abad votó afirmativamente cuando se descubrió que muchos de los jefes tribales deseaban también hacer donaciones de oro y joyas al templo.

—El señor Kiji es un dios compasivo —dijo el abad piadosamente—. Todo aquel que desee bañarse en su luz debería poder hacerlo.

No mencionó el hecho de que los peregrinos *lyucu* rezaban al dios llamándole Péa-Kiji ni que algunos *thanes* le habían pedido que añadiera la representación de un garinafin sobre el hombro de la estatua del señor Kiji, al otro lado de la representación del halcón mingén, *pawi* de Kiji.

De todas formas, un pequeño grabado

de un garinafin apareció sobre el hombro del señor Kiji y, cuando los lyucu iban al templo, los sacerdotes que cantaban plegarias con ellos alababan al dios «Péa-Kiji».

¡Observo que mi hermano alado tiene un nuevo aspecto!

Tazu, no estoy de humor para otra de tus burlas pesadas.

¿Quién se está burlando? ¡Te envidio! Has vuelto a casa y tienes muchos más devotos. No estaría mal que el resto de nosotros recibiera el mismo tratamiento.

Esta es una situación complicada.

Claro, claro. Pero aprovecho la

ocasión para señalar que ya no defiendes con tanto entusiasmo que hay que luchar contra los lyucu.

El Dios de las Aves —y ahora también patrón a regañadientes de los garinafins — no replicó.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

LA INTERPRETACIÓN DE UNA CARTA

PAN: DÉCIMO SEGUNDO MES DEL
DÉCIMO PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

Las ventanas carecían de barrotes y el suelo estaba cubierto de esteras mullidas para sentarse. De las paredes de piedra colgaban imágenes bordadas

de cerezos de invierno cubiertos de nieve que iluminaban el espacio. Una estufa mantenía la habitación templada y el recipiente para el té, caliente. El aroma del incienso disipaba cualquier vestigio del frío del invierno.

Pero Gin no creía que su nuevo hogar fuera particularmente distinto de la fría y húmeda celda en la que había estado encerrada. Seguía siendo una prisionera; si intentaba salir de la habitación, docenas de guardias de palacio se inclinaban ante ella, con las manos en los pomos de sus espadas.

El emperador entregó la espada a Gin.

Ella la aceptó. Era la segunda vez

que le ofrecía esa espada. La primera fue hace muchos años, sobre un estrado elevado bajo el cual se encontraba un ejército sorprendido y escéptico al que se dirigió para decir que, un día, derrotarían al hegemón de Dara.

Parecía un sueño.

—Entonces, ¿aceptas? —preguntó Kuni.

Gin balanceó la espada en el aire unas cuantas veces, lentamente. Kuni no pestañeó.

—Mis condiciones no han cambiado —replicó Gin—. Debéis anunciar mi inocencia y desvelar la conspiración de la emperatriz contra quienes contribuyeron a haceros emperador. Os

disculparéis ante todos los nobles, incluyendo el espíritu de Théca Kimo y todos los que murieron innecesariamente. Luego encerraréis a Jia por el resto de sus días y convertiréis a Risana en la nueva emperatriz. Solo entonces consideraré la propuesta.

La esperanza desapareció de la faz de Kuni. Sacudió la cabeza.

—No puedo hacer nada de eso, Gin. Lo que hizo Jia... estuvo mal, pero demostró que a Théca se le podía tentar.

—¿Y a quién no? ¿Si a todos se nos fuera a juzgar por...?

—Si hago lo que pides, será el caos. Se perderá toda confianza en la

administración imperial: cada noble exigirá concesiones para sus feudos, aprovechando mi error de juicio; cada rebelde potencial se sentirá envalentonado al pensar que se puede corromper a los clarividentes; todos los eruditos y los gobernadores perderán la fe en mi autoridad, al darse cuenta de que cometo errores y se me puede engañar. Dara jamás se recobraría del daño a la autoridad imperial y esta frágil paz se vería debilitada más que con cualquier acto de traición.

—Vos sois el único culpable de todo eso.

Kuni cerró los ojos.

—Si estuviéramos realmente en paz,

estaría dispuesto a arriesgarme para deshacer la injusticia que has sufrido, con la esperanza de que el paso del tiempo curara gradualmente la herida. Pero no estamos en paz. Sobre Dara se cierne una amenaza mucho mayor que cualquiera de las que hemos combatido hasta ahora. Si Dara no puede unirse frente a los lyucu, si los nobles no pelean conmigo con un solo corazón, si el pueblo duda de mi juicio, si los gobernadores y los eruditos desconfían de mi mano... entonces la oscuridad caerá sobre todas las islas y morirán muchos más; todo por lo que hemos luchado se perderá.

—Entonces, me pedís que viva con

una mentira y acceda a pelear por vos como una traidora que ha sido perdonada y combate para redimir su nombre mancillado.

Kuni asintió.

—Sé que no es justo. Pero no hay alternativa. No siempre podemos controlar nuestro destino y a veces es preciso convivir con nuestras equivocaciones, e incluso suplicar a otros que convivan con ellas. Los papeles que desempeñamos dictan nuestra conducta.

Kuni se arrodilló ante Gin y llevó la frente hasta el suelo.

Por un instante, se apoderó de Gin el deseo de dar un paso, agarrar a Kuni por

los brazos y levantarlo, de decirle que comprendía, que haría lo que le estaba pidiendo. Después de todo lo ocurrido, todavía creía que era apropiado y placentero morir por los grandes señores capaces de reconocer tu talento.

Pero luego volvió a sentir la amargura de su humillación. Recordó el momento en que Cogo la amarró en el bote del lago como a un animal dispuesto al sacrificio en el altar, el modo en que Jia había desestimado los vínculos de lealtad considerándolos frágiles y sin valor, el modo en que Dafiro Miro había intentado sacarla a hurtadillas de prisión, como si fuera una embarazosa fugitiva.

—Lo que me duele —dijo Gin— es el hecho de que no podáis negar que, en cierto modo, estáis de acuerdo con Jia. Esa fue la razón por la que me quitasteis Faça y Rima hace años y me enviasteis a Géjira. Igual que ella, creéis que el poder siempre corrompe, y por eso queríais debilitar mi base de poder. La sospecha envenenó el vínculo entre nosotros hace ya tiempo.

Kuni suspiró.

—Y tú ¿en qué eres distinta? Te declaraste reina sin esperar a que te otorgara el título, temerosa de que pudiera envidiar tus victorias. No somos perfectos, pero nos esforzamos por hacer lo mejor a pesar de nuestras faltas.

—Tenéis razón —dijo Gin. Se dirigió a grandes pasos hacia una de las paredes de la estancia y, haciendo acopio de fuerzas, encajó la espada en una grieta entre dos piedras. Luego, de un poderoso golpe en la empuñadura, partió la espada por la mitad.

Dejó la punta incrustada en la pared, regresó hasta Kuni y le entregó la espada rota.

—Prefiero romperme a doblarme para alimentar una mentira —dijo—. Estoy harta de permitir que el poder nos maneje, señor Garu. No puedo ser vuestra mariscal a menos que rehabilitéis mi nombre. Tendréis que librar esta guerra solo.

Kuni se levantó, aceptó la espada rota y se marchó en silencio.

La princesa Théra se encontró con Zomi Kidosu a las puertas de Pan. Andaba cojeando con un bastón y suplicando a los conductores de caravanas que la llevaran.

—¡Abogada Kidosu! —Théra la llamó desde su caballo y se detuvo a su lado.

—Hace años que no se me conoce por ese título, alteza —dijo Zomi—. Ahora ya no tengo títulos.

—Supe lo ocurrido por mi padre —dijo Théra—. Has dimitido de todos tus cargos y has solicitado que se te

autorice regresar a casa. ¿Realmente deseas vivir como esclava de los lyucu?

—Entonces ya sabéis que soy una persona despreciable —dijo Zomi—. No mancilléis vuestros ojos contemplándome. Traicioné a mi reina en un momento de debilidad para preservar mi propio secreto y proporcionar a mi madre lo que yo esperaba que fuera una buena vida. Sin mis mentiras, el primer ministro Yelu no se habría puesto del lado de la emperatriz y la mariscal estaría dirigiendo el ejército contra los lyucu. La mariscal tiene razón: sin una base de honor, todo lo demás es un mero espejismo. Una vez a salvo la princesa

Aya, he despertado de mi pesadilla y ahora debo volver a casa para estar con mi madre.

—¿Qué le ha pasado a tu pierna?

—El arnés tiene que rehacerse cada invierno con ramas blandas y flexibles de los invernaderos. Al haber renunciado a todo lo adquirido por medios ilegítimos, ya no puedo permitirme comprarlas.

—Realmente eres tonta —dijo Théra con indignación.

—¿Disculpad? —dijo Zomi con el rostro enrojecido por la ira.

—Lo que necesitas es algo sencillo y tienes los recursos para satisfacer esa necesidad y, sin embargo, prefieres

sentir lástima de ti misma, en la creencia de que eso te ennoblece de alguna manera.

—¿Qué sabéis vos de...

—Oh, yo desconozco todo por lo que has pasado, pero reconozco los síntomas de tu enfermedad. En una ocasión me regañaste por lamentar mi suerte mientras contaba con ventajas que otros no poseen y me dijiste que si no tenía la vida que deseaba quizá fuera porque no me había esforzado lo suficiente por vivir siendo yo misma. Hoy te arrojo a la cara esas mismas acusaciones.

—No estoy de humor...

—Has cometido errores. ¿Y qué? ¿Acaso no fuiste la mejor alumna del

mayor estrategia de Dara? ¿No impresionaste a todos los señores de Dara con la atrevida y penetrante crítica que realizaste a la vacuidad de la visión de la meritocracia que tenía mi padre? ¿Acaso no ayudaste eficazmente a administrar los dominios de tu reina y has conseguido más que otros muchos de tu edad?

»Sin embargo, hoy te escabulles como un cachorro herido en lugar de emplear tu talento y tu poder en ayudar a tu señor y a ti misma en un momento en que hace falta? ¿No puedes hacer más por aquellos a quienes amas quedándote en la corte y soportando la vergüenza de tu deshonra?

»¡El año que viene es el Año de la Orquídea, tu año de nacimiento! ¿Has olvidado que fue la más humilde de las Cien Flores la que recordó a Fithowéo su obligación de esforzarse y luchar contra la ceguera eterna que es desconfiar de uno mismo?

Zomi levantó la mirada hacia la princesa y por primera vez fue consciente de que la muchacha cautelosa y autocompasiva que recordaba había desaparecido. El único atributo que podía describirla adecuadamente era *majestuosa*.

Asintió y le tendió la mano para que la princesa pudiera ayudarla a subir a la grupa del caballo.

Zomi llegó al conjunto de habitaciones donde estaba retenida Gin. Aunque ya no tenía un puesto oficial en la corte, consiguió pasar después de mostrar a los guardias una carta escrita por la princesa Théra y firmada con su sello.

Zomi se arrodilló a la entrada de la sala de estar de Gin y aguardó. La luz del sol proyectaba su sombra contra la pantalla de seda de la puerta corredera. La charla entre Gin y Aya se detuvo y, tras un momento, continuó.

Nadie se acercó a la puerta.

El sol se ocultó y salió la luna. Los guardias se acercaron a preguntar a Zomi si deseaba comer y beber. Ella negó con la cabeza.

Mientras las estrellas recorrían el cielo en su órbita elíptica, pensaba en su vida. Pensó en todos los que habían creído en ella y en cómo los había decepcionado: su madre, Luan, Théra, Gin. Pensó en su propia audacia y en que a veces era indistinguible de la arrogancia y el egoísmo. Pensó en las palabras de los moralistas de las que se había burlado sin comprender la verdad que transmitían. Lloró completamente avergonzada.

El sol volvió a salir y cuando estaba a punto de levantarse y separarse para siempre de la mariscal, la puerta se deslizó hasta abrirse.

—Entra a tomar un té —dijo Gin, con

una voz tan apacible como la brisa matutina.

—Las personas deberían estar dispuestas a morir por quienes reconocen su talento —dijo Zomi—. Lo siento —se sentía como la chiquilla que subió en globo por primera vez con Luan Zya años atrás: no tenía palabras—. Lo siento —volvió a decir.

—Lo sé —dijo Gin—. Pero el pasado, pasado está, y lo único que podemos hacer es aprender de nuestros errores. Me traicionaste porque pensaste que no tenías otra elección; pero, como has aprendido, es en esos momentos cuando vemos nuestra alma y nos esforzamos por engrandecerla.

Zomi comenzó a llorar.

—Os he decepcionado. Mi vergüenza no cabe en todas las palabras del mundo.

—Has triunfado demasiado siendo todavía muy joven —dijo Gin—. Pero la humillación también puede ser una buena maestra. En una ocasión me arrastré entre las piernas de un hombre y creí que nunca sería capaz de volver a levantar la cabeza. Pero fue así como aprendí la necesidad de jugar a largo plazo. Posees talento, Zomi Kidosu, pero debes aprender a guiar ese talento con sabiduría, y la sabiduría solo puede aprenderse con los errores.

—Castigadme, por favor —dijo

Zomi.

—Ya has sufrido suficiente castigo —dijo Gin—. Para eso te dejé pasar la noche ahí sola. Siempre somos nuestros críticos más duros —se agachó para levantarla—. Lo que ahora necesitas es perdón y decisión para volver a luchar contra la duda.

Al emperador de Dara:

Las amenazas de invasión de Rénga nos han sorprendido. ¿Pretende emular a los necios de las antiguas leyendas narradas por Ra Oji, que querían romper piedras tirándoles huevos y confiaban en lograrlo?

El emperador habla de reunir

ejércitos, armadas y flotas de aeronaves, pero ya hemos derrotado una vez a vuestro ejército; ¿por qué pensáis que el resultado sería distinto si volvierais a intentarlo? Claro que nos superáis en número, pero ¿de qué sirve esa ventaja si cada garinafin guiado por los valientes guerreros lyucu es capaz de derrotar a mil hombres armados de Dara? Ya hemos comprobado la eficacia de los mejores combatientes de Dara y no estamos impresionados.

Además, según pasa el tiempo nuestra ventaja aumenta mientras que vuestra fuerza disminuye. Sin acceso al suministro de gas, ¿cómo mantendréis

en vuelo vuestra flota de aeronaves? Nosotros, en cambio, perfeccionaremos el equipamiento de nuestros guerreros con las armas capturadas en los arsenales de Dasu y Rui. El pueblo de Dara tiembla ante la mención del nombre del gran Pékyu Tenryo y el miedo aumentará con el paso del tiempo. No lucharán con convicción a vuestro lado. Pretender asustar al más fuerte cuando sois el más débil no es un acto sensato de soberanía.

El príncipe Timu es nuestro invitado; está satisfecho y no desea regresar; estamos seguros de que llegará a entender la sabiduría de someterse a un señor superior. Puede

que, con el tiempo, Timu ascienda al trono de Dara y gobierne algunas de sus regiones como un leal thane lyucu.

Mientras los fabulosos garinafin disfrutaban de un bien merecido descanso y se reponen con perfumado heno tras sus inmensas victorias en Dasu y Rui, el gran Pékyu desea veros pronto. Espero que nuestro primer encuentro se asemeje al del antiguo lancero que se postraba para dar la bienvenida a la llegada del sol, símbolo del propio gran Pékyu. Nuestras bestias aladas, a bordo de los barcos-ciudad que nos donó Mapidéré, determinarán quién es el verdadero amo de Dara.

Pékyu Tenryo, protector de Dara,

por boca de vuestro antiguo siervo,
Ra Olu

—¡Sinvergüenza! ¡Sinvergüenza! —
bramaba el emperador Ragin mientras
recorría el Gran Salón de Audiencias
con grandes pasos—. ¡Tenemos que
atacar inmediatamente!

Mün Çakri y Than Carucono estaban
concentrados leyendo la carta y no
replicaron.

—Kuni, debes considerar esa
decisión cuidadosamente —dijo Risana
—. No sabemos cómo vencer a los
jinetes de los garinafins y un ataque
apresurado no beneficiará a Timu y
provocará muertes innecesarias.

—Pero cuanto más tiempo pase, mayor será el número de aeronaves obligadas a permanecer en tierra sin una nueva fuente para reponer el gas elevador. La espera solo servirá para debilitarnos más —contestó Jia.

—Lo que más me encoleriza es la traición de Ra Olu —dijo Kuni—. ¿Cómo es posible que alguien que estudió los libros de Kon Fiji y trabajó al lado del maestro Zato Ruthi pueda convertirse en un completo sinvergüenza? Estaba realmente ciego cuando le nombré regente de Dasu y luego le pedí que asistiera a Timu.

—*Rénga*, creo que es más alarmante que os ciegue la preocupación por la

seguridad del príncipe —dijo Cogo Yelu.

—¿De qué estás hablando?

—El primer ministro tiene razón —dijo Zomi Kidosu—. Es demasiado tarde para lamentarse por los errores cometidos en el pasado; lo mejor sería que nos centráramos en sacar el máximo partido a lo que tenemos.

Kuni lanzó una mirada recelosa a Zomi, sin molestarse en disimular el desagrado que sentía por ella. Había aceptado su dimisión sin pesar alguno, porque recelaba de su carácter desde que confesó que había robado el pase de acceso al Gran Examen —algo que, en verdad, no molestaba gran cosa a Kuni

— y retractarse de su acusación a Gin Mazoti —lo que sí le molestaba. La única razón por la que no se le impuso un castigo mayor era porque indagar la verdad oculta tras sus equivocaciones habría implicado a la familia imperial en un gran escándalo.

—Lo que estás proponiendo resulta muy conveniente para ti misma, ¿no crees? —preguntó Kuni.

Zomi se sonrojó pero no quiso echarse atrás.

—Aunque un cuchillo os haya causado heridas en el pasado, sigue siendo un buen cuchillo si lo manejaís adecuadamente.

La princesa Théra había puesto las

manos en el fuego por Zomi y había pedido que fuera una de sus consejeros personales. Al estar de nuevo Dara en una guerra total, Kuni decidió que era el momento de dar mayor responsabilidad a Théra, ya que las objeciones de los eruditos a la participación de las mujeres en política y en asuntos militares debían ser temporalmente revisadas para favorecer el uso del talento dondequiera que este se hallara. La intervención de Théra para acabar con la rebelión de Tunoa demostró claramente que poseía habilidades en las artes mecánicas y tener a Zomi, la excelente alumna del gran ingeniero Luan Zya, como consejera podía dotar a

Théra de una nueva base de poder. En consecuencia, Kuni había nombrado a Zomi asesora de enlace con las academias de ingeniería de Ginpen y Pan, con el encargo de desarrollar investigaciones sobre armamento para Phyro y los generales y coordinar los análisis de inteligencia con el antiguo departamento de Rin Coda.

—Padre —murmuró Théra, tirando al emperador de las mangas—. ¡Por favor!

El emperador suspiró e hizo una indicación a Zomi para que continuara.

—Aunque Ra Olu haya traicionado vuestra confianza actuando como amanuense para el rey bárbaro, sus deseos de agradar a su nuevo amo con

una prosa florida pueden proporcionarnos información útil. Según mi experiencia, Ra Olu y la señora Lon son una pareja vanidosa que siente la constante necesidad de presumir y pavonearse y es incapaz de sufrir cualquier humillación; eso puede explicar la facilidad con la que os traicionaron, pero también puede beneficiarnos.

—Hablas como un incentivista.

—El incentivismo tiene su utilidad —replicó Zomi.

—¿Qué información útil has extraído de esta carta? —dijo Risana.

—Intentando cubrir la vergüenza de su propia traición, Olu dice que el

príncipe Timu es su invitado y está satisfecho. Pero esto al menos nos permite saber que el príncipe no se encuentra en peligro inminente, por lo que no necesitáis actuar precipitadamente.

El rostro de Jia, tenso hasta ese momento, se relajó un tanto.

—Y su presunción del desequilibrio estratégico entre ambas fuerzas se ve confirmada por nuestros propios exploradores, que nos informan de que los lyucu están confiados y su moral es elevada —dijo Cogo—. Un ataque frontal no sería una buena idea.

—¡Pero no podemos limitarnos a esperar a que nos invadan! ¿Cómo nos

defenderemos de esas bestias aladas, que parecen invencibles?

—Quizás la carta de Ra Olu nos haya dado, sin pretenderlo, nuevas claves respecto a eso —dijo Théra—. Solo tenemos que saber leerla.

El emperador continuó caminando y parecía absorto en sus pensamientos. Zomi y Théra intercambiaron una sonrisa de ánimo.

—La penúltima frase es la más extraña —dijo Cogo Yelu pensativo—. No conozco ninguna alusión de los clásicos anu a un lancero que dé la bienvenida al sol.

—Puede que sea una referencia a alguna leyenda bárbara —se burló el

emperador—. ¿Por qué iba a limitarse a hacer alusiones a los clásicos anu ahora que sirve a un señor distinto?

—No, no es eso —dijo Zomi Kidosu.

Todos se volvieron para mirarla. Intentando contener su entusiasmo y parecer calmada, Zomi dijo:

—Ra Olu siempre ha menospreciado a la población local de Dasu, pero le gusta pensar que es un buen regente y se esfuerza por estudiar expresiones y referencias locales que le resultan pintorescas y exóticas. A veces salpica con ellas sus discursos y sus escritos para intentar dar la impresión de cercanía al pueblo. El Lancero es una constelación de verano que conocen

todos los campesinos de Dasu y que solo puede verse al este, justo antes del amanecer, a comienzos de la primavera.

—Por tanto, puede que el ministro Olu nos haya revelado inadvertidamente que los lyucu piensan invadirnos en primavera —dijo Théra.

—Eso nos da cierto tiempo para prepararnos —dijo el emperador. Ahora miraba a Zomi Kidosu de un modo más amable y la joven asintió con la cabeza en agradecimiento.

—Creo que hay algo más —dijo Zomi. A medida que iba hablando, su semblante parecía más seguro. Esto le recordaba su experiencia cuando descifraba complicados ideogramas anu

con Luan Zya durante aquellas noches despreocupadas en que atravesaban Dara meciéndose a bordo de la *Tortuga Curiosa*—. La mención a los barcos-ciudad nos da a entender que los garinafins son incapaces de recorrer grandes distancias volando. Creo que eso significa que son como los leopardos de largas patas de Écofi y que volar les supone un esfuerzo agotador que solo pueden realizar de forma puntual. Para cruzar el mar, necesitan los barcos.

—La referencia al heno también es interesante —dijo Jia, que empezaba a comprender este método de lectura—. Sugiere que los garinafins se alimentan

de hierba, no de carne —los ojos se le iluminaron de repente—. Hay que cuidar de ellos como se cuida del ganado. La travesía por mar los ha debilitado mucho y por eso necesitan descansar todo el invierno y ganar peso —como la familia de Jia había poseído una hacienda en Faça, conocía bien todo lo relacionado con la ganadería.

—¡Pero eso quiere decir que el mejor momento para atacar es ahora! —dijo Kuni—. Si estamos interpretando correctamente las revelaciones descuidadas de Ra Olu, los lyucu nunca serán tan débiles como ahora y deberíamos aprovechar esta oportunidad para atacar.

Eso parecía razonable, y los consejeros de Kuni se mostraron conformes.

—Necesitamos elaborar un plan para contrarrestar a los garinafins tan pronto como sea posible —dijo Than Carucono.

—Prepararé al ejército para una invasión —dijo Mün Çakri.

—Deberíamos estar listos para atacar en no más de dos meses, mientras dura el invierno —dijo Kuni—. Puma Yemu puede ir cerrando sus asuntos en Arulugi y dirigir la vanguardia.

El hecho de que no nombrara a ningún comandante en jefe no pasó desapercibido para nadie. Todos

pensaban en la mariscal, que se negaba a abandonar su arresto domiciliario.

Mün Çakri y Than Carucono se miraron uno a otro y ambos estaban a punto de presentarse voluntarios cuando Jia habló.

—Eres el padre de Timu. Los soldados estarán más motivados si tomas las riendas y actúas tú mismo como comandante en jefe.

Risana, Phyro y Théra estaban a punto de objetar, pero Kuni los detuvo.

—La emperatriz tiene razón. A veces es necesario que uno luche sus propias batallas. Tal vez sea la única manera de restaurar por completo la confianza en el trono después de las recientes...

irregularidades.

El pánico que se había apoderado de toda Dara fue remitiendo gradualmente, ahora que los lyucu parecían contentarse con Rui y Dasu, al menos de momento.

Los nobles de Dara enviaron destacamentos secretos a la costa septentrional de la isla Grande, y esperaban órdenes para su posterior despliegue, pero dos semanas después no se había anunciado la fecha en que la vanguardia del emperador se pondría en marcha.

En los campamentos se rumoreaba que los generales del emperador, desconcertados sin su mariscal,

discutían incesantemente, incapaces de ponerse de acuerdo en un plan adecuado.

Cuatro mujeres acudieron a los aposentos de Gin Mazoti de visita.

Era una situación extraña. La deshonrada mariscal apenas recibía visitantes esos días, pues los nobles y comandantes militares querían evitarse las complicaciones de tener que explicar su asociación con una traidora que se negaba a arrepentirse.

El capitán Dafiro no daba crédito cuando se dio cuenta de quiénes eran las visitantes, pero guardó silencio, limitándose a inclinarse y hacerse a un lado.

—¿En qué puedo ayudar a su majestad imperial? —preguntó Gin. El tono era respetuoso, pero la tensión en el aire era tan fría como el viento invernal puertas afuera.

La emperatriz Jia inclinó la cabeza y entró en el cuarto; tras ella, la consorte Risana y luego la princesa Théra y Zomi Kidosu.

—El emperador tiene la intención de invadir Rui —dijo Jia—. Venimos a solicitar tu ayuda —y le entregó una copia de la carta de Ra Olu con ambas manos—. Esta carta contiene información valiosa.

Pero Gin no quiso cogerla y les dio la espalda.

—Ya no soy mariscal de Dara. Una espada rota no tiene nada que hacer en la guerra. Dedico mi tiempo a escribir poemas y a probar los vinos que su majestad imperial ha tenido la generosidad de suministrarme.

—Mün Çakri y Than Carucono no consiguen presentar un plan para derrotar a las bestias —dijo Jia.

—Y Phyro ha intentado ayudarles pero, a pesar de su inteligencia, no es un buen estratega —dijo Risana.

—Planificar una invasión de estas proporciones no es como conspirar para derrocar a un noble recalcitrante y de pocas luces —dijo Gin—. Lleva tiempo.

El rostro de Jia se sonrojó, aunque

mantuvo la voz inalterada.

—Timu debe de estar sufriendo a diario en su cautiverio. Siendo madre, seguramente entenderás cómo me siento.

Gin no se dio la vuelta, pero sus hombros se aflojaron.

—Aya no tienen nada que ver con vuestros juegos políticos. Es injusto que me intentéis manipular de este modo.

—¿Hay algo de lo que pueda decir que no vayas a interpretar como manipulación? —preguntó Jia, más con su tono habitual.

Théra intervino.

—Tía Gin, los generales han confiado siempre en tu liderazgo y ellos no tienen la culpa de encontrarse en esta

situación. Por favor, sé que siempre te has preocupado por las vidas de quienes te siguen, ayúdanos pensando en ellos, si no quieres hacerlo por mi familia.

Gin se giró para mirarla. La forma familiar de dirigirse a ella le recordó tiempos más felices, cuando la duda y la desconfianza no se habían interpuesto entre ella y la familia de Kuni. Suspiró.

—Dadme esa carta.

Mientras Gin paseaba arriba y abajo por la habitación, las otras mujeres la observaban atentamente, sentadas en *géüpa*.

—... así que esas bestias comen heno... y necesitan descansar...

Las mujeres se miraron entre sí y

sonrieron, contentas de ver confirmadas sus interpretaciones por la gran mariscal.

Gin se detuvo.

—No he estado completamente ociosa; los viejos hábitos nunca mueren. He pensado en los métodos de ataque de las bestias según informaba la carta de Timu y considerado formas de contraataque, pero lo cierto es que son demasiado grandes, duras y rápidas para la mayor parte de nuestras armas.

Las caras de las mujeres mostraron abatimiento.

—La carta me proporciona algunas ideas nuevas.

La esperanza volvió a brillar en sus

rostros.

—Para mí, la clave está en este pasaje casi al principio: *cada garinafin guiado por valientes guerreros lyucu*. Parece decir que los garinafins necesitan a los guerreros para ser efectivos.

—¿Entonces no son los suficientemente inteligentes para atacar por su cuenta? —preguntó Théra—. ¿Es como en las historias bélicas de la antigua Écofi, cuando los anu consiguieron derrotar a los elefantestorres que montaban los indígenas apuntando sus armas a los guías en lugar de a las bestias blindadas?

Gin movió la cabeza con aprobación.

—Esa es una hipótesis que vale la

pena comprobar, a falta de algo mejor.

—Es más sencillo atacar a los jinetes que a la montura —dijo Risana—. Igual que es más sencillo capturar al rey que a todos los soldados.

—En teoría —dijo Gin—. Pero lo que en realidad hace falta, por supuesto, es más información sobre las bestias. Conocer al enemigo ya es más de la mitad de la batalla.

Todas asintieron con gestos de aprobación. El debate subrayaba aún más el valor de la carta de Ra Olu.

—Pero eso también es verdad desde su perspectiva —dijo Gin—. En el combate inicial en Dasu, se perdió gran parte de la iniciativa por el aparente

conocimiento que tenían los lyucu de las tácticas y la capacidad de nuestras aeronaves. Estaban perfectamente preparados para defenderse de cualquier cosa que les arrojaran las naves, por así decirlo. No me gusta hablar mal de los difuntos, pero sospecho que la confianza del maestro Ruthi en la guía de Kon Fiji en asuntos militares tiene, al menos, parte de la responsabilidad.

Théra y Zomi se descubrieron dándole la razón con la cabeza.

Gin continuó.

—Ahora que creen saber todo lo que nuestras aeronaves son capaces de hacer, tenemos la oportunidad de sorprenderlos.

—Mi madre tiene una idea en ese sentido sobre la que nos gustaría conocer tu opinión —dijo Théra.

—¿Oh?

—Puede que no tenga sentido —dijo Jia—. Nunca he sido una experta en las artes de la guerra. Pero Théra me dijo que al menos debería exponerla y ver si podías ayudar a mejorarla.

Gin asintió e hizo un gesto a la emperatriz para que continuara.

—Mi padre era un hacendado —dijo Jia—. Y, a pesar de que mi mayor interés eran las hierbas y las medicinas, mis juegos eran los mismos a los que jugaban los otros hijos de hacendados y a los que quizá sigan jugando —por

alguna razón, se ruborizó como si estuviera a punto de decir algo que le diera vergüenza.

—Se divertía mucho más que yo —dijo Théra—. Mientras yo he estado enclaustrada en palacio la mayor parte del tiempo, mi madre corría por los campos todo el día y se metía en un montón de líos.

Gin miró a Jia, que resultaba regia incluso llevando una sencilla túnica amarilla en lugar de su vestido cortesano, y le resultaba difícil imaginarla de chiquilla, corriendo en libertad detrás de los rebaños de vacas y ovejas.

—Nuestros peones juntaban en hoyos

el estiércol de vacas, ovejas y cerdos y lo dejaban fermentar para producir abono, que vendían luego a los agricultores de la zona —dijo Jia—. Esos hoyos eran bastante peligrosos y el estiércol en fermentación producía emanaciones nocivas, muy volátiles, que podían ser letales.

Gin asintió.

—Cualquier soldado conoce bien el uso de excrementos secos de vaca y caballo como combustible.

—Pero probablemente no jugaban a los mismos juegos que nosotros. Algunos de los niños más aventureros y yo misma solíamos triturar los excrementos desecados y echar el polvo

en un bote con agua, que sellábamos para dejar salir los gases a través de un tubo de bambú. Luego lo prendíamos para hacer una especie de lámpara. Si dejábamos que la presión se acumulara lo suficiente, la llama podía ser muy larga, como si el bote respirara fuego. Esto era bastante peligroso y conocí a un chico que resultó gravemente herido cuando uno de los botes le explotó en la cara. Los adultos nos prohibían ese tipo de juegos y, si lo he mencionado, es porque a veces Théra me pide que le cuente historias sobre mi juventud.

—Se puede combatir el fuego con fuego —dijo Théra emocionada—. Igual que combatí el culto del espejo del

hegemón con más espejos.

Zomi recordó el incidente, años atrás, en que había utilizado fuego para apagar el fuego. Su cabeza empezó a llenarse de planes difusos a medida que las imágenes de componentes mecánicos iban y venían en su mente: bombas, tubos, enormes botes...

—Tenéis mi atención, señora Jia — Gin continuó preguntando detalles de la construcción de esos botes y pidió a Jia que le hiciera planos detallados.

Conversaron hasta bien avanzada la tarde y Gin aportó muchas ideas que Théra y Zomi registraron en hojas de papel con letra diminuta y diagramas simplificados.

—Deberíamos regresar —dijo Jia—. De lo contrario, Kuni se preguntará dónde estoy.

—No solía preocuparse cuando yo visitaba de noche a la mariscal en el campamento —dijo Risana sonriendo—. En tiempo de guerra, las reglas de la paz quedan en suspenso.

Gin recordó la época en que Risana acudía a verla para discutir temas de estrategia militar, cuando aún no se habían sembrado las semillas de la discordia. Eso le volvió a recordar que las grandes ideas podían venir de cualquier parte y que ¿acaso no se equivocó también el hegemón al ignorar sus propias ideas durante la Guerra del

Crisantemo y el Diente de León?

—He disfrutado vuestra visita, emperatriz. Siento si parecí displicente al principio —estaba a punto de decir *si hubiéramos conversado así en el pasado, quizás podríamos haber sido amigas*. Pero se contuvo. Era demasiado tarde para eso.

Jia se inclinó ante ella en *jiri*. Gin la correspondió con un saludo militar.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

LA INVASIÓN DE RUI

RUI: SEGUNDO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Para consternación de muchos ministros moralistas, el edicto imperial definitivo que autorizaba los planes de batalla secretos elaborados por Mün Çakri, Than Carucono y el príncipe Phyro incluían un párrafo final agradeciendo

sus contribuciones a la emperatriz Jia, la consorte Risana, la princesa Théra y la asistente especial Zomi Kidosu.

Mientras muchos miembros del Colegio de Abogados comenzaban a redactar borradores de peticiones criticando al emperador por permitir a su familia participar de forma tan notoria en los asuntos de estado, varias de las abogadas, incluidas las nuevas *firoa* admitidas tras el último Gran Examen, celebraron el hecho reuniéndose en La Jarra de Tres Patas, el lugar en donde Zomi Kidosu había comenzado a hacerse un nombre, para beber juntas y discutir las maneras de hacer más visible su trabajo.

Puma Yemu, comandante de la vanguardia de Dara, dividió la armada imperial en pequeñas flotillas y las ordenó aproximarse a Rui desde el sur y el oeste, diseminadas en un amplio arco.

—¿Por qué actúa así? —preguntó Pékyu Tenryo a los thanes reunidos en consejo.

Los jefes tribales le dieron sus opiniones.

—Tal vez los bárbaros de Dara pretendan minimizar las pérdidas. Si concentraran toda su fuerza invasora en una sola cabeza de playa, un ataque de los garinafins haría arder la armada al completo. De esta manera, esperan poder desembarcar a lo largo de toda la

costa en pequeñas bolsas diseminadas, y salvar al menos algunos destacamentos.

—Puede que quieran que algún navío pase inadvertido para desembarcar espías que lleven a cabo sabotajes. Con tantas naves en el mar, nos será difícil localizarlas a todas.

—A lo mejor intentan un bloqueo, que según tengo entendido es una táctica habitual entre estos salvajes del mar. Pero nosotros no dependemos del comercio, como ellos, así que eso no nos causaría más molestias que la danza de los delfines en el mar a los tigres de afilados colmillos que duermen en las estepas.

—Sean cuales sean sus motivos, ¿qué

podemos hacer al respecto? Nuestros barcos-ciudad son demasiado voluminosos para ir tras ellos: sería como enviar feroces lobos a perseguir mosquitos.

—Podríamos esperar a que se acercaran más y atacarlos con los garinafins.

—Pero vigilar un litoral tan extenso día y noche con jinetes alados agotaría a las monturas al cabo de unos días.

Y el debate continuó, con muchas teorías pero ninguna propuesta definitiva sobre cómo responder.

—Leales thanes de lyucu —una nueva voz se hizo oír—. Para conocer las intenciones de la presa, debemos

estudiar sus huellas.

Quien hablaba era una joven de unos veinte años de edad: alta, ágil y de constitución fuerte, con un semblante pálido a juego con unos cabellos tan rubios que parecían blancos. Su nombre era Vadyu Roatan, aunque la mayoría de los guerreros la llamaban «Tanvanaki», una versión corta de *Tanvanakigarinafin*, o «Relámpago Garinafin», debido a su destreza como jinete aérea y con la honda.

—¿Cuál es tu consejo, hija? — preguntó Pékyu Tenryo. Tanvanaki era su hija predilecta y la única de sus descendientes que lo había acompañado en la expedición.

—He observado las banderas ondeando en esos barcos con la ayuda de las aeronaves bárbaras —los otros thanes estallaron en gritos de consternación y cólera—. ¿Por qué no hacer uso de esas máquinas perversas que hemos capturado mientras nos sean de utilidad? Si llegamos hasta aquí fue en sus barcos, ¿no? Las aeronaves pueden permanecer en el aire mucho más tiempo que mi fiel Korva, y esos bárbaros despreciables pueden remar muy rápido si se les motiva lo suficiente con el látigo. Son excelentes exploradores.

Pékyu Tenryo hizo gestos con la mano a los demás thanes para que guardaran

silencio.

—Céntrate en tu explicación, hija.

—Después de persuadir amablemente a algunos de los oficiales bárbaros capturados —Tanvanaki sonrió al decirlo y los demás thanes rieron entre dientes mostrando su conformidad: los bárbaros de Dara no podían compararse con los guerreros lyucu en su capacidad para resistir la tortura—, descubrí que los barcos que se aproximan a nuestras islas pertenecen a un tal Puma Yemu, un taimado comandante conocido por sus tácticas de ataques relámpago.

—¡Un cobarde, entonces! —dijo a grandes voces uno de los thanes.

—Luchar con astucia no es cobardía —dijo Pékyu Tenryo. El rostro de quien había hablado enrojeció y el hombre cerró la boca.

—Sospecho que pretende utilizar las pequeñas flotillas para hostigar y saquear nuestra costa en un intento de agotar a los garinafins y socavar nuestra moral de cara a una contrainvasión a gran escala.

Pékyu Tenryo asintió.

—¿Tienes alguna propuesta?

—Por supuesto —dijo Tanvanaki con un brillo en los ojos—. ¡La mejor manera de acabar con una nube de moscas revoloteando es aplastarlas!

—Entonces, quedas al mando de la

flota Iyucu, Tanvanaki-garinafin —dijo Pékyu Tenryo.

A bordo de la *Flecha del Tiempo*, la princesa Théra y Zomi Kidosu se afanaban alrededor de una bandeja de arena con modelos diminutos de papel que mostraban la posición de los navíos Dara y Iyucu en el mar oscuro como el vino entre Rui y la isla Grande.

Mientras Phyro permanecía en la isla Grande colaborando con los generales en la preparación del resto del plan, Théra había pedido que pusieran a su servicio la rápida y elegante aeronave mensajera imperial, con el fin de llevar a cabo exploraciones.

—Ojalá pudiéramos acercarnos todavía más —dijo Théra—, lo suficiente para ver a Timu. Phyro y yo solíamos tomarle el pelo cuando éramos pequeños, pero es una buena persona. Espero que no lo estén tratando demasiado mal.

—Seguramente Kiji lo protegerá, princesa —dijo Zomi.

Zomi sabía que si Théra había querido llegar hasta aquí, tan cerca del frente, era en parte para que ambas pudieran sentirse más cerca de sus seres queridos, atrapados en Rui. Ella se lo agradecía: el mero hecho de estar físicamente próxima a su madre reducía algo los pinchazos de ansiedad que

sentía en el vientre.

—Basta de sentimentalismo —dijo Théra, sacudiendo con determinación la cabeza—. ¿Qué piensas de la respuesta de los lyucu?

Zomi cavilaba sobre el mapa del campo de batalla como si contemplara un pergamino de ideogramas anu o leyera un complejo esquema de ingeniería.

—Contábamos con que la capacidad limitada de vuelo de los garinafins, incapaces de vigilar toda la costa, nos dejaría lugares para desembarcar, pero esta estrategia de utilizar los barcos-ciudad como islas flotantes ha multiplicado su ventaja aérea.

Tanvanaki había reorganizado la armada Iyucu, consistente ahora en los descomunales barcos-ciudad que habían transportado a los invasores y los veleros más pequeños capturados en Dasu y Rui, en flotillas independientes de unos doce navíos. Cada una se organizaba en torno a un único barco-ciudad que actuaba como carguero para dos o tres garinafins, mientras que los veleros más pequeños de Dara les servían de escolta. Las aeronaves capturadas vigilaban el mar y localizaban a los barcos de Puma Yemu; entonces, los garinafins despegaban de los barcos-ciudad y atacaban desde el cielo los objetivos con fuego letal y, por

último, los navíos escolta barrían los restos del naufragio matando a todos los supervivientes. Yemu ya había perdido muchos barcos de ese modo.

—Yo diría que es más que una ventaja —dijo Théra—. Estas agrupaciones tácticas dominan por completo el mar al sur de Rui. Por separado, los barcos-ciudad y los garinafins tienen limitaciones y son vulnerables, pero organizados de este modo se complementan a la perfección. Es como si hubieran construido un nuevo tipo de maquinaria bélica.

Zomi asintió.

—Es un uso inteligente del material militar con el que cuentan para

conseguir un nuevo propósito — disfrutaba realmente trabajando para la princesa, cuyos procesos mentales eran similares a los suyos. Se comprendían mutuamente y mejoraban las ideas de la otra de un modo que le recordaba a los días felices pasados con Luan Zya a bordo de la *Tortuga Curiosa*.

—Deben de estar cometiendo atrocidades para obligar a las tripulaciones de las aeronaves y a los marineros imperiales prisioneros a servirles —reflexionó Théra—. Tenemos que aconsejar a Puma Yemu que retroceda.

—Pero quizás no necesitemos ordenar una retirada completa —sugirió

Zomi.

—¿Qué quieres decir?

—El general Yemu es conocido por su destreza para evadirse —dijo Zomi—. Si actúa con prudencia, podría convertir esa habilidad en una oportunidad...

—... para conseguir información —finalizó Théra, con ojos brillantes.

Ambas compartieron una sonrisa de complicidad y se cogieron por los brazos.

Los barcos de Puma Yemu empezaron a alejarse de las agrupaciones de combate encabezadas por los barcos-ciudad. El viento henchía las velas, los remeros

exhibían la fuerza de sus músculos y los elegantes cascos surcaban el agua, desperdigándose en todas direcciones.

Puma Yemu envió ostentosas señales de cometas a la flota imperial indicando que cualquier capitán de navío que emprendiera la huida en lugar de enfrentarse al enemigo sería ejecutado. Esto provocó que los barcos imperiales actuaran como nerviosos zapateros de agua: intentaban acercarse tímidamente a las agrupaciones lyucu, pero en cuanto daba la impresión de que iban a lanzar a un garinafin, se daban la vuelta y salían despavoridos, enviando cometas de señales en las que afirmaban que el enemigo contaba con una

«SUPERIORIDAD

NUMÉRICA

APLASTANTE»), sin duda a fin de evitar un consejo de guerra para el capitán.

No obstante, no se atrevían a alejarse demasiado. Cuando era evidente que los garinafins no iban a perseguirlos, los barcos reducían la velocidad, daban la vuelta y recomenzaban el proceso de acercarse poco a poco a la agrupación de combate como niños a quienes llaman a cenar y regresan a casa a regañadientes.

Tanvanaki se echó a reír cuando los marineros imperiales capturados le descifraron las señales de las cometas empleadas por los navíos de Puma Yemu. Ordenó a los grupos de combate

que los persiguieran sin tregua, pues estaba claro que el espíritu de los hombres de Dara se había doblegado.

Conforme las agrupaciones de combate se alejaban más y más de Rui, internándose en mar abierto, Zomi y Théra iban marcando meticulosamente su posición en el mapa. A veces, los barcos de Puma Yemu no conseguían escapar a tiempo y algunos fueron presa del aliento abrasador de los garinafins; a veces los garinafins tenían que regresar antes de agotar sus energías. Después de tantos encuentros entre los barcos de Puma Yemu y las agrupaciones de los barcos-ciudad, Zomi y Théra por fin consiguieron calcular con precisión el

alcance máximo efectivo del ataque de las bestias aladas.

El príncipe Phyro propuso un plan para atacar con botes submarinos los grandes cargueros que transportaban a los garinafins. Al estar tan alejados del litoral, estos no tendrían suficiente energía para volar hasta un lugar seguro si perdían sus plataformas flotantes.

—No es mala idea —dijo Théra—. Pero ¿no crees que si utilizamos de inmediato las crubens mecánicas estaremos revelando sus capacidades a los lyucu? El arte de la guerra exige ocultar la información al enemigo mientras se pueda y no todas las victorias tienen el mismo valor. Es como

el principio del *cüpa* por el cual, a veces, para asegurarte una posición mejor, es preferible no capturar las piezas del adversario.

Phyro estuvo de acuerdo con el análisis de Théra pero a la princesa le preocupaba la impaciencia del joven príncipe. Ese había sido siempre su punto débil y, según parecía, ni siquiera los años que había actuado como la sombra del emperador le habían corregido.

—Puma Yemu ya ha hecho su parte —afirmó la princesa Théra—. Ahora les toca a los otros aprovechar este conocimiento pagado tan caro.

Una vez más, Than Carucono miró a través de los ojos de la gran cruben mecánica el turbio panorama submarino.

De tanto en tanto, bancos de peces de colores vivos entraban y salían a toda velocidad de su campo de visión, atravesado también, de vez en cuando, por algún tiburón. La seguían otras nueve crubens mecánicas, una manada de enormes ballenas artificiales recubiertas de escamas surcando las profundidades sin caminos.

Las incursiones de Puma Yemu en el oeste eran solo una parte del plan. El propósito de sus hostigamientos era evitar que los garinafins prestaran atención al mar oriental de Rui, donde

una línea serpenteante de volcanes salpicaba el lecho marino.

Al mirar el angosto y sombrío interior de la embarcación y las caras sudorosas y sucias de su reducida tripulación, Carucono no pudo evitar comparar este viaje con la última vez que había navegado esa misma ruta, de la isla Grande a Rui, más de diez años atrás. Entonces iba en la dirección opuesta, pues las fuerzas de Dasu preparaban una invasión secreta de la isla Grande, y los submarinos estaban repletos de soldados llenos de determinación y esperanza. Hoy también iba en una misión secreta, pero en esta ocasión las embarcaciones llevaban

muchos menos hombres y estos no estaban tan seguros del éxito de su misión.

Gobernar las crubens mecánicas durante una travesía de varios días era un proceso arduo. Necesitaban los volcanes submarinos para proveerse de las rocas calientes con las que alimentar los motores de vapor que impulsaban las aletas caudales. Incluso contando con un mapa detallado de la situación de dichos volcanes, el proceso era rudimentario y estaba lleno de peligros. Pequeñas desviaciones de la ruta podían hacerles pasar de largo el siguiente volcán y las embarcaciones eran demasiado grandes para que los escasos hombres a bordo

adelantaran mucho remando. Si pasaban de largo los volcanes, no tendrían más remedio que ascender a la superficie, lanzar cometas de señales y esperar a que los rescataran, lo que probablemente también revelaría su situación al enemigo y los sentenciaría.

Por tanto, durante el día las crubens mecánicas dependían de la escasa iluminación que llegaba de la superficie para identificar puntos de referencia en el agua, cañones y formaciones coralinas. Por la noche, los tripulantes tenían que depender de la navegación a estima y, con el alma en vilo, buscaban a través de las portillas la tenue luz de volcanes lejanos, como estrellas en el

oscuro abismo. Cada cierto tiempo, tenían que guiar las embarcaciones hasta cerca de la superficie y sacar los tubos de ventilación para renovar el aire, turbido y pesado por su respiración, y no aturdirse y adormilarse.

Era una noche sin luna; el mar estaba en calma.

Los barcos-ciudad lyucu, anclados entre los veleros más pequeños capturados a la población de las islas, se mecían en el puerto de Kriphi como ballenas descansando rodeadas de focas y delfines juguetones.

Los campesinos de Dara, tras otro largo día de trabajo agotador bajo la

mirada vigilante de sus propios decijefes y de los guardianes lyucu, por fin podían descansar. Por su parte, los thanes y guerreros lyucu habían caído en una somnolencia alcohólica tras otra tarde de juerga. En sus sueños se imaginaban cabalgando a lomos de garinafins bien descansados que se abatían sobre las mayores ciudades del corazón de Dara, donde les esperaba un botín de infinitos tesoros y una población aterrorizada hasta la mansedumbre.

Unas cuantas millas mar adentro, un poco más allá de la distancia máxima a la que podían llegar los garinafins sin perder su eficacia según los cálculos de

la princesa Théra y su asistente, las olas se partieron en dos mostrando el cuerno de una cruben que salía a la superficie. La cabeza y la frente de la ballena recubierta de escamas emergieron del agua, quedaron suspendidas en el aire un momento y cayeron estrellándose contra las olas.

Tras ella, otras nueve crubens imitaron el mismo movimiento.

Cuando el ruido atronador alcanzó la costa, ya era apenas audible. Algunos de los guardias que patrullaban las cubiertas de los barcos-ciudad o que estaban encaramados en los puestos de vigía de los veleros de Dara capturados se giraron para escudriñar la oscuridad

del mar, pero la débil luz de las estrellas les impedía ver nada. Los guardias se soplaron en las manos ahuecadas para mantener los dedos calientes y tiraron de los gorros de piel hasta encajarlos en las cejas mientras continuaban con la vigilancia. El ruido no les inquietó especialmente. No era raro que las ballenas o las crubens emergieran en estas latitudes tan septentrionales, lejos de las transitadas rutas costeras cercanas a las islas principales.

Los barcos de la armada de Puma Yemu seguían huyendo como asustados ratones ante los altivos gatos representados por los barcos-ciudad que cargaban los garinafins y las aeronaves

que patrullaban sobre el mar cerca del puerto de Kriphi no habían detectado nada inusual. A menos que la gente de Dara hubiera inventado la manera de hacer invisibles sus torpes y lentas aeronaves, esa sería otra noche más sin incidentes.

Cuando finalmente se convenció de que la salida a la superficie de las crubens no había sido detectada por las patrullas de vigilancia en la costa, Than Carucono liberó el aliento contenido, que resplandeció blanco a la débil luz de las estrellas. El aire era cortante y el agua era lo suficientemente glacial como para matar a una persona en minutos. Sin embargo, en cierto sentido, la fase más

peligrosa de la travesía acababa de empezar.

En la oscuridad, las tripulaciones lucharon contra el viento y el oleaje armadas de remos cortos hasta conseguir maniobrar las enormes crubens y colocarlas en una gran formación circular, con las cabezas apuntando al centro. Para dar más estabilidad a las robustas embarcaciones —que no estaban pensadas para operaciones en superficie—, Than ordenó que extendieran sus largas aletas pectorales, que quedaban retraídas cuando nadaban velozmente. Luego, las tripulaciones elevaron lentamente las mandíbulas de las crubens mediante cabrestantes, hasta

que quedaron completamente abiertas. Las diez embarcaciones ahora parecían una manada de crubens meciéndose perezosamente con unos bostezos inverosímilmente grandes.

Pieza a pieza, las tripulaciones transportaron el cargamento secreto de las bodegas hasta las cubiertas-mandíbula. Dejaron caer al agua, en medio del círculo formado por las crubens, pontones fabricados con vejigas de oveja y de vaca sujetas a postes de bambú que ataron entre sí formando una estructura, sobre la que colocaron delgadas planchas hasta formar una gran plataforma flotante del tamaño de uno de los parques colgantes

de la grácil Müning.

Los hombres de la tripulación subieron cautelosamente a la plataforma, comprobaron su estabilidad y alzaron sus armas en un gesto de victoria.

Desde el vientre de las crubens, grupos de marineros subieron lo que parecían ser apretados haces de bambú, de treinta pies de largo y el grosor de un tronco de árbol. Después de colocar la pesada carga en medio de la plataforma, los hombres cortaron las cuerdas que ataban los haces retirándose rápidamente cuando el bulto saltó y se retorció, como un gato se desenrosca y se estira al despertarse. Las cañas de bambú se desplegaron, se extendieron,

se elevaron y se conectaron unas a otras... era como ver desdoblarse una figura de papiroflexia de Amu, cuyos hábiles artesanos plegaban las delicadas hojas en paquetes planos que, al liberarse, se convertían en animales, casas o retratos de personas famosas; o una versión acelerada de la germinación, crecimiento y floración de alguna planta desde que el tallo se desenroscaba bajo el suelo hasta que se estiraba hacia el cielo.

En poco tiempo, sobre la oscilante plataforma quedaron levantadas las estructuras de bambú de diez pequeñas aeronaves.

Zomi Kidosu, inspirada por la idea

de los globos plegables de aire caliente que Luan Zya le había mostrado en su viajes, había hecho un esbozo de su diseño original. Cuando Phyro y Théra comprendieron sus implicaciones, defendieron con vehemencia la idea de Zomi ante los generales y el emperador. Los ingeniosos matemáticos y eruditos de las academias y laboratorios, tanto privados como apoyados por la administración imperial de Pan y Ginpen habían trabajado sin interrupción para desarrollar maneras de comprimir y plegar la estructura de las aeronaves hasta que pudieron plegarse y almacenarse dentro de las reducidas bodegas de las crubens mecánicas.

A continuación, las tripulaciones subieron bolsas de aire elevador y las ataron a las estructuras. Estaban tan comprimidas como era posible con el fin de reducir su volumen y ahora parecían buñuelos de arroz envueltos en hojas de bambú cuyos hilos se hubieran apretado demasiado antes de cocinarse, por lo que tenían protuberancias por todos lados entre las ligaduras. Tras comprobar que las estructuras estaban firmemente sujetas a la plataforma flotante, aflojaron las cuerdas que envolvían las bolsas de gas y estas se tensaron contra las estructuras de bambú, en un intento de regresar al cielo, su elemento natural.

Siguieron subiendo más bultos, cargándolos en las pequeñas aeronaves y atándolos firmemente a las estructuras: enormes vasijas de cerámica, mangueras flexibles hechas con intestinos animales y bolsas pesadas de un material que los marineros trataban con gran cuidado. Las barquillas, también desmontadas en piezas pequeñas que podían unirse como un rompecabezas, fueron desembaladas y montadas.

El tamaño relativamente pequeño de las crubens no permitía que se almacenaran en ellas los fardos de seda laqueada que generalmente recubría la estructura y formaba la superficie exterior de las aeronaves, lo que

significaba que estas ahora parecían animales cuya piel y músculos se hubieran hecho transparentes por arte de magia, mostrando el esqueleto y los órganos de bombeo y latido del interior. La ausencia de la cobertura de seda hacía que las aeronaves fueran más lentas debido al rozamiento y más vulnerables a los proyectiles, flechas o dardos, dirigidos a las bolsas de gas, pero considerando que los lyucu no utilizaban armas arrojadas, excepto las hondas que disparaban piedras, la pérdida no era decisiva. Además, gracias a la estructura abierta de bambú la tripulación ya no tenía que limitarse a la barquilla para colocar el armamento

ofensivo. Ahora, los soldados podían trepar por todos los puntales de bambú como si fuera el cordaje de un navío, de forma que las aeronaves podían hacer frente a amenazas procedentes de cualquier dirección.

Despojar de todos los elementos externos a las aeronaves reduciéndolas a sus esqueletos reportaba otra ventaja, con la que Than Carucono contaba para el éxito de la misión aquella noche.

Toda la estructura de bambú y las bolsas de seda de gas se habían pintado de negro, al igual que las ropas de la tripulación, especialmente entrenada, que iría encaramada y amarrada a diversos lugares de la estructura al

descubierto. Las aeronaves eran fantasmas hechos de la sustancia de la noche, sigilosas e invisibles.

Pon Naye, comandante de este escuadrón especial de aeronaves, saludó a Than Carucono.

—Almirante, los pájaros de fuego están listos.

Pon había sido una de las primeras mujeres reclutadas por Gin Mazoti para la fuerza aérea. Era una comandante competente que en una ocasión hizo frente al legendario hegemón cuando planeaba sobre el río Liru en una cometa de combate. Se había ofrecido voluntaria para dirigir esta expedición.

Naye se quitó una bolsa de tela que llevaba atada a la cintura y se la lanzó a Than, que la recogió fácilmente.

—Si no regresamos, llevad esto de vuelta a Pan, por favor.

Than sopesó la bolsa. Era muy ligera.

—¿Qué lleva dentro?

—Las últimas voluntades y testamentos de todos los miembros de mi tripulación —dijo Naye.

Than Carucono apretó el fardo contra su pecho. Sintió un escozor en los ojos irritados por la brisa marina al decir:

—Me aseguraré de que se les entreguen a las familias si... Que el señor Kiji y todos los dioses de Dara os protejan.

Naye se echó a reír.

—La gente dice que los aviadores somos supersticiosos, pero yo nunca he sido especialmente piadosa. He estado a un paso de caer desde miles de pies de altura desde que llevo uniforme y nunca he rezado. Si los dioses de Dara quieren luchar a mi lado, bienvenidos sean, pero si no quieren, sé que tengo lo que necesito —dio unos golpecitos al delgado cañón de la nueva arma sujeta con correas a la estructura que estaba a su lado.

—¿Dónde vives? —preguntó Than movido por un impulso—. Yo... entregaré el tuyo personalmente.

—Yo no he dejado ninguno —dijo

Naye—. Nunca llegué a aprender a leer y a escribir, y contar a los escritores de cartas lo que quiero que pase cuando muera... no me parece correcto. Además, no hay necesidad. He sido aviadora desde hace más de quince años y he gastado cada moneda ganada en bebida, en el juego o en amantes. Soy tan ligera como mi aeronave.

—¿No tienes familia? Estoy seguro de que querrían saber...

El rostro de Naye se ensombreció.

—Mi padre murió combatiendo para el emperador Mapidéré y mi madre murió de hambre. Una vez tuve un hijo, pero no lo conozco porque no quise casarme y echar raíces, así que su padre

lo ha criado en algún lugar de Dasu.

—De Dasu —repitió Than Carucono mecánicamente. De pronto entendió por qué Naye se había ofrecido voluntaria para esa misión.

—Nunca he sido una verdadera madre para él —dijo Naye—. Pero si los lyucu le han matado a él y a su padre, aquí estoy para vengarlos. Y si sigue vivo, espero que algún día escuche una historia sobre lo que ocurrió hoy aquí y sepa que su madre no fue una cobarde.

—Un buen nombre —dijo Than Carucono—. Al final, es lo único que importa de todo lo que dejamos atrás.

—Supongo que es algo así —dijo

Naye—. No se me dan bien las palabras, almirante.

Dio un silbido para que las tripulaciones prestaran atención.

—Último chequeo de los agarres de seguridad... Aflojad los amarres de las bolsas de gas... Orden de despegue en diez... ¡Preparaos! ¡Preparaos! ¡Preparaos!... tres, dos, uno, ¡despegue!

Los tripulantes cercanos a la base de las estructuras, donde las aeronaves estaban atadas a la plataforma flotante, balancearon sus espadas cortas al mismo tiempo y las escuálidas aeronaves salieron despedidas en medio de la noche, desapareciendo rápidamente contra la oscuridad del

cielo estrellado. La plataforma, que se había levantado ligeramente con el despegue de las aeronaves, volvió a caer sobre el agua con un chapoteo sordo.

Deslizándose por la noche como calamares a propulsión, las escuálidas aeronaves se aproximaron en silencio a los barcos-ciudad.

Uno de los vigías lyucu atisbó el cielo oscuro, intentando vislumbrar la figura fantasmal que creía haber visto.

¿Era una bandada de pájaros? ¿La brisa? ¿No he tenido la impresión de que una sombra oscurecía por un momento las estrellas?

Súbitamente, del oscuro cielo surgió una gran lengua de fuego.

La lengua se extendió, se desplegó y se desenroscó como nubes evolucionando a la puesta de sol o como espuma del mar al amanecer, y cuando el fuego alcanzó al guardia y lo envolvió, era tan espesa como las enormes columnas de humo que ascendían del tejado del palacio de Kriphi y tenía casi cincuenta pies de longitud. El aire crepitaba a su alrededor y las estrellas temblaban por el calor.

La lengua se retrajo tan bruscamente como había surgido, dejando un cadáver chamuscado donde había estado el guardia; el puesto de vigía se había

convertido en una pira llameante.

—¡Ataque sorpresa! ¡Ataque sorpresa!

Los demás guardias del barco y de los otros barcos dieron la alarma, sin conocer la fuerza y el número de los enemigos que participaban en el ataque. Corrían atropelladamente por cubierta, buscando en todas direcciones. El ángulo del ataque fue tal que los guardias de los otros barcos no lo percibieron al estar su visión bloqueada por las inmensas velas. Parecía como si hubieran catapultado bombas incendiarias desde el agua, pero, ¿cómo iba a llegar hasta allí una flota Dara sin ser vista por las aeronaves ni por los

cargueros de los garinafins?

Enseguida, los vigías prendieron antorchas y escudriñaron la noche. Pero no se veía barco alguno sobre el mar y el muelle estaba desierto.

Una nueva lengua de fuego salió disparada, lamiendo con suavidad otro de los barcos y dejando su mástil principal en llamas.

Esta vez, los vigías se dieron cuenta de que el ataque provenía del aire. Pero, por mucho que lo intentaron, no conseguían situar la aeronave imperial que debía haberlo lanzado, a pesar de que su superficie de seda laqueada tendría que ser fácilmente visible con el brillo de los barcos en llamas e, incluso

si no hubieran estado iluminadas por el fuego, su enorme tamaño las haría tapar pedazos del cielo estrellado.

Era imposible ocultar las aeronaves imperiales. Sin embargo, las que les atacaban no se veían por ningún lado, como si fueran fantasmas.

Enviaron mensajeros a la ciudad de Kriphi para despertar a los adormecidos thanes y a los guerreros borrachos. Si querían salvar los barcos, tenían que apresurarse a traer esclavos de Dara para apagar los incendios.

Una nueva lengua de fuego, un nuevo grito, un nuevo barco pasto de las llamas.

Esta vez, cuatro lenguas al mismo

tiempo y uno de los barcos-ciudad ardiendo por la proa y por la popa.

Finalmente, uno de los vigías pudo descubrir el origen. Cuando una lengua de llamas iluminó el espacio oscuro a su alrededor, el vigía captó el resplandor de algo imposible: una guerrera de Dara manteniéndose en el aire, sin apoyo alguno, blandiendo la lengua de llamas como si fuera una larga lanza.

El vigía, en realidad un brigada del ejército imperial que se había rendido a los lyucu y se había ganado su confianza empujando y dando latigazos sin piedad a los civiles esclavizados de Rui para que trabajaran con más ahínco, recordó la alucinante visión de Fithowéo

luchando con una lanza de llamas.

Se echó a temblar. *¿Finalmente habían decidido intervenir los dioses de Dara?*

Nuevas desbandadas y gritos a bordo de los barcos. Los marineros encendieron lámparas de señales y emplearon espejos curvos para reflejar haces de luz hacia el cielo, a la busca, a la caza de la aeronave imperial fantasma.

¡Ahí esta! Era ciertamente espectral. Su delgado esqueleto de bambú, pintado tan oscuro que parecía fundirse con la noche, apenas reflejaba la luz. Incluso los remos emplumados que la propulsaban estaban teñidos de negro.

Podían verse grupos de soldados amarrados a la estructura en diversos lugares, manejando aquella maquinaria infernal que arrojaba llamaradas letales.

Estos *lanzallamas*, como los denominó el impetuoso príncipe Phyro, eran un invento de Zomi Kidosu basado en las travesuras de la infancia de la emperatriz.

Durante semanas, dejaron fermentar estiércol almacenado en barriles para elaborar un gas inflamable y letal; molieron el estiércol seco hasta convertirlo en polvo mezclado con bolitas sólidas y lo guardaron en vasijas para servir de munición. Cada barril de gas a presión iba unido a una manguera

conectada a su vez a un tubo fino y recto que podía manejarse como una lanza. Un extremo del tubo se fijaba a un fuelle y a las vasijas de estiércol pulverizado. Cuando los soldados bombeaban los fuelles para conducir las bolitas y el polvo a través del tubo hueco, se abría una válvula del barril que liberaba el gas a presión y la mezcla de gas y polvo era prendida por una llama piloto cercana a la abertura del tubo. Como resultado de todo esto se producía un potente chorro ardiente que incineraba todo a su paso.

Los haces de luz se movían por doquier, inspeccionando el oscuro cielo como las asustadas antenas de algún

insecto. Descubrieron otras aeronaves fantasma, planeando sobre el puerto como polillas gigantes que no auguraban nada bueno y escupían llamas letales sobre los barcos lyucu.

Los escasos arqueros que había tierra adentro —la mayor parte, soldados rendidos de Dara— dispararon flechas a las aeronaves fantasma, pero las pocas que se acercaban a las mujeres a bordo eran desviadas por escudos de mimbre hábilmente manejados.

La silueta nocturna de Kriphi se fue iluminando a medida que las antorchas se encendían y los guerreros lyucu se esforzaban por responder al ataque. Podía oírse un estrépito sordo y

profundo de alas gigantes batiéndose por encima de la conmoción reinante en los muelles: los garinafins y sus jinetes habían despertado.

Los haces brillantes emitidos por los espejos que giraban junto a las antorchas enfocaban a las aeronaves fantasmales para evitar que desaparecieran en la noche. Al perder la ventaja de la invisibilidad, las aeronaves cambiaron de táctica. Los remeros prendieron fuego a los remos, de tal modo que las aeronaves imperiales parecían ahora pájaros de fuego o medusas resplandecientes cuyo elemento natural fuera el mar empíreo. Los remos iluminados por las llamas como

tentáculos envenenados quemaban las velas cuando las aeronaves pasaban rozándolas y hacían retroceder a los hombres de cubierta que intentaban apagarlo.

Un chillido fuerte y penetrante, un sonido triste y orgulloso a la vez, resonó en la noche. El corazón de Naye se estremeció cuando ese sonido, que parecía de otro mundo, llegó hasta la región de su mente donde nacen las pesadillas. Su tripulación y las de las otras aeronaves dejaron de lanzar llamas y los lyucu a bordo de los barcos dejaron de agitar sus mazas y arrojar flechas.

Todos aguardaban, conteniendo la

respiración.

Los guerreros lyucu de tierra adentro estallaron en un estruendoso grito de alegría cuando la enorme sombra de un garinafin surgió de detrás de las luces y se lanzó contra la aeronave de Naye.

La bestia la superaba tanto en tamaño que parecía un halcón mingén lanzándose en picado hacia un becerro. Y cuando se aproximó el garinafin, la aeronave imperial, cuyos remos ardiendo habían dejado de batirse como si la tripulación estuviera completamente aterrorizada, quedó a la deriva como un globo de aire caliente.

El piloto del garinafin, un hombre delgado y nervudo en la cuarentena, dejó

que una sonrisa cruel se apoderara de su rostro. Se dio la vuelta y gritó al resto de la tripulación que se agarraran fuerte. El garinafin iba a hacer trizas esa liviana cesta de bambú.

Se acercó más y más, y la desafortunada aeronave no se movía.

El piloto daba aullidos de alegría.

El garinafin batió sus alas hacia adelante para cernirse, al tiempo que echaba el cuello hacia atrás, preparándose para abrasar la nave.

La aeronave de Naye dio una sacudida en el aire, como si una mano invisible la hubiera sacado del camino. Sus fuelles no solo servían para dar potencia a los lanzallamas; también

almacenaban aire comprimido en contenedores que, mediante una serie de tubos y trompetas acampanadas, podía liberarse por la parte posterior de la nave. Siguiendo el modelo de los calamares que se propulsaban velozmente por el océano expulsando chorros de agua, los ingenieros de la academia habían añadido propulsores de aire a las aeronaves fantasma para habilitar un mecanismo sorpresa de escape.

La mayor parte de la aeronave se libró de la columna de fuego del garinafin. Las llamas solo alcanzaron la punta de la cola y una desafortunada tripulante cayó de su posición, dando

chillidos mientras se precipitaba hacia la muerte como un ardiente meteorito.

El resto de la tripulación de Naye se puso en movimiento para lograr dos objetivos. Algunos treparon por la estructura en busca de las mangueras conectadas a tanques de agua para apagar el fuego antes de que quedara fuera de control; otros apuntaron sus lanzallamas hacia el garinafin, momentáneamente aturdido e indefenso tras el ataque con su aliento de fuego.

Súbitamente, el mundo se encendió como si acabara de estallar un volcán; desde múltiples lugares de la aeronave salieron disparados chorros de fuego que confluyeron en el garinafin.

En los combates contra otros garinafins, los jinetes iban cubiertos con gruesas protecciones hechas con la dura piel de la bestia, que colgaban como alforjas de la malla que cubría el cuerpo del garinafin. Pero, como en este caso los jinetes habían sido despertados en mitad de la noche y nunca se habían encontrado con aeronaves de Dara que pudieran respirar fuego, no se habían molestado en ponerse el blindaje completo.

Como insinuó la mariscal a las mujeres que acudieron a verla, la arrogancia de los lyucu daría cierta ventaja a las gentes de Dara.

Cuando las columnas de fuego

acariciaron el cuerpo del garinafin, el chisporroteo y el hedor a carne quemada llenaron el aire. Algunos de los aterrorizados jinetes se las arreglaron para gatear sobre la malla y colocarse en lugar seguro al otro lado de la bestia, como arañas que se escabullen en las sombras a la llegada de un explorador con una antorcha, pero la mayor parte de ellos no pudieron abandonar a tiempo su posición, y cayeron aullando y ardiendo sobre el gélido mar que se abría distante por debajo de ellos.

El piloto tuvo la suficiente presencia de ánimo para dar nuevas órdenes a su montura, que batió enérgicamente sus imponentes alas para retirarse con los

jinetes heridos sujetos a la malla con todas sus fuerzas.

La tripulación de la aeronave de Naye y la de las otras aeronaves imperiales lanzaron vítores. Después de todo, los temibles guerreros lyucu no eran invencibles.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

UNA PEQUEÑA VICTORIA

RUI: SEGUNDO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Mientras Pon Naye dirigía su flota fantasma hacia los barcos lyucu anclados en la bahía para seguir arrojando fuego, otra docena de garinafins se acercó a las aeronaves manteniendo la distancia. Las bestias

gigantes y sus jinetes estaban confusos por estos nuevos artilugios que disparaban llamas en todas direcciones como erizos ardientes, tan distintos de las lentas e indefensas aeronaves imperiales que habían dominado fácilmente hasta ahora.

Como los lanzallamas manejados por las tripulaciones de Naye podían arrojar fuego a mayor distancia y de manera más continuada que el aliento natural de fuego de los garinafins, el equilibrio de poder había experimentado un cambio decisivo. Aunque las bestias tenían las alas y la piel resistentes, el intenso calor generado por los lanzallamas les resultaba desagradable. Por mucho que

los pilotos les apremiaran a continuar, los garinafins se quedaban atrás y daban vueltas con recelo a cierta distancia de las aeronaves.

Mientras tanto, los barcos ardían y se hundían a sus pies. Los marineros saltaban a las gélidas aguas para intentar nadar hasta un lugar seguro. Los jinetes de los garinafins observaban impotentes el infierno en que se había convertido el puerto de Kriphi.

Pero uno de los jinetes, una mujer joven con el pelo tan rubio que parecía blanco, estaba impertérrita. Vadyu Roatan, conocida también como Tanvanaki, hija del pékyu, estaba al mando de este grupo, y su montura, una

bestia albina llamada Korva, era la mayor y más taimada de los garinafins.

Mientras observaba la situación desde su montura, Tanvanaki colocó el extremo más estrecho de su tubo comunicador en la gran protuberancia situada delante de su silla, bajo la que estaba una de las vértebras de Korva.

Como los garinafins tenían el cuello tan largo, la única manera práctica de que los pilotos se comunicaran con las bestias durante el vuelo era patear la dura piel de la base del cuello con espuelas afiladas o hablar a través de tubos con forma de trompeta hechos con el hueso hueco del oído de los garinafins, lo que permitía que las voces

llegaran hasta la cabeza de las bestias mediante vibraciones en la columna vertebral.

—Chica —dijo Tanvanaki—, tenemos que intentar algo nuevo — mientras acariciaba la parte de atrás del cuello de su montura, iba explicando lo que quería hacer a través del tubo.

Korva movió la cabeza para mostrar que entendía. Luego bramó y emitió un gemido, un ruido profundo similar al canto de las crubens y las ballenas. Al momento, los otros garinafins lo respondieron con sus voces graves y lúgubres y sus pilotos cruzaron las armas por encima de la cabeza para indicar a Tanvanaki que habían

entendido. Las bestias aladas comenzaron a hacer círculos alrededor de las aeronaves, manteniéndose cautelosamente fuera del alcance de los lanzallamas. De vez en cuando, uno de ellos intentaba encontrar un hueco para lanzar fuego a las escuálidas aeronaves.

—¡Cuidado! —gritó la capitana Pon Naye a través de una trompeta hecha con el cuerno de un toro, sorprendentemente similar a la que llevaba la hija del pékyu —aunque en este caso lo que se llevaba a la boca para hacer llegar su voz a la tripulación de las otras aeronaves era la punta del cuerno—. ¡Nos están acorralando!

Lo cierto es que los garinafins

parecían actuar de un modo coordinado. Como una manada de lobos que rodea a un rebaño de ovejas, su acoso continuo obligaba a las aeronaves a arrojar llamas para defenderse una y otra vez y a utilizar los propulsores de aire para escapar del aliento de fuego de las bestias. A pesar de darse cuenta de la situación, la única opción que tenían las naves era acercarse cada vez más unas a otras, a medida que los garinafins estrechaban su círculo.

Finalmente, las diez aeronaves quedaron apiñadas con las colas rozándose y las proas hacia fuera, como los rayos de luz de una estrella. Los remeros replegaron los remos alados y

los guardaron provisionalmente. Aunque esta formación ya no permitía que las aeronaves atacaran a los barcos lyucu ni a los hombres en tierra firme, les ofrecía total protección frente a los ataques de los garinafins procedentes de cualquier dirección. Además, cada aeronave quedaba protegida por el fuego cruzado de los lanzallamas de las naves hermanas que tenía a cada lado, sin ofrecer ningún hueco que pudieran aprovechar los garinafins. El círculo de los garinafins y el de las aeronaves habían llegado a una situación de punto muerto, aunque se mantenía la tensión.

Pero Naye no podía evitar pensar que algo iba mal. Se recordó a sí misma que

debía desconfiar. Los lyucu habían demostrado una y otra vez ser unos astutos adversarios. Observó cómo los garinafins daban vueltas a una velocidad constante y que sus rasgos coloridos distintivos —rayas, motas, manchas irregulares, incluso colores lisos— eran similares a los motivos de los farolillos giratorios de su niñez.

—¡Conservad la munición! —volvió a gritar a través del cuerno—. No disparéis a menos que tengáis que hacerlo. Puede que intenten agotar nuestras reservas —pero eso no tenía sentido. Según habían aprendido en anteriores choques con Ra Olu y Puma Yemu, los garinafins no tenían mucha

resistencia en cuanto a su capacidad de respirar fuego y se cansarían antes de que se agotaran los lanzallamas.

La pauta de los garinafins volando en círculos a su alrededor empezaba a repetirse: motas, rayas, color liso, manchas... Inadvertidamente, Naye los contó. *Uno, dos, tres... diez, once. Motas de nuevo, ahora las rayas, el color liso... ¡espera! ¿Once?*

Miró frenéticamente a su alrededor. Luego miró hacia abajo: el océano oscuro, destellando con la luz de los barcos en llamas. El corazón se le detuvo lleno de terror cuando miró hacia arriba y sus sospechas se vieron confirmadas.

Cogió el cuerno para lanzar un aviso pero era demasiado tarde.

Mientras los otros garinafins daban vueltas alrededor de las aeronaves y las mantenían ocupadas, Vadyu Roatan se había retirado con su montura sin ser detectada y había desaparecido en la noche. Tras separarse lo suficiente del centro de la acción, la princesa Iyucu urgió a su montura a elevarse muy por encima del grupo de aeronaves y el círculo de garinafins.

Imaginaba que los capitanes imperiales no sospecharían de un ataque desde arriba a causa de sus arraigados hábitos. Debido a su evolución y a que la única fuente de gas elevador se

encontraba en el lago Dako, no había otras potencias que dispusieran de aeronaves en cantidades significativas y los combates aire-aire eran extremadamente raros. La principal función de las aeronaves era reconocer y bombardear objetivos terrestres y marítimos, y las escasas batallas aéreas ocurridas en la historia habían sido sucesos lentos y pesados que recordaban a los combates navales en los que los adversarios se aproximaban en el mismo plano para intercambiar proyectiles y flechas e intentar el abordaje. Aunque los estrategas de Dara sabían que el contendiente que se situara a mayor altura contaría con una ventaja decisiva

en un combate aéreo, dicha comprensión teórica nunca se había puesto en práctica. Los aviadores no se entrenaban para disparar sus armas hacia arriba porque las aeronaves y las barquillas que de ellas colgaban estaban diseñadas para atacar objetivos situados por debajo o al mismo nivel, pero no por encima, una dirección que, en cualquier caso, quedaba obstaculizada por el casco de la nave, recubierto de seda opaca.

Tanvanaki obligó a Korva a realizar un picado rápido, directo al centro del grupo de aeronaves. Cuando Pon Naye fue consciente de su error y quiso alertar al resto del escuadrón, Korva y su

tripulación estaban casi encima de ellos.

Tanvanaki apretó las rodillas contra el cuello de Korva, y esta se encabritó en el aire, deteniendo su caída en picado con un descomunal aleteo, echó el cuello hacia delante y arrojó una columna de llamas al centro del grupo, donde las aeronaves se rozaban unas a otras. Al mismo tiempo, los jinetes sujetos a la malla de la enorme bestia arrojaron una lluvia de piedras con sus hondas para evitar una respuesta de los lanzallamas. Algunos aviadores de Dara recibieron golpes en la cabeza y se desplomaron sin ruido contra sus arneses.

Pero la lengua de fuego no alcanzó las estructuras de bambú. Aunque las

tripulaciones se encogieron de miedo ante el rugido del fuego y el calor opresivo, la columna ardiente se apagó sin prender fuego a ninguna de las aeronaves.

Pon Naye gritó de júbilo. Las extrañas formas de las escuálidas aeronaves debían de haber dificultado el cálculo correcto de la distancia y Tanvanaki había detenido su montura un momento antes de lo que habría sido preciso. Ahora el garinafin necesitaría unos instantes para volver a cargar, lo que otorgaba a las aeronaves imperiales el tiempo necesario para preparar la defensa.

Los aviadores treparon sobre el

entramado de la estructura de bambú para colocar sus lanzallamas en un lugar que les permitiera hacer frente a esta nueva amenaza desde arriba. Al carecer de un casco opaco, las aeronaves podrían mantener a raya a los adversarios que llegaran de esa dirección así como crear una barrera protectora de lanzallamas en cualquier dirección.

Naye observó la actividad a su alrededor y, de pronto, cayó en la cuenta aterrorizada de que Vadyu no había calculado mal la distancia. El ataque había logrado exactamente lo que pretendía.

—¡No! —gritó, pero era demasiado

tarde.

Los aterrorizados aviadores situados en la cola de las naves, con el pelo chamuscado por el calor del aliento abrasador del garinafin, habían disparado sus lanzallamas sin esperar la orden de Pon Naye. Los encargados de las mangueras abrieron la válvula del gas a presión y los que operaban los fuelles bombearon como si su vida dependiera de ello: de las colas de las aeronaves salieron diez lenguas de fuego dirigidas a la bestia que se cernía sobre ellos, como si diez ranas apuntaran a la misma mosca. Como los lanzallamas tenían más alcance que los garinafins, Korva quedaría gravemente herido —o,

al menos, su tripulación.

Pero esa reacción era precisamente la que Vadyu esperaba. Las columnas de fuego salieron disparadas hacia arriba, pero mucho antes de alcanzar su objetivo comenzaron a curvarse, como el vuelo arqueado de un dyran cayendo de nuevo al mar iluminado por el sol. Diez lenguas de fuego golpearon las diez aeronaves, siguiendo un grácil arco parabólico, como si hubieran estado dirigidas a sí mismas.

Los lanzallamas estaban diseñados para mezclar el gas a presión con el estiércol pulverizado, que proporcionaba la masa necesaria para que las llamas llegaran más lejos que si

solo su utilizara gas. Pero eso también significaba que dichas llamas eran realmente chorros de proyectiles ardiendo, y los proyectiles se ven afectados por la gravedad. Si se disparaba hacia arriba, las lenguas de fuego terminarían cayendo.

Las apiñadas aeronaves habían sido engañadas para que se prendieran fuego unas a otras.

Al instante, las estructuras de bambú comenzaron a arder y los gritos y aullidos de las tripulaciones, con el cuerpo envuelto en llamas, llenaron el aire. La magnitud del incendio imposibilitaba su extinción con las mangueras de agua, las bolsas de gas

estallaron y las naves comenzaron a perder altura.

Cuando las aterrizadas tripulaciones se desataron de los arneses e intentaron escapar de las colas en llamas hacia la proa, las aeronaves se desequilibraron y comenzaron a inclinarse y ladearse mientras perdían altitud. Pronto, todas se hundirían en el negro océano, ya repleto de los restos en llamas de los barcos naufragados.

Naye observó la figura del gigantesco garinafin albino que se cernía en el aire y la diminuta figura de la piloto sobre su cuello y su corazón se llenó de admiración. *Esta mujer es un enemigo de altura*, pensó. Aunque la

princesa lyucu nunca se había encontrado con aeronaves fantasma que arrojaran fuego, había conseguido idear un plan para derrotarlas en pocos minutos.

¿Voy a fracasar? ¿Quedará mi nombre olvidado como murmullos en el viento invernal?

Las estructuras en llamas comenzaron a crujir y a desmoronarse; las aeronaves perdían altura más rápidamente. Los otros garinafins se acercaron, escupieron más fuego y algunos atacaron con garras y dientes. Más chillidos y gritos. Los aviadores en los puestos de lanzallamas habían abandonado su posición en un vano intento por salvarse

o estaban inmóviles, con los ojos cerrados y los brazos tapándose la cara en actitud defensiva. Algunos tripulantes, conscientes de que no había esperanza, se desataron y saltaron, sumergiéndose en las aguas oscuras y gélidas. Si no se ahogaban o se congelaban hasta morir rápidamente, serían capturados por los lyucu y se enfrentarían quizás a un destino peor que la muerte. Naye se desató de la estructura y cogió su cuerno.

—¡Soldados de Dara, ya estamos muertos!

»Ya lo sabíamos antes de despegar esta noche. No hay duda. Lo único que falta por decidir es si los bardos y los

narradores de historias de estas islas recordarán nuestros nombres como emblemas de gloria o de cobardía. ¿Vivirán nuestros padres, hermanos, hermanas, maridos, esposas e hijos como hombres y mujeres libres de Dara o como esclavos de los bárbaros lyucu?

La tripulación aterrorizada se detuvo, se agarró a los soportes y escuchó sus palabras, aunque las naves se desintegraban a su alrededor y los garinafins continuaban al ataque.

—¡Seguid mi ejemplo, hermanas! — Naye volvió a sujetarse el arnés en torno al barril de un lanzallamas, una inmensa vasija de cerámica más alta que ella y varias veces más ancha. Hizo una seña a

quienes operaban los fuelles—. Ha llegado el momento. Adelante.

Esta era la sorpresa final que guardaban las aeronaves fantasma, el último recurso.

No puedo exigirlos esto —había dicho Naye a sus tripulaciones y oficiales antes de desaparecer en el vientre de las crubens mecánicas para iniciar su misión al otro lado del mar—. Ni tampoco el emperador, a pesar de lo que digan ministros y sacerdotes sobre la dulzura de morir cumpliendo con el deber. Aunque no haya estudiado los clásicos anu, sé que la vida es sagrada. Quiero ofreceros la posibilidad de tomar esta decisión

porque a veces quienes seguimos los pasos de Fithowéo tenemos que elegir entre un destino terrible para uno y un destino terrible para muchos otros. Son pocas las ocasiones en las que un soldado puede elegir, pero yo quiero daros la posibilidad de estar a la altura de la imagen que queréis que otros recuerden.

La tripulación a cargo de los fuelles vaciló apenas un segundo antes de responder afirmativamente con la cabeza.

—Mi deber como capitán es hundirme con la nave —dijo Naye—. Pero me temo que esta vez no podré hacerlo.

—Nosotras nos hundiremos con la nave —dijo una de las encargadas de los fuelles, con voz solemne.

—Os veré pronto, en la otra orilla del Río en el que Nada Flota —dijo otra de las encargadas de los fuelles.

—Quizá el hegemón nos dé la bienvenida —dijo Naye, sonriendo. Hizo un gesto decidido con la mano. Una de las encargadas de los fuelles desenfundó su espada corta y dio un tajo a las cuerdas que ataban el barril a la estructura de la aeronave.

Detrás del barril había un conjunto de varas de bambú dobladas y sujetas. Siguiendo el modelo de la catapulta que salvó a Théca Kimo en su encuentro con

el emperador, las varas de bambú lanzaron el barril al aire al enderezarse, alejándolo del casco en llamas de la aeronave. Al coronar su vuelo, cuando estaba a punto de comenzar la caída, se desplegó un par de alas a ambos lados del barril, convirtiendo la caída en un planeo. Atada al barril, Naye manipulaba las cuerdas conectadas a las alas para dirigir su vuelo hacia uno de los garinafins.

Los jinetes montados sobre el garinafin, exultantes por la visión de las aeronaves ardiendo y cayendo al mar, no vieron a este nuevo agresor. El garinafin sí lo vio, pero, para él, la diminuta criatura voladora era como un mosquito

y no hizo caso. Solo cuando el barril volador aterrizó en su lomo, en medio de los jinetes atados a la malla con diversos arneses, surgieron gritos de sorpresa y alarma. Algunos se desataron y treparon con pies y manos armados de sus porras de hueso, dispuestos a acabar con esta insolente que había escapado de las aeronaves en llamas.

Tan pronto aterrizó el barril, Naye sacó un par de garfios y los hundió en la malla del lomo del garinafin, para asegurarse de que tanto ella como el barril estaban bien sujetos a la bestia. Cuando los guerreros lyucu se aproximaron con cautela sobre el lomo agitado e inestable de la bestia y el

garinafin enroscó su cuello serpentino para observar por encima de un hombro y acercarse amenazadoramente a la capitana de Dara, Naye se echó a reír.

Arrancó la manguera sujeta al barril y la válvula de seguridad y clavó la lanza de fuego con su piloto ardiendo en el extremo del barril.

Durante un segundo no pasó nada y después fue como si del lomo del garinafin saliera un pequeño sol. En un instante la explosión incineró a Naye, a los guerreros lyucu, al piloto y gran parte de la cara del garinafin.

Los barriles, además de contener estiércol para generar gas, habían sido rellenos con piedras afiladas y

chatarra para incrementar su potencia letal. Por potentes que fueran las bombas, poco harían contra la dura piel de los garinafins a menos que explotaran contra el tejido blando de los ojos o la lengua, pero resultaban letales para los jinetes y los pilotos, que eran su objetivo principal.

La gigantesca bestia, ciega, sorda y sin piloto, aulló de rabia y dolor; luego dio varias vueltas en el aire y se lanzó en picado hacia los otros garinafins, respirando fuego y blandiendo sus enormes garras.

Los otros garinafins, desprevenidos ante este giro inesperado de los acontecimientos, no se apartaron a

tiempo del camino de su compañero enloquecido. Las garras daban tajos, hombres y mujeres chillaban, lenguas de fuego volaban por doquier y solo cuando cinco garinafins coordinaron sus esfuerzos pudieron finalmente reventar el cráneo de la bestia descontrolada. Esas alas que oscurecían el cielo se batieron una vez más, se detuvieron y el cuerpo cayó cientos de pies hasta el casco en llamas de un barco-ciudad, arrojando chispas encendidas y restos ardiendo por todas partes, como en una erupción volcánica.

Las capitanas de Dara de las otras aeronaves habían seguido el ejemplo de Naye y nuevos artefactos voladores

salieron por los aires en dirección a los grandes garinafins. No todos llegaron a posarse sobre sus objetivos. Algunos garinafins agarraron los barriles con las mandíbulas y, un momento después, sus cabezas explotaron en similares aureolas brillantes. Otros fueron atrapados por las enormes garras de los garinafins y sus vientres desaparecieron en esferas de luz y calor. Las atronadoras explosiones, acompañadas por los chillidos de hombres y mujeres moribundos y los enloquecidos aullidos y lamentos de las bestias heridas crearon todo un infierno celeste.

Las bestias, enloquecidas de dolor, privadas de la guía de sus pilotos,

viraban y se revolvían en el aire de manera imprevisible, atacando todo lo que se ponía en su camino, respirando fuego una vez tras otra. Las erráticas maniobras arrojaban de sus arneses de seguridad a los jinetes supervivientes y los enfurecidos garinafins embestían contra los barcos quemando grandes cantidades de marineros. Chocaban unos contra otros, las cabezas golpeaban, las mandíbulas mordían, las garras desgarraban, las colas daban latigazos, las bocas expulsaban fuego, hasta que uno de los dos se desplomaba finalmente desde el cielo, inerte, como un dios caído.

Al final, cuando la mayoría de los

garinafins hubo muerto, tres bestias supervivientes lucharon durante mucho tiempo en el aire. Igualadas en fuerza, ninguna de ellas conseguía una ventaja decisiva y se aferraban unas a otras mientras sus alas desgarradas imposibilitaban que cualquiera de ellas mantuviera el vuelo por sí misma. La maraña de piel, carne, alas, garras, mandíbulas y aliento ardiente que formaban las tres bestias en el aire parecía una nube oscura repleta de rugidos atronadores y destellos de relámpagos de fuego.

Tanvanaki había alejado a Korva del tumulto tan pronto como se dio cuenta de lo que estaba pasando. Luchando por

contener lágrimas de rabia y terror, miró en dirección a Kriphi y vio un conjunto de colas de zorro ondeando en la punta del mástil frente a la gran tienda de su padre, iluminado por luz de las antorchas. Pékyu Tenryo había dado la orden de retirada.

No podía creerlo. *¿Por qué? Aunque hayamos perdido la mayor parte de los garinafins, ¿no hemos acabado con todas las aeronaves?*

Pero entonces, al mirar por encima de las murallas de la ciudad, comprendió. De alguna manera, un ejército de Dara había conseguido desembarcar en la costa y estaba ocupando sistemáticamente el

campamento lyucu como una ola lenta que avanza sobre los residuos de una playa. De tanto en tanto, de sus líneas avanzadas salía disparada una lengua de llamas que prendía fuego a las tiendas y hacía morir en un infierno a los guerreros lyucu y los soldados rendidos de Dasu que no habían podido huir a tiempo. El ejército imperial debía de haber llegado por los mismos medios secretos en que habían transportado las aeronaves.

En esos momentos, en medio del pánico general causado por el ataque de las aeronaves, era imposible organizar cualquier tipo de defensa por mar o tierra. Y con la fuerza garinafin de

Kriphi destruida y el último de ellos, su propia Korva, casi sin aliento de fuego, no había realmente otra alternativa que retirarse.

Tanvanaki suspiró y colocó el tubo de hueso contra la columna vertebral de Korva.

—Practica la compasión y vámonos.

Korva gimió para mostrar que había comprendido. Voló hasta el revoltijo de los garinafins que continuaban peleando y se encabritó, disparándoles su última bocanada de fuego. Las bestias, heridas y aturdidas, dejaron de luchar y Korva las sujetó con sus garras y les quebró el cuello limpiamente.

Luego giró hacia el oeste para seguir

a las filas del ejército lyucu en retirada. Tras él, las aeronaves imperiales y los garinafins muertos cayeron al mar, donde se unieron a los cadáveres crepitantes de los otros garinafins y a las ascuas del naufragio de los barcos lyucu.

Por el horizonte asomaron los primeros rayos del amanecer, iluminando esta escena de silencioso horror.

El desembarco de Than Carucono en Kriphi conmocionó a todos los thanes lyucu. Aunque los detalles exactos todavía no estaban claros, de lo que declararon bajo tortura los soldados de

Dara rendidos se deducía que quizá habían participado dos oleadas de embarcaciones submarinas, una para transportar a las aeronaves fantasma que actuaron como tropas de asalto y otra con la fuerza invasora principal. Pékyu Tenryo estaba furioso por que no hubieran revelado en el pasado esas capacidades bélicas e hizo incinerar públicamente con aliento de garinafin a cien soldados rendidos, prometiendo que trataría de la misma manera a quien se atreviera a retener información militar valiosa.

Los murmullos tímidos de los soldados que expresaban que nadie hubiera imaginado que utilizarían de ese

modo las crubens mecánicas fueron ignorados.

Ahora, la única flota que quedaba en poder de los lyucu eran los barcos-ciudad con los garinafins y los otros navíos escolta que se enfrentaban a Puma Yemu en alta mar. Aeronaves mensajeras lyucu les ordenaron regresar inmediatamente a la costa occidental de Rui, lugar al que también se estaba retirando el ejército lyucu.

Cuando Pékyu Tenryo se puso en marcha con su ejército, obligó a los civiles esclavizados de Rui a acompañarlo, dejando al ejército imperial únicamente aldeas y almacenes vacíos. Niños de apenas ocho años y

ancianos de ochenta y ocho fueron obligados a caminar muchas millas día tras día, y quien se quedara atrás era eliminado con un contundente golpe en el cráneo. Arrancaban a los bebés de los brazos de sus madres arrojándolos al lado del camino y fustigaban a los padres para que continuaran a pesar de sus gritos patéticos.

—¡Por favor, por favor! ¡Piedad!

Pero los guardias, muchos de los cuales ni siquiera eran guerreros lyucu sino soldados rendidos de Rui y Dasu, eran implacables. Los antiguos imperiales sabían que su destino estaba ahora inexorablemente unido al de los lyucu. Si las fuerzas del emperador

llegaban a vencer finalmente, sus perspectivas como colaboradores y espías no eran buenas. Tenían que mostrar el máximo celo en servicio de sus señores lyucu.

Ra Olu y la señora Lon eran ejemplos especialmente notables. Ponían todo su empeño en motivar a la población civil forzada a desplazarse a regañadientes con el ejército lyucu. Cuando las columnas de hombres y mujeres redujeron el paso, agotados, hambrientos y a merced del aire frío del invierno, Ra Olu hizo correr el rumor de que más adelante les esperaba comida caliente. Emocionados por la promesa de comida, avivaron el paso, para

descubrir más tarde que el ministro traidor les había mentido para que aceleraran la marcha.

—Todos tendréis abundante comida en cuanto lleguemos a Dasu —dijo Ra Olu a modo de disculpa. Los refugiados comprendieron entonces que el plan era transportar al ejército lyucu en los restantes barcos-ciudad a través del golfo de Gaing hasta Dasu, donde presumiblemente intentaría resistir. Y la población de Rui también sería embarcada, como si fuera ganado, para servir a sus amos lyucu.

La gente maldecía los nombres de Ra Olu y la señora Lon. Apretaban la mandíbula y se callaban delante de los

guardias pero estaban decididos a dar cuenta de aquellos dos con sus propias manos si se les ofrecía la oportunidad.

Mientras Than Carucono y sus tropas buscaban en el Kriphi liberado espías lyucu para interrogarlos con el fin de recabar información sobre el enemigo, Zomi Kidosu se dedicó a recuperar los cadáveres de los garinafins muertos.

Algunos de los cuerpos habían caído sobre los barcos-ciudad en llamas y fueron consumidos por el fuego, hundiéndose al naufragar los barcos. Pero otros cayeron sobre el mar, las aguas extinguieron los fuegos y los conservaron. Aunque las criaturas eran enormes, los cadáveres parecían

sorprendentemente ligeros y flotaban en el agua.

Zomi escogió dos cadáveres especialmente bien conservados y solicitó algunas crubens mecánicas para que arrastraran sus cuerpos hasta la isla Grande.

—La princesa Théra me dio instrucciones de recuperar algún ejemplar —explicó Zomi—. Como no hemos podido capturar a ninguno vivo, ni ningún ejemplar inmaduro, esto es todo lo que podemos hacer. Dichos cadáveres representan información militar de vital importancia y debemos llevarlos de regreso a la isla Grande lo antes posible.

Carucono accedió. Había sido testigo de cómo la princesa y Zomi habían podido diseñar armas poco habituales que permitían tácticas de combate sorprendentes, y si la princesa pensaba que las bestias aladas muertas eran útiles, no sería él quien lo discutiera.

Cuatro crubens mecánicas remolcaron a los garinafins hasta la isla Grande. Para ello, ataron largos cables a las carcasas y los conectaron a las crubens mecánicas. Cuando estas tenían que sumergirse para llegar a los volcanes submarinos en busca de las rocas recalentadas que alimentaban sus motores, desenrollaban los cables tras ellas como si fueran hilos de cometa,

dejando los cadáveres flotantes en la superficie. De esta manera, los cuerpos fueron lentamente «aerotransportados» hasta el puerto de Ginpen, donde eruditos de la antigua Haan y sus colegas de Pan emprendieron la tarea de examinarlos bajo la dirección de la princesa.

Than Carucono ordenó despachar mensajeros para traer inmediatamente al emperador hasta Kriphi.

—El emperador debe de estar ansioso por ver al príncipe Timu. Una vez llegue con el resto del ejército, la moral será tan alta que arrojaremos al mar a los lyucu sin apenas esfuerzo,

como hicimos con la rebelión de Théca Kimo.

—No estoy de acuerdo con esos planes —dijo Zomi Kidosu.

Todos los que estaban en el salón de audiencias del palacio de Kriphi se volvieron para mirarla. El lugar todavía apestaba a leche agria y comida en descomposición de la ocupación lyucu.

Zomi tragó saliva.

—Hay algo que no marcha bien. Aunque la invasión del almirante Carucono salió según el plan previsto y el sacrificio de la capitana Naye fue valioso, los lyucu todavía tienen cerca de cincuenta garinafins. A pesar de nuestros lanzallamas, lo más que

esperábamos lograr con este ataque era establecer una cabeza de puente cerca de Kriphi y mantenerla hasta la llegada de refuerzos. Pero los lyucu han continuado su retirada hacia el oeste y se desconoce la situación de los garinafins.

—Quizás los garinafins rehúsan combatir después de ver lo que pasó con sus compañeros en la batalla del puerto de Kriphi —dijo Than Carucono—. O quizá la moral de los lyucu es tan baja que Pékyu Tenryo no es capaz de enviar a sus hombres al combate. Por eso planean retirarse a Dasu.

Zomi sacudió la cabeza.

—Nuestra única fuente de

información son algunos refugiados que consiguieron escapar y nos contaron que Ra Olu dio a entender que ese era el plan, pero estoy empezando a dudar de que los lyucu confíen en él hasta el punto de contarle sus verdaderos planes.

Carucono estaba a punto de replicar cuando la reunión se vio interrumpida por un tumulto a la entrada del salón de audiencias. Varias personas gritaban pidiendo ver al almirante Carucono.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Carucono.

—Dicen que dos de los prisioneros insisten en veros —dijo uno de los guardias—. Al parecer es algo que no puede esperar.

—¿Hombres lyucu? —preguntó Carucono, algo sorprendido. Hasta ahora, los interrogatorios a los prisioneros lyucu —en su mayor parte, heridos dejados atrás en la retirada de Pékyu Tenryo— habían sido infructuosos. Los guerreros bárbaros no conocían la lengua de Dara o se negaban a decir nada excepto pedir su muerte. Carucono hizo un gesto para que dejaran pasar al pequeño grupo de personas y a los prisioneros.

Los soldados entraron llevando dos camillas. En la primera iba una figura demacrada y llena de vendas que permanecía muy quieta; en la otra, un anciano que hacía esfuerzos por sentarse

cuando entraron.

—Eso pensamos al principio —respondió uno de los soldados que escoltaban a los prisioneros—. Los encontramos en el mar, casi ahogados. Los dos habían sido encadenados a la bodega de uno de los barcos-ciudad, pero quedaron libres en el ataque, al romperse la mampara a la que estaban encadenados. Aunque vestían con ropas lyucu, nos dimos cuenta de que, en realidad, eran de Dara.

Carucono se acercó a las camillas para examinar a los prisioneros. Los dos tenían largos cabellos blancos, sucios y enmarañados, al igual que las barbas, largas y espesas. Sus frágiles cuerpos

estaban cubiertos por el mismo tipo de pieles que vestían los lyucu, remendadas y llenas de agujeros. A través de los rotos podían verse cicatrices, lesiones y forúnculos que supuraban pus, lo que indicaba las muchas horas pasadas sujetos con grilletes en celdas infestadas de bichos.

El anciano que intentaba levantarse tenía la espalda encorvada, la piel pálida y los ojos grises de los oriundos de Xana, mientras que la cara de su compañero poseía el tono oscuro típico de la playa de Lutho.

Carucono examinó la tez morena del hombre, que respiraba con dificultad. Sus ojos eran cuencas vacías cubiertas

por colgajos de piel arrugada y, aunque sus labios temblaban y se movían, de ellos no salía ningún sonido. Pero, a pesar de la espantosa mutilación, Carucono conocía bien esa cara.

—¡Luan Zya! —chilló.

—¡Maestro! —Zomi corrió y se arrodilló junto a la camilla, tomando una de las manos nudosas del hombre entre las suyas. Los dedos delgados como palos la apretaron con fuerza.

Pero Luan Zya no habló.

—¿Por qué no me hablas, maestro? —preguntó Zomi, con lágrimas cayéndole de la cara.

—Le quemaron los ojos y le cortaron la lengua —gruñó el anciano en la otra

camilla.

La mayor parte de los presentes nunca habían visto al legendario estratega de Dara. Ahora miraban fijamente su figura consumida al borde de la muerte, sin poder creer lo que veían.

Zomi observó que la otra mano de Luan aferraba una bolsa hecha con una vejiga de vaca. Intentó soltársela de la mano, pero los dedos de Luan la apretaban como garras. Miró interrogante a uno de los soldados que habían traído las camillas.

—La encontramos flotando a la deriva junto a él —dijo el soldado—. No quiso soltarla ni siquiera cuando lo

subimos al bote.

—Maestro, ahora estás a salvo — dijo Zomi. Y, poco a poco, suavemente, fue soltándole los dedos y abrió la bolsa impermeable. Se detuvo. Conocía bien su contenido, aunque no hubiera visto el libro en años.

—Esta bolsa contiene algo más precioso que la vida para el maestro Zya —dijo el anciano, casi sin voz—. Un libro de conocimiento.

—Y ¿quién eres tú? —dijo Than Carucono.

—Oga Kidosu —dijo el anciano—, un pescador de Dasu.

Zomi giró bruscamente la cara para mirarlo. Aunque la voz del hombre era

poco más que un ronco murmullo,
resonó en su cabeza como un trueno.

Padre.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

EL VIAJE DE LUAN ZYA

ALGÚN LUGAR AL NORTE DE DASU: TRES AÑOS ANTES

La pequeña flotilla compuesta por la *Suerte de Lutho*, la *Orgullosa Kunikin* y la *Tortuga de Piedra* llevaba semanas navegando hacia el norte y había dejado atrás la última de las islas de los piratas hacía unos días. Les rodeaba el océano infinito que destellaba al sol del

mediodía; de vez en cuando, un banco de dyrans saltaba del agua, planeando sobre las olas en graciosos arcos.

Ocho hombres a bordo de *La Suerte de Lutho*, con el pecho desnudo y cubiertos de sudor, se apoyaban contra los radios horizontales que partían de un rodillo central. Por el momento, el rodillo no podía girar debido a las cuñas introducidas en ciertas ranuras de sus laterales. Tenía atado un cable confeccionado con múltiples hebras de seda enrolladas cuyo extremo opuesto salía hacia el cielo y desaparecía en la distancia. El cable colgaba entre el cielo y el barco con esa suave curva que resulta familiar a todos los amantes de

las cometas y era evidente que estaba sometido a una gran tensión.

Cualquier persona con conocimientos sobre el arte de navegar percibiría algo extraño en el comportamiento de la *Suerte de Lutho*: a pesar de que soplaban un ligero viento del norte, en lugar de enfrentarlo con las velas equilibradas, el barco se dirigía directamente hacia él con el velamen completamente desplegado, en perpendicular al casco. En otras palabras, las velas actuaban como frenos de aire para ralentizar el avance todo lo posible. El barco se levantaba y descendía en el mar picado y los marineros se afanaban entre la cubierta y los aparejos, haciendo

esfuerzos por mantener las velas con la orientación necesaria para lograr ese insólito objetivo.

Además de eso, los remeros procuraban reducir aún más la velocidad del barco, aferrados a sus remos. A pesar de todo, la *Suerte de Lutho* se abría paso entre las olas a buen ritmo. Tras él, la *Orgullosa Kunikin* y la *Tortuga de Piedra* navegaban de ceñida haciendo zigzags contra el viento y luchando por no perder el paso. Cuando la *Suerte de Lutho* titubeaba al alcanzar la cúspide de cada ola antes de volver a hundirse en el océano, daba la impresión de que lo que iba atado al extremo lejano del cable iba a levantarla sobre

el mar.

El capitán Thumo de la *Suerte de Lutho* caminaba inquieto de un lado a otro de cubierta, echando vistazos de tanto en tanto al reloj de arena cercano al gran rodillo. Ya le habían dado la vuelta cuatro veces, lo que quería decir que habían pasado cuatro horas. Estaba empezando a preocuparse por la suerte de la vida que pendía al otro extremo del cordel.

Se detuvo tras dar otra vuelta completa a cubierta, se giró bruscamente y estaba a punto de ordenar que se pusiera fin al experimento cuando todos quedaron inmóviles al oír un ruido agudo y penetrante procedente del cielo.

¡Fuiiiiiit!

Un aro metálico descendía por el cable, y el roce con la brisa producía un fuerte silbido. Finalmente se detuvo con un claro tintineo al chocar contra el rodillo.

Los ocho hombres junto al enorme cabestrante situado en medio de la cubierta de la *Suerte de Lutho* se pusieron en acción. Tan pronto como se agarraron a los radios del eje, otro marinero sacó un gran mazo y liberó de un golpe las cuñas que mantenían fijo el rodillo. Durante unos segundos, los pies de los ocho hombres resbalaron en la cubierta cuando el cable se tensó contra el rodillo y lo hicieron girar casi un

cuarto de vuelta, pero pronto se estabilizaron y consiguieron detener su movimiento. Los músculos de sus muslos y brazos empezaron a marcarse por la tensión, empujaron con todas sus fuerzas los radios y, lenta pero constantemente, el rodillo comenzó a girar en sentido contrario recogiendo el cable a su alrededor.

Mientras trabajaban iban cantando:

*Taki tenía dos arcones
pero nada de oro;
Fue a ver a Tazu a sus
húmedos dominios
«Comparte conmigo tu
tesoro*

*Si no quieres que orine y
arruine tus
caprichos».*

*¡Empuja, empuja fuerte!
¡Empuja, empuja
fuerte!*

*Tazu estaba a punto de
llamar a una
tormenta,*

*Pero Nogé le dio un
gusano viscoso.*

*Pirata y cocinero
escaparon de la
afrenta*

Del dios más veleidoso.

¡Empuja fuerte! ¡Empuja fuerte!

Cualquier extranjero, en la interminable ruta de las ballenas es un compañero.

En el extremo final del cable apareció una diminuta mancha negra. Fue aumentando de tamaño mientras los hombres continuaban cantando y acercando el artilugio amarrado al barco, hasta que tomó la forma de una cometa, si bien diferente de cualquier otra que se hubiera construido en Dara hasta entonces.

Con forma de rombo, la cometa medía ochenta pies de un extremo a otro. Sobre su estructura, construida con el bambú más robusto de las laderas de los montes Rapa y Kana, llevaba tres capas de alas de seda laqueada. El sistema de cordaje era tan complicado como el de un barco transoceánico y el cable principal estaba confeccionado con un denso manojo de hilos de seda que había costado la vida a millones de gusanos. Las alas de triple capa proporcionaban una enorme sustentación y permitían que la cometa volara más alto que cualquier cometa de combate o aeronave convencional.

A medida que los hombres

enrollaban el cable con ayuda del cabestrante fue apareciendo la cometa, casi tan grande como el propio barco. Debajo de las gigantescas alas de triple capa colgaba una pequeña barquilla, una cápsula similar al capullo de una mariposa de la seda. Aparentemente, esa nave tan enorme solo podía llevar a un único pasajero.

Como la vela-cometa ya no estaba por encima del nivel de las nubes, donde captaba los poderosos vientos que soplaban solo a esa altura, la *Suerte de Lutho* disminuyó de velocidad y los marineros y remeros recuperaron finalmente el control del velero. La *Tortuga de Piedra* y la *Orgullosa*

Kunikin cambiaron de rumbo para ofrecer asistencia mientras la cometa seguía perdiendo altura hasta posarse en el agua con una salpicadura.

Bajaron una pequeña pinaza y la tripulación de la misma se acercó remando hasta el casco de la cometa, que se mecía en las olas. Soltaron la cápsula con unos cuchillos bien afilados y la arrastraron hasta el bote. Estaba construida con dura madera de azufaifo y posteriormente sellada con varias capas de cera y seda, que la hacían hermética. La tripulación de la pinaza miró con preocupación a través de la portilla de vidrio situada en un extremo de la cápsula.

Vislumbraron vagamente la cara de Luan Zya, con los ojos bien cerrados, adormilado o ya muerto.

—Maestro Zya —dijo el capitán Thumo —, ¡deberíais haber dado la señal de regresar mucho antes!

Luan Zya, que se recuperaba en su hamaca, sonrió débilmente. Tenía las manos y los pies envueltos en vendas, congelados. Sus lentos movimientos aún denotaban los efectos de la pérdida de conciencia inducida por la falta de aire.

—Bueno, la vista era tan increíble que, hasta cierto punto, no quería regresar. A mis pies, el océano límpido como un espejo azul, solo enturbiado

aquí y allá por las motas de polvo de algún atolón, no tenía límites. Incluso el propio horizonte se veía curvo, lo que confirmaría la teoría de Na Moji de que vivimos sobre un inmenso globo. ¡Y el color del empíreo! Era de un púrpura nebuloso a través del que podía verse el centelleo de las estrellas... Imagino que eso es lo que ven los dioses y los inmortales.

Aunque la cápsula —diseñada por el propio Luan Zya según los conocimientos adquiridos en diversos intentos anteriores de conquistar alturas superiores a las que alcanzaban aeronaves o globos— iba envuelta por capas aislantes contra la escarcha de

esas altitudes y además había sido equipada con otro globo externo que almacenaba aire suplementario para respirar, Luan había llevado el artefacto más allá de los límites para los que fue diseñado, ascendiendo a más altura de lo que él —o cualquier otra persona en la historia conocida— había ascendido jamás.

—¡Si hubierais esperado siquiera un minuto más, podríais no haber regresado! ¡Aunque queráis ver lo que ven los inmortales, maestro Zya, seguís atrapado en un cuerpo mortal!

—Somos exploradores, capitán Thumo. No es ninguna vergüenza morir mientras se experimentan alturas y

profundidades que superan los límites conocidos de la resistencia humana. Antes de salir para este viaje, acepté la posibilidad de no regresar.

—Puede que vos estéis conforme con la muerte, maestro Zya, pero todos nosotros no podemos quedarnos tan tranquilos. Navegar con esa cometa era como salir a pasear con el *pawi* de Fithowéo atado a una correa: tan poderoso era su tirón que no estaba claro si nosotros volábamos la cometa o la cometa nos volaba a nosotros. En varias ocasiones estuve a punto de tomar la decisión de bajaros, a pesar de vuestras órdenes estrictas en sentido contrario. ¿Quién iba a saber que los

vientos serían tan fuertes por encima de las nubes?

—Así es —afirmó Luan Zya—. En eso mismo estaba pensando yo. A lo mejor es posible diseñar barcos que utilicen cometas en lugar de velas para desplazarse mucho más rápido que las embarcaciones convencionales, aunque habría que encontrar la manera de construir cascos que pudieran resistir la presión sostenida y vencer el rozamiento del agua... tal vez un modo de planear sobre las olas, de hacer que los barcos fueran casi saltando...

—*No* seré yo quien mande un barco así —dijo enérgicamente el capitán Thumo—. Me gusta que mis barcos se

apoyen firmemente en el agua, gracias de todo corazón.

Luan Zya echó a reír.

—Es solo una idea. Bueno, por mucho que desapruebes mi pasión por llevar las cosas al límite, este vuelo nos ha proporcionado información valiosa. Creo que he hallado la causa del fracaso de todas las expediciones al lejano norte.

—¿Ah, sí?

—Volar en una cometa como esta te permite ver bastante lejos. ¿Recuerdas cuando en los primeros días de la expedición te decía que desde esas alturas las islas parecían simples manchas borrosas recortadas contra el

fondo azul? Montañas, valles, olas, surtidores de ballenas y crubens... ninguno de esos detalles eran visibles. Todo lo que queda son las grandes formas, lo que no puede verse de cerca.

»Cuando vivía en Tan Adü, aprendí que el océano no es una inmensidad sin rasgos distintivos, sino un tapiz tejido con intrincados motivos solo visibles por aquellos que poseen un corazón en calma y una mente que ha sido preparada durante generaciones para apreciar sus ritmos. Los adüanos cuentan con detallados mapas de las corrientes que fluyen por el océano, tanto en su superficie como en las profundidades, a la manera de hebras

doradas bordadas en un paño ordinario. Las corrientes son un reflejo de las fuerzas de la naturaleza, de los valles y volcanes submarinos, de los vientos y los ríos, de los tifones australes y las tormentas boreales. Sus mapas sagrados de conchas y cordones fueron la base de los pormenorizados mapas de cadenas de volcanes submarinos que dibujé posteriormente.

»Lo que hoy observé desde el cielo me recordó a esos mapas. Hacia el norte, el océano es un lienzo azul pálido sobre el que está inscrita una obra maestra de motivos complejos: prolongados arcos sinuosos como los tentáculos de un pulpo; intrincadas

florituras como las espirales de un nautilo; gruesas y atrevidas pinceladas de apasionadas explosiones de color que muestran la destreza y el alma del pintor. El lienzo estaba teñido de aguamarina profunda y violeta pastel, negro purpúreo y un pálido blanco salino; el cuadro no se parecía a nada que hubiera visto antes, era una marina abstracta pintada por los dioses.

»Y todavía más lejos, casi al límite de mi visión, había un muro blanco. Era como ver el agua pulverizada y la espuma sobre una línea de olas que se dirigen a la costa pero, a esa escala, el agua pulverizada debía de ser tan alta como las montañas. Me quedé

embelesado mirando ese muro lejano y al rato se resolvió en espirales individuales que danzaban, hacían círculos, se atropellaban unas a otras: era una danza de tifones, un desfile de huracanes, una fiesta de ciclones. Como el muro estaba en el límite de mi visión, no pude ver más allá.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el capitán Thumo—. ¿Un muro de tormentas? ¿Estabais acaso contemplando las murallas del palacio de Tazu?

Luan Zya sacudió la cabeza y sonrió tímidamente.

—No lo sé, Thumo, pero sospecho que las expediciones anteriores... no

pasaron ese muro.

El capitán respiró profundamente.

—Lo que en realidad queréis decir es que al carecer de vuestras observaciones, dichas expediciones habrían llegado hasta el amenazador muro de tormentas sin estar preparadas para lo que las esperaba, y los barcos habrían naufragado. No debemos continuar navegando. Este es el final del mundo y no nos está permitido ir más allá.

—¡En absoluto! —los ojos de Luan Zya reflejaban un ardor febril que no habían mostrado en años. Era la misma mirada que cuando había tramado la caída del imperio de Xana, la muerte de

Mapidéré, una mirada de locura y de pasión que asustó y acobardó al capitán Thumo—. Vamos a navegar hasta allí y vamos a travesarlo. ¡Tengo que averiguar qué hay detrás!

—¡Pero eso es una muerte segura!

—¿No sientes el deseo de superar tus miedos y comprobar hasta dónde puedes llegar? —la voz de Luan Zya era amable pero estaba teñida de decepción.

El capitán Thumo sacudió la cabeza.

—No pienso pedir a la tripulación que emprenda una misión así, ni siquiera por vos, maestro Zya. Los marineros saben que la muerte provocada por la impredecible mano del mar es parte de nuestra profesión, pero ahora que

sabemos la naturaleza del peligro, es una locura ir en su busca deliberadamente.

Luan Zya cerró los ojos y asintió.

—Está bien, pero al menos podemos acercarnos para confirmar mi suposición. Si deseas dar la vuelta una vez que hayamos vislumbrado el Muro de las Tormentas, no pondré objeciones.

Las velas ondeaban en la brisa ligera. Sobre ellas resplandecía un sol brillante.

Todos los ojos de los ocupantes de los tres barcos miraban fijamente hacia delante; nadie decía una palabra.

De este a oeste, un descomunal muro

de agua y nubes agitadas bloqueaba el horizonte. Formado por potentes ciclones y sinuosos tornados que danzaban, se atropellaban y luchaban entre sí como en la danza de la espada girando sin parar, el muro era la imagen misma del caos primordial desprovisto de luz salvo por los destellos de los rayos que cada cierto tiempo atravesaban las tinieblas. El fragor continuo de los truenos estremecía al propio océano, haciendo temblar la cubierta del barco.

—Estamos contemplando el rostro mismo de Kiji, portador del rayo, y de Tazu, señor de los tifones —dijo el capitán Thumo. Se puso las manos en el

pecho, en señal de devoción, y oró.

—Solo he leído la descripción de algo así en las antiguas sagas de los anu—
—dijo Luan Zya con voz sobrecogida—. Y siempre había considerado la crónica del viaje a través del Muro de las Tormentas como un mito alegórico. No importa lo mucho que creamos que sabemos o que hemos visto, el mundo sigue estando lleno de maravillas insospechadas por la humanidad.

Todos contemplaban intimidados la increíble demostración del poder elemental de la naturaleza, sin abrir la boca.

Finalmente, Thumo rompió el silencio.

—No llegaré más allá de este punto, maestro Zya. Habéis visto lo que veníais a ver. Esta es una barrera levantada por los dioses tras la cual nadie puede pasar.

Luan Zya asintió.

—Permíteme que ascienda en la cometa. Sería una lástima llegar tan cerca del rostro de los dioses sin darles un beso.

—¡Estáis loco!

—Puede que sí. Pero concédeme este placer.

—La cometa puede empujar a la *Suerte de Lutho* hasta las tormentas.

—Aquí el viento es aún manejable. Si navegamos un trecho hacia el sur

antes de lanzarla, deberías tener suficiente espacio para maniobrar con seguridad. Si en algún momento te ves incapaz de vencer el tirón de la cometa, puedes cortar el cable antes de poner el barco en peligro.

—En ese caso, ¿qué pasaría con vos?

—Del mismo modo que tú no puedes pedir a la tripulación que emprenda una travesía que consideras mortal, yo no puedo dejar atrás este prodigio sin haber intentado investigarlo.

Así que soltaron la cometa con la cápsula colgando después de que los barcos navegaran varias millas hacia el sur. Al poco tiempo había subido tanto

que desapareció de la vista. El cable se extendía hacia arriba y hacia el norte, llevando a Luan Zya cada vez más cerca del Muro de las Tormentas.

La tensión del cable iba en aumento. El curso de la *Suerte de Lutho* hacia el sur se fue ralentizando hasta detenerse finalmente. Y se reanudó la deriva hacia el norte. De nuevo, el muro de agua y nubes agitadas surgió amenazador ante la flotilla.

El cable se estremeció y el cabestrante emitió un crujido; la tormenta había atrapado la cometa. Los marineros a bordo de los tres barcos contemplaban el cordel vibrante con fascinación y terror a partes iguales.

Todavía no había aparecido el anillo que silbaba al descender por el cable, indicando el deseo de Luan Zya de regresar.

El capitán Thumo era un hombre responsable. Apretando los dientes y echando miradas de pavor al cable tirante y a los lejanos relámpagos, dio una orden que transmitieron a la *Tortuga de Piedra* y a la *Orgullosa Kunikin* con banderas de señales.

Los otros dos barcos se acercaron y colocaron rezones sobre las cubiertas. Al poco tiempo, las tres embarcaciones estaban unidas formando una línea y todos los remeros se aplicaban a fondo en su tarea.

Como tres peces atrapados al mismo sedal, los veleros forcejeaban para contrarrestar el tirón de la cometa, intentando mantener la posición.

—*¡Fuiiiit!*

El agudo silbido sonó como música celestial a oídos del capitán Thumo. El anillo se precipitó por el cordel desde el cielo gris pizarra hasta el rodillo central del cabestrante produciendo al chocar un fuerte sonido metálico. Estaba a punto de dar la orden para comenzar a enrollar el cable de la cometa cuando la cubierta bajo sus pies dio un bandazo y surgieron gritos de sorpresa en las tres embarcaciones.

El capitán Thumo miró hacia arriba y

vio que el cable, tenso hasta entonces, se había aflojado y se precipitaba hacia el mar dando coletazos. La súbita desaparición de la fuerza contra la que habían estado luchando hizo que los veleros escoraran fuera de control, las proas chocaron contra las popas y los remos se enredaron. Afortunadamente, los daños no fueron graves y a los marineros no les costó mucho separar los barcos.

Thumo se lanzó hacia el ahora inútil rodillo y cogió el anillo que servía de señal. Llevaba atada una cinta de seda que ondeaba con el viento.

No he llegado tan lejos para quedarme sin dar el paso final.

Cuidaos.

El capitán Thumo profirió una maldición. Miró fijamente al Muro de las Tormentas, cuyos remolinos de aire y agua eran tan altos como una montaña y tan anchos como una ciudad.

Nada podía sobrevivir a algo así.

Thumo cerró los ojos en señal de duelo. Aunque no conocía bien a su famoso patrón, durante el breve viaje había aprendido a respetar a aquel hombre amable y le había tomado cariño. Sus movimientos y sus palabras estaban impregnados de una gracia que le señalaba como alguien que no pertenecía solo al plano mortal, sino que estaba en comunión con lo divino. Se

atrevió a hacer lo que nadie había osado y hasta su manera de morir lo acercaba aún más a los dioses.

Con el corazón desolado, el capitán sacudió la cabeza y dio la orden de orientar las velas para regresar a casa.

Pero no hubo gritos de alegría entre los marineros; por el contrario, hasta los oídos del capitán llegaron gemidos de pavor y exclamaciones incoherentes.

—¿Qué ocurre? —gritó Thumo—. El maestro Luan Zya nos ha liberado de su misión. ¡Nos vamos a casa!

Los marineros señalaban con el dedo detrás de él, con los ojos llenos de miedo y alarma.

Thumo se dio la vuelta para mirar en

la dirección que señalaban y se quedó helado.

Uno de los ciclones del Muro de las Tormentas se había separado del resto como un bailarín que se aparta del grupo. Empequeñeciendo incluso al remolino de Tazu, si tal vorágine pudiera ascender al cielo, se dirigía directo hacia el barco, girando como un monstruo sinuoso y predador dispuesto a devorar todo a su paso.

Delante del ciclón se levantó un muro de agua tan alto como la torre más alta del palacio de Pan y se precipitó hacia la embarcación como sabuesos aullando antes de una cacería, una enorme ola que hacía parecer a los tsunamis simples

ondas en un estanque.

Thumo gritó a su tripulación que empezaran a maniobrar las velas y los remos, pero sabía que ya estaban condenados.

Luan Zya se agarró a las paredes de la cápsula. Soltarse no había sido una decisión impulsiva sino algo planeado desde que el capitán Thumo afirmó que no quería arriesgar las vidas de su tripulación por lo desconocido. En cierto modo, Luan se había sentido aliviado por la negativa, ya que no deseaba ser responsable de la muerte de otros por perseguir un objetivo cuyo logro anhelaba profundamente pero para

el que no tenía ninguna explicación racional.

Tal vez esa sea la razón por la que no quise aceptar ningún cargo de autoridad en Pan, pensó. Y por la que procuré huir de la capital cuando el emperador me confió la elección inesperada y secreta de su heredera y me pidió que le ayudara a continuar esa revolución.

Siempre había desempeñado el papel de consejero, alguien cuyo legado está unido a las decisiones tomadas por otros. Estaba dispuesto a diseñar estrategias y conspirar, pero cuando llegaba el momento de ordenar a los hombres que dieran la vida por los

objetivos que había, carecía de la suficiente determinación y voluntad para aceptar las consecuencias de sus decisiones.

Era mejor remontar los cielos en solitario a bordo de una cometa. Ese siempre había sido el papel en el que se encontraba más cómodo. Decidiera lo que decidiera, la única vida de la que se hacía responsable era la suya.

Miró a través de las portillas de grueso vidrio y se agarró con fuerza a los asideros. Estaba rodeado de espléndidas nubes llenas de turbulencias que formaban las paredes giratorias de los tifones, cada una del tamaño de una isla y fundiéndose unas con otras. El

aullido de los vientos y el fragor de los truenos saturaban el interior de la cápsula, y se sentía como si estuviera dentro de un tambor tocado por los dioses.

Dentro de la cápsula había diversas cuerdas conectadas a las poleas y al cordaje, cuya manipulación permitía cambiar el ángulo y la tensión de las alas de la cometa y dirigir, hasta cierto punto, su vuelo. Las rachas de agua golpeaban las portillas y nublaban su visión, por lo que era como si no estuviera fuera en el aire, sino bajo el mar, y que la cápsula fuera un sumergible para un solo hombre navegando en un océano fantástico y

extraño.

Mientras se deslizaba entre las nubes iluminadas por los destellos de los relámpagos sintió la misma excitación que había experimentado aquel día lejano en que había planeado desde las montañas Er-Mé hasta el desfile del tirano Mapidéré con la certeza de que iba a morir, pero también de que iba a pasar los últimos momentos de su vida con toda la intensidad.

Sería el primer hombre en volar a través de un ciclón cargado de rayos, el primer hombre que intentaría penetrar el Muro de las Tormentas que bloqueaba el paso a la legendaria tierra de los inmortales, al norte.

Riendo y aullando enardecido, como si volviera a ser aquel joven llevado por la pasión y el ímpetu, tiró con fuerza de las alas de la cometa y se lanzó hacia el núcleo del muro tormentoso.

Entonces, el fragor del trueno conmocionó toda la cápsula y le hizo rechinar los dientes; se produjo un destello deslumbrante que pareció ocultar el mundo entero; la piel se le estremeció como si tuviera vida propia y el último pensamiento que atravesó su mente fue: *así que ser golpeado por un rayo es como ser presa de las llamas.*

Se despertó. No sabía dónde estaba, si en la tierra de los vivos o en la otra

orilla del Río en el que Nada Flota.

Sentía magulladuras en todo el cuerpo, pero no parecía tener ningún hueso roto. El dolor era como un cuchillo romo que hurgara en las telarañas de su mente.

No estoy muerto.

Sintió que subía y luego descendía suavemente, como si las nubes de tormenta hubieran adquirido masa y se hubieran hecho espesas y lentas.

El fragor de los truenos continuaba en el exterior. El interior de la cápsula estaba bañado por una luz azul oscura.

¿Todavía estoy volando?

Una silueta de un vivo color naranja con rayas negras cruzó suavemente la

portilla, por encima de él. Se maravilló de la lentitud con que volaba aquel pájaro, tan lento como sus pensamientos.

¡Qué ave tan maravillosa, capaz de volar en medio de una tormenta así! ¿Será este su hábitat natural?

Estaba muy aturdido.

La última vez que se sintió así fue cuando se quedó sin aire después de que la cometa ascendiera a alturas nunca antes alcanzadas. Había atribuido esa sensación a la fatiga, al simple agotamiento, pero ahora comprendía que era un signo de que el aire de la cápsula se estaba haciendo irrespirable.

Esta vez no había equipado la cápsula con un globo de aire porque el

objetivo de ese viaje no era ascender todo lo posible. ¿Por qué se estaba quedando sin aire?

Una silueta amarilla con rayas azules se deslizó por delante de la portilla.

¿Otro pájaro?

No, las alas son demasiado pequeñas.

Está nadando, no volando.

Es un pez.

Agua. Estoy bajo el agua.

Le costaba centrar las ideas y se esforzaba por controlar el mareo y la confusión, que le embotaban la cabeza como el limo espeso al fondo de un estanque de lotos.

Tengo que salir.

Sus dedos perezosos consiguieron finalmente encontrar el pestillo de la puerta de la cápsula, giró la manilla y tiró.

El sobresalto provocado por el agua que empezó a inundar todo le hizo ahogar un grito antes de recordar que tenía que aguantar la respiración. Aunque la cápsula estaba diseñada para flotar, al hundirse la cometa se había sumergido. Dio unas patadas para alejarse de ella, tratando de alcanzar la superficie. A su alrededor, la seda rígida por el agua apenas le permitía moverse. Tenía que apartarse de la cápsula nadando y rodear las alas para alcanzar la superficie, el aire.

Le ardían los pulmones y sentía las piernas y los brazos débiles y pesados. Estaba demasiado lejos del borde de la cometa. Nunca podría conseguirlo.

Dejó de luchar. La pesada túnica, gruesa para proporcionar calor, se había empapado y lo arrastraba al fondo del océano.

Habría estado bien ver las nuevas tierras antes de morir, pero todo viaje tiene un final.

Venimos del Flujo y al Flujo volveremos.

Estaba a punto de cerrar los ojos y abrir la boca para tragar el agua fría que acabaría con su vida cuando algo se revolvió junto a su corazón como un

animal en apuros. Curioso, con un último destello de conciencia, liberó el objeto desconocido de los pliegues de su túnica.

Salió un libro. Con las páginas agitándose como las alas de un pájaro a cámara lenta o como las aletas laterales de las sepias, el libro nadó hacia la superficie dejando rastros de tinta disuelta tras él. A la luz difuminada de las aguas profundas, las pálidas páginas parecían refulgir con letras doradas.

Era *Gitré Üthu*, el libro mágico regalo de Lutho, el dios que le había cambiado la vida y salvado en más de una ocasión.

Reuniendo los últimos restos de

fuerza, Luan Zya estiró el brazo y lo agarró por el lomo; se sintió arrastrado por él hacia la superficie.

Salió del agua de golpe. Se aferró a la estructura flotante de la cometa y tragó una ansiosa bocanada de aire, de modo parecido a cuando décadas atrás alcanzó las costas de Tan Adü con su balsa. A lo lejos podía ver el Muro de las Tormentas, cuyos tifones y ciclones seguían conectando el cielo con el mar.

Pero la parte del mar en que se hallaba estaba en perfecta calma. La estructura de la cometa derribada crujía al subir y bajar a merced del suave oleaje, como cuando se mece a un bebé para dormirlo. Le bañaba la brillante luz

del sol y una brisa templada le acariciaba la cara.

En el cielo oriental surgió un arcoíris, cuyo extremo derecho se perdía en la espiral de tormentas. Poco a poco se dio cuenta de que el Muro de las Tormentas quedaba al sur.

Sin saber bien cómo, lo había atravesado a bordo de su cometa.

Temblando con punzadas de júbilo, alivio y terror, sacó del agua el empapado *Gitré Üthu* y lo depositó en la superficie ondulante de la cometa para que se secara. El agua había borrado todas las notas tomadas a lo largo de los años y las páginas en blanco parecían a la vez una limpieza

del pasado, con sus intrigas y traiciones, y una promesa de futuro, *terra incognita*.

Sobre una página húmeda apareció una línea dorada de texto: *Estás solo*.

Y, un momento después, otra: *Eso es bueno*.

—Gracias, Maestro —dijo Luan Zya con voz ronca. Y entonces se echó a reír.

Luan Zya se encontraba a la deriva en el océano infinito sobre su balsa improvisada, fabricada con los restos de la cometa gigante. Había amarrado las cañas de bambú de la estructura para conseguir una base sobre la que construyó una tienda con pedazos de

seda para protegerse del sol y de la lluvia. Improvisó un mástil y una tosca vela con otros trozos de bambú y de seda, pero debido a las fuertes corrientes que empujaban la balsa, apenas podía controlar su rumbo. La cápsula, que seguía unida a la cometa, acompañaba a la balsa como una boya.

Día tras día, la corriente le empujaba hacia el oeste, hacia el sol poniente, como un poderoso río. A su izquierda estaba el Muro de las Tormentas, una compañía constante en el horizonte. A su derecha, el mar abierto. Pensaba en las tierras que habría más allá del horizonte, tierras que podrían estar habitadas por los inmortales o por otras criaturas

artífices de los exóticos artefactos que había contemplado. Bancos de dyrans, con sus vistosas colas arcoíris, se deslizaban sobre el agua y, de vez en cuando, crubens y ballenas emergían y expulsaban su surtidor a lo lejos. Murmuraba plegarias a las soberanas con escamas del mar en las lenguas de Dara y de Tan Adü, cuyos habitantes parecían tener un nexo especial con dichas criaturas. Cuando tenía hambre, pescaba con un hilo arrancado de su túnica y un anzuelo hecho con la horquilla de bronce de su pelo. Cuando estaba sediento, bebía el agua de lluvia recolectada sobre la superficie de su tienda —y llovía prácticamente a diario.

Se preguntaba si alcanzaría pronto el lugar donde se encofraba el continente hundido, el legendario hogar de los anu. ¿Contemplaría la cima de las montañas sobresaliendo por encima de las olas, los últimos atolones de la que fuera una gran civilización? ¿Pasaría sin saberlo sobre las grandes ciudades de los mitos y leyendas como una aeronave cuya visión queda oscurecida por espesas nubes?

Cada cierto tiempo, los ciclones y tifones que formaban el Muro de las Tormentas se apartaban revelando una estrecha apertura, como una especie de canal entre dos masas de tierra. En ocasiones, estos valles de calma entre

montañas de tormentas duraban horas, o incluso días, antes de que el Muro volviera a cerrarse.

Luan suponía que si fuera posible identificar la pauta que seguían estos movimientos, se podría navegar a través del Muro de las Tormentas sin peligro. De vez en cuando, alguno de los ciclones abandonaba su lugar en el Muro y erraba de forma imprevisible por mar abierto, lo que le ponía el corazón en un puño al pensar que pudiera dirigirse hacia su balsa. Afortunadamente, los tornados siempre parecían alejarse de su rumbo, pero él se preguntaba si otros viajeros que hubieran llegado hasta allí habrían sido igual de afortunados. Al fin

y al cabo, no conocía a ningún hombre que hubiera visto el Muro y regresado a Dara para contarlo, excepto unas pocas referencias crípticas en la antiguas sagas. A lo mejor el Muro tenía sus propias ideas sobre a quién dejar pasar y a quién permitir alejarse de sus inmediaciones sin ser molestado.

Al carecer de otro medio para pasar el tiempo, Luan Zya comenzó a escribir en su libro. Uno de los peces capturados, un pez espada joven, acababa de engullirse a un calamar. Después de destriparlo, sacó el calamar medio digerido y lo exprimió hasta extraerle la tinta de las bolsas que tenía entre las branquias. Como pluma, utilizó

el hocico del pez. Tomaba nota de los peces nuevos que iba capturando e hizo un boceto de los movimientos de los componentes del Muro; compuso poesía y comentaba sus pensamientos en voz alta a *Gitré Üthu* como si fuera un amigo íntimo.

Después de aquel primer día no volvieron a aparecer más letras brillantes en el libro. Luan estaba acostumbrado a esas inexplicables largas ausencias de su gran benefactor y no pedía a gritos la intervención divina; después de todo, un profesor no podía vigilar todo el tiempo a sus alumnos.

Pero le asaltaba un temor más profundo que ni siquiera se atrevía a

admitir. ¿Qué pasaría si los dioses de Dara vivieran dentro de los límites de Dara y no tuvieran ninguna influencia más allá del Muro de las Tormentas?

Hizo un esfuerzo por dibujar un mapa del mismo, intentando calcular a ojo la distancia a la que se encontraba y la dirección en función del contorno de las nubes. A veces, las páginas sobre las que escribía aún tenían restos de sus antiguas notas, y sonreía al recordar qué distinto era cuando las escribió, cuando derrocar a Mapidéré parecía la tarea más importante del mundo.

*Matar al emperador fue sencillo.
Edificar un mundo más justo y
persuadir a quienes ostentaban el*

poder de ejercitarlo con sabiduría ha resultado ser una tarea mucho más complicada.

Después de algunas semanas, el Muro de las Tormentas se alejó curvándose hacia el sur, pero la corriente que arrastraba a Luan siguió empujándolo hacia el oeste. Daba la impresión de que el Muro formaba una barrera alrededor de las islas, quizás otra consecuencia de las lágrimas de Daraméa que habían formado las islas de Dara. Luan se arrodilló en la balsa y se inclinó haciendo una reverencia al Muro. A pesar de ser violento e impredecible, una fuerza de la naturaleza imposible de comprender,

para Luan había llegado a simbolizar su conexión última con el hogar. De su rostro brotaron lágrimas involuntarias.

El Muro de las Tormentas desapareció por detrás de la balsa-cometa. Con el cordón umbilical cortado, Luan Zya estaba ahora solo en el mar, verdaderamente a la deriva y lejos de casa.

Después de unas semanas más, la corriente giró hacia el sur.

Las estrellas que surgían por la noche comenzaron a cambiar y volvieron a aparecer constelaciones más familiares para Luan. Ahora se encontraba al oeste de las islas de Dara y, tumbado en la

balsa en medio de la noche, empezó a pensar qué estarían haciendo sus amigos, Cogo, Gin, Kuni, Risana... Esperaba que Gin finalmente hubiera seguido su consejo y hubiera renunciado a su orgullo y a sus ostentosas exhibiciones de honor y gloria.

Y, en todo caso, ¿qué? ¿Habías permitido que te acompañara en esta misión irrealizable, que casi perdiera la vida para luego quedar a la deriva en este mar infinito, subsistiendo a base de agua de lluvia y de peces tan tontos como para dejarse atrapar?

Intentó imaginarse con Gin a su lado, viviendo la vida que ahora vivía, y la imagen le hizo reírse. La idea era de lo

más absurda.

Ella tiene su propio camino y hacerle renunciar a su título y su poder como reina —un logro por el que había luchado toda su vida— la deprimiría tanto como a él le deprimiría abandonar sus libros, sus estudios, sus vagabundeos y exploraciones.

Gin era como el fuego y él era como el agua. Cada uno tenía su propia naturaleza y personalidad, y lo que era bueno para uno no lo era para el otro.

Según transcurrían las semanas, los dibujos del firmamento continuaban cambiando. Ahora Luan Zya pasaba cada noche registrando las nuevas estrellas. También notaba que el tiempo

estaba cambiando, que el sol ascendía más alto al mediodía y la temperatura se calentaba hasta parecerse al clima de Tan Adü o incluso más calurosa. Inventó nuevas constelaciones y les dio nombres, algunos serios, otros caprichosos: el General, la Madre Cariñosa, la Cruben Sumergiéndose, el Diente de León en Flor, un Plato de Sabroso Pescado Crudo de Dasu...

El pescado que capturaba ahora era de especies distintas, algunas desconocidas para él. No todos eran adecuados para comer. Algunos tenían arena en el vientre, que probablemente los ayudaba a digerir lo que comían, pero limpiar ese pescado era una tarea

tediosa. Algunos tenían la carne tan llena de diminutas espinas que resultaba imposible comerlos sin un fuego que las ablandara y otros le provocaban dolorosos retortijones y tenía que vomitar lo que había comido. Uno incluso le causó mareos y le hizo perder la sensibilidad en los miembros. Cuando despertó, débil y deshidratado, no estaba seguro de cuántos días habían pasado.

Se prometió tener más cuidado e hizo dibujos detallados de los peces, anotando sus colores, su gusto y los efectos que producían al ser consumidos. No estaba seguro de que esas notas llegaran a ser leídas alguna

vez, pero debía sentir que estaba haciendo algo útil para mantenerse cuerdo.

Día tras día, semana tras semana, el sol se fue haciendo más vivo, más caliente, más inmisericorde. El agua salada del océano le provocaba picores en todo el cuerpo y la piel comenzó a ampollarse y a supurar. Dejó de llover y se vio obligado a beber su propia orina y extraer la humedad de los órganos y la carne del pescado para saciar la sed.

¿Cuántos días habían pasado desde la última vez que llovió? ¿Cuántos días llevaba a la deriva? ¿Seguía dirigiéndose al sur o la corriente había

virado hacia el este? En medio del delirio provocado por el sol, ya no estaba seguro de las respuestas a ninguna de estas preguntas. Ni siquiera le quedaba energía para salir a rastras del sofocante refugio de la tienda, para hacer el esfuerzo de pescar y obtener sustento. Sabía que tenía que levantarse y luchar por sobrevivir, pero sencillamente le faltaban las fuerzas.

Dejadme morir, pensó. Dejadme morir.

Era gracioso. No se había dado por vencido cuando el imperio de Xana al completo le perseguía; ni cuando intentó conquistar el palacio de Pan con apenas una docena de hombres armados detrás y

el duque Kuni Garu a su lado; tampoco se había rendido cuando el poder del hegemón parecía imposible de vencer, cuando su señor no poseía más que una sola isla y tenía que enfrentarse a la fuerza del resto de Dara. Sin embargo, ahí estaba, suplicando la paz de la muerte, demasiado cansado, hambriento y sediento para continuar luchando por mantenerse vivo.

Qué coraje necesitaban los hambrientos y los pobres para continuar el mero acto de la existencia, de la supervivencia, de la resistencia. Esos actos silenciosos de heroísmo no eran celebrados a pesar de constituir los cimientos de la civilización, mucho más

que todos los sentimientos honorables de los sabios anu y las palabras bonitas de los nobles.

Cayó dormido, pensando que no volvería a despertarse.

Pero se despertó. Se había quedado dormido al borde de la balsa, con parte de la cabeza sobre el mar. Ahora, algo que subía y bajaba en el agua chocó contra su cara. Miró intentando enfocar la visión borrosa: cocos.

Se apoderó de ellos con las manos temblorosas y recogió todos los que pudo sacar del agua, amontonándolos en la balsa, con la lengua gruesa y reseca como una piedra casi ahogándolo

mientras imaginaba el delicioso y refrescante líquido de su interior.

Pero entonces se dio cuenta de que no tenía ninguna herramienta para abrirlos.

El pequeño estilete de hueso con el que escribía —en realidad, poco más que una pieza decorativa de joyería— valía para limpiar el pescado crudo pero de nada servía frente a la dura cáscara del coco. Miró a su alrededor buscando frenéticamente un clavo, un martillo, un machete o incluso una piedra, a sabiendas de que no poseía ninguna de esas cosas. Desesperado, agarró un coco y lo golpeó contra la estructura de bambú de la balsa,

sabiendo la futilidad de tal acto. Lo único que le separaba del agua que podía salvarle la vida era una cáscara más delgada que la palma de la mano, y sin embargo en esos momentos dicha cáscara parecía más impenetrable que el Muro de las Tormentas.

Se desesperó y llamó a los dioses en su ayuda. No había mantenido el hábito de rezar cuando llegó a la madurez, pues creía que los dioses preferían intervenir lo menos posible. Pero ahora les suplicó y les imploró que le dieran algo, cualquier cosa, que le salvara la vida. Se lo pidió al sabio Lutho, a la hermosa Tututika, al belicoso Fithowéo, al compasivo Rufizo, a la terrible Kana y a

la prudente Rapa, al orgulloso Kiji e incluso al impredecible Tazu —ojalá el dios de dientes de tiburón acabara con su vida y con su tormento...

Pero los dioses no respondieron, tal y como sabía que ocurriría.

Aquí, en el océano salvaje más allá del Muro de las Tormentas, ellos no estaban presentes. Se encontraba completamente solo, más solo de lo que cualquier hombre de Dara hubiera estado jamás.

Se dejó caer al borde de la balsa y aulló, un sonido que no era un lamento, sino algo más primario, una necesidad de conectarse con el primer ruido que todos hacemos al salir a este mundo del

vientre de nuestra madre. Tenía los labios y la lengua tan reseco que lo único que pudo hacer fue gemir y aullar incoherentemente, incapaz de formar las sílabas que ya no le hacían falta.

De no haber estado delirando, los sonidos que hacía le habrían recordado el canto de las ballenas y de las crubens.

Al final, los sonidos se fueron desvaneciendo hasta desaparecer.

La balsa estuvo a punto de volcar cuando el mar estalló cerca de allí.

Abrió los ojos, triste de saberse aún con vida, aún sufriendo.

Una enorme cruben, la soberana del mar, ascendió a la superficie apenas a

una docena de pies de la balsa. Subía y bajaba con las olas como una isla viviente y, a pesar de estar cerca de la muerte, Luan Zya se sobrecogió por la magnificencia del animal.

La cruben cantó y ese sonido pareció hacer vibrar los huesos del cuerpo de Luan Zya.

Plash. Blup. Plash.

Tres criaturas más pequeñas subieron a la superficie justo al borde de la balsa, entre Luan Zya y la imponente cruben. De un tamaño no mayor que la altura de un hombre, aquellas versiones en miniatura de la descomunal cruben, lo miraban con ojos curiosos, con las escamas plateadas de sus lomos

resplandecientes al brillo del sol. Mientras Luan Zya contemplaba lleno de asombro a los bebés cruben, estos emitieron un chorro a través de sus espiráculos, uno tras otro, y el agua pulverizada le empapó la cara.

Cuando se secó los ojos para poder volver a ver, escuchó la risa sonora de la gran cruben.

Los bebés cruben se elevaron por encima del agua, meciéndose hacia adelante y hacia atrás sobre sus colas, y cantaron para él. Los cuernos solitarios de sus frentes, cada uno de la longitud del antebrazo de Luan, se agitaban en el aire como espadas cortas. Uno de ellos se inclinó señalando con el cuerno el

montón de cocos de la balsa.

Atónito, Luan Zya agarró uno de los cocos, se arrastró hasta el borde de la balsa y, cuando los bebés cruben se retiraron, cantando con entusiasmo, lo dejó caer al agua.

Los bebés se sumergieron desapareciendo de la vista; la gran cruben continuó dejándose llevar no lejos de allí, provocando con el movimiento lento de sus aletas pequeñas olas que chocaban contra la balsa.

El agua estalló cuando uno de los bebés cruben surgió de las profundidades y golpeó el coco con el cuerno. El coco salió disparado al aire diez, quince pies, antes de volver a caer,

pero cuando estaba a punto de golpear la superficie, emergió un segundo bebé cruben que lo golpeó también con su cuerno. El coco voló alejándose de la balsa en un arco prolongado y elegante para ser golpeado en su caída por el tercer bebé cruben en un nuevo salto... y el coco voló hasta Luan Zya, que lo agarró con ambas manos más por instinto que por cálculo.

Un zumo aromático y tibio salió a chorros de los tres agujeros de la cáscara y Luan Zya selló los labios a su alrededor tragando ávidamente el líquido salvavidas.

Los bebés cruben continuaron su juego con Luan Zya durante otro cuarto

de hora, abriendo media docena más de cocos para que bebiera su contenido.

—Gracias —Luan Zya se arrodilló al borde de la balsa y tocó el mar con la frente.

Los bebés cruben se mecían sobre las aguas, con chillidos y cantos. Luego, tras un prolongado y grave gemido, la gran cruben comenzó a alejarse nadando, produciendo un enorme estruendo al golpear con su enorme cola la superficie marina. Los bebés siguieron a su madre como tres rocas de arrecife remolcadas por una isla móvil hasta que el grupo desapareció finalmente de la vista.

Luan Zya sintió humedad en la cara. Se secó los ojos y miró hacia arriba:

había empezado a llover.

La presencia de cocos daba a entender la existencia de tierra cerca. Luan Zya intentó encontrar signos de ella. Deseó tener a su alcance algún modo de elevarse: una cometa, un globo, una pequeña aeronave.

Un mediodía especialmente caluroso, miró hacia el sur y lo que vio paró su corazón un segundo. En el aire refulgente, justo por encima del horizonte, se divisaba a duras penas una ciudad con torres altas y cúpulas resplandecientes y adivinó calles llenas del movimiento serpenteante de peatones y vehículos.

Luchó por escapar de la corriente, virando y reduciendo las velas de un modo y otro, remando con cañas rotas de la cometa e incluso consideró la posibilidad de saltar al agua y hacer un intento desesperado por llegar a nado. Pero la corriente era demasiado fuerte y la balsa-cometa apenas se desvió de su curso.

Dio saltos y gritó, deseando tener un cohete de señales para llamar la atención de los lejanos habitantes de ese extraño país.

Fuego, pensó desesperadamente. Nunca había deseado nada tanto como ahora deseaba el fuego.

La ciudad osciló en la distancia y,

luego, desapareció.

Se puso de pie en la inestable superficie de la balsa y miró el horizonte vacío, confundido y enfadado. Había visto la ciudad con sus propios ojos, ¿pero dónde había ido?

Una reflexión instantánea le hizo darse cuenta de que probablemente había sido engañado por una impresión de Tututika. Se trataba de espejismos contemplados a veces en los desiertos y en el mar, cuando los viajeros agotados veían la imagen de un objeto lejano bajo el horizonte reflejada por una combinación de aire y luz. Era una ilusión, pero basada en algo real, algo situado justo bajo el horizonte.

Si pudiera subirse a algún sitio o enviar una señal...

Contempló el sol y luego, de nuevo, el horizonte lejano. Los rayos del sol se habían curvado permitiéndole vislumbrar un atisbo de tierra que estaba fuera de su alcance.

¿Qué hacía que la luz se curvara?

Se acordó de los espejos curvos inventados por su padre que habían mantenido las costas de Haan a salvo de las flotas invasoras de Mapidéré utilizando solo el poder del sol. Una idea fue tomando forma en su mente.

Medio tambaleándose, medio gateando, llegó hasta la cápsula de la cometa, que había sacado del mar hacía

algún tiempo para almacenar agua dulce en sus dos mitades, como si fueran la cáscara de una nuez partida.

Escudriñó el vidrio suelto de una de las portillas de la cápsula. Era de forma circular, plano y transparente.

Cogió un puñado de arena gruesa extraída del vientre de un pescado que se estaba secando sobre la balsa y la esparció sobre la superficie del vidrio. Luego hundió en el mar un pedazo de la piel áspera de una mielga para humedecerla y comenzó a pulir el vidrio con ella, sintiendo y oyendo el grato sonido producido al amolar el vidrio. Lo giró un cuarto de círculo en sus manos y continuó reduciendo su grosor.

Trabajó sin pausa, descansando solo de vez en cuando para comer y beber. El borde del disco fue haciéndose gradualmente más fino y las superficies adquirieron una forma convexa. Después de un tiempo, cambió la arena gruesa por arena fina y luego pasó a usar exclusivamente la piel del pequeño tiburón. Mediante su insistente movimiento, el disco plano se transformó poco a poco en una lente.

Tras unos cuantos días de laborioso trabajo, se dio por satisfecho al contemplar el mundo ampliado y distorsionado que se observaba a través de la lente. Partió en múltiples pedazos una de las pértigas de bambú que había

utilizado como remo y los fue apilando sobre una plataforma construida con una de las mitades de la cápsula de madera dura de azufaifo, que ya no serviría para recoger agua al haber sacado de ella la portilla. Colocó cascarilla seca de coco bajo las astillas de bambú para actuar como yesca y preparó el conjunto para hacer un fuego.

Levantó la lente y la fue moviendo hasta concentrar con ella la luz del sol en un diminuto punto sobre la yesca. Esperó. Después de unos segundos, empezó a salir humo del montón.

Gritó entusiasmado y, con cuidado y pulso firme, mantuvo el cristal a la espera de que el humo se hiciera más

denso, hasta que cobró vida una pequeña llama. Dejó a un lado la lente, se agachó y sopló suavemente sobre la llama, intentando mantenerla viva, alimentarla.

Después de un rato, cuando el fuego era lo bastante grande, arrojó encima tiras de seda rasgada. La seda ardía lentamente y producía mucho humo. Esperaba estar todavía lo suficientemente cerca de la costa como para que ese humo llamara la atención de pescadores y comerciantes y alguien se acercara a investigar en un bote.

Mantuvo viva la señal de humo durante la mayor parte del día, utilizando el fuego para cocinar cuando tenía hambre. Gracias a él, incluso el

pescado lleno de espinas diminutas era comestible, porque estas se ablandaban al asarse y se podía masticar y tragar entero. Disfrutó del sabor de la comida cocinada, pero no apareció barco alguno en el horizonte.

Al final, se vio obligado a concluir que la esperanza que albergaba era falsa. No tenía ni idea de a qué distancia estaba realmente la tierra del espejismo y puede que sus habitantes no contaran con barcos capaces de adentrarse hasta esa distancia en el mar.

Pero, al menos, había encontrado un método de hacer fuego, lo que ya era algo. Estaba muy animado. El conocimiento adquirido en sus viajes

por Dara aún le era útil. Aunque estaba lejos de casa, el sol y el mar seguían siendo los mismos. Una lente seguía curvando la luz y podía hacer fuego empleando el poder del sol. Aún podía mejorar su suerte con diligencia e ingenio. Aunque los dioses no pudieran oír sus plegarias, el universo era cognoscible.

Después de un tiempo, el fuego se apagó, pero su corazón había recobrado la esperanza.

Tras los episodios de delirio que había experimentado, Luan no sabía exactamente cuánto tiempo llevaba en el mar infinito. Las nuevas constelaciones

que dominaban el firmamento no le permitían reconocer las estaciones; los días eran persistentemente húmedos y calurosos, muy distintos de los de Dara.

La balsa se desplazaba ahora hacia el este. Para combatir el calor sofocante, Luan transformó su gruesa túnica en una manta sobre la que dormir. Su fina camisa, mugrienta y andrajosa, apenas le cubría el cuerpo, así que se la quitó y andaba desnudo por la balsa. Para protegerse en lo posible del sol, hizo sombreros y mantillas con la piel de algunos peces y pedazos de la propia cometa. El cabello y la barba le habían crecido y estaban completamente blancos; a veces, cuando miraba su

reflejo en el mar, ni siquiera se reconocía.

No se atrevía a quemar nada más de la balsa, así que se vio obligado a recoger laboriosamente pedazos de madera flotante y algas para luego secarlos y usarlos como combustible. Pensó que la presencia de madera a la deriva indicaba la proximidad de tierra, pero la corriente nunca le acercó lo suficiente para ver masa terrestre o embarcación alguna.

Y entonces, un día, de repente, se dio cuenta de que la corriente era más lenta y viraba hacia el norte. Intentó volver a dirigir el rumbo con la vela y la balsa consiguió por fin salir del lánguido

flujo.

Estaba libre y solo.

Durante todo el tiempo que le había arrastrado la corriente, Luan intentó escapar de ella. Pero ahora sentía como si estuviera despidiéndose de un viejo amigo. Titubeó por un momento, mirando el *Gitré Üthu*, con sus mapas aproximados del rumbo seguido y de las estrellas nuevas que había contemplado.

Aunque ahí fuera no haya más que el océano infinito, es preferible morir siguiendo mi propio rumbo.

Dirigió la balsa hacia el este y no volvió la vista hacia la corriente.

Las úlceras de su cuerpo cicatrizaron y

volvieron a abrirse y continuamente se sentía débil. Notaba que los dientes se le iban aflojando en las encías y que estaba perdiendo vista —la dieta no le aportaba todo el alimento que necesitaba y la exposición a los elementos no le permitía recobrase del todo. Después de continuar navegando hacia el este durante semanas, decidió cambiar de rumbo y dirigirse hacia el norte, en busca de un clima más templado. Las estrellas volvieron a resultar familiares, aunque la vista del océano seguía sin cambiar.

Tazu, ahora entiendo por qué eres como eres, pensó. El mar vuelve locos hasta a los dioses.

Día tras día, escudriñaba en la distancia y solo veía agua y más agua. Los peces que capturaba seguían siendo diferentes de los de Dara, así como de los que había visto en la corriente, y continuó registrándolos disciplinadamente en *Gitré Üthu*. Por la noche le acometían sueños enfebrecidos en los que discutía con los dioses sobre la naturaleza del mundo.

Tututika, ¿hay belleza en una sociedad de uno? ¿Puede haber imperfección cuando el mundo consiste en una sola alma?

Fithowéo, ¿crees que se puede estar en guerra con uno mismo?

El tiempo refrescó y el viento

soplaba ahora de forma constante hacia el norte y el este. Se envolvió en los harapos de la túnica gruesa y cubrió su tienda con algas para dificultar que la fría brisa se colara en su interior. Después de algunas semanas, la temperatura descendió hasta el punto de que le empezaron a castañetear los dientes y a dudar de si prefería el calor infernal de las regiones del sur o esto.

Hasta que un día contempló algo que, al principio, creyó que era otro espejismo: pequeñas manchas planeando sobre el horizonte, en círculos.

Pájaros.

Miró al océano a su alrededor y descubrió vegetación flotante: lianas,

brotos y hojas que no parecían formar parte del mar. ¿De dónde habían salido?

Se dirigió directo hacia los pájaros, intentando controlar su entusiasmo para no sufrir otra decepción. Cuando cayó la tarde, una espesa niebla se había apoderado de todo. Se envolvió en la túnica, tan deteriorada que parecía más bien un chal, y al dormirse soñó que llegaba a una costa desconocida, donde unos inmortales vestidos con suntuosas y vistosas sedas le daban la bienvenida con una magnífica fiesta.

Al despertar, ahí estaba: el litoral dominaba todo el horizonte: una extensión plana y dorada salpicada de verde. Luan se puso de pie sobre la

oscilante balsa, ataviado solo con su sombrero de piel de pescado y la andrajosa túnica, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Había encontrado tierra.

Mientras guiaba la balsa-cometa hacia la costa, vio algunas pequeñas viviendas, de color blanco y forma de seta, agrupadas no lejos del oleaje. Sobre la playa descansaban pequeños botes de un diseño que Luan no había visto hasta entonces. Tenían forma de cuencos planos y daban la impresión de estar hechos de hierbas; unas cuantas vejigas llenas de aire atadas a sus costados les proporcionaban flotación adicional.

La balsa se enganchó con algo bajo el agua y se detuvo. Luan Zya se arrastró hasta el borde y se dejó caer en las aguas poco profundas. El frío estremeció su cuerpo y la sensación de tierra sólida bajo los pies le pareció antinatural después de todo el tiempo pasado en el océano; sus inseguras piernas no le permitían mantenerse en pie y tuvo que apoyarse en rodillas y manos. Una ola rompió contra él, empapándolo de agua helada y casi se desmaya de la conmoción. Vio que varios hombres y mujeres, de piel clara y cabellos rubios, habían salido de sus tiendas con forma de seta y le miraban asombrados.

—Ante el mar, todos los hombres son hermanos —dijo con voz ronca, y se derrumbó en la playa.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

UN INTERMEDIO

RUI: SEGUNDO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

El mar invernal se encontraba en calma fuera del puerto de Kriphi, pero el cielo estaba encapotado y, en las profundidades de las nubes, se vislumbraban destellos de relámpagos. A medida que se ponía el sol, los restos

hundidos de los barcos-ciudad parecían adoptar formas diversas: una tortuga gigante, un tiburón de sonrisa sardónica, un banco de carpas que reflejaban la tenue luz, incluso unas enormes aves que curiosamente habían abandonado el aire enrarecido para refugiarse en un medio mucho más denso.

¿Dónde has estado, Vieja Tortuga?

En los límites del mundo, para volver a explorar el Muro de las Tormentas.

¿Qué encontraste?

El terror a lo desconocido; todavía no he sido capaz de atravesarlo.

Sabes que se supone que no debemos cruzarlo, hermano. Nuestra

madre nos dijo que Moäno lo había creado para separar Dara.

Pero el mundo exterior ha venido a Dara, junto con nuevos dioses.

Todavía no hemos experimentado el poder de esos nuevos dioses; a lo mejor siguen debilitados por el largo viaje.

Bajo los últimos rayos del ocaso, dio la impresión de que la gran sombra de la tortuga sacudía la cabeza.

Me temo que el Muro de las Tormentas es una barrera que solo pueden atravesar los mortales, pero no los dioses.

Las sombras submarinas quedaron inmóviles, como si los dioses estuvieran impresionados ante ese terror

insospechado.

Pero Tazu, como siempre, fue el primero en romper ese humor taciturno.

Os estáis perdiendo una buena historia: vuestro mortal favorito ha tenido una auténtica aventura.

¿Me he perdido mucho?

Está llegando a la parte interesante.

Lutho, ¿por qué no acompañaste a tu protegido al otro lado del Muro de las Tormentas cuando lo atravesó hace tres años?

Intenté ayudarlo todo lo que pude, pero sentí que mi poder se debilitaba al intentar traspasar la barrera. Nuestro poder procede de estas islas y no podemos abandonarlas sin

convertirnos... en mortales.

Quizás eso signifique... que los dioses de estos extranjeros tampoco pueden abandonar su hogar. Los lyucu han dejado atrás a sus dioses, y sus plegarias ya no son atendidas.

Los dioses reflexionaron sobre eso mientras seguían escuchando la historia que se desarrollaba en los salones del palacio de Kriphi, como los clientes de una taberna que dan buena cuenta de sus bebidas mientras el narrador de historias continúa con la representación.

Zomi estaba sentada entre las dos camillas, una mano sujetando la mano de su padre y la otra la de su profesor.

Ambos hombres dormían, sus dolores temporalmente aliviados por las medicinas.

—¿Hay alguna esperanza? — preguntó.

El médico militar arqueó las cejas, sin afirmar ni negar con la cabeza.

—Los dos sufrieron tremendas torturas —afirmó—. Me sorprende... que sigan vivos.

Zomi asintió con la cabeza, aturdida.

Sobre el suelo, delante de ella, estaba *Gitré Üthu*, cuyas páginas le habían revelado una historia que apenas se atrevía a creer.

—Descansa, padre —murmuró—.

Descansa, maestro.

Detrás de ella, los generales, los consejeros y los soldados aguardaban a que ella siguiera leyendo.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA DE UKYU

EN EL PAÍS DE LOS EXTRAÑOS:
DOS AÑOS ANTES

Cuando Luan despertó, estaba en una tienda, tumbado sobre una cama de pieles y cubierto por otra piel. El interior en penumbra tenía un fuerte olor a almizcle pero no era desagradable. La luz procedía de una única apertura

central en el techo, que también servía de chimenea para el humo del fuego de la cocina, sobre el que hervía una olla hecha con pieles animales.

Una anciana se le acercó y le colocó una escudilla en la boca, dándole algo que olía a leche fermentada. Estaba famélico. El gusto agrio era fuerte pero la bebida parecía nutritiva. Tragó y tragó y se volvió a quedar dormido antes de terminarlo.

Soñó que su estómago era un campo de batalla. Corrientes de lava y hielo luchaban por dominar su interior, echando chispas y siseando. Se despertó vomitando y se dio cuenta de que se había ensuciado. La anciana y otras

figuras fueron a atenderlo y él intentó mascullar una disculpa, pero estaba demasiado débil para emitir algo más que un balbuceo.

Cuando volvió a despertarse se sentía todavía más débil, pero su estómago por fin se había calmado. Esta vez, los pastores le dieron algo distinto, una sopa o estofado hecho de carne y verduras. En esta ocasión intentó comer más despacio, dar tiempo a que su cuerpo se adaptara a los nuevos alimentos.

Acabó una escudilla, le dieron otra y, ahora sí, se sintió con suficientes fuerzas para intentar sujetarla él mismo; estaba hecha de la cáscara de alguna planta

partida por la mitad. Mientras bebía, la familia hablaba a su alrededor. Aunque no entendía la lengua, distinguió una palabra que sonaba como «Dara».

¿Conocen mi tierra? No conseguía entender cómo era posible. Pero el agotamiento y el sueño volvieron a apoderarse de él.

Despertó sobresaltado. Al mirar alrededor se asustó aún más. Estaba rodeado de barrotes verticales hechos de huesos de animales y le cubría un techo de pieles. La impresión de elevarse y descender le dio la sensación de volver a estar en el mar. Hizo un esfuerzo por sentarse y lo que vio le quitó el aliento.

Estaba en el interior de una jaula y tenía los pies atados a los barrotes de su prisión con gruesos cordeles de tendones. Pero no intentó liberarse.

La jaula estaba en el aire. Se encontraba sobre el lomo de alguna enorme bestia que batía lentamente sus alas como los remos de una aeronave imperial. Por delante de él se extendía un cuello del tamaño de las gruesas lianas de las selvas de Arulugi o de una pitón gigante erguida, acabado en una cabeza con cuernos similar a la de un ciervo, aunque mucho más grande.

En cierto modo, la enorme bestia le resultaba familiar, pero no entendía por qué. Estaba seguro de no haberse topado

con la descripción de ninguna criatura así en sus viajes.

Entonces cayó en la cuenta. Tenía exactamente el mismo aspecto que las bestias aladas y con cuernos de los restos de naufragio que habían inspirado su travesía.

Su corazón empezó a latir con la emoción del descubrimiento, de saber que había atravesado un sueño y penetrado en un mundo nuevo.

Examinó los huesos de la jaula en la que estaba prisionero —largos, grandes y de sonido hueco— y dedujo que procedían del mismo tipo de animal en que estaba montado.

La enorme bestia volaba a varios

cientos de yardas sobre el suelo, similar a la altitud de crucero de las aeronaves imperiales. Al fondo, Luan contempló un paisaje infinito, plano y color tostado, con manchas de matorral y de hierba, donde pastaban rebaños de animales que recordaban a las vacas, pero mucho más peludos y algo más grandes. Cada rebaño iba acompañado de dos o tres bestias como la que le llevaba a él. Caminaban con las alas plegadas y andares de pato junto a los rebaños, llevando encima a los pastores, que elevaron la vista al cielo cuando pasó sobre sus cabezas. Muy a lo lejos se divisaba el mar gris pizarra, salpicado aquí y allá por pequeñas embarcaciones

de paja y forma de cuenco que se balanceaban con las olas.

La jaula estaba rodeada de guardias, una media docena, asegurados sobre arneses o sillas de montar sujetas al lomo de la bestia. Había hombres y mujeres, pero todos llevaban vestiduras sencillas de pieles y paja tejida y portaban mazas y hachas de guerra fabricadas con huesos y piedras, u hondas de asta y tendones. Al notar que estaba despierto, algunos se giraron para mirarle con ojos curiosos.

Como los pastores que lo rescataron parecían conocer el nombre de Dara, intentó ver si sabían su lengua.

—¿Qué país es este? —preguntó—.

¿Qué pueblo habita estas costas?

No obtuvo ninguna respuesta. Los guardias le observaron con expresión impenetrable.

Era inútil intentar hacer preguntas teniendo tan poca información. Tenía que esperar el momento adecuado y comprender mejor su situación.

El universo es cognoscible.

Una hora más tarde, la bestia que le transportaba aterrizó junto a un grupo de tiendas con forma de seta, jadeando notoriamente. Otra bestia alada y con cuernos, de tamaño similar pero bien descansada, se acercó dando zancadas hasta colocarse delante.

Uno de los guardias, el que se situaba en la base del cuello y era evidentemente el piloto, emitió una serie de fuertes silbidos.

La bestia agachó la cabeza a la vez que mantenía el cuello estirado y rígido, como un puente levadizo. Luan observó que la otra bestia imitaba su movimiento hasta que ambas cabezas se juntaron en el medio, con los cuellos perfectamente paralelos al suelo. Las dos bestias se frotaron las cabezas y gimieron antes de quedar inmóviles.

Los guardias desataron la jaula del arnés colocado en el lomo de la bestia, la levantaron sobre sus cabezas y caminaron por el cuello del animal.

Luan se agarró firmemente a los barrotes de la jaula mientras esta se bamboleaba, convencido de que alguno perdería el equilibrio sobre las vertebrae protuberantes y la dejaría caer al suelo.

Pero los guardias transportaron la jaula sobre el puente viviente formado por los cuellos de las dos bestias con un paso tan firme como el que, en Dara, llevarían los portadores de un palanquín por encima del foso de la ciudad. Aseguraron la jaula en el lomo de la nueva bestia y se abrocharon los arneses y monturas.

Luan ya había aprendido algo. Estas bestias, por poderosas que fueran, no eran capaces de mantener el vuelo

mucho tiempo. Eso explicaba probablemente por qué los pastores que había visto antes mantenían a sus monturas caminando torpemente entre el rebaño en lugar de supervisarlos desde el aire.

Sus sospechas se confirmaron cuando volvieron a aterrizar una hora después y se repitió el proceso de traslado de montura. Llevado por el hábito, estiró el brazo para coger el *Gitré Üthu* y anotar sus observaciones y especulaciones acerca de las nuevas bestias aladas, y se dio cuenta de que ya no lo tenía. Le atormentó un profundo dolor, como si le hubieran extirpado una parte de sí —lo cual era verdad, en cierta manera. El

libro había sido su única compañía durante el largo viaje a través del océano, el espejo de sus delirios y el registro de sus sueños. Ahora que ya no estaba la balsa-cometa, *Gitré Üthu* era el único testigo que quedaba de toda su experiencia.

Después de ser transferido de la misma manera a doce bestias distintas, finalmente llegaron a un asentamiento enorme, una ciudad constituida por miles de tiendas en forma de seta, entre las cuales las había mucho más grandes que las que había visto hasta entonces.

En el centro de la ciudad se levantaba una gigantesca, que empequeñecía todas las demás, con un

diámetro que rivalizaba con el de la Gran Sala de Exámenes de Pan. La bestia alada tomó tierra y Luan Zya observó que delante de dicha tienda había un alto mástil de hueso, coronado por varias colas largas de piel que ondeaban como estandarte. Le sorprendió ver dos cascos metálicos — los primeros signos de metal que había visto en esta nueva tierra— también colgando y ondeando en la punta del mástil. Los cascos le resultaban familiares, pues tenían la forma de los del antiguo imperio de Xana, y observó que en su interior conservaban los restos momificados de dos cabezas.

Sintió que algo se retorció en la

profundidad de su mente, una vaga respuesta que empezaba a explicar algunos de los misterios que le rodeaban.

Las bestias llevaron la cabeza hasta el suelo formando una larga y suave pendiente con el cuello y los guardias desataron los pies de Luan, lo sacaron de la jaula y descendieron con él por esta improvisada escalera.

Una de los ellos entró en la enorme tienda y, al cabo de un rato, salió y dijo algo a los demás guardias. Juntos, llevaron a Luan a una pequeña estructura anexa a la tienda principal: una cabaña circular cuyas paredes estaban formadas por una empalizada de huesos cubierta

de una capa de barro y fibras vegetales trenzadas y con el techo de piel de animales.

La única iluminación del interior procedía de una pequeña apertura en el techo y de la pequeña hoguera que ardía bajo el agujero de salida del humo para mantener templado el sitio. Aparte de un montón de excrementos secos de animal usados como combustible para el fuego y de un gran cuenco-cáscara que probablemente habría de servir para sus deposiciones nocturnas, la cabaña solo tenía varias pieles muy limpias que suponía hacían de cama y cobertores. No pudo hallar nada duro o con punta, ningún instrumento que pudiera utilizar

como arma.

El guarda cerró la puerta detrás de él y escuchó el sonido de algo pesado moviéndose en el exterior. Cuando intentó abrirla, confirmó que estaba bloqueada por fuera.

Todavía débil por la terrible experiencia, se tumbó en su prisión y se puso a dormir.

Varias veces al día, lo que bloqueaba la puerta por el exterior era apartado y alguien le traía comida y vaciaba el recipiente de las deposiciones nocturnas. Cuando la luz cegadora penetraba la oscuridad de la celda, Luan se protegía los ojos e intentaba hablar

con quienquiera que entrase. Nunca obtuvo respuesta.

La comida que le servían era sencilla pero sustanciosa: un pastel duro que parecía hecho con carne seca pulverizada, grasa animal y bayas; una especie de torta de pan con gusto a harina de nueces y abundante agua para beber en odres de piel. Era, claramente, el tipo de comida que puede prepararse en grandes cantidades y almacenarse para su posterior distribución a una población numerosa, el tipo de comida adecuada para ejércitos o pueblos nómadas en movimiento.

Me dan de comer lo mismo que al resto de la tribu, pensó. Al menos no me

maltratan.

Al fin, al quinto día se abrió la puerta de la cabaña pero no entró nadie.

Cuando sus ojos se hubieron adaptado a la fuerte luz, Luan decidió acercarse a la puerta y ver qué pasaba.

A unos cuantos pasos había un semicírculo de guardias, pero la atención de Luan se vio atraída por dos jóvenes figuras arrodilladas justo ante la puerta de la cabaña. Las dos tenían alrededor de veinte años, un hombre y una mujer. La calidad de las pieles que vestían y las delicadas joyas de hueso y dientes que adornaban sus cabellos indicaron a Luan que se trataba de nobles.

Se fijó en que se arrodillaban en la posición llamada *mipa rari* en Dara.

¿Era posible?

Él también se arrodilló formalmente en *mipa rari* a la puerta de la cabaña.

—Luan Zya —dijo. Pronunció cuidadosamente cada sílaba señalándose a sí mismo. Luego abrió las manos a las dos personas arrodilladas frente a él.

—Perdonadnos, honorable maestro —dijeron al mismo tiempo.

El acento le resultaba poco familiar, pero el rostro de Luan se crispó incontrolablemente y se le nubló la vista al escuchar la lengua de Dara, tras haber perdido la esperanza de volver a oírla.

—Bienvenido a Ukyu, el país de los lyucu —dijo el joven, que se presentó como Cudyu Roatan, hijo del rey—. Estáis en Taten, la capital de nuestra humilde tierra.

—Nuestro padre se encuentra fuera, sofocando una rebelión —dijo la joven, llamada Vadyu Roatan, la hija del rey—. Disculpados por la terrible manera en que habéis sido tratado. Los guardias desconocían que erais un honorable invitado de Dara, una tierra que siempre hemos admirado.

Estaban sentados en la gran tienda que Luan había visto cuando llegó a la ciudad. El interior cavernoso estaba alfombrado con gruesas pieles, y tablas

y particiones bajas hechas de hueso y pieles animales separaban las zonas para cenar, dormir, sentarse, celebrar audiencia y otras funciones que Luan no era todavía capaz de adivinar. Sobre la mesita colocada entre ellos había bandejas llenas de olorosa carne asada, escudillas fabricadas con cráneos llenas de succulento estofado y tazas de hueso que contenían la embriagante bebida hecha con leche fermentada que los lyucu llamaban kyoffir.

Mientras tomaba el estofado a poquitos, Luan se acordó del modo en que la familia que le socorrió susurraba la palabra «Dara» en su presencia, pero puede que estuviera equivocado a causa

del delirio inducido por la fiebre. Tenía demasiadas preguntas para centrarse en esos pequeños detalles.

Decidió ir directamente al grano.

—¿Cómo es que conocéis Dara? ¿Y cómo aprendisteis su lengua?

El príncipe y la princesa se miraron y parecieron conversar con la mirada.

—Esa es una larga historia —dijo el príncipe, dándose la vuelta para mirar a Luan.

—Será más fácil mostrártelo que contártelo —dijo la princesa.

Sobre una silla de montar y sujeto a un arnés en esta ocasión, Luan Zya planeaba sobre la tierra y el mar

mientras Vadyu pilotaba la bestia alada —a la que llamaba garinafin— delante de él. Este garinafin era mucho más pequeño que los que le habían llevado hasta allí y Luan podía sentir cada batir de sus poderosas alas mientras la princesa lo conducía a lo largo del litoral.

—¿Reconocéis esos barcos? —preguntó Vadyu.

Luan no podía equivocarse. Anclados en la bahía a sus pies había más de veinte inmensos barcos, cada uno tan grande como una ciudad pequeña. Eran un tributo adecuado a la memoria del hombre que soñó con conectar las islas de Dara por túneles bajo el mar y cuyos

proyectos eran todos a escala monumental, casi más allá de la comprensión humana.

—Así que la expedición del emperador Mapidéré en busca de los inmortales llegó hasta aquí —murmuró Luan.

—¡Hace más de veinte años! —gritó Vadyu para hacerse oír por encima del ruido del viento—. Antes incluso de que yo naciera.

Luego, mientras volaban en círculos sobre la flota de barcos-ciudad convertidos en mudos testigos de la grandiosidad de la visión de Mapidéré, Vadyu le contó una historia que había cambiado su mundo.

Durante décadas, siglos quizás, el pueblo de las planicies vivió la vida sencilla de los pastores nómadas, utilizando a los garinafins para guardar sus rebaños así como para proporcionarles compañía y transporte. La vida era invariable pero satisfactoria.

Pero un día apareció en el horizonte una flota de barcos tan grandes como islas flotantes, como una visión de un antiguo mito sobre la creación.

La llegada de gentes de Dara trastocó el mundo de los lyucu. Los visitantes les mostraron lo estrecho que había sido ese mundo, lo vacío que estaba de los placeres y refinamientos propios de una

civilización elevada: maquinaria, arte, literatura, modales y verdadera belleza.

Era como si, hasta la llegada de habitantes de Dara, los lyucu no hubieran sido más que gusanos en la hierba, sin comprender que los halcones podían remontarse y avistar un mundo superior a la experiencia acumulada por miles de generaciones de gusanos.

Los recién llegados de Dara eran excelentes profesores y los lyucu y sus respetados invitados vivieron en armonía muchos años. Así fue como Vadyu y Cudyu aprendieron la lengua de Dara, gracias a sus solícitos y expertos profesores.

Hasta que un día les golpeó la

calamidad. Todos los visitantes de Dara cayeron enfermos a causa de una epidemia desconocida y todos y cada uno de ellos murieron en pocos días a pesar de los heroicos esfuerzos de los lyucu por salvar a sus profesores y amigos.

—Ahí podéis ver las tumbas —dijo Vadyu mientras guiaba al garinafin en un vuelo bajo cerca de la costa.

Luan echó un vistazo a las ordenadas hileras de miles de lápidas de hueso. Cada montículo tenía el tamaño aproximado de una pequeña cabaña en Dara. El panorama le dejó sin palabras al imaginar el horror que debieron experimentar Vadyu y su pueblo al ver

morir a sus amigos de un modo tan incomprensible.

—Guardamos luto durante años — dijo Vadyu—, y nuestro padre prometió encontrar la manera de cumplir los últimos deseos de los visitantes de Dara: darles sepultura en el suelo de su patria.

Luan asintió. Kon Fiji explicó que las almas de los muertos no hallaban reposo hasta que regresaban a su tierra natal. Esa era la razón por la que el pueblo de Dara siempre había hecho esfuerzos extraordinarios para enterrar a los muertos en casa y por la que las fosas comunes de los soldados caídos en tierra extraña habían causado tanto dolor

en la Guerra del Crisantemo y el Diente de León.

Pero Luan también observó algo extraño. Las tumbas y las lápidas tenían una forma y un color tan uniformes que parecían haber sido construidas siguiendo algún plan predefinido. ¿Era posible que un cementerio de masas erigido en respuesta a una plaga inesperada tuviera un aspecto tan pulcro, tan... *nuevo*?

—Honramos al pueblo de Dara de todas las formas posibles —dijo Vadyu—. El almirante Krita, que dirigió la expedición a estas costas, todavía nos vigila, al igual que los ojos de su esposa, una mujer lyucu que se enamoró

de él. Hemos conservado sus cabezas, como es costumbre en nuestro pueblo, y se exhiben en el mástil delante de la gran tienda de Taten.

Luan asintió. Eso explicaba los dos cascos de metal con restos momificados que había visto colgando de lo alto del mástil. Sin embargo, había algo en la explicación de Vadyu que no cuadraba. El modo en que se exhibían esas cabezas parecía más bien un aviso, una celebración de barbarie cruel... aunque puede que esa impresión fuera fruto de su estrechez mental. El pueblo lyucu tenía sus propias costumbres y su propia cultura y se dijo que no debía de tratar de imponer sus ideas preconcebidas en

ese nuevo mundo.

De regreso a Taten, Luan Zya fue instalado en la tienda que compartían el príncipe y la princesa. Tal y como le explicaron, como era evidente que se trataba de un hombre culto de Dara, resultaba adecuado que fuera su profesor y viviera con ellos.

—Aquí está vuestro libro —dijo Cudyu. Con respeto, sujetó el libro con ambas manos y se lo presentó a Luan—. Debéis de ser un hombre extremadamente instruido para llevar un tomo así con vos.

—Hemos conservado los barcos-ciudad tan bien como hemos podido —

dijo Vadyu—. Ojalá pudiéramos encontrar el modo de guiar a las almas perdidas de nuestros respetados invitados de Dara de vuelta a su hogar. Desafortunadamente, carecemos del conocimiento de los maestros navegantes de Dara.

—Mientras nuestros invitados estuvieron vivos, intentaron muchas veces encontrar el camino de regreso a casa —dijo Cudyu—. Nuestro padre siempre les proporcionaba toda ayuda que necesitaran. Pero ninguna de las flotas que organizaron con ese fin tuvo éxito... y de algunas solo regresaron a las playas los restos de sus naufragios años después.

—¿Tenéis las crónicas de la expedición de Mapidéré y detalles de las exploraciones posteriores? —preguntó Luan. No podía evitarlo. La perspectiva de enfrentarse a un enigma así era demasiado tentadora y si resolviera el misterio no solo podrían retornar a Dara los cuerpos de los miembros de la expedición de Mapidéré, sino que también él podría regresar a casa.

Cudyu y Vadyu volvieron a mirarse y Cudyu se excusó y salió.

—Los visitantes de Dara nos hablaron de un Muro de las Tormentas impenetrable que rodea las islas —dijo Vadyu—. ¿Es verdad?

Luan asintió.

—Es verdad. Yo pude atravesarlo por pura suerte.

—Tendríais que atravesarlo de nuevo para volver a casa, ¿no?

—Es algo en lo que he pensado muchas veces.

—Cualquier cosa que necesitéis, no tenéis más que pedirla. Es lo mínimo que podemos hacer después de todo lo que ha hecho por nosotros la gente de Dara.

Luan asintió. Se sentía más que abrumado por todo el interés que el príncipe y la princesa mostraban por el bienestar de personas de una tierra tan alejada. Estaban poniendo en práctica,

mejor que muchos filósofos de Dara, los ideales que sustentaban el aforismo de Fiji: es preciso honrar a los extranjeros como a los dioses.

Cudyu regresó con un montón de pergaminos, volúmenes y mapas.

—Estos son los cuadernos de bitácora del viaje del almirante Krita a Ukyu, así como los preparativos de posteriores misiones exploratorias.

—¿Tenéis registros de cuándo y dónde aparecieron los restos de estas misiones exploratorias?

—Sí —Cudyu mostró a Luan dónde buscarlo.

Luan estaba sorprendido de lo rápida y eficientemente que Cudyu había

reunido tal cantidad de material. Era como si todo estuviera preparado de antemano, a la espera de que lo pidiera...

Sacudió la cabeza. Estaba siendo paranoico y receloso, un mal hábito de sus tiempos en Dara, donde la política y las conspiraciones parecían contagiar cualquier interacción con quienes ostentaban el poder. Esta era una tierra diferente, regida por reglas diferentes. No quería ofender al príncipe y a la princesa, que intentaban honrar la memoria de los extranjeros que habían atravesado el mar y se habían convertido en sus amigos.

Estaba en un mundo nuevo de

maravillas, nuevos paisajes y nuevas maneras. Después de tanto tiempo en soledad en medio del océano infinito, el contacto humano le resultaba demasiado dulce para no saborearlo. El príncipe y la princesa, tan inquisitivos y respetuosos, habían despertado al maestro que había en él, siempre deseoso de conversar con mentes jóvenes y ágiles. El júbilo de la exploración y los descubrimientos era embriagador y se sentía incapaz de resistir la tentación de ponerse a prueba con ese intrincado misterio.

No obstante, el siempre prudente Luan no podía acallar por completo las persistentes dudas que le inquietaban.

Decidió adoptar precauciones.

Durante días, Luan Zya se mantuvo ocupado. Leyó con atención tablas de cifras y borroneó cálculos en una bandeja de arena; comparó los mapas del cuaderno de bitácora del almirante Krita con los que había dibujado él en *Gitré Üthu*; examinó las observaciones de Krita sobre el Muro de las Tormentas y las comparó con las suyas propias; correlacionó los registros del viento, las mareas y las horas de salida y puesta del sol; extrajo fechas y horas, las ordenó y las reordenó, dedujo conexiones entre ellas y sacó conclusiones; aprovechó cualquier detalle de los registros que

podiera ser significativo o poco habitual; diseñó modelos y avanzó en los razonamientos.

Cudyu y Vadyu le dejaban solo con su trabajo, pero le suministraban comida nutritiva y bebida refrescante. Cuando les parecía que necesitaba un descanso, lo sacaban de paseo por los alrededores a lomos de un garinafin y le pedían humildemente que compartiera con ellos sus teorías y pensamientos.

Luan se dio cuenta de que el príncipe y la princesa eran alumnos ideales y le resultaba estimulante conversar con ellos. El conocimiento exigía el refinamiento de las mentes brillantes mediante el intercambio con otras

mentes brillantes y cuando Luan conversaba con ellos recordaba la época en la que recorría Dara en globo con Zomi.

Hasta que una noche, Luan Zya dejó sobre la mesa la pluma de hueso que había estado utilizando para escribir en la bandeja de arena. Había resuelto el enigma de cómo regresar a Dara.

El universo es cognoscible. Es posible identificar pautas y servirse de ellas.

Tenía ganas de gritar de júbilo, pero ya era tan tarde que Cudyu y Vadyu se habían acostado. Tendría que esperar hasta la mañana siguiente para compartir sus descubrimientos.

De todos modos, estaba demasiado nervioso para dormir, por lo que decidió dar un paseo. Los guardias de la puerta de la tienda le saludaron con la cabeza al pasar. El príncipe y la princesa le habían acompañado a todas partes en los últimos días y ahora los guardias le trataban con gran respeto.

La luz de luna bañaba el monte bajo con una pátina plateada. Taten, la ciudad de tiendas, aparecía como los palacios de la luna de las antiguas sagas. Luan paseaba con parsimonia alrededor de la gran tienda admirando la maestría de los artesanos lyucu, un pueblo tan distinto al de Dara como se pueda imaginar, pero con el mismo gusto aparentemente

universal por la belleza y el trabajo bien hecho.

Luan Zya llegó hasta la parte de atrás de la gran tienda. Observó un extraño montículo, en uno de cuyos costados había una puerta hecha con un enrejado de huesos.

Sintió como si una mano fría le oprimiera el corazón. No podía explicar por qué estaba tan aterrorizado.

Como llevado por una voluntad que no era la suya, Luan subió el montículo y abrió el enrejado. El interior estaba oscuro como boca de lobo. Dio un paso vacilante...

...y se precipitó por un túnel largo y en pendiente. Gritó pidiendo ayuda pero

la oscuridad ahogó sus gritos.

Le faltaba el aire y tuvo que tumbarse un rato en el suelo para recobrase. Estaba en una cueva subterránea que hedía a comida en descomposición y excrementos humanos. Hacía frío. La única luz y el único aire fresco procedían del túnel por el que había caído.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

LA EXPEDICIÓN DE MAPIDÉRE

EN EL PAÍS DE LOS
EXTRANJEROS: DOS AÑOS
ANTES

Escuchó alguna cosa, o *algunas cosas*, huyendo precipitadamente en la oscuridad.

¿Una rata? ¿O algo mucho peor?

Pero mantuvo la calma y gritó.

—¿Quién anda ahí?

Las tinieblas parecieron tragarse su voz. No hubo respuesta, excepto más sonidos de pasos apresurados. Luan forzó la vista y consiguió distinguir vagas siluetas, cada una del tamaño de un hombre, apiñadas en el extremo opuesto de la cueva. No podía estar seguro, pero pensó que le recordaban a garinafins en miniatura.

Esperó hasta que los ojos se fueron adaptando a la oscuridad y descubrió que su impresión inicial era correcta. En un rincón estaban apiñados en torno a una docena de garinafins jóvenes, con los cuellos amarrados por gruesos cables hechos con piel y sujetos a las

paredes de la cueva.

¿Les están castigando?

Pero había otra figura en la oscuridad, con forma de hombre, no de garinafin.

—He caído aquí por error —dijo tímidamente mientras daba un paso hacia el hombre. Ojalá conociese su lengua—. No voy a hacerte daño.

—¿Eres de Dara? —preguntó una voz. Sonaba ronca, vacilante, como si su dueño no estuviese acostumbrado a hablar en voz alta. Pero el acento no era como el de Cudyu o Vadyu: evocaba las armonías de casa—. ¿Te ha enviado el emperador Mapidéré?

Luan dio otro paso hacia delante, con

el corazón martilleándole en el pecho. *¿Es posible? ¿Puede que Cudyu y Vadyu se equivocaran al decir que todos habían muerto?*

Se dio cuenta de que la figura de la cueva también estaba encadenada a la pared con gruesos cables. La confusión se adueñó de su mente. *¿Por qué?*

—No... —respiró profundamente y se esforzó por mantener la calma—. Soy Luan Zya, un hombre de Haan. El emperador Mapidéré cruzó el Río en el que Nada Flota hace mucho tiempo.

—¿El emperador ha muerto? —la voz estaba teñida a partes iguales por la incredulidad y el pasmo.

—Así es —confirmó Luan Zya—.

¿Formabas parte de la expedición a la tierra de los inmortales? ¿Cómo sobreviviste? ¿Por qué estás aquí? ¿Cuál es tu nombre?

—Sí, vine con ella... aunque para responder a todas vuestras preguntas tendría que contaros una historia muy larga. Soy Oga Kidosu, hace mucho tiempo pescador de Dasu y ahora el desgraciado narrador de historias de los lyucu. Contadme cómo habéis llegado hasta aquí.

De ese modo, dos hombres conectados por la vida de Zomi Kidosu compartieron sus historias en un frío y húmedo sótano.

Luan contó a Oga el triste destino de sus hijos durante las guerras de la rebelión y que su hija se había convertido en una joven brillante. Describió la expresión tenaz del rostro de Aki Kidosu y la fuerza de sus palabras sencillas y sus movimientos resueltos. Relató a Oga los viajes en globo con Zomi e intentó recrear lo mejor que pudo la actuación de la joven en el Examen de Palacio.

—¿Seguro que no estáis inventando historias fantásticas? —exclamó Oga—. ¡Perla de Fuego! Qué bonito nombre formal. ¡Qué bien debe de sentarle! Incluso siendo bebé, ya era exaltada y testaruda. ¿Mi hija una *cashima*? ¿Una

firoa? ¿Una estudiosa que se atreve a hablar al emperador de Dara sin desviar la mirada?

—Ella es todas esas cosas y mucho más.

Teniendo tan poco tiempo y tanto que contar, su relato fue necesariamente breve y tuvo que asegurar a Oga repetidas veces que le daría detalles más tarde.

Oga lloró y lloró, con alegría al escuchar las noticias de su esposa, con pena por la muerte de sus hijos y con orgullo por los logros de su hija.

Y luego le llegó a Oga el turno de contar su historia.

Como todas las historias verdaderas,

la suya era una mezcla de leyendas y realidad, de mitos imaginados y hazañas realizadas, del corazón de las tinieblas y la corona de luz, de experiencias vividas y lagunas rellenadas más tarde, de cosas presenciadas y visiones que solo podía validar el ojo de la mente.

Le contó que una tormenta volcó su pequeño bote veintidós años atrás; que había resistido agarrado a un tablón, hambriento, sediento, aterrorizado por los tiburones y delirando a causa del sol cruel y las olas implacables; que finalmente se soltó para buscar el solaz de la muerte; que abrió la boca para llenar de agua sus pulmones y le sacó del agua una tortuga marina, la amiga de

los que se pierden en el mar; que le transportó por las olas, medio en sueños, medio dormido, hasta llevarlo a la vista de la flota de barcos-ciudad; que los marineros de cubierta le vitorearon creyéndolo un buen augurio, le subieron a bordo, le alimentaron, le dieron de beber, le vistieron y le proporcionaron un catre para dormir.

—Todos los miembros de la tripulación estaban entusiasmados y llenos de confianza. Pensaron que Lutho, esperanza de los ahogados, me había enviado como señal de buena fortuna. Habían tenido mares en calma y vientos raudos que los empujaron hacia el norte durante días...

—¡Me preguntaba qué había pasado!
—le interrumpió Luan Zya—. No vi ninguna tormenta registrada poco después de su partida en los cuadernos de bitácora del almirante Krita, lo que me parecía extraño.

—*Fue* extraño. Nadie recordaba ninguna tormenta. No podía explicármelo.

Luan reflexionó sobre ello. Parecía que la tormenta que todos pensaban que había devastado la flota no fue más que un engaño de los dioses, probablemente de Tazu.

—Navegábamos hacia el norte y el viento de popa era tan fuerte que habría jurado que íbamos volando. No tuvimos

ningún problema hasta llegar al Muro de las Tormentas...

Luan se estremeció al recordar su propio encuentro con aquella pavorosa visión.

—... y estábamos convencidos de estar condenados. Hicimos todo lo que pudimos por retroceder; todo el mundo —marineros, soldados, cocineros, criadas, costureras, hasta el propio almirante Krita— nos pusimos a los remos y los barcos-ciudad se doblaban y se estremecían mientras luchábamos contra el mar.

»Pero de nada sirvió. Los vientos no aflojaban y la flota se veía poco a poco empujada hacia una muerte segura. Así

que hubo muchos, hombres y mujeres, que saltaron al mar desesperados, con la idea de intentar nadar de regreso a las islas de Dara antes que penetrar en las fauces del Muro. Hasta el mismo príncipe, el hijo de Mapidéré, se asustó tanto de la tormenta que saltó al océano y no volvimos a verlo.

»Al final, exhaustos, todos los demás nos dimos por vencidos y nos dispusimos a esperar que las tormentas nos aplastaran y nos llevaran al palacio submarino de Tazu.

»Pero, por alguna extraña razón, cuando más deprisa nos acercábamos al muro, los ciclones y tornados se apartaron abriendo un hueco entre ellos.

¡La flota cruzó por esa grieta como una caravana que atraviesa un valle de olas imponentes! El almirante Hujin Krita declaró que era una señal de que incluso las fuerzas de la naturaleza tenían que obedecer los edictos del emperador Mapidéré...

Después de atravesar el muro, según relató Oga, la flota se encontró con una poderosa corriente.

A diferencia de la pequeña balsacometa de Luan, los barcos-ciudad al mando del almirante Krita consiguieron sustraerse a la fuerza de la corriente a base de esfuerzos: las velas del buen viento se hinchieron y todos los que

estaban a bordo ayudaron con los remos. La flota entonces continuó derecha hacia el norte.

No obstante, después de muchos días de travesía por el océano infinito, el tiempo se hizo muy frío y aparecieron icebergs flotando. Esas no eran las condiciones descritas en las fuentes antiguas consultadas por Krita y Métu cuando investigaban el país de los inmortales y parecía que, de seguir la misma ruta, se arriesgarían a que el hielo los atrapara.

Krita planteó la atrevida hipótesis de que las antiguas fuentes podrían estar equivocadas y que lo que había que hacer era seguir la corriente. La flota

dio la vuelta y al volver a alcanzar la corriente se dejó llevar por ella.

Con el paso de los días, después de que la corriente los arrastrara siguiendo un rumbo circular —oeste, sur, este y norte de nuevo—, esta se debilitó y Krita decidió apartarse de ella.

Pero mientras que Luan decidió dirigirse al este tras abandonar la corriente, el almirante Krita se dirigió hacia el oeste, con la esperanza de regresar a Dara. Finalmente, la flota volvió a precipitarse contra el Muro de las Tormentas, a cierta distancia del este de La Garra del Lobo según el cálculo de los navegantes. Daba la impresión de que el Muro de las Tormentas formaba

una barrera circular alrededor de Dara.

Krita ordenó a la flota que tomara rumbo este y volvió a atravesar la corriente. Al cabo, los barcos-ciudad arribaron a esta *terra incognita*, al igual que Luan.

Estaban en una isla mucho más grande que la isla Grande de Dara, explicó Oga. Tal vez fuera semejante al legendario continente perdido del que hablaban las antiguas sagas anu. La costa se extendía hacia el norte hasta convertirse en una tierra de hielos permanentes, y hacia el sur, transformándose en un desierto impenetrable. Hacia el este, la tierra continuaba y continuaba hasta acabar en

unas cordilleras tan altas que los picos de las montañas perforaban las nubes y estaban permanentemente recubiertos de hielo. En las planicies de matorral que conformaban el resto del continente, tribus dispersas sobrevivían pastoreando ganado de pelo largo.

Aunque el relato de Oga sobre las vidas y las historias del pueblo de las planicies fue necesariamente breve y limitado, Luan rellenaría posteriormente las lagunas con muchos más detalles.

A lo largo de eones, las tribus deambularon por esa tierra siguiendo el flujo y reflujo de los ríos, cuyo curso variaba cada año con el deshielo de primavera y las heladas de invierno.

Cuando el ganado agotaba el pasto de una región, se marchaba a nuevos pastizales dando oportunidad de recuperarse a los antiguos terrenos.

Las tribus eran pequeñas y sus vidas estaban continuamente al borde del desastre. Su supervivencia y la de sus rebaños dependían del equilibrio entre la sequía y las inundaciones. Incluso en las buenas épocas, las planicies estaban llenas de predadores con garras afiladas y dientes aún más afilados: enormes y fieros lobos que cazaban en manada, tigres de largos colmillos que acechaban junto a los abrevaderos y gigantescas aves incapaces de volar con picos como espadas, que podían matar a un ternero

de pelo largo con un único y certero golpe.

Poco a poco, algunas tribus aprendieron a domesticar a los garinafins, enormes bestias de cuerpo robusto, cuellos serpenteantes, cabezas astadas y patas con garras como las de las aves, capaces de volar durante pequeños periodos de tiempo y de exhalar fuego por la boca. Estas criaturas aladas, dirigidas por guerreros hábiles, podían proteger los rebaños de los predadores y explorar pastizales y fuentes de agua lejanas, así que la vida de las tribus los fue transformando y fue transformada por ellos.

Como las planicies de monte bajo

carecían de grandes árboles, los huesos y la piel de los garinafins y del ganado se convirtieron en el material fundamental para construir refugios, armas, ropas y cualquier otra cosa que necesitaran. Quienes vivían cerca de la costa a veces se adentraban en el mar para pescar en coracles —botes planos de forma circular sin quilla, contruidos a base de paja entretejida o pieles de animales—, aunque la mayor parte de las tribus eran nómadas y vivían a lomos de los garinafins.

Los garinafins eran de temperamento nervioso y hacían falta años para fortalecer los vínculos entre piloto y montura y poder confiar en ellos. Esta

vida exigía dominar las técnicas de pastoreo y de montura, así que todos los miembros de las tribus de las planicies las aprendían y tanto hombres como mujeres podían llegar a ser hábiles pilotos.

La vida en las planicies siempre había sido dura y brutal. Los matorrales y la hierba solo podían mantener un número limitado de cabezas de ganado de personas, y la competencia por los pastos frescos era feroz. Desde que se tenía memoria, las pequeñas escaramuzas entre tribus vecinas y las venganzas y muertes constantes eran un hecho cotidiano.

Pero la incorporación de los

garinafins transformó la naturaleza de estos conflictos. Las bestias aladas y sus jinetes permitían a una tribu proyectar su poder mucho más allá del territorio que ocupaba directamente. La leche de los garinafins era especialmente sabrosa y nutritiva y permitía subsistir a los guerreros durante días cuando luchaban lejos de casa. La tribu que contara con más garinafins probablemente saldría victoriosa en cualquier conflicto.

De este modo, las escaramuzas tradicionales entre docenas de guerreros dieron paso a guerras cada vez mayores y, al final, se convirtieron en grandes batallas entre miles, en las que participaban ejércitos que se

enfrentaban en las planicies, así como cientos de garinafins que remontaban vuelo y caían en picado en las alturas.

Con el paso del tiempo, las tribus diseminadas en las planicies se unificaron bajo dos grandes jefes, llamados pékyus. Las tribus unificadas del norte se hicieron llamar lyucu y llamaron a su tierra Ukyu; las del sur se hicieron llamar agon y llamaron a su tierra Gondé.

Durante siglos, el conflicto entre los lyucu y los agon se mantuvo en punto muerto, interrumpido por ocasionales refriegas fronterizas, sangrientas pero poco decisivas. No obstante, durante las décadas que precedieron la llegada de

la expedición de Dara, los agon fueron aumentando su dominio, tanto sobre Ukyu como sobre Gondé, aprovechando su ventaja en el número de garina-fins. Tras una serie de matanzas en las que murieron decenas de miles de lyucu, los jefes de tribu se rebelaron contra su rey, Pékyu Toluroru y le obligaron a reconocer la soberanía de los agon. Para demostrar su sinceridad, Tenryo Roatan, príncipe de los lyucu, fue entregado a los agon como rehén.

—Los agon se arrepentirían de esta decisión —dijo Oga—. Si el muchacho no hubiese crecido entre ellos como un rehén, vos y yo tampoco estaríamos conversando hoy aquí, en esta prisión

subterránea.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

LOS LYUCU Y LOS AGON

UKYU Y GONDÉ, LA TIERRA DE
LOS LYUCU Y LOS AGON: HACE
MUCHO TIEMPO

Tenryo era hijo de Pékyu Toluroru y de una de sus esposas más jóvenes, hija de unthane, más conocida por su habilidad en la talla de huesos de garinafins que por su pericia a lomos de uno de ellos. Como su madre carecía del apoyo de los

guerreros de su tribu, el joven príncipe nunca fue uno de los favoritos de su padre. Por tanto, era perfectamente lógico que cuando Pékyu Toluroru Roatan de Ukyu se rindió ante Pékyu Nobo Aragoz de Gondé, el joven de apenas diez años fuera el elegido como rehén para ser enviado al sur, al gran campamento de los agon, en señal de obediencia de los lyucu.

El muchacho fue tratado bien por sus anfitriones y captores. Creció al lado de los hijos e hijas de Pékyu Nobo e incluso recibió la misma instrucción que ellos en lucha, pelea con maza de guerra, monta en toros de pelo largo y pilotaje de garinafins. Tenían la

esperanza de que, al crecer entre los agon, llegara a considerarlos como su segunda familia y que cuando alcanzara la madurez y regresara con los lyucu — para ser reemplazado como rehén por un hermano, hermana o primo más joven—, defendiera los intereses de los agon ante los thanes de Pékyu Toluroru, contribuyendo así al mantenimiento de la paz. Nobo incluso había pensado casar al joven con una de sus hijas cuando llegara la hora de afianzar aún más los vínculos.

Los agon exigían un elevado precio a las tribus lyucu sometidas: tenían que cederles los mejores pastos y pagar un tributo anual a los conquistadores en

forma de ganado, esclavos, y pieles y huesos de garinafins. La indignación era aún mayor por cuanto los thanes de Pékyu Toluroru hacían cumplir con severidad los términos de la rendición a su propio pueblo.

No obstante, la paz que había costado tanta sangre, se mantuvo durante muchos años y las tribus lyucu parecían conformes, sufriendo en silencio sin buscar venganza. Los thanes de Pékyu Nobo felicitaban a su jefe por haber conseguido quebrar la voluntad de sus acérrimos enemigos.

Pero cuando Tenryo cumplió los dieciséis, Toluroru Roatan se rebeló. Hacía unos años que venía reteniendo en

secreto pequeñas cantidades del tributo que debía pagar a los agon, gracias a lo cual consiguió reunir un ejército de trescientos garinafins y miles de jinetes a los pies de las distantes montañas del este, fuera de la vista de los espías agon. Un ataque sorpresa a pastores agon que se encontraban en territorios tradicionales de los lyucu se convirtió en un gran triunfo porque los esclavos lyucu —algunos casados con mujeres agon— se levantaron contra sus amos para unirse a la rebelión. Fue una carnicería brutal, en la que muchos padres y madres aplastaron la cabeza de sus esposas y maridos agon mientras dormían y estrangularon a sus hijos

medio agon, mostrando un odio hacia sus antiguos enemigos tan ardiente como el aliento de los garinafin.

—Pongo a Cudyufin y a Nalyufin por testigos —declaró Pékyu Toluroru, invocando los nombres de las diosas del ardiente sol y la helada luna— de que limpiaremos con sangre esta tierra del hedor de los agon.

Cualquier esclavo lyucu liberado que se negase a matar a sus hijos medio agon era declarado traidor y ejecutado públicamente.

Las noticias de la rebelión llegaron hasta Pékyu Nobo, y Ten-ryo, el joven rehén, fue llevado ante el rey agon.

—Parece que a tu padre no le

preocupa tu bienestar —dijo el anciano.

Tenryo guardó silencio. Lo que decía Nobo era obviamente verdad; su padre había decidido que podían sacrificarlo. Ese era el riesgo que tenía que asumir un rehén.

—Te he tratado como a mi propio hijo —dijo Nobo, con los ojos húmedos de auténtica pena. Suspiró—. Pero tienes que pagar por las fechorías de tu padre, lo mismo que Aluro, la Señora de los Mil Arroyos, se congela en invierno para expiar los errores del Padre de Todos. En consideración al tiempo pasado juntos, no te avergonzaré derramando tu sangre en el Ojo de Cudyufin, el Pozo de la Luz del Día.

Lo que quería decir era que atarían a Tenryo, lo envolverían en una piel de garinafin y lo colocarían en medio de la llanura, para que lo pisoteara hasta morir un rebaño de bueyes de pelo largo. Como su sangre no quedaría expuesta a la luz del sol, la diosa Cudyufin no se daría cuenta de que había muerto sin pelear. Este método se consideraba el modo de ejecución más piadoso, tanto entre los lyucu como entre los agon, una muerte con cierto honor para quienes no eran lo suficientemente afortunados como para perecer en la guerra.

—Solo te pido que sea mi hermano Diaman el que ejecute la orden —dijo

Tenryo. Diaman era uno de los hijos de Nobo y él y Tenryo eran tan buenos amigos que se llamaban hermano uno a otro.

—Por supuesto —dijo Pékyu Nobo. Pensó que era una muestra de nobleza del joven príncipe que no implorara o suplicara por su vida, aceptando su designio con dignidad. Que hubiera pedido que fuera Diaman quien ejecutara la orden aumentaba aún más las simpatías que por él sentía el anciano rey. Tomar la vida de otro era un gran honor, aunque fuera sin sangre. Diaman era exaltado y valiente, pero nunca había tenido la oportunidad de demostrarlo en el campo de batalla

debido a la prolongada paz con los lyucu. Que Tenryo le ofreciera su propia vida para que Diaman pudiera saber lo que significaba matar era un acto desinteresado de amor por su hermano.

—Tienes la gracia de un auténtico príncipe —dijo Nobo—. Liluroto, el Padre de Todos, te reservará un lugar especial a su lado, en el más allá. Ojalá fueras realmente mi hijo y no tuviéramos que hacer esto.

Tenryo asintió con la cabeza sin decir nada.

El día de la ejecución, Diaman acompañó a Tenryo a las llanuras abiertas a cierta distancia del

campamento principal. Este lugar era importante para los agon porque fue allí donde, hacía muchos años, Nobo Aragoz, siendo todavía joven, prometió someter a los lyucu y unir a todas las tribus de las planicies para acabar con los interminables ciclos de matanzas.

Los dos hombres —en realidad, poco más que muchachos— contemplaban el tumulto desde la distancia, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Los guerreros de Pékyu Nobo se preparaban para atacar al insolente Toluroru y sus rebeldes lyucu. Miles de hombres y mujeres se disponían para la guerra: levantaban el campamento, recogían los postes de hueso y las

tiendas de piel; cargaban los bultos a lomos de los bueyes de pelo largo y los garinafins, afilaban las hojas de piedra incrustadas en las mazas de hueso y rezaban al Padre de Todos y a Diasa, su doncella-maza de ojos brillantes, pidiéndoles la gloria en la batalla.

—Siento realmente que se haya llegado a esto —susurró Diaman. Recordaba las veces en que Tenryo y él mismo habían peleado de niños, las veces en que se habían ayudado cuando aprendían a montar en los garinafins, las veces en que habían desobedecido a Pékyu Nobo y se habían metido en líos —Diaman casi llegó a olvidar que Tenryo era hijo del enemigo de su padre,

un rehén. Había crecido a su lado; ahora pagaría por ello.

—No seas tonto —dijo Tenryo. Sonrió—. Si yo estuviera en tu situación no lo lamentaría en absoluto. ¿Qué mejor privilegio que entregar mi vida a alguien a quien admiro tanto? Un día serás un gran jefe, hermano.

Diaman pensó que Tenryo era muy valiente. Hasta en un momento así, intentaba hacer que su amigo se sintiera mejor.

—Traed la mortaja —ordenó Diaman. Varios guerreros llegaron con un gran trozo de piel fina y membranosa extraída de las alas de un garinafin. También trajeron los tendones para atar

a Tenryo por los tobillos y las muñecas.

—¿Me harías un último favor? — preguntó Tenryo.

—Lo que sea, hermano.

—Cuando era pequeño y no podía dormir, necesitaba abrazar una manta de bebé hecha con la suave piel de un becerro de pelo largo. ¿Te importaría envolverme con eso? Me temo que... si no tengo alguna forma de tranquilizarme, podría ponerme en evidencia en el último minuto.

—Por supuesto —dijo Diaman. Envió a los guardias a cambiar la piel del ala de garinafin por una manta hecha de piel de becerro.

—¿Y recuerdas el par de cuernos que

nos regalaron de pequeños y que usábamos como armas?

Diaman se aguantó una risita. Cuando Tenryo fue a vivir con él y con los demás hijos de Nobo, ambos jugaban con un par de cuernos de ternero como si fueran mazas de guerra. Fue en esas primeras peleas cuando se hicieron amigos.

—Me gustaría tenerlos conmigo como último recuerdo del tiempo que pasamos juntos.

Diaman hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, intentando retener las lágrimas. Pidió a los guardias que fueran a buscar esos recuerdos de infancia a su tienda y se

los dieran a su viejo amigo.

—Tengo que atarte —dijo Diaman. Este era el acto que le convertiría en autor de su muerte, el que marcaría ese día como el que pasó de ser un muchacho a ser un hombre.

Tenryo extendió las manos y no dijo nada. Diaman observó que ni siquiera estaban temblando. Le ató las muñecas y las rodillas sin apretar, para no rasgarle la piel, ya que eso arruinaría el propósito de la ejecución: no derramar sangre bajo el sol. Vio que Tenryo le murmuraba *gracias* en silencio.

—Adiós, hermano —dijo Diaman.

—Adiós, hermano —dijo Tenryo.

Los guardias le envolvieron en la

manta de becerro, lo cargaron sobre sus hombros y lo llevaron a mitad del campo abierto. Luego trajeron un rebaño de bueyes y lo colocaron mirando hacia el fardo solitario en mitad del campo.

Diaman silbó para llamar a su montura, una garinafin joven y fogosa llamada Kidia que medía unos quince pies de alto del suelo al cuello. Los garinafins jóvenes eran apropiados para el entrenamiento y para misiones de exploración, así como para vigilar los campamentos, mientras que las bestias que habían alcanzado su desarrollo pleno se reservaban para la guerra. La garinafin plegó sus alas y se arrodilló, y el príncipe agon subió a ella. Esperó a

que los guardias se alejaron corriendo del bulto y respiró hondo.

Así que esto es lo que se siente al matar a un hombre.

Apretó las rodillas contra la base del cuello de Kidia y la joven bestia saltó al aire y extendió sus alas con impaciencia. Diaman la hizo remontar unas treinta yardas sobre el suelo, dar un giro y luego la lanzó contra el rebaño.

Como estaba previsto, el ganado se precipitó en estampida hacia el solitario fardo, provocando un estruendo con sus cascos. Diaman dio un golpecito con el tubo de hueso contra la base del cuello de la garinafin, indicándole que tomara tierra suavemente. Como la potencia de

vuelo de los garinafins era limitada, no tenía sentido hacer que desperdiciara inútilmente su energía.

En un minuto, el rebaño atravesó a toda velocidad el lugar donde yacía Tenryo. Diaman miró el bulto inmóvil y sintió su corazón lleno de pena y dolor —y también, no podía negarlo, algo de emoción. Ya estaba hecho.

Ahora, su misión era desenvolver el bulto para asegurarse de que su amigo estaba muerto. No podía soportar la idea de contemplar los huesos aplastados, los miembros pisoteados y el cráneo roto. Pero tenía que hacerlo. Si no era capaz de llevar hasta el final el ritual, la serena aceptación de la muerte de su

amigo no tendría sentido.

Instó a Kidia a aproximarse al bulto. Un paso de pato. Otro. Le dio un golpecito en el cuello para que se arrodillara y descendió. Ahora se encontraba de pie junto al bulto inerte. Agarró el hacha de guerra sujeta a su espalda; en caso de que Tenryo hubiera sobrevivido a la estampida, tendría que matarle personalmente y privarle de una muerte honorable. Aunque era algo improbable, su mano temblaba.

Curiosamente, los cuernos del becerro habían quedado por fuera del fardo que cobijaba a Tenryo, dándole la apariencia de un ternero dormitando sobre la hierba.

Diaman se armó de valor para la desagradable tarea que tenía por delante. Estaba solo, con sus guardias a cientos de yardas. Era su obligación: contemplar el rostro del hombre que había muerto como resultado de su acción era una parte crucial de la madurez en las planicies, un rito de paso esencial para un guerrero, especialmente para el hijo de un pékyu. Respiró hondo, se agachó y agarró la piel del becerro.

Pero antes de que sus manos llegaran a tocar el bulto, este se deshizo. Diaman se sobresaltó tanto que dio un traspié.

Tenryo salió de debajo de la piel, con los pies y las manos libres y completamente ileso.

—¿Cómo...? —la pregunta de Diaman quedó ahogada por un grito cuando Tenryo le clavó en la garganta una daga fina y larga hecha con el hueso afilado del oído de un garinafin.

Diaman se derrumbó y, antes de que los anonadados guardias pudieran reaccionar, Tenryo le había arrebatado el hacha de guerra, había trepado hasta el lomo de su garinafin y estaba amarrado a la silla. El mango del hacha, un arma muy valiosa que había pertenecido a la familia Aragoz durante generaciones, estaba fabricado con una costilla de la montura de Togo Aragoz, primer pékyu de los agon en las brumas de la historia antigua, y su hoja con una

de las garras de la misma bestia. El mango de hueso, pulido por las callosas manos de docenas de guerreros Aragoz, era tan suave como los guijarros que tapizan el fondo de un arroyo y lanzaba destellos blanquecinos, y la hoja había aplastado los cráneos y destrozado los torsos de innumerables hombres y mujeres. Se llamaba Langiaboto, que en la lengua de las tribus de las planicies significaba «autosuficiente», y era un arma que siempre había estado en manos de los herederos de la Casa de Aragoz.

Tenryo pateó a Kidia bajo el cuello, haciéndola gemir y salir disparada al aire, con sus descomunales alas batiendo arrítmicamente. Tenryo clavó

el cuchillo de hueso en los pliegues blandos de la piel de la base del cuello de Kidia y susurró a través de este improvisado tubo. La bestia trazó varios círculos sobre el cadáver de su antiguo amo. Temblando y siseando, pareció llegar a alguna decisión.

La garinafin remontó ganando altura y se dirigió hacia el norte con poderoso batir de alas, mientras los guardias agon corrían a ocuparse del cuerpo del príncipe muerto e intentar averiguar qué había sucedido.

Tenryo Roatan viajó hacia el norte, hacia las tierras ancestrales de los lyucu, a lomos de su nueva montura. No

fue un viaje sencillo. Al ser joven, la resistencia de Kidia era incluso menor que la de los garinafins completamente desarrollados. Cuando se cansaba, Tenryo tenía que encontrar el lecho seco de un río o un cerro con un risco saliente donde poder ocultarla de sus perseguidores. Se acostumbraron a volar de noche y dormir de día; Tenryo pasaba horas al alba y al anochecer afanándose para recolectar por el matorral hierbas para alimentar a Kidia y que ella no tuviera que mostrarse en campo abierto.

Su plan había salido a la perfección, a pesar de haber sido concebido a la desesperada. Acertó al suponer que su amigo se compadecería de él y le

dejaría los pies y las manos suficientemente sueltos como para librarse de las ataduras. Había confiado en que, al simular con la piel y los cuernos la apariencia de un becerro recién nacido durmiendo, evitaría que el rebaño lo pisoteara. Pero, sobre todo, había convencido a Pékyu Nobo Aragoz de que Diaman fuera su ejecutor para utilizar su montura, Kidia.

Los garinafins eran criaturas muy sociables e inteligentes que vivían en grupos familiares y que, al igual que los elefantes de Dara, nunca habían llegado a ser domesticados por completo. Aunque algunos pilotos llegaban a tener auténticos lazos de amistad con sus

monturas, cimentar esas relaciones llevaba años y no servían para el despliegue de enormes ejércitos alados en los que pilotos y jinetes morían en grandes números y sus monturas tenían que transferirse a nuevos pilotos sobre la marcha.

Pékyu Nobo Aragoz de los agon, unificador de mil tribus, consiguió derrotar a los lyucu reuniendo rebaños de garinafins mucho mayores de lo que se creía posible. Para ello, ideó una nueva manera de asegurar la lealtad de las bestias aladas. En lugar de que cada piloto cultivara una relación personal con su montura desde que esta nacía, los garinafins debían someterse

forzosamente a sus jinetes. Para conseguir que las bestias aceptaran a cualquier piloto agon, siguieran sus órdenes y prestaran leal servicio al ejército, los garinafins que estaban en la flor de la vida y eran adecuados para la guerra eran enviados al frente mientras sus padres envejecidos y sus hijos jóvenes quedaban prisioneros en casa y se amenazaba con hacerles daño.

Como las crías de garinafin encerradas en esta cárcel subterránea, dijo Luan Zya. Miró a las bestias asustadas encadenadas a las paredes de la celda. Parecían famélicas y pasivas, mantenidas deliberadamente en un estado de debilidad cercano a la

muerte por inanición.

Oga Kidosu asintió.

Así es. Generalmente escogen a los más pequeños y jóvenes, los más débiles de la camada, y los encierran en cárceles como esta. Esta celda está provista de un mecanismo que permite hundir el lugar cuando lo decide el pékyu, enterrando vivas a estas criaturas. Hay celdas similares por toda Taten, la capital de tiendas de los lyucu, con las que se aseguran de que los garinafins de combate del ejército lyucu no se atrevan a rebelarse contra sus amos.

El corazón de Luan se estremeció ante la idea.

Es una muestra de gran maldad.

Tenryo Roatan comprendía muy bien la psicología de los garinafins esclavizados porque él mismo había sido un rehén.

Tan bien que aparentemente la ha recreado en su propio beneficio, dijo Luan.

El control de los garinafins es ahora la base de la cultura de los lyucu y de los agon.

Entonces, ¿cómo convenció Tenryo a Kidia de que se rebelara?

Kidia era huérfana, algo poco habitual entre los garinafins del ejército de Pékyu Nobo. Todos sus abuelos, padres y

hermanos mayores habían muerto en batalla y ella era demasiado joven para cruzarla. Los garinafins en su situación se consideraban de poco fiar y, normalmente, habría sido sacrificada para obtener carne, cuero y huesos. Pero Diaman había cogido cariño al animal cuando todavía era un bebé y pidió que la dejaran vivir. Cuando estaba encadenada como rehén para asegurar la lealtad de sus padres, Kidia había mostrado una docilidad poco habitual, por lo que Pékyu Nobo, en un momento de debilidad, accedió a la petición de su hijo pequeño y permitió vivir a la criatura.

Tenryo aprendió a montar en Kidia,

al igual que Diaman, y siempre la consideró tímida. Pero un día, cuando no había nadie cerca, observó sin ser visto cómo la joven garinafin robaba y rompía una de las hondas de asta favoritas de Diaman y luego la arrojaba subrepticamente a la tienda de uno de los mozos de cuadra, encargado de cuidar a los jóvenes garinafins del príncipe. Cuando el príncipe no pudo encontrarla, Pékyu Nobo le regañó en público y, tiempo después, cuando el humillado Diaman descubrió la honda rota en la tienda de su mozo de cuadra, hizo que le dieran latigazos hasta casi matarlo.

Intrigado por esa serie de

acontecimientos, Tenryo realizó discretas averiguaciones y descubrió que el mozo en cuestión había sido guardián de las crías de garinafin encerradas como rehenes y tenía fama de ser un sádico. De hecho, Kidia había estado a su cargo.

Entonces Tenryo comprendió que la aparentemente dócil bestia era en realidad un alma gemela —ambos se escudaban en un inofensivo servilismo mientras albergaban fríos pensamientos de venganza y una ardiente ambición. Recuperó la honda rota y fue a visitar a Kidia por la noche; mientras la bestia le miraba perpleja, reprodujo mediante gestos el acto delictivo de Kidia.

Cuando esta entornó los ojos y tensó el cuello, Tenryo se mantuvo firme y no apartó la mirada.

—Somos aliados —susurró, con la vaga esperanza de que la inteligente bestia comprendiera. Luego, mientras ella seguía observando, rompió la honda en trozos aún más pequeños y la enterró en un montón de excrementos de garinafin que los mozos no habían retirado todavía.

La tienda del mozo al que había castigado Diaman estaba junto al montón de excrementos. Se le había asignado la tarea de limpiarlos como castigo, pero se había quedado dormido tras procurarse consuelo con el kyoffir.

Kidia y Tenryo se miraron bajo la pálida luz de la luna y Tenryo sonrió. Kidia resopló y volvió a dormir mientras Tenryo se retiraba tan silenciosamente como un topo de las planicies se desliza por su túnel.

Al día siguiente, cuando se descubrieron los pedazos de la honda entre el estiércol, el desgraciado mozo fue ejecutado mediante aliento de garinafin por tal acto de mezquina venganza y deshonor hacia su príncipe.

A partir de entonces hubo un entendimiento entre Kidia y Tenryo; simplemente esperaban la oportunidad adecuada.

Cuando Tenryo saltó sobre el cuello

de la joven garinafin tras matar a su amigo, Kidia comprendió que había llegado el momento de devolverle el favor. Mientras volaba en círculos sobre el cadáver de Diaman, Tenryo le murmuraba a través del tubo su deseo de hacer justicia contra el pueblo que la había esclavizado a ella y a su familia. Sabía que la garinafin, por muy inteligente que fuera, no podía entender hasta tal punto sus palabras, pero su tono confiado bastó para que Kidia decidiera unirse a él.

Cuando Kidia tomó tierra en los campamentos de los lyucu con Tenryo a su espalda, nadie quedó más

sorprendido de verlo que Pékyu Toluroru Roatan, su padre. El taimado cabecilla de los rebeldes no esperaba que su joven hijo tuviera el valor y la habilidad necesarios para sobrevivir a sus captores agon y estaba completamente hecho a la idea de sacrificarlo. Pero la leyenda de la atrevida huida de Tenryo pronto se difundió por las planicies y a Toluroru no le quedó otra que nombrarlo thane y otorgarle el mando de un ejército propio.

La rebelión sorpresa de Toluroru contra los agon continuó progresando y en poco tiempo los lyucu recuperaron la mayor parte de las planicies que les

habían arrebatado los agon. Pero la guerra era una actividad cara y no podía practicarse indefinidamente en las planicies, donde las severas tormentas invernales y las impredecibles sequías estivales obligaban a dar prioridad absoluta a la supervivencia y forzaban a las tribus a desplazarse continuamente en busca de nuevos pastos. Las dos naciones, lyucu y agon, incapaces de vencerse mutuamente, tuvieron que darse por vencidas y aceptar la coexistencia pacífica una vez más.

Tenryo parecía satisfecho con su nueva posición de hijo respetado, aunque todavía no favorito, de Pékyu Toluroru. Era evidente que no sucedería

a su anciano padre como pékyu de los lyucu; dicho honor correspondía a uno de sus hermanos crecidos junto al pékyu y, por tanto, más leales y amados, pero hasta la muerte de su padre y las inevitables guerras de sucesión que la seguirían, su posición parecía, al menos, asegurada. Se suponía que ahora podría dedicarse a holgazanear, como el resto de las docenas de príncipes y princesas, mientras conducía a las tribus y rebaños que tenía a su cargo por las vastas planicies de matorral, en busca de nuevos pastizales y disfrutando de sus privilegios.

Pero Tenryo *no* permaneció ocioso. Dedicó su energía a entrenar a los

guerreros bajo su mando en una nueva forma de hacer la guerra.

El concepto de ejército profesional no existía entre los lyucu ni entre los agon. La mayor parte de los hombres y mujeres de las tribus se dedicaban al pastoreo en tiempos de paz y solo cuando estallaba la guerra empuñaban las mazas y las hachas y subían a los garinafins para combatir. Tenryo rompió esa tradición obligando a que cada una de las familias de las tribus bajo su mando le entregara un hijo o una hija, a los que entrenó de manera constante.

Para mantener un ejército permanente, incrementó el tributo anual exigido a las tribus y organizó

escaramuzas para conseguir ganado y esclavos contra las tribus agon —y, ocasionalmente, contra alguna tribu lyucu bajo el mando de otros príncipes o princesas—, aunque siempre tuvo cuidado de realizar esos ataques lejos de sus propios territorios y disfrazar a sus guerreros para que no pudieran identificarlos y seguir su rastro hasta él.

Las tácticas tradicionales de guerra de las tribus de las planicies se basaban en el valor individual y no daban importancia a la acción coordinada, pero Tenryo formó a su ejército en la coordinación y la obediencia. Inventó nuevas técnicas de lucha para los jinetes de los garinafins e instó a su ejército que

las perfeccionara con la práctica. En lugar de que cada garinafin peleara, volara y arrojara fuego siguiendo las órdenes de su jinete o por iniciativa propia, Tenryo les enseñó a volar en formación, a compensar los puntos débiles de los otros y a reservar su potencia de fuego, para poder utilizarla en salvas coordinadas y causar el máximo daño.

También normalizó los equipos que luchaban a lomos de los garinafins. Ahora, en lugar de un grupo desordenado de jinetes, la mayoría miembros de la misma familia, que luchaban con cualquier arma que creyeran conveniente, cada garinafin

tendría una tripulación de entre media docena y dos docenas. Además del piloto, habría centinelas encargados de vigilar la retaguardia y los costados, para detectar nuevas amenazas, y guerreros con hondas y mazas de guerra que se dedicarían a atacar a los pilotos enemigos desde lejos o saltarían sobre otros garinafins al acercarse para entablar combate cuerpo a cuerpo. Con el fin de facilitar estas técnicas, normalizó el tipo de malla que envolvía el lomo de las bestias, al igual que las sillas de montar o los arneses.

Además, desarrolló métodos para coordinar a los guerreros de a pie con los garinafins. A veces, estos empujaban

al enemigo hacia las filas de guerreros sobre el terreno y lo aplastaban entre ambos, actuando como el mortero y la mano que las tribus usaban para moler las duras nueces recolectadas en los arbustos espinosos. En otras ocasiones, si sus garinafins estaban en inferioridad numérica, provocaban a los del enemigo para que lanzaran su fuego, esquivándolo en fintas, hasta que lo agotaban y se veían obligados a tomar tierra exhaustos, y allí los guerreros que les esperaban emboscados les arrollaban y acababan con sus jinetes.

Otra de sus iniciativas fue confiscar las mejores armas de cada familia y equipar con ellas a su ejército

permanente. Sus guerreros ya no tendrían que pelear con cualquier maza de guerra u honda heredada de sus padres y madres.

—No siempre los buenos pastores son buenos guerreros —dijo—. Ya no forzaremos a los guerreros a pastorear ganado, ni haremos luchar a los pastores.

Cuando algunos le cuestionaron esta nueva organización que no había sido probada anteriormente, contestó que se había inspirado en las hormigas cortadoras de hierba, cuyos hormigueros salpicaban las planicies. Dichas hormigas troceaban las briznas de hierba y las hojas de los arbustos y las

transportaban hasta sus nidos, donde las fermentaban en cámaras subterráneas para cultivar un hongo —considerado exquisito por los habitantes de las planicies— en el que se basaba su alimentación. Las hormigas seguían un estricto orden jerárquico: había una reina al mando de la colonia, obreras que recolectaban los materiales para los huertos de hongos y los atendían, y guerreras con mandíbulas desproporcionadamente grandes, especializadas en combatir contra colonias rivales, matar a las trabajadoras y reinas enemigas y esclavizar a sus miembros jóvenes.

—¿No creéis que deberíamos

organizarnos de un modo tan inteligente como el de las hormigas? —Tenryo se dirigía a los thanes opuestos a sus innovaciones porque iban en contra de la ley implícita que había gobernado en las planicies desde tiempos inmemoriales: todas las familias eran iguales y todos los hombres y mujeres debían poder vivir en paz así como luchar en tiempos de guerra. Pero Tenryo tenía una profunda fe en su nuevo ejército profesional e ignoró las críticas.

Por encima de todo, entrenó a sus soldados en la obediencia absoluta a sus órdenes. Una y otra vez, les insistió que debían cumplirlas sin titubear; lo mismo que en las colonias de hormigas, en su

ejército solo había una fuente de autoridad y todos debían hacer lo que les pedía sin dudarlos.

Para poner en práctica una autoridad tan concentrada, estableció un sistema de señales. Siempre llevaba consigo una colección de pequeñas mazas de guerra, cada una de las cuales llevaba sujeta la cola blanca de un pequeño zorro de las planicies muerto en invierno. Subido al lomo de su montura, arrojaba esas mazas contra objetivos determinados y los guerreros tenían que concentrar todos sus esfuerzos en atacar dicho objetivo sin titubear.

Dicho de otro modo: Tenryo había inventado una nueva profesión para las

tribus lyucu: la de soldado.

Un día, después de haber entrenado a sus soldados en una nueva serie de maniobras, Tenryo desmontó de Kidia y caminaba de regresó a su tienda. Kidia, que se había convertido ya en una garinafin adulta de casi cien pies de cabeza a cola, se arrodilló para disfrutar de comida fresca y un merecido descanso.

Pero después de alejarse unos cien pasos, cuando los soldados estaban desmontando de sus garinafins y se preparaban para descansar tras de un largo día de dura instrucción, Tenryo se dio la vuelta y lanzó una de las mazas de

señales hacia la propia Kidia.

Todos sabían que Kidia era una compañera, no solo una montura, para Tenryo. La garinafin le había salvado de una muerte segura a manos de los agon y la apreciaba tanto que la única leche que bebía era la suya.

Nadie se movió.

—¿A qué esperáis? —gritó Tenryo—. ¿Habéis olvidado todo lo que os he enseñado?

Kidia miró fijamente a Tenryo, con sus ojos negros llenos de sorpresa, ira y, por último, miedo. Comenzó a batir las alas en un intento de despegar, pero el día había sido agotador y no pudo reunir las fuerzas para volar o exhalar fuego.

—¡Atacad! ¡Ya! —volvió a gritar Tenryo.

Los otros jinetes se echaron a temblar y se esforzaron por obedecer. Montaron en sus garinafins y despegaron, lanzándose en picado contra la bestia sin jinete. Los soldados de a pie siguieron las instrucciones recibidas y formaron alrededor de Tenryo para ofrecerle protección, levantando sus escudos de piel de garinafin para defender a su señor contra un último y desesperado ataque.

Kidia murió en pocos minutos, con el cuerpo chamuscado y reducido a sangrientos pedazos por el asalto coordinado de docenas de garinafins.

Tenryo reunió a todos los pilotos y jefes de escuadrón de su infantería y ordenó la ejecución de uno de cada cinco, para dar ejemplo de las consecuencias que acarrearía no seguir sus órdenes con celeridad. Las familias de los hombres y mujeres ejecutados fueron esclavizadas y repartidas entre los demás pilotos y jefes de escuadrón.

—Nunca cuestionéis mis órdenes —dijo—. Nunca.

Luego se arrodilló ante el cadáver destrozado de Kidia y murmuró:

—Lo siento, vieja amiga. Pero a menos que les pusiera a prueba con alguien a quien amaba, nunca serían tan obedientes como necesito que sean.

Cumpliré la promesa que te hice y vengaré a toda tu familia. Que el Padre de Todos y su leal servidor, Pés de las bestias aladas, te concedan un descanso eterno en los refulgentes pastizales de los cielos.

El conflicto con los agon volvió a estallar; ambas partes hicieron incursiones a través de la siempre cambiante frontera entre Ukyu y Gondé.

El ejército de Tenryo se ganó la reputación de ser la fuerza más poderosa de las planicies. Cosecharon victoria tras victoria en las escaramuzas fronterizas contra los agon y la gente comenzó a murmurar que, al fin y al

cabo, tal vez Tenryo fuera el mejor candidato para suceder a su padre.

Pékyo Toluroru convocó a Tenryo a su campamento para una reunión. No le dio detalles sobre lo que deseaba discutir con él, pero se rumoreaba que Toluroru estaba disgustado porque Tenryo se quedaba con la mayor parte del botín para sus propias tribus en lugar de entregárselo al gran Pékyu para que lo distribuyera equitativamente entre todas. Algunos de los thanes de Tenryo le aconsejaron que no acudiera al encuentro y esperara a que disminuyera el descontento de su padre.

—La obligación de un hijo es servir a su padre sin pensar en las

consecuencias —dijo Tenryo—, incluso si le pide que se entregue al enemigo como rehén. ¿Qué derecho tiene un hijo a negarse a cumplir una orden del hombre que le dio la vida?

El día del encuentro, Tenryo dejó su guardia de honor en la periferia del enclave del gran Pékyu y se aproximó solo a la tienda central. Aunque el gran Pékyu contaba con muchos más hombres y mujeres bajo su mando deambulando por el campamento, la disciplina y ferocidad de los soldados y garinafins de Tenryo, alineados en filas bien ordenadas a cierta distancia, impresionaron a las tribus que se habían reunido para presenciar el encuentro

entre padre e hijo.

Pékyu Toluroru permanecía de pie a la puerta de su tienda. Tenía un aspecto frágil y envejecido y sonreía amablemente a su hijo, a ese hijo que en su día estuvo dispuesto a sacrificar. Al aproximarse, Tenryo pudo ver vagamente a través del faldón de la gran tienda un nutrido grupo de guerreros reunidos en su interior. Algunos tenían las manos en los mangos de sus hachas de guerra; otros habían desenvainado sus dagas de hueso. Al fondo del todo, a la débil luz del interior, Tenryo vio las figuras de algunos de sus hermanos y hermanas, los favoritos de su padre.

Se detuvo a unos cien pasos de la

entrada de la tienda.

—Padre, ¿qué tienes que decirme?

—Entra en la tienda, amado hijo, y tomaremos kyoffir. Últimamente no hemos pasado suficiente tiempo juntos.

—¿Por qué actúan tus guerreros como si estuvieras esperando la visita de un enemigo y no de tu amado hijo?

La expresión de Pékyu Toluroru no cambió.

—Tonterías. Entra en la tienda y siéntate. No deberíamos estar hablándonos a gritos desde lejos. ¿Por qué miras con tanto recelo a tu propio padre?

Tenryo cogió de su espalda a Langiaboto, el hacha de guerra que había

arrebatado a su compañero de la infancia, Diaman Aragoz. Llevaba una cola de zorro atada al final del mango. Girándose para aumentar el impulso del brazo estirado, lo lanzó hacia su padre. Todos los que estaban en el campamento siguieron el elegante arco del vuelo del hacha a través del espacio que los separaba.

Y, como un solo hombre, los jinetes garinafins se elevaban con sus bestias mientras los soldados de a pie se unían a su señor. Toluroru se tambaleó hacia atrás y Langiaboto aterrizó con un fuerte ruido sordo a los pies del viejo jefe, cuyo rostro mostraba una absoluta incredulidad. Pero antes de que pudiera

dar ninguna orden, descendieron del cielo lenguas de llamas. El anciano cayó incinerado al instante y la gran tienda quedó envuelta en un infierno abrasador.

Los garinafins volaban en círculos sobre sus cabezas mientras los guardias de Tenryo lo rodeaban, mirando sin miedo a los estupefactos hombres y mujeres del campamento.

El único sonido que se oía era el crepitar del fuego y los alaridos de quienes habían quedado atrapados dentro de la gran tienda.

Y entonces, de la multitud surgió un grito:

—¡El pékyu ha muerto! ¡Larga vida al Pékyu Tenryo Roatan!

Y así fue como Tenryo Roatan se convirtió en el Gran Pékyu de los lyucu y se inició una nueva era para las tierras de Ukyu y Gondé.

—Pékyu Tenryo es un hombre implacable y peligroso —dijo Luan Zya.

—Lo es. Aunque las historias sobre él van embelleciéndose y se han convertido en leyendas llenas de adornos, no hay duda que es un visionario sin parangón.

Una vez asegurada su posición como líder de los lyucu, Tenryo se concentró a fondo en la guerra contra los agon. Al

luchar exclusivamente con un ejército profesional, utilizando tácticas nuevas y empleando al resto de la población de apoyo, podía vencer a los efectivos mucho más numerosos de los agon.

Y llegó el día en que Pékyu Nobo se arrodilló ante él.

—Cuando vivía en tu casa como rehén, ¿pensaste alguna vez que podría llegar este momento? —preguntó Tenryo.

Nobo negó con la cabeza.

—Así son los caminos de la fortuna. El Padre de Todos favorece a quien quiere. Cuentas con la lealtad de los agon. Prometo que mientras viva no volveremos a combatir contra vosotros

—someterse al más fuerte no era algo vergonzoso. Así eran las cosas en las planicies.

Tenryo se echó a reír.

—¿Crees que soy tan tonto como para repetir el error que cometiste? Si permito que vivas tú y los tuyos, ¿quién sabe lo que ocurrirá dentro de diez años? ¿O de veinte? ¿Debo esperar hasta ser tan débil que solo pueda arrodillarme ante uno de tus hijos y repetir una escena como la de hoy?

Nobo levantó la mirada hacia él, con expresión implorante.

—¿Pretendes masacrarnos aunque nos hayamos rendido? El Padre de Todos no permitirá un acto de maldad

insensata como ese.

—No invoques el nombre del Padre de Todos —dijo Tenryo—. No le culpes de tu fracaso, así como yo no le atribuyo mi triunfo. Solo los débiles creen que los dioses se ocupan de los asuntos de los hombres; los fuertes saben que deben abrirse camino en el mundo por sí mismos y que los dioses siempre favorecen a los triunfadores.

Nobo le miró, asombrado ante esas palabras sacrílegas.

Los guardias de Tenryo, que rodeaban a ambos, continuaron impasibles. No reaccionaron a las palabras de Tenryo porque el pékyu no les había dado orden de atacar. Su

misión era simplemente obedecer, como una colonia de hormigas. Hasta que Tenryo se decidiera y les dijera qué hacer, solo tenían que esperar y escuchar.

—¿Dónde estaba el Padre de Todos cuando mi padre me envió a vuestra tribu para garantizar su seguridad con mi vida? ¿Dónde estaba cuando derramé la sangre de tu hijo para salvarme? ¿Dónde estaba cuando cometí parricidio para hacerme con las riendas del poder? Cada invierno, cientos de hombres y mujeres mueren por falta de comida o de abrigo; ¿dónde están entonces el Padre de Todos y su hijo, el misericordioso Toryoana de Manos Sanadoras? Cada

verano hay familias que mueren de hambre porque su ganado no consigue atravesar la tierra reseca y llegar hasta el siguiente abrevadero; ¿dónde están entonces el Padre de Todos y su hija Aluro, la de los Mil Arroyos? Antes de la batalla, tus guerreros y los míos invocan los nombres del Padre de Todos y de Diasa, su doncella-maza de guerra, para que apoyen su causa; ¿a quién crees que escuchan?

Nobo no respondió. Eran preguntas antiguas sobre las que nunca se había atrevido a reflexionar, confiando en que los chamanes conocieran las respuestas correctas.

—Al Padre de Todos, a la Madre de

Todos y a sus hijos les da igual, lo mismo que a ti o a mí nos da igual lo que les ocurra a las hormigas cuando excavamos un hormiguero en busca de hongos para comer. La única conclusión a la que he llegado es que, a ojos de los dioses, no existe el bien o el mal. Lo único que les importa es el éxito o el fracaso. Si soy poderoso, soy bueno. Si soy débil, soy malo. Eso es todo.

Dio un paso hacia la figura de Nobo y le aplastó el cráneo con un solo golpe de Langiaboto, la Autosuficiente.

Obligaron a todos los hijos e hijas de la Casa de Aragoz a arrodillarse formando una fila frente a la gran tienda agon y Tenryo avanzó por la hilera y les

destrozó el cráneo a uno tras otro. Esa era la forma más humillante y deshonrosa de morir, pues los hombres y mujeres no podían oponer resistencia y la sangre derramada empapaba la hierba bajo los brillantes rayos del sol, el ojo de Cudyufin, por lo que sus almas estarían para siempre marcadas por la mancha de la vergüenza.

Los jefes de tribu agon así como sus familias fueron entregados a los nobles lyucu como esclavos y el resto de los agon fue obligado a abandonar sus territorios tradicionales y a desplazarse hacia los peores pastos, cercanos a las montañas del este, los desiertos del sur o las tierras heladas del norte.

Pero el nombre de Tenryo fue aclamado por los lyucu. Era el mayor héroe de todos, el que les permitió vengarse de los odiados agon. El que les proporcionó una vida de relativa paz y prosperidad.

Había comprendido la voluntad de los dioses mejor que cualquier chamán.

Y entonces fue cuando llegamos, dijo Oga.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

EL SUEÑO DE LOS BARCOS- CIUDAD

UKYU Y GONDÉ, LA TIERRA DE
LOS LYUCU Y LOS AGON:
VEINTIÚN AÑOS ANTES DE LA
LLEGADA DE LUAN ZYA

Las noticias sobre la llegada de la extraña flota a las costas causaron una gran consternación en los thanes de Tenryo.

—Sus barcos son mil veces más grandes y más poderosos que los pequeños coracles que sabemos construir —dijo una de las consejeras—. Esos extranjeros representan un peligro. Deberíamos atacarlos en cuanto desembarquen —se levantó y dio unos alaridos, alzando la maza de guerra para dar más énfasis a su propuesta.

Muchos otros nobles expresaron su conformidad con esta opinión levantándose y golpeando con las mazas de guerra contra los postes de hueso que sujetaban la tienda.

Pero Tenryo ordenó a los thanes presentes que volvieran a sentarse.

—Precisamente porque pueden ser

poderosos es por lo que no debemos actuar precipitadamente. Seremos tan astutos como los fieros lobos que se esconden entre los espinos antes de una cacería.

Ordenó que alejaran a los garinafins muchas millas del lugar donde suponían que desembarcaría la extraña flota de barcos gigantes. Dejó bien claro que los extranjeros no debían ver a ninguna de las bestias aladas hasta que él dijera lo contrario.

Luego dio la orden más extraña de todas: aquellos que tuvieran tiendas construidas con materiales nuevos debían desmontarlas y retirar las pieles y los postes. Las únicas que podían

quedar cerca del lugar de desembarco debían tener un aspecto tan gastado y decrepito como fuera posible.

Los thanes quedaron desconcertados ante sus órdenes pero no las cuestionaron.

Encabezados por el propio pékyu, los lyucu dieron la bienvenida a las gentes llegadas del otro lado del mar, tratándolas como a invitados de honor. Colocaron sobre la playa largas tiras de cuero de vaca y trajeron tablas con carne y queso, bayas y nueces, así como calabazas y tazas confeccionadas con cráneos llenas de oloroso kyoffir. Los lyucu se quedaron bien lejos del oleaje, dejando a los visitantes amplio espacio

para desembarcar.

Los enormes barcos-montaña echaron anclas a cierta distancia, en aguas poco profundas, y descendieron pequeñas pinazas que transportaron a los visitantes hasta la playa. Tenryo y sus thanes miraban embobados a esas exóticas personas: *¡Mira qué oscuros son algunos de ellos! ¿Están tan quemados por el sol que su piel ya no puede curarse? ¿Y por qué hay tantos gordos? ¿No trabajan ni combaten? ¡Mira la forma de sus ojos, de su nariz y de su frente... ¿quién imaginaba que pudiera haber gente así?!*

Los visitantes arrastraron hasta la arena sus pinazas con forma de hoja y se

congregaron a su alrededor, tensos. Sacaron unas armas de extraño aspecto y estudiaron a los lyucu con miedo y recelo.

Pékyu Tenryo observó con interés que sus dagas —casi tan largas como mazas de guerra— deslumbraban y destellaban al sol, como si estuvieran hechas de la superficie reflectante de plácidos lagos; vio que algunos de ellos llevaban mazas en forma de media luna con una única cuerda que se parecían a las liras curvas de los bardos, aunque sospechaba que también eran armas, utilizadas tal vez en conjunción con los manojos de palos de punta afilada que llevaban a su espalda; le llamó la

atención el hecho de que todos los que estaban en la playa fueran hombres — ¿dónde estaban las mujeres?— y los lujosos objetos que portaban: daba la impresión de que todo estaba fabricado con ese material brillante y acuoso; un tejido que parecía niebla o nubes solidificadas; o la madera.

¡Había tanta madera! Pékyu Tenryo no recordaba haber visto en toda su vida tanta madera como la que había en un solo barco-montaña. En las planicies no crecían muchos árboles altos; los lyucu utilizaban como leña las ramas cortas y retorcidas de los arbustos doblados por el viento y reservaban los ocasionales bosquecillos de auténticos árboles

hallados junto a los abrevaderos para construir artículos de lujo como cabeceros de cuna tallados, cuencos ceremoniales y estatuas de los dioses. Era preciso viajar muchos días hacia el este, hasta los pies de las inmensas cadenas montañosas, para ver un auténtico bosque. El uso de madera en tal cantidad y de forma tan despreocupada confirmaba que los extranjeros eran increíblemente poderosos.

Levantó las manos para indicar que no llevaban armas y dirigió a los thanes lyucu en lenta procesión hacia los recién llegados del mar.

Después de la travesía de un año, los hombres de Dara que se tambaleaban en la orilla estaban hambrientos y agradecidos de pisar tierra firme.

Pero todavía no podían relajarse; esta tierra no estaba deshabitada.

El almirante Krita y sus consejeros observaron con cautela a los nativos que se aproximaban. Sus ropas, confeccionadas con pieles de animales y tejidos de hierbas, tenían un aspecto sucio y tosco; las armas de piedra y hueso que dejaron amontonadas parecían primitivas; las mujeres vestían exactamente igual que los hombres y resultaban incluso más feas; las tiendas de la playa eran pequeñas e

insignificantes; no se veían campos de cultivo ni signo de industria alguna en los alrededores.

Y la actitud de los nativos, encabezados por su jefe, que avanzaba con las manos vacías, parecía sumisa y humilde. Krita también pudo ver el festín dispuesto sobre la playa, se le hacía la boca agua.

Fueran quienes fueran, estas gentes no parecían inmortales.

Krita se relajó y dijo a sus hombres que dejaran las armas.

Aunque los hombres de Dara se consideraban casi como náufragos que necesitaban desesperadamente un baño y comida que no estuviera podrida o

rancia, el delicioso festín preparado por los lyucu y las maneras obsequiosas de sus anfitriones les hicieron sentirse como si fuesen reyes o, quizás, semiinmortales. Ciertamente, la bebida de leche fermentada que llamaban kyoffir les dio ganas de vomitar, pero nadie esperaba que todo fuera a ser perfecto.

—Este es un pueblo amable e inofensivo —declaró el almirante Krita. E hizo saber a todos sus acompañantes —casi diez mil hombres y mujeres que habían sobrevivido al azaroso viaje— que podían descansar y disfrutar el banquete.

—¡Dara! ¡Dara! —gritaban

señalándose a sí mismos. Los nativos parecían lerdos, a la vista de su parloteo incomprensible, y esperaban que gritarles les ayudara a comprender.

—Salvajes —dijo el almirante Krita. Suspiró, pesaroso de no haber encontrado la tierra de los inmortales después de todo. La expedición de Mapidéré tendría que sacar el mejor partido de una mala situación.

El resto de la expedición —artesanos, criados, doncellas, familias del capitán y de los oficiales— también desembarcó cuando la costa se declaró segura.

Los invitados de honor de Dara recibían todo aquello que pedían:

comida, agua dulce, entretenimientos a diario e incluso criados nativos para el almirante Krita y sus consejeros. Las conversaciones tenían que realizarse mediante gestos, mímica y expresiones exageradas, pero eso les bastaba a los hombres de Dara para dar a conocer sus deseos.

Claro que cuando alguno de los invitados quería explorar los alrededores, los anfitriones lyucu sonreían confundidos ante sus peticiones y les ofrecían más comida y esa bebida fuerte de leche fermentada que los invitados no llegaban a disfrutar porque les revolvía el estómago. Pero, considerando lo primitivo que era este

pueblo, los hombres de Dara tampoco tenían especial interés en ver más tiendas llenas de salvajes medio desnudos ni más rebaños apestosos de ganado de pelo largo.

Era evidente que los bárbaros no sabían nada de los inmortales. Los miembros de la expedición, rodeados a diario por miradas de admiración y expresiones de asombro, empezaron a sentirse como si fueran los señores de toda la creación.

Se volvieron todavía más arrogantes frente a sus anfitriones, exigiendo más comida, servicios y la compañía de mujeres, con o sin su consentimiento. Cuando algunos de los hombres de Krita

se comportaron según sus instintos básicos con algunas nativas —la expedición de Mapidéré estaba compuesta mayoritariamente por hombres—, las mujeres ofendidas, una de ellas jefa de tribu, reaccionaron con indignación y trajeron a un grupo de amigos y seguidores que blandía mazas y hachas de guerra para exigir justicia.

Krita decidió que era necesaria una demostración de fuerza y, en lugar de retirarse a los barcos-ciudad con los miembros transgresores de la expedición, ordenó a los soldados que mantuvieran su posición e hicieran lo que fuese necesario para defender el campamento de Dara.

El resultado fue una carnicería unilateral. Los lyucu nunca habían luchado contra armas de metal o arcos y flechas, y al final de la refriega habían caído diecisiete guerreros frente a solo un herido entre los hombres de Krita. Aun así, Krita era consciente de su abrumadora desventaja numérica y ordenó a todos retirarse a los barcos-ciudad y prepararse para zarpar si la situación se deterioraba más.

Pero Pékyu Tenryo acudió en persona para pedir disculpas, se arrodilló en la playa y pidió a Krita que regresara. Krita aceptó hacerlo, pensando que había impresionado al jefe bárbaro con esa exhibición de fuerza, a pesar de las

objeciones de algunos de sus consejeros más prudentes.

—Esta gente ni siquiera conoce el uso del metal —dijo Krita con desdén—. ¿Qué peligro real suponen? ¡Deben de estar asustados de nosotros! En cierto modo, *hemos* encontrado el paraíso. ¡Aquí somos inmortales, casi como dioses para ellos!

En realidad, los lyucu conocían el metal, pero era una materia prima a la que raras veces tenían acceso, excepto en forma de nódulos ocasionales que se encontraban tirados en las planicies, supuestamente restos de estrellas caídas. Solo los jefes más poderosos y el propio pékyu poseían toscas joyas de

metal, fabricadas golpeando esos trozos hasta darles diversas formas decorativas.

Ahora Krita exigió que los lyucu reconocieran la soberanía de Dara y del emperador Mapidéré, y a él como representante personal del emperador. Los lyucu aceptaron sin reparos y trataban a Krita como su amo y señor.

Los thanes lyucu estaban indignados y miraban incrédulos a su rey, pero la autoridad de Pékyu Tenryo era tal que nadie se atrevió a contrariarle.

A continuación, Krita exigió a los lyucu que proporcionaran a sus tropas compañía femenina, cuya carencia había sido la causa del incidente. De nuevo, el

pékyu aceptó al instante y ordenó a varias de sus jefas de tribu y de sus hijas que se encargaran personalmente de ello.

Y, una vez más, los thanes de Tenryo quedaron perplejos por la actitud servil de su jefe. Pero, una vez más, le obedecieron sin cuestionarlo.

Hemos quebrantado la voluntad de este pueblo, pensó Krita. *Una pequeña demostración de fuerza puede ser de lo más efectiva con los salvajes.* En cierto modo, incluso admiraba la flexibilidad de Pékyu Tenryo. Su pueblo se enfrentaba a una raza cuyo poder no podía igualar y el rey bárbaro había hecho la elección adecuada al optar por

someterse en lugar de resistir inútilmente.

Los lyucu comenzaron a caer enfermos. La extraña nueva enfermedad no se parecía a nada que las tribus hubieran experimentado anteriormente. Tosían, les salían forúnculos en la piel y muchos murieron. Todas las familias estaban de luto porque todas habían perdido algún miembro.

Pero los visitantes de Dara parecían inmunes a esa plaga.

Muchos empezaron a murmurar que se trataba de un castigo del Padre de Todos y la Madre de Todos por la cobardía de Pékyu Tenryo.

Pékyu Tenryo ejecutó a quienes difundían esos rumores. Recordó a sus thanes que les había conducido a la victoria sobre los agon y que les guiaría por un nuevo camino que, con el tiempo, llegarían a comprender.

Por fin, la gente dejó de morir.

—Ya nos parecemos más a ellos — dijo Tenryo. Y no quedó claro si lo decía como un lamento o como una celebración.

Lo que me has contado hasta ahora no se parece en nada a la historia que me contaron los lyucu, dijo Luan.

Pronto comprenderéis por qué, dijo Oga.

Para congraciarse aún más con sus nuevos amos, Tenryo se dedicó a seguir a los hombres de Dara como un perrito faldero, intentando anticiparse a sus necesidades y proporcionarles cualquier cosa que pudieran desear.

Los guerreros lyucu contemplaban a su rey con absoluto desprecio, pero a él no parecía importarle.

Como los «Señores de Dara» —el nombre empezó como una broma entre los oficiales de Krita, pero les agradaba cómo sonaba, aunque ninguno de ellos fuera lo suficientemente importante en su tierra como para formar parte de la verdadera nobleza— se aburrían de que les sonriera y asintiera a todos sus

deseos, Tenryo comenzó a acribillarles con preguntas formuladas mediante gestos y expresiones faciales exageradas. Les dio a entender que quería conocer historias sobre la construcción de los grandes barcos-ciudad y les prometió deleitarse y asombrarse si sus amos le mostraban cómo navegaban.

El almirante Krita decidió aprovecharse de sus nuevos y fieles servidores exprimiéndolos al máximo. Mediante elaborados dibujos y abundante mímica y gritos, Krita y sus capitanes se las arreglaron para explicar a Tenryo que necesitaban madera para reparar el desgaste sufrido por los

barcos-ciudad tras la larga travesía. Ya habían observado la ausencia de árboles apropiados en el país y decidieron, sin grandes esperanzas, probar a ver si el jefe bárbaro tenía alguna idea.

Tenryo asintió, hizo repetidas reverencias y sonrió. En secreto, envió equipos de garinafins y jinetes a las montañas lejanas del este en busca de madera. Las tribus nunca habían hecho algo así y muchos expresaron dudas sobre si era prudente romper con la tradición, pero Tenryo se mantuvo inamovible.

Cuando los equipos regresaron tras semanas de extenuante trabajo, Tenryo les hizo arrojar los árboles talados al

mar para que la marea los llevara hasta la orilla, como si estuvieran a la deriva, y despertó a Krita en mitad de la noche con grandes aspavientos, dando literalmente saltos de alegría y proclamando su alborozo.

A Krita le irritó que le despertara de sus sueños, pero le entusiasmó contemplar los excelentes troncos amontonados en la playa iluminada por la luna. Para entonces, Tenryo ya había aprendido suficientes expresiones en la lengua de Dara y Krita finalmente entendió que el exultante jefe bárbaro atribuía a los dioses de Dara la aparición de esa madera. Aunque Krita nunca había sido particularmente

religioso, la travesía de casi un año, sin saber si iba a vivir o a morir, había transformado muchas de sus actitudes. Agradeció sus favores a los dioses con devoción y empezó a considerar a Pékyu Tenryo, que le había transmitido las felices noticias, como a una especie de exótico amuleto nativo de buena suerte.

Hasta ese momento, Krita y sus capitanes habían procurado mantener a los bárbaros alejados de los barcos-ciudad para no revelarles demasiada información sobre sí mismos. Pero los amuletos de buena suerte eran inofensivos, amados y dignos de confianza y a partir de entonces Hujin Krita dejó de lado las recomendaciones

de prudencia de sus consejeros y permitió que los bárbaros, especialmente las mujeres guapas, subieran a bordo para servir mejor a sus amos y amantes de Dara.

Tanto disfrutaba de la hospitalidad de aquellos salvajes, primitivos pero inocentes, que empezó a olvidar dónde se encontraba.

A esas alturas, Tenryo y un grupo de thanes importantes pasaban todo el día con el almirante Krita y sus oficiales, admirando sus ropas, sus escudillas y palillos de comer, sus joyas e instrumentos musicales. En los barcos-ciudad, Tenryo y sus nobles actuaban como niños fascinados por los prodigios

de una tierra mágica y suplicaron a Krita y su séquito que les enseñaran la lengua de Dara y el uso de las máquinas y artefactos maravillosos.

Las mujeres asignadas a cuidar de estos señores de Dara —algunas de ellas thanes importantes— se aplicaron a su tarea con dedicación especial y respondían solícitas a las demandas de placer de sus hombres. Las impresionaba cualquier cosa que hicieran y aprendieron con entusiasmo a adoptar las costumbres y artificios de Dara: el maquillaje, los bailes cortesanos, las miradas coquetas...

... para disgusto de las esposas que habían acompañado en esta expedición a

sus maridos oficiales. Les dieron a entender explícitamente que las risitas de asombro en los dormitorios y las exclamaciones entusiastas que emitían estas mujeres en todas partes tal vez no fueran del todo creíbles.

—¿Qué razones hay para dudar que las nativas puedan enamorarse de los señores de Dara? —se burló el almirante Krita cuando esas quejas llegaron hasta sus oídos—. ¡Una vez están bien aseadas, estas muchachas bárbaras resultan bastante atractivas! Seguramente el amor a la belleza y la admiración que despierta la nobleza son características universales del sexo débil. ¡Pobres chicas! Toda su vida no

han conocido más que bárbaros hediondos y salvajes que no saben nada de los modales refinados, la poesía romántica o las delicadas artes del amor que son los frutos de la civilización. Solo han vestido toscas pieles en lugar de suave seda; solo han bebido repugnante leche fermentada en lugar de aromático té con fragancia de rosas; solo han conocido una vida terrible en la que se ven obligadas a cuidar al ganado y luchar contra los bandidos en vez de la vida de apacible tranquilidad propia de las verdaderas señoras. ¡Si yo fuera una de esas mujeres, también me enamoraría de mí!

Por supuesto que cuando varias

mujeres de Dara pidieron que se les asignaran hombres lyucu —seguramente, una vez aseados, esos salvajes también tendrían atractivos cuerpos modelados por una vida de trabajo duro al aire y al sol, ¿no?—, el almirante Krita se negó rotundamente alegando que algo así era incompatible con las enseñanzas de Kon Fiji y otros sabios.

Sin miedo a hacer el ridículo o a quedar mal, incluso cuando solo conocía unas cuantas frases, Tenryo progresó rápidamente en el aprendizaje de la lengua de Dara, pero cuando Krita y sus oficiales quisieron estudiar la lengua de los lyucu, Tenryo explicó (en la lengua de Dara, titubeando, torpemente, pero

cada día más suelto) que los lyucu estaban tan lejos de Dara en cuanto a refinamiento y civilización, que no deseaba manchar el intelecto superior de sus señores con la primitiva lengua del pueblo de las planicies.

Mientras los lyucu ayudaban al almirante Krita a reparar sus barcos y reabastecerlos para una futura travesía de regreso a Dara, Tenryo le sugirió que se avanzaría más si los artesanos e ingenieros de Dara incorporasen aprendices lyucu para realizar las tareas menos especializadas. Krita aceptó sin reparos dicha propuesta y los carpinteros y herreros de la flota aceptaron aprendices lyucu a quienes

enseñaron su oficio. Cuando los barcos-ciudad estuvieron casi reparados, Tenryo descubrió otra partida de madera en una cueva no lejos de donde estaban fondeados.

—Los dioses saben que seguramente los honorables señores de Dara marcharán un día para continuar la magnífica tarea de encontrar a los inmortales. ¿Quizá quieran que los lyucuos ayuden a construir más barcos para prepararos para los peligros desconocidos que os acechan en el mar? ... Aunque, resulta difícil imaginar peligros que no puedan vencer los señores de Dara, que son casi como los propios inmortales.

Abrazado, acariciado y besado por cuatro bellas thanes de largas trenzas rubias, Krita aprobó la solicitud de Tenryo para que los carpinteros de navío enseñaran a los lyucu a construir barcos al estilo de Dara. No serían barcos-ciudad —los carpinteros explicaron que carecían del equipo y los astilleros para acometer tal proyecto descomunal—, pero serían navíos robustos, mucho mejores que los coracles de los lyucu.

A decir verdad, el almirante Krita tenía pocas ganas de volver a enfrentarse al mar. Después de los terrores sufridos en la larga travesía hasta Ukyu, nada deseaba realmente más que esta vida feliz en la que Pékyu

Tenryo se ocupaba de satisfacer todas sus necesidades y podía dedicar su tiempo a disfrutar de la compañía de amantes encantadoras y exóticas, cuyos atléticos cuerpos le llevaban a cumbres de placer nunca antes imaginadas. De vez en cuando se acordaba de su viejo amigo Ronaza Métu y sentía una punzada de culpa al sospechar que el emperador Mapidéré ya habría llevado a cabo su amenaza contra él. Pero, si así fuera, ¿no sería todavía más lógico que disfrutara de esa vida por ambos?

La mayor parte de sus consejeros de confianza estaba de acuerdo. Sus amantes lyucu demostraban tener una gran curiosidad por todo lo relativo a

Dara —una reacción natural de los bárbaros enfrentados a una civilización superior—, y a los hombres les gustaba desempeñar el papel de fuentes de sabiduría, entreteniendo a sus compañeras de cama con toda clase de lecciones sobre la historia, la geografía, la ciencia y la política de Dara. Para deleite de muchos de estos Señores de Dara, las mujeres parecían especialmente impresionadas por las historias castrenses de su tierra y deseaban conocer al detalle las brillantes tácticas de campo de estos generales legendarios y la manera adecuada de utilizar el terrible y sofisticado armamento de Dara. Emitían

risitas coquetas —tal y como los Señores de Dara les habían enseñado— mientras les veían resollar al ejecutar demostraciones con las armas, arrullos de aprobación cuando alguno de ellos se agotaba por los excesivos esfuerzos y tenía que tomarse un descanso tras blandir la espada de acero o tensar un pesado arco.

Las mujeres parecieron desilusionarse cuando los herreros y los flecheros explicaron que no podrían fabricar más espadas de acero y puntas de bronce a menos que descubrieran minas de las que pudiera extraerse metal fácilmente. Los lingotes transportados por los barcos-ciudad solo servirían

para unos cuantos recambios. A algunos hombres les resultaba impropio que las mujeres estuvieran tan interesadas en armas, pero atribuían a la naturaleza salvaje de la vida bárbara un comportamiento tan poco femenino.

Aunque Krita se negara a permitir que ninguna de las mujeres de su expedición —las contratadas como cocineras, criadas, costureras, veleras, pescadoras, etcétera, además de las familias de los oficiales superiores— «gozara» de la compañía de los hombres lyucu, dicha prohibición cada vez fue más difícil de mantener, pues los lyucu y los miembros de la expedición comenzaron a relacionarse libremente.

Los amantes de las mujeres de Dara mostraban la misma curiosidad por la tierra lejana y mágica en donde las palabras podían congelarse en signos sobre un papel y podía ordenarse al viento y al agua que empujaran ruedas y velas para realizar trabajos útiles.

Naturalmente, las historias que las mujeres de Dara contaban a sus amantes tenían un sabor bien distinto de las que contaban los hombres. Para empezar, el almirante Krita y sus primeros oficiales resultaban mucho menos heroicos en ellas que en sus propios relatos. Las mujeres compartían con sus amantes lyucu detalles menos conocidos por los «Señores de Dara»: la vida real de las

familias ordinarias, la geografía práctica y lo que pensaban de los Señores de Dara aquellos cuyas vidas eran mucho menos grandiosas.

A medida que pasaba el tiempo, el almirante Krita y sus oficiales superiores se fueron haciendo más indolentes y reacios a abandonar su cómoda posición de casi-reyes de los lyucu, adorados por todo el mundo, de Pékyu Tenryo para abajo. Afortunadamente, el pékyu continuaba proponiéndoles nuevas razones para retrasar su partida.

¿Les gustaría a los Señores de Dara construir más armas de metal con ayuda de los lyucu? ¿Qué les parecería

formar y enseñar a marineros lyucu para ayudarles cuando decidan continuar su travesía? ¿Y si los artesanos lyucu, algunos ya bastante hábiles bajo la tutela de sus amos de Dara, les ayudaran a recrear alguno de los prodigios que existen en su tierra natal?

El almirante Krita decía que sí a todo.

—¡Un plan excelente, Pékyu Tenryo! ¡Ojalá el emperador Mapidéré supiera que cuenta con un servidor tan leal al otro lado del mar!

Pékyu Tenryo se inclinó tanto que Krita no pudo verle la cara.

Las exigencias del almirante Krita cada vez eran más tiránicas y extravagantes. Ya no hablaba de sí mismo como del representante personal de Mapidéré, sino que obligaba a los lyucu a dirigirse a él como si fuera el propio emperador.

Algunos miembros de la expedición, especialmente los eruditos, se sentían incómodos.

—No está bien que tratemos a estas gentes, que nos han recibido con los brazos abiertos, como si fueran nuestros esclavos —le decían—. Esa no es la forma de comportarse de un pueblo verdaderamente civilizado. Si nos tratan como a hermanos, nosotros deberíamos hacer lo mismo.

Krita se mofaba de estas objeciones. En su imaginación, se veía como una versión en miniatura del emperador Mapidéré, cuyo destino era gobernar a este pueblo inculto pero dócil. Los dioses de Dara le habían entregado un regalo: un nuevo reino para que le diera forma y lo esculpiera. Sacaría a esta gente de la ignorancia y pondría en sus manos los beneficios de la civilización.

A diferencia de los salvajes de Tan Adü, que se resistían a ser formados y controlados por la sabiduría de Dara, estos salvajes del nuevo mundo eran eminentemente educables. Empezó a soñar que sus descendientes gobernarían a este pueblo durante siglos y comenzó

un plan para construir un palacio —sería grandioso y circular (¿acaso no era el círculo el culmen de la perfección, como él mismo?), con madera de calidad superior, aunque este país pareciera tener tan pocas reservas de ella— y a pensar en cuáles de sus queridas se convertirían en las afortunadas consortes que vivirían bajo esa cúpula del placer.

Hasta que una mañana Krita despertó atado de pies y manos. Sus dos amantes favoritas, Nolon y Kya, estaban a los pies de la cama con su espada y su arco.

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó Krita.

Nolon, que siempre había sido tan sumisa, le sonrió fríamente.

—Ya hemos aprendido todo lo que necesitábamos de ti.

Había algo extraño en la manera en que hablaba la lengua de Dara, sin rastro de coqueteo en su voz.

—¿De qué estás hablando? —Krita hizo un esfuerzo por liberarse de sus ataduras y comprobó que los fuertes tendones no se habían movido ni un ápice—. ¡Soltadme inmediatamente! Cuando Tenryo se entere de esto, matará a todos los miembros de vuestras familias, ¿qué os habéis creído rameras malditas...?

Kya, que nunca antes había frustrado sus deseos, se levantó y le abofeteó con fuerza la cara, silenciándole

inmediatamente.

—Pékyu Tenryo dio la orden esta mañana. En este momento, todos tus comandantes están tan inmovilizados como tú y los guerreros lyucu están subiendo a bordo de todos los navíos y poniéndolos bajo su mando. Los únicos que van a morir son aquellos de tus seguidores que se nieguen a rendirse.

La incredulidad de Krita no se disipó hasta que lo arrastraron fuera del camarote, lo cargaron en una pinaza y lo llevaron a tierra para juntarlo con los demás «Señores de Dara» hechos prisioneros.

Él y todos sus principales oficiales iban cabizbajos por la vergüenza, una

vez asumieron que el taimado y paciente rey bárbaro les había engañado.

Cuando el sol terminó de salir, casi todos los barcos-ciudad de la expedición estaban en poder de los lyucu. La mayor parte de los capitanes y oficiales habían sido neutralizados por sus amantes mientras dormían y las mujeres lyucu vencieron con facilidad a los pocos que se habían despertado a tiempo de ofrecer alguna resistencia, ya que conocían sus técnicas de lucha al detalle y planearon sus movimientos por adelantado.

Utilizando a los oficiales como rehenes, las mujeres obligaron a marineros y soldados a descender por

escalerillas de cuerda y dieron la bienvenida a bordo a los guerreros lyucu que habían llegado hasta los barcos remando en pinazas y coracles. El campamento de Dara en la playa, por supuesto, había sido tomado antes del amanecer.

Solo en dos de los cincuenta barcos-ciudad de la flota expedicionaria, los capitanes habían rehusado rendirse y ordenaron a sus tripulaciones resistir hasta el final. Aunque cayeron muertos, los marineros consiguieron imponerse a las mujeres lyucu y levaron anclas para intentar escapar de este inesperado giro de los acontecimientos.

Apenas habían conseguido alejarse

una milla cuando grandes garinafins surgieron en el horizonte y cayeron sobre ellos como halcones mingén abatiéndose sobre sus presas. Pronto, de ambos barcos no quedaron más que restos ardiendo; los marineros que no habían sido incinerados suplicaban desesperadamente que les rescataran del agitado mar, proclamando su rendición.

Krita, completamente atónito, por fin se dio cuenta de lo estúpido que había sido.

Los antiguos Señores de Dara fueron apiñados en sótanos mientras Pékyu Tenryo reunía a los guerreros para anunciar sus planes.

—Hermanos y hermanas, esto es un regalo del Padre de Todos —declaró—. Es el mejor regalo que nos ha hecho desde que creó las tierras de Ukyu y Gondé, desde que nos colocó en este mundo junto a los agon para comprobar nuestra fe.

»Esta tierra es hermosa —¿quién puede negar la maravilla de presenciar una puesta de sol a lomos de un garinafin en vuelo?—, pero también es dura y difícil. Todos vosotros habéis conocido a abuelos y abuelas que se dejaron morir en épocas de sequía, para que la tribu pudiera seguir adelante sin tener que cargar con ellos. Todos vosotros habéis conocido a madres

obligadas a decidir a qué hijo alimentar cuando no hay bastante para todos y ella debe conservar sus fuerzas para la migración. Todos vosotros habéis visto a padres golpeándose el pecho desesperados porque una manada de fieros lobos, una plaga o incluso una inundación repentina ha acabado con el rebaño de la familia, su medio de subsistencia. Las planicies son implacables y nosotros vivimos continuamente a merced de fuerzas que se escapan a nuestra comprensión y a nuestro control.

»Y luego están las guerras. ¿Quién puede olvidar las guerras? Las guerras entre los agon y los lyucu todavía están

frescas en nuestra memoria, pero mucho antes de que nuestros pueblos se fusionaran en naciones, las tribus ya combatían unas contra otras, al igual que las familias. Dudo que esta tierra haya conocido un solo día de paz en toda su historia. ¿Cuántos hombres y mujeres han perdido la vida luchando por sobrevivir? Se trataba de matar o morir, porque esta tierra, aunque inmensa, solo da para unos pocos.

»Pero no siempre ha sido así. Por la noche, alrededor de las hogueras, cuando todos estamos saciados de kyoffir, los ancianos nos cuentan historias de nuestro pasado. Por esos viejos relatos, que son los hitos de

nuestro espíritu, sabemos que nuestros antepasados vivían en una tierra fértil y verde, un paraíso. Fluían ríos de leche y miel y los arbustos se doblaban bajo el peso de las bayas, jugosas y blandas, no como las duras nueces que ahora nos parten los dientes. En esa tierra, el ganado paría cada primavera y no había lobos que robaran los becerros. Nuestros ancestros comían en abundancia y cada familia podía tener tantos hijos como quisiera, sin preocuparse por cuántos podría mantener vivos. No se conocía la guerra porque había bastante para todos, desde la abuela desdentada más anciana hasta el bebé que todavía no había sorbido el

tuétano de su primer hueso.

»Entonces, nuestros ancestros enojaron al Padre de Todos por alguna razón. Las historias de las diferentes tribus no se ponen de acuerdo sobre esto. Algunos dicen que fue porque robaron el kyoffir especial que el Padre de Todos guardaba para sus hijos inmortales, los espíritus puros que moran en las montañas y las nubes a quienes adoramos. Algunos dicen que fue porque se habían hechos vagos y arrogantes, debido a una vida de ocio y comodidad, y desobedecieron la orden del Padre de Todos de mantener el rebaño celestial bien comido y bebido. Otros dicen que fue porque olvidaron

las virtudes que les había inculcado el Padre de Todos y cayeron en la codicia y las luchas intestinas.

»Fueran los motivos que fueran, el Padre de Todos nos expulsó del paraíso y nos puso aquí para endurecer nuestra vida y fortalecer nuestra fe mediante el sufrimiento.

»Pero ahora hemos aprendido algo nuevo y trascendental. El Padre de Todos ha preparado otra tierra para nosotros, un nuevo paraíso llamado Dara. ¿Habéis oído las historias que cuentan los salvajes de Dara? Allí, los ríos se desbordan de delicioso vino, — ¡un kyoffir hecho de fruta!— y los grandes peces prácticamente saltan del

agua al plato. ¡Los campos son tan verdes y fértiles que podrían alimentarnos a todos, a nuestro ganado y nuestros garinafins, aunque fuéramos tan numerosos como las estrellas del cielo! ¡Las familias de allí pueden tener una docena de hijos! ¡Una docena! Y los viejos mueren serenamente mientras duermen y los jóvenes honran su memoria multiplicándose y siendo provechosos. La opulencia te saluda dondequiera que mires: del suelo sobresalen metales brillantes, enormes árboles que arañan el cielo forman densos bosques, de cada oreja y cada cuello cuelgan joyas resplandecientes como bayas maduras.

»Esa es la tierra en donde deberíamos vivir.

»Pero, he oído decir a algunos de vosotros, «Pékyu Tenryo, esa tierra ya está habitada».

»Es cierto. Mas fijaos cómo son sus habitantes: blandos, perezosos, arrogantes, carentes de virtud. Llegaron a nuestras costas aterrorizados buscando refugio, casi sin comida ni agua. Los recibimos como invitados de honor, compartimos nuestra comida y nuestro kyoffir con ellos, les ofrecimos todo lo que necesitaban.

»¿Y cómo nos pagaron esa hospitalidad? Actuaron como si pertenecieran a la raza de los espíritus

inmortales, aunque sabían perfectamente que no son más que ordinarios mortales como vosotros y como yo. Nos contagiaron deliberadamente enfermedades desconocidas en estas tierras... por favor, perdonad mis lágrimas, pero ¿quién puede olvidar los lastimeros gritos de los padres abrazados a sus hijas gravemente enfermas o los aullidos de dolor de los hijos que mecían los cuerpos de sus madres consumidas por la enfermedad? Siendo de costumbres bárbaras —¡fijaos cómo degradan a sus mujeres!— se atrevieron a llamarnos salvajes y a ofender a nuestras mujeres, muchas de ellas thanes y jefes, además de madres,

viudas, hermanas e hijas de nuestros hombres. Masacraron a nuestros guerreros con mejores armas creyendo que eso les hace superiores, pero el valor de un guerrero se mide por su espíritu, no por su arma.

»Así que esperamos a que llegara nuestro momento; ocultamos nuestra fuerza para que se confiaran y nos revelaran sus debilidades; fingimos que nos sometíamos para poder observarlos de cerca y aprender sus secretos. ¿Qué es lo que hemos aprendido?

»Que no tienen ningún concepto del honor y que mienten constantemente para parecer más grandes y más poderosos. Son decadentes y estúpidos y solo

entienden el lenguaje de la violencia; pensaron que podían intimidarnos con sus espadas de metal y sus arcos vibrantes, pero cuando aparecieron nuestros garinafins se acobardaron hasta el punto de que ni siquiera ofrecieron verdadera resistencia. Aunque, siguiendo la costumbre de las planicies, abrimos a los extranjeros nuestros corazones y nuestras tiendas y compartimos con ellos todo lo que poseíamos, solo pretendieron dominarnos y esclavizarnos.

»No, seguro que al Padre de Todos no le complace que una raza bárbara posea el paraíso. Él nos ha enviado un mensaje a través de estos salvajes

diciéndonos que tiene para nosotros un nuevo hogar lleno de esclavos.

»¿No veis que estos hombres indolentes y arrogantes se parecen demasiado a los ancestros caídos de nuestras historias antiguas? Han dilapidado su suerte, holgazaneando como terneros glotones en charcos de barro, sin saber que el invierno está a la vuelta de la esquina. Nosotros somos los instrumentos con los que el Padre de Todos quiere limpiar la tierra de esos ingratos. Somos el castigo por sus pecados. Somos el azote divino.

»Hermanos y hermanas, tenemos una misión. Vamos a conquistar Dara y a esclavizar a ese pueblo hasta que su

espíritu se purifique de las enfermedades a las que llaman civilización, hasta que hayamos recuperado el paraíso para los hijos predilectos del Padre de Todos.

Y las planicies se llenaron de los gritos de guerra de mil guerreros pidiendo sangre, justicia cósmica y guerra santa.

Así fue como, de un día para otro, los Señores de Dara se convirtieron en prisioneros de los lyucu y empezó para ellos una existencia de pesadilla. Se les obligó a divulgar cualquier información que pudiera servir a sus nuevos amos para planificar la invasión de su tierra

natal.

Aunque las tecnologías que trajeron los barcos-ciudad eran interesantes, Pékyu Tenryo decidió casi enseguida que, en su mayoría, no resultaban prácticas para los lyucu. Ukyu y Gondé eran sencillamente demasiado distintas de las islas de Dara y no era sensato que los lyucu adoptaran su forma de vida, al igual que el cactus del desierto no debe trasplantarse a los glaciares del lejano norte. Las espadas de bronce y acero de Krita y sus oficiales eran más fuertes que las hachas y mazas de hueso, pero los lyucu no tenían minas de hierro o cobre y el suministro transportado por los barcos-ciudad se acabaría

enseguida. Del mismo modo, las planicies carecían de la madera para fabricar flechas y, si tenían que llevar puntas de piedra, era mejor seguir usando las hondas.

Pékyu Tenryo no creía prudente adoptar un nuevo modo de hacer la guerra basado en armamento que los lyucu no podían reponer, por lo que decidió centrarse en aprender todo lo posible sobre las técnicas de lucha de las islas de Dara, para poder contrarrestarlas.

Construyeron una palestra con paredes de huesos de garinafin — mediante el trabajo esclavo de los hombres de Dara, claro está— y luego

los prisioneros fueron obligados a pasar los días luchando sobre la arena de sol a sol contra guerreros lyucu, para que Tenryo pudiera estudiar cómo combatían los soldados de Dara.

El pékyu estudió desde las danzas de la espada de Cocru hasta las formaciones de infantería de Faça y anotó los puntos débiles de cada técnica. Oficiales y soldados fueron obligados a describir hasta el menor detalle las batallas del pasado, para poder discernir las pautas generales del pensamiento militar de Dara.

En cierto momento, a Krita se le infectó una herida recibida en una de estas batallas simuladas que los médicos

de la expedición no pudieron curar, pues carecían de las hierbas nativas de Dara para hacerlo. Cuando yacía moribundo en medio de un delirio febril, se le oyó murmurar palabras de amor hacia Nolon y Kya, las thanes lyucu que lo habían seducido y luego capturado, así como oraciones a los dioses de Dara para que lo guiaran a la tierra de los inmortales.

Las mujeres y otros no combatientes —artesanos, comerciantes, navegantes, marineros, cocineros, criadas, médicos — tampoco se libraron y tuvieron que ofrecer detalles de la sociedad de Dara que los lyucu todavía no conocían: cómo construían las carreteras; cómo se organizaban las aldeas; cómo ejercía el

poder Mapidéré en Pan y cómo le afectaba a la gente. Tenryo era consciente de que tendría que conquistar a una población muy numerosa con una fuerza militar reducida y de que, incluso con la ventaja de los garinafins, para controlar a esa población necesitaba comprender sus motivaciones y modos de vida, que debía explotar en beneficio de la fuerza ocupante.

El caso de Oga era especial. Al principio, cuando supo que era pescador, Tenryo decidió que sus conocimientos no servían para mucho. La pesca no era una fuente importante de alimentación para la mayor parte de los

lyucu y las especies de pescado comunes en Dara no estaban presentes en la franja costera de Ukyu y Gondé, por lo que las técnicas pesqueras de Dara allí no servían. Por tanto, se le asignaron las tareas más humildes.

Pero posteriormente, los thanes de Tenryo se dieron cuenta de que era el centro de atención cuando los prisioneros se reunían. Después de una jornada de duro trabajo, Oga les entretenía con alegres historias que animaban su espíritu. Algunos thanes empezaron a recelar de él, temerosos de que pudiera convertirse en cabecilla de alguna revuelta secreta.

Tenryo decidió escuchar las historias

de Oga por sí mismo. Durante varias noches seguidas se sentó al final del numeroso grupo de prisioneros que se reunía alrededor del fuego, vestido como un simple vigilante lyucu, para presenciar las actuaciones de Oga.

Oga no se limitaba a narrar una y otra vez distintas leyendas Dara, sino que entretejía anécdotas del viaje hasta Ukyu y Gondé, embelleciéndolas con todo tipo de detalles. A pesar de ser analfabeto, tenía un don natural para inventar y dar forma a las historias. Hablaba de las maravillas del Muro de las Tormentas, de manadas de crubens y ballenas, de los inmortales que vivían en estrellas errantes, de los príncipes y las

fantásticas criaturas que habitaban tierras desconocidas. Incluso había aprendido retazos de la lengua lyucu y algunas de sus leyendas, que entretejía creando fantásticos tapices sobre el valor y la astucia sin límites de los lyucu.

Tenryo estaba fascinado. De alguna manera, Oga había conseguido unir la complejidad de los narradores de historias de Dara con los materiales que le proporcionaba esta nueva tierra. Narraba historias épicas al estilo de Dara con el escenario y los valores de la tierra en la que estaba cautivo.

Así que el gran pékyu ordenó que entrara a su servicio.

—Me acompañarás a cualquier sitio que vaya y verás todo lo que yo vea. Al modo de los cronistas de la corte que escribían las proezas de los Señores de Dara, tú serás mi biógrafo, el arquitecto de mi monumento vivo, de una historia que instruya durante mil eones.

Naturalmente, cada prisionero tenía la obligación de enseñar a los lyucu su lengua. Los hijos jóvenes de Pékyu Tenryo la aprendieron, ya que era necesario comprender las ideas de un pueblo extranjero para poder gobernarlo.

A medida que los prisioneros agotaban sus reservas de información

útil, las presiones se intensificaron. La tortura se hizo habitual y los simulacros diarios en la palestra eran cada vez más crueles. Algunos prisioneros murieron víctimas de enfermedades o de las heridas y otros se quitaron la vida. Pero el sufrimiento ni siquiera acababa con la muerte, porque sus hijos —nacidos de matrimonios entre cautivos o de las parejas mixtas formadas por lyucu y sus esclavos— eran esclavizados para sustituirlos. La sangre maldita de Dara les condenaba al mismo destino que sus padres, aunque algunos de los hijos mestizos fueran criados como miembros plenos de las tribus lyucu si sus padres o madres eran thanes poderosos.

Al cabo de dos años, nueve de cada diez de los hombres y mujeres llegados a Ukyu en los barcos-ciudad habían muerto.

Los primeros rayos del amanecer se filtraron a través de los barrotes de la parte superior del túnel, iluminando vagamente el interior de la oscura celda.

No puedo ni imaginar todo lo que habrás sufrido en los diecinueve años siguientes, dijo Luan Zya. Nada de lo que Cudyu y Vadyu le habían contado era verdad. Abrigaba la desesperada esperanza de que la supervivencia del anciano significara que los lyucu

habían abandonado su loca pretensión de atravesar el océano para conquistar Dara.

¿Han pasado ya diecinueve años?, murmuró Oga Kidosu. Tantos amigos... mutilados, golpeados y luego muertos. He deseado morir muchas veces, pero no se me quitaba de la cabeza la idea de volver a ver mi hogar por última vez...

Para conquistar Dara, los lyucu antes tenían que encontrar el camino hasta allí.

Pékyu Tenryo comprendió que la ruta seguida por la flota de Krita, que dependía de la fuerte corriente marina, era un callejón sin salida. Ni siquiera

los poderosos barcos-ciudad podían hacer gran cosa para oponerse al poderoso embate de la corriente y navegar «río arriba», por así decirlo, parecía un sueño imposible. Así que Tenryo se empeñó en la tarea de descubrir una nueva ruta de regreso a Dara.

Tras un examen minucioso de los cuadernos de bitácora de los barcos-ciudad y la hábil aplicación de la tortura a los navegantes —de la que, hasta ahora, se habían librado—, Tenryo pudo obtener una idea aproximada de la situación de las islas de Dara. Llevado por la prudencia, decidió enviar una pequeña misión exploratoria cuya única

meta era confirmar la localización de las islas.

En lugar de utilizar para ello los barcos-ciudad, que pretendía reservar para el transporte de su fuerza invasora, Tenryo construyó una pequeña flota exploratoria basada en los diseños marineros tradicionales lyucu mejorados por el conocimiento de los constructores de buques de Dara.

Aunque tanto los lyucu como los agon eran pueblos nómadas que vivían a lomos de garinafin en las planicies, algunas tribus se habían asentado en el litoral y adquirido cierta habilidad en la navegación en mar abierto, con embarcaciones más avanzadas que los

pequeños coracles que Luan Zya había visto. Algunas de estas embarcaciones estaban construidas a base de múltiples cascos circulares de coracle unidos mediante un entramado de hueso, y piel de garinafin, impermeable y resistente al fuego, estirado sobre dicha estructura para formar una plataforma. Posteriormente sujetaron al entramado vejigas de animales llenas de aire para proporcionarle una mayor flotación. Estas embarcaciones sin quilla tenían muy poco calado, pero eran sorprendentemente estables en el mar, aunque no tenían ni por asomo la capacidad de los barcos-ciudad, y era imposible transportar garinafins.

Una flota compuesta por estas embarcaciones lyucu más algunos navíos al estilo de Dara, construidos como proyecto de aprendizaje cuando el almirante Krita estaba vivo, partió de Ukyu navegando hacia el oeste para intentar encontrar las islas de Dara. Los lyucu nunca se habían adentrado tanto en el océano, convencidos de que se trataba de una extensión uniforme y sin límites. La mayor parte de sus travesías habían sido costeras, para el transporte de mercancías con destino al comercio o de guerreros camino de sus incursiones. Pero, ahora que conocían la existencia de tierras más allá del horizonte, los hombres y mujeres a bordo estaban

impacientes y expectantes.

Solo regresó uno de los barcos, más de un año después, con la noticia de que la ruta hacia el oeste era infranqueable. La flota había conseguido atravesar la corriente marina por su tramo más lento, tal y como registraban los cuadernos de bitácora de Krita, para luego avistar el Muro de las Tormentas, también anotado por Krita.

Los supervivientes describieron una cortina de ciclones que se elevaba desde el mar hasta el cielo. Durante meses, los barcos navegaron hacia el norte y hacia el sur, con la esperanza de encontrar algún paso, sin lograrlo. Lleno de frustración, el comandante de la flota

ordenó a las embarcaciones que intentaran atravesar los ciclones, pero las tormentas eran tan violentas que todos los demás navíos naufragaron y el suyo escapó por poco. Después, uno de los ciclones abandonó el Muro y pareció cobrar vida persiguiendo al barco superviviente durante días, como un gato jugueteando con un ratón. Solo por pura suerte, consiguieron escapar y regresar para contarlo.

El pékyu tenía que renunciar a su sueño, según explicaron los aterrorizados supervivientes, porque el paraíso parecía estar custodiado por furiosos demonios del aire y del cielo.

Pero Tenryo no se dio por vencido.

Ordenó ejecutar a los supervivientes por cobardía y desobediencia —les había dicho que encontrarán un pasaje a las islas de Dara, no que volvieran arrastrándose con excusas sobre por qué no se podía hacer.

Una segunda flota zarpó para completar la tarea que no pudo finalizar la primera.

—¡Obediencia absoluta! —bramó Pékyu Tenryo—. Recordadlo.

Esa flota sufrió un destino todavía peor que la primera, pues ningún barco regresó al cabo de un año. Algunos de los thanes más leales a Tenryo murmuraron que el estilo de mando intransigente del pékyu probablemente

hizo pensar a los miembros de la segunda flota que era preferible abandonar el intento y encontrar alguna isla deshabitada para pasar allí el resto de sus vidas que enfrentarse a una muerte segura en el Muro de las Tormentas o a manos del pékyu.

El pékyu tuvo que aceptar que su plan de conquista de Dara no era más que un sueño irrealizable y no volvió a hablar de él.

Los prisioneros supervivientes fueron distribuidos entre las tribus como esclavos y los lyucu volvieron a su vida nómada por las planicies, olvidando aparentemente las visiones del paraíso. La flota de barcos-ciudad permaneció

anclada junto a la costa, custodiada por un destacamento del ejército Iyucu y una docena de garinafins. Cada cierto tiempo, los agon que habían sido forzados a trasladarse a las regiones de matorral más duras se rebelaban y Tenryo enviaba expediciones para acabar con las revueltas. Pero, en general, la vida pareció recuperar su ritmo habitual para la mayoría de los habitantes de las planicies.

Entonces, cinco años después de que hubiera zarpado la segunda flota, llegaron a la costa de Ukyu y Gondé restos de naufragio. Los dibujos grabados en los pedazos de mástil de hueso demostraron que pertenecían sin

ninguna duda a la segunda flota.

Pero aunque la flota había partido de Ukyu y navegado hacia el noroeste, los restos procedían del sudeste.

Esa fue la clave que me ayudó a resolver el misterio de la corriente, dijo Luan Zya.

¿La clave?

Luan explicó que Cudyu y Vadyu le habían pedido que encontrara la ruta de regreso a Dara y que él había examinado exhaustivamente los registros que le mostraron. La dirección y el momento en que habían aparecido los restos del naufragio le permitieron comprender.

Es circular. La gran corriente oceánica se mueve en círculo, murmuró.

Esa también fue la conclusión de Pékyu Tenryo, dijo Oga Kidosu. La corriente que nos trajo hasta aquí es como una serpiente que se muerde la cola. Si el almirante Krita hubiera seguido dejándose llevar por la corriente, incluso cuando perdió fuerza cerca de la costa de Ukyu, nos habría llevado de regreso a las islas de Dara.

Es posible que tu hija Zomi y yo encontráramos restos de esa misma flota, dijo Luan. Y le contó a Oga la increíble visión que contempló Zomi siendo niña y que su propio interés por

explorar el lejano norte se había despertado al ver los misteriosos artefactos grabados con estilizados dibujos de garinafins.

Entonces, la expedición de Mapidéré inspiró las flotas de Tenryo, que fueron las que, cerrando el círculo, os trajeron hasta aquí, dijo Oga Kidosu admirado. Qué asombrosa serie de coincidencias.

Un círculo, como la gran corriente oceánica que nos conecta a todos, dijo Luan Zya. A lo mejor el destino va tomando forma mediante tales coincidencias cuando vemos retrospectivamente el camino que han tomado nuestras vidas.

Oga sacudió la cabeza y sofocó una risa.

Yo no soy ningún filósofo. Pero lo que puedo decir es que los restos de aquella segunda flota hicieron pensar a Pékyu Tenryo que había un paso hacia Dara al noroeste. La flota invasora tendría que navegar rumbo noroeste, volver a coger la corriente y seguirla hasta llegar a Dara. Pékyu Tenryo resucitó su sueño de la gran conquista del paraíso. Envió una tercera flota para verificar la ruta, esta vez con órdenes estrictas de no asumir riesgos innecesarios, a fin de obtener información útil. Esta expedición regresó un año después y confirmó que

la corriente les había llevado hasta el norte de Dara, donde los coracles tuvieron que luchar vigorosamente para abandonarla. Pero el Muro de las Tormentas seguía ahí...

... como bien sabemos ambos, interrumpió Luan Zya con una risa contenida.

Las tormentas que formaban el muro se desplazaban caóticamente y amenazaban con destrozar a cualquier barco que se acercara. Aunque esta tercera expedición aguantó más de tres meses junto al muro, no pudo encontrar paso alguno. Probablemente, el intento temerario de atravesarlo fue lo que causó la desaparición de la segunda

expedición. Pékyu Tenryo reunió a los supervivientes de la flota del almirante Krita desperdigados por las tribus remotas de las planicies y nos encerró a todos.

¿El pékyu quería averiguar el secreto que os permitió cruzar el Muro de las Tormentas?, preguntó Luan.

Oga asintió con desaliento.

Daba igual las veces que intentáramos explicarle que lo atravesamos por pura suerte, sin llegar a saber cómo funcionaba; el pékyu se negaba a creernos. Las torturas fueron implacables y algunos de los prisioneros, incapaces de soportar el dolor, inventaron respuestas.

Desde luego, esos supuestos trucos de navegación resultaron ser falsos cuando se intentaron probar en posteriores exploraciones y los hombres responsables fueron ejecutados.

He pasado años dedicado a componer la epopeya de Pékyu Tenryo, de la que has escuchado algunos fragmentos. Era una manera de sobrevivir y yo estaba fascinado por Tenryo. Guardaba la esperanza de poder suavizar una vida de brutalidad y conquista con un relato dramatizado que buscaba la virtud, al igual que se dice que Tututika colocaba espejos mágicos delante de hombres y mujeres

que los mostraban mejores de lo que eran, motivándoles de ese modo para que perfeccionaran su conducta.

Pero llegó un momento en que no pude callarme más ante tales horrores. Compuse un nuevo capítulo que le mostraba exactamente como era: un hombre que creía tener un gran sueño pero que solo creaba pesadillas a su alrededor. En un ataque de cólera, me expulsó de su presencia y me arrojó aquí para que meditara sobre mis errores.

Soy el último superviviente de todos los que llegamos de Dara y, como podéis ver, no creo que vaya a durar mucho más.

Luan Zya cerró los ojos y repasó su experiencia desde que alcanzó la costa. Todo había sido una mentira.

Probablemente los lyucu dedujeron que era un hombre docto en alguna técnica basándose en Gitré Üthu y en los restos de su balsa-cometa y, a partir de ahí, fraguaron una elaborada estratagema. Construyeron el inmenso cementerio e inventaron una historia alternativa sobre las relaciones entre Dara y los lyucu. Aprovechándose de sus, instintos, de profesor y de su vulnerabilidad tras la desgarradora experiencia del viaje, Cudyu y Vadyu le engañaron para que les ayudara a diseñar una ruta que les llevara hasta

las islas de Dara.

En lugar de entregar los cuerpos de los miembros fallecidos de la expedición, la flota transportaría un ejército invasor y causaría la muerte de decenas de miles de personas.

Aunque los lyucu ya sabían que la corriente oceánica daba la vuelta en círculo, no se lo revelaron. Probablemente se trataba de una manera de comprobar la capacidad de Luan o si solo tenía un alto concepto de sí mismo pero carecía de auténtico conocimiento, como tantos de los «Señores de Dara».

El misterio que seguían sin resolver era cómo atravesar el Muro de las

Tormentas y esa era la auténtica tarea que le tenían asignada. Querían convertirlo en cómplice de la mayor calamidad que jamás hubiera en Dara.

Luan se echó a temblar. Eso había estado a punto de suceder.

El Muro de las Tormentas, como las cigarras que surgían de la tierra en determinados años o los eclipses de sol y de luna, seguía pautas fijas. A lo largo del tiempo, se abrían en él pasajes de diversa duración y estabilidad. Finalmente había encontrado una pauta en la que encajaban todos los datos registrados y mediante la cual era posible predecir el siguiente pasaje estable del muro

que permitiría a la flota invasora atravesarlo.

Y había escritos esos cálculos en Gitré Üthu, que seguía en la tienda que compartía con Cudyu y Vadyu. Tenía que regresar antes de que la respuesta cayera en manos de los lyucu.

Cuando Luan se precipitó para ascender por el túnel hasta la superficie, la puerta de barrotes de hueso de la entrada se cerró de golpe.

La voz del príncipe Cudyu llegó hasta el fondo del túnel. Era fría y carente del respeto que siempre había mostrado por Luan Zya.

Tu intento de traición ha sido descubierto.

CAPÍTULO CINCUENTA

EL REGRESO A CASA

UKYU Y GONDÉ: DOS AÑOS
ANTES

Los cálculos de Luan Zya establecían la fecha de la siguiente apertura estable del Muro de las Tormentas que permitiría el paso hacia Dara. Para poder llegar a tiempo, la flota invasora tendría que zarpar de Ukyu casi un año antes.

Eso significaba que los preparativos

para la mayor invasión de la historia del pueblo de las planicies tenían que empezar inmediatamente.

Había que adaptar los grandes barcos-ciudad para el transporte de los garinafins y los guerreros lyucu y reunir suficientes provisiones y alimentos para un año. Al final, la expedición que pretendía establecer una base en Dara estaría compuesta por un total de sesenta garinafins y cinco mil guerreros y capitaneada por el propio Pékyu Tenryo. Su hijo mayor, Cudyu Roatan, quedaría a cargo del reino. Cuando la base estuviera asegurada y la población de Dara hubiera sido sometida, se unirían al nuevo hogar otras tribus lyucu.

Para que este audaz plan tuviera éxito era preciso conocer no solo una fecha sino una serie de futuras fechas en las que el Muro de las Tormentas permitiera un paso lo suficientemente estable para que la flota pudiera atravesarlo. Los barcos tendrían que hacer múltiples viajes entre ambas tierras.

A pesar de la inteligencia de Cudyu y Vadyu —apodada Tanvanaki—, ninguno de los dos entendía los cálculos realizados por Luan Zya en *Gitré Üthu*. Las incipientes dudas de Luan sobre la sinceridad del príncipe y la princesa lyucu le habían llevado a no especificar paso por paso sus razonamientos y a

excluir de sus cálculos algunos pasos fundamentales. El modelo resultante era tan complejo y abstracto que resultaba imposible reconstruir su proceso de pensamiento a partir de unas pocas pistas registradas en clave en el libro. Aunque la estratagema de los lyucu había estado bien pensada, al final no fueron capaces de engañar por completo al primer estratega de Dara.

Lo único que tenían era una fecha, y necesitaban más.

Pékyu Tenryo empezó intentando persuadir a Luan. Le ofreció riquezas sin límite y prometió convertirlo en un poderoso thane, una vez que Dara hubiera sido conquistada.

Luan se echó a reír en su cara.

Luego lo intentó con la tortura. Conocía muchos métodos efectivos para aplicar dolor que siempre habían obrado maravillas con los hombres blandos de Dara.

Le arrancaron una por una todas las uñas de los pies y Luan chilló hasta quedarse ronco. Le ataron los muslos a un largo banco de hueso y luego le doblaron las piernas hacia arriba hasta romperle las rodillas y Luan aulló de dolor de tal manera que incluso sus guardianes empalidecieron.

Pero cuando le presentaban *Gitré Üthu* y una pluma, simplemente movió la cabeza.

—Un guerrero lyucu no emitiría ningún sonido aunque le quemara las piernas un garinafin —dijo Pékyu Tenryo con el ceño fruncido—. Pero tú, como todos los hombres malcriados de Dara, chillas y gritas como un niño cuando sufres la menor molestia. Es evidente que no posees el espíritu de un guerrero.

—Uno no tiene por qué avergonzarse de gritar a causa del dolor —dijo Luan Zya—. Ni existe deshonor alguno en mostrar miedo. El verdadero valor consiste en aceptar el dolor y el terror y seguir haciendo lo correcto.

Furioso, Pékyu Tenryo juró que lo desollaría vivo, una tira de piel tras

otra. Pero Tanvanaki le recordó que todavía necesitaban conocer los secretos ocultos en la mente de Luan Zya y que matarlo no les acercaría a su objetivo.

—¿Tienes una idea mejor? — contestó el pékyu.

—Los hombres de Dara se guían en gran medida por su filosofía —dijo Tanvanaki—. Y tengo una idea que podría funcionar. A veces, las formas más efectivas de tortura no están relacionadas con los suplicios de la carne.

Volvieron a llevar a Luan Zya en una camilla a la tienda de tortura, pero en esta ocasión quien estaba desnudo y

atado al poste era Oga Kidosu.

—Si no haces lo que te hemos pedido —dijo Pékyu Tenryo—, no serás tú el que sufras.

Uno de los guardianes Iyucu hizo un tajo en el pecho de Oga con un cuchillo de piedra y le arrancó una fina tira de carne. Oga dio un chillido cuando la sangre brotó de la herida.

El rostro de Luan se retorció. Clavó la mirada en Pékyu Tenryo y parecía echar fuego por los ojos.

—Los cuchillos de piedra son muy afilados —dijo Pékyu Tenryo plácidamente—. Imagino que serán necesarios mil cortes antes de que tu amigo muera.

Oga aulló incoherentemente cuando el guardián repitió su movimiento rápido de muñeca. La sangre empezó a salir lentamente de la segunda herida.

—Cuando muera —dijo Pékyu Tenryo—, elegiré al hijo mestizo de una esclava de Dara y haré lo mismo con él. Y cuando muera, seleccionaré otro.

Muchos de los visitantes de Dara habían tenido hijos con los lyucu, bien durante el tiempo en que fueron tratados como reyes bien cuando eran tratados como esclavos —el flujo del poder nunca fue simétrico en estos encuentros, pero los hijos, inocentes al fin y al cabo, nacieron de todos modos. La mayor parte de los hijos mestizos seguían

siendo tratados como esclavos por los lyucu.

A Luan le rechinaban los dientes por la fuerza con que los apretaba y las venas de la frente se le hincharon y palpitaban.

—No volveremos a hacerte daño — dijo Pékyu Tenryo—. Mi intención es cuidarte para que vivas todo lo posible y puedas reflexionar sobre cuántas personas sufrieron y murieron por tu culpa.

Mientras decía esto, escucharon nuevos chillidos de Oga cuando el guardián le dio otro tajo.

Luan intentó embestir desde la camilla, pero los tendones que lo

sujetaban se lo impidieron.

—¡No soy *yo* el responsable!

Pékyu Tenryo chasqueó la lengua.

—¡Menudo hipócrita estás hecho!

Vuestros sabios hablan continuamente del valor de la vida humana y de la falta de distinción entre actos de comisión y de omisión. Sin embargo, ahí estás, intentando fingir que no eres tú quien sujeta el cuchillo de piedra. Puedes detenerlo en cualquier momento con un simple movimiento de cabeza; si te niegas a hacerlo, es igual que si estuvieras manejándolo tú.

El guardián hizo tres nuevos movimientos rápidos de muñeca y los aullidos de Oga se sucedieron sin

solución de continuidad y ya no parecían humanos.

—¡Basta! ¡Basta!

Pékyu Tenryo miró a Luan con una sonrisa en la cara.

El viejo erudito asintió derrotado. Si hubiera sido el joven llevado por la pasión para vengarse de la injusticia, podría haber mantenido resueltamente su negativa a pesar de los gritos desgarradores del torturado Oga. Si hubiera sido el joven estratega que aconsejó fríamente a un rey que traicionara a su mejor amigo para lograr una paz duradera para el pueblo, podría haber sopesado las necesidades de millones de personas frente al

sufrimiento de un solo hombre.

Pero la edad había hecho mella en su lógica y no podía soportar ser el instrumento de tortura para su amigo. El sentimiento nos vuelve necios pero, sin sentimientos, seríamos poco más que mudos instrumentos manejados por los dioses en sus incomprensibles juegos.

Luan Zya calculó una serie de nuevas fechas para siguientes aperturas del Muro de las Tormentas.

—Solo servirán para la parte septentrional del muro, que es de donde proceden los datos de la mayoría de las observaciones —explicó—. Y cuanto más nos alejemos en el futuro, más

inciertas serán las predicciones.

Para comprobar que Luan Zya realmente estaba diciendo la verdad, Pékyu Tenryo se llevó los resultados y las derivaciones de sus cálculos y le pidió que los rehiciera. Supuso que si Luan se estaba inventando cifras falsas sobre la marcha, al rehacer su trabajo saldrían a la luz las discrepancias.

Tres veces le sometió a la misma prueba y las tres produjeron los mismos resultados.

Todavía sin estar completamente convencido, Tenryo pidió a Luan que realizara diversos cálculos de ingeniería sobre las modificaciones necesarias para adaptar los barcos-ciudad al peso

de los garinafins. Cuando introdujeron dichas modificaciones en uno de los barcos y este completó un viaje de prueba con garinafins a bordo, el pékyu quedó finalmente convencido de que el erudito de Dara había aprendido la lección.

Lo cierto es que Luan se convirtió en un siervo sumiso y obediente. Cuando sus piernas mejoraron, empezó a moverse cojeando con muletas, haciendo lo que el pékyu le ordenara. Inventó modos de ajustar los mamparos de los barcos-ciudad para almacenar mejor los alimentos y las armas necesarios para la invasión; diseñó agarres especiales para que los garinafins pudieran viajar con

relativa comodidad; calculó las formas más efectivas de distribuir al ganado y a las personas por todo el barco para que este pudiera capear mejor las tormentas.

—¿Por qué lo hacéis? —le preguntó Oga.

Luan sacudió la cabeza y no respondió.

Pero Oga no quedó conforme.

—Yo acabaría con mi vida si estuviera en vuestro lugar. Por mi hija, por todos los hijos e hijas de Dara.

Luan suspiró.

—Aunque muriera, podrían llegar a Dara. Soy un hombre viejo y débil y me gustaría volver a ver mi hogar antes de morir.

La flota zarpó un día propicio. Los integrantes del ejército invasor se despedían con ademanes de quienes quedaban detrás desde las cubiertas de los barcos-ciudad. Iban a conquistar el paraíso y convertirlo en su hogar.

Veinte barcos-ciudad repletos de hombres, ganado y garinafins navegaron adentrándose en la gran corriente oceánica, con todo su velamen desplegado para captar el viento, como los icebergs que flotaban a la deriva más al norte. Era menos de la mitad de la flota original de Mapidéré. El resto quedaba reservado para el envío de futuros refuerzos a Dara.

Cuando se le curaron las piernas,

Luan ganó movilidad. Pasaba la mayor parte del tiempo estudiando a los garinafins, haciendo bocetos de ellos en *Gitré Üthu* y preguntando a los mozos de cuadra por sus costumbres. Pékyu Tenryo, que viajaba en el mismo barco, consideraba la conducta de Luan un ejemplo de su excentricidad. Incluso un hombre destrozado necesitaba pasatiempos.

Los barcos-ciudad aumentaron su velocidad a medida que la corriente crecía en intensidad.

Por fin, la flota llegó al Muro de las Tormentas unos días antes de lo previsto. Los barcos abandonaron la

corriente y esperaron ante la fabulosa cortina de ciclones cerca del lugar por donde Luan Zya la había atravesado dos años antes.

—Este es el momento de la verdad —dijo Pékyu Tenryo a Luan Zya—. Pronto averiguaremos si eres tan listo como piensas.

Luan no dijo nada.

El día señalado, todos los que estaban a bordo de los barcos-ciudad observaban con ansia la tormenta. Hasta el mediodía no pareció que se produjeran cambios en las agitadas olas y nubes, pero de súbito los zigzagueantes rayos que atravesaban las nubes empezaron a caer al mismo

tiempo.

Era como si toda la cortina de ciclones se hubiera convertido en una luz intermitente de un brillo cegador. Mientras las luces seguían parpadeando, los ciclones empezaron a ordenarse como combatientes en el calor de una batalla que de repente escuchan la voz de retirada en ambos lados. Poco a poco fue surgiendo una estrecha franja de mar en calma entre las cortinas que se apartaban, como cuando se abre el telón sobre el escenario al comienzo de una ópera popular.

De los barcos-ciudad brotaron vítores exultantes. La apuesta había merecido la pena.

Pékyu Tenryo miró a Luan Zya, cuya cara reflejaba una expresión indescifrable.

—Has conseguido algo asombroso —dijo Pékyu Tenryo, y la alabanza era sincera—. Tu nombre pervivirá en la historia como el primer hombre que comprendió el secreto de esta maravilla de la naturaleza.

—El universo es cognoscible —murmuró Luan Zya, y era difícil saber si estaba contento o afligido.

Esa noche, tras una celebración desenfadada en todos los barcos, Pékyu Tenryo invitó a Luan Zya a seguir bebiendo kyoffir en su camarote. El

pékyu estaba cogiendo cariño a su erudito preferido.

—Los lyucu te recordarán como un héroe —dijo Pékyu Tenryo.

—Y mi pueblo como un traidor —dijo Luan Zya.

—No estés tan malhumorado —dijo Pékyu Tenryo—. La bondad o la maldad de las cosas debe contemplarse desde diversas perspectivas. Si no nos hubieras ayudado, muchos ancianos y ancianas habrían muerto en los inviernos de las planicies y muchos niños dejarían de nacer.

—Los tiranos pueden justificar cualquier cosa con «si no hubiéramos...».

Pékyu Tenryo se echó a reír.

—Entonces lo intentaré de otro modo. Si vuestra tierra es tan maravillosa, ¿no es un pecado guardarla solo para vosotros? Quienes nacen en regiones menos afortunadas también merecen disfrutar de su generosidad. Siempre has sido un alma inquieta y fue tu espíritu viajero lo que te animó a salir de Dara. ¿Por qué negar a otros la libertad de movimientos que consideras tu derecho?

—Entonces, ¿crees que moralmente es lo mismo una invasión que un viaje de exploración?

—Realmente no observé mucha diferencia cuando el almirante Krita

exploró nuestra tierra y se convirtió en su rey.

Luan Zya suspiró.

—Serías un buen abogado.

Pékyu Tenryo estaba a punto de preguntar más cosas sobre esa profesión que sonaba tan exótica cuando sintió una ligera sensación de mareo y se cayó sobre la mesa, derramando el kyoffir de su taza-cráneo sobre la superficie de cuero.

Luan Zya se levantó, rebuscó en las pieles de Pékyu Tenryo el juego de llaves del que nunca se separaba y se precipitó fuera del cuarto.

Abrió la puerta del pañol que siempre

estaba sellado.

Se sintió abrumado por un olor a humo y fuego.

Luan Zya desconocía qué se guardaba allí. Lo único que sabía es que los mozos de cuadra siempre se callaban cuando la conversación avanzaba en esa dirección. Estaba cerrada con llave y, por lo que sabía, Pékyu Tenryo era el único que tenía una copia. Fuera lo que fuese que guardasen dentro, era de crucial importancia para la invasión lyucu.

Llevaba tiempo esperando el momento de que llegara esa oportunidad. Tras caer en la trampa de Cudyu y Vadyu y desvelar el secreto del

pasaje a través del Muro de las Tormentas, la única manera de expiar su pecado era sabotando la misión de los invasores. Ya había preparado algo que con suerte desbarataría los planes de los lyucu para someter Dara, pero necesitaba hacer algo más para estar seguro.

Luan había dudado entre matar al pékyu mientras dormía, lo que habría descubierto rápidamente su traición, o conseguir bajar inadvertidamente hasta este lugar para sabotear los secretos que encerraba ese almacén. El pékyu era poderoso y astuto, pero otro thane — como la taimada Tanvanaki— podía ocupar su puesto; por el contrario, el

contenido de este almacén podría ser irremplazable. Esperaba haber tomado la decisión correcta.

Se había ganado la confianza de los lyucu al plegarse aparentemente a sus deseos. Había representado el papel del hombre débil y necio incapaz de entender que para detener el mal a veces los inocentes tienen que sufrir. Había permitido que el pékyu le subestimase y le juzgara erróneamente.

El pañol estaba lleno de sacos, aparentemente llenos de algún tipo de grano. Puede que fuera una medicina potente o algún alimento que proporcionara a los guerreros una fuerza especial. Fuera lo que fuera, iba a

destruirlo.

Pero el tufo fuerte y acre, como si ya hubiera algo ardiendo, le confundió. Estaba seguro de haberlo olido antes. Le vino a la cabeza una imagen del viaje en globo que hizo con su mejor alumna, Zomi Kidosu, pero no sabía cuál era la relación.

En cualquier caso, ahora no podía detenerse a investigar. Había un tiempo para buscar el conocimiento y un tiempo para actuar. El señor Garu le enseñó esa lección hacía mucho.

Vertió sobre los sacos la jarra con aceite de lámpara que había robado en el almacén; luego dejó caer la antorcha y vio cómo el pañol estallaba en llamas.

Mientras salía apresuradamente de allí, repasó mentalmente su lista de asuntos pendientes. *Gitré Üthu* estaba cuidadosamente oculto en un oscuro rincón de la bodega, donde era difícil que fueran a encontrarlo. En un momento de debilidad, había escrito en él un último mensaje para Gin, la amante en la que nunca dejó de pensar y a quien no pudo convencer de que abandonara la búsqueda de poder y de honor —aunque tal vez el necio fuera él: había ido en busca de su propio sueño y mira adónde le había llevado.

Estaría bien que el libro sobreviviera y en algún momento lo descubriera alguien que pudiera interpretarlo, pero

esto no era fundamental. Ya no tenía nada más que perder.

Corrió hasta el final del estrecho corredor que conducía a la bodega y agarró la pala de remover estiércol que había cogido al bajar. Por un momento tuvo la ilusión de volver a estar en el palacio del emperador Erishi en Pan, cuando luchaba junto al señor Garu y todo ardía a su alrededor.

Resistiría en esa posición y retendría a los guardias Iyucu tanto como pudiera. Cuando más aguantara, más ardería el misterioso material guardado en el almacén.

—Deberíais haberme invitado.

Oga Kidosu surgió de repente.

Llevaba dos espadas de Dara que el thane al que servía guardaba como trofeo.

Luan se sobresaltó.

—¿No quieres ver a Zomi y a Aki?

—dijo mientras aceptaba una de las espadas y tiraba al suelo la pala.

—Los padres están obligados a librar guerras para que sus hijos no tengan que hacerlo.

Luan sonrió.

—Como quieras, amigo. Entonces vamos a hacer que nos recuerden.

Los guardias lyucu surgieron de la oscuridad y ellos aullaron y clavaron las espadas en lo desconocido.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

LA TRAMPA

RUI: SEGUNDO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

—Al final nos superaron... el almacén ardió por completo... nos encadenaron en la bodega... no nos quisieron matar... testigos de la destrucción de nuestra tierra...

La voz de Oga Kidosu se fue

desvaneciéndose hasta que Zomi ya no pudo oír nada más, ni siquiera con el oído pegado a los labios que susurraban.

—Orgullosa... hija... orgullosa...
vuelto a ver...

Los labios dejaron de moverse. Zomi apoyó la cabeza contra su pecho y solo había silencio.

Se puso la mano de él sobre su rostro y las cálidas lágrimas cubrieron la piel arrugada, que empezaba a ponerse rígida y fría.

En la otra camilla, las manos de Luan Zya se movieron. Zomi se dio la vuelta y las cogió. Contempló sus ojos ciegos y gritó:

—¡Maestro! ¡Estoy aquí!

Las manos continuaron moviéndose entre las suyas como un pez escurridizo que intentara escaparse. Zomi las soltó y las observó desplazarse en el aire.

Se dio la vuelta y pidió a gritos:

—¡Cera para escribir! Está intentando decir algo.

En el gran salón de audiencias se movilizaron y enseguida le trajeron cera blanda en una bandeja. Zomi levantó la bandeja y colocó las manos de su maestro sobre ella. Incluso sin ojos, los dedos palparon la cera maleable y comenzaron a esculpirla.

Zomi observó los ideogramas que cobraban forma en la bandeja, uno tras otro. Se dio cuenta de que las manos

empezaban a moverse más lentamente, con menos fuerza. Las lágrimas le caían por el rostro sin que ella hiciera nada para impedirlo; sentía que el corazón estaba a punto de rompérsele.

*Pesa el pescado, el
universo es
cognoscible.*

*Una cruben emerge; la
rémora se separa.*

*El niño lloriquea, el
padre arrulla,*

*Compañeros de espíritu
grande, hermanos,*

Lúcida debilidad,

Empatía que envuelve el

mundo.

*Imaginar nuevas
máquinas,
contemplar tierras
desconocidas,
Creer que la gracia de
los reyes pertenece a
todos.
Agradecido.*

Era el resumen de su vida, la última llamada del ganso salvaje que abandona el estanque.

El último ideograma cobró forma; los dedos se detuvieron. Y con un jadeo final casi imperceptible, Luan Zya

murió.

Zomi se echó hacia atrás y se arrodilló ante ambas camillas. Tocó el suelo con la frente en dirección a Oga Kidosu.

—Eres el autor de mi cuerpo y el molde de mi espíritu, padre. Aunque solo nos hemos visto dos veces en nuestra vida, en el momento de mi nacimiento y en el de tu muerte, las estelas plateadas de nuestro encuentro iluminarán por siempre el inmenso mar de mi memoria.

Se giró y tocó el suelo con la frente en dirección a Luan Zya.

—Eres el padre de mi mente y el instructor de mi alma, Luan Zyaji...

Los sollozos le impidieron continuar.

Nadie objetó que utilizara el tratamiento honorífico aunque, según la costumbre, solo los reyes y los emperadores podían otorgar tal honor a los grandes eruditos.

Se redactó un detallado informe y se envió a Pan. Algunos pensaron que habría que enviar también *Gitré Üthu* al emperador, pero Than Carucono miró la figura doliente de Zomi Kidosu, que sujetaba el libro como un ahogado se aferra a cualquier cosa que flota, y sacudió la cabeza. El libro estaba donde tenía que estar.

Los cuerpos de Oga Kidosu y Luan Zya

permanecieron en el gran salón de audiencias. Tras un periodo de duelo adecuado, Zomi trasladaría a ambos para que fueran enterrados en su tierra natal, en Dasu y en Haan. De todas formas, dada la situación de guerra, para eso aún faltaba algún tiempo.

¿Por qué no te llevaste el cuerpo de tu protegido, Hermano-Tortuga, igual que nosotros hicimos con los de nuestros favoritos en su momento de apoteosis?

Luan siempre creyó que el universo era cognoscible. Sería injusto convertir en un misterio el momento de su muerte.

Tienes extrañas ideas sobre el modo

de honrar a los mortales, Lutho.

He pensado mucho en nuestra relación con los mortales. Aunque no hayamos conocido a los dioses de los lyucu, ¿no te has dado cuenta de que han empezado a alabarnos dándonos el nombre de sus dioses? ¿Te sientes honrado o deshonorado?

Than Carucono y Zomi Kidosu debatían si era sensato hacer venir al emperador a Rui.

—Según la experiencia de Luan Zyaji, Pékyu Tenryo es un adversario inteligente y astuto —dijo Zomi—. Antes de comprometer al emperador deberíamos determinar si su aparente

retirada no es más que otra estratagema.

—Pero si aguardamos demasiado, daremos a Tenryo la oportunidad de reagruparse. Cuanto más esperemos, más probabilidades tendrá de fortalecer su posición. La estrategia correcta es pedir refuerzos de inmediato y atacar mientras el hierro esté candente. La presencia del emperador levantará el ánimo de nuestras tropas e intimidará a los bárbaros, a la vez que permitirá iniciar las negociaciones para la rápida salvaguarda del príncipe Timu.

Zomi suspiró. A estas alturas ya tenía suficiente experiencia sobre cómo funcionaba el mundo para saber que el verdadero temor de Than Carucono era

que le culparan si Tenryo, llevado por la desesperación, decidiera hacer daño al príncipe Timu. Quería contar con la presencia del emperador Ragin para no tener que hacer frente a la ira del emperador y de la emperatriz si las cosas se torcían. Puede que fuera sensato desde el punto de vista político, pero estaba segura de que era una estrategia equivocada.

En cuanto llegó la aeronave mensajera a Pan, Kuni comenzó los preparativos para desplazarse hasta Rui con el resto del ejército.

—Os aconsejo encarecidamente que no toméis esa decisión —dijo Mün

Çakri—. La situación en Rui sigue siendo insegura y creo que deberíamos considerar como se merece la preocupación de Zomi.

—¿Cómo es que de repente te has vuelto tan cauto? —dijo Jia, con voz tensa. Estaba impaciente por reunirse con Timu y se le vino a la cabeza la idea de que Mün podría estar intentando prolongar la guerra para aumentar su influencia.

—La mariscal siempre nos ha enseñado que hay un tiempo para actuar y un tiempo para aguardar —dijo Mün Çakri—. No confío en la victoria rápida y el aparente colapso de las defensas lyucu.

—La mariscal no lucha en esta guerra —dijo Kuni con voz crispada—. Voy a ir, vengas o no. Mi hijo está allí. Seguramente eso sí lo podrás entender.

El emperador Ragin llegó a Kriphi con Than Carucono y un refuerzo de diez mil hombres, junto con más aeronaves equipadas con lanzallamas.

Como los lyucu desconfiaban de que la tripulación de sus aeronaves pudiera desertar —ya que estaba en su mayor parte compuesta por imperiales rendidos—, dejaron en Dasu las aeronaves que habían estado utilizando en misiones de exploración. Como tampoco tenían la capacidad ni el entrenamiento para

desplegar grandes flotas de aeronaves, durante su retirada inutilizaron todas las que había en la base aérea del monte Kiji para que no cayeran en manos del enemigo. Les llevaría mucho tiempo construir más, así que las aeronaves que acompañaron al emperador eran las últimas que quedaban en Dara.

Mün Çakri ordenó emprender una persecución lenta y continuada de los lyucu. Puma Yemu quedó a cargo de las aeronaves imperiales y las destinó a ataques relámpago contra el ejército lyucu. El objetivo de estos ataques no era tanto causar daños como forzar a los garinafins a expulsar fuego y agotarlos hasta que no pudieran volar. La

respuesta de los lyucu fue dividirlos en grupos que iban turnándose entre el desplazamiento por tierra para descansar y el vuelo para enfrentarse a las aeronaves de Puma que los acosaban.

Mientras los guerreros bárbaros se retiraban poco a poco hacia la costa, obligando a los civiles a acompañarlos para servir de escudos humanos, los garinafins surcaban los cielos para interceptar las aeronaves, permaneciendo a cierta distancia, asustadizos tras su desastrosa batalla contra las aeronaves imperiales que arrojaban lenguas de fuego. Por tanto, ambos lados se limitaban a danzas

aéreas, haciendo fintas y buscando puntos débiles, sin llegar a entablar combate abierto.

Otros garinafins partieron para proteger a los barcos-ciudad fondeados a lo largo de la costa occidental de Rui contra bombardeos aéreos o contra ataques sorpresa de las crubens mecánicas.

Aparentemente, el plan de Pékyu Tenryo era llegar hasta la costa para embarcar en los barcos-ciudad y, una vez allí, retirarse a Dasu para hacerse fuerte o poner rumbo a mar abierto.

—Tenemos que alcanzarlo antes de que llegue a la costa —afirmó Kuni. Than Carucono tomó un destacamento de

unos cientos de jinetes e intentó rebasar por los flancos a la masa en retirada del ejército lyucu y los civiles secuestrados. Algunas aeronaves lanzallamas volaban a cierta distancia de la brigada para actuar como señuelo y atraer la atención de las patrullas de garinafins, evitando que se fijaran en los jinetes. Si Than lograba cortar el camino al mar del ejército en retirada, el emperador tendría la oportunidad de rodearlos por completo.

Zomi Kidosu eligió unirse a la caballería de Than Carucono. El arnés de su pierna estaba rígido a causa del frío invernal, por lo que le costaba trabajo caminar, mientras que a caballo

tenía más movilidad. Aprovechó la oportunidad para alejarse un poco de la brigada de caballería y observar la danza aérea de los garinafins y las aeronaves desde la distancia. Aunque Luan Zyaji había tomado detalladas notas sobre estas criaturas en *Gitré Üthu*, se dijo a sí misma que la observación directa no tenía parangón si quería pesar el pescado.

A estas alturas, las tripulaciones de las aeronaves imperiales y los jinetes de los garinafins ya habían combatido suficientes veces como para adaptarse a las tácticas del otro. Las aeronaves tenían la ventaja de poder permanecer en el aire indefinidamente y contar con

lanzallamas de mayor alcance, pero los garinafins eran más maniobrables y más rápidos. Mientras las tripulaciones de las aeronaves estuvieran alerta y mantuvieran cuidadosamente las formaciones evitando los puntos ciegos, podían ahuyentar a los garinafins, aunque les faltara rapidez y agilidad para atraparlos.

Kidosu hizo minuciosos dibujos de los garinafins en acción y anotó si daban la impresión de proteger ciertas partes de su cuerpo cuando luchaban. Incluso se tomó tiempo para examinar sus excrementos cuando los encontraba, por mucho que les impacientara a los demás miembros de la brigada de caballería.

No estaba muy segura de lo que andaba buscando, pero creía que Gin Mazoti tenía razón: comprender a los garinafins era la clave para una eventual victoria.

De vez en cuando, alguno de los civiles conseguía escapar de los lyucu y corría a buscar protección con los jinetes de Carucono. Eran muchos menos los que lo conseguían de lo que podría suponerse y al preguntarles la razón explicaron el sistema de vigilancia de los deci-jefes instaurado por el traidor Ra Olu: aun teniendo la oportunidad, pocas familias se atrevían a huir por las consecuencias que eso tendría para sus vecinos. El sistema de Ra Olu aseguraba eficazmente el control de los lyucu sobre

la población y Than Carucono lo maldijo.

Cuando Than Carucono terminaba de interrogar a los aldeanos huidos sobre la moral y el despliegue de las tropas lyucu, los enviaba a Mün Çakri, que estaba al mando del cuerpo principal del ejército y podía ofrecerles protección. Pero Zomi Kidosu procuraba retenerlos más tiempo para hacerles preguntas sobre los garinafins: cuántas personas se dedicaban a cuidar y alimentar a cada uno de ellos; cuánto comían exactamente y cuántas horas al día; cuáles eran sus comidas favoritas; cuantas veces defecaban y qué forma tenían sus excrementos frescos y así

sucesivamente.

Estas preguntas resultaban inútiles para Than Carucono:

—¿Estás pensando hacerte pastor de garinafins?

Zomi Kidosu sacudía la cabeza. Para la mayor parte de la gente de Dara, los garinafins eran monstruos de pesadilla, pero ella y su maestro sabían que incluso los monstruos eran cognoscibles.

Para alcanzar la costa, el ejército lyucu y sus cautivos tenían que atravesar el paso de Naza, cercano a la costa septentrional de Rui.

El paso se hallaba en el extremo más estrecho de un valle en forma de embudo

con montañas que se cernían a ambos lados. Tenía alrededor de una milla de anchura en el extremo más abierto, donde se encontraba Phada —una pequeña aldea famosa porque en ella terminaba el túnel secreto excavado por Gin Mazoti durante la Guerra del Crisantemo y el Diente de León.

Como el túnel tuvo únicamente objetivos militares, no resultaba apropiado para su explotación comercial sin una inversión importante y Kuni Garu pensó sabiamente que continuar un proyecto iniciado por el tirano Mapidéré no habría sido del agrado de sus súbditos. Por tanto, el túnel quedó abandonado y, con el

tiempo, el cráter por el que habían salido Gin Mazoti y sus fuerzas se fue rellorando de piedras sueltas. Eran pocos incluso los que recordaban su existencia, aparte de los viejos veteranos que lucharon a las órdenes de la mariscal Mazoti en aquellos días.

El valle se estrechaba al avanzar hacia el oeste y, al llegar al paso de Naza, las montañas se juntaban hasta reducirlo apenas a cien yardas.

Los jinetes del general Than Carucono consiguieron una ventaja de varios días sobre el ejército lyucu en retirada, lo que les daría tiempo suficiente para construir impresionantes fortificaciones con rocas y árboles

caídos.

Carucono suspiró con alivio. Una vez levantadas las fortificaciones, ni siquiera los ataques de los garinafins podrían desalojarlos. Los quinientos jinetes confiaban poder resistir ante una fuerza lyucu mucho mayor hasta la llegada del cuerpo principal del ejército comandado por el general Mün Çakri.

Zomi observó las fortificaciones con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que te preocupa? — preguntó Than Carucono.

—No entiendo cómo los garinafins no nos han encontrado —dijo Zomi. Echó un vistazo a las aeronaves que patrullaban a cierta distancia de allí

siguiendo las instrucciones de Carucono, que no quería dar pistas de lo que ocurría en el paso de Naza—. Han acosado a las aeronaves señuelo todo el tiempo que hemos estado avanzando.

—De eso se trataba, de que no nos encontraran.

—¡Pero era casi como si lo estuvieran haciendo a propósito! No se nos ha acercado ni un solo garinafin. Como si quisieran convencernos de que se habían dejado engañar por las aeronaves, aunque para ellos no tuviera sentido que volaran tan lejos del ejército del general Çakri. Creo que ya deben de saber que estamos aquí.

—Esa es una idea paranoica.

—¿No os parece extraño que hayan dejado de acosar a las aeronaves?

—A lo mejor los garinafins están cansados y necesitan descansar. Como dices, han estado acosando al señuelo durante todo nuestro avance.

Zomi sacudió la cabeza.

—No han utilizado a los mismos garinafins para perseguir a las aeronaves. Hay al menos tres grupos diferentes. Mientras uno de ellos mantiene ocupadas a nuestras aeronaves, los otros dos pueden recuperarse.

—Estoy impresionado de que los hayas vigilado tan de cerca —dijo Carucono—. Pero, ¿qué importancia tiene eso? Probablemente la mayor parte

de los garinafins están ocupados enfrentándose a las aeronaves que escoltan al ejército de Mün Çakri. Lo que importa es que hemos llegado al paso y preparado las defensas. Incluso aunque nos descubrieran ahora, no podrían eliminar las fortificaciones antes de la llegada del ejército. Están condenados.

—Pero el plan ha funcionado demasiado bien... Tenryo debe de saber que este es el principal cuello de botella del camino a la costa. Aun así, en lugar de evitar esta ruta o intentar alcanzar este punto el primero, sigue avanzando hacia aquí sin enviar a un solo garinafin por delante para explorar la ruta. Algo

no va bien.

—Si crees que todo es un complot dentro de un complot dentro de un complot —dijo Carucono irritado—, nunca llegarás a hacer nada. Si creemos que los bárbaros lo saben todo, ¿para qué molestarnos en pelear?

—No es eso lo que quiero decir —protestó Zomi.

—A veces es mejor no complicar las cosas. Tal vez los dioses hayan favorecido a los bárbaros proporcionándoles esas increíbles monturas, pero eso también debe haberlos influido en su modo de diseñar tácticas de batalla. Lo único que les ha impresionado han sido esas aeronaves

lanzallamas y todos los comandantes tienden a planificar en función de la última amenaza a la que se han enfrentado.

»Como no esperan gran cosa de nuestras fuerzas de tierra, la explicación más probable de tus sospechas es que no creen que tengan que ser precavidos una vez que conocen la situación de nuestras aeronaves.

Zomi quería seguir discutiendo, pero como no tenía una teoría verosímil sobre los propósitos reales de los lyucu, sabía que no podía ganar.

No obstante, su inquietud iba en aumento.

Mucho antes de que pudiera verse al ejército, el suelo empezó a temblar con los pasos de los garinafins. Sonaba como una enorme manada de elefantes abriéndose camino a través de un denso bosque o como truenos retumbando en la tierra.

Y luego ahí estaban: miles de refugiados empujados a lo largo del valle como si fueran ganado, tropezando, tambaleándose, arrastrando a niños, agotados después de días cargando pesados fardos de alimento, granos y provisiones para el ejército lyucu. Tras ellos avanzaba la horda de guerreros, entremezclados con las figuras enormes de los garinafins, con

sus enormes moles y grandes pasos produciendo un sorprendente contraste visual con los estrechos confines del valle.

El corazón de Zomi latió con fuerza. *Maldita sea. ¿Cómo es que no había pensado en esto?*

—¿Qué ocurrirá si empuja a los civiles hacia nosotros?

—No podemos dejar pasar a los lyucu.

—¡Pero esta es nuestra gente! ¡No podemos matarlos!

El rostro de Carucono adquirió un aspecto sombrío.

—Tenemos que mantener la posición. Los soldados de Dara se alinearon

tras las barricadas, con los arcos tensos y las flechas apuntando.

Pero los lyucu no empujaron a la multitud. En vez de eso, ordenaron a los civiles que se sentaran frente a las barricadas y los guerreros lyucu se colocaron tras ellos, junto a los garinafins. Las filas llegaban hasta donde alcanzaba la vista, llenando el valle.

—Las tropas del emperador han entrado en el valle —dijo excitado Carucono interpretando las banderas de señales de una de las aeronaves que sobrevolaban a lo lejos—. ¡Están atrapados!

Kuni Garu examinó las filas de guerreros bárbaros formados delante de él buscando alguna señal que le indicara dónde estaba su hijo.

Iban vestidos con la variopinta mezcla de pieles y cuero usada por los bárbaros y la seda y cáñamo habituales en Dara. Muchos de los guerreros iban adornados con sargas de perlas y cadenas con joyas y metales preciosos por todo el cuerpo, fruto de sus saqueos y robos. Aunque sin el tipo de disciplina implícita en la uniformidad visual de los soldados imperiales, su actitud arrogante y descuidada les otorgaba cierto esplendor que hizo pensar a Kuni en sus antiguas tropas, la banda de

forajidos con la que había iniciado el camino hacia el trono de Dara décadas atrás.

Tras ellos estaban los soldados imperiales que habían unido su suerte a la de los invasores, avergonzados, sin atreverse a mirar al emperador.

Y, aún más atrás, delante de las barricadas que bloqueaban el paso, los civiles a los que había jurado proteger.

Se sintió viejo y cansado. *¿Cuántas guerras más tengo que librar? ¿Cuántas personas más tienen que morir?*

Las filas de los bárbaros se separaron y un hombre de aspecto poderoso dio un paso y se le quedó

mirando a través del espacio entre los dos ejércitos.

—Debes de ser Pékyu Tenryo —dijo Kuni.

Tenryo asintió con una amplia sonrisa.

—Después de tener a tu hijo tantos días como invitado, es un honor conocer a su padre, emperador Ragin.

Kuni hizo un esfuerzo por mantener la calma. Que Tenryo pusiera sobre la mesa a Timu era buena señal. Significaba que estaba en disposición de negociar. *Sabe que está atrapado y que yo tengo ventaja. Solo tengo que ofrecerle una salida.*

—Has hecho mucho daño, Pékyu —

dijo Kuni—. Dara era una tierra de paz antes de tu llegada y la sangre de aquellos a quienes has matado seguirá manchando tu alma mucho después de que hayas muerto.

—He venido buscando una vida mejor para mi pueblo —dijo Tenryo—. Nunca me disculparé por eso.

Los guerreros lyucu dispuestos tras él golpearon sus hachas y mazas de guerra unas contra otras provocando un estruendo aterrador.

Kuni aguardó a que el ruido se apagara.

—A lo mejor pensabas que estabas luchando para dar una vida mejor a tu pueblo, pero claramente has fracasado.

Tenryo echó a reír.

—No estoy de acuerdo con eso.

Kuni no tuvo más remedio que admirar la osadía y la confianza del cabecilla bárbaro.

—Sé que tus garinafins están agotados y que por eso no están volando.

—Aun agotados, los garinafins en tierra ofrecerán pelea.

—Pero tu camino hacia el mar está bloqueado y os superamos cuatro a uno. ¿Cuánto tiempo crees que resistirás antes de sucumbir por agotamiento? Los garinafins que todavía pueden volar no lucharán cuando sus jinetes lyucu hayan caído víctimas de nuestras flechas y las

bestias que no puedan remontar vuelo caerán bajo nuestras rocas y troncos. No tienes más remedio que negociar.

Tenryo continuó sonriendo.

—Supongamos que estoy de acuerdo con tu análisis. ¿Qué condiciones me ofreces, emperador de Dara?

—Si depones inmediatamente las armas y matas a tus garinafins —no me importa cómo—, os garantizo el paso seguro hasta los barcos-ciudad anclados en la costa. Una vez allí, tendréis que abandonar Dara inmediatamente para no regresar nunca. Ambos sabemos que los cálculos de Luan Zyaji muestran que habrá otra apertura en el Muro de las Tormentas el año próximo y podéis

quedaros en las islas de los piratas hasta entonces.

—Esas condiciones no me parecen generosas —dijo Tenryo—. No me convencen.

Kuni sacudió la cabeza.

—Son las mejores que obtendrás.

—¿No cambiarás de opinión aunque veas a tu hijo? —preguntó Tenryo.

Las filas de los guerreros lyucu se separaron para mostrar la figura del príncipe Timu, con las manos atadas a la espalda. Vadyu Roatan lo empujó hacia adelante, sujetando una espada como las de Dara contra su cuello.

La sangre se agolpó en el rostro de Kuni y el corazón le oprimió

dolorosamente la caja torácica.

¡Mantén la calma! No hará daño a Timu; sabe que hacerlo le privaría de su única baza negociadora y sellaría su destino. No es más que un farol para conseguir mejores condiciones.

—No tengo miedo, padre —gritó Timu. Entre las filas de los soldados de Dara se propagaron murmullos de admiración.

Reuniendo el mismo valor al que apeló años atrás, cuando el hegemón amenazó con cocinar a su padre delante de él, Kuni hizo esfuerzos por recobrar el color de la cara.

—Si haces daño a mi hijo, has de saber que ninguno de vosotros saldrá

vivo de aquí.

—Pareces muy seguro de la victoria —dijo Tenryo.

—¡Mi vida no es tan importante como las de los habitantes de Dara! —gritó Timu—. ¡No cedas, padre!

Kuni arrugó la frente. Había algo en la seguridad de Tenryo que le inquietaba. Kuni era un buen jugador y podía reconocer un farol. Pero la sonrisa de Tenryo... era distinta.

Y entonces oyó el estruendo tras él.

El cráter de la aldea de Phada, abandonado y olvidado durante mucho tiempo, entró en erupción.

Del subsuelo salieron hombres,

mujeres y bestias de la Tierra de los lyucu. Los garinafins despegaron volando en círculos sobre las asustadas caras de los soldados Dara. Por detrás de ellos avanzaban los soldados lyucu, levantando los escudos de piel de garinafin y golpeando rítmicamente mazas y hachas contra su estructura de hueso.

Pronto el extremo más ancho del valle estuvo lleno. Ahora era el ejército de Dara el que quedó atrapado entre las fuerzas de Pékyu en la parte estrecha y estos nuevos guerreros en la más ancha.

Mientras Tanvanaki había puesto a sus garinafins a representar un espectáculo deslumbrante ante las

aeronaves imperiales para mantenerlas ocupadas, envió algunos de los barcos-ciudad cargados de garinafins hacia la costa de Dasu. De ahí se habían trasladado en secreto hasta Rui por el túnel bajo el mar.

Tanvanaki, inspirada por las lecciones aprendidas con el desembarco sorpresa de las crubens mecánicas y por lo que contaban los veteranos imperiales rendidos, había desarrollado un plan para aprovechar a su manera los vectores de ataque submarinos: los refuerzos lyucu llegaron a Rui por debajo del mar, utilizando los túneles que el propio Kuni había utilizado en el pasado para conquistar Rui desde Dasu.

—¿Quieres ofrecerme ahora mejores condiciones? —preguntó un sonriente Pékyu Tenryo—. ¡Me presté a servir de señuelo y supuse que no podrías resistirlo!

Kuni Garu cerró los ojos derrotado. Llevado por su impaciencia por rescatar a su hijo, había ignorado los signos de aviso. Era evidente que, como comandante de hombres, no estaba a la altura de Gin Mazoti.

Al otro extremo del valle, Zomi se maldecía a sí misma por no haber adivinado la pérfida estratagema lyucu.

Mün Çakri apremió al emperador.

—*Rénga*, aunque todavía les superamos en número, la estrechez del

valle neutraliza esa ventaja hasta cierto punto. Y ahora que cuentan con tantos garinafins en vuelo, hemos perdido la ventaja aérea.

Kuni sabía que Mün Çakri estaba intentando no herir sus sentimientos al optar por no mencionar la mayor desventaja de todas: *Él* estaba allí. De hecho, se había convertido en rehén del pékyu.

—¿Qué podemos hacer?

—Vuestra única posibilidad es subir a una de las aeronaves y dirigiros a un lugar seguro. Si todas las aeronaves imperiales actúan conjuntamente es posible abrir una vía de escape que os permita escapar de esta trampa. Todos

los demás lucharemos para mantener ocupados a sus soldados de a pie. Tendréis que vengarnos.

—¡Eso es inaceptable!

—Si no salís, moriréis aquí. ¡Y si Dara se queda sin emperador, caerán todas las islas!

Mientras algunas aeronaves sobrevolaban para enfrentarse a los garinafins descansados y a sus jinetes, una de ellas particularmente rápida, la nave imperial *Gracia de los Reyes* comenzó a descender a su encuentro. Mün Çakri estableció un perímetro defensivo con tropas de Dara alrededor del emperador, por si los lyucu intentaban asaltar su posición para

impedir el aterrizaje de la aeronave.

Kuni miró a Timu a lo lejos. En su interior, volvía a ver a Timu y a Théra de pequeños, aferrándose a las faldas de Jia mientras en torno suyo caía la ciudad de Zudi y él tenía que elegir entre abandonar a sus seres queridos para poder seguir peleando o quedarse con ellos y perderlo todo.

A veces un rey tenía que elegir entre dos opciones y ninguna de ellas era buena.

La *Gracia de los Reyes* se cernía cerca del suelo. La barquilla se abrió y arrojaron una escala de cuerda.

—¡Deprisa, Rénga! —gritó Dafiro Miro desde lo alto de la escalerilla.

—Lo siento, Timu —gritó Kuni de un lado a otro del campo. Y la escena se hizo borrosa en sus ojos.

—¡No tengo miedo, padre!

Kuni desvió la mirada para ocultar las lágrimas. Se giró hacia MÜN ÇAKRI.

—No despilfarres tu vida ni la de tus soldados. Lucha solo mientras tengas que hacerlo para que mi nave quede fuera del alcance de los perseguidores.

MÜN ÇAKRI se echó a reír. Golpeó con la espada de bronce su escudo, cuyo diseño único incluía ganchos de carnicero incrustados en recuerdo de sus raíces.

—Señor Garu, ¿de verdad creéis que tengo miedo de estos bárbaros? Os veré

pronto, quizá con la cabeza de ese Tenryo colgada de mi escudo como si fuera la de un cerdo.

Kuni lo agarró por los brazos.

—Sé que eres un hombre orgulloso, pero si no hay posibilidad de victoria, ríndete. No hay nada vergonzoso en rendirse después de una batalla en la que se ha combatido con valor. Prométemelo.

Mün Çakri lo miró.

—Desde el día que me uní a tu banda de forajidos, Kuni, he estado preparándome para un momento así. Cuida por mí de Naro y *Cacaya-tika*. Ya tengo ganas de encontrarme con el hegemón al otro lado del Río en el que

Nada Flota. A lo mejor tengo que volver a gritarle.

Se abrazaron y luego se separaron con determinación. Los bárbaros no se movieron, como si todavía estuvieran decidiendo si iban a atacar.

Cuando Kuni estaba a punto de empezar a trepar por la escala, Pékyu Tenryo gritó desde el otro lado del campo:

—¡Emperador Ragin! Casi no hemos tenido tiempo de conocernos. ¿Por qué tanta prisa por salir de aquí? ¿No quieres ver la diversión que te he preparado?

—¡Idos ya! ¡Ya! —gritó Mün. Pero Kuni se detuvo en la escala y se giró

para ver lo que el jefe bárbaro había planeado. Aún no se creía que Tenryo fuera a hacer verdadero daño a Timu, ya que mantenerlo vivo le otorgaba ventaja sobre Kuni.

Pero Tenryo no amenazaba a Timu. Tanvanaki le había arrastrado detrás de las filas lyucu y los lyucu retrocedieron, dejando una franja de terreno vacío entre los dos ejércitos.

Obligaron a unos cien civiles a ocupar ese espacio: granjeros, pescadores, monjes y pequeños comerciantes junto a sus hijos y ancianos padres.

Se apiñaron unos con otros, aterrorizados.

—¡Madre! —gritó Zomi.

Allí, entre los civiles atrapados entre ambos ejércitos, estaba la sosegada figura de Aki Kidosu.

¿Cómo podía encontrarse ahí su madre? No era más que una simple agricultora en Dasu, a millas de Rui.

Entonces comprendió. Zomi había utilizado el dinero percibido como consejera de la reina Gin para construir una casa grande para su madre y contratar criados, pensando que le permitiría tener una vida más desahogada. Pero a su madre no le gustaba la manera en que los otros aldeanos acudían a pedirle dinero y que sus amigas ya no la consideraran una de

ellas, parte del pueblo.

No se había quejado a Zomi porque sabía que su hija tenía buena intención. Pero le había dicho que pensaba salir de Dasu a visitar a unos familiares lejanos en Rui. Después de aquello, Zomi había estado tan ocupada con el trabajo que ni siquiera pensó lo que significaba que su madre estuviera en Rui en el momento de la invasión.

Zomi saltó de la barricada, pero Than Carucono la agarró de las piernas, arrastrándola de vuelta.

—¡Déjame ir! —Zomi se revolvió contra él, arañándole los brazos y las manos.

Than apretó los dientes para aguantar

el dolor.

—¡No puedes ayudarla! No conseguirás atravesar todo el ejército lyucu que hay entre las dos.

—¡No me importa!

—A veces hay que aceptar el Flujo —dijo Than Carucono.

—Pretendo tenerte como invitado un rato más —gritó Tenryo—. Si de verdad debes irte, tendré que disfrutar yo solo de la diversión.

A Kuni le vinieron a la cabeza algunos fragmentos del informe de Luan Zyaji.

Comprendió que estaba a punto de presenciar algo perverso, pero no podía

limitarse a apartar la mirada y seguir subiendo. Siempre había creído que un rey estaba obligado a contemplar las consecuencias de sus decisiones.

Detuvo su ascenso, a pesar de que Dafirot Miro, por encima de él, o Mün Çakri, en el suelo, le urgían a no detenerse.

Uno de los garinafins se movió pesadamente y se agachó junto a la muchedumbre de civiles. Hombres, mujeres y niños huyeron de la bestia, pero estaban encadenados y los movimientos aterrorizados les hicieron caer unos sobre otros.

—Por favor, emperador, baja de esa escalerilla —dijo Tenryo sonriendo.

—¡No le hagáis caso —gritó Mün Çakri—. ¡Idos! ¡Idos!

Pero Kuni dudaba. Miró a los hombres, mujeres y niños que lloraban y gritaban y sintió las manos y las piernas pegadas a la escala.

Siendo un joven duque, Kuni se retiró de Pan y permitió que su población fuera masacrada por el ejército de Mata Zyndu. Sus alaridos no habían dejado de perseguirle en sueños.

¿Debo aumentar el número de voces acusadoras en mi cabeza?

Tenryo hizo una señal enérgica con el brazo y el piloto del garinafin colocó el tubo en la base del cuello de su montura y gritó a través de él.

La bestia bajó la cabeza al suelo y cerró la boca.

—¡No! —chilló Kuni Garu, y se dejó caer de la escalerilla.

La bestia abrió de golpe la boca y de sus fauces surgió una lengua resplandeciente de llamas que cubrió a la muchedumbre que tenía delante.

El tiempo pareció ralentizarse. Mientras caía, Kuni contempló la lengua lamiendo a cada hombre, mujer y niño, convirtiendo a cada persona en una columna de llamas. Los alaridos aumentaron hasta alcanzar un terrorífico y sincronizado crescendo y luego cesaron abruptamente.

¡Noooooo!, aulló Zomi Kidosu.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Oh, dioses!

Than Carucono la agarró con más fuerza.

La escena que había presenciado le resultaba incomprensible. Su madre ardiendo; su madre moribunda. Había prometido darle una vida mejor y esto es lo que había conseguido.

Donde un momento antes cien personas se debatían y luchaban por su vida, solo quedaban cien piras humeantes. Los cuerpos chamuscados pero todavía crepitantes conservaban la postura de los últimos instantes de sus vidas: una madre que protegía el cuerpo de su hijo,

un marido interponiendo su cuerpo ante el de su esposa, un hijo y una hija intentando cubrir el cuerpo de su madre y los tres fusionados en un único cadáver humeante.

Kuni cayó de golpe al suelo y los brazos de Mün Çakri suavizaron la caída. Los labios del emperador se movieron pero no pudo encontrar palabras. Miraba fijamente la escena de horror, paralizado.

Algunos soldados lyucu avanzaron y sin ninguna ceremonia sofocaron las ascuas con sacos de tierra que llevaban a la espalda. Alrededor de otro centenar de civiles fueron llevados hasta el crematorio, hasta su campo de masacre.

Chillaban y se resistían, pero los soldados lyucu eran implacables y los encadenaron a estacas sujetas al suelo. Luego, los guerreros lyucu se retiraron y el garinafin volvió a colocar la cabeza junto al suelo.

Los prisioneros que ocupaban el espacio abierto lleno de cenizas chillaban y gritaban suplicando piedad, y los soldados de Dara estaban tan abrumados por la inaudita visión y el olor a carne humana quemada que muchos tenían arcadas y vomitaban.

—Emperador, ordena a tus soldados que arrojen las armas y a tus aeronaves que tomen tierra y abandonen cualquier resistencia. Todas tus aeronaves.

Mün Çakri dio la orden de ataque a sus hombres, pero estos permanecían anclados al suelo, demasiado conmocionados para moverse. El viejo general se lanzó directo hacia Tenryo, con los ojos enrojecidos por la furia, a través de la multitud apelotonada.

—*¡Jaiyaaaa!*

El pékyu elevó el brazo en el aire. El garinafin cerró de golpe sus fauces y volvió a abrirlas expulsando una nueva lengua de fuego que incineró al instante la figura de Mün Çakri y a los hombres y mujeres a su alrededor.

La ardiente figura de Mün Çakri, moribundo, continuó corriendo hacia Pékyu Tenryo, como si su cuerpo

estuviera animado por un espíritu más fuerte que la propia vida. Chocó contra las filas de guerreros lyucu colocados delante de Tenryo prendiendo fuego a cuatro o cinco de ellos antes de que pudieran detenerlo.

Detrás de él, otras cien columnas de llamas habían reemplazado a cien vidas.

Kuni se recobró de su ensimismamiento. Con lágrimas en los ojos, ordenó a los soldados de Dara que arrojaran sus armas.

—Deberíais haberos marchado, *Rénga* —dijo Dafiro Miro.

—Si me marchó, no merezco ser emperador de Dara —dijo Kuni.

Ordenó a la *Gracia de los Reyes* y a

las demás aeronaves que tomaran tierra.

—Es culpa mía —dijo Zomi aturdida—. Nunca debí irme de casa. Nunca debí dar a conocer mis aptitudes. Mi madre ha muerto por mi culpa.

—No debes pensar eso —dijo Than Carucono—. Forma parte de la naturaleza de los hombres malvados como Pékyu Tenryo hacer creer a sus víctimas que son ellas las que tienen la culpa. ¿Crees que tu madre estaría de acuerdo contigo? ¿Crees que Luan Zyaji estaría de acuerdo contigo?

Zomi contempló la caótica escena que tenía delante. Poco a poco, su rostro fue cobrando una expresión de

determinación.

Tendría que usar todas sus aptitudes para vengar a aquellos a quienes quería.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

LA DECISIÓN DE LA MARISCAL

PAN: TERCER MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Zomi Kidosu regresó a Pan en una pequeña aeronave mensajera, la única a la que los lyucu permitieron salir de Rui para que los supervivientes pudieran informar al pueblo de Dara de los

horrores que habían presenciado. El emperador Ragin pidió que le permitiera marcharse junto con los oficiales de mayor graduación de su ejército y Zomi se sintió agradecida por el voto de confianza a sus capacidades.

—Vengaré a mis padres —susurró al emperador—. Y os rescataré a vos y al príncipe.

El emperador asintió, pero no estaba segura de que realmente la creyera.

Llevó consigo las cenizas de Mün Çakri, que recibió un funeral de estado como correspondía a su rango en Zudi, su ciudad natal. También trasladó las cenizas de su madre —mezcladas con las de otros aldeanos de Dasu

incinerados junto a ella— y el cuerpo de su padre, que fueron enterrados juntos en una discreta ceremonia en el cementerio imperial en Pan. Como Dasu estaba bajo ocupación lyucu, pensó que era mejor enterrarlos temporalmente allí hasta que su tierra natal fuera liberada.

La última caja de la aeronave de pasajeros contenía el cuerpo de Luan Zyaji, que fue enterrado con un espléndido funeral de estado en Ginpen. Asistieron todos los Señores de Dara que pudieron hacer el viaje y fue la primera ocasión en la que alguien recordaba haber visto llorar a Gin Mazoti.

Zomi también trasladó un mensaje de

Pékyu Tenryo en el que exigía el cese de cualquier resistencia en Dara.

La emperatriz Jia convocó en la capital a todos los gobernadores, generales, ministros y nobles con feudo para debatir la respuesta. A medida que los consejeros discutían, se formaron dos bandos.

Uno de ellos, encabezado por el primer ministro Cogo Yelu, defendía que era preferible acceder a las exigencias de los lyucu.

—La seguridad del emperador y del príncipe Timu es primordial —dijo Cogo.

—Padre no querría que rindiésemos

Dara —respondió el príncipe Phyro, que encabezaba el otro bando, partidario de continuar la guerra—. ¡Los lyucu no son más de cinco mil y si cada uno de los cientos de miles de habitantes de las islas de Dara les escupiera, les ahogaríamos! ¿Qué ocurre, Cogo? ¿Te has vuelto pusilánime con la edad? Una rendición en estos momentos mancillaría el nombre de todos nosotros y de la Casa del Diente de León para siempre.

La indignación tiñó la cara de Cogo.

—Es verdad que contamos con superioridad numérica. Pero tras la captura de la base del monte Kiji y la pérdida de todas las aeronaves que nos quedaban durante el último ataque, no

tenemos ninguna posibilidad realista frente a los garinafins.

—Los garinafins no son máquinas, como sabéis. Se cansan y agotan su aliento de fuego. Por supuesto que podemos derrotarlos con un ejército y una armada suficientemente grandes.

—¿Pero a qué precio? —preguntó Cogo—. ¿Cuánta gente debe morir en esta guerra de desgaste que defendéis para preservar el orgullo que os resulta tanpreciado? El emperador pudo haber escapado, pero se rindió ante Pékyu Tenryo para que las gentes de Rui no murieran por defender su honor personal. ¿Queréis invalidar su gracia con vuestra táctica brutal y bárbara de

oleadas humanas?

Phyro se ruborizó.

—Yo quiero reducir la pérdida de vidas todo lo posible, por supuesto. Pero, ¿habéis pensado en las consecuencias de la rendición? Los lyucu tienen un modo de vida completamente distinto del nuestro. Acabarán con los arrozales, los campos de sorgo, los huertos de manzanos, las plantaciones de seda, los molinos de agua y los de viento, y los sustituirán por pastizales para su ganado. Pretenden esclavizar al pueblo de Dara.

—¡No digo que nos rindamos totalmente! —repuso Cogo—. Como señaláis, no son muchos. Deben de estar

intimidados ante la perspectiva de tener que controlar a una población mucho mayor que la fuerza ocupante. Quizá sea posible negociar un acuerdo que les ceda parte del territorio y reconozca su soberanía mientras preservamos cierta autonomía para el emperador en la mayor parte de Dara. Con el paso del tiempo, tal vez sea posible cambiar el equilibrio estratégico.

—¿Qué os hace pensar que el tiempo está de nuestro lado? Seguramente, los lyucu estarán enviando ahora mismo refuerzos desde su tierra para aprovechar la próxima apertura del Muro de las Tormentas. Según pase el tiempo, parte de las élites de Dara verán

la conveniencia de colaborar con los lyucu para asegurarse su supervivencia y obtener beneficios, como ha hecho Ra Olu. ¡Nuestra única oportunidad es luchar ahora y luchar hasta el final!

—¡Es fácil para los grandes señores vestidos de seda y oro hablar de luchar hasta el final, especialmente cuando son otros los que tendrán que pagar el precio!

La emperatriz escuchaba los argumentos de ambos bandos, que no cedían ni un ápice; su expresión era impenetrable.

Jia pasó junto al aula donde Soto Zyndu enseñaba historia a la princesa Fara. Se

detuvo poco más allá de la puerta y escuchó.

—¿Qué os ha parecido la historia sobre la reina Tho-zu? —preguntó Soto.

—No comprendo cómo Ologa pudo poner a la gente en contra de ella —dijo Fara—. La reina estaba esperando el regreso de su esposo, por lo que hacía lo correcto al rechazar a todos sus pretendientes. ¿Por qué iba nadie a creer las mentiras de Ologa?

—Porque todos pensaban que el rey había muerto; llevaba diez años en la guerra y la mayor parte de sus soldados habían regresado. Creían que la reina Tho-zu estaba viuda, y por eso acudieron al castillo todos los

pretendientes. No podían entender que no quisiera casarse con ninguno de ellos.

—Aunque su marido hubiese muerto, su hijo seguía vivo. Ella intentaba conservar el reino para él.

—Pero Dacan era muy joven, recuerda, y también estaba lejos de casa. Por eso la negativa de la reina se interpretaba de otra manera. Ologa dio entender al pueblo que pretendía conservar el poder que tenía como regente porque lo quería para sí misma y así arruinó su reputación. La acusó de ser ambiciosa.

—¿Es malo ser ambiciosa?

—Muchos hombres piensan que es

malo en una mujer.

Jia entró en la habitación.

—¡Emperatriz! —Fara se levantó y corrió hacia Jia. Pero después de unos pasos recordó el protocolo, se detuvo y se inclinó en *jiri*.

Jia se acercó y la abrazó.

—¿Me dejas con la señora Soto un momento? Luego te buscará para seguir con la lección.

Fara asintió y salió.

Jia se sentó junto a Soto. La habitación parecía muy silenciosa ahora, con solo ellas dos. Recordó lo ruidosa que solía ser cuando el maestro Zato Ruthi enseñaba allí a todos los niños. Ahora Phyro pasaba todo el tiempo con

los generales y Théra estaba en Ginpen estudiando los cadáveres de los garinafins que habían llegado con las crubens mecánicas. Y Timu...

Se recordó a sí misma que ya no eran niños.

—¿Has oído lo que andan diciendo de mí en las calles de Pan? —preguntó Jia.

—Tengo bastante de lo que preocuparme sin necesidad de escuchar tonterías.

Jia sonrió.

—No hace falta que intentes no herir mis sentimientos. He oído la lección que enseñabas a Fara. Era muy oportuna.

Soto no dijo nada.

—Incluso Cogo Yelu me mira de manera extraña estos días —dijo Jia—, como si pensara que puedo estar dejando pasar el tiempo deliberadamente porque pretendo que mi esposo y mi hijo sigan en manos de los lyucu.

Soto la miró.

—En una ocasión os hablé de la señora Zy, cuyo papel en la historia ha sido borrado en gran medida, aunque fue la fuerza que inspiró las filípicas de Lurusén contra la agresión de Xana.

—Esa historia me convenció de que me involucrara en la política.

—Y la alternativa al borrado es la mala interpretación, Jia.

—Ya lo sé —dijo Jia—. Pero ¿por qué tiene todo que ser tan duro? ¿Por qué debe quedar manchado mi nombre en los anales de Dara si solo quiero conseguir una vida mejor para mi pueblo? ¿Por qué se burlan así los dioses de nosotros?

Soto colocó un brazo alrededor de los hombros de Jia y la emperatriz se recostó en él, agradecida.

—Luan Zyaji solo tenía parte de razón —dijo Soto—. La gracia de los reyes puede pertenecer a todos, pero solo unos pocos están preparados para soportar esa carga.

Y Jia empezó a sollozar suavemente en el aula mientras Soto la abrazaba.

Gin Mazoti había sido trasladada a una pensión cercana a palacio sin guardias para la vigilancia. Era libre de ir y venir a su antojo, aunque carecía de cualquier título o poder —y, al menos nominalmente, era una traidora a la corona.

No se alejaba del patio de su casa. No recibía visitas y pasaba las mañanas instruyendo a Aya en el arte de la guerra, con una espada y un tablero de *cüpa*. Por la tarde escribía su libro sobre tácticas militares.

—Tal vez no vuelva a dirigir un ejército —dijo a Aya—. Pero quizá deba dejar alguna constancia de mis ideas para que las futuras generaciones

recuerden que conseguí mi título gracias al talento y el trabajo duro.

Un día soleado Jia acudió a visitarla.

Gin le ofreció té y frutos secos. Al igual que el té, su comportamiento era tibio y perfectamente plácido, como si fuera del patio de la pensión no estuviera ocurriendo nada.

Se sentaron a ambos lados de la mesa. Por un momento, parecían dos jugadoras de *cüpa* dispuestas a empezar una partida, pero la emperatriz se desplomó, resignada.

—Mariscal, no sé qué hacer.

Era evidente que no le resultaba fácil admitir su debilidad. Bajó la cabeza y Gin observó las canas de sus sienes y

las arrugas en la comisura de los ojos. Había envejecido años en meses.

—A veces no hay opciones buenas —dijo Gin—. Aunque las sagas hablan de héroes que luchan y triunfan contra todo pronóstico, en general, los pronósticos se cumplen tal y como está previsto.

—Tenías razón: Kuni puede ser un gran líder para sus generales, pero no es un comandante adecuado para un ejército —dijo Jia.

—La derrota del emperador no es vergonzosa. Pékyu Tenryo es un estratega muy hábil.

Jia titubeo por unos momentos, pero luego se decidió:

—¿Y si estuviera dispuesta a anunciar al mundo que te acusé falsamente y redimiera tu nombre?

Gin se la quedó mirando.

—¿Estaríais dispuesta a eso? ¿Para que vuelva a ponerme al mando de las fuerzas de Dara? ¿Y qué pasará con todo aquello por lo que habéis luchado? ¿Qué ocurrirá si los señores feudales se aprovechan de vuestra concesión para amenazar a la Casa del Diente de León en el futuro?

—No puedo luchar por visiones lejanas de palacios en la luna cuando la casa está en llamas, mariscal. Mi esposo y mi hijo te necesitan ahora mismo. Dara te necesita.

Gin se levantó y paseó arriba y abajo. Jia la contemplaba intentando percibir signos de esperanza.

La mariscal regresó y se sentó.

—No.

El rostro de Jia mostró su decepción.

—¿Por qué?

—Las condiciones han cambiado. Si ahora limpiáis mi nombre a costa del vuestro, Dara será presa del caos. Y, en cualquier caso, no veo posibilidades de victoria. Pékyu Tenryo es un adversario poderoso y ahora cuenta con toda la ventaja en el tablero.

—¿Realmente no hay esperanza?

—He meditado todas las posibilidades cientos de veces,

emperatriz. No se me ocurre ninguna manera de derrotar a los lyucu y salvar al emperador y al príncipe.

—¿Y si no tuvieras que salvar al emperador y al príncipe? —preguntó Jia.

Gin la miró con expresión inmutable.

—No creas que deseo el poder —dijo Jia—. Sé que no me otorgas mucha credibilidad. Pero si consigues pensar una manera de expulsar a los invasores de nuestras costas —aunque tengas que sacrificar a Kuni y a Timu—, te cederé mi puesto de regente. Cuando Phyro esté preparado, conforme a tus estimaciones, ayúdalo a ser un buen gobernante.

La expresión de Gin cambió por fin a

una de asombro.

—Puede que nunca creyeras mis explicaciones y pensaras que era una mujer egoísta y mezquina que utilizaba las intrigas de palacio para asegurar la posición de su hijo. Pero recuerda que Kuni y yo estuvimos dispuestos a morir para derrocar la maldad del imperio de Xana. Él nunca me perdonaría si, para salvarlo, colocara al pueblo de Dara bajo un yugo peor que el de Mapidéré.

»Siempre he hecho todo lo que he podido para ayudar al pueblo, me creas o no. Lo único que sé es que no debemos rendirnos a los lyucu. Te suplico que salves al pueblo de Dara, aunque tengas que sacrificar a la Casa del Diente de

León.

Se arrodilló erguida en *mipa rari* y se inclinó hasta tocar el suelo con la frente delante de Gin Mazoti.

Gin se arrodilló a su vez en *mipa rari* y le devolvió la reverencia, tocando también el suelo con la frente.

—Confieso que os he juzgado mal, Jia. Realmente sois una mujer de mente abierta, una digna emperatriz de Dara.

Ambas se enderezaron y se miraron fijamente.

—Entonces, ¿tienes alguna idea?

Gin sacudió la cabeza.

—Incluso pasando por alto las vidas del emperador y del príncipe, no se me ocurre una manera de derrotar a los

lyucu sin sacrificar decenas de miles, tal vez cientos de miles de vidas. Las nuevas armas diseñadas por la princesa Théra y Zomi Kidosu y, mejoradas con mis sugerencias, solo han podido hacer daño a los garinafins al tomarlos por sorpresa.

»Tendría que llamar a filas a cada hombre, mujer y niño y librar una guerra de desgaste durante décadas. Aunque he ordenado la muerte de miles de personas a lo largo de mi vida, no puedo asumir un precio tan alto, ni siquiera para evitar la esclavitud.

»Lo siento, Jia. No encuentro otra salida que la rendición.

—¡Zomi! —Aya saltó y le dio un fuerte abrazo.

—¿Cómo van tus estudios? — preguntó Zomi.

—Mamá me hace practicar mucho cada día —Aya señaló las pesadas piedras del rincón—. Ya puedo levantar tres de esas por encima de la cabeza al mismo tiempo. Estoy segura de que pronto podré ir a la guerra con ella.

Después de un rápido saludo, Gin Mazoti invitó a Zomi a quedarse a almorzar. Se sentaron con Aya, como solían hacer en el palacio de Nokida, cuando la reina Gin y sus consejeros discutían los asuntos políticos del reino.

Zomi sacó un gran libro y lo dejó

encima de la mesa, entre las dos.

Gin reconoció *Gitré Üthu*, el libro que Luan Zya —ahora Zyaji— solía llevar siempre consigo. Ya había leído el informe de las aventuras de Luan Zyaji, por supuesto, pero ver el manuscrito original era distinto. Lo abrió con manos temblorosas y comenzó a leer.

En la última página estaba el mensaje que Luan le había dedicado.

Solo cuando se está lejos de casa es posible apreciar su belleza. Gin, amada mía, te veré al otro lado.

—¿Qué es esto? —preguntó Aya.

—Es un libro escrito por tu padre —dijo Gin.

—¿Mi padre? —Aya no sabía cómo responder mientras contemplaba la firma de la última página. Después de un rato, dijo—: Creía que no sabías quién era.

En la cara de Gin se sucedieron una desconcertante serie de expresiones.

—Te mentí —dijo finalmente—. El amor entre nosotros era... difícil.

—Ojalá lo hubiera conocido —dijo Aya—. ¿Por eso lloraste en su funeral?

—Lo siento —dijo Gin—. No le conté nada de ti ni te hable de él porque... tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que lo quisieras más que... Eran temores estúpidos, fruto de la vanidad. Ya te he dicho que fue un amor

difícil.

Aya se levantó y se marchó corriendo de la mesa.

—Yo tampoco conocí a mi padre —dijo Zomi—. Iré a hablar con ella más tarde.

Gin sacudió la cabeza.

—Tiene derecho a estar furiosa conmigo. Me equivoqué. ¿Qué habría pasado si...? Todos debemos pagar por las consecuencias de nuestras acciones.

Tras un intervalo de silencio, Zomi preguntó:

—¿Visteis algo en el relato de Luan Zyaji que pudiera ayudarnos a derrotar al pékyu?

Gin sacudió la cabeza.

—Luan era meticuloso y tomó notas excelentes. Pero Pékyu Tenryo es un hombre receloso y debió vigilar de cerca a Luan durante todo el viaje de vuelta. He pensado mucho en lo que escribió sobre los hábitos de los garinafins, pero no se me ocurre nada que pudiéramos utilizar en beneficio propio.

—Théra está estudiando los cadáveres concienzudamente y pienso ir a ayudarla. Puede que encontremos algún punto débil que no se haya explorado hasta ahora.

Gin sonrió.

—Los jóvenes nunca pierden la esperanza.

—¿Os habéis rendido, mariscal?

Gin aguardo un instante y luego respondió.

—A veces las corrientes de la vida son más fuertes que nosotros, Zomi. Fíjate con cuánto cuidado y energía planearon sus vidas y lucharon por ellas el emperador, la emperatriz y tu maestro. Pero, en ocasiones, el destino es como esa gran corriente oceánica y arrastra todos nuestros planes, nuestros deseos como si fueran deshechos.

—Creo que los flujistas tienen razón: hay un tiempo para pelear y un tiempo para darse por vencido.

La semana del Festival de los Farolillos

había llegado.

La vida en las islas de Dara seguía con su ritmo habitual, incluso en guerra. Si acaso, las celebraciones eran todavía más entusiastas, como si el ánimo festivo se acentuara al salpicarse de desesperación.

Después de que Aya se lo suplicara repetidamente, Gin Mazoti se dio por vencida y la sacó de casa para presenciar las celebraciones. Salieron al anochecer, el mejor momento para ver los farolillos. Todas las casas, tiendas, almacenes y posadas de Pan aparecían engalanadas con farolillos confeccionados con bambú, papel y seda: algunos giraban por el calor de las

velas encendidas en su interior, otros se balanceaban con el viento.

Los farolillos brillaban con colores tan variados como los vestidos y túnicas nuevas que llevaban los hombres y mujeres jóvenes que llenaban las calles: rojo vivo, oro deslumbrante, verde jade y azul marino. Algunos estaban decorados con escenas de las antiguas sagas y, al girar, los dibujos parecían cobrar vida y mostraban al hegemón galopando sobre Réfiroa o a Iluthan zarpando en su nave y la reina de Écofi consumiéndose por él en la playa. Los vendedores ambulantes de comida pregonaban sus mercancías, acompañados de aromas que

despertaban el apetito: brochetas de filete asado de tiburón, sazonado al estilo de Dasu; cuencos de buñuelos dulces rellenos de sésamo y pulpa de coco de Arulugi; tortas de pan de sorgo horneadas a la manera tradicional de Cocru, en las que los compradores podían leer su fortuna observando las marcas dejadas por el horno...

Aya quería probarlo todo y Gin la complacía encantada.

—¿Queréis probar la sopa de pez globo? —preguntó una voz.

Gin alzó la vista y comprobó que quien hablaba era Soto Zyndu.

La señora Soto se inclinó ante Gin.

—Disculpad mi falta de cortesía por

no saludaros en *jiri*. Tengo la mano ocupada, como podéis ver.

Soto sujetaba una pequeña escudilla de porcelana. El vendedor del tenderete la había llenado con una sopa humeante de tallarines y una porción de pescado blanco translúcido.

Aya parecía muy interesada.

—Creo que no —dijo Gin alejándola con la mano—. Nunca he entendido las ganas de tentar al destino de ese modo.

—Si todos vamos a convertirnos en esclavos de los lyucu, a lo mejor la muerte no es una perspectiva tan terrible.

El rostro de Gin se ensombreció.

—Señora Soto, vigilad vuestra

lengua. Estamos de fiesta.

—¡Mamá! ¡Quiero probarla! Toda esta gente la ha probado ya y está bien.

—De eso nada —dijo Gin y comenzó a alejarse arrastrando a Aya.

Soto la desafió.

—Nunca pensé que la afamada reina Gin, la mariscal del emperador, sería una cobarde.

Gin se giró de golpe. Con esfuerzo, controló su ira y habló con voz serena.

—No penséis que no sé lo que estáis haciendo. No soy una estúpida camorrista callejera a la que se puede provocar llamándola cobarde. Todos los que han luchado conmigo saben que no tengo miedo a morir, pero no soy

partidaria de acabar con la vida de mis soldados inútilmente.

—Así que, no solo sois cobarde, sino también arrogante.

—¿Qué queréis decir?

—¿Creéis que todos los soldados son hijos vuestros y necesitan que les digáis lo que deben pensar? Estáis obsesionada por visiones de reclutas muriendo sin sentido, pero los hombres no solo luchan porque se lo pidan. Venid conmigo.

Enfadada y confusa, Gin tomó a Aya, siguió a Soto Zyndu hasta un carruaje aparcado a un lado de la calle y entró en su interior. En cuanto se sentaron, empezó a moverse lentamente, abriéndose camino entre la multitud del

festival en dirección a las afueras de la ciudad.

Gin observaba a través de las cortinas de la ventana a las familias que atestaban las calles. El Festival de los Farolillos era una celebración de la luz y la renovación de la primavera, en la que se suponía que los fantasmas de los antepasados se reunían con los vivos en armonía y júbilo. Era una ocasión para reunirse con la familia y los ojos de Gin se humedecieron al pensar en Luan Zyaji, deseando que la última vez que se vieron hubiera transcurrido de modo diferente. Atrajo a Aya hacia sí y la niña pareció darse cuenta del ánimo de su madre y no intentó apartarse como era su

costumbre.

El carruaje salió de la ciudad y por fin se detuvo. Gin descendió y vio que se encontraban en la plaza de armas donde el emperador y sus esposas contemplaban cada año los desfiles militares que se celebraban en otoño, después de la cosecha. En esta época del año, la plaza de armas solía estar desierta.

Pero, con las últimas luces del crepúsculo, observó que el lugar estaba repleto de gente. La muchedumbre estaba tan apretada y se extendía tan lejos que apenas vislumbraba el final.

Soto Zyndu extendió una mano y la invitó a ascender al estrado situado en

un costado de la plaza de armas. Como en un sueño, Gin subió y observó a los soldados frente a ella.

Eran un grupo variopinto. Unos llevaban uniformes regulares del ejército imperial y ondeaban el estandarte de Dara —reconoció a algunos de los jefes de compañía que habían servido a sus órdenes en la Guerra del Crisantemo y el Diente de León; otros ondeaban la bandera de los rebeldes de Arulugi, con la carpa dorada de Tututika sobre campo azul, herencia de la antigua bandera de Amu; los había que portaban la bandera de su antiguo reino, Géjira, dividida en cuatro partes en blanco y en negro —en

referencia a su destreza en el tablero de *cüpa*— sobre las que había un molino de agua, base de la potencia industrial y manufacturera de Géjira; algunos llevaban incluso la bandera del crisantemo del hegemón, algo que podría haberse considerado como traición; había también un grupo de mujeres a un lado, algunas mayores, otras bastante jóvenes, pero todas vestidas con el antiguo uniforme de las auxiliares de Dasu, una fuerza fundada por Gin en la Guerra del Crisantemo y el Diente de León...

Podía distinguir entre la multitud los estandartes de casi todos los antiguos estados Tiro así como de algunos feudos

abolidos por el emperador durante la campaña de Jia para debilitar a las familias nobles fundadoras, los antiguos generales de Kuni. Nadie podría haber imaginado nunca que todos ellos pudieran estar juntos en la misma plaza de armas.

—¿Qué...? —Gin no encontraba las palabras.

Soto Zyndu subió al estrado y se colocó junto a ella. Gritó:

—¡Hombres y mujeres de Dara! ¿Qué queréis?

La muchedumbre estalló en un tsunami de voces que hizo temblar el suelo bajo Gin.

—¡Lucha! ¡Lucha! ¡Lucha!

—La victoria es dudosa —dijo Soto—. Es posible..., no, es probable que todos vosotros encontréis la muerte y que, aun así, Dara caiga. Los justos no siempre ganan la batalla y, a veces, triunfa el mal.

—¡Lucha! ¡Lucha! ¡Lucha!

Soto hizo un ademán a los soldados y unos cuantos cabecillas se abrieron paso entre la multitud para llegar hasta la base del estrado.

—¿Por qué queréis combatir aun sabiendo que seguramente seréis derrotados? —preguntó Gin Mazoti.

—Es preferible morir libres que vivir como esclavos —dijo Cano Tho de Arulugi—. Aunque el emperador

haya perdonado mi acto de rebelión, si actúo de otro modo no podré mantener la cabeza alta delante de la princesa Kikomi, en la otra orilla del Río en el que Nada Flota.

—El hegemón habría combatido —dijo Mota Kiphi de Tunoa, uno de los partidarios de la rebelión fallida de Noda Mi y Doru Solofi. Sonrió y asintió a Aya, que en una ocasión había quedado impresionada por su destreza en levantar pesas—. Y eso haré yo.

—Aunque en otro momento nos haya movido la ambición personal —dijo Doru Solofi—, hoy sabemos que todos debemos unirnos frente una amenaza como los lyucu.

—El emperador ha sido muy generoso con nosotros —dijo el antiguo conspirador Noda Mi—. Ha perdonado nuestras antiguas faltas y queremos pagarle con redoblada lealtad. ¡Deberíais hacer lo mismo, mariscal!

—Mi tío era un alma bondadosa que consideraba hermanos a todos los extranjeros —dijo Gori Ruthi, sobrino de Zato Ruthi, dando un paso adelante. La pena que inundó su corazón al decir estas palabras era tan intensa que se tambaleó y casi pierde pie, pero su esposa, la señora Ragi, le sujetó—. Aniquilaré a los lyucu para que *podamos* volver a confiar en los extranjeros.

—Mi hermano me dijo en una ocasión que me había equivocado al escoger a mi señor —dijo Dafiro Miro—. Demostraré que el equivocado era él.

—Nunca en mi vida he cogido una espada —dijo Naro Hun, viudo del general Mün Çakri—. Pero daré mi vida para vengar a mi esposo. Y, si yo también caigo, espero que nuestro hijo pelee en nuestro lugar.

—No soy un luchador —dijo Naroca Huza, quien fuera rival de Zomi Kidosu en el Examen de Palacio y uno de los más prominentes comerciantes de Gėjira—. Pero toda mi riqueza está a vuestra disposición, mariscal, porque los

comerciantes también amamos la libertad.

Gin escuchaba a los cabecillas de la multitud reunida con emociones contradictorias batiéndose en su corazón. ¿Era lo correcto rendirse sin combatir aunque combatir significara una derrota segura?

Soto Zyndu se le acercó con una espada. Era tan pesada que solo podía arrastrarla por el suelo.

—Desenvainadla.

Como en un sueño, Gin agarró la empuñadura con ambas manos y sacó la espada de su funda. A pesar de su fuerza, le costó trabajo levantarla hasta apuntar al cielo. Conocía bien esa

legendaria espada, aunque nunca la había cogido.

—Es Na-aroénna, La que Acaba con las Dudas. Mi sobrino fue el último en blandirla. Sus dudas se acababan en cuanto la desenvainaba.

Gin miró a Soto.

—Pero perdió y murió, y muchos murieron con él. Se equivocaba al no tener dudas.

Soto sacudió la cabeza.

—No lo entendéis. Aquella última noche en Rana Kida, Mata liberó a todos sus hombres de las obligaciones que tenían contraídas con él. Los que lucharon a su lado en aquel último combate lo hicieron voluntariamente, sin

dudar de que la victoria era imposible.

Gin guardo silencio un momento.

—Yo no soy el hegemón. Los narradores de historias no adornan mis proezas con mitos y leyendas. Soy solo una mujer corriente que sabe cómo ganarse la vida con la espada.

—Sois mucho más que eso —dijo Soto—. Siempre habéis escuchado las sugerencias de vuestros soldados y os habéis preocupado por sus vidas. Abolisteis los latigazos y los calabozos en el ejército y preferisteis instaurar la disciplina recompensando las iniciativas y ofreciendo una instrucción adecuada. Os ganasteis la lealtad de la tropa haciendo caso a vuestros soldados,

dándoles mejor calzado y cuidando de sus familias, no con el miedo y la intimidación. Disteis a las mujeres de Dara la oportunidad de luchar por su futuro. ¿Cómo podéis ahora estar ciega a sus deseos?

»Lo que ennoblece a un líder no es la victoria sino la voluntad de combatir por lo que su corazón cree que es correcto, aunque la derrota sea segura. Fithowéo no es solo el dios de los triunfadores, sino también de todos aquellos que caen luchando por una causa justa, que insisten en ver, aunque todo lo que les rodee sean tinieblas.

»Todos los sabios anu escribieron sobre la imprevisibilidad de la vida y

estaban de acuerdo en que lo único cierto en esta vida es que hemos de morir. Pero la muerte puede llegar de muchas maneras: algunas más pesadas que el monte Fithowéo y otras más ligeras que una pluma al viento. No os corresponde negar a cada hombre y a cada mujer el derecho de escoger cómo desean alcanzar esa muerte.

—Si ni siquiera los dioses de Dara han mostrado signo alguno de que defienden nuestra causa, ¿cómo voy a saber yo que se trata del camino adecuado? —preguntó Gin—. No he nacido con ojos de doble pupila, sabiendo que estaba predestinada a la grandeza. No maté a una pitón blanca

gigante en las montañas ni el arcoíris señaló el camino a mi esposa.

—No existen los héroes de nacimiento y las leyendas solo son historias. Conocéis esa verdad tan bien como yo. Pero algunas veces el mundo exige que un hombre o una mujer den un paso adelante para encarnar el deseo de muchos y así nacen los héroes y las leyendas. El verdadero valor no consiste en la seguridad y en no tener miedo, sino en hacer lo que se tiene que hacer a pesar del miedo y las dudas.

Gin cerró los ojos. Pensó en el jefe de la banda que mutiló a aquellos niños cuando ella era joven y no había podido evitarlo. Pensó en los hombres y

mujeres de Rui encadenados unos a otros mientras Pékyu Tenryo ordenaba tranquilamente su matanza. El mal existía en este mundo; era necesario enfrentarse a él.

Abrió los ojos y alzó Na-aroénna. El último rayo de luz se reflejó en su punta mientras dirigía a la multitud en un cántico. Las voces fueron creciendo hasta que pareció que hacían temblar al propio cielo y titilar a las primeras estrellas rutilantes.

—¡Lucha! ¡Lucha! ¡Lucha!

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

DESCUBRIMIENTOS

DARA: TERCER MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Por toda Dara corría el rumor de que los lyucu habían encontrado un pasaje permanente para atravesar el Muro de las Tormentas y estaban enviando refuerzos de centenares de garinafins y miles de guerreros. Se decía que

podrían conquistar toda Dara en semanas. Los pescadores tenían miedo de salir al mar por si se encontraban con los barcos-ciudad de los lyucu y todos miraban al cielo de tanto en tanto, pensando que los bárbaros podían descender de las alturas en cualquier momento.

Los comerciantes pudientes eran más reacios a pagar impuestos y los nobles terratenientes, e incluso algunos de los administradores locales y señores feudales menores, comenzaron a hacer planes para lo que consideraban un futuro inevitable. En voz baja hablaban entre ellos sobre a qué tipo de acuerdos podrían llegar con los futuros

gobernantes extranjeros para intentar mantener las ventajas de las que gozaban ellos y sus familias. Algunos acaparaban tesoros con la esperanza de que si se los ofrecían con buen tino podrían escapar a un destino de esclavitud total; otros empezaron a adoctrinar a sus esposas e hijas sobre los deberes para con la familia, preparando el terreno para después ofrecérselas a los cabecillas bárbaros cuando llegara el momento de salvar la piel; todo el mundo acumulaba alimentos y artículos de primera necesidad con la convicción de que, pasara lo que pasara, se avecinaban tiempos duros, y los comerciantes se aprovechaban del pánico general para

sacar buen provecho.

Con el fin de contrarrestar los ánimos sombríos y el pánico, al primer ministro Cogo Yelu se le ocurrió organizar un viaje por toda Dara de la consorte Risana y el príncipe Phyro para transmitir confianza a la gente y conseguir su apoyo a la dinastía del Diente de León. Incluso convencieron al rey Kado para que abandonara su retiro y también se dejara ver.

La señora Risana diseñó cuidadosos espectáculos con textos emotivos y música pegadiza que eran representados por actores populares con un vestuario muy elaborado. En cada función, una niebla de humo que simbolizaba la

bruma primigenia cubría el escenario, del que surgían grandes islas de bambú y seda. A medida que los actores desfilaban entre ellas representando episodios famosos de la larga historia de Dara —desde la llegada de los anu a unas islas llenas de nativos salvajes hasta la celebración de la fundación de la dinastía del Diente de León con el pueblo unido; desde los héroes legendarios de las Guerras de la Diáspora hasta las leyendas más recientes de la Guerra del Crisantemo y el Diente de León; desde los sabios anu más conocidos hasta los inventores más populares; desde poetas líricos hasta jueces y administradores prudentes—, la

bruma se extendía gradualmente desde el borde del escenario e iba envolviendo al fascinado público, haciéndole parte del espectáculo.

El punto culminante de cada representación llegaba con la aparición del príncipe Phyro a lomos de una cruben mecánica construida con papel maché y accionada por un equipo de hombres ocultos en su interior. La música alcanzaba un *crescendo* cuando el príncipe ponía el pie en el suelo de Rui y mataba a los garinafins de la isla con enérgicos golpes de espada. En ese momento entraba en escena el emperador Ragin —representado por Kado Garu, que guardaba un gran

parecido con el emperador, su hermano pequeño— por una trampilla del suelo del escenario y daba las gracias a su hijo y a su pueblo.

Esta ilusionante escena del futuro, claro está, era un reflejo intencionado del legendario viaje de Kuni a Rui a lomos de una cruben, una etapa de su asalto sorpresa al palacio de Pan durante la rebelión contra el imperio de Xana.

Luego, con el príncipe y el emperador a horcajadas sobre los cadáveres de los garinafins y sujetando en lo alto sus cabezas astadas seccionadas, un espejo iluminado que representaba la luna se elevaba tras

ellos, proyectando a través del teatro una imagen ampliada sobre una pantalla blanca dispuesta detrás del público. Cuando todos giraban la cabeza para mirar lo que había a su espalda surgía un grito sofocado en la audiencia, provocado por la visión de los ocho dioses de Dara sonriendo y asintiendo al atravesar la luz el humo perfumado que llenaba el auditorio; los espejos mágicos cuyo secreto había descubierto Théra tenían un nuevo uso.

Aunque el mensaje propagandístico de dichos espectáculos era evidente, surtía efecto. La historia, blanqueada y con una nueva capa de pintura, con frecuencia era más efectiva que

cualquier mito. Las representaciones aseguraban a la población de Dara que la dinastía del Diente de León estaba firmemente al mando; que la mariscal, a pesar de haberse rebelado en una ocasión, había rectificado y que, con el apoyo de la graciosa emperatriz, había desarrollado una brillante y astuta estrategia que destruiría a los lyucu y rescataría al emperador y al príncipe Timu; que el pueblo de Dara era el heredero de una larga e ilustre tradición de grandeza; que los lyucu, salvajes carentes de visión estratégica y de las ventajas de la civilización, estaban condenados al fracaso a pesar de sus victorias temporales.

Cuando acababa la función, el príncipe Phyro pronunciaba un apasionado discurso exhortando a la población a que apoyara el esfuerzo bélico: obedeciendo las leyes, siguiendo con sus vidas como antes, castigando a los especuladores, ignorando los rumores derrotistas y, lo principal de todo, pagando los impuestos y prestando dinero al Tesoro imperial para contribuir al despliegue de tropas. Luego, los funcionarios ponían mesas donde el público, siguiendo el ejemplo de los personajes importantes, podía comprar bonos de guerra.

Cogo, dueño y señor de la logística,

calculaba que tras la devastación de Dasu y Rui por la invasión del emperador, los lyucu necesitarían todo el verano y la cosecha de otoño para recuperarse y preparar la invasión de la isla Grande. La emperatriz contribuía a ganar tiempo para que la mariscal se preparara para dicho ataque enviando mensajes a los lyucu en los que afirmaba que la corte del Diente de León estaba a punto de tomar la decisión de rendirse.

Aunque gran número de jóvenes se mostraban deseosos de alistarse en el ejército tras las funciones de la consorte Risana y el príncipe Phyro, la mariscal solo contaba con las dispares tropas que había encontrado en la plaza de armas

aquel día. A pesar de haberse convencido de la necesidad de librar esta guerra desesperada, solo quería llevar con ella a hombres y mujeres plenamente conscientes de la verdad, que combatieran por libre elección.

La frialdad entre Cogo Yelu y Gin Mazoti a resultas del papel del primer ministro en la caída de la mariscal no se había disipado, pero a Gin le resultaron útiles los fondos conseguidos gracias a la gira propagandística. Destinó el dinero a mejorar el equipamiento de su pequeño ejército: a contratar los mejores herreros de la antigua Rima y extraer hierro puro en minas a cielo abierto para producir armas y armaduras

fabricadas con acero forjado con mil golpes; a construir crubens mecánicas más rápidas y capaces de permanecer más tiempo bajo el agua para evitar su detección por garinafins en vuelo; a comprar hierbas poco comunes que la emperatriz Jia utilizaba en fórmulas magistrales que permitían a las tropas moverse más deprisa y recuperar la energía con poco sueño. Jia incluso desarrolló un nuevo preparado que permitía a los soldados no dormir durante días, en detrimento de su salud a largo plazo, pero prácticamente todos los miembros de la fuerza voluntaria quisieron probar la droga.

La mayor parte del dinero, no

obstante, fue destinada al laboratorio de Ginpen. En poco tiempo, se construyeron instalaciones seguras para albergar los cadáveres de los garinafins que habían traído las crubens mecánicas de Than Carucono, y Cogo Yelu envió espías a cada rincón de Dara en busca de hombres y mujeres de talento que pudieran idear alguna técnica sorprendente para vencer a los garinafins.

La mariscal no albergaba grandes esperanzas de que dicha investigación produjera resultados útiles —cifrar sus esperanzas en dichos resultados sería como contar con un milagro—, pero estaba decidida a dar a sus tropas todas

las posibilidades que pudiera, aunque estuviera convencida de que la tarea era, en último término, imposible.

Zomi Kidosu y la princesa Théra trabajaban en Ginpen codo con codo con cirujanos, veterinarios y especialistas en anatomía para diseccionar y aprender los secretos de los garinafins.

El laboratorio estaba situado dentro de una gigantesca caverna costera. La instalación era creación del director de los laboratorios imperiales, Kita Thu, uno de los *pana meji* de Haan que participaron en el Examen de Palacio junto con Zomi Kidosu años atrás. Aunque en aquel momento no le hiciera

muy feliz esa posición, los instintos del emperador y la consorte Risana resultaron acertados y, con los años, Kita se había convertido en un competente líder de eruditos, especialista en realizar tareas inusuales.

Tan pronto como llegaron los cadáveres los escondió dentro de la caverna e instaló un sistema de vagonetas para mantenerlos entre hielo y evitar su deterioro, sufragando los gastos que ello suponía con las riquezas de su familia antes de que llegara la financiación imperial. A los comerciantes y conductores que abastecían el laboratorio, se les decía que la instalación era un almacén

imperial destinado a preservar productos del mar para ser consumidos fuera de temporada. A medida que los días se fueron haciendo más calurosos, las vagonetas tuvieron que llegar hasta los glaciares de las montañas de Damu para recoger hielo, lo que disparó los gastos del laboratorio.

Resultaba imperativo que descubrieran todo lo que pudieran de los cadáveres lo antes posible.

Gracias a los fondos procedentes de los nuevos bonos de guerra, Kita redobló sus esfuerzos. Amplió la caverna y la dividió en múltiples salas de disección con el fin de poder estudiar en paralelo distintas partes de los

cadáveres. Un sofisticado sistema de orificios cuidadosamente perforados y espejos dirigía la luz del sol para iluminar el interior de la caverna. Además, diseñó una estructura cóncava con numerosas lentes refractarias que se colocaba sobre las mesas de disección para que ninguna sombra bloqueara la visión del cirujano o disector. Mandó traer escalpelos con punta de diamante para seccionar la dura piel, los músculos y los tendones de las grandes bestias y que los cortes realizados durante el proceso de disección fueran limpios y no dañaran innecesariamente los tejidos, lo que ocurriría si tenían que ser serrados o cortados con cuchillos.

Instaló varios molinos de viento sobre los acantilados que cubrían la caverna, desde donde una serie de engranajes y correas transmitía hasta el laboratorio la energía necesaria para accionar la maquinaria pesada que levantaba y trasladaba los cadáveres. Como todo el lugar se mantenía a una temperatura cercana a la de congelación, los que trabajaban dentro tenían que abrigarse como si estuvieran en lo más crudo del invierno. Excepto los estudiosos y el personal no especializado que trabajaba en el proyecto, nadie estaba autorizado a aproximarse al laboratorio oculto: los espías y simpatizantes lyucu podrían intentar sabotearles y cualquier

descubrimiento se consideraba un secreto militar.

Al principio, los distintos expertos veían con escepticismo la presencia de Théra. La mayor parte pensaba que las historias sobre su contribución a la derrota de la rebelión en Tunoa eran exageradas, uno de los mitos imperiales, y no pocos murmuraban que era poco más que una princesa consentida que se había colado entre hombres doctos en busca de emociones o para darse importancia.

No mejoró las cosas el hecho de que Théra insistiera desde el principio en sumar al equipo a otras dos personas que no figuraban en la lista de

investigadores aprobada por el comité del Consejo Académico Imperial. Çami Phithadapu era una joven estudiosa de Rui que apenas había alcanzado el rango de *firoa* en los exámenes imperiales del año anterior y Mécodé Zégate era una *cashima* de antepasados Haan que había crecido en Tunoa.

Ambas habían sido beneficiarias del Programa de la Carpa Dorada de Kuni Garu, aunque ni siquiera Théra lo sabía.

—¿Por qué estas dos mujeres en concreto? —preguntó Kita Thu, con el ceño fruncido.

—Casi no hay mujeres entre los investigadores, Kita.

—Eso es porque no hay candidatas

cualificadas —Kita hizo una pausa cavilando si esto podría considerarse una ofensa a la princesa. Intentó arreglarlo con un cumplido—. Su alteza es una excepción, claro está, al igual que la consejera especial Zomi Kidosu.

—Aunque no haya tantas mujeres como hombres que aprueben los exámenes imperiales, hay *algunas* —dijo Théra—. Además, como este proyecto nos exige descubrir cosas nuevas, es importante contar con un amplio espectro de opiniones e ideas.

—La originalidad de pensamiento es una cualidad de la mente, no del sexo —se burló Kita Thu.

Théra insistió.

—Las mujeres pueden ofrecer puntos de vista nuevos que no poseen los candidatos masculinos gracias a sus distintas experiencias vitales. Çami utilizó su ensayo del año pasado para presentar pruebas de asistencia al parto entre las ballenas; y Mécodé ha adquirido una merecida reputación como experta en las hierbas utilizadas por los animales para curar sus enfermedades. Su interés por estos temas tradicionalmente dejados de lado muestra la originalidad de pensamiento de ambas.

Kita no quedó convencido, pero cedió e incorporó a las dos mujeres a la plantilla.

Consciente del escepticismo que despertaba, Théra decidió ignorar el clima de soterrada hostilidad hacia su persona y volcarse en la faena. Trabajó mano a mano con los demás eruditos, trepando sobre las gigantescas carcasas con ayuda de gruesos cables y garfios afilados, sin quejarse nunca del riesgo; levantando y trasladando enormes miembros y cortando partes del cuerpo sin mostrar signo alguno de que dicho trabajo físico estuviera por debajo de su rango; metiendo de lleno los brazos en sangre y grasa sin preocuparse por llevar la cara salpicada de humores y hundir su cuerpo en el hedor de las vísceras de los garinafins. Escuchaba

con atención las discusiones de los eruditos sin interrumpirlas para dar su opinión.

Se comportaba menos como una princesa de Dara que como uno de los aprendices o alumnos de los eruditos.

—¿Por qué nunca decís nada? — preguntó Zomi cuando las dos estaban solas—. Sé que queréis contribuir.

Théra sonrió.

—¿Recuerdas la leyenda del pájaro Phaédo?

—¿La que contaba Ra Oji?

En Damu, el rojo

*Phaédo aguarda en
su nido,*

*Aislado por la nieve, en
tres años no emite
sonido.*

*Luego, una mañana,
canta para convocar
al sol.*

*Pasmado, el mundo
entero se detiene y
escucha su canción.*

Théra movió la cabeza afirmativamente.

—Hay un tiempo para manifestar la opinión y un tiempo para ejercer de alumno obediente. La elección del momento oportuno es fundamental, tanto en la guerra como en el debate,

especialmente cuando se es un extraño.

Zomi suspiró. Daba la impresión de que Théra comprendía mejor que ella el flujo de las corrientes de poder y Luan Zya ya la advirtió de esa debilidad hace años.

Preocupada por la salud de Théra, Zomi diseñó una máscara para ella con el fin de que no enfermara por la sangre de garinafin que le salpicaba la cara ni por las emanaciones del agua medicinal en la que conservaban los órganos de garinafin una vez separados del cadáver. Théra se mostró encantada y el corazón de Zomi se llenó de calor al observar a la graciosa princesa.

—¿Te importa si pido a los artesanos

que fabriquen máscaras para todos? — preguntó Théra agarrando a Zomi de la mano.

Zomi se puso colorada. Se amonestó a sí misma por no haber pensado lo que supondría que solo la princesa llevara equipo especial. Se concentró en la sensación que le causaban los dedos de la princesa contra la palma de la mano: estaban ásperos de manejar herramientas pesadas para manipular la piel de los garinafins, pero le resultaban tremendamente suaves y agradables. Asintió.

—Bordaré algunas bayas de zomi en esta para que nadie la confunda con la suya —dijo Théra—. Es especial; la has

hecho tú.

Durante horas, Zomi se acarició la palma de la mano, intentando recrear la calidez de la mano de Théra.

En contraste con la tibia recepción de la princesa Théra, Zomi Kidosu, la *pana méji* más notable de los exámenes imperiales dos años antes, contó con el respeto de todos desde el principio. Pronto se afianzó como una de las mayores expertas en garinafins, gracias a las numerosas lecturas del relato de Luan Zyaji, y las minuciosas notas que ella había tomado cuando observó las criaturas en Rui demostraron ser inestimables al permitir relacionar los

rasgos anatómicos de los garinafins con su comportamiento.

Trabajar mano a mano en una tarea conjunta acercó todavía más a Zomi y a Théra. No dejaban de charlar y reír mientras se abrían camino y trepaban por el laberinto descomunal de los intestinos de garinafin, como si estuvieran paseando por un hermoso jardín y comentando las exóticas flores.

Con las mentes más brillantes de Dara en acción, los eruditos congregados en el interior de la caverna de hielo en la costa de Haan realizaban constantes avances hacia su primer objetivo: comprender el misterio del aliento de fuego de los garinafins, una

capacidad que no tenía equivalente en la fauna de Dara.

Después de abrirse camino a través de la piel y los músculos de los garinafins, los investigadores encontraron una red de receptáculos membranosos que llenaban la cavidad del cuerpo.

—Deben ser similares a las bolsas existentes en el interior del pecho de los halcones mingén —razonó Atharo Ye, un notable erudito incentivista de Rui que había servido en la corte del emperador Mapidéré como ingeniero aeronaval del imperio. Era descendiente del gran ingeniero Kino Ye, que cometió sacrilegio al diseccionar halcones

mingén y descubrió el secreto del gas elevador que permitía el vuelo de las grandes rapaces. De vez en cuando, Atharo daba caladas a una pipa de coral cargada del intenso tabaco de Faça y, aunque el humo permanecía flotando en la helada caverna, ninguno de los otros eruditos se atrevía a poner objeciones, dada su relevancia.

—A pesar de sus huesos huecos y ligeros y sus alas gigantescas, parece que estas criaturas necesitan la ayuda de estos receptáculos para volar — continuó Atharo.

—Pero eso quiere decir que necesitan el gas elevador tanto como nuestras aeronaves —dijo entusiasmada

Çami Phithadapu, que se había propuesto intervenir en la conversación sin dejarse intimidar por los reputados eruditos que la rodeaban —un hábito que irritaba a muchos de los más mayores y consolidados—. Si conseguimos cortarles el suministro, los garinafins terminarán obligados a permanecer en tierra.

Zomi sacudió la cabeza.

—No estoy segura. No recuerdo que los lyucu enviaran a las bestias a reponer su reserva de gas elevador al lago Dako. Y no hay ninguna mención a la existencia de dicho gas en los relatos del maestro Zyaji sobre las tierras de Ukyu y Gondé. Una característica tan

importante le habría llamado la atención.

—Es posible que ese gas sea mucho más común en su tierra que en la nuestra y que los lyucu no lo consideren por tanto un recurso escaso ni notable —dijo Atharo.

—Pero ¿cómo pudieron mantener el suministro de gas elevador durante todo el tiempo que duró su travesía oceánica? —preguntó Çami.

Atharo desestimó esta objeción con un gesto impaciente de la mano.

—Nuestras aeronaves pierden gas, pero lentamente, y con un mantenimiento cuidadoso y el intercambio de gas entre naves, pueden volar muchos años sin

necesidad de repostar.

—Pero parece que los garinafins no pueden volar por mucho tiempo —dijo Zomi—. Todos los datos muestran que solo son capaces de mantenerse en vuelo unas pocas horas y que luego tienen que tomar tierra. Si utilizaran el gas elevador almacenado, podríamos suponer que serían capaces de mantenerse en el aire indefinidamente.

—Mmm... —Atharo Ye tuvo que admitir la lógica de este razonamiento—. Vamos a examinar más a fondo estos receptáculos.

Localizó una de las bolsas que seguía llena de gas y la separó cuidadosamente de todos los vasos sanguíneos, tubos de

aire y demás tejidos. Luego ligó los pequeños tubos con un hilo y soltó la bolsa sujetándola por el hilo.

El receptáculo de casi tres pies de largo, quedó flotando con el hilo tenso.

—Es más ligero que el aire, como sospechaba —dijo Atharo.

A continuación, tomó una caña hueca y afilada, y la clavó en la bolsa. El gas salió siseando por el tubo.

—Maestro Ye —interrumpió la princesa Théra. Como raras veces hablaba, todos se giraron para mirarla —. Creo que deberíamos ser cautelosos con un gas desconocido. Tal vez sea preferible usar uno de los escalpelos más pequeños...

Atharo Ye gesticuló impaciente con la mano.

—He trabajado con gas elevador desde antes de que vuestros padres pensarán siquiera en la posibilidad de traeros al mundo. Sé muy bien qué es peligroso y qué no —cerró los ojos e inhaló profundamente el gas que salía—. Es completamente inodoro. Gas elevador puro.

Dejó flotar la bolsa sobre su cabeza como si fuera un globo y el chorro de gas que seguía saliendo por la caña la impulsaba en círculos. Luego sacó su pipa de coral llena de tabaco curado e hizo un gesto a uno de los chicos que andaba por ahí para que le trajera fuego.

Como el interior de la caverna tenía que mantenerse a muy baja temperatura y la iluminación procedía de la luz solar reflejada y refractada, en el laboratorio no había ninguna lámpara ni linterna. El chico echó a correr y trajo un palito encendido del exterior.

Y, de repente, el globo estalló sobre su cabeza en una bola de fuego. El chico dio un alarido y saltó para apartarse mientras los otros investigadores se tiraban al suelo. La bola en llamas cayó sobre la cabeza de Atharo, prendiendo fuego al pelo y las ropas. Atharo chilló y fue dando tumbos hasta chocar con la mesa de disección. No había ninguna fuente de agua cerca. Iba a sufrir

quemaduras graves.

Los otros eruditos y guardias estaban aturridos y daban vueltas impotentes.

—¡Alteza! —Mécodé Zégate, la herborista de Tunoa, se precipitó hacia la princesa Théra—. ¿Me dejáis vuestra túnica?

Théra comprendió al instante.

—¡Buena idea! —sin dudarlo, se arrancó la voluminosa túnica de invierno que llevaba puesta y, con ayuda de Mécodé y Çami, cubrió la cabeza y los hombros en llamas de Atharo Ye antes de empujarlo al suelo. Luego le hicieron rodar hasta asegurarse de que las llamas estaban apagadas.

Atharo se sentó y lentamente fue

retirando la túnica de Théra, que le envolvía la cabeza como un velo de novia. El fuego le había chamuscado la barba y gran parte del cabello, pero las quemaduras del rostro y el cuello eran relativamente leves.

—Os pondréis bien con un unguento de lirios de hielo y jalea de invierno —dijo Mécodé tras examinarlo—. Pero escocerá terriblemente unos días.

—Gracias —dijo mirando a Théra, Çami y Mécodé reconocido.

Mientras, Zomi daba serenamente órdenes a todo el mundo en la caverna.

—¡Abrid esas puertas para que entre aire! No seccionéis más receptáculos de los garinafins y ni se os ocurra volver a

traer fuego al interior.

En otras circunstancias, la imagen de tres mujeres —una de ellas una princesa en ropa interior— dando vueltas a un anciano por el suelo como si fuera un tronco habría provocado risitas y chismorreos, pero los que estaban en la caverna se dieron cuenta del valiente proceder de Théra, Çami y Mécodé.

Kidosu comenzó a batir palmas y pronto todos se unieron a ella, llenando la cueva de sonoros aplausos.

—Me habéis enseñado una buena lección —dijo avergonzado Atharo—. Eso demuestra que una vida larga no aporta necesariamente sabiduría. ¿Cómo pudiste mantener la calma y saber qué

hacer?

Mécodé echó a reír.

—Supongo que al ser de familia pobre y tener que preparar la comida para muchos, he pasado más horas en la cocina que todos vosotros juntos. No es raro que una falda se prenda fuego y aprendí lo que había que hacer cuando se producían esos accidentes. Imagino que Çami ha vivido experiencias semejantes.

Çami asintió.

—Aun siendo una buena estudiante, se suponía que debía cocinar para mis padres y hermanos.

Atharo se giró hacia Théra.

—No puedo imaginar que vos

también aprendierais esta técnica en la cocina.

Théra sonrió.

—La verdad es que no. Cuando mi padre era joven, su amigo el secretario de clarividencia Coda fue víctima de un ataque con bombas incendiarias. Mi padre se dio cuenta de que para apagar el fuego tenía que separar las llamas del aire y así salvó a su amigo. La historia me impresionó mucho, así que reaccioné sin tener que pensar.

Atharo asintió.

—Gracias a los dioses que estáis aquí.

A partir de entonces, los eruditos trataron a Théra, Çami y Mécodé como

miembros de pleno derecho del equipo. Cuando aportaban opiniones u observaciones, los demás escuchaban.

El trauma que compartían por las pérdidas familiares a causa de los estragos perpetrados por los lyucu y su trabajo en el laboratorio unieron a Zomi y a Théra con un vínculo singular. Las dos comían juntas y pasaban las horas de descanso discutiendo las investigaciones, principios de ingeniería, tácticas militares y lo que se les pasaba por la cabeza.

La investigación sobre los garinafins se había ralentizado al enredarse los eruditos en debates interminables sobre

la naturaleza de las bolsas de aire y el modo de reconciliarlas con las observaciones del comportamiento de las bestias. Había demasiadas teorías y todos se sentían frustrados porque los mensajeros imperiales de Pan preguntaban cada dos días si había novedades, recordándoles la inminente guerra con los lyucu.

Un día hubo un chaparrón con truenos y, cuando cesó la lluvia, Théra convenció a Zomi de que tomaran un descanso y subieran a lo alto de los acantilados.

—¿No es precioso? —dijo Théra. El plácido océano tenía un tono turquesa oscuro. El sol se asomó entre las nubes

y apareció un arcoíris.

Zomi sonrió y señaló el arcoíris.

—¿Qué? —Théra se hizo sombra en los ojos y miró en la dirección señalada por Zomi, pensando que había descubierto algo en el horizonte.

Zomi sonrió y volvió a señalar el arcoíris.

—¿Es un acertijo?

Zomi sonrió y volvió a señalar el arcoíris.

—Me rindo. Dime lo que intentas decir.

La sonrisa de Zomi se volvió melancólica.

—Mi madre me contó una vez una historia sobre los dioses y los Doce del

Calendario en la que el señor Lutho respondía a todas las preguntas que le hacían de esa manera. Los dioses están llenos de misterios.

—Me gustaría escuchar esa historia alguna vez —dijo Théra—. Ojalá hubiera conocido a tu madre.

—Mis padres eran buenos narradores de historias —dijo Zomi—. Y las historias suenan mejor en el dialecto de Dasu. Pero llevo tanto tiempo fuera de casa que he perdido el acento.

Estaban de pie, una junto a la otra, y Théra pasó el brazo por los hombros de Zomi afectuosamente.

—Son muchas las cosas que perdemos al crecer, pero ganamos otras

tantas. No ha sido fácil llegar hasta donde estamos.

A su alrededor el campo parecía tan nuevo como si estuviera recién pintado sobre un lienzo: las exuberantes praderas, la playa arenosa de intenso negro, las cabañas y casas resplandecientes con luminosas paredes blancas y techos de teja roja recién lavados.

—Una gran señora me dijo en una ocasión que uno de los grandes placeres de la vida es contemplar el mundo renacido después de una tormenta —dijo Théra.

—Y es verdad —dijo Zomi—. Me alegro de haberte hecho caso y haber

subido hasta aquí. Aunque creo que no lo habría disfrutado tanto si hubiera subido sola.

Théra sonrió. La señora también había hecho algún comentario sobre eso.

Zomi se sentó para colocarse bien el arnés de la pierna porque la ascensión había aflojado algunas de las ligaduras.

—Es una obra de ingeniería realmente asombrosa —dijo Théra. Se sentó junto a Zomi para examinar el modo en que el arnés se flexionaba y potenciaba los movimientos de los músculos debilitados de la pierna de Zomi.

—Mi maestro lo construyó para mí —dijo Zomi. Sus ojos se nublaron un

instante—. Si él estuviera aquí, apuesto que ya habría descubierto el secreto de los garinafins. Avanzamos tan poco que siento que le estoy defraudando.

—No estoy de acuerdo —dijo Théra—. Luan Zyaji fue un gran erudito, pero no era un dios. Era mortal, como tú y como yo. Estaba convencido de que el universo era cognoscible y mientras nos aferremos a eso y perseveremos, estoy segura de que lograremos descubrir lo que buscamos.

—¿Cómo consigues estar siempre tan animada?

—Me han enseñado que nuestro destino está más marcado por lo que llena nuestro corazón que por nuestro

talento o las circunstancias. Me pusieron de nombre «la que disuelve las penas» y yo intento hacer honor a ese nombre. Cuando estamos en una situación que parece desesperada, podemos darnos por vencidos y lamentar nuestra suerte o revisar el guión y tomar un nuevo rumbo. Siempre somos los héroes de nuestra propia historia.

—Siempre somos los héroes de nuestra propia historia —repitió Zomi. Sonrió por primera vez en mucho tiempo.

—¿Sabes una cosa? —dijo Théra—. Estás preciosa cuando sonrías.

Zomi se sobresaltó. Siempre le había preocupado mantener una apariencia

seria para demostrar que encajaba dentro de las filas de los instruidos.

—¿Me estás diciendo que debo sonreír más?

—No es eso —dijo Théra—. Me hace feliz verte feliz y espero que tengamos más momentos de auténtica alegría juntas.

Zomi se ruborizó. Pocas personas habían hecho comentarios sobre su apariencia tras quedar desfigurada por un rayo en su infancia. Pero el comentario de Théra aligeró su corazón.

Théra se rió maliciosamente.

—Ese rubor de la cara tampoco te sienta mal. ¿Sabes que solías intimidarme? Estaba segura de que no te

caía bien porque cada vez que intentaba hablar contigo parecías impaciente.

Zomi se echó a reír nerviosamente.

—Era arrogante y creía saberlo todo. Lamento haber sido tan grosera.

—Durante la infancia, me relacioné con pocos niños que no fueran mis hermanos y cuando empecé a pasar más tiempo con otras chicas de mi edad, nuestras diferencias de estatus hacían imposible una mayor cercanía — reflexionó Théra—. Me alegro de que estemos trabajando juntas en esto.

—Yo también —dijo Zomi. Tragó saliva y continuó—: Nunca te lo había dicho, pero te agradezco que me hicieras ver mi comportamiento cobarde cuando

pretendía marcharme de la corte después de traicionar a la mariscal.

—Solo te mostré lo que, en tu interior, ya sabías que era verdad —dijo Théra—. Un verdadero amigo es un espejo que nos refleja la verdad.

—¿Y si... —Zomi se detuvo y tragó saliva, mirando a los ojos expectantes de Théra. Hizo un esfuerzo para seguir, mientras el corazón se le disparaba—... quiero que seamos más que amigas?

Théra se ruborizó al tiempo que su rostro se transformaba con una sonrisa radiante.

—¡Creía que estaba tocando la cítara para una vaca que rumiaba y resulta que era yo la vaca temerosa de danzar!

—¿Eso... es un sí? —preguntó Zomi con el corazón completamente desbocado.

En lugar de responder, Théra la rodeó con sus brazos y la atrajo hasta unir sus bocas en un beso prolongado.

El sol centelleaba sobre el mar y una suave brisa acariciaba el mundo revitalizado.

Las voces de dos mujeres jóvenes que habían escuchado la voz del corazón de la otra, la música que subyace tras la música, cantaron en perfecta armonía:

¿Hasta dónde llegarán?

¿Qué contemplarán?

¿Qué costas lejanas

visitarán?
Antes de hundirse,
brotar, crecer y
florecer
¡Y volver a mecerse
sobre las olas otra
vez!

Atharo Ye, lleno de vendas, retomó la investigación con entusiasmo. Humildemente, pidió a la princesa Théra que lo ayudara.

—Estamos dando vueltas a demasiadas teorías pero no tenemos pruebas suficientes —dijo Atharo—. Debemos hacer más y hablar menos.

Con mucha precaución, separaron

otro receptáculo de uno de los garinafins muertos.

—¿Cómo podemos medir las propiedades del gas? —preguntó Atharo con el ceño fruncido.

Zomi sonrió.

—Podemos pesar el pescado.

Inflaron una de las bolsas vacías con gas elevador de una de las pocas naves mensajeras que quedaban bajo control imperial hasta que tuvo el mismo tamaño que la del garinafin. Luego ataron diversos pesos a ambas hasta conseguir flotabilidad neutra.

—El gas del interior de los garinafins es más pesado que el que obtenemos en el lago Dako —concluyó

Atharo—. Esa es la razón por la cual el otro saco puede cargar más peso.

—Eso también significa que los garinafins tienen menos propulsión que los halcones mingén y nuestras aeronaves —dijo Zomi—. Por eso necesitan unas alas tan grandes.

—También es altamente inflamable, lo que significa que probablemente esa sea la fuente del aliento de fuego —dijo Théra.

Théra tuvo una corazonada y pidió que trajeran a la caverna una de las bombonas del gas que alimentaban los lanzallamas de la mariscal. Repitieron el mismo experimento para comparar el gas extraído del estiércol fermentado

con el precedente de una de las cavidades de los garinafins, y resultó que ambos tenían idéntico peso.

—Pero ¿cómo tendrán acceso los garinafins al gas del estiércol? —se preguntaron los intrigados eruditos.

Mécodé, experta en los efectos de diversas hierbas en la digestión animal, ofreció una posible respuesta.

—El proceso de fermentación que genera el gas de los lanzallamas puede ser similar a lo que tiene lugar en el interior de estas criaturas herbívoras.

Posteriores disecciones de los animales parecieron confirmar dicha hipótesis. Al igual que las vacas y las ovejas, los garinafins tenían estómagos

con varias cámaras. Daba la impresión de que la hierba debía de fermentarse en alguna de las primeras cámaras y luego se regurgitaba, se masticaba y se volvía a tragar. Entonces el gas generado por la fermentación era distribuido y almacenado en la red de receptáculos por todo el cuerpo. Para evitar que las criaturas se hincharan, el gas iba filtrándose poco a poco, y tenía que reemplazarse.

—El aliento de fuego también consume gas —especuló Zomi—. Eso explica que los garinafins no puedan volar tanto tiempo cuando exhalan fuego. Necesitan reponer la reserva de gas aterrizando y comiendo.

—Realmente, la creación está llena de maravillas —dijo Atharo Ye—. Los herbívoros deben de haber desarrollado esta capacidad como mecanismo de defensa. Me pregunto qué otras asombrosas criaturas esconderán las tierras de Ukyu y Gondé.

Ver a esas temibles criaturas como ganado volador rumiante las despojaba de gran parte de su mística. Los eruditos inmediatamente se pusieron a debatir el modo de utilizar estos descubrimientos y crear tácticas defensivas adecuadas.

Con las disecciones se fueron desvelando nuevos misterios.

Aunque los garinafins eran

claramente mamíferos, la disección de los dos cadáveres —ambos hembras— reveló huevos parcialmente formados con cáscaras duras, lo que sugería que eran ovíparos.

—¡Mamíferos que ponen huevos! — exclamó Atharo Ye—. Nunca hubiera creído tal cosa si no la hubiera visto con mis propios ojos.

La observación del interior de los huevos produciría aún mayores sorpresas.

—A diferencia de la mayoría de los animales que conocemos que ponen huevos, aquí los embriones se desarrollan al menos parcialmente en el interior de la madre, antes de que llegue

a depositar los huevos —reflexionó Çami en voz alta, experta en desarrollo prenatal en las aves de corral—. No sabemos mucho sobre el proceso del nacimiento en los garinafins, pero es evidente que estas monstruosidades con tres alas y seis miembros no son normales y probablemente no habrían sobrevivido.

—¿Crees que esta garinafin estaba enferma? —preguntó la princesa Théra.

—Es posible. Pero también puede ser algún problema relacionado con el medio ambiente. Al fin y al cabo, los garinafins están en una tierra extraña y tal vez carezcan de algunos nutrientes que resulten esenciales para su

reproducción.

—Es curioso que no hayamos visto hasta ahora ningún garinafin inmaduro —dijo Zomi—. Sabemos que los lyucu se sirven de ellos para controlar a sus padres. Si los garinafins están teniendo problemas en los nuevos partos, puede que los lyucu también pierdan el control sobre sus monturas.

Esto parecía una perspectiva prometedora, pero aún carecían de pruebas suficientes para justificar el optimismo.

Una vez terminado el trabajo preliminar de disección de los garinafins, los eruditos se dividieron en equipos para

investigar a fondo diferentes áreas.

Como sus hábitos y su anatomía digestiva eran semejantes a los del ganado, Mécodé dedujo que podían sufrir sus mismas debilidades y enfermedades.

—Y yo conozco a la persona que puede asesorarnos sobre el ganado — dijo Théra.

Tomó una de las aeronaves mensajeras y se dirigió a las tierras montañosas de Faça.

Lu Matiza se alegró de la visita de su nieta, pero no tanto de conocer lo que andaba buscando.

—¿Por qué quieres pasar un tiempo con los peones de la hacienda? Si

quieres aprender algo sobre el ganado, pregúntame a mí.

—Abuela, seguro que tú sabes todo lo que hay que saber sobre la correcta administración de una hacienda para que el negocio marche bien, pero lo que yo necesito son conocimientos prácticos, el tipo de cosas que solo pueden contarme los que se manchan las manos.

No sirvió de nada que Lu Matiza explicara a Théra lo inadecuado que era que una princesa de Dara viviera y trabajara entre los rudos trabajadores de la hacienda —¿podía imaginarse los rumores que circularían sobre ella y su familia?—. Théra no atendió a razones. Insistió en que tenía que aprender lo que

necesitaba saber del único maestro que importaba: la experiencia.

Lu suspiró.

—Tu madre tampoco me hacía caso nunca.

Ese comentario picó la curiosidad de Théra.

—¿Sobre qué?

—Oh, sobre cualquier cosa. Le decía que no anduviera correteando con los niños más asilvestrados de la aldea y jugando a juegos peligrosos durante el verano; que se centrara más en el bordado y en la danza y que no dedicara todo el tiempo a buscar hierbas; si supieras cuántas casamenteras salieron de casa hechas una furia después de que

tu madre las tomara el pelo. Deberías haber oído las discusiones que teníamos.

Théra se imaginó una versión más joven de su madre oponiéndose a las propuestas matrimoniales para dedicarse a otras actividades más estimulantes. Teniendo en cuenta que sus propias relaciones habían sido tensas, resultaba bastante irónico. Pero, de alguna manera, esas confidencias la hicieron sentirse más cerca de Jia.

Al fin, la abuela Lu cedió. Se consoló pensando que aunque Jia se hubiera negado a obedecerla a ella y a Gilo y se hubiera empeñado en casarse con Kuni Garu, al final todo había salido bien. Quizás no fuera mala idea dejar

que las hijas de los Matiza hicieran lo que quisieran.

Así que, durante algunas semanas, Théra se convirtió en una trabajadora más de la hacienda de los Matiza. Prohibió a su abuela que revelara su verdadera identidad a los compañeros de trabajo para poder asimilar lo que realmente suponía cuidar al ganado. Théra aprendió a comer galletas secas y cecina, a beber la infusión de raíz de achicoria tostada para mantenerse caliente y despierta, a reírse y contar chistes obscenos alrededor de la hoguera, a dormir en los campos bajo el cielo estrellado, envuelta en una manta abrigada, a palear estiércol en el hoyo

de fermentación, a llevar el ganado de un pastizal a otro cuando el tiempo era bueno y a resguardarlo en establos y llenar sus comederos con oloroso heno los días de lluvia. Gracias al constante trabajo duro y una serie de quehaceres aparentemente interminable, sus manos se pusieron ásperas y su piel morena y sintió que sus miembros se fortalecían.

Los trabajadores de la hacienda estaban inquietos por los lyucu y contaban rumores atroces sobre ellos, y Théra intentaba calmarlos sin revelarles quién era realmente. Se veía obligada a hacer malabarismos y la carcomía la preocupación al pensar que podría tardar demasiado tiempo en encontrar la

información clave que cambiara todo.

Aprendió qué maravillosa máquina era el estómago de los rumiantes y el cuidado que había que tener a la hora de llenarlo. No se podía alimentar al ganado con cualquier planta que estuviera a mano y confiar en que todo fuera bien. El cambio de una mezcla de hierbas o de heno a otra debía hacerse gradual y cuidadosamente, si se quería evitar que el ganado se hinchara o intoxicara. Lo que era un buen alimento para las personas no tenía por qué ser bueno para el ganado. Era preciso mimar el estómago de los rumiantes y examinar minuciosamente sus excrementos para deducir el estado del

misterioso proceso digestivo que transformaba la hierba y el heno en leche, carne y otros productos secundarios.

Cuando llegó la hora de regresar a Ginpen con sus averiguaciones, había ideado un plan del que estaba realmente orgullosa.

Mientras Tanto, Zomi estaba obsesionada por el misterio de la transformación del gas elevador inflamable en lenguas de fuego.

Los lanzallamas de la mariscal utilizaban una llama piloto pero el examen de la cavidad oral y el tracto digestivo superior de los garinafins no

mostraba ninguna estructura capaz de sustentar algo parecido. Ni había signo alguno de metal o pedernal que pudiera generar una chispa.

Los otros eruditos plantearon complicadas teorías para explicar el modo en que las bestias encendían su aliento flamígero: tal vez sus cuerpos contenían algún tipo de esencia que podía estallar en llamas espontáneamente; o quizás habían aprendido a rechinar los dientes con tanta fuerza y velocidad como para generar un calor incendiario, del mismo modo que los viajeros perdidos en el bosque podían hacer fuego frotando palitos; o tal vez los ojos de las bestias

podían concentrar la luz del sol como los espejos curvos de la antigua Haan e iniciar el fuego dentro del cráneo.

Ninguna de las teorías se veía respaldada por la anatomía real de los garinafins. Al final, la mayor parte de los eruditos dejaron el tema de lado considerándolo un enigma irresoluble y se volcaron en algún otro de los misterios de las bestias aladas, con la esperanza de que fuera más comprensible.

Pero Zomi no podía quitarse de la cabeza el misterio. Envió mensajes a los clarividentes para que buscaran información sobre maneras novedosas de iniciar fuego, con la esperanza de

poder aprender algo que les acercara a un descubrimiento trascendental.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

LA AYUDA DE TAN ADÜ

TAN ADÜ: CUARTO MES DEL
DÉCIMO SEGUNDO AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

Dafiro Miro viajó hasta Tan Adü. Habían pasado veinte años desde la última vez que estuvo en esta isla más meridional de Dara.

Cumpliendo con la promesa hecha al

jefe Kyzen, a cambio de la ayuda de los adüanos a la rebelión al llamar a las crubens, el emperador Ragin prohibió a todos sus comandantes militares y a todos los nobles que emprendieran acciones militares contra los adüanos. En las últimas dos décadas, los únicos hombres de Dara que habían llegado hasta allí eran comerciantes y misioneros de distintos dioses y, de vez en cuando, algunos adüanos deseosos de aventura habían regresado con ellos a las otras islas para satisfacer su curiosidad sobre el mundo exterior.

Sin prisa pero sin pausa, la vida en Tan Adü estaba cambiando: en los hogares de algunos jefes de tribu podía

encontrarse porcelana, objetos lacados e incluso seda; hasta el jefe Kyzen había aceptado a regañadientes contratar escribas de Dara para que recogieran por escrito las historias y leyendas de su pueblo y crear así un depósito más seguro que la tradición oral. Estos cambios fueron acaloradamente discutidos por los jefes y otros miembros de las tribus, pero las decisiones las tomaban las propias tribus y no se imponían bajo amenaza de conquista.

El jefe Kyzen, tan familiarizado con la lengua de Dara que ya no precisaba intérprete para conversar con el emisario del emperador Ragin, recibió

calurosamente a Dafiroy.

—¿Se encuentra bien el Gran Jefe?
—preguntó Kyzen con una sonrisa burlona en la comisura de los labios—. Cuando vino a verme por primera vez me soltó un bonito discurso acerca de derrocar al tirano Mapidéré. ¡Pero, al final, supongo que no pudo resistir la tentación de convertirse en Gran Jefe él mismo!

A Dafiroy no le gustó la acusación contra su señor.

Kyzen se echó a reír.

—Estoy bromeando. Es bueno ver que los hombres de Kuni Garu siguen tan fieles como siempre a su señor. Por apartada que esté esta isla, hasta mis

viejos oídos han llegado a través de los astutos comerciantes de Dara noticias de la prosperidad y la paz logradas por el emperador Ragin. No hay por qué avergonzarse de desear el poder, siempre que se utilice en beneficio del pueblo. Además, Kuni ha mantenido su promesa de dejar en paz a los adüanos, lo que es de agradecer.

—El emperador se encuentra en peligro mortal —dijo Dafiro, y procedió a poner al día el jefe sobre lo acontecido en Dara tras la llegada de los lyucu.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó Kyzen pensativo—. ¿Crees que no tenéis posibilidades de ganar? Kuni

Garu y sus consejeros siempre han sido ingeniosos, especialmente *Toru-noki*.

Dafiro sacudió la cabeza.

—El maestro Luan Zya, ahora venerado como Zyaji, está muerto y perdió la vida en un último intento de detener a los lyucu. La mariscal, la líder militar más notable a quien jamás he seguido, no guarda ninguna esperanza.

—Por eso has vuelto a acudir a nosotros en busca de ayuda.

Dafiro asintió.

—Convencí a la mariscal de que me permitiera venir. Si las imponentes crubens ayudaron en una ocasión al emperador a alcanzar el trono de Dara —de hecho, el estandarte de Dara

todavía conmemora aquel episodio—, quizás vuelvan a ayudar al emperador y a su pueblo en este momento sombrío.

—¿Y por qué debería implicarse Tan Adü?

—Los lyucu no solo pretenden conquistarnos, sino esclavizarnos. Ya os he descrito el salvajismo de sus métodos. Las islas de Dara resguardan ahora a Tan Adü como los labios resguardan los dientes del viento invernal. Pero si los labios desaparecen los dientes se resentirán del frío.

Kyzen cerró los ojos y meditó la petición, dando lentas caladas a su pipa de cuerno. Dafiro contuvo la respiración y esperó.

Al fin, Kyzen abrió los ojos.

—¿No han dado los dioses de Dara señales de su voluntad?

—Los dioses de Dara, como sabes, han jurado no interferir en los asuntos de la humanidad, al menos directamente.

—Pero ese acuerdo es posterior a las Guerras de la Diáspora. Podrían decidir disolver el pacto tan fácilmente como lo hicieron.

Dafiro siempre se había preguntado por las prácticas religiosas de los adüanos.

—¿Rezáis a los mismos dioses que nosotros?

—Esa es una cuestión... sorprendentemente complicada —dijo el

jefe Kyzen—. Hubo un tiempo en que creí que sí, pero la auténtica respuesta es ni sí, ni no. Ven conmigo.

El jefe Kyzen llevó a Dafiro a una gran cabaña construida sobre una estructura de bambú y madera y cubierta de hierbas y juncos. La cabaña era espaciosa y abierta y las paredes estaban cubiertas con repisas llenas de estatuas talladas en coco, madera y hueso de ballena.

Dafiro miró al jefe Kyzen esperando que explicara más.

—En tiempos de los estados Tiro, los reyes de Amu y Cocru intentaron conquistarnos repetidas veces. Aunque nunca consiguieron apoderarse de esta

isla, los asaltantes nos robaron los tesoros heredados de nuestros ancestros. Cuando algunos jóvenes fueron a Dara para estudiar vuestras artes, les pedí que acudieran al Gran Jefe y a los Señores de Dara para tratar de obtener la devolución de dichos objetos. Muchos habían sido destruidos en el transcurso de esos años, pero algunos volvieron a casa.

Dafiro examinó las estatuas más de cerca. No estaban talladas al estilo de Dara. Algunas tenían las cabezas tan grandes que el torso y las piernas parecían aditamentos; otras mezclaban rasgos humanos con características de otras criaturas, como tiburones,

ballenas, pájaros, lagartos o peces; y aun otras no guardaban semejanza alguna con los humanos, sino que parecían exóticas criaturas de las profundidades. Muchas de las estatuas estaban decoradas con trozos de coral y conchas y sus formas rotas e incompletas denotaban su antigüedad.

—¿Eran estos... vuestros dioses? — preguntó Dafiro, con la voz llena de asombro.

—Como te dije, la respuesta es sí y no.

—No entiendo —dijo Dafiro.

—Los eruditos y funcionarios que cuidaban de los archivos de trofeos de los antiguos reyes Tiro estaban

convencidos de que eran nuestros dioses, y cuando les explicamos que no rezábamos a las estatuas pero que queríamos recuperarlas porque nos las habían transmitido nuestros ancestros, los eruditos de Dara quedaron pasmados.

—Lo mismo que yo —dijo Dafiro—. ¿No tenéis historias relativas a estas estatuas?

—Hay cientos de estatuas como estas; ni siquiera los más ancianos de las tribus conocían los nombres de todas ellas cuando yo era niño y mucho menos los nombres y las leyendas de las que se habían perdido. Esa es la naturaleza de la tradición oral: algunas de las historias

antiguas caen en el olvido con cada generación, aunque se creen otras nuevas.

—Eso es... lamentable —dijo Dafiro.

—No es lamentable ni afortunado —dijo el jefe Kyzen—. Es así. Pero los eruditos de Dara reaccionaron como tú y algunos se ofrecieron a recuperar aquellas de nuestras viejas historias que quedaron escritas en vuestros libros antiguos. Los anu registraron las tradiciones de los nativos de estas islas mientras luchaban contra ellos.

—Es maravilloso que los ideogramas anu permitieran que vuestro pueblo recuperara su pasado a través de sus

voces congeladas —dijo Dafiro. Poseía la reverencia casi mística del hombre común por los ideogramas, aunque no era un erudito, y la propuesta de Zomi Kidosu años atrás de abolir su uso en los exámenes imperiales nunca le pareció del todo adecuada.

—En efecto. Los jóvenes adüanos y los eruditos de Dara leyeron atentamente vuestros archivos y aprendieron muchas tradiciones olvidadas por nuestros ancianos. Por ejemplo —señaló la estatua de una persona con una cabeza sobredimensionada y tres conchas de cauri incrustadas en la cara—, aprendí la leyenda del Héroe de los Tres Ojos, que buceó hasta el fondo del mar para

exigir una tregua entre la humanidad y las ballenas dentadas sujetando al rey de las ballenas bajo el agua hasta que capituló.

Dafiro examinó la estatua con admiración pensando con melancolía que a su hermano le habría gustado escuchar esa historia.

El jefe Kyzen siguió adelante.

—Durante ese proceso, los adüanos jóvenes también se interesaron por las religiones tradicionales de sus anfitriones de Dara. Examinaron volúmenes antiguos, consultaron a sacerdotes y monjes eruditos e interrogaron a brujos y médiums populares sobre el conocimiento oral

oculto. Los tiempos de los primeros anu se pierden en la bruma de la historia y existen muchos mitos e historias contrapuestos que se supone que hablan de la religión antigua. Muchos eruditos de Dara nos explicaron que averiguar la verdad sobre el pasado era una tarea imposible.

—No tenía idea de que fuera tan complicado —dijo Dafiro.

—Cuando comparamos nuestras historias —tanto las que recordábamos como las que encontramos en vuestros libros— con las historias sobre los dioses de Dara de las crónicas anu, hicimos un descubrimiento sorprendente.

El jefe Kyzen dio otra calada a su

pipa, disfrutando de la mirada impaciente del rostro de Dafiro. Se compadeció de él y continuó su relato.

—Las primeras sagas anu ofrecían distintas versiones del mito de la creación, así como proezas de deidades con nombres que no aparecían en relatos posteriores. El mito creacional que finalmente se impuso es el que conoces bien: la partida de Thasoluo de Daraméa, la creación de las islas a partir de sus lágrimas y el nacimiento simultáneo de los jóvenes dioses de Dara.

Dafiro asintió, sin saber bien adónde quería llegar.

—Este mito se parece notablemente a

la historia de nuestra creación, aunque difiere en algunos aspectos importantes. Nuestros narradores de historias hablan de la creación de la raza del hombre a partir de la sangre derramada por Daraméa cuando parió a los dioses, un detalle que está ausente en los relatos anu; y en nuestras historias, Tazu era una diosa, no un dios que a veces adopta aspecto femenino.

—¿Qué versión crees que es la verdadera?

—Eso no es algo que los humanos podamos averiguar. Pero yo tengo una teoría sobre lo que ocurrió: cuando los primeros anu llegaron a estas costas trajeron sus propios dioses, diferentes

de los que conocéis como dioses de Dara, que fueron venerados por los indígenas... nuestros antepasados.

—¡Sus propios dioses! —Dafiro estaba tan pasmado que no sabía qué decir.

—Así es, los dioses anu tenían sus propios nombres, sus propias esferas de poder y sus propias historias. Algunas de ellas quedaron registradas en las sagas primitivas pero fueron olvidadas en años posteriores.

—Mientras los anu combatían a los nativos y se mezclaban con ellos, conocieron nuestros dioses y mitos y, con el paso del tiempo, llegaron a identificar a sus dioses con los nuestros.

Combinaron su dios del fuego, por ejemplo, con nuestra diosa de los volcanes; nuestra diosa bromista se consideró un reflejo de su dios bromista; nuestro dios sanador fue reconvertido en su buen pastor. Trasplantaron elementos de su tierra natal a nuestros dioses y los veneraron como si siguieran venerando a los dioses familiares.

Mientras el jefe se explicaba, iba señalando a Dafirol diversas estatuas: una diosa en hueso de ballena cuyos generosos pechos estaban tallados en coral con la forma del monte Rapa y el monte Kana; una talla en madera de una diosa con la parte inferior del cuerpo de un tiburón; una figurilla hecha con el

cuerno blanco immaculado de una cruben con una expresión de serena piedad comprensible por todo el mundo.

—¿Por qué obrarían así? —preguntó Dafiro.

—¿Quién sabe? Pero supongo que los dioses arraigan en los lugares que consideran su hogar y los dioses que trajeron aquí los anu conservaron solo su nombre, no su sustancia. Los anu necesitaban sentir la presencia de la divinidad en sus vidas, y la solución más sencilla era rezar a dioses que les respondieran —nuestros dioses— a la vez que les atribuían ropas y hábitos familiares y los consideraban reflejo de las deidades que ya conocían.

—¿Y los dioses de Dara lo aceptaron?

—Los dioses son un misterio, Dafirot Miro. No comprendemos sus pensamientos ni sus deseos. Pero imagino que ser un dios no se diferencia enormemente de ser un rey en lo que al poder se refiere; ambos prefieren que les sigan y les adoren los fuertes. Si los antepasados, ¿no sería lógico que les prefirieran antes que a nosotros? Igual que los dioses dirigen nuestros asuntos, quizás el mundo mortal también influye en su reinado celestial.

»Lo que sabemos es que los templos más elaborados de los dioses de Dara

fueron construidos por los conquistadores y que en ellos los dioses estaban representados a imagen de los anu y no de los indígenas de estas islas. En lugar de rezar a estatuas, mis ancestros empezaron a rezar al cielo y al mar y, al olvidar las historias ligadas a las antiguas estatuas, nuestros dioses se hicieron más abstractos, menos dependientes de representaciones específicas.

»Además de apoderarse de nuestra tierra, tus antepasados nos arrebataron a nuestros dioses.

Dafiro guardó silencio, atónito ante tal revelación. Los saqueadores de Dara se habían llevado literalmente las

estatuas del pueblo del jefe Kyzen, por lo que este no hablaba solo metafóricamente.

—Entonces, volviendo a tu pregunta: ¿adoramos a los mismos dioses? La respuesta es sí y no, porque los dioses cambiaron con la llegada de los anu. El pueblo de Dara se considera a sí mismo heredero del legado anu y devoto de sus dioses, aunque descienda tanto de los anu como de los indígenas. Nosotros, por nuestra parte, seguimos venerando a los dioses de Dara y a sus padres, el Padre del Mundo y la Fuente de Todas las Aguas, pero sabemos que prefieren a los hombres de Dara antes que a nosotros, los restos de un pueblo

derrotado.

»Mi relato podría servir de advertencia a ti y a los tuyos porque, al igual que antes los dioses favorecieron a los hombres de Dara, ahora bien podrían dirigir su amor hacia otro pueblo. El hecho de que aún no hayan manifestado su voluntad es... interesante.

Dafiro prometió transmitir la historia del jefe Kyzen a mentes más ilustradas que la suya. A lo mejor la encontraban sentido. Volvió a llevar la conversación al tema que quería tratar.

—Que los dioses hagan lo que les parezca. Ahora he venido a solicitar tu intercesión ante las crubens.

El rostro del jefe Kyzen se volvió

sombrío.

—El asunto no es tan sencillo como piensas. Las soberanas del mar tienen su propio criterio. Los adüanos podemos dirigirnos a ellas, pero solo para implorarlas, no para darles órdenes.

»El mar es inmenso y eterno, pero los hombres son mortales y diminutos. Teniendo eso en cuenta, siempre hemos restringido nuestras súplicas a momentos de absoluta necesidad, como cuando nuestras vidas estaban en peligro. Hace siglos, cuando los reyes de Cocru invadieron nuestras costas, acudimos a las crubens y ellas destruyeron la flota de Cocru en el mar. Los restos de aquellos navíos de guerra

continuaron llegando a nuestras playas durante meses.

—Siempre había oído que fue una tormenta divina la que desbarató los planes de los reyes de Cocru —dijo Dafiro.

—Y nosotros estuvimos encantados de no contradecir aquella historia, porque la intervención divina posee un efecto disuasorio inalcanzable por otros medios. Pero las crubens, a pesar de un poder que excede nuestra comprensión, no son dioses.

—Las crubens deben de ser más favorables a Tan Adü que a los hombres de Dara.

—Eso creímos durante un tiempo.

Cuando Mapidéré, a su vez, dirigió sus flotas contra nuestras costas, volvimos al mar a hablar con las crubens. Pero en esa ocasión no hicieron nada. Como habíamos contado con su ayuda, no estábamos tan preparados como debíamos y fueron muchos los guerreros que perdieron la vida mientras decidíamos un plan y peleábamos por cada pulgada de tierra hasta que el Gran Jefe decidió que prefería centrar su esfuerzo en cualquier otro lugar y dejar tranquilos a los pobres salvajes de Tan Adü.

—¿Por qué no os ayudaron las crubens en aquella ocasión?

—Esa es una cuestión que nunca

hemos sido capaces de resolver. Algunos ancianos piensan que fue nuestra arrogancia, al dar por sentado que obtendríamos el favor de las crubens, la que nos hizo perder nuestra virtud. Otros creen que las crubens tenían su propia visión de los asuntos de los hombres y querían probarnos en un momento de necesidad.

—¿Qué crees tú, jefe Kyzen?

Kyzen sacudió la cabeza.

—Siempre es posible encontrar una explicación razonable a posteriori pero, en buena medida, la vida es caprichosa y está gobernada por fuerzas que escapan a nuestra comprensión. El secreto de la felicidad es prepararse

para lo peor pero estar listos para aprovechar las oportunidades cuando surgen como un destello, como estrellas fugaces en medio de la noche.

»Los gobernantes que creen que todo puede predecirse y controlarse son los que más pueden perjudicar a quienes dependen de ellos; si acepté pedir ayuda a las crubens en nombre de Kuni Garu fue porque estaba convencido de que era un hombre que creía que toda vida no es más que un experimento.

Dafiro reflexionó sobre sus palabras.

—La mariscal está preparada para perder, pero a la vez no escatima esfuerzos en escudriñar el firmamento en busca de estrellas fugaces.

Kyzen se echó a reír.

—Entonces vamos a vigilar juntos el cielo.

En la oscuridad que precede al alba, la gran trompeta de hueso de ballena transportó la voz del jefe adüano mar adentro. Al escuchar su canto, Dafiro recordó otro amanecer hacía dos décadas, cuando escuchó por primera vez el sonido de la trompeta-ballena. Entonces era un joven en busca de emociones nuevas que solo deseaba vivir una buena historia para contársela a su hermano.

Al pensar en su hermano pronunció una plegaria silenciosa. Si Rat pudiera

verle desde la otra orilla del Río en el que Nada Flota tal vez disfrutaría también contemplando a las crubens.

El canto de la trompeta de Kyzen continuó durante un buen rato. Mientras escuchaba ascender y descender el tono lúgubre del instrumento, le pareció contemplar una visión de los lyucu arrasando las islas de Dara como un tsunami, barriendo todo lo que era bello y amable, la capa superficial de la civilización adherida a las duras rocas volcánicas como lapas de conchas frágiles y variopintas. Vio campos, aldeas y ciudades en llamas, escuchó los alaridos de hombres y mujeres moribundos, olió la carne chamuscada

de miles de personas masacradas, sintió el sabor de la sangre impregnando el aire. Se echó a temblar y notó que tenía la cara húmeda.

Y entonces, cuando el sol empezaba a asomar por el horizonte de levante transformando el mar en oro líquido, aparecieron las grandes crubens.

Salieron a la superficie a millas de distancia, siluetas oscuras trazando gráciles arcos aéreos como marionetas de sombras antes de volver a chocar contra las aguas centelleantes. A pesar de ser las criaturas más descomunales del mundo, cada una mucho mayor que un navío imperial de guerra, se movían con tanta ligereza como si estuvieran

hechas de sombras y aire.

La trompeta de hueso de ballena enmudeció. Ya había transmitido la historia y realizado la petición. Ahora solo quedaba esperar la respuesta de las soberanas del mar.

Las crubens se acercaron a las canoas a una velocidad imposible. El sonido de sus inmensas aletas caudales golpeando el agua se hizo atronador.

Si las crubens aceptaban ayudar al pueblo de Dara, podrían destrozar los barcos-ciudad de los lyucu sin esfuerzo. Y después, ¿quién sabía? ¿Se atreverían los garinafins, del elemento fuego, a luchar contra las soberanas del elemento agua? Quizás las tropas de Dara podrían

llegar hasta Rui y Dasu a lomos de las crubens y vencer a los lyucu mientras estos temblaban ante tal despliegue de poder abrumador.

Las crubens se encontraban ya tan cerca que las canoas se balanceaban sobre las olas creadas por sus movimientos. Dafiro se agarró con ambas manos a los costados de la suya sintiendo náuseas.

Una enorme aleta golpeó con fuerza y la ola resultante, como una enorme cortina de agua, quedó suspendida sobre el bote por un segundo, transformando todo lo que se veía a través de ella en una acuarela, antes de romper y empapar a todos los ocupantes de la canoa.

Dafiro contuvo el aliento y apretó con fuerza los párpados, con la esperanza de que, al volver a abrirlos, las crubens se hubieran detenido junto a las canoas como islas vivientes, esperando a que los hombres de Dara volvieran a subir sobre sus lomos.

Pero las crubens siguieron de largo, ignorando su existencia. La manada se fue perdiendo en la distancia; las olas se amortiguaron; el estruendo de sus aletas golpeando el agua se desvaneció hasta desaparecer. En poco tiempo, el océano recobró su aspecto monótono y el brillo dorado del sol naciente sobre el mar dio paso a un verde intenso más mundano.

—Lo siento —dijo el jefe Kyzen.

Esta vez los hombres de Dara estaban solos.

Antes de abandonar Tan Adü, Dafirol fue a visitar a su viejo amigo Huluhwen, el que le regaló su arma, un garrote de guerra llamado Mordedor.

Se abrazaron. Ya no eran jóvenes pero el vínculo entre ambos era tan vivo como si se hubieran despedido ayer.

Huluhwen se había casado y tenía varios hijos e hijas y los sonidos alegres de una familia unida le hicieron sentir envidia por un momento. Había dedicado su vida al servicio de la casa imperial y nunca fundó una familia. Tenía gracia. En una ocasión sermoneó a

su hermano pequeño sobre la importancia de cuidarse de uno mismo en vez de dedicar la vida a los grandes señores, pero, por alguna razón, tras la muerte de su hermano había vivido siguiendo los preceptos del honor y el deber. Tal vez fuera una manera de honrar su memoria, pues Rat siempre había tenido una visión más idealista de la lealtad.

Huluwen no estaba familiarizado con la lengua de Dara, por lo que ambos se comunicaban mediante gestos y gruñidos y trazando burdos dibujos en el suelo. Para entretener a los niños, Huluwen animó a su invitado a narrar una historia.

¿Qué historia podría contarles? No

quería volver a hablar de los lyucu. Ya había bastante desesperanza en el mundo.

Poco a poco, con una mezcla de dibujos y mímica, Dafiro narró la muerte de Ratho en el último combate del hegemón. Era una historia que parecía perseguirle en cada momento de su vida y terminó de contarla con lágrimas en los ojos.

Los niños guardaban silencio, claramente emocionados por la nobleza del momento. Huluwen se le acercó y dijo con titubeantes palabras en la lengua de Dara: «Todos los hombres son hermanos».

Dafiro asintió y no dijo nada. A

veces las palabras se interponen en las emociones.

Como tenía la ropa húmeda desde la travesía matutina para hablar con las crubens, Huluwen le llevó al exterior de la cabaña, donde la familia haría una hoguera para secarla y preparar taro asado y pescado a la brasa para almorzar.

Dafiro bebía aguardiente dulce y observaba con interés a Hulumara, la hija de Huluwen, intentar encender el fuego.

En lugar de acudir a una de las cabañas cercanas y coger un palo ardiendo, Hulumara tomó una sección de bambú con uno de los extremos cerrado

y engrasó el interior con aceite de pescado. Luego cogió un diente de ballena que había sido limado hasta darle forma cilíndrica y comprobó si encajaba y se deslizaba suavemente dentro del tubo de bambú. Por último, colocó un puñado de musgo seco y esponjoso en un agujero perforado en la punta del diente de ballena, insertó este hasta la mitad del tubo de bambú y, con un fuerte golpe, lo introdujo hasta el fondo en el tubo.

Rápidamente, Hulumara sacó el diente y sopló por el agujero del extremo. El musgo comenzó a echar humo y apareció una llama diminuta. Hulumara lo cogió con las manos y lo

colocó sobre el lecho de astillas y leña menuda de la base de la hoguera; sus hermanos la ayudaron a avivar el fuego y empezaron a cocinar.

—¿Cómo...? —Dafiro se había quedado de piedra. Zomi Kidosu había pedido a todos que buscaran modos originales de encender fuego y este era sorprendente. Pidió que le enseñaran el extraño artilugio formado por el bambú y el diente de ballena, al que decidió llamar tubo de fuego. No parecía tener ninguna pieza de metal ni de pedernal y observó que, al ajustarse perfectamente a las paredes interiores del tubo de bambú, cuando el diente cilíndrico se impulsaba con fuerza hacia

abajo, el aire quedaba atrapado al fondo del tubo comprimiéndose. ¿Era así como se iniciaba el fuego? ¿Simplemente al comprimir el aire? La sola idea parecía algo mágico.

La comida fue deliciosa y la bebida agradable. Dafiro regaló a Huluwen una colección de espadas forjadas por los maestros herreros de la antigua Rima — la espada que había intercambiado por Mordedor años atrás era de poca calidad y siempre había pensado que le tocó la mejor parte del trato. Al ver que Dafiro prestaba tanta atención al tubo de fuego, Huluwen se lo entregó como regalo, aunque no estaba seguro de por qué tenía su amigo interés en un objeto

tan corriente.

Los dos hombres se agarraron los brazos al despedirse. Ambos sabían que probablemente no volverían a verse.

Hay que estar preparados para aprovechar las oportunidades cuando fulguran brevemente, como estrellas fugaces en el cielo.

Dafiro guardó bien el tubo de fuego bajo sus ropas, para asegurarse de no perderlo en el viaje de regreso a Dara.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

LA FUERZA SEDAMÓTICA

DARA: QUINTO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Los viajes de la señora Risana y el príncipe Phyro por Dara les llevaron hasta la brumosa Boama, donde tenían previstas tres funciones para que todos los habitantes de las aldeas de alrededor tuvieran la oportunidad de asistir a la

representación.

Phyro nunca había dejado de disfrutar con los espectáculos callejeros de todo tipo desde que era niño. Como tenía un poco de tiempo libre antes de la función vespertina, aprovechó que estaba en una metrópolis para vestirse como un plebeyo y salir a pasear por las calles del mercado. Al estar lejos de Pan, Boama ofrecía espectáculos nuevos que no se encontraban en la capital.

—¡Voy a enviarte con el propio Rufizo! —gritó alguien entre la multitud—. ¡Eso es brujería!

Phyro se abrió camino a codazos entre la muchedumbre, recibiendo miradas irritadas y alguna maldición.

Había ganado corpulencia al crecer y no se intimidaba a la hora de conseguir un buen lugar para presenciar algo interesante.

En medio de la multitud había un artista ambulante discutiendo y peleándose con un hombre fornido y de barba poblada.

—¡No debería lanzar tan alegremente una acusación de brujería, buen señor! —dijo el artista. Parecía estar en la cincuentena y tenía una complexión delgada y esbelta que recordaba a Phyro a un andarríos. Además de la barbilla afilada y la nariz ganchuda, reforzaban esa impresión unos ojos vivos y brillantes y unas manos que

revoloteaban intentando protegerse la cara de la saliva de su enojado espectador.

—Yo digo lo que veo —dijo el hombre fornido, cuyo tosco acento y ropa sencilla indicaban su procedencia rural. Agarró al artista por las solapas de la túnica y lo sacudió hasta que los ojos se le pusieron en blanco y sacó la lengua por la boca, momento en que lo arrojó al suelo.

El artista rodó unas cuantas veces y solo consiguió incorporarse sobre rodillas y manos después de yacer aturdido en el suelo un rato. Su túnica índigo estaba llena de parches de colores con bordados de los símbolos

de los dioses de Dara —tal vez con la intención de otorgarle cierto misterio cosmopolita y mostrar su conexión con los dioses—, pero como ahora se encontraba embarrada, arrugada y rota en no pocos lugares, el efecto recordaba más bien el de un monje itinerante que no terminaba de decidir a qué dios seguir.

—¡Rufizo, ten compasión de mí! ¡Los hombres civilizados utilizan las palabras, no los puños!

—¡Has dado un buen susto a mi esposa! ¡Y está embarazada, idiota!

Los rasgos del artista se contrajeron en una sonrisa implorante y zalamera.

—Maestre, la advertí por adelantado

que no podría sujetar la jarra, pero insististeis...

—¡No mencionaste que la jarra iba a morder! —bramó el hombre fornido, y volvió a agarrar al artista y a arrojarlo al suelo.

La muchedumbre se rió y urgió al hombre fornido a que continuara. Esto era mucho más divertido que lo que quiera hubiese acontecido antes.

Phyro miró hacia un lado y vio a una mujer sentada en el suelo, con la cara pálida, todavía intentando recuperar el aliento. Junto a ella había una mesita baja con una jarra de porcelana y un charco de agua alrededor. Evidentemente esa era la causa de la

disputa.

El príncipe empujó a quienes tenía alrededor y se agachó junto a la mujer.

—¿Estáis bien, señora?

La mujer asintió pero estaba claro que seguía agitada por la experiencia.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ese hombre —señaló al artista que era arrojado al suelo por tercera vez mientras el gentío jaleaba y le abucheaba— ofreció doblar cualquier apuesta a quien fuera capaz de agarrar la jarra sin soltarla con una mano mientras tocaba la tapa con la otra.

Phyro volvió a mirar la jarra de porcelana. Vio que su exterior estaba cubierto hasta media altura por una fina

lámina de plata. A su lado había una tapa de corcho, del cual sobresalía un alfiler metálico que acababa en un pomo del tamaño de una azufaifa. De debajo de la tapa colgaba una cadenita, que aparentemente debía descansar en el interior de la jarra cuando la tapa estaba en su sitio.

—Como parecía una manera sencilla de ganar algún dinero —continuó la mujer—, mi marido quiso intentarlo. Pero cuando echó un vistazo a mi marido, ofreció cuadruplicar nuestra apuesta si era *yo* la que sujetaba la jarra.

Phyro se aguantó la risa. Después de años observando a los charlatanes callejeros, reconoció el truco. Al

ofrecerle a ella una mayor ganancia, se aseguraba que la pareja caería en la trampa y ella lo intentaría primero. Y cuando ella fallara el marido querría intentarlo, pensando que no lo había conseguido por su falta de fortaleza. Esto incrementaría sus beneficios.

—Sujeté la jarra con una mano mientras el hombre cantaba algo absurdo y bailaba a mi alrededor, afirmando que estaba cargando la jarra con «fuerza sedamótica». Luego me pidió que agarrara el pomo de la tapa con la otra mano. Yo lo agarré con todas mis fuerzas, pensando que querría sorprenderme con algún truco para que lo soltara pero, en vez de eso, ¡la jarra

me mordió, los brazos se me adormecieron y casi me muero!

—¡Brujería! ¡Brujería! —gritaba la multitud, mientras el hombre fornido continuaba pagando su disgusto con el pobre artista.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz desde fuera de la multitud. Phyro echó una ojeada y vio la bandera de los agentes de policía de Boama. Las ciudades costeras de Dara estaban nerviosas por la amenaza de la inminente invasión lyucu y los policías extremaban su vigilancia para detectar alborotadores o posibles espías.

—Escucha —susurró Phyro a la mujer con voz acuciante—. No deseas

que la policía intervenga. A causa de la visita de la consorte Risana y el príncipe Phyro a la ciudad, van a considerar cualquier altercado como si fuera un gran delito. Aunque tu marido no tenga la culpa, os meterán a todos en la cárcel hasta que las cosas se calmen. Sería mejor si hicierais las paces y siguierais vuestro camino. Además, deberías ir a ver a los monjes del templo de Rufizo lo antes posible para asegurarnos que el bebé está bien después de la mordedura de la jarra.

La mujer, claramente asustada ante la perspectiva de acabar en la cárcel, asintió agradecida a Phyro. Se levantó, apartó a su marido del artista callejero y

le susurró algo al oído, apremiándole.

Cuando los policías consiguieron abrirse paso entre la multitud, el artista y el hombre fornido estaban de pie intentando sacudirse mutuamente el polvo y el barro.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Estabais peleando? —preguntó el capitán de la policía.

—Ha sido un pequeño malentendido —dijo el artista. Humedeció el borde de su túnica en el agua derramada sobre la mesa e intentó limpiarse discretamente la sangre que le brotaba de una herida de la oreja—. Mi espectáculo requiere la participación del público y este caballero se involucró algo más de la

cuenta.

El policía miró con recelo al hombre fornido.

—Eh... sí. Me entusiasmé un poco —dijo el hombre, avergonzado.

—Era parte del espectáculo —dijo el artista.

—Mi marido y yo no somos de la ciudad —dijo la mujer—. Lo único que pasa es que nunca habíamos visto trucos de magia tan increíbles. Pero ya está todo bien.

El capitán miró a uno y a otro —un mago callejero de tercera clase y un paleta— y decidió que no merecía la pena intentar entender lo que había pasado realmente.

—Que no vuelva a cogeros montando líos —sermoneó el capitán. La pareja y el artista asintieron como pollos picoteando arroz en el suelo—. Y todos los demás —el capitán se giró hacia la multitud—, ya está bien de perder el tiempo. Aquí no hay nada que ver. Vamos. Cada uno a lo suyo. ¡Vamos! ¡Largo!

La multitud se dispersó a regañadientes. Los policías volvieron a sus patrullas y la pareja se dirigió al templo de Rufizo.

—Gracias, joven maestro —dijo el artista callejero—. ¡Si no fuera por ti, ese bruto me habría partido la nariz, los brazos y quién sabe cuántas cosas más!

—Por no mencionar que los agentes te habrían confiscado el equipo —dijo Phyro, sonriente—. Y habrías tenido que pagar un cuantioso soborno para recuperarlo.

—Gran verdad —dijo el artista, también sonriendo—. Veo que el joven maestro sabe bien cómo son las cosas.

—Siempre me ha interesado la magia callejera.

El artista le miró receloso.

Phyro echó a reír.

—No, no, no soy un artista. Soy más bien... ¡un patrocinador de las artes! Estoy mucho más interesado en promover espectáculos interesantes que en actuar yo mismo.

El artista entornó los ojos mientras intentaba interpretar el significado de sus palabras.

—¿Y ese patronazgo podría ser lucrativo para ambas partes? —sugirió tímidamente.

Phyro le golpeó el hombro en broma.

—¡Exactamente! Me has comprendido bien. Busco buenos espectáculos e invierto en ellos para poder atraer a un público de mayor calidad; los artistas comparten los beneficios conmigo.

—Has picado mi curiosidad —dijo el artista.

—Ahora me tengo que ocupar de otros asuntos pero, ¿qué te parece si te

invito a cenar más tarde y me cuentas más cosas de tu espectáculo?

Phyro llevó al mago callejero, de nombre Miza Crun, a uno de los mejores restaurantes de Boama. Después de una comida completa a base de crujiente carpa frita con rodajas de manzana y estofado de carne sazonado con bayas silvestres —interrumpido por una copa de helado dulce entre medias para limpiar el paladar—, Miza Crun soltó un eructo de satisfacción y compartió algunos de sus secretos con su benefactor. Sacó unas máquinas de las grandes cestas que colgaban en los extremos de una pértiga para cargar al

hombro y las colocó sobre la mesa del reservado del restaurante.

Los sacerdotes de Rufizo fueron los primeros en descubrir, siglos atrás, que, al frotar un plato de porcelana o de vidrio con un paño de seda, los recipientes atraían el polvo o pedacitos de papel. Suponiendo que la seda había transferido algunas partículas diminutas —«motas de seda»— a los recipientes (o viceversa), los sacerdotes describieron dicha fuerza de atracción como fuerza sedamótica.

Al principio, la fuerza sedamótica se consideró una misteriosa manifestación del amor universal de Rufizo hacia la humanidad. Del mismo modo que la

atracción ejercida por el imán hacia el metal simbolizaba el amor de Fithowéo por la guerra y las armas, la fuerza sedamótica era un reflejo del aspecto más amable y bondadoso de Rufizo.

Pero con el tiempo, cuando el secreto salió de los templos, los magos callejeros de Faça empezaron a experimentar con este fenómeno que proporcionaba diversión a las masas. Inventaron demostraciones y aparatos complejos para entretener al público, que prorrumpía en exclamaciones de asombro y placer ante los movimientos aparentemente sobrenaturales.

—¡Acercaos! ¡Acercaos! ¡Venid a ver las maravillas de las bailarinas de

papel que cobran vida! —dijo Miza, haciendo señas a Phyro para que se acercara a uno de sus artilugios.

Era un escenario de un pie de largo construido con madera de sándalo sobre el que yacían diminutas bailarinas recortadas en papel de colores y decoradas con los ideogramas de la buena suerte y la prosperidad. A Phyro le recordaban a las marionetas de sombras de las óperas populares. A cada lado del escenario había un tenedor de dos dientes y entre ambos sostenían sobre las bailarinas una varilla de vidrio. Todo parecía confeccionado con exquisito cuidado y tenía aspecto de antiguo: algunas de las complicadas

tallas de los costados del escenario estaban desgastadas por décadas o incluso siglos de uso, y los bordes de las bailarinas de papel mostraban la pátina amarillenta del tiempo.

Miza sacó un pañuelo de seda, lo frotó enérgicamente contra la varilla de vidrio y luego lo guardó.

Las pequeñas bailarinas se pusieron en pie sobre el escenario, como animadas por un conjuro mágico. Temblaban sobre sus pies como si las sujetaran hilos invisibles.

—La carga sedamótica de la varilla de vidrio las levanta, pero cada una lleva un peso en los pies hecho con una bolita de concha pulida —explicó Miza.

En ese momento accionó con la mano izquierda un pequeño fuelle conectado al extremo del escenario y giró una manivela con la derecha. Las bailarinas comenzaron a balancearse, agitarse, inclinarse, dar vueltas y hacer piruetas...

—Esta es la danza de los velos, ¿no? —dijo Phyro asombrado—. Mi padre me contó que la vio de pequeño.

—Sí —dijo Miza—. Era una danza reservada al rey y a sus invitados más ilustres en la antigua Faça, y la plebe tenía que contentarse con descripciones o modelos en miniatura como este. El suelo del escenario tiene una red de pequeños orificios que permiten que el

aire del fuelle propulse a las bailarinas, y la manivela está conectada a una cinta de papel perforado con una serie de agujeros que controla las corrientes de aire y, por tanto, el movimiento de las bailarinas.

—¡Es ingenioso!

Miza sonrió.

—Esta es una de las máquinas de sedamótica más antiguas y más sencillas. Este modelo en concreto fue fabricado por el maestro de mi maestro y no es más que un truco de salón en comparación con inventos posteriores. Una vez que Mapidéré convirtió la danza de los velos en un espectáculo público en sus giras, este aparato dejó

de complacer a las masas. Lo guardo solo por nostalgia.

—Puedo imaginar que este dispositivo, por mucho encanto que tenga, ya no impresionaría a una multitud que se ha deleitado la vista con la danza auténtica —dijo Phyro. Andando despacio junto a la mesa, fue examinando cada una de las otras máquinas—. Supongo que la fuerza sedamótica comenzó como parte de los misterios del culto a Rufizo.

La mirada nostálgica del rostro de Miza desapareció de pronto y dedicó una sonrisa a Phyro.

—La magia de los templos, como la magia callejera, depende de la puesta en

escena. Déjame mostrarte.

Fue a la cesta y sacó dos largas cuerdas de seda. Se dirigió al centro de la sala y echó una ojeada a las vigas.

—Esto servirá. ¿Me das impulso?

Phyro se agachó y entrelazó las manos. Miza se subió sobre ellas agarrándose a los hombros de Phyro para mantener el equilibrio. Phyro se puso de pie lentamente y elevó a Miza hasta el techo.

—Estás fuerte —comentó Miza—. Déjame adivinar: ¿eres de familia militar?

—Algo así —respondió Phyro.

Miza no insistió. Pasó las cuerdas de seda por la viga, uniendo las puntas de

cada una hasta formar sendos lazos que quedaron colgando. Saltó de las manos de Phyro.

—Está bien. Ahora quítate los zapatos y cuélgate bocabajo de estos lazos. Asegúrate de que estás cómodo.

Phyro hizo lo que le pedía. Los dos lazos de seda le mantenían suspendido por los muslos y por el pecho, distribuyendo su peso de forma regular hasta quedar colgado a un pie del suelo más o menos. Estiró las manos delante de él.

—Es como volar. A lo mejor así es como se sentía el hegemón cuando estaba suspendido de una cometa de combate.

Miza se echó a reír y luego tomó algunas de las bailarinas de papel y las dejó caer en el suelo delante de Phyro, a un pie de distancia de la punta de sus dedos estirados.

—Relájate. Voy a invocar el poder de Rufizo y concederte la capacidad de dar órdenes a esas criaturas de papel.

Miza cogió la varilla de vidrio del escenario de las bailarinas y la frotó enérgicamente con el pañuelo de seda. Luego acercó la varilla a los pies descalzos de Phyro.

—Adelante. Pon en marcha a las bailarinas de papel.

Sin saber bien qué hacer, Phyro estiró las manos hacia las bailarinas y

las movió de un lado a otro. Para su asombro, las bailarinas se levantaron y se desplazaron siguiendo a las manos.

—Imagina que estuviéramos haciendo esto en el oscuro santuario de un templo y estuvieras colgado de cuerdas finas que no se ven. Imagina el incienso y el humo formado en remolinos a tu alrededor y rodeándote de misterio. Imagina la reacción de la multitud cuando ve que haces moverse a pájaros y mariposas refulgentes hechas de delgado papel de plata sin tocarlas.

Phyro asintió con una sonrisa en la cara.

—Sería aún mucho más impresionante. Supongo que la varilla

con carga sedamótica me carga a mí y eso permite que mis dedos atraigan a las bailarinas de papel, ¿no es así?

—Exactamente. La fuerza sedamótica puede fluir a través del cuerpo humano bastante bien. La carga sedamótica podría canalizarse y almacenarse mucho mejor mediante una barra de metal suspendida, que quienes nos dedicamos a esto llamamos depósito primordial.

Phyro se descolgó del suspensorio.

—Muéstramelo.

Miza sacó una larga barra de hierro terminada en dos pomos redondeados y la colgó del suspensorio.

—Cargar un depósito primordial con una varilla de vidrio sería muy lento,

por lo que usamos un generador sedamótico.

Trasladó otra de las máquinas hasta el extremo de la barra. Consistía en una plataforma de madera con un globo de vidrio instalado encima que podía girar alrededor de un eje. Miza sujetó una cadenita de metal a uno de los pomos del extremo de la barra suspendida y dejó el otro extremo de la cadena colgando del globo. Luego entregó un manojo de seda a Phyro y empezó a girar una manivela lateral que hacía rotar al globo.

—Sujeta la seda contra el vidrio, por favor —dijo.

Phyro así lo hizo. La cadena

golpeaba suavemente contra la superficie giratoria del globo produciendo un sonido parecido al de la lluvia cayendo sobre un tejado.

—Esta es una manera mucho más eficaz de acumular fuerza sedamótica sobre la superficie del globo y transferirla al depósito primordial.

Cuando juzgó que el depósito primordial estaba suficientemente cargado, Miza dejó de girar el globo. Fue por toda la habitación apagando lámparas y cerrando los postigos de las ventanas hasta que el interior estuvo oscuro.

—Intenta mover una mano cerca del depósito primordial, lentamente —dijo.

Phyro acercó con precaución la mano a la barra de metal. Cuando sus dedos estaban a punto de tocarla, una chispa trazó un arco a través del espacio entremedias, como un rayo en miniatura, que iluminó la habitación momentáneamente.

—¡Ay!

Phyro dio un salto y agitó violentamente la mano. La miró para asegurarse de que no estaba herida.

—¡Me ha mordido!

Miza echó a reír.

—Eso es lo que sucede cuando un objeto cargado con fuerza sedamótica se descarga, lo que significa que las motas de seda se desplazan hasta el otro objeto

que se mueve en su proximidad. Pero no todos los materiales provocan la descarga. Lo que mejor funciona es el metal y las personas, lo que llamamos material canalizador. Otras sustancias, como la seda o el vidrio, no permiten que las motas se muevan con libertad. Las llamamos material contenedor. Por eso sostenemos el depósito primordial sobre una plataforma de vidrio o lo colgamos de cuerdas de seda.

Phyro tomó nota mentalmente de los detalles y continuó desempeñando el papel de joven pudiente curioso y ocioso.

—Resulta fascinante. ¿Es la seda la única fuente de este tipo de fuerza?

—En absoluto —dijo Miza—. Se obtienen básicamente los mismos efectos frotando ámbar contra piel, o cuero contra vidrio; de hecho, las combinaciones parecen prácticamente infinitas.

—Las motas del cuero o de la piel ¿son distintas de las motas de seda? Eh... quiero decir, ¿hay una fuerza cueromótica y una fuerza pielmótica? —estaba pensando en la última carta de Théra en la que describía las diferencias entre el gas elevador que hacía flotar las aeronaves imperiales y el que permitía volar a los garinafins—. Por favor, disculpa mi ignorancia, pero el tema me parece muy interesante.

Miza sonrió y asintió. El interés mostrado por Phyro le resultaba claramente estimulante. Poder compartir sus conocimientos con alguien que no iba a hacerle la competencia azuzaba su orgullo profesional.

—Esa es una cuestión muy discutida por los que practicamos este arte. Después de mucha investigación, yo soy de la opinión de que todos los materiales que hemos probado hasta ahora generan la misma fuerza y, por respeto a la tradición, la llamamos fuerza sedamótica con independencia de la fuente que la produce.

»No obstante, parece que la fuerza se manifiesta en dos variedades, que se

corresponden a un exceso de motas de seda o a su ausencia. Las llamamos tipo Rapa y Kana, en honor a las diosas gemelas, y consideramos que una es blanca y la otra roja. Todo lo que se necesita saber es que si dos objetos están cargados con el mismo tipo de fuerza sedamótica se repelen y si están cargados con distintos tipos se atraen.

—¿Has encontrado algún otro uso para la fuerza sedamótica aparte de los trucos mágicos?

Miza asintió con orgullo.

—¡Por supuesto! Un buen artista callejero necesita variedad. La mejor parte de mi espectáculo es cuando curo a la gente con la fuerza sedamótica.

—¿Curas a la gente?

—Ya has experimentado lo que se siente al recibir una descarga de fuerza sedamótica —dijo Miza—. Pero también puedes utilizar tu propio cuerpo como depósito primordial cargándolo mediante un generador, en cuyo caso experimentarás una sensación de cosquilleo. La fuerza sedamótica es especialmente efectiva contra dolencias como la gota, la epilepsia y los dolores agudos y crónicos. El público queda realmente satisfecho cuando desempeña el papel de médico.

Phyro no estaba seguro de cuánto crédito debía dar a esta parte de la explicación de Miza. La sanación era un

arte difícil y muchos remedios eran, en su opinión, mera superstición o, peor aún, superchería. Prefería centrarse en fenómenos que pudieran verificarse más fácilmente.

Phyro señaló la jarra de porcelana motivo de la disputa de esa tarde en el mercado y preguntó:

—¿Puedes mostrarme cómo funciona?

—Ah, te has fijado en el más interesante de mis aparatos. Se llama «la jarra de Ogé», por esos islotes del este. Y nunca he visto a ningún otro mago con un artilugio parecido.

Aparentemente, eso era todo lo que Miza estaba dispuesto a contar. Era

evidente que lo consideraba un secreto comercial de gran valor.

Phyro no insistió. Se disculpó un momento, alegando la necesidad de utilizar la letrina. Pero, en vez de hacerlo, se dirigió a la habitación que estaba un piso más abajo y llamó a la puerta.

La puerta se abrió y apareció la consorte Risana, la artífice del humo.

—¿Has oído todo, mamá? —susurró Phyro.

Risana asintió. Había conectado un tubo de cuerno a otro tubo —uno de los inventos de Rin Coda— que atravesaba el techo y terminaba en una grieta del suelo de la habitación superior. Desde el

otro extremo había seguido la conversación que se desarrollaba en el piso superior entre Phyro y Miza.

—¿Crees realmente que ese hombre posee información útil? —preguntó Risana.

—Desde luego —dijo Phyro—. Todavía no estoy seguro de para qué puede servirnos, pero tengo el presentimiento de que Théra sabrá qué hacer con ella.

—¿No se tratará de simples trucos para engañar a los ingenuos?

—Es un riesgo calculado —dijo Phyro. Luego sonrió—. Todo el mundo debería poner algo de Tazu en su vida.

Risana sonrió cariñosamente.

—Siempre echas mano de las citas más extravagantes de tu padre —pero la sonrisa se desvaneció enseguida al recordar la situación de peligro en que se encontraba su marido.

Phyro intentó reconducir la conversación.

—Útil o no, primero tengo que conseguir la información. Los magos suelen guardar celosamente sus secretos y solo los transmiten a sus aprendices de confianza. Por eso necesito tu ayuda.

—¿Por qué no le dices simplemente quién eres? Estoy segura de que te contaría lo que quieres saber si le convences de que eso puede ayudar al emperador a ganar la guerra contra los

lyucu.

Phyro negó enérgicamente con la cabeza.

—Si le contara ahora quiénes somos, exigiría una suma escandalosa por sus conocimientos. Es la clase de hombre que es, o al menos la clase de hombre que cree que es. Pero realmente desea hacer algo noble, algo impresionante de lo que sentirse orgulloso. Solo tenemos... que ayudarle a ello.

—Se supone que yo soy la que averigua lo que las personas quieren realmente —dijo Risana burlándose—. No hay duda de que eres hijo de tu padre: no estoy segura de si estás tramando todo esto porque crees

sinceramente que es lo justo o simplemente porque te quieres colocar en una posición ventajosa.

—También los patriotas se ven tentados por el beneficio —dijo Phyro—. Gobernar un imperio resulta caro y algo he aprendido estos últimos años.

Phyro pidió una olla con agua caliente. Los camareros trajeron un pequeño brasero y colocaron encima la olla de arcilla. Sacaron platos con ingredientes crudos para que los invitados los cocinaran a su gusto. La habitación se llenó enseguida del aroma de una succulenta sopa de carne y verduras.

—Déjame probar —dijo Phyro, y se

las arregló para inclinar la olla de tal modo que parte de la sopa se derramara sobre las ascuas. El humo invadió al momento la habitación.

Phyro abrió la ventana apenas una rendija.

—Mis disculpas. El humo se disipará enseguida.

Miza tosió pero asintió con la cabeza.

Phyro observó la cara de Miza confiando en que su madre estuviera poniendo en marcha su propia magia en la habitación de abajo.

Otro tipo de humo empezó a llenar la habitación a través de la grieta del suelo, pero Miza no se dio cuenta, ya

que se mezclaba con el humo del brasero.

Phyro aguardó a que el humo tomara forma, se solidificara y envolviera a Miza como una serpiente.

—Cuéntame sobre la jarra de Ogé — espetó Phyro.

—Acumula fuerza sedamótica —dijo Miza.

Phyro observó que los ojos de Miza tenían una mirada vidriosa. Su madre lo había conseguido.

Miza abrió la tapa de la jarra y mostró a Phyro su interior: también estaba forrado con una lámina de plata que cubría su mitad inferior.

—Las primeras jarras que construí

llevaban agua de mar, pero luego descubrí que lo único que necesitaba era algún material conductor en el interior. En las actuaciones en la calle sigo llenándola de agua de mar, por el efecto, pero no es necesario.

Miza volvió a encajar la tapa en la jarra, verificando que la cadenita se apoyaba en la lámina de plata del fondo. Luego giró de nuevo la manivela del generador sedamótico para cargar el depósito primordial. Por último, cogió la jarra con la mano y acercó el pomo de la tapa al depósito primordial, lo que generó un sonoro *zas* y deslumbrantes chispas.

—¿Te has fijado en cómo fluía la

fuerza sedamótica del depósito primordial a la jarra de Ogé? — preguntó Miza—. ¿Quieres sujetarla? Solo una mano en la base, por favor.

Phyro agarró la jarra con precaución, sujetándola con una mano por el fondo forrado.

—No te preocupes —dijo Miza—. La fuerza sedamótica se acumula en la porcelana, que es la represa entre las dos superficies canalizadoras de dentro y de fuera. No pasa nada por sujetar la jarra mientras solo toques la base.

Phyro no tenía mucha confianza. El recuerdo de la última sacudida del depósito primordial seguía fresco en su mente.

—Intenta agarrar el pomo de encima, que está conectado a la superficie interior, con la otra mano —dijo Miza—. E intenta no dejar caer la jarra —dijo con una risita.

Phyro apretó los dientes y agarró el pomo de la tapa con la otra mano. Dio un chillido al sentir la sacudida y soltó la jarra como si fuera un trozo de carbón al rojo. Miza, que estaba preparado, la cogió hábilmente con una sola mano.

—Algunas veces las jarras siguen emitiendo descargas —dijo—. Ten cuidado.

Phyro notó la mano entumecida en el lugar en que había sufrido la sacudida, y sintió el pecho encogido, como si el

corazón no tuviera espacio suficiente para latir.

—Tengo que sentarme —dijo jadeando y se sentó en el suelo.

—Respira, amigo, respira —dijo Miza—. Aunque estés preparado para ello, la fuerza sedamótica es tan potente que la jarra sale disparada de la mano. Es como si no pudieras controlar los músculos de los dedos.

Phyro consiguió por fin recuperar el aliento.

—Es increíble.

Miza se echó a reír.

Se pueden idear un montón de trucos interesantes con una jarra de Ogé. El problema del depósito primordial y el

generador sedamótico es que son demasiado voluminosos y es difícil utilizarlos de un modo discreto. Todo el mundo puede intuir el flujo de la fuerza sedamótica y, aunque las chispas que genera sean bonitas, el truco pierde efectividad porque el público puede ver cómo se hace. Sin embargo, estas jarras pueden cargarse por adelantado fuera de la vista del público, y llevarlas a donde sea. Como tienen el aspecto de jarras ordinarias, nadie sospecha que puedan encerrar un puñetazo así. Y son capaces de mantener la carga durante días.

—¿Por qué la llamas jarra de Ogé?
—preguntó Phyro—. ¿La inventaste allí?
Miza titubeó. El aire de la habitación

parecía estarse despejando y volvía a mostrarse más inhibido.

—La *conseguí* en Ogé, pero no puedo decir que sea su inventor.

—¿Ah, no?

—Estuve en las islas Ogé en la que probablemente fue la peor etapa de mi vida. Ninguno de mis trucos atraía mucho público y, ni siquiera en las atrasadas Ogé, donde suponía que la gente estaría menos maleada que en las grandes ciudades, conseguía buenas propinas. Me iba tan mal que tuve que vender parte de mi equipo para comer, y sabía que una vez comenzara por ese camino, mi vida como mago estaría acabada.

»Desesperado, fui a un santuario de Rufizo y le supliqué ayuda.

»Me quedé dormido y soñé que un joven doctor bien parecido se acercaba y me enseñaba el diseño de esas originales jarras. Me explicó que esos artilugios sedamóticos podían servir para tratar diversas enfermedades pero también para hacer trucos de magia. Dijo que podía utilizarlos para hacerme rico pero me hizo prometer que ayudaría al pueblo de Dara cuando necesitara esos conocimientos.

»Al despertar fabriqué una jarra de Ogé siguiendo las instrucciones recibidas en el sueño, ¡y funcionaba! Desde entonces he viajado por toda

Dara como médico y artista ambulante. Nunca he llegado a saber de qué modo podría ayudar un truco de magia a los habitantes de Dara, aparte de darles algo interesante en que pensar.

Phyro lo miró, sin atreverse a creer en su suerte. A lo mejor los dioses de Dara todavía se preocupaban por ellos.

—Creo que ese momento ha llegado.

La función vespertina de la consorte Risana y el príncipe Phyro fue cancelada. Durante el resto de la tarde, el príncipe Phyro continuó haciendo preguntas como un ávido estudiante mientras Miza le explicaba pacientemente las maravillas de la jarra de Ogé: que las fuerzas sedamóticas que

fluían desde su interior y su exterior tenían la misma intensidad pero eran de tipos opuestos; que al conectar diversas jarras en serie o en paralelo se conseguía un efecto acumulativo, con el que se lograban chispas más largas o más gruesas; que el tamaño de la jarra y el grosor de la lámina afectaban a la capacidad de almacenamiento; que al conectar mediante dos varillas canalizadoras una jarra de Ogé con las patas de una rana muerta, estas daban patadas y parecían nadar...

A la mañana siguiente, Miza viajaba en una aeronave mensajera hasta Ginpen.

Mientras la señora Risana y el príncipe Phyro seguían recorriendo las islas para movilizar a la población, la emperatriz Jia se enfrentaba al reto de convencer al pueblo asustado de que la Casa del Diente de León controlaba plenamente la situación.

En los campos de Géfica próximos a la capital imperial aparecieron enjambres de langostas. Los insectos alados formaron una densa nube viviente que se cernía y se arrastraba sobre el terreno, devorando todo a su paso. Las cosechas de los campos quedaban devastadas y los campesinos se escondían en los sótanos de las casas sin atreverse a salir. Algunas veces, en el

pasado, las aeronaves imperiales se habían ocupado de plagas de langosta pulverizando venenos sobre el área afectada, pero ahora, con las aeronaves fuera de servicio, parecía que lo único que podía hacerse era esperar a que la plaga siguiera su curso.

Las gentes murmuraban que era un castigo de los dioses, una señal de que la aparición de los lyucu marcaba el final de la Casa del Diente de León.

—¿Qué queréis de mí? —preguntaba furiosa la emperatriz a las estatuas de los dioses en el santuario imperial.

—Cualquier signo puede interpretarse de diversas maneras —dijo el primer ministro—. La clave está en

encontrar la interpretación que conviene.

—Si queréis que haya un segundo acto —dijo Soto—, este es el momento de intervenir en la historia.

La emperatriz Jia se desplazó en persona a los campos de Géfica. Con una pala de madera de las usadas para aventar el grano intentaba golpear al enjambre. Los insectos la atacaron, mordiéndole los brazos, la cara, los pies. Jia ignoraba el dolor y seguía golpeándolas.

Los ministros y generales corrieron hacia ella para protegerla, instándola a refugiarse en el carruaje. La emperatriz les amenazó con la pala.

—La gente tiene que comer y voy a

acabar con estas estúpidas criaturas una por una si hace falta —dijo la emperatriz—. Algunos han confundido mi reserva con debilidad. Si los dioses realmente quieren el fin de la Casa del Diente de León, dejemos que acaben hoy conmigo en estos campos. No pienso retroceder.

Animados por el coraje de la emperatriz, los ministros y generales también agarraron palas y horcas y avanzaron hacia la nube de insectos. Al poco tiempo, los campesinos, que habían permanecido acobardados en sus casas, salieron para combatir a las langostas junto a los grandes señores.

Mientras golpeaban con fuerza la

interminable marea viviente y soportaban el punzante dolor, no pocos pensaron que debían parecer locos, pero la alegría de pasar a la acción —aunque fuera simbólica— estaba imbuida de cierto frenesí que hacía sentirse invencible a la multitud.

Jia ya no se veía representando un papel político. Se sentía ligada a los súbditos que la rodeaban como si el pueblo de Dara fuera un solo organismo. Se mantenía a flote gracias a las olas creadas por su coraje y su furia. Era glorioso luchar contra el cielo y la tierra como mujer, como emperatriz de Dara y como miembro de la orgullosa raza descendiente de los anu y los nativos de

estas islas.

Entonces, desde todos los puntos cardinales se aproximaron bandadas de aves: cuervos, gaviotas, estorninos, urracas, palomas... incluso halcones. Nunca se había visto en Dara una bandada tan enorme de pájaros de tantas especies volando juntos.

Cayeron sobre las langostas y las devoraron.

Poco a poco, la nube de insectos se fue reduciendo y desapareció. Las aves, una vez saciadas, se dispersaron del mismo modo en que habían llegado.

La emperatriz Jia cayó al suelo, exhausta.

El milagro de las aves se consideró

una señal de los dioses y sirvió para que muchos volvieran a creer en la fortaleza de la Casa del Diente de León.

Pero el primer ministro Cogo Yelu realizó una minuciosa investigación sobre el origen de las langostas y escribió un informe secreto a la mariscal.

La mariscal Mazoti contempló la enorme pila de informes que tenía delante, procedentes de los laboratorios de Ginpen y de toda Dara: la disección de los cadáveres de los garinafins, los hábitos alimentarios del ganado, el tubo de fuego de Tan Adü, los misteriosos artilugios que funcionaban con la fuerza

sedamótica, los hábitos y la historia de los enjambres de langostas...

Zomi Kidosu y Théra habían resumido los informes en una serie de recomendaciones, Cogo Yelu había aplicado su experiencia en la evaluación de los nuevos inventos y Phyro, Than Carucono y Puma Yemu los habían revisado y aportado su propia experiencia de campo.

La mariscal dio un puñetazo en la mesa. Tenía un plan.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

EL VUELO DEL PRÍNCIPE

RUI: SEXTO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Pékyu Tenryo enviaba emisarios cada día para persuadir al príncipe Timu.

Muchos de ellos eran *cashima* que habían optado por ponerse al servicio del pékyu para no trabajar en los campos bajo el látigo de los guardianes

lyucu. Los plebeyos odiaban a estos colaboracionistas, lo que hacía que se sintieran aún más cerca de los señores lyucu. Todo ello formaba parte del plan de Pékyu Tenryo para controlar a la población conquistada enfrentando a las élites con la gente común y a unas élites contra otras.

El *cashima* que le visitaba hoy se llamaba Wira Pin y era un conocido incentivista de Dasu.

—Príncipe Timu, el gran secretario Lügo Crupo dijo en una ocasión que un gobernante sabio debe fluir con la corriente de la historia en lugar de resistirse a ella.

—¿Se supone que debo hacer caso a

las palabras de Lügo Crupo, el despreciable consejero del tirano Mapidéré? —dijo Timu, deteniéndose para secarse el sudor de la frente—. Además, si era tan sabio, ¿cómo es que se opuso a la marea de la historia y se aferró al imperio de Xana?

Continuó cortando y haciendo gavillas destinadas a producir heno para los garinafins. No quería quedarse atrás con respecto a los demás campesinos, ya que todos estaban obligados a cumplir la misma cuota.

—Seguramente el sabio príncipe no subscribe la idea de que los triunfadores poseen el monopolio de la verdad —dijo Wira—. Crupo sirvió a un señor

que cayó derrotado, pero su sabiduría es eterna.

—Según parece, los colaboracionistas de los invasores son incapaces de comprender la ironía —dijo Timu—. Si tan bien entiendes el flujo de las mareas, ¿por qué no me iluminas con esa sabiduría de la que carezco?

—Los lyucu son el azote de los dioses —dijo Wira Pin—. La próxima primavera llegará una nueva flota de barcos, con más guerreros y garinafins. ¿Os gustaría que devastaran Dara? ¿Deseáis que muera más gente?

—Nadie tiene por qué morir si los lyucu dejan de matar.

—Los lyucu matan porque la Casa del Diente de León se niega a entregarse. El emperador valora su propio bienestar por encima del de su pueblo y por esa razón no ha ordenado la rendición de Dara.

El príncipe Timu se detuvo y miró a Wira.

—Los bárbaros solo han conquistado dos islas y mira en qué las han convertido. Si nos rendimos, toda Dara se verá reducida a esto —hizo un gesto con el brazo señalando la devastación que les rodeaba. Muchos de los campesinos habían sido obligados a segar sus cosechas todavía verdes para convertirlas en alimento para los

garinafins. La cosecha de otoño iba a ser desastrosa.

—La severidad actual no es más que una medida temporal en tiempos de guerra. Si Pékyu Tenryo fuera señor de toda Dara, el pueblo sería su rebaño y lo cuidaría como un buen pastor.

—¿Por su propio interés?

Wira asintió y sus ojos reflejaron un brillo entusiasta.

—Precisamente. No sabía que el príncipe estaba tan versado en la escuela de pensamiento incentivista.

—Déjame reformular tu razonamiento —dijo el príncipe Timu—. El pueblo de Dara sería la valiosa propiedad del pékyu y él no querría

perjudicar dicha propiedad. De hecho, necesitaría buenos cuidadores para vigilar su rebaño. Tendría que otorgar cierto poder a los nobles y a los estudiosos, a hombres cultos como tú, para que le ayudaran en esa tarea.

—¡Exacto! —Wira se frotó las manos—. Es mucho más sencillo convencer a alguien que ya es capaz de ver la luz.

—Y yo, siendo el príncipe que encabezara la rendición a los lyucu y otorgara legitimidad al pékyu como señor de Dara, podría tener una vida cómoda y relajada.

—Su alteza me ha quitado las palabras de la boca.

El príncipe Timu asintió.

—Pero, verás, ni mi padre ni yo podemos hacer lo que pides.

—¿Por qué no? Si os rendís, obtendréis la gratitud eterna del pékyu. Vuestra familia estaría a salvo y toda esta situación desagradable se acabaría.

—Porque, aunque mi padre sea el emperador, nunca ha olvidado que el pueblo de Dara no es propiedad de su familia —Timu continuó con la faena, esforzándose para alcanzar a los otros campesinos—. No puedo ofrecer la capitulación que buscas.

Wira Pin intentó seguir razonando pero el príncipe le ignoró por completo.

—No va a ceder —dijo Tanvanaki, la

hija del pékyu—. Es tan obstinado como su padre.

—¿Quién iba a pensar que ese enclenque de aspecto tan delicado tendría un corazón tan fuerte? —dijo Pékyu Tenryo, con un deje de admiración en la voz—. Tanto él como su padre han superado mis estimaciones.

—Podríamos intentar torturar a uno de ellos delante del otro —sugirió Tanvanaki—. Funcionó con Luan Zya.

—Dudo que funcionara esta vez —dijo el pékyu—. Recuerda que Kuni estaba dispuesto a dejar que su hijo muriera y huir en la aeronave hasta que le amenacé con seguir matando gente. Se siente obligado por lo que considera su

deber con el pueblo, no por el amor a su hijo. Por otra parte, el príncipe ansía tanto la aprobación de su padre que jamás se rendirá si piensa que su padre lo despreciaría por hacerlo.

—¿Por qué tenemos que convencer a cualquiera de ellos de que se rindan? —preguntó Tanvanaki—. ¡Nuestra victoria sobre Dara está asegurada! No tienen ninguna posibilidad de enfrentarse a nuestra superioridad aérea. Estas islas fueron unidas por un señor que comprendió el poder del aire; caerán a nuestros pies de la misma manera.

—¿Has olvidado lo que hizo Luan Zya? —el pékyu la miró con furia—. Los garinafins no pueden reproducirse y

durante la travesía murieron tantas crías y animales inmaduros que apenas podemos controlar a los adultos con los que contamos. ¿Qué ocurrirá si perdemos más jóvenes y los adultos se hacen ingobernables?

—Sería un revés temporal. Nuestros refuerzos deberían llegar en un año con nuevas reservas de tolyusa y más garinafins. Podríamos esperar y conquistarlos por la fuerza.

—Hablas con la insensatez de la juventud —dijo el pékyu—. Puede que nuestros guerreros sean invencibles en el campo de batalla, pero ellos nos superan en más de cien por cada uno de nosotros.

—Siguen siendo ovejas y nosotros somos lobos.

—Ni siquiera los lobos pueden matar a todas las ovejas, y un rebaño desesperado es capaz de realizar grandes proezas. Ya tenemos bastantes problemas para controlar estas dos islas y nos vemos obligados a dormir con nuestras mazas junto a la cama. ¿Cómo íbamos a mantener el control de toda Dara aunque llegáramos a conquistarla? Sus gentes son astutas y sagaces, hija. No las subestimes.

—Entonces, ¿qué sentido tiene convencer al príncipe o al emperador de que se rindan?

—La astucia de estos isleños es

también su principal debilidad. Si hay una cualidad que les caracteriza es que carecen de nuestra disciplina. Si yo lanzo mi señal a determinado objetivo, puedo estar seguro de que todos lo atacarán sin dudarlo. Pero los habitantes de Dara están divididos, son cobardes, egoístas e incapaces de luchar por la misma meta durante mucho tiempo. Cada uno tomará la decisión que menos le perjudique y dejará que otros sufran las consecuencias. El sistema de deci-jefes, que les convierte en espías unos de otros, es una prueba de ello. Si podemos dar a los nobles, a los ministros y al emperador una excusa para que *no* luchen contra nosotros, se agarrarán a

ella; de hecho, puede que nos ayuden a guardar nuestro rebaño humano como leales garinafins.

—Sientes un gran desprecio por estos salvajes, padre.

—Más que desprecio es comprensión. Queremos disfrutar de las riquezas que Dara nos ofrece, pero la fuente de esa riqueza es su gente. Para guiar a un rebaño es preciso identificar a sus líderes y controlarlos. Esa es la única manera en que unos cuantos pastores habilidosos pueden manejar un inmenso rebaño.

—Pero puede que los animales de control que has elegido sean imposibles de pastorear —dijo Tanvanaki—. Ya

hemos aplicado todo tipo de presión sobre el viejo, y el joven no cede a amenazas ni tentaciones. Habla de la virtud cada vez que se le presenta la ocasión y cita ante nuestros emisarios interminables rollos escritos por sus sabios.

—Estoy a punto de darme por vencido —dijo el pékyu—. Al menos resultan útiles como escudos humanos hasta que lleguen nuestros refuerzos.

—Bueno —dijo Tanvanaki con una fría sonrisa iluminando su rostro—, hay otro modo de convencerlos que no hemos intentado todavía.

—¡Hola, príncipe de Dara!

Timu se detuvo en medio del campo, se protegió los ojos del sol con la mano y miró fijamente al nuevo emisario enviado por Pékyu Tenryo. Le sorprendió ver a la hija del pékyu, la princesa lyucu. Tanvanaki le hablaba desde lo alto de Korva, su montura garinafin. El pesado monstruo caminaba junto al campo de sorgo como una cruben en tierra, machacando la cosecha y aplastando los caballones con sus garras y sus coletazos.

Curiosamente, no iba vestida con las toscas ropas de piel y cuero habituales en los lyucu, sino como las mujeres de Dara: túnica de seda, zapatos de tela y suela de madera y parte del pelo

recogido en un moño con una horquilla de jade.

Al contemplar su piel blanca y traslúcida resplandeciente bajo el sol y sus facciones fuertes y exóticas acentuadas por unas trenzas rubias, el príncipe Timu se dio cuenta de su belleza, aunque nunca hubiera utilizado ese adjetivo al pensar en ella en el pasado.

—Alteza —dijo, haciendo una reverencia.

—Aunque digas «alteza» con tus labios —dijo Tanvanaki—, en tu corazón me consideras una salvaje, una bárbara o incluso algo peor.

—En absoluto —dijo Timu. Pero se

sonrojó.

Korva bajó el cuello hasta el suelo y la princesa descendió segura por la larga rampa viviente hasta acercarse a él, deteniéndose cuando apenas les separaba un pie. Le miró a los ojos — tenía aproximadamente la misma altura que Timu y no necesitaba subir la mirada— y dijo con voz serena:

—Mentiroso.

Timu retrocedió un paso.

—¿Qué... qué estáis haciendo?

—No te muevas —dio otro paso adelante y, mientras la respiración de Timu se aceleraba por el nerviosismo, estiró el brazo y le agarró la barbilla, girándole la cara a un lado y otro, como

si lo examinara. El rostro de Timu adquirió un tono rojo vivo y retiró la barbilla bruscamente liberándose de su mano.

Todavía podía oler el aroma de especias raras en su fuerte aliento.

Tanvanaki adoptó una expresión pensativa mientras le miraba el cuerpo de arriba abajo, murmurando para sí todo el tiempo:

—Bastante buen tipo... piel clara... algo morena, pero no desagradable... parece que la faena en los campos le ha sentado bien...

Timu se sentía extremadamente incómodo. Esta princesa bárbara —*lyucu*, se corrigió mentalmente Timu

— no se parecía a ninguna de las jóvenes de la corte con las que había hablado hasta entonces. Su atrevimiento lo cohibía, le hacía sentirse como un tonto.

Timu se giró con nerviosismo para seguir con su trabajo.

—No he terminado contigo todavía —dijo Tanvanaki con arrogancia—. He dicho que te estés quieto.

—Su alteza debería dejar de jugar conmigo de esta manera impropia —dijo Timu con los dientes apretados—. No es digno humillar y torturar a un prisionero.

—¿Quién dice que te estoy torturando? —dijo Tanvanaki. Entonces curvó sus labios en una sonrisa

maliciosa—. Pero ¿te gustaría que jugara contigo?

Timu mantuvo los labios fuertemente apretados.

La princesa dio otro paso hasta situar su cara a escasas pulgadas de la de Timu.

—¿Crees que soy guapa?

Timu estaba anonadado. Nunca había oído a una mujer hacer esa pregunta. Parecía totalmente improcedente. Sin embargo, viniendo de ella, una mujer que llevaba una maza de guerra a la espalda y que cabalgaba un garinafin, no resultaba tan extraña.

—Yo... mmm... sí —el rostro de Timu estaba ahora tan escarlata como la

cresta de un gallo. No entendía por qué esta mujer era capaz de ofuscarlo de ese modo. Parecía carecer totalmente de vergüenza, lo que resultaba extraño... pero también atractivo.

—Bueno —dijo la princesa asintiendo—, eso al menos *no* parece una mentira. ¿Por qué mentís tanto los hombres de Dara?

—No tengo la menor idea de lo que quiere decir la princesa.

—Llevo tiempo estudiando a la gente de Dara y todos pensáis una cosa pero decís otra. Por ejemplo, cuando Zato Ruthi, tu antiguo maestro, vino a nuestro encuentro, pensaba que éramos unos bárbaros poco mejores que los

animales, pero simuló tratarnos como a invitados honorables. Los ricos y poderosos de entre vosotros queréis aumentar vuestro dinero y vuestro poder, pero decís que os preocupáis de vuestra gente.

Los ojos de Timu mostraron un destello de ira.

—No soy un hipócrita.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué quieres que tu pueblo muera de hambre?

—¡Intento evitar que muera de hambre! Habéis convertido todos estos campos en pastizales para vuestros garinafins y ganado de pelo largo. ¿Qué van a comer las gentes de estas islas el próximo invierno?

—Tendrán leche y carne en abundancia. En cualquier caso, vuestra dieta de cereales nos hace sentirnos hinchados. No somos herbívoros como vosotros.

—¡No tenéis bastante ganado para alimentar a toda la gente de Dasu y de Rui! Y mi pueblo enferma si bebe la leche de los garinafins.

—Oh, así que cuando dices «las gentes de estas islas» te refieres a *vuestra* gente y te encantaría ver pasar hambre a *mi* gente. Y dices que no eres hipócrita.

—Pero vosotros *decidisteis* venir aquí. Podríais haberos quedado donde estabais.

Cerró los ojos, armándose de valor para recibir una bofetada iracunda o cualquier otra atrocidad.

Pero Tanvanaki miró hacia otro lado y suavizó la voz.

—¿Sabes que nunca había visto tanto verde junto hasta que llegué aquí?

Timu abrió los ojos y escuchó.

—Las planicies de mi tierra son bellas, pero no es un país fácil ni compasivo. El año en que nací, una tormenta mató a la mayor parte del rebaño de mi padre y él tuvo que realizar incursiones contra los agon en pleno invierno para mantenernos vivos. En esas campañas murieron cientos de personas y las abuelas y los abuelos

salían en medio de la tormenta para dejarse morir y no ser una carga para la tribu, de forma que toda la comida pudiera destinarse a los bebés. Mi madre murió luchando contra los agon y otra madre de la tribu asfixió a sus hijos con sus propias manos para amamantarnos a mí y a mi hermano.

Timu se estremeció. La calma con que Tanvanaki contaba la historia le enfermaba aún más.

—Crees que somos bárbaros —dijo Tanvanaki, lanzándole una mirada despectiva—. ¿Qué sabes tú de barbarie, príncipe de Dara? Naciste en un país de abundancia y nunca has sabido lo que es pasar hambre. Creciste

en un país favorecido por el Padre de Todos y la Madre de Todos y habéis tenido el tiempo necesario para desarrollar complicadas teorías morales.

»Sin embargo, tu país ha producido un tirano como Mapidéré, que mató a más hombres en una sola batalla que toda la gente que mi padre ha tenido que matar para que su tribu sobreviviera. Nos consideras salvajes, pero vuestro salvajismo en la guerra del Crisantemo y el Diente de León fue mayor que cualquiera de nuestras acciones.

Timu se esforzó en dar con una respuesta. Los argumentos de la joven no se parecían a los que estaba

acostumbrado a oír en boca de otros emisarios del pékyu: en lugar de citar a los sabios anu, a lo que él podía encontrar fácilmente una respuesta, ella enfocaba las cosas... de otra manera.

—No se puede comparar el vuelo de un ganso salvaje con la danza de las carpas de agua dulce. Nosotros vivimos aquí. Vosotros sois los invasores.

—¿En serio? ¿Siempre habéis vivido aquí? Creía que vuestros antepasados arrebataron esta tierra a las gentes que vivían en ella.

—¡Eso fue hace mucho tiempo! Yo nací aquí, al igual que todos los que habéis esclavizado.

—Entonces, ¿haber nacido aquí te da

derecho a decidir quién forma parte del «pueblo»? Si yo tuviera un hijo o una hija en esta tierra, ¿ese niño podría considerarte un invasor?

—¡No! Es... es...

—No paro de oír que, por alguna razón, esta tierra os pertenece, pero no lo entiendo. ¿Cómo puede una tierra pertenecer a alguien? El Padre de Todos creó el mundo y no somos sino invitados en él. Migramos por la tierra, como hacen los rebaños de ganado salvaje. El derecho a existir, a comer, el único derecho que importa, es un derecho de todos.

Timu percibió en las palabras de Tanvanaki un eco de la parábola del

velo que contaba Zomi Kidosu.

Antes de nacer todos nosotros no somos más que potenciales. No tenemos control alguno sobre el momento de la encarnación: podemos acabar siendo hijo de un emperador o hija de un campesino. Cuando llegamos al mundo, el velo se levanta y nos encontramos con una caja que determina nuestro destino sin tener en cuenta nuestros méritos. Sin embargo, los grandes filósofos siempre han dicho que todas las almas tienen el mismo peso a los ojos del Padre del mundo, Thasoluo.

Había sabiduría en las palabras de la princesa.

—Si hubierais presentado a mi padre

esos argumentos de un modo razonable, estoy seguro de que podríamos haber alcanzado algún acuerdo —dijo Timu seriamente.

Tanvanaki echó a reír.

—¿De verdad? ¿Crees que tu padre habría desalojado una de las islas para entregárnosla? ¿Crees que no nos habría exigido promesas de obediencia y servicio? ¿Crees que no nos habría convertido en esclavos, como hizo el almirante Krita? Incluso si hubiera mostrado esa compasión divina, ¿crees que los nobles le habrían permitido cedernos sus dominios y su influencia? Eres un necio si piensas que eso es posible. Hasta yo, que no estoy imbuida

de la hipocresía y la corrupción de tu Dara, sé que la vida no funciona de esa manera.

Timu se había quedado mudo. Esta mujer desafiaba totalmente su manera de entender el mundo. Ya no podía afirmar con toda certeza que la causa de Dara fuera una causa justa, favorecida por los dioses.

Y así empezó una amistad —o un cortejo, Timu no estaba seguro de lo que era— que parecía completamente imposible. Tanvanaki acudía a hablar con Timu a diario, entreteniéndose durante horas mientras paseaban por los campos, hablando de su infancia y

discutiendo los méritos de sus respectivas formas de pensar.

Tanvanaki permitió a Timu atisbar la compleja cultura de los lyucu, el modo inteligente en que el pueblo de las planicies había aprendido a lo largo de los años a aprovechar cada parte del ganado de pelo largo y de los garinafins. Utilizaban los huesos para construir armas y componentes estructurales de las tiendas; convertían la piel y la lana en ropas, escudos y material para cobijarse; con los nervios hacían hilos y cuerdas; las astas y los cuernos servían para construir las hondas una vez incorporados los nervios que les proporcionaban una gran potencia a

pesar de su reducido tamaño; la grasa derretida se usaba para fabricar velas y antorchas; hervían los tendones y las pieles para conseguir cola. No desperdiciaban parte alguna de ningún animal.

A medida que Tanvanaki le contaba historias de su tierra y le enseñaba cómo vivía su gente, adaptándose a la dureza del entorno, Timu comenzó a ver a los lyucu más allá de la caricatura que les reducía a unos salvajes invasores de su pueblo.

Le emocionaba especialmente su música, ya que él era un músico consumado. Tanvanaki evocaba para él los paisajes y sonidos de las vastas

planicies mediante tambores de piel de garinafin y xilófonos de hueso: el retumbar de los cascos de miles de bueyes de pelo largo, pastoreados por el constante batir de las alas de los garinafins en sus migraciones por el territorio; el poder de las tormentas y las inundaciones repentinas que amenazaban con llevarse todo por delante en una única avalancha; un cielo que parecía más grande y más abierto que el cielo de Dara, en donde el fulgor de las estrellas no se veía atenuado por las luces de las casas de té y las salas de juego abiertas toda la noche; el inmenso horizonte que aturdía con la promesa de pastizales frescos interminables.

Aunque no entendiera las letras, cuando Tanvanaki cantaba acompañada por sus instrumentos, Timu percibía poderosos sentimientos de nostalgia, amor, resistencia ante las adversidades y el peligro, y una esperanza sin límites en el futuro. Los lyucu eran como los arbustos barridos por el viento que salpicaban las planicies: rústicos, fuertes, dispuestos a aprovechar cualquier oportunidad —como una de las escasas inundaciones— para florecer y revitalizar el paisaje con los colores desafiantes de la vida.

La música era muy distinta de los ritmos refinados y complejos que Timu estaba acostumbrado a tocar con la

cítara de seda de nueve cuerdas o el laúd de coco, pero no había duda de que era bella, no había duda de que los lyucu tenían una civilización, aunque fuera tan diferente de la de Dara como la liebre de las cenizas volcánicas lo era del dyran de cola de arcoíris.

Hasta que un día Tanvanaki invitó a Timu a montar en Korva con ella.

Timu estaba aterrado. La silla de montar situada en la base del cuello de Korva se elevaba a gran altura, como el puesto de vigía de un navío. Y el modo en que la bestia le observaba con sus ojos oscuros y sin pupila hacía que le temblaran las piernas. Ni siquiera era un buen jinete. La mera idea de cabalgar

sobre una bestia así le parecía superior a sus fuerzas.

—Creía que tu padre había cabalgado en una ocasión a lomos de una ballena con escamas, la que llamáis soberana de los mares.

—Mi padre y yo no nos parecemos en muchos aspectos.

—Afortunadamente —dijo Tanvanaki con una sonrisa—. ¿Por qué crees que te estoy invitando a ti y no a él?

El corazón de Timu latió con fuerza. De alguna manera, lo que Tanvanaki acababa de decirle le produjo más emoción de la que le habrían producido mil halagos del severo maestro Ruthi. Siempre había tenido la sensación de

decepcionar a su padre, pero ahora esta encantadora joven le estaba diciendo que era estupendo ser diferente a él, ser como era.

Timu no tenía mucha experiencia con las mujeres. A diferencia de Phyro, que disfrutaba galanteando a las criadas de palacio y a veces se hacía pasar por un acaudalado comerciante y se colaba en las casas índigo en compañía de Dafiro Miro —una vez que Jia y Risana le hubieran explicado discretamente las precauciones que tenía que tomar para evitar un escándalo a la familia imperial—, Timu nunca había conseguido hablar con una joven de su misma edad sin ruborizarse.

La atención que le prestaba Tanvanaki le producía el mismo efecto que una canción exótica que no deseaba que acabara.

Tanvanaki dio un silbido y Korva se agachó y extendió su largo y grácil cuello en el suelo, como un enorme pino que hubiera sido derribado. Tanvanaki acarició suavemente la cara de Korva y, colocando un pie sobre la mandíbula de la bestia, comenzó a trepar usando los párpados y la frente de la garinafin para agarrarse y apoyar los pies. La joven princesa pronto estuvo en lo alto de la colosal cabeza agarrada a sus cuernos para mantener el equilibrio.

Se dio la vuelta y ordenó:

—Vamos, sube.

Con las manos sudadas y piernas temblorosas, Timu repitió los pasos de Tanvanaki. Al colocar el pie izquierdo sobre los protuberante orificios nasales de Korva, la garinafin resopló y Timu casi se suelta. Siguió subiendo ayudado de pies y manos y no se detuvo hasta aferrarse firmemente a los cuernos.

Tanvanaki se doblaba de la risa mientras Timu se agarraba a las astas de la bestia con todas sus fuerzas, con la cara congestionada.

La princesa reprendió cariñosamente a su montura en la lengua de los lyucu y Korva se rió, produciendo un ruido ronco y estruendoso.

Luego ambos se dirigieron a la silla situada en la base del cuello como si caminaran sobre una pequeña cordillera. Tanvanaki avanzaba confiada a grandes pasos, como una ágil cabra montesa, mientras que Timu caminaba por las vértebras de la garinafin, que sobresalían bajo su piel como formaciones rocosas erosionadas, con cautela. Por fin, ambos alcanzaron la silla de piel y hueso.

Tanvanaki tomó asiento a horcajadas asegurándose los pies en los estribos. Dio un golpecito en el hueco que quedaba detrás de ella.

—Siéntate aquí.

Timu obedeció. Tanvanaki se giró y

le mostró cómo colocar los pies en las anillas de apoyo que colgaban de la silla. Luego dijo:

—Rodéame la cintura con los brazos y abrázate fuerte.

La idea de adoptar una postura tan íntima con Tanvanaki aturdió a Timu. Tartamudeó:

—No... no... creo que sea necesario.

—¿Qué ocurre? ¿Huelo mal? — Tanvanaki levantó el brazo izquierdo y se olfateó el sobaco—. Me he bañado esta misma mañana con flores de osmanto y leche de vaca —arrugó la frente—. No me digas que sigues creyendo las sandeces que cuentan de mi gente. Es evidente que cuando

descendimos de los barcos-ciudad probablemente nuestro olor era terrible, pero eso es porque apenas teníamos suficiente agua dulce para beber y abreviar a los garinafins y al ganado.

—¡No, no! —dijo Timu, moviendo la mano para acentuar su negación—. Oléis... estupendamente.

Cuando Tanvanaki visitaba a Timu, casi siempre vestía a la moda de las damas refinadas de Dara, con un corpiño ajustado que resaltaba sus curvas, pliegues sueltos de seda que alargaban sus brazos y piernas y un elaborado peinado más adecuado para mujeres que pasaban el día en sus aposentos que para el campo de batalla.

A Timu le encantaba su aspecto: el contraste entre sus facciones exóticas y el estilo femenino familiar siempre le acaloraba las mejillas y... otras partes. Y, a medida que pasaban los días, ella parecía adoptar más aspectos de la femineidad de Dara, como ese baño con flores de osmanto.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Kon Fiji... mmm... afirmaba que era preferible que los hombres y las mujeres no se tocaran unos a otros sin estar casados, a fin de que no acudieran a su mente pensamientos impuros que les apartaran de la contemplación de la virtud.

Tanvanaki suspiró exasperada.

—Ese tal Kon Fiji debía de ser un idiota. Bueno, haz lo que quieras. Pero si te caes desde el cielo no estoy segura de que Korva pueda descender tan rápidamente como para salvarte.

Golpeó suavemente a Korva en la base del cuello y la bestia respondió levantándose y elevando la cabeza hasta volver a colocar el cuello erecto como un mástil. Timu rodeó inmediatamente con los brazos la cintura de Tanvanaki.

—¡No tienes que estrujarme tanto! —dijo ella con voz entrecortada—. ¿Intentas ahogarme?

Timu aflojó ligeramente su abrazo. La sensación de tener a Tanvanaki entre sus brazos y apoyar el pecho contra su

espalda era indescriptiblemente maravillosa. Aspiró el aroma de osmanto de su pelo: deseaba que ese momento no terminara nunca.

Tanvanaki colocó el tubo contra el cuello de la garinafin y dijo en lyucu:

—Vamos, Korva. Suave y sin brusquedad. Nuestro invitado no está acostumbrado a volar sin ayuda de alguna monstruosidad mecánica.

Korva gimió mostrando su conformidad y, abriendo sus inmensas alas, comenzó a correr. El estruendo de las garras contra el suelo era ensordecedor y el batir de las alas sonaba como un tifón. Mientras el suelo retrocedía bajo sus pies mucho más

deprisa que el caballo más veloz que hubiera cabalgado nunca, Timu cerró los ojos sin atreverse a mirar.

Y luego, de repente, el martilleo rítmico de los andares de la garinafin desapareció con una ligera sacudida y Timu sintió cómo ascendían suave y gradualmente. Siguió con los ojos fuertemente cerrados y apoyó la barbilla contra la espalda de Tanvanaki, disfrutando del calor de su cuerpo y la sensación de cosquilleo producida por su pelo contra la cara.

—Mira —dijo Tanvanaki. Hablaba en voz baja, como si lo hiciera para sí misma—. Nunca me canso de ver esto. Realmente esta es una tierra bendecida

por el Padre de Todos, la Madre de Todos y todos sus hijos.

Timu abrió los ojos poco a poco. Los campos de Rui se extendían muy por debajo de él, como si planearan sobre una colcha colorida de retales de muy distintos diseños. Algunos de los parches eran de un verde oscuro y exuberante, repletos de verduras de hoja y espesa hierba; otros contenían sorgo rojo, madurando en el verano tardío; y aun otros estaban desnudos y tostados, mostrando la hierba segada y las gavillas de cereal secándose.

—Allá en casa, la tierra está llena de espirales creadas por el viento al soplar y modelar los arbustos y matorrales a su

paso —dijo Tanvanaki—. Pero aquí todo son cuadrados y rectángulos. Es como si tu pueblo tuviera miedo de la tierra y solo se sintiera tranquilo confinándola en cuadrículas, como los recuadros de las palabras que dibujáis sobre papel y los ideogramas con forma de bloque que grabáis.

Aunque había visto Dara muchas veces desde las aeronaves, a Timu le daba la impresión de estar contemplando todo por primera vez, con unos ojos distintos.

—Lo dices como si fuera algo malo —dijo—. Pero cultivar la tierra aumenta su abundancia y permite alimentar a muchos. Hacemos lo mismo con el

océano, lanzamos al agua las redes, dividiéndola en pequeños cuadrados, para poder extraer los frutos del mar. Aunque hayamos sido bendecidos con una tierra rica, tenemos que trabajarla con esfuerzo.

—Supongo que no es solo suerte. Algunos de los métodos que usáis para producir alimentos parecen muy inteligentes, aunque no pueda imaginarme subsistiendo a base de hierba, como las ovejas o el ganado.

Una idea nueva le iluminó la mente a Timu, como un relámpago.

—Princesa Vadyu, nuestros pueblos no tienen por qué ser enemigos. ¿No podríamos compartir esta tierra y vivir

juntos como vecinos, como iguales, sin más conquistas ni matanzas, sin más esclavitud ni muerte?

Algo así debe de ser la inspiración, pensó Timu. El maestro Zato Ruthi siempre decía que la mayor alegría de un erudito era tener una idea completamente nueva que nunca se hubiera pensado anteriormente, un destello de perspicacia que ahuyentara las tinieblas de la ignorancia y la superstición. Aunque había sido el alumno más brillante del maestro Ruthi, hasta ese momento nunca había tenido una idea verdaderamente original.

Timu sintió que la cintura de Tanvanaki se ponía rígida. Y por un

instante se mantuvo en silencio mientras él aguardaba con el corazón palpitante.

—Supongo que valdría la pena intentarlo —dijo—. No estoy segura de que mi pueblo pueda acostumbrarse a la idea de amarrarse a la tierra, dividirla en parcelas cuadradas y vivir entre sus contornos. Estamos habituados a los espacios abiertos y a vagar por donde queramos cuando nos viene en gana. Tu sistema recuerda mucho a una prisión.

Korva se lanzó de pronto en picado y Timu gritó de sorpresa mientras se agarraba a Tanvanaki con más fuerza. La bestia hizo un giro y dio varias vueltas en el aire, como un gato que se revuelca por el suelo. Cuando se enderezó, a

Timu se le había ido la sangre de la cara y ya no sabía qué estaba arriba y qué estaba abajo. Tanvanaki se echó a reír.

—Y pensabas sentarte detrás de mí rígidamente porque uno de tus estúpidos eruditos dijo que era lo correcto. ¿De verdad te gustan los límites de tu rígida cajita? Así es la libertad, príncipe de Dara: no hay reglas.

Timu no pudo responder; estaba intentando no vomitar. Decidió limitarse a cerrar los ojos y agarrarse a Tanvanaki. Aunque esta mujer era hija de un despiadado asesino, en ese momento sentía que nadie lo cautivaba más.

Libertad. Ah, la libertad.

Después de volar durante otra hora, Korva estaba cansada y aterrizó cerca de Kriphi. Tanvanaki llevó a Timu a su tienda y le agasajó con carne asada y un copioso estofado de entrañas y frutos secos. Aunque la cocina de los lyucu era muy distinta de los refinados platos a los que Timu estaba acostumbrado en el palacio de Pan o de las sencillas gachas y verduras de los campesinos de Rui, Timu la encontró sabrosa después de las emociones vividas en el aire. Devoró la comida con apetito mientras Tanvanaki lo observaba con una sonrisa en el rostro.

Timu reconoció a algunos de los criados que le sirvieron la comida y

limpiaron la mesa: eran importantes nobles de Rui. Intentaban evitar su mirada y él se sintió incómodo. No le parecía bien estar compartiendo una comida con el enemigo de un modo tan íntimo.

Se limpió la boca y se enderezó en el asiento.

—Gracias por vuestra hospitalidad princesa Vadyu, pero creo que es hora de que me llevéis de regreso.

—Ah. ¿Ya estás cansado de mi compañía?

—No es eso... Poseéis una gracia y belleza excepcional pero... pero nuestros pueblos siguen estando en guerra...

—¿Siempre piensas en términos de *nosotros* frente a *ellos*? ¿Alguna vez piensas solo en tus propios sentimientos?

—¿Qué queréis decir?

Tanvanaki le miró directamente a los ojos.

—Te gusto, ¿no es así?

Timu se ruborizó. El atrevimiento de esta mujer volvía a escandalizarlo y desconcertarlo. Era incapaz de aplicar ninguna de las fábulas y aforismos de Kon Fiji.

—Yo... yo...

—Si quieres irte, puedes hacerlo. Pero antes debes tomar kyoffir conmigo.

Trajeron un odre con la fuerte bebida

de leche fermentada. Timu nunca lo había probado pero sabía que revolvió el estómago a la mayor parte de la gente de Dara. Estaba a punto de decir que no.

—¿Tanto odias a mi pueblo que ni siquiera puedes compartir una bebida conmigo? Solo ofrecemos kyoffir a quienes apreciamos.

El modo en que Tanvanaki lo miró, medio desafiante, medio burlón, le llevó a decidir que tenía que beber. No quería que pensara mal de él.

Toda vida es un experimento. ¿No es eso lo que siempre decía padre?

El olor de la bebida era fuerte pero, tras el primer trago, se acostumbró a él. No se parecía al vino o a la cerveza,

pero se subía a la cabeza de un modo especial. El denso líquido no le resultaba desagradable y decidió beber tanto como fuera capaz para demostrar que no era como los hombres arrogantes de la flota del almirante Krita. Era un príncipe sin prejuicios, un erudito con ideas propias.

Se terminó el cuenco; sentía la cabeza abotargada.

—Es costumbre entre los lyucu que los buenos amigos compartan tres cuencos de kyoffir antes de partir —dijo Tanvanaki. Su rostro parecía enfocarse y desenfocarse.

—Nada me agradaría más que ser... que ser... considerado un buen amigo de

la princesa —dijo Timu. Su hinchada lengua parecía desobedecer a su voluntad.

Tanvanaki volvió a llenar los cuencos y se bebió el suyo de un solo trago. Con un golpe, puso el cuenco boca abajo sobre la mesa y le miró desafiante.

Sentía una tormenta bramando en el estómago, pero Timu se esforzó por beber el kyoffir.

La tercera ronda fue aún más dura. Cuando acabó con el contenido del cuenco, su cara estaba enrojecida y al intentar levantarse dio un traspié y cayó al suelo. Tanvanaki se acercó a ayudarlo.

—¿Por qué no te tumbas un instante?
No estás habituado a la contundencia del
kyoffir.

Timu cerró los ojos, disfrutando del
aroma de Tanvanaki, una mezcla de
flores, especias y la calidez de la
juventud y el sol.

Cayó en un sueño profundo.

*Creo que esto no... no está bien,
Tanva... princesa Vadyu.*

¿No quieres hacerlo?

Quiero... quiero...

Entonces, no puede estar mal.

*Existen unos ritos adecuados... que
hay que observar...*

Chiss, los estoy observando ahora.

*No me siento yo mismo. No creo...
no creo...*

Tu problema es que piensas demasiado. Deja que tu cuerpo piense por ti.

No, por favor. Por favor, para. No...

Sé que no lo dices de verdad. Dices una cosa con la boca pero tu cuerpo piensa otra. Deja de mentir, príncipe de Dara. Deja que tu cuerpo exprese la verdad.

Timu despertó sintiéndose completamente agotado. Miró alrededor y descubrió que estaba dentro de una gran tienda, tumbado sobre una blanda cama de pieles. Oyó un crujido y miró a

un lado: Tanvanaki estaba sentada delante de un espejo, arreglándose los cabellos con un peine de marfil. Se había vuelto a poner la vestimenta tradicional de los lyucu.

Al oír el ruido detrás de ella, la princesa se giró.

—Estás despierto —su tono era plácido y algo distante.

Timu asintió. No estaba seguro de las razones, pero sentía como si hubiera ocurrido algo espantoso.

—Anoche yo... yo...

La princesa se acercó y se arrodilló junto a él. Le examinó cuidadosamente, como si observara algo frágil y precioso.

—Será mejor que te tumbes y duermas algo más —dijo—. No te preocupes, el efecto de la droga se disipará en otro día, más o menos. Volveré a verte más tarde.

—¿Qué hay de mi trabajo? Tengo que cumplir con mi cuota.

—Ya no habrá más cuotas para ti —dijo, acariciándole dulcemente la cara—. Vivirás conmigo.

—Quiero volver a la aldea donde vivía.

—¿De verdad? ¿Después de lo que ocurrió anoche? ¿Qué crees que pensará de ti la gente cuando sepan que me he acostado contigo?

—¿Qué...?

Pero la princesa no esperó a que terminara de hablar. Se levantó y se alejó.

—Te aprecio, de verdad, pero mi padre fue capaz de matar a su amigo y a la garinafin que le había salvado la vida por conseguir un futuro mejor para su pueblo. Y yo soy hija de mi padre.

Timu intentó decir algo, cualquier cosa, pero no se le ocurrió nada; lo único que sentía era un profundo arrepentimiento y pavor.

La princesa se detuvo a la entrada de la tienda. Sin darse la vuelta, dijo:

—El sueño que tuviste cuando volábamos juntos... no puede alcanzarse sin fuego y sangre. Y hablaba en serio

cuando te serví los tres cuencos de kyoffir. Quiero que lo sepas.

Salió. Timu se quedó mirando los faldones de la tienda hasta que dejaron de moverse y luego se dejó caer en la cama, sollozando inconsolablemente.

Tanvanaki le habló de los planes de la boda, una formalidad sencilla que combinaría elementos de ambos pueblos, de la posterior ceremonia de coronación, de la necesidad de pensar en el futuro, no en el pasado.

Por la noche dormía junto a él, manteniéndolo en el lado interno de la cama, y no estaba claro si lo hacía para protegerle de la corriente procedente de

la apertura de la tienda o para evitar que huyera.

No volvió a drogarlo.

Tumbado en la oscuridad, Timu repasaba los acontecimientos del día del vuelo en garinafin. Se había sentido atraído hacia ella, eso no podía negarlo. Había permitido que la llama del deseo obnubilara la razón, incinerara las palabras de los sabios anu, transformara la virtud que tan cuidadosamente había guardado en algo bestial, algo vil.

¿No quieres hacerlo?

Quiero... quiero...

Había sido débil, lo sabía. Era culpable.

Su padre tenía razón al pensar de él

lo que pensaba.

No podía imaginarse volviendo con su familia después de lo ocurrido. No podría soportar la vergüenza. Estaba completamente solo.

—Cuando los lyucu queremos algo —dijo Tanvanaki, tumbada a su lado—, simplemente lo tomamos. No dejes que nadie te diga lo que debes hacer o desear. Nuestras vidas son breves relámpagos en las eternas planicies del tiempo y glorificamos a toda la creación entregándonos apasionadamente a la vida. La vergüenza es una mentira que pregonan quienes prefieren esclavizarte a liberarte.

Su voz le alivió como una jarra de té

helado de ciruelas en verano o una taza de vino caliente de arroz en invierno. *La familia debería animarte, no menospreciarte*, pensó Timu. *¿No era eso lo que siempre decían los sabios anu?*

Se giró hacia Tanvanaki y ella ya tenía los brazos abiertos para recibirlo.

Se concentró en sus movimientos y en las sensaciones que recorrían su cuerpo para acallar la voz de la duda, para expulsar el persistente sentimiento de culpa.

CHOQUE DE TIFONES

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

LA PLAGA

RUI: NOVENO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Había pasado casi un año desde que los lyucu invadieron Dasu y Rui.

Los pequeños botes de pesca regresaban al puerto de Kriphi uno a uno y sus tripulaciones parecían exhaustas.

A Pékyu Tenryo no le complacían las

noticias que traían.

—¿No habéis podido encontrar ni una sola fuente de tolyusa en todas las islas de Dara? —bramó en la tienda. Los otros thanes lyucu se mordieron la lengua—. Ayer murió otro de los inmaduros. ¡Las madres garinafins están inquietas porque sus criaturas pasan hambre y no llegarán refuerzos hasta el año que viene! ¿Cómo vamos a controlar a los adultos hasta entonces?

—¿Sigue sin haber señales de que la emperatriz de Dara vaya a rendirse?

—Ninguna. Todos los espías dicen que está preparándose para la guerra. Esa mujer tiene ansia de poder, aunque su marido y su hijo estén prisioneros.

Tanvanaki seguía con la mirada los pasos inquietos de Tenryo.

—Aún podemos alcanzar la victoria antes del año que viene.

—¡Habla!

—Si invadimos la isla Grande y ocupamos la capital mientras aún mantenemos bajo control a nuestros garinafins, conseguiremos someter toda Dara —se colocó la mano en el vientre—. Además, contamos con una nueva arma. La legitimidad es muy importante para esta gente.

Tenryo le devolvió la mirada y, tras un instante, asintió.

—Creía que te alegrarías por mí —dijo

Timu.

—¿Alegrarme por ti? —dijo Kuni Garu. Miró la cara desafiante de Timu y se le partió el corazón de dolor. Tuvo que sujetarse con una mano al muro de la prisión.

—El comienzo de una nueva vida y de una nueva familia es un motivo de júbilo.

—Pero no así, Timu, no así.

—Esto allana el camino para una solución sin derramamiento de sangre —dijo Timu—. ¿No decía siempre Kon Fiji que la guerra debía ser el último recurso? Los lyucu y nuestro pueblo son ahora una familia y el hermano no debe alzarse en armas contra el hermano.

—Oh, niño necio —murmuró Kuni—. A pesar de todos los libros que has leído, no has aprendido gran cosa —apretó los dientes para evitar decir algo de lo que tuviera que arrepentirse.

Kuni sabía que los lyucu habían seguido la política de dejar embarazadas deliberadamente al máximo número de mujeres nativas posible. Casi todos estos embarazos habían sido fruto de violaciones. El terror, la violencia y la brutalidad de tal política tenían como objetivo no solo quebrantar el espíritu de la población nativa, sino también afirmar el derecho de los lyucu a esta tierra, a echar raíces en ella. Las guerreras lyucu habían

intentado evitar quedarse embarazadas para seguir disponibles para el combate y era evidente que el vínculo de la princesa con Timu era forzado.

Pero el rostro de Timu se sonrojó ante sus palabras contenidas.

—Creo que no es atrevido afirmar que mi dominio de los clásicos anu es mejor que el de alguien que pasó más tiempo discutiendo con su profesor que haciendo los deberes.

—¡Eres un príncipe de la Casa del Diente de León! ¿Cómo puedes no darte cuenta de la realidad de la situación? Los lyucu te están utilizando como peón en su campaña para...

—Estás enfadado porque he

encontrado una manera de salvar Dara en la que tú no habías pensado. Mi unión con Tanvanaki iniciará la sanación que, en último término, servirá para unir a los Iyucu con el pueblo de Dara. Te estoy pidiendo que te mantengas al margen para que pueda lograr lo que tú no puedes.

La furia de Kuni ya era incontrolable. Se echó a reír.

—No voy a dignarme a contestar.

—Todo lo que tienes que hacer es escribir a madre y convencerla de que se rinda.

—¿De verdad quieres ver al pueblo de Dara esclavizado y todas las islas tan devastadas como esta?

—Esto no es más que una situación transitoria producida por la resistencia de Dara —dijo Timu—. Cuando Dara esté en paz, Pékyu Tenryo moderará sus políticas. Y si él no lo hace, lo haremos Tanvanaki y yo. Nosotros somos el futuro, Tenryo y tú sois el pasado.

—¿No has aprendido nada de lo que he intentado enseñarte sobre el flujo del poder...?

—¡Claro que sí! Al igual que una vez te hiciste con el poder para utilizarlo de un modo más justo, ahora me someto al poder para poder suavizar su yugo. Después de todo, no somos tan distintos, padre.

—Pero los lyucu son lobos, Toto-

tika...

—¡No te dirijas a mí por ese nombre!

—Timu le interrumpió—. Ya no soy un niño.

Kuni se le quedó mirando, como si por fin lo viera por primera vez.

Timu sintió una punzada de arrepentimiento, pero las palabras manaban de su corazón como un torrente que no podía detenerse.

—*He* aprendido de ti, padre. Pero he aprendido de tus acciones no de tus bonitas palabras. Hablas de preocuparte por el pueblo, pero no eres capaz de cuidar de tus propios hijos. Hablas de las responsabilidades del poder, pero lo único que has logrado es más poder para

ti mismo. Hablas de la devastación de los Iyucu, pero tú eres responsable de muchas más muertes.

—Eso es injusto...

Timu no dejó que lo interrumpiera.

—Ahora yo también voy a ser padre y nunca haré a mi hijo lo que tú hiciste conmigo. ¡Cuando el hegemón estaba a punto de capturarte en Zudi, estuviste dispuesto a abandonarnos a mí y a *Ratika* solo para poder escapar! Recuerdo ese día como si fuera ayer.

Kuni se encogió de dolor como si le hubieran abofeteado. *Así es la justicia divina. Los errores cometidos en el pasado me están pasando factura.*

—Y luego abandonaste a madre en

manos del hegemón y permitiste que viviera prisionera durante años, mientras utilizabas su sacrificio para levantar tu poder. Al menos yo nunca haré algo así a la mujer a la que amo. La princesa Vadya y yo construiremos juntos una nueva Dara sobre las alas de los garinafins, un mundo en el que nuestro hijo no tenga que vivir con miedo, con dudas o con odio a causa de la ambición.

—Oh, hijo mío —musitó Kuni—. Hijo mío.

—Toda la vida me he esforzado por agradarte —dijo Timu—. Y nunca has estado satisfecho conmigo. Estoy cansado de esperar tu aprobación,

padre, cansado de vivir como tu sombra.

»¿Qué respondes a mi petición? ¿Te mantendrás al margen?

Kuni Garu sacudió la cabeza y apartó la mirada de su hijo. Su rostro se bañó de tibias lágrimas.

Timu se marchó dando un portazo a la puerta de la celda tras él.

PAN: NOVENO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Al pueblo de Dara:

*El Muy Honorable Soberano de las
tierras de Ukyu y Gondé, Protector de
Dara, Pékyu Tenryo, os habla de esta*

manera:

Considerando que la emperatriz Jia, ávida de poder, ha usurpado el trono de Dara sin legitimidad;

Considerando que el príncipe Timu y la princesa real Vadyu han contraído matrimonio y esperan un hijo en primavera;

Considerando que el emperador Ragin, invitado del pékyu, ha abdicado en favor del príncipe Timu;

Considerando que el pueblo de Dara ha sufrido mucho tiempo a causa del mal gobierno y la mala administración;

Considerando que el Padre de Todos ha enviado las fogosas alas de los

lyucu para propiciar un nuevo capítulo en la historia de Dara;

Por todo ello, yo, Tenryo Roatan, he decidido presentar este ultimátum a la emperatriz Jia. En un mes, tras realizar los sacrificios adecuados al Padre de Todos y a los dioses de Dara, esto es: Cudyufin-Kana, Nalyufin-Rapa, Aluro-Tututika, Péa-Kiji, Toryoana-Rufizo, Diasa-Fithowéo y Péten-Lutho-Tazu, yo y la fuerza de los lyucu caeremos sobre las costas de la irredenta Dara y reclamaremos el trono para el legítimo soberano de Dara, el emperador Thaké, mi lealthane, conocido en el pasado como Timu.

Todos aquellos que se unan a la

bandera del emperador Thaké serán recompensados y todos aquellos que se adhieran a la usurpadora Jia serán castigados.

*Pékyu Tenryo, Protector de Dara
a través de la pluma de Thaké,
emperador de Dara*

Los mensajes, enviados en el interior de botellas lanzadas junto a las costas de las principales islas por botes lyucu, cayeron en manos de muchos y provocaron una crisis inmediata en Pan.

—Oh, mi *Toto-tika*, ¿cómo has podido? —musitó Jia—. Debería haberme ocupado más de tu carácter en lugar de dejarte en manos de tu maestro.

Has destrozado el corazón de tu padre.
Es una traición imposible de deshacer.

—Timu siempre ha sido poco práctico en sus ideas —dijo Théra—. Es evidente que le han engañado.

—Estoy segura de que el príncipe tiene sus razones —dijo la consorte Risana, siempre optimista—. No todos los que colaboran con los lyucu son necesariamente traidores; a veces es difícil saber lo que piensa realmente alguien basándonos solo en su actuación pública.

Al oírlo, Jia esbozó una sonrisa sardónica.

—La cuestión es: ¿por qué han decidido invadir ahora? —preguntó

Théra.

—¿Acaso no pensamos siempre que invadirían tras la cosecha de otoño? —dijo Zomi.

—Si han convertido a Timu en una marioneta, eso quiere decir que pretenden algo más que una conquista militar —dijo Théra.

—Entonces lo que intentan es... —Zomi empezó a hablar pero se detuvo al ver la mirada de aviso que le lanzaba Théra.

—Intentan desestabilizar Dara incitando a la rebelión contra mí —dijo la emperatriz Jia—. Está bien. No pasa nada por decir abiertamente lo que su mensaje expone a las claras.

—Pero ese plan funcionaría mejor si le dieran más tiempo —dijo Théra reflexionando sobre la situación—. Sería más sensato si reforzaran la legitimidad de Timu —tal vez aguardando hasta que nazca el hijo— y esperaran los refuerzos del otro lado del mar cuando se abra el Muro de las Tormentas en primavera.

—¿Habrán ganado de pronto confianza en su fuerza? —preguntó Zomi. Théra y ella se cruzaron una mirada preocupada pero cálida al mismo tiempo.

—Eso es lo que quieren que pensemos —dijo Cogo Yelu—. Pero creo que lo que ocurre es precisamente

lo contrario. Podría tratarse de una acción desesperada.

—No nos queda más opción que combatir —dijo Gin Mazoti.

—¿Estamos preparados? —preguntó Jia.

—Las probabilidades de vencer o de ser derrotados son similares —dijo la mariscal—. Llevamos preparándonos todo el verano y ya no creo que la resistencia sea desesperada. Pero todos los comandantes desearían tener más tiempo.

—Tal vez por eso van a atacar —dijo Jia—. No quieren darnos más tiempo para prepararnos.

—Los mejores planes del mundo

necesitan ser confrontados con la realidad en última instancia —dijo la mariscal—. Hemos hecho todo lo que hemos podido. El resto es cuestión de suerte.

Entonces se calló y miró a Risana.

—No obstante, vuestros comentarios sobre las incógnitas que encierran los corazones de los colaboracionistas me han dado una idea.

RUI: NOVENO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Los lyucu controlaban las costas de Rui y Dasu con patrullas aéreas constantes y

captaron la repentina afluencia de clarividentes de Dara. Los guardianes lyucu trasladaron los mensajes secretos transportados por los espías ejecutados a Pékyu Tenryo.

Escritos en un lenguaje florido, repleto de alusiones a los clásicos anu y citas pomposas de tratados moralistas, los mensajes prometían amnistía y misericordia a todos los ministros y comandantes de Dara colaboracionistas que desertaran para unirse a la causa de la emperatriz y les pedía que asesinaran a importantes thanes y cabecillas lyucu, especialmente al propio Pékyu Tenryo. Quienes tuvieran éxito en dicha misión serían recompensados con ducados o

incluso reinos.

El pékyu se echó a reír cuando leyó los mensajes y los compartió con los ministros y comandantes militares rendidos.

—Esto confirma más que cualquier otra cosa su nivel de desesperación —dijo el pékyu—. Vosotros sabéis mejor que nadie cómo trata Jia a aquellos que sirven a su familia con lealtad. Después de lo que pasó con Théca Kimo, Rin Coda y Gin Mazoti, ¿quién va a creer esas promesas vacías?

Los ministros y comandantes acompañaron con risas a su nuevo señor. Lo cierto es que aún recordaban claramente la obsesión de Jia por

debilitar a los señores feudales.

Ra Olu regresó a su mansión de Kriphi, regalo del pékyu por los servicios prestados a los lyucu, y comentó el contenido del mensaje a la señora Lon, que había sido liberada de sus obligaciones de servir al pékyu cuando este se hartó de su belleza.

—Da la impresión de ser una iniciativa muy torpe —dijo la señora Lon—. Creía que la mariscal era demasiado inteligente para intentar algo tan transparente.

—La clave no está en el texto —dijo Ra Olu—, sino en el subtexto. Al final del mensaje hay una cita de un poema de Lurusén:

*Trabajadores resueltos
dan color verde a los
arrozales;*

*Los prometidos granos
dorados relajan la
mente.*

*Pero el peligro y el
hambre no se pueden
prever*

*Cuando la soberana de
los mares nos
deslumbra.*

*Mantén los silos llenos y
sellados, rey
prudente,*

*Porque nadie sabe qué
plagas puede traer el*

viento.

—Es parte de su Oda al Mar, ¿no?
¿Qué sentido tiene citar ese poema?

—No estoy seguro —dijo Ra Olu—. Pero no puedo evitar pensar que ahí está la clave de lo que la emperatriz y la mariscal tienen en mente.

—¿Podría ser un gesto de desafío? El emperador Ragin logró su victoria más famosa a lomos de una cruben, así que la referencia a la soberana de los mares podría sugerir que Dara triunfará finalmente.

Ra Olu sacudió la cabeza.

—No me parece una alusión muy apropiada. Los lyucu no trabajan la

tierra y se han dedicado a destruir los recursos agrícolas de las islas y a convertir los cultivos en terrenos de pasto para preparar la invasión de la isla Grande.

—Eso es verdad. Lurusén es el poeta favorito de la emperatriz y no lo citarí­a sin más.

—La mariscal y la emperatriz debían de saber que esos mensajes serían interceptados. Así que puede tratarse de algún tipo de código... Siempre te ha gustado la literatura más que a mí. ¿Qué es lo que sabes de este poema?

—Déjame pensar... Lurusén lo escribió después de que el rey de Cocru firmara un tratado de no agresión con el

rey de Xana, al cual él se oponía. Mi padre me explicó que se trataba de un panfleto político encubierto en el que Lurusén criticaba la cortedad de miras del rey de Cocru. Aunque en aquel tiempo el reino era próspero y estaba en paz, daba a entender que próximamente llegaría una tormenta procedente de ultramar.

—¿Por la ambición de Xana? — preguntó Ra Olu—. Pero el dominio de Xana se basaba en la supremacía aérea.

—Es cierto, pero el clima político impedía hablar demasiado abiertamente, así que utilizó «soberana de los mares» como referencia velada a la amenaza de Xana.

—Sigo sin entender qué tiene que ver eso con este caso —dijo Ra Olu, decepcionado.

—Hay más niveles en ese poema —la señora Lon iba de un lado a otro mientras intentaba hacer memoria sobre las lecciones literarias recibidas hace tiempo—. Recuerdo haberlo analizado minuciosamente, porque el poema me gustaba, y descubrir una parte de la historia antigua que probablemente Lurusén también tenía en mente. Siglos atrás, antes de la estabilidad lograda con los Siete Estados, el número de estados Tiro era mucho mayor y todos luchaban unos contra otros. Uno de ellos, Keos, se vio envuelto en una serie de guerras con

un estado llamado Diyo. Keos era más poderoso y consiguió penetrar en la capital de Diyo, haciendo prisionero a su rey. Este no pudo volver a casa hasta que juró lealtad al rey de Keos.

»Pero el rey de Diyo no se conformaba con acabar sus días como vasallo de Keos, así que ideó un plan secreto de venganza. Hizo saber que la corte de Diyo codiciaba un tipo de ostra que solo crecía cerca de las costas de Keos, y que estaba dispuesto a pagar un precio elevado por ella. El pueblo de Keos se dio cuenta de que podría sacar mucho más provecho buceando para pescar ostras y vendiéndoselas a Diyo que trabajando los campos, así que

muchos campesinos abandonaron sus cultivos y salieron al mar en busca de oro.

»Al mismo tiempo, el rey de Diyo animó a la población a poner en cultivo más tierras e introdujo variedades de arroz, trigo y sorgo de alto rendimiento. Excusándose en la pobreza de su reino, pagaba el tributo debido a Keos en especie, con cargamentos de grano. A causa de ello, al rey de Keos no le preocupó que tantos campos de sus dominios fueran improductivos porque el tributo en grano de Diyo daba de comer a todo el mundo. De hecho, sus súbditos se estaban enriqueciendo gracias a las exorbitantes sumas pagadas

por aquellas absurdas ostras.

»Cinco años más tarde, Diyo dejó de pagar tributo. Los graneros de Keos estaban vacíos porque su gente llevaba años sin cultivar la tierra. Mientras la población de Keos moría de hambre, el ejército de Diyo atravesó la frontera y conquistó fácilmente el reino. El rey de Keos se ahorcó avergonzado antes de que el ejército de Diyo tomara la capital.

—Es una fábula sobre los peligros del orgullo y la arrogancia, sobre la dependencia de una fuente de comida que no controlas —musitó Ra Olu.

—Creo que Lurusén la utilizó para demostrar que el rey de Cocru había

caído en una especie de autocomplacencia mientras Xana tramaba la caída de Cocru —dijo la señora Lon—. El último verso es también una alusión velada a Xana, porque en aquella época era habitual en las islas principales describir a los campesinos de Xana, que sufrían hambre a menudo, como plagas de langostas.

—Mantén los silos llenos y sellados... qué plagas puede traer el viento... —Ra Olu murmuraba para sí mismo mientras daba vueltas a las múltiples lecturas del poema. Empezaba a hacerse una vaga idea del significado —. Lon, ¿comentaste con alguien tu interpretación cuando estabas en la

corte?

—Ahora que lo mencionas, recuerdo haber hablado del poema con el emperador y la emperatriz cuando visitamos Pan hace años. Ambos eran entusiastas de la obra de Lurusén y parecían encantados de escuchar nuevas interpretaciones.

Ra Olu asintió.

—Creo que sé lo que la emperatriz quiere decir realmente.

Y le explicó su teoría.

La señora Lon le miró.

—¿Pretendes hacer lo que pide?

Ra Olu la miró fijamente.

—Tú y yo hemos hecho lo que podíamos no solo para sobrevivir, sino

para emular los ideales de los eruditos moralistas, que nunca dejaban de servir a su auténtico señor aunque fueran capturados por el enemigo.

La señora Lon suspiró.

—Y, evidentemente, la emperatriz pretendía hacerte llegar este mensaje, porque solo tú y yo podríamos entenderlo. Es bueno saber que todos nuestros esfuerzos por pasar información cifrada a la emperatriz de forma clandestina, a través de las cartas del pékyu y otros medios, no han pasado inadvertidos. Si conseguimos sobrevivir, estoy segura de que la emperatriz nos estará agradecida.

Ra Olu sacudió la cabeza.

—Lon, no quiero darte falsas esperanzas. Quienes han sido elevados por encima de la multitud gracias al estudio de las palabras de los sabios ahora contraen un deber. Lurusén estaba dispuesto a morir, no por el rey, sino por el pueblo de Cocru.

—Y tú pretendes emularlo.

Ra Olu asintió con determinación.

—Si renuncias a mí ahora y buscas un *thane lyucu* que desee tu belleza puede que consigas salvarte. El amor nos hace cometer actos extraños, Lon, pero no es necesario que mueras por culpa de mi decisión.

La señora Lon se quedó inmóvil, con la frente arrugada.

—Nuestro amor ha soportado la tortura y la degradación, pero mi decisión de ahora no está guiada por un enamoramiento ciego. La señora Zy permaneció junto a su marido y se lanzó con él al río Liru porque compartía sus mismos ideales, no por amor. Aunque mi talento no iguale al suyo, creo que no carezco de su coraje. He leído los mismos tratados moralistas que has leído tú y el monopolio de la virtud no pertenece a quienes llevan túnica en vez de vestido.

Se abrazaron y no dijeron nada más.

Cuando el tiempo refrescó, llegó el momento del Festival de Otoño.

Como la invasión de la isla Grande era inminente, la seguridad en Rui y Dasu se hizo más estricta de lo habitual. Se ordenó a las familias locales que permanecieran en el interior de sus casas una vez terminadas las tareas asignadas por los capataces Iyucu y las celebraciones y banquetes tradicionales fueron cancelados.

Ra Olu acudió a Pékyu Tenryo a solicitar una exención.

—No es buena idea presionar demasiado a la gente. Si autorizáis algunas fiestas privadas, el pueblo se sentirá agradecido por vuestra generosidad y, más tarde, cuando muchos de los guerreros tengan que

partir con vos a la conquista de la isla Grande, será menos probable que causen problemas.

—Las grandes concentraciones en lugares públicos son peligrosas. La gente murmura y los alborotadores pueden propagar rumores. Además, esas celebraciones les quitan tiempo de trabajar para nosotros.

—Podemos evitar eso sin privar a la gente de esta celebración. Es nuestra costumbre que la noche del Festival de Otoño las familias y sus vecinos se reúnan en banquetes y compartan el pan de luna. Si unas cuantas personas preparasen los panes por adelantado bajo vuestra vigilancia, el resto de la

gente podría seguir trabajando en las faenas que tienen asignadas. Luego distribuiríamos el pan a cada familia para que pudieran celebrar en privado la noche del festival. Esto impediría la difusión de rumores, evitaría pérdidas de tiempo y permitiría mantener el carácter festivo de la ocasión.

Pékyu Tenryo meditó la propuesta y la aprobó. Ra Olu siempre sabía encontrar la manera de guiar a las ovejas de Dara.

De este modo, Ra Olu y la señora Lon reunieron a los deci-jefes de las diversas familias de Rui y Dasu en Kriphi y los convirtieron en operarios de una fábrica de pan de luna, bajo la

vigilancia de guerreros lyucu. Las galletas de masa de pan con forma de media luna llevaban diferentes rellenos —semillas de loto, pasta de taro, bayas caramelizadas, algas picadas, brotes de bambú en dados y muchos otros— y tiras de papel con frases sencillas en letras zyndari. Los guardianes lyucu examinaban los pedacitos de papel con la ayuda de estudiosos que les traducían las frases para asegurarse de que no contenían nada sospechoso.

Las galletas contenían un repertorio de expresiones para desear buena suerte o torpes intentos de alabanza al gran pékyu. Los guerreros lyucu se reían y sacudían la cabeza; esta gente era

ridícula, esclavos por naturaleza.

Tras hornear las galletas, los decijefes se las llevaron a sus aldeas para distribuir las entre las familias a su cargo. Los guardianes lyucu, que tenían curiosidad por probar el sabor del pan de luna, quisieron reservarse algunas para ellos, pero Ra Olu les entregó una tanda especial.

—Honorables amos, estas son para vuestro disfrute. Mi esposa y yo supervisamos personalmente su preparación para estar seguros de que ningún campesino descarado se atreviera a escupirlas o estropearlas de alguna otra manera —dijo Ra Olu.

—Y yo les quité los papelillos —

dijo la señora Lon—. Como no estáis acostumbrados a comer pan de luna, se os podrían atragantar.

—Si todos los salvajes fueran tan considerados y obedientes como vosotros —dijo uno de los thanes lyucu, escupiendo trocitos de pan a la cara de Ra Olu mientras masticaba ruidosamente y hablaba—, tendríamos muchos menos problemas.

Ra Olu no se molestó en limpiarse la saliva mientras no dejaba de sonreír.

—Tenéis toda la razón.

Cuando las familias de las distintas aldeas abrieron las galletas la noche del Festival de Otoño observaron para su sorpresa que, además de los mensajes en

tinta de la parte delantera, algunas tiras de papel tenían letras marrones por detrás. La señora Lon había escrito meticulosamente esos mensajes con un pincel de cejas y tinta hecha con zumo de frutas, que resultaba invisible hasta que el calor del horneado caramelizaba el azúcar del zumo.

Las familias se reunieron alrededor de estos papelitos para leerlos en silencio y luego se los tragaron.

NORTE DE RUI Y DASU: DÉCIMO
MES DEL DÉCIMO SEGUNDO AÑO
DEL REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

La prometida invasión a la isla Grande iba a comenzar dentro de seis días. Las aeronaves aumentaron sus patrullas sobre las rutas marinas al sur de Dasu y Rui para evitar otros ataques sorpresa de botes submarinos como el que permitió a las fuerzas de Than Carucono adentrarse en Rui la primavera anterior.

Nadie vigilaba el mar septentrional de Rui y Dasu. Al fin y al cabo, los soldados de Dara que habían caído prisioneros confesaron, tras muchas torturas, que nunca habían oído hablar de rutas de volcanes submarinos al norte de las islas.

Pero una pequeña flotilla avanzaba furtivamente por esos mares. Los navíos

habían zarpado de La Garra del Lobo un mes antes, dirigiéndose directamente al norte hasta quedar fuera de la vista de las rutas marítimas habituales. Luego viraron hacia el oeste hasta situarse al norte de Rui y Dasu. La flotilla estaba formada por veleros mercantes modificados con grandes bodegas y llevaba escaso armamento.

Aunque no eran navíos de guerra, estaban en misión de guerra.

Puma Yemu, maestro de los ataques sorpresa y las incursiones furtivas, era quien había organizado esta misión. Acudió a La Garra del Lobo con fondos suministrados por la mariscal para comprar barcos mercantes y reclutar

malhechores dispuestos a cualquier cosa a cambio de dinero contante y sonante. La carga que transportaban en sus bodegas habría hecho palidecer a cualquiera.

Puma necesitaba llevar a cabo la operación en el más absoluto secreto y solo reveló lo que llevaban cuando los barcos ya habían zarpado: más de una docena de tripulantes vomitó inmediatamente y unos cuantos llegaron a lanzarse al mar para no tener que convivir con dicha carga durante un mes.

—Vestíos —ordenó Puma Yema. Había llegado el momento de la verdad.

Se colocó sobre la cara la fina malla de alambre que llevaba en lo alto del

casco. La malla cumplía la misma función que la de un apicultor y protegía cuello y rostro. Llevaba las manos y los pies envueltos con tiras de lino para evitar cualquier exposición de la piel. Una pesada bata de lona y unas mallas gruesas le cubrían el resto del cuerpo. Los demás miembros de la tripulación iban vestidos de la misma manera y también se cubrían con el velo protector.

—¡Soltadlas!

La orden se comunicó a las otras naves mediante banderas de señales. Los marineros aguantaron la respiración mientras abrían las pesadas puertas de las bodegas con largas pértigas de bambú. Luego se lanzaron a la cubierta y

se tumbaron con el cuerpo hecho un ovillo para protegerse lo más posible.

De las bodegas de los barcos salieron oscuras nubes, zumbando como enjambres de abejas hambrientas. Pero los insectos que formaban estos enjambres no eran abejas, sino langostas, cada una del doble del tamaño del dedo de un hombre.

Habían estado durante semanas dentro de la bodega, dándose un festín con el grano que la tripulación les arrojaba a diario a través de huecos parcialmente tapados por rejillas y con los cuerpos de sus congéneres muertos. Se acoplaron y multiplicaron en la oscuridad, dándose empujones unas a

otras, reptando unas sobre otras, haciendo zumbir a los barcos como si estuvieran vivos.

El primer ministro Cogo Yelu había criado cuidadosamente estas langostas a partir de los huevos que abandonaron los enjambres destruidos en Géfica. Eran las langostas mayores y más fuertes que Dara podía ofrecer, y tenían hambre, mucha hambre.

Liberadas de su encierro, las langostas olfatearon el aire y detectaron la presencia cercana de tierra. Tierra y vegetación. Los enjambres se elevaron de las naves, se unieron y se encaminaron hacia el sur como una oscura nube tormentosa, hacia los

campos de Rui y Dasu.

La plaga de langostas descendió sobre Rui y Dasu como un tifón.

En medio de atronadores parloteos, chirridos, crujidos y gruñidos, las langostas devoraban todo a su paso. Se juntaban sobre las cosechas —rojas, verdes, doradas— y las despojaban de todo color y forma que no fuera el tostado del suelo desnudo y el esqueleto de las ramas desnudas sin una sola hoja. Arroz, trigo, taro, sorgo, caña de azúcar, hierbas, pasto, absolutamente todo era machacado por millones de mandíbulas para luego desaparecer en millones de estómagos con alas.

Al principio, los guerreros lyucu intentaron combatir a las langostas, pero ¿qué podían hacer las mazas y hachas de guerra contra una bestia de innumerables cabezas? Los garinafins intentaron oponer resistencia a la tormenta con aliento de fuego pero, aunque con cada oleada de llamas caían fritas miles de langostas, seguían viniendo más. Intentar luchar contra ellas era como hacerlo contra el propio mar.

Al fin, con la piel llena de heridas y sangrando, los guerreros tuvieron que retirarse a sus tiendas y sellar los faldones de entrada mientras los campesinos se encerraban acobardados en sótanos. Las dos islas se convirtieron

en pasto de las langostas, el ganado salió en estampida y los garinafins emprendieron el vuelo.

Por encima de ellas, bandadas de pájaros volaban en amplios y plácidos círculos, como si observaran un mar encrespado que no tuviera nada que ver con ellos.

Al tercer día, cuando las langostas habían arrasado la isla por completo dejándola desprovista de vegetación y empezaron a atacarse entre ellas para saciar su voraz apetito, los pájaros finalmente se lanzaron en picado y comenzaron a limpiar las islas de la plaga.

Cuando los aturdidos guerreros lyucu

y campesinos de Dara emergieron de sus escondrijos, contemplaron un mundo exangüe en el que todas las cosechas y terrenos de pasto se habían convertido en un desierto inerte.

Por alguna razón, así como los graneros de muchas de las aldeas habían sido herméticamente sellados de antemano y su contenido se había salvado de la plaga, los pajares y cobertizos que almacenaban el heno para los bueyes de pelo largo y los garinafins quedaron abiertos y las langostas habían devorado sin piedad las reservas para las bestias aladas de los lyucu.

Los aldeanos se miraban y asentían

en silencio, comprendiendo por fin el mensaje que les había llegado en el pan de luna: *Sellad vuestros graneros con cera y barro.*

RUI: DÉCIMO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Algunos deci-jefes, aterrorizados por las consecuencias, revelaron la verdad a Pékyu Tenryo. Al poco tiempo, las cabezas de Ra Olu y la señora Lon colgaban de las puertas de Kriphi para servir de aviso a cualquiera que se atreviera a organizar un sabotaje contra los lyucu.

—Creen que nos matarán de hambre con este ardid —dijo Pékyu Tenryo, con las manos temblando de cólera—. Yo les enseñaré lo que significa morir de hambre de verdad.

Dio la orden de abrir los graneros y utilizar el arroz, el sorgo y el trigo almacenados para alimentar a los garinafins y al ganado de pelo largo.

—¿Qué vamos a comer nosotros? —preguntó uno de los ancianos de la aldea.

—Sois expertos en sacar comida de la tierra —dijo Pékyu Tenryo—, así que cavad más profundo.

—Entonces, nos estás sentenciando a muerte —dijo el anciano—. No hay

tiempo de plantar una nueva cosecha antes del invierno.

—En ese caso, veo un montón de cerdos de dos patas por aquí —dijo Pékyu Tenryo—. Creo que son un alimento excelente. Así aprenderéis a diversificar vuestra dieta.

Cuando entendieron lo que el pékyu tenía en mente, los aldeanos aullaron de rabia y desesperación y se abalanzaron sobre los guardianes que habían venido a apoderarse de los graneros. Pero unas cuantas llamaradas de los garinafins reprimieron al momento la nascente rebelión. Los aldeanos se hicieron a un lado, observando mudos cómo vaciaban sus graneros y los garinafins y el ganado

se deleitaban con la comida reservada para todo el invierno.

El calendario de la invasión no sufriría cambios. Los lyucu se mantendrían firmes y cumplirían su amenaza.

Pero entonces ocurrió algo extraño. Los bueyes de pelo largo cayeron al suelo, gimiendo y echando espuma por la boca, sacudiendo las patas incontroladamente. También se desplomaron muchos de los garinafins y sus excrementos eran fangosos y tenían un olor nauseabundo.

—¿Cómo han podido envenenarlos?
—preguntó el pékyu. Como ninguno de los deci-jefes admitió estar detrás del

complot, el pékyu les obligó a comer los granos que habían dado a los garinafins. Pero no les ocurrió nada.

FAÇA: UNOS MESES ANTES

—He oído que para que la carne de res sea más jugosa hay que alimentar al ganado con grano —dijo Théra.

Los otros peones de la hacienda de su abuela habían aceptado a la chica nueva como a uno de ellos y Théra procuraba aprender más cosas sobre su mundo mientras tomaban té de achicoria alrededor del fuego.

—Es verdad. El ganado alimentado con pienso engorda más deprisa.

—¿Entonces por qué no lo hacemos nosotros? —preguntó Théra.

—La señora Lu entiende de este negocio —dijo uno de los peones, un anciano al que todos llamaban respetuosamente Viejo Maza—. El ganado que solo come pasto tiene un gusto diferente. Mientras los demás dan grano a sus vacas, el sabor único del nuestro aumenta su cotización.

—Oh —Théra asintió. No le sorprendía que su abuela hiciera las cosas de otro modo; al fin y al cabo, de algún lugar tenía que venir la testarudez de su madre—. A veces veo que las vacas miran con hambre al granero. ¿Importaría mucho si de vez en cuando

se les diera pienso, especialmente los días de lluvia? Seguramente es mucho más sabroso que el heno.

Los peones de la hacienda echaron a reír a carcajadas, dejando a Théra perpleja. Después de un rato, el Viejo Maza consiguió sofocar la risa e intentó explicarse.

—Muchacha, el estómago de las vacas es muy delicado. ¿Sabes por qué rumian?

Théra sacudió la cabeza.

—Porque la hierba es difícil de digerir. La vaca tiene que dejarla reposar en el estómago para que empiece a fermentar y luego regurgitarla y masticarla un poco más. El interior del

estómago de la vaca es un mundo complejo que ni siquiera los hacendados que las han criado durante generaciones pueden explicar bien cómo funciona. Lo que sabemos es que si quieres alimentar a una vaca con pienso, tienes que empezar a hacerlo cuando es joven. Si esperas a que su estómago se haya acostumbrado a la hierba y luego cambias al grano de un día para otro, el ganado enferma y puede llegar a morir.

Théra asintió, pensando en los lejanos invasores del norte. Ellos no cultivaban los campos y no sabían nada de pienso. Seguramente, para ellos no era más que otro tipo de vegetación y, a falta de hierba, ¿no echarían mano del

grano destinado a las personas?

RUI: DÉCIMO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Pékyu Tenryo formó cuadrillas de campesinos de Rui y Dasu y las ordenó que fueran a las montañas a cortar la vegetación que hubiera sobrevivido a la plaga de langostas gracias a su altitud. Como este alimento basto era más parecido a su dieta natural, algunos de los garinafins que no habían comido demasiado grano se recuperaron con relativa facilidad. No obstante, a otros les costaría más. Pékyu Tenryo reunió a

los garinafins enfermos en un solo lugar para que pudieran ser atendidos y estuvieran a salvo de otros actos de sabotaje de la población local.

—¿No deberíamos retrasar la invasión hasta que se recuperen? — preguntó Tanvanaki.

—No —dijo Pékyu Tenryo—. Nuestros guerreros empiezan a pensar que los taimados bárbaros de Dara han conseguido lo que querían con su ardid. Cuanto más nos retrasemos, más caerá nuestra moral.

—Parece arriesgado atacar sin disponer de todas nuestras fuerzas — dijo Tanvanaki.

—Si tenemos en cuenta que la

emperatriz no posee fuerza aérea digna de tal nombre, tenemos más que suficientes garinafins para atacar la isla Grande según lo previsto y vencer cualquier resistencia que pueda oponer. Y siempre podremos enviar a los demás posteriormente, cuando se recuperen.

»Gracias a Péa-Kiji, los thanes tuvieron presencia de ánimo para sellar las bodegas subterráneas donde guardamos a los inmaduros cuando las langostas atacaron y aún tenemos control sobre los garinafins.

El emperador Ragin daba vueltas en la celda de su prisión.

El anuncio de los planes de invasión

de Pékyu Tenryo le había afectado, sin llegar a conmocionarlo. Se dio cuenta de que había estado esperando un milagro, aunque no quisiera admitirlo.

Llevaba décadas luchando por un ideal, el ideal de una Dara más justa, más equitativa para la plebe, que equilibrara los intereses en conflicto y permitiera el ascenso de más hombres y mujeres de talento. Pero al final, ¿qué es lo que había conseguido? Más sangre derramada y más muertes, porque no había planificado todo, no había previsto todo lo que podía ir mal.

La traición de Timu sí le había conmocionado, pero no podía culpar totalmente a su hijo por equivocarse.

¿Cómo iba a entender Timu hasta qué punto se estaban aprovechando de él los lyucu? Imbuido de ideales librescos y de indómita indignación, el joven príncipe soñaba que la justicia podía lograrse acostándose con el enemigo, que el lobo podía yacer con el cordero.

Debería haber sido más padre para su hijo, pero ya era demasiado tarde.

Podía imaginar la confusión que reinaría en la isla Grande, con Timu convertido en el emperador marioneta del pékyu: todos aquellos insatisfechos con el reparto de poder existente aprovecharían la ocasión para hacer reajustes, para barajar las cartas de nuevo a fin de conseguir una mano

mejor. No envidiaba la difícil tarea que Jia tenía por delante.

Mientras siguiera vivo, ellos podrían utilizar su «abdicación» para legitimar las pretensiones de Timu. Pero si moría ahora, en la oscuridad, los lyucu continuarían mintiendo, con su fantasma como estandarte. Tenía que intentar dar una oportunidad a Jia y a los demás.

Kuni era consciente de que el pékyu era un hombre calculador, no muy distinto de él mismo. Intentó ponerse en su lugar. *¿Qué haría yo?*

Timu es una ficha demasiado valiosa para arriesgarla, pero la flota necesita otro rehén importante en el escenario de la batalla.

Recordó una conversación con Jia sobre los peligros de las heridas en el campo de batalla y lo que se podía hacer para salvar a los heridos. Cerró los ojos. Era el momento de poner en práctica ese conocimiento.

Echó un vistazo y encontró un clavo oxidado en uno de los marcos de ventana. Se quitó el zapato y el calcetín del pie izquierdo y se rasguñó la piel con él hasta hacerse un buen tajo. Aguantó el dolor como pudo y volvió a colocarse el calcetín y el zapato.

Ahora tenía que esperar y confiar en que le dieran una oportunidad.

Juzgaron que contaban con veinte

garinafins lo suficientemente sanos para ir a la guerra. Pékyu Tenryo los embarcó en ocho barcos-ciudad junto con tres mil guerreros lyucu. El resto se quedaría para guardar Dasu y Rui con la ayuda de los soldados de Dara que se habían rendido. Timu, o el «emperador Thaké», quedó nominalmente al mando, pero todos sabían, quizás también el propio Timu, que era un mero hombre de paja.

Algunas de las aeronaves capturadas al emperador Ragin acompañarían a la flota para servir de exploradoras frente a ataques sorpresa de crubens mecánicas y el resto se quedaría para defender Rui y Dasu.

La mañana del día especificado en el

ultimátum, la flota de barcos-ciudad y otros veleros más pequeños zarparon de Kriphi rumbo a la isla Grande. Los ancianos de Dasu y Rui recordaron la partida desde las islas de Xana de otras flotas invasoras décadas atrás, cuando el emperador Mapidéré y luego el emperador Ragin emprendieron el rumbo que les llevaría hasta el trono de Dara. Pékyu Tenryo y el emperador Thaké serían continuadores del éxito de sus ilustres predecesores.

La invasión de la isla Grande había comenzado.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

EL SUEÑO DEL DIENTE DE LEÓN

GOLFO DE ZATHIN: DÉCIMO MES
DEL DÉCIMO SEGUNDO AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

Las pocas aeronaves que acompañaban a la flota de los lyucu volaban por delante y a los lados de los navíos y los vigías escrutaban atentamente la

superficie del mar intentando detectar la presencia de crubens mecánicas. La ruta adoptada por la flota iba lejos de los volcanes submarinos conocidos, pero Pékyu Tenryo no quería correr ningún riesgo.

Para prevenir aún más un ataque sorpresa, sobre el buque insignia del pékyu, el *Orgullo de Ukyu*, ondeaba el estandarte rojo vivo con una cruben azul saltando, la bandera imperial. Pékyu Tenryo quería estar seguro de que cualquier navío de Dara que se atreviera a atacar supiera que ponía en peligro al emperador de Dara.

La emperatriz Jia obligó al príncipe

Phyro a permanecer en Pan con la consorte Risana, desoyendo sus enérgicas protestas.

—¡Debería estar en el frente, combatiendo!

—Después del error de Timu, eres el único heredero de tu padre. Tu seguridad es primordial porque debes preservar la dinastía imperial y si la mariscal y yo fracasáramos, te convertirías en la única esperanza de una Dara ocupada.

—Y el único que podría vengaros.

—¡No! Nunca dejes que tu amor a la familia se convierta en un obstáculo para tus obligaciones con tu pueblo. La venganza jamás debe ser tu objetivo,

solo la libertad.

Se volvió hacia la consorte Risana y el primer ministro Cogo Yelu.

—Si los dioses deciden... que no regrese, la Casa del Diente de León estará en vuestras manos.

Risana y Cogo se inclinaron.

—Soy vuestro leal servidor.

—Cuídate, hermana mayor.

La emperatriz Jia había levantado una plataforma de observación cerca de Ginpen, en la costa del golfo de Zathin. Se trataba de un montículo de unos doscientos pies por cada lado y unos cien pies de altura. Jia se sentaba en un trono tallado con dyrans saltando. A su

alrededor había leña empapada de aceite.

En caso de que ser derrotados hoy, su intención era inmolarse como gesto final de desafío.

Jia se volvió hacia Gin Mazoti, de pie a su lado.

—¿Qué te parece tu nueva espada, mariscal?

Con cierto esfuerzo, Gin desenvainó Na-aroénna, «la que acaba con las dudas» y la mantuvo en alto con ambas manos.

—Todavía tengo que acostumbrarme a ella.

—¿Igual que tus soldados a las nuevas armas?

Gin asintió.

—Su valor es admirable. Pero no se puede confiar en armas que no han sido probadas.

—Permaneceré aquí y rezaré por vuestro triunfo. ¿Tienes alguna duda?

—Siempre tengo dudas —dijo Gin—. Y el valor, como demostró el hegemón, no lo es todo.

—Eso ya es una mejora respecto a tiempo atrás —dijo Jia—. Hubo un tiempo en que no dudabas de que teníamos que rendirnos.

Gin sonrió ante el comentario.

—Ojalá esta espada haga honor a su nombre.

—¿Qué fue de aquella general segura

de sí misma que una vez afirmó ante mi esposo que podría conquistar Rui con mil hombres?

Gin sonrió con melancolía.

—La experiencia baja los humos.

Jia asintió y la miró solemnemente.

—Amo a mi esposo con todo mi corazón. Sé que él estaría dispuesto a morir por Dara, al igual que mi hijo. ¿Entiendes?

—En el caso del príncipe Timu — dijo Gin—, no estoy tan segura de que tengáis razón.

Jia miró hacia otro lado.

—A veces los débiles necesitan ayuda para ser fuertes, para hacer lo que deben hacer.

Gin sintió un escalofrío en la espalda.

—Amo a mi hijo —continuó la emperatriz—, pero es necesario enfrentarse al mal.

La mariscal se quedó mirando a la emperatriz y, al rato, asintió.

A medida que la flota lyucu se acercaba al litoral de la isla Grande, Pékyu Tenryo iba ganando confianza por momentos.

Desembarcaría su ejército en Ginpen, atravesaría el territorio como un relámpago a lomos de los garinafins y pondría Pan de rodillas en un único y expeditivo ataque. Sin ningún tipo de

fuerza aérea eficaz, las ciudades amuralladas de Dara no podrían resistir el poderío de los garinafins. ¿Acaso la mariscal podía operar sus lanzallamas desde cualquier sitio?

Contemplando la última milla que separaba su flota de tierra firme, Pékyu Tenryo liberó la respiración contenida. Ningún navío de Dara había partido del puerto de Ginpen para salir a su encuentro; en la costa no había ninguna formación del ejército de Dara esperando a la fuerza invasora; y no había signos de la fabulosa maquinaria bélica gigantesca que en otros tiempos diera fama a Ginpen, como aquellos Espejos Curvos que podían prender

fuego a las aeronaves a distancia. Probablemente los bárbaros de Dara se habían dado cuenta de que nada podrían hacer esas defensas anticuadas frente a un ataque de los garinafins.

Las murallas de Ginpen no tenían defensores y los vigías de las aeronaves informaron de que la ciudad estaba sorprendentemente tranquila y que todos sus habitantes estaban agazapados en sus hogares. Todo indicaba que la corte de la emperatriz Jia se había dado finalmente por vencida y que el sueño de una nueva patria para los lyucu se hallaba al alcance de la mano. Con el tiempo, Cudyu enviaría otra flota y llegarían más lyucu a vivir en este

paraíso. Tenryo imaginaba a los guerreros lyucu viviendo como reyes, mantenidos por un dócil rebaño de campesinos de Dara.

—Te compadezco, anciano —dijo Tenryo a la figura yacente de Kuni Garu—. Debe de ser duro ver que tus victorias se convierten en nada, que tus logros son destruidos por las vicisitudes del destino y la inconstancia de los dioses.

Kuni permanecía ajeno a todo, sumido en su sopor, dando vueltas y farfullando de forma inaudible.

—¿Qué fue eso? —preguntó Tanvanaki, de pie junto al pékyu. Otros guerreros lyucu que se encontraban

sobre cubierta también comenzaron a señalar con el dedo y a murmurar.

Pékyu Tenryo miró donde señalaba su hija y al principio no supo bien lo que veía: unos montículos cubiertos de arbustos y hierba parecían expandirse, crecer, elevarse, como si algún enorme animal estuviera moviéndose por debajo, intentando salir de su madriguera.

—Que se preparen los jinetes de los garinafins —ordenó el pékyu. Tal vez los granjeros de Dara no estuvieran todavía completamente sometidos. Hasta un conejo acorralado podía patear y morder a los lobos y no iba a dejar que le arrebataran la victoria de las manos

por exceso de confianza.

Sobre la playa soldados con las mejores armaduras de Dara surgieron de escondites subterráneos; del puerto de Ginpen salieron a remo navíos que transportaban a los soldados más valerosos de Dara.

Los montículos que habían estado ganando volumen se abrieron y Pékyu Tenryo aspiró de golpe una fuerte bocanada de aire al contemplar un espectáculo imposible: seis flamantes aeronaves, mayores que cualquiera vista anteriormente, ascendían en el aire.

¿Dónde habrán conseguido el gas elevador?

Cuando Atharo Ye y la princesa Théra descubrieron que los garinafins podían volar gracias al mismo gas producido por la fermentación del estiércol que utilizaban los lanzallamas de la mariscal, Zomi Kidosu pensó un atrevido plan para construir nuevas aeronaves en secreto.

El gas de la fermentación no era tan ligero como el procedente del lago Dako en el monte Kiji, lo que exigía cambios en el diseño. Para conseguir la misma flotabilidad, las aeronaves tenían que ser más grandes, los materiales utilizados más ligeros y la tripulación más reducida. En naves y talleres subterráneos, guerreros y constructores

del cuerpo de voluntarios de Gin Mazoti se afanaron en transformar tallos de bambú en flejes, puntales y vigas y en confeccionar bolsas para el gas con seda barnizada.

Con el fin de disminuir el peso, los constructores redujeron la cantidad de soportes internos de la estructura de bambú, dejando el mayor espacio posible para las bolsas de gas. Reforzaron con acero algunos de los flejes y puntales de bambú, pues la combinación les proporcionaba más resistencia que el uso de cualquiera de los materiales por separado.

Para aprovechar al máximo la menor potencia elevadora del gas, Atharo Ye

diseñó las aeronaves con un perfil más plano, de tal modo que se asemejaban más a dos platos unidos por su lado cóncavo o al cuerpo de una mantarraya que a la forma ovoide tradicional. Aunque el nuevo diseño del casco era más abultado y menos maniobrable, al avanzar tendía a ascender, lo que facilitaba su flotabilidad. Cuando los remeros situados en el borde del casco aplanado manejaban los enormes remos emplumados, las aeronaves semirrígidas se impulsaban hacia adelante como medusas nadando en un mar empíreo.

Así pues, las nuevas aeronaves imperiales tenían una estructura más débil que sus predecesoras y no podían

soportar las condiciones impredecibles de las largas travesías; para compensarlo, la mariscal las ocultó en la playa bajo una ligera capa de arena, lo más cerca posible del escenario de combate.

Las nuevas barquillas también tenían una forma extraña. En lugar del perfil esbelto y similar al de los veleros del pasado, estas tenían forma oval y eran mucho mayores, ocupando casi una cuarta parte de la superficie inferior del casco, además de penetrar considerablemente dentro de este. La reducción de peso se había conseguido construyéndolas en su mayor parte de mimbre, excepto los elementos

estructurales. La tripulación también debía ser lo más ligera posible, lo que significaba que, una vez más, estaba compuesta mayoritariamente por mujeres, casi todas veteranas de la antigua fuerza aérea y de los cuerpos femeninos auxiliares de Dara.

Pero al ser las barquillas tan ligeras en comparación con el resto del casco, el vuelo de las aeronaves era algo inestable. Para compensarlo, cada una de ellas iba equipada con un pesado lastre en la popa, una gran esfera cerámica suspendida bajo el casco como una gigantesca gota de rocío que colgara del vientre de un saltamontes.

A sus constructores —muchos de

ellos antiguos ingenieros trasladados a la isla Grande para disfrutar de un retiro dorado tras una vida de servicio en la base aérea del monte Kiji— les parecía que el diseño era extrañamente poco eficiente, pero lo justificaban dada la premura con que Atharo Ye había tenido que modificar el diseño de las aeronaves tradicionales con el fin de que funcionaran con el nuevo gas.

No obstante, el principal defecto de las aeronaves basadas en el gas de fermentación era, por supuesto, su mayor inflamabilidad. Si alguna de las bolsas de gas tenía una fuga, una sola chispa podía convertir toda la nave en una burbuja ardiente. Pero la mariscal no

podía hacer gran cosa para reducir el riesgo, puesto que cualquier armadura adicional habría incrementado el peso de la nave e impedido que se elevara. Tenía que confiar en la afortunada circunstancia de que los lyucu no hubieran adoptado el uso de arcos, especialmente con flechas de fuego.

Por la misma razón, la mariscal no pudo dotar a las aeronaves de lanzallamas y tuvo que recurrir a otras armas sorprendentes.

*Le dolía la espalda por
tantos días hilando
seda,
Las manos ásperas por*

*las noches hirviendo
y devanando.*

*Regresó de Pan con la
cara manchada por
las lágrimas.*

*«Oh, mamá, ¿por qué
tienes el corazón tan
apesadumbrado?»*

*Escoge los capullos,
remoja, hierva,
remueve, devana.*

*¡Gira la rueca, gira la
rueca, hermana!*

*Hijo mío, he visto a
muchos señores duros*

*como el jade
y a muchas señoras de
voz suave vestidas de
fina seda.*

*¿Cuántos saben que en
realidad son
sudarios?*

*¿O que las tejedoras de
seda solo llevan
mantones de cáñamo?*

*Escoge los capullos,
remoja, hierva,
remueve, devana.*

*¡Gira la rueca, gira la
rueca, hermana!*

Aunque el canto que la tripulación del buque insignia de la mariscal, *Flecha Sedamótica*, entonaba al unísono había surgido en los talleres de seda para aliviar el tedio de las largas horas de trabajo, las ruedas que las mujeres hacían girar en la aeronave no producían ovillos de hilo ni de lana sino energía, una energía que se almacenaba para cuando fuera necesaria.

Las puertas con goznes situadas al frente de las barquillas se abrieron de golpe al tiempo que las aeronaves se preparaban en orden de batalla.

Por extraño que parezca, las seis aeronaves no volaban a la misma altura. Cuatro de ellas —*Espíritu de Kiji*,

Corazón de Tututika, Valor de Fithowéo y Vigor de las Gemelas, todas comandadas por capitanas de confianza pertenecientes a la antigua fuerza aérea femenina de Gin Mazoti— se mantenían en el mismo plano formando un rombo paralelo al suelo. *Flecha Sedamótica* volaba por encima del rombo y *Venganza de Moji*, bajo el mando de Zomi Kidosu, por debajo.

En el interior de las barquillas, unas pantallas de seda ocultaban a la mayor parte de la tripulación y de la maquinaria que operaban. Desde la puerta frontal abierta solo eran visibles seis mujeres en cada nave, que sostenían largos arcos con las flechas dispuestas.

Las aeronaves se acercaban a la flota lyucu cuando los garinafins alzaron el vuelo desde los barcos-ciudad para enfrentarse a este desafío inesperado. Bajo ellos, los guerreros lyucu se afanaban alrededor de un palio dorado situado sobre la cubierta del buque insignia del pékyu, *Orgullo de Ukyu*.

—El pékyu debe de estar sentado bajo ese palio —dijo la mariscal Mazoti—. Apuntad hacia él —lo cierto es que dudaba que el astuto Pékyo Tenryo fuera tan tonto como para señalarse tan claramente como objetivo. Pero acertar en el palco dorado, fuera lo que fuese que ocultara, subiría la moral de las fuerzas de Dara.

Dafiro Miro, que actuaba como oficial ejecutivo de la mariscal, dio una serie de rápidas órdenes a las remeras para que maniobraran la *Flecha Sedamótica* hasta situarla ligeramente por delante de la formación, y las arqueras apuntaron sus flechas al distante palio dorado que tenían por debajo.

Los guerreros lyucu dieron vítores al ver a las pocas arqueras agazapadas en la puerta frontal de las barquillas. ¿De verdad creían esos bárbaros de Dara que unas cuantas arqueras iban a derrotar a los garinafins y a los barcosciudad?

—Hombres de Dara —la voz del

pékyu resonó desde una bocina de hueso colocada en lo alto del palo mayor del navío. Hablaba desde algún lugar en las profundidades de la bodega, prudentemente alejado de la cubierta—. ¡Retiraos! ¡Es una orden de vuestro antiguo emperador!

El palio dorado fue retirado mostrando una cama en la que yacía Kuni Garu, emperador de Dara, mientras la atónita mariscal Mazoti y el resto de la tripulación observaban.

Kuni no se movía.

Dos guerreros lyucu dieron un paso al frente y lo levantaron de la cama y él gimió apartando la cara de la luz. Las tripulaciones de las aeronaves

imperiales aguantaron la respiración.

Kuni había ocultado a sus guardianes la herida del pie hasta que se infectó. Cuando finalmente fue descubierta, el pie estaba gangrenado y la única opción fue amputarlo. Pero ni siquiera eso pareció mejorar su condición general. Los médicos enviados por el pékyu declararon que estaba al borde de la muerte.

Pékyu Tenryo pensaba utilizar a Kuni como arma secreta. Sospechaba que la emperatriz Jia podría organizar un último acto de resistencia y había planeado sacar a su valioso prisionero en el momento adecuado para destruir la moral de los defensores de Dara.

Dado el estado del tullido y moribundo Kuni, el pékyu pensó que ya no hacía falta mantenerlo en una jaula de hueso, así que lo dejó tumbado bajo palio en una cama, vigilado por unos cuantos guardianes.

Incluso mientras lo mantenían incorporado, Kuni parecía encontrarse en un estado de sopor profundo y enfebrecido; no reaccionaba a la confusión reinante a su alrededor.

Rumores confusos circulaban entre la tripulación de la *Flecha Sedamótica* y las demás aeronaves. Se alegraban de que su emperador siguiera vivo y la mayor parte sospechó que el pékyu mentía acerca de su abdicación y su

orden de retirada. No obstante, las arqueras bajaron sus arcos.

—Apuntad al emperador —dijo Gin Mazoti, con voz serena y calmada.

Dafiro repitió la orden y miró a la mariscal. Aunque su voz no traslucía ninguna emoción, podía imaginar la turbulencia que agitaba su corazón. Kuni Garu era el hombre que la había sacado de la oscuridad convirtiéndola en la más grande general de Dara, pero también se había mantenido al margen cuando fue acusada de traición y despojada de su título y su dignidad.

En una ocasión estuvo dispuesta a morir por él y ahora se veía obligada a matarlo para preservar los frutos de su

revolución.

Mazoti respiró con fuerza. No podía evitar este sacrificio. Mientras Kuni siguiera vivo, sus fuerzas no podrían combatir libremente. Dudarían si estaban contrariando la voluntad del emperador. Pero una vez que diera la orden de matarlo, nunca podría liberarse de la sospecha de que, en realidad, había intentado traicionarlo.

Era el precio que tenía que pagar para lograr la victoria. Para ganar, tenía que renunciar a su nombre y soportar el juicio de la historia.

Mazoti se armó de valor para dar la orden de disparar.

Kuni miró confuso a su alrededor.

Se encontraba en Pan, la Ciudad Armoniosa, en medio de la amplia Plaza Cruben frente a palacio. (*¿Cómo puedo estar levantado si he perdido el pie?*). Normalmente la plaza se encontraba vacía excepto por los niños que volaban cometas en primavera y verano y construían estatuas de hielo en invierno. De vez en cuando, una aeronave imperial aterrizaba en el lugar y los ciudadanos que se encontraban en las inmediaciones se acercaban a mirar.

Pero hoy la plaza no estaba vacía. Le rodeaban unas estatuas colosales de los dioses de Dara, cada una tan alta como la Sala de Exámenes, hechas de bronce y

hierro y pintadas de colores vivos y realistas.

Kuni recordó que, según se decía, el emperador Mapidéré había querido confiscar todas las armas de Dara, las espadas y las lanzas, los cuchillos y las flechas, y fundirlas para convertirlas en estatuas en honor a los dioses. Sin armas, la paz reinaría eternamente en el mundo.

Su proyecto nunca llegó a realizarse, lo mismo que el sueño de Kuni de una Dara más justa, donde la mujer tuviera tanto poder como el hombre, donde la hija de un campesino de Dasu tuviera tantas oportunidades de prosperar como el hijo de un comerciante rico de La

Garra del Lobo, donde cualquier persona de talento tuviera ocasión de brillar.

El emperador examinó las estatuas con más atención. Había algo extraño en ellas: no representaban a los dioses en su aspecto tradicional.

Sobre los hombros de Kiji estaban posados un halcón mingén y un garinafin; sobre la cabeza de Kana, su cuervo negro planeaba dentro de una esfera dorada tan brillante como los rayos del sol; sobre la cabeza de Rapa, su cuervo blanco flotaba inmerso en un halo plateado como el brillo de la luna; la carpa de Tututika nadaba a su lado en un laberinto de miles de arroyos; la paloma

blanca de Rufizo cuidaba de un rebaño de ovejas y ganado de pelo largo.

Pero las estatuas de Fithowéo, Lutho y Tazu eran las más extrañas. La mitad izquierda de Fithowéo era masculina, mientras que su mitad derecha era femenina. El dios de la guerra llevaba una larga lanza con punta de obsidiana en la mano izquierda y una maza de guerra con el mango de hueso en la derecha. Las estatuas de Tazu y Lutho, a su vez, estaban fusionadas, como si los dioses del cálculo y del azar fueran dos aspectos de la misma deidad.

¿Qué ha ocurrido?, se pregunto Kuni. *¿Quién ha cometido este sacrilegio?*

Las estatuas de los dioses y las diosas cobraron vida.

El emperador estaba demasiado atónito para moverse o hablar.

—No te queda mucho tiempo, Ragin —dijo Tututika con una voz familiar y extraña al mismo tiempo. Kuni pensó que tenía ecos de los suaves arroyos de su tierra natal, la Isla Hermosa, así como de algo más salvaje y menos predecible, como las inundaciones repentinas de unas planicies lejanas llenas de matorrales y arbustos.

—¿Estoy a punto de cruzar el Río en el que Nada Flota? —preguntó.

—Sí —replicó Rapa sencillamente, con una voz tan fría como la gélida luna.

—Me queda mucho por hacer. ¡Dara está en peligro, señora Rapa!

—Todos imploran más tiempo —dijo Kana, con una voz tan cálida como el sol resplandeciente, tan impaciente como un volcán en erupción—. Mapidéré hizo lo mismo.

—Las tareas de los grandes héroes nunca se completan —dijo Rufizo, el pastor bondadoso y sanador de heridas. Movi6 la mano y a Kuni le pareci6 que parte de su ansiedad se calmaba.

Kuni sinti6 una mezcla de orgullo y pena. Los dioses de Dara le habían considerado un gran héroe, pero nunca podría completar su sueño. Así era el mundo, ¿no es verdad? El destino se

entrometía con independencia de lo bien que hubieras planeado todo.

—¿He tomado las decisiones correctas? —preguntó Kuni Garu—. ¿He manifestado la gracia de los reyes? —su corazón latía con fuerza mientras esperaba la respuesta de los dioses.

—Has vivido una vida interesante —dijo Kiji, y su voz sonaba como un aleteo, de plumas y cuero—. Has ascendido tanto como una semilla de diente de león que cabalga el viento sobre las nubes; te has sumergido tan profundamente como una cruben que navega las corrientes muy por debajo de las olas.

—Traicionaste a regañadientes;

amaste apasionadamente; sacrificaste el cariño de tus hijos y esposas; también fuiste un buen padre y esposo; derrotaste a un tirano; trajiste la paz a Dara; miles murieron por tu culpa, millones más fueron salvados gracias a ti; intentaste equilibrar y acomodar intereses en conflicto; te esforzaste por hablar por quienes carecían de voz y ejercer el poder en nombre de quienes no tenían influencia —dijo Fithowéo, dios ciego de la guerra y maza del Padre de Todos—. Sabes que el mundo no es perfecto, pero nunca dejaste de creer que podía mejorarse.

—Pero Dara está cambiando —dijo Lutho-Tazu, el dúo bromista, sabio y

astuto, calculador e indeciso—. Para todos nosotros, mortales e inmortales, el cambio es la única constante. Una nueva era requiere nuevos héroes; nuevos pilotos deben guiar Dara a través del Muro de las Tormentas.

Kuni se arrodilló delante de los dioses.

—Me someto al juicio de la historia.

—No entres dócilmente en la tormenta eterna —dijeron todos los dioses al unísono.

Kuni abrió los ojos.

Había esperado esta oportunidad desde el momento en que se rasguñó la carne con el clavo oxidado. Había

planeado ponerse tan enfermo que los lyucu no tuvieran que encerrarlo en una jaula y poder mantener el elemento sorpresa. Había querido dejar de ser una ficha con la que los lyucu pudieran negociar, estar cerca de los seres queridos una vez más, comunicar un mensaje.

Haciendo acopio de fuerza repentinamente, Kuni empujó a los guardianes lyucu que lo sujetaban y se revolcó por cubierta hasta llegar al borde de la misma. Gateó tambaleándose para subirse a la borda y estuvo a punto de caer al mar.

Los guardianes lyucu gritaron, pero ninguno osó aproximarse por temor a

que Kuni se dejara caer y se matara delante de sus ojos.

Los guerreros de Dara aguantaron el aliento, en tierra, en el aire, en el mar.

Se produjo un silencio absoluto. Hasta las olas parecieron detener por un momento su incesante murmullo.

—Pueblo de Dara —gritó Kuni. Utilizó el último resto de fuerza para proyectar la voz y el tubo acústico al costado de la nave —que el pékyu empleaba para transmitir sus órdenes al resto de la flota mediante un sistema de conductos que lo conectaba con la bocina de hueso colocada en lo alto del palo mayor— amplificaba su voz, que el viento transportaba por todas partes.

»He pecado a lo largo de mi vida. Me he mantenido impasible cuando hombres y mujeres morían para pagar por crímenes inexistentes y he visto sufrir a muchos indefensos mientras reservaba mi fuerza para otro día. Traicioné a un hombre al que quería como a un hermano en beneficio de lo que, a mi juicio, era un bien mayor y me vengué mezquinamente de quienes me habían tratado mal en el pasado. Con demasiada frecuencia he tomado decisiones pensando a largo plazo, con la convicción de que los sacrificios temporales eran aceptables en pos de un ideal lejano.

Le acometió una oleada de vértigo y

tuvo que dejar de hablar. No estaba seguro de si volvía a estar en lo alto de la muralla de Zudi, frente al ejército de Xana comandado por Tanno Namen, o más tarde, cuando se alzó contra el poderío del hegemón, esforzándose por encontrar el camino que llevara a un mundo más allá de las matanzas y la oscuridad.

—Aunque toda vida es un experimento, hay momentos en que los propósitos son tan puros que no exigen justificación. Hoy, Dara se ve amenazada por una oscura tormenta que no tiene parangón. Ningún objetivo a largo plazo puede justificar la esclavitud y la capitulación. Cuando la única

alternativa es la muerte y la servidumbre, todos sabemos cuál es la elección correcta.

Los padres no podían librar todas las guerras por sus hijos. Ya era hora de que la nueva ola llegara a la orilla, de que la nueva generación se levantara y se hiciera oír.

—Nombro a la princesa Théra mi sucesora y a la emperatriz Jia regente hasta que esté ella preparada para tomar las riendas del poder. ¡Ordeno a toda Dara que resista al máximo hasta arrojar al mar a los invasores!

Kuni se sentía muy mareado. El sobreesfuerzo había agotado sus últimas energías. Miró hacia abajo y le pareció

ver la figura de Mata Zyndu sonriendo y saludándolo con la mano bajo el mar, como si aprobara su discurso.

—Gracias, hermano —murmuró.

Entonces se dejó caer; su cuerpo se zambulló en las olas y no volvió a emerger.

Desde un puesto de observación oculto en una de las cuevas de la costa, rodeada por un pequeño destacamento de guardias de palacio, Théra escuchó las palabras de su padre y fue testigo de su muerte al tiempo que los gritos de sorpresa de los marineros lyucu se propagaban desde el buque insignia del pékyu.

Se tapó la boca con las largas mangas de su túnica y las mordió con fuerza para no gritar de dolor y emoción. Ahora era la emperatriz reinante de Dara y las emperatrices no lloraban.

Ojalá la hubieran permitido ir a bordo de una de las aeronaves. Habría empuñado las nuevas armas inventadas por ella y Zomi Kidosu y habría matado personalmente a Pékyu Tenryo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

LA BATALLA DEL GOLFO DE ZATHIN, PARTE I

GOLFO DE ZATHIN: DÉCIMO MES
DEL DÉCIMO SEGUNDO AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

La calma que precede a la tormenta se rompió.

En la cubierta de los barcos-ciudad los guerreros lyucu golpearon mazas y

hachas unas contra otras creando oleadas de ruido ensordecedor. Los garinafins se encabritaron y se lanzaron contra las aeronaves mientras sus jinetes lanzaban alaridos de guerra.

—¡Arqueros, fuego a discreción! —
Dafiro dio la orden, que fue transmitida a las demás aeronaves mediante banderas de señales.

Las arqueras agazapadas en la puerta de las barquillas de las aeronaves dispararon sus flechas. La mayor parte no llegó a su objetivo. Algunas rebotaron inofensivamente en la dura piel de los garinafins.

Los jinetes de los garinafin se echaron a reír. Los lanzallamas podían

ser una amenaza real —aunque Tanvanaki les había enseñado algunos trucos para evitar que los alcanzaran— pero daba la impresión de que las únicas armas que llevaban estas naves eran endebles flechas. Las inmensas aeronaves con forma de platillo, que se flexionaban suavemente con el viento, eran en realidad blandas medusas que ni siquiera picaban.

Mientras observaba las caras arrogantes de los jinetes de los garinafins que se aproximaban, Dafiro Miro sonrió amargamente. Pékyu Tenryo había logrado repetidamente sus objetivos disimulando su verdadera fuerza y la mariscal estaba a punto de

hacer lo mismo.

En cada una de las aeronaves, ocultos tras las pantallas de seda, los soldados encargados de apuntar dirigían sus armas secretas a las bestias que se aproximaban, pero ninguna de las capitanas daba la orden de disparar. Conteniendo el aliento, esperaban la señal de la *Flecha Sedamótica*.

—Aguantad... —musitaba Gin Mazoti—. Aguantad...

Súbitamente, Tanvanaki dio un fuerte golpe a Korva en el cuello y la gran garinafin echó sus alas hacia adelante y se quedó inmóvil en el aire. Pékyu Tenryo le había sugerido que, dado su estado, sería mejor que dirigiera la

batalla desde la seguridad de una de las cubiertas de los barcos-ciudad, pero Tanvanaki se había mofado de esa idea. Su embarazo no estaba tan avanzado como para restarle libertad de movimientos y no confiaba en ningún otro a la hora de dirigir los garinafins hacia la victoria contra oponentes tan astutos.

Los demás garinafins también detuvieron su avance y se cernieron a algunos cuerpos de distancia de las aeronaves. Parecían estar tan pobremente armadas que presentía algún ardid.

Mejor comprobarlo primero.

Hizo un gesto con la mano y uno de

los garinafins se aproximó a la formación de aeronaves imperiales con prudencia.

—Aguantad... —musitaba Gin Mazoti—. Aguantad...

Dafiro Miro tenía los puños tan apretados que se clavaba las uñas en la piel de las palmas.

El garinafin estaba ya a un cuerpo de distancia de la *Flecha Sedamótica* y abrió sus mandíbulas. La tripulación oculta tras la pantalla de seda se tensó, lista para disparar.

Pero la mariscal no dio la orden.

La tripulación observó las amenazadoras fauces abiertas de la bestia, que llenaban todo el espacio

visible desde la puerta de la barquilla. El letal aliento flamígero surgiría en cualquier momento.

Pero Gin Mazoti seguía sin decir nada ni hacer gesto alguno.

Desde su puesto de observación secreto, Théra se apretó la boca con las manos para contener un grito cuando el garinafin casi besó la aeronave antes de virar en el último momento sin lanzar la lengua de llamas.

Una salva de flechas salió despedida cuando el garinafin se alejó.

Tanvanaki liberó el aliento retenido. Era evidente que el débil armamento de las aeronaves imperiales tenía como

blanco a los jinetes más que a las bestias de piel casi impenetrable. Sin embargo, habiendo observado la pericia de Dara con los proyectiles arrojados, los jinetes estaban preparados contra esta táctica. Ahora, todos ellos llevaban una protección confeccionada con gruesas capas de cuero. La mayor parte de las flechas pasaron muy lejos de su objetivo debido a las potentes turbulencias de aire generadas por las enormes alas de la bestia. Las pocas que dieron en los jinetes cayeron sin causar daño.

Los jinetes lyucu que observaban desde los otros garinafins cernidos a una distancia prudente dieron vítores y su

júbilo se unió al de los guerreros congregados sobre las cubiertas de los barcos-ciudad. Aunque la tan pregonada mariscal de Dara se las hubiera arreglado para conseguir otra fuente de gas elevador, todavía no había encontrado una táctica efectiva contra los garinafins. La victoria lyucu estaba asegurada.

—¿Qué está pensando la mariscal?
—farfulló Théra llena de ansiedad.

Sobre su cabeza, la nerviosa tripulación de la *Venganza de Moji* murmuraba:

—¿Por qué no disparamos?

—¿Qué está haciendo la mariscal?

Zomi Kidosu, la capitana,

conservaba la calma y les daba confianza:

—Las aeronaves imperiales contarán durante poco tiempo con el elemento sorpresa. La mariscal quiere tener a tiro tantos garinafins como sea posible antes de revelar nuestra nueva arma. Está dispuesta a sacrificar su nave si es preciso para mantener esa breve ventaja.

»Tenemos que esperar sus órdenes.

En realidad, Zomi Kidosu solo tenía parte de razón. Mientras contemplaba las mandíbulas abiertas del garinafin, Gin Mazoti se la estaba jugando.

Cuando Dafiro Miro regresó de Tan Adü y mostró a Zomi Kidosu y a los

demás eruditos el tubo de fuego de los adüanos, comprendieron finalmente el misterioso rasgo anatómico de los garinafins.

Su dentadura correspondía en general a la que podría esperarse en un herbívoro. Poseía seis incisivos largos y afilados como cuchillos para romper y triturar la hierba áspera y los duros matorrales y treinta y dos premolares y molares dentados, planos y claramente diseñados para machacar la fibrosa dieta.

Ni siquiera los feroces caninos superiores resultaban sorprendentes para los anatomistas. Muchos herbívoros, como el caballo del fango

de la isla de la Media Luna, que se alimenta de plantas acuáticas, poseen temibles caninos sobredimensionados para su defensa y los combates territoriales. Era concebible que los caninos de los garinafins sirvieran para propósitos similares, dado que no siempre podían emitir aliento flamígero, especialmente cuando no tenían una reserva suficiente de gas fermentado en sus bolsas internas.

Pero eran los caninos inferiores lo que realmente desconcertaba a Zomi, Çami, Mécodé y otros eruditos. Si los caninos superiores les recordaban a dagas gigantes, los inferiores se parecían más a una vaina. Tenían la

forma de tubos huecos y cada uno de ellos se ajustaba perfectamente a su compañero superior; en su base poseían una hendidura, cerca del nacimiento de la encía, que permitía drenar el líquido acumulado dentro del diente. Parecía un diseño destinado a atrapar partículas de comida y provocaba el deterioro de los dientes.

En realidad, el problema resultaba evidente para cualquiera que observara que cada uno de los caninos superiores tenía pequeños orificios cerca de la punta. Si la bestia dormía con los caninos superiores envainados en los inferiores y restos de comida y saliva quedaban atrapados al fondo, lo normal

era que el deterioro comenzara en la punta de los caninos, lo que explicaba los orificios alveolados observados por los eruditos.

Pero gracias al modelo de tubo de fuego de Tan Adü, los eruditos finalmente comprendieron que los peculiares caninos de los garinafins eran, en realidad, encendedores.

Los restos de hierba seca que quedaban atrapados en los orificios de los caninos superiores actuaban como yesca. Cuando un garinafin pretendía arrojar fuego, empujaba la lengua hacia adelante para taponar la hendidura de drenaje de los caninos inferiores, sellándolos de forma hermética. Cuando

cerraban de golpe las mandíbulas, la fuerza y velocidad con que los caninos superiores penetraban en los inferiores comprimía el aire atrapado en el interior del diente hueco, del mismo modo que las cañas de fuego de los adüanos comprimían el aire atrapado en sus tubos de bambú.

El resultado era un calor extremo que prendía fuego a la yesca de la punta de los caninos. Cuando los garinafins abrían la boca y lanzaban una mezcla del aire exhalado por los pulmones y el gas inflamable fermentado procedente de sus bolsas internas, la ráfaga se prendía fuego; ese era el secreto del aliento flamígero de los garinafins. Eso

explicaba por qué, como habían observado Zomi Kidosu y los demás, los garinafins siempre cerraban de golpe las mandíbulas justo antes de exhalar fuego.

Cuando el garinafin que se había acercado a hacer la prueba se lanzó contra la *Flecha Sedamótica*, Gin Mazoti se dio cuenta de que sus fosas nasales no estaban dilatadas, lo que indicaba que no estaba tomando aire para arrojar fuego. Más aún: cuando abrió las mandíbulas no lo hizo con tanta amplitud como si estuviera planeando cerrarlas de golpe, con la máxima fuerza, para generar una gran chispa.

Es decir, todos los signos indicaban que no era más que un farol. Una prueba.

La mariscal se la estaba jugando, pero era un riesgo calculado, un riesgo que Luan Zya y Kuni Garu habrían aprobado. Al fin y al cabo, como escribió en su libro de estrategia, el conocimiento del enemigo suponía más de la mitad de la batalla.

Después de confirmar que las aeronaves imperiales eran tan ineptas como parecían, los garinafins se prepararon para la matanza, seguros de poder acabar fácilmente con esos gigantes de impresionante aspecto pero inútiles. Los guerreros lyucu emplearon el látigo con los campesinos de Dara que manejaban los remos de los barcos-ciudad para

alcanzar la costa lo antes posible y atacar Ginpen.

La armada de Dara que había zarpado del puerto de Ginpen acudió a interceptarlos. El plan de la mariscal era mantener ocupados a los garinafins con las aeronaves y evitar que la flota lyucu desembarcara, dando a los ágiles navíos de Dara la oportunidad de causar todo el daño posible a los inmensos barcos-ciudad. El éxito del plan, claro está, dependía completamente de la batalla que tendría lugar en el aire.

Veinte mandíbulas se abrieron de par en par mientras los garinafins se aproximaban a las aeronaves, con las alas batiendo lentamente para preservar

la fuerza.

—Aguantad...

La mirada de Gin Mazoti era fría y resuelta. Colocó las manos sobre la empuñadura de Na-aroénna, tan pesada que tenía que ir sujeta en un arnés especial en la barquilla. Echaba de menos su antigua espada, con la que Kuni Garu mató en una ocasión una enorme pitón blanca.

¿Lograré emular hoy la gesta del emperador y abatir a las gigantescas bestias?

Podía sentir la energía de la maquinaria escondida a su espalda, una fuerza que le producía escalofríos en la espalda y le erizaba el vello.

Con un gruñido, extrajo La que Acaba con las Dudas de su vaina y la elevó por encima de su cabeza.

—¡Formación en caja, ya!

Dafiro Miro dio un salto hasta un gong cercano y lo golpeó con fuerza tres veces para transmitir la orden al resto de la tripulación situada en toda la barquilla y en el casco, y los oficiales de señales se la pasaron a las otras naves mediante banderas.

Los hombres y mujeres a bordo de todas las aeronaves echaron a correr por el complicado esqueleto interno del enorme casco, agachándose bajo las hinchadas bolsas de gas para ajustar el cordaje, girar palancas, voltear ruedas y

realizar la complicada coreografía necesaria para operar la maquinaria oculta que explicaba el peculiar diseño de las aeronaves.

Coordinados mediante una nueva tanda de salomas, los soldados se esforzaban por empujar los radios de los enormes cabestrantes que enrollaban las gruesas maromas de seda. Poco a poco, los gigantescos lastres esféricos de cerámica que colgaban de la popa de las aeronaves empezaron a desplazarse, cambiando el centro de gravedad de cada una de ellas, haciéndolas cabecear y bambolearse en pleno vuelo.

Espíritu de Kiji, Corazón de Tututika, Valor de Fithowéo y Vigor de

las Gemelas —las cuatro aeronaves que volaban en rombo en el centro de la formación— desplazaron sus lastres de popa basculando hacia arriba las proas de las naves hasta colocarlas en vertical. Los remeros se afanaron frenéticamente, para conseguir situarlas unas contra otras hasta formar una caja y presentar las barquillas, ahora verticales, hacia el exterior, como castillos en miniatura contruidos a media ladera de unos escarpados acantilados flotantes de seda ondulante.

La *Venganza de Moji*, que volaba por debajo de las demás, se elevó hasta que su techo tocó los bordes inferiores de los muros flotantes formando la base

de la caja.

Flecha Sedamótica, encima de las demás, acometió una transformación aún más increíble. La bola de lastre fue desplazada hasta dar una vuelta completa a la nave, de modo que quedó colgando de lo que solía ser la superficie superior de la nave, con la barquilla en lo alto. Mientras la nave se volteaba, la mariscal Mazoti y los demás miembros de la tripulación de la barquilla fueron acompañando la inclinación del suelo y las paredes hasta quedar de pie sobre lo que antes era el techo. Luego, la *Flecha Sedamótica* descendió hasta que su casco ondulante se unió a las otras naves formando la

parte superior de la caja.

Los remeros de todas las aeronaves retiraron los remos emplumados, que eran plegables y abatibles para facilitar su almacenaje. Otros tripulantes situados en el borde de los cascos lanzaron jarcias para unir las naves por hendiduras dispuestas a tal efecto.

Ahora, las seis aeronaves formaban una fortaleza flotante con seis barquillas apuntando a todas las direcciones. Esta estructura remediaba uno de los mayores defectos de las aeronaves: su vulnerabilidad ante ataques desde arriba y desde abajo, que habían aprovechado los muy maniobrables garinafins durante la invasión de Kuni Garu de Rui.

Entonces, los suelos de las barquillas salieron disparados.

Los guerreros lyucu de los barcos-ciudad esperaban que las tripulaciones cayeran al vacío. Pero quedaron decepcionados porque las barquillas de estas aeronaves solo tenían un papel decorativo. Su única función había sido la de ocultar.

En lugar de las modestas barquillas y sus arqueras, aparecieron enormes ballestas, tan anchas como las antiguas barquillas, apuntando a los garinafins. Las ballestas estaban fabricadas con un conglomerado de capas de madera, cuerno y nervios y las cuerdas eran gruesos hilos de seda retorcida. Los

arcos eran tan fuertes que solo podían tensarse mediante un sistema de ruedas, engranajes y poleas, y ese era el mecanismo que las tripulaciones habían estado accionando cuando giraban las ruedas mientras cantaban.

Las saetas disparadas por las ballestas tenían cincuenta pies de largo y estaban hechas con las enormes cañas de bambú que crecían en los brumosos bosques del monte Fithowéo. Sus puntas, de un pie de longitud, habían sido fabricadas con acero forjado por mil golpes y refulgían a la luz del sol como las escamas de una cruben. Estos eran los verdaderos dientes y garras de las aeronaves, no las débiles flechas

disparadas anteriormente como
distracción.

Las ballestas estaban montadas sobre un mecanismo que les permitía apuntar en cualquier dirección.

Las barquillas habían estado ocultando una gran plataforma circular suspendida de un travesaño arqueado sujeto a los extremos de una barra horizontal que recorría el centro de la plataforma para que esta pudiera inclinarse hacia arriba y hacia abajo. Un inteligente sistema de cuerdas y poleas aseguraba que la plataforma siempre se mantuviera paralela al suelo, sin importar si la aeronave giraba o cabeceaba.

Sobre cada plataforma circular descansaba una enorme rueda horizontal provista de radios que podía rotar alrededor del eje central sobre la que iba montada la ballesta. Parte de la tripulación se situaba en la rueda para colocar las flechas y tensar la cuerda; otra parte estaba en el borde, lista para hacer girar la rueda de forma que la ballesta podía apuntar en cualquier dirección del plano; y el resto permanecía dentro del casco, listo para accionar las poleas, inclinar la plataforma y corregir la elevación de la ballesta.

Los jinetes de los garinafins, al ver que la fortaleza flotante desvelaba su

secreto, sintieron que se les helaba el corazón.

Sin embargo, Tanvanaki apenas titubeó un instante antes de decidir seguir adelante con el ataque. Sin lugar a dudas, las flechas parecían potentes pero, aunque penetraran la piel y los músculos de los garinafins, no llegarían a ser letales a menos que consiguieran alcanzarles en el corazón, una proeza difícil dada la velocidad del vuelo y la dureza de la caja torácica de los animales. Como las aeronaves solo tenían tiempo de disparar una salva antes de que los garinafins les tuvieran a tiro de su aliento flamígero y estos superaban en más de tres a uno a las

aviones, la suerte estaba decididamente en contra de los imperiales.

No obstante, dio un ligero golpecito en el cuello de Korva, indicándole que redujera la velocidad. Colocó el tubo de hueso sobre la columna vertebral de la bestia y dio una serie de órdenes, que Korva transmitió a los demás garinafins mediante gemidos y bramidos.

A medida que se aproximaban, los garinafins se dividieron en escuadrones separados y viraron, dirigiéndose a izquierda, derecha, arriba y debajo de la fortaleza flotante. Tanvanaki tenía la esperanza de que esta danza aérea de los ágiles garinafins confundiera y distrajera

a los tripulantes encargados de apuntar las gigantescas flechas.

Pero Mazoti estaba preparada para ello. Dio la orden.

—¡Fuego modelo uno! —Dafiro Miro golpeó el gong dos veces seguidas para transmitir la orden a las otras naves.

Las plataformas se inclinaron, las ruedas giraron y cada aeronave apuntó a un garinafin situado a la izquierda del localizador de los objetivos. Esto reducía las posibilidades de malgastar flechas en un solo garinafin y minimizaba el peligro de fuego amigo.

Con una fuerte vibración, cinco enormes flechas de bambú salieron

disparadas de las aeronaves en dirección a cinco garinafins. Solo *Vigor de las Gemelas*, que miraba hacia el sur, no tenía un blanco porque los garinafins no rodeaban por completo la fortaleza flotante.

Aunque los jinetes esperaban que las flechas causaran ciertos daños, la facilidad con la que se clavaron en la dura piel de los garinafins y desgarraron sus músculos fue impactante. Ese era el resultado de otro pequeño perfeccionamiento en la construcción de las puntas de flecha: eran de diamante. La emperatriz Jia había vaciado el Tesoro Imperial en Pan para suministrar a los talleres de la mariscal suficientes

diamantes para construir dichas flechas, cada una tan cara como el castillo de un barón.

El tiempo pareció ralentizarse.

Cuando las flechas desgarraron el cuerpo de los garinafins, estos perdieron energía rápidamente y desaceleraron. Aullaban y temblaban de dolor, sus movimientos eran erráticos y los jinetes que cabalgaban en su lomo se aferraron a ellos con todas sus fuerzas.

Pero, tal y como había supuesto Tanvanaki, aunque las flechas les produjeron heridas, ninguna consiguió alcanzarles el corazón, por lo que no serían fatales. Los garinafins heridos solo tenían que girar el cuello serpentino

y arrancarse la flecha con los dientes.

Cuando las flechas perdieron la mayor parte de su impulso dejaron de penetrar en las enormes bestias. Los astiles de bambú se doblaron y algo pareció romperse en su interior.

En ese momento, los garinafins heridos sintieron una poderosa sacudida dentro del cuerpo, como si se les hubiera introducido una mano gigante que les agarrara las entrañas y les diera un potente tirón. Les producía una extraña sensación, no era exactamente frío ni dolor sino una especie de entumecimiento que se iba extendiendo.

Explosiones amortiguadas.

Cada uno de los garinafins heridos

pareció abombarse ligeramente. Miraron con impotencia a sus compañeros, batiendo las alas cada vez con más lentitud.

—¿Qué ocurre? —gritó Tanvanaki. Pero los jinetes de los garinafins heridos parecían desconcertados. Las monturas ya no obedecían sus órdenes, limitándose a agitar las alas trabajosa y convulsamente, con los ojos oscuros y sin pupilas llenos de pánico.

Y entonces, de golpe, los cinco garinafins explotaron, convirtiéndose en cinco nubes ardientes y sangrientas: carne, hueso, piel, vísceras y humores llovieron sobre los estupefactos guerreros lyucu que contemplaban esa

exhibición fantástica.

Théra fue la primera de los observadores en saltar de alegría cuando el cielo se volvió rojo con el fuego de los garinafins muertos y una tenue niebla de sangre se depositó a su alrededor.

—¡Agachaos, alteza! —advirtió uno de los guardias de palacio—. No queremos que se fijen en vos, especialmente ahora, dada vuestra...

Antes de poder terminar o de que Théra pudiera responder, los ensordecedores vítores de los defensores de la playa les cubrieron como una ola.

Las grandes flechas de bambú eran creación de Miza Crun, el mago callejero y sanador itinerante de Boama.

Su interior contenía una jarra de Ogé, justo detrás de la punta perfeccionada con diamante. Fabricadas con el vidrio más fino, recubierto por dentro y por fuera de plata, las jarras presentaban las mayores superficies canalizadoras posibles donde conservar energía sedamótica.

Para cargar las jarras de Ogé con tanta fuerza sedamótica como fuera posible, Miza Crun había diseñado un generador sedamótico descomunal cuyo centro era un disco de vidrio de unos diez pies de diámetro, probablemente la

mayor pieza de dicho material jamás fabricada en la historia de Dara, y los mejores fabricantes de vidrio de las islas tuvieron que hacer múltiples intentos y descartar muchos prototipos agrietados y rotos antes de conseguirlo. El disco estaba fijado sobre un eje de madera de argán y giraba mediante un sistema de correas y engranajes propulsado por molinos de viento. Para generar la fuerza sedamótica se las envolvía en fundas hechas de espesas capas de seda muy apretadas y la fuerza se canalizaba posteriormente hasta las jarras de Ogé mediante gruesas cadenas de plata.

Cuando las flechas penetraban el

duro cuerpo de los garinafins, los astiles de bambú se flexionaban y doblaban hasta romper las jarras de Ogé, provocando la descarga de la fuerza sedamótica.

Las pruebas realizadas por Miza Crun demostraron que la sacudida producida por la descarga de una de estas grandes jarras de Ogé era suficiente para parar el corazón de un animal pequeño. Sin embargo, a menos que la flecha consiguiera introducirse en el corazón del garinafin, la muerte causada por una flecha sedamótica era, en el mejor de los casos, poco probable. No estaba a la altura de lo que la mariscal esperaba conseguir.

Pero Zomi Kidosu, con ayuda de Miza Crun, tuvo una idea para mejorar las flechas sedamóticas.

Justo detrás de la jarra de Ogé de cada punta de flecha, la caña hueca de bambú estaba llena de pólvora de fuegos artificiales. Uno de los efectos más impresionantes de la descarga sedamótica era la chispa similar a un rayo que generaba. Ambos ingenieros se dieron cuenta de que esta chispa podía usarse para provocar una explosión.

El uso de bombas con pólvora de fuegos artificiales no era desconocido en los anales bélicos de Dara. Torulu Pering, por ejemplo, inventó linternas flotantes llenas de explosivos y

cubiertas de brea que podían pegarse al casco de las aeronaves, donde explotaban gracias a una mecha lenta. Otros eruditos habían propuesto adaptar esa idea a la lucha contra los garinafins, pero debido a múltiples dificultades el plan fue abandonado. Una bomba que se pegara mediante brea era inútil ya que las explosiones en la piel de las bestias solo provocarían daños superficiales. Por otro lado, una mecha lenta sujeta a una flecha que penetrara profundamente daría al garinafin el tiempo suficiente para extraer el astil.

Sin embargo, la chispa sedamótica era el detonante perfecto. La descarga no solo atontaría al garinafin,

paralizándolo temporalmente, sino que tendría lugar en el preciso momento en que la bomba estaba profundamente incrustada en su interior.

A pesar de ello, era difícil imaginar que la caña de bambú pudiera contener suficiente pólvora para provocar daños letales. Pero Atharo Ye, a estas alturas una de las autoridades más destacadas en anatomía de los garinafins, inventó otra manera de perfeccionar el poder destructivo de las flechas sedamóticas.

Según señaló, los garinafins eran simplemente gruesas capas de carne que envolvían receptáculos inflamables de gas fermentado. Si se pudiera canalizar la explosión causada por la descarga de

la jarra de Ogé a las bolsas de gas...

Por eso las flechas sedamóticas también llevaban puntas huecas y estaban llenas de clavos finos que, tras la explosión de la pólvora, horadaban cientos de canales hasta llegar a las vísceras del garinafin herido, incrementando la probabilidad de rasgar alguna de las bolsas de gas y comenzar una reacción en cadena de explosiones dentro del cuerpo.

La mariscal había expresado su admiración por la inventiva del equipo de ingenieros de Théra.

—La mayor parte del mérito es de Zomi —dijo la princesa.

—¿Cómo se te ocurrieron unas armas tan ingeniosas en tan poco tiempo? —preguntó la mariscal.

—Por necesidad —dijo Zomi. Luego añadió, a modo de explicación—: La ingeniería se parece mucho a la evolución de los ideogramas anu. Reunimos componentes ya existentes para conseguir nuevos propósitos, reciclamos viejas ideas para expresar algo nuevo.

—Eso me recuerda las ideas de un viejo amigo —dijo Gin.

Zomi asintió mientras ambas pensaban en Luan Zyaji, quien enseñó a Zomi a apreciar la belleza de la ingeniería y de los clásicos anu en esos

términos.

—Estoy segura de que estaría muy orgulloso de ti —dijo Gin.

—Y admiraría lo que habéis hecho —dijo Zomi—. Nosotros hemos juntado un montón de cachivaches para crear nuevas armas, pero vuestro mérito ha sido convertir a un montón de individuos que nadie pensaba que pudieran tener algo en común —un mago callejero, una princesa, un rebelde fracasado, un reputado erudito, un funcionario deshonorado, por nombrar solo unos pocos— en un verdadero equipo.

Tanvanaki observó sin poder creerlo como cinco garinafins eran destruidos en

un instante. Inmediatamente colocó su tubo sobre el cuello de Korva y dio orden de retirada.

Pero por debajo de ella, procedente de la cubierta del *Orgullo de Ukyu*, resonó un prolongado y penetrante toque de trompeta de hueso: ordenaba a los jinetes de los garinafins que persistieran en su ataque a cualquier precio.

Tanvanaki miró hacia abajo y, a pesar de la multitud que daba vueltas sobre el barco, rápidamente encontró la mirada de su padre: fría, resuelta y despiadada.

Dondequiera que apunte, debéis atacar.

Tanvanaki suspiró, presionó el tubo contra el cuello de Korva y ordenó un

nuevo ataque. Pero, una vez más, pidió a Korva que se mantuviera retrasada.

Hasta la tripulación jubilosa de las aeronaves tuvo que admirar el coraje de los pilotos de los garinafins. A pesar de la muerte de tantos compañeros, no titubearon en reagrupar a sus monturas y lanzar un nuevo ataque. La tripulación de las aeronaves esperaba que los lyucu se desmoralizaran temporalmente al menos por el poder abrumador de las flechas sedamóticas.

La única que no halló sorprendente la reacción fue la mariscal Mazoti. Lanzar un ataque sucesivo era de hecho una táctica muy válida. La maquinaria para

disparar las flechas sedamóticas era tan pesada que llevaba cierto tiempo recargar las ballestas. El momento de calma que seguía a una salva de flechas era perfecto para atacar, ya que las aeronaves estaban indefensas.

Pero la mariscal todavía guardaba una carta en la manga.

—¡Amordazadores, en posición! —ordenó.

Dafiro Miro golpeó el gong para transmitir la orden a las demás naves.

Los miembros de la tripulación se lanzaron hacia los escarpados acantilados de la fortaleza flotante, trepando a las aspilleras situadas en lugares estratégicos del casco y se

dispusieron a esperar, listos para el ataque.

Los garinafins estaban a tiro.

Las ballestas seguían vacías.

Las mandíbulas de los garinafins se abrieron al máximo, dispuestas a cerrarse de golpe para provocar las chispas que prenderían el aliento flamígero.

Y una lluvia de flechas —disparadas desde arcos normales— salió hacia ellos a través de las aspilleras, apuntando a sus bocas abiertas.

Los garinafins las ignoraron. Por experiencia, sabían que no tenían efecto sobre ellos. Incluso el interior de las bocas era prácticamente inmune a la

mayor parte de las armas usadas en Dara, acostumbrados a consumir la vegetación áspera y espinosa de las planicies. Batieron sus alas con más velocidad cubriendo rápidamente la distancia que los separaba de las aeronaves.

Muchas de las flechas chocaron contra la gruesa piel de los garinafins y cayeron sin hacer daño; otras se estrellaron contra el interior de sus enormes fauces. Como era de esperar, las bestias no sintieron nada.

Pero se dieron cuenta de que algo iba mal.

Tan pronto como chocaron contra el interior de la cavidad oral de los

garinafins, las flechas empezaron a desplegarse y expandirse. Como un insecto palo que se desdobra para adoptar la apariencia de una rama con múltiples ramitas, la flechas se dividieron en segmentos y soportes que se apuntalaban unos a otros, incrustados tras los dientes de los garinafins.

Estos abrojos desplegables de bambú habían sido diseñados siguiendo los mismos principios en los que se basaba el globo plegable de Luan Zyaji y la estructura desplegable de las aeronaves fantasma lanzadas desde las crubens mecánicas durante la invasión imperial de Rui. Una vez completamente extendidos, impedían que los garinafins

cerraran las mandíbulas y a los que intentaron hacerlo les dolía tanto que sus aullidos lastimeros llenaron el aire.

Los soldados y marineros de Dara que observaban el combate aéreo volvieron a lanzar gritos de alegría ante la retirada de los garinafins, incapaces de lanzar sus llamaradas. Los abrojos de bambú eran dispositivos sencillos, pero gracias al conocimiento detallado de los garinafins, sirvieron para desarmar a las bestias.

Algunos de los jinetes treparon por los largos cuellos de sus monturas intentando osadamente retirar los abrojos ellos mismos, pero los

enrevesados dispositivos estaban diseñados para impedirlo y cuando quisieron romperlos con mazas de guerra, los doloridos garinafins sacudieron encolerizados la cabeza y arrojaron a los jinetes a una muerte segura en medio de chillidos.

Tanvanaki decidió que no podía permitirse esperar. Aun en el caso de que los jinetes consiguieran retirar los abrojos, lo que parecía improbable y exigiría tiempo, las aeronaves aprovecharían el retraso para rearmarse. Podía ver que las tripulaciones de las aeronaves estaban volviendo a tensar las gigantescas ballestas, dejándolas listas para descargarlas.

Apretó el tubo contra el cuello de Korva y pronunció la orden que pensó que nunca tendría que dar:

Garras.

Korva repitió la orden a los demás garinafins con gemidos lastimeros.

En los combates tradicionales de los garinafins, esta orden solo se daba a la desesperada. Los jinetes únicamente recurrían a la última arma de sus monturas —dientes y garras— cuando estas habían agotado casi todas las reservas de gas fermentado y no podían seguir volando o arrojando fuego —y ahora los garinafins ni siquiera podían utilizar los dientes.

Pero la orden de la princesa Vadyu

no era completamente insensata. Al fin y al cabo, las aeronaves eran construcciones frágiles de seda y bambú, y carecían de la piel y la carne dura que protegían a los garinafins. Dificilmente podrían resistir un ataque directo de las poderosas bestias.

La mayor parte de ellas todavía estaban demasiado aturdidas por el dolor para responder, pero en esos momentos un inmenso garinafin marrón se acercaba al *espíritu de Kiji*, una de las aeronaves que formaban las paredes de la formación en caja, con las garras por delante y plegando las alas en un picado letal.

La tripulación de la aeronave se

apresuró en montar la ballesta. La jinete del garinafin lanzó un agudo silbido y los demás descargaron una salva de piedras redondeadas con sus hondas. Varias ballesteras cayeron con el cráneo abierto por los proyectiles. Otra dio un chillido al sentir el brazo izquierdo colgar inservible, roto.

Algunas mujeres surgieron del casco para reemplazar a las compañeras heridas o muertas y más flechas salieron de las aspilleras, pero la mayoría rebotaron en la gruesa protección de piel de los jinetes sin causar daños.

—¡Ahora! —gritó la jinete por el tubo apoyado en el cuello de su montura.

Ella y el resto de su tripulación se

agarraron con fuerza a los arneses y sillas de montar cuando el garinafin se encabritó, generando con sus poderosas alas una tormenta salvaje y turbulenta, y estiró su garra izquierda atravesando el casco ondulante del *Espíritu de Kiji*.

Al instante apareció un inmenso tajo en el casco de seda y bambú. Los travesaños de bambú se quebraron como palillos de dientes dejando expuestas las bolsas de gas como si fueran las vejigas natatorias de un gran pez.

—Compensad la pérdida de flotabilidad de la *Kiji* —gritó Mazoti desde la *Flecha Sedamótica*. Todas las aeronaves estaban conectadas y la *Kiji* amenazaba con arrastrar en su caída a

toda la formación.

—¡Rescatad a las supervivientes si podéis, pero cargad de una vez esas ballestas!

El garinafin marrón continuaba rompiendo y desgarrando el casco del *Espíritu de Kiji*. Las bolsas de gas estallaban como las pompas de jabón que soplan los niños en verano. La tripulación salía despedida por el desgarrón, cada vez mayor, como perlas derramándose de una bolsa rota; caían entre gritos hasta encontrar la muerte contra las olas embravecidas.

Mientras las tripulaciones de las demás aeronaves corrían para ayudar a sus camaradas del *Espíritu de Kiji* a

escapar de su nave moribunda y ajustaban las bolsas de gas de sus propias naves para mantener la estabilidad del conjunto de la formación, todos contenían la respiración. Si se producía una chispa, todas las aeronaves imperiales estarían condenadas.

El garinafin destruyó la última de las bolsas de gas de este lado de la nave y, con una serie de gemidos triunfantes, batió sus alas y se alejó. Lo que quedaba del ondulante casco del *Espíritu de Kiji* era demasiado pesado para que las otras naves pudieran soportarlo. Poco a poco, la formación en caja comenzó a descender hacia el mar.

—¡Tenemos que soltarla! —gritó Dafiro Miro.

Gin Mazoti asintió, con el rostro adusto. No habían podido rescatar a toda la tripulación del *Espíritu de Kiji*, pero la pérdida de altitud era fatal para el resto de la flota. Dafiro dio la orden golpeando una señal codificada en el gong.

Los tripulantes situados en el borde del casco de las demás aeronaves treparon hasta los extremos y cortaron los cables que mantenían al *Espíritu de Kiji* sujeta a sus naves hermanas.

Lenta pero inexorablemente, el *Espíritu de Kiji* se separó de la formación en caja y comenzó a caer

hacia el océano, llevando consigo a una docena de tripulantes que se habían negado a abandonar su posición en la descomunal ballesta, incluida la capitana. Las desesperadas tripulaciones de las otras naves lanzaban cuerdas de seda al casco que se hundía con la esperanza de rescatar al máximo número posible de compañeras. Pero las tripulantes que servían manejaban la ballesta sacudiendo la cabeza, negándose a agarrarse a las cuerdas.

—¡Listas para disparar! —Mota Kiphi, el oficial a cargo de identificar los objetivos, informó a la capitán Mué Atamu del *Espíritu de Kiji*. Era uno de los pocos hombres destinados a la

avión y su extraordinaria fuerza compensaba su peso relativamente grande.

La plataforma sufrió una fuerte sacudida mientras la nave se balanceaba de un lado a otro, intentando encontrar el equilibrio. Las tripulantes que servían la ballesta dieron traspiés y algunas cayeron.

La capitana Atamu, una vieja veterana de la Guerra del Crisantemo y el Diente de León, se agarró a un radio de la rueda de la ballesta y asintió.

—¡Hagamos que esto valga la pena!

Como las pocas ballesteras que quedaban no completaban toda la dotación, el lento y laborioso proceso

de girar la rueda solo fue posible gracias a la extraordinaria fuerza de Mata Kiphi. Este dirigió y animó a sus compañeras hasta que la descomunal ballesta apuntó a un garinafin color canela con rayas verdes que planeaba a cierta distancia.

—¡Alto! —gritó Mota. Tragó saliva con nerviosismo y preguntó:

—Capitana, ¿crees que nos recordarán en el futuro como recuerdan al hegemón?

La capitana Atamu lo miró. Mota era muy joven y estaba irremediabilmente fascinado por la idea de la historia. Miró a las demás ballesteras, que le devolvieron una mirada expectante. El

anhelo que mostraban sus ojos le destruyó el corazón.

Mantuvo la voz serena y les dijo:

—Probablemente no. La mayoría de los soldados que caen en la batalla son olvidados rápidamente. Pero no combatimos para dejar tras nosotros un nombre; combatimos porque es lo que hay que hacer.

—Oh —dijo Mota decepcionado, dejando de hacer fuerza sobre la rueda—. Tenía la esperanza de que nos dedicaran una canción.

—No todos los héroes necesitan que les compongan canciones —dijo la capitana Atamu—. Basta con que nosotros sepamos lo que hemos hecho.

Entonces dio la orden de disparar.

La flecha salió rauda de la ballesta y trazó un suave arco en el aire antes de llegar al cuerpo del garinafin canela con rayas verdes. Se oyó un fuerte gemido. Luego el cielo quedó iluminado por otra explosión.

Las ballesteras gritaron de júbilo y se abrazaron unas a otras.

Mientras el casco moribundo del *Espíritu de Kiji* continuaba cayendo, los demás garinafins, algo repuestos del dolor causado por los abrojos clavados en sus bocas, se acercaron y descargaron su cólera golpeando con sus afiladas garras a los miembros de la tripulación, partiendo limpiamente por

la mitad a algunos de ellos y convirtiendo a otros en un amasijo de carne antes de soltarlos sobre el océano. Ninguno suplicó piedad y todos murieron con sus espadas cortas en las manos, aunque de nada servían contra los garinafins.

Los restos vacíos del *Espíritu de Kiji* chocaron contra el mar y los pequeños navíos de la armada de Dara apenas pudieron apartarse de su camino.

Corazón de Tututika, *Valor de Fithowéo* y *Vigor de las Gemelas* alteraron su posición para cubrir el hueco dejado por *Espíritu de Kiji*. Todas habían vuelto a cargar sus ballestas y dispararon de nuevo; otros

dos garinafins fueron alcanzados por las flechas y se desintegraron en el aire.

Pero estaba claro que la formación era ahora menos formidable que antes y contaba con más ángulos ciegos imposibles de cubrir con las flechas sedamóticas.

Tanvanaki no vaciló en aprovechar la recién descubierta debilidad de las aeronaves imperiales. Ordenó a los garinafins restantes, que se habían dedicado a masacrar a la tripulación del *Espíritu de Kiji*, que regresaran al grupo de aeronaves y atacaran con sus garras antes de que pudieran volver a cargar las ballestas.

Había llegado el momento de mostrar

la última sorpresa de la mariscal.

—¡Formación en ciruelo! ¡Despejad las líneas de visión! —gritó Mazoti—. ¡Aturdidores, listos para actuar!

Las tripulaciones, momentáneamente conmocionadas por la pérdida del *Espíritu de Kiji*, se recuperaron y ejecutaron las órdenes. Desplazaron los enormes lastres esféricos y las aeronaves alteraron sus posiciones. *Flecha Sedamótica* y *Venganza de Moji* estaban ahora sobre la popa y se movían en el mismo plano que *Corazón de Tututika*, *Valor de Fithowéo* y *Vigor de las Gemelas*. Las cinco naves rotaron hasta quedar en posición vertical, espalda con espalda, como cinco

espadachines dispuestos a enfrentarse con enemigos procedentes de cualquier dirección, con los lastres esféricos colgando por debajo.

Cuando los garinafins se aproximaron, la fina piel de seda de las aeronaves se separó, se rasgó y cayó del esqueleto de bambú hasta quedar colgando de las naves como si colas de cometa se tratara. Privadas del soporte estructural de la piel de seda, las estructuras se bambolearon y flexionaron aún más, como si fueran a deshacerse en cualquier momento.

¿A qué están jugando?, se preguntó Tanvanaki. Una vez más, contuvo a Korva y observó la aproximación de los

demás garinafins a los ondulantes esqueletos de las aeronaves, que ahora parecían jaulas que encerrarán racimos de huevos. Las vulnerables bolsas de gas estaban envueltas en trozos de piel de los cadáveres diseccionados de los garinafins, aparentemente con el fin de protegerlas contra el aliento flamígero de las bestias aladas.

Por increíble que pareciera, los soldados de las aeronaves habían dejado de manipular las gigantescas ballestas y se habían retirado al interior del casco con aspecto de jaula, donde formaron equipos para ensamblar segmentos de bambú hasta construir largas lanzas de cincuenta pies con punta

de bronce. Luego, divididos en dos columnas, levantaron las lanzas en el aire y se apuntalaron en los dos principales componentes de las estructuras del casco. Dos lanzas apuntaban hacia delante y dos hacia atrás.

Se preparaban para detener la arremetida de los garinafins como soldados de infantería que sujetan sus picas frente a una carga de la caballería, excepto que en esta ocasión las monturas de los jinetes tenían un tamaño muy superior al de un elefante. Era una medida brutal y desesperada que no tenía visos de prosperar.

Los garinafins batieron las alas y se

lanzaron en picado, con las garras extendidas.

La batalla iba a convertirse en una refriega primitiva en las alturas, como los antiguos duelos de los héroes que glosan las sagas.

Mazoti echó un vistazo a los finos alambres plateados sujetos a las puntas de bronce de las lanzas y pareció escuchar en las profundidades de su corazón el zumbido de la energía bajo sus pies.

El primero de los garinafins se alzó amenazadoramente contra el frontal de la nave, con las garras dispuestas a destrozar la frágil estructura de la *Flecha Sedamótica*.

—¡Adelante, equipo de Kana, atacad!
—ordenó Mazoti.

Con un gruñido, el equipo de lanceros del lado izquierdo de la nave se lanzó hacia delante empujando la lanza a través del entramado abierto del casco en dirección al pecho del garinafin que se cernía.

El garinafin estaba preparado para responder. Con facilidad y presteza, agarró la punta de la lanza y la echó a un lado. Aunque sus mandíbulas seguían bloqueadas con los abrojos de bambú, sus ojos parecieron adoptar una sonrisa cruel. La enorme lanza que blandían los enclenques humanos no era rival para sus reflejos y su fuerza.

—¡Adelante, equipo de Rapa, ahora!
—gritó Mazoti.

Y la columna del lado derecho de la nave se lanzó hacia delante empujando la lanza a través del entramado abierto del casco hacia el garinafin.

Con desprecio, el garinafin estiró la otra garra. Bloquearía este ataque tan fácilmente como el primero. Cuando tuvo agarradas ambas lanzas, intentó arrastrar a los humanos fuera de la barquilla, como si fueran hormigas que se aferraran a una rama, y arrojarlos al agitado océano bajo sus pies.

Cerró las garras sobre las lanzas.

El garinafin se estremeció. Alguna fuerza desconocida fluía por sus

miembros y la totalidad de su cuerpo se convulsionó en el aire. Los jinetes sintieron la misma sacudida: era una sensación indescriptible, como si un pincho gigante les hubiera atravesado el cuerpo en un instante, paralizando todos sus músculos.

Una vez más, el tiempo se ralentizó.

El garinafin intentó soltar las lanzas y descubrió que no podía. Los músculos de las garras no obedecían su voluntad. La fuerza que le atravesaba el cuerpo parecía cada vez mayor, como si un millón de lanzas de hierro incandescente le hubieran taladrado el torso y estuvieran retorciéndose en su interior.

Líneas de fuerza sedamótica

chisporroteantes atravesaron el cuerpo del garinafin, atrapándolo en una red de chispas refulgentes. El fulgor de las líneas de energía era tan brillante que los soldados tuvieron que cerrar los ojos mientras aguantaban, esperando que la energía que esgrimían se mantuviera y destruyera a la enorme bestia delante de ellos.

En el cuerpo del garinafin empezaron a surgir zonas quemadas, primero en sus patas y luego por todo el torso. Se elevaron espesas columnas de humo. El garinafin se convulsionó y sufrió espasmos en el aire, al igual que sus jinetes, marionetas atrapadas por una energía que no comprendían.

Con un sonoro estallido, las garras del garinafin se liberaron al fin de las lanzas. El cuerpo sin vida quedó colgando un instante antes de caer, desplomándose directamente hacia el océano. Las líneas de fuerza sedamótica seguían recorriendo y restallando por todo su cuerpo cuando se zambulló en el agua, levantando una gran ola que empapó y sacudió a la atónita tripulación que lo observaba desde el *Orgullo de Ukyu*.

CAPÍTULO SESENTA

LA BATALLA DEL GOLFO DE ZATHIN, PARTE II

MONTAÑAS DAMU, UNOS MESES
ANTES DE LA BATALLA DEL
GOLFO DE ZATHIN

El ascenso se hizo más empinado y Zomi Kidosu se detuvo al lado del sendero, apoyada en el bastón.

—¿Quieres descansar un rato? — preguntó la princesa Théra, con la voz

teñida de preocupación. Estiró el brazo para ayudar a Zomi a apoyarse.

Zomi intentaba recuperar el aliento.

—Lo único que pasa es que no estoy acostumbrada a caminar tanto sin el arnés. Me recuperaré —apretó la mano de Théra y le dio un beso rápido.

Después de meses recibiendo terapia sedamótica, Zomi era capaz de caminar la mayor parte del tiempo sin arnés, apoyándose en un bastón para las caminatas más extenuantes. Sentía que la pierna se fortalecía cada día más con el ejercicio.

La princesa Théra miró al cielo: por el este se aproximaban a toda velocidad turbulentas nubes oscuras. Estaba

preocupada.

—A lo mejor podemos intentarlo otro día.

Zomi sacudió la cabeza.

—Tenemos que llegar a campo abierto antes de que empiece la lluvia. No te preocupes por mí.

Llevaban varias horas subiendo la montaña. Viajaban sin séquito para llamar menos la atención, por lo que cada una cargaba una gran bolsa de lona llena del equipo necesario para los experimentos.

La ladera de la montaña estaba desierta. Los cazadores y los leñadores habían descendido hacía tiempo huyendo de la tormenta que se aproximaba. Las

montañas Damu eran famosas por sus tormentas repentinas de verano y no tenía gracia verse atrapado por una de ellas en pleno monte. Los rastros de detritos arrastrados por las torrenteras y los troncos partidos por rayos eran elocuentes advertencias.

Pero lo que las había llevado hasta allí era precisamente los rayos.

Llevaban meses investigando las aplicaciones bélicas de la fuerza sedamótica y todos estaban muy frustrados. A pesar de los esfuerzos realizados por Miza Crun y Atharo Ye, lo más que habían conseguido los ingenieros era fabricar flechas

explosivas que utilizaban las chispas sedamóticas como agente de ignición.

Otras líneas de investigación no habían dado resultados. La iniciativa para desarrollar un lanzallamas más potente se descartó enseguida porque era demasiado peligroso dada la inflamabilidad de las nuevas aeronaves imperiales, que basaban su flotabilidad en el gas producido mediante fermentación del estiércol. Intrigado por el tubo de fuego de los adüanos, Atharo había intentado encontrarle una aplicación práctica en la línea de las flechas sedamóticas. Pero las flechas resultantes, basadas en el tubo de fuego en lugar de utilizar la jarra de Ogé como

detonador de la pólvora, no mejoraban las ventajas de las flechas sedamóticas; en realidad eran peores, ya que carecían de la sacudida paralizante producida por estas.

—Fuerza sedamótica, fuerza sedamótica... —murmuraba Miza Crun—. Estoy *seguro* de que vamos en la dirección correcta.

El hecho de que una pequeña jarra de Ogé completamente cargada mediante el enorme generador sedamótico pudiera producir una sacudida tan potente como para matar a un pollo era prometedor. Miza Crun trabajaba día y noche intentando extraer más energía de sus instrumentos de sanación y

entretenimiento para que pudieran convertirse en máquinas que mataban.

Lo primero y más obvio que había que intentar era la construcción de jarras de Ogé más grandes que acumularan más carga sedamótica. Tras múltiples experimentos se descubrió que la capacidad de una jarra de Ogé podía incrementarse si era lo más delgada posible a la vez que se aumentaba la superficie de las capas canalizadoras al máximo. Sin embargo, llegaron a la conclusión de que era poco práctico construir grandes jarras de finas paredes de vidrio o porcelana porque resultaban demasiado frágiles para su manejo y transporte.

El matemático-administrador Kita Thu dio una idea a Miza Crun:

—Resulta complicado construir un enorme salón con una gran cúpula, pero hacer muchas pequeñas habitaciones dotadas de pequeñas cúpulas interconectadas es sencillo. La capacidad total de ambos proyectos es la misma. ¿No se puede aplicar el mismo principio a las jarras de Ogé para almacenar energía sedamótica?

Miza Crun se maldijo por no haber pensado antes esa alternativa. Él ya tenía cierta experiencia combinando muchas jarras de Ogé para juntar la fuerza sedamótica acumulada en cada una de ellas. Al conectarlas en serie de

extremo a extremo, la intensidad de la descarga aumentaba —es decir, la chispa podía cruzar un espacio mayor entre las dos varillas canalizadoras sujetas a las paredes exterior e interior de las jarras. Pero si se conectaban las jarras una al lado de la otra —colocándolas sobre un plato de plata, por ejemplo, y uniendo los alambres sujetos a las superficies interiores— el depósito formado por la unión de las jarras generaba una descarga mayor, aunque tuviera menos alcance. En otras palabras, al conectar las jarras en paralelo, se generaba más fuerza sedamótica, pero su intensidad era menor.

Un gran depósito de jarras de Ogé generaba una sacudida suficientemente potente para matar una oveja o un ternero, aunque las varillas canalizadoras tenían que colocarse de tal manera que la corriente sedamótica atravesara el corazón del animal. Se podía pensar que con un número suficiente de jarras se podría matar a un garinafin.

Pero los cálculos efectuados por Kita y Zomi revelaron que dicha cantidad de jarras de Ogé ni siquiera cabría dentro del casco de una aeronave imperial. Además, aunque fuera posible construir un grupo así, el proceso de carga con un único generador sedamótico sería

eterno, pues tendría que funcionar sin pausa para crear una cantidad suficiente de flechas sedamóticas.

Lo que necesitaban era una fuente de energía sedamótica suficientemente potente para matar a un garinafin de una sola sacudida y un depósito para acumular dicha energía que no fuera tan voluminoso ni tan frágil como las jarras de Ogé de porcelana o vidrio.

Cuando los eruditos estaban a punto de darse por vencidos, un experimento casual de Zomi Kidosu les abrió un camino inesperado. Miza Crun sugirió a Zomi que intentara un baño sedamótico en la pierna izquierda para ver si el vigor de la fuerza sedamótica conseguía

revitalizarla. Miza había empleado esa energía para aliviar a algunos veteranos de la Guerra del Crisantemo y el Diente de León el dolor que les provocaban sus miembros perdidos y también había obrado maravillas en casos de parálisis y nervios dañados. Si la fuerza era capaz de hacer moverse y nadar a las patas de ranas muertas, ¿por qué no iba a devolver la vida a la pierna ingobernable de Zomi?

Zomi consintió en recibir el tratamiento. Sentada sobre una tabla elevada sobre bloques de resina —un excelente depósito sedamótico—, Zomi permitió que Miza desplazara una varilla de plata sujeta mediante

alambres a una serie de jarras de Ogé sobre la piel de su pierna izquierda, bañando los músculos y nervios que llevaban tiempo insensibles con corrientes de fuerza sedamótica para intentar devolverles la vida.

Era la primera vez que Zomi experimentaba directamente la energía de la fuerza sedamótica y pudo sentir cómo se le encrespaba el pelo y se derramaba en ella esa fuerza invisible. A su alrededor los pedacitos de papel y el polvo de la estancia se arremolinaban, atraídos por la energía que la máquina volcaba en su cuerpo.

—Agárrate a los apoyabrazos —dijo Miza Crun—. Sentirás unos agujonazos.

Fijaron otra varilla de plata canalizadora a la otra superficie de las jarras de Ogé. Miza la acercó con los guantes de jade y Zomi experimentó su primera sacudida cuando la varilla le tocó la pierna.

Una corriente invisible atravesó su cuerpo, produciéndole hormigueo, quemazón y agitándola hasta la médula.

Zomi se dio cuenta de que la sensación era como un vago eco de lo que había experimentado veinte años atrás, cuando el rayo paralizó parcialmente su pierna.

Hacía tiempo que se habían dado cuenta de las semejanzas entre las chispas producidas por las máquinas

sedamóticas y los rayos, pero hasta ese momento nadie pudo afirmar que se trataba del mismo fenómeno. Al experimentarlo en propia carne una de las pocas personas que habían sobrevivido a la descarga de un rayo, supieron más allá de toda duda que los rayos eran energía de fuerza sedamótica manejada por los dioses.

Nubes pesadas y oscuras se cernían sobre sus cabezas, tan opresivas y próximas que parecían poder tocarse con solo alargar el brazo. Zomi y Théra se afanaban en las praderas de la cumbre de las montañas.

Habían levantado dos cabestrantes

sobre el suelo, unidos mediante una correa de seda. El primero estaba conectado a una gran cometa de seda montada sobre un fuerte bastidor de bambú con un fino hilo de hierro que rodeaba el contorno para recoger la carga. La cuerda de la cometa estaba confeccionada con hebras de seda enrolladas con hilo de plata y conectada en su extremo a una cadena de hierro que colgaba en el interior de una gran jarra de Ogé.

Zomi y Théra estaban de pie a cierta distancia, junto al segundo cabestrante, desde el cual podían controlar el ascenso y el descenso de la cometa. Con los ojos fijos en las nubes, soltaron hilo

para que la cometa siguiera ascendiendo.

—Por favor, señor Kiji —rezó con devoción Théra—, prestadnos vuestro poder.

A modo de respuesta, el interior de las nubes se iluminó con un relámpago, pero era imposible saber si estaba contestando sí o no a su petición.

El cielo se oscureció como si alguien hubiera apagado el fuego del sol. El mundo pareció empequeñecerse mientras cielo y tierra se acercaban uno a otro. El propio aire estaba cargado con invisibles líneas de energía.

Empezaron a caer gruesas gotas de lluvia. Théra y Zomi se acurrucaron bajo

una fronda baja y plana cerca del segundo cabestrante. El sonido de la lluvia que golpeaba el follaje recordaba el chisporroteo del aceite sobre una sartén. El hilo de la cometa se combó al empaparse.

Nuevos destellos en el interior de las nubes.

La cadena de hierro que colgaba de la cometa empezó a restallar recorrida por chispas apenas visibles que descendían hasta la jarra de Ogé.

Théra y Zomi se miraban.

—¡Es cierto!

—¡Mira!

Un gran ciervo surgió de los bosques, saltando grácilmente como si la lluvia

no le molestara.

Miró a las dos mujeres con expresión majestuosa y arrogante. Luego fue hacia la jarra de Ogé, que todavía chisporroteaba por la energía del rayo.

Ambas mujeres sabían que estaban presenciando algo extraordinario y no hablaron.

El ciervo se detuvo junto a la jarra, colocó una pata contra el exterior y luego se agachó como si quisiera besar la cadena, que aun chisporroteaba.

Una chispa gigante de casi dos pies de largo saltó de la parte superior de la jarra y golpeó la cabeza del ciervo. La larga chispa era como una flor de fuego, una telaraña tejida de éter luminoso, un

río con afluentes llenos de materia estelar. Zomi y Théra cerraron los ojos. La luz era más brillante que el resplandor de mil soles y no podían mirar fijamente el poder de los dioses sin quedarse ciegas.

Cuando volvieron a abrir los ojos, el ciervo había desaparecido y solo una mancha humeante de cenizas con su forma junto a la jarra las convenció de que no había sido un sueño.

—Gracias, señor Fithowéo — susurraron las mujeres, sabiendo que acababan de presenciar una señal.

Habían conseguido controlar un rayo, capturar el poder de los dioses.

Théra y Zomi se abrazaron, riendo,

besándose, balbuciendo incoherentemente. A pesar de estar empapadas y con frío, se sentían llenas de un incontenible y jubiloso calor producido por el descubrimiento. Se dejaron caer al suelo, entrelazando sus miembros y apretando sus cuerpos uno contra otro mientras se desnudaban bajo la lluvia; el poder que había iluminado los cielos hacía un momento parecía encender llamas de pasión en los cuerpos de las amantes.

Entre los cielos y la tierra, no existía un altar más adecuado para amar que esa ladera bajo la lluvia.

GINPEN, UNOS MESES ANTES DE LA BATALLA DEL GOLFO DE ZATHIN

Ahora que habían dado con una fuente de energía que satisfacía sus necesidades, necesitaban un depósito lo bastante grande para almacenarla y lo bastante compacto para poder transportarla en las aeronaves.

Los eruditos de Ginpen trabajaban noche y día, razonando, debatiendo, bosquejando planes y experimentando con nuevos materiales. Cada laboratorio enviaba a la mariscal fantásticas ideas y sugerencias, pero la mayor parte eran demasiado extravagantes para resultar

prácticas.

Al final, la respuesta llegó desde lo más alto y lo más bajo al mismo tiempo.

Como la emperatriz Jia había puesto prácticamente todo el Tesoro Imperial de Dara al servicio de los investigadores, era inevitable que se produjeran casos de trapicheo y corrupción. Se descubrió a dos criados de palacio sacando joyas a escondidas.

Su manera de robar era a la vez ingeniosa y antigua. Con el fin de reducir los robos, los criados que entraban en el Tesoro Imperial tenían que ponerse una ropa ajustada especial que no tenía mangas ni pliegues voluminosos en los que poder esconder

joyas valiosas. Utilizaban unas bandejas de madera hechas ad hoc, demasiado delgadas para contener compartimentos ocultos. La idea era reducir las tentaciones que pudieran presentarse a la vista de montañas de perlas y torres de pepitas de oro.

Pero los robos eran inevitables cuando había dinero en juego. *Datralu gacruca ça crunpén ki fithéücadipu ki lodü ingro ça néficaü*, o, lo que es lo mismo, «ningún pez puede vivir en aguas completamente limpias», como dice el aforismo clásico anu.

Dos de los criados se dieron cuenta de que aunque las ropas no tuvieran bolsillos existía un bolsillo natural a su

disposición con una entrada que podía sellarse. Ambos habían trabajado como carniceros antes de servir en palacio y estaban familiarizados con la capacidad del intestino animal para estirarse y guardar material.

Así que, practicando con canicas, monedas e incluso huevos, ambos aprendieron el arte de insertarse objetos en el trasero y sujetarlos dentro del colon durante horas, hasta poder recuperarlos sin riesgo. De este modo robaron gran cantidad de perlas, pepitas de oro e incluso intrincadas piezas de jade de la emperatriz.

Al final les cogieron, como a la mayor parte de los ladrones, porque se

extralimitaron. Uno de ellos se metió demasiadas cosas en el cuerpo y, tras la imprudente decisión de comer gran cantidad de estofado de col la noche anterior, expulsó su secreto antes de poder acudir a la letrina.

Sin embargo, el escándalo fue una fuente de inspiración para Miza Crun y para el matemático Kita Thu.

Una jarra de Ogé, en esencia, no consistía más que en dos superficies de material canalizador separadas por una fina capa de material que hacía de barrera entre ellas. Podía adoptar la forma de una jarra, un plato, un bulbo o cualquier otra cosa.

Como un tubo largo y flexible capaz

de retorcerse y enroscarse para ocupar el menor espacio posible.

Los eruditos se fijaron en los cadáveres de los garinafins que continuaban diseccionando en el laboratorio de la cueva costera: su cavidad abdominal contenía millas de intestinos, enroscados y comprimidos en un espacio relativamente pequeño. Las superficies interior y exterior de dichos intestinos formaban un depósito lo suficientemente grande para almacenar la fuerza sedamótica necesaria para matar a un garinafin, según los cálculos de Kita Thu.

Pero, ¿cómo recubrir millas de intestinos con el material canalizador

adecuado, a poder ser oro?

La respuesta, una vez más, vino del mundo del hampa. Los clarividentes de Rin Coda poseían muchos contactos en la economía de los bajos fondos, y al poco tiempo, los mejores falsificadores de Dara fueron llevados a Ginpen para colaborar con los investigadores.

Ambos grupos ofrecían todo un espectáculo. A un lado estaban los renombrados eruditos, con sus túnicas de seda, sus mentes repletas de complejos símbolos matemáticos y leyes de la naturaleza, sus espaldas encorvadas por años de atenta lectura de manuscritos y códices y su discurso salpicado de aforismos moralistas de

antiguos sabios. Al otro lado, los falsificadores, con sus batas de trabajo, sus mentes repletas de ideas sobre cómo adquirir beneficios, riquezas y técnicas para el engaño, sus manos y brazos llenos de cicatrices producidas por años de trabajo con ácidos, calor y pinturas para dotar a materiales vulgares de la apariencia de algo mucho más precioso, y su discurso aliñado de la jerga de los maleantes y el lenguaje zalamero de los comerciantes.

Normalmente, estos dos grupos ni siquiera habrían tomado juntos una taza de té, y mucho menos habrían tenido algo que decirse.

Pero, en tiempos de guerra, la

búsqueda de conocimientos crea amistades interesantes. Enseguida, los eruditos y los maleantes se convirtieron en uña y carne. Ambos grupos descubrieron que eran almas gemelas interesadas en aprender, aunque los conocimientos que perseguían pertenecieran a esferas distintas. Se complementaban mutuamente, como las variedades Kana y Rapa de fuerza sedamótica y, cuando se unían, resultaban brillantes.

—Estoy seguro de que si cualquiera de vosotros hubiera nacido en una familia culta, habría alcanzado el rango de *firoa* —dijo Atharo Ye levantando su copa para brindar por los delincuentes

durante un festín nocturno.

Algunos de ellos enrojecieron de ira, pero Gozogi Çadé, su cabecilla, les hizo un gesto para que se calmaran. Era una mujer muy respetada dentro de la comunidad por haber inventado la técnica para marcar la pátina de bronce de las réplicas de antigüedades con la urdimbre de paños de seda descompuestos para darles apariencia de antigüedad —una técnica de falsificación muy valiosa y ampliamente imitada.

—Estoy segura de que si hubierais nacido en una de nuestras familias, maestro Ye —dijo Gozogi levantando su copa en respuesta—, habríais sido un

falsificador inventivo y hábil.

—¿De veras lo crees? —preguntó Atharo Ye, ruborizándose de placer—. ¡Hay tantos problemas de ingeniería interesantes en vuestro campo! Estaba dando vueltas a una idea para dar aspecto de jade al jabón de sastre y me gustaría conocer vuestra opinión.

Los ladrones se relajaron al cerciorarse de que el cumplido de Atharo Ye era genuino, aunque estuvieran hablando de falsificaciones.

—Algún día contaré a mis nietos que en una ocasión el mayor ingeniero de toda Dara me hizo una consulta —dijo Gozogi. Tras un instante, añadió—: De todas formas, me alegro de que tengáis

un trabajo y no me hagáis la competencia.

Maleantes y eruditos se echaron a reír juntos.

Los falsificadores de Dara eran, como podría esperarse, expertos en bañar en oro materiales humildes. Podían convertir bastas tallas de madera en un simulacro de los utensilios más preciosos confeccionados por los antiguos orfebres de Rima y ahora tenían el encargo de ayudar a la mariscal a descubrir un modo de bañar los intestinos de los garinafins en oro sin destruir sus finas membranas.

Entre los eruditos y los delincuentes llegaron a la siguiente solución. En

primer lugar, utilizaron azogue para lavar el interior y el exterior de los intestinos y cubrir las superficies con una fina capa de mercurio. Luego fabricaron una mezcla de oro y mercurio calentando este último e incorporándole láminas de oro hasta saturarlo. La amalgama resultante, de aspecto de melaza, era introducida a presión en el interior de los intestinos y se utilizaba también para recubrir el exterior de los mismos con una capa uniforme; posteriormente se sometía los intestinos a un calor progresivo hasta reducir el mercurio por ebullición, quedando las paredes internas y externas recubiertas por una delgada y lisa superficie de oro.

Luego cortaron los intestinos en seis largos segmentos y los enroscaron, formando largas jarras de Ogé con la capacidad de innumerables jarras normales conectadas en paralelo, pero lo bastante pequeñas para almacenarse en esferas de cerámica que colgaban de las aeronaves como lastre.

Una vez cargadas con la energía procedente de rayos durante tormentas eléctricas, los intestinos enrollados eran recubiertos con una capa de cera para mejorar su aislamiento y conservar la fuerza sedamótica almacenada. Podían introducirse en ellos alambres para conectar la superficie interior y la exterior y extraer la variedad de fuerza

de Kana o de Rapa sin producir una descarga desastrosa hasta que era necesario.

GOLFO DE ZATHIN: DÉCIMO MES
DEL DÉCIMO SEGUNDO AÑO DEL
REINADO DE LOS CUATRO
MARES PLÁCIDOS

La escena que se había desarrollado ante *Flecha Sedamótica* se repitió ante las demás aeronaves. Del cielo fueron cayendo un garinafin tras otro, arrastrados a la muerte por la energía guardada del rayo.

—Abandonad la formación en ciruelo y emprended persecución

general —ordenó Gin Mazoti.

Las aeronaves deshicieron su posición defensiva y adoptaron la configuración de crucero. Desplegaron los remos y la presa se convirtió en cazador. Persiguieron a los despavoridos garinafins que quedaban, incapaces de entender cómo su adversario había conseguido de pronto este nuevo poder aterrador.

El toque lúgubre de la trompeta de hueso resonó desde la cubierta del *Orgullo de Ukyu*.

Tanvanaki contrajo con rabia sus mandíbulas. Solo quedaban seis garinafins bajo su mando y los

contendientes parecían igualados. Pero los garinafins habían perdido su aliento flamígero por los abrojos de bambú y estaban al borde del agotamiento, mientras que sus jinetes estaban perdiendo confianza en la sensatez de esta guerra. Por el contrario, las tripulaciones de las aeronaves imperiales daban entusiastas gritos de júbilo por el triunfo de sus nuevas armas. Era obvio quién llevaba la ventaja.

Pero su deber era cumplir las órdenes del pékyu, luchar por el futuro de su pueblo. Tenía que encontrar el modo de conseguir alguna ventaja.

Tanvanaki colocó el tubo de hueso

contra el cuello de Korva y transmitió una serie rápida de órdenes que fueron comunicadas a los demás garinafins mediante gemidos y bramidos.

Aparentemente, cinco garinafins habían perdido el deseo de combatir y se retiraban de la batalla, huyendo en diferentes direcciones, y las aeronaves imperiales emprendieron su persecución una tras cada garinafin. Las bestias parecían cansadas y sus movimientos eran lentos. Las tripulaciones de las aeronaves imperiales lanzaron vítores y redoblaron sus esfuerzos a los remos y cuando se acercaban a sus presas lanzaban flechas sedamóticas a las pesadas bestias.

Pero, de algún modo, los garinafins conseguían esquivarlas y muchas se desperdiciaron.

A bordo de *Flecha Sedamótica*, Gin Mazoti consideró la situación táctica. Las flotas navales estaban casi lo suficientemente cerca como para entablar combate y algunos navíos de Dara empezaban a arrojar piedras a los barcos-ciudad con sus catapultas. La flota lyucu, poco acostumbrada a esa maquinaria, confiaba en su tamaño. Los barcos-ciudad empequeñecían a los navíos de Dara, como los elefantes empequeñecían a las manadas de lobos o las crubens a los bancos de tiburones, y los daños causados por las catapultas

eran de poca importancia.

La armada de Dara necesitaba apoyo aéreo. Pero las aeronaves imperiales tenían dificultades para dar caza a los garinafins y ahora las cinco estaban alejadas unas de otras.

—¡Es una trampa! —Gin Mazoti apretó la empuñadura de Na-aroénna—. ¡Retroceded!

La montura de Tanvanaki, Korva, volvió a bramar. Tanvanaki la había mantenido apartada de la batalla aérea para vigilar la situación táctica desde arriba. Sonrió. Su plan estaba funcionando perfectamente.

De golpe, los cinco garinafins huidos aceleraron su vuelo y se apartaron de las

naves perseguidoras. Haciendo bucles fueron ascendiendo hasta converger sobre *Corazón de Tututika*.

Tanvanaki se había dado cuenta de que, cuando estaban juntas, las aeronaves podían apoyarse mutuamente con sus lanzas sedamóticas. Al simular la retirada había conseguido apartar unas de otras y ahora podía concentrar sus fuerzas en una sola y recuperar la ventaja numérica.

Cuando vieron que cinco garinafins les atacaban al mismo tiempo, los soldados a bordo del *Corazón de Tututika* titubearon, sin saber bien dónde dirigir sus lanzas sedamóticas. La estructura de la aeronave se retorció y

se desmoronó ante el ataque simultáneo. Muchos tripulantes se precipitaron desde la aeronave y cayeron sobre el inmisericorde océano mientras sus lastimosos gritos llenaban el aire.

Los garinafins habían desgarrado tantas bolsas de gas de *Corazón de Tututika* que esta empezó a perder altura. Tanvanaki les ordenó retirarse y concentrarse en otra aeronave. Cuando la tripulación de la nave que caía entró en pánico y se afanaba por salvarla, las lanzas sedamóticas se acercaron demasiado unas a otras y una enorme chispa trazó un arco entre sus puntas.

Las bolsas rasgadas de gas se prendieron fuego y se produjo una

enorme explosión. Los restos en llamas de la aeronave cayeron dando vueltas al mar, lentamente, con toda su tripulación.

—¡Cargad la estructura! —gritó Gin Mazoti cuando las restantes cuatro aeronaves volvieron a reunirse. El corazón le dolía de rabia y remordimiento. Por mucho que los soldados practicasen en simulacros, el caos de la batalla y su falta de experiencia con las armas provocaban que no siempre respondieran adecuadamente ante las amenazas.

Como muchos de los elementos estructurales de la nave estaban hechos de bambú reforzado con acero, era posible cargar de fuerza sedamótica

todo el bastidor de la nave. En cuanto un garinafin agarraba alguno de los flejes del armazón de la nave, la tripulación arrimaba las lanzas sedamóticas a la estructura de la nave y el garinafin recibía una tremenda descarga que lo mataba en el acto.

Tanvanaki emitió más órdenes y los garinafins comenzaron a volar por debajo de las aeronaves. Como el suelo de las barquillas había desaparecido, las tripulaciones se mantenían sobre las plataformas que albergaban las ballestas gigantes y Tanvanaki supuso que estas plataformas estarían libres de la fuerza letal que estaba acabando con sus garinafins y eran ahora el vientre

vulnerable de las naves.

Pero las aeronaves arrojaron largas cadenas de hierro que quedaron colgando muy por debajo de ellas. Como los tentáculos de una medusa aérea, cuando alguno de los pares de cadenas tocaba a uno de los garinafins o de los jinetes, se producían prolongadas y poderosas chispas entre ellos, acompañadas de un estampido tan fuerte como un trueno. Igual que las letales medusas llevadas por la corriente inmovilizaban y capturaban a sus presas, las aeronaves ahora atrapaban y mataban a los últimos garinafins con sus letales cadenas y sus lanzas crepitantes.

Los dos garinafins supervivientes

perdieron por fin la voluntad de combatir e, ignorando las órdenes de sus jinetes, abandonaron la batalla e intentaron refugiarse en los barcos-ciudad. El pékyu chilló y maldijo encolerizado y los guerreros lyucu corrieron en desbandada cuando las enormes bestias aladas chocaron contra las cubiertas, matando a muchos de ellos y causando importantes daños a las naves.

La princesa Vadyu, Relámpago de los Garinafins, contemplaba lo que tenía ante sus ojos sin creerlo. El mar se mecía con los cadáveres de los garinafins muertos por las descargas eléctricas y los restos humeantes de los

destrozados por las explosiones provocadas por las flechas sedamóticas. De los veinte garinafins que acompañaban a la fuerza invasora, solo Korva permanecía en el aire.

Cuatro aeronaves imperiales habían resistido y ahora descendían hacia los barcos-ciudad, con la intención de masacrar a las tripulaciones lyucu con sus tentáculos sedamóticos.

—¡Los dioses de Dara están hoy con nosotros! —gritaron al unísono.

Los guerreros lyucu desplegados sobre las cubiertas golpearon las mazas de guerra unas contra otras, sin miedo, pero era evidente que la marcha de la batalla se había vuelto contra ellos.

—¿Qué hacemos? —preguntó su tripulación. Nunca había oído tanta desesperación en sus voces.

Tanvanaki consideró la pregunta. Korva conservaba su aliento de fuego, pero era imposible que un solo garinafin se enfrentara a cuatro aeronaves imperiales, especialmente cuando contaban con la ayuda de armas tan poderosas.

Con un aullido de rabia, dio una fuerte patada al cuello de Korva y la dirigió hacia las distantes murallas de Ginpen.

—¡Quemaremos esa ciudad hasta sus cimientos y demostraremos que los lyucu no tienen miedo a la muerte!

Doru Solofi y Noda Mi estaban solos en la timonera del *Corredor del Remolino*, el mayor de los buques mercantes convertidos en navíos de guerra auxiliares de la variopinta flota creada para la ocasión.

Aunque los dos rebeldes fracasados habían prometido entregar su vida a la causa de Dara afirmando el deseo de redimir sus nombres mancillados, la mariscal sospechaba de ellos y no quiso darles puestos de poder, cerca del frente, sino que les asignó tareas de apoyo subordinadas en las que pudieran ser supervisados de cerca.

Sorprendentemente, Doru y Noda habían resultado estar bastante

capacitados para los papeles que se les habían asignado. Noda echó mano de su experiencia como intendente del hegemon y aseguró un suministro fluido al ejército y la armada de la mariscal, y Doru se plantó ante los comerciantes y los intimidó para que prestaran «voluntariamente» sus barcos para contribuir al esfuerzo bélico. Gin suponía que los dos estaban aprovechando para sacar algún pequeño beneficio personal de todo ello, pero esos pecadillos eran inevitables en tiempos de guerra.

Justo antes de la batalla, ambos acudieron al almirante Than Caruono, solicitando que les pusieran al mando de

los veleros auxiliares.

—Necesitáis que alguien esté a cargo de los civiles —dijo Noda Mi—, para que no sean presa del pánico.

—¡Queremos hacer lo que esté en nuestras manos por Dara! —dijo Doru Solofi.

—¿Acaso no hemos demostrado nuestra valía? —dijo Noda Mi—. El emperador Ragin siempre decía que la lealtad se alimenta de la confianza.

—Todos los que en el pasado se levantaron contra el emperador han sido perdonados y se les han encargado nuevas misiones; no podremos volver a mirarlos a la cara si no estamos al mando de algo —dijo Doru Solofi.

—Solo pedimos una oportunidad — dijo Noda Mi—. La misma que nos dio el emperador en una ocasión.

El almirante Than Carucono meditó su petición. Era perfectamente consciente de que Doru y Noda estaban más interesados en ganar puntos que en hacer algo que pusiera en peligro sus vidas, pero todos los que tenían alguna experiencia de mando habían pedido puestos de combate contra los lyucu y necesitaba a alguien que agrupara los mercantes y se asegurara de que no interfirieran en los movimientos de los navíos de guerra. Aceptó su propuesta.

La flota principal de navíos de guerra había zarpado del puerto de Ginpen al

comienzo de la batalla y se suponía que los barcos auxiliares debían seguirlos para rescatar a los supervivientes y apoyar a la flota en lo que necesitara.

Según los planes de la mariscal, si la batalla aérea no iba bien, todos los veleros de Dara debían sumarse a un esfuerzo suicida desesperado contra los lyucu embistiendo a los barcos-ciudad. A Doru Solofi no le gustaba en absoluto esa parte del plan y había intentado posicionar la mayor cantidad de buques por delante del *Corredor del Remolino*, arguyendo que desde esa posición de retaguardia, Noda y él podrían hacer cumplir la disciplina cortando el paso a cualquier buque que intentara desertar

de la batalla. Los demás capitanes mercantes parecieron aceptar dicha explicación, demostrando una vez más a Doru Solofi que el número de ingenuos no tenía fin.

Doru lanzó un suspiro de alivio al ver el rumbo diferente que habían tomado los acontecimientos. Después de acabar con el dominio aéreo de los garinafins, la fuerza aérea de la mariscal llevaría a cabo un ataque devastador contra la flota lyucu y los barcos de la armada de Carucono podrían acabar con cualquier resistencia final. Las embarcaciones auxiliares conseguirían su cuota de gloria por el mero hecho de navegar junto a ellos y despachar a unos

cuantos supervivientes (sosteniendo que eran espías o que opusieron resistencia, por supuesto). Era una victoria sencilla, como las que le gustaban.

—¿No deberíamos intentar adelantarnos a los otros barcos? — preguntó Doru—. Si podemos matar a algún lyucu superviviente, tendremos alguna prueba para respaldar más tarde nuestras exageraciones y puede que acreciente nuestros feudos.

Pero la expresión de Noda Mi era extrañamente tensa.

—¿Te contentas con seguir siendo toda la vida un noble sin importancia en la corte del Diente de León? ¿Qué ha sido de tu sueño de recuperar un reino

Tiro?

Sorprendido, Doru Solofi contestó indeciso.

—No tenemos muchas posibilidades. La corte del Diente de León es fuerte. Nuestra rebelión fracasó.

—Han llegado los lyucu —dijo Noda—. El enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Dora respiró hondo.

—Eres... verdaderamente osado. Pero no se quedarán mucho tiempo. Todos los garinafins menos uno están muertos y la mariscal pronto acabará con la flota.

—Tienes poca visión de futuro. Según mis cuentas, todavía deben de

quedar muchos garinafins en Rui. Y, como sabes, hay más de camino a Dara.

—Pero el pékyu no conseguirá regresar vivo a Rui hoy.

—No, a menos que obtenga alguna ayuda. Él no sabe cómo luchar contra las aeronaves de la mariscal, pero nosotros sí.

Doru Solofi sintió un frío súbito al mirar a su antiguo compañero de conspiración.

—¿Qué estás sugiriendo?

—La vida es una apuesta —el rostro de Noda Mi adoptó una sonrisa de tiburón—. Si la corte del Diente de León triunfa hoy, no seremos más que soldados de infantería sin importancia

en una guerra a la que apenas contribuimos. Pero si los lyucu triunfan gracias a nuestra ayuda, ¿puedes imaginar lo agradecidos que estarán hacia nosotros?

Doru Solofi meditó sus palabras un rato antes de sacudir la cabeza con determinación.

—Creo que ya he tenido bastantes conspiraciones y rebeliones, Noda. Kuni fue generoso al no colgarnos después de todo lo que hicimos, y esto me parece... demasiado. Para ser sincero, me basta con ser un noble menor con la cabeza sobre los hombros.

—No por mucho tiempo —dijo Noda Mi. Antes de que Doru Solofi pudiera

reaccionar, Noda desenfundó su espada corta y la clavó en el corazón de Doru.

Mientras el cuerpo de Doru se desplomaba sobre el suelo de la timonera, Noda limpió la espada y añadió en voz baja:

–Kuni Garu siempre proponía tomar la opción más interesante. Al menos en eso tenía razón.

Las aeronaves imperiales se abalanzaron hacia la flota de barcos-ciudad de los lyucu con sus alas emplumadas batiendo rítmicamente.

Bajo las aeronaves, la flota de Than Carucono se dirigía lentamente hacia la flota lyucu, feliz de permitir que las

aviones asestaran el primer golpe antes de que él acabara con ella.

Noda Mi hizo señales a su flota de barcos auxiliares para que aumentaran la velocidad y se mezclaran con los buques de guerra, incluso adelantándolos. Los capitanes de los buques de guerra observaron con el ceño fruncido a los barcos mercantes que navegaban a su lado —era evidente que se trataba de un intento oportunista de arrebatarse parte del honor de la batalla a la armada imperial.

Del *Corredor del Remolino* partieron pequeñas pinazas hacia los otros barcos llevando nuevas órdenes importantes de Noda Mi a los capitanes. Al poco tiempo, de los barcos mercantes

despegaron hacia los cielos cometas de combate.

Esto era insólito. Las cometas de combate eran prácticas para ejercer tareas de vigilancia; pero la flota de los lyucu estaba delante de sus ojos, por lo que no parecía necesario ese reconocimiento adicional. Aun así, ninguno de los capitanes navales les dio mucha importancia.

Las tripulaciones de las aeronaves saludaron a los vigías que volaban en las cometas de combate cerca de ellas. Los vigías les devolvieron el saludo. La moral de los hombres y mujeres luchadores de Dara era elevada en el cielo y en el mar, mientras que los

marineros lyucu parecían aguardar sombríamente su destino.

Los vigías que colgaban de las cometas llevaban antorchas encendidas, algo realmente extraño. ¿Pensaban utilizarlas para hacer señales?

Korva sobrevolaba los edificios y las calles de Ginpen, arrojando fuego a los molinos, las torres de madera de varias plantas, las antiguas salas de lectura y los laboratorios coronados por cúpulas. Los habitantes de la ciudad, ocultos en la profundidad de los sótanos, estaban a salvo, pero su ciudad iba a sufrir enormes daños.

Los jinetes a lomos de Korva estaban

listos para atacar a la población con sus hondas y al no encontrar apenas objetivos empezaron a aullar y maldecir.

Tanvanaki maldecía una y otra vez. Se sentía impotente. Tenía la esperanza de al menos poder averiguar el escondite de la emperatriz y sus consejeros y amenazarlos —quizás esa debería haber sido su estrategia desde el principio, en lugar de quedarse para luchar con las aeronaves.

Pero ahora parecía que ni siquiera esa estrategia habría servido si los dirigentes de Dara se ocultaban como tortugas en sus caparazones.

¿Qué iba a hacer? Korva no podía mantener el vuelo indefinidamente y si

la flota lyucu quedaba destruida no tendría modo de regresar a Rui con ella. Cualquier elección parecía mala.

Escuchó voces de asombro detrás de ella; los otros jinetes habían visto algo increíble.

Miró hacia atrás, en dirección al mar, y el corazón se le subió a la garganta al ver a las aeronaves imperiales explotar, una tras otra.

Las tripulaciones de las aeronaves imperiales estaban absortas observando a la flota lyucu y ajustando las cadenas colgantes para infligir el máximo daño. Después de las descargas necesarias para matar a los garinafins, la energía

que quedaba en los lastres esféricos había disminuido. Pero debería bastar para causar la muerte por descarga a los lyucu desprotegidos sobre las cubiertas de los barcos-ciudad.

A sus espaldas, los vigías de las cometas extrajeron arcos de sus aljabas, encendieron flechas con las antorchas y lanzaron los proyectiles en llamas a las expuestas bolsas de gas de las aeronaves imperiales.

Cuando preparó su estrategia, Gin Mazoti había contado con que los ejércitos tienden a generalizar a partir de sus propias experiencias y a confiar en las fuerzas de las que están seguros. Al considerar invencibles a los

garinafins, los lyucu no habían adoptado las tácticas de lucha de Dara y no incorporaron arqueros a las tripulaciones de los garinafins.

Después de anular la capacidad de arrojar llamas de los garinafins, las aeronaves se deshicieron de la cobertura de seda de los cascos para que la tripulación pudiera emplear las lanzas sedamóticas y paralizar a los garinafins. Dejar al descubierto las vulnerables bolsas de gas se consideró un riesgo aceptable porque los lyucu no utilizaban flechas incendiarias, algo que habría acabado rápidamente con las aeronaves imperiales.

La mariscal no había contado con la

traición dentro de sus propias filas.

Las flechas incendiarias atravesaron la corta distancia que las separaba de las aeronaves penetrando con un silbido en las bolsas de gas.

En instantes, las aeronaves estallaron en llamas y empezaron a caer.

Los soldados daban alaridos al ser pasto de las llamas y muchos de ellos se arrojaron al mar. En las cubiertas de los barcos-ciudad, los guerreros lyucu vitoreaban entusiasmados y Pékyu Tenryo reía de júbilo.

Los dioses no lo habían abandonado.

—¡Zomi! ¡Mariscal! —gritó la princesa Théra desde el puesto de observación

secreto al contemplar las explosiones distantes. Los guardias de palacio tuvieron que agarrarla para que no echara a correr hacia la playa y el mar.

A lo lejos, la emperatriz Jia suspiró y pidió a sus asistentes que se prepararan para prender fuego a la pira dispuesta sobre el estrado en cuanto la flota lyucu iniciara su ofensiva final hacia la indefensa ciudad de Ginpen.

—Todo está perdido —musitó.

A bordo de *Flecha Sedamótica*, Gin Mazoti aulló con rabia al ver que la victoria se le escapaba de las manos.

Las bolsas de gas de las aeronaves imperiales estaban dispuestas en grupos

separados por pantallas aislantes confeccionadas con piel de garinafin para darles cierta protección frente al fuego. Como los vigías habían disparado desde atrás, solo estaban ardiendo los grupos de popa. Las naves perdían altitud y cabeceaban violentamente, pero no habían perdido el control por completo.

—Soltad el lastre esférico —ordenó Mazoti mientras perdía el punto de apoyo por la inclinación del suelo y caía rodando.

El lastre esférico de cerámica fue desenganchado y la nave se tambaleó y se flexionó con el viento. Ahora caía mucho más lentamente, pero seguía

cayendo. Lo que es peor, había perdido la fuente de energía para sus armas sedamóticas.

Las demás aeronaves siguieron el ejemplo de la *Flecha Sedamótica*.

—Tenemos que abandonar la nave —dijo Dafiro Miro, agarrándose a una viga.

—Si la abandonamos, no habrá modo de detener a los lyucu —dijo Gin Mazoti. Miró hacia atrás y vio la confusión reinante en la flota de Dara.

Aprovechando su papel en las negociaciones sobre los suministros a la armada, Noda Mi se las había arreglado para infiltrar a sus seguidores en muchos de los barcos de la flota auxiliar y de la

armada imperial en los últimos meses. A estas alturas, ya habían asumido el control de buena parte de los navíos, ejecutado a los desconcertados oficiales, marineros y soldados que no podían entender que sus propios barcos dispararan contra la mariscal.

Desde luego, los hombres de Noda Mi no habían conseguido controlar todos los barcos de apoyo ni los buques de guerra, y Than Carucono intentaba reunir a los que seguían siendo leales a la mariscal para responder. Pero no sabía a ciencia cierta en cuáles podía confiar. Privados de una dirección central, los barcos que seguían siendo leales daban vueltas en medio de la confusión y los

de Noda Mi empezaron a rodearlos sistemáticamente, rompiéndoles los remos, embistiendo contra ellos y exigiendo que se rindieran.

—No hay nada que podamos hacer ahora —dijo Dafiro—. Pero, si sobrevivimos, aún podemos reunir un ejército en las montañas de Dara y seguir la lucha contra los lyucu.

—Las probabilidades de victoria de esa estrategia son escasas —dijo Gin—. La guerra puede durar años y morirá mucha más gente. No, debemos resistir aquí, hoy.

Se esforzó por levantarse y, mientras la nave ardía a su alrededor, con la voz ronca por el humo y la vista borrosa por

el aire caliente, habló a la tripulación.

—Soldados de Dara, ya estamos bastante cerca de la superficie y si abandonamos la nave ahora, muchos podremos sobrevivir. Pero si el rey lyucu sobrevive, Dara estará perdida, así que voy a intentar estrellar la nave contra el buque insignia del pékyu. Ya me habéis seguido lo suficiente. No es preciso que ninguno de vosotros me acompañe.

Nadie se movió para saltar al mar; se mantuvieron en sus puestos.

Gin Mazoti sonrió.

—Nunca lo dudé. Nuestras vidas son solo breves pausas entre los velos tormentosos que ocultan lo eterno

desconocido y nuestras acciones deben estar guiadas por la brújula interior de la voluntad, no por lo que los demás puedan pensar de nosotros. Pero ahora que la muerte ha venido a buscarnos, haremos que este día perviva en canciones y leyendas.

La tripulación se puso a los remos, incluidos Gin y Dairo. Una vez manos a la obra, comenzaron a cantar mientras dirigían la caída de la aeronave en llamas hacia el buque insignia de Pékyu Tenryo, *Orgullo de Ukyu*.

Los Cuatro Mares

Plácidos son tan

extensos como largos

son los años.

*El ganso salvaje vuela
sobre un estanque,
dejando tras de sí
una voz en el viento.*

*El hombre pasa por este
mundo dejando tras
de sí un nombre.*

Siguiendo el ejemplo de la mariscal, las restantes aeronaves escogieron cada una un barco-ciudad y sus tripulaciones intentaron dirigirlas hacia los objetivos.

El fuego les chamuscaba los cabellos y la piel se les iba llenando de ampollas mientras la estructura de bambú y acero estallaba y se hacía pedazos a su

alrededor.

Sus cánticos sonaban cada vez más fuertes y más sombríos.

Cuando la *Flecha Sedamótica* en llamas caía sobre el buque insignia del pékyu, el calor de la aeronave barrió la cubierta como la ola de un tsunami.

Muchos guerreros lyucu saltaron por la borda, seguros de que no hacerlo supondría la muerte. Pero Pékyu Tenryo, que llevaba un casco confeccionado con el cráneo de un garinafin inmaduro, permaneció inalterable en cubierta, levantando Langiaboto con ambas manos sobre su cabeza. Parecía dispuesto enfrentarse en solitario a esta ardiente

estrella caída.

Flecha Sedamótica chocó contra *Orgullo de Ukyu*. El casco de la aeronave cedió, se dobló y se hizo pedazos. El fuego se extendió a las otras bolsas de gas y se produjeron nuevas explosiones, inmolando a la mayor parte de la tripulación de la aeronave y sacudieron la cubierta del barco-ciudad como un terremoto. Los fragmentos en llamas de la aeronave despedazada llovieron alrededor de Pékyu Tenryo y los pocos guerreros lyucu que permanecían al lado de su señor se lanzaron por la borda.

Gin Mazoti y unos pocos tripulantes tuvieron la suerte de encontrarse en una

sección de la nave que consiguió sobrevivir al encontronazo lo suficiente como para poder saltar desde sus bancadas hasta la cubierta en llamas. Rodaron sobre la cubierta para apagar las llamas de sus cuerpos. Mientras luchaban por ponerse en pie, el jefe de los lyucu atacó.

Pékyu Tenryo se lanzó hacia ellos como un lobo contra un rebaño de ovejas. Blandía la enorme hacha de guerra ajeno a su propia seguridad. Aunque el barco ardía a su alrededor, parecía no notar el terrible calor ni el espeso humo. Con cada movimiento de Langiaboto conseguía aplastar una cabeza o destrozar un torso.

Gin Mazoti corrió a los restos en llamas de *Flecha Sedamótica* y sacó Na-aroénna, sin prestar atención al dolor cuando la empuñadura caliente siseó al contacto con sus manos. Dafiroy Miro sacó su garrote de guerra, Mordedor, y la espada que había heredado de su hermano, Sencillez. Ambos se dedicaron una mirada sombría y se lanzaron hacia Pékyu Tenryo.

Con unos cuantos golpes de su maza, Pékyu Tenryo despachó al último de los soldados de Dara y se dio la vuelta para enfrentarse a Gin Mazoti y Dafiroy Miro. El fuego rodeaba a los tres como una pira funeraria.

Pékyu Tenryo alzó Langiaboto y la

estrelló contra la cubierta. El barco entero pareció temblar.

Gin Mazoti y Dafiro Miro se miraron y sonrieron.

—Es un honor luchar a vuestro lado, mariscal —dijo Dafiro.

—El honor es todo mío.

Y se lanzaron unos sobre otros como tres crubens en lucha por el poder en un mar en llamas.

Zomi Kidosu se propulsó con fuerza buscando el camino hacia la superficie. A su alrededor, el mar estaba lleno de los restos ardiendo de las aeronaves y los barcos-ciudad hundidos. Los guerreros lyucu, algunos gravemente

heridos, daban alaridos de dolor agarrados a maderos a flote.

Poco antes de que *Venganza de Moji* chocara contra uno de los barcos-ciudad, Zomi había ordenado saltar a la tripulación. Como habían dirigido la aeronave contra un grupo de barcos, Zomi decidió que no era necesario seguir a bordo para guiarla hasta el último momento. No creía en la idea de morir innecesariamente para pasar a la historia.

Ahora, la tripulación de la aeronave se mecía en el mar, buscando algún resto al que aferrarse. A causa de la confusión reinante en la flota de Dara, no había modo de saber quién era amigo o

enemigo, pero todo el mundo, guerreros lyucu o soldados de Dara, intentaban evitar al *Orgullo de Ukyu*, que podía terminar de hundirse en cualquier momento.

Zomi echó un vistazo a la cubierta y vio, a través del fuego y el humo, tres figuras dando saltos y luchando. Con el efecto distorsionador del aire caliente, parecía una escena sacada de las historias que narran los bardos errantes:

*A un lado, la furia de
Dara envuelve a dos
héroes;
Al otro, la arrogancia de
Ukyu recubre a un*

rey.

*Langiaboto se alza a la
manera de un
garinafin erguido.*

*Sencillez y Mordedor se
cruzan y se preparan,
dos hermanos
luchando como uno
solo.*

*Na-aroénna, La que
Acaba con las Dudas,
vuelve a la vida, una
leyenda al servicio de
otra.*

*Pékyu Tenryo ríe con el
aullido orgulloso de
un fiero lobo*

hambriento.

*El capitán Miro brama
con los mugidos de
un búfalo leal.*

*La espada de la
mariscal silba con el
canto salvaje de un
águila desafiante.*

*Rayo y trueno,
tempestad y riada,
No hay fuerza de la
naturaleza que iguale
la furia de estos
combatientes*

*En guerra por el destino
de dos pueblos y mil
islas.*

Dafiro Miro bloqueaba y paraba la mayor parte de los contundentes golpes de Pékyu Tenryo, mientras la mariscal daba saltos lanzando la pesada espada cada vez que encontraba un hueco; por el momento, ambos lados iban bastante igualados. Pero estaba claro que el pékyu era más fuerte y Na-aroénna demasiado pesada para que la mariscal pudiera manejarla con efectividad. Dafiro Miro se tambaleó en un par de ocasiones bajo las fuertes acometidas y saltaron chispas de Sencillez y Mordedor. ¿Cuánto tiempo podrían aguantar el capitán y la mariscal?

Zomi Kidosu apretó los dientes y nadó hacia *Orgullo de Ukyu*.

Los movimientos de Dafiro se hicieron lentos y flojos. Cada golpe de Langiaboto le resultaba más pesado, más difícil de desviar. El estado de la mariscal era aún peor y a duras penas podía levantar La que Acaba con las Dudas. Por el contrario, los movimientos de Pékyu Tenryo parecían ser más poderosos y más fluidos en cada acometida, como si absorbiera fuerza del aire ardiente que le rodeaba.

—¿Recuerdas cómo vencimos a Kindo Marana? —preguntó Gin Mazoti, esforzándose por recobrar el aliento.

Dafiro recordó el ataque sorpresa a Rui al inicio de la Guerra del Crisantemo y el Diente de León, cuando

la mariscal le asignó una misión sumamente peligrosa.

Sonrió a Gin.

—Por supuesto.

Pékyu Tenryo se lanzó hacia adelante y, con un fuerte alarido, balanceó Langiaboto de arriba abajo, directa a la cabeza de Dafiro. Este cruzó su espada y su garrote de guerra bloqueando el golpe y las chispas salieron en todas direcciones. Dafiro se tambaleó hacia atrás.

En lugar de acudir en ayuda de Dafiro, Gin Mazoti permaneció donde estaba, con la respiración jadeante. La punta de Na-aroénna descansaba sobre la cubierta; se había quedado sin

fuerzas.

—Tu mariscal es una cobarde —dijo Pékyu Tenryo con una sonrisa—. No se atreve a luchar conmigo. Has desperdiciado tu vida para salvar a alguien que elude el combate.

Dafiro no respondió. Continuó bloqueando cada uno de los golpes de Pékyu Tenryo, retrocediendo a cada uno de ellos. Empezaba a no sentir los brazos; cada poderoso golpe de la maza de guerra del pékyu le reventaba los vasos sanguíneos bajo la piel de las manos y la sangre manaba de ellas haciendo resbalar el mango de sus armas.

Al retroceder un paso más, la pierna

de atrás de Dafiroy cedió y, con dos fuertes golpes de Langiaboto, Tenryoy le arrancó las armas de las manos. Mordedor y Sencillez salieron disparados dando vueltas en el aire hasta caer al mar con un salpicón.

El pékyu, sediento de sangre, alzó de nuevo el hacha y sus labios se curvaron en una mueca salvaje.

Dafiroy dio un grito y saltó hacia Pékyu Tenryoy, recibiendo el golpe del hacha de guerra con el pecho. La hoja de piedra le aplastó la caja torácica quedando encajada en ella, y Dafiroy, con un grito ahogado por la sangre, envolvió el cuerpo de Pékyu Tenryoy con sus brazos y piernas. La sangre que le

manaba por la boca empapó al pékyu. Cayeron sobre cubierta amontonados, con Dafiro encima.

Gin Mazoti se lanzó hacia delante y con un poderoso rugido clavó Naroénna en la espalda de Dafiro, llegando hasta el pecho de Pékyu Tenryo.

Aunque Dafiro bloqueaba su visión, Tenryo presintió la estocada que se avecinaba y consiguió echarse ligeramente a un lado. La punta de la espada se hundió en su pecho pero no le llegó al corazón.

Pékyu Tenryo se echó a reír.

—Así que ese era el truco que preparabais. Le pediste que muriera

para darte esta oportunidad.

—Se puede sacrificar cualquier piedra de *cüpa* con tal de ganar la partida —dijo Gin.

A poco de ser nombrada mariscal de Dasu, Gin Mazoti había azotado a Dafiroy Miro para que este pudiera ganarse la confianza de Kindo Marana. Al evocar aquel momento del pasado en común, Gin y Dafiroy pudieron acordar un plan para vencer al pékyu.

—Lástima que su sacrificio haya sido en vano —Pékyu Tenryo levantó el cuerpo muerto de Dafiroy Miro hasta tener espacio para doblar las piernas y apoyar los pies contra el pecho de Dafiroy. Gin lo observaba con el corazón

encogido al tiempo que presionaba con fuerza la espada, intentando clavar al pékyu a la cubierta, pero el cuerpo de Dafiro deslizó la espada inexorablemente hacia arriba.

El pékyu estaba a punto de quitárselo de encima a él y a la mariscal. Gin Mazoti no tendría ninguna posibilidad contra él en una lucha de uno contra uno.

Gin miró hacia arriba y, a través del humo y el fuego, vio la figura de Zomi Kidosu. Sujetaba la varilla rota de una flecha sedamótica, todavía con la punta de diamante, como una lanza corta. La pólvora del interior del astil se había salido.

Zomi y Gin cruzaron las miradas. El

cuerpo de Dafiro protegía al pékyu por completo y en instantes podría liberarse.

Hacía falta cierta fuerza para romper la jarra de Ogé del interior de la flecha, una fuerza que solo podía conseguirse si Zomi tomaba carrerilla y golpeaba en el blanco directamente. El cuerpo de Dafiro estaba demasiado cerca de la cubierta.

Gin asintió a Zomi, con el rostro sereno. *Se puede sacrificar cualquier piedra de cüpa.*

Zomi se abalanzó, sujetando la punta de la flecha como si fuera una lanza.

Gin se agarró a Na-aroénna todavía con más fuerza y una sonrisa iluminó su rostro plácido.

La flecha con punta de diamante penetró en el vientre de Gin; su gruñido fue acompañado por un sonido apagado de cristal rompiéndose muy dentro de su cuerpo. La jarra de Ogé se descargó.

La mariscal de Dara, el cadáver del capitán de la guardia de palacio y el gran Pékyu quedaron inmóviles. Centelleantes arcos de chispas saltaron entre los tres cuerpos conectados por La que Acaba con las Dudas.

La sacudida, transmitida por la punta de la espada, detuvo el corazón del pékyu al instante y atravesó el cuerpo de la mariscal. Gin agarró con fuerza la espada mientras su cuerpo se iba poniendo rígido hasta que finalmente

cayó despedida de espaldas contra la cubierta.

Zomi se arrastró sobre la oscilante cubierta hasta llegar al cuerpo de la mariscal. Cogió en su regazo a la mujer moribunda.

—¡Mariscal!

Gin tenía los ojos abiertos, pero parecía estar mirando mucho más allá de Zomi Kidosu.

—¿Está... está...?

—Sí, está muerto —dijo Zomi Kidosu.

—Bien —dijo la mariscal. Entonces cerró los ojos.

—¡Mariscal! —Zomi le acarició la cara.

Con los ojos todavía cerrados, Gin susurró:

—¡Para, Comadreja Gris, para!

Su voz se desvaneció, su cara se relajó y sus miembros se aflojaron.

—¡Mariscal, mariscal!

La mariscal de Dara ya no existía.

Era una mujer cuyo cuerpo merecía reposar en una capilla ardiente y recibir un funeral con los ritos más solemnes.

Zomi levantó la vista con los ojos nublados. A su alrededor, los barcos de Dara y de los lyucu daban vueltas en medio de la confusión. En ausencia de sus líderes, ambas flotas luchaban por su cuenta, inseguras de la marcha de la batalla. Las nubes de humo les impedían

ver la cubierta de *Orgullo de Ukyu*.

Aunque el espíritu de la mariscal hubiera abandonado su cuerpo, ella debía continuar el combate.

Zomi murmuró una disculpa a Gin Mazoti y arrastró su cuerpo sin vida hasta la proa del barco. Para entonces, la mitad de este ya se encontraba bajo el agua y la proa era su punto más elevado. Apoyó a Gin Mazoti contra el bauprés, que estaba casi vertical, y la ató firmemente a él.

Regresó al palio hecho jirones que había ocultado la figura yacente del emperador Ragin y recuperó el estandarte de Dara. Lo ató al astil de bambú de una flecha, lo colocó entre los

dedos sin vida de la mariscal y lo aseguró con un cordón de seda.

La bandera de la cruben sobre el mar ondeaba en el aire reverberante sobre el buque en llamas.

Arrastrándose sobre la cubierta del barco llena de restos, encontró pedazos de bambú y nervios de las hondas, con los que improvisó arneses que controlarían y guiarían los movimientos de los brazos de la mariscal.

También encontró varios trozos de alambre canalizador de una de las lanzas sedamóticas rotas y los colocó alrededor de los brazos de la mariscal. Siguió buscando y recuperó más jarras de Ogé de flechas sedamóticas rotas y

las conectó en paralelo.

Luego, agazapándose fuera de la vista, cogió los alambres con un par de astiles de bambú, como si estuviera manejando un enorme par de palillos de comer. *Dos palillos para los tallarines y el arroz*, una vez más le pareció escuchar la cálida voz de su tutor.

Los alambres son como los tallarines, ¿no?

Susurró una oración para que su maestro velara por ella y luego tocó con los alambres la superficie expuesta de la formación de jarras de Ogé.

Al igual que los miembros de las ranas de los laboratorios se movían en el agua y nadaban gracias a la energía de

la fuerza sedamótica, los brazos sin vida de la mariscal comenzaron a moverse y a dar sacudidas y, guiados por los arneses flexibles, ondearon con orgullo el estandarte de Dara en el aire.

Una y otra vez, Zomi tocó las jarras con los alambres. El acto parecía una profanación del cuerpo. El olor a carne quemada le saturó las fosas nasales. Tenía que reprimir las náuseas y continuar, convencida de estar haciendo lo correcto, de que la mariscal lo entendería.

Una brisa disipó el humo que rodeaba el bauprés, mostrando la figura de Gin Mazoti agitando la bandera.

Un único grito se elevó de la cubierta

de uno de los barcos de Dara.

—¡La mariscal está viva!

—¡El pékyu ha muerto!

Varias voces se unieron a la primera y luego algunas más, hasta que la oleada de voces retumbó de extremo a extremo del mar.

Gin Mazoti, mariscal de Dara, volvía a estar al mando de las fuerzas imperiales, aunque su cuerpo empezara a chamuscarse y despedir humo a causa de las potentes corrientes de fuerza sedamótica.

Cuando el harapiento estandarte de Dara ondeó en el aire en manos de la mariscal Gin Mazoti, la flota de Dara se

reagrupó. La duda había desaparecido de los corazones de los marineros. Los guiaba un dios de la guerra que había descendido de los cielos en una nave en llamas y acabado con la vida del líder de los hasta entonces invencibles lyucu.

Tampoco había duda de que esto era así en los corazones de los guerreros lyucu.

Agrupados en pequeños escuadrones de dos o tres, los barcos de Dara arremetieron contra los barcos-ciudad y las naves de apoyo de los lyucu y contra los barcos traidores de Noda Mi.

La suerte de la batalla había cambiado de bando.

Quando Tanvanaki dirigía su montura de regreso a la flota lyucu en desbandada se fijó en la plataforma de observación que se destacaba en la playa del golfo como una colina artificial. En lo alto estaba sentada una figura solitaria vestida con galas cortesanas, adornada con joyas relucientes y envuelta en una amplia túnica de seda color rojo vivo: *¿Sería la emperatriz Jia de Dara?*

Korva estaba cansada y sus reservas de gas elevador casi agotadas, pero no podía dejar pasar esa oportunidad. Tanvanaki apretó las mandíbulas y ordenó a su montura alterar el rumbo y acercarse a la plataforma. Convertiría a la emperatriz en un montón de cenizas o

la obligaría a capitular. La batalla aún no estaba perdida.

Korva se encabritó al llegar a la plataforma. Sus alas se batían con un ruido sordo y creaban turbulencias alrededor de la emperatriz, revolviendo sus largos cabellos rojizos. La mujer estaba envuelta en un halo de locura.

—¿Sois la emperatriz Jia, la usurpadora del Trono de Dara? —gritó Tanvanaki desde el lomo de Korva.

—Soy Jia, la emperatriz regente de Dara.

—¡Rendíos! —dijo Tanvanaki.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Jia, echándose a reír, y su risa sonó como el estallido delirante de alguien que ha

perdido completamente el juicio—. Mi marido ha muerto; mi hijo ha sido esclavizado. Pero no puedo rendirme a ti porque ya estoy muerta.

Entonces Tanvanaki se dio cuenta del humo que se arremolinaba alrededor de la plataforma y de las llamas que subían por los costados de la elevada estructura. Toda la plataforma era una pira funeraria y no era Korva quien había prendido el fuego.

Esto es otro truco, pensó Tanvanaki. No tenía sentido que la gobernante de Dara, el poder que sustentaba el trono del joven emperador, estuviera ahí sentada, indefensa, lejos de Ginpen. No tenía sentido que la emperatriz regente

de Dara se inmolará. La única explicación lógica era que no se tratara de Jia, sino de alguna pobre loca puesta como señuelo para hacerla aproximarse a la plataforma, que debía contener algún tipo de trampa.

—¡Retirada, retirada! —gritó a través del tubo colocado apoyado en el cuello de Korva y, para asegurarse, hincó sus espuelas en la gruesa piel.

Korva gimió y dio la vuelta, batiendo las alas esforzadamente a causa del agotamiento mientras alejaba a Tanvanaki y a su tripulación del taimado mecanismo que las astutas gentes de Dara hubieran ocultado en la plataforma.

Mientras la emperatriz continuaba

riéndose de la princesa Iyucu en retirada, sus asistentes salieron apresuradamente de sus escondites en los arbustos a los pies de la plataforma e intentaron desesperadamente apagar el fuego que lo devoraba. Al final, tuvieron que convencer a Jia de que saltara desde lo alto y la recogieron en una lona, un mecanismo de escape inventado en el pasado para el emperador Mapidéré.

Korva se posó de golpe sobre la cubierta de uno de los últimos barcos-ciudad que quedaban.

Noda Mi se encogió de miedo a los pies de la gigantesca bestia, que se esforzaba por recobrar el aliento, con el

pecho agitado como una montaña viviente. La garinafin había consumido prácticamente toda su reserva de gas elevador durante la tentativa de incendiar la ciudad de Ginpen. A duras penas había conseguido regresar de una pieza. Los jefes lyucu se apresuraron a asegurarse de que Tanvanaki estaba bien y a ponerla al día de las últimas noticias. Cuando señalaron a Noda Mi, les hizo un gesto imperioso para que guardaran silencio.

—Princesa —dijo Noda Mi arrodillándose y tocando la cubierta con la frente.

—¿Por qué has actuado así? —preguntó Tanvanaki desde el lomo de

Korva.

—El agua fluye de los lugares elevados a los bajos —replicó Noda Mi—, pero las personas siempre intentan subir de los lugares bajos a los elevados.

Tanvanaki asintió.

—Lo que hoy has hecho por los lyucu no caerá en el olvido.

Luego se giró hacia los thanes que habían acudido a saludarla.

—Rescatad a todos los supervivientes que podáis y preparad la retirada.

—¡Pero las aeronaves imperiales han desaparecido! —protestó Noda Mi—. Y nuestros barcos superan en número a los

suyos.

Tanvanaki sacudió la cabeza.

—Aunque consiguiéramos acabar con su flota, tendríamos que luchar contra ellos en tierra sin ningún apoyo aéreo.

—¡Pero su ejército apenas cuenta con unos centenares de hombres y la propia Ginpen carece de defensas!

—Seguramente eso no es más que un truco —dijo Tanvanaki—. He volado sobre Ginpen y lo he atacado con Korva y no ha salido ni una sola brigada de incendios para evitar que se propagara el fuego. Eso solo puede significar que nos han tendido otra trampa. No repetiré el error de la arrogancia de mi padre.

El lúgubre sonido de la trompeta de hueso anunció la retirada y los thanes y guerreros lyucu de los barcos-ciudad, aterrorizados por las hazañas de la mariscal Gin Mazoti, obedecieron las órdenes de la princesa sin cuestionarlas.

Si Gin Mazoti hubiera podido contemplar la retirada de la flota lyucu desde el otro lado del Río en el que Nada Flota probablemente habría sonreído contenta. Su reputación había protegido Dara incluso tras su muerte.

Ginpen ardía y estaba realmente indefensa. Pero la ciudad vacía había espantado a la intrépida princesa lyucu.

Ya que nos han invocado las dos partes,

¿podemos aclarar quién ha estado interfiriendo?

Como siempre, la voz burlona pertenecía a Tazu, aunque tal vez ahora sería más exacto decir Péten-Lutho-Tazu.

Ninguno de los otros dioses dijo nada.

No voy a perder el tiempo hablando de las repugnantes langostas, pero entregar a los mortales el regalo de la fuerza sedamótica fue una decisión temeraria. Una vez más, no estrictamente contra las reglas, pero casi.

Los mortales descifraron el secreto por sí mismos. Rufizo y Kiji no hicieron

más que enseñarlos y guiarlos. De hecho, podría decirse que tú mismo les echaste una mano cuando golpeaste a Zomi. Sin embargo, cuestiono la decisión de incitar las peores tendencias de Noda Mi.

Si vamos a aceptar los sacrificios de los lyucu, entonces... Todavía no puedo creer que nos hayan convertido en dos caras de la misma moneda y que tenga que discutir conmigo mismo.

Créeme, estoy tan preocupado como tú por esto, aunque no deja de tener sentido. No siempre es fácil distinguir entre azar y elección.

Las gentes de Dara están cambiando, hermanos y hermanas. Los

lyucu no van a marcharse.

Los mortales tienen que encontrar el modo de solucionar esto, al igual que nosotros.

Detesto cuando nos ponemos de acuerdo.

No puedo llevarte la contraria en ese punto.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

UN EMISARIO DE LEJANAS TIERRAS

UN LUGAR SOBRE EL MAR ENTRE
RUI Y LA ISLA GRANDE: DÉCIMO
SEGUNDO MES DEL DÉCIMO
SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE
LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Las dos pequeñas aeronaves mensajeras estaban inmóviles en el cielo, una junto a la otra, con la puerta de la barquilla

abierta de par en par.

A bordo de una de ellas iba Pékyu Vadyu, también conocida como Tanvanaki, gobernante de Rui y Dasu, protectora de Dara, consorte del emperador Thaké.

A bordo de la otra, la emperatriz Jia, regente de Dara.

La cumbre se celebraba en el aire a propuesta de Tanvanaki. A esa altura, muy por encima de la superficie del mar, no tenía que preocuparse de que las taimadas gentes de Dara intentaran atacarla con una cruben mecánica. Además, ambas partes tenían suficiente visibilidad para no temer que hubiera una flota fuera de la vista preparada

para capturar como rehén a cualquiera de las dos.

—Exigís que os paguemos tributo — dijo la emperatriz Jia con la voz serena; la maniobra de los lyucu no la había sorprendido. Tras las desastrosas decisiones de Pékyu Tenryo en Rui y Dasu, no tenían provisiones suficientes para alimentar a la población todo el invierno.

—Pensad en ello en términos comerciales, si eso os hace sentir mejor —dijo Pékyu Vadyu—. Nos pagáis con comida y ropa a cambio de que no os eliminemos de inmediato, como las langostas que sois.

—Eso es una fanfarronada vacía,

teniendo en cuenta lo mal que os fue la última vez que intentasteis llevar a cabo vuestras amenazas —dijo la emperatriz.

—Todavía contamos con más de veinte garinafins —dijo Pékyu Vadyu—. Y nuestra flota se ha visto incrementada por la aportación de Noda Mi, probablemente el único hombre prudente de los que habéis tenido a vuestro servicio. La última vez fuimos clementes y nos detuvimos en el momento de la victoria. ¿De verdad queréis tentar a la suerte?

Jia contuvo un suspiro. En apariencia, la Batalla del Golfo de Zathin fue una gran victoria de Dara, y así lo habían presentado el primer

ministro Cogo Yelu y la consorte Risana. Pero cualquiera que conociera el panorama de la situación estratégica sabía que el ganador no estaba tan claro.

El príncipe Phyro clamaba pidiendo guerra y venganza para su padre, pero tanto Jia como Théra —ahora la emperatriz Üna— sabían que la paz era la única opción realista para Dara por el momento. Los lyucu estaban agotando sus provisiones, es cierto, pero la situación en Dara era todavía peor: habían perdido todas las aeronaves imperiales; el Tesoro estaba prácticamente vacío; los nobles y los mercaderes se quejaban de que la guerra prolongada estaba perjudicando sus

intereses; el Colegio de Abogados criticaba la guerra porque no formaba parte de las preocupaciones centrales de las clases elevadas; los eruditos parecían más interesados en censurar la heterodoxa decisión del emperador al nombrar sucesora a una mujer, lo que rompía con todas las valiosas tradiciones y creencias, que en la amenaza lyucu; y, lo peor de todo, el mariscal Gin Mazoti había muerto y no existía en toda Dara ninguna mente táctica capaz de reemplazarla.

Además, no todos habían sido testigos del decreto final de Kuni Garu, y se rumoreaba que la emperatriz Jia se aferraba al poder como regente de modo

ilegítimo. Las pretensiones rivales del emperador Thaké y de la emperatriz Üna al trono habían generado acaloradas discusiones y razonamientos entre los literatos y las familias nobles, y Jia sabía que los argumentos aparentemente intelectuales eran en realidad intentos disimulados de presionar a ella y a Théra para que garantizaran nuevas concesiones a ciertas facciones.

Es difícil conducir a la guerra a un pueblo libre, reflexionó Jia. *Hay que equilibrar demasiados intereses. Hay que satisfacer demasiados deseos egoístas.*

—Aceptamos vuestras condiciones —dijo la emperatriz Jia—, solo si os

comprometéis a no declarar la guerra a Dara en diez años.

—Solo si mantenéis nuestro «comercio» —dijo Pékyu Vadyu—. Y la cantidad de grano, pienso, oro y seda que nos enviéis deberá incrementarse en un décimo cada año.

—¡Eso es un robo!

Pékyu Vadyu sonrió.

—Nos llegarán refuerzos en unos cuantos meses. Puedo prometeros que nunca obtendréis mejores condiciones que estas. No pongáis a prueba nuestra paciencia.

Junto a Jia se encontraba Zomi Kidosu, ahora la nueva secretaria de clarividencia, quien murmuró al oído de

Jia:

—Las gentes de Dasu y Rui morirán de hambre si no enviamos el tributo que los lyucu nos exigen. Tenemos que aceptar, por el bien del pueblo.

Jia suspiró mentalmente. Las palabras de Zomi estaban cargadas de verdad. La utilización de las langostas como táctica bélica era en parte responsable de la falta de provisiones en Dasu y Rui.

La emperatriz Üna había recomendado a Zomi para el antiguo puesto de Rin Coda, sugiriendo que se ampliasen sus responsabilidades. Zomi no solo estaba a cargo del aparato de inteligencia sino que también era la

encargada de coordinar la investigación en artes aplicadas con los laboratorios imperiales de Ginpen y de analizar las tendencias económicas y políticas para aconsejar a la corte sobre las amenazas inminentes. Una auténtica «clarividente», como dijo Théra.

Jia aceptó de mala gana. Estaba convencida de que no se podía confiar en que los lyucu cumplieran un tratado de no agresión durante diez años, pero realmente no tenía elección.

—Aceptamos vuestras condiciones —declaró la emperatriz.

—Vuestra consejera es realmente sensata —dijo Pékyu Vadyu con una sonrisa. Zomi se sobrecogió con el

elogio y se retiró a las sombras.

—Creo que ya hemos concluido lo que veníamos a hacer —dijo Jia con frialdad.

—Solo una cosa más —dijo Pékyu Vadyu—. Como muestra de buena fe, me gustaría que me dierais todas las joyas que lleváis encima.

Los ojos de Jia emitieron un destello de furia.

—¿Qué clase de estupidez es esa?

—Consideradlo un adelanto del pago —dijo Tanvanaki, en tono desenfadado—. Aún tengo que convencer a mis thanes de que esta paz nos favorece; un regalo vuestro haría mucho más tangible mi retórica.

Zomi y la emperatriz se miraron.

Interesante, articuló Zomi moviendo los labios. Quizá la posición de Tanvanaki entre los suyos no sea tan sólida como pensamos.

Jia asintió. Puede que esta exigencia de joyas sea algún tipo de humillación ritual del adversario que le sirva para apuntalar el respaldo de los thanes rebeldes. Podemos seguirle el juego —y ya haremos más averiguaciones con nuestros espías.

—Aceptaré vuestra extravagante demanda —dijo la emperatriz—. Pero no lo consideréis un gesto de sumisión.

—Claro que no —dijo Tanvanaki—. Más bien lo veo como... un regalo de mi

suegra.

Apretando los dientes, la emperatriz se retiró las horquillas de coral del moño, dejando que las largas trenzas rizadas le cayeran alrededor de la cara; se quitó los pendientes de jade y el collar de concha de cauri; incluso retiró los broches de diente de león de su túnica. Colocó todo en un platillo de té y se lo pasó a la pékyu al extremo de una larga pértiga de bambú que hacía de puente entre ambas naves.

—Decidme, como haría una buena amiga, de dónde proviene cada pieza —dijo la pékyu—. A fin de cuentas, me gustaría describirlas adecuadamente.

La emperatriz hizo lo que le pedía y

le explicó el origen y el significado de cada cosa.

—También vuestra consejera —dijo Tanvanaki—. Quiero todo lo que lleva ella también.

Sorprendida, la mano de Zomi se dirigió a la sarta de bayas de zomi que le rodeaban el cuello.

—Las llevo en recuerdo de mi maestro, Luan Zyaji, al que asesinasteis.

—¿De qué están hechas esas cuentas? —dijo Tanvanaki—. ¿Es coral?

—No, son bayas que descubrió él mismo en la isla de la Media Luna y las llamó de ese modo por mí. Por favor, el único valor que tienen es sentimental. Os suplico que me permitáis

conservarlas.

Pékyu Vadyu se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Luan podría haber llegado a ser un miembro importante de mis ayudantes. Es una pena que no comprendiera los vientos cambiantes del poder, a pesar de sus conocimientos. ¿De verdad estás dispuesta a poner en peligro la paz porque no puedes desprenderte de un puñado de bayas? Siempre te quedarán sus recuerdos.

Aturdida, Zomi se quitó la sarta de bayas del cuello y observó mientras la emperatriz se las pasaba a la pékyu por el aire.

—Mi hijo es un necio, pero tiene

buen corazón —la emperatriz no pudo evitar decirle una última cosa—. Sean cuales sean los juegos políticos que os motivan, haced el favor de tratarlo bien.

—Adiós, emperatriz de Dara.

Las puertas de las barquillas se cerraron y las dos aeronaves partieron hacia sus respectivos hogares.

En la barquilla de la nave Iyucu, Pékyu Vadyu casi se desploma. Había tenido que controlarse mucho para no saltar el hueco que separaba ambas barquillas y arrancar la sarta de tolyusa que llevaba Zomi Kidosu al cuello. Y el bebé estaba dándole patadas en el vientre, posiblemente como reacción a su estrés,

lo que aumentaba su malestar.

La tolyusa era una planta autóctona de Ukyu y Gondé, fundamental para la vida del pueblo de las planicies y de los garinafins. Las bayas de esta planta aromática cuya fragancia y sabor recordaban al fuego eran un alucinógeno poderoso utilizado en las ceremonias religiosas en honor al Padre de Todos, a la Madre de Todos y a sus numerosos hijos.

Todavía más importante era el papel de la tolyusa en el ciclo reproductivo de los garinafins. Las hembras tenían que consumir grandes cantidades de bayas para tener hijos sanos. Como sus efectos alucinógenos eran tan fuertes y los lyucu

no querían que los garinafins tuvieran muchas crías durante la larga travesía de Ukyu a Dara, Pékyu Tenryo había guardado el suministro de tolyusa en una bodega segura del barco. Esa fue la bodega a la que Luan Zya prendió fuego.

La pékyu se había esforzado por presentar una falsa imagen de confianza y poder durante la negociación con la emperatriz Jia. Al estar privadas de tolyusa, las garinafins no habían tenido crías desde su llegada a Dara. Los adultos eran cada vez más ingobernables y, de no encontrar pronto un nuevo suministro, Pékyu Vadyu se vería obligada a ejecutar a algunos por motivos de seguridad.

Pero ahora los dioses sonreían a los lyucu. Había tolyusa en Dara.

LA ISLA DE LA MEDIA LUNA:
PRIMER MES DEL PRIMER AÑO
DEL REINADO DE LA ESTACIÓN
DE LAS TORMENTAS

La aldea situada al pie del escarpado acantilado mostraba un aspecto adormecido en pleno invierno.

Képulu y Seji estaban fuera, metiendo nieve a presión en un cubo con el fin de hervirla y obtener agua. Cada cierto tiempo se detenían para contemplar el paisaje invernal que las rodeaba. Las ramas de los descomunales

árboles situados en el extremo del claro estaban cargadas de nieve y ligeramente combadas. Casi no se apreciaban signos del incendio que devastó el lugar hacía doce años.

La naturaleza sanaba rápidamente.

Les llamó la atención un sonido de alas batiéndose. Cuando miraron hacia arriba, una gran bestia irrumpió de entre las nubes —cuello de serpiente, alas correosas, cabeza con astas y ojos fríos y sin pupilas— y se dirigió hacia el acantilado de detrás de la aldea. Para su asombro, observaron que a lomos de la extraña criatura había pequeñas figuras: personas.

La bestia hizo una pasada sobre sus

cabezas y desapareció al otro lado del acantilado. Las dos mujeres se miraron y corrieron por la nieve para informar al Anciano Comi de lo que habían visto, olvidando tras ellas el cubo en la nieve.

La expedición lyucu llevaba semanas explorando la isla en busca de tolyusa, despegando cada día de la cubierta de un barco-ciudad que recorría la costa norte de la isla de la Media Luna. Los jinetes y sus monturas estaban impacientes por la falta de éxito. Por lo general, se limitaban a volar al amanecer o al anochecer, pero como la temporada de caza de primavera se aproximaba, se arriesgaron a buscar tolyusa a plena luz del día. Necesitaban

encontrar lo que buscaban antes de que los nobles menores de Dara llegaran a la isla en busca de trofeos de colmillos de jabalí e interpretaran sus incursiones a la isla de la Media Luna como un acto de guerra.

El garinafin dio una sacudida repentina y se lanzó en picado. El piloto golpeó su cuello para que aminorara el picado, pero el garinafin respondió aumentando la velocidad. Jinetes y piloto no tuvieron otra opción que agarrarse con fuerza a sus arneses mientras descendían a una velocidad vertiginosa.

El garinafin aterrizó en un claro del bosque encima del acantilado y mugió

de modo triunfal.

Los jinetes lyucu miraron a su alrededor, deslumbrados.

El garinafin se encontraba en mitad de lo que parecía ser un flujo de lava fresca que atravesaba el claro cubierto de immaculada nieve. El fuerte olor a fuego y humo contribuía a aumentar la impresión. Pero un examen más detallado reveló que la «lava» estaba formada por una alfombra de plantas cuyas hojas, brotes y flores eran color rojo vivo. La tolyusa era una planta robusta que florecía en invierno y daba las bayas en primavera.

Los guerreros lyucu descendieron del garinafin, se hincaron de rodillas y

lloraron de alegría. En el corazón del invierno, habían hallado la esperanza de renovación.

—¡El Padre de Todos nos protege!

—¡Alabemos a los dioses de esta nueva tierra!

Hace años, cuando Pékyu Tenryo envió sus expediciones exploratorias a Dara, uno de los barcos intentó atravesar el Muro de las Tormentas. El barco naufragó, pero la carga de tolyusa que transportaba para facilitar la comunicación con los dioses durante el largo viaje sobrevivió, fue arrojada hasta la costa y pasó por los intestinos de pájaros y otros animales hasta que las semillas arraigaron aquí, sobre las rocas

volcánicas más inhóspitas de las islas de Dara.

ALGÚN LUGAR CERCA DE LAS
COSTAS DE NOKIDA: PRIMER
MES DEL PRIMER AÑO DEL
REINADO DE LA ESTACIÓN DE
LAS TORMENTAS

Una flota de pequeños botes de la península Itanti rodeaba a la ballena de cabeza abovedada al este de Nokida.

Este era el Año de la Ballena y el invierno su estación de caza.

Las ballenas, orondas de grasa, emigraban a los océanos meridionales para reproducirse. En su ruta, las

manadas de ballenas pasaban cerca de La Garra del Lobo, el extremo suroriental de la isla Grande y las islas Tunoa. Los pescadores que tenían suficiente valor para tomar el arpón y unirse a una de las flotas balleneras esperaban ilusionados conseguir su parte de los grandes beneficios que producían el aceite de ballena, su carne y sus huesos, todos los cuales alcanzaban buenos precios en Dara.

Los remeros de los pequeños y estilizados botes, de unos veinte pies de largo, se tensaban en sincronía e impulsaban la ballenera que se deslizaba sobre el mar agitado tan rápida como el vuelo de un dyran. El

hombre joven que estaba de pie en la proa del bote que estaba sujetando en alto un arpón parecía una visión de Tazu.

El bote estaba dando alcance a la oscilante figura negra de la ballena que se columbraba entre las olas.

—¡La tengo! —gritó el hombre joven y, emitiendo un gruñido, arrojó el arpón. El arma se clavó en el lomo de la ballena y la cuerda que colgaba de ella empezó a desenrollarse a toda velocidad.

—¡La tenemos! ¡La tenemos! —la tripulación de la ballenera avisó a los otros botes. Mientras la cuerda seguía desenrollándose, se dieron la vuelta en el bote y comenzaron a remar en sentido

contrario mientras los demás botes se acercaban.

La ballena más grande y más buscada era la de cabeza abovedada, así llamada por su gran cabeza protuberante, que contenía un gran melón de cera muy apreciado desde tiempos antiguos como lubricante e ingrediente base de muchos cosméticos. Se decía que esta ballena podía derretir y congelar la cera del melón para ajustar su flotabilidad en el agua —el equivalente líquido, tal vez, de las bolsas de gas de los garinafins.

El ejemplar al que hoy daban caza era un macho de tamaño medio, unos cincuenta pies de largo.

Cuando los demás botes estuvieron

lo bastante cerca, las tripulaciones arrojaron cables con garfios que la tripulación del bote arponero utilizó para amarrarlos juntos. Pronto, las cinco balleneras estaban unidas como una línea de pesca y el cable sujeto al arpon a punto de llegar a su tope.

—¡Preparaos! —gritó el hombre joven, sentándose dentro del bote para agarrarse, mientras el cable dejaba de correr y la fuerza de la ballena sacudía toda la línea de botes hasta casi levantarlos del agua—. ¡Agarraos! —volvió a gritar.

Los pescadores de los cinco botes hundieron los remos en el agua y aguantaron, dejando que las palas de los

remos actuaran como freno. Era una competición de fuerza. Los remeros tenían que ejercer la máxima tensión sobre la ballena y evitar al mismo tiempo que se sumergiera y escapara.

Su objetivo era agotarla, no matarla.

Esto era así porque el material máspreciado de una ballena de cabeza abovedada no era la cera de su cabeza, sino el ámbar vivo: un material blando y de aspecto cerúleo secretado por sus intestinos. Tenía un olor dulce que parecía de otro mundo y era un ingrediente muy apreciado en la fabricación de perfumes e incienso, en la medicina y en la industria.

La mejor forma de recolectar el

ámbar vivo era provocando que la ballena lo vomitara. Como era mucho más valioso que el resto del animal, los mejores balleneros aprendieron a agotarlas con una caza prolongada hasta que vomitaban el valioso material antes de permitir que se marcharan y pudieran desarrollar más ámbar vivo para la siguiente temporada. Los balleneros eran como los granjeros que van recogiendo los huevos de la gallina de oro en lugar de matarla y truncar las posibilidades de obtener beneficios en el futuro.

La ballena de cabeza abovedada se dirigía directa hacia la costa de la isla Grande. Esto era bastante raro, ya que

las ballenas suelen dirigirse a mar abierto cuando les clavan un arpón, pero no completamente insólito.

Lo que *sí* era insólito es que continuara nadando con tal vigor media hora después de ser arponeada. Las tripulaciones de los botes estaban bastante satisfechas. Cuanto más se acercara a tierra antes de vomitar por agotamiento, menos distancia tendrían que remar para volver a casa. Era como un viaje gratis.

Cuando se aproximó al litoral, ni siquiera redujo la velocidad.

—¿Va a vararse? —preguntó uno de los hombres.

—Menuda suerte, dar con una

ballena que no quiere vivir —dijo otro con voz apenada. Los balleneros que perseguían a las ballenas de cabeza abovedada solían establecer vínculos con esas criaturas majestuosas a lo largo del tiempo. Como su objetivo no era matarlas, sino la extracción de un recurso valioso de unas criaturas a las que querían mantener vivas, una ballena suicida era motivo de tristeza.

—¡Sujetad bien! —gritó el hombre joven que había lanzado el arpón.

Zambulléndose en las olas, la ballena se deslizó hasta la playa, abrió sus fauces dentadas y vomitó.

Sobre la playa cayeron en cascada grandes coágulos de ámbar vivo gris

negruzco, con la consistencia y la apariencia de lava que empezaba a solidificarse. Los niños que jugaban en la playa gritaron encantados por la buena captura. Fueron hasta el cuerpo todavía jadeante de la ballena para examinar el premio y ver si podían ayudar a la ballena a volver al mar.

Los niños juntaron los coágulos de ámbar vivo y se quedaron mirando la masa que habían apilado. El olor era acre, fuerte, una mezcla compleja de almizcle, tierra, alcanfor y hierbas.

La masa empezó a moverse.

Los niños chillaron.

Surgió la figura de un hombre, arrastrándose sobre manos y rodillas y

cubierto de la sustancia cerúlea.
Escupía, tosía y tenía arcadas.

—Matad a la ballena —dijo con voz ronca.

Luego se desplomó y dejó de moverse.

PAN: PRIMER MES DEL PRIMER
AÑO DEL REINADO DE LA
ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

El hombre salido del vientre de la ballena estaba delante del Trono del Diente de León y comenzó su discurso titubeante ante la atenta mirada de la emperatriz Üna y la emperatriz Jia.

—Mi nombre es Takval Aragoz, hijo

de Souliyan Aragoz, hija de Nobo Aragoz, el último pékyu de los agon...

Utilizaba palabras simples acompañadas de múltiples gestos, pero la importancia de lo que estaba diciendo quedaba clara.

Tras la conquista de Gondé por Pékyu Tenryo, los agon se dispersaron hasta los límites de las planicies, esclavizados por las tribus de los lyucu.

Lejos de los lagos de agua dulce, de los cauces de los ríos, de las aguas de deshielo de las lejanas montañas nevadas, los agon lucharon por sobrevivir a duras penas en los desiertos del sur, en las tundras heladas

del norte, en las montañas áridas del este.

Ese era el destino de los perdedores. Según la ley de las planicies, los débiles se sometían a los fuertes.

El año en que Takval cumplió los doce, llegaron a todos los asentamientos agon mensajeros de la gran tienda de Pékyu Tenryo en Taten anunciando que cada familia agon tenía que entregar un hijo para el pékyu como tributo.

La madre de Takval, Souliyan, era la hija más joven de Nobo Aragoz, el último pékyu agon. Tanto ella como su hermano, Volyu Aragoz, salvaron la vida cuando toda la familia Aragoz fue asesinada porque sus madres eran

esclavas y Nobo nunca llegó a reconocer formalmente su paternidad. Aun así, los agon supervivientes trataron a Souliyan y Volyu como las únicas conexiones con su antigua gloria.

Pero ni siquiera la antigua Primera Familia se salvó de la orden de Tenryo, así que Takval Aragoz, descendiente del último pékyu, acudió a la capital.

Allí se convirtió en uno de los mozos de cuadra del pékyu. Se ocupaba de los garinafins, los alimentaba, cuidaba a las crías y limpiaba sus excrementos. También llegó a conocer bien a los otros esclavos.

Muchos eran supervivientes de la expedición del almirante Krita. Le

enseñaron la lengua de Dara y le contaron las maravillas de esa tierra lejana. Supo de los molinos de viento y los molinos de agua, de las armas de bronce y acero, de aeronaves que podían volar durante semanas y de hombres inteligentes que podían imaginar y construir barcos tan grandes como montañas.

A la mayía de los esclavos, estas historias solo les servían de entretenimiento vespertino pero, para Takval, fueron algo más. Hablaban de esperanza.

Luego, cuando cumplió los diecinueve, Pékyu Tenryo anunció que iba a enviar un ejército para conquistar

el espléndido paraíso que se hallaba en la lejana tierra de Dara.

Al igual que los demás esclavos, guerreros y thanes lyucu que no formaban parte de la expedición, fue a la costa a ver partir los barcos-ciudad. Cuando los despedía con vítores, deseó con todas sus fuerzas poderles acompañar. Pero su objetivo no era ser testigo del triunfo de Pékyu Tenryo.

Dos años más tarde le llegó la oportunidad.

El príncipe Cudyu anunció una segunda expedición a Dara para asegurar los frutos de la conquista de Pékyu Tenryo; no habían llegado noticias de la primera expedición pero, ¿quién

podía dudar de que el pékyu hubiera logrado su objetivo?

Takval se presentó como voluntario para ser remero en esta segunda flota. Aunque pocos esclavos agon habían llegado a conquistar la confianza de sus amos, Takval siempre se había distinguido por su extraordinaria devoción en el cuidado de los garinafins del pékyu, y el príncipe Cudyu aprobó su petición.

La segunda flota zarpó una mañana de verano. En esta ocasión, junto con los guerreros, garinafins y ganado, los barcos-ciudad también llevaban familias a bordo: abuelas, abuelos, niños, niñas, bebés y familias de esclavos de

confianza. Los lyucu no iban solo a conquistar, iban a colonizar.

Una mañana, cuando llevaban seis meses de travesía, Takval escuchó al capitán hablando de madrugada con sus principales oficiales. Sin la ayuda del inteligente bárbaro de Dara, Luan Zya, los cálculos para la segunda expedición habían fallado. Las provisiones se estaban agotando y la solución que proponía era la de arrojar al mar a algunos de los esclavos que llevaban, empezando por los agon.

Así que a Takval Aragoz se le ocurrió un plan atrevido. Bien entrada la noche, consiguió burlar a los vigilantes de cubierta, robó uno de los coracles

que transportaban los barcos-ciudad y lo cargó con artículos que utilizaría para negociar el futuro de su pueblo. Antes de que su traición fuera descubierta, estaba en el agua alejándose a remo.

Cuando salió el sol, la flota había desaparecido de la vista. No tenía ni idea de cómo iba a atravesar el legendario Muro de las Tormentas, lo único que sabía era que tenía que escapar, que tenía que intentarlo. Se dejó llevar por la corriente soñando con las tierras fantásticas de Dara.

Entonces, una gran ballena de cabeza abovedada emergió junto a su coracle volcándolo. La ballena lo tragó junto con todos sus bienes y el resto fue un

largo sueño.

—¿Qué quieres de nosotros, príncipe de Agon? —preguntó la emperatriz Jia.

—Una alianza entre nuestros pueblos contra el enemigo común —dijo Takval—. Un vínculo tan estrecho como el que el garinafin establece con su jinete contra los fieros lobos o los tigres de colmillos.

—Podemos luchar solos contra los lyucu —dijo la emperatriz—. Los hemos vencido y volveremos a hacerlo.

—¿Podéis vencer a otra oleada de garinafins? Los lyucu están en camino y con ellos centenares de bestias aladas.

—¿Qué ofreces a cambio?

Takval señaló las docenas de cuerpos ovoides que había a sus pies, cada uno del tamaño de la cabeza de un hombre. Los encontraron los balleneros cuando abrieron el cadáver de la ballena.

—Esto.

—¿Qué es eso?

—Huevos de garinafin.

El príncipe Cudyu había pensado que la mejor manera de transportar un gran número de garinafins a Dara era hacerlo en forma de huevos. Una vez allí, podrían incubarse por tandas e irlos incorporando paulatinamente al ejército. Era más seguro y más eficiente que transportar solo adultos y jóvenes inmaduros.

Théra y Jia se miraron.

La emperatriz Üna la imploraba con los ojos. *Por favor, madre. Tener nuestros propios garinafins cambiará la suerte de Dara.*

Jia se inclinó hacia adelante.

—¿Qué impide que te los quitemos sin más? Después de todo, no tienes nada más que ofrecer.

—Me ha llevado años aprender a cuidar de los garinafins. Sin mis conocimientos, las crías morirán y nunca conseguiríais que obedecieran vuestras órdenes.

La emperatriz Jia entornó los ojos.

—¿Qué tipo de ayuda quieres que te ofrezcamos?

—El Muro de las Tormentas está a punto de abrirse, por eso la flota del príncipe Cudyu viene de camino. Os pido que, cuando se abra, enviéis una flota a Ukyu y Gondé para ayudar a liberarse a mi pueblo.

Las dos emperatrices volvieron a mirarse.

No podemos permitirnos empezar una nueva guerra, y mucho menos a miles de millas al otro lado del océano.

—Y, como gesto de buena voluntad, os solicitamos un matrimonio real con una princesa imperial de la Casa del Diente de León.

El Gran Salón de Audiencias quedó completamente en silencio.

Théra apenas podía contener su respiración agitada ante la osadía de la demanda. Miró al joven. Parecía serio y resuelto, tenía facciones cinceladas, tez clara y bonito pelo. *¿Pero un matrimonio?*

Miró a Zomi Kidosu y en un instante se dijeron todo.

—Conseguiremos sonsacarle sus secretos, hija. Le administraré hierbas que anulen su voluntad hasta que balbucee como un idiota. Risana lo envolverá en humo hasta que obedezca cada orden que le demos. Y, si nada funciona, lo torturaremos hasta que nos dé gustosamente todo lo que le pedimos.

No tienes por qué preocuparte.

—No, madre. Si llegas a intentar cualquiera de esas estratagemas, te despojaré de todo tu poder. Ya hemos visto el coste de tus métodos. Yo, por mi parte, no estoy dispuesta a pagarlo.

—Realmente, eres más fuerte que tus hermanos —musitó Jia.

—¿Te decepcionó que padre me nombrara su heredera en lugar de nombrar a Phyro? No era eso lo que habían planeado, ¿verdad?

—No, no estoy decepcionada, no es eso. Tu padre estaba convencido de la importancia de elegir al heredero adecuado para evitar la caída del imperio de Mapidéré, pero yo siempre

he querido una Dara en la que no importe quién sea el emperador. Tu fuerza solo hace que las cosas sean más complicadas.

—Tal vez mi fuerza sea exactamente lo que Dara necesita.

—Sigo siendo la regente.

—Solo hasta que esté preparada. Sé que deseas lo mejor para Dara, pero hay líneas que no pienso cruzar. Yo resolveré esto, a mi manera.

El mar se separó como si estuviera en guerra consigo mismo.

Lutho, mi entrometido hermano, tengo que aplaudirte. ¡Mantener vivo a un mortal en el vientre de una ballena

no es tarea fácil!

*¿Te importaría no gritarme al oído?
Nuestras cabezas están unidas al
mismo torso.*

*¿Cómo justificas esa pequeña
interferencia?*

*Salvar vidas del mar despiadado es
algo que he hecho desde tiempos
inmemoriales; es parte de mi
responsabilidad.*

*Lo que no soy capaz de imaginar es
cómo conseguiste que la ballena
llegara a tragárselo. ¿Pensaste que era
una buena forma de atravesar el Muro
de las Tormentas?*

*Que se lo tragara fue obra del azar.
Solo cuando la ballena entró en Dara*

pude poner mis artes en práctica.

«Azar». Me gusta como suena. Aunque no pueda traspasar el Muro de las Tormentas, me encanta saber que el resto del mundo sigue mis reglas.

O puede que lo que nos parece azar sea cálculo a ojos de Moäno, el Rey de Todas las Deidades.

No puedes dejarme ganar, ni siquiera una vez, ¿verdad?

Y el mar siguió agitado, en eterna discusión consigo mismo.

PAN: SEGUNDO MES DEL PRIMER
AÑO DEL REINADO DE LA
ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

*Señores y señoras,
escuchad con
atención.*

*Mis palabras os
describirán escenas
de lealtad y valor.*

*Hablo de una heroína —
reina, mariscal,
estratega, sabia,*

*Que aunque llevara
vestido nunca lloró.*

*Honor, traición, dudas
eternas, ambición:*

*Más allá de las palabras
con sus proezas logró
labrarse un lugar entre
los grandes de Dara*

con honor.

*Si con tragos aflojáis mi
lengua y con monedas
animáis mi corazón,
todo se os ha de
mostrar cuando
llegue la ocasión...*

En el interior de la Jarra de Tres Patas, la estufa de leña templaba el aire y bañaba el ambiente con una luz suave y difusa. En el exterior bramaba una tormenta de nieve que dibujaba flores de hielo en los cristales de las ventanas.

—No me gusta este narrador de historias —dijo Fara furiosa.

—¿Qué es lo que no te gusta de él,

Ada-tika? —preguntó Théra.

—Habla de la tía Gin como si fuera un hombre que usara vestido a regañadientes —dijo Fara—. Pero yo sé que estaba orgullosa de ser quien era.

—A lo mejor podrás contar mejores historias sobre ella cuando seas mayor —dijo Théra—. Te gusta escribir, ¿no? Quizás llegues a ser como la Nakipo de la antigüedad, cuyas palabras cautivaron por igual a reyes y a campesinos. Seguro que puedes pedir a Aya que te ayude.

Después del elaborado funeral de estado de la mariscal, la emperatriz Jia otorgó a Aya el título de princesa imperial, con el mismo rango ceremonial que si fuera hija del propio

emperador Ragin, y la trasladó al palacio imperial a vivir con Fara. No obstante, los cínicos señalaron que este honor nominal en realidad la privaba de su herencia, puesto que la emperatriz Jia no le devolvió el reinado de Géjira, el antiguo feudo de su madre. Parecería lógico pensar que el sacrificio de su madre en la Batalla del Golfo de Zathin habría limpiado el deshonor de su traición, pero la emperatriz era implacable y continuaba su programa de reducción del poder de los feudos independientes.

Fara asintió decidida y, a pesar de sus críticas, pronto volvió a quedar embelesada con la historia del narrador.

Estaba representando el episodio en que Gin Mazoti mataba a Comadreja Gris, que había dejado lisiados a algunos niños para aprovecharse de ellos.

—¿Cómo van las informaciones de Takval? —preguntó Théra en voz baja, volviéndose hacia la otra mujer que estaba sentada en la mesita con ella y con Fara.

—No van mal —respondió Zomi—. Estoy tomando notas minuciosas, pero el verdadero aprendizaje no empezará hasta que nazcan las crías.

Las tres vestían con ropas sencillas de cáñamo, como si fueran criadas de alguna familia de comerciantes. A Fara le encantaba oír contar historias y Théra

deseaba mimarla todo lo posible mientras pudiera.

Muchos de los clientes que se llevaban a la boca una botella de vino barato o una jarra de espumosa cerveza eran en realidad guardias de palacio disfrazados. El hecho de mimar a la joven princesa no significaba que la emperatriz reinante de Dara fuera a arriesgar su seguridad.

—¿Tan difícil es criar a los garinafins? —preguntó Théra.

—Parece complicado —respondió Zomi—. Las crías necesitan mucho contacto con los seres humanos y la tolyusa —las bayas de zomi— ayuda a fortalecer los lazos de los garinafins con

los pilotos, a los que consideran parte de su familia. Como no contamos con garinafins adultos para que contribuyan a la educación de las crías, los lazos entre piloto y montura serán especialmente delicados y difíciles de cultivar.

La expedición imperial a la isla de la Media Luna regresó con la noticia de que los lyucu al parecer habían llegado hasta allí y habían destruido la colonia natural de bayas de zomi — presumiblemente después de llevarse suficientes ejemplares para trasplantar en Dasu y Rui. Pero las semillas traídas por Takval eran suficientes para comenzar una nueva colonia y la

emperatriz estaba ayudando a su cultivo. Zomi todavía se culpaba por no haberse dado cuenta del truco de Tanvanaki, pero todos los demás le aseguraron que no podía saber por qué la pékyu estaba tan interesada en las joyas que llevaban ella y la emperatriz.

—Los pilotos nunca son quienes encarcelan o castigan físicamente a los inmaduros para obligar a los adultos a portarse bien —continuó Zomi—, porque los confundiría. Los individuos que amenazan a los garinafins siempre son distintos de aquellos con los que tienen vínculos.

—Una combinación de fuerza y amabilidad —dijo Théra—. Se parece

mucho a la política.

Zomi asintió y no comentó nada.

Ambas sabían que la conversación no iba a ninguna parte porque estaban esquivando el meollo del asunto, el tema que las dos querían y no querían sacar a colación.

Zomi se mordió el labio y decidió lanzarse.

—¿De verdad vas a hacerlo?

Théra esperó un momento y luego se giró hacia Fara.

—¿Te importa quedarte a solas un momento? Zomi y yo tenemos cosas que hablar.

Fara asintió distraídamente, demasiado concentrada en el narrador.

Haciendo un gesto a los guardias camuflados a su alrededor, Théra se levantó y llevó a Zomi a los aposentos privados de los taberneros, en el piso de arriba, donde podían conversar a solas.

Se volvió hacia Zomi y solo dijo:

—Sí.

—¿Por qué?

—No hay otra opción. Fara es demasiado joven y ninguna de las hijas del tío Kado está en edad de casarse.

—Muchos matrimonios políticos se concertan con novias jóvenes, y ni siquiera son princesas reales. Podrías haber pedido a la emperatriz Jia que adoptara a otra mujer noble y la hiciera princesa imperial, como a Aya Mazoti.

—En este caso no se trata de un matrimonio político en el que la novia es solo una figura decorativa. Quien se case con el príncipe agon debe liderar a su pueblo junto a él y cortar de raíz la amenaza lyucu. Es una alianza vital para nosotros. Los lyucu ya saben cómo contraatacar nuestras aeronaves y el único modo de derrotarlos, a largo plazo, es contar con nuestra propia fuerza de garinafins...

—¡No me refiero a esa clase de razones! —el rostro de Zomi se ruborizó—. ¿Solo piensas en términos de política y diplomacia? ¿Realmente crees que solo eres una moneda de cambio?

Théra estiró el brazo y cogió la mano

de Zomi. Esta hizo como si quisiera retirarla antes de ablandarse. Ambas siguieron sentadas en silencio con las manos juntas, aunque sus corazones no estaban en paz.

—Entonces ven conmigo —dijo Théra.

—¿Para ver cómo te casas con otro? —preguntó Zomi con incredulidad.

—Es posible arreglar las cosas —dijo Théra—. Mi propia casa ha tenido que resolver ese tipo de complicaciones; las convenciones no son más que eso: convenciones.

Por un momento, Zomi estuvo a punto de aceptar, pero su naturaleza racional no le permitía darse por vencida. ¿Iba a

dejar pasar la posibilidad de transformar Dara siendo uno de los funcionarios más poderosos de la Corte del Diente de León? ¿Iba a dejar pasar la oportunidad de vengar a sus padres y a su maestro? ¿Iba a dejar pasar la oportunidad de realizar su sueño de una Dara más justa y más equitativa?

—No puedo —dijo—. Por mucho que quiera, no puedo. Pero, ¿por qué tienes que renunciar al trono para vivir en una tierra bárbara?

—Nombrarme heredera fue idea de mi padre —dijo Théra—. Pero nunca me ha gustado que nadie planifique mi vida por mí. Tengo tantos deseos de cambiar el mundo como tú, pero quiero hacerlo

por mis propios medios, con el poder obtenido por mis propios méritos y no con el que se me entrega en bandeja. Deberías entenderlo.

—Puede que las dos seamos demasiado ambiciosas —dijo Zomi pensativa—, como Luan Zyaji y la mariscal.

—Lo nuestro es especial —dijo Théra—. Nunca habrá otra como tú. Sabes entender la voz de mi corazón cuando tarareo una canción vacilante. Eres el espejo de mi alma, Zomi, mi lúcida debilidad.

Zomi le apretó la mano en respuesta, demasiado embargada por la emoción para responder.

—Pero nuestras vidas deberían ser lo bastante grandes para contener multitud de amores —dijo Théra—. Nunca me han gustado esas leyendas que definen toda una vida en función de un romance. ¿Recuerdas el poema de Luan Zyaji?

*El niño lloriquea, el
padre arrulla,
Compañeros de espíritu
grande, hermanos,
Lúcida debilidad,
Empatía que envuelve el
mundo.*

—Zyaji hablaba de muchos amores en su vida y solo uno de ellos fue un

romance. Hablaba de amistad, de devoción filial, de aventuras amorosas, de grandeza de espíritu, de amor al trabajo. Lo que nos define es nuestra red de amores, no un gran romance.

—Pero Dara te necesita —dijo Zomi—. ¡Yo te necesito! ¡No te vayas!

—Dara estará bien con madre y Phyro al mando y tú y Cogo Yelu para ayudarles. Padre preparó bien el terreno para que Dara acepte a una mujer como gobernante y su trabajo, aunque él pensara en mí, también le será útil a madre.

»Soy hija de la Casa del Diente de León y mi destino es buscar nuevas tierras, contemplar nuevos lugares,

llenar mi corazón con el ritmo y la cadencia de los sueños y las esperanzas de otras gentes. Una sabia señora me dijo en una ocasión que mi flor era el loto al que lleva la corriente, al igual que la tuya es la perla de fuego. Tu destino es cambiar el paisaje, explorar nuevos caminos, desafiar lo que existe con lo que puede imaginarse. Y el mío es buscar un nuevo hogar lejos de casa, donde pueda florecer y crear un mundo nuevo. Recorriendo la ruta de las ballenas llegaré más lejos que cualquier semilla de diente de león: encabezaré una revolución.

—Nunca he tenido mucha paciencia con el misticismo pasivo de los

flujistas...

—Zomi, amor mío, percibir y aceptar el Flujo de la vida no es pasividad. Intento disolver las penas de dos pueblos.

Después de un rato, Zomi asintió, pero no pudo evitar que las lágrimas le corrieran por la cara.

—Hablas del destino, pero ¿qué es el destino sino un cúmulo de casualidades que se transforma en historia al mirar atrás?

—Tal vez tengas razón. Pero así es como quiero contar mi historia. Te quiero, Zomi, pero esto es lo que deseo. Respétalo.

—Entonces, ¿esto es el final?

Théra sacudió la cabeza.

—Que nos separemos no significa que nuestro amor acabe. Tú y yo tendremos muchos otros amores, muchos grandes romances y entregas y expansión del alma. Pero este es el primero y siempre será especial. No importa cuánto tiempo pase o lo lejos que estemos, nuestro amor seguirá siendo real. Somos dyrans que se cruzan en las inmensas profundidades, pero el fulgor que compartimos iluminará nuestros caminos hasta que nos abrace la tormenta eterna.

Zomi se secó los ojos.

—Habrías quedado muy bien en el Gran Examen. Tu composición ha sido

hermosa.

—Por algo me llaman «la que disuelve las penas» —dijo Théra, curvando sus labios en una sonrisa—. Estás preciosa incluso con lágrimas. Pareces una orquídea tras la lluvia.

El rostro de Zomi floreció y se ruborizó, y atrajo a Théra a un beso largo y apasionado.

—He pagado a los dueños de la taberna para que estuvieran fuera toda la tarde —dijo Théra jadeando, cuando recuperó el aliento—. Tenemos este cuarto para nosotras.

—¿Has planeado esto?

—Puede ser.

Y mientras el narrador de historias

continuaba con la suya en el piso de abajo y la tormenta bramaba en el exterior, lo que más brillaba en La Jarra de Tres Patas era el fulgor incandescente entre dos cuerpos y dos corazones.

PAN: CUARTO MES DEL PRIMER
AÑO DEL REINADO DE LA
ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

La decisión de la emperatriz Üna de partir de Dara no tenía precedentes y no existían protocolos sobre cómo debía desarrollarse. Al final, Théra declaró que designaba a Phyro heredero y lo nombraba emperador durante su ausencia de Dara. Hasta que regresara a

estas costas, se la volvería a llamar princesa Théra.

Tras la coronación del emperador Monadétu, anteriormente conocido como príncipe Phyro, la emperatriz Jia permanecería como regente y el reinado seguiría llamándose Estación de las Tormentas, en reconocimientos a los desafíos a los que seguía enfrentándose el imperio y al hecho de que la emperatriz Üna había cedido el poder solo temporalmente, al menos en teoría.

El acontecimiento se celebró en todo el imperio. Especialmente felices estaban los eruditos que llevaban tiempo refunfuñando sobre lo inadecuado de que el Trono del Diente de León fuera

ocupado por una mujer. Para ellos, el mundo volvía a estar en orden, a pesar de que Rui y Dasu continuaran ocupadas y se avecinara una nueva invasión lyucu.

La emperatriz Jia invitó a la consorte Risana, la madre del emperador, a tomar el té.

La emperatriz limpió la taza de porcelana, echó en ella una cucharadita de té en polvo con una cucharilla de bambú y esperó a que el agua empezara a hervir en el brasero y las burbujas cubrieran la superficie como la espuma que arroja un pez en un rincón tranquilo del estanque. Luego levantó la tetera del brasero y vertió el agua hirviendo en la taza, inclinando la muñeca para que el

chorro saliera como un rayo de luz concentrado.

Pero no había más que una taza.

Risana temblaba como una hoja al viento.

—¿Por qué? —preguntó.

Jia se arrodilló formalmente en *miparari*.

—El emperador es joven y atrevido y carece de la visión política de Théra. Anhela la gloria militar y la venganza contra los lyucu, pero la fuerza de garinafins no estará lista hasta dentro de diez años. No debemos ir a la guerra mientras no estemos seguros de la victoria. Necesita una mano firme y estable que refrene sus impulsos.

—Tú eres esa mano. Yo nunca me enfrentaré a tu posición como regente, hermana mayor. Desde la muerte de Kuni, no he asistido a ninguna reunión de la corte y seguiré manteniéndome al margen de la política.

Jia sacudió la cabeza, con el rostro triste pero resuelto.

—Entonces lo que me estás pidiendo es que sea yo la que beba esta taza.

—¡No estoy haciendo nada por el estilo!

—Detrás del trono no se pueden percibir dos fuentes de autoridad. Phyro siempre me ha respetado, pero no puedo competir con el amor de una madre.

»Aunque hicieras lo que prometes,

siempre habrá quien se vea tentado a usar tu nombre como bandera. Dara tiene por delante un viaje turbulento. Si quiero mantener la paz con los lyucu hasta que estemos preparados para ir a la guerra de nuevo, tendré que poner en marcha políticas que pueden ser terriblemente impopulares y ofender a los poderosos. Acudirán a ti con súplicas llorosas y dulces tentaciones para ablandarte el corazón; susurrarán a los oídos del emperador que estoy ávida de poder y que él posee su propia personalidad; te engatusarán para que apoyes su necesidad de independencia y le seducirán para que busque su guía en ti, en lugar de en mí.

»Si no lo bebes, lo mejor para el pueblo de Dara será que lo haga yo. Los conflictos se reducirán si solo hay una voz detrás del trono, aunque esa voz no sea la mía.

—Hablas de hipótesis —musitó Risana—. Hablas de peligros que *pueden* presentarse en lugar del amor y la confianza que *existen*.

—No puedo contar con el amor y la confianza —dijo Jia—. Esos son lujos que no pueden permitirse quienes son responsables de la suerte de millones. Lo que necesitamos son sistemas y reglas que canalicen el flujo del poder, pero mientras no existan, debo manejar el poder por mí misma.

—A lo mejor lo único que pasa es que estás enamorada de la idea del poder —dijo Risana—. Y es el Poder el que te maneja.

—No hay duda de que eso es lo que dirán algunos. Afirmarán que estoy celosa porque Kuni te favoreció en sus últimos años; afirmarán que quiero atribuirme una autoridad que pertenece a otros; me llamarán vociferante y ambiciosa y me pintarán como una arpía. Pero ¿qué importancia tiene mi reputación cuando está en juego la suerte del pueblo de Dara? Me basta con hacer lo correcto y que los demás piensen lo que quieran.

Risana permaneció en silencio en su

asiento y sacudió la cabeza.

Jia suspiró y asintió.

—Lo único que pido es que recuerdes lo que he dicho y hagas lo que puedas para ayudar a que Phyro tome las decisiones que más convengan al pueblo y no a su vanidad.

Levantó la taza y colocó el borde contra sus labios abiertos; inclinó la taza...

Risana se la arrancó de un manotazo; el té se derramó por el suelo.

—Realmente ibas a hacerlo —dijo Risana, incrédula.

Jia se compuso y le ofreció una sonrisa amarga.

—Por el bien de Dara, estuve

dispuesta a ver cómo ejecutaban a mi amante a causa de mis conspiraciones; estuve dispuesta a ordenar la muerte de mi marido para conseguir la victoria; y estoy dispuesta a ir a la guerra contra mi hijo sin considerar su seguridad. El amor hace que la gente se comporte de manera extraña y yo amo estas islas y a la gente que vive en ellas. ¿Qué es mi vida comparada con las vidas de todos los habitantes de Dara? ¿Podrías haber tomado tú alguna de esas decisiones?

Risana sacudió la cabeza, temblando todavía con más intensidad.

—La gracia de los reyes no reluce como el oro ni brilla como el jade — dijo Jia—. Está forjada con sangre y

hierro.

Poco a poco, Risana dejó de temblar. Se sentó en *mipa rari*.

—Hasta ahora, nunca te había entendido. Eres una digna emperatriz de Dara.

Se inclinó en *jiri* y Jia hizo lo mismo.

—El veneno te obligará a decir muchas mentiras —dijo Risana—. Además, enturbiará la confianza de Phyro en ti; aunque a ti no te importe la confianza, a él sí.

Jia asintió en agradecimiento.

—Subiré a la torre del observatorio lunar a medianoche y saltaré desde allí —continuó Risana con voz serena y tranquila—. Parecerá un accidente.

De rodillas, alcanzó la taza tirada en el suelo y limpió el té derramado con las mangas antes de regresar a la mesa, colocando cuidadosamente la taza junto al brasero. Sonrió sardónicamente a Jia.

—Debemos preparar bien el escenario; un balaústre roto, un charco de agua cerca de donde me encuentre: esos detalles son importantes en una representación.

Jia volvió a hacerle una reverencia.

—Recibirás el título póstumo de emperatriz de Dara. Me aseguraré de que los historiadores de la corte honren tu nombre en los anales de Dara.

—Dedica más tiempo a Phyro cuando yo no esté —dijo Risana—. Aunque

haya crecido deprisa, todo muchacho echa de menos a su madre. Tu presencia será un consuelo para él.

—Te lo prometo —dijo Jia.

Una vez en sus aposentos, Risana despidió a todos sus criados y doncellas, cerró la puerta y se sentó en la estera en el centro de la habitación.

Se desvistió y cortó la sección de la manga del vestido empapada de té. Poco a poco, meticulosamente, cortó la tela en pequeñas tiras y luego las tiras en cuadrados aún más pequeños.

Las manos le temblaban tanto que temía cortarse.

Los argumentos de Jia habían sido

poderosos. Risana no se imaginaba ordenando a los soldados disparar al enemigo si su marido estaba siendo empleado como escudo. No se imaginaba yendo a la guerra contra su propio hijo. Era verdad que Dara necesitaba una mano firme para resistir la marea de los lyucu y sus manos temblorosas no servirían para ayudar a Phyro, «perla en la palma».

Junto a ella había una jaula con un conejo acurrucado. Echó los cuadraditos de tela en un cuenco, los mezcló con pedazos de fruta fresca y deslizó el cuenco en la jaula. El conejo olfateó la comida con desconfianza, pero luego empezó a comer.

Risana lo observaba atentamente. Al poco tiempo, el cuenco estaba vacío y el conejo se alejó de él dando saltitos por la jaula, sacudiendo los bigotes.

No se imaginaba abandonando a Phyro. El muchacho podía ser arrogante y fanfarrón, pero era amable y de buen corazón. El amor nos hace actuar de manera extraña, eso era cierto. ¿Pero tan extraño era no querer morir, no querer abandonar a tu hijo?

El conejo seguía dando saltitos por la jaula, sin mostrar signo alguno de malestar o dolor.

El té no estaba envenenado.

Risana cerró los ojos. Todo había sido puro teatro. Jia estaba dispuesta a

beber el té porque sabía que no corría ningún peligro. Había estado actuando para ganarse la admiración de Risana, su confianza, para que se ofreciera a desaparecer de la corte y del mundo al mismo tiempo.

Sus temblores aumentaron. No podía dejar a Phyro con una mujer así, con alguien que solo pensaba en términos de hierro y sangre. Recogería a Phyro y abandonaría el palacio con él. Se vestirían como plebeyos y vivirían en algún rincón olvidado de Dara, igual que ella había vivido con su madre antes de conocer a Kuni. Jia pretendía guiar a Dara durante la estación de las tormentas y ella y Phyro no se

interpondrían en su camino.

—¡Moçu! ¡Cawi! —llamó a sus doncellas—. Necesito mi maleta de viaje.

—No van a venir —dijo una voz detrás de ella.

Risana se giró de golpe y vio la figura de la emperatriz Jia en la puerta.

—Tus criados y doncellas han tenido que ausentarse para recibir una gratificación especial del tesoro de palacio —dijo Jia.

Risana abrió la boca para gritar, pero Jia continuó.

—Los guardias de palacio han bloqueado todas las entradas a los aposentos privados. Nadie puede oírte y

nadie va a acudir.

Risana la miró fijamente con una sonrisa amarga en el rostro.

—Iba a marcharme con mi hijo. Nos esconderíamos en el valle más remoto y no volveríamos a salir para molestarte. Pensaba utilizar el dominio del humo para ocultarnos.

Jia sacudió la cabeza.

—Estás urdiendo una visión romántica que solo serviría para engañarte a ti misma. No importa con cuánto humo os envolvierais, los ambiciosos os encontrarían y os convertirían en símbolo de la rebelión. Phyro jamás estaría contento viviendo y muriendo en la oscuridad cuando sabe

que es el heredero legítimo del trono. Puede que hoy te hiciera caso, pero ¿podrías evitar que viniera a enfrentarse a mí dentro de diez años? Mientras tanto, le habrías impedido que aprendiera a manejar el poder de manera responsable de la única persona que puede enseñarle. Le habrías negado la oportunidad de convertirse en un hombre capaz de enfrentarse a Timu y a Vadyu y de salvar a Dara de la oscuridad inminente.

Risana agachó la cabeza.

—Yo no soy como tú. No puedo pensar como tú.

—Lo sé. Quería mostrarte el camino y has estado muy cerca de trascender tus

temores, muy cerca —había pena y compasión en la voz de Jia—. Por eso he venido a reforzar tu determinación y a asegurarme de que cumples el papel que tienes que cumplir, urdir una obra maestra de humo que salvará a tu hijo y a Dara.

»La luna está especialmente bonita esta noche. ¿Vamos a la torre?

La vela emite una luz temblorosa. Dos mujeres están arrodilladas una frente a otra en una habitación alejada de oídos entrometidos.

—No me importa que me llamen infame mientras la vida de la gente sea mejor conmigo que sin mí.

—Tenéis un don para los grandes gestos, Jia, y confiáis en que redimirán todo el desorden, la sangre y las ruinas que dejáis a vuestro paso. Pero la redención es solo un espejismo mientras persistáis en vuestros métodos.

—¿Al final te he perdido, Soto? ¿Hundirás a Dara en una guerra civil?

—Por el bien del pueblo, mantendré vuestro secreto, de momento. Pero si no entregáis a Phyro las riendas del poder en cuanto esté preparado, juro por las Gemelas que proclamaré la verdad en cada rincón de Dara.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

LA DESPEDIDA DE LA SEMILLA DE LOTO

KRIPHI: CUARTO MES DEL
PRIMER AÑO DEL REINADO QUE
TODAVÍA NO TIENE NOMBRE

Tanvanaki vino a pedirle que escogiera un nombre para el nuevo reinado. A fin de cuentas, se suponía que era el emperador de Dara.

Fue una de las pocas cosas en las que

se molestó en pedir su opinión.

En realidad, sabía que no debería estar resentido. Tanvanaki estaba muy ocupada. La muerte de Pékyu Tenryo había creado un vacío de poder temporal y algunos de los principales thanes habían estado maniobrando contra el liderazgo de Tanvanaki. Mediante una combinación de engaños y muerte, había conseguido contenerlos a duras penas y los demás thanes habían acabado por aceptar sus pretensiones de suceder a Pékyu Tenryo, después del tributo pagado por Dara y del descubrimiento de tolyusa en la isla. No eran temas en los que su conocimiento de los clásicos anu pudiera servir de

ayuda.

Y ahora, mientras sostenía a su hijo recién nacido, se sentía perdido. Con veinte años de edad, él mismo era poco más que un niño. La idea de que esta nueva vida dependía de él, al igual que la frágil unión entre los lyucu y Dara, le abrumaba.

Tanvanaki había llamado al niño Todyu Roatan —sin tener en cuenta la costumbre local de esperar a que tuviera uso de razón para darle un nombre formal—, pero Timu se acostumbró a llamarlo *Dyu-tika* y los criados, la mayoría esclavos Dara, se habían sumado a él. Le gustaba. De esa forma podía sentir que marcaba una diferencia,

por pequeña que fuera.

Pero ahora, con la paz instaurada entre la Dara ocupada por los lyucu y el resto de las islas, tenía la oportunidad de hacer más cosas. Sus habilidades siempre habían sido más útiles en la paz que en la guerra. Tanvanaki necesitaría su ayuda para instaurar un sistema en el que los nativos de Rui y Dasu pudieran vivir en armonía con sus conquistadores, y él haría todo lo posible por mostrar a su difunto padre que había tenido razón.

Dyu-tika gorjeó en sus brazos y Timu le tranquilizó con arrullos. El bebé tenía los diminutos puños apretados cerca de su delicada barbilla y un poderoso arrebató de amor inundó el cuerpo de

Timu. *Dyu-tika* era uno más de los muchos bebés nacidos durante el año anterior y el presente en las islas de Rui y Dasu, fruto de uniones entre los lyucu y los nativos; por muy doloroso, violento y terrible que hubiera sido el origen de estas vidas, los bebés eran inocentes. Pertenecían a estas islas y tenían derecho a estas costas.

La libertad exigía trazar nuevos caminos, actuar a ciegas. Estaba dispuesto a proyectar su sombra sobre las páginas de la historia.

—Venid —dijo, llamando a los escribas de su pequeña corte—. He decidido el nombre del nuevo reinado: Libertad Audaz.

GINPEN: QUINTO MES DEL
PRIMER AÑO DEL REINADO DE
LA ESTACIÓN DE LAS
TORMENTAS

El emperador Monadétu acudió a los muelles de Ginpen para despedirse en persona.

—Hermana mayor —el joven emperador estaba tan abrumado por la emoción que no pudo continuar.

—Hudo-*tika* —Théra lo abrazó y le susurró al oído—, no arruines esta ocasión feliz contradiciendo mi nombre. Estás actuando como si fuera a sacrificarme, cuando en realidad me marcho para casarme y convertirme en

emperatriz de un nuevo pueblo.

—He perdido a mi madre y ahora voy a perderte a ti. Mi tristeza es irreparable.

—Ahora eres el emperador, *Rénga*. El pueblo tiene sus ojos puestos en ti y necesita ver esperanza. Necesita que le confirmes que esta alianza es la respuesta ante la amenaza lyucu. En ningún momento te encuentras fuera de escena; no debes permitir que tu rostro muestre lo que guarda tu corazón.

—¡Yo no soy como nuestro padre! ¡Ni tampoco como tú! Al principio me enfadé cuando te eligió a ti en vez de a mí, pero ahora sé que tenía razón. Timu no sabe qué hacer ante todo esto, y yo

tampoco.

—No permitas que las decisiones que nuestro padre o yo hemos tomado condicionen las tuyas. Sé que podrás trazar tu propio camino. ¿Sabes que él diseñó su corona con sartas de cauri para poder ocultar su rostro cuando le asaltaba la duda? Ninguno nace sabiendo cómo llevar una máscara; lo aprendemos cuando la usamos.

Al aproximarse la hora de la fecha propicia para la partida de la flota, los músicos de cubierta comenzaron a tocar: agradables laúdes de coco y cuerdas de seda, efervescentes flautas de bambú, alegres palos de ritmo de madera, resonantes cuencos de piedra, animadas

ocarinas de arcilla, festivas maracas de calabaza, joviales fuelles cantarines de piel y —a petición de la princesa Théra— el tañido majestuoso de un *moaphya* de bronce. Todas las familias de instrumentos estaban representadas, como si todos los dioses hubieran acudido a festejar con los mortales.

Théra atrajo a su hermano, le dio un cálido abrazo y volvió a susurrarle al oído. La música alta impedía que nadie más pudiera escucharla.

—Madre tiene una visión atractiva de Dara y tal vez esté en lo cierto, pero tiende a echar mano de métodos que envenenan los resultados. Debes aprender de ella pero, cuando llegue el

momento, también debes estar preparado para enfrentarte a ella.

—Hay que saber cuándo hacer lo más interesante, ¿no? —preguntó el emperador.

—Exactamente.

El emperador Monadétu dio a su hermana un último y fuerte apretón con los brazos antes de retroceder un paso, ya con el rostro impasible.

—Que los dioses aceleren vuestro viaje y os traigan éxito en la nueva tierra, princesa de Dara.

La princesa Théra se dio la vuelta y subió por la rampa de embarque para unirse al príncipe Takval, tras pisar por última vez suelo de Dara. No miró atrás

por miedo a que las lágrimas contradijeran su nombre.

En Pan, si las crías de garinafin conseguían sobrevivir y gracias a las enseñanzas impartidas por el príncipe Takval, el pueblo de Dara se embarcaría en una gran aventura de ganar la confianza de sus nuevos aliados: algo no tan distinto de la cautela con la que los agon tratarían a su nueva princesa.

EN EL MAR SEPTENTRIONAL DE
DASU: QUINTO MES DEL PRIMER
AÑO DEL REINADO DE LA
ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

La princesa Théra y el príncipe Takval

Aragoz estaban de pie sobre la cubierta de *La que Disuelve las Penas*, contemplando el Muro de las Tormentas.

Otros nueve barcos se deslizaban sobre las olas a su alrededor. La flota transportaba artesanos, soldados, eruditos, libros, semillas, herramientas... todo lo que Théra había considerado que podría ayudar a un pueblo que buscaba la libertad en aquella tierra distante.

—Supongo que eso confirma que hemos llegado el día correcto —dijo Takval señalando la silueta del barco-ciudad lyucu que se mecía a lo lejos.

—Es la comisión de bienvenida —dijo Théra.

Era el día en que Luan Zyaji había previsto la reapertura del Muro de las Tormentas y se esperaba la llegada de una nueva flota lyucu con refuerzos. Théra pensó que Pékyu Vadyu no se encontraría a bordo del barco-ciudad pues probablemente estaría pariendo por estas fechas. Se preguntaba cómo llevaría Timu —el emperador Thaké— el hecho de convertirse en padre.

—No vienen hacia nosotros —dijo Takval.

—Mientras no nos acerquemos a la nueva flota, deberían respetar la paz —dijo Théra—. No pueden negarnos el derecho a observar desde aquí, en mar abierto.

Hablaban en una mezcla de la lengua de Dara y la de las planicies. Théra aprendía rápido y Takval era un profesor paciente. De momento no había amor entre ellos, solo el comienzo de una tímida amistad que, con el tiempo, podría disolver las penas y engrandecer las almas.

Ella estaba dispuesta a abrir su corazón y dejar que se llenara con la historia que quería contar de sí misma y eso era lo más interesante de todo, decidió.

—¡Comienza a abrirse! —gritó, apuntando con el dedo.

Los tifones que formaban la impresionante cortina comenzaron a

separarse. Como un ejército bien entrenado que realiza la instrucción en la plaza de armas, los ciclones se apartaron hacia los lados, mostrando entremedias un pasaje en calma, como un valle entre enormes montañas de agua y nubes. En el interior de los ciclones centellaban los relámpagos, como un espectáculo de fuegos artificiales para la nueva era.

A lo lejos podían divisar las siluetas de los barcos-ciudad navegando hacia el paso abierto desde el otro lado de la cortina. Habían llegado los refuerzos del príncipe Cudyu.

—¡Lanzad las cometas de señales! — gritó la princesa.

Desde la cubierta de la flota de Dara volaron enormes cometas. Otros barcos de Dara, más allá del horizonte en el sur, transmitirían la señal. Than Carucono había dispuesto que una flotilla de barcos de señales fondeara entre el Muro de las Tormentas y la isla Grande formando como un collar de perlas, para que Pan recibiera la noticia lo antes posible.

PAN: QUINTO MES DEL PRIMER
AÑO DEL REINADO DE LA
ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

El emperador Monadétu, que seguía de luto por la muerte de su padre y de su

madre en el lapso de unos pocos meses, dispuso que se enviara una misión secreta de crubens mecánicas contra la segunda flota lyucu.

—A lo mejor consiguen hundir uno o más barcos-ciudad por la noche sin dejar pruebas que permitan a los lyucu afirmar que hemos roto el tratado — insistió el emperador.

—No —dijo la emperatriz Jia.

—¡Yo soy el emperador! —gritó Phyro—. No tú.

—Tú ostentas el título —respondió Jia—. Pero el Sello de Dara está en mi mano. La discusión ha terminado.

Ante la mirada de los ministros y generales reunidos, el joven emperador

se levantó del trono y volcó la mesa en la que se amontonaban documentos. Salió corriendo del Gran Salón de Audiencias.

—Continuemos —dijo la emperatriz Jia a los atónitos funcionarios de la sala—. Los asuntos de gobierno no esperan a nadie.

Durante tres días, el emperador se encerró en la sala de duelo dedicada a la emperatriz Risana y se negó a recibir a nadie. Los cortesanos le oían llorar y hablar entre dientes. Finalmente, salió y pidió ver a la emperatriz.

—No estoy preparado —dijo a Jia.

—Todavía no —dijo Jia—. Pero no permitas que se apague el fuego que

llevas dentro. Aprende a gobernarlo.

Entonces abrazó al joven, que lloraba desconsoladamente.

Los ministros y generales murmuraron entre ellos que Dara tenía mucha suerte de contar con la voz incontestable de Jia detrás del trono.

EN EL MAR SEPTENTRIONAL DE
DASU: QUINTO MES DEL PRIMER
AÑO DEL REINADO DE LA
ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

Los barcos-ciudad estaban ya en mitad del valle formado entre los enormes ciclones, y se acercaban minuto a minuto.

—¿Nos quitamos del camino? — preguntó Takval.

Siguiendo el ejemplo de las crubens mecánicas, los barcos de Dara estaban diseñados para navegar bajo el agua durante breves periodos de tiempo para esconderse. Conscientes de que tendrían que usar el mismo pasaje que la flota lyucu para atravesar el Muro de las Tormentas, *La que Disuelve las Penas* y sus naves hermanas se sumergirían cuando los barcos-lyucu se aproximaran y regresarían posteriormente a la superficie para continuar su camino. Los barcos no eran capaces de propulsarse bajo el agua, pero eso no era necesario.

—No —dijo Théra—. ¡Ya se está

cerrando! Zomi tenía razón.

Así era: los ciclones que constituían el Muro de las Tormentas recuperaban su posición. Las montañas de nubes y agua de ambos lados del paso se estaban cerrando con los barcos lyucu atrapados en medio.

PAN: UN MES ANTES

Zomi Kidosu andaba muy ocupada. No solo estaba a cargo de los preparativos para el viaje de la princesa a Ukyu y Gondi, sino que además tenía que evaluar múltiples propuestas de nueva maquinaria y nuevas políticas que, según la emperatriz Jia, entraban dentro de sus

responsabilidades como secretaria imperial de clarividencia.

Lo cierto es que Zomi sabía que algunas de esas obligaciones siempre habían sido asumidas por el primer ministro. Pero ahora la emperatriz Jia prefería distribuir las entre ella y Cogo Yelu. Podía ser un modo de castigar a Cogo por el celo con que había perseguido a Otho Krin cuando se descubrió la conspiración de la emperatriz, o de asegurarse que Cogo no se sentía demasiado seguro si nadie se enfrentaba a sus opiniones.

—Yo confío en los sistemas —había dicho la emperatriz Jia a Zomi—, no en los individuos. Estás dotada para la

ingeniería de las máquinas; quiero comprobar si se te da igual de bien la ingeniería del sistema de gobierno. A lo mejor concedo una oportunidad a tus propuestas sobre el sistema de exámenes.

Zomi suspiró. El ejercicio del poder era una abrumadora responsabilidad. Tenía que aprender a sentirse a gusto en este nuevo papel, equilibrar su inclinación hacia los cambios radicales con la sabiduría del gradualismo prudente. Además de todo eso, Théra también le había pedido que estuviera atenta y asistiera al traspaso de poder de su madre a su hermano con el tiempo.

—Los dos necesitarán y buscarán tu

lealtad —dijo Théra—. Tienes que tener cuidado.

—Sabes que no se me da bien la política —dijo Zomi—. Nunca tuve talento para ella.

—Déjate guiar por tu conciencia —dijo Théra—. Y confía en tu amor por los habitantes de Dara; ellos son siempre lo primero. Al menos en ese punto coinciden todos los miembros de la Casa del Diente de León.

Según se aproximaba el día de la partida de Théra, Zomi intentaba pasar todo el tiempo posible con ella. Pero había algo en el poema de Luan Zyaji que había citado que la carcomía por dentro. Fue a buscarlo y volvió a leerlo.

*Pesa el pescado, el
universo es
cognoscible.*

*Una cruben emerge, la
rémora se separa.*

*El niño lloriquea, el
padre arrulla,*

*Compañeros de espíritu
grande, hermanos,*

Lúcida debilidad,

*Empatía que envuelve el
mundo.*

*Imaginar nuevas
máquinas,*

*contemplar tierras
desconocidas,*

*Creer que la gracia de
los reyes pertenece a
todos.*

Agradecido.

Observó fijamente el poema, desconcertada. La primera vez que lo leyó no prestó demasiada atención a su forma a causa de lo reciente de su dolor, pero ahora, con un estado mental más tranquilo, se fijó en su extraña estructura.

Su maestro sentía un amor genuino por las formas del arte clásico y era un escritor y poeta consumado en esa antigua lengua. Pero este poema no estaba escrito siguiendo ninguna pauta

del anu clásico que ella conociera. El anu antiguo valoraba la simetría visual y los poemas compuestos en dicha lengua siempre seguían patrones fijos que dictaban el número de ideogramas por verso. Los poemas estaban escritos para recitarlos en voz alta así como para admirar en silencio su composición visual.

No obstante, en este caso cada línea contenía un número distinto de ideogramas: siete, seis, cuatro, tres, dos, cinco, cero (la línea en blanco), ocho, nueve, uno. ¿Por qué había sido tan descuidado su profesor?

Bien es cierto que lo había escrito en su lecho de muerte y era posible que

hubiera perdido la habilidad para componer cuidando el aspecto visual. Pero Zomi sabía instintivamente que esa no era la verdadera explicación.

El poema tiene diez líneas, cada una de ellas con un numeral diferente.

Su profesor siempre le había insistido en que la ingeniería era el arte de utilizar la maquinaria existente para conseguir nuevos propósitos. ¿Estaba usando la forma de un poema para transmitirle un mensaje, un mensaje distinto del que indicaban las palabras que contenía?

Zomi volvió a examinar los cálculos hallados en *Gitré Üthu* relativos a la apertura del pasaje del Muro de las

Tormentas. Se había saltado demasiados pasos en sus derivaciones como para que ella pudiera reconstruir por completo su trabajo, pero todos los pasos que podía seguir tenían sentido.

Le llamó la atención un garabato escrito al margen de una de las páginas: hileras de puntos dispuestas en un orden numérico. Espacio en blanco, uno, dos, tres, cuatro...

Y al fin comprendió lo que su profesor había intentado con el poema: era un código. El número de ideogramas de cada línea indicaba el «número real» mientras que la posición de la línea en el poema era la clave. Así, el cero correspondía al siete, el uno al seis, el

dos al cuatro y así sucesivamente.

Luan Zyaji había hecho todo lo posible por ocultar sus métodos de cálculo y había presentado resultados falsos a los lyucu. Pero había dejado una clave para que Zomi descifrara los resultados falsos y diera con las cifras reales. Sin embargo, en el momento de su muerte no podía estar seguro de que la información que diera a Zomi no fuera a caer en manos de los lyucu, así que incorporó la clave al poema.

EN EL MAR SEPTENTRIONAL DE
DASU: QUINTO MES DEL PRIMER
AÑO DEL REINADO DE LA
ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

Bajo la mirada atenta de Théra y Takval, el Muro de las Tormentas se cerró sobre los barcos-ciudad.

El texto cifrado en *Gitré Üthu* había predicho una apertura falsa; la apertura real, según Zomi, no tendría lugar hasta después de otros diez años. El hecho de que incluso los cálculos falsos indicaran una apertura temporal del Muro, una trampa que le habría costado días elaborar, era una demostración póstuma de su talento.

Théra se imaginó el terror que los miles de personas a bordo de aquellos barcos habrían sentido cuando las enormes montañas de agua y nubes atravesadas de relámpagos se cernieron

amenazadoras sobre ellas; un terror impotente y paralizante pues sabían que no existía escapatoria, que la muerte sobrevendría en segundos. En un instante, la naturaleza mataría a más personas de las que habían muerto en la Batalla del Golfo de Zathin. La piedad sobrecogió su corazón y apartó la mirada.

Luan Zyaji se había vengado después de la muerte.

Las fuerzas de Pékyu Vadyu en Dasu y Rui seguían siendo una amenaza para Dara pero, sin los refuerzos de Cudyu, Phyro y Jia tendrían muchas más posibilidades de enfrentarse a ella.

Sacudió la cabeza; tenía que cambiar

el objeto de sus pensamientos.

—Lo siento —dijo Théra a Takval—. Parece que Zomi tenía razón. Hoy no habrá paso a través del Muro de las Tormentas.

Takval estaba angustiado.

—¡Pero no podemos permitirnos esperar! ¿Quién sabe cuántas personas de mi pueblo morirán en las tormentas invernales y las sequías estivales de los próximos diez años?

—A lo mejor no tenemos que esperar tanto —dijo Théra sonriendo—. Zomi nos dio otra alternativa por si el pasaje no funcionaba.

Como si quisiera responder, el mar a su alrededor se agitó y estalló. Diez

crubens, las majestuosas soberanas de los mares, emergieron a la superficie y comenzaron a subir y bajar con las olas junto a los barcos, empujándolos con su tamaño.

Théra se echó a reír.

—Parece que las viejas amigas de la Casa del Diente de León han decidido volver a ayudarnos.

La capacidad de *La que Disuelve las Penas* y sus naves hermanas para sumergirse no las servía solo para ocultarse; era una forma de evitar el Muro de las Tormentas.

Inspirada en el modo en que el príncipe Takval había llegado a Dara, a Zomi se le ocurrió una idea temeraria.

Visto que las ballenas eran capaces de nadar bajo el Muro sin sufrir percances, era lógico pensar que las naves submarinas también pudieran hacerlo. Aunque las crubens mecánicas solo podían navegar siguiendo las formaciones de volcanes submarinos, una nave que pudiera navegar bajo el agua podía tomar el ejemplo de las balleneras y ser impulsada por los cetáceos.

La que Disuelve las Penas y el resto de la flota iban equipadas de arpones y largos cables. La idea era aprovechar la migración de las manadas de ballenas que se dirigían en la dirección correcta y dejarse arrastrar por ellas bajo el

agua. Las ballenas remolcarían a los barcos por debajo del Muro de las Tormentas; estos luego se soltarían y volverían a la superficie.

Solo que ahora, en lugar de tener que arponear a las ballenas, las crubens se habían ofrecido a echarles una mano.

Ataron gruesos cables a las colas de las grandes crubens. Los barcos estaban listos para sumergirse.

—¡Alerta! —gritó uno de los vigías.

A los lejos, el Muro de las Tormentas se había cerrado casi por completo. Cuando los barcos-ciudad de los lyucu se fueron a pique, un único garinafin había despegado sin su piloto intentando escapar de la catástrofe. Vio la flota de

Dara y se dirigió directamente hacia ella.

Los observadores que viajaban en el barco-ciudad enviado por Pékyu Vadyu, tras sufrir la conmoción de presenciar la destrucción de la flota Iyucu, también dirigieron su nave hacia la flota de Dara.

—¡Inmersión! ¡Inmersión!

Théra y Takval junto al resto de la tripulación abandonaron la cubierta. Cerraron las escotillas y sellaron las compuertas de los remos. Los tanques de lastre comenzaron a llenarse de agua. Los barcos empezaron a hundirse lentamente bajo las olas.

—¡Hemos olvidado soltar las

cometas de señales! —dijo Théra. A través de las portillas echó un vistazo a la turbulencia de las aguas provocada por las aletas caudales de las crubens. Ya no tendremos la oportunidad de informar a Pan de la destrucción de la segunda flota.

—Es demasiado tarde para preocuparse ahora por eso —dijo Takval—. No tardarán mucho en descubrir lo ocurrido.

Sobre ellos, el garinafin volaba en círculos. Los ciclones del Muro de las Tormentas habían destruido los barcos-ciudad, privándole de un lugar donde aterrizar. El garinafin —sin jinete, aterrorizado y enfurecido— ignoró el

refugio seguro del barco-ciudad Iyucu que se aproximaba, a pesar del estruendo de las trompetas de hueso que llegaba desde su cubierta. La bestia se vengaría en estas naves bárbaras.

—Tenemos que hacer algo —dijo Théra—. Los barcos necesitan cierto tiempo para sumergirse y las crubens son vulnerables mientras están cerca de la superficie.

Théra y Takval volvieron a ascender a la cubierta de *La que Disuelve las Penas*.

El garinafin se lanzó hacia la cruben que tiraba de su barco. Cada uno de ellos medía más de cien pies de longitud. El rey de las bestias aladas iba

a enfrentarse a la soberana de los mares.

El garinafin abrió sus fauces y, al pasar por encima de la cruben, cerró las mandíbulas de golpe y las volvió a abrir para arrojar su abrasadora lengua de llamas.

La cruben abrió su espiráculo dejando salir un chorro de agua pulverizada, que se topó con la lengua de fuego a mitad de camino entre ambas criaturas. El fuego y el agua se enfrentaron en el aire, y el mar quedó cubierto de un vapor siseante.

La cruben salió ilesa. El garinafin hizo un viraje y voló en círculos listo para un nuevo ataque.

Los otros barcos de Dara ya estaban

casi sumergidos. Pero si el garinafin evitaba el espiráculo, podía herir gravemente a la cruben antes de que *La que Disuelve las Penas* estuviera bajo el agua.

—Tenemos que distraerlo —dijo Théra—. ¡Ven conmigo!

Cómo deseaba haber tenido flechas o lanzas sedamóticas.

Tomaron posiciones junto al cabestrante de la cometa de señales.

—Las cometas de combate pertenecen a otros tiempos, pero a veces hay que luchar con lo que tienes a mano.

Agarrándose al cable, dirigieron la cometa hasta hacerla virar hacia el garinafin. Era como en las antiguas

sagas, cuando los héroes se lanzaban a los cielos en cometas de combate para enfrentarse en duelo y los leales servidores dirigían su vuelo haciéndolas abatirse, virar y perseguir trazando complejas trayectorias en el cielo, como si estuvieran escribiendo en el aire.

El cable de la cometa penetró en las palmas de las manos de Théra y Takval. Apretaron los dientes y aguantaron mientras la sangre cubría el cable y dificultaba aún más su sujeción. Théra desgarró tiras de su vestido para que ambos pudieran envolverse las manos con ellas y continuar la lucha.

El garinafin gruñó a la cometa y se abalanzó contra ella.

Théra y Takval se las arreglaron para apartarla de su camino en el último momento.

El enfurecido garinafin se cernió en el aire y abrió sus fauces para arrojar fuego olvidando a la flota que se hundía a sus pies.

Todos los demás barcos ya estaban a salvo bajo el mar.

Théra y Takval dieron una fuerte sacudida al cable y la lengua de fuego del garinafin pasó a escasas pulgadas de la cometa.

Al descubrir finalmente su error, el garinafin se quedó mirando a los dos humanos sobre la cubierta del barco que manejaban la irritante cometa y abrió

sus fauces.

—¡Tira fuerte! —gritó Théra. Y ella y Takval tiraron con todas sus fuerzas del cable arrastrando la cometa hacia ellos.

Las mandíbulas del garinafin se cerraron de golpe. Cuando volvieran a abrirse, la lengua de fuego saldría disparada abrasando a Théra y Takval.

La cometa se abatió contra el garinafin, y el cable atrapó su delgado cuello de serpiente mientras la cometa hacía un fuerte ruido como de zumbido y trazaba rápidos círculos alrededor de la cabeza de la bestia hasta quedar finalmente enredada en sus astas después de atar su morro con el cable

que colgaba.

El garinafin luchaba enérgicamente para liberarse del cable, convertido ahora en una cometa viviente. El cabestrante giraba rápidamente soltando cable.

—Vámonos de aquí —dijo Théra. Ambos se lanzaron escotilla abajo, cerrándola tras ellos. El agua siguió entrando en *La que Disuelve las Penas* que empezó a hundirse bajo las olas.

La cruben también se sumergió y comenzó a tirar del barco para atravesar el Muro de las Tormentas. Las gigantescas aletas caudales se ondulaban con elegancia en el agua cada vez más oscura.

La cuerda de la cometa se tensó dando una sacudida. Las fuertes hebras de la seda se negaban a ceder y el garinafin era lenta pero inexorablemente arrastrado hacia abajo, a pesar del batido ralentizado de sus descomunales alas.

Con un estruendo, el garinafin se estrelló contra el agua, sin poder respirar a causa del cable que lo ahogaba.

La tripulación de *La que Disuelve las Penas* sintió una ligera sacudida cuando el cable de la cometa se rompió finalmente, dejando a la bestia enfrentándose a la muerte sobre la superficie del mar.

Cuando el barco-ciudad lyucu llegó finalmente al lugar de los hechos, lo único que pudieron hacer fue descuartizar el cadáver del animal para aprovechar lo que quedaba de él. Ni un solo hombre ni una sola bestia de la segunda flota lyucu había sobrevivido. Los thanes que viajaban a bordo lloraban la muerte de sus compañeros y temían el momento de tener que informar a Pékyu Vadyu de lo sucedido.

Théra contempló las oscuras profundidades a través de la portilla mientras se dirigían al Muro de las Tormentas, a lo desconocido, al futuro.

La voz que preguntaba era meliflua y

dulce, como un manantial de agua fresca tras una marcha por el desierto.

¿Realmente has decidido abandonar esta forma?

La voz que respondió estaba quebrada como el caparazón de una tortuga por el peso de los años y de la sabiduría.

Sí. No podré atravesar el Muro de las Tormentas mientras siga siendo inmortal.

Pero renunciar a tu divinidad es un paso drástico.

En una ocasión, Tazu vivió toda una vida como mortal, hace mucho tiempo.

Eso fue un castigo. Tú haces esto voluntariamente.

Tienes que admitir que empieza a ser un poco incómodo seguir viviendo aquí, con los lyucu empeñados en que Tazu y yo compartamos el mismo cuerpo.

Es solo una fase temporal que será solucionada.

Tal vez, pero no solo los mortales sienten el deseo de ver otras costas. Quiero contemplar nuevas tierras y La que Disuelve las Penas, comandada por tu protegida, es una oportunidad tan buena como cualquier otra. Seré un miembro más de la tripulación en esta gran aventura.

Te echaremos de menos. Ningún dios de Dara ha hecho nunca lo que estás a

punto de hacer.

Siempre hay una primera vez para cada cosa.

GLOSARIO

DARA

cashima: Estudioso/a que ha aprobado el segundo nivel de los exámenes imperiales. El término significa «practicante» en anu clásico. Un *cashima* está autorizado a llevar los cabellos recogidos en un moño de triple rodete y a portar espada. Los *cashima* pueden trabajar como funcionarios al servicio de magistrados y alcaldes.

cruben: Ballena recubierta de escamas con un cuerno que sobresale del centro de su cabeza; símbolo del poder imperial.

cüpa: Juego que se desarrolla moviendo piedras blancas y negras sobre una cuadrícula.

dyran: Pez volador, símbolo de la feminidad y signo de buena suerte. Está cubierto de escamas con los colores del arcoíris y tiene un pico afilado.

firoa: *Cashima* que alcanza este rango al obtener una de las cien mejores calificaciones en el Gran Examen. El término significa «buen partido» en anu clásico. En función de su talento,

los *firoa* ocupan puestos en la administración imperial, asesoran a señores feudales o entran en la Academia Imperial para dedicarse al estudio o la investigación.

géüpa: Postura informal para sentarse, con las piernas cruzadas y dobladas bajo el cuerpo y los pies colocados debajo del muslo opuesto.

jiri: Reverencia que realiza la mujer cruzando las manos frente al pecho en un gesto de respeto.

kunikin: Recipiente grande para beber, con tres patas.

halcón mingén: Variedad de halcón extraordinariamente grande original de la isla de Rui.

mipa rari: Postura formal, de rodillas, con la espalda recta y el peso distribuido uniformemente entre las rodillas y los dedos de los pies.

ogé: Gotas de sudor.

pana méji: Estudioso/a que ha obtenido un resultado notable en el Gran Examen y que tiene la oportunidad de participar en el Examen de Palacio, donde el propio emperador evalúa las cualidades de cada candidato y le asigna un rango. El término significa «en la lista» en anu clásico.

pawi: Avatares animales de las deidades de Dara.

Rénga: Título honorífico utilizado para dirigirse al emperador.

thakrido: Postura extremadamente informal para sentarse, con las piernas estiradas al frente; se utiliza solo con las personas más cercanas o inferiores socialmente.

toko dawiji: Estudioso/a que ha aprobado el primer nivel de los exámenes imperiales. El término significa «el elevado» en anu clásico. Un *toko dawiji* está autorizado a llevar los cabellos en un moño de doble rodete.

tunoa: Uvas.

tika: Sufijo que expresa afecto entre miembros de una familia.

LYUCU

kyoffir: Bebida alcohólica hecha con leche fermentada de garinafin.

garinafin: Bestia voladora que arroja fuego en la que se basa la cultura de los lyucu. Su cuerpo tiene el tamaño aproximado de tres elefantes y posee una cola larga, dos patas con garras, un par de alas de piel correosa y un cuello esbelto, como una serpiente, coronado por una cabeza astada, como la de un ciervo.

tolyusa: Planta con propiedades alucinógenas cuyas bayas son esenciales para la reproducción de los garinafins.

NOTAS Y AGRADECIMIENTOS

Una gran parte de la magia de Dara está relacionada con lo que podríamos denominar «tecnología». Mis ideas relativas a este aspecto son deudoras de W. Brian Arthur, cuyo libro *The Nature of Technology: What It Is and How It Evolves* expone muchas de las ideas centrales que inspiraron a los héroes-ingenieros de esta serie.

Quienes estén interesados en los

increíbles inventos de la era de la electrostática, pueden consultar una maravillosa introducción escrita por Michael Brian Schiffer, *Draw the Lightning Down: Benjamin Franklin and Electrical Technology in the Age of Enlightenment*. Cuando escribía este libro me apliqué numerosas descargas con una máquina Wimshurst y múltiples botellas de Leyden —un experimento que no recomiendo a mis lectores.

Los espejos de bronce que proyectan los dibujos grabados en el dorso sobre una pantalla, aunque parezcan completamente lisos, existen en la realidad y existían durante la dinastía Han. Para saber más acerca de ellos,

recomiendo el artículo de M. V. Berry, «Oriental Magic Mirrors and the Laplacian Image», publicado en el *European Journal of Physics* de 27 de enero de 2006 (p. 109).

Los pueblos del sudeste asiático y de las islas del Pacífico han utilizado encendedores de tubo como los de los adüanos durante generaciones. Se basan en los mismos principios que el motor diesel.

La canción de las hiladoras transformada en saloma por la tripulación de *Flecha Sedamótica* es una adaptación de la canción «La hiladora de seda», de Zhang Yu, poeta del siglo XI de la dinastía Song.

Tengo una deuda especial con Igor Teper, que me ayudó a concebir la idea de utilizar los intestinos de garinafin como aislante de una botella de Leyden especialmente potente, capaz de provocar un shock en las bestias aladas, y con Amal El-Mohtar que me enseñó la figura retórica de la kenning «el animal hambriento de palabras».

Como siempre mis lectores beta aportaron inestimables comentarios y propusieron muchas sugerencias maravillosas para mejorar la novela: Anatoly Belilovsky, Dario Ciriello, Anaea Lay, Usman Malik, John P. Murphy, Erica Naone, Alex Shvartsman, Carmen Yiling Yan, Florina Yezril y

Caroline Yoachim. Me siento profundamente agradecido por su ayuda.

Mi editor, Joe Monti, y mi agente, Russ Galen, me guiaron con manos serenas y firmes a través del muro de las tormentas que amenazaba con hacer zozobrar este libro. Joe me ayudó especialmente en algunos fragmentos especialmente espinosos. Todo el personal de Saga Press y Simon & Schuster echó una mano para mejorar el libro todo lo posible y agradezco su esfuerzo. Dentro del numeroso elenco se encuentran Jeannie Ng y Valerie Shea, que descubrieron los errores del manuscrito en el proceso de edición; Michael McCartney, Sam Weber y

Robert Lazzaretti, autores del precioso diseño, la cubierta y los mapas; Elena Stokes, Katy Hershberger y Audrey Churchward, que realizaron la campaña de publicidad.

Y por último, aunque no por ello menos importante, tal vez sea mi familia la que desempeñó el papel más importante de todos. Mi suegra, Helen Tang, echó una mano cuidando a las niñas para que tuviera más tiempo para escribir los fines de semana. Mi esposa, Lisa, fue la lectora más crítica de todos y me dio la confianza para acabar lo que parecía una tarea imposible. Y, por encima de todo, el modo en que mis hijas se maravillaban del mundo fue la

chispa que encendió el corazón de este libro.

Título original: *The Wall of Storms*

Publicado por acuerdo con el autor, c/o Baror International, INC., Armonk, Nueva York, USA

Revisión del texto a cargo de Antonio Torrubia.

Edición en formato digital: 2017

Copyright © 2016 by Ken Liu

© de la traducción: Francisco Muñoz de
Bustillo Llorente, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-602-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es